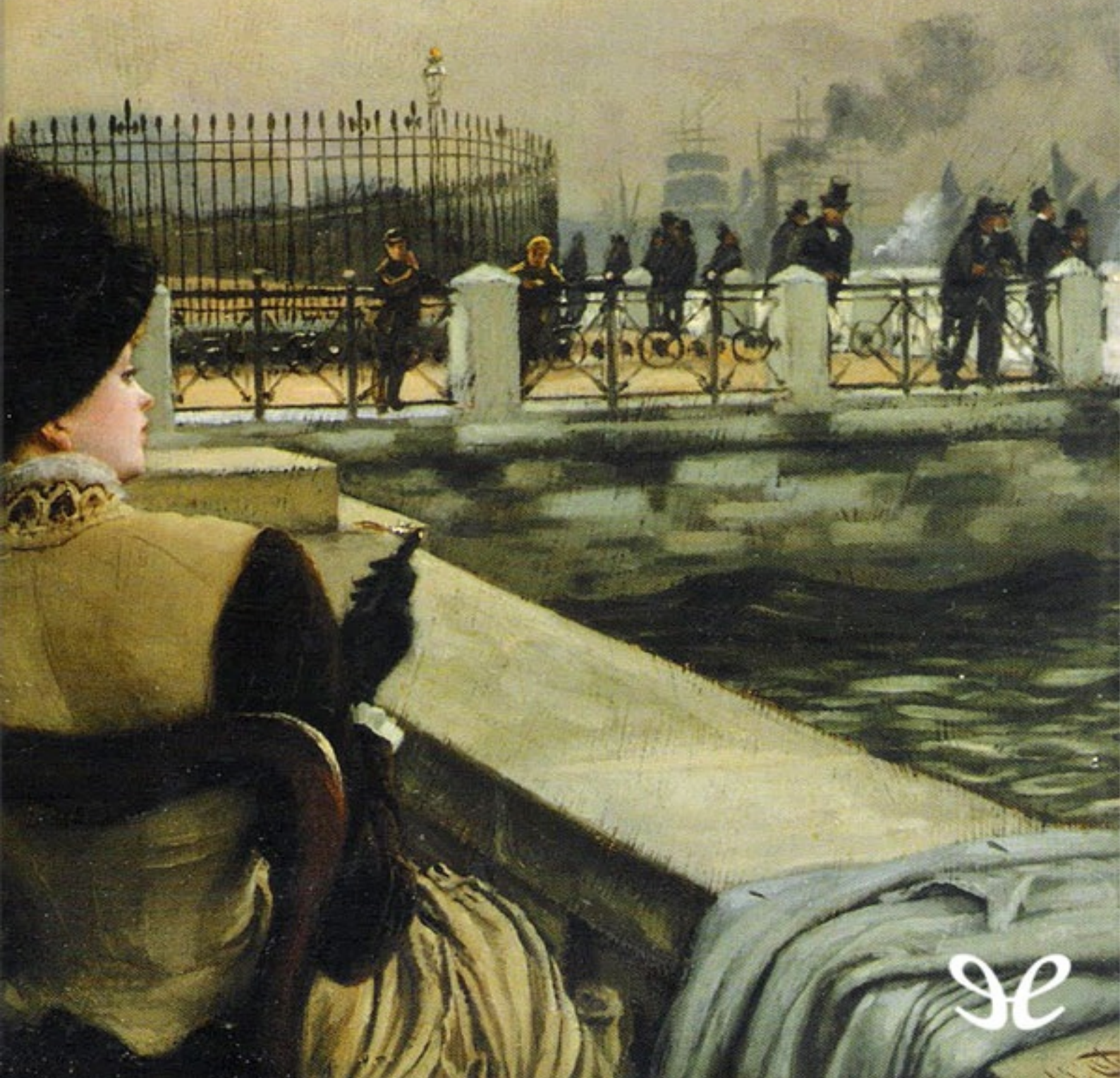


CHARLES DICKENS

NUESTRO AMIGO COMÚN

TRADUCCIÓN DE DAMIÁN ALOU



Un joven se encamina a Londres para aceptar una herencia paterna que, según estipula el testamento, tan solo podrá disfrutar si se casa con Bella Wilfer, una hermosa muchacha a la que nunca ha conocido. Poco antes, sin embargo, aparece flotando en el Támesis un cadáver que la policía identifica con el joven heredero. Es el principio de una onda que afectará a toda la sociedad londinense.

En *Nuestro amigo común*, Dickens demostró todo el vigor de su prosa y de su imaginación en un deslumbrante ejercicio de virtuosismo literario.

«Los comienzos de las novelas de Dickens suelen ser memorables, pero ninguno supera el primer capítulo de *Nuestro amigo común*, penúltima novela que escribió y última que terminó. Llevados por la barca del pescador de cadáveres, nos parece entrar en el reverso del mundo». (ITALO CALVINO).



Charles Dickens

Nuestro amigo común

ePub r1.0

Narukei 29.05.14

Título original: *Our mutual friend*

Charles Dickens, 1865

Traducción: Damián Alou Ramis

Ilustraciones: Marcus Stone

Diseño de cubierta: Mondadori

Editor digital: Narukei

Primer editor: Crubiera (r1.0 EPG)

ePub base r1.1



Libro primero

Entre la copa y el labio

Capítulo I

Ojo avizor

En esta época nuestra, aunque no sea necesario precisar el año exacto, un bote de aspecto sucio y poco honorable, con dos figuras en él, flotaba sobre el Támesis, entre el Southwark Bridge, que es de hierro, y el London Bridge, que es de piedra, cuando una tarde de otoño tocaba a su fin.

Las figuras que se veían en el bote eran la de un hombre recio, de pelo desgredado y entrecano y la cara bronceada por el sol, y la de una muchacha morena de diecinueve o veinte años, que se le parecía lo bastante como para poder identificarla como su hija. La chica remaba, manejando un par de espadillas con suma facilidad; el hombre, con las cuerdas del timón inertes en sus manos, y las manos abandonadas en la pretina, estaba ojo avizor. No llevaba red, ni anzuelo, ni sedal, y no podía ser un pescador; su bote no tenía cojín para pasajero, ni pintura, ni inscripción, ni más accesorio que un oxidado bichero y un rollo de cuerda, y él no podía ser un marinero; su bote era demasiado frágil y demasiado pequeño para dedicarse a labores de reparto, y no podía ser un transporte de mercancía ni de pasajeros; no había indicio de qué podía estar buscando, pero buscaba algo, pues su mirada era de lo más escrutadora. La marea, que había cambiado hacía una hora, ahora iba a la baja, y sus ojos observaban cada remolino y cada fuerte corriente de la amplia extensión de agua a medida que el bote avanzaba ligeramente de proa contra la marea, o le enfrentaba la popa, según él le indicara a su hija con un movimiento de cabeza. Ella observaba la cara del padre con tanta fijeza como él el río. Pero en la intensidad de la muchacha había una nota de temor u horror.

Era evidente que ese bote y las dos figuras que iban en él, más unidos al fondo del río que a la superficie en virtud del cieno y el lodo que lo recubría, y de lo empapados que estaban, hacían algo que tenían por costumbre, y que buscaban algo que buscaban a menudo. Aunque el hombre tenía un aspecto semisalvaje, sin nada que le cubriera el pelo enmarañado, con los brazos

morenos y desnudos hasta la zona comprendida entre el codo y el hombro, con el nudo flojo de un pañuelo más flojo que le colgaba del cuello hasta el pecho desnudo en una maleza de barba y vello, con una vestimenta que parecía fabricada del mismo lodo que ensuciaba el bote, seguía habiendo en su mirada fija una utilidad comercial. Lo mismo ocurría con cada pequeña acción de la muchacha, cada pequeño giro de muñeca; quizá, sobre todo, con su mirada de temor u horror; todo aquello también tenía una utilidad.

—Manténlo alejado de corriente, Lizzie. Aquí la marea es fuerte. Aléjalo de la corriente para que no nos arrastre.

Confiándose a la habilidad de la muchacha y sin hacer uso del timón, escrutó la marea que surcaban con una atención absorta. De la misma manera la muchacha le escrutaba a él. Pero ocurrió en ese momento que un sesgo de luz del sol poniente dio en el fondo del bote, y, alcanzando una mancha oxidada que se parecía levemente al perfil de una forma humana cubierta por una tela, le dio un color como de sangre diluida. La chica lo vio, y se estremeció.

—¿Qué te ocurre? —dijo el hombre, de inmediato consciente de ello, aunque sin dejar de concentrarse en las aguas que surcaban—. No veo nada que flote.

La luz roja desapareció, el estremecimiento desapareció, y la mirada del hombre, que por un momento había regresado al bote, se alejó de nuevo de él. Cada vez que la fuerte marea topaba con un impedimento, su mirada se detenía allí un instante. Sus ojos relucientes lanzaban una mirada ávida a cada maroma y cadena de amarre, a cada bote o gabarra inmóviles que partieran la corriente en una amplia punta de flecha, a las corrientes secundarias procedentes de los embarcaderos del Southwark Bridge, a las paletas de los vapores cuando azotaban las aguas inmundas, a los troncos que flotaban amarrados a cierta distancia de algunos muelles. Más o menos una hora después de que oscureciera, de repente las cuerdas del timón se tensaron en su mano, y se encaminó directamente hacia la orilla de Surrey.

La muchacha, sin dejar de mirar nunca la cara del hombre, respondió al instante a la acción con los remos; enseguida el bote dio media vuelta, temblando como presa de una súbita sacudida, y la mitad superior del hombre se asomó del bote por la popa.

La chica se cubrió la cabeza y la cara con la capucha de la capa que

llevaba, y, volviendo la vista hacia atrás de manera que los pliegues delanteros de la capucha apuntaran río abajo, mantuvo el bote en esa dirección, yendo a favor de la corriente. Hasta ese momento, el bote apenas se había desplazado, dando vueltas sobre la misma posición; pero ahora las orillas cambiaban rápidamente, y pasaban ante las sombras cada vez más tupidas y las luces que se iban encendiendo en el London Bridge, y a cada lado se veían hileras de embarcaciones amarradas.

Hasta ese momento la mitad superior del hombre no regresó al interior del bote. Tenía los brazos empapados y sucios, y se los limpió en el agua. En la mano derecha sostenía algo, que también lavó en el río. Era dinero. Lo hizo tintinear una vez, y lo sopló una vez, y escupió encima una vez —«Para dar suerte», dijo con voz ronca— antes de metérselo en el bolsillo.

—¡Lizzie!

La chica se volvió hacia él con un respingo y remó en silencio. Tenía la cara muy pálida. Él era un hombre de nariz ganchuda, y, entre los ojos brillantes y el pelo alborotado, guardaba cierta semejanza con un ave de presa que acabara de erizar las plumas.

—Quítate eso de la cara.

Lizzie se lo echó hacia atrás.

—¡Fíjate, y dame los remos! Yo los cogeré hasta que lleguemos.

—¡No, no, padre! ¡No! De verdad que no puedo. ¡Padre! ¡No puedo sentarme tan cerca de eso!

Él se movió para cambiar de sitio, pero la aterrada objeción de la muchacha lo frenó, y regresó a su lugar.

—¿Qué daño puede hacerte?

—Ninguno, ninguno, pero no puedo soportarlo.

—A fe mía que tú odias la sola visión del río.

—A mí... no me gusta, padre.

—¡Como si no te ganaras la vida con él! ¡Como si no fuera para ti el pan nuestro de cada día!

Con esas últimas palabras, la muchacha volvió a estremecerse, y por un

momento dejó de remar, dando la impresión de que iba a marearse. Pero él no se dio cuenta, pues desde la proa se estaba fijando en algo que el bote llevaba a remolque.

—¿Cómo puedes ser tan desagradecida con tu mejor amigo, Lizzie? El mismísimo fuego que te calentaba cuando eras un bebé se recogía del río siguiendo a las gabarras que transportaban carbón. La mismísima cesta en la que dormías, la corriente la transportó a la orilla. Las mismísimas mecedoras que junté para fabricarte una cuna, las corté de un trozo de madera que el agua había arrastrado de algún barco.

Lizzie apartó la mano derecha del remo, se tocó el labio, y por un momento la tendió cariñosamente hacia él; a continuación, sin hablar, siguió remando, y justo en ese momento un bote de aspecto parecido, aunque en mucho mejor estado, salió de una zona oscura y se colocó lentamente a su lado.

—¿Has vuelto a tener suerte, Jefe? —dijo un hombre con una mirada bizca y torcida, que remaba e iba solo—. Por la estela de tu bote he sabido que habías vuelto a tener suerte.

—¡Ah! —replicó el otro de manera escueta—. Así que ya te han soltado, ¿no?

—Sí, amigo.

Sobre el río se derramaba ahora una luz de luna suave y amarilla, y el recién llegado, manteniendo la mitad de su bote a popa del otro, miró intensamente su estela.

—Y me digo —añadió—, nada más verte, ahí está el Jefe, y ha vuelto a tener suerte, ¡por san Jorge si no la ha tenido! Sigue remando, amigo. No temas. Yo no lo he tocado.

Eso fue en respuesta a un movimiento veloz e impaciente por parte del Jefe; y, al mismo tiempo, el que hablaba sacó el remo de su posición, colocando la mano sobre la regala del bote del Jefe y sujetándolo.

—¡Por lo que puedo ver, Jefe, a este tipo lo han zurrado hasta decir basta! Lo han sacudido bastantes mareas, ¿no te parece, amigo? ¡Ya ves qué mala suerte tengo! Debí de pasarme de largo la última vez que subió a la superficie, pues estuve rastreando por aquí, debajo del puente. Casi me parece

que eres como los buitres, amigo, que los hueles.

Hablaba en voz baja, y lanzándole más de una mirada a Lizzie, que se había vuelto a poner la capucha. Entonces los dos hombres observaron con un extraño e impío interés la estela del bote del Jefe.

—Entre los dos es pan comido. ¿Quieres que lo suba a bordo, amigo?

—No —dijo el otro.

Lo dijo en un tono tan hosco que el hombre, después de mirarlo sin expresión, lo reflejó con la réplica siguiente:

—¿No habrás comido nada que te haya sentado mal, verdad, amigo?

—La verdad es que sí —dijo el Jefe—. He estado tragando demasiado esa palabra que dices, «amigo». No soy amigo tuyo.

—¿Desde cuándo no eres amigo mío, señor don Jefe Hexam?

—Desde que te acusaron de robar a un hombre. ¡Desde que te acusaron de robar a un hombre que estaba vivo! —dijo el Jefe, con gran indignación.

—¿Y si me hubieran acusado de robarle a un muerto, Jefe?

—Eso NO es posible.

—¿Que no es posible, Jefe?

—No. ¿De qué le sirve a un muerto el dinero? ¿Es posible que un muerto tenga dinero? ¿A qué mundo pertenece un muerto? Al otro mundo. ¿A qué mundo pertenece el dinero? A este mundo. ¿Cómo puede tener dinero un cadáver? ¿Puede un cadáver poseerlo, quererlo, gastarlo, reclamarlo, echarlo de menos? No intentes confundir de esta manera lo que está bien y lo que está mal. Pero el que le roba a un vivo tiene un espíritu miserable.

—Yo te diré lo que...

—No, tú no me dirás nada. Yo te diré lo que es. Te condenaron poco tiempo por meterle la mano en el bolsillo a un marinero, a un marinero vivo. Aprovecha y considérate afortunado, pero no te creas que después de eso me vas a venir a mí con eso de «amigo». En el pasado trabajamos juntos, pero ni ahora, ni en el futuro, volveremos a trabajar juntos. Lárgate. ¡Suelta amarras!

—¡Jefe! No te creas que te vas a librar así de mí.

—Si no me libro de ti así, lo intentaré de otra manera, te daré en los dedos

con el travesaño, o te sacudiré la cabeza con el bichero. ¡Suelta amarras! Rema, Lizzie. A casa, ya que no le dejas remar a tu padre.

Lizzie se puso a remar a toda prisa, y el otro bote quedó atrás. El padre de Lizzie, acomodándose a la actitud de quien ha postulado una ética elevada y asumido una posición irrefutable, encendió lentamente una pipa, y fumó, y le echó una mirada a lo que llevaba a remolque. Lo que llevaba a remolque embestía contra el bote de mala manera cada vez que este se detenía, y a veces parecía intentar soltarse, aunque lo más habitual era que lo siguiera de manera sumisa. Un neófito podría haber fantaseado que las olas que pasaban por encima del bulto eran, de un modo espantoso, como leves cambios de expresión en una cara sin vida; pero el Jefe no era un neófito, y no tenía fantasías.

Capítulo II

El hombre de alguna parte

El señor y la señora Veneering eran gente flamante en una casa flamante de un barrio flamante de Londres. Todo lo que rodeaba a los Veneering era nuevo e impecable. Todo el mobiliario era nuevo, todos los amigos eran nuevos, todos los criados eran nuevos, la vajilla era nueva, el carruaje era nuevo, los arneses eran nuevos, los caballos eran nuevos, los cuadros eran nuevos, ellos mismos eran nuevos, eran todo lo recién casados que resulta legalmente compatible con tener un bebé nuevecito, y si hubieran exhibido un bisabuelo, habría llegado con un paspartú del bazar de Pantechnicon, sin un araño, lustrado hasta la coronilla.

Pues, en la casa de los Veneering, desde las sillas del vestíbulo con el nuevo escudo de armas, hasta el pianoforte con el nuevo mecanismo, y en el piso de arriba, también, hasta el nuevo mecanismo contra incendios, todo estaba de lo más lustroso o barnizado. Y lo que resultaba observable en los muebles, también lo era en los Veneering: la superficie olía un poco demasiado a taller de restauración y era un pelín pegajosa.

Había un inocente mueble de comedor que iba sobre ruedecitas, y que cuando no se utilizaba se guardaba en una caballeriza de Duke Street, en Saint James, para quien los Veneering eran una fuente de total confusión. El nombre de este artículo era Twemlow. Al ser primo carnal de lord Snigsworth, se le requería con frecuencia, y en muchas casas se podía decir que representaba una mesa de comedor en estado normal. El señor y la señora Veneering, por ejemplo, cuando organizaban una cena, habitualmente comenzaban con Twemlow, y a continuación le iban colocando alas a la mesa, o por decirlo de otro modo, le añadían invitados. A veces la mesa consistía en Twemlow y media docena de alas; a veces en Twemlow y una docena de alas; a veces a Twemlow se le sacaba el máximo partido, alcanzando las veinte alas. El señor y la señora Veneering, en ocasiones ceremoniosas, se colocaban el uno frente al otro en el centro de la mesa, con lo que el paralelo seguía

manteniéndose; pues siempre ocurría que, cuanto más se alargaba Twemlow, más lejos se encontraba del centro, y más cerca del aparador que había a un extremo del comedor, o de las cortinas de la ventana del otro.

Pero no era esto lo que llenaba de confusión la cándida alma de Twemlow. A esto se había acostumbrado, y podía valorarlo. El abismo al que no encontraba fondo, y del que surgía la fascinante y siempre creciente dificultad de su vida, era la insoluble cuestión de si él era el amigo más antiguo de Veneering, o el más reciente. A dilucidar este problema el inofensivo caballero había dedicado muchas horas de inquietud, tanto en sus aposentos sobre las caballerizas como en la fresca penumbra, favorable a la meditación, de Saint James Square. Veamos. Twemlow había conocido a Veneering en su club, donde Veneering entonces no conocía a nadie más que a la persona que los había presentado, que parecía ser el amigo más íntimo que hubiera tenido en el mundo, y al que apenas conocía de un par de días; y el vínculo de unión entre sus almas, la nefanda conducta del comité en relación a cómo había que preparar un solomillo de ternera, había sido accidentalmente consolidado en esa fecha. Inmediatamente después, Twemlow recibió una invitación a cenar con Veneering, y cenó: la persona que los había presentado estaba en el grupo. Inmediatamente después recibió una invitación a cenar con esa persona, y cenó: Veneering formaba parte del grupo. En la casa de esa persona había un Diputado, un Ingeniero, un Pagador de la Deuda Nacional, un Poema conmemorando el Tricentenario de Shakespeare, una Queja, y un Funcionario, y ninguno de ellos parecía conocer en lo más mínimo a Veneering. E, inmediatamente después de eso, Twemlow recibió una invitación a cenar en casa de Veneering expresamente para conocer al Diputado, al Ingeniero, al Pagador de la Deuda Nacional, al Poema conmemorando el Tricentenario de Shakespeare, a la Queja, y al Funcionario, y, mientras cenaba, descubrió que se trataba de los amigos más íntimos que Veneering tenía en el mundo, y que las esposas de todos ellos (que también estaban presentes), eran objeto del más devoto afecto y de la mayor confianza de la señora Veneering.

Y de este modo ocurrió que el señor Twemlow se dijo a sí mismo, estando en sus habitaciones con la mano en la frente: «No debo pensar en ello. Esto ya bastaría para reblandecerle el cerebro a cualquiera...». Y sin embargo no podía dejar de pensar en ello, y no alcanzaba ninguna conclusión.

Esa noche, los Veneering ofrecían un banquete. Once alas en la mesa

Twemlow; catorce personas en total. Cuatro criados de pecho hundido y vestidos de paisano se alineaban en el vestíbulo. Un quinto sube la escalera con un aire afligido —como si fuera a decir: «Aquí hay otra infortunada criatura que viene a cenar; ¡así es la vida!»— y anuncia:

—¡El señor Twemlow!

La señora Veneering da la bienvenida a su queridísimo señor Twemlow. El señor Veneering da la bienvenida a su queridísimo señor Twemlow. La señora Veneering no cree que al señor Twemlow, de natural, pueda interesarle mucho algo tan insípido como un bebé, pero a un viejo amigo debe complacerle mirar a un bebé.

—¡Ah! Conocerás mejor al amigo de tu familia, Pichurrín —dice la señora Veneering, asintiendo emocionada a ese nuevo artículo—, cuando empieces a darte cuenta de las cosas.

Entonces le pide que le permita presentarle a dos de sus amigos, el señor Boots y el señor Brewer, y está claro que no tiene ni idea de cuál es cada uno.

Pero entonces tiene lugar una espantosa circunstancia.

—¡El señor y la señora Podsnap!

—Querida, los Podsnap —le dice el señor Veneering a la señora Veneering, con un aire de amistosísimo interés, mientras la puerta permanece abierta.

Un hombre grande y demasiado, demasiado sonriente, rodeado de una fatídica espontaneidad, aparece con su esposa, al instante abandona a su esposa y se lanza hacia Twemlow diciendo:

—¿Cómo está? Me alegra mucho conocerle. Tiene una casa encantadora. Espero que no lleguemos tarde. ¡No sabe cuánto me alegra tener esta oportunidad!

Cuando la primera acometida cayó sobre él, Twemlow retrocedió dentro de sus pulcros zapatitos y sus pulcras medias de seda de una moda fenecida, como si se viera impelido a saltar sobre el sofá que había a su espalda; pero el hombre grande llegó hasta él y resultó ser demasiado fuerte.

—Permítame —dijo el hombretón, intentando llamar la atención de su mujer a lo lejos— tener el placer de presentarle a la señora Podsnap a su anfitrión. Estará encantada —en su fatídica espontaneidad, parece encontrar

perpetua frescura y eterna juventud en la frase—, estará encantada de tener la oportunidad, ¡estoy seguro!

Mientras tanto, la señora Podsnap, incapaz de originar un error por voluntad propia, pues la señora Veneering es la única señora que hay allí aparte de ella, hace lo que puede para apoyar el de su marido, mirando en dirección al señor Twemlow con un semblante quejumbroso y comentándole a la señora Veneering de manera sentida que, en primer lugar, teme haber estado un tanto descompuesta últimamente; y, en segundo, que el bebé ya se le parece mucho.

Es dudoso que a ningún hombre le guste que lo confundan con otro; pero como el señor Veneering esta noche se ha puesto la pechera del joven Antínoo (en una nueva batista que acaba de llegar al país), no le halaga nada que lo confundan con Twemlow, que es un sujeto seco y arrugado unos treinta años mayor. Al señor Veneering también le contraría que tomen a su mujer por la de Twemlow. En cuanto a este, es tan consciente de proceder de mucha mejor cuna que Veneering, que considera al hombretón un ofensivo zopenco.

En tan complicada tesitura, el señor Veneering se acerca al hombretón con la mano tendida, y sonriendo le asegura a ese incorregible personaje que está encantado de verlo, y este, en su fatídica espontaneidad, le replica:

—Gracias. Me avergüenza decir que en este momento no puedo recordar dónde nos conocimos, pero me alegra tener esta oportunidad de saludarlo, ¡desde luego!

Abalanzándose entonces sobre Twemlow, que le contiene con su escasa fuerza, lo arrastra con él para presentárselo, creyendo aún que es Veneering, a la señora Podsnap, cuando la llegada de más invitados deshace el error. Momento en el cual, tras haber vuelto a estrechar la mano de Veneering como Veneering, vuelve a estrechar la mano de Twemlow como Twemlow, y lo remata todo a su perfecta satisfacción diciéndole al último:

—Un momento ridículo... pero ¡no le quepa duda de que me alegro!

Ahora bien, Twemlow, tras haber pasado por esta terrorífica experiencia, tras haber observado, de manera parecida, la fusión de Boots en Brewer y de Brewer en Boots, y tras haberse fijado en que, de los otros siete invitados, cuatro personajes discretos entran paseando la mirada de un lado a otro y sin querer aventurarse a adivinar quién pueda ser Veneering hasta que Veneering

los coge por banda, se da cuenta de que esos estudios le traen el provecho de endurecerle de nuevo el cerebro a medida que alcanza la conclusión de que él es, realmente, el amigo más antiguo de Veneering, cuando de pronto el cerebro se le vuelve a reblandecer y todo se va al garete, pues su mirada se encuentra con Veneering y el hombretón unidos como gemelos al fondo de la sala, cerca de la puerta del invernadero, y los oídos le informan, tras oír hablar a la señora Veneering, de que ese mismo hombretón va a ser el padrino del bebé.

—¡La cena está en la mesa!

De nuevo es el criado melancólico, como si dijera: «¡Bajad y envenenaos, infelices hijos de los hombres!».

Twemlow, al no tener ninguna dama asignada, se queda al final, con la mano en la frente. Boots y Brewer, creyéndolo indispuerto, susurran: «Ese hombre va a desmayarse. No ha comido». Pero solo está atónito por la insuperable dificultad de su existencia.

Revivido por la sopa, Twemlow comenta sin gran entusiasmo con Boots y Brewer las últimas noticias de la familia real. En la primera fase del banquete, Veneering apela a él acerca de la cuestión en disputa de si su primo lord Snigsworth está o no en la ciudad. Concede que su primo está fuera de la ciudad.

—¿En Snigsworthy Park? —pregunta Veneering.

—En Snigsworthy —replica Twemlow.

Boots y Brewer consideran a ese hombre una amistad que hay que cultivar; y Veneering deja claro que se trata de un artículo provechoso. Mientras tanto, el criado da vueltas, como un sombrío Analista Químico, siempre con aspecto de decir, después de «¿Chablis, señor?»: «No lo tomaría si supiera de qué está hecho».

El gran espejo que hay sobre el aparador refleja la mesa y la compañía. Refleja el nuevo blasón de los Veneering, en oro y también en plata, escarchado y luego deshelado, un camello, ni más ni menos. El Colegio de Heráldica descubrió que un ancestro de los Veneering que estuvo en las cruzadas llevaba un camello en su escudo (o lo hubiera llevado, de habersele ocurrido), y que una caravana de camellos se encargaba de las frutas, las flores y las velas, y se arrodillaba para que la cargaran de sal. Refleja a

Veneering: cuarentón, pelo ondulado, oscuro, propende a la corpulencia, taimado, misterioso, vaporoso; una especie de profeta bastante bien parecido y envuelto en velos que no profetiza. Refleja a la señora Veneering: rubia, de nariz y dedos aquilinos, no con tanto pelo como podría haber tenido, espléndida de vestimenta y joyas, entusiasta, obsequiosa, consciente de que una punta del velo de su marido la cubre a ella. Refleja a Podsnap: próspera alimentación, una alita de color claro y peluda a cada lado de la cabeza calva, que tanto podrían ser su cepillo como su pelo, unas perlillas rojas de sudor que se le disuelven sobre la frente, y por detrás se ve una gran cantidad de cuello de camisa arrugado. Refleja a la señora Podsnap: una muestra magnífica para un anatomista, con mucho hueso, cuello y fosas nasales como un caballito de cartón, rasgos duros, tocado majestuoso en el que Podsnap ha colgado ofrendas de oro. Refleja a Twemlow: gris, seco, cortés, sensible al viento del este, cuello y corbata estilo Jorge IV, mejillas hundidas como si hubiera hecho un gran esfuerzo para recluirse en sí mismo unos años atrás, y hubiera llegado hasta allí y ya no hubiera de continuar. Refleja a la joven madura: rizos azabache, y una tez que se ilumina cuando va bien empolvada —como ahora— y que consigue con bastante fortuna cautivar al joven maduro: que tiene demasiada nariz en la cara, demasiado rojo en las patillas, demasiado torso en el chaleco, demasiado centelleo en las botas, los ojos, los botones, la conversación y los dientes. Refleja a la encantadora lady Tippins, a la derecha de Veneering: tiene una cara inmensa y oblonga, obtusa e insulsa, como la cara que se refleja en una cuchara, y un largo camino de cabellos teñidos en lo alto de la cabeza que se constituye en conveniente acceso público al racimo de cabellos postizos que lleva detrás; está encantada de tratar con condescendencia a la señora Veneering, a la que tiene delante, y a esta le encanta que la traten con condescendencia. Refleja a un tal «Mortimer», otro de los amigos más antiguos de Veneering: este nunca ha estado antes en la casa, y no parece que vaya a volver; se sienta desconsolado a la izquierda de la señora Veneering, y ha sido lady Tippins (una amiga de su juventud) quien lo ha camelado para acudir a casa de esas personas y charlar; no dirá palabra. Refleja a Eugene, el amigo de Mortimer: enterrado vivo en el respaldo de la silla, tras un hombro —con una charretera de polvos encima— de la joven dama, recurriendo apesadumbrado al cáliz de champán cada vez que se lo ofrece el Analista Químico. Por último, el espejo refleja a Boots y Brewer, y otros dos atiborrados Parachosques interpuestos entre el resto de la compañía y posibles accidentes.

Las cenas de los Veneering son excelentes —o no acudiría gente nueva— y todo va bien. En particular, lady Tippins ha llevado a cabo una serie de experimentos sobre sus funciones digestivas, tan en extremo complicadas y audaces que, de poder publicarse, sus resultados beneficiarían a la raza humana. Tras haber tomado provisiones en todas las partes del mundo, ese crucero viejo y resistente ha alcanzado por fin el Polo Norte cuando, mientras retiran los platos del helado, las siguientes palabras brotan de ella:

—Le aseguro, mi querido Veneering...

(El pobre Twemlow se lleva la mano a la frente, pues ahora parecería que lady Tippins va a convertirse en su más antigua amiga).

—¡Le aseguro, mi querido Veneering, que es una cosa rarísima! Como dice la gente de la publicidad, no le pido que me crea sin ofrecerle una referencia respetable. Mortimer, aquí presente, puede dar fe, y está al corriente de todo.

Mortimer levanta sus párpados caídos y abre un poco la boca. Pero una leve sonrisa, que expresa «¡Qué más da!», le cruza la cara, y baja los párpados y cierra la boca.

—Y ahora, Mortimer —dice lady Tipping, golpeando con las varillas de su abanico verde y cerrado los nudillos de la mano izquierda, particularmente rica en nudillos—, insisto en que me cuente todo lo que haya que contar sobre el hombre de Jamaica.

—Le doy mi palabra de que nunca he oído hablar de ningún hombre de Jamaica, como no sea el lema de la Sociedad Antiesclavista de «¿Acaso no soy un hombre y un hermano?».

—Del hombre de Tobago, entonces.

—Tampoco he oído hablar de ningún hombre de Tobago.

—Si exceptuamos —interviene Eugene, de manera tan inesperada que la dama joven y madura, que se ha olvidado completamente de él, con un sobresalto le quita de en medio las charreteras de polvos—, si exceptuamos a nuestro amigo que vivió tanto tiempo a base de budín de arroz y cola de pescado, hasta que, para su gran felicidad, el médico le dijo esta verdad: de cordero se puede zampar un buen asado.^[1]

Recorre la mesa la estimulante impresión de que Eugene va a contar todo

lo que sabe. Una impresión frustrada, pues no dice más.

—Y ahora, mi querida señora Veneering —afirma lady Tippins—, le pregunto si no le parece la conducta más vil de este mundo. Paseo a mis enamorados, dos o tres a la vez, siempre que se muestren devotos y obedientes; ¡y aquí está mi comandante de enamorados, el jefe de todos mis esclavos, tirando por la borda su lealtad en público! ¡Y aquí está otro de mis enamorados, desde luego un tosco Cimón en la actualidad, pero en el que tengo depositadas fundadas esperanzas de que con el tiempo acabe enderezándose, que finge que ya no se acuerda de las nanas que le cantaba su niñera! ¡Lo hace a propósito para enojarme, pues sabe cuánto me encantan!

Lady Tippins siempre se está inventando espeluznantes historias acerca de sus enamorados. Siempre la escoltan uno o dos, y tiene una lista de enamorados, y siempre está inscribiendo alguno nuevo, o borrando alguno antiguo, o anotando alguno en su lista negra, o ascendiendo alguno a su lista azul, o añadiendo nuevos enamorados, o anotando algo en su libro. La señora Veneering está encantada con su humor, y también el señor Veneering. Quizá este se ve incrementado por un no se sabe qué amarillo en el cuello de lady Tippins, como las patas de un ave que arañara.

—Desde este momento proscribo a ese falso individuo, y le expulso de mi Cupidón (es como llamo a mi libro mayor, querida), esta misma noche. Pero estoy decidida a que me cuenten la historia del hombre de Alguna Parte, y le suplico que se la sonsaque en mi nombre, querida —esto se lo dice a la señora Veneering—, pues yo ya he perdido mi influencia. ¡Oh, perjuro! —Esto se lo dice a Mortimer, con unos golpecitos de abanico.

—Todos estamos muy interesados en el hombre de Alguna Parte —observa Veneering.

Entonces los cuatro Parachoques, haciendo acopio de valor los cuatro al mismo tiempo, dicen:

—¡Qué interesante!

—¡Qué emocionante!

—¡Qué dramático!

—¡El hombre de Ninguna Parte, quizá!

Y entonces la señora Veneering —pues las engatusadoras tretas de lady

Tippins son contagiosas— junta las manos a la manera de un niño suplicante, se vuelve hacia el vecino de su izquierda, y dice:

—¡No se haga de rogar! ¡Hable! ¡Hombre de Donde Sea!

A lo cual, los cuatro Parachoques, misteriosamente impulsados de nuevo al mismo tiempo, exclaman:

—¡No puede negarse!

—A fe mía —dice Mortimer de manera lánguida—, me parece tremendamente embarazoso que todos los ojos de Europa se fijen sobre mí de este modo, y mi único consuelo es que todos ustedes, en el fondo de su corazón, deplorarán, de manera inevitable, la petición de lady Tippins, cuando descubran que el hombre de Alguna Parte es un pelmazo. Siento destruir sus fantasías románticas con algo vulgar, pero viene de un lugar concreto, de cuyo nombre no puedo acordarme, pero que a todos les sugerirá ese donde fabrican el vino.

Eugene sugiere:

—Day and Martin's.

—No, ese no —replica el impertérito Mortimer—, ahí es donde fabrican el oporto. El hombre del que hablo procede del país donde fabrican el vino de Ciudad del Cabo. Pero fíjese, mi querido amigo, no es algo estadístico, y sí bastante raro.

Siempre es de observar en la mesa de los Veneering que nadie se preocupa demasiado de ellos, y que cualquiera que tiene algo que decir se lo dice preferentemente a cualquier otra persona.

—El hombre —prosigue Mortimer, dirigiéndose a Eugene—, cuyo nombre es Harmon, era hijo único de ese bribón rematado que hizo fortuna recogiendo la basura de las calles.

—¿Esos que visten de pana roja y llevan una campana? —inquire el sombrío Eugene.

—Y una escalera y un cesto, si quiere. Y mediante esos medios, u otros, se enriqueció encargándose de quitar la basura de las calles, y vivió en la hondonada de una accidentada zona rural compuesta enteramente de desperdicios. En su pequeña propiedad, el gruñón vagabundo levantó su propia cordillera, como un viejo volcán, y su formación geológica estuvo

compuesta de polvo. Polvo de carbón, polvo vegetal, polvo de huesos, polvo de loza, polvo tosco y polvo pasado por el tamiz... todo tipo de polvo.

El fugaz recuerdo de la presencia de la señora Veneering induce a Mortimer a dirigirle la siguiente media docena de palabras; tras lo cual vuelve a apartarle la cara, lo intenta con Twemlow y descubre que este no responde, y en última instancia manda sus palabras a los Parachoques, que lo reciben de manera entusiasta.

—El ser moral (creo que esta es la expresión adecuada) de esta persona ejemplar derivaba su mayor satisfacción de anatemizar a sus parientes más directos y expulsarlos de casa. Habiendo comenzado (como era natural) dedicándole esas atenciones a su esposa del alma, luego se tomó la libertad de ofrecerle un reconocimiento similar a las peticiones de su hija. Eligió para ella el marido que él quiso, no el que a ella le gustaba, y procedió a asignarle, como dote matrimonial, no sé qué cantidad de basura, aunque realmente era inmensa. En ese momento, la pobre chica insinuó con todo el respeto que estaba prometida en secreto con ese popular personaje al que los novelistas y versificadores denominan el Otro, y que ese matrimonio convertiría en basura su corazón y su vida; en resumen, la colocaría en un lugar de honor, a muy amplia escala, en el negocio de su padre. De inmediato, su venerable padre (se cuenta que en una fría noche de invierno) la anatemizó y la echó de casa.

En este punto, el Analista (que evidentemente se ha formado una muy pobre opinión del relato de Mortimer) les concede un poco de clarete a los Parachoques; estos, de nuevo misteriosamente impulsados a la vez, se lo atornillan entre pecho y espalda lentamente con un peculiar giro de satisfacción, al tiempo que claman a coro:

—Prosiga, por favor.

—Los recursos pecuniarios del Otro eran, como suele ocurrir, de naturaleza muy limitada. No creo utilizar una expresión demasiado fuerte si digo que el Otro estaba sin blanca. No obstante se casó con la joven y residieron en una humilde morada, probablemente provista de un porche con madreselva y alguna otra enredadera, hasta que ella murió. Debo remitirles al Registro de nacimientos y defunciones del distrito en el que la humilde morada se ubicaba si quieren conocer la causa certificada de la muerte; pero es posible que el pesar y la ansiedad anteriores tuvieran que ver con ella, aunque puede que eso no aparezca en las páginas regladas ni en los impresos.

No hay duda que lo mismo le ocurrió al Otro, pues quedó tan mermado por la pérdida de su joven esposa que si la sobrevivió un año ya fue mucho.

El indolente Mortimer siempre parece insinuar que, si la buena sociedad pudiera, en algún caso, dejarse impresionar, él, que forma parte de esa buena sociedad, cedería quizá a la debilidad de dejarse impresionar por lo que ahora está relatando. Es una característica que se esfuerza por ocultar, pero que está en él. Algo parecido le pasa también al sombrío Eugene; pues cuando la espantosa lady Tippins declara que si el Otro hubiera sobrevivido lo habría puesto a la cabeza de su lista de enamorados —y también cuando la dama joven y madura encoge sus charreteras empolvadas, y ríe ante el comentario privado y confidencial del caballero joven y maduro—, su tristeza se ahonda hasta el punto de que se pone a enredar ferozmente con su cuchillo de postre.

Mortimer prosigue.

—Ahora debemos regresar, como dicen los novelistas, y como todos deseamos que no dijeran, al hombre de Alguna Parte. Cuando acaeció la expulsión de su hermana, era un muchacho de catorce años que recibía una educación barata en Bruselas, y pasó cierto tiempo antes de que se enterara: probablemente se lo contó ella misma, pues la madre estaba muerta; aunque eso no lo sé. Al instante se fugó de la escuela y regresó a su casa. Debía de ser un chaval de temple y recursos, pues consiguió llegar con una asignación interrumpida de cinco sueldos a la semana; pero lo consiguió, y se presentó delante de su padre para defender la causa de su hermana. El venerable padre enseguida recurre a la anatémización, y lo echa. Aterrado y muy afectado, el muchacho se marcha, hace fortuna, se embarca, finalmente aparece en tierra firme entre las tierras vinícolas de Ciudad del Cabo: pequeño propietario, granjero, plantador, como quieran llamarlo.

En esa coyuntura se oye un arrastrarse de pasos en el vestíbulo, unos golpes en la puerta del comedor. El Analista Químico se dirige hacia la puerta, dialoga airadamente con quien acaba de llamar, que queda invisible, parece aplacarse al encontrar razones para que hayan golpeado la puerta, y sale.

—Y así lo descubrieron, apenas el otro día, tras haber estado expatriado durante catorce años.

Un Parachoques asombra de repente a los otros tres al separarse del unísono y afirmar su individualidad preguntando:

—¿Cómo fue descubierto, y por qué?

—¡Ah! Claro. Gracias por recordármelo. El venerable padre muere.

El mismo Parachoques, envalentonado por el éxito, dice:

—¿Cuándo?

—El otro día. Hace diez o doce meses.

El mismo Parachoques inquiere con inteligencia:

—¿De qué?

Pero aquí parece ese triste ejemplar, pues los otros tres Parachoques lo contemplan con una mirada pétrea, y ningún mortal le presta ya atención.

—El venerable padre muere —repite Mortimer con el fugaz recuerdo de que hay un Veneering presente en la mesa, dirigiéndose a él por primera vez.

El gratificado Veneering repite con gravedad «muere», y cruza los brazos, y pone un ceño de escucha judicial, cuando de pronto se encuentra de nuevo abandonado en un mundo inhóspito.

—Encuentran su testamento —dice Mortimer, captando los ojos de caballo de cartón de la señora Podsnap—. Está fechado muy poco después de la huida de su hijo. Le deja la más baja de las montañas de basura, con una especie de vivienda al pie, a un viejo criado que es el único albacea, y todo el resto de sus bienes, que son bastante considerables, al hijo. Ordena que lo entierren con ciertas ceremonias y precauciones excéntricas para evitar que vuelva a la vida, con las que no quiero fatigarlos, y eso es todo... exceptuando que...

Y esto acaba el relato.

El Analista Químico regresa, todos lo miran. No porque nadie desee verlo, sino a causa de esa sutil influencia de la naturaleza que insta a la humanidad a abrazar la menor oportunidad de mirar cualquier cosa, en lugar de a la persona que habla.

—... Exceptuando que el hijo heredará solo con la condición de que se case con una chica que en la fecha del testamento tenía cuatro o cinco años de edad, y que ahora es ya una joven casadera. Anuncios e indagaciones descubrieron que el hijo era el hombre de Alguna Parte, y en el momento presente está regresando de allí (sin duda en un estado de gran asombro) para

ser el heredero de una enorme fortuna y para tomar esposa.

La señora Podsnap pregunta si esa joven cuenta con encantos personales. Mortimer no tiene respuesta.

El señor Podsnap pregunta qué sería de esa enorme fortuna en el caso de que no se cumpliera la estipulada condición del matrimonio. Mortimer replica que, mediante una cláusula testamentaria especial, todo iría a parar al criado mencionado anteriormente, dejando al hijo sin nada; además, de no haber vivido el hijo, el mismo viejo criado habría sido el único legatario.

La señora Veneering acaba de conseguir despertar a lady Tippins de sus ronquidos, moviendo diestramente una reata de platos y platitos hacia sus nudillos desde el otro lado de la mesa; entonces todos, excepto el propio Mortimer, se dan cuenta de que el Analista Químico le está ofreciendo, como si fuera un fantasma, un papel doblado. La curiosidad detiene unos momentos a la señora Veneering.

Mortimer, a pesar de todas las argucias del químico, se recupera plácidamente con una copa de Madeira, y sigue sin apercibirse del documento que absorbe la atención de todos, hasta que lady Tippins (que posee la costumbre de despertarse totalmente insensible), tras recordar dónde se encuentra, y recuperando la percepción de los objetos que la rodean, dice:

—Falsario don Juan, ¿por qué no coge la nota del Comendador?

A lo cual, el Analista se la pone a Mortimer en las narices, y este mira a su alrededor y dice:

—¿Qué es?

El Analista Químico se inclina y susurra.

—¿Quién? —dice Mortimer.

El Analista Químico se inclina y susurra otra vez.

Mortimer se lo queda mirando y desdobra el papel. Lo lee una vez, lo lee dos veces, le da la vuelta y ve el dorso en blanco, lo lee una tercera vez.

—Esto llega en un momento extraordinariamente oportuno —dice Mortimer a continuación, mirando en torno a la mesa con la faz alterada—: esta es la conclusión de la historia del hombre del que estábamos hablando.

—¿Ya se ha casado? —conjetura uno.

—¿Se niega a casarse? —conjetura otro.

—¿Hay un codicilo entre el polvo? —conjetura un tercero.

—De ninguna manera —dice Mortimer—. Es extraordinario. Todos se equivocan. La historia es más completa y apasionante de lo que imaginaba. ¡El hombre se ha ahogado!

Capítulo III

Otro hombre

Mientras las faldas de las damas ascendían la escalinata de los Veneering hasta desaparecer, Mortimer, que las seguía desde el comedor, dobló para meterse en una biblioteca de libros flamantes, en encuadernaciones flamantes profusamente doradas, y solicitó ver al mensajero que había traído el papel. Era un muchacho de unos quince años. Mortimer observó al mozo, y este observó a los flamantes peregrinos que había en la pared, que se dirigían hacia Canterbury con más marco dorado que procesión, y con más labrado que paisaje.

—¿De quién es esta letra?

—Mía, señor.

—¿Quién te ha dicho que escribieras la nota?

—Mi padre, Jesse Hexam.

—¿Fue él quien encontró el cuerpo?

—Sí, señor.

—¿A qué se dedica tu padre?

El muchacho vaciló, miró con reproche a los peregrinos, como si estos le hubieran metido en dificultades, y a continuación dijo, formando un pliegue en la pernera derecha del pantalón:

—Se gana la vida en la ribera del río.

—¿Está lejos?

—¿El qué, está lejos? —preguntó el muchacho, sin bajar la guardia, y de nuevo por el camino de Canterbury.

—La casa de tu padre.

—Hay un buen trecho, señor. He venido en un coche de punto, y está

esperando para cobrar la carrera. Podríamos volver en él antes de que lo pague, si lo desea. Primero fui a su despacho, de acuerdo con la dirección de los papeles que encontré en los bolsillos, y allí solo vi a un chaval de mi edad que me mandó hasta aquí.

En el muchacho había una curiosa mezcla de incompleta barbarie e incompleta civilización. Tenía la voz ronca y basta, la cara era basta, y su atrofiada figura era basta; pero iba más limpio que otros muchachos de su clase; y su letra, aunque grande y redonda, era buena; y observaba los lomos de los libros con una despierta curiosidad que no se limitaba solo a la cubierta. Nadie que sepa leer mira un libro del mismo modo que uno que no sabe, aunque esté en un estante y sin abrir.

—¿Sabes si se tomaron todas las medidas para comprobar si se le podía devolver la vida? —preguntó Mortimer, y buscó su sombrero.

—No me haría esa pregunta, señor, si viera su estado. El gentío que acompañaba al Faraón al ahogarse en el mar Rojo no estaba más lejos de la resurrección. Si Lázaro estaba solo la mitad de muerto, ese fue el mayor de los milagros.

—¡Caramba! —gritó Mortimer, dándose media vuelta con el sombrero en la cabeza—. Pareces estar muy familiarizado con el mar Rojo, mi joven amigo.

—Lo leí con el maestro en la escuela —dijo el muchacho.

—¿Y lo de Lázaro?

—Sí, también lo de Lázaro. ¡Pero no se lo diga a mi padre! Si toca ese tema, no tendremos paz en casa. El que yo haya aprendido es cosa de mi hermana.

—Parece que tienes una buena hermana.

—No es mala —dijo el muchacho—, pero lo más que sabe es leer y escribir, y he aprendido de ella.

El sombrío Eugene, con las manos en los bolsillos, había entrado en la sala y asistido a la última parte del diálogo; cuando el muchacho dijo aquellas palabras despectivas de su hermana, lo cogió bruscamente por la barbilla y le volvió la cara hacia él.

—¡Caramba, señor! —dijo el muchacho, resistiéndose—. Espero que con

esto me reconocerá si vuelve a verme.

Eugene no pronunció respuesta alguna, pero le hizo una propuesta a Mortimer:

—Iré contigo, si quieres.

Así pues, los tres partieron en el vehículo que había traído el muchacho; los dos amigos (de niños, compañeros de internado) dentro, fumando sendos cigarros; el mensajero en el pescante junto al cochero.

—Veamos —dijo Mortimer, por el camino—, Eugene, llevo cinco años en la honorable lista de abogados del Tribunal Supremo de la Cancillería, y abogados de lo Penal, durante cinco años; y, a excepción de aceptar órdenes de manera gratuita, con una media de una cada dos semanas, para el testamento de lady Tippins (que no tiene nada que legar), no he tenido entre manos más que este romántico asunto.

—Y yo —dijo Eugene— fui admitido en el Colegio de Abogados hace siete años y no he tenido ningún asunto, ni tendré ninguno. Y si lo tuviera, no sabría qué hacer con él.

—No está muy claro —replicó Mortimer con gran compostura— si en este último aspecto tengo mucha ventaja sobre ti.

—La odio —dijo Eugene, poniendo las piernas en el asiento de enfrente—, odio mi profesión.

—¿Te importa que yo también ponga los pies? —replicó Mortimer—. Gracias. Yo odio la mía.

—Me obligaron a seguirla —dijo el sombrío Eugene—, porque quedó entendido que queríamos un abogado en la familia. Ahora tenemos a uno inapreciable.

—A mí también me obligaron —dijo Mortimer—, porque quedó entendido que queríamos un procurador en la familia. Ahora tenemos a uno inapreciable.

—Somos cuatro, con nuestros nombres pintados en la jamba de la puerta de un agujero negro llamado «habitaciones» —dijo Eugene—, y cada uno de nosotros tiene la cuarta parte de un escribiente, Cassim Babá, el de la cueva de los ladrones de Alí Babá, y Cassim es el único miembro respetable del grupo.

—Yo estoy solo —dijo Mortimer—, en lo alto de una espantosa escalera que domina un cementerio, y tengo a todo un escribiente para mí solo, y lo único que hace en todo el día es mirar el cementerio, y qué será de él cuando llegue a la madurez es algo que no puedo concebir. Si en ese polvoriento nido de grajos planea sabias decisiones o planea asesinarme; si, después de tanta cavilación solitaria, acabará ilustrando a sus semejantes o envenenándolos; es el único interés que tiene por el momento mi profesión. ¿Me das fuego, por favor? Gracias.

—Y luego los idiotas hablan de Energía —dijo Eugene, recostándose, cruzando los brazos, fumando con los ojos cerrados, y con un habla levemente nasal—. Si existe una palabra de la A a la Z en el diccionario de la que abomino, es «energía». ¡Qué superstición convencional, qué parloteo de loros! ¡Qué demonios! ¿Tengo que salir a la calle, agarrar al primer hombre de aspecto adinerado que pase, zarandearle y decirle: «Acuda a la ley de inmediato, perro, y contrátame, o le mato»? Y, sin embargo, eso sería energía.

—Esa es precisamente mi opinión del caso, Eugene. Pero preséntame una buena oportunidad, enséñame algo ante lo que merezca la pena mostrarse enérgico, y yo te enseñaré lo que es energía.

—Y yo —dijo Eugene.

Es muy probable que otros diez mil jóvenes, dentro de los límites del área de entrega del Servicio Postal de Londres, manifestaran la misma esperanzada observación en el curso de la misma velada.

Las ruedas siguieron rodando, y rodaron junto al Monumento y la Torre, junto a los Muelles; por Ratcliffe y por Rotherlithe; por lugares donde la escoria acumulada de la humanidad parecía haber sido arrastrada desde terrenos más elevados, como una suerte de cloaca moral, para quedarse allí hasta que su propio peso los derribara de la orilla y los hundiera en el río. Las ruedas siguieron rodando entre embarcaciones que parecían haber embarrancado y casas que parecían haber echado a flotar, entre baupreses que contemplaban ventanas, ventanas que contemplaban barcos; hasta que finalmente se detuvieron en una oscura esquina, lavada por el río, pero no lavada por nada más, donde el muchacho se apeó y abrió la puerta.

—El resto hay que ir andando, señor; no está lejos. —Habló en singular para expresar la exclusión de Eugene.

—Esto está en el maldito fin del mundo —dijo Mortimer, resbalando sobre las losas y desperdicios de la orilla, mientras el muchacho doblaba la esquina bruscamente.

—Aquí está mi padre, señor; donde ve la luz.

Aquel edificio de poca altura tenía toda la pinta de haber sido antaño un molino. Exhibía una verruga de madera podrida en la frente que parecía indicar dónde habían estado las aspas, pero el interior apenas era visible con la oscuridad de la noche. El muchacho levantó el pestillo de la puerta y accedieron a una habitación circular de techo bajo, donde un hombre estaba de pie junto a un fuego rojo, contemplándolo, mientras una muchacha permanecía sentada cosiendo. El fuego estaba en un brasero oxidado, no adosado al hogar; y una lámpara vulgar en forma de raíz de jacinto humeaba y brillaba dentro del cuello de una botella de piedra colocada sobre la mesa. En un rincón había un camastro o litera, y en otro rincón una escalera de madera que llevaba al piso superior, tan burda y empinada que apenas era mejor que una escala de mano. Contra la pared se apoyaban dos o tres remos o espadillas, y en otra zona de la pared había un pequeño aparador, que exhibía una provisión de los artículos de vajilla y cocina más vulgares. El techo de la habitación no estaba enlucido, sino que lo formaba el reverso del suelo de la habitación superior. Este, además de ser muy viejo, nudoso, con grietas y vigas, le daba a la sala un aspecto aún más bajo; y el tejado, las paredes y el suelo, todos por igual con abundantes manchas de harina, minio (o alguna mancha parecida que probablemente había adquirido cuando servía de almacén) y humedad, ofrecían el mismo aspecto de descomposición.

—El caballero, padre.

La figura que estaba junto al fuego se volvió, levantó la cabeza alborotada, y miró como si fuera un ave de presa.

—Usted es el señor don Mortimer Lightwood, ¿verdad?

—Mortimer Lightwood es mi nombre. Lo que ha encontrado —dijo Mortimer, mirando con aprensión en dirección al camastro—, ¿está aquí?

—No puedo decir que esté aquí, pero está cerca. Lo he hecho todo de manera reglamentaria. He informado de las circunstancias a la policía, y la policía se ha hecho con ello. Ninguna de las dos partes ha perdido el tiempo. La policía ya lo ha puesto en letra impresa, y aquí tiene lo que dice el papel.

Cogió la botella que contenía la lámpara y la mantuvo cerca del papel que había en la pared, donde, debajo del encabezamiento de la policía, se leía «CADÁVER ENCONTRADO». Los dos amigos leyeron el volante que estaba clavado en la pared, y el Jefe los leía a ellos mientras sujetaba la luz.

—Entiendo que el desdichado solamente llevaba papeles encima —dijo Lightwood, desviando la mirada de la descripción de lo encontrado al que lo había encontrado.

—Solamente, papeles.

En ese momento, la chica se levantó con la costura en la mano y se dirigió a la puerta.

—No había dinero —prosiguió Mortimer—, solo tres peniques en los bolsillos de la camisa.

—Tres. Piezas. De penique —dijo el Jefe Hexam en sendas frases.

—Los bolsillos de los pantalones vacíos, y vueltos del revés.

El Jefe Hexam asintió.

—Pero eso es corriente. Si lo arrastró la marea o no, no sé decirle. Ahora bien —acercó la luz a otro cartel parecido—, sus bolsillos fueron encontrados vacíos, y vueltos del revés. Y aquí —y acercó la luz a otro volante—, sus bolsillos fueron encontrados vacíos, y vueltos del revés. Y lo mismo dice este. Y ese. No los puedo leer, ni quiero, pues me los sé del lugar que ocupan en la pared. Este fue un marinero, con dos anclas, una bandera y las iniciales G. F. T. tatuadas en el brazo. Eche un vistazo y vea si no lo fue.

—Exacto.

—Esa era una joven de botas grises, y la ropa interior marcada con una cruz. Eche un vistazo y vea si no lo fue.

—Exacto.

—Ese era el que tenía un feo corte encima del ojo. Este es el de dos hermanas jóvenes que se ataron con un pañuelo. Este es aquel viejo borracho, que iba en pantuflas y gorro de dormir, que se mostró dispuesto (como se descubrió luego) a hacer un agujero en el agua para buscar una botella de cuarto de ron que habían colocado de antemano, y mantuvo su palabra por primera y última vez en la vida. Qué bien empapelan la habitación, ¿eh? Pero

me los conozco todos. ¡Soy un erudito!

Recorrió la totalidad con la luz, como si fuera representativa de su erudita inteligencia, y a continuación la dejó sobre la mesa y se quedó detrás, mirando fijamente a sus visitantes. Tenía esa cualidad especial de algunas aves de presa, que, cuando fruncen el entrecejo, la cresta erizada les sube aún más.

—No habrá encontrado usted a todos estos, ¿verdad? —preguntó Eugene.

A lo que el ave de presa replicó lentamente:

—¿Y cuál es su nombre, si puede saberse?

—Es amigo mío —se interpuso Mortimer Lightwood—; es el señor Eugene Wrayburn.

—Así que el señor Eugene Wrayburn, ¿eh? ¿Y qué es lo que me ha preguntado el señor Eugene Wrayburn?

—Simplemente le he preguntado si usted los ha encontrado a todos.

—Y la respuesta es, simplemente, que a casi todos.

—¿Y supone usted que, entre estos casos, se ha producido de antemano violencia y robo?

—Yo no supongo nada —replicó el Jefe—. No soy de los que suponen cosas. Si se ganara la vida sacando cosas del río cada día de su vida, no sería muy dado a las suposiciones. ¿He de enseñarle el camino?

Mientras abría la puerta, buscando una señal de asentimiento por parte de Lightwood, una cara agitada y extremadamente pálida apareció por el vano: la cara de un hombre muy desasosegado.

—¿Ha desaparecido un cadáver? —preguntó el Jefe Hexam, parándose en seco—. ¿O se ha encontrado un cadáver? ¿Qué?

—¡Me he perdido! —replicó el hombre, con tono presuroso y ansioso.

—¿Perdido?

—Soy... soy forastero, y no conozco el camino. Quiero... quiero encontrar el lugar donde pueda ver lo que aquí se describe. Es posible que lo conozca.

Jadeaba y apenas podía hablar; pero mostró una copia del volante recién

impreso que aún estaba húmedo en la pared. Quizá el hecho de que fuera nuevo, o quizá la precisión con que observó la situación general, llevó al Jefe a una pronta conclusión.

—Este caballero, el señor Lightwood, se ha interesado por el asunto.

—¿El señor Lightwood?

Hubo una pausa, durante la cual Mortimer y el desconocido quedaron cara a cara. No se conocían.

—¿Creo, señor —dijo Mortimer, rompiendo el incómodo silencio con su altanero dominio de sí mismo—, que me ha hecho el honor de pronunciar mi nombre?

—Lo he repetido, después de este hombre.

—¿Ha dicho que es forastero en Londres?

—Un completo forastero.

—¿Está buscando a un tal señor Harmon?

—No.

—Entonces creo poder asegurarle que su viaje ha sido en balde, y que no encontrará lo que temía encontrar. ¿Quiere venir con nosotros?

Un breve serpenteo a través de algunas embarradas callejas que podían haber sido depositadas por la última y hedionda marea los llevó a la portezuela y al brillante farol de una comisaría; allí encontraron al inspector de noche con pluma y tinta, y regla, poniendo al día sus libros en una oficina encalada, con tanta aplicación como si estuviera en un monasterio en lo alto de una montaña, y como si una mujer borracha no aullara furiosa ni se abalanzara contra la puerta de la celda que había en el patio trasero, a su lado. Con el mismo aire de recluso entregado al estudio, abandonó sus libros para dedicarle un desconfiado movimiento de cabeza de reconocimiento al Jefe, que quería decir sin ambages: «¡Ah! Lo sabemos todo de usted, y algún día se pasará de la raya»; y para informar al señor Mortimer Lightwood y a sus amigos de que los atendería de inmediato. A continuación terminó de trazar líneas en el libro que tenía entre manos (estaba tan tranquilo que parecía que iluminara un misal) de manera muy pulcra y metódica, sin hacer el menor caso a la mujer que se daba de golpes con creciente violencia y chillaba atterradoramente que iba a sacarle el hígado a otra hembra.

—Dame un farol —dijo el inspector, agarrando las llaves, que trajo un satélite deferente—. Y ahora, caballeros...

Con una de las llaves abrió una fría gruta que había al final del patio, y todos entraron. Volvieron a salir rápidamente, y el único que habló fue Eugene, que le comentó a Mortimer en un susurro:

—No está mucho peor que lady Tippins.

De manera que, de regreso en la biblioteca encalada del monasterio, con aquella mujer aún con la vociferante obsesión del hígado, al mismo volumen sonoro, mientras contemplaban la silenciosa noche que habían ido a ver, repasaron las excelencias del caso tal como les fueron resumidas por el abad. No tenían ni idea de cómo el cuerpo había ido a parar al río. Era frecuente que no hubiera pistas. Demasiado tarde para saber con certeza si las heridas se habían recibido antes o después de la muerte; una excelente opinión médica decía que antes; otra excelente opinión médica decía que después. El camarero del barco en el que el caballero iba de pasajero había sido convocado para que lo identificara, y lo había hecho bajo juramento. También había identificado las ropas. Y luego estaban los papeles. ¿Cómo había conseguido desaparecer por completo del barco hasta que lo encontraron en el río? ¡Bueno! Probablemente se metió en algún asunto. Probablemente pensó que era un asunto inofensivo, no estaba preparado para lo que se encontró, y el desenlace fue fatal. Al día siguiente, la encuesta, y sin duda la causa de la muerte se declararía sin resolver.

—Parece ser que a su amigo lo golpearon y lo derribaron —comentó el inspector cuando hubo acabado su recapitulación—. ¡No tuvo suerte!

Esto lo dijo en voz muy baja, y con una mirada escrutadora (no la primera que lanzaba) al forastero.

El señor Lightwood le explicó que no era amigo suyo.

—Ah, ¿no? —dijo el inspector, con un oído atento—. ¿Dónde lo encontró?

El señor Lightwood se lo explicó.

El inspector había pronunciado su recapitulación, y había añadido esas palabras con los codos apoyados sobre el escritorio, y con los dedos y pulgar de la mano derecha unidos a los dedos y pulgar de la mano izquierda. El

inspector no movió más que los ojos al añadir, levantando la voz:

—¡Se está mareando, señor! Parece que no está acostumbrado a este tipo de asunto.

El forastero, que se apoyaba en la repisa de la chimenea, con la cabeza gacha, miró a su alrededor y respondió:

—No. ¡Es una visión horrible!

—Me han dicho que tenía que identificarlo, señor.

—Sí.

—¿Lo ha identificado?

—No. Es una visión horrible. ¡Oh! ¡Una visión horrible, horrible!

—¿Quién pensaba que podía ser? —preguntó el inspector—. Denos una descripción. A lo mejor podemos ayudarle.

—No, no —dijo el forastero—. Sería inútil. Buenas noches.

El inspector no se había movido, no había dado ninguna orden; pero el satélite deslizó la espalda contra la portezuela y dejó el brazo izquierdo encima, y con la mano derecha movió el farol que le había cogido a su jefe —sin ninguna ceremonia— hacia el forastero.

—Ha echado en falta a un amigo, o ha echado en falta a un enemigo, y lo sabe, o no habría venido hasta aquí, y lo sabe. Muy bien, pues, ¿no es razonable preguntar de quién se trata? —Así se expresó el inspector.

—Debe perdonarme que no se lo diga. Nadie puede comprender mejor que usted que las familias decidan no hacer públicos sus desacuerdos y desgracias, excepto en caso de máxima necesidad. No le discuto que cumpla con su deber preguntándome; y usted no me discuta mi derecho a guardarme la respuesta. Buenas noches.

De nuevo se volvió hacia la portezuela, donde el satélite, sin perder de vista a su jefe, permanecía como una estatua muda.

—Al menos —dijo el inspector—, no le importará dejarme su tarjeta, señor.

—Si tuviera, no me importaría; pero no tengo. —Se sonrojó y pareció muy turbado al responder.

—Al menos —dijo el inspector sin cambiar de tono o de actitud—, no pondrá ninguna objeción a que anote su nombre y dirección.

—Ninguna.

El inspector mojó la pluma en el tintero, y diestramente la dejó sobre un papel que tenía al lado; a continuación volvió a asumir su posición anterior. El forastero se acercó al escritorio y escribió con la mano trémula —el inspector se fijó de soslayo en cada pelo de su cabeza cuando se agachó—: «Señor Julius Handford, Posada del Tesoro Público, Palace Yard, Westminster».

—Se aloja allí, imagino, señor.

—Me alojo allí.

—Así pues, ¿vive en el campo?

—¿Cómo? Sí, vivo en el campo.

—Buenas noches, señor.

El satélite apartó el brazo y abrió la portezuela, y el señor Julius Handford salió.

—¡Reserva! —dijo el inspector—. Encárguese de este papel, no lo pierda de vista, pero sin molestarlo, asegúrese de que se aloja allí y averigüe todo lo que pueda de él.

El satélite desapareció; y el inspector, transformándose de nuevo en el abad del monasterio, mojó la pluma en la tinta y regresó a sus libros. Los dos amigos que lo habían observado, mostrándose más divertidos por su actitud profesional que suspicaces hacia el señor Julius Handford, le preguntaron, antes de partir, si creía realmente que había algo sospechoso en aquella muerte.

El abad replicó con renuencia:

—No puedo decirles. Si es un asesinato, cualquiera podría haberlo hecho. El crimen con escalo o la profesión de carterista exigen aprendizaje. No así el asesinato. Eso podemos hacerlo todos. He visto venir a identificar a docenas de personas, pero jamás vi a ninguno tan afectado. A lo mejor ha sido el estómago y no la mente. Un estómago un poco raro, de ser así. Pero, desde luego, hay tantas cosas raras... Es una pena que no haya una palabra de verdad en esa superstición que afirma que los cadáveres sangran cuando los

toca una mano culpable; los cadáveres nunca dan ninguna señal. Ya arma bastante bulla esta mujer. Ella sola me está dando la noche —se refería a la mujer que daba golpes exigiendo un hígado—, pero de los cadáveres no se saca nada, y siempre ha sido así.

Como no había nada más que hacer hasta que se celebrara la encuesta al día siguiente, los amigos se marcharon juntos, y el Jefe Hexam y su hijo se fueron por su lado. Pero al llegar a la última esquina, el Jefe le ordenó al muchacho que se fuera a casa mientras él se introducía en una taberna de cortinas rojas que se hinchaba hidropésicamente sobre el embarcadero, «para tomar media pinta».

El muchacho levantó el mismo pestillo que había levantado antes y encontró a su hermana de nuevo sentada junto al fuego, con su labor. Esta levantó la cabeza al oírlo entrar y él preguntó:

—¿Adónde has ido, Liz?

—He salido a la noche.

—No hacía falta. Todo ha ido bien.

—Uno de los caballeros, el que no ha dicho nada cuando yo estaba aquí, me miraba mal. Y me daba miedo que adivinara lo que significaba mi cara. Pero ¡en fin! ¡No me hagas caso, Charley! De otro tipo fue el temblor que me dio cuando le confesaste a padre que sabías escribir un poco.

—¡Ah! Pero le hice creer que escribía tan mal que era casi imposible que nadie pudiera leer mi letra. Y entonces escribí muy despacio y lo manché con el dedo, y padre se quedó muy contento, y lo pasó por alto.

La chica dejó a un lado su costura, acercó su silla a la de él, junto al fuego, y le puso la mano cariñosamente en el hombro.

—Procurarás aprovechar el tiempo, ¿verdad, Charley?

—¿No lo haré? ¡Vamos! Esta sí que es buena. ¿Es que no lo hago?

—Sí, Charley, sí. Te esfuerzas mucho por aprender, lo sé. Y yo trabajo un poco, Charley, y hago planes y estratagemas (a veces me despierto con alguna estratagema en la cabeza) para conseguir un chelín ahora, un chelín más tarde, para que padre se crea que te estás empezando a ganar la vida vagabundeando por la orilla del río.

—Tú eres la favorita de padre, y puedes hacerle creer cualquier cosa.

—¡Ojalá pudiera, Charley! Pues si pudiera hacerle creer que aprender es algo bueno, y que mejoraría nuestra vida, moriría tranquila.

—No hables de morir, Liz.

Colocó las dos manos en el hombro de Charley, la una sobre la otra, y posando su mejilla de tez morena sobre ellas mientras contemplaba el fuego, añadió en tono pensativo:

—Por las tardes, Charley, cuando estás en la escuela, y padre...

—En *Los Seis Alegres Mozos de Cuerda* —intervino el muchacho, señalando con la cabeza hacia atrás, en dirección a la taberna.

—Sí. Entonces, cuando estoy sentada junto al fuego, me parece ver en el carbón que quema... como donde hay ahora ese resplandor...

—Es gas, eso es —dijo el muchacho—, y sale de un trozo de bosque que ha estado bajo el barro que a su vez estuvo bajo el agua en la época del arca de Noé. ¡Fíjate! Cuando cojo el atizador... así... y le doy un...

—No lo muevas, Charley, o saldrán llamas. Me refiero a ese resplandor apagado que hay al lado, que viene y va. Cuando lo miro, por las tardes, forma como imágenes de mí, Charley.

—Enséñanos una imagen —dijo el muchacho—. Dinos dónde mirar.

—¡Ah! Hacen falta mis ojos, Charley.

—Abrevia, pues, y dinos qué ven tus ojos.

—Bueno, estamos tú y yo, Charley, cuando eras un bebé que no conoció a su madre...

—No vayas diciendo que no conocí a mi madre —interrumpió el chico—, pues tuve a una hermanita que fue para mí una hermana y una madre.

La chica rió encantada, y sus ojos se llenaron de agradables lágrimas cuando él la rodeó por la cintura con los brazos y la estrechó.

—Estamos tú y yo, Charley, cuando padre se iba a trabajar y nos dejaba fuera de casa, por miedo a que nos incendiáramos o nos cayéramos por la ventana, sentados en el umbral, o en otros portales, sentados en la orilla del río, vagábamos para matar el rato. Pesas bastante, Charley, y a menudo tengo

que descansar. A veces tenemos sueño y nos quedamos dormidos en un rincón, a veces tenemos hambre, a veces estamos un poco asustados, pero a menudo lo peor es el frío. ¿Te acuerdas, Charley?

—Me acuerdo —dijo el muchacho, apretándola contra él dos o tres veces — de que me acurrucaba bajo un pequeño chal, y que allí se estaba calentito.

—A veces llueve, y nos metemos debajo de una barca o lo que haya; a veces es de noche y nos paseamos entre las lámparas de gas, nos sentamos a mirar la gente que pasa por la calle. Finalmente aparece papá y nos lleva a casa. ¡Y cómo parece cobijarnos nuestro hogar después de todo el día a la intemperie! Y papá me saca los zapatos, me seca los pies al fuego, y me tiene sentada a su lado mientras se fuma una pipa después de que tú te hayas acostado, y me fijo en que papá tiene la mano grande pero no pesada cuando me toca, y que papá tiene una voz áspera pero nunca enfadada cuando me habla. De manera que crezco, y poco a poco padre confía en mí, y me convierte en su compañera, y, por muy enfadado que esté, nunca me pega.

El muchacho dejó escapar un gruñido en ese punto, como si dijera: «¡Pero me pega a mí!».

—Estas son algunas imágenes del pasado, Charley.

—Abrevia otra vez —dijo el muchacho—, y elige una imagen del porvenir; una del futuro.

—¡Bueno! Ahí estoy, sigo con padre, agarrada a padre, porque padre me ama y yo le amo. No puedo ponerme a leer un libro, pues, si hubiera aprendido, padre habría pensado que iba a abandonarlo, y habría perdido mi influencia. No tengo la influencia que querría, no puedo impedir las cosas horribles que intento impedir, pero sigo esperando y confiando en que llegue el momento en que pueda. Mientras tanto, sé que en algunas cosas soy un apoyo para padre, y que, si no le fuera fiel, él, por decepción o venganza, o las dos cosas, se volvería loco y malo.

—A ver qué dicen de mí estas imágenes del futuro.

—Iba a pasar a ellas, Charley —dijo la muchacha, que no había cambiado de actitud desde que comenzara, y que ahora negaba lastimeramente con la cabeza—, las otras imágenes eran para llegar a esta. Ahí estás...

—¿Dónde estoy, Liz?

—Sentado en el hueco que hay junto al fuego.

—Ese rincón junto al fuego parece la casa del diablo —dijo el muchacho, llevando la mirada al brasero, que, con sus finas y largas patas, parecía un espeluznante esqueleto.

—Ahí estás, Charley, haciendo los deberes de la escuela a escondidas de padre; y ganas premios; y cada vez vas a mejor; y llegas a ser un... ¿qué era eso que me dijiste que querías ser?

—¡Ja, ja! ¡La adivina no sabe el nombre! —gritó el muchacho, al parecer, bastante aliviado por esa omisión de lo que se veía en el hueco junto al fuego —. Aprendiz de maestro.

—Llegas a ser aprendiz de maestro, y sigues mejorando, y acabas siendo un maestro lleno de saber y respeto. Pero padre hace mucho que está al corriente del secreto, y eso te ha separado de él, y de mí.

—¡No es verdad!

—Sí lo es, Charley. Veo, con toda la claridad que es posible, que tu camino no es el nuestro, y que aunque consiguieras que padre te perdonara que lo siguieras (cosa imposible), nuestro camino quedará ensombrecido por el tuyo. Pero veo también, Charley...

—¿Aún con toda la claridad que es posible, Liz? —preguntó el muchacho, en broma.

—¡Sí, aún! Que es algo muy bueno que te hayas apartado de la vida de padre, y que hayas emprendido un nuevo comienzo, y mejor. Así que aquí estoy, sola con padre, manteniéndolo todo lo honesto que puedo, esperando tener más influencia de la que tengo, esperando que gracias a alguna feliz coincidencia, o cuando esté enfermo, o cuando... no sé cuándo... pueda convencerle de querer hacer cosas mejores.

—Antes has dicho que no sabías leer un libro, Lizzie. Pero tu biblioteca es el hueco junto al fuego, creo.

—No sabes cómo me alegraría poder leer libros. Noto mucho mi falta de conocimientos, Charley. Pero lo notaría mucho más si no supiera que es un vínculo entre padre y yo. ¡Ojo! ¡Las pisadas de padre!

Al ser ya más de medianoche, el ave de presa se iba directamente a su percha. A mediodía del día siguiente, reapareció en *Los Seis Alegres Mozos de*

Cuerda, asumiendo el papel, por primera vez, de testigo ante el juez de instrucción.

El señor Mortimer Lightwood, además de hacer el papel de uno de los testigos, también interpretaba al eminente abogado que supervisaba el proceso en nombre de los representantes del difunto, como quedó debidamente constatado en los periódicos. El inspector también estuvo atento al proceso, y no compartió con nadie lo que vio. El señor Julius Handford había dado su dirección correcta, y tenía solvencia suficiente para pagar la cuenta, aunque nada más se sabía de él en el hotel, excepto que llevaba una vida muy retirada, y que nadie lo visitaba, por lo que apenas estaba presente en las sombras de la mente del inspector.

El caso interesó al público gracias a la declaración del señor Mortimer Lightwood referente a las circunstancias que habían acompañado el regreso del difunto, el señor John Harmon, a Inglaterra; durante varios días, a la hora de la cena, los Veneering, los Twemlow, los Podsnap, y todos los Parachoques ofrecieron su interpretación privada y exclusiva de las circunstancias, y todos las relataron de manera irreconciliable y contradictoria. También le dio interés el testimonio de Job Potterson, el camarero de la nave, y de un tal Jacob Kibble, otro pasajero, que manifestó que el difunto señor John Harmon transportaba, en una bolsa de mano con la que desembarcó, la suma obtenida por la venta forzada de sus bienes raíces, y que la suma excedía, en efectivo, las setecientas libras. Y aún lo hicieron más interesante las extraordinarias experiencias de Jesse Hexam, que tantos cadáveres había rescatado del Támesis, y a quien un extasiado admirador que firmaba «Un amigo del entierro» (quizá alguien que se dedicaba a las pompas fúnebres) había enviado dieciocho sellos de correos, además de cinco cartas al director del *Times*.

El jurado, teniendo en cuenta las pruebas presentadas, adujo que el cuerpo del señor John Harmon había sido descubierto flotando en el Támesis en un avanzado estado de descomposición y con numerosas heridas; y que el mencionado señor John Harmon había encontrado la muerte en circunstancias altamente sospechosas, aunque no se podía demostrar delante del jurado quién había sido el autor ni de qué manera había obrado. Y adjuntaron al veredicto una recomendación para el Ministerio del Interior (que el inspector parecía considerar de lo más razonable) para que ofreciera una recompensa para la resolución del misterio. A las cuarenta y ocho horas, se estableció de manera

oficial una recompensa de Cien Libras, junto con un indulto a cualquier persona o personas que no hubieran sido el autor o autores materiales, etcétera, etcétera.

Esta proclama dejó al inspector adicionalmente pensativo, y lo puso a meditar por los peldaños de los ríos y los embarcaderos, y lo tuvo merodeando entre botes y embarcaciones, encajando esta pieza y la otra. Pero, según como unas las piezas de un rompecabezas, te puede salir un pez y una mujer separados, o una Sirena si los combinas. Y el inspector tan solo dio con una Sirena, algo en lo que no podrían creer ni un juez ni un jurado.

De este modo, al igual que las mareas que lo habían llevado a conocimiento de los hombres, el Caso Harmon —como se lo conoció popularmente— subía y bajaba, fluía y reflúa, ahora en la ciudad, ahora en el campo, ahora entre palacios, ahora entre chamizos, ahora entre lores y ladies y gentes de buena cuna, ahora entre peones, martilladores, estibadores, hasta que al fin, tras un largo intervalo de aguas mansas, se fue mar adentro y desapareció.

Capítulo IV

La familia de R. Wilfer

Reginald Wilfer es un nombre de sonido un tanto rimbombante, que sugiere al principio placas conmemorativas en iglesias rurales, volutas en vidrieras pintadas, y en general a los De Wilfer que llegaron con Guillermo el Conquistador. Y resulta un hecho extraordinario de la genealogía que ningún De Nadie llegara con Nadie más.

Pero la familia de Reginald Wilfer era de una extracción y actividades tan corrientes que sus antepasados habían subsistido durante generaciones en los muelles, en Impuestos Internos, en la Oficina de Aduanas, y el actual R. Wilfer era apenas un pobre oficinista. Tenía un salario limitado y una familia ilimitada, y era un oficinista tan pobre que nunca había alcanzado lo que era su modesta ambición: llevar en alguna ocasión un atavío completo totalmente nuevo, sombrero y botas incluidos. El sombrero negro se le volvía marrón antes de poder comprarse una chaqueta, los pantalones palidecían en las costuras y las rodillas antes de poder comprarse un par de botas, las botas se le gastaban antes de poder regalarse unos pantalones nuevos, y para cuando conseguía llegar de nuevo al sombrero, ese artículo moderno y reluciente techaba antiguas ruinas de diversos periodos.

Si el querubín convencional pudiera llegar a crecer alguna vez y vestirse, sería como un retrato de Wilfer. Su aspecto mofletudo, terso e inocente era una de las razones por las que, cuando no lo denigraban, lo trataban con condescendencia. Un desconocido que entrara en su pobre casa a eso de las diez de la noche se habría sorprendido quizá al encontrarlo sentado para cenar. Tan infantil era en sus curvas y proporciones que, si su antiguo maestro se lo hubiera encontrado en Cheapside, quizá no habría sido capaz de resistir la tentación de darle con la palmeta allí mismo. En resumen, era el querubín convencional después de dar el estirón: bastante gris, con signos de preocupación en el rostro, y en circunstancias decididamente insolventes.

Era tímido, y poco propenso a responder al nombre de Reginald, pues era

un nombre con demasiadas aspiraciones y personalidad. En su firma utilizaba solo la inicial R., y revelaba lo que significaba en realidad apenas a unos pocos amigos escogidos en régimen de confidencialidad. Por esta causa, había surgido en el barrio que rodeaba Mincing Lane la burlona costumbre de inventarle nombres a partir de adjetivos y participios que fueran más o menos adecuados: como Rancio, Retraído, Rubicundo, Redondo, Rollizo, Ridículo, Reflexivo; otros se los ponían porque nada tenían que ver con él: Rugiente, Rabioso, Rufián, Ruidoso. Pero su nombre más popular era Rumty, que en un momento de inspiración se lo había endilgado un caballero muy sociable relacionado con el mercado de productos farmacéuticos, como el comienzo de un estribillo social, cuya parte solista había llevado a ese caballero, en su ejecución, al Templo de la Fama, y cuya carga expresiva completa se daba en las líneas:

Rumty nenito, uau uau uau

canta el pequeñito, uau uau uau.

Y así se le dirigían constantemente, incluso en notas sin importancia en el trabajo, como «Querido Rumty»; a las que él respondía tranquilamente firmando: «Atentamente, R. Wilfer».

Trabajaba de oficinista en la empresa de productos farmacéuticos de Chiksey, Veneering y Stobbles. Chiksey y Stobbles, sus antiguos jefes, habían sido absorbidos por Veneering, antaño viajante de comercio a comisión: quien había dejado constancia de su ascenso al poder aportando al negocio unas cuantas ventanas de cristal cilindrado y una mampara de caoba pulimentada a la francesa, y una enorme y reluciente placa para la puerta.

Una tarde, R. Wilfer cerró su escritorio, se metió su manojito de llaves en el bolsillo como si fueran una peonza y se encaminó a casa. Vivía en la región de Holloway, al norte de Londres, entonces separada de la ciudad por campos y árboles. Entre Battle Bridge y esa parte del distrito de Holloway en la que residía había un trecho de Sáhara suburbano, donde se quemaban ladrillos y tejas, se hervían huesos, se azotaban alfombras, se arrojaba basura, peleaban perros, y los empleados de la limpieza amontonaban polvo. Mientras flanqueaba ese desierto por su ruta habitual, a la luz de los fuegos de los hornos que formaba chillonas manchas en la niebla, R. Wilfer suspiraba y negaba con la cabeza.

—¡Ay! —decía—. ¡Las cosas podrían haber sido de otra manera!

Tras ese comentario sobre la vida humana, que indicaba una experiencia de esta que no era exclusivamente propia, se apresuraba en finalizar el trayecto hasta su casa.

La señora Wilfer era, naturalmente, una mujer alta y angulosa. Como su señor era querúbico, ella era necesariamente majestuosa, siguiendo el principio de que el matrimonio une los contrastes. Tenía la persistente costumbre de tocarse la cabeza con un pañuelo que se anudaba bajo la barbilla. Parecía considerar ese tocado, en conjunción con unos guantes que llevaba dentro de casa, como una especie de armadura contra la desdicha (que invariablemente tomaba la forma del desánimo o las dificultades), y como una especie de atavío de calle. Su marido, por tanto, contemplaba tan heroica indumentaria con cierto decaimiento del espíritu cada vez que ella dejaba la vela en el pequeño vestíbulo y bajaba los peldaños que cruzaban el pequeño patio delantero para abrirle la puerta.

Algo había pasado con la puerta de la casa, pues R. Wilfer se detuvo en los peldaños, se la quedó mirando y gritó:

—Va-ya.

—Sí —dijo la señora Wilfer—, vino el hombre en persona con unas tenazas, la sacó y se la llevó. Dijo que como no tenía esperanza alguna de que se la pagáramos, y como tenía un pedido para otra placa de «ESCUELA DE SEÑORITAS», dijo que eso era lo mejor para todos (después de bruñirla).

—A lo mejor lo era, querida. ¿Qué te pareció a ti?

—Tú eres el señor de la casa, R. W. —replicó su esposa—. Lo que importa es lo que tú piensas, no yo. ¿Hubiera sido mejor que el hombre se llevara también la puerta?

—Querida, no podríamos pasar sin la puerta.

—Ah, ¿no?

—¡Vamos, querida! ¿Podríamos?

—Lo que importa es lo que tú pienses; no yo.

Con tan sumisas palabras, la esposa le precedió mientras bajaban unos escalones hasta la pequeña habitación principal de un sótano, medio cocina, medio salita, donde una muchacha de diecinueve años, con una cara y una

figura singularmente hermosas, pero con una expresión impaciente e insolente en el rostro y en los hombros (que a su edad, y en su sexo, son muy expresivas de descontento), se hallaba sentada jugando a las damas con una chica más joven, que era la más joven de la casa de los Wilfer. A fin de no recargar esta página con detalles de los Wilfer y mostrarlos de manera somera, baste decir que el resto se hallaban en lo que se suele denominar «por el mundo» en sus diversas acepciones, y que eran muchos. Tantos que cuando uno de sus cumplidores hijos iba a verle, R. Wilfer generalmente parecía decirse, tras una cierta aritmética mental, «¡Oh! ¡Aquí tenemos a otro!», antes de añadir en voz alta: «¿Cómo te va, John?», o Susan, como podía ser el caso.

—Bueno, mis Pichurrinas —dijo R. Wilfer—. ¿Cómo estamos esta noche? Lo que estaba pensando, querida —esto a la señora Wilfer, ya sentada en un rincón, de guantes cruzados—, era que, ya que hemos alquilado también el piso de arriba, y como ahora no tenemos sitio donde puedas dar clase a los alumnos, aun cuando hubiera...

—El lechero ha dicho que conocía a dos jóvenes señoras respetabilísimas que buscaban un local adecuado, y cogió una tarjeta —interrumpió la señora Wilfer con severa monotonía, como si leyera en voz alta una ley del Parlamento—. Dile a tu padre si fue el lunes pasado, Bella.

—Pero si yo no he oído nada de eso, mamá —dijo Bella, la hija mayor.

—Por añadidura, querida —la instó su marido—, si no tienes sitio en el que meter a dos muchachas...

—Perdona —volvió a interrumpirle la señora Wilfer—, pero no eran dos muchachas. Se trataba de dos damas, jóvenes, de la máxima respetabilidad. Dile a tu padre, Bella, si no dijo eso el lechero.

—Querida, es lo mismo.

—No, no lo es —dijo la señora Wilfer, con la misma impresionante monotonía—. ¡Perdona!

—Me refiero, querida, a que, en cuanto al espacio, es lo mismo. En cuanto al espacio. Si no dispones de espacio en el que meter a dos jóvenes criaturas, por muy eminentemente respetables que sean, cosa que no dudo, ¿dónde vas a acomodarlas? No quiero profundizar más. Y eso considerando el asunto desde el punto de vista de un semejante —dijo su marido, dejando clara esa condición enseguida en un tono conciliador, obsequioso y argumentativo—,

como estoy seguro que estarás de acuerdo conmigo, querida.

—No tengo nada más que decir —replicó la señora Wilfer, dibujando un manso gesto de resignación con los guantes—. Lo que importa es lo que tú piensas, no yo.

En ese punto, el enfurruñamiento de la señorita Bella y la pérdida de tres de sus pretendientes de una sola tacada, hecho agravado por la coronación de una rival, condujo a que la joven señorita le diera un zarandeo al tablero de damas, con lo que las piezas se cayeron de la mesa. Su hermana se arrodilló para recogerlas.

—¡Pobre Bella! —dijo la señora Wilfer.

—Y pobre Lavinia, ¿no, querida? —sugirió R. W.

—Perdona —dijo la señora Wilfer—, ¡pero no!

Una de las más meritorias especialidades de la mujer era su asombrosa capacidad para complacer sus mundanos o iracundos humores ensalzando a su propia familia, que fue lo que pasó a hacer, en el presente caso.

—No, R. W. Lavinia no ha pasado por las penalidades que ha conocido Bella. Lo que ha tenido que padecer Bella quizá no tiene parangón, y he de decir que lo ha soportado noblemente. Cuando ves a tu hija Bella con su vestido negro, la única que lo lleva en la familia, y cuando recuerdas las circunstancias que la han conducido a llevarlo, y cuando eres consciente de que esas circunstancias no han remitido, entonces, R. W., lo que hay que hacer es poner la cabeza sobre la almohada y decir: «¡Pobre Lavinia!».».

En este punto, la señorita Lavinia, desde su posición arrodillada bajo la mesa, manifestó que no quería que ni papá ni nadie la «compadeciera».

—Desde luego que no, querida —replicó su madre—, pues tienes un espíritu valiente y exquisito. Y tu hermana Cecilia posee un espíritu valiente y exquisito de otro tipo, un espíritu de pura devoción, ¡un espíritu her-mo-so! La abnegación de Cecilia revela un carácter puro y femenino, pocas veces igualado y nunca superado. En estos momentos tengo en mi bolsillo una carta de tu hermana Cecilia, que he recibido esta mañana (recibida tres meses después de su boda, ¡pobrecilla!), en la que me dice que su marido debe albergar bajo su techo, de manera inesperada, a su tía impedida. «Pero le seré fiel», me escribe de manera conmovedora, «no lo dejaré, no debo olvidar que

es mi marido. ¡Que venga su tía!». ¡Si esto no es patético, si eso no es devoción femenina...!

La buena señora agitó los guantes como señalando que era imposible decir más, y se anudó el pañuelo sobre la cabeza trenzándose un nudo aún más apretado bajo la barbilla.

Bella, que ahora estaba sentada sobre la alfombra para calentarse, con los ojos castaños clavados en el fuego y un manojo de rizos castaños en la boca, se rió de esto, y a continuación hizo pucheros y medio lloró.

—Estoy segura —dijo— de que no sientes nada por mí, papá, y soy la chica más desdichada de todas las que han existido. Ya sabes lo pobres que somos —el padre probablemente lo sabía, ¡y buenas razones tenía para saberlo!—, y qué cerca estuve de la riqueza, y cómo se me escurrió entre los dedos, y que me he de ver llevando este ridículo luto... ¡que odio!... Soy una especie de viuda que no llegó a casarse. Pero tú no sientes pena por mí... Sí la sientes, sí la sientes.

Este cambio repentino lo originó la cara de su padre. Se calló para hacerlo caer de la silla en una actitud altamente favorable al estrangulamiento, y para darle un beso y unas palmaditas en la mejilla.

—Pero deberías sentir lástima por mí, papá.

—La siento, querida.

—Sí, y yo digo que deberías sentirla. Solo con que me hubieran dejado en paz y no me hubieran contado nada, no me habría importado tanto. Pero ese desagradable señor Lightwood cree que es su deber, como él mismo afirma, escribirme y decirme lo que me tiene reservado, y entonces me veo obligada a desembarazarme de George Sampson.

En ese instante, Lavinia, emergiendo a la superficie con la última pieza rescatada, exclamó:

—Nunca quisiste a George Sampson, Bella.

—¿Acaso he dicho que le quisiera, señorita? —A continuación, haciendo pucheros otra vez con los rizos en la boca—: George Sampson me quería mucho, y me admiraba mucho, y aguantó todo lo que le hice.

—Fuiste desagradable con él —la interrumpió de nuevo Lavinia.

—¿Acaso he dicho que no lo fuera, señorita? No me voy a poner sentimental con George Sampson. Lo único que digo es que era mejor que nada.

—Ni siquiera le demostraste que pensaras esto último —volvió a interrumpir Lavinia.

—Eres una mocosa y una idiota —replicó Bella—, o no hablarías como si fueras una niña tonta. ¿Qué esperabas de mí? Espera a ser una mujer, y no hables de lo que no entiendes. ¡Lo único que demuestras es ignorancia! —A continuación, gimoteando de nuevo, y mordiéndose los rizos de vez en cuando, y parándose a ver cuánto se había arrancado—: ¡Es una pena! Nunca se ha dado un caso tan terrible. No me importaría tanto si no resultara tan ridículo. Ya fue lo bastante ridículo que un desconocido viniera a casarse conmigo, le gustara o no. Ya fue bastante ridículo saber que resultaría un encuentro de lo más bochornoso, y que ninguno de los dos podría fingir que el otro le gustaba. Ya fue bastante ridículo saber que no me gustaba. Cómo iba a gustarme, si me había heredado en un testamento, con una docena de cucharas, con todo ordenado de antemano, como gajos de naranja. ¡Eso me recuerda las flores de azahar! ¡Vuelvo a declarar que es una pena! Esos ridículos detalles habrían quedado mitigados por el dinero, pues adoro el dinero, y quiero dinero... nos hace muchísima falta. Detesto ser pobre, y somos pobres de una manera degradante, ofensiva, miserable, brutal. ¡Y aquí estoy, tan solo con los restos más ridículos de la situación, y encima, con este ridículo vestido! Y si se conoció la verdad, cuando toda la ciudad estuvo al corriente del asesinato de Harmon, y la gente especulaba si era un suicidio, me atrevería a decir que esos insolentes sujetos de los clubs y las tabernas hacían chistes en el sentido de que esa desdichada criatura había preferido una tumba acuática a estar conmigo. Es probable que se tomaran esas libertades; ¡no me extrañaría! Declaro que es un caso terrible, y que no hay chica más desdichada que yo. ¡La idea de ser viuda, y nunca haberme casado! ¡Y la idea de ser pobre como siempre, y encima de luto, por un hombre al que no vi jamás, y al que hubiera odiado, por lo que era, de haber llegado a verlo!

En ese momento, las lamentaciones de la joven fueron interrumpidas por unos nudillos que golpearon la puerta a medio abrir de la habitación. El nudillo ya había llamado dos o tres veces, pero no lo habían oído.

—¿Quién es? —dijo la señora Wilfer en su tono de ley del Parlamento—.

¡Entre!

Entró un caballero, y la señorita Bella, con una breve y aguda exclamación, se apartó de la alfombra de delante de la chimenea y se colocó los rizos mordidos en su sitio, junto al cuello.

—La criada tenía la llave de la puerta cuando subí, y me acompañó hasta esta habitación diciéndome que me esperaban. Me temo que debería haberle pedido que me anunciara.

—Perdóneme —replicó la señora Wilfer—. En absoluto. Son dos de mis hijas. R. W., este es el caballero que ha ocupado tu primera planta. Tuvo la amabilidad de concertar una cita para esta noche, cuando estuvieras en casa.

Un caballero de tez morena. Treinta años como mucho. Una cara expresiva, hasta se la podría llamar atractiva. No muy afable. Poco natural, reservado, inseguro, atribulado. Por un instante posó la mirada en la señorita Bella, y luego la bajó al suelo al dirigirse al señor de la casa.

—Teniendo en cuenta que me siento bastante satisfecho, señor Wilfer, con las habitaciones, con su situación, y con su precio, ¿le parece que cerremos el trato con un contrato entre ambos de dos o tres líneas y un pago? Me gustaría traer los muebles sin demora.

Durante esa breve alocución, el querubín al que se dirigía había hecho unas invitaciones querúbicas a que se sentara. El caballero las aceptó, colocando una mano vacilante en una esquina de la mesa, mientras la otra mano vacilante levantaba la copa de su sombrero hasta los labios y la colocaba delante de la boca.

—El caballero, R. W. —dijo la señora Wilfer—, propone alquilar esas habitaciones por trimestres. Las dos partes avisarán con un trimestre de antelación.

—¿Debo mencionar, señor —insinuó el casero, esperando que aquello se diera por sentado—, la formalidad de aportar alguna referencia?

—Creo —replicó el caballero, tras una pausa— que no es necesaria ninguna referencia; ni, a decir verdad, me sería fácil, pues soy forastero en Londres. No exijo ninguna referencia de usted, y, por tanto, quizá no me exija usted ninguna. Eso será justo por ambas partes. De hecho, soy yo quien más confianza demuestra de los dos, pues le pagaré por adelantado cuanto me

pida, y además le voy a confiar mis muebles. Mientras que, si se hallara usted en circunstancias apuradas... es una mera suposición...

Como la conciencia hizo que R. Wilfer se sonrojara, la señora Wilfer, desde un rincón (siempre encontraba dignos rincones), acudió a su rescate con un grave:

—Perfectamente.

—... entonces, yo... bueno, podría perderlo.

—¡Vaya! —observó jovialmente R. Wilfer—. El dinero y los bienes son siempre la mejor de las referencias.

—¿Crees que son las mejores, papá? —preguntó Bella en voz baja y sin volver la mirada mientras se calentaba los pies en el guardafuegos.

—Están entre las mejores, querida.

—Yo habría dicho que lo más fácil era añadir las habituales —dijo Bella con una sacudida de rizos.

El caballero la escuchó con una expresión de notable atención, aunque ni levantó la vista ni cambió de actitud. Siguió sentado, inmóvil y silencioso, hasta que su futuro casero aceptó su propuesta y trajo material de escritura para completar el trato. Y permaneció sentado, inmóvil y silencioso, mientras el casero escribía.

Cuando el contrato estuvo redactado por duplicado (el casero lo abordó como un escriba querúbico de los que vemos en lo que convencionalmente se denominan obras dudosas de los grandes maestros, y que significa que no son en absoluto dudosas), fue firmado por las partes contratantes, mientras Bella se lo miraba cual testigo desdeñoso. Las partes contratantes era R. Wilfer y el señor don John Rokesmith.



WITNESSING THE AGREEMENT.

Cuando le llegó a Bella el turno de estampar su nombre, el señor Rokesmith, que ahora estaba de pie igual que había estado sentado, con una mano vacilante apoyada en la mesa, la miró de manera furtiva, pero atenta. Observó la hermosa figura que se inclinaba sobre el papel y decía:

—¿Dónde he de firmar, papá? ¿Aquí, en esta esquina?

Contempló su hermoso pelo castaño, que sombreaba su cara coqueta; observó la desenvuelta rúbrica de la firma, atrevida para una mujer; y entonces se miraron mutuamente.

—Le estoy muy agradecido, señorita Wilfer.

—¿Agradecido?

—Le he ocasionado muchas molestias.

—¿Por poner mi nombre? Sí, desde luego. Pero soy la hija de su casero, señor.

Como solo quedaba pagar ocho soberanos como fianza, meterse en el bolsillo el contrato, acordar una fecha para la llegada de los muebles y de él mismo, y marcharse, el señor Rokesmith lo hizo con toda la torpeza posible, y su casero lo acompañó al exterior. Cuando R. Wilfer regresó al seno familiar, palmatoria en mano, encontró ese seno agitado.

—Papá —dijo Bella—, tenemos a un asesino de arrendador.

—Papá —dijo Lavinia—, tenemos a un ladrón.

—¡No poder mirar a nadie a la cara ni aunque le fuera la vida! —dijo Bella—. Jamás había visto algo así.

—Queridas —dijo el padre—, es un hombre reservado, y yo diría que aún más en la compañía de muchachas de vuestra edad.

—¡De nuestra edad! ¡Vaya tontería! —exclamó Bella impaciente—. ¿Qué tiene eso que ver con él?

—Además, no somos de la misma edad. ¿Qué edad tiene él? —preguntó Lavinia.

—No te preocupes, Lavvy —replicó Bella—, espera a tener edad de preguntar estas cosas. ¡Papá, mira lo que te digo! Entre el señor Rokesmith y yo existe una antipatía natural y una profunda desconfianza; ¡y eso no acabará ahí!

—Mis queridas niñas —dijo el patriarca querubín—, entre el señor Rokesmith y yo existe un asunto de ocho soberanos, que acabarán aportándonos algo de cena, si estáis de acuerdo.

Eso le dio un feliz giro de noventa grados a la cuestión, pues era raro que en casa de los Wilfer se dieran un capricho, ya que en ella la monótona aparición de un queso holandés a las diez de la noche había sido comentada a menudo por los hombros descarnados de la señorita Bella. De hecho, el modesto holandés parecía consciente de su falta de variedad, y por lo general llegaba delante de la familia en un estado de sudorosa disculpa. Tras cierta discusión acerca de los méritos de las chuletas de ternera, las mollejas y la langosta, la decisión se inclinó hacia las chuletas. La señora Wilfer se atavió solemnemente de pañuelo y guantes como sacrificio preliminar al

calentamiento de la sartén, y el propio R. W. salió a adquirir la vianda. No tardó en regresar, trayéndola envuelta en hojas de col frescas, que también abrazaban con timidez una loncha de jamón. No tardaron en surgir melodiosos sonidos de la sartén que había al fuego, o eso parecía, mientras la luz del hogar bailaba en los agradables salones de un par de botellas llenas colocadas sobre la mesa, produciendo así una música de baile adecuada.

Lavvy colocó el mantel. Bella, como adorno —admitido por todos— de la familia que era, utilizó sus dos manos en darle a su pelo una onda adicional mientras se sentaba en la butaca más cómoda, dirigiendo alguna esporádica orden referente a la cena, como «Muy hecha, mamá»; o a su hermana: «Pon el salero recto, señorita, y no seas una mocosa sin estilo».

Su padre, mientras tanto, haciendo tintinear el oro del señor Rokesmith mientras permanecía expectante entre su cuchillo y su tenedor, comentó que seis de esos soberanos habían llegado muy oportunamente para su propio casero, y los amontonó sobre el mantel blanco para contemplarlos.

—¡Odio a nuestro casero! —dijo Bella.

Pero, al observar la cara de su padre, fue y se sentó junto a él en la mesa, y se puso a tocarle el pelo con el mango de un tenedor. Una de las costumbres de malcriada de la niña era estar siempre arreglando el pelo de los demás, quizá porque el suyo era muy bonito, y le ocupaba tanta atención.

—Mereces tener una casa propia; ¿no es verdad, pobre papá?

—No lo merezco más que cualquier otro, querida.

—En todo caso, yo, por ejemplo, lo deseo más que nada —dijo Bella, sujetándolo por la barbilla, mientras le ponía de punta sus cabellos rubios—, y me da rabia que ese dinero vaya al Monstruo ese que tanto engulle, cuando a nosotros nos hace falta... de todo. Y si dices (como quieres decir; sé que quieres decirlo, papá) que «Eso no es razonable ni honesto, Bella», entonces yo te respondo: «Puede que no, papá. Y es muy probable que no lo sea. Pero es una de las consecuencias de ser pobre, y de detestar y odiar hasta tal punto ser pobre, y es lo que a mí me sucede». Ahora bien, estás muy guapo, papá; ¿por qué no llevas el pelo siempre así? ¡Y aquí viene la chuleta! Si no está muy hecha, mamá, no puedo comérmela, tienes que devolverla al fuego para que acabe de hacerse.

No obstante, como estaba hecha, incluso para el gusto de Bella, la

muchachita la ingirió elegantemente sin devolverla a la sartén, y también, a su debido tiempo, compartió el contenido de las dos botellas: de la que contenía cerveza escocesa y de la que contenía ron. El perfume de este, con la ayuda de agua hervida y monda de limón, se difundió por toda la habitación, y se concentró tanto en torno al cálido hogar que el viento que pasaba por encima del tejado debió de marcharse cargado de un delicioso aroma, tras libar como una enorme abeja de ese sombrerete de chimenea.

—Papá —dijo Bella, sorbiendo la fragante mezcla y calentándose su tobillo favorito—, cuando el anciano señor Harmon me puso en ridículo de ese modo (por no mencionarlo a él, ya que está muerto), ¿por qué crees que lo hizo?

—Imposible decirlo, querida. Como ya te he dicho un buen número de veces desde que eso salió a la luz, dudo haber intercambiado más de un centenar de palabras con el anciano señor. Si fue su capricho sorprendernos, desde luego que lo logró.

—Y yo daba patadas en el suelo y chillaba la primera vez que se fijó en mí, ¿verdad? —dijo Bella, contemplándose el tobillo ya mencionado.

—Dabas patadas en el suelo con tu piececito, querida, y chillabas con tu vocecita, y arremetiste contra mí con tu capota, que te habías quitado para ese fin —replicó su padre, como si el recuerdo le diera sabor al ron—. Hiciste todo eso un domingo por la mañana que te saqué a pasear porque no íbamos exactamente por el camino que querías, cuando el anciano caballero, sentado cerca de nosotros, dijo: «Qué niña tan mona; es una niña muy mona; ¡una chica que promete!». Y lo eras, querida.

—Y luego te preguntó mi nombre, ¿verdad, papá?

—Y luego preguntó tu nombre, querida, y el mío; y otros domingos por la mañana, cuando pasábamos por su lado, lo volvíamos a ver, y... la verdad es que ahí se acabó todo.

Y como también se había acabado el ron y el agua, o, en otras palabras, R. W. expresaba con delicadeza que su vaso estaba vacío, echando la cabeza para atrás y poniendo el vaso boca abajo delante de su nariz y labio superior, habría sido una obra de caridad que la señora Wilfer sugiriera que iba a rellenárselo. Pero lo que sugirió lacónicamente esa heroína fue «A la cama». Recogió las botellas y la familia se retiró; ella, querúbicamente acompañada,

como algún severo santo de un cuadro, o simplemente una matrona humana alegóricamente representada.

—Y mañana, a esta hora —dijo Lavinia cuando las dos chicas estuvieron a solas en su habitación—, tendremos aquí al señor Rokesmith, y nos quedaremos a esperar a que nos rebane la garganta.

—A pesar de eso, no te pongas entre la vela y yo —replicó Bella—. ¡Esa es otra de las consecuencias de ser pobre! ¡Que una chica con un pelo tan bonito tenga que arreglárselo con una triste vela y medio palmo de espejo!

—Con él pescaste a George Sampson, por mal que vistas.

—Insignificante criatura. ¡Que pesqué a George Sampson con mi pelo! No hables de pescar a los hombres, señorita, hasta que no te llegue el momento de... pescar... como tú lo llamas.

—A lo mejor ya ha llegado —murmuró Lavvy, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué has dicho? —preguntó Bella, muy bruscamente—. ¿Qué has dicho, señorita?

Lavvy se negó a repetir ni a explicar sus palabras, y Bella poco a poco regresó al cuidado de sus cabellos mientras emprendía un soliloquio acerca de las desdichas de ser pobre, que se ejemplificaban en no tener nada que ponerse, nada con lo que salir, nada donde vestirse, solo una miserable caja en lugar de un espacioso tocador, y en verse obligada a aceptar realquilados sospechosos. Puso un gran énfasis en esta queja como si fuera el colmo, y podría haber puesto mucho más, de haber sabido que si el señor Julius Handford tenía un gemelo sobre la tierra, ese era el señor Rokesmith.

Capítulo V

La enramada de Boffin

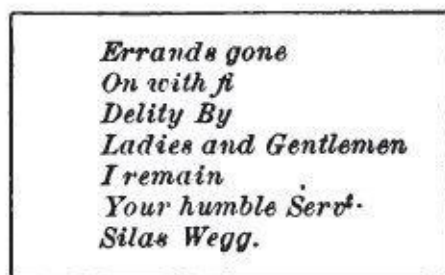
Justo enfrente de una casa londinense, una casa que hacía esquina no lejos de Cavendish Square, llevaba años sentándose un hombre con una pata de palo —el pie que le quedaba lo mantenía dentro de un cesto cuando hacía frío— que se ganaba la vida como podía. Cada mañana a las ocho llegaba cojeando a la esquina, acarreando una silla, un tendedero, un par de caballetes, un tablero, un cesto y un paraguas, todo sujeto con una correa. Al separar todos esos objetos, el tablero y los caballetes se convertían en un mostrador, el cesto proporcionaba los pequeños lotes de fruta y dulces que ponía a la venta, y también servía de calentapié, el tendedero sin plegar exhibía una selecta colección de baladas de medio penique y servía de pantalla, y la banqueta plantada en medio se convertía en su puesto durante lo que quedaba de día. Con frío o calor, el hombre seguía en su lugar, y para que su banqueta de madera tuviera respaldo, la apoyaba contra la farola. Cuando llovía, desplegaba el paraguas sobre sus productos, no sobre él; cuando no llovía, cerraba ese objeto descolorido, lo ataba con un trozo de hilo y lo colocaba transversalmente bajo los caballetes, donde parecía una malsana lechuga que hubiera perdido en color y frescura lo que había ganado en tamaño.

Se había ganado el derecho a esa esquina mediante una imperceptible prescripción. Nunca se movía un palmo del sitio, pero al principio, con timidez, había cogido la esquina sobre la que daba el lateral de la casa. En invierno aullaba el viento, en verano era una polvareda, y una esquina indeseable en el mejor de los climas. Fragmentos de paja y papel levantaban tormentas giratorias cuando la calle principal estaba en paz; y el carro del agua, como si estuviera ebrio o miope, llegaba dando tumbos o sacudidas, y enfangaba el lugar cuando todo lo demás estaba limpio.

En la parte delantera de su tablón de productos colgaba un pequeño cartel en el que se veía la siguiente inscripción de su puño y letra:

«Recados con toda fidelidad. Señoras y señores.

Queda su seguro servidor, Silas Wegg».



Con el curso del tiempo, no solo se había nombrado recadero de la casa de la esquina (aunque no recibiera más de media docena de encargos al año, y únicamente como ayudante de algún criado), sino también uno de los sirvientes de la casa, a la que debía vasallaje y a la que dedicaba un leal y fiel interés. Por esta razón siempre se refería a ella como «Nuestra Casa», y aunque su conocimiento de lo que allí ocurría era más bien especulativo y totalmente equivocado, afirmaba gozar de su confianza. Por razones similares, cada vez que veía a alguno de sus residentes asomarse a la ventana, lo saludaba tocándose el sombrero. No obstante, conocía tan poco a esos residentes que se inventaba los nombres, tales como «señorita Elizabeth», «señorito George», «tía Jane», «tío Parker», sin la menor autoridad para expresar ninguna de esas designaciones, sobre todo la última, a la cual, como consecuencia natural, se aferraba con gran obstinación.

Ejercía sobre la casa el mismo poder imaginario que mantenía sobre sus habitantes y sus asuntos. Nunca había estado en ella más que el trozo de tubería negra y gruesa que pasaba por encima de la zona de la puerta e iba a morir a un húmedo pasaje de piedra, y tenía más bien el aspecto de una sanguijuela que se hubiera «agarrado» de maravilla a la casa; pero eso no era impedimento para que la distribuyera según su propio antojo. Para él era una casa grande y lúgubre con una gran cantidad de ventanas laterales que daban poca luz y una zona trasera vacía, y mucho le costaba a su mente explicar la utilidad de cada una de las partes que aparecían en su aspecto externo. Pero, una vez lo hubo conseguido quedó muy satisfecho, y se convenció de que podría abrirse paso por la casa con los ojos vendados: desde las buhardillas con barrotes del piso superior hasta los dos apagadores que había delante de la puerta principal, y que parecían solicitar a todos los animados visitantes que tuvieran la amabilidad de apagar sus antorchas antes de entrar.

Sin duda, el tenderete de Silas Wegg era el tenderete más duro de todos

los estériles tenderetes de Londres. Mirar sus manzanas daba dolor de cara; mirar sus naranjas, dolor de estómago; y mirar sus nueces, dolor de muelas. De este último producto siempre mantenía un triste montoncito, sobre el cual colocaba una pequeña medida de madera que no tenía interior perceptible, y que se consideraba representante del valor de un penique señalado por la Carta Magna. Ya fuera o no a causa de un excesivo viento de levante —era una esquina orientada a levante—, el tenderete, la mercancía y el vendedor estaban tan secos como el desierto. Weggg era un hombre nudoso, con la cara labrada de un material muy duro y compacto, capaz de tanta variedad de expresión como la carraca de un vigilante. Cuando reía, surgían ciertas convulsiones, y sonaba la carraca. Y hay que decir en honor a la verdad que era un hombre tan inexpresivo como un leño, por lo que parecía que la pierna se le hubiera hecho de madera de manera natural, y sugería al observador imaginativo, que era de esperar —si su evolución no sufría un freno inoportuno— que acabaría teniendo un par de patas de madera en los siguientes seis meses.

El señor Wegg era una persona observadora, o, como decía él mismo, «Todo se me graba en la retina». Cada día saludaba a todos los transeúntes habituales, y se sentaba en su banqueta con la espalda apoyada en la farola; y se vanagloriaba del carácter flexible de esos saludos. Así, al rector se le dirigía con una inclinación de cabeza combinada con una deferencia laica, y un leve toque de la indefinida meditación preliminar que se hacía en la iglesia; al médico le dedicaba una inclinación confidencial, como correspondía a un caballero cuya familiaridad con sus entrañas había que reconocer de manera respetuosa; le encantaba rebajarse delante de la nobleza; y cada vez que veía a tío Parker, que estaba en el ejército (o al menos, eso le atribuía él), se llevaba la mano abierta a un lado del sombrero, de manera militar, algo que el viejo caballero de mirada iracunda, abotonado hasta arriba y cara inflamada parecía apreciar, aunque de manera imperfecta.

El único artículo con el que comerciaba Silas que no estaba duro era el pan de jengibre. Un día, después de que un desdichado niño le comprara el húmedo pan de jengibre (temiblemente pasado) y la pegajosa jaula de pájaro, que habían permanecido todo el día a la venta, Silas sacó una caja de latón de debajo de su banqueta para reponer tan temibles especímenes, e iba a mirar la tapa cuando se dijo a sí mismo, deteniéndose:

—¡Oh! ¡Ya vuelves a estar aquí!

Las palabras se referían a un tipo ancho, de hombros redondeados y desnivelado, vestido de luto, que se acercaba a la esquina con un paso cómico, ataviado con un abrigo de lana áspera y ayudándose de un gran bastón. Llevaba unos zapatos gruesos y polainas de cuero gruesas, y guantes gruesos como de jardinero. Tanto su atavío como su persona producían una impresión como de superposición de capas, estilo rinoceronte, con pliegues en las mejillas y la frente, en los párpados, los labios, las orejas; pero debajo de sus cejas desiguales se veían unos ojos grises y brillantes, ansiosos e inquisitivos como los de un niño. En conjunto, era un hombre muy anciano.

—Ya estás otra vez aquí —repitió el señor Wegg, meditabundo—. ¿Y qué eres? ¿Te has hecho rico, o qué? ¿Últimamente te has instalado en este barrio, o vives en otro? ¿Vives de rentas, o hacerte una inclinación de cabeza es desperdiciar energías? ¡Vamos! ¡Especularé! ¡Invertiré en un saludo!

Cosa que hizo el señor Wegg después de dejar su caja de latón, mientras colocaba su trampa de pan de jengibre para algún otro niño aficionado a ese alimento. El saludo le fue devuelto con un:

—¡Buenos días, señor! ¡Buenos días, días, días!

(«Me llama señor —se dijo el señor Wegg—. No le voy a sacar nada. ¡Un movimiento de cabeza inútil!»)

—¡Buenos días, buenos días, días, días!

«Parece ser también un sujeto muy estrafalario», se dijo el señor Wegg, como antes. Y en voz alta:

—Le deseo a usted buenos días, señor.

—Así pues, ¿me recuerda? —preguntó su nuevo conocido, deteniendo su andar desnivelado delante del tenderete y hablando a trompicones, aunque con muy buen humor.

—Me he fijado en que en el curso de la semana anterior pasó varias veces por delante de nuestra casa, señor.

—Nuestra casa —repitió el otro—. ¿Significa que...?

—Sí —dijo el señor Wegg, asintiendo, mientras el otro apuntaba con el desgarrado índice de su guante derecho a la esquina de la casa.

—¡Oh! Y dígame —prosiguió el anciano de manera inquisitiva, llevando

el nudoso bastón en la izquierda como si fuese un bebé—. ¿Cuál es su asignación?

—Hago cosas para nuestra casa —replicó Silas, con sequedad y reserva—, aunque no recibo exactamente una asignación.

—¡Oh! ¿No recibe exactamente una asignación? ¡No! No recibe exactamente una asignación. ¡Oh! ¡Buenos días, días, días!

«Este tipo parece bastante chiflado», se dijo Silas, matizando su opinión anterior, mientras el otro se alejaba tranquilamente. Pero al momento ya había vuelto con la siguiente pregunta:

—¿Cómo perdió la pierna?

El señor Wegg replicó (en tono agrio por una cuestión tan personal):

—En un accidente.

—¿Le gusta llevar una pierna de madera?

—¡Bueno! No tengo que calentarla —respondió el señor Wegg, en una especie de desesperación ocasionada por la singularidad de la pregunta.

—No tiene que calentarla —le repitió el otro a su nudoso bastón, mientras lo abrazaba—: ¡No tiene... ja, ja... que calentarla! ¿Ha oído alguna vez el nombre de Boffin?

—No —dijo el señor Wegg, que se estaba poniendo un poco nervioso a causa de ese interrogatorio—. Nunca he oído hablar de Boffin.

—¿Le gusta?

—Pues no —replicó el señor Wegg, de nuevo acercándose a la exasperación—. No puedo decir que me guste.

—¿Por qué no le gusta?

—No sé por qué no me gusta —replicó el señor Wegg, casi frenético—, pero no me gusta nada.

—Bueno, pues ahora le diré algo que le hará lamentarlo —dijo el desconocido, sonriendo—. Me llamo Boffin.

—¡No puedo remediarlo! —replicó el señor Wegg.

En su manera de decirlo, estaba implícito el ofensivo añadido de: «Y si

pudiera, no lo haría».

—Pero le voy a conceder otra oportunidad —dijo el señor Boffin, aún sonriendo—. ¿Le gusta el nombre de Nicodemus? Piénselo. Nick, o Noddy.

—No, señor —repuso el señor Wegg, mientras se sentaba sobre su banqueta con un aire de cordial resignación, combinada con una melancólica franqueza—: no podría desear que nadie por quien yo sienta respeto me llame por ese nombre, aunque hay personas que no pondrían las mismas objeciones. No sé por qué —añadió el señor Wegg, intuyendo la llegada de otra pregunta.

—Noddy Boffin —dijo el caballero—. Noddy. Ese es mi nombre. Noddy... o Nick... Boffin. ¿Cómo se llama usted?

—Silas Wegg. Y no sé... —dijo el señor Wegg, moviéndose para tomar la misma precaución que antes—. No sé por qué Silas, y no sé por qué Wegg.

—Bueno, Wegg —dijo el señor Boffin, apretando aún más el bastón contra sí—, quiero hacerle una especie de oferta. ¿Se acuerda de la primera vez que me vio?

El inexpresivo Wegg lo observó con una mirada meditabunda, y también con menos severidad al atisbar una posibilidad de sacar provecho.

—Déjeme pensar. No estoy muy seguro, y sin embargo por lo general todo se me graba en la retina. ¿Fue un domingo por la mañana, cuando el chaval del carnicero vino a nuestra casa para coger el pedido, y me compró una balada, la cual, al no conocer él la melodía, le canté de principio a fin?

—¡Muy bien, Wegg, muy bien! Pero compró más de una.

—Sí, claro, señor; compró varias; y, deseando adquirir las mejores, aceptó mi opinión a la hora de hacer su elección, y repasamos juntos la colección. Ya lo creo que sí. Ahí estaba él, y aquí estaba yo, y allí estaba usted, señor Boffin, exactamente igual que está usted ahora, con el mismísimo bastón debajo del mismísimo brazo, y con esa mismísima espalda hacia nosotros. ¡Des-de lue-go! —añadió el señor Wegg, extendiendo un poco el cuello hacia la parte posterior del señor Boffin, observando su parte trasera, e identificando esa última y extraordinaria coincidencia—, ¡su mismísima espalda!

—¿Qué cree usted que estaba haciendo, Wegg?

—Yo diría, señor, que quizá estaba echando un vistazo calle abajo.

—No, Wegg. Estaba escuchando.

—¿En serio? —dijo el señor Wegg, con recelo.

—No de una manera deshonrosa, Wegg, porque usted estaba cantándole al chico del carnicero; y usted no le cantaría secretos a ningún carnicero en plena calle, claro.

—Es algo que jamás me ha ocurrido todavía, que yo recuerde —dijo el señor Wegg con cautela—. Pero podría llegar a ocurrir. Nadie sabe lo que se le antojará de un día para otro.

(Esto lo dijo para no perder ninguna ventaja que pudiera derivar de la confesión del señor Boffin).

—Bueno —repitió Boffin—, pues le estaba escuchando a usted y a él. ¿Y qué...? No tendrá otra banqueta, ¿verdad? Ando corto de fuelle.

—No tengo otra, pero le cedo esta —dijo Wegg, resignándose—. Para mí es un placer estar de pie.

—¡Caramba! —exclamó el señor Boffin, en un tono de enorme dicha mientras se aposentaba, aún con el bastón en brazos, como si fuera un bebé—. ¡Qué lugar tan agradable es este! ¡Y está cerrado en ambos lados por esas baladas, como si fueran anteojeras hechas con páginas de libro! ¡Vaya, es delicioso!

—Si no ando errado, señor —le insinuó delicadamente el señor Wegg, apoyando una mano en su tenderete e inclinándose sobre el verboso Boffin—, ¿ha aludido a alguna oferta que tenga en mente?

—¡A eso voy! Muy bien. ¡A eso voy! Iba a decirle que cuando le escuché esa mañana lo hice con una admiración que fue casi sobrecogimiento. Me dije: «He aquí un hombre con una pata de palo... un hombre de letras con...».

—No... no es exactamente eso, señor —dijo el señor Wegg.

—¡Bueno, conoce cada una de esas canciones por la letra y por la música, y si en este mismo momento quisiera cantar cualquiera de ellas, solo tendría que ponerse los lentes y hacerlo! —exclamó el señor Boffin—. ¡Si es que le veo hacerlo!

—Bueno, señor —replicó el señor Wegg, con una deliberada inclinación de cabeza—, digamos hombre de letras, entonces.

—Un hombre de letras... con una pata de palo... ¡capaz de leer cualquier cosa! Eso es lo que me dije esa mañana —prosiguió el señor Boffin, inclinándose para abarcar, sin que le obstaculizara el tendedero, todo el arco que pudieron describir sus brazos—: ¡Es capaz de leer cualquier cosa! Y lo es, ¿verdad?

—Bueno, la verdad, señor —admitió el señor Wegg con modestia—, creo que no existe página escrita en inglés que se me resista.

—¿Y puede leerla en el acto? —dijo el señor Boffin.

—En el acto.

—¡Lo sabía! Entonces, considere lo siguiente. Aquí estoy yo, un hombre sin una pierna de madera, pero incapaz de leer una página.

—¿De verdad, señor? —replicó el señor Wegg con creciente autocomplacencia—. ¿No recibió ninguna educación?

—¡Nin-gu-na! —repitió Boffin, recalcando cada sílaba—. No hay palabra para describirlo. No quiero decir que, si me enseñara una B, fuera incapaz de responder por Boffin.

—Vamos, vamos, señor —dijo el señor Wegg, añadiendo unas palabras de aliento—, eso ya es algo.

—Es algo —respondió el señor Boffin—, pero créame si le digo que no es mucho.

—Quizá no todo lo que podría desear alguien con una mente inquisitiva, señor —admitió el señor Wegg.

—Bueno, verá. Yo estoy jubilado. Yo y la señora Boffin, Henerietty Boffin (el nombre de su padre era Henery, y el de su madre Hetty, y ahí lo tiene), vivimos de rentas, gracias al testamento que nos administra un procurador enfermo.

—¿El caballero ha muerto, señor?

—El hombre está vivo, ¿no se lo he dicho? ¿No le acabo de mencionar a un procurador enfermo? Ahora ya es demasiado tarde para que me ponga a hurgar y a escarbar en alfabetos y libros de gramática. Me estoy haciendo viejo, y quiero tomarme las cosas con tranquilidad. Pero quiero leer, quiero leer de verdad, algún libro munificente de esos que se exhiben generosamente

por ahí —probablemente quería decir magnífico, pero le confundió la asociación de ideas—, y quiero apurar lo que le queda de vista, y dejarme guiar por usted. ¿Cómo puedo conseguir leer, Wegg? Pues —y le dio unos golpecitos en el pecho con el puño del bastón— pagando a un hombre realmente cualificado para que lo haga, a tanto la hora (digamos dos peniques) para que venga a casa y lo haga.

—¡Ejem! No crea que no me halaga, señor —dijo Wegg, comenzando a verse bajo una nueva perspectiva—. ¡Ejem! ¿El precio mencionado es el que me ofrece?

—Sí. ¿Le gusta?

—Lo estoy considerando, señor Boffin.

—No es mi deseo —dijo Boffin con generosidad— mostrarme rácano con un hombre de letras que... tiene una pata de palo. Estoy seguro de que no discutiremos por medio penique la hora. Las horas serán las que usted elija, después de que haya acabado sus trabajos en su casa. Yo vivo por Maiden-Lane, en dirección a Holloway, y solo tiene que dirigirse hacia el este y luego al norte cuando acabe aquí, y ya ha llegado. Dos peniques y medio la hora —dijo Boffin, sacando un trozo de tiza del bolsillo y levantándose de la banqueta para calcular la suma en el asiento—. Dos largos y uno corto, dos peniques y medio; dos cortos es uno largo, y dos y dos largos es cuatro largos, lo que hacen cinco largos; seis noches a la semana a cinco largos la noche —los fue anotando por separado— suman un total de treinta largos. ¡Números redondos! ¡Media corona!

Señalando el resultado como generoso y satisfactorio, el señor Boffin lo borró con el guante humedecido y se sentó sobre los manchones.

—Media corona —dijo Wegg, meditando—. Sí. (No es mucho, señor). Media corona.

—Por semana, ya sabe.

—Por semana. Sí. Para la cantidad de esfuerzo que requiere del intelecto. ¿Pensaba en poesía? —preguntó el señor Wegg, meditando.

—¿Sería más caro? —preguntó el señor Boffin.

—Sería más caro —repuso el señor Wegg—. Pues cuando una persona tiene que someterse al tedio de la poesía noche tras noche es justo que espere

que se le pague por el efecto debilitador que eso puede ejercer en su mente.

—A decir verdad, Wegg —dijo Boffin—, no pensaba en poesía, salvo en este punto: si de vez en cuando se sintiera con ánimos de obsequiarnos a la señora Boffin y a mí con una de sus baladas, entonces sí entraríamos en el terreno de la poesía.

—Le sigo, señor —dijo Wegg—. Pero, como no soy músico profesional, me resistiría a dedicarme a ello; y, por tanto, cuando entrara en el terreno de la poesía, le pediría que lo considerara más como fruto de la amistad.

Al oír esto, los ojos del señor Boffin centellearon, y le estrechó efusivamente la mano a Silas, afirmando que era más de lo que se hubiera atrevido a pedir, y que lo consideraba un gesto muy amable.

—¿Y qué le parecen las condiciones, Wegg? —preguntó entonces el señor Boffin, con mal disimulada ansiedad.

Silas, que había estimulado esa ansiedad con su actitud de estricta reserva, y que comenzaba a comprender muy bien a ese hombre, replicó dándose aires, como si dijera algo extraordinariamente generoso y exquisito:

—Señor Boffin, yo nunca regateo.

—¡Debería habérmelo imaginado! —dijo el señor Boffin con admiración.

—No, señor. Nunca he regateado y nunca lo haré. En consecuencia, cierro con usted el acuerdo enseguida, con toda honorabilidad, por... ¡Hecho, por el doble del dinero!

Al señor Boffin aquella conclusión pareció pillarle de improviso, pero asintió con la siguiente observación:

—Usted lo sabrá mejor que yo, Wegg.

Y de nuevo se estrecharon la mano.

—¿Podríamos empezar esta noche, Wegg? —preguntó a continuación.

—Sí, señor —dijo el señor Wegg, procurando cederle toda la impaciencia a Boffin—. No veo dificultad alguna, si lo desea. ¿Posee usted el instrumento necesario, es decir, un libro, señor?

—Lo compré en una subasta —dijo el señor Boffin—. Ocho volúmenes. En rojo y oro. Cinta morada en cada volumen, para poder empezar donde te

quedaste. ¿Lo conoce?

—¿El nombre del libro, señor? —preguntó Silas.

—Pensaba que ya lo sabría sin que se lo dijera —dijo el señor Boffin, ligeramente decepcionado—. Se llama *Decadencia y caída del Imperio ruso*.

(El señor Boffin cruzó esas piedras lentamente y con cautela).

—¡Ah, por supuesto! —dijo el señor Wegg, asintiendo con un aire de amistoso reconocimiento.

—¿Lo conoce, Wegg?

—No puedo decir que últimamente lo haya catado mucho —replicó el señor Wegg—, pues he tenido otras ocupaciones, señor Boffin. Pero ¿conocerlo? ¿La decadencia y caída de los rusos? ¡Por favor, señor! Desde que era más pequeño que su bastón. Desde que mi hermano mayor se fue de nuestra casita para alistarse en el ejército. En cuya ocasión, como describe la balada escrita para la ocasión:

Junto a la puerta de esa casita, señor Boffin,
una chica se arrodillaba;
en lo alto agitaba blanquísimo pañuelo,
que en la brisa (vio mi hermano) flotaba.
Ella musitó una oración por él, señor Boffin,
una oración que se le pasó en un vuelo.
Y mi hermano, señor Boffin, apoyado en su espada,
se seca una lágrima que en la mejilla hace rodada.

El señor Boffin, muy impresionado por esa circunstancia familiar, y también por la amistosa disposición del señor Wegg, ejemplificada en el hecho de que tan pronto entraran en el terreno de la poesía, le estrechó de nuevo la mano a ese lignario bribón, y le pidió que dijera una hora. El señor Wegg dijo las ocho.

—El sitio donde vivo se llama La Enramada. La Enramada de Boffin es el nombre con el que la señora Boffin lo bautizó cuando lo compramos. Si se encuentra con alguien que no lo conozca por ese nombre (cosa bastante probable), cuando esté más o menos a una milla, o digamos a un cuarto de milla, si quiere, de Maiden Lane, Battle Bridge, pregunte por la Cárcel de Harmony y le indicarán. Le esperaré, Wegg, lleno de alegría —dijo el señor

Boffin, dándole unas palmaditas en el hombro con el mayor entusiasmo—. No tendré paz ni paciencia hasta que venga. Las páginas se abren ahora ante mí. Esta noche, un hombre de letras, con una pata de palo —lanzó una mirada admirativa hacia esa decoración, que intensificaba enormemente la alegría que le proporcionaban las virtudes del señor Wegg—, ¡me guiará hacia una nueva vida! Aquí tiene de nuevo mi mano, Wegg. ¡Buenos días, días, días!

Cuando el otro se alejó tranquilamente y el señor Wegg se quedó a solas en su tenderete, se dejó caer en la banqueta, tras sus pantallas, sacó un pequeño pañuelo que tanto le servía para la nariz como para hacer penitencia, y se agarró por la nariz con aspecto pensativo. Además, mientras se agarraba por ese apéndice, dirigió varias miradas reflexivas calle abajo, tras la figura en retirada del señor Boffin. Una profunda gravedad se instaló en el semblante de Wegg. Pues mientras consideraba en su fuero interno que ese era un anciano de singular simpleza, que esa era una oportunidad a la que había que sacar más provecho, y que allí podía haber tanto dinero que en ese momento le sería imposible calcularlo, se ponía en una situación comprometida al no admitir que su nuevo empleo le venía grande, o que implicaba la posibilidad de hacer el ridículo. El señor Wegg habría llegado a las manos con cualquiera que pusiera en duda su profunda familiaridad con esos mencionados ocho volúmenes de *Decadencia y caída*. Su gravedad era poco habitual, prodigiosa e infinita, no porque admitiera que dudaba de sí mismo, sino porque veía que era necesario prevenir cualquier duda en los demás. Y aquí se alineaba con esa abundantísima clase de impostores tan decididos a mantener las apariencias ante sí mismos como ante sus vecinos.

Asimismo, una cierta altivez se apoderó del señor Wegg; una condescendencia al verse requerido como desvelador oficial de los misterios. No le llevó a la grandeza comercial, sino más bien a la pequeñez, en el sentido de que si hubiera entrado dentro de las posibilidades del mundo que la medida de madera para las nueces contuviera menos de lo habitual, aquel día habría sido así. Pero cuando llegó la noche, y esta, con sus ojos velados, le contempló dirigirse con su pata coja hacia La Enramada de Boffin, él también estaba eufórico.

La Enramada fue difícil de encontrar, tanto como la bella Rosamond^[2] sin una pista. El señor Wegg, tras llegar al barrio indicado, preguntó por La Enramada media docena de veces sin el menor éxito, hasta que se acordó de preguntar por la Cárcel de Harmony. Eso ocasionó un rápido cambio de

humor en un ronco caballero y un burro, al que dejó muy perplejo.

—Bueno, se refiere al Harmony de siempre, ¿no? —dijo el ronco caballero, que llevaba a su burro unido a una carreta, y utilizaba una zanahoria como látigo—. ¿Por qué no lo ha dicho antes? ¡Edward y yo pasamos por allí! Suba.

El señor Wegg obedeció, y el ronco caballero desvió su atención hacia la tercera persona que les acompañaba, diciendo:

—Fíjese en las orejas de Edward. ¿Puede repetir el nombre que ha dicho? Susúrrelo.

El señor Wegg susurró:

—La Enramada de Bower.

—¡Edward! (Fíjese en sus orejas). ¡Ataja hasta La Enramada de Bower!

Edward, con las orejas gachas, permaneció inamovible.

—¡Edward! (Fíjese en sus orejas). Ataja hasta la cárcel del viejo Harmon.

Al instante levantó las orejas al máximo, y se puso en marcha a paso tan vivo que la conversación del señor Wegg le iba saliendo a trompicones, en un estado más bien dislocado.

—¿Al-gu-na-vez-fue-una-cár-cel? —preguntó el señor Wegg, agarrándose.

—No una cárcel de verdad, de esas a las que podrían enviarnos a usted y a mí —le replicó a su acompañante—. Le dieron ese nombre porque el viejo Harmon vivía allí solitario.

—¿Y-por-qué-lo-lla-man-Har-mo-ny? —preguntó Wegg.

—Porque el viejo nunca estuvo de acuerdo con nadie. Es una broma. La cárcel de Harmon; la cárcel de Harmony. Así es como circula por ahí.

—¿Conoce al-se-ñor Boff-in? —preguntó el señor Wegg.

—¡Eso creo! Por aquí todos le conocen. Edward le conoce. (Fíjese en sus orejas). ¡Noddy Boffin, Edward!

El efecto de ese nombre fue de lo más alarmante, pues hizo que la cabeza de Edward desapareciera temporalmente y lanzara sus patas delanteras al aire, acelerando enormemente el paso y aumentando las sacudidas, hasta el punto

de que el señor Wegg acabó dedicando su atención exclusivamente a agarrarse, renunciando a su deseo de averiguar si ese homenaje a Boffin debía considerarse elogioso o lo contrario.

Al poco, Edward se detuvo en una verja, y, discretamente, Wegg no perdió tiempo a la hora de deslizarse hacia la parte trasera del carro. En cuanto tocó tierra, su conductor agitó la zanahoria y dijo:

—¡La cena, Edward!

Y él, las patas delanteras, el carro, y Edward, todos parecieron volar juntos en el aire en una especie de apoteosis.

Wegg empujó el portalón, que estaba entreabierto, y miró hacia el interior de un espacio cerrado en el que unos oscuros montículos se alzaban recortándose contra el cielo, y donde se indicaba el sendero a La Enramada, tal como lo mostraba la luz de la luna, entre dos hileras de vajilla rota colocada sobre ceniza. Vio avanzar por el sendero una figura blanca que resultó no ser nada más espectral que el señor Boffin, cómodamente ataviado para ir en pos del saber, con un blusón de andar por casa blanco y corto. Tras recibir a su amigo el hombre de letras con gran cordialidad, lo condujo al interior de La Enramada, donde le presentó a la señora Boffin: una dama recia de aspecto jovial y rubicundo, enfundada (para consternación de Wegg) en un vestido de noche de satén negro azabache que dejaba el cuello al descubierto, y tocada con un gran sombrero de terciopelo negro con plumas.

—La señora Boffin, Wegg —dijo Boffin—, está muy atenta a la moda. Y su manera de vestir es tal que hay que reconocérselo. En cuanto a mí, no sigo la moda tanto como podría. Henerietty, mujer, este es el caballero que le va a echar un tiento a la decadencia y caída del Imperio ruso.

—Y no les quepa duda de que espero que les haga bien a los dos —dijo la señora Boffin.

Era una habitación rarísima, amueblada más como una lujosa taberna de un aficionado que todo lo que hubiera podido ver Silas Wegg. Junto al fuego había dos bancos de madera de respaldo alto, uno a cada lado, con su mesa correspondiente delante. Sobre una de esas mesas se alineaban los ocho volúmenes, horizontales, como una batería galvánica; en la otra, algunas botellas achaparradas de aspecto atractivo parecían estar de puntillas para intercambiar miradas con el señor Wegg por encima de una hilera frontal de

vasos y un cuenco de azúcar blanco. En la hornilla, humeaba un hervidor; delante de la chimenea, reposaba un gato. De cara al fuego, entre los dos bancos, un sofá, un escabel y una mesita formaban una zona central totalmente dedicada a la señora Boffin. El gusto y los colores eran chillones, pero eran muebles de salón caros que tenían un aspecto muy raro junto a los bancos y la brillante lámpara de gas que colgaba del techo. En el suelo había una alfombra estampada; pero, en lugar de llegar hasta el hogar, su reluciente vegetación se detenía justo en el escabel de la señora Boffin, dejando paso a una región de arena y serrín. El señor Wegg también advirtió, con un gesto de admiración, que, mientras que en la tierra cubierta de flores había una hueca ornamentación de pájaros disecados y frutas de cera debajo de pantallas de cristal, en el territorio donde cesaba la vegetación había anaqueles compensatorios sobre los que, discernibles entre otros sólidos, se veía la mejor parte de una empanada grande y lo mismo de un fiambre. La habitación en sí misma era grande, aunque de techo bajo; y los pesados marcos de sus anticuadas ventanas, y las pesadas vigas del techo inclinado parecían indicar que antaño había sido una casa de cierta notoriedad aislada en el campo.

—¿Le gusta, Wegg? —preguntó el señor Boffin, con su brusquedad habitual.

—La encuentro de lo más admirable, señor —dijo Wegg—. Este hogar es especialmente agradable.

—¿Lo entiende, Wegg?

—Bueno, de una manera general, señor —estaba empezando a decir el señor Wegg, de forma lenta y sabihonda, con la cabeza inclinada a un lado, como suele empezar la gente que va a salir con evasivas, cuando el otro le cortó en seco.

—No lo entiende, Wegg, y se lo explicaré. Todo esto se ha elegido y colocado por consentimiento mutuo entre la señora Boffin y yo. La señora Boffin, como ya le he mencionado, sigue mucho la moda; y en la actualidad, yo no. Solo me interesa la comodidad, y una comodidad de la que yo pueda disfrutar. Muy bien, pues. ¿De qué serviría que la señora Boffin y yo discutiéramos por eso? Antes de comprar La Enramada de Boffin no discutimos jamás; ¿por qué discutir, entonces, ahora que ya hemos comprado La Enramada de Boffin? Así pues, la señora Boffin mantiene una parte de la habitación a su gusto; y yo mantengo otra al mío. A consecuencia de lo cual

tenemos al mismo tiempo Compañía (me volvería loco de melancolía sin la señora Boffin), Moda y Comodidad. Si poco a poco me vuelvo un entusiasta de la moda, entonces la señora Boffin avanzará. Si la señora Boffin pierde interés por la moda, entonces la alfombra de la señora Boffin retrocederá. Y si los dos seguimos como estamos ahora, bueno, pues aquí nos tiene, y denos un beso, señora.

La señora Boffin, que, siempre con la sonrisa puesta, se había acercado y había entrelazado su brazo rollizo con el de su señor, obedeció solícita. La moda, en la forma de su sombrero de terciopelo negro y plumas, intentó impedirlo, pero fue mercedamente aplastado en su pretensión.

—Y ahora, Wegg —dijo el señor Boffin, limpiándose la boca con el aire de quien se ha tomado un abundante refrigerio—, comienza a conocernos tal como somos. Es un lugar encantador, La Enramada, pero hay que ir apreciándolo poco a poco. Es un lugar al que hay que ir encontrándole los méritos poco a poco, uno nuevo cada día. Hay un camino serpenteante que sube por cada uno de los montículos, con lo que el terreno y el vecindario cambian a cada momento. Cuando llega a lo alto, puede ver los terrenos aledaños, que son insuperables. Los terrenos del difunto padre de la señora Boffin (del Negocio de la Alimentación Canina), se pueden ver como si fueran nuestros. La cima del Alto Montículo está coronada por una cenador con celosía, en la cual, si no lee en voz alta muchos libros durante el verano, y, como amigo, no entra muchas veces en el terreno de la poesía, no será por mí. Y ahora, ¿nos leerá?

—Gracias, señor —replicó Wegg, como si no hubiera nada nuevo en su lectura—. Generalmente me acompaño para ello de ginebra y agua.

—Hay que mantener el órgano húmedo, ¿eh, Wegg? —preguntó el señor Boffin, con inocente impaciencia.

—N-no, señor —replicó Wegg fríamente—. Yo no lo expresaría así, señor. Yo diría que lo ablanda. Lo ablanda, esa es la palabra que yo emplearía, señor Boffin.

Su presunción y habilidad de baja estofa corrían exactamente parejas a las entusiastas expectativas de su víctima. Las visiones que surgían en su mente mercenaria, de las muchas maneras en que esa relación iba a ser provechosa, jamás oscurecían la idea más destacada, para un hombre lerdo con demasiadas aspiraciones, de que no debía alquilarse demasiado barato.

La Moda de la señora Boffin, como una deidad menos inexorable que el ídolo que generalmente se adora bajo ese nombre, no le impidió prepararle una copa a su invitado, ni preguntarle si le gustaba el resultado. Cuando él le dedicó una amable respuesta y ocupó su lugar en el banco literario, el señor Boffin, con una mirada exultante, comenzó a acomodarse en su cualidad de oyente en el otro banco.

—Siento no proporcionarle una pipa, Wegg —dijo el señor Boffin llenando la suya—, pero no puede hacer las dos cosas a la vez. ¡Oh! ¡Había olvidado decirle otra cosa! Cuando entre aquí por las noches, y mire a su alrededor, si ve algo en un estante que le llame la atención, méncionelo.

Wegg, que se estaba poniendo los lentes, de inmediato los dejó sobre la mesa con la vivaz observación:

—La verdad es que lee usted mis pensamientos, señor. ¿Me engaña la vista, o ese objeto que hay ahí es una... empanada, un pastel? No es posible.

—Sí, ha acertado, Wegg —replicó el señor Boffin, lanzando una mirada de frustración a la *Decadencia y caída*.

—¿He perdido el olfato para las frutas, o es un pastel de manzana, señor? —preguntó Wegg.

—Es una empanada de ternera y jamón —dijo el señor Boffin.

—¿De verdad, señor? Y sería muy difícil, señor, nombrar una empanada más apetitosa que la de ternera y jamón —dijo el señor Wegg, asintiendo emocionado.

—¿Quiere un poco, Wegg?

—Gracias, señor Boffin, creo que aceptaré, ya que me invita. En otra compañía, no lo haría, en las presentes circunstancias; ¡pero en la suya, sí! Y la carne gelatinosa, sobre todo cuando es un poco salada, que es el caso cuando hay jamón, ablanda el órgano, no sabe cómo ablanda el órgano.

El señor Wegg no dijo qué órgano, sino que habló con jovial generalidad.

De manera que bajaron la empanada, y el digno señor Boffin ejercitó su paciencia hasta que Wegg, ejercitando el cuchillo y el tenedor, hubo dado cuenta de su plato: y aprovechó la oportunidad para informar a Wegg de que, aunque no estaba exactamente a la Moda mantener a la vista el contenido de la despensa, él (el señor Boffin) lo consideraba hospitalario; y la razón era

que, en lugar de decirle a una visita, tan solo para quedar bien, «Tenemos tales y tales comestibles en el piso de abajo. ¿Quiere tomar algo?», adoptabas una actitud audaz y práctica diciendo: «Eche un vistazo a los estantes. Y si ve algo que le guste, dígalo y lo bajaremos».

Finalmente, el señor Wegg apartó su plato y se colocó los lentes, y el señor Boffin encendió la pipa y contempló con una mirada radiante el mundo que se abría ante él, y la señora Boffin se reclinó tal como dicta la moda en su sofá: como alguien que formaría parte del público si lo encontraba conveniente, o que se dormiría en caso contrario.

—¡Ejem! —comenzó Wegg—. Este, señor Boffin y señora, es el primer capítulo del primer volumen de la *Decadencia y caída de...*

En ese momento concentró la mirada en el libro y se detuvo.

—¿Qué ocurre, Wegg?

—Bueno, ¿sabe, señor?, ahora me viene a la mente —dijo Wegg con un aire de alguien que se dispone a hablar con franqueza (tras haber concentrado la mirada por primera vez en el libro)— que esta mañana ha cometido un pequeño error, que he querido enmendarle en el acto, solo que se me ha ido de la cabeza. ¿Verdad que ha dicho Imperio ruso, señor?

—Sí, ruso; ¿es que no lo es, Wegg?

—No, señor. Romano. Romano.

—¿Cuál es la diferencia, Wegg?

—¿La diferencia, señor? —El señor Wegg titubeó y bordeó peligrosamente el abismo, hasta que se le ocurrió una brillante idea—. ¿La diferencia, señor? Ahí sí que me pone en dificultades, señor Boffin. Baste observar que esa diferencia la explicaremos en una ocasión en que la señora Boffin no nos honre con su compañía. En presencia de la señora Boffin, será mejor dejarla a un lado.

Así, el señor Wegg salió de su apuro de una manera bastante caballeresca, y no solo eso, sino que a fuerza de repetir con varonil delicadeza «¡En presencia de la señora Boffin, será mejor dejarla a un lado!», le pasó el apuro a Boffin, quien sintió que había cometido una torpeza imperdonable.

El señor Wegg, a continuación y sin más preámbulos ni vacilaciones, emprendió su tarea; lanzándose a campo traviesa a través de todo lo que le

salió al paso; enfrentándose a todas las palabras difíciles, biográficas y geográficas; viéndose zarandeado por Adriano, Trajano y los Antoninos; tropezando en Polibio (pronunciado Polly Bious, a quien el señor Boffin creía una virgen romana, y a quien la señora Boffin achacaba la culpa de no haber podido explicar la diferencia entre ruso y romano en su presencia); siendo derribado por Tito Antonino Pío; en pie de nuevo y galopando suavemente con Augusto; finalmente superando el terreno bastante bien con Cómodo: el cual, bajo el apelativo de Comodio, fue considerado por el señor Boffin bastante indigno de su origen inglés porque «no había hecho honor a su nombre» mientras gobernaba al pueblo romano. Con la muerte de este personaje, el señor Wegg finalizó su primera lectura; mucho antes de esta consumación, la vela de la señora Boffin sufrió varios eclipses tras su disco de terciopelo negro, cosa que habría resultado muy alarmante de no ser porque iban regularmente acompañados de un intenso olor a pluma quemada cuando estas se incendiaban, lo que actuaba como reconstituyente y la despertaba. El señor Wegg, que había leído de manera mecánica y pensando lo menos posible en el texto, salió de la empresa bastante fresco; pero el señor Boffin, que enseguida había dejado a un lado su pipa sin acabar, y que desde ese momento se había quedado sentado y mirando intensamente con los ojos y la mente las desconcertantes desmesuras de los romanos, quedó tan gravemente afectado que apenas pudo desearle las buenas noches a su amigo el hombre de letras, ni articular un «Hasta mañana».

—Comodio —dijo el señor Boffin de manera entrecortada, mirando la luna, después de abrirle la verja a Wegg y cerrarla—, ¡Comodio lucha en ese espectáculo de fieras salvajes, setecientas treinta y cinco veces, con las mismas armas y atavío! ¡Y por si eso fuera poco, sacan cien leones a la vez en ese espectáculo de fieras salvajes! ¡Y por si eso fuera poco, Comodio, con otras armas y atavío, las mata a todas en cien golpes! ¡Y por si eso fuera poco, Vituallas (un nombre bien encontrado) come por valor de seis millones, en dinero inglés, en siete meses! A Wegg no parece afectarle, pero a fe mía que para un viejo pájaro como yo esos tipos son terroríficos. E incluso ahora que a ese Comodio lo han estrangulado, no veo que eso nos vaya a hacer mejores. —El señor Boffin añadió, mientras dirigía su andar reflexivo hacia La Enramada y negaba con la cabeza—: Esta mañana no se me pasaba por la cabeza que existieran ni la mitad de sujetos tan terroríficos en letra impresa. ¡Pero ya me he puesto al corriente!

Capítulo VI

Expulsado

Los Seis Alegres Mozos de Cuerda, taberna ya mencionada y calificada de hidropésica, había adquirido hacía ya mucho un estado de saludable malestar. En su propia constitución no tenía ni un piso recto, y apenas una línea recta; pero había sobrevivido, y estaba claro que sobreviviría, a muchos otros edificios mejor equipados, a muchas tabernas más elegantes. Externamente, era un estrecho y torcido apiñamiento de madera con ventanas corpulentas amontonadas una encima de otra al igual que uno podría amontonar una montaña de naranjas, con una absurda galería de madera suspendida sobre el agua; de hecho, toda la construcción, incluyendo la quejumbrosa asta de la bandera del tejado, colgaba sobre el agua, pero parecía haber adoptado la actitud de un nadador pusilánime que lleva mucho tiempo detenido en el borde y ya nunca se zambullirá.

Esta descripción se aplica a la fachada de *Los Seis Alegres Mozos de Cuerda* que da al río. La parte de atrás del establecimiento, aunque allí se encontrara la entrada principal, estaba tan contraída que apenas representaba, en relación con la fachada, el tirador de una plancha de hierro vertical apoyada sobre su extremo más ancho. Este tirador se hallaba al fondo de un patio y un callejón desolados: esa desolación causaba tanta mella en *Los Seis Alegres Mozos de Cuerda* que la hostería no dejaba ni un palmo de terreno más allá de su puerta. Por esta razón, combinada con el hecho de que la casa prácticamente flotaba cuando subía la marea, cada vez que en los Mozos la familia lavaba la ropa de cama, acababa secándose en unos tendederos improvisados en las salas de recepción y en los dormitorios.

La madera que formaba las chimeneas, vigas, tabiques, suelos y puertas de *Los Seis Alegres Mozos de Cuerda* parecía, en su vejez, rebosar de confusos recuerdos de su juventud. En muchos lugares se veían protuberancias y hendiduras, al igual que en los árboles ancianos; se formaban nudos; y aquí y allá parecía retorcerse de manera semejante a las

ramas. En ese estado de segunda juventud, tenía el aire de ser, a su manera, locuaz acerca de su vida anterior. No sin razón, los frequentadores habituales del local a menudo afirmaban, cuando la luz daba de pleno sobre el grano de ciertos paneles, sobre todo en un viejo aparador de madera de nogal que había en un rincón del bar, que podías localizar pequeños bosques, y diminutos árboles similares al árbol padre, en plena umbrosa foliación.

El bar de *Los Seis Alegres Mozos de Cuerda* era de los que ablandan el corazón humano. El espacio disponible no era mucho mayor que el de un coche de alquiler; pero nadie habría deseado que el bar fuera más grande, pues ese espacio estaba totalmente rodeado de pequeños toneles rechonchos, de botellas cordiales y radiantes con ficticios racimos de uvas, por limones dentro de redes, por galletas dentro de cestos, por las corteses palancas de la cerveza de presión que hacían profundas inclinaciones cuando se servía a los clientes, y por el queso que se guardaba en un resguardado rincón, y por la propia mesita de la posadera, situada en un rincón más resguardado cerca del fuego, con el mantel permanentemente puesto. Ese refugio estaba separado del áspero mundo por una mampara de cristal y una media puerta, con un pequeño mostrador de chapa de plomo que servía para dejar la copita de licor; pero el recogimiento del bar saltaba de tal manera por encima de la media puerta que, aunque los clientes bebían allí de pie, en un pasaje oscuro y lleno de corrientes donde se rozaban con los codos de los demás clientes que entraban y salían, siempre se hacían la ilusión, como en un hechizo, de que bebían dentro del mismo bar.

En cuanto al resto, tanto el local donde se bebía como la sala de estar de *Los Seis Alegres Mozos de Cuerda* daban al río y tenían cortinas rojas que hacían juego con las narices de los clientes habituales, y estaban provistas de cómodos receptáculos de hojalata en forma de cono para el fuego, parecidos a esos receptáculos en forma de cono que se utilizaban para calentar líquidos, contruidos de esa forma para que, con sus extremos puntiagudos, pudiesen buscar por su cuenta rincones incandescentes en las profundidades de los carbones al rojo cuando preparaban la cerveza caliente con especias, o calentaban bebidas tan deliciosas como cerveza con ginebra y jengibre, ponche de cerveza y cerveza con ginebra.^[3] El primero de esos energéticos brebajes era una especialidad de los Mozos, los cuales, mediante una inscripción colocada sobre las jambas de la puerta, apelaban amablemente a tus sentimientos afirmando «La Temprana Casa de la Cerveza con Especias».

Pues al parecer esa bebida hay que tomarla temprano; aunque no podamos resolver aquí si esa bebida temprana atrapa al cliente por razones más claramente estomacales que las que tiene un pájaro tempranero para atrapar a un gusano. Solo queda añadir que en el tirador de la plancha, y justo delante del bar, había una diminuta habitación que parecía un sombrero de tres picos, en la que jamás penetraba directamente ni un rayo de sol, de luna o de estrellas, pero que supersticiosamente se consideraba un santuario repleto de comodidad y reclusión gracias a la luz de gas, y sobre la puerta estaba inscrita la atractiva palabra: «Reservado».

La señorita Potterson, única propietaria y gerente de los Mozos de Cuerda, reinaba como autoridad suprema sobre su trono, el bar, y cualquiera que pensara que podía contradecirla en lo que fuera debía de haber bebido hasta perder la razón. Al haberse dado a conocer ella misma como señorita Abbey Potterson, algunas mentes de la orilla del río, a las que (al igual que al río) les faltaba claridad, albergaban confusas ideas acerca de que ella, a causa de su dignidad y firmeza, recibía su nombre, o guardaba cierto parentesco, con la abadía de Westminster.^[4] Pero Abbey no era más que el diminutivo de Abigail, nombre con el que habían bautizado a la señorita Potterson en la iglesia de Limehouse unos sesenta y pico años antes.

—Y ahora, Riderhood, escúcheme —decía la señorita Abbey Potterson, señalando con un enfático índice por encima de la media puerta—, los Mozos no le quieren ver ni en pintura, y preferirían con mucho tener la habitación que ocupa que su compañía; pero aun en el caso de que fuera bienvenido en esa posada, que no es el caso, ni siquiera entonces debería tomar ni una gota más de licor aquí esta noche, después de la pinta de cerveza que le acabo de servir. Así pues, sáquele todo el provecho.

—Pero ya sabe, señorita Potterson —aunque esto se pronunció muy mansamente—, que si me porto bien no puede negarse a servirme.

—¡Que no puedo! —dijo Abbey, con ilimitada expresividad.

—No, señorita Potterson, porque, ya sabe, la ley...

—Aquí yo soy la ley, señor mío —replicó la señorita Abbey—, y si lo duda, pronto le convenceré de ello.

—No he dicho que tuviera ninguna duda, señorita Abbey.

—Mucho mejor para usted.

Abbey la suprema arrojó el medio penique del parroquiano al interior de la caja y, tras sentarse en su silla junto al fuego, reemprendió la lectura que había dejado a medias. Era una mujer alta, erguida y bien parecida, aunque de semblante severo, y parecía más una maestra de escuela que la patrona de *Los Seis Alegres Mozos de Cuerda*. El hombre que estaba al otro lado de la media puerta era un ribereño que bizqueaba y miraba de soslayo, y la mirada que le dirigía ahora semejaba la de un pupilo caído en desgracia.



AT THE BAR.

—Es usted cruel conmigo, señorita Potterson.

La señorita Potterson leía el periódico con el ceño fruncido, y no le hizo caso hasta que él susurró:

—¡Señorita Potterson! ¡Señora! ¿Podría dirigirle media palabra?

La señorita Potterson se dignó a dirigir su mirada de soslayo hacia el suplicante, lo vio golpearse la frente estrecha con los nudillos, y humillar la cabeza hasta acercarla a la de ella, como si le pidiera permiso para arrojarse de cabeza por encima de la media puerta y aterrizar de pie en el bar.

—¿Y bien? —dijo la señorita Potterson, tan lacónica en palabras como prolija de cuerpo—. Diga su media palabra. ¡Vamos!

—¡Señorita Potterson! ¡Señora! ¿Me perdonará si me tomo la libertad de preguntarle si es mi carácter lo que desaprueba?

—Desde luego —dijo la señorita Potterson.

—¿Acaso teme que...?

—No le temo a usted —interrumpió la señorita Potterson—, si se refiere a eso.

—Con toda humildad, no me refería a eso, señorita Abbey.

—Entonces, ¿a qué se refería?

—¡Es usted realmente cruel conmigo! Lo que iba a preguntarle, ni más ni menos, es si de alguna manera teme, o al menos si cree o supone que, de frecuentar yo este establecimiento, los bolsillos de los parroquianos podrían verse en peligro.

—¿Para qué quiere saberlo?

—Bueno, señorita Abbey, y lo digo respetuosamente, sin intención de ofenderla, para mí sería una satisfacción comprender por qué los Mozos no me dejan entrar a mí, mientras que sí dejan entrar al Jefe.

La cara de la posadera se ensombreció con cierta perplejidad mientras replicaba:

—El Jefe nunca ha estado donde ha estado usted.

—¿Se refiere a la trena, señorita? Puede que no. Pero ha hecho méritos para ello. Es posible que de él sospechen cosas mucho peores que todo lo que se ha llegado a sospechar de mí.

—¿Quién sospecha de él?

—Muchos, quizá. Sin duda alguna, hay uno. Yo.

—Usted no es gran cosa —dijo la señorita Abbey Potterson, poniendo un

nuevo ceño de desprecio.

—Pues yo fui su socio. Escúcheme, señorita, yo fui su socio. Y como tal, sé más de sus tejemanejes que ninguna otra persona viva. ¡Fíjese! Yo, el hombre que era su socio, soy el que sospecha de él.

—Entonces —sugirió la señorita Abbey, aunque con una sombra de perplejidad más intensa que antes—, usted se inculpa a sí mismo.

—No, eso no, señorita Abbey. ¿Quiere saber cómo está la cosa? Pues está de la siguiente manera. Cuando yo era su socio, nunca conseguí que estuviera satisfecho. ¿Y por qué nunca conseguí que estuviera satisfecho? Porque tuve mala suerte; porque nunca conseguí encontrar bastantes. ¿Y cómo era su suerte? Siempre buena. ¡Fíjese! ¡Siempre buena! ¡Ah! Hay muchos juegos, señorita Abbey, en los que interviene el azar, pero hay muchos otros en los que también interviene la habilidad.

—¿Y quién duda, buen hombre, que el Jefe tiene habilidad a la hora de encontrar lo que encuentra? —preguntó la señorita Abbey.

—A lo mejor, más que encontrar lo que busca, es que se provee de ello —dijo Riderhood, sacudiendo su maligna cabeza.

La señorita Abbey lo miró ceñuda, y él de manera maligna.

—Si salís al río casi a cada marea, y queréis encontrar a un hombre o a una mujer en el río, ayudaréis enormemente a vuestra suerte, señorita Abbey, si a ese hombre o a esa mujer le sacudís un buen golpe de antemano y lo arrojáis al agua.

—¡Dios bendito! —fue la exclamación involuntaria de la señorita Potterson.

—¡Fíjese! —replicó el otro, alargando el cuerpo por encima de la media puerta para arrojar sus palabras al bar; pues su voz sonaba como si llevara metido en la garganta el estropajo de su bote—. ¡Una cosa le digo, señorita Abbey! ¡Y fíjese en lo que es! ¡Yo le seguiré los pasos, señorita Abbey! ¡Y fíjese en lo que le digo! ¡Al final me rendirá cuentas, aunque tengan que pasar veinte años! ¿Quién es él, para que se le trate con ese favoritismo, y a su hija? ¡¿Es que no tengo yo también una hija?!

Con esa rúbrica, y como si hubiera hablado bastante más borracho y con bastante más ferocidad de como había empezado, el señor Riderhood agarró

la jarra de su pinta y se encaminó con aire arrogante al interior de la taberna.

El Jefe no estaba allí, pero sí una buena reunión de pupilos de la señorita Abbey, que exhibían, cuando lo requería la ocasión, la mayor docilidad. Cuando el reloj dio las diez y la señorita Abbey apareció en la puerta, y dirigiéndose a cierta persona que llevaba una chaqueta escarlata descolorida, dijo: «¡George Jones, se te ha acabado el tiempo! Le dije a tu mujer que serías puntual», Jones se levantó sumiso, deseó las buenas noches a los allí congregados y se retiró. A las diez y media, cuando la señorita Abbey apareció de nuevo y dijo «William Williams, Bob Glamour y Jonathan, ha llegado vuestra hora», Williams, Bob y Jonathan se despidieron y evaporaron con similar mansedumbre. Pero lo más asombroso ocurrió cuando una persona de nariz de patata y sombrero reluciente, tras considerable vacilación, pidió otro vaso de ginebra con agua al muchacho que servía, momento en el cual la señorita Potterson, en lugar de enviárselo, apareció en persona y dijo «Capitán Joey, ya ha tomado todo lo que podía sentarle bien», tras lo cual el capitán se frotó suavemente las rodillas y contempló el fuego sin pronunciar una palabra de protesta, aunque el resto de la concurrencia farfulló: «¡Ay, ay, capitán! La señorita Abbey tiene razón; déjese guiar por la señorita Abbey, capitán». Y no, la vigilancia de la señorita Abbey no se veía disminuida por esta sumisión, sino agudizada, pues al girar la cabeza para contemplar las caras respetuosas de sus pupilos, y divisando a dos jóvenes que necesitaban admonición, se la aplicó de la siguiente manera: «Tom Tootle, ya es hora de que un joven que piensa casarse el mes que viene se vaya a casa a dormir. Y no hace falta que le des codacitos, señor Jack Mullins, pues sé que mañana empiezas a trabajar temprano, y lo mismo te digo. ¡Así que andando! ¡Buenas noches, como buenos mozos que sois!». Tras esas palabras, Tottle miró a Mullins, y el sonrojado Mullins miró a Tottle, para ver quién se levantaba primero, y al final los dos se levantaron juntos y salieron con una ancha sonrisa, seguidos de la señorita Abbey, en cuya presencia ninguno de los presentes se tomaba la libertad de sonreír de ese modo.

En dicho establecimiento, el muchacho que servía, ataviado con un delantal blanco y con las mangas enrolladas apretadamente sobre los hombros desnudos, era una simple insinuación de la posibilidad de recurrir a la fuerza física, exhibida tan solo por una cuestión de estado y forma. Exactamente a la hora de cierre, todos los parroquianos que quedaban desfilaron en perfecto orden, mientras la señorita Abbey permanecía de pie junto a la media puerta

del bar para cumplir con la ceremonia de pasarles revista y despedirlos. Todos le desearon buenas noches a la señorita Abbey, quien les deseó buenas noches a todos, menos a Riderhood. El espabilado camarero, que lo observaba todo de manera oficial, sintió, en ese momento, la convicción en su alma de que aquel hombre quedaba desterrado y excomulgado para siempre jamás de *Los Seis Alegres Mozos de Cuerda*.

—Tú, Bob Gliddery —le dijo la señorita Abbey al muchacho—, ve corriendo a casa de los Hexam y dile a su hija Lizzie que quiero hablar con ella.

Bob Gliddery partió con ejemplar celeridad, y regresó. Le siguió Lizzie, que llegó cuando una de las dos mujeres de servicio de los Mozos colocó sobre la recogida mesita situada junto a la lumbre del bar la cena de la señorita Potterson, consistente en salchichas calientes y puré de patatas.

—Entra y siéntate, muchacha —dijo la señorita Abbey—. ¿Quieres tomar un bocado?

—No, gracias, señorita. Ya he cenado.

—Y yo también, creo —dijo la señorita Abbey, apartando el plato sin catar—, y más de lo que quisiera. Estoy molesta, Lizzie.

—Lo siento mucho, señorita.

—Entonces, ¿por qué lo haces, en el nombre de Dios? —expresó la señorita Abbey de manera desbrida.

—¿Que hago el qué, señorita?

—Vaya, vaya. No pongas esa cara de asombro. Debería haber comenzado con unas palabras de explicación, pero es mi manera de ir al grano. Siempre he tenido el genio vivo. Tú, Bob Gliddery, pon la cadena en la puerta y baja a cenar.

Bob obedeció con una presteza no menos atribuible al genio vivo de la señorita Abbey que al hecho de que le esperara la cena, y se oyó cómo sus botas descendían hacia el lecho del río.

—Lizzie Hexam, Lizzie Hexam —comenzó a decir la señorita Potterson—. ¿Cuántas veces te he brindado la oportunidad de alejarte de padre y llevar otra vida?

—Muchas, señorita.

—¿Muchas? ¡Sí! E igual habría dado que le hablara a la chimenea de hierro del más recio de los vapores que pasan por delante de los Mozos.

—No, señorita —alegó Lizzie—, porque la chimenea no le estaría agradecida, y yo sí.

—Confieso y declaro que casi me avergüenzo por interesarme tanto por ti —dijo la señorita Abbey, malhumorada—, y no creo que lo hubiera hecho si no fueras tan guapa. ¿Por qué no serás fea?

Lizzie apenas respondió a esa difícil pregunta con una mirada de disculpa.

—Pero, como no lo eres —prosiguió la señorita Potterson—, no vale la pena comentarlo. Debo aceptarte así. Que, desde luego, es lo que he hecho. Bien, pues, ¿sigues igual de obstinada?

—Espero no ser obstinada, señorita.

—Entonces, ¿lo llamas firme?

—Sí, señorita. Digamos que firme.

—¡Hasta ahora no ha habido ni una persona obstinada que lo reconociera ante el mundo! —observó la señorita Potterson, frotándose su desconcertada nariz—. Estoy segura de que, si yo fuera obstinada, lo confesaría; pero soy de genio vivo, que es algo diferente. Lizzie Hexam, Lizzie Hexam, piénsatelo otra vez. ¿Estás al tanto de lo peor que ha hecho tu padre?

—¡Que si estoy al corriente de lo peor que ha hecho mi padre! —repitió Lizzie, abriendo mucho los ojos.

—¿Sabes las sospechas que despierta tu padre? ¿Estás al corriente de las sospechas que ahora corren en contra de él?

El conocimiento de lo que su padre hacía habitualmente agobiaba enormemente a la muchacha, y bajó la mirada.

—Dime, Lizzie. ¿Lo sabes? —le insistió la señorita Abbey.

—Por favor, dígame cuáles son esas sospechas, señorita —preguntó tras un silencio, la mirada aún en el suelo.

—No es fácil decirle esto a una hija, pero hay que decirlo. Algunos opinan que tu padre ha ayudado a morir a unos cuantos de los que ha encontrado

muertos.

El alivio de escuchar que solo se trataba de sospechas —que ella estaba segura de que eran falsas—, en lugar de la verdad pura y cierta —que era lo que esperaba oír—, alegró tanto el pecho de Lizzie durante un momento que la señorita Abbey se quedó estupefacta ante su comportamiento. Lizzie levantó la mirada rápidamente, negó con la cabeza, y de manera triunfal, casi se rió.

—¡Los que hablan así conocen poco a padre!

(«Se lo toma con mucha calma —pensó la señorita Abbey—. ¡Se lo toma con una calma extraordinaria!»)

—A lo mejor —dijo Lizzie, al recordar algo—, es alguien que tiene alguna cuenta pendiente con mi padre; ¡alguien que ha amenazado a mi padre! ¿Es el señor Riderhood, señorita?

—Bueno; pues sí.

—¡Sí! Era socio de mi padre, y este rompió con él, y ahora se venga. Yo estaba presente cuando padre rompió con él, y el señor Riderhood se puso furioso. ¡Y otra cosa, señorita Abbey! ¿Me promete que lo que voy a decirle ahora, si no es por una razón muy poderosa, jamás saldrá de sus labios?

Se inclinó para susurrarlo.

—Lo prometo —dijo la señorita Abbey.

—Fue la noche en que se descubrió el asesinato de Harmon, gracias a padre, un poco más arriba del puente. Remábamos de vuelta a casa, justo debajo del puente, cuando Riderhood apareció entre la oscuridad con su lancha. Y posteriormente, muchas, muchísimas veces, cuando he visto que se dedicaban tantos esfuerzos a llegar al fondo de ese crimen, sin acercarse siquiera, me he dicho para mis adentros, ¿no podría haber cometido el asesinato el propio Riderhood, y dejado a propósito que fuera mi padre quien descubriera el cadáver? Parecía pérfido y cruel pensar algo así: pero, ahora que intenta endilgárselo a padre, vuelvo a pensarlo como si fuera verdad. ¿Puede ser verdad? ¿Fue el muerto quien me hizo pensar eso?

Le formuló esa pregunta al fuego más que a la posadera de los Mozos, y recorrió el pequeño bar con una mirada de zozobra.

Pero la señorita Potterson, que era una maestra despierta y acostumbrada a

pedir cuentas a sus pupilos, veía la cuestión desde una perspectiva mucho más de este mundo.

—Eres una pobre ilusa —dijo—. ¿Es que no ves que no puedes sospechar de uno de los dos sin sospechar del otro? Han trabajado juntos. Durante un tiempo se llevaron manejos en común. Aun admitiendo que aciertes en tus pensamientos, lo natural sería que cada uno siguiera haciendo por su cuenta lo que habían hecho juntos.

—No conoce a padre, señorita, si habla así. De verdad, de verdad que no conoce a padre.

—Lizzie, Lizzie —dijo la señorita Potterson—. Debes abandonarlo. No tienes por qué romper con él del todo, pero sí abandonarlo. Aléjate lo más posible de él; no por lo que te he dicho esta noche (no lo juzguemos esta noche, y esperemos que no sea verdad), sino por las razones en las que tanto te he insistido. Tanto da si es porque eres guapa o no, me caes bien y quiero ayudarte. Lizzie, deja que te oriente. No te echas a perder, muchacha, deja que te convenza para llevar una vida respetable y feliz.

La señorita Abbey, dejándose llevar por los buenos sentimientos y el buen sentido de su ruego, había suavizado su tono, y este era ahora tranquilizador, e incluso había rodeado con un brazo la cintura de la muchacha. Pero esta solo replicó:

—¡Gracias, gracias! No puedo hacerlo. No lo haré. No debo pensar en ello. Cuanto mayor sea la dificultad que recaiga sobre mi padre, más me necesita para apoyarse.

En ese momento, la señorita Abbey, como ocurre con todas las personas de carácter inflexible cuando se ablandan, pensó que se le debía una fuerte compensación por ello, reaccionó y quedó gélida.

—He hecho lo que he podido —dijo—. Ahora debes irte. Con tu pan te lo comas. Pero dile una cosa a tu padre: que no venga más por aquí.

—Oh, señorita, ¿le prohíbe entrar en el establecimiento donde sé que está a salvo?

—Los Mozos —replicó la señorita Abbey— tienen que mirar por sí mismos tanto como por los demás. Me ha costado mucho poner orden aquí, y convertir los Mozos en lo que es, y mantenerlo supone una ardua labor, día y

noche. Los Mozos no tendrán ninguna mancha que pueda acarrearles mala fama. Le prohíbo la entrada a Riderhood y se la prohíbo al Jefe. Se la prohíbo a los dos por igual. Descubro por Riderhood y por ti que existen sospechas contra ambos hombres, y no voy a ser yo quien tome partido por uno u otro. Los dos han quedado embadurnados por una sucia brocha de alquitrán, y no quiero que esa brocha embadurne a los Mozos. Eso es todo lo que yo sé.

—¡Buenas noches, señorita! —dijo Lizzie Hexam, apesadumbrada.

—¡Ah! ¡Buenas noches! —replicó la señorita Abbey negando con la cabeza.

—Créame, señorita Abbey, le estoy igualmente agradecida.

—Soy capaz de creerme muchas cosas —replicó la solemne Abbey—, así que también me creeré lo que has dicho.

Aquella noche la señorita Potterson no cenó, y solo se tomó la mitad de su habitual vaso caliente de oporto Negus. Y el personal doméstico femenino —dos robustas hermanas con unos ojos negros muy abiertos, unas caras rojas, relucientes y no muy agraciadas, y unos rizos negros y espesos, como muñecas— intercambiaron la impresión de que la señorita estaba de muy malas pulgas. Y el camarero observó posteriormente que no lo mandaban «a la cama con tan malos modos» desde la época en que su madre aceleraba sistemáticamente su retiro a descansar con un atizador.

Lizzie Hexam, nada más salir y oír a su espalda la cadena de la puerta, sintió desaparecer la primera oleada de alivio que había experimentado. La noche era negra y gélida, las desoladas riberas del río estaban melancólicas, y el sonido de los eslabones de hierro y el chirriar de los cerrojos y abrazaderas manipulados por la señorita Abbey fueron como ruidos de destierro a oídos de Lizzie. Al quedar bajo el cielo encapotado, cayó sobre ella la turbia sombra de estar implicada en un asesinato; y cuando rompió a sus pies la marea ascendente del río sin que hubiera visto cómo se avecinaba, sus pensamientos, del mismo modo, la sobresaltaron saliendo impetuosamente de un vacío invisible y golpeando su corazón.

Estaba segura de que las sospechas en contra de su padre eran infundadas. Estaba segura. Segura. Segura. Y, sin embargo, por mucho que repitiera la palabra en su fuero interno, siempre la sucedía el intento de razonarla y demostrar esa seguridad, que acababa en fracaso. Riderhood había cometido

el crimen, y le había echado la culpa a su padre. Riderhood no había cometido el delito, pero había decidido, en su maldad, involucrar a su padre, aprovechando la posibilidad de distorsionar las apariencias. En uno u otro caso, la aterradora posibilidad era que su padre, siendo inocente, acabara siendo considerado culpable. Había oído hablar de personas que habían sufrido pena de muerte por hechos de sangre de los que luego se había demostrado que eran inocentes, y esas personas, en principio, no se hallaban en una situación tan peligrosamente injusta como su padre. Y en el mejor de los casos, ya era un hecho comprobado que le hacían el vacío, murmuraban contra él, le evitaban. Había comenzado esa misma noche. Y mientras el gran río negro, con sus lóbregas orillas, desapareció pronto de su vista a causa de la tiniebla, ella se quedó en la ribera, incapaz de contemplar, del mismo modo, la inmensa y desolada desdicha de una vida bajo sospecha, apartada del bien y el mal, aunque no ignorara que en la oscuridad que había ante ella, extendiéndose hasta el gran océano, se hallaba la Muerte.

Pero en la mente de la chica solo había una cosa clara. Acostumbrada desde pequeña a hacer lo que podía cuanto antes —ya fuera resguardarse de las inclemencias, esquivar el frío, posponer el hambre y cualquier otra cosa—, abandonó sus cavilaciones y echó a correr hacia su casa.

La habitación estaba en silencio, y la lámpara ardía sobre la mesa. En la litera del rincón dormía su hermano. Se inclinó suavemente sobre él, lo besó y se acercó a la mesa.

«Por la hora de cierre de la señorita Abbey y por la altura de la marea, debe de ser la una. La marea está subiendo. Padre está en Chiswick, y no creo que se le ocurra bajar hasta que no cambie la marea, y eso es a la cuatro y media. A las seis despertaré a Charley. Si me quedo aquí sentada oiré las campanas de la iglesia».

Sin hacer ruido, colocó una silla delante del escaso fuego y se sentó en ella, abrazándose con el chal.

«Ya no veo el hueco junto al fuego de Charley. ¡Pobre Charley!»

El reloj dio las dos, el reloj dio las tres, el reloj dio las cuatro, y ella permaneció allí, con paciencia de mujer y un propósito. Cuando ya había transcurrido un buen intervalo entre las cuatro y las cinco, se quitó los zapatos (para que sus idas y venidas no despertaran a Charley), reavivó moderadamente el fuego, puso agua a hervir y preparó la mesa para el

desayuno. A continuación subió la escalera, lámpara en mano, y volvió a bajarla, y se deslizó de un lado a otro preparando un hatillo. Al final, de su bolsillo, de la repisa de la chimenea, y de una palangana invertida que había en el estante superior, sacó medio penique, unas monedas de seis peniques, unas cuantas menos de chelín, y comenzó a contarlas laboriosamente y sin hacer ruido, apartando un montoncito. Tan concentrada estaba en esa tarea que la sobresaltó el «¡Hola!» de su hermano incorporado en la cama.

—Me has asustado, Charley.

—¡Asustado! Tú sí que me has asustado hace un momento, cuando he abierto los ojos y te he visto ahí sentada, como el fantasma de una niña tacaña, en plena noche.

—No es plena noche, Charley. Son casi las seis de la mañana.

—Ah, ¿sí? Pero ¿qué haces, Liz?

—Sigo leyéndote el porvenir, Charley.

—Pues si es ese, no parece gran cosa —dijo el muchacho—. ¿Para qué estás apartando ese dinero?

—Para ti, Charley.

—¿Qué quieres decir?

—Levántate, Charley, lávate y vístete, y luego te lo digo.

Cuando Lizzie le hablaba con ese tono tranquilo, con esa voz baja y clara, el muchacho siempre la obedecía. Charley pronto metió la cabeza en la palangana con agua, la sacó y se quedó mirando a su hermana entre una tormenta de refregones de toalla.

—Nunca he visto a una chica como tú —dijo Charley frotándose con la toalla, como si él fuera su peor enemigo—. ¿Qué te traes entre manos, Liz?

—¿Ya estás preparado para el desayuno, Charley?

—Puedes servirlo. ¡Vaya! ¿Qué es eso? ¿Un hatillo?

—Un hatillo, Charley.

—No será también para mí, ¿verdad?

—Sí, Charley; lo es.

El muchacho, ahora más serio y más lento en sus movimientos, acabó de vestirse y fue hasta a la pequeña mesa de desayuno, donde dirigió sus ojos atónitos a su hermana.

—Ya ves, Charley, he tomado una decisión, y creo que ha llegado el momento de que te separes de nosotros. Además de los cambios favorables que te irán ocurriendo con el tiempo, serás mucho más feliz, y te irá mucho mejor, ya el mes que viene. Incluso ya la semana que viene.

—¿Cómo lo sabes?

—No sé muy bien cómo, Charley, pero lo sé. —A pesar de que su manera de hablar no había cambiado, ni su actitud serena, casi no se atrevía a mirarlo, y mantenía los ojos fijos en el pan que cortaba y untaba de mantequilla, y en la preparación del té, y en otros detalles—. Debes dejar que yo me encargue de padre, Charley. Haré con él lo que pueda, pero tú debes irte.

—Veo que no te andas con ceremonias —refunfuñó el muchacho, esparciendo por la mesa el pan con mantequilla en un arrebató de mal humor.

Ella no contestó.

—Te diré una cosa —dijo el muchacho, prorrumpiendo en un enojado lloriqueo—. Eres una mujerzuela egoísta, y crees que no tenemos bastante para los tres, así que has pensado en librarte de mí.

—Si crees eso, Charley... Sí, entonces yo también creo que soy una mujerzuela egoísta, y creo que no hay bastante para los tres, y quiero librarme de ti.

Hasta que el muchacho no se abalanzó hacia ella y la abrazó, la chica no perdió el dominio de sí misma. Pero cuando lo perdió, lloró por su hermano.

—¡No llores, no llores! Estoy contento de irme, Liz; estoy contento de irme. Sé que me mandas fuera por mi bien.

—¡Oh, Charley, Charley, el cielo que hay en lo alto sabe que sí!

—Sí, sí. No hagas caso de lo que te he dicho. Olvídalo. Dame un beso.

Después de un silencio, ella lo soltó para secarse los ojos y recuperar su poderosa y serena influencia.

—Y ahora escúchame, Charley querido. Los dos sabemos que hay que hacerlo, y solo yo sé que hay una buena razón para que se haga enseguida.

Vete directamente a la escuela, y di que tú y yo lo hemos acordado, que no podemos superar la oposición de padre, y que este nunca los molestará y nunca volverá a llevarte a casa. Eres un honor para el colegio, y lo serás aún más, y ellos te ayudarán a ganarte la vida. Enséñales la ropa que llevas, y el dinero, y di que les mandaré un poco más. Si no puedo conseguirlo de otro modo, les pediré un poco de ayuda a los dos caballeros que vinieron aquella noche.

—¡Te digo una cosa! —gritó el hermano enseguida—. ¡No se lo pidas a ese sujeto que me agarró por la barbilla! ¡No se lo pidas a ese Wrayburn!

Quizá un leve toque adicional de rojo tiñó la cara y la frente de Liz, pues, asintiendo, llevó una mano a los labios de Charley para que este la escuchara atentamente.

—¡Y sobre todo no te olvides de una cosa, Charley! Procura hablar siempre bien de tu padre. Procura hacerle justicia. No se puede negar que por el simple hecho de no haber estudiado se opuso a que tú estudiaras; pero no admitas nada más en su contra, y procura decir, como ya sabes, que tu hermana lo quiere. Y si alguna vez oyes decir algo contra tu padre que no habías oído antes, no será cierto. ¡Acuérdate, Charley! No será cierto.

El muchacho la miró entre sorprendido y vacilante, pero ella siguió hablando sin prestarle atención.

—¡Por encima de todo, acuérdate! No será cierto. No tengo nada más que decirte, querido Charley, excepto que seas bueno, y aprendas, y algunas cosas de tu vida con nosotros mejor que las recuerdes como si las hubieras soñado la noche anterior. ¡Adiós, queridísimo!

Lizzie, a pesar de lo joven que era, infundió a sus palabras de despedida un amor que se parecía más al de una madre que al de una hermana, ante el cual el muchacho quedó con la cabeza gacha. Charley, después de apretarla contra su pecho con un grito apasionado, cogió su hatillo y salió disparado por la puerta, con un brazo sobre los ojos.

La cara blanca del invierno fue apareciendo perezosa, velada en una neblina helada; y los barcos de vagas formas que pasaban por el río lentamente adquirieron un espesor negro; y el sol, rojo sangre en las marismas de levante que había detrás de los oscuros mástiles y vergas, parecía cubierto por las ruinas de un bosque que se hubiera incendiado. Lizzie, que buscaba a

su padre, lo vio venir, y se puso en pie sobre el embarcadero para que él pudiese verla.

No llevaba con él más que su bote, y avanzaba lentamente. En el embarcadero se congregaba un conjunto de esas criaturas humanas anfibias que parecen poseer el misterioso poder de extraer su subsistencia de las aguas de la marea con solo mirarla. Mientras el padre de Lizzie atracaba el bote, se quedaron contemplando el barro y a continuación se dispersaron. Liz advirtió que, en silencio, comenzaban a evitar a su padre.

El Jefe también lo vio, hasta el punto de que cuando puso pie a tierra empezó a mirar a su alrededor. Pero enseguida se entregó a la labor de llevar la lancha a tierra, amarrarla y sacar los remos, el timón y la cuerda. Transportando todo eso con la ayuda de Lizzie, llegaron hasta su morada.

—Siéntese junto al fuego, padre querido, mientras le preparo el desayuno. Está listo para ponerlo al fuego, y solo le esperaba a usted. Debe de estar helado.

—Desde luego, Lizzie, no estoy ardiendo; eso desde luego y parecía que me hubieran clavado las manos a los remos. ¡Mira qué muertas están!

Al levantarlas, su mente recordó algo semejante al color de sus manos, y quizá al que vio en la cara de su hija; se dio media vuelta y las acercó al fuego.

—No habrá pasado a la intemperie una noche mortal como esta, ¿verdad, padre?

—No, querida. La he pasado a bordo de una barcaza, junto a un buen fuego de carbón. ¿Dónde está el muchacho?

—Queda un poco de brandy para su té, padre, si quiere echárselo mientras le preparo este trozo de carne. Si el río se hiela, la gente lo pasará mal, ¿no es cierto, padre?

—Ah, la gente siempre lo pasa mal —dijo el Jefe, echándose en la taza el licor, que estaba en una botella negra y achaparrada, vertiéndolo despacio para que pareciera que había más—. Las penalidades son como el hollín del aire, siempre nos rodean... ¿Aún no se ha levantado ese muchacho?

—La carne está lista, padre. Cómasela ahora que está caliente y sabrosa. Cuando haya acabado, nos acercaremos al fuego y charlaremos.

Pero él intuyó que le daban largas, y, tras lanzar una rápida mirada furiosa hacia la litera, le dio un tirón al delantal de Lizzie y le preguntó:

—¿Qué ha pasado con el chico?

—Padre, si empieza a desayunar, me sentaré y se lo contaré.

Él la miró, cogió la taza de té y le dio tres o cuatro sorbos, a continuación cortó un trozo de carne caliente con el cuchillo y dijo, comiendo:

—Muy bien. ¿Qué ha pasado con el chico?

—No se enfade, padre. Parece ser, padre, que tiene mucha facilidad para el estudio.

—¡Miserable hijo desnaturalizado! —dijo el padre, agitando el cuchillo en el aire.

—Y que al tener ese don, y carecer de aptitudes para otras cosas, se las ha apañado para lograr un poco de instrucción.

—¡Miserable hijo desnaturalizado! —volvió a decir el padre, repitiendo el gesto de antes.

—Y sabiendo que usted no va sobrado de dinero, padre, y no deseando ser una carga para usted, poco a poco ha ido tomando la decisión de buscarse la vida con el estudio. Se marchó esta mañana, padre, y lloró muchísimo al marcharse, y se fue con la esperanza de que le perdonara.

—Que jamás se me acerque a pedirme perdón —dijo el padre, de nuevo subrayando sus palabras con el cuchillo—. Que nunca vuelva a tenerle ante mi vista, ni al alcance de la mano. Su propio padre no es lo bastante bueno para él. Repudia a su propio padre. Entonces, su propio padre lo repudia a él para siempre, a ese miserable hijo desnaturalizado.

Había apartado el plato. Luego, con la necesidad natural que posee un hombre tosco y fuerte de hacer algo contundente cuando está enfadado, levantaba el cuchillo y asestaba cuchilladas al aire cada vez que acababa una frase. Eran los mismos golpes que habría dado con el puño de no tener nada en la mano.

—Pues que se vaya. Mejor que se haya ido a que se haya quedado. Pero que no vuelva nunca. Que nunca asome la cabeza por esa puerta. Y jamás pronuncies una palabra en su favor, o repudiarás a tu propio padre, y lo que tu

padre diga de él, tendrá que decirlo también de ti. Ahora entiendo por qué los hombres de la ribera se han apartado de mí. Se decían entre ellos: «¡Ahí viene el hombre que no es lo bastante bueno para su hijo!». ¡Lizzie...!

Pero ella lo interrumpió con un grito. Al mirarla, el Jefe vio, con una expresión que no conocía, cómo la chica retrocedía hacia la pared con las manos delante de los ojos.

—¡Padre, no! No soporto que dé esas cuchilladas. ¡Deje el cuchillo!

Él miró el cuchillo; pero, en su asombro, no lo soltaba.

—Padre, eso que hace es horrible. ¡Déjelo, déjelo!

Perplejo por la actitud de Lizzie y por sus exclamaciones, lo arrojó lejos, y se quedó con las manos abiertas extendidas delante de él.

—¿Qué te sucede, Liz? ¿Es que crees que voy a herirte con un cuchillo?

—No, padre, no. Usted nunca me haría daño.

—¿Y a quién iba a hacer daño?

—A nadie, padre. Se lo digo de rodillas. ¡Estoy segura, en mi corazón y en mi alma, estoy segura de que a nadie! Pero era horroroso verlo. Parecía...

—Volvió a taparse la cara con las manos—. Parecía que...

—¿Qué parecía?

Lizzie, al recordar sus gestos asesinos, en combinación con lo que había pasado la noche anterior, y aquella mañana, cayó a los pies de su padre sin haber respondido.

Él nunca la había visto así. La levantó con suprema ternura, llamándola la mejor de las hijas, y «mi pobrecilla criatura», y reposó su cabeza en la rodilla de él, e intentó hacerla volver en sí. Al no conseguirlo, posó su cabeza suavemente en el suelo, cogió un almohadón y lo colocó debajo del pelo oscuro de la niña, y se acercó a la mesa a por una cucharada de brandy. Como no quedaba, cogió presuroso la botella vacía y salió corriendo por la puerta.

Regresó tan presuroso como se fue, con la botella aún vacía. Se arrodilló junto a ella, posó la cabeza sobre su brazo, se humedeció los dedos con un poco de agua y se los pasó por los labios, al tiempo que exclamaba, con palabras furiosas, mirando primero sobre un hombro, luego sobre el otro:

—¿Es que se ha declarado la peste en esta casa? ¿Es que llevo algo letal pegado a las ropas? ¿Qué ha caído sobre nosotros? ¿Quién lo ha desatado?

Capítulo VII

El señor Wegg mira por sí mismo

Silas Wegg, de camino al Imperio romano, se aproxima por el camino de Clerkenwell. Es por la tarde; llueve y hace mal tiempo. El señor Wegg encuentra tiempo para hacer un pequeño recorrido, gracias a que ha plegado su pantalla más temprano, ahora que combina otra fuente de ingresos con esta, y también a que considera que le conviene hacerse esperar con cierta ansiedad en La Enramada. «Boffin estará más impaciente si espera un poco», se dice Silas, cerrando, a medida que avanza con su pata de palo, primero el ojo derecho, luego el izquierdo. Algo que resulta en él totalmente superfluo, pues la naturaleza se los ha cerrado ya bastante.

«Si la cosa va bien con él, como espero que vaya —prosigue Silas, avanzando y meditando—, no sería propio de mí dejarlo aquí. No sería respetable». Animado por su reflexión, acelera el paso, y mira muy a lo lejos, como hacen a menudo los hombres que tienen proyectos ambiciosos.

Al darse cuenta de que un grupo de joyeros ha buscado asilo en los alrededores de la iglesia de Clerkenwell, el señor Wegg comprende que ese vecindario le inspira interés y respeto. Pero sus sensaciones, por lo que se refiere a su estricta moralidad, cojean tanto como él al caminar; pues sugieren las delicias de un abrigo que te haga ser invisible, en el que alejarte a salvo con las piedras preciosas y los relojes, sin remordimiento alguno por la gente que los perdería.

No obstante, el señor Wegg no dirige sus pasos hacia las «tiendas» donde los diestros artesanos trabajan con perlas, diamantes, oro y plata, enriqueciendo sus manos hasta tal punto que las aguas enriquecidas en que se las lavan las compran los refinadores; no hacia allí renquea el señor Wegg, sino hacia las tiendas más pobres de los pequeños comerciantes al por menor que venden cosas para comer, para beber y para mantener a la gente caliente, y hacia los fabricantes de marcos italianos, hacia las barberías, las tiendas de objetos de segunda mano y los vendedores de perros y pájaros cantores. De

esas tiendas, en una calle estrecha y sucia dedicada a esos comercios, el señor Wegg selecciona un escaparate oscuro en el que arde una vela de sebo que da escasa luz, rodeada de una mescolanza de objetos que se parecen vagamente a trozos de cuero y palos secos, pero entre los cuales no hay nada que tenga una forma nítida, excepto la vela misma dentro de su vieja palmatoria de hojalata, y dos ranas disecadas que mantienen un duelo a espada. Impulsándose con renovada energía sobre su pata de palo, el señor Wegg se introduce por la oscura y grasienta entrada, empuja una renuente puerta lateral, oscura y grasienta, y entra en una tiendecita oscura y grasienta. Tan oscuro está que sobre un pequeño mostrador no se distingue nada más que otra vela de sebo en otra palmatoria de hojalata, próxima a la cara de un hombre sentado en una silla y muy encorvado.

El señor Wegg saluda esa cara con un «Buenas noches».

La cara que se levanta hacia él es cetrina, de mirada vacilante, coronada por una maraña de pelo rojizo y polvoriento. El propietario de esa cara no lleva corbata, y se ha abierto el cuello revuelto de la camisa para trabajar con más comodidad. Por la misma razón no lleva chaqueta: solo un chaleco holgado sobre la camisa amarilla. Sus ojos exhiben la misma fatiga de los grabadores, pero ese no es su oficio; su expresión y encorvamiento son más de zapatero, pero tampoco se dedica a eso.

—Buenas noches, señor Venus. ¿Me recuerda?

El señor Venus se yergue a medida que los recuerdos asoman lentamente, y coge la palmatoria que hay en el pequeño mostrador y la baja hacia las piernas, la natural y la artificial, del señor Wegg.

—¡Oh, claro! —dice entonces el hombre—. ¿Cómo está?

—Wegg, ya sabe —explica el caballero.

—Sí, sí —dice el otro—. ¿El de la amputación en el hospital?

—El mismo —dice el señor Wegg.

—Sí, sí —dice Venus—. ¿Cómo está? Siéntese junto al fuego y caliéntese la... la otra pierna.

El pequeño mostrador es tan corto que deja accesible la chimenea —pues de ser más largo habría quedado detrás—, así que el señor Wegg se sienta en un cajón delante del fuego, y aspira un cálido y agradable olor que no es el de

la tienda. «Pues esta —decide para sus adentros el señor Wegg, mientras da un par de inspiraciones correctoras— debe de oler a humedad, cuero, plumas, sótano, cola, goma y —con otra inspiración—, de hecho, es un fuerte olor a fuelles viejos».

—El té se está haciendo y tengo un bollo que se está tostando, señor Wegg. ¿Quiere compartirlo?

Como una de las reglas del señor Wegg es siempre compartir, dice que sí. Pero la tiendecita está tan totalmente a oscuras, está tan llena de estantes, repisas, rinconeras y ángulos oscuros, que ve la taza y el platillo del señor Venus solo porque están cerca de la vela, y no ve de qué misterioso hueco el señor Venus saca otros para él hasta que los tiene bajo la nariz. De manera simultánea, Wegg percibe un bonito pajarillo muerto sobre el mostrador, con la cabeza inerte a un lado, apoyada contra el platillo del señor Venus, y un alambre rígido y largo que le penetra el pecho. Como si fuera Petirrojo, el héroe de la balada, y el señor Venus el gorrión del arco y la flecha, y el señor Wegg la mosca de su ojito.

El señor Venus se agacha y saca otro bollo, aún sin tostar; saca la flecha de Petirrojo y procede a asar el bollo con la punta de ese cruel instrumento. Cuando está tostado, vuelve a agacharse y saca mantequilla, con la cual completa su labor.

El señor Wegg, como hombre lleno de recursos que está seguro de que tarde o temprano acabará cenando, insiste a su anfitrión para que se tome el bollo, a fin de que su estado de ánimo sea dócil, como si engrasara su maquinaria, por así decir. A medida que los bollos desaparecen lentamente, los estantes, repisas y rincones oscuros comienzan a aparecer, y el señor Wegg, lentamente, se hace una idea imperfecta de que delante de él, encima de la repisa de la chimenea, hay un bebé hindú metido dentro de un frasco, acurrucado y con la cabeza casi entre las piernas, como si, de ser la botella lo bastante grande, fuera a dar al instante un salto mortal.

Cuando el señor Wegg considera que los engranajes del señor Venus están lo bastante lubricados, aborda la cuestión que le ha traído, y pregunta, mientras da unas suaves palmaditas con las manos para expresar que no le ha traído ninguna intención preconcebida:

—¿Y cómo me ha ido todo este tiempo, señor Venus?

—Muy mal —dice el señor Venus, sin paños calientes.

—¿Qué? ¿Todavía estoy en casa? —pregunta Wegg con aire de sorpresa.

—En casa, como siempre.

Parece que, en su fuero interno, esas palabras alegran a Wegg, pero este oculta sus sentimientos y observa:

—Qué raro. ¿Y a qué lo atribuye?

—No sé a qué atribuirlo, señor Wegg —replica Venus, que es un hombre demacrado y melancólico, que habla con una voz tenue y quejosa—. No consigo encajarle en ninguna miscelánea. Haga lo que haga, no hay manera de encajarle. Cualquiera que tuviera un mínimo conocimiento os distinguiría a simple vista y diría: «¡De ninguna manera! ¡No encaja!».

—Muy bien, pero maldita sea, señor Venus —protesta Wegg con cierta irritación—, no puede ser por nada personal y característico de mí. A menudo debe de ocurrir con las misceláneas.

—Con las costillas, os lo garantizo, siempre. Pero con nada más. Cuando preparo una miscelánea, sé de antemano que no puedo ser fiel a la naturaleza, ni ser misceláneo con las costillas, porque todo el mundo tiene sus propias costillas, y no le irán bien las de nadie más; pero en lo demás puedo ser misceláneo. Acabo de enviar una belleza, una belleza perfecta, a una escuela de arte. Una pierna es belga, la otra inglesa, y lo demás procede de ocho personas distintas. ¡Que no reúne las condiciones para entrar en una obra miscelánea! Tendría que tener usted todo el derecho, señor Wegg.

Silas contempla intensamente su pierna, todo lo que le permite la tenue luz, y al cabo de unos momentos manifiesta enfurruñado que «debe de ser culpa de los demás. Si no, ¿cómo explica que ocurra algo así?», pregunta impaciente.

—No sé cómo ocurre. Póngase de pie un momento. Aguante la luz. —De un rincón de su silla, el señor Venus saca los huesos de una pierna y un pie, hermosamente puros, y los junta con exquisito encaje. Los compara con la pierna del señor Wegg, que lo contempla como si le tomaran las medidas para una bota de montar—. No, no sé lo que es, pero es así. Tiene una curva en ese hueso, según mi parecer. Nunca he visto nada parecido.

El señor Wegg, tras haber mirado su pierna con desconfianza, y con recelo

el patrón con el que acaba de ser comparada, señala:

—¡Apuesto una libra a que no es inglesa!

—¡Una apuesta fácil, sabiendo que manejamos tanto material extranjero! No, pertenece a un caballero francés.

Como el señor Venus señala con la cabeza un punto de la oscuridad que queda detrás del señor Wegg, este sufre un leve sobresalto, se da la vuelta en busca del «caballero francés», al que finalmente divisa representado (de una manera muy eficiente) por sus costillas, colocadas en un estante de otro rincón, como una parte de una armadura o un par de corsés.

—¡Oh! —exclama el señor Wegg, como si se lo presentaran—. Diría que hacía usted un buen papel en su país, pero espero que no ponga ninguna objeción si le digo que todavía no ha nacido el francés con el que desee encajar.

En ese momento, la grasienta puerta sufre un violento empujón y aparece un muchacho, quien, tras dejar que dé un portazo, dice:

—Vengo por el canario disecado.

—Son tres chelines y nueve peniques —replica Venus—. ¿Tienes el dinero?



MR. VENUS SURROUNDED BY THE TROPHIES OF HIS ART.

El muchacho saca cuatro chelines. El señor Venus, siempre extraordinariamente abatido y con sus sonidos quejumbrosos, busca el canario a su alrededor. Cuando coge la palmatoria para ayudarse en su búsqueda, el señor Wegg observa que tiene un pequeño estante, muy útil, cerca de las rodillas, en el que solo hay manos de esqueletos, que dan la vivísima impresión de querer agarrarlo. De entre estas, el señor Venus saca el canario, que está dentro de una cajita de cristal, y se lo enseña al muchacho.

—¡Toma! —gimotea—. ¡Está casi vivo! ¡Sobre una rama, como sopesando saltar! Cuídalo, es un ejemplar muy bonito... Y tres peniques hacen cuatro chelines.

El niño recoge el cambio y abre la puerta mediante una tira de cuero que tiene clavada a ese fin, momento en que el señor Venus le grita:

—¡Deténgale! ¡Regresa, bribonzuelo! Que te llevas uno de mis dientes entre los medios peniques.

—¿Cómo iba a saberlo? Usted me lo ha dado. Yo no quiero ningún diente, ya me basta con los míos. —Esto exclama el niño, mientras separa el diente del cambio y lo arroja sobre el mostrador.

—No me vengas con impertinencias, ni con el malvado orgullo de la juventud —le replica patéticamente el señor Venus—. No me golpees porque me veas abatido, que ya sin eso tengo bastante. Supongo que el diente se cayó en el cajón. Se caen por todas partes. A la hora del desayuno había dos en la cafetera. Muelas.

—Muy bien, pues —contesta el chaval—, ¿por qué me insulta, entonces?

A lo cual el señor Venus tan solo replica, agitando su mechón de pelo polvoriento y parpadeando con sus ojos débiles:

—No me vengas con impertinencias, ni con el malvado orgullo de la juventud. No me golpees porque me veas abatido. No tienes ni idea de lo pequeño que serías si tuviera que articular tu esqueleto.

La afirmación parece hacer mella en el muchacho, pues se aleja gruñendo.

—¡Ay, Dios mío! —suspira pesadamente el señor Venus, despabilando la vela—. El mundo, que parecía tan florido, ha dejado de retoñar. Veo que está usted mirando el resto de la tienda, señor Wegg. Permítame que le alumbre. Este es mi banco de trabajo. Este el banco de trabajo de mi ayudante. Un

torno de banco. Herramientas. Huesos, variados. Cráneos, variados. Un bebé indio en conserva. También un bebé africano. Frascos de preparaciones, varias. Todo al alcance de su mano, en buen estado de conservación. Los artículos enmohecidos están arriba. Ni me acuerdo de lo que hay en esos cestos de allí. Digamos que restos humanos, variados. Gatos. Un bebé inglés articulado. Perros. Patos. Ojos de cristal, variados. Un pájaro momificado. Piel seca, variada. ¡Dios mío! Esa es una panorámica general.

Tras haber paseado la vela por todos aquellos objetos heterogéneos, que parecían dar un paso al frente de manera obediente a medida que eran nombrados, el señor Venus repite abatido:

—¡Dios mío, Dios mío!

Vuelve a sentarse, y con un abatimiento que le abruma, se sirve más té.

—¿Dónde estoy? —pregunta el señor Wegg.

—Se halla en algún lugar de la trastienda que hay al otro lado del patio, señor; y, para hablarle con franqueza, ojalá nunca le hubiese comprado al portero del hospital.

—A ver, ¿cuánto pagó por mí?

—Bueno —replica Venus, soplando en su taza de té: la cabeza y la cara asoman de la oscuridad, por encima del humo que emana, como si estuviese modernizando su antiguo origen familiar^[5]—, formaba parte de un lote, y la verdad es que no lo sé.

Silas plantea su pregunta con la fórmula mejorada de:

—¿Cuánto aceptaría por mí?

—Bueno —replica Venus, aún soplando su té—, en estos momentos no estoy en condiciones de decírselo, señor Wegg.

—¡Vamos! Según ha dicho usted mismo, yo no valgo gran cosa —razona Wegg de manera convincente.

—Para un trabajo misceláneo no, desde luego, señor Wegg; pero aún podría resultarme valioso como... —En ese punto el señor Venus da un sorbo a su té, que está tan caliente que se ahoga y le hace llorar—... como monstruosidad, si me perdona la palabra.

Reprimiendo una mirada de indignación, indicativa de todo menos de una

disposición a excusarlo, Silas sigue argumentando:

—Creo que me conoce, señor Venus, y creo que sabe que nunca regateo.

El señor Venus da unos cuantos sorbos a su té caliente, cerrando los ojos en cada uno, y vuelve a abrirlos de manera espasmódica, pero no da su consentimiento.

—Tengo la oportunidad de prosperar en la vida y alcanzar una posición mejor gracias a mi propio esfuerzo —dice Wegg con cierta emoción—, y no me gustaría... se lo diré abiertamente: no me gustaría, en tales circunstancias, encontrarme, cómo le diría... disperso, una parte de mí aquí, una parte allá, sino que me gustaría estar completo, como un señor.

—En la actualidad, esto es solo un proyecto, ¿verdad, señor Wegg? ¿Aún no cuenta con el dinero para cerrar un trato? Entonces le diré lo que haré con usted; lo guardaré para más adelante. Soy un hombre de palabra, no tiene que temer que disponga de usted. Lo guardaré para más adelante. Se lo prometo. ¡Dios mío, Dios mío!

El señor Wegg, deseoso de aceptar y deseando ganarse a su interlocutor, lo observa mientras este suspira y se sirve más té, y a continuación dice, procurando introducir una nota de simpatía en su voz:

—Parece alicaído, señor Venus. ¿Va mal el negocio?

—Nunca ha ido tan bien.

—¿Tiene problemas con las manos?

—Nunca han estado tan bien, señor Wegg. No solo soy el primero del ramo, sino que yo soy el ramo. Puede ir a comprar un esqueleto al West End, si quiere, y pagar el precio del West End, pero lo habré montado yo. Tengo tanto trabajo como pueda desear, con la colaboración de mi ayudante, y me enorgullece y llena de placer hacerlo.

El señor Venus pronuncia estas palabras con la mano derecha extendida, el platillo humeante en la mano izquierda, en un tono de queja, como si fuera a prorrumper en un llanto torrencial.

—Entonces no hay motivo para que se sienta abatido, señor Venus.

—Eso ya lo sé, señor Wegg. Dejando aparte el hecho de que nadie me iguala en este trabajo, he mejorado mucho en mi conocimiento de la

anatomía, y reconozco todos los huesos tanto por su forma como por su nombre. Señor Wegg, si le trajeran aquí dentro de una bolsa, desmontado, podría nombrar sus huesos más diminutos con los ojos cerrados, al igual que los más grandes, tan deprisa como podría cogerlos, y los clasificaría, clasificaría sus vértebras de una manera que le sorprendería y le encantaría por igual.

—Bueno —observa Silas (aunque no de tan buena gana como antes)—, pues eso no es motivo para abatirse. O, al menos, no para que usted se sienta abatido.

—Señor Wegg, eso ya lo sé. Señor Wegg, sé que no es motivo. ¡Pero es el corazón lo que me abate, es el corazón! Sea tan amable de leer esta carta en voz alta.

Silas recibe de la mano de Wegg una carta que este saca del maravilloso caos que hay en un cajón, y, tras ponerse las gafas, lee:

—«Señor Venus».

—Sí, prosiga.

—«Conservador de animales y pájaros».

—Sí, prosiga.

—«Articulador de huesos humanos».

—Eso es —dice el señor Venus con un gruñido—. ¡Eso es! Señor Wegg, tengo treinta y dos años y sigo soltero. Señor Wegg, la amo. Señor Wegg, ¡ella merece ser amada por un potentado! —Silas parece alarmarse en el momento en que el señor Venus se pone de pie a causa de su zozobra interior, y con el semblante descompuesto le planta cara poniéndole una mano en el cuello del abrigo; pero el señor Venus, tras pedir excusas, vuelve a sentarse, y dice con la calma de la desesperación—: Ella se opone a mis pretensiones.

—¿Ella es consciente del provecho que obtendría?

—Ella es consciente de ese provecho, pero no aprecia este arte y le pone reparos. «No deseo», escribe de su puño y letra, «verme a mí misma, ni que me vean, bajo una luz tan color hueso».

El señor Venus se sirve más té, con una expresión y una actitud de la más profunda desolación.

—¡Es como cuando un hombre trepa a lo alto de un árbol, señor Wegg, solo para darse cuenta de que desde allí arriba no hay nada que ver! Me siento aquí por las noches, rodeado de mis maravillosos trofeos artísticos, ¿y de qué me han servido? Han sido mi ruina. Me han llevado a que ella informe de que ¡«no deseo verme a mí misma, ni que me vean, bajo una luz tan color hueso»!

Tras haber repetido esa fatídica expresión, el señor Venus da más sorbitos de té y ofrece una explicación de por qué lo hace.

—Eso me abate. Y cuando todo mi cuerpo está abatido por igual, la letargia se apodera de mí. Si bebo hasta la una o las dos de la mañana, acabo olvidándolo. No deje que le retenga más, señor Wegg. No soy una buena compañía para nadie.

—No me marchó por eso —dice Silas, poniéndose en pie—, sino porque tengo una cita. Ya tendría que estar en Harmon.

—¿Qué? —dice el señor Venus—. En Harmon, por el camino de Battle Bridge.

El señor Wegg admite que hacia allí se encamina.

—Debe de estar metido en un buen asunto, si ha conseguido acceder a esa casa. Allí hay mucho dinero.

—Y pensar —dice Silas— que lo ha entendido todo a la primera, y que está tan al corriente. ¡Es maravilloso!

—En absoluto, señor Wegg. El anciano caballero quería conocer la naturaleza y valor de todo lo que encontraba entre el polvo; y había muchos huesos, y plumas, y qué sé yo, y me lo traía.

—¿De verdad?

—Sí. (¡Oh, Dios mío, Dios mío!) Y está enterrado en este barrio, ¿sabe? Un poco más allá.

El señor Wegg no lo sabe, pero hace como si lo supiera, asintiendo. También sigue con la mirada la sacudida de la cabeza de Venus, como si buscara una dirección un poco más allá.

—El descubrimiento que hicieron en el río despertó mi interés —dice Venus—. (Por entonces ella aún no me había escrito su carta de rechazo). Tengo allí... bueno, da igual.

Había levantado la palmatoria, alargando el brazo hacia uno de los estantes a oscuras, y el señor Wegg se había vuelto para mirar cuando el señor Venus se interrumpió.

—El anciano caballero era muy conocido por aquí. Corrían historias de que tenía escondidos todo tipo de objetos de valor en esos montones de basura. Supongo que no había nada en ellos. Quizá usted lo sabe, señor Wegg.

—No hay nada en ellos —dijo Wegg, que jamás había oído hablar de todo eso.

—No deje que le retenga más. ¡Buenas noches!

El desdichado señor Venus acompaña su apretón de manos de una sacudida de cabeza y se derrumba en su silla, para a continuación servirse más té. El señor Wegg vuelve la cabeza mientras abre la puerta tirando de la correa, observa que ese movimiento también zarandea aquella destartalada tienda, sacude la vela, originando un destello momentáneo que provoca que los bebés —el hindú, el africano y el inglés—, los «humanos varios», el caballero francés, los gatos de ojos verdes de cristal, los perros, los patos, y todo el resto de la colección parezcan por un instante animados pero paralíticos; e incluso el pequeño Petirrojo, que está al lado del señor Venus, se vuelve sobre su costado inocente. Un instante después, el señor Wegg renquea su pata de palo bajo las farolas y a través del barro.

Capítulo VIII

El señor Boffin consulta a su abogado

Cualquiera que, saliendo de Fleet Street, hubiese entrado en la sociedad legal de Temple Inn en este punto de la historia, y hubiera deambulado desconsolado por los edificios de Temple hasta tropezar con un triste cementerio, y hubiera levantado la mirada hacia las tristes ventanas que dominaban ese cementerio para descubrir, en la más triste de todas, a un triste muchacho, habría contemplado en él, en un solo golpe de vista, al escribiente en jefe, el escribiente pasante, el escribiente civil, el escribiente de escrituras, el escribiente de la cancillería, y a los escribientes de todas las categorías y departamentos del señor Mortimer Lightwood, al que los periódicos habían calificado no hacía mucho de eminente procurador.

El señor Boffin, al haber mantenido diversos contactos con aquella esencia de los escribientes, tanto en su propia casa como en La Enramada, no tuvo dificultad alguna para identificarlo al verlo allá arriba, en su polvoriento nido de ave de presa. Ascendió hasta el segundo piso, en el que estaba situada la ventana, muy preocupado por las incertidumbres que asediaban al Imperio romano, y lamentando enormemente la muerte del simpático Pertinax, que apenas la noche anterior había abandonado los asuntos imperiales es un estado de gran confusión para caer víctima de la guardia pretoriana.

—¡Buenos días, buenos días! —dijo el señor Boffin, saludando con la mano mientras el triste muchacho, cuyo verdadero nombre era Blight, le abría la puerta de la oficina—. ¿Está el jefe?

—El señor Lightwood le ha dado cita, ¿verdad?

—No quiero que me la dé, ¿sabe? —replicó el señor Boffin—, yo la pagaré, muchacho.

—Sin duda, señor. ¿Quiere entrar? En este momento el señor Lightwood no está, pero espero que regrese de un momento a otro. ¿Le importa tomar asiento en el despacho del señor Lightwood, señor, mientras repaso el libro de

citas? —Con gran aparatosidad, el joven Blight agarró de su escritorio un volumen manuscrito alargado y delgado con la tapa de papel marrón, y pasando el dedo por las citas del día, murmuró—: Señor Aggs, señor Baggs, señor Caggs, señor Daggs, señor Faggs, señor Gaggs, señor Boffin. Sí, señor, aquí está. Ha llegado con un poco de adelanto, señor. El señor Lightwood vendrá enseguida.

—No tengo prisa —dijo el señor Boffin.

—Gracias, señor. Aprovecharé la oportunidad, si no le importa, de registrar su nombre en el libro de visitas del día. —Con la misma aparatosidad que antes, el joven Blight cambió de volumen, cogió una pluma, la humedeció en la boca, la mojó y repasó las entradas anteriores antes de escribir—: Señor Alley, señor Balley, señor Calley, señor Dalley, señor Falley, señor Galley, señor Halley, señor Lalley, señor Malley. Y señor Boffin.

—Todo muy sistemático, ¿eh, muchacho? —dijo el señor Boffin mientras anotaban su nombre.

—Sí, señor —replicó el muchacho—. No podría trabajar de otra manera.

Mediante lo cual quizá quería decir que su mente habría quedado hecha trizas sin esa ficción ocupacional. Al no llevar en su solitario confinamiento esposas que pudiera lustrar, y como no le proporcionaran copa de beber que pudiera cincelar, había acudido al recurso de realizar cambios alfabéticos en los dos volúmenes en cuestión, o de entrar una gran cantidad de personas que sacaba de la Guía Comercial como si tuvieran negocios con el señor Lightwood. Aquello era imprescindible para su espíritu, pues, al ser de temperamento sensible, tenía tendencia a considerar como una deshonra personal que su jefe no tuviera clientes.

—¿Cuánto hace que está en el mundo legal? —preguntó el señor Boffin con su tono brusco e inquisitivo habitual.

—Llevo en esto unos tres años, señor.

—¡Eso es casi como si hubiese nacido en él! —dijo el señor Boffin con admiración—. ¿Le gusta?

—No me molesta demasiado —replicó el joven Blight suspirando como si lo más amargo ya hubiese pasado.

—¿Cuál es su salario?

—La mitad de lo que me gustaría —contestó el joven Blight.

—¿Y cuánto desearía?

—Quince chelines a la semana —dijo el muchacho.

—Y teniendo en cuenta la velocidad media a que se asciende, ¿cuánto tardaría en llegar a juez? —preguntó el señor Boffin, tras examinar en silencio su poca estatura.

El muchacho respondió que aún no había realizado ese pequeño cálculo.

—Supongo que no hay nada que pueda impedirle alcanzar ese cargo —dijo el señor Boffin.

El muchacho vino a decirle que tenía el honor de ser un británico de pies a cabeza, y que nada podía impedirselo. No obstante, parecía inclinado a sospechar que quizá pudiera surgir algún obstáculo.

—¿Un par de libras le serían de ayuda? —preguntó el señor Boffin.

Sobre este particular, el joven Blight no tenía la menor duda, con lo que el señor Boffin le regaló esa suma de dinero, y le agradeció la atención que prestaba a sus asuntos (los del señor Boffin); los cuales, añadió, creía poder considerar como solucionados.

A continuación, el señor Boffin, con el bastón junto a la oreja, como un espíritu familiar que le fuera a explicar cuanto había en el despacho, se quedó sentado mirando una pequeña estantería con libros sobre la práctica legal y actas de los procesos, y una ventana, y un talego azul vacío, y una barra de lacre, y una pluma, y una caja de obleas, y una manzana, y un bloc de notas —todo muy polvoriento— y una abundancia de manchas y borrones de tinta, y el estuche mal disimulado de un arma de fuego, que fingía ser algo relacionado con la ley, y una caja de hierro con el rótulo «TESTAMENTARIA HARMON», hasta que apareció el señor Lightwood.

El señor Lightwood le dijo que venía de visitar al apoderado, con el que había estado tratando los asuntos del señor Boffin.

—¡Y a lo que parece, le ha hecho sudar tinta! —dijo el señor Boffin con conmiseración.

El señor Lightwood, sin explicarle que aquel agotamiento era crónico, pasó a exponerle que, cumplidos con todo detalle los trámites de la ley,

comprobada la autenticidad del testamento del difunto Harmon, demostrado el óbito del inmediato heredero de Harmon, etcétera, el Tribunal de la Cancillería había tomado la resolución de, etcétera, de que él, Lightwood, tuviera la satisfacción, el honor y la dicha, de nuevo, etcétera, de felicitar al señor Boffin por entrar en posesión, como legatario universal, de una cantidad superior a las cien mil libras, depositadas en los libros del gobernador y la institución del Banco de Inglaterra, seguido de más etcéteras.

—Y lo mejor de todo este dinero, señor Boffin, es que no conlleva molestia alguna. No hay propiedades que administrar, no hay rentas que deban producir un porcentaje dado en los malos tiempos (que es una manera extraordinariamente costosa de que tu nombre salga en los periódicos), no hay electores a los que hervir en agua caliente, ni intermediarios que se lleven la crema de la leche antes de que llegue a la mesa. Podría poner el montante dentro de una caja fuerte mañana por la mañana y llevárselo a... no sé, las Montañas Rocosas. Y se las menciono —concluyó el señor Lightwood, con una sonrisa indolente—, porque parece que todos los hombres caen bajo un fatal hechizo que tarde o temprano les obliga a mencionarle a alguien las Montañas Rocosas en un tono de extrema familiaridad, y espero que me perdone por mencionarle esa gigantesca cordillera, ahora latazo geográfico.

Sin atender demasiado ese último comentario, el señor Boffin dirigió su mirada perpleja al techo, y a continuación a la alfombra.

—Bueno —comentó—, la verdad es que no sé qué decirle. Estaba muy bien como estaba. Es mucho dinero que cuidar.

—¡Mi querido señor Boffin, entonces no se moleste en cuidarlo!

—¿Cómo? —dijo el caballero.

—Si me permite hablarle —replicó Mortimer— con la imbécil irresponsabilidad de un individuo particular, y con la profundidad de un consejero legal, lo que le diría es que si esa fortuna le resulta excesiva, o le abruma, le queda el consuelo de hacer que disminuya. Y si le causa aprensión esta tarea, le queda aún otro consuelo, y es el de que muchas personas se tomarán la molestia de quitársela de las manos.

—¡Bueno! No acabo de entenderlo —replicó el señor Boffin, aún perplejo—. Lo que está diciendo, ¿sabe?, no me parece satisfactorio.

—¿Es que hay algo que sea satisfactorio, señor Boffin? —preguntó

Mortimer arqueando las cejas.

—Antes encontraba cosas satisfactorias —replicó el señor Boffin con una expresión nostálgica—. Cuando estaba de capataz en La Enramada, antes de que fuera La Enramada, el negocio me resultaba muy satisfactorio. El viejo era un horrible vándalo (lo digo, desde luego, sin querer faltarle al respeto a su memoria), pero era agradable supervisar el negocio, desde antes de que amaneciera hasta pasado el anochecer. Casi fue una pena —dijo el señor Boffin, frotándose la oreja— que el hombre ganara tanto dinero. Habría sido mejor que no se hubiese entregado en cuerpo y alma a él. ¡No le quepa duda —dijo el señor Boffin como si acabara de descubrirlo— que él si tenía mucho que cuidar!

El señor Lightwood tosió, no muy convencido.

—Y hablando de satisfacción —añadió el señor Boffin—, ¡bueno, que el Señor nos ampare! Si lo analizamos por partes, una a una, ¿puede decirme qué satisfacciones nos ha traído ese dinero? Cuando, después de todo, el viejo le hace justicia al muchacho, este no saca ningún provecho de él. Lo liquidan justo en el momento en que se está llevando (por así decir) la copa y el platillo a los labios. Señor Lightwood, quiero mencionarle ahora que, en nombre de ese pobre y querido muchacho, la señora Boffin y yo nos enfrentamos muchas veces al viejo, hasta que acababa dedicándonos todos los insultos que su lengua era capaz de pronunciar. Le vi, después de que la señora Boffin le diera su opinión acerca de la necesidad de los afectos naturales, coger la capota de la señora Boffin (esta llevaba, por lo general, un sombrero de paja negro, colocado por comodidad en lo más alto de la cabeza) y lanzarla dando vueltas a la otra punta del patio. Lo vi con mis propios ojos. Y en una ocasión en que lo hizo de una manera que era ya una afrenta, le habría dado un buen guantazo si la señora Boffin no se hubiera interpuesto entre nosotros, recibiendo el golpe en la sien. Que la tumbó, señor Lightwood. La tumbó.

El señor Lightwood murmuró:

—Eso honra, por igual, el corazón y la cabeza de la señora Boffin.

—Entiéndame —prosiguió el señor Boffin—. Lo menciono para que vea, ahora que todo ha terminado, que la señora Boffin y yo siempre estuvimos, como nos obligaba nuestro honor de cristianos, de parte de los hijos. La señora Boffin y yo estábamos de parte de la hija; la señora Boffin y yo

estábamos de parte del pobre muchacho; la señora Boffin y yo le plantamos cara al viejo cuando lo único que podíamos esperar a cambio de nuestros esfuerzos era que nos pusiera de patitas en la calle. En cuanto a la señora Boffin —dijo el señor Boffin, bajando la voz—, a lo mejor ella no quiere que se lo mencione, ahora que es una mujer elegante, pero llegó a decirle, en mi presencia, que era un bribón con el corazón de pedernal.

El señor Lightwood murmuró:

—El bravío espíritu sajón... los antepasados de la señora Boffin... arqueros en las batallas de Agincourt y Cressy.

—La última vez que la señora Boffin y yo vimos al pobre muchacho —dijo el señor Boffin, calentándose (como suele ocurrir con la grasa) con cierta tendencia a derretirse— era un niño de siete años. Pues, cuando regresó para interceder por su hermana, la señora Boffin y yo estábamos fuera, supervisando una compra que se había hecho en uno de los campos, que debía ser cribada antes de cargarla en los carros, y él vino y se fue en el intervalo de una hora. Le digo que era un niño de siete años. Se disponía a partir, totalmente solo y desamparado, a una escuela en el extranjero, y vino a nuestra casa, situada al final del patio de la presente Enramada, para calentarse en nuestro hogar. Llevaba una ropa de viaje escasa y de poco abrigo. Tenía una maleta muy escasa fuera, en el viento helado, que yo iba a llevarle hasta el vapor, pues el viejo no quería ni oír hablar de gastarse seis peniques en el coche de línea. La señora Boffin, en aquel tiempo una joven y el vivo retrato de una rosa en flor, está de pie a su lado, se arrodilla junto al fuego, le calienta las dos manos y pasa a frotarle las mejillas; pero, al ver que los ojos del niño se llenan de lágrimas, ella también se pone a llorar enseguida, y le rodea el cuello con los brazos, como si le protegiera, y me grita: «¡Daría todo el ancho mundo, desde luego que lo daría, por irme con él!». Lo único que le digo es que aquello me llegó a lo más hondo, y que al mismo tiempo aumentó la admiración que sentía por la señora Boffin. El pobre niño se queda un rato agarrado a ella, y ella se agarra a él, y luego, cuando el viejo lo llama, el muchacho dice: «¡Debo irme! ¡Que Dios les bendiga!». Y por un momento apoya el corazón en el pecho de la señora Boffin, y levanta la mirada hacia ambos, como si sintiera pena... como si sufriera. ¡Qué mirada! Subí a bordo con él (primero le compré todas las pequeñas fruslerías que se me ocurrió que le gustarían), y no le dejé hasta que no se hubo dormido en la litera, tras lo cual volví con la señora Boffin. Pero el

que le contara cómo lo había dejado en el barco no sirvió de nada, pues, según ella, el muchacho jamás cambió esa expresión que nos había dirigido antes. Pero aquello tuvo un lado bueno. La señora Boffin y yo no teníamos hijos propios, y a veces habíamos deseado tener uno. Pero ya no. «Cualquiera de los dos podría morir», dice la señora Boffin, «y otros ojos podrían ver esa mirada de desamparo en nuestro hijo». Así que algunas noches, cuando hacía mucho frío, o cuando el viento aullaba, o llovía a cántaros, se despertaba sollozando, y me decía presa de gran agitación: «¿Es que no ves la cara del pobre niño? ¡Oh, dale cobijo!». Hasta que con el transcurrir de los años se le pasó, como tantas otras cosas.

—Mi querido señor Boffin, con el tiempo todo acaba en despojos —dijo Mortimer, con una risita.

—Bueno, yo no llegaría al extremo de decir todo —replicó el señor Boffin, al que parecía irritar la actitud de su interlocutor—, porque hay cosas que nunca he encontrado entre la basura. Bueno, señor. Así pues, la señora Boffin y yo nos vamos haciendo viejos al servicio del viejo, viviendo y trabajando bastante duro, hasta que el viejo es hallado muerto en su cama. Entonces la señora Boffin y yo sellamos su caja fuerte, que siempre estuvo en la mesita que había al lado de su cama, y después de haberle oído mencionar a menudo el nombre de Temple Inn como un lugar donde se contrataba la recogida de la basura de los abogados, vine hasta aquí en busca de un abogado que me aconsejara, y veo a su joven ayudante en estas alturas, cortando moscas en pedacitos con su navaja cortaplumas en el alféizar, y le lanzo un «¡Eh!», pues no tengo el placer de conocerle, y así es como consigo ese honor. Luego, usted y ese caballero que lleva ese cuello tan incómodo y que tiene su despacho bajo el pequeño pasadizo abovedado del cementerio de Saint Paul...

—Doctor's Commons —observó Lightwood.

—Tenía entendido que era otro nombre —dijo Boffin, haciendo una pausa—, pero usted lo sabrá mejor que yo. Entonces usted y ese doctor Scommons se ponen a trabajar, y hacen las cosas como es debido, usted y el doctor Scommons se ocupan de averiguar el paradero del pobre muchacho, y al final lo encuentran, y la señora Boffin y yo a menudo intercambiamos la observación: «Volveremos a verlo, en felices circunstancias». Pero no fue así como; y lo que tiene este asunto de insatisfactorio es que el dinero nunca le

llegó.

—Pero ha llegado —comentó Lightwood, con una lánguida inclinación de cabeza— a manos excelentes.

—Ha venido a parar a manos de la señora Boffin y mías este mismo día y a esta misma hora solo, y a eso quiero llegar, porque hemos esperado a que llegara este día y esta hora con un propósito. Señor Lightwood, se ha cometido un asesinato cruel y pérfido. Y la señora Boffin y yo nos beneficiamos misteriosamente de este asesinato. Ofrecemos, para que se prenda y se condene al asesino, una recompensa de una décima parte de la propiedad, una recompensa de diez mil libras.

—Señor Boffin, eso es demasiado.

—Señor Lightwood, la suma la hemos fijado la señora Boffin y yo, y no vamos a cambiarla.

—Pero permítame hacerle ver —replicó Lightwood—, hablando ahora con profundidad profesional y no con imbecilidad individual, que la oferta de una recompensa tan grande es una invitación a que aparezcan sospechas falsas, a que se reconstruyan falsamente los hechos, a que se acuse falsamente: toda una caja de herramientas afiladas.

—Bueno —dijo el señor Boffin, un tanto estupefacto—, esta es la suma que hemos apartado a ese fin. Si hay que declararlo abiertamente en los nuevos anuncios que hay que poner en nombre nuestro...

—En su nombre, señor Boffin, en su nombre.

—Muy bien, en mi nombre, que es el mismo que el de la señora Boffin, y se refiere a los dos, es algo que hay que considerar al redactarlas. Pero esa es la primera orden que, como poseedor de la propiedad, le doy a mi abogado al entrar en posesión de ella.

—Su abogado, señor Boffin —replicó Lightwood, escribiendo una anotación muy breve con una pluma muy oxidada— tiene la satisfacción de escribir su orden. ¿Alguna más?

—Otra, y no más. Redácteme un testamento todo lo breve y conciso que se pueda sin dejar de ser estricto, por el que deje la totalidad de los bienes a «mi querida esposa, Henerietty Boffin, como única albacea». Hágalo todo lo breve que pueda, utilizando esas palabras, pero hágalo estricto.

Lightwood, que no acababa de comprender la idea que tenía el señor Boffin de lo que era un testamento estricto, empezó a tantearlo.

—Le ruego me perdone, pero la profundidad profesional debe ser exacta. Cuando dice estricto...

—Quiero decir estricto —explicó el señor Boffin.

—Exacto. Y no hay nada más loable. Pero esa cualidad de estricto de la que habla, ¿impone alguna condición a la señora Boffin? Y si es así, ¿en qué términos?

—¿Imponer alguna condición a la señora Boffin? —interrumpió su marido—. ¡No! Pero ¡en qué está pensando! Lo que quiero es que todo sea suyo de una manera tan estricta que no se le pueda arrebatar.

—¿Suyo con total libertad para hacer lo que quiera con el dinero? ¿Completamente suyo?

—¿Completamente? —repitió el señor Boffin, con una risita breve y sonora—. ¡Ja! ¡Desde luego! ¡Estaría bueno que a estas alturas comenzara a ponerle condiciones a la señora Boffin!

Así pues, esa instrucción también fue anotada por el señor Lightwood; y este, tras haberla anotado, estaba casi acompañándole a la puerta cuando el señor Eugene Wrayburn casi tropieza con él en el umbral. A consecuencia de lo cual, el señor Lightwood dijo, con su frialdad habitual, «Permítanme que les presente», y posteriormente expresó que el señor Wrayburn era un abogado versado en leyes y que, en parte por cuestiones relacionadas con su labor y en parte por placer, había puesto al corriente al señor Wrayburn de algunos hechos interesantes de la biografía del señor Boffin.

—Encantado —dijo Eugene (aunque no lo pareciera)— de conocer al señor Boffin.

—Gracias, señor, gracias —replicó el caballero—. ¿Le gusta el mundo de la abogacía, señor?

—No... especialmente —replicó Eugene.

—Demasiado árido para usted, ¿eh? Bueno, supongo que hay que perseverar algunos años antes de dominar el oficio. Pero no hay nada como el trabajo. Fíjese en las abejas.

—Le ruego me perdone —contestó Eugene, con una sonrisa de renuencia—, pero ¿me perdonará si le digo que siempre protesto cuando se menciona a las abejas?

—¡No me diga! —exclamó el señor Boffin.

—Me opongo por principios —dijo Eugene—, en cuanto que bípedo...

—En cuanto que ¿qué? —preguntó el señor Boffin.

—En cuanto que criatura de dos patas. Me opongo por principios, en cuanto que criatura de dos patas, a que se me compare con insectos y con criaturas de cuatro patas. Me opongo a que se me exija que mi conducta deba tomar como modelo la conducta de las abejas, de los perros, las arañas o los camellos. Admito plenamente que el camello, por ejemplo, es una persona enormemente sobria; pero posee varios estómagos con los que sustentarse, y yo solo tengo uno. Además, yo no estoy provisto de una fresca bodega en la que conservar mi bebida.

—Pero yo he mencionado la abeja —insistió el señor Boffin, que no sabía muy bien qué decir.

—Exacto. ¿Y puedo hacerle observar que es muy poco pertinente mencionar la abeja? Porque eso es dar muchas cosas por sentado. Concedamos por un momento que existe alguna analogía entre una abeja y un hombre que lleva camisa y pantalones (cosa que yo niego), y demos por supuesto que el hombre puede aprender de la abeja (cosa que también niego). La cuestión sigue siendo: ¿qué tiene que aprender? ¿A imitar? ¿A evitar? Cuando sus amigas las abejas se preocupan con tanto revoloteo y hasta tal punto por su soberana, y pierden el oremus por cualquier pequeño movimiento de la soberana, nosotros, los hombres, ¿hemos de aprender a adular a los ricos o de la mezquindad del Diario de Sesiones? No tengo muy claro, señor Boffin, que eso de la colmena no sea sino pura sátira.

—En cualquier caso, trabajan —dijo el señor Boffin.

—S-sí —replicó Eugene con desdén—, trabajan, pero ¿no cree que exageran? Trabajan mucho más de lo que necesitan. Producen mucho más de lo que pueden comer. Fastidian y zumban sin cesar con esa idea única hasta que la muerte se las lleva. ¿No cree que exageran? Y los hombres, ¿no han de tener vacaciones por culpa de las abejas? ¿Es que yo nunca he de cambiar de aires, porque las abejas no lo hacen? Señor Boffin, creo que la miel es algo

excelente para el desayuno; pero, a la luz de los maestros y moralistas convencionales, me opongo a las tiránicas paparruchas de su amiga la abeja. Con todos los respetos hacia usted.

—Gracias —dijo el señor Boffin—. ¡Buenos, buenos días!

Pero el digno señor Boffin se alejó con la incómoda impresión de que se podría haber ahorrado aquella charla, de que en el mundo había muchas cosas insatisfactorias, aparte de las que había recordado en relación a la propiedad de Harmon. Y mientras caminaba por Fleet Street en ese estado de ánimo, de repente se dio cuenta de que era seguido de cerca y observado por un hombre de aspecto elegante.

—¿Y bien? —dijo el señor Boffin, parándose en seco, tan en seco como había parado sus meditaciones—. ¿Qué vende usted?

—Le ruego me perdone, señor Boffin.

—¿También sabe mi nombre? ¿Cómo es eso? Yo no le conozco.

—No, señor, no me conoce.

El señor Boffin miró al hombre a los ojos, y el hombre lo miró a los ojos a él.

—No —dijo el señor Boffin, tras echarle una mirada al suelo, como si este estuviese hecho de caras e intentara encontrar la que correspondía a la del hombre—, no le conozco.

—Soy un don nadie —dijo el desconocido—, y no es probable que me conozca, pero la riqueza del señor Boffin...

—¡Oh! ¿Es que ya todo el mundo lo sabe? —murmuró el señor Boffin.

—... Y esa manera tan romántica de conseguirla, lo convierten en una persona notoria. El otro día alguien le señaló y me dijo quién era usted.

—Bueno —dijo el señor Boffin—, pues yo diría que debió de quedar usted decepcionado cuando me señalaron, si su cortesía le permite confesarlo, pues soy consciente de que en mí hay poco que ver. ¿Qué puede usted querer de mí? No es hombre de leyes, ¿verdad?

—No, señor.

—¿Tiene alguna información que darme, a cambio de una recompensa?

—No, señor.

Es posible que la cara del hombre se sonrojara momentáneamente en esa última respuesta, pero pasó enseguida.

—Si no me equivoco, usted me ha seguido desde el despacho de mi abogado y ha intentado llamar mi atención. ¡Confiéselo! ¿Es verdad, o no? —exigió saber el señor Boffin, bastante enfadado.

—Sí.

—¿Y por qué?

—Si me permite caminar a su lado, señor Boffin, se lo contaré. ¿Tiene algún inconveniente en que entremos en este lugar (creo que se llama Clifford's Inn), donde podremos oírnos mejor que en medio del fragor de la calle?

(«Vaya —se dijo el señor Boffin—, como me proponga una partida a los bolos, o se encuentre con un caballero de provincias que acabe de heredar, o saque alguna joya que se haya encontrado, ¡lo tumbo de un golpe!» Con tan discreta reflexión, y llevando el bastón en brazos tal como lo lleva Punch,^[6] el señor Boffin torció hacia la mencionada Clifford's Inn).

—Señor Boffin, da la casualidad de que esta mañana estaba en Chancery Lane cuando le vi caminar delante de mí. Me tomé la libertad de seguirle, sin acabar de decidirme a abordarlo, hasta que entró usted en el despacho de su abogado. Entonces lo esperé fuera hasta que salió.

(«Esto no suena a partida de bolos, ni a caballero de provincias, ni a joyas —se dijo el señor Boffin—, aunque nunca se sabe»).

—Me temo que lo que voy a decirle es atrevido, y me temo que tiene poco que ver con el mundo práctico al que estamos acostumbrados, pero me arriesgaré. Si me pregunta, o si se pregunta a sí mismo (cosa más probable) qué me hace ser atrevido, le responderé que estoy del todo convencido de que es usted un hombre recto y de trato franco, con un corazón grandísimo, y bendecido con una esposa a la que distinguen las mismas cualidades.

—Lo que le han dicho es cierto, al menos de la señora Boffin —fue la respuesta del señor Boffin, mientras inspeccionaba a su nuevo amigo.

Había cierta contención en la actitud del desconocido, que caminaba con los ojos en el suelo (aunque consciente, a pesar de todo, de que el señor

Boffin lo observaba) y hablaba con una voz apagada. Pero sus palabras fluían con facilidad, y su voz era de tono agradable, aunque carente de espontaneidad.

—Si añado que puedo ver por mí mismo lo que la gente comenta de usted, que la fortuna no le ha echado a perder ni le ha envanecido, confío en que usted, en cuanto que hombre de carácter abierto, no sospeche que pretendo halagarle, sino que considere que todo lo que pretendo es excusarme, siendo esta mi única excusa para la presente intrusión.

(«¿Cuánto? —se dijo el señor Boffin—. Debe de tratarse de dinero. ¿Cuánto?»)

—Ahora que sus circunstancias han cambiado, probablemente cambiará su manera de vivir. Probablemente tendrá una casa más grande, muchos asuntos que atender, y lo asediará la correspondencia. Si usted me probara como secretario...

—¿Como qué? —exclamó el señor Boffin, con los ojos como platos.

—Como su secretario.

—Bueno —dijo el señor Boffin entre dientes—. ¡Qué cosa más rara!

—O —prosiguió el desconocido, asombrado ante el asombro del señor Boffin—, si me probara como su apoderado, o con el nombre que sea, sé que descubriría que soy una persona fiel y agradecida, y espero que me encuentre útil. Naturalmente, a lo mejor piensa que mi objetivo inmediato es el dinero. No es así, pues de buena gana le serviré un año, dos años, el plazo que usted decida, antes de abordar la cuestión de los honorarios.

—¿De dónde es usted? —preguntó el señor Boffin.

—Vengo —replicó el otro, encontrando su mirada—, de muchos países.

Como el conocimiento que tenía el señor Boffin de los nombres y situaciones de las tierras extranjeras era limitado en cantidad y confuso en cualidad, modeló su siguiente pregunta según una forma elástica.

—¿De algún... lugar en concreto?

—He estado en muchos lugares.

—¿A qué se ha dedicado? —preguntó el señor Boffin.

Tampoco consiguió un gran progreso con eso, pues la respuesta fue:

—He sido estudiante y viajero.

—Si no le parece que me tomo demasiada libertad en preguntarle —dijo el señor Boffin—, ¿cómo se ganaba la vida?

—Le he mencionado a qué aspiro —replicó el otro, lanzándole otra mirada y sonriendo—. He tenido que desistir de unos planes que tenía trazados, y digamos que ahora debo comenzar de nuevo.

El señor Boffin, sin saber cómo librarse de aquel aspirante, y sintiéndose más confuso debido a que la actitud y aspecto del hombre delataban una exquisitez de la que él se reconocía deficiente, dirigió su mirada hacia la pequeña y mohosa colonia o coto de gatos que era aquel día Clifford's Inn, en busca de alguna sugerencia. Había gorriones, había gatos, había podredumbre húmeda, podredumbre seca, pero no era un lugar que inspirara ninguna idea.

—Aún no le he mencionado mi nombre —dijo el desconocido, sacando una carterita de la que extrajo una tarjeta—. Me llamo Rokesmith. Me alojo en casa de un tal señor Wilfer, en Holloway.

El señor Boffin se lo quedó mirando de nuevo.

—¿El padre de la señorita Bella Wilfer? —dijo.

—Mi casero tiene una hija llamada Bella. Sí, sin duda.

Justamente, aquel nombre había rondado por los pensamientos del señor Boffin toda la mañana, y los días anteriores; por lo que dijo:

—¡Eso también es algo singular! —Y lo miró otra vez fijamente, sin darse cuenta, rebasando las barreras de los buenos modales, con la tarjeta en la mano—. Y, por cierto, supongo que fue alguien de la familia el que le señaló quién era yo.

—No. Nunca he ido por la calle con ninguno de ellos.

—Entonces, ¿oyó cómo hablaban de mí entre ellos?

—No. Tengo mis propias habitaciones, y he mantenido escasa comunicación con ellos.

—¡Esto se hace más raro por momentos! —dijo el señor Boffin—. Bueno, señor, la verdad sea dicha, no sé qué decirle.

—No diga nada —replicó el señor Rokesmith—, y permítame que venga a visitarle dentro de unos días. No soy tan inconsciente como para pensar que me aceptará con solo verme una vez y me contratará en medio de la calle. Deje que venga a visitarle cuando se haya formado una opinión, cuando le venga bien.

—Eso es justo, y no tengo nada que objetar —dijo el señor Boffin—, pero debe ser con la condición de que quede plenamente entendido que sigo sin saber para qué puedo llegar a necesitar a alguien que me haga de secretario... Ha sido secretario lo que ha dicho, ¿verdad?

—Sí.

El señor Boffin volvió a poner unos ojos como platos, y se quedó mirando al aspirante de pies a cabeza, repitiendo:

—¡Qué raro! ¿Está seguro de que ha sido secretario? ¿Sí?

—Estoy seguro de que es lo que he dicho.

—Como secretario —repitió el señor Boffin, meditando sobre la palabra—. No creo que vaya a necesitar nunca un secretario, o lo que sea, más de lo que voy a necesitar nunca un hombre en la luna. La señora Boffin y yo todavía no hemos decidido que vayamos a cambiar en nada nuestra manera de vivir. Las inclinaciones de la señora Boffin desde luego propenden a la moda; pero, como ya vive de manera elegante en La Enramada, es posible que no quiera hacer ningún cambio. No obstante, señor, ya que no desea precipitar las cosas, deseo que nos volvamos a ver, y, si le apetece, puede venir a visitarme a La Enramada. Pásese dentro de una semana o dos. Al mismo tiempo, considero que debo mencionarle, además de lo que ya le he mencionado, que tengo a mi servicio a un hombre de letras, con una pata de palo, y que no es mi propósito separarme de él.

—Lamento que, en cierto modo, se me hayan adelantado —replicó el señor Rokesmith, evidentemente sorprendido por la noticia—, pero a lo mejor surgen otras obligaciones.

—Verá —replicó el señor Boffin, con un sentido confidencial de la dignidad—, las obligaciones de mi hombre de letras son claras. Profesionalmente, su ocupación son las decadencias y caídas, y como amigo entra en el terreno de la poesía.

Sin observar que esas obligaciones no le parecían nada claras a la atónita comprensión del señor Rokesmith, el señor Boffin prosiguió:

—Y ahora, señor, le deseo buenos días. Puede pasarse por La Enramada cualquier día de la semana que viene o la otra. No está a más de una milla de donde usted vive, y su casero le indicará cómo ir. Pero como es posible que no conozca el lugar por el nuevo nombre de Enramada de Boffin, cuando le pregunte, hágalo por Harmon.

—Harmon —repitió el señor Rokesmith, que al parecer no había captado bien el sonido—. Harman. ¿Cómo lo deletrea?

—Bueno, en cuanto a cómo se deletrea —replicó el señor Boffin, con gran presencia de ánimo—, eso es cosa suya. Harmon es todo lo que tiene que decirle a su casero. ¡Buenos días, buenos días!

Y, dicho esto, se marchó sin mirar atrás.

Capítulo IX

El señor y la señora Boffin consultan entre ellos

El señor Boffin se dirigió directamente a casa sin más obstáculos ni impedimentos, llegó a La Enramada y le hizo a la señora Boffin (ataviada con un vestido de paseo de terciopelo negro y plumas, como el caballo de un coche fúnebre) un relato de todo lo que había dicho y hecho desde el desayuno.

—Esto nos lleva, querida —añadió—, a la cuestión que dejamos a medias: saber si hemos de tomar alguna nueva determinación en relación a la Moda.

—Pues bien, te diré lo que deseo ahora, Noddy —dijo la señora Boffin, alisándose el vestido con un aire de inmensa dicha—. Quiero vida social.

—¿Vida social elegante, querida?

—¡Sí! —exclamó la señora Boffin, riendo con una alegría infantil—. ¡Sí! ¿De qué me sirve quedarme aquí como una figura de cera? ¿No es lo que soy ahora?

—La gente paga por ver las figuras de cera, querida —contestó su marido—, mientras que, a pesar de que verte a ti saldría barato a ese precio, los vecinos pueden venir a verte por nada.

—Pero eso no es motivo —dijo la jovial señora Boffin—. Cuando trabajábamos como los vecinos, estábamos en nuestra salsa, pero, ahora que hemos dejado de trabajar, debemos buscarnos otras salsas.

—Bueno, ¿y si volviéramos a trabajar otra vez? —insinuó el señor Boffin.

—¡De ninguna manera! Hemos heredado una gran fortuna, y debemos hacer lo que corresponde a nuestra fortuna; debemos estar a su altura.

El señor Boffin, que sentía un profundo respeto por la intuitiva sabiduría de su esposa, replicó, aunque bastante pensativo:

—Supongo que debemos hacerlo.

—Todavía no nos hemos puesto a su altura, y, en consecuencia, no hemos sacado nada bueno —dijo la señora Boffin.

—Cierto, hasta el momento —asintió el señor Boffin con su actitud pensativa de antes, tomando asiento en su banco—. Espero que en el futuro saquemos algo bueno. ¿Y cuáles son tus ideas a ese respecto, querida?

La señora Boffin, una criatura sonriente, de figura ancha y de carácter sencillo, rollizos pliegues en el cuello, con las manos juntas en el regazo, procedió a exponer su punto de vista:

—Lo que yo digo es que deberíamos tener una buena casa en un buen barrio, estar rodeados de cosas buenas, una buena vida y buena sociedad. Lo que yo digo es que vivamos según nuestros recursos, sin derroche, y seamos felices.

—Sí. Yo también digo que seamos felices —asintió el aún pensativo señor Boffin.

—¡Dios bendito! —exclamó la señora Boffin, riendo y dando una palmada, meciéndose dichosa adelante y atrás—. Cuando me imagino en un carruaje amarillo claro tirado por dos caballos, con bujes de plata en las ruedas...

—¡Oh! ¿En eso pensabas, querida?

—¡Sí! —exclamó la dichosa criatura—. ¡Y un lacayo detrás, con una barra de un lado a otro, para protegerle los pies! ¡Y con un cochero delante, en lo alto, hundido en un asiento lo bastante grande como para que quepan tres, todo tapizado de verde y blanco! ¡Y dos caballos bayos que sacudan la cabeza y levanten las patas a más altura que el paso que dan! ¡Y tú y yo dentro, recostados, espléndidos como una moneda de nueve peniques! ¡Ooooh! ¡Qué maravilla! ¡Ja, ja, ja!

La señora Boffin volvió a dar palmas, a mecerse y dio patadas en el suelo, secándose las lágrimas de tanto reír.

—Y, querida mía —inquirió el señor Boffin, tras haberla acompañado en sus risas—, ¿qué opinas del tema de La Enramada?

—Ciérrala. No te deshagas de ella, pero pon a alguien que la cuide.

—¿Alguna otra idea?

—Noddy —dijo la señora Boffin, pasando de su elegante sofá al sencillo banco de él, y enlazando su confortador brazo con el de él—. También pienso, y la verdad es que es un pensamiento que he tenido desde el principio, en la decepcionada muchacha; en la cruel decepción que sufrió, al quedarse sin marido ni riquezas. ¿No crees que podríamos hacer algo por ella? ¿Llevarla a vivir con nosotros, o algo parecido?

—¡Ni una vez se me había pasado por la cabeza! —exclamó el señor Boffin, golpeando la mesa de admiración—. Qué máquina de pensar es esta mujer. Y ni ella sabe cómo lo hace. ¡Igual que no lo sabe la máquina!

La señora Boffin le dio un tironcito a la oreja más cercana en agradecimiento por esa reflexión filosófica, y a continuación, adoptando un tono de carácter maternal:

—Y por último, aunque no menos importante, tengo un capricho. ¿Te acuerdas del pequeño John Harmon, antes de que fuera a la escuela? ¿Del día que se calentaba en nuestro fuego, al otro lado del patio? Ahora que el dinero ya no puede aprovecharle, y ha venido a nuestras manos, me gustaría encontrar a un huérfano, adoptarlo y llamarlo John, y darle todo lo que necesite. Creo que de este modo estaría más tranquila. Dirás que es un capricho...

—No lo digo —interrumpió su marido.

—No, querido, pero si lo dijeras...

—Sería un animal si lo dijera —volvió a interrumpir su marido.

—¿Eso quiere decir que estás de acuerdo? ¡Qué bueno y amable eres! ¡Tan propio de ti! ¿Y no empieza a parecerte algo de lo más agradable —dijo la señora Boffin, radiante y espléndida una vez más de pies a cabeza, alisándose de nuevo el vestido con inmensa dicha— pensar que hay un niño que será más inteligente, mejor, más feliz, a causa de lo que le pasó ese día a ese triste muchacho? ¿Y no es agradable saber que esa buena obra la haremos con el dinero de ese pobre muchacho?

—Sí, y es de lo más agradable saber que eres la señora Boffin —dijo su marido—, ¡y durante muchos y muchos años ha sido muy agradable saber que lo eras!

Y eso arruinó las aspiraciones de su esposa, pues, tras esas palabras del

señor Boffin, se quedaron allí sentados, uno al lado del otro, como una pareja irremediablemente inelegante.

Esas dos personas ignorantes y sin cultivar se habían guiado, en su viaje por la vida, por una idea religiosa del deber y un deseo de hacer el bien. En el pecho de ambos se podrían haber detectado miles de debilidades y absurdos; posiblemente se hubieran podido añadir miles de vanidades en el pecho de la mujer. Pero el personaje duro, iracundo y sórdido que les había arrancado todo el trabajo que había podido en sus mejores días, por el mismo escaso dinero que les pagaba cuando les metía prisa en sus peores días, nunca llegó a ser tan retorcido como para no reconocer la rectitud moral de ambos y respetarla. La reconoció en su propia maldad, en un conflicto constante consigo mismo y con ellos. Y esta es la ley eterna. Pues a menudo el Mal se detiene en seco ante sí mismo y muere con quien lo comete; pero el Bien, nunca.

El difunto carcelero de la cárcel de Harmon, a través de sus intenciones más arraigadas, había sabido que esos dos fieles sirvientes eran honestos y leales. Mientras se enfurecía con ellos y los vilipendiaba por oponerse a él con palabras de honestidad y verdad, estas arañaban su corazón de piedra, y percibía que toda su riqueza habría sido insuficiente para comprarlos, de habersele ocurrido intentarlo. Así pues, sin dejar de ser su avaricioso amo ni dedicarles jamás una palabra agradable, había hecho constar sus nombres en su testamento. Así, aunque cada día manifestara que desconfiaba de toda la humanidad —y desde luego desconfiaba profundamente de todo aquel que se le pareciera lo más mínimo—, estaba tan seguro de que esas dos personas, al sobrevivirle, serían dignas de confianza en todas las cosas, de la más grande a la más nimia, como lo estaba de que debía morir.

El señor y la señora Boffin, sentados el uno junto al otro, con la Moda apartada a una inconmensurable distancia, se pusieron a comentar cómo podrían encontrar a su huérfano. La señora Boffin sugirió que pusieran anuncios en los periódicos, solicitando que los huérfanos que respondieran a la descripción adjunta se presentaran en La Enramada en un día concreto; pero el señor Boffin, temiendo, con razón, que aquellos enjambres de huérfanos obstruyeran todos los caminos del vecindario, se mostró contrario a ese método. A continuación, la señora Boffin sugirió que se dirigieran a su párroco para pedirle un huérfano prometedor. Al señor Boffin le pareció más adecuado ese plan, y así decidieron visitar al reverendo enseguida y

aprovechar la oportunidad para conocer a la señorita Bella Wilfer. A fin de que ambas visitas pudieran considerarse solemnes, se solicitó el carruaje de la señora Boffin.

Este lo tiraba un viejo jamelgo con la cabeza en forma de martillo, que antiguamente habían utilizado cuando trabajaban, y el vehículo era una calesa de cuatro ruedas de la misma época, que había sido exclusivamente utilizado por varias gallinas discretas de la Cárcel de Harmony como lugar favorito para poner sus huevos. Cuando caballo y calesa pasaron a formar parte del legado Boffin, el primero recibió una insólita ración de maíz, y el carruaje, una dosis igual de insólita de pintura y barniz, pasando a ser lo que el señor Boffin consideraba un resultado espléndido; a ello se añadió un cochero, en la persona de un joven con la cabeza en forma de martillo que casaba muy bien con el caballo, y aquel conjunto ya no dejaba nada que desear. También él había trabajado en el negocio, pero ahora permanecía sepultado, gracias a un honesto sastre —amén de desempeñar otros oficios— que había en la zona, en un perfecto sepulcro de levita y polainas, sellado con pesados botones.

Tras este criado, el señor y la señora Boffin tomaron asiento en la parte trasera del vehículo: que era lo bastante espacioso, aunque tenía una propensión alarmante y poco digna, al pasar por lugares muy accidentados, a brincar como si tuviera hipo y a alejarse de la parte delantera. Los vecinos, al divisarlos salir de La Enramada, se asomaban a las puertas y a las ventanas a saludar a los Boffin. Entre aquellos que iban quedando atrás, con la mirada fija en la calesa, había muchos espíritus juveniles que los saludaban con voces estentóreas y felicitaciones del tipo «¡No-ddy Bo-ffin!», «El dine-ro de Bo-ffin!», «¡Enséñanos el dinero, Boffin!» y otras gentilezas semejantes. El joven cochero de la cabeza en forma de martillo se tomaba todo esto tan a mal que a menudo perjudicaba la majestuosidad del avance deteniéndose en seco y haciendo ademán de bajarse a fin de exterminar a los ofensores; y solo era disuadido de ese propósito tras una viva y prolongada discusión con sus amos.



THE BOFFIN PROGRESS.

Finalmente, dejaron atrás el barrio de La Enramada y llegaron a la pacífica morada del reverendo Frank Milvey. La residencia del reverendo Frank Milvey era muy modesta, pues su renta era también muy modesta. En virtud de su cargo, tenía las puertas abiertas a cualquier absurda anciana que tuviera cualquier incoherencia que comunicarle, y de buena gana recibió a los Boffin. Era bastante joven, había recibido una cara educación y cobraba una paga miserable, y tenía una joven esposa y media docena de chiquillos. Se veía en la necesidad de dar clases y traducir a los clásicos para compensar sus magros ingresos, aunque por lo general se consideraba que tenía más tiempo libre que el más ocioso de la parroquia y más dinero que el más rico. Aceptaba las innecesarias desigualdades e inconsistencias de su vida con una suerte de sumisión, como si eso fuera lo convenido, que lindaba con el servilismo; y si algún seglar atrevido hubiera intentado aliviarle de sus cargas,

para hacerlas más decentes y llevaderas, no habría recibido mucha ayuda del reverendo.

El señor Milvey escuchó el deseo de la señora Boffin de encontrar un huérfano con una cara y una actitud atenta y paciente, pero también con una sonrisa disimulada que delataba la veloz observación que había hecho del vestido de la señora Boffin. Estaban en su pequeña biblioteca, en la que resonaban ruidos y gritos, como si los seis niños que había en el piso de arriba cayeran a través del techo, y como si la pierna de cordero que se asaba abajo subiera a través del suelo.

—Creo —dijo el señor Milvey— que no han tenido hijos propios, ¿verdad, señor y señora Boffin?

Nunca.

—Pero, al igual que los reyes y reinas de los cuentos de hadas, supongo que desearon uno.

En términos generales, sí.

El señor Milvey volvió a sonreírse, y dijo para sí: «Esos reyes y reinas siempre deseaban tener hijos». Se le ocurrió que de haber sido párrocos, sus deseos habrían ido en una dirección muy opuesta.

—Creo —añadió— que será mejor que invitemos a la señora Milvey a nuestra pequeña asamblea. Me resulta indispensable. Si me lo permiten, la llamaré.

De manera que el señor Milvey exclamó «¡Margaretta, querida!», y la señora Milvey bajó. Era una mujer guapa y llena de vida, un tanto ajada por la preocupación, que había suprimido muchos gustos delicados y espléndidas fantasías que ahora ocupaban la escuela, la sopa, la franela, el carbón y todas las ocupaciones de los días laborables y las toses dominicales de una abundante población de jóvenes y ancianos. Con igual gallardía, el señor Milvey había suprimido en sí mismo muchas cosas que pertenecían de manera natural a sus antiguos estudios y antiguos compañeros de estudio, pasando a vivir entre los pobres y sus hijos con las duras migajas de la vida.

—El señor y la señora Boffin, querida, de cuya buena suerte ya has oído hablar.

La señora Milvey, con una gentileza totalmente falta de afectación, los

felicitó y dijo que se alegraba de conocerlos. No obstante, su encantadora cara, al ser tan franca como perceptiva, también mostró la disimulada sonrisa de su marido.

—La señora Boffin desea adoptar un niño, querida.

Como la señora Milvey pareciera bastante alarmada, su marido añadió:

—Un huérfano, querida.

—¡Ah! —dijo la señora Milvey, tranquilizada por lo que se refería a sus hijos.

—Y estaba pensando, Margaretta, que quizá el nieto de la anciana señora Goody pudiera servir a tal propósito.

—¡Mi querido Frank! ¡La verdad es que no lo creo!

—¿No?

—¡No!

La sonriente señora Boffin consideró que le correspondía tomar parte en esa conversación, y encantada con el tono enfático de aquella mujercita y con su vivo interés, le dio las gracias y preguntó qué tenían en contra del muchacho.

—No creo —dijo la señora Milvey, dirigiendo la mirada al reverendo Frank—, y creo que mi marido estará de acuerdo conmigo en cuanto lo reflexione, que consiguiera mantener a ese huérfano limpio de rapé. Porque su abuela toma muchas onzas, y acaba cayéndole encima al niño.

—Pero es que entonces dejaría de vivir con su abuela, Margaretta —dijo el señor Milvey.

—No, Frank, pues no habría manera de mantenerla alejada de la casa de la señora Boffin; y cuanta más comida y bebida hubiera allí, más a menudo se presentaría. Y es una mujer inoportuna. Espero que no se me tache de poco caritativa si recuerdo que la última Nochebuena se bebió once tazas de té, y se pasó todo el rato rezongando. Y tampoco es una mujer agradecida, Frank. Recordarás que una noche le soltó un discursito a un grupo de gente que estaba delante de su casa, presentando un memorial de agravios porque, después de que ya nos hubiéramos ido a la cama, vino a devolver las enaguas nuevas de franela que le habían dado, diciendo que eran demasiado cortas.

—Es cierto —dijo el señor Milvey—. No creo que fuera una buena idea. A lo mejor el pequeño de los Harrison...

—¡Oh, Frank! —le reconvino su enfática esposa.

—No tiene abuela, querida.

—No, pero no creo que a la señora Boffin le gustara un huérfano que bizquea tanto.

—Eso es cierto —dijo el señor Milvey, con una desmesurada cara de perplejidad—. Si le sirviera una niña...

—Pero querido, la señora Boffin quiere un chico.

—De nuevo he de darte la razón —dijo el señor Milvey—. Tom Bocker es un buen muchacho. —(Pensativo).

—Pero es que dudo, Frank —apuntó la señora Milvey, tras cierta vacilación—, que la señora Boffin quiera un huérfano que ya tiene diecinueve años, que lleva un carro y riega los caminos.

El señor Milvey remitió el caso a la señora Boffin con una simple mirada; al ver que la sonriente señora sacudía negativamente su capota de terciopelo negro y sus lazos, observó, un tanto alicaído, «de nuevo te doy la razón».

—No le quepa duda —dijo la señora Boffin, inquieta por causar tantas molestias— que de haber sabido que se lo iban a tomar tan a pecho... probablemente no habría venido.

—¡Le ruego que no diga eso! —la instó la señora Milvey.

—No, no lo diga —convino el señor Milvey—, porque le estamos muy agradecidos por haber acudido primero a nosotros. —Ese punto lo confirmó la señora Milvey; y la verdad es que aquella pareja amable y concienzuda hablaba como si tuvieran a su cargo un lucrativo depósito de huérfanos y trataran personalmente con los clientes—. Es un encargo que exige responsabilidad —añadió el señor Milvey— y difícil de cumplir. Al mismo tiempo, naturalmente, no queríamos perder la oportunidad que nos ofrece tan amablemente, y si nos concediera un par de días para ver qué hay disponible... ya sabes, Margaretta, podríamos examinar minuciosamente el asilo de pobres, la escuela de párvulos y tu parroquia.

—¡Naturalmente! —dijo su enfática mujercita.

—Sé que disponemos de huérfanos —añadió el señor Milvey, con el aire de quien podría haber añadido «en abundancia», y tan preocupado como si hubiera gran competencia en el negocio y temiera perder un pedido—; en los pozos de arcilla, por ejemplo, pero están empleados por parientes o amigos, y me temo que acabaría convirtiéndose en una transacción en forma de trueque. Y aun cuando intercambiara mantas por el niño (o libros y combustible), sería imposible impedir que todo eso acabara convertido en licor.

En consecuencia, se decidió que el señor y la señora Milvey buscarían un huérfano que les conviniera, y al que no afectaran en lo posible las objeciones anteriores, y que se pondrían en contacto con el señor Boffin. Entonces el señor Boffin se tomó la libertad de mencionarle al señor Milvey si este tendría la amabilidad de ser su banquero a perpetuidad hasta la cantidad de «más o menos un billete de veinte libras», para que los gastase sin mencionar su nombre, por lo que le estaría sinceramente agradecido. Al oírlo, el señor y la señora Milvey se sintieron tan complacidos como si ellos no pasaran necesidad alguna, y solo conocieran la pobreza en la persona de los demás; y así concluyó la entrevista, a satisfacción de las dos partes, que sacaron una buena impresión de la otra.

—Y ahora, señora —dijo el señor Boffin al retomar sus asientos detrás del caballo y el cochero con cabeza en forma de martillo—, después de esta agradabilísima visita, probaremos con los Wilfer.

Cuando llegaron ante el portón de donde vivía aquella familia, pareció que probar con los Wilfer era más fácil de decir que de hacer, pues acceder a la vivienda resultó en extremo difícil; tirar tres veces de la campana no produjo ningún resultado, y en cada ocasión oyeron ruidos de gente que correteaba y se apresuraba en el interior. A la cuarta llamada —realizada por el joven con la cabeza en forma de martillo de manera vengativa—, apareció la señorita Lavinia, surgiendo del interior de la casa como de manera accidental, con una capota y un parasol, como si se dispusiera a dar un reflexivo paseo. La joven se quedó de una pieza al encontrar visitantes en la puerta, y expresó esa sorpresa de manera conveniente.

—¡El señor y la señora Boffin están aquí! —gruñó el joven con la cabeza en forma de martillo a través de los barrotes del portón, sacudiéndolos al mismo tiempo, como si viera un grupo de animales salvajes—. ¡Y llevan media hora esperando!

—¿Quién ha dicho? —preguntó la señorita Lavinia.

—¡El señor y la señora BOFFIN! —replicó el joven, casi en un rugido.

La señorita Lavinia subió airoso hasta la puerta de la casa, bajó igual de airoso los peldaños con la llave, cruzó el jardincillo y abrió la verja.

—Por favor, entren —dijo la señorita Lavinia, con altivez—. Nuestro criado está fuera.

El señor y la señora Boffin obedecieron, y al detenerse en el pequeño vestíbulo hasta que la señorita Lavinia llegó para mostrarles por dónde debían continuar, percibieron tres pares de piernas a la escucha en lo alto de las escaleras. Eran las de la señora Wilfer, la señorita Bella y el señor George Sampson.

—El señor y la señora Boffin, ¿verdad? —dijo Lavinia, levantando la voz como para dar aviso.

Tensa atención por parte de las piernas de la señora Wilfer, de la señorita Bella y del señor George Sampson.

—Sí, señorita.

—Si son tan amables de bajar por aquí... por estas escaleras... se lo haré saber a mamá.

Fuga alborotada por parte de las piernas de la señora Wilfer, de la señorita Bella y del señor George Sampson.

El señor y la señora Boffin, tras esperar más o menos un cuarto de hora solos en la salita familiar, que presentaba trazas de haber sido tan apresuradamente arreglada después de la comida que podría dudarse de si lo habían ordenado para recibir a las visitas o despejado para jugar a la gallinita ciega, se apercibieron de la entrada de la señora Wilfer, majestuosamente lánguida, con una condescendiente labor de punto a un lado, que era como atendía a las visitas.

—Perdónenme —dijo la señora Wilfer tras los primeros saludos, y en cuanto se hubo ajustado el pañuelo debajo de la barbilla. Y moviendo las manos enguantadas añadió—: ¿A qué debo este honor?

—Abreviando, señora —replicó el señor Boffin—: quizá le suenen los nombres del señor y la señora Boffin, pues hemos heredado una cierta

cantidad de dinero.

—Había oído que así ha sido, señor —contestó la señora Wilfer, con una digna inclinación de cabeza.

—Y me atrevería a decir, señora —añadió el señor Boffin, mientras su señora añadía asentimientos y sonrisas de confirmación—, que no siente mucha simpatía por nosotros, ¿verdad?

—Perdóneme —dijo la señora Wilfer—, pero sería injusto achacar al señor y la señora Boffin una calamidad que sin duda fue obra de la Providencia.

Estas palabras quedaron subrayadas por una expresión serenamente heroica de sufrimiento.

—Eso que ha dicho es muy justo, sin duda —observó el honesto señor Boffin—. Mi mujer y yo, señora, somos gentes sencillas, y no nos gusta fingir ni irnos con rodeos: porque para llegar a cualquier parte siempre hay un camino recto. En consecuencia, el objeto de esta visita es decirles que nos alegraría tener el honor y el placer de conocer a su hija, y que nos llenaría de gozo que su hija considerara nuestra casa como su hogar tanto como la que ahora estamos visitando. En resumen, deseamos animar a su hija, y brindarle la oportunidad de compartir los placeres de que nosotros vamos a disfrutar. Queremos animarla, y pasearla, y ofrecerle un cambio.

—¡Eso es! —dijo la generosa señora Boffin—. ¡Señor! ¡Hay que vivir bien.

La señora Wilfer inclinó la cabeza hacia aquella señora de una manera distante, y con majestuosa monotonía les replicó a sus visitantes:

—Perdónenme. Tengo varias hijas. ¿Cuál de ellas debo entender que se ve favorecida por las amables intenciones del señor Boffin y señora?

—¿No lo ve? —intervino la siempre sonriente señora Boffin—. La señorita Bella, por supuesto.

—¡A-ah! —dijo la señora Wilfer, con una mirada severa y poco convencida—. Mi hija Bella no anda lejos, y hablará por sí misma. —A continuación abrió un poco la puerta al tiempo que se oía un correteo al otro lado, y la señora proclamó—: ¡Enviadme a la señorita Bella!

Esta proclama, aunque solemnemente formal, y casi se podría decir

heráldica, se enunció, de hecho, con unos ojos maternos que lanzaban una mirada de ira y reproche hacia esa joven en carne y hueso, hasta tal punto que esta se retiró con cierta dificultad hacia el pequeño hueco que formaban las escaleras, temiendo la aparición del señor y la señora Boffin.

—Las ocupaciones de R. W., mi marido —explicó la señora Wilfer, volviendo a sentarse—, le tienen muy atareado en la City a esta hora del día, pues de lo contrario tendríamos el honor de que participara en esta recepción bajo nuestro humilde techo.

—¡Un lugar muy agradable! —dijo el señor Boffin, con alegría.

—Perdóneme, señor —replicó la señora Wilfer, corrigiéndole—, pero esta es la morada de una Pobreza consciente, aunque independiente.

El señor y la señora Boffin, viendo que era bastante difícil seguir la conversación por aquellos derroteros, se quedaron mirando el vacío, y la señora Wilfer permaneció sentada en silencio, dándoles a entender que cada vez que respiraba lo hacía con una abnegación raramente igualada en la historia, hasta que apareció la señorita Bella. La señora Wilfer se la presentó, y le explicó cuál era la intención de las visitas.

—Puedo asegurarles que les estoy muy agradecida —dijo la señorita Bella, sacudiendo fríamente sus rizos—, pero dudo que me apetezca nada salir.

—¡Bella! —la amonestó la señora Wilfer—. Bella, debes superarlo.

—Sí, haz lo que te dice tu mamá y supéralo, querida —la instó la señora Boffin—, porque nos alegraremos de tenerte aquí, y porque eres demasiado guapa para quedarte encerrada en casa.

Tras esas palabras, la simpática mujer le dio un beso y unas palmaditas en sus hombros con hoyuelos; la señora Wilfer permanecía rígida, como un funcionario que preside el interrogatorio anterior a una ejecución.

—Vamos a mudarnos a una bonita casa —dijo la señora Boffin, que era lo bastante mujer para comprometer al señor Boffin en ese punto, en un momento en que él no podía objetar nada—. Y tendremos un bonito carruaje, e iremos a todas partes y lo veremos todo. Y para empezar, de ninguna manera —añadió sentando a Bella a su lado y dándole unas palmaditas en la mano— debes tenernos aversión, pues ya sabes que no pudimos evitarlo,

querida.

La señorita Bella, con esa tendencia natural de la juventud a ceder ante la franqueza y un carácter amable, se sintió tan conmovida por la simplicidad de esas palabras que le devolvió un sincero beso a la señora Boffin. Aquello no fue del todo del agrado de aquella buena mujer de mundo, su madre, que pretendía mantenerse en el ventajoso terreno de que fuera ella quien les hacía un favor a los Boffin, y no al contrario.

—Mi hija pequeña, Lavinia —dijo la señora Wilfer, contenta de poder desviar la atención con la llegada de su hija—. Y el señor George Sampson, un amigo de la familia.

El amigo de la familia estaba en esa fase de tierna pasión que le hacía propenso a considerar a todos los que no fueran él como enemigos de la familia. Se llevó a la boca la empuñadura redonda de su bastón al sentarse, como si fuera un tapón. Como si estuviera lleno hasta la garganta de sentimientos de afrenta. Y lanzó a los Boffin una mirada implacable.

—Si quieres traer a tu hermana contigo cuando vengas a estarte con nosotros —dijo la señora Boffin—, desde luego estaremos encantados. Lo que mejor te plazca, señorita Bella, mejor nos placirá a nosotros.

—Supongo que mi consentimiento está de más en todo esto —exclamó la señorita Lavinia.

—Lavvy —dijo su hermana en voz baja—, haz el favor de tener la boca cerrada.

—No quiero —contestó la cortante Lavinia—. No soy una niña que se exhibe delante de los desconocidos.

—Eres una niña.

—No soy una niña y no quiero que me exhiban. «Trae a tu hermana». ¡Hay que ver!

—¡Lavinia! —dijo la señora Wilfer—. ¡Basta! No te permitiré que en mi presencia manifiestes el absurdo recelo de que ningún desconocido, se llame como se llame, va a hacerse cargo de mi hija. ¿Te atreves a suponer, muchacha ridícula, que el señor y la señora Boffin han entrado por esa puerta para hacerse cargo de ti; o que, si lo hicieran, continuarían aquí dentro, aunque fuera un solo instante, mientras tu madre posea la fuerza que aún le

queda en su almacén vital para pedirles que se marchen? Si eso es lo que crees, es que conoces muy poco a tu madre.

—Todo lo que dices es muy bonito —comenzó a refunfuñar Lavinia, hasta que la señora Wilfer repitió:

—¡Basta! No te lo permito. ¿No sabes cómo hay que tratar a las visitas? ¿Es que no comprendes que al atreverte a insinuar que esta señora y este caballero pudieran tener la menor intención de hacerse cargo de ningún miembro de nuestra familia, me da igual cuál de ellos, los acusas de una impertinencia que roza la locura?

—No se preocupe por la señora Boffin o por mí —dijo el señor Boffin, sonriente—, no nos importa.

—Usted perdone, pero a mí sí me importa —contestó la señora Wilfer.

La señorita Lavinia emitió una risita y murmuró:

—Sí, claro.

—Y le exijo a mi atrevida hija —continuó la señora Wilfer, fulminando con la mirada a su hija menor, que no se dio en absoluto por aludida— que tenga la amabilidad de ser justa con su hermana Bella; que recuerde que su hermana Bella está muy solicitada; y que, cuando su hermana Bella acepta una atención, considera que confiere tanto honor —y aquí hubo un temblor de indignación— como recibe.

Pero en este punto, Bella también la rechazó, y dijo con calma:

—Ya sabes que puedo hablar por mí misma, mamá. No hace falta que intercedas por mí, por favor.

—Y resulta muy fácil disparar a los otros utilizándome a mí —dijo con rencor la incontenible Lavinia—, aunque me gustaría preguntarle a George Sampson qué tiene él que decir.

—Señor Sampson —proclamó la señora Wilfer, al ver que el joven caballero se sacaba el tapón, lanzándole enseguida una mirada tan siniestra que se lo volvió a poner enseguida—. El señor Sampson, como amigo de la familia y habitual de esta casa, estoy convencida de que es una persona demasiado bien educada como para interponerse en tal invitación.

Este encomio del joven caballero llevó a la concienzuda señora Boffin a

arrepentirse de no haberle hecho justicia en su mente, y a decir, en consecuencia, que ella y el señor Boffin estarían encantados de verle en cualquier momento; una atención que él agradeció con cortesía replicando, sin sacarse el tapón de la boca:

—Se lo agradezco mucho, pero siempre estoy comprometido, día y noche.

No obstante, como Bella compensó todos aquellos inconvenientes respondiendo a las proposiciones de los Boffin de manera encantadora, aquella sencilla pareja quedó, en conjunto, satisfecha, y le propuso a la susodicha Bella que, en cuanto estuvieran en condiciones de recibirla de una manera que correspondiera a los deseos de ambos, la señora Boffin regresaría para informarles. La señora Wilfer sancionó ese arreglo inclinando la cabeza majestuosamente y moviendo los guantes, como quien dice: «Vuestros deméritos los pasaremos por alto, y seréis clementemente recompensados, pobrecillos».

—Por cierto, señora —dijo el señor Boffin, dándose la vuelta cuando ya se marchaba—, ¿tiene un inquilino?

—Un caballero —respondió la señora Wilfer, matizando aquella expresión plebeya— ocupa la primera planta.

—Podríamos considerarlo Nuestro Amigo Común —dijo el señor Boffin—. ¿Qué clase de persona es Nuestro Amigo Común? ¿Le tiene usted aprecio?

—El señor Roskesmith es muy puntual, muy discreto, y un residente de lo más ideal.

—Porque —explicó el señor Boffin— debe saber que no conozco demasiado a Nuestro Amigo Común, pues solo lo he visto una vez. Usted habla bien de él. ¿Está en casa?

—El señor Rokesmith está en casa —dijo la señora Wilfer—. De hecho —añadió señalando a través de la ventana—, ahora está en la puerta del jardín. Quizá esperándole.

—Es posible —replicó el señor Boffin—. A lo mejor me ha visto entrar.

Bella había escuchado atentamente este breve diálogo. Acompañó a la señora Boffin hasta la puerta y observó atentamente lo que ocurrió.

—¿Cómo está, señor, cómo está? —dijo el señor Boffin—. Esta es la

señora Boffin. El señor Rokesmith, del que ya te he hablado, querida.

Ella le dio los buenos días, y él enseguida le dio la mano para ayudarla a subir al coche.

—Despidámonos por el momento, señorita Bella —dijo la señora Boffin, hablando con toda cordialidad—. ¡Pronto volveremos a vernos! Y espero que entonces podrá ver a mi pequeño John Harmon.

El señor Rokesmith, que estaba junto a la rueda colocando las faldas del vestido de la señora Boffin, de repente miró a su espalda, luego alrededor y a continuación levantó la vista, tan pálido que la señora Boffin exclamó:

—¡Dios santo! —Y al cabo de un momento—: ¿Qué le ocurre, señor?

—¿Cómo va a ver a un muerto? —replicó el señor Rokesmith.

—No es más que un hijo adoptivo. Ya le he hablado de él a Bella. ¡Voy a ponerle ese nombre!

—Me ha cogido de sorpresa —dijo el señor Rokesmith—, y ha sonado como un presagio que hablara de enseñarle un muerto a alguien tan joven y lozano.

Bella sospechaba ya que el señor Rokesmith la admiraba. Si el saberlo (porque era eso más que sospecha) hacía que le tuviera más simpatía o menos que al principio, si despertaba en ella una avidez de saber más cosas de él —pues deseaba fundamentar su recelo o librarse de él—, era algo que su corazón aún no tenía muy claro. Pero en muchas ocasiones él ocupaba una gran parte de su atención, y prestó una gran atención a ese incidente.

Cuando quedaron solos en el sendero que había junto a la puerta del jardín, ella sabía tan bien como él que él lo sabía tan bien como ella.

—Son personas respetables, señorita Wilfer.

—¿Los conoce bien? —preguntó Bella.

Él sonrió, con una expresión de reproche, y ella se sonrojó, reprochándose a sí misma —sabiendo los dos que había intentado pillarle contestando con una mentira— cuando él dijo:

—He oído hablar de ellos.

—Lo cierto es que él ha dicho que le había visto una vez.

—Lo cierto es que supongo que así es.

Ahora Bella estaba nerviosa, y le habría alegrado retirar la pregunta.

—Le parecería extraño que yo, con el gran interés que siento por usted, me sobresaltara ante lo que parecía una propuesta de ponerla en contacto con el hombre asesinado que yace en su tumba. Podría haber comprendido, y sin duda lo habría comprendido al cabo de un momento, que no lo decía en ese sentido. Pero mi interés permanece.

Al volver a entrar en la sala familiar en un estado meditabundo, la señorita Bella fue recibida por la incontenible Lavinia con un:

—¡Mira, Bella! Al menos espero que hayas cumplido sus deseos... gracias a tus Boffin. Ahora serás lo bastante rica... con tus Boffin. Podrás coquetear todo lo que quieras... gracias a tus Boffin. ¡Pero no me llevarás con tus Boffin, te lo digo a ti... a ti y a ellos!

—Si —manifestó el señor George Sampson, sacándose el tapón con aire taciturno— el señor Boffin de la señorita Bella me viene otra vez con estas tonterías, solo deseo que entienda, de hombre a hombre, que lo hace a su propio ries...

Iba a decir «riesgo»; pero la señorita Lavinia, que no tenía fe en la inteligencia del joven, y consideraba que aquella frase no tenía una aplicación concreta en ninguna circunstancia, volvió a clavar el tapón con una brusquedad que las lágrimas acudieron a los ojos del señor George Sampson.

En ese momento, la señora Wilfer, tras haber utilizado a su hija pequeña como maniquí para la edificación de ese par de Boffin, se acarameló con ella, y pasó a dar un último ejemplo de su fuerza de carácter, que aún tenía en reserva. Consistía en ilustrar a la familia con su extraordinaria capacidad fisionómica, una capacidad que aterraba a R. W. cada vez que la utilizaba, pues siempre estaba impregnada de una tenebrosidad y una maldad de la que ninguna presencia inferior era consciente. Y esto era lo que hacía ahora la señora Wilfer, obsérvese que por celos de los Boffin, en el mismísimo momento en que ya estaba reflexionando cómo blandiría a esos mismísimos Boffin y su fortuna por encima de la cabeza de sus amigos que no tenían ningún Boffin.

—De sus modales —dijo la señora Wilfer— no digo nada. De su aspecto, no digo nada. De lo desinteresadas que son sus intenciones hacia Bella, no

digo nada. Pero la astucia, el sigilo, el secretismo, las turbias conspiraciones que lleva escritas la señora Boffin en la cara, me ponen a temblar.

Y como prueba incontrovertible de la existencia de todos esos siniestros atributos, la señora Wilfer se puso a temblar allí mismo.

Capítulo X

Un contrato matrimonial

Hay alboroto en la mansión de los Veneering. La joven de edad madura va a casarse (con polvos de tocador y todo) con el joven caballero de edad madura, y el cortejo saldrá de la casa de los Veneering, quienes ofrecerán el desayuno. El Analista, que por principios se opone a todo lo que ocurra en ese edificio, necesariamente se opone a ese enlace; pero nadie le ha pedido su consentimiento, y un carro con muelles de suspensión va a entregar un cargamento de plantas de invernadero a la puerta, a fin de que la celebración de mañana esté coronada de flores.

La joven de edad madura es una mujer con propiedades. El joven de edad madura es un hombre con propiedades. Él invierte su propiedad. Es un hombre que acude a la City con la condescendencia del aficionado, asiste a las reuniones de los directores, y tiene algo que ver con el tráfico de acciones. Como bien saben los sabios de su generación, manejar acciones es lo más importante en este mundo. No hace falta tener antecedentes, ni una reputación sólida, ni cultura, ni ideas, ni modales; hay que tener acciones. Ten acciones suficientes para estar en el Consejo de Administración con mayúsculas, muévete en misteriosos negocios entre Londres y París, y sé grande. ¿De dónde viene? De las acciones. ¿Adónde va? A las acciones. ¿Cuáles son sus gustos? Las acciones. ¿Tiene principios? Las acciones. ¿Quién le ha metido con calzador en el Parlamento? Las acciones. ¿Que quizá jamás ha tenido ningún éxito por sí mismo, que nunca ha inventado nada, que nunca ha producido nada? A todo eso respondemos con: acciones. ¡Oh poderosas acciones, que alzáis tan alto esas figuras atronadoras, y que nos hacéis gritar día y noche a nosotros, ínfimos gusanos, como si estuviésemos bajo la influencia del beleño o del opio: «¡Aliviadnos de nuestro dinero, desparramadlo por nosotros, compradnos y vendednos, arruinadnos! ¡Lo único que pedimos es que figuréis entre los poderes de la tierra y engordéis a costa nuestra!».

Mientras los Amores y las Gracias preparaban su antorcha para Himeneo, que mañana será prendida, el señor Twemlow ha padecido mucha ansiedad. Parecería que tanto el joven de edad madura como la joven de edad madura son, sin duda, los amigos más antiguos de los Veneering. ¿Acaso son los pupilos del novio? Pero eso no parece posible, pues son mayores que él. Durante todo este tiempo, Veneering ha sido hombre de su confianza, y ha hecho mucho para atraerlos al altar. Le ha mencionado a Twemlow que le dijo a la señora Veneering: «Anastatia, esto ha de acabar en boda». Ha mencionado a Twemlow que considera a Sophronia Akershem (la joven de edad madura) como a una hermana, y a Alfred Lammle (el joven de edad madura) como a un hermano. Twemlow le ha preguntado si fue a la misma escuela que Alfred. Él le ha respondido: «No exactamente». ¿Acaso su madre adoptó a Sophronia? Él ha respondido: «No del todo». Twemlow se ha llevado una mano a la frente sin saber a qué carta quedarse.

Pero hace dos o tres semanas, Twemlow, sentado delante de su periódico, delante de su tostada sin mantequilla y su té flojo, y encima del establo de Duke Street, Saint James, recibió una nota muy perfumada, con monograma, de la señora Veneering, en la que le suplicaba a su queridísimo señor T. que, si no tenía ningún compromiso aquel día, tuviese la inmensa amabilidad de ser el cuarto comensal en una cena con el señor Podsnap, en la que se trataría un interesante tema familiar. La penúltima de estas tres palabras estaba dos veces subrayada y acompañada de un signo de admiración. A lo que Twemlow replica «No tengo ningún compromiso, iré encantado», y va y ocurre lo siguiente:

—Mi querido Twemlow —dice Veneering—, su pronta respuesta a la invitación nada ceremoniosa de Anastatia es de lo más amable, como si fuera un viejo amigo de verdad. ¿Conoce a nuestro querido Podsnap?

Twemlow debería conocer al querido amigo Podsnap, que tanto le llenaba de confusión, y dice que lo conoce y Podsnap hace lo propio. Al parecer, en tan poco tiempo, se ha llegado a convencer a Podsnap de que él es un amigo íntimo de esa casa desde hace muchos, muchos años. Como viejo amigo que es, se siente totalmente como en casa, de espaldas a la chimenea, como si fuera una estatuilla del Coloso de Rodas. Twemlow ya ha observado por dos veces, con su floja manera habitual, lo rápido que los invitados de los Veneering se contagian de la ficción de los anfitriones. No obstante, no tenía ni idea de que ese fuera su caso.

—Nuestros amigos, Alfred y Sophronia —añade Veneering, el profeta del velo—: nuestros amigos Alfred y Sophronia, y creo que les alegrará saberlo, queridos compañeros, van a casarse. Como mi esposa y yo hemos convertido en una cuestión familiar responsabilizarnos de la dirección de todo el asunto, naturalmente el primer paso es comunicarlo a los amigos de la familia.

(«¡Oh —piensa Twemlow, mirando a Podsnap—, entonces somos solo dos, y él es el otro»).

—Confiaba —prosigue Veneering— en que también estaría con nosotros lady Tippins; pero está muy solicitada, y por desgracia ya tenía un compromiso.

(«¡Oh! —piensa Twemlow, paseando la mirada—, entonces somos tres, y ella es la otra»).

—Mortimer Lightwood —continúa Veneering—, al que ya conocen, está fuera de la ciudad; pero nos ha escrito, con su estrafalario estilo, que, ya que le pedimos que sea el padrino del novio cuando la ceremonia tenga lugar, no va a negarse, aunque no entiende qué tiene que ver él en todo esto.

(«¡Oh! —piensa Twemlow, poniendo los ojos en blanco—, entonces somos cuatro, y él es el otro»).

—A Boots y a Brewer —observa Veneering—, a quienes ya conocen, hoy no les he pedido que nos acompañen; pero los reservo para la ocasión.

(«Entonces —piensa Twemlow, cerrando los ojos—, somos se...» Pero ahí se derrumba, y no se recupera del todo hasta que la cena ha finalizado y se ha invitado a retirarse al Analista).

—Y ahora —dice Veneering— llegamos al verdadero meollo de nuestro pequeño cónclave familiar. Sophronia, al haber perdido a su padre y a su madre, no tiene a nadie que la entregue.

—Entréguela usted mismo —dice Podsnap.

—No, mi querido Podsnap. Por tres razones. Primero, porque no puedo asumir tan gran honor teniendo respetados amigos de la familia en quien pensar. Segundo, porque no soy tan vanidoso como para considerarme acreedor a ese papel. Tercero, porque Anastatia es un poco supersticiosa en relación a este asunto, y se opone a que yo entregue a nadie hasta que nuestra niña sea lo bastante mayor para casarse.

—¿Qué pasaría si lo hiciera? —le pregunta Podsnap a la señora Veneering.

—Mi querido señor Podsnap, ya sé que es una bobada, pero tengo el presentimiento de que si Hamilton entregara antes a otra persona, nunca entregaría a mi niña.

Eso fue lo que dijo la señora Veneering; apretando las manos abiertas, y con cada uno de sus ocho dedos aquilinos tan semejantes a su nariz aquilina que parecían ser necesarios sus flamantes anillos para poder distinguirlos de la nariz.

—Pero, mi querido Podsnap —expresó Veneering—, existe un probado amigo de la familia, el cual, espero y deseo que esté de acuerdo conmigo, Podsnap, es la persona en quien recae este agradecido papel. Ese amigo —y lo pronunció como si hablara delante de ciento cincuenta personas— se halla ahora entre nosotros. Ese amigo es Twemlow.

—¡Por supuesto! —Ese fue Podsnap.

—Ese amigo —repite Veneering con mayor firmeza—, es nuestro queridísimo Twemlow. Y no tengo palabras para agradecerle, mi querido Podsnap, el placer que siento al ver que mi opinión y la de Anastatia ha sido de inmediato corroborada por usted, que también es un amigo de la familia igualmente probado que se halla en la orgullosa situación (es decir, que con orgullo se halla en la situación), o, debería decir más bien, que nos coloca a Anastatia y a mí en la orgullosa situación de que él asuma el sencillo papel de... padrino de la niña.

Y de hecho, Veneering siente un gran alivio al descubrir que Podsnap no delata celos al ver a Twemlow elevado a esa categoría.

Así pues, sucede que el carro provisto de muelles está esparciendo flores en las rosadas horas y sobre las escaleras, y que Twemlow está inspeccionando el terreno en el que mañana va a desempeñar su distinguido papel. Ya ha estado en la iglesia y tomado nota de los diversos impedimentos de la nave lateral, bajo los auspicios de una viuda en extremo deprimente que se dedica a abrir los asientos reservados, y cuya mano izquierda parece aquejada de reumatismo agudo, aunque en realidad la mantiene doblada aposta a modo de cepillo.

Y ahora Veneering sale disparado del estudio donde tiene la costumbre,

cuando se siente de un humor contemplativo, de entregar su mente a los relieves y dorados de los Peregrinos que van a Canterbury, a fin de mostrarle a Twemlow la pequeña fanfarria que ha preparado para las trompetas de la boda, en la que se describe cómo el día diecisiete del corriente, en la iglesia de Saint James, el reverendo Tal y Tal, asistido por el reverendo Tal y Tal, unió en el vínculo del matrimonio al señor don Alfred Lammle, de Sackville Street, Piccadilly, con Sophronia, hija única del difunto señor don Horatio Akershem, de Yorkshire. También cómo la hermosa novia partió para la ceremonia de la casa del señor don Hamilton Veneering, de Stucconia, y fue entregada por el señor don Melvin Twemlow, de Duke Street, Saint James, primo segundo de lord Snigsworthy, de Snigsworthy Park. Mientras Twemlow le echa un vistazo a esa composición, Twemlow percibe de manera un tanto confusa que si el reverendo Tal y Tal y el reverendo Tal y Tal no consiguen, después de esta presentación, acabar formando parte de los amigos más queridos y antiguos de los Veneering, solo ellos serán los responsables.

Después de lo cual aparece Sophronia (a la que Twemlow ha visto dos veces en su vida), para agradecer a Twemlow que supla al difunto señor don Horatio Akershem, de Yorkshire. Y después de ella aparece Alfred (a quien Twemlow ha visto una vez en su vida) para hacer lo mismo y exhibirse con su semblante pálido, como si lo hubieran creado para estar solo a la luz de las velas y a causa de un inmenso error lo hubieran sacado a la luz del día. Y después de eso aparece la señora Veneering, con ese aire aquilino que la rodea, y con unos bultitos transparentes que delatan su carácter, como el bultito transparente que tiene sobre el puente de la nariz, «agotada por la preocupación y la emoción», como le dice a su querido señor Twemlow, y revivida a desgana por un curaçao que le sirve el Analista. Y después de eso, las damas de honor llegan de distintas partes del país, y aparecen como adorables reclutas alistadas por un sargento que no está presente; pues, cuando llegan a la caja de reclutas de los Veneering, se hallan en un cuartel de desconocidos.

Así pues, Twemlow regresa a su casa de Duke Street, Saint James, donde toma un plato de caldo de cordero con una chuleta dentro y le echa un vistazo al servicio religioso de la boda, a fin de saber en qué momento tiene que intervenir al día siguiente; y se siente abatido, le entra tristeza sobre aquellas caballerizas, y se da cuenta de que su corazón ha quedado impresionado por la más adorable de todas esas adorables damas de honor. Pues ese pobrecillo

caballero inofensivo tuvo también un amor, como todos nosotros, y ella no le correspondió (como ocurre a menudo), y piensa que esa adorable dama de honor se parece a ese amor que tuvo entonces (y no se parece en absoluto), y que si ese amor no se hubiera casado con otro por dinero, y se hubiera casado con él por amor, los dos habrían sido felices (aunque no lo habrían sido), y que ella sigue sintiendo algo por él (aunque la dureza de corazón de ella es proverbial). Mientras medita ante el fuego, con su cara reseca y sus manitas resacas, y sus coditos resacos sobre sus rodillitas resacas, Twemlow se pone melancólico. «¡No tengo ninguna Mujer Adorable que me haga compañía! — piensa—. ¡Ninguna Mujer Adorable en el club! ¡Qué vacío, qué vacío, mi querido Twemlow!» Y se queda dormido, y todo su cuerpo se ve recorrido por sobresaltos galvánicos.

A la mañana siguiente, temprano, esa horrorosa lady Tippins (viuda del difunto sir Thomas Tippins, nombrado caballero por error por Su Majestad el rey Jorge III, que lo confundió con otro, y que durante la ceremonia se dignó a observar: «¿Qué, qué, qué? ¿Quién, quién, quién? ¿Por qué, por qué, por qué?») comienza a dejarse teñir y a barnizar para tan interesante ocasión. Tiene fama de relatar con inteligencia las cosas que ha visto, y debe llegar pronto a casa de esas personas, querida, para no perderse detalle de la diversión. Si bajo su sombrero y vestiduras que aparecen al anunciar su nombre se oculta algún fragmento de lady Tippins, es algo que quizá sepa su doncella; pero todo lo que se ve de ella lo podéis comprar en Bond Street; o quizá podríais arrancarle la cabellera, despellejarla y hacer con ella dos lady Tippins, y seguirías sin haber penetrado en el artículo genuino. Para observarlo todo, lady Tippins se ha provisto de un gran monóculo dorado. Si llevara uno en cada ojo, quizá podría impedir que el otro párpado se le cerrara, y parecer más uniforme. Pero la perenne juventud se halla en sus flores artificiales, y su lista de enamorados está completa.

—Mortimer, bribón —dice lady Tippins, haciendo girar su monóculo—, ¿dónde está el novio? ¿No se encarga de él?

—Le doy mi palabra —replica Mortimer— de que ni lo sé ni me importa.

—¡Miserable! ¿Así es como cumple con su deber?

—Aparte de la impresión de que tiene que sentarse en mis rodillas y he de secundarle en cierto momento de las solemnidades, como si fuera un púgil en un combate, le aseguro de que no tengo ni idea de cuál es mi deber —replica

Mortimer.

Eugene también está presente, rodeado de un aire de haber presupuesto que la ceremonia era un funeral, y de haber quedado decepcionado. La escena tiene lugar en la sacristía de la iglesia de Saint James, con viejos registros que parecen cuero en las estanterías, que bien podrían estar encuadernados con ladies Tippins.

¡Pero atención! Un carruaje en la puerta, y llega el hombre de Mortimer, que parece un espurio Mefistófeles y un miembro no reconocido de la familia de ese caballero. Al que lady Tippins, observando a través de su monóculo, considera un hombre exquisito, y un buen partido; y del que Mortimer comenta, muy desanimado, cuando se acerca: «¡Maldición, creo que este es mi hombre!». Más carruajes en la puerta, y he aquí al resto de personajes. A los que lady Tippins, de pie sobre su cojín, observa a través de su monóculo y va pasando revista: «La novia; cuarenta y cinco, ni un día menos, treinta chelines el metro, velo de quince libras, el pañuelo se lo han regalado. Las damas de honor; elegidas para que no eclipsen a la novia, por tanto ya no son jovencitas, doce chelines y seis peniques el metro, las flores son de los Veneering, una de nariz respingona más que guapa, pero demasiado pendiente de sus medias, los sombreros de tres libras diez chelines. Twemlow; si realmente fuera su hija, menuda liberación para ese hombre, nervioso incluso cuando tiene que fingir que es hija suya, aunque bien pudiera serlo. La señora Veneering; jamás vi terciopelo como ese, digamos dos mil libras, tal como está ahora, menudo escaparate de joyería, el padre debió de tener una casa de empeños, si no ¿de dónde ha sacado el dinero esta gente? Acompañantes desconocidos, insignificantes».

La ceremonia concluida, el registro firmado, lady Tippins ya ha salido del sagrado edificio acompañada por Veneering, los carruajes que regresan a Stucconia, los criados con cintas y flores, alcanzada ya la casa de los Veneering, los salones espléndidos. Ahí esperan los Podsnap al feliz cortejo; el señor Podsnap le ha sacado todo el partido a los cepillos que tiene por cabellos; ese imperial caballo de cartón, la señora Podsnap, majestuosamente asustadiza. También están los Boots y los Brewer, y los otros dos Parachoques; cada uno de los Parachoques con una flor en el ojal, el pelo rizado, y los guantes abotonados hasta arriba, como si al parecer hubieran venido preparados para casarse al instante si algo le ocurriera al novio. También está la tía y pariente más próxima de la novia; una viuda de la

categoría Medusa, con un sombrero petrificado y lanzando miradas petrificadoras a sus semejantes. También está el fideicomisario de la novia; un hombre de negocios de los que se alimentan con galleta para ganado, con lentes redondos, y que despierta gran interés. Cuando Veneering se abalanza hacia ese fideicomisario como si fuese su más viejo amigo (con lo que ya son siete, piensa Twemlow), y de manera confidencial se retira con él al invernadero, todos entienden que Veneering es su co-fideicomisario, y que van a tratar el tema de la herencia. Se oye cómo los Parachoques cuchichean «¡Trein-ta mil li-bras!», chasqueando los labios y relamiéndose como si se refirieran a ostras de las más exquisitas. Insignificantes desconocidos, asombrados al comprobar su enorme grado de intimidad con Veneering, hacen acopio de valor, cruzan los brazos, y comienzan a llevarle la contraria antes del desayuno. La señora Veneering, en ese momento, que lleva a su niña vestida como si fuera la novia, se pasea entre los presentes, emitiendo destellos de muchos colores en todas direcciones, producidos por diamantes, esmeraldas y rubíes.

El Analista sirve el desayuno tras conseguir cerrar de manera digna varias contiendas que tiene con los ayudantes del pastelero. El comedor no es menos espléndido que el salón; las mesas, magníficas; todos los camellos están presentes, y bien cargados. Una espléndida tarta, cubierta de Cupidos, plata y nudos de amor auténtico. Una espléndida pulsera que saca Veneering antes de sentarse y pone en torno de la muñeca de la novia. No obstante, no parece que nadie dé a los Veneering más importancia de la que daría a los pasables dueños de una posada que hicieran todo aquello como negocio, a tanto por barba. El novio y la novia charlan y ríen aparte, como han hecho siempre; y los Parachoques se abren paso hacia las fuentes con sistemática perseverancia, como han hecho siempre; y los insignificantes desconocidos se muestran en extremo generosos al invitarse mutuamente a copas de champán; pero la señora Podsnap, arqueando su crin y meciéndola de manera espléndida, cuenta con un público mucho más deferente que la señora Veneering; y a Podsnap solo le falta hacer los honores.

Otra triste circunstancia es que Veneering, al tener a un lado a la cautivadora Tippins, y a la tía de la novia al otro, se topa con muchas dificultades a la hora de mantener la paz. Pues Medusa, aparte de lanzarle de manera inconfundible su mirada petrificadora a la fascinante Tippins, puntúa con un sonoro bufido cada uno de los animados comentarios que realiza esa

criatura: lo que quizá podría atribuirse a un catarro crónico, pero también a la indignación y el desprecio. Y como este bufido se produce de manera regular, al final los presentes lo acaban esperando, y todos hacen unas pausas embarazosas cuando le llega el momento, y, con la espera, consiguen que su producción se haga más enfática. La tía pétrea tiene una manera igual de ofensiva de rechazar todos los platos de que se sirve lady Tippins: cuando se los acercan exclama en voz bien sonora: «No, no, no, esto no es para mí. ¡Lléveselo!». Como si tuviera la firme intención de alimentar el recelo de que, si alguien se alimentara de esas carnes, podría acabar pareciéndose a esa seductora, lo que sería un final atroz. Lady Tippins, consciente de que tiene un enemigo, suelta unas cuantas ocurrencias juveniles, y se pone el monóculo; pero todas las armas rebotan impotentes contra esa impenetrable cabeza y esa armadura de bufidos.

Otra circunstancia desagradable es que los insignificantes desconocidos se apoyan mutuamente para no dejarse impresionar por nada. Insisten en no dejarse intimidar por los camellos de oro y plata, y se coaligan para desafiar las heladeras elaboradamente cinceladas. Incluso parecen unirse a la hora de expresar vagamente su impresión de que el dueño y la dueña del mesón sacarán una buena tajada de todo eso, y casi se comportan como clientes. Tampoco aparece la influencia compensadora de las adorables damas de honor; pues, al tener muy poco interés en la novia, y ninguno unas por otras, esas adorables criaturas, cada una por su cuenta, pasan a contemplar de manera despectiva los sombreros de las señoras presentes; mientras que el acompañante del novio, agotado y recostado en la silla, parece aprovechar la ocasión para contemplar de manera penitente todo el mal que ha hecho en su vida. La diferencia entre él y su amigo Eugene es que este último, también recostado en su silla, parece considerar todo el mal que le gustaría hacer, en especial a los presentes.

En este estado de cosas, las ceremonias habituales pierden animación e interés, y la espléndida tarta, una vez cortada por la hermosa mano de la novia, ofrece un aspecto poco digerible. No obstante, ya se ha dicho todo lo que era indispensable decir, ya se ha hecho todo lo que era indispensable hacer (incluyendo el bostezo de lady Tippins, su sueñecito, y el despertarse sin saber dónde está), y se aceleran los preparativos para el viaje de bodas a la isla de Wight, y en el exterior el aire se llena de charangas y espectadores. En vista de lo cual, la mala estrella del Analista ha previsto que sobre él recaigan

el dolor y el ridículo. Pues, mientras se halla de pie en la escalinata de la casa para otorgar dignidad a la partida, de repente sufre un golpe tremendo en un lado de la cabeza, causado por un pesado zapato, que uno de los Parachosques que hay en el vestíbulo, inflamado por el champán y con muy mala puntería, le ha pedido prestado de improviso al mozo del pastelero para lanzárselo a la pareja que se marcha como señal de buen augurio.

Así pues, todos regresan de nuevo a los magníficos salones —todos ellos sonrojados por el desayuno, como si hubiesen contraído una escarlatina social— y ahí los confabulados desconocidos hacen cosas pérfidas a las otomanas con sus piernas, y todo lo posible para estropear el espléndido mobiliario. Y de este modo, lady Tippins, sin saber muy bien si hoy es anteayer o pasado mañana, o dentro de dos semanas, se esfuma; y Mortimer Lightwood y Eugene se esfuman, y Twemlow se esfuma, y la tía de cabeza de piedra desaparece —se niega a esfumarse, pues es de piedra hasta el final—, e incluso los desconocidos se van escurriendo hacia la calle, y todo acaba.

Todo acaba, pero por el momento. Porque vendrá otro momento, y viene a las dos semanas, cuando el señor y la señora Lammle están en las arenas de Shanklin, en la isla de Wight.

El señor y la señora Lammle llevan un rato caminando por las arenas de Shanklin, y por sus pisadas se ve que no han caminado del brazo, y que no han caminado en línea recta, y que han caminado malhumorados; pues la señora ha ido dejando agujeritos en la arena húmeda con el parasol, y el caballero ha ido arrastrando el bastón a su espalda. Como si de hecho fuera de la familia Mefistófeles, y hubiera caminado con el rabo gacho.



THE HAPPY PAIR.

—Entonces, ¿qué quieres decirme, Sophronia...?

Es lo que comienza a decir él tras un largo silencio, hasta que Sophronia se vuelve hacia él y le lanza una mirada feroz.

—No me vengas con esas. Soy yo quien te pregunta: ¿qué quieres decirme tú?

El señor Lammle queda callado de nuevo, y siguen andando como antes. La señora Lammle abre las fosas nasales y se muerde el labio inferior. El señor Lammle se coge las puntas del bigote rojizo con la mano izquierda y las junta, le pone un ceño furtivo a su mujer, que asoma de una espesa mata rojiza.

—¡Que si es lo que yo quiero decir! —repite la señora Lammle al cabo de un rato, con indignación—. ¡Echarme la culpa a mí! ¡Qué falsedad tan impropia de un hombre!

El señor Lammle se detiene, libera las puntas de sus bigotes y la mira.

—¿El qué?

La señora Lammle replica altiva, sin detenerse y sin volver la mirada:

—La mezquindad.

Tras un par de pasos, él vuelve a estar a su lado, y le replica:

—Eso no es lo que has dicho. Has dicho falsedad.

—¿Y qué si lo he dicho?

—En este caso no hay «si». Lo has dicho.

—Lo he dicho, pues. ¿Y qué?

—¿Cómo que «y qué»? —dice el señor Lammle—. ¿Tienes la desfachatez de pronunciar esa palabra delante de mí?

—¿La desfachatez, dice! —replica la señora Lammle, mirándolo con frío desdén—. Por favor, ¿cómo te atreves a decir esa palabra delante de mí?

—Es que no la he dicho.

Como da la casualidad que es cierto, la señora Lammle recurre al recurso femenino de decirle:

—Tanto me da que la hayas dicho o no.

Al cabo de un poco más de caminar y de unos minutos más de silencio, el señor Lammle lo rompe.

—Ya harás lo que quieras. Reclamas el derecho a preguntarme si pretendo decirte... Si pretendo decirte, ¿el qué?

—¿Que eres un hombre adinerado?

—No.

—Entonces, ¿te casaste conmigo con engaños?

—Pues sí. Y ahora es tu turno. ¿Quieres decirme que eres una mujer adinerada?

—No.

—Entonces te casaste conmigo con engaños.

—Si fuiste un cazafortunas tan inútil que te dejaste engañar, o si fuiste tan codicioso e interesado que tan dispuesto estabas a dejarte engañar por las apariencias, ¿es eso culpa mía, don aventurero? —pregunta la señora, con gran acritud.

—Le pregunté a Veneering, y me dijo que eras rica.

—¡Veneering! —con gran desprecio—. ¿Y qué sabe de mí Veneering?

—¿No era tu fideicomisario?

—No. No tengo más fideicomisario que el que viste el día en que te casaste conmigo de manera fraudulenta. Y no tiene una tarea muy difícil, pues se trata de una sola anualidad de ciento quince libras. Creo que también hay que añadir unos chelines y unos peniques, si tan quisquilloso eres.

El señor Lammle le lanza una mirada en absoluto cariñosa a su compañera de penas y alegrías, y farfulla algo; pero se contiene.

—Pregunta por pregunta. Vuelve a ser mi turno, señora Lammle. ¿Qué te hizo suponer que yo tenía dinero?

—Tú me hiciste suponerlo. ¿Vas a negarme que siempre te presentabas ante mí como si lo tuvieras?

—Pero también le preguntaste a alguien. Vamos, señora Lammle, admisión por admisión. ¿Se lo preguntaste a alguien?

—Se lo pregunté a Veneering.

—Y Veneering sabía de mí tanto como de ti, que es tan poco como todos los demás saben de él.

Tras un silencioso paseo, la novia se para en seco y dice de manera apasionada:

—¡Nunca perdonaré a los Veneering por esto!

—Ni yo tampoco —replica el novio.

Tras estas exclamaciones, echan a andar; ella formando esos furiosos agujeritos en la arena; él arrastrando la cola alicaída. La marea está baja, y parece que los hubiera arrojado a los dos a la orilla cuando estuvo alta. Una gaviota se lanza en picado sobre sus cabezas como en son de mofa. Hace un rato se veía una superficie dorada sobre los acantilados marrones, pero ahora, fijaos, no son más que tierra húmeda. Un rugido burlón llega del mar, y las olas que se alzan a lo lejos montan una sobre otra para contemplar a los atrapados impostores, y para unirse en unos retozos pícaros y exultantes.

—¿Quieres hacerme creer —prosigue la señora Lammle con severidad—, cuando te refieres a que me casé contigo por las ventajas materiales, que entraba dentro de los límites de lo razonable que me casara contigo solo por

tu persona?

—De nuevo la pregunta tiene dos caras, señora Lammle. ¿Qué quieres hacerme creer?

—¡Así que primero me engañas y luego me insultas! —grita la dama, con el pecho agitado.

—En absoluto. Yo no he empezado todo esto. La pregunta de doble filo ha sido tuya.

—¡Que ha sido mía! —repite la recién casada, y el parasol se rompe entre sus furiosas manos.

Ahora el color de la cara de él es de un blanco lívido, y sobre su nariz se han posado unas manchas ominosas, como si el dedo del mismísimo diablo le hubiera tocado aquí y allá en esos últimos momentos. Pero él es capaz de contenerse, y ella no.

—Tíralo —le recomienda fríamente refiriéndose al parasol—; lo has dejado inservible. Te ves ridícula con él.

A lo que ella le replica furiosa:

—Eres malvado adrede.

Y arroja el objeto roto, de manera que al caer golpea al señor Lammle. Por un momento, las marcas del dedo del diablo son un poco más blancas.

La mujer rompe a llorar, y declara que es la mujer más desdichada, más engañada y más maltratada del mundo. A continuación afirma que si tuviera el valor de matarse, lo haría. A continuación lo llama vil impostor. A continuación le pregunta por qué, ahora que sus ruines especulaciones se han visto defraudadas, no le quita la vida, ya que las circunstancias son favorables. A continuación vuelve a echarse a llorar. A continuación vuelve a enfurecerse, y menciona a los estafadores. Finalmente se sienta a llorar en un peñasco, y en ella se suceden todos los humores, conocidos y desconocidos, de su sexo. Durante esos cambios, las mencionadas marcas de la cara del señor Lammle van y vienen, ahora aquí, ahora allá, como las teclas blancas de una gaita en la que el diabólico intérprete ha tocado una melodía. También sus labios lívidos se separan por fin, como si estuviera sin resuello por haber corrido. Pero no lo está.

—Y ahora levántese, señora Lammle, y hable de manera razonable.

Ella no se levanta del peñasco, y no le presta atención.

—Te digo que te levantes.

Ella alza la cabeza, lo mira a la cara desdeñosa, y repite:

—¡Me dices, me dices! ¡Será posible!

Ella finge no darse cuenta de que él no aparta los ojos de ella cuando vuelve a bajar la cabeza, pero todo su cuerpo revela que lo sabe, y que eso la incomoda.

—Basta. ¡Vamos! ¿Me has oído? Levántate.

Ella acepta su mano y se levanta, y echan a andar otra vez, aunque ahora con las caras vueltas al lugar donde residen.

—Señora Lammle, los dos hemos engañado, y los dos hemos sido engañados. Los dos hemos echado el anzuelo, y los dos hemos picado. En pocas palabras, así están las cosas.

—Tú me fuiste detrás...

—¡Silencio! Acabemos ya con esto. Los dos sabemos muy bien cómo fue la cosa. ¿Por qué no hablamos de ello, ahora que ninguno de los dos tienen que disimularlo? Hablando claro. He sufrido una decepción y he quedado en mal lugar.

—¿Y yo no?

—Bueno, ahora iba a referirme a ti, si hubieras esperado un momento. Tú también estás decepcionada y has quedado en mal lugar.

—¡He quedado perjudicada!

—Ahora ya estás lo bastante serena, Sophronia, para comprender que tú no puedes haber salido perjudicada sin que yo también haya salido perjudicado; por tanto, la palabra no viene al caso. Cuando vuelvo la vista atrás, me pregunto cómo he podido ser tan tonto como para llegar a estar tan convencido de que disponías de una herencia.

—Y cuando yo vuelvo la vista atrás... —exclama la recién casada, interrumpiéndolo.

—Y cuando vuelves la vista atrás, te asombras de cómo has podido ser... ¿me perdonarás la palabra?

—Desde luego, porque tienes mucha razón.

—Tan tonta como para llegar a estar tan convencida de que yo disponía de una herencia. De manera que ha habido necedad por ambas partes. Yo no puedo librarme de ti; tú no puedes librarte de mí. ¿Qué viene ahora?

—El oprobio y la amargura —responde la recién casada amargamente.

—No lo sé. Ahora viene un entendimiento mutuo, y creo que puede hacernos salir adelante. Ahora quiero dividir mi razonamiento (dame el brazo, Sophronia) en tres partes, para que sea más breve y sencillo. Primero, bastante desgracia es haber sido engañado, así que ahorrémonos la tortura de que los demás se enteren. Mantengamos el asunto en secreto. ¿Estás de acuerdo?

—Si es posible, sí.

—¡Posible! Nos hemos engañado bastante bien el uno al otro. ¿Acaso unidos no podemos engañar al mundo? Acordado. Segundo, tenemos una cuenta pendiente con los Veneering, y tenemos una cuenta pendiente con todos los demás, y, si nosotros hemos sido engañados, que lo sean también los demás. ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo.

—Y, sin más contratiempos, llegamos al tercer punto. Me has llamado aventurero, Sophronia. Lo soy. A la pata la llana, sin disfraces, es lo que soy. Y tú también, querida. Y mucha gente. Acordemos mantener nuestro secreto y trabajemos juntos por el bien de nuestros propios planes.

—¿Qué planes?

—Cualquiera que nos dé dinero. Al hablar de nuestros planes me refiero a nuestros intereses compartidos. ¿Acordado?

Tras cierta vacilación, ella responde:

—Supongo que sí. Acordado.

—¡Aprobado a la primera, ya ves! Y ahora, Sophronia, unas pocas palabras más. Nos conocemos perfectamente. No caigas en la tentación de censurarme lo que ahora sabes de mí, pues lo mismo sé yo de ti, y, al censurarme a mí, te censuras a ti, y no quiero oírte hacerlo. Resumiendo: hoy has demostrado carácter, Sophronia. No te dejes arrastrar otra vez a ello, porque yo también tengo un carácter de mil demonios.

Y así fue como la feliz pareja, con ese contrato matrimonial tan prometedor firmado, sellado y entregado, regresaron a sus aposentos. Si aquellas infernales marcas de dedos que habían aparecido en la cara blanca y sin aliento del señor Alfred Lammle habían denotado que concebía el propósito de dominar a su querida esposa, la señora de Alfred Lammle, despojándola de lo que pudiera quedar en ella de respeto por sí misma, real o fingido, parecía que dicho propósito se había cumplido. La joven de edad madura tiene ahora bastante poca necesidad de polvos para su cara abatida, mientras él la acompaña, a la luz del sol poniente, hacia su morada de felicidad.

Capítulo XI

Podsnapismo

El señor Podsnap era hombre de buena posición, y el señor Podsnap lo tenía en muy alta estima. Comenzando con una buena herencia, se había casado con una buena herencia, y había prosperado extraordinariamente gracias a los Seguros Marítimos, y se sentía muy satisfecho. Jamás acababa de comprender por qué no todos los demás estaban igual de satisfechos, y era consciente de ser un brillante ejemplo social al mostrarse especialmente satisfecho con casi todas las cosas, y, por encima de todas las demás cosas, consigo mismo.

Así, reconociendo dichoso su propio mérito e importancia, el señor Podsnap daba por sentado que todo lo que dejaba atrás dejaba ya de existir. Había una digna determinación —por no hablar de una enorme conveniencia— en esta manera de desembarazarse de las cosas desagradables que había contribuido enormemente a que el señor Podsnap ocupara tan alto lugar en la escala de satisfacción del señor Podsnap. «¡No quiero saberlo; prefiero no discutirlo; no lo admito!» El señor Podsnap incluso había adquirido un peculiar ademán del brazo derecho en su habitual eliminación del mundo de sus problemas más complejos, barriéndolos hacia su espalda —desviándolos, por consiguiente— con esas palabras y la cara encendida. Porque le ofendían.

El mundo del señor Podsnap no era muy vasto, moralmente; no, ni siquiera geográficamente: teniendo en cuenta que su negocio se sustentaba en el comercio con otros países, consideraba que la existencia de otros países, con esa importante salvedad, era un error, y de las maneras y costumbres de aquellos tan solo observaba de manera concluyente «¡No es inglés!», y a continuación, con el abracadabra de su gesticulación de brazo, y un rubor en la cara, quedaban barridos. Por lo demás, el mundo se levantaba de la cama a las ocho, se afeitaba apurando a las ocho y cuarto, desayunaba a las nueve, se iba a la City a las diez, regresaba a casa a las cinco y media y cenaba a las siete. Las ideas que tenía el señor Podsnap de las artes podían resumirse de la siguiente manera. Literatura: letra grande, descripción respetuosa de

levantarse a las ocho, afeitarse apurando a las ocho y cuarto, desayunar a las nueve, ir a la City a las diez, volver a casa a las cinco y media y cenar a las siete. Pintura y escultura: modelos y retratos que representen a profesores que enseñan a levantarse a las ocho, a afeitarse apurando a las ocho y cuarto, a desayunar a las nueve, a ir a la City a las diez, a volver a casa a las cinco y media y a cenar a las siete. Música: una respetable interpretación (sin variaciones) en instrumentos de cuerda y viento, que exprese sin sobresaltos lo que es levantarse a las ocho, afeitarse apurando a las ocho y cuarto, desayunar a las nueve, ir a la City a las diez, volver a casa a las cinco y media, y cenar a las siete. Nada más se les debía permitir a esas holgazanas artes, so pena de excomunión. ¡Nada más debía de existir... en ninguna parte!

En su condición de hombre tan eminente y respetable, el señor Podsnap era consciente de que se le exigía que tomara a la Providencia bajo su protección. En consecuencia, siempre sabía exactamente cuáles eran los planes de la Providencia. Es posible que eso quedara fuera del alcance de hombres inferiores y menos respetables, pero el señor Podsnap siempre estaba a la altura. Y resultaba de lo más extraordinario (y también debía de ser muy cómodo) que los planes de la Providencia siempre coincidieran con los del señor Podsnap.

Podríamos decir que estos son los artículos de una fe y una escuela que el presente capítulo se toma la libertad de llamar, adoptando el nombre de este hombre representativo, podsnaperismo. Dichos artículos quedaban encerrados dentro de estrechos límites, al igual que la cabeza del señor Podsnap quedaba confinada por el cuello de su camisa; y eran enunciados con una sonora pompa que recordaba enormemente el crujido de las botas del señor Podsnap al andar.

Había una señorita Podsnap. Y este joven caballo de cartón había sido entrenado en el arte de su madre, consistente en pavonearse de manera solemne sin avanzar jamás. Pero aún no le había sido impartida a esa joven la elevada influencia parental, y lo cierto es que se trataba de una damisela bajita, cargada de espaldas, escasa de ánimo, codos helados, nariz rasposa, que parecía echar esporádicos y gélidos vistazos hacia la feminidad desde su, todavía, adolescencia, para enseguida echarse atrás, abrumada por el tocado de su madre y por toda la figura de su padre, de pies a cabeza... aplastada por el simple peso muerto del podsnaperismo.

En la mente del señor Podsnap existía una cierta institución que él denominaba «la joven» y que podía considerarse que se encarnaba en la señorita Podsnap, su hija. Era una institución inconveniente y exigente, pues requería que todo lo que existía en el universo quedara archivado y encajado en ella. La cuestión que se planteaba ante cualquier cosa era: ¿hará sonrojarse a la joven? Y el inconveniente de la joven consistía en que, de acuerdo con el señor Podsnap, parecía propensa a sonrojarse en cualquier circunstancia, hasta cuando no había la menor necesidad. No parecía existir ninguna demarcación entre la excesiva inocencia de la joven y el conocimiento más culpable de cualquier otra persona. Si hemos de hacer caso al señor Podsnap, los matices más sobrios del marrón, el blanco, el lila y el gris, eran todos un rojo llameante para el conflictivo Toro que era «la joven».

Los Podsnap vivían en una esquina sombría adyacente a Portman Square. Eran la clase de personas que siempre viven en la sombra, allí donde estén. La vida de la señorita Podsnap, desde su aparición en este planeta, había tenido una cualidad totalmente sombría; pues, como la joven del señor Podsnap probablemente no sacaría mucho provecho de relacionarse con otros jóvenes, su compañía se había restringido a personas mayores y no muy simpáticas y a unos muebles muy pesados. Las primeras opiniones de la señorita Podsnap acerca de la vida fueron de carácter sombrío, pues derivaban sobre todo de los reflejos de esta en las botas de su padre, y en las mesas de nogal y palisandro de los salones en penumbra, y en sus espejos como atezados gigantes; y no era de extrañar que ahora, cuando casi todos los días cruzaba solemnemente el parque al lado de su madre en un faetón alto y espacioso color natillas, se la viera, por encima de la guarnición del vehículo, como una joven abatida que acaba de incorporarse en la cama para echar una mirada sobresaltada al mundo en general, y con el vehemente deseo de volver a cubrirse la cabeza con el cubrecama.

Dijo el señor Podsnap a la señora Podsnap:

—Georgiana tiene casi dieciocho años.

Dijo la señora Podsnap al señor Podsnap, asintiendo:

—Casi dieciocho.

Dijo entonces el señor Podsnap a la señora Podsnap:

—Estoy pensando seriamente en invitar a algunas personas al cumpleaños

de Georgiana.

Dijo la señora Podsnap al señor Podsnap:

—Que nos permitan deshacernos de las que deberían venir.

Y así fue como el señor y la señora Podsnap solicitaron el honor de que les acompañaran en su casa diecisiete amigos del alma; y como otros amigos del alma sustituyeron a esos primeros diecisiete amigos del alma, pues estos lamentaron profundamente que un compromiso anterior les impidiera tener el honor de cenar con el señor y la señora Podsnap, en respuesta a su amable invitación; y como la señora Podsnap dijo de esos inconsolables personajes, mientras pasaba un lápiz por encima de sus nombres: «En cualquier caso, se les ha invitado, y nos hemos librado de ellos»; y como, del mismo modo y de manera sucesiva, pudieron librarse de muchísimos amigos del alma, y sintieron la conciencia de lo más aliviada.

Seguía habiendo otros amigos del alma que no tenían derecho a ser invitados a cenar, pero sí a ser invitados a tomar una pierna de cordero al vapor a las nueve y media de la noche. Para librarse de estos dignos personajes, añadió una velada sencilla y temprana, y entró en una tienda de música para encargarse de un autómatas de buenos modales que fuera a su casa a interpretar cuadrillas en un baile informal.

El señor y la señora Veneering, y los flamantes recién casados del señor y la señora Veneering, formaban parte de los invitados a cenar; pero la casa de los Podsnap nada tenía que ver con la de los Veneering. El señor Podsnap podía tolerar el buen gusto en los advenedizos que necesitaban esas cosas, pero él estaba muy por encima de ello. Una feísima solidez era la característica de la vajilla de los Podsnap. Todo estaba escogido para que pareciera lo más pesado posible, y para que ocupara el mayor espacio posible. Todo expresaba con jactancia: «Aquí me tienes en toda mi fealdad como si fuera solo de plomo; pero también contengo tantas onzas de metal precioso a tanto la onza. ¿No te gustaría fundirme?» Un piernabierto centro de mesa, lleno de manchas por todas partes como si hubiera entrado en erupción en lugar de haber sido decorado, pronunciaba ese mensaje desde una fea plataforma de plata colocada en el centro de la mesa. Cuatro enfriadores de vino, cada uno provisto con cuatro cabezas de ojos saltones, cada uno portando, de manera exageradamente visible, una gran argolla de plata en cada una de sus orejas, transmitían esa opinión a lo largo de la mesa, e

invitaban a participar de ella a los panzudos saleros de plata. Todas las grandes cucharas y tenedores ensanchaban las bocas de los invitados con el propósito expreso de empujar esa idea garganta abajo a cada bocado que engullían.

Casi todos los invitados eran como la vajilla, y eso incluía a varios artículos de peso considerable. Entre ellos había un caballero extranjero, al que el señor Podsnap había invitado tras un intenso debate consigo mismo — pues creía que todo el continente europeo estaba en mortal alianza contra el joven—, y reinaba la curiosa tendencia, no solo por parte del señor Podsnap, sino de todos los demás, a tratarlo como si fuera un niño, y encima sordo.



PODSNAPPERY.

Como delicada concesión a ese hombre que había tenido la desgracia de nacer en el extranjero, el señor Podsnap, al recibirle, le presentó a su esposa como «madama Podsnap»; a su hija como «mademoiselle Podsnap», y hasta estuvo a punto de añadir, «ma fille», aunque supo controlarse antes de lanzarse a tan audaz empresa. Como los Veneering eran quienes acababan de llegar también en ese momento, añadió (de manera condescendiente y explicativa) «monsieur Vei-nie-ring», y entonces pasó al inglés.

—¿Qué Le Parece Londres? —preguntaba ahora el señor Podsnap desde su condición de anfitrión, como si le administrara alguna poción o polvos al niño sordo—: ¿Londres, Londres, Londres?

El extranjero admiraba Londres.

—¿Le parece Muy Grande? —dijo el señor Podsnap, dejando sitio a las sílabas.

El extranjero la encontraba muy grande.

—¿Y Muy Rica?

El caballero la encontraba, desde luego, *enormément riche*.

—Enormemente Rica, Decimos Nosotros —replicó el señor Podsnap, de manera condescendiente—. Nuestros adverbios Ingleses No terminan en Mong, y Pronunciamos la «ch» como si tuviera una «t» delante. Decimos Ritch.

—Riitch —observó el extranjero.

—¿Y Ha Encontrado —añadió dignamente el señor Podsnap— Muchos Ejemplos de cómo nuestra Constitución Británica se refleja en las Calles de La Metrópoli del Mundo, Londres, Londres, Londres?

El extranjero pidió disculpas, pero no acababa de entender.

—La *Constitution Britannique* —le explicó el señor Podsnap, como si le enseñara a un niño de primaria—. Nosotros Decimos Británica, Pero Ustedes Dicen *Britannique*. Ya Sabe. —(Perdonándolo, como si no fuera culpa suya) —. La Constitución, Señor.

El extranjero dijo:

—*Mais sííí*; la conozco.

Un joven caballero, cetrino, con lentes, y provisto de una frente abultada, sentado en una silla suplementaria en un rincón de la mesa, causó una profunda impresión al decir, levantando la voz, «ESKER», y a continuación callando en seco.

—*Mai oui* —dijo el extranjero, volviéndose hacia él—. *Est-ce que? Quoi donc?*

Pero el caballero de la frente abultada, tras haber pronunciado todo lo que había encontrado tras sus protuberancias, ya no dijo nada más.

—Me Preguntaba —dijo el señor Podsnap, retomando el hilo de su discurso— Si Ha Observado en nuestras Calles, como Diríamos nosotros, en

nuestras Rúas, como dirían ustedes, algún Signo de...

El extranjero, con paciente cortesía, pidió disculpas:

—Pero ¿qué es un *zigno*?

—Señales —dijo el señor Podsnap—. Signos, ya sabe, Apariciones... Rastros.

—¡Ah! ¿Como de cáballó? —preguntó el extranjero.

—Nosotros lo llamamos Caballo —dijo el señor Podsnap, con tolerancia—. En Inglaterra, *Anglaterre*, Inglaterra, Nosotros Solo Acentuamos una sílaba, y Decimos Caballo. ¡Solo un acento en la segunda «a»!

—Perdón —dijo el extranjero—. ¡*Ziempre* me equivocó!

—Nuestro Idioma —dijo el señor Podsnap, con la benevolente conciencia de tener siempre razón— es Difícil. El Nuestro es un Idioma Copioso, y Complicado para los Extranjeros. No quiero Insistir en Mi Pregunta.

Pero el caballero de la frente abultada, reacio a abandonar, dijo de nuevo en tono alocado «ESKER», y ya no volvió a decir más.

—Simplemente me refería a Nuestra Constitución, Señor —le explicó el señor Podsnap, con una sensación de meritoria propiedad—. Nosotros los Ingleses estamos Muy Orgullosos de nuestra Constitución, Señor. Nos la Concedió la Providencia. Ningún Otro País ha sido tan Favorecido como Este País.

—¿Y los demás páisés? —comenzó a decir el extranjero, y el señor Podsnap le corrigió enseguida.

—Solo un Acento, Señor. En Demás está en la «A». En Países está en la «I». ¡Un solo acento!

—¿Y los demás países? —dijo el extranjero—. ¿Cómo lo hacen?

—Lo hacen como lo hacen señor —replicó el señor Podsnap, sacudiendo gravemente la cabeza—, siento tener que decírselo... y así les va.

—Fue muy escrupulosa esa Providencia —dijo el extranjero, riendo—, pues sus fronteras no son muy extensas.

—Sin duda —asintió el señor Podsnap—. Pero Así Es. Fue la Carta Magna. Esta Isla fue Bendecida, Señor, para que Quedaran Directamente

Excluidos Otros Países como... como los que pudiera haber. Y, si todos los aquí presentes fuéramos ingleses, me atrevería a decir —añadió el señor Podsnap, mirando a los compatriotas que lo rodeaban, y adoptando un tono solemne— que existe una combinación de cualidades típicamente inglesa, una modestia, una independencia, una responsabilidad, una calma, combinada con una ausencia de cualquier cosa que pudiera sacarle los colores a una joven, que sería vano buscar en cualquier otra Nación de la Tierra.

Tras haber expresado ese breve resumen, la cara del señor Podsnap se ruborizó ante la idea de que existiera la remota posibilidad de que sus palabras pudieran ser matizadas por cualquier ciudadano lleno de prejuicios de cualquier otro país; y con su gesticulación del brazo derecho favorita, barrió hacia la nada al resto de Europa y a toda Asia, África y América.

El público quedó muy edificado por esas palabras; y el señor Podsnap, percibiendo que aquel día estaba poseído por una fuerza extraordinaria, adoptó un aire sonriente y conversador.

—¿Se ha sabido algo más, Veneering, del afortunado legatario? —preguntó.

—Nada más —replicó Veneering—, solo que ha entrado en posesión de los bienes de la herencia. Me han dicho que la gente lo llama ahora el Basurero de Oro. ¿Verdad que le mencioné hace algún tiempo que la joven que iba a casarse con ese hombre que fue asesinado es hija de uno de mis escribientes?

—Sí, me lo dijo —contestó Podsnap—, y, por cierto, me gustaría que volviera a contarlo, pues es una curiosa coincidencia... muy curioso que la primer noticia del descubrimiento llegara directamente a vuestra mesa estando yo allí, y curioso que uno de sus empleados tuviera un interés tan directo. ¿Le importaría contarlo?

Veneering estaba más que dispuesto, pues había prosperado enormemente gracias al Asesinato Harmon, y había convertido la distinción social que eso le confería en varias docenas de flamantes amigos del alma. Lo cierto es que otro golpe de suerte como aquel y sus aspiraciones estarían casi cumplidas. Así pues, y dirigiéndose al más sobresaliente de sus vecinos, mientras la señora Veneering se aseguraba el siguiente más sobresaliente, se sumergió en el relato, y veinte minutos después emergió de él con un director de banco en brazos. Durante ese intervalo, la señora Veneering se zambulló en las mismas

aguas en pos de un adinerado agente marítimo, y lo sacó sano y salvo de los cabellos. A continuación la señora Veneering tuvo que relatar, y para un círculo más amplio, cómo había visto a la muchacha, y que era realmente guapa, y (considerando su posición) presentable. Todo ello lo llevó a término con una satisfactoria exhibición de sus ocho dedos aquilinos y las joyas que los rodeaban, que felizmente retuvo la atención de un general de muchos destinos, su esposa y su hija, y no solo consiguió devolverles la animación, que había quedado en suspenso, sino que al cabo de una hora eran unos amigos muy animados.

Aunque, por lo general, el señor Podsnap habría desaprobado vivamente el tema de los cadáveres en los ríos como totalmente inapropiado para las mejillas de la joven, él, se podría decir, tenía participación en aquel asunto, por lo que era en parte propietario. Como sus beneficios eran inmediatos, además, pues impedían que los presentes se quedaran contemplando callados los enfriadores de vino, valía la pena, y estaba satisfecho.

Y ahora que la pierna de carnero al vapor se sometía ya a la infusión de las tripas, con unos toques de dulces y café, todo estuvo a punto para que vinieran los bañistas; pero no antes de que el discreto autómatas se colocase tras los barrotes del atril del piano, donde presentaba el aspecto de un cautivo languideciendo en una cárcel de palisandro. Y qué simpáticos y bien avenidos el señor Alfred Lammle y señora; él, todo chispa; ella, discreta alegría; los dos, de vez en cuando, intercambiando una mirada, como una pareja que jugara una partida de cartas contra toda Inglaterra.

No había mucha juventud entre los bañistas, pero es que no había juventud (exceptuando la joven) entre los artículos del podsnaperismo. Los atrevidos bañistas cruzaron los brazos y charlaron con el señor Podsnap sobre la alfombra de la chimenea; bañistas de bigotes lacios y brillantes, con el sombrero en la mano, avanzaban hacia la señora Podsnap y se retiraban; bañistas merodeadores se paseaban mirando las cajas y los cuencos ornamentales, como si sospecharan que los Podsnap habían cometido algún hurto, y esperaran encontrar en el fondo algo que habían perdido; bañistas del sexo débil se sentaban en silencio comparando sus hombros de marfil. Todo ese rato, y siempre, la pobre y diminuta señorita Podsnap, cuyos ínfimos esfuerzos (de haber hecho alguno) eran engullidos dentro de la magnificencia del balanceo de cabeza de su madre, se mantenía todo lo apartada de la vista y la atención de los demás que podía, y parecía a la espera de las muchas y

tristes felicitaciones que le había de deparar el día. Quedaba entendido, como artículo secreto de las normas estatales del podsnaperismo, que nada debía decirse de ese día. En consecuencia, la natividad de esa damisela era un detalle que se silenciaba y se pasaba por alto, como si todos estuviesen de acuerdo en que mejor habría sido que no llegara a nacer.

Los Lammle les tenían tanto afecto a los queridos Veneering que no pudieron separarse ni un momento de tan excelentes amigos; pero al final, ya fuera una abierta sonrisa por parte del señor Lammle, o una secretísima elevación de sus cejas rojizas —y desde luego fue una de las dos cosas—, pareció decirle a la señora Lammle: «¿Por qué no juegas?». Y así, mirando a su alrededor, vio a la señora Podsnap, y pareció decirle en respuesta «¿Esa carta?», a lo que se le respondió a su vez «Sí», tras lo cual fue a sentarse al lado de la señorita Podsnap.

La señora Lammle estuvo encantada de huir a un rincón para charlar tranquilamente.

Prometía ser una charla muy tranquila, pues la señorita Podsnap replicó, un tanto nerviosa:

—¡Oh! Claro, es muy amable por su parte, pero me temo que yo no hablo.

—Pues tenemos que empezar —dijo la insinuante señora Lammle, con su mejor sonrisa.

—¡Oh! Creo que me encontrará muy aburrida. ¡Pero mamá habla!

Eso era evidente, pues en ese momento mamá hablaba con su medio galope habitual, la cabeza y la melena arqueadas, ojos y narices abiertos.

—¿Quizá te gusta leer?

—Sí. Al menos... eso no me molesta tanto —replicó la señorita Podsnap.

—¿Y la m-m-m-m-m-música?

Tan insinuante fue la señora Lammle que necesitó media docena de emes antes de pronunciar la palabra.

—Aunque supiese tocar, no me atrevería a hacerlo. Mamá toca.

(Exactamente al mismo medio galope, y con el floreciente aspecto de estar haciendo algo, mamá, de hecho, se mecía esporádicamente sobre el piano).

—Pero le gustará bailar...

—Oh, no, no bailo —dijo la señorita Podsnap.

—¿No? ¿Tan joven y atractiva? ¡La verdad, querida, que me sorprende!

—No sé qué decir —observó la señorita Podsnap, tras bastante vacilación, y lanzando varias miradas tímidas y furtivas a la cara concienzudamente maquillada de la señora Lammle—. A lo mejor me habría gustado de ser un... no se lo diré a nadie, ¿verdad?

—¡Querida! ¡Jamás!

—No, claro que no se lo diré a nadie. Entonces no sabe cuánto me habría gustado ser un deshollinador el Primero de Mayo.^[7]

—¡Por todos los santos! —fue la exclamación de asombro que provocó en la señora Lammle.

—¡Ya ve! Sabía que se sorprendería. Pero no se lo diré a nadie, ¿verdad?

—Te doy mi palabra, querida —dijo la señora Lammle—. Ahora que hablo contigo, mis ganas de conocerte mejor son diez veces mayores que cuando estaba sentada allí observándote. ¡Cómo me gustaría que pudiésemos ser amigas de verdad! Prueba a ser amiga mía. ¡Vamos! No me consideres una sosa mujer casada, querida. Prácticamente acabo de casarme, ¿sabes? Mira, aún llevo el vestido de novia. ¿Hablamos de deshollinadores?

—¡Silencio! Mamá la oirá.

—No puede oírnos desde donde está sentada.

—No esté tan segura de eso —dijo la señorita Podsnap, en voz más baja—. Bueno, lo que quiero decir es que ellos parecen pasarlo bien.

—Y si hubieras sido uno de ellos, ¿a lo mejor lo habrías pasado bien?

La señorita Podsnap asintió con mucho énfasis.

—Entonces, ¿ahora no te lo pasas bien?

—¿Cómo voy a pasarlo bien? —dijo la señorita Podsnap—. ¡Oh, esto es espantoso! Si fuera lo bastante mala, y lo bastante fuerte, mataría a alguien, ni que fuera a mi pareja de baile.

Eso era considerar el arte de Terpsícore, tal como se practicaba en sociedad, desde una perspectiva totalmente nueva, y la señora Lammle miró a

su joven amiga un tanto asombrada. Su joven amiga seguía sentada, girando los dedos de manera nerviosa como si estuviese maniatada, como si intentara esconder los codos. Pero este objetivo utópico, al llevar manga corta, siempre parecía la gran meta inofensiva de su existencia.

—Le habrá parecido horroroso, ¿verdad? —dijo la señorita Podsnap con expresión de penitencia.

La señora Lammle, sin saber muy bien qué responder, decidió poner una sonrisa para animarla.

—¡Pero es así, y siempre lo ha sido! —prosiguió la señorita Podsnap—. ¡El baile siempre ha sido un suplicio para mí! Me da tanto miedo hacerlo mal... ¡Y es tan horrible...! Nadie sabe cuánto sufrí en casa de madame Sauteuse, donde aprendí a bailar y a hacer reverencias y otras cosas horrendas... bueno, al menos donde intentaron enseñarme. Mamá sabe hacerlo.

—En cualquier caso, querida —dijo la señora Lammle, para consolarla—, eso se ha acabado.

—Sí, se ha acabado —replicó la señorita Podsnap—, pero no he ganado nada con ello. Esto es peor que en casa de madame Sauteuse. Mamá estaba allí, y mamá está aquí; pero papá no estaba allí, y los invitados no estaban allí, y allí no había parejas de verdad. ¡Oh, mamá está hablando con el hombre del piano! ¡Oh, mamá se acerca a alguien! ¡Oh, sé que va a traerlo hasta aquí! ¡Oh, por favor, no, por favor, no! ¡Que no se acerquen! ¡Que no se acerquen!

Estas piadosas exclamaciones las expresaba con los ojos cerrados y la cabeza echada para atrás y apoyada en la pared.

Pero el Ogro avanzaba pilotado por mamá, y mamá decía: «Georgiana, este es el señor Grompus», y el Ogro agarró a su víctima y se la llevó a lo más alto de su castillo. Entonces el discreto autómatas, que había estudiado el terreno, ejecutó una serie de piezas sin melodía ni gracia, y dieciséis discípulos del podsnaperismo dibujaron las siguientes figuras:

1. Levantarse a las ocho y afeitarse apurando a las ocho y cuarto.
2. Desayunar a las nueve.
3. Llegar a la City a las diez.
4. Volver a casa a las cinco y media.

5. Cenar a las siete, y la gran cadena.

Mientras estas solemnidades tenían lugar, el señor Alfred Lammle (el más amoroso de los maridos) se acercó a la silla de la señora Lammle (la más amorosa de las esposas), e, inclinándose sobre el respaldo, jugueteó durante algunos segundos con el brazalete de la señora Lammle. Un tanto en contraste con ese breve y displicente jugueteo, se podría haber observado en la cara de la señora Lammle cierta sombría concentración mientras esta decía unas palabras con la mirada puesta en el chaleco del señor Lammle, y parecía, a su vez, recibir una lección. Pero todo ocurrió como pasa el aliento de una persona por un espejo.

Y ahora, remachada ya la cadena hasta el último eslabón, el discreto autómatas y los dieciséis, de dos en dos, comenzaron a pasear entre los muebles. Y aquí fue donde destacó de manera agradable la inconsciencia del Ogro Grompus, pues ese monstruo complaciente, creyendo que la señorita Podsnap disfrutaba de su compañía, prolongó hasta el máximo la posibilidad de un relato peripatético de una competición de tiro con arco; y su víctima, mientras tanto, encabezando la procesión de los dieciséis mientras describían lentos círculos, como un cortejo fúnebre que da vueltas, no levantó los ojos excepto para dirigirle una mirada furtiva a la señora Lammle, en la que expresó una profunda desesperación.

Al final, la procesión se disolvió con la violenta llegada de una nuez moscada, ante la cual se abrieron de par en par las puertas de la sala como si fuera una bala de cañón; y mientras ese fragante artículo, disperso a través de diversos vasos de agua tibia coloreada, circulaba entre la concurrencia, la señorita Podsnap volvió a sentarse junto a su nueva amiga.

—¡Oh, Dios mío! —dijo la señorita Podsnap—. ¡Se acabó! Espero que no me estuviera mirando.

—Querida, ¿por qué no?

—Oh, sé perfectamente cómo soy —dijo la señorita Podsnap.

—Te diré algo que yo sí sé de ti, querida mía —replicó la señora Lammle con su aire seductor—, y es que eres tímida sin ninguna necesidad.

—Mamá no lo es —dijo la señorita Podsnap—. ¡Le aborrezco! ¡Váyase!

Este dardo pronunciado entre dientes iba dirigido al gallardo Grompus por

haberle dedicado una sonrisa insinuante al pasar por su lado.

—Perdone que no acabe de comprenderla, señorita Podsnap —comenzó a decir la señora Lammle cuando la joven la interrumpió.

—Si vamos a ser amigas de verdad, y supongo que lo somos, pues es usted la única persona que se lo ha propuesto, dejemos a un lado las cosas horribles. Ya es bastante horroroso ser la señorita Podsnap sin oír que me llaman así. Llámeme Georgiana.

—Mi queridísima Georgiana —comenzó de nuevo la señora Lammle.

—Gracias —dijo la señorita Podsnap.

—Mi queridísima Georgiana, perdóname si no acabo de entender, querida, por qué el que tu mamá no sea tímida es razón para que tú lo seas.

—¿De verdad que no lo entiende? —preguntó la señorita Podsnap, tirándose de los dedos con aire de zozobra, y lanzando miradas furtivas a la señora Lammle y al suelo de manera alternada—. Entonces, a lo mejor me equivoco.

—Mi queridísima Georgiana, aceptas mi pobre opinión con demasiada prontitud. De hecho, ni siquiera es una opinión, querida, sino apenas una confesión de mi necesidad.

—Oh, usted no es ninguna necia —replicó la señorita Podsnap—. Yo soy una necia, y, si usted lo fuera, no habría conseguido hacerme hablar.

Cuando la señora Lammle se dio cuenta de que había conseguido su propósito, cierto rubor le asomó a las mejillas, quizá a causa del leve roce de la conciencia, y se la vio más radiante mientras le dedicaba su mejor sonrisa a su querida Georgiana y negaba con la cabeza de manera afectuosa y juguetona. Tampoco es que significara nada, pero pareció gustarle a Georgiana.

—Lo que quiero decir —añadió Georgiana— es que como mamá es tan tiesa, y papá tan tieso, y todo el mundo es tan tieso en todas partes, o al menos, allí donde yo voy, quizá soy yo la que debería ser más tiesa, y no lo consigo, y eso me da miedo... Pero no me expreso muy bien... No sé si entiende lo que le digo.

—¡Perfectamente, mi querida Georgina!

La señora Lammle echaba mano de todas sus tretas tranquilizadoras cuando, de pronto, la joven echó la cabeza para atrás, la apoyó en la pared y cerró los ojos.

—¡Oh, ahí está otra vez mamá, tiesa como siempre con alguien que lleva un monóculo! ¡Oh, sé que va a traerlo aquí! ¡Oh, no lo traigas, no lo traigas! ¡Oh, y será mi pareja con el monóculo en el ojo! ¡Oh, qué voy a hacer!

En esa ocasión, Georgiana acompañó sus exclamaciones dando pataditas en el suelo, y se la veía totalmente desesperada. Pero no había manera de escapar de la majestuosa señora Podsnap, que se acercaba con un desconocido de andar desenvuelto, con un ojo apretado hasta quedar casi invisible y el otro enmarcado y acristalado; el hombre, tras haber observado con ese órgano, como si divisara a la señorita Podsnap en el fondo de un pozo perpendicular, la llevó hasta la superficie y se alejó con ella y su paso desenvuelto. Y a continuación, el cautivo al piano tocó otra serie de piezas que expresaban sus tristes aspiraciones de libertad, y otras dieciséis personas repitieron los movimientos melancólicos de antes, y la pareja de la señorita Podsnap la llevó a dar un paseo entre los muebles, como si aquello le hubiera parecido una idea totalmente original.

Mientras tanto, un personaje que había permanecido al margen, de actitud humilde, que se había dirigido a la alfombra de la chimenea y luego se había paseado entre los jefes de tribu reunidos en conferencia con el señor Podsnap, acabó con las gesticulaciones y rubor del señor Podsnap mediante un comentario enormemente descortés; ni más ni menos que una referencia a la circunstancia de que recientemente media docena de personas habían muerto de hambre en la calle. Tales palabras, después de cenar, eran inoportunas. No convenían a las mejillas de la joven. No eran de buen gusto.

—No me lo creo —dijo el señor Podsnap, echándoselo a la espalda.

El hombre humilde dijo que, por desgracia, era un hecho probado, pues estaban las encuestas judiciales y los datos del registro.

—Entonces fue culpa de ellos —dijo el señor Podsnap.

Veneering y otros ancianos de las tribus elogiaron esa manera de salir del paso. Era a la vez un atajo y un camino ancho.

El hombre de actitud humilde insinuó que lo que parecían indicar los hechos era que a esos culpables se les había obligado a morir de hambre;

que, en su desdicha, habían protestado débilmente; que se habrían tomado la libertad de evitarlo de haber podido; que en realidad habrían preferido no morir de hambre, de poder satisfacer con ello a todas las partes implicadas.

—No hay país en el mundo, señor —dijo el señor Podsnap, sonrojándose de furia—, en que los pobres estén tan bien provistos como en el nuestro.

El hombre humilde estaba muy dispuesto a concedérselo, pero quizá empeoró aún más las cosas al dar a entender que algo debía de funcionar terriblemente mal en alguna parte.

—¿Dónde? —dijo el señor Podsnap.

El hombre humilde insinuó si no sería una buena idea intentar, y de manera muy seria, averiguar dónde.

—¡Ah! —dijo el señor Podsnap—. ¡Es muy fácil decir en alguna parte, pero no tanto decir dónde! Pero ya veo adónde quiere ir a parar. Lo supe desde el primer momento. A la centralización administrativa. No. Nunca con mi consentimiento. Eso no es inglés.

Un murmullo de aprobación surgió de los jefes de las tribus, como diciendo: «¡Ahí lo ha pillado! ¡No lo suelte!».

El hombre humilde dijo que no era consciente de que quisiera ir a parar a ninguna ización. No tenía ninguna ización preferida, que él supiera. Pero desde luego se sentía más estupefacto por esos terribles sucesos que por cualquier nombre que se le quisiera aplicar, por muchas sílabas que tuviese. ¿Se le permitía preguntar si morirse de necesidad y abandono era algo necesariamente inglés?

—Supongo que ya sabe cuál es la población de Londres —dijo el señor Podsnap.

El hombre humilde dijo que suponía que sí, pero que eso no tenía nada que ver con el fenómeno, de aplicarse bien las leyes.

—¿Y sabe, o al menos espero que sepa —dijo el señor Podsnap con severidad—, que la Providencia ha dicho que pobres tendréis siempre con vosotros?^[8]

El hombre humilde dijo que esperaba saberlo.

—Me alegra oírlo —dijo el señor Podsnap con aire solemne—. Me alegra

oírlo. Le hará ser cauto a la hora de plantarle cara a la Providencia.

En referencia a esa frase tan convencional, absurda e irreverente, de la que el señor Podsnap no era responsable, el hombre humilde dijo que él no tenía miedo de hacer algo tan imposible, pero...

Pero el señor Podsnap consideró que había llegado el momento de sonrojarse y gesticular y echarse a la espalda a ese hombre humilde para siempre. Así que dijo:

—No tengo otro remedio que negarme a seguir con esta dolorosa conversación. No es agradable para mis sentimientos; repugna a mis sentimientos. He dicho que no admito estas cosas. También he dicho que si ocurren (aunque no lo admito), la culpa es de quienes las sufren. Yo no soy quién —el señor Podsnap recalcó con fuerza el «yo», dando a entender que también te afectaba a ti— para impugnar los designios de la Providencia. Confío en no caer en eso, y ya he mencionado cuáles son los designios de la Providencia. Además —dijo el señor Podsnap, sonrojándose hasta las puntas de sus cabellos y tomándose como una auténtica ofensa personal—, el tema es muy desagradable. Incluso le diré que es odioso. No es un tema para comentar delante de esposas y personas jóvenes, y yo...

Acabó con esa gesticulación del brazo que afirmaba, más expresivamente que las palabras: «Lo elimino de la faz de la tierra».

Al mismo tiempo que se sofocaba el incendio del joven humilde, Georgiana abandonaba a su acompañante en una calle de sofás, en un callejón sin salida del salón de la parte de atrás, para encontrar la salida y regresar con la señora Lammle. Y quién estaba con ella sino el señor Lammle. ¡Cómo la quería!

—Alfred, amor mío, esta es mi amiga. Mi queridísima Georgiana, además de conmigo, quiero que te lleves bien con mi marido.

El señor Lammle se sintió orgulloso de poder gozar tan pronto del favor de la señorita Podsnap. Pero si el señor Lammle tenía tendencia a estar celoso de las amistades de la querida Sophronia, se sentiría celoso de los sentimientos de esta hacia la señorita Podsnap.

—Llámalas Georgiana, querido —interrumpió su esposa.

—Hacia... ¿cómo he de llamarla?... Georgiana. —El señor Lammle

pronunció el nombre de labios hacia fuera trazando una delicada curva de su mano derecha—. Pues nunca he visto a Sophronia, que no es propensa a cosas tan repentinas, tan atraída ni cautivada como lo está por... ¿cómo debo llamarla?... Georgiana.

El objeto de ese homenaje lo recibió con incomodidad, y a continuación dijo, volviéndose muy azorada hacia la señora Lammle:

—¡Me pregunto por qué le caigo bien! ¡Y no se me ocurre ningún motivo!

—Queridísima Georgiana, por ti misma. Por lo distinta que eres de cuantos te rodean.

—¡Bueno! Eso es posible. Pues yo creo que la aprecio por lo diferente que es de todos cuantos me rodean —dijo Georgiana, con una sonrisa de alivio.

—Debemos retirarnos, como todo el mundo —observó la señora Lammle, poniéndose en pie como a desgana, entre la dispersión general—. Somos amigos de verdad, ¿no, querida Georgiana?

—Amigos de verdad.

—¡Buenas noches, mi querida muchacha!

Había conseguido ejercer cierta atracción sobre aquella naturaleza medrosa en la que ahora se fijaban sus ojos risueños, pues Georgiana retuvo su mano en la suya mientras le respondía en un tono reservado y medio asustado:

—No se olvide de mí cuando se vaya. Y vuelva pronto. ¡Buenas noches!

Qué delicia ver al señor y la señora Lammle despedirse con elegancia, y bajar las escaleras tan encariñados y dulces. Quizá no provocara tanta delicia ver cómo esas caras sonrientes se agriaban y amargaban dentro de su pequeño carruaje, una en cada punta. Pero desde luego era fascinante verlos entre bastidores, donde nadie los veía ni debía verlos jamás.

Ciertos vehículos grandes y pesados, contruidos sobre el modelo de la vajilla de Podsnap, se llevaron a los invitados de más peso; y los menos valiosos se fueron de maneras diversas; y la vajilla de Podsnap fue llevada a acostar. Mientras el señor Podsnap permanecía de espaldas a la chimenea, sacándose el cuello de la camisa, como un gallo que se quita las plumas en mitad de sus posesiones, nada le habría desconcertado más que la insinuación de que la señorita Podsnap, o cualquier otra joven de buena cuna y educación,

no pudiera ser retirada exactamente igual que la vajilla, ni traída, lustrada, contada, pesada o tasada como esa misma vajilla. Que esa joven pudiera tener en su corazón un mórbido vacío y el anhelo de algo más joven o menos monótono que la vajilla; o que los pensamientos de esa joven pudieran intentar escalar la región que limitaba al norte, al sur, al este o al oeste de ese plato; era una idea monstruosa que de inmediato el señor Podsnap habría lanzando al espacio con su gesticulación. Quizá ello se debía a que la joven propensa a los rubores del señor Podsnap era, por así decir, todo mejillas, mientras que hay la posibilidad de que existan jóvenes de una personalidad bastante más compleja.

¡Ah, si el señor Podsnap, mientras se quitaba el cuello duro, hubiera oído que se referían a él como «ese sujeto» en un breve diálogo que tenía lugar entre el señor y la señor Lammle, cada uno en su rincón de su pequeño carruaje, mientras volvían a casa!

—Sophronia, ¿estás despierta?

—¿Crees que estoy para dormir?

—Me parecería muy natural, después de haber estado en compañía de ese sujeto. Atiende lo que voy a decirte.

—He atendido a lo que me has dicho esta noche, ¿o no? Ya me dirás qué he estado haciendo esta noche, si no.

—Te digo que atiendas a lo que voy a decirte. —Levanta la voz—. Hazte íntima de esa chica idiota. Que coma de tu palma. La tienes en tu poder, y que no se te escape. ¿Me oyes?

—Te oigo.

—Preveo que de ahí sacaremos dinero, además de bajarle los humos a ese sujeto. Nos debemos dinero el uno al otro, ya lo sabes.

La señora Lammle puso una mueca cuando se lo recordaron, pero solo lo suficiente como para esparcir de nuevo sus aromas y esencia en la atmósfera del pequeño carruaje, mientras volvía a arrellanarse en su rincón oscuro y solitario.

Capítulo XII

El sudor de la frente de un hombre honrado

El señor Mortimer Lightwood y el señor Eugene Wrayburn se hicieron llevar la cena de un mesón al despacho del primero. Acababan de tomar la decisión de establecerse juntos. Habían alquilado una casita de soltero cerca de Hampton, a la orilla del Támesis, que tenía césped, cobertizo para botes y todo lo necesario, y durante las largas vacaciones de verano se dedicarían a navegar por el río.

Todavía no era verano, sino primavera; y no la primavera benigna y etéreamente suave que pinta Thomson en su poema, sino la primavera de tiempo frío, con viento de oriente que pintan Johnson, Jackson, Dickson, Smith y Jones. El viento, de tan cortante, serraba más que soplaba, y mientras serraba arremolinaba el serrín en torno al aserradero. Todas las calles eran un aserradero, y en él nadie trabajaba en la parte de arriba, sino que todos los transeúntes estaban abajo, y el serrín los cegaba y asfixiaba.

Todo ese misterioso papel moneda que circula por Londres cuando sopla el viento gira aquí y allá, y en todas partes. ¿De dónde viene, adónde va?^[9] Cuelga en todos los arbustos, aletea en cada árbol, queda prendido en los cables eléctricos, ronda todas las cercas, bebe en todos los surtidores, se encoge en las rejas, tiembla en cada césped, busca descanso en vano en la región de las verjas de hierro. Es algo que no existe en París, donde nada se desperdicia, ya que es una ciudad cara y lujosa, y las hormigas humanas salen de sus agujeros y recogen todas las migajas. Allí el viento solo lleva polvo. Allí unos ojos avizores y unos estómagos también avizores recogen incluso el viento del este y le sacan algún provecho.

El viento serraba, y el serrín se arremolinaba. Los arbustos retorcían sus muchas manos, se lamentaban de que el sol les hubiera dado la lata para que retoñasen; las hojas jóvenes languidecían; los gorriones se arrepentían de sus precipitados matrimonios, igual que hacen los hombres y las mujeres; los colores del arco iris eran perceptibles, no en las flores de primavera, sino en la

cara de la gente a la que mordisqueaba y pellizcaba. Y el viento serraba sin parar, y el serrín se arremolinaba.

Cuando las tardes de primavera son demasiado largas y luminosas como para cerrarles los postigos, y el clima mencionado es el habitual, la ciudad que el señor Podsnap llama, de manera tan redundante, Londres, Londres, Londres, ofrece su peor cara. Qué ciudad tan negra y estridente, que combina las cualidades de una casa llena de humo y de una mujer siempre regañando; qué ciudad tan llena de tierra; qué ciudad tan desesperanzada, sin una rendija en el toldo plomizo que le hace de cielo; qué ciudad tan asediada por las fuerzas de las llanuras pantanosas de Essex y Kent. Eso era lo que pensaban los dos compañeros de colegio cuando, después de cenar, se dirigieron a la chimenea a fumar. El joven Blight ya no estaba, el camarero del mesón ya no estaba, los platos y fuentes ya no estaban, el vino ya no estaba: todos se habían ido, aunque en distintas direcciones.

—Aquí arriba el viento silba como si estuviésemos en un faro —afirmó Eugene, atizando el fuego—. Y ojalá estuviéramos viviendo en uno.

—¿No crees que nos aburriríamos? —preguntó Lightwood.

—No más que en cualquier otro sitio. Y no habría que hacer el recorrido diario. Aunque eso es una consideración egoísta y personal, en mi caso.

—Tampoco vendrían clientes —añadió Lightwood—. Tampoco es que eso sea para mí una consideración personal y egoísta.

—Si estuviésemos en una roca aislada en medio de un mar tempestuoso —dijo Eugene, fumando con la mirada en el fuego—, lady Tippins no podría venir a visitarnos, o mejor aún, podría venir y que se la tragara una ola. La gente no nos invitaría a desayunos de boda. No habría precedentes con los que devanarse los sesos, excepto el sencillísimo precedente de mantener la luz encendida. Sería excitante estar ojo avizor a los naufragios.

—Pero por otra parte —sugirió Lightwood—, habría un cierto grado de monotonía en esa vida.

—También he pensado en ello —dijo Eugene, como si hubiera estado considerando el tema desde diversas perspectivas con vistas a llevarlo a término—, pero sería una monotonía definida y limitada. No se extendería más allá de dos personas. Ahora, la cuestión que yo te planteo, Mortimer, es si una monotonía definida con esa precisión y limitada a ese grado no sería más

soportable que la monotonía ilimitada de nuestros semejantes.

Cuando Lightwood se echó a reír y le pasó el vino, comentó:

—En nuestro veraneo en bote tendremos oportunidad de poner a prueba esa cuestión.

—De manera imperfecta, pero así será —asintió Eugene con un suspiro—. Espero que no nos cansemos demasiado el uno del otro.

—Y ahora, hablemos de tu respetado padre —dijo Lightwood, sacando el tema que habían acordado tratar: siempre la anguila más escurridiza de cuantos temas escurridizos tenían entre manos.

—Sí, hablemos de mi respetado padre —asintió Eugene, arrellanándose en su butaca—. Habría preferido hablar de mi respetado padre a la luz de las velas, pues el tema requiere un poco de iluminación artificial; pero lo trataremos al crepúsculo, avivado por el brillo del carbón de Wallsend.

Atizó el fuego al hablar, y, cuando lo tuvo llameando, prosiguió:

—Mi respetado padre ha encontrado, en su vecindad parental, una esposa para su, por lo general, poco respetado hijo.

—Tendrá dinero, por supuesto.

—Tiene dinero, por supuesto, o no la habría encontrado. Mi respetado padre... permíteme, a partir de ahora, abreviar esa debida tautología refiriéndome a él como M.R.P., que suena militar, y se parece al duque de Wellington.

—¡Qué hombre tan absurdo eres, Eugene!

—Te aseguro que no, en absoluto. Como M.R.P. siempre miró por el bienestar de sus hijos (como él lo llama) de la manera más franca, disponiendo desde el momento de su nacimiento, e incluso ya desde antes, cuál sería la vocación y rumbo en la vida de su pequeña víctima, dispuso para mí que fuera abogado, cosa que soy (con el leve añadido de que le habría gustado que tuviera muchos clientes, cosa que no se ha conseguido), y también que me casara, cosa que no ha sucedido.

—Lo primero me lo has contado a menudo.

—Lo primero te lo he contado a menudo. Como ya considero mi persona lo bastante incongruente con mi eminencia legal, hasta ahora he suprimido mi

destino doméstico. Ya conoces a M.R.P., aunque no tanto como yo. Si le conocieras tan bien como yo, te divertiría.

—¡Hablas como un buen hijo, Eugene!

—Desde luego, puedes creerme; y con todo el sentimiento de afectuosa deferencia debido a M.R.P. Pero si me divierte, no puedo remediarlo. Cuando nació mi hermano mayor, todos los demás sabíamos, naturalmente (lo que quiero decir es que lo habríamos sabido de haber existido), que sería el heredero de los Bochoros Familiares... lo que delante de los demás llamamos las Propiedades Familiares. Pero, cuando mi hermano segundo estaba a punto de nacer, M.R.P. dice: «Este será uno de los pilares de la Iglesia». Nació y se convirtió en un pilar de la Iglesia, aunque no muy sólido. Apareció mi hermano tercero, adelantándose bastante a la fecha en que se le esperaba; pero M.R.P. no se dejó impresionar por la sorpresa, y al instante lo declaró circunnavegador. Lo metieron en la Marina, pero no ha circunnavegado. Yo anuncié mi llegada, y dispusieron de mí con los magníficos resultados que tienes a la vista. Cuando mi hermano menor tenía media hora de vida, M.R.P. decidió que sería un genio de la mecánica. Etcétera. Es por eso por lo que digo que M.R.P. me divierte.

—¿Y por lo que toca a la dama, Eugene?

—Ahí es donde M.R.P. deja de ser divertido, pues mis intenciones se oponen totalmente a tener nada que ver con esa dama.

—¿La conoces?

—En lo más mínimo.

—¿No sería mejor que la vieras?

—Mi querido Mortimer, has estudiado mi carácter. ¿Crees que puedo ir allí con el cartel de «SOLTERO Y DISPONIBLE» y conocer a esa dama, que lleva el mismo cartel? Haré cualquier cosa que ordene M.R.P., desde luego, con el mayor placer, excepto casarme. ¿Cómo iba a soportarlo? Yo, que me aburro enseguida, de manera constante y fatal.

—Tú no eres una persona constante, Eugene.

—En mi susceptibilidad al aburrimiento —replicó ese personaje—, te aseguro que soy el hombre más constante de la humanidad.

—Bueno, pues hace un momento te extendías sobre las ventajas de una

vida de monotonía para ambos.

—En un faro. Sé justo y recuerda que esa era la condición. En un faro.

Mortimer volvió a reír, y Eugene, tras haber reído por primera vez, como si, tras reflexionarlo, se considerara bastante divertido, recayó en su habitual melancolía, y con aspecto amodorrado dijo, mientras disfrutaba de su cigarro:

—No, eso no tiene remedio; uno de los pronunciamientos proféticos de M.R.P. quedará sin cumplirse para siempre. A pesar de mi predisposición a complacerle, debe rendirse al fracaso.

Mientras hablaban había oscurecido, y el viento serraba y el serrín se arremolinaba más allá de la luz de las ventanas. El cementerio que tenían debajo se sumía en una oscuridad cada vez más profunda, y esa penumbra iba ascendiendo hacia los tejados entre los que estaban sentados.

—Como si se levantaran los fantasmas del cementerio —dijo Eugene.

Se había desplazado hacia la ventana con el cigarro en la boca, para saborearlo con más intensidad comparando el calor de la chimenea con el exterior, cuando, al regresar a su butaca, se detuvo a mitad de camino y dijo:

—Al parecer, uno de los fantasmas se ha perdido, y viene a que le indiquemos el camino. ¡Fíjate en ese fantasma!

Lightwood, que estaba de espaldas a la puerta, volvió la cabeza, y allí, en la oscuridad de la entrada, se alzaba algo que parecía un hombre, al que se dirigió con la pregunta no irrelevante:

—¿Quién demonios es usted?

—Les ruego me perdonen, señores —replicó el fantasma, en un ronco susurro dirigido a ambos—, pero ¿alguno de ustedes sería el abogado Lightwood?

—¿Qué es eso de no llamar a la puerta? —preguntó Mortimer.

—Les pido perdón, señores —replicó el fantasma, como antes—, pero a lo mejor no se han dado cuenta de que la puerta estaba abierta.

—¿Qué quiere?

A lo que el fantasma replicó, de nuevo con voz ronca y dirigiéndose a ambos:

—Les pido perdón, señores, pero ¿alguno de ustedes sería el abogado Lightwood?

—Uno de nosotros —dijo el que respondía por ese nombre.

—Muy bien, señores ambos —replicó el fantasma, cerrando cuidadosamente la puerta de la habitación—. Es un asunto complicado.

Mortimer encendió las velas. Mostraron a un visitante que tenía muy mala pinta y que bizqueaba, el cual, mientras hablaba, manoseaba una vieja gorra de piel empapada, informe y sarnosa, que parecía un animal peludo, un cachorro de gato o de perro ahogado y medio podrido.

—Muy bien —dijo Mortimer—. ¿De qué se trata?

—Señores ambos —replicó el hombre, en lo que pretendía ser un tono adulador—, ¿cuál de ustedes sería el abogado Lightwood?

—Soy yo.

—Abogado Lightwood —inclinándose ante él con aire servil—, soy un hombre que se gana la vida y que intenta ganarse la vida con el sudor de su frente. Y como de ninguna manera quiero correr el riesgo de verme privado del sudor de mi frente, deseo que, antes de nada, se me tome juramento.

—Yo no tomo juramento a la gente, hombre.

El visitante, que estaba claro que no se fiaba, murmuró con terquedad:

—Alfred David.

—¿Así es como se llama? —preguntó Lightwood.

—¿Mi nombre? —replicó el hombre—. No; quiero un Alfred David.

(Lo que Eugene, mientras fumaba y lo contemplaba, interpretó como un «affidávit»).

—Le digo, mi buen amigo —dijo Lightwood, con su indolente risa— que nada tengo que ver con juramentos.

—Si quiere, él puede soltarle unos cuantos juramentos —le explicó Eugene—, y yo también. Pero no podemos hacer más por usted.

Frustrado por esa información, el visitante siguió dándole vueltas y vueltas al cachorro de gato o de perro, y su mirada pasó de uno de los Señores Ambos al otro de los Señores Ambos, mientras reflexionaba profundamente

en su fuero interno. Al final decidió:

—Entonces deben anotar lo que les diga.

—¿Dónde? —preguntó Lightwood.

—Aquí —dijo el hombre—. Con pluma y tinta.

—Primero, díganos de qué se trata.

—Se trata —dijo el hombre, dando un paso al frente, bajando su voz ronca y poniendo las manos a ambos lados de la boca—, se trata de una recompensa de entre cinco mil y diez mil libras. De eso se trata. Se trata de un asesinato. De eso se trata.

—Acérquese a la mesa. Siéntese. ¿Quiere un vaso de vino?

—Sí, gracias —dijo el hombre—, y no les engaño, señores.

Le dieron el vaso. El hombre, dejando tieso el brazo hasta el codo, se vertió el vino en la boca y lo guardó en el carrillo derecho, como diciendo: «¿Qué te parece?»; lo pasó en el carrillo izquierdo, como diciendo: «¿Qué te parece?»; lo lanzó hacia la barriga como diciendo: «¿Qué te parece?». Para concluir chasqueó los labios, como si los tres replicaran: «Nos gusta».

—¿Quiere otro?

—Sí —repitió—, y no les engaño, señores.

Y también repitió el mismo proceso.

—Y ahora —comenzó a decir Lightwood—, ¿cuál es su nombre?

—Bueno, ahora va usted muy deprisa, abogado Lightwood —replicó en tono de protesta—. ¿No se da cuenta, abogado Lightwood? Ahora ha querido ir un poco deprisa. Voy a ganarme de cinco mil a diez mil libras con el sudor de la frente; y en cuanto hombre pobre que le hace justicia al sudor de su frente, ¿voy a dar mi nombre sin que antes se ponga todo por escrito?

Lightwood, cediendo a la capacidad vinculante que aquel hombre atribuía a la pluma y la tinta, asintió a la propuesta de Eugene, expresada con un movimiento de cabeza, de coger aquellos objetos mágicos. Eugene los llevó a la mesa y se sentó, haciendo de escribiente o notario.

—Y ahora —dijo Lightwood—, ¿cuál es su nombre?

Pero aún había que tomar más precauciones en relación al sudor de la

frente de un hombre honesto.

—Me gustaría, abogado Lightwood —estipuló— que el Otro Señor actuara de testigo de mis palabras. En consecuencia, ¿sería tan amable el Otro Señor de decirme su nombre y dónde vive?

Eugene, cigarro en boca y pluma en mano, le arrojó su tarjeta. El hombre, tras leerla lentamente, la enrolló y la ató en un extremo de su pañuelo con una lentitud aún mayor.

—Y ahora —dijo Lightwood por tercera vez—, si ya ha completado sus diversos preparativos, amigo mío, y se ha cerciorado cabalmente de que su ánimo está sereno y nada lo apresura, ¿cuál es su nombre?

—Roger Riderhood.

—¿Domicilio?

—Limehouse Hole.

—¿Profesión u ocupación?

No tan ligero con esa respuesta como con las otras dos, el señor Riderhood dio la siguiente definición:

—Ribereño.

—¿Hay algo contra usted? —intervino Eugene en tono tranquilo, mientras escribía.

Sin saber qué decir, el señor Riderhood hizo la observación, evasivamente y con un aire inocente, de que creía que el Otro Señor ya le había preguntado bastante.

—¿Ha tenido algún problema con la justicia? —dijo Eugene.

—Una vez. —(«Podría pasarle a cualquiera», añadió el señor Riderhood de manera casual).

—¿Sospechoso de...?

—De meterle la mano en el bolsillo a un marinero —dijo el señor Riderhood—. Cuando la realidad es que era el mejor amigo de ese hombre, y lo estaba ayudando.

—¿Con el sudor de su frente? —preguntó Eugene.

—Desbordante como si fuera lluvia —dijo Roger Riderhood.

Eugene se recostó en su silla y fumó con la mirada descuidadamente vuelta hacia su informador, la pluma dispuesta a reducirlo a más escritura. Lightwood también fumaba, con los ojos descuidadamente posados en el informador.

—Ahora vuelvan a tomar nota de lo que digo —afirmó Riderhood, después de darle unas cuantas vueltas a la gorra ahogada y de cepillarla a contrapelo (si es que eso significaba algo con aquellos pelos) con la manga—. Les informo de que el hombre que ha cometido el Asesinato Harmon es el Jefe Hexam, el hombre que encontró el cadáver. La mano de Jesse Hexam, a quien en el río y por sus orillas se conoce con el nombre de Jefe, es la mano que cometió el delito. Su mano, y no otra.

Los dos amigos se miraron con una cara más seria de la que habían puesto hasta entonces.

—Díganos en qué se basa para hacer esa acusación —dijo Mortimer Lightwood.

—Me baso en que fui socio del Jefe —respondió Riderhood, secándose la cara con la manga—, y llevo muchos largos días y muchas largas noches sospechando de él. Me baso en que sé cómo actúa. Me baso en que rompí nuestra sociedad porque me olí el peligro; y les advierto que es posible que su hija les cuente una historia distinta, de esto y de todo lo que yo les diga, pero ustedes sabrán a quién creer, pues ella les contará mentiras, grandes como el mundo de una punta a otra y como el cielo de principio a fin, para salvar a su padre. Me baso en que se comenta por los puentes y los embarcaderos que él lo hizo. Me baso en que la gente se aparta a su paso, porque lo ha hecho. Me baso en que juraré que lo ha hecho. Me baso en que pueden llevarme a donde quieran, y hacerme jurar. No quiero eludir las consecuencias. Estoy decidido. Llévenme a donde quieran.

—Todo esto no significa nada —dijo Lightwood.

—¿Nada? —repitió Riderhood, indignado y atónito.

—Nada de nada. Lo único que significa es que sospecha que ese hombre cometió el crimen. Puede hacerlo con razón o sin ella, pero no se le puede condenar por sus sospechas.

—¿No le he dicho, y apelo al Otro Señor como testigo, no le he dicho desde el primer momento en que he abierto la boca en esta silla y por siempre jamás —(era evidente que utilizaba esas palabras como una fórmula casi tan poderosa como «affidávit») —, que estaba dispuesto a jurar que lo había hecho? ¿No he dicho: Háganmelo jurar? ¿No lo digo ahora? ¿Lo va a negar, abogado Lightwood?

—Desde luego que no; pero lo único que va a jurar son sus sospechas, y le digo que no basta con jurar que sospecha.

—¿Me está diciendo que no es suficiente, abogado Lightwood? —preguntó con recelo.

—Sin la menor duda, no.

—¿Es que he dicho que bastaba? Ahora apelo al Otro Señor. ¡Diga la verdad! ¿Lo he dicho?

—Desde luego no ha dicho que no tuviera más que decir —observó Eugene en voz baja, sin mirarlo—, sea lo que sea lo que quiera dar a entender con eso.

—¡Ajá! —exclamó el informador, intuyendo de manera triunfal que el comentario iba a su favor, aunque al parecer sin acabar de entenderlo—. ¡Suerte que tenía un testigo!

—Prosiga, entonces —dijo Lightwood—. Diga lo que tenga que decir. No se lo piense.

—¡Entonces tomen nota! —gritó el informador, ansioso e impaciente—. ¡Tomen nota, pues, por san Jorge y el Dragón que estoy llegando al asunto! ¡No hagan nada para impedir que un hombre honesto obtenga los frutos del sudor de su frente! Le informo, pues, de lo que él me dijo que había hecho. ¿Es eso suficiente?

—Vaya con cuidado con lo que dice, amigo —replicó Mortimer.

—¡Abogado Lightwood, usted ha de ir con cuidado con lo que digo, pues me parece que será usted el responsable de anotarlo! —A continuación, de manera lenta y enfática, marcando el ritmo de lo que decía con palmadas de la mano derecha sobre la palma de la izquierda—: Yo, Roger Riderhood, Limehouse Hole, ribereño, le digo a usted, abogado Lightwood, que Jesse Hexam, conocido en el río y por las orillas como el Jefe, me dijo que había

cometido el crimen. Y es más, me dijo con sus propios labios que lo había hecho; y lo que es más, dijo que lo había hecho. ¡Y lo juraré!

—¿Dónde se lo contó?

—Delante de la puerta de los Seis Alegres Mozos —replicó Riderhood, siempre llevando el compás a palmadas, con la cabeza resueltamente ladeada y con los ojos, muy atentos, dividiendo su atención entre los dos oyentes—, a eso de las doce y cuarto a medianoche, aunque en conciencia no puedo jurar que no fueran cinco minutos más o menos, la noche que recogió el cuerpo. Los Seis Alegres Mozos sigue en el mismo sitio. Si resulta que él no estuvo en los Seis Alegres Mozos aquel día a medianoche, soy un mentiroso.

—¿Qué le dijo?

—Se lo diré (y anótelos, señor, no pido nada más). Él salió primero; yo salí después. Puede que un minuto después; puede que medio minuto o puede que un cuarto de minuto; no puedo jurarlo, así que no lo haré. En un Alfred David hay que poner lo que se sabe, ¿no es eso?

—Siga.

—Vi que me esperaba para hablarme. «Rogue Riderhood», me dice, pues ese es el nombre que casi todos me dan, y no porque *rogue* signifique «bribón», que no es eso, sino porque suena como Roger.

—Ni se preocupe por eso.

—Perdone, abogado Lightwood, pero eso forma parte de la verdad, y como tal me preocupa, debe preocuparme y me preocupará. «Rogue Riderhood», me dice, «la otra noche en el río intercambiamos algunas palabras». Cosa que es cierta; ¡pregúntele a su hija! «Te amenacé», dice, «con cortarte los dedos con el travesaño de mi lancha o con lanzarte el bichero a los sesos. Lo hice por cómo mirabas lo que remolcaba, como si sospecharas algo, y también porque te agarraste a la borda de mi barca». Y yo le digo: «Jefe, ya lo sé». Y él me dice: «Rogue Riderhood, no hay otro como tú entre cien...». Creo que dijo mil, pero de eso no estoy seguro, así que ponga la cifra más baja, pues la precisión es una de las obligaciones de un Alfred David. Y me dice: «Cuando se trata de tus semejantes, siempre estás tú muy atento, ya sea a sus vidas o sus relojes. ¿Sospechaste algo?». Yo le digo: «Sospeché, Jefe; y lo que es más, sospecho». Se echa a temblar y me dice: «¿De qué?». Y yo le digo: «De que hiciste algo malo». Tiembla aún más fuerte y me dice: «Ya lo

creo que lo hice. Lo hice por su dinero. ¡No me traiciones!». Esas fueron las palabras que utilizó.

Hubo un silencio, roto solo por la caída de las cenizas en la rejilla. El informador aprovechó para frotarse el gorro ahogado por la cabeza, el cuello y la cara, lo que no mejoró en nada su aspecto.

—¿Y qué más? —preguntó Lightwood.

—¿Acerca del Jefe, abogado Lightwood?

—A cualquier cosa que haga al caso.

—Bueno, que me aspen si les entiendo, Señores Ambos —dijo el informante de manera servil, como para ganarse a los dos, aunque solo uno hubiera hablado—. ¿Qué? ¿No es eso suficiente?

—¿Le preguntó cómo lo hizo, dónde y cuándo?

—¡Ni mucho menos, abogado Lightwood! Tenía tal cargo de conciencia que no quise saber nada más, no, ni por la suma que espero conseguir de usted con el sudor de mi frente, ¡ni por el doble! Tuve que poner fin a nuestra asociación. Tuve que cortar nuestra relación. No podía deshacer lo que estaba hecho; y cuando él me ruega y me suplica: «¡Socio, te lo pido de rodillas, no te vayas de mi lado!», lo único que le contesto es: «¡Nunca vuelvas a dirigirle la palabra a Roger Riderhood, ni vuelvas a mirarlo a la cara!». Y me aparto de su lado.

Tras haber dado un impulso a esas palabras para que fueran lo más alto y lo más lejos posible, Rogue Riderhood se sirvió otro vaso de vino sin que le invitaran, y pareció masticarlo mientras, con el vaso medio vacío en la mano, se quedaba mirando las velas.

Mortimer le lanzó una mirada a Eugene, pero este contemplaba fijamente el papel, y no le devolvió la mirada. Mortimer se volvió de nuevo al informador y le dijo:

—¿Hace mucho que tiene ese cargo de conciencia?

El informador acabó de masticar el vino, se lo tragó y respondió con una sola palabra:

—¡Siglos!

—¡Con todo el revuelo que había entonces: el gobierno ofreciendo una

recompensa, la policía en estado de alerta, la noticia del crimen corriendo por todo el país! —dijo Mortimer, impaciente.

—¡Ah! —intervino el señor Riderhood lentamente, con su voz ronca, con varios asentimientos de cabeza retrospectivos—: ¡No sabe qué cargo de conciencia tenía, entonces!

—¡Con todas las conjeturas que se hicieron entonces, con tantas extravagantes sospechas, y con la posibilidad de que se acabara arrestando a gente inocente! —dijo Mortimer, casi acalorándose.

—¡Ah! —exclamó el señor Riderhood, igual que antes—. ¡No sabe qué cargo de conciencia tuve en esa época!

—Solo que entonces —dijo Eugene, dibujando una cabeza de mujer sobre su papel de escribir y añadiéndole algún detalle de vez en cuando— no existía la oportunidad de ganar tanto dinero, ya ve.

—¡El Otro Señor ha dado en el clavo, abogado Lightwood! Eso fue lo que me decidió. No sabe cómo me esforcé por aliviarme de ese cargo de conciencia, pero no podía quitármelo de encima. En una ocasión casi se lo suelto a la señorita Abbey Potterson, que regenta los Seis Alegres Mozos... Allí sigue el establecimiento, no se irá... Allí vive esa señora, y no es probable que caiga muerta antes de que ustedes vayan. ¡Pregúntenle!... Pero no fui capaz. Y por fin aparece el anuncio con su nombre y título, abogado Lightwood, añadido, y entonces le pregunto a mis entenderas: ¿voy a tener para siempre este cargo de conciencia? ¿Nunca voy a librarme de él? ¿Siempre voy a pensar más en el Jefe que en mí? Si él tiene una hija, ¿no tengo yo también una hija?

—¿Y el eco le contestó...? —sugirió Eugene.

—«La tienes» —dijo el señor Riderhood, en tono firme.

—¿Y no mencionó también su edad? —preguntó Eugene.

—Sí, señor. En octubre cumplió los veintidós. Y entonces me dije: «Y por lo que se refiere al dinero, es un montón de dinero». Porque es un montón —dijo el señor Riderhood, con toda franqueza—, ¿por qué negarlo?

—¡Ahí lo tiene! —exclamó Eugene, retocando su dibujo.

—«Es un montón de dinero. ¿Y es un pecado que un hombre trabajador, que moja con sus lágrimas todos los mendrugos que se gana... o si no con las

lágrimas, sí con los catarros que coge... es un pecado que ese hombre se lo gane? Di si hay algo en contra de que se lo gane». Eso fue lo que me dije, enérgicamente, como si fuera un deber: «Porque si hubiera algo malo en ello, ¿no habría que culpar también al abogado Lightwood por ofrecer el dinero? ¿E iba yo a culpar al abogado Lightwood? No».

—No —dijo Eugene.

—Desde luego que no, señor —asintió el señor Riderhood—. Así que me decidí a quitarme ese cargo de conciencia y a ganarme con el sudor de la frente lo que me ofrecían. Y lo que es más —añadió, de repente sediento de sangre—, ¡tengo intención de conseguirlo! Y ahora le digo, de una vez por todas, abogado Lightwood, que Jesse Hexam, llamado el Jefe, por su mano y no por otra, cometió el crimen, y que me lo confesó a mí. Y yo os lo entrego y quiero que lo prendan. ¡Esta noche!

Después de otro silencio, roto solo por la caída de las cenizas en la rejilla, que atrajo la atención del informador como si fuera el tintineo del dinero, Mortimer Lightwood se inclinó sobre su amigo y le dijo en un susurro:

—Supongo que debo acompañar a este sujeto a nuestro imperturbable amigo el policía.

—Supongo que no hay manera de evitarlo —dijo Eugene.

—¿Le crees?

—Le creo un redomado bribón. Pero puede que diga la verdad, para su propio beneficio y por una vez en la vida.

—No me lo parece.

—Él no lo parece —dijo Eugene—. Pero ese socio suyo, al que denuncia, tampoco parece un personaje recomendable. Al parecer, la empresa es de dos timadores y asesinos. Me gustaría preguntarle una cosa.

El objeto de esa conversación miraba de soslayo las cenizas, intentando con todas sus fuerzas entender lo que decían, aunque fingiendo estar distraído cuando los «Señores Ambos» lo miraron.

—Ha mencionado (creo que dos veces) que este Hexam tiene una hija —dijo Eugene, en voz alta, ahora—. ¿No querrá dar a entender que ella es culpable de estar al corriente del crimen?

El hombre honesto, tras pensárselo (considerando, quizá, cómo su respuesta podría afectar a los frutos del sudor de su frente), replicó, sin reservas:

—No, eso no.

—¿Y no implica a nadie más?

—No es lo que yo implico, es lo que el Jefe implicó —fue la terca y resuelta respuesta—. No pretendo saber más de lo que me dijeron sus palabras: «Yo lo hice». Esas fueron sus palabras.

—He de ver en qué acaba esto —susurró Eugene—. ¿Cómo vamos?

—Vayamos andando —susurró Lightwood—, y démosle tiempo a este tipo para que se lo piense.

Tras esas palabras, se prepararon para salir, y el señor Riderhood se puso en pie. Lightwood, mientras apagaba las velas, cogió, como la cosa más natural del mundo, el vaso del que había bebido el honesto caballero y fríamente lo arrojó debajo de la parrilla, donde cayó haciéndose añicos.

—Ahora, si quiere ir delante —dijo Lightwood—, el señor Wrayburn y yo le seguiremos. Sabe dónde hay que ir, ¿verdad?

—Creo que sí, abogado Lightwood.

—Entonces, vaya delante.

El ribereño se cubrió las orejas con su gorra ahogada, y con un andar hosco y encorvado que le hacía parecer más cargado de espaldas de lo que era, bajó las escaleras, dobló por Temple Church, cruzó Temple hasta Whitefriars y siguieron por las calles próximas a la ribera.

—Que me ahorquen si no es un tipo despreciable —dijo Lightwood, siguiéndole.

—Él es el que tiene ganas de ahorcar —replicó Eugene—. Y me parece que ya ha elegido a su víctima.

No dijeron mucho más por el camino. Él iba delante de ellos como si fuera un Destino aciago, y ellos no le perdían de vista, aunque les habría alegrado lo contrario. Pero él siguió delante de ellos, y siempre a la misma distancia, a la misma velocidad. Inclinado contra el tiempo hostil e implacable y el viento cortante, nada le haría retroceder ni apretar el paso, sino que

seguía caminando como el avanzar del Destino.

Cuando estaban más o menos a mitad de camino, cayó una fuerte granizada, que en pocos minutos despejó las calles de transeúntes y las tiñó de blanco. Pero eso no le afectó. Ahora que iban a quitarle la vida a un hombre y él iba a cobrar el precio, mucho más grueso e intenso debería haber sido el granizo para impedir ese propósito. El hombre aplastaba las piedras del granizo, dejando unas huellas en aquel hielo fangoso que se derretía enseguida que eran simples agujeros sin esperanza; se podría haber pensado, siguiéndole, que la propia forma humana había abandonado aquellos pies.

Pasó la turbonada, y la luna compitió con las nubes veloces, y el frenético desorden que reinaba convirtió los pequeños y lamentables tumultos de las calles en algo insignificante. No es que el viento barriera a todos los buscarruidos de la calle y los hiciera cobijarse, como había hecho el granizo que aún pervivía en algunos montoncitos; sino que parecía que las calles fueran absorbidas por el cielo, y que la noche ocupara todo el aire.

—Si ha tenido tiempo de pensarlo —dijo Eugene—, no lo ha tenido para pensárselo mejor... o de manera diferente, si prefieres. No hay traza en él de que vaya a echarse atrás; y si no recuerdo mal este lugar, debemos de estar cerca de la esquina donde nos apeamos aquella noche.

De hecho, unos cuantos giros bruscos los llevaron al lugar de la orilla del río donde habían resbalado por entre las piedras, solo que ahora ya no resbalaron; el viento les acometía de soslayo y a ráfagas, por encima de la marea y de los meandros del río, de una manera furiosa. Con ese hábito de ponerse al abrigo de cualquier refugio que tienen los ribereños, el que en ese momento guiaba a los dos amigos los condujo al lado de sotavento de los Seis Alegres Mozos antes de hablarles.

—Mire esas cortinas rojas, abogado Lightwood. Es los Mozos, el establecimiento que le dije seguiría en su sitio. ¿Me dirá que no sigue en su sitio?

Lightwood, sin mostrarse demasiado impresionado por esa extraordinaria confirmación de la declaración del informador, preguntó qué habían ido a hacer allí.

—Deseaba que viera los Mozos por usted mismo, abogado Lightwood, para que pudiera juzgar si soy un mentiroso; y ahora voy a echar un vistazo a

la ventana del Jefe, y así sabremos si está en casa.

Y dicho esto, desapareció.

—Supongo que volverá, ¿no? —farfulló Lightwood.

—Sí, y llegará hasta el final —farfulló Eugene.

Regresó tras un intervalo realmente breve.

—El Jefe no está, y su lancha tampoco. Su hija está en casa, sentada y mirando el fuego. Pero hay algo de cena al fuego, de manera que espera que vuelva el Jefe. Puedo averiguar fácilmente qué se trae ahora entre manos.

Entonces les hizo señas y volvió a guiarles, y llegaron a la comisaría, aún tan limpia, fría y tranquila como siempre, a excepción de la llama del farol —la cual, al no ser más que una llama de farol, solo estaba adscrita al Cuerpo como algo externo—, que parpadeaba en el viento.

En su interior, el inspector seguía con sus estudios de siempre. Reconoció a esos amigos en cuanto aparecieron, aunque eso no le hizo alterar su compostura. Ni siquiera el hecho de que Riderhood les guiara lo alteró, y apenas, al mojar la pluma en la tinta, afianzó la barbilla en el tronco y le planteó la siguiente pregunta a ese personaje, sin mirarlo:

—¿Qué tripa se te ha roto ahora?

Mortimer Lightwood le preguntó si tendría la amabilidad de echarle un vistazo a esas notas, y le entregó lo escrito por Eugene.

Tras leer las primeras líneas, el inspector exhibió lo que (para él) era una emoción extraordinaria y dijo:

—¿Alguno de ustedes, caballeros, tiene un pellizco de rapé que ofrecerme?

Al ver que no era así, pasó sin él y siguió leyendo.

—¿Le han leído lo que pone aquí? —le preguntó al hombre honesto.

—No —dijo Riderhood.

—Entonces es mejor que se lo lean.

Y se lo leyó en voz alta, de manera oficial.

—Y ahora, ¿son correctas estas notas en relación a la información que

viene a traer y a las pruebas que quiere aportar? —preguntó al acabar de leer.

—Lo son. Son veraces —replicó el señor Riderhood—, al igual que yo. No puedo decir más que lo que hay escrito.

—Yo mismo prenderé a ese hombre —le dijo el inspector a Lightwood. Y a Riderhood le dijo—: ¿Está en casa ese hombre? ¿Dónde está? ¿Qué hace? Sin duda, te has ocupado de saberlo todo de él.

Riderhood dijo que lo sabía, y prometió averiguar en unos minutos lo que no sabía.

—Espera —dijo el inspector—, no hasta que yo te lo diga. No ha de parecer que vamos por un asunto oficial. ¿Pondrían ustedes alguna objeción, caballeros, en fingir que toman un vaso de lo que quieran conmigo en los Mozos? Es un local bien regentado, y la patrona es una mujer de lo más respetable.

Contestaron que les alegraría que la simulación se hiciese realidad, lo que, en lo esencial, parecía ser una de las cosas que había querido decir el inspector.

—Muy bien —dijo este, cogiendo su sombrero del colgador y metiéndose en el bolsillo unas esposas, como si fueran sus guantes—. ¡Reserva! —Reserva saludó—. ¿Sabe dónde encontrarme? —Reserva volvió a saludar—. Riderhood, cuando sepa algo de su vuelta a casa, acérquese a la ventana del Reservado, dé dos golpecitos y espéreme fuera. Y ahora, caballeros.

Mientras los tres salían, y Riderhood se escabullía hacia su destino debajo del farol, Lightwood le preguntó al agente qué le parecía todo aquello.

El inspector replicó, sin entrar en detalles y con la debida reserva, que siempre había más probabilidades de que un hombre hubiera hecho algo malo que de que no. Que a él mismo en diversas ocasiones le había «dado en la nariz» que ese Jefe no era trigo limpio, pero que ese olor no se había materializado en un hecho criminal probado. Que, si aquella historia era cierta, solo era cierta en parte. Que los dos hombres, de muy mala reputación, habrían ido juntos y a medias «en aquello»; pero que ese tal Riderhood había «delatado» al otro para salvarse y cobrar el dinero.

—Y creo además —dijo para concluir el inspector— que, si todo le sale bien, tiene bastantes opciones de conseguirlo. Pero como eso de allí donde

hay luz es los Mozos, caballeros, recomiendo que dejemos el tema. Limítense a hablar de los hornos de cal que hay por Northfleet, y de si parte de esa cal no acaba en malas compañías cuando la suben en las barcazas.

—¿Lo has oído, Eugene? —dijo Lightwood volviendo la cabeza—. Estás profundamente interesado en la cal.

—Sin la cal —replicó el impertérrito abogado—, en mi existencia no brillaría ni un rayo de esperanza.

Capítulo XIII

Siguiendo al ave de presa

Los dos tratantes de cal, con su acompañante, entraron en los dominios de la señorita Abbey Potterson, a la que el acompañante (que presentó a los dos fingidos tratantes y su fingido negocio por encima de la media puerta del bar en tono confidencial) expresó que su figurativa petición de «un bocado de fuego» fuera encendido en el Reservado. La señorita Abbey, siempre dispuesta a ayudar a las autoridades constituidas, ordenó a Bob Gliddery que acompañara a los caballeros a ese rincón, y que lo animara enseguida con fuego y luz de gas. Bob, que iba con los brazos al aire, y que alumbró el camino con un rollo de papel encendido, ejecutó el encargo con tanta celeridad que el Reservado pareció pasar de un oscuro sueño a rodearlos de un cálido abrazo en el momento en que cruzaron el umbral de su hospitalaria puerta.

—Aquí preparan un jerez quemado excelente —dijo el inspector, como transmitiendo una información local—. ¿Querrían ustedes una botella?

Como la respuesta fue: Desde luego, Bob Gliddery recibió la petición del inspector, y se marchó en un estado de prontitud engendrado por la reverencia a la majestad de la ley.

—Es un hecho comprobado —dijo el inspector— que este hombre que nos ha suministrado la información —con ello indicó a Riderhood señalando con el pulgar por encima del hombro— lleva ya tiempo ensuciando la reputación del otro por culpa de sus barcazas de cal, y que, en consecuencia, la gente ha estado evitando al otro. No digo que eso signifique ni pruebe nada, pero es un hecho comprobado. Me enteré por una persona del sexo opuesto a la que conozco —señaló vagamente a la señorita Abbey con el pulgar por encima del hombro— y que está por allí.

Lightwood le dijo que entonces aquella visita que le habían hecho los dos no le había pillado por sorpresa.

—Bueno, verán —dijo el inspector—, es una cuestión de dar el primer paso. De nada sirve dar un paso si no sabes hacia dónde ir. Entonces mejor quedarse quieto. En la cuestión de la cal, sin duda, tenía alguna idea de que algo ocurría entre ellos; siempre tuve esa idea. Sin embargo, me veía obligado a esperar a que alguien diera el primer paso, y no tuve la suerte de que nadie lo diera. Este hombre de quien hemos recibido la información ha dado el primer paso, y si nadie lo para a lo mejor recorre todo el camino y llega el primero. Puede que haya algo importante para el que llegue en segundo lugar, y no menciono quién podría o no aspirar a ese puesto. Hay un deber que cumplir, y lo cumpliré, bajo cualquier circunstancia, lo mejor que me permita mi criterio y competencia.

—Hablando como un fletador de cal... —comenzó a decir Eugene.

—Y ningún hombre tiene más derecho a serlo que usted —dijo el inspector.

—Espero que no —dijo Eugene—, pues mi padre era ya fletador de cal, y mi abuelo antes que él. De hecho, hemos sido una familia inmersa hasta la coronilla en la cal durante generaciones. Permítame observar que si pudiéramos apoderarnos de esta cal que falta sin que ninguna joven de ningún distinguido caballero relacionado en el comercio de cal (que es lo que más aprecio después de mi vida) estuviera presente, creo que sería una operación menos desagradable para los que presenciaran la operación, es decir, para los que fabrican la cal.

—Yo también lo preferiría así —dijo Lightwood, dándole un empujón a su amigo y soltando una carcajada.

—Así se hará, caballeros, siempre que sea posible —dijo el inspector fríamente—. No tengo el menor interés en causar dolor en esa vecindad.

—En esa vecindad había un muchacho —observó Eugene—. ¿Sigue allí?

—No —dijo el inspector—. Abandonó la fábrica. Se han deshecho de él por otros métodos.

—Entonces, ¿la joven se quedará sola? —preguntó Eugene.

—Se quedará sola —dijo el inspector.

La reaparición de Bob con la jarra humeante interrumpió la conversación. Pero, aunque la jarra emitía un delicioso perfume, su contenido no había

recibido ese último toque feliz del incomparable acabado que *Los Seis Alegres Mozos de Cuerda* solían impartir en ocasiones tan señaladas. Bob llevaba en la mano izquierda uno de esos receptáculos de hierro en forma de cono mencionados anteriormente, en el que vació la jarra, clavando en la chimenea su extremo puntiagudo, tras lo cual desapareció unos momentos para reaparecer con tres relucientes vasos. Colocó los vasos sobre la mesa y se inclinó sobre el fuego (meritoriamente sensible a la exigente naturaleza de su labor), tras lo cual contempló las espirales de vapor, hasta que estas se proyectaron de una manera especial, momento en el cual cogió el recipiente de hierro y lo hizo girar de manera delicada, con lo que emitió un suave siseo. Después devolvió el contenido a la jarra; sobre el vapor de la jarra sostuvo cada uno de los vasos sucesivamente; finalmente los llenó, y con la conciencia tranquila esperó el aplauso de sus semejantes.

Se le concedió (el inspector propuso como deseo adecuado: «¡Por el comercio de cal!»), y Bob se retiró para informar de los elogios de los invitados a la señorita Abbey, que estaba en el bar. Ahora hemos de admitir, entre nosotros, que, estando totalmente cerrada la puerta de la sala, no parecía existir la más mínima razón para mantener la ficción de la cal. Pero como el inspector la había considerado tan extraordinariamente satisfactoria, y tan abundante en misteriosas virtudes, ninguno de sus clientes se había atrevido a cuestionarla.

Se oyeron dos golpes en el lado exterior de la ventana. El inspector, fortaleciéndose apresuradamente con otro vaso, salió sin hacer ruido y con el semblante inexpresivo. El mismo con el que podría contemplar qué tiempo hacía y el aspecto general de los cuerpos celestiales.

—Esto se pone sórdido, Mortimer —señaló Eugene, en voz baja—. No me gusta.

—Ni a mí —dijo Lightwood—. ¿Nos vamos?

—Ya que estamos aquí, quedémonos. Debes quedarte a ver en qué acaba todo, y yo no te abandonaré. Además, no dejo de darle vueltas a la chica solitaria de pelo negro. La última vez apenas la vimos un momento, y sin embargo esta noche casi la veo esperando junto al fuego. ¿No experimentas la vaga sensación de traidor y carterista cuando piensas en la muchacha?

—Pues sí —dijo Lightwood—. ¿Y tú?

—Muchísimo.

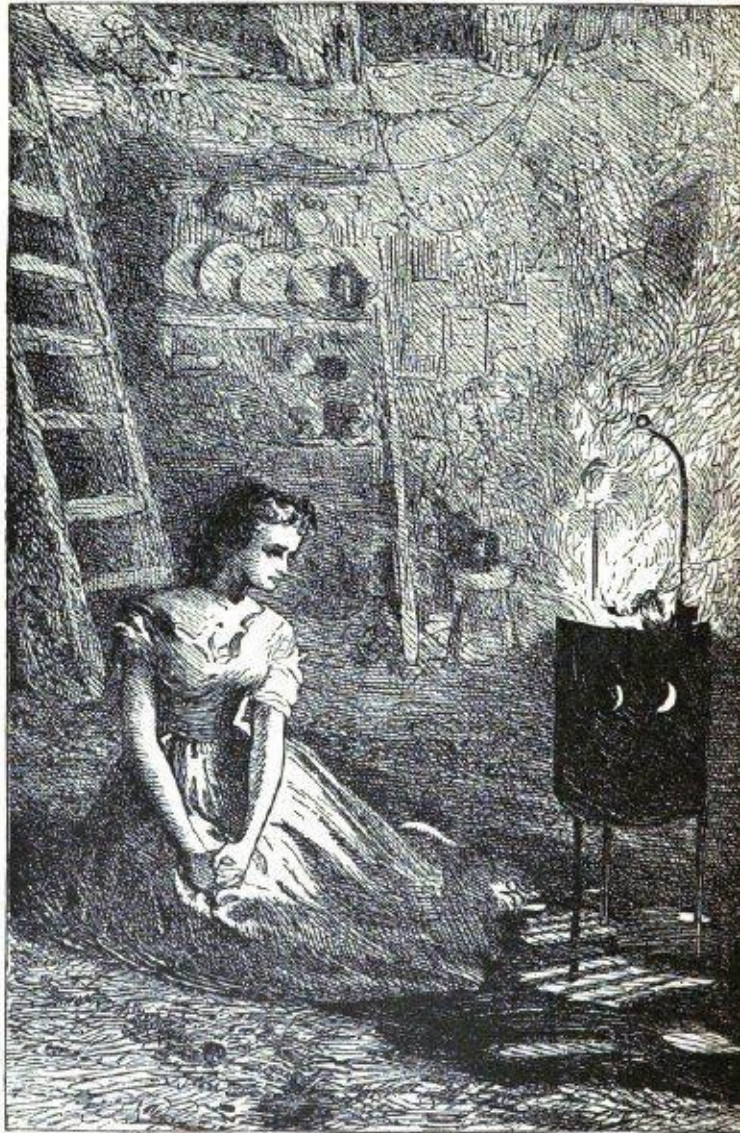
Su acompañante regresó y los informó. Provisto de luces y sombras de cal, su informe los puso al corriente de que el Jefe había salido en su barca, supuestamente para su permanente labor de estar ojo avizor; que lo esperaban para la última marea alta; que al habérsela perdido, por la razón que fuera, no había que contar con que regresara, según era su costumbre, antes de la próxima marea alta, o a lo mejor una hora más tarde; que su hija, a la que había visto a través de la ventana, parecía seguir esperándole, pues la cena no estaba al fuego, sino preparada para calentarla; que habría pleamar a eso de la una, y que solo eran las diez; que no había nada que hacer más que vigilar y esperar; que el informador vigilaba en el momento en el que él los estaba informando, pero que dos cabezas son mejor que una (sobre todo cuando la segunda era la del inspector); y que el informador tenía intención de compartir la vigilancia. Y que como permanecer agachado bajo el resguardo de una lancha varada en una noche en la que el viento era tan frío e intenso, y en la que a veces traía ráfagas de granizo, podía resultar fatigoso para unos aficionados, el informador concluía con la recomendación de que los dos caballeros permanecieran en su ubicación actual, al menos por el momento, que era caldeada y cerrada al mal tiempo.

Los dos caballeros no sintieron deseo alguno de discutir esa recomendación, aunque quisieron saber dónde podían encontrar a los dos vigilantes tan bien dispuestos. Más que fiarse de una descripción verbal del lugar, que podría dar pie a confusión, Eugene (demostrando una menor preocupación por su comodidad que lo que era habitual en él) iría con el inspector, se fijaría en dónde estaba el lugar y volvería.

En la orilla en pendiente del río, entre las cenagosas piedras de un embarcadero —no el de los Seis Alegres Mozos, que tenía el suyo propio, sino otro, un poco apartado, y próximo al viejo molino que era la residencia del hombre denunciado—, había unas cuantas lanchas; algunas estaban amarradas y ya comenzaban a flotar; otras estaban varadas lejos del alcance de la marea. El compañero de Eugene desapareció debajo de una de estas. Y cuando Eugene hubo observado su posición en referencia a los otros botes, y se hubo asegurado de que no se confundiría, volvió la mirada hacia el edificio en el que, tal como le habían informado, la chica solitaria de pelo negro estaba sentada junto al fuego.

Podía ver la luz del fuego brillando a través de la ventana. Quizá eso le impulsó a mirar hacia el interior. Quizá ya había salido con esa intención expresa. En esa parte de la orilla crecía una abundante vegetación, por lo que no fue difícil acercarse sin hacer ruido de pisadas, aunque sí tuvo que trepar por una pared irregular de barro bastante duro de más de un metro de altura para volver de nuevo sobre la hierba y llegar junto a la ventana. Así fue como llegó hasta ella.

La muchacha no tenía otra luz que la de la lumbre. Sobre la mesa estaba la lámpara sin encender. Ella estaba sentada en el suelo, mirando el brasero, con la cara apoyada en una mano. Había en torno a su cara una especie de neblina, quizá un parpadeo de luz, que al principio él atribuyó a las cambiantes llamas del fuego; pero al fijarse mejor se dio cuenta de que estaba llorando. Era un triste y solitario espectáculo el que le mostraban las llamas del fuego en su intermitencia.



WAITING FOR FATHER.

Era una ventana pequeña formada por cuatro paneles de cristal, y no tenía cortinas; Eugene la había elegido porque era la ventana cercana más grande. Desde ella podía ver toda la habitación, y los carteles que había colgados en la pared, referentes a las personas que se habían ahogado, asomaban y retrocedían sucesivamente. Pero Eugene les lanzó una mirada rápida, aunque a ella la miró de manera furtiva y prolongada. Era una joven de colores ricos e intensos: el pardo rojizo de sus mejillas y el lustre brillante de su pelo; aunque triste y solitaria, llorando frente a las vacilantes llamas del fuego.

La joven se sobresaltó. Eugene no había hecho ruido, y estaba seguro de que no era él quien la había asustado, de manera que simplemente se retiró de la ventana y se quedó cerca de ella, a la sombra de la pared. La joven abrió la puerta y dijo en tono de alarma:

—Padre, ¿ha sido usted quien me ha llamado? —Y de nuevo—. ¡Padre!
—Y de nuevo, tras escuchar—: ¡Padre! ¡Me ha parecido que le oía llamarme dos veces!

No hubo respuesta. Mientras ella volvía a entrar por la puerta, Eugene se dejó caer hacia la orilla y reemprendió el camino de regreso, por entre el lodo y cerca del escondite de los dos vigilantes, hasta donde se encontraba Mortimer Lightwood, a quien le dijo que había visto a la joven, y que la cosa, desde luego, se estaba poniendo muy sórdida.

—Si el auténtico autor del crimen se siente tan culpable como yo —dijo Eugene—, no creo que esté muy tranquilo.

—Es la influencia del sigilo —sugirió Lightwood.

—No le agradezco que me haya convertido en un traidor legendario y en un ladronzuelo al mismo tiempo —dijo Eugene—. Dame un poco más de eso.

Lightwood le sirvió un poco más de licor, pero se había enfriado, y no le gustó.

—Puaj —dijo Eugene, escupiéndolo entre las cenizas—. Sabe a agua del río.

—¿Tan bien conoces el sabor del agua del río?

—Esta noche parece que sí. Me siento como si me hubiera ahogado y me hubiera tragado un galón de agua.

—La influencia del lugar —sugirió Lightwood.

—Esta noche estás hecho un sabio, tú y tus influencias —replicó Eugene—. ¿Cuánto tiempo hemos de quedarnos aquí?

—¿Tú qué opinas?

—Si pudiera elegir, diría que un minuto —replicó Eugene—, pues los Seis Alegres Mozos no son los cuatro pollos más alegres que he conocido. Pero supongo que será mejor que nos quedemos hasta que nos echen a medianoche, con los demás tipos sospechosos.

Dicho lo cual atizó el fuego y se sentó a un lado. Dieron las once, y fingió no estar perdiendo la paciencia. Pero poco a poco le entraron los nervios en una pierna, y luego en la otra, y luego en un brazo, y luego en el otro, y luego en la barbilla, y luego en la espalda, y luego en la frente, y luego en el pelo, y

luego en la nariz; y luego se tendió sobre dos sillas y emitió un gruñido; y luego se puso en pie de un salto.

—Este lugar está infestado de invisibles insectos de diabólica actividad. Me cosquillean y me recorren por todas partes. En mi mente, es como si hubiera cometido un robo en las más mezquinas circunstancias y los esbirros de la justicia me pisaran los talones.

—Yo me siento igual de mal —dijo Lightwood, incorporándose de cara a él, con la cabeza inclinada, después de haber hecho unas maravillosas evoluciones en las que la cabeza había pasado a ser la parte inferior de su cuerpo—. Hace ya rato que esta desazón se ha apoderado de mí. Mientras has estado fuera, me he sentido como Gulliver cuando le disparaban los liliputienses.

—Esto no puede continuar, Mortimer. Debemos salir al aire libre; debemos reunirnos con nuestro querido amigo y hermano, Riderhood. Y para tranquilizarnos, hagamos un pacto. La próxima vez (para nuestra tranquilidad de conciencia) nosotros seremos los criminales en lugar de coger al criminal. ¿Lo juras?

—¡Desde luego!

—¡Pues jurado queda! Que se ande con ojo lady Tippins. Su vida corre peligro.

Mortimer hizo sonar la campana para pagar la cuenta, y Bob apareció para comunicarles el importe. Eugene, en su despreocupada extravagancia, le preguntó si le gustaría un empleo en el negocio de la cal.

—No, gracias, señor —dijo Bob—. Aquí tengo un buen empleo.

—Si alguna vez cambia de opinión —replicó Eugene—, venga a verme a mi fábrica, y siempre le encontraremos un hueco en el horno de cal.

—Gracias, señor —dijo Bob.

—Este es mi socio —dijo Eugene—, el que me lleva los libros y se ocupa de los salarios. Mi lema ha sido siempre un salario justo para una jornada laboral justa.

—Y es un lema muy bueno, señor —dijo Bob, recibiendo su propina y describiendo un arco con la mano derecha que comenzó en su cabeza, en un gesto casi idéntico al de servir una pinta de cerveza del barril.

—Eugene —apostrofó Mortimer, riendo de buena gana cuando volvieron a estar solos—, ¿cómo puedes ser tan ridículo?

—Estoy de un humor ridículo —afirmó Eugene—, y soy un tipo ridículo. Todo es ridículo. ¡Vámonos!

A Mortimer Lightwood se le pasó por la cabeza que en la última media hora su amigo había experimentado un cambio, o, más que un cambio, la intensificación de su vena más descomedida, despreocupada e insensata. A pesar de estar acostumbrado a él, le notaba algo nuevo y tenso que en ese momento resultaba desconcertante. Eso le pasó por la cabeza, y volvió a salir; pero lo recordaría posteriormente.

—Allí es donde se sienta, ¿ves? —dijo Eugene mientras estaban de pie al abrigo de la pendiente de la orilla, donde el viento rugía y hendía las aguas—. Esa es la luz de su fuego.

—Echaré un vistazo por la ventana —dijo Mortimer.

—¡No! —Eugene lo cogió por el brazo—. No la convirtamos en un espectáculo. Vamos con nuestro honesto amigo.

Eugene condujo al otro hasta el puesto de vigilancia, y los dos se agacharon y se colocaron al abrigo de la lancha; era un refugio mejor de lo que parecía, y enseguida se notaba el contraste con el viento y la noche desapacible.

—¿El inspector está en casa? —susurró Eugene.

—Estoy aquí, señor.

—¿Y nuestro amigo el de la frente sudorosa es aquel del rincón? Bien. ¿Ha ocurrido algo?

—Ha salido la hija pensando que él la llamaba, a no ser que fuera una señal para que su padre no se acercara. Podría ser.

—También podría haber sido el «Rule Britannia» —murmuró Eugene—, pero no lo ha sido. ¡Mortimer!

—¡Aquí! —(Al otro lado del inspector).

—Ahora son dos robos con escalo, ¡y una falsificación!

Con esa indicación de lo deprimido que estaba, Eugene se quedó callado.

Durante un buen rato no se oyó nada. Cuando subió la marea y el agua se acercó hasta donde estaban, se oyeron más ruidos procedentes del río, y estuvieron más atentos. Al giro de las hélices, al tintineo de las cadenas de hierro, al crujido de las poleas, al golpe acompasado de los remos, al esporádico ladrido violento de un perro que pasaba en un bote, que parecía husmearlos en su escondite. La noche no era tan oscura como para no poder discernir, aparte de las luces de proa y de los topes que se deslizaban en una y otra dirección, la sombra de los bultos que remolcaban; y de vez en cuando alguna gabarra espectral con una vela grande y oscura, como un brazo de advertencia, aparecía de repente cerca de ellos, pasaba y se desvanecía. En esa fase de la vigilancia, el agua, próxima a ellos, se veía agitada por algún impulso nacido a lo lejos. A menudo creían que ese golpear y chapotear lo originaba la lancha que estaban esperando, arrastrada a tierra; y más de una vez se habrían puesto en pie de un salto de no ser por la inmovilidad con que el informante, avezado a la vida en el río, permanecía en su sitio.

Para los que estaban a sotavento, el viento alejaba las campanadas de la gran multitud de relojes de las iglesias de la ciudad; pero había campanas a barlovento que les anunciaban que era la una... las dos... las tres. Sin esa ayuda habrían podido seguir el transcurrir de la noche mediante la bajada de la marea, palpable en la aparición de una franja de playa negra y húmeda y cada vez más ancha, y por la aparición del pavimento del embarcadero, pulgada a pulgada.

A medida que pasaba el tiempo, todos aquellos manejos sigilosos se iban haciendo más precarios. ¿Le habían advertido al hombre lo que había contra él? ¿Se había asustado? ¿No habría planeado sus movimientos en su propio provecho, a fin de ponerse fuera de su alcance con doce horas de ventaja? El hombre honesto que había agotado el sudor de su frente comenzaba a ponerse nervioso, y se quejaba con amargura de la propensión de la raza humana a engañarle. ¡Él, investido con la dignidad del trabajo!

El refugio estaba tan bien elegido que podían vigilar el río y la casa. Nadie había entrado ni salido desde que la hija creyera haber oído a su padre llamarla. Nadie podía entrar ni salir sin ser visto.

—A las cinco será de día —dijo el inspector—, y entonces nos verán.

—Fíjese en eso —dijo Riderhood—, ¿qué me dice? A lo mejor ha permanecido al acecho durante las últimas horas, escondido e inmóvil entre

dos o tres puentes.

—¿Y qué pretende? —dijo el inspector, estoico pero dispuesto a llevarle la contraria.

—A lo mejor lo hace en este momento.

—¿Y qué pretende? —dijo el inspector.

—Mi lancha está entre las del embarcadero.

—¿Y qué pretende hacer con su lancha del embarcadero?

—¿Y si me subo a ella y me doy una vuelta? Conozco sus costumbres y sus rincones preferidos. Sé dónde puede estar a tal hora de la marea, y dónde a tal otra. ¿No he sido su socio? No hace falta que ninguno de ustedes se deje ver. Que ninguno se mueva. Puedo arrastrarla al río sin ayuda; y si me ven a mí, siempre estoy por aquí.

—Se le podría haber ocurrido algo peor —dijo el inspector, tras considerarlo brevemente—. Inténtelo.

—Un momento. Vamos a hacer un plan. Si les necesito, me llegaré hasta los Mozos con el bote y silbaré.

—Si se me permitiera el atrevimiento de darle un consejo a mi honorable y valeroso amigo, cuyo conocimiento en cuestiones navales lejos estoy de poner en tela de juicio —intervino Eugene de manera muy meditada—, sería el de que dar un silbido equivale a pregonar el secreto e invitar a la especulación. Confío en que mi honorable y valeroso amigo me perdone, como miembro independiente, por pronunciar esta observación que, en mi opinión, debo a esta casa y al país.

—¿Eso lo ha dicho el Otro Señor o el abogado Lightwood? —preguntó Riderhood. Pues hablaban acucillados o echados, sin verse las caras.

—En respuesta a la pregunta formulada por mi honorable y valeroso amigo —dijo Eugene, que estaba echado boca arriba con el sombrero en la cara, que revelaba su actitud de atenta vigilancia—, no vacilo en responderle (pues no se contradice con el servicio público) que esos acentos pertenecían al Otro Señor.

—Tiene usted buena vista, ¿verdad, Señor? Todos ustedes tienen buena vista, ¿verdad? —preguntó el informante.

Todos.

—Entonces, si remo hasta llegar debajo de los Mozos, y me quedo allí, no hace falta que silbe. Se darán cuenta de que algo pasa, y sabrán que soy yo, y vendrán hasta donde yo estoy por ese embarcadero.

Todo comprendido.

—¡Allá voy, pues!

Al cabo de un momento, con el viento acometiéndole cortante de costado, se iba tambaleando hasta su bote; a los pocos momentos había desaparecido, e iba río arriba bajo aquella misma orilla.

Eugene se incorporó apoyándose en el codo para seguirlo en la oscuridad.

—Ojalá que el bote de mi honorable y valeroso amigo —murmuró, volviéndose a recostar y hablándole al sombrero— poseyera la suficiente filantropía para volcar y poner fin a su vida, Mortimer.

—Mi honorable amigo.

—Tres robos con escalo, dos falsificaciones y un asesinato a medianoche.

No obstante, a pesar de todos esos cargos de conciencia, Eugene se sentía un tanto aliviado por el leve cambio de sesgo sufrido por las circunstancias. También sus dos compañeros. Aquel cambio era importantísimo. El suspense parecía comenzar de nuevo, como si todo lo anterior quedara borrado. Había algo más que buscar. Ahora los tres se mostraban más atentos, y menos embotados por las desalentadoras influencias del lugar y del momento.

Pasó más de media hora, y estaban incluso dormitando cuando uno de los tres —y todos reclamaron haber sido él, añadiendo que era el único que no dormitaba— distinguió a Riderhood en el lugar que habían acordado. Se pusieron en pie de un salto, salieron de su refugio y se dirigieron hasta él. Cuando Riderhood los vio venir, colocó la lancha paralela al embarcadero; de manera que los otros tres, de pie, podían hablar con él en susurros bajo la sombría mole de los Seis Alegres Mozos, profundamente dormidos ahora.

—¡Que me aspen si lo entiendo! —dijo, mirándolos con los ojos muy abiertos.

—Entender, ¿el qué? ¿Lo ha visto?

—No.

—¿Qué ha visto, entonces? —preguntó Lightwood, pues los miraba de una manera muy extraña.

—He visto su lancha.

—¿Y no está vacía?

—Sí, está vacía. Y lo que es más... a la deriva. Y lo que es más... le falta un remo. Y lo que es más... el otro remo está atascado en su escámo y roto. Y lo que es más... la marea ha arrastrado la lancha entre dos hileras de gabarras. Y lo que es más... ha vuelto a tener suerte. ¡Por san Jorge si no ha vuelto a tener suerte!

Capítulo XIV

El ave de presa abatida

Los tres vigilantes, fríos en la orilla, en el crudo frío de esa soporífera crisis que se da cada veinticuatro horas, cuando la fuerza vital de las cosas más nobles y hermosas alcanza su mínimo, se miraron entre sí las caras inexpresivas, y luego la cara inexpresiva de Riderhood en su bote.

—¡La lancha del Jefe, el Jefe otra vez con suerte, y sin embargo no está el Jefe! —Eso dijo Riderhood, mirando desconsolado.

Como de común acuerdo, todos volvieron la vista hacia la luz del fuego que brillaba a través de la ventana. Era más tenue, más débil. Quizá el fuego, como la vida animal y vegetal superior que contribuye a mantener, posee una tendencia más poderosa a morir cuando la noche agoniza y el día aún no ha nacido.

—Si fuera yo el encargado de mantener la ley —gruñó Riderhood con una amenazante sacudida de cabeza—, ¡que me aspen si no la hubiera prendido a ella, al menos!

—Sí, pero no lo es —dijo Eugene.

Y lo dijo en un tono tan repentinamente feroz que el informador replicó sumiso:

—Bueno, bueno, bueno, otro señor, no he dicho que lo fuese. Un hombre puede dar su opinión.

—¡Y una alimaña tiene que callar la boca! —dijo Eugene—. ¡Calla la boca, rata de río!

Atónito ante la inusual vehemencia de su amigo, Lightwood también se lo quedó mirando, y enseguida dijo:

—¿Qué habrá sido de ese hombre?

—No me lo imagino. A menos que haya saltado por la borda.

El informador se secó la frente con aspecto apenado al decirlo, sentado en su lancha y sin abandonar su expresión desconsolada.

—¿Ha asegurado bien la lancha?

—Está bien asegurada hasta que vuelva la marea. No he podido asegurarla mejor de lo que está. Suban a la mía y véanlo con sus propios ojos.

Los tres se mostraron un tanto reacios a obedecer, pues el peso parecía excesivo para la lancha; pero como Riderhood afirmara «que había llevado a media docena, vivas y muertas, antes que ahora, y que no había calado mucho ni se había hundido de popa de manera digna de mención», ocuparon lentamente sus sitios, distribuyendo la carga en aquel absurdo navío. Riderhood seguía con su expresión desconsolada.

—Muy bien. ¡Vamos! —dijo Lightwood.

—¡Vamos, por san Jorge! —repitió Riderhood, antes de desatracar—. Si se ha ido y sea como sea se ha escapado, abogado Lightwood, es para perder los estribos. ¡Pero siempre ha sido un artero, maldito sea! Siempre fue un artero de mil demonios, ese Jefe. Nunca ha ido de cara, nunca de frente. Tan miserable, siempre con artimañas. ¡Nunca llevaba nada hasta el fin, nunca acababa nada como un hombre!

—¡Ojo! ¡Con cuidado! —gritó Eugene (se había despertado del todo nada más embarcar) mientras chocaban con fuerza contra un pilote; y a continuación, en voz baja, invertía su último apóstrofe observando—: (Ojalá que el bote de mi honorable y valeroso amigo poseyera la suficiente filantropía para volcar y poner fin a nuestra vida). ¡Con cuidado! Acércate a mí, Mortimer. Ya vuelve el granizo. ¡Mira cómo se lanza, como una manada de gatos salvajes, hacia los ojos del señor Riderhood!

Lo cierto es que le alcanzaba de pleno, y con tanta fuerza le acometía, por mucho que Riderhood mantuviera la cabeza gacha e intentara plantarle tan solo el sarnoso gorro, que se colocó al abrigo de una fila de embarcaciones hasta que pasó. La borrasca había llegado como un rencoroso mensajero de la mañana; a su estela apareció un recortado desgarrón de luz que abrió las nubes oscuras hasta que mostraron el agujero gris del día.

Todos temblaban, y a su alrededor todo parecía temblar; el río mismo, las embarcaciones, las jarcias, las velas y el primer humo que aparecía ya en la orilla. Los apiñados edificios, negros de humedad y deformados a la vista por

blancas manchas de granizo y aguanieve, parecían más bajos de lo habitual, como si se encogieran y hubieran menguado con el frío. Muy poca vida se distinguía en las dos orillas. Ventanas y puertas estaban cerradas, y las llamativas letras en blanco y negro sobre los muelles y almacenes «parecían», le dijo Eugene a Mortimer, «inscripciones sobre las tumbas de negocios finiquitados».

Mientras avanzaban lentamente, sin apartarse de la orilla y deslizándose entre las embarcaciones por callejones de agua, de una manera furtiva que parecía ser la manera normal de avanzar del que guiaba el bote, todo cuanto les rodeaba semejaba tan grande en comparación con esa triste lancha que daba la impresión de amenazar con aplastarlos. No había casco de barco, con sus eslabones de hierro oxidados saliendo de los agujeros del escobén, descoloridos desde hacía mucho tiempo por las lágrimas herrumbrosas del hierro, que no pareciera tener una péfida intención. No había mascarón de proa que no tuviera aspecto de lanzarse hacia ellos para hundirlos. Ni una compuerta ni una escala pintada sobre un poste o pared para mostrar la profundidad de las aguas que no pareciera insinuar, como el Lobo terriblemente burlón en casa de la abuelita: «¡Es para ahogarte mejor!». Ni una de esas voluminosas barcazas de madera, con sus costados agrietados y llenos de ampollas cerniéndose sobre ellos, parecía querer sorber el río como no fuera para engullirlos hacia el fondo. Y todo se jactaba tanto de las influencias erosionadoras del agua —cobre descolorido, madera podrida, piedra ahuecada, depósitos de humedad verdosa— que las consecuencias posteriores al hecho de ser aplastados, engullidos y arrastrados parecían tan indeseables como el hecho en sí mismo.

Media hora después de esos esfuerzos, Riderhood soltó los remos, se agarró a una barcaza, y con las manos se deslizó a lo largo del costado de la barcaza, rebasó la proa y llevó la lancha a un secreto rincón en el que el agua formaba espuma. Y empotrado en ese rincón, «asegurado», tal como había descrito Riderhood, estaba el bote del Jefe; ese bote que aún tenía una mancha que guardaba cierta semejanza con una forma humana embozada.

—¡Y ahora díganme que soy un mentiroso! —dijo el hombre honesto.

(—Con la morbosa esperanza —murmuró Eugene a Lightwood— de que alguien vaya a decirle la verdad).

—Esta es la lancha de Hexam —dijo el inspector—. La conozco bien.

—Miren el remo roto. Fíjense en que el otro ha desaparecido. ¡Y ahora llámenme mentiroso! —dijo el hombre honesto.

El inspector se subió al bote. Eugene y Mortimer se quedaron mirando.

—¡Y vean ahora! —añadió Riderhood, arrastrándose hacia popa y mostrando una maroma tensa que aseguraba la embarcación y parecía remolcar algo—. ¿No les he dicho que había vuelto a tener suerte?

—Halen —dijo el inspector.

—Eso de «halen» es muy fácil de decir —respondió Riderhood—. No es fácil hacerlo. Su suerte se ha enredado bajo las quillas de las barcasas. La última vez intenté halarla, pero no pude. ¡Mire qué tensa está la cuerda!

—Pues hay que subirlo —dijo el inspector—. Voy a llevar la lancha a la orilla, y lo que esta arrastre. Pruebe ahora despacio.

Ahora lo intentó despacio; pero aquella suerte se resistía; no cedía.

—Voy a llevar eso a la orilla, y también la lancha —dijo el inspector, forcejeando con la cuerda.

Pero la pieza se resistía; no cedía.

—Vaya con cuidado —dijo Riderhood—. Lo estropeará. Si no lo parte en dos.

—No ocurrirá ninguna de las dos cosas, ni aunque fuese su abuela —dijo el inspector—, pero voy a halarlo. ¡Vamos! —añadió, al tiempo con convicción y con una autoridad dirigida al objeto oculto en el agua, mientras seguía manipulando la cuerda—. Con esto no vas a conseguir nada. Vas a subir. Voy a cogerte.

Esta declaración tan clara y decidida de intenciones fue tan eficaz que, mientras seguía manipulando la cuerda, esta cedió un poco.

—Ya se lo he dicho —expresó el inspector, quitándose el gabán e inclinándose mucho sobre la proa con determinación—. ¡Vamos!

Era un tipo de pesca espantoso, pero eso no afectaba al inspector más que si estuviese pescando en una batea en una tarde de verano, junto a una presa tranquila, aguas arriba del pacífico río. Al cabo de unos minutos, y de unas cuantas órdenes a los demás de «déjenla ir un poco hacia delante» y «déjenla ir un poco hacia atrás», dijo, con mucha tranquilidad, «Ya está», y la cuerda y

la lancha quedaron libres.

El inspector aceptó la mano que Lightwood le ofrecía para ponerse en pie y se colocó el gabán. Le dijo a Riderhood:

—Deme esos remos de repuesto y empujaremos la lancha al embarcadero más próximo. Vaya delante, y manténgase lejos de las demás embarcaciones, que no quiero volver a enredarme.

Sus órdenes fueron obedecidas, y se dirigieron directamente hacia la orilla; dos en una lancha, dos en otra.

—Y ahora —le dijo el inspector a Riderhood cuando estuvieron de nuevo sobre las resbaladizas losas—, usted tiene más práctica que yo en esto, y debería hacerlo mejor. Deshaga el nudo de la cuerda de remolque, y le ayudaremos a halarlo.

Riderhood se subió al bote. Dio la impresión de que apenas había tenido un momento para tocar la cuerda o mirar por la popa, pero enseguida regresó a su bote a cuatro patas, pálido como la mañana y dijo jadeando:

—¡Dios mío, me la ha jugado!

—¿A qué se refiere? —preguntaron todos.

Señaló el bote, a su espalda, y tanto jadeaba que se dejó caer sobre las losas para recobrar el aliento.

—El Jefe me la ha jugado. ¡Es el Jefe!

Se fueron los tres hacia la cuerda y lo dejaron jadeando. Enseguida vieron la forma del ave de presa, que llevaba ya algunas horas muerta, tendida sobre la orilla, en el momento en que caía una nueva ráfaga y el granizo cuajaba sobre sus cabellos húmedos.



THE BIRD OF PREY BROUGHT DOWN.

Padre, ¿ha sido usted quien me ha llamado? ¡Padre! ¡Me ha parecido que le oía llamarme dos veces! Esas palabras ya no serían respondidas en el lado terrenal de la tumba. El viento pasa burlón por encima de padre, le azota con los extremos deshilachados de su vestimenta y el pelo enmarañado, intenta darle la vuelta desde la posición boca arriba en la que yace, volverle la cara hacia el sol naciente, para que pueda sentirse más avergonzado. Remite un poco la tormenta, y el viento se hace sigiloso y juguetea con él; levanta y deja caer un harapo; se oculta palpitante tras otro harapo; corre ágil a través de su pelo y su barba. De pronto, en un arrebato, lo hostiga cruelmente. Padre, ¿era usted quien me llamaba? ¿Era usted, el que no tiene voz, el muerto? ¿Era usted, abofeteado mientras yace ahí exánime? ¿Era usted, bautizado en la Muerte, con esas impurezas flotantes que se aferran a su cara? ¿Por qué no habla, padre? Es su propia figura, la que se empapa de este sucio suelo. ¿Nunca vio una figura como esta empapada dentro de su bote? Hable, padre. ¡Háblenos a nosotros, los vientos, los únicos que ahora pueden escucharle!

—Y ahora fíjense —dijo el inspector, y tras la debida deliberación, mientras todos miraban al ahogado, se colocó sobre una rodilla, como había hecho muchas veces con otros hombres— en cómo ha ido la cosa. Naturalmente, caballeros, no se les habrá pasado por alto que este hombre iba remolcado por el cuello y por los brazos.

Le habían ayudado a soltar la cuerda, y, naturalmente, eso no se les había pasado por alto.

—Y habrán observado antes, y observarán ahora, que este nudo, que tenía bien apretado alrededor del cuello por la fuerza de sus propios brazos, es un nudo corredizo.

Lo levantó para enseñarlo.

Clarísimo.

—De igual modo habrán observado que sujetó el otro extremo de esta cuerda al bote.

Aún tenía las curvas y mellas donde se había atado y enroscado.

—Vean —dijo el inspector—, vean cómo le rodea. Fue brutal y tempestuosa la noche en que este hombre salió con su lancha. —Se interrumpió y con una punta de la chaqueta del muerto le apartó el granizo del pelo—. ¡Fíjense! Ahora se parece más al de siempre, aunque muy magullado, cuando el hombre que era sale al río según su ocupación habitual. Lleva con él este rollo de cuerda. Siempre lleva con él este rollo de cuerda. Es algo que yo sé tanto como él. A veces queda en el fondo de la lancha. A veces la lleva colgando del cuello. Era un hombre que no se abrigaba mucho. ¿Lo ven? —Levanta el pañuelo flojo que le cae sobre el pecho y aprovecha la oportunidad para limpiar con él los labios del muerto—. Y cuando llovía, o helaba o soplaba el viento, se echaba el rollo de cuerda al cuello. Es lo que hace ayer por la noche. ¡Para su infortunio! El hombre va en su lancha hasta que se queda helado. Las manos —levanta una de ellas, que cae como un plomo— se le entumecen. Ve flotar un objeto de los que saca provecho en su negocio. Se prepara para asegurarse ese objeto. Desenrolla el extremo de la cuerda que pretende anudar en el bote, y da las vueltas suficientes para que no se le suelte. Pero ocurre que la asegura demasiado. Tarda más de lo habitual en hacerlo, pues tiene las manos entumecidas. El objeto se aleja de él antes de que esté preparado para cogerlo. Lo agarra, piensa que primero se hará, al menos, con los contenidos de sus bolsillos, por si se le acaba escapando, y se dobla por encima de la popa. Y en una de esas fortísimas ráfagas, o debido al oleaje cruzado de dos vapores, o porque está desprevenido, o por todas o algunas de estas causas, el bote sufre un bandazo, el hombre pierde el equilibrio y cae de cabeza por la borda. ¡Pero fíjense! El hombre sabe nadar, ya lo creo, y al momento mueve los brazos enérgicamente. Pero con las

brazadas se le enreda la cuerda, tira sin querer del nudo corredizo, y este se cierra. El objeto que había pretendido remolcar se aleja flotando, y su propio bote le arrastra ahora a él, muerto, hasta donde lo hemos encontrado, enredado en su propia cuerda. ¿Quieren preguntarme cómo averigüé lo de los bolsillos? Primero les diré más aún: había plata en ellos. ¿Cómo lo he averiguado? De manera simple y satisfactoria. Porque la tiene aquí.

El profesor levantó la mano derecha del muerto, que formaba un puño apretado.

—¿Qué haremos con los restos? —preguntó Lightwood.

—Si no le molesta permanecer junto a él medio minuto, señor —fue la respuesta—, voy a buscar a nuestros hombres más cercanos para que se encarguen de él. Ya ven, aún digo él como si estuviera vivo —dijo el inspector, volviéndose tras unos pasos y recalcando con una sonrisa filosófica la fuerza de la costumbre.

—Eugene —dijo Lightwood, y estuvo a punto de añadir: «Esperemos a cierta distancia».

Pero al volver la cabeza no encontró a Eugene a su lado. Levantó la voz y llamó:

—¡Eugene! ¡Hola!

Pero ningún Eugene contestó.

Ahora era pleno día, y miró alrededor. Pero no había ningún Eugene a la vista.

El inspector regresó velozmente por las escaleras de madera acompañado de un agente de policía, y Lightwood le preguntó si había visto marcharse a su amigo. El inspector no podía decir exactamente que lo hubiera visto marcharse, pero se había fijado en que estaba inquieto.

—Su amigo es una mezcla singular y divertida, señor.

—Ojalá no hubiera formado parte de su combinación singular y divertida darme esquinazo en estas terribles circunstancias a esta hora de la mañana —dijo Lightwood—. ¿Podríamos beber algo caliente?

Podríamos, y lo hicimos. En la cocina de una taberna, delante de un gran fuego. Bebimos brandy caliente y agua, y nos revivió de maravilla. El

inspector, tras anunciarle a Riderhood su intención oficial de «no quitarle ojo», lo tenía en un rincón de la chimenea, bajo un paraguas mojado, y no dio señal exterior ni visible de prestarle atención al hombre honesto, como no fuera para ordenar una ración de brandy y agua aparte para él, al parecer a cargo de los fondos públicos.

Mientras Mortimer Lightwood permanecía sentado delante del fuego abrasador, consciente de estar bebiendo brandy y agua allí y entonces, al mismo tiempo, en su sueño, bebía jerez caliente en los Seis Alegres Mozos, y estaba tendido bajo la lancha en la orilla del río, y sentado en el bote que Riderhood remaba, y escuchaba la clase que les había impartido el inspector, y tenía que cenar en Temple con un desconocido que se presentaba como M. R. P. Eugene Jefe Harmon, y que decía vivir en Granizada; y mientras pasaba por estas curiosas vicisitudes de la fatiga y la somnolencia, que habían durado doce horas y ahora se comprimían en un segundo, se dio cuenta de que contestaba en voz alta a una información de acuciante importancia que le acababan de impartir, y todo eso lo convirtió en un carraspeo al contemplar al inspector. Pues pensó, con cierta indignación natural, que ese funcionario podría haber imaginado, de otro modo, que tenía los ojos cerrados, o que no le estaba prestando atención.

—Ya lo ve, justo delante de nosotros —dijo el inspector.

—Lo veo —dijo Lightwood, con dignidad.

—Y también ha tomado brandy caliente y agua, ya ve —dijo el inspector —, y luego se ha ido a toda velocidad.

—¿Quién? —dijo Lightwood.

—Su amigo, ya sabe.

—Lo sé —contestó Lightwood, de nuevo con dignidad.

Tras oír, en una neblina a través de la cual el inspector asomaba grande y desdibujado, que el agente asumiría la responsabilidad de preparar a la hija del difunto para lo que había sucedido esa noche, y que, por lo general, él se encargaría de todo, Mortimer Lightwood fue trastabillando, aún dormido, hasta una parada de coches de punto, llamó a uno, y, antes de que la puerta se cerrara, había entrado en el ejército y cometido un delito militar capital, había sido juzgado por una corte marcial y declarado culpable y había puesto en orden todos sus asuntos antes de dirigirse al paredón.

¡Cómo le costó llevar remando el coche de punto desde la City a Temple, por una copa, de un valor de entre cinco a diez mil libras, que le había entregado el señor Boffin; cómo le costó cantarle las cuarenta a Eugene (cuando lo hubieron rescatado con una cuerda del pavimento que lo arrastraba) por haber ahuecado el ala de manera tan singular! Pero tantas disculpas le ofreció, y se mostró tan arrepentido, que cuando Lightwood se apeó del coche, le encargó al cochero que cuidara de su amigo. Ante lo cual el cochero (sabiendo que allí dentro no había nadie más) abrió los ojos de una manera prodigiosa.

En resumen, las actividades nocturnas le habían agotado y rendido hasta tal punto que se había convertido en un mero sonámbulo. Estaba demasiado cansado como para poder descansar en el sueño, hasta que al final estuvo cansado hasta de estar cansado, y se sumió en el olvido. Se despertó a una hora avanzada de la tarde, y con cierta preocupación envió a preguntar por Eugene al domicilio de este, para saber si ya se había levantado.

Oh, sí, estaba levantado. De hecho, aún no se había acostado. Acababa de llegar. Y ya estaba delante de Mortimer, tras seguir de cerca al recadero.

—¡Bueno, menudo espectáculo de ojos inyectados en sangre, pelo alborotado y ropa embarrada! —exclamó Mortimer.

—¿Tengo las plumas demasiado arrugadas? —dijo Eugene, mirándose fríamente en el espejo—. Desde luego, no hay manera de negarlo. Pero piénsalo. ¡Cambio esta noche por mi plumaje!

—¿Esta noche? —repitió Mortimer—. ¿Y qué ha sido de ti por la mañana?

—Mi querido amigo —dijo Eugene sentándose en la cama—, me parecía que nos habíamos aburrido el uno al otro demasiado tiempo, que esta relación ininterrumpida debía concluir de manera inevitable con los dos huyendo a confines opuestos de la tierra. También me parecía haber cometido todos los crímenes del Almanaque de Newgate. De manera que, por consideraciones en las que confluían la amistad y el delito, me fui a dar un paseo.

Capítulo XV

Dos nuevos criados

El señor y la señora Boffin, después de desayunar, estaban sentados en La Enramada, en las garras de la prosperidad. La cara del señor Boffin denotaba Preocupación y Complicaciones. Delante de él había muchos papeles desordenados, y los observaba con el mismo desamparo con el que un inocente civil podría observar una nutrida tropa a la que tiene que pasar revista y hacer maniobrar al cabo de cinco minutos. Había intentado varias veces escribir algunas notas a esos documentos; pero al ser atormentado (como ocurre con los hombres de su carácter) por un pulgar excesivamente desconfiado y corrector, dicho insistente dedo se había interpuesto tantas veces para manchar sus notas que estas eran poco más ilegibles que las diversas huellas que se le habían impreso en la nariz y en la frente. Resulta curioso considerar, en un caso como el del señor Boffin, lo barata que resulta la tinta, y los confines que puede alcanzar. Al igual que un grano de almizcle puede perfumar un cajón durante años sin perder de manera apreciable ni un ápice de su peso original, ese medio penique de tinta bastaría para manchar al señor Boffin hasta las raíces del pelo y las pantorrillas, y eso sin anotar ni una línea en el papel que tenía delante ni semejar que disminuía en el tintero.

Tan graves eran las dificultades literarias del señor Boffin que tenía los ojos desorbitados y fijos, y la respiración estertórea. En ese momento, para enorme alivio de la señora Boffin, que observaba esos síntomas con alarma, sonó la campanilla del patio.

—¿Me pregunto quién será! —exclamó la señora Boffin.

El señor Boffin respiró profundamente, dejó su pluma, miró sus notas como dudando de haber tenido el placer de conocerlas, y parecía confirmarse, tras observarles por segunda vez el semblante, su impresión de que en verdad no las había conocido cuando el joven de cabeza en forma de martillo anunció:

—El señor Rokesmith.

—¡Oh! —dijo el señor Boffin—. ¡Por supuesto! Nuestro Amigo Común y el de los Wilfer, querida. Sí. Dile que entre.

Apareció el señor Rokesmith.

—Siéntese, señor —dijo el señor Boffin, estrechándole la mano—. Ya conoce a la señora Boffin. Bueno, señor, su visita me coge por sorpresa, pues, a decir verdad, he estado tan ocupado entre una cosa y otra que no he tenido tiempo para considerar su oferta.

—Tómelo como una disculpa doble: por parte del señor Boffin y también por la mía —dijo la sonriente señora Boffin—. ¡Pero bueno! Podemos hablar de ello ahora, ¿no?

El señor Rokesmith hizo una inclinación de cabeza, le dio las gracias y manifestó que ese era su deseo.

—Vamos a ver —continuó el señor Boffin, con la mano en la barbilla—. Habló usted de ser mi secretario, ¿no?

—Sí, dije secretario —asintió el señor Rokesmith.

—En aquel momento me dejó bastante desconcertado —dijo el señor Boffin—, y nos siguió desconcertando a mí y a la señora Boffin cuando hablamos de ello posteriormente, ya que (para no andarnos con misterios) siempre habíamos creído que un secretario era un mueble, normalmente de caoba, forrado de paño verde o cuero, provisto de muchos cajones. No quiero que piense que me tomo muchas confianzas si menciono que, desde luego, usted no es eso.

Desde luego que no, dijo el señor Rokesmith. Aunque él había utilizado la palabra en el sentido de administrador.

—Bueno, en cuanto a lo de administrador —replicó el señor Boffin, aún con la mano en la barbilla—, existen muy pocas posibilidades de que la señora Boffin y yo nos embarquemos.^[10] Como los dos nos mareamos con facilidad, si lo hiciésemos sí que necesitaríamos un administrador; pero normalmente ya suele haber uno en el barco.

El señor Rokesmith volvió a explicarlo, y definió los deberes que pretendía desempeñar: superintendente, administrador, supervisor o gerente.

—¡Pero bueno... pongamos un ejemplo! —dijo el señor Boffin, en su hablar como a saltos—. Si estuviera usted a mi servicio, ¿qué haría?

—Llevaría una meticulosa contabilidad de todos los gastos que usted aprobara, señor Boffin. Le escribiría las cartas, según sus indicaciones. Me encargaría de negociar con las personas a las que paga o tiene empleadas. Me —con una mirada y una medio sonrisa dirigida a la mesa— encargaría de sus papeles...

El señor Boffin se frotó el oído manchado de tinta y miró a su mujer.

—... Y los tendría siempre en orden para que pudiera consultarlos de inmediato, adjuntando una nota en la que se resumiera su contenido.

—Le diré lo que haremos —dijo el señor Boffin, arrugando lentamente la nota emborronada que tenía en la mano—, si me repasa ahora estos documentos, y me dice qué puede hacer con ellos, yo sabré lo que puedo hacer con usted.

Dicho y hecho. El señor Rokesmith se quitó el sombrero y los guantes y se sentó en silencio a la mesa, amontonó los papeles de manera ordenada, los fue examinando uno por uno, los dobló, resumió su contenido en la parte de fuera, los colocó en un segundo montón, y cuando todos los papeles del primer montón pasaron al segundo, sacó del bolsillo un trozo de cordel y los ató con extraordinaria destreza, con dos vueltas y un lazo.

—¡Bien! —dijo el señor Boffin—. ¡Muy bien! Y ahora díganos de qué tratan, si es tan amable.

John Rokesmith leyó sus resúmenes en voz alta. Todos se referían a la nueva casa. Presupuesto del decorador, tanto. Presupuesto de los muebles, tanto. Presupuesto de los muebles para las habitaciones de servicio, tanto. Presupuesto del fabricante de coches, tanto. Presupuesto del tratante de caballos, tanto. Presupuesto del guarnicionero, tanto. Presupuesto del orfebre, tanto. Total, tanto. Luego vino la correspondencia. Aceptación de la propuesta del señor Boffin para tal fecha y a tal efecto. Rechazo de la propuesta del señor Boffin para tal fecha y a tal efecto. Propuesta del señor Boffin de tal fecha a tal otro efecto. Todo conciso y metódico.

—¡Esto está de perlas! —dijo el señor Boffin, tras comprobar cada inscripción con la mano, como si llevara el ritmo—. Y ni se me ocurre lo que será capaz de hacer con su tinta, pues es usted limpísimo. Y ahora, una carta

—dijo el señor Boffin, frotándose las manos con una admiración agradablemente infantil—. Vamos a probar de escribir una carta.

—¿A quién va dirigida, señor Boffin?

—A cualquiera. A usted mismo.

El señor Rokesmith escribió deprisa, y a continuación leyó en voz alta:

—«El señor Boffin presenta sus saludos al señor John Rokesmith, y se permite informarle de que ha decidido aceptar a prueba al señor Rokesmith en el cargo que ha solicitado. El señor Boffin le toma la palabra al señor Rokesmith y pospone durante un periodo indefinido la consideración de su salario. Queda entendido que el señor Boffin no se compromete a nada en este punto. Al señor Boffin solo le resta añadir que confía en la garantía del señor Rokesmith de que será fiel y servicial. El señor Rokesmith asumirá sus deberes, si no le importa, de manera inmediata».

—¡Bien! ¡Vaya, Noddy! —exclamó la señora Boffin, dando palmas—. ¡Esta ha sido buena!

El señor Boffin no estaba menos encantado; de hecho, en su fuero interno, consideraba el escrito en sí mismo y la argucia que lo había originado como un extraordinario monumento al ingenio humano.

—Y ahora te digo, querido —afirmó la señora Boffin—, que si no cierras tu trato con el señor Rokesmith en este mismo instante, y vuelves a meterte en berenjenales para los que no estás preparado, sufrirás una apoplejía... por no hablar de que te llenarás las camisas de tinta... y me darás un disgusto.

El señor Boffin abrazó a su esposa por haber dicho esas sabias palabras, y a continuación, tras felicitar al señor Rokesmith por su brillante talento, le tendió la mano en prueba de sus nuevas relaciones. Lo mismo hizo la señora Boffin.

—Y ahora —dijo el señor Boffin, quien, en su franqueza, consideraba que no era propio de él tener un caballero a su servicio desde hacía cinco minutos sin comunicarle alguna confidencia—, debo ponerle un poco al corriente de nuestros asuntos, Rokesmith. Le mencioné, cuando le conocí, o mejor dicho, cuando usted me conoció a mí, las inclinaciones de la señora Boffin hacia la Moda, pero que no sabía hasta dónde podíamos llegar por ese camino. ¡Bueno! Pues la señora Boffin se ha salido con la suya, y estamos de lleno

metidos en la Moda.

—Lo he deducido, señor —replicó John Rokesmith—, por cómo está aprovisionando su nueva residencia.

—Sí —dijo el señor Boffin—, va a dar la campanada. El hecho es que mi amigo el hombre de letras me nombró una casa con la que, podríamos decir, tiene cierta relación... en la que tiene cierto interés...

—¿Es el propietario? —preguntó John Rokesmith.

—Bueno, la verdad es que no —dijo el señor Boffin—, no es exactamente eso. Más bien le une una especie de vínculo familiar.

—¿Un parentesco? —sugirió el secretario.

—¡Ah! —dijo el señor Boffin—. Quizá. Sea como sea, me mencionó que en la casa hay un cartel que dice: «Esta mansión eminentemente aristocrática se alquila o se vende». La señora Boffin y yo le echamos un vistazo, y la encontramos, sin la menor duda, «eminentemente aristocrática» (aunque un poco alta y oscura, cosas que, después de todo, quizá no puedan separarse), con lo que nos la quedamos. Mi amigo el hombre de letras se mostró tan simpático que hasta entró en el terreno de la poesía y nos recitó una para tal ocasión, en la que felicitaba a la señora Boffin por haber entrado en posesión de... ¿Cómo era, querida?

La señora Boffin replicó:

Qué alegre y festiva escena,
vestíbulos y vestíbulos de luz deslumbrante.

—¡Eso es! Y aún venía más a cuento porque había dos vestíbulos, uno en la parte de delante y otro en la de atrás, aparte del de los criados. Del mismo modo nos ofreció otra hermosa poesía, sin duda, referente a lo dispuesto que estaría a dejar todo cuando tuviera entre manos para alegrar a la señora Boffin en caso que, una vez en esa casa, se sintiera algo abatida. La señora Boffin posee una memoria prodigiosa. ¿Podrías repetir la poesía, querida?

La señora Boffin accedió, recitando los versos en que se había hecho tan amable ofrecimiento exactamente tal como ella los había oído:

Le diré cómo lloraba la niña, señora Boffin,
cuando mataron a su verdadero amor,
y cómo sucumbió al sueño su alma rota, señora Boffin,

y jamás volvió a despertar.

Le contaré (si no se opone el señor Boffin)

cómo se acercó el corcel que a su señor lejos dejó.

Y si mi relato (que me excuse el señor Boffin)

hondos suspiros le arrancó

mi guitarra con más alegría ha de sonar.

—¡Al pie de la letra! —dijo el señor Boffin—. Creo que la poesía hace referencia a los dos de una manera hermosa.

Como el efecto que tuvo el poema sobre el secretario fue de asombro, el señor Boffin confirmó la alta opinión que tenía de él, y quedó enormemente complacido.

—Ahora que caigo, señor Rokesmith —prosiguió—, un hombre de letras, que además tiene una pata de palo, es probable que sea celoso. Así que buscaré una manera delicada de no despertar los celos de Wegg, limitándolo a usted a su terreno y a él al suyo.

—¡Dios santo! —exclamó la señora Boffin—. ¡Digo yo que el mundo es lo bastante grande para que quepamos todos!

—Y lo es, querida —dijo el señor Boffin—, cuando no se trata de hombres de letras. Cuando se trata de estos, no lo es. Y debo tener en cuenta que contraté a Wegg en un momento en que no tenía ni idea de que iba a ser elegante o a dejar La Enramada. Desairarle ahora me haría sentirme mezquino, y sería actuar como si la cabeza me diera vueltas por culpa de los vestíbulos de luz deslumbrante. ¡Dios no lo quiera! Rokesmith, ¿qué le parecería vivir en la casa?

—¿En esta casa?

—No, no. Tengo otros planes para esta casa. En la nueva casa.

—Como usted guste, señor Boffin. Estoy totalmente a su disposición. Ya sabe dónde vivo en la actualidad.

—¡Bueno! —dijo el señor Boffin tras considerar la cuestión—. Suponga que se queda igual que está por el momento y lo decidimos más adelante. Empezará a hacerse cargo de todo lo referente a la nueva casa, ¿verdad?

—Con mucho gusto. Comenzaré hoy mismo. ¿Le importaría darme la dirección?

El señor Boffin la repitió, y el secretario la anotó en su libreta. La señora Boffin aprovechó que estaba ocupado para observar la cara de aquel joven con más detenimiento. La impresionó favorablemente, asintiendo privadamente al señor Boffin en el sentido de «Me gusta».

—Procuraré ponerlo todo el marcha, señor Boffin.

—Gracias. Ya que está aquí, ¿le gustaría echarle un vistazo a La Enramada?

—Me encantaría. He oído hablar mucho de su historia.

—¡Vamos! —dijo el señor Boffin.

Y él y su esposa fueron delante.

La Enramada era una casa sombría, con sórdidas señales de haber sido, durante su larga existencia como Cárcel de Harmony, propiedad de un avaro. Sin pintura en las paredes, ni papel pintado, ni muebles, ni experiencia de la vida humana. Todo lo que el hombre construye para ocupación del hombre debe, al igual que las creaciones naturales, cumplir con los fines de su existencia, o no tarda en perecer. La vieja casa había sufrido más por veinte años de desuso que por uno de uso.

Las casas insuficientemente imbuidas de vida (como si esta las nutriera) acaban quedando como enjutas, cosa muy perceptible en esta. La escalera, las balaustradas y los pasamanos tenían todos un aspecto cenceño —el aire de haberse quedado en los huesos—, también perceptible en las jambas de las puertas y en las ventanas. Los escasos muebles compartían esa apariencia; de no haber sido por la limpieza del lugar, el polvo en el que todos se resolvían habría formado una espesa capa en el suelo; y esos muebles, tanto en color como en grano, se veían ajados como viejas caras que han permanecido solas mucho tiempo.

El dormitorio en el que el anciano había soltado la vida estaba tal como él lo había dejado. Se veía la cama con dosel, vieja y fantasmal, sin colgaduras, y con un borde superior de hierro y púas que parecía más propio de una cárcel; y se veía el viejo cubrecama remendado. Estaba el viejo secreter, apretado como un puño, estrechándose en lo alto como una frente malvada y desconfiada; estaba la vieja y voluminosa mesa de patas retorcidas al lado de la cama, y encima estaba la caja que había contenido el testamento. Se arribaban a la pared unas cuantas sillas viejas con fundas de remiendo, bajo

las cuales los materiales más preciosos que habían pretendido conservar habían perdido lentamente su color sin proporcionar placer a ningún ojo. Todas esas cosas tenían un poderoso parecido familiar.

—Se mantuvo la habitación así, Rokesmith —dijo el señor Boffin—, a la espera del regreso de su hijo. En pocas palabras, todo lo que hay en la casa se mantuvo exactamente igual que nos llegó, para que él lo viera y lo aprobara. Incluso ahora, lo único que ha cambiado es nuestra habitación de abajo, que acaba de abandonar. Cuando el hijo entró en la casa por última vez en su vida, y vio a su padre por última vez, esta fue la habitación donde probablemente se encontraron.

Mientras el secretario miraba a su alrededor, sus ojos se posaron en una puerta lateral que había en un rincón.

—Otra escalera que va al patio —dijo el señor Boffin, quitando el cerrojo de la puerta—. Bajaremos por aquí para que pueda ver el patio, y nos queda todo de camino. Cuando el hijo era pequeño, era por estas escaleras que venía a ver a su padre. Su padre le daba mucho miedo. Le he visto muchas veces sentado en estas escaleras al pobrecillo, asustado. La señora Boffin y yo lo consolábamos mientras estaba aquí sentado con su librito.

—¡Ah! Y también estaba su pobre hermana —dijo la señora Boffin—. Y este es el soleado lugar de la pared blanca donde una vez se midieron el uno al otro. Sus manitas escribieron sus nombres, solo con un lápiz, aquí. Pero los nombres siguen aquí, y los pobrecillos se han ido para siempre.

—Debemos cuidar de estos nombres, querida —dijo el señor Boffin—. Debemos cuidar de estos nombres. Mientras vivamos, no permitiremos que se borren, ni tampoco, si es posible, cuando ya no estemos. ¡Pobres niños!

—¡Ah, pobres niños! —exclamó la señora Boffin.

Habían abierto la puerta que, al pie de las escaleras, daba al patio, y mientras les daba el sol contemplaron el garabato que dos temblorosas manos infantiles habían dibujado a la altura del segundo o tercer escalón. Hubo algo en ese recuerdo de una infancia destrozada, y en la ternura de la señora Boffin, que conmovió al secretario.

Entonces el señor Boffin le mostró los montículos a su nuevo administrador, y el montículo que le había sido legado por el testamento antes de que toda la finca pasara a sus manos.

—Para nosotros habría sido suficiente —dijo el señor Boffin—, de haber impedido Dios que el último de esos niños sufriera una muerte tan triste, y siendo tan joven. No queríamos el resto.

El secretario observó con interés los tesoros del patio, y el exterior de la casa, y el edificio aparte que el señor Boffin señaló como su residencia y la de su mujer durante sus muchos años de servicio. Hasta que el señor Boffin no le hubo enseñado por dos veces las maravillas de La Enramada, no recordó que tenía cosas que hacer en otra parte.

—¿No tiene ninguna instrucción que darme, señor Boffin, en referencia a este lugar?

—Ninguna, Rokesmith. Ninguna.

—¿Podría preguntarle, sin parecer impertinente, si tiene alguna intención de venderlo?

—Desde luego que no. En recuerdo de nuestro antiguo amo, de sus hijos, y de los años que estuvimos a su servicio, la señora Boffin y yo tenemos intención de mantenerlo como está.

El secretario lanzó una mirada tan expresiva a los montículos que el señor Boffin dijo, como si respondiera a un comentario de aquel:

—Ah, sí, eso es otra cosa. Esos sí los venderé, aunque lamentaría que el vecindario se viera privado de ellos. Quedaría un terreno muy plano. No obstante, tampoco digo que vaya a mantenerlos siempre aquí por la belleza del paisaje. Es una cuestión que no corre prisa; es todo lo que digo de momento. No sé mucho de casi nada, Rokesmith, pero en cuestión de polvo sí sé bastante. Puedo tasar los montículos al penique, y sé cómo sacarles el mejor partido, y también que no les va a perjudicar quedarse donde están. ¿Será tan amable de venir mañana?

—Todos los días. Supongo que cuanto antes vaya a vivir a su nueva casa y esta quede completa, mejor para usted, ¿no?

—Bueno, tampoco hay tanta prisa —dijo el señor Boffin—. Solo que, cuando pagas a la gente para que parezca activa, es bueno saber que está activa. ¿No comparte esa opinión?

—¡Ya lo creo! —replicó el secretario, y se retiró.

«Bueno —se dijo el señor Boffin, emprendiendo la serie habitual de

vueltas que daba por el patio—, si ahora consigo arreglar las cosas con Wegg, todos mis asuntos estarán en orden».

El hombre de vil astucia, naturalmente, había llegado a dominar al hombre de honesta simplicidad. El hombre mezquino, naturalmente, se había apoderado del hombre generoso. Cuánto duran esas conquistas es otro asunto; que se alcanzan nos lo enseña la experiencia cotidiana, y eso ni siquiera la gesticulación del mismísimo podsnaperismo puede eliminarlo. El nada calculador Boffin había quedado tan atrapado en las redes del artero Wegg que su mente le hacía creer que él era el hombre calculador en su pretensión de hacer más por Wegg. Le parecía (tan astuto era Wegg) que se entregaba a oscuras maquinaciones, cuando simplemente hacía lo que Wegg maquinaba que hiciera. Y así, mientras aquella mañana le ponía a Wegg la más amable de sus amables caras, no estaba seguro de no merecer la acusación de haberle dado la espalda.

Debido a estas razones, el señor Boffin pasó horas de gran ansiedad hasta la llegada de la noche, y con ella el señor Wegg, que apareció golpeando con paso tranquilo su pata de palo rumbo al Imperio romano. Por esa época, el señor Boffin estaba muy interesado en la suerte de un gran líder militar que él conocía con el nombre de Belly Saryo, aunque quizá la fama y los estudiantes del mundo clásico identificaban más fácilmente por el nombre menos británico de Belisario. Hasta la carrera de este general había perdido interés para el señor Boffin, tan obsesionado estaba con descargar su conciencia ante Wegg; y así, cuando ese caballero de las letras, según era su costumbre, hubo comido y bebido hasta quedar con las mejillas bien encarnadas, y cuando hubo cogido el libro con su muletilla cantarina de «¡Y ahora, señor Boffin, vamos a por nuestra decadencia y caída!», el señor Boffin lo interrumpió.

—¿Recuerda, Wegg, la primera vez que le dije que quería hacerle una especie de propuesta?

—Déjeme reflexionar un momento, señor —replicó el caballero, poniendo el libro abierto boca abajo—. ¿Se refiere a cuando me dijo por primera vez que quería hacerme una especie de propuesta? Déjeme pensar. —(Como si tuviese la menor necesidad de pensar)—. Sí, claro que me acuerdo, señor Boffin. Fue en mi esquina. ¡Ya lo creo que lo fue! Primero me preguntó si me gustaba su nombre, y la franqueza me obligó a darle una respuesta negativa. ¡Poco pensaba entonces, señor, cuánto había de acabar familiarizándome con

ese nombre!

—Y espero que aún se le haga más familiar, Wegg.

—¿De verdad, señor Boffin? Desde luego, le estoy muy agradecido. ¿Desea, señor, que comencemos con la decadencia y la caída? —Hizo amago de coger el libro.

—Todavía no, Wegg. De hecho, tengo otra propuesta que hacerle.

El señor Wegg (que no había pensado en otra cosa desde hacía varias noches) se quitó los lentes con un aire de afable sorpresa.

—Y espero que sea de su agrado, Wegg.

—Gracias, señor —replicó ese reservado individuo—. Espero que así sea. No me cabe duda de que lo será. —(Esto lo dijo como aspiración filantrópica).

—¿Qué le parecería dejar su puesto callejero? —dijo el señor Boffin.

—¡Creo, señor —replicó Wegg—, que me gustaría que me enseñaran al caballero dispuesto a hacer que eso me mereciera la pena!

—Aquí lo tiene —dijo el señor Boffin.

El señor Wegg iba a decir «Mi benefactor», y había dicho ya «Mi bene», cuando sufrió un cambio grandilocuente.

—No, señor Boffin, usted no, señor. Cualquiera menos usted. No tema, señor Boffin, que contamine la residencia que vuestro oro ha comprado con mis modestas ocupaciones. Soy consciente, señor, de que no estaría bien que continuase con mis pequeñas transacciones bajo las ventanas de su mansión. Ya he pensado en ello y tomado mis medidas. No tendrá que pagarme para que me vaya, señor. ¿Sería una intrusión que me instalara en Stepney Fields? Si no le parece lo bastante lejos, puedo alejarme aún más. En palabras de la canción del poeta, que no recuerdo con exactitud:

Arrojado al ancho mundo y condenado a vagar,
sin padres y sin hogar,
de la dicha solo sabe de oídas,
ved al pequeño Edmundo, pobre campesino, en sus idas y venidas.

»Y del mismo modo —dijo el señor Wegg, reparando en la falta de aplicación del último verso—, véame a mí en una situación parecida.

—Vamos, Wegg, Wegg, Wegg —le reprendió el excelente Boffin—. Es usted demasiado sensible.

—Sí, ya lo sé, señor —replicó Wegg con obstinada magnanimidad—. Conozco mis defectos. Desde niño siempre fui demasiado sensible.

—Pero escúcheme —dijo el Basurero de Oro—, oiga lo que he de decirle, Wegg. Se le ha metido en la cabeza que quiero jubilarlo.

—Cierto, señor —replicó Wegg, aún con obstinada magnanimidad—. Conozco mis defectos. Lejos de mí negarlos. Se me ha metido en la cabeza.

—Pero no es esa mi intención.

Esa seguridad no pareció consolar al señor Wegg tanto como había pretendido el señor Boffin. De hecho, se pudo apreciar cómo se le alargaba la cara de modo apreciable al responder:

—Ah, ¿no, señor?

—No —prosiguió el señor Boffin—, pues eso expresaría, tal como yo lo entiendo, que no iba a hacer nada para merecer ese dinero. Pero va a hacerlo, ya lo creo.

—Eso ya es otro cantar —contestó el señor Wegg, animándose visiblemente—. Ahora mi independencia como hombre recobra su dignidad. Y ahora

Ya no lloro por la hora
en que en La Enramada de los Boffin aparezca
el Señor del valle con su propuesta;
que la luna no huya ahora
de los cielos de esta noche,
ni tras las nubes llore con reproche
por ninguno de los que aquí moran.

»Por favor, prosiga, señor Boffin.

—Gracias, Wegg, por su confianza en mí y por entrar tan a menudo en el terreno de la poesía; ambas cosas, muy amables. Pues mi idea es que abandone su tenderete y viva a La Enramada para vigilar la propiedad. Es un lugar agradable; y un hombre provisto de carbón y velas, y una libra a la semana, viviría aquí como un rey.

—¡Ejem! Y ese hombre, ¿diríamos que ese hombre, por un suponer —en ese punto el señor Wegg hizo una sonriente demostración de gran perspicacia—, se esperaría de él que desempeñe alguna otra labor, o cualquier otro cometido se consideraría un extra? Digamos (por un suponer) que ese hombre fuera contratado como lector: digamos (por su suponer) que eso fuera por la noche. ¿Se le pagaría a ese hombre por leer por la noche, añadiendo ese importe al otro, que, adoptando su manera de hablar, consideraremos adecuado para vivir como un rey, o ya quedaría incluido en ese mencionado vivir como un rey?

—Bueno —dijo el señor Boffin—, supongo que se añadiría.

—Yo también lo supongo, señor. Tiene razón, señor. Esa es exactamente mi opinión, señor Boffin. —En ese momento Wegg se levantó, y, balanceándose sobre la pierna de madera, revoloteó sobre su presa con una mano extendida—. Señor Boffin, considérelo hecho. No diga más, señor, ni una palabra más. Mi tenderete y yo nos separaremos para siempre. Mi colección de baladas quedará reservada en el futuro para el estudio privado, al objeto de componer poemas dedicatorios. —Wegg estaba tan satisfecho de haber encontrado esa palabra que la repitió con mayúsculas—: Dedicatorios a la amistad. Señor Boffin, no se sienta incómodo por el dolor que me causa separarme de mi tenderete y mis mercancías. Una emoción parecida la experimentó mi propio padre cuando, debido a sus méritos, pasó de hacer de barquero a trabajar para el Estado. Su nombre de pila era Thomas. Sus palabras, en aquel momento (yo era un niño, pero tanto me impresionaron que las guardé en la memoria), fueron:

¡Adiós, mi esbelto bote,
de remos, chaqueta y chapa me despido!
¡Lejos del ferry de Chelsea me habré ido,
yo, Thomas, cuando abandone todo el lote!

»Mi padre lo superó, señor Boffin, y yo haré lo mismo.

Mientras pronunciaba todas estas observaciones de despedida, Wegg no paraba de mover la mano en el aire, por lo que el señor Boffin no conseguía estrechársela. Entonces la lanzó hacia su patrón, quien la tomó y sintió que su mente se liberaba de un gran peso: tras observar que habían solucionado sus asuntos comunes de manera tan satisfactoria, afirmó que ahora estaba dispuesto a continuar con los de Belly Saryo. El cual, por cierto, había

quedado la noche anterior en una posición poco halagüeña, por no hablar de que el tiempo se había mostrado muy poco favorable a su inminente expedición contra los persas.

Así pues, el señor Wegg se volvió a colocar los lentes. Pero Saryo no iba a reunirse con ellos aquella noche, pues, antes de que Wegg hubiera encontrado dónde se habían quedado la noche anterior, se oyeron los pasos de la señora Boffin en las escaleras, tan inusualmente pesados y presurosos que el señor Boffin se habría sobresaltado solo de oírlos, previendo algún suceso muy fuera de lo común, aun cuando ella no le hubiese llamado en un tono agitado.

El señor Boffin salió apresuradamente y la encontró en la oscura escalera, jadeando y con una vela encendida en la mano.

—¿Qué ocurre, querida?

—No lo sé, no lo sé, pero me gustaría que subieras.

Muy sorprendido, el señor Boffin subió las escaleras y acompañó a la señora Boffin al dormitorio de ambos: una segunda habitación espaciosa en la misma planta en la que había fallecido el antiguo propietario. El señor Boffin miró a su alrededor y no vio nada más inusual que ropa de cama doblada sobre una cómoda grande, que la señora Boffin había estado ordenando.

—¿Qué ocurre, querida? ¡Pero bueno, si estás asustada! ¿De verdad estás asustada?

—Desde luego, no soy de esa clase de personas —dijo la señora Boffin, sentándose en una silla para recuperarse y agarrando el brazo de su marido—. ¡Pero es muy raro!

—¿El qué, querida?

—Noddy, esta noche la cara del anciano y de los dos niños están por toda la casa.

—¿Perdón, querida? —exclamó el señor Boffin. Aunque no sin sentir un desasosiego bajándole por la espalda.

—Sé que parece bobo, pero las he visto.

—¿Y dónde las has visto?

—No creo haberlas visto en ninguna parte. Las siento.

—¿Las has tocado?

—No, las he sentido en el aire. Estaba ordenando estas cosas en la cómoda, y no pensaba en el viejo ni en los niños, sino que canturreaba, y de repente me ha parecido que una cara brotaba de la oscuridad.

—¿Qué cara? —preguntó su marido, mirando a su alrededor.

—Primero ha sido la del viejo, y luego se ha vuelto más joven. Por un momento ha sido la de los dos niños, y luego se ha hecho mayor. Por un momento ha sido una cara desconocida, y luego todas las caras.

—¿Y luego ha desaparecido?

—Sí, luego ha desaparecido.

—¿Dónde estabas, querida?

—Aquí, junto a la cómoda. Bueno, he conseguido dominarme y he seguido con la ropa, y canturreando. «¡Señor!», digo, «pensaré en otra cosa... algo agradable... y me lo sacaré de la cabeza». De modo que me he puesto a pensar en la casa nueva y en la señorita Bella Wilfer, y estaba pensando a gran velocidad con esa sábana en la mano cuando, de repente, las caras han parecido surgir de entre los pliegues y la he dejado caer.

Como la sábana aún estaba en el suelo, el señor Boffin la recogió y la colocó en la cómoda.

—¿Y luego has bajado corriendo las escaleras?

—No. Se me ha ocurrido probar en otra habitación para quitármelas de encima. Me digo: «Me iré al cuarto del viejo y lo recorreré tres veces de arriba abajo, y así lo habré superado». He entrado con la vela en la mano; pero, en cuanto me he acercado a la cama, estaban por todas partes.

—¿Las caras?

—Sí, e incluso me ha parecido que estaban en la oscuridad, detrás de la puerta lateral, y en la escalera estrecha, y que se alejaban flotando hacia el patio. Entonces te he llamado.

El señor Boffin, totalmente atónito, miró a la señora Boffin. Y la señora Boffin, dominada por la aprensión y totalmente incapaz de sacarse eso de la cabeza, miró al señor Boffin.

—Creo, querida —dijo el Basurero de Oro—, que por esta noche voy a librarme de Wegg, porque vendrá a vivir a La Enramada, y, si se entera de esto y corre la voz, se le podría meter en la cabeza, a él o a quien fuese, que la casa está encantada. Y nosotros sabemos que no es cierto. ¿Verdad?

—Esta casa nunca me había producido una sensación como la de hoy —dijo la señora Boffin—, y he estado en ella a solas a todas horas de la noche. He estado en esta casa cuando la muerte la visitaba, y cuando el asesinato pasó a formar parte de sus aventuras, y nunca había tenido miedo.

—Y no volverás a tenerlo, querida —dijo el señor Boffin—. Confía en mí: todo viene de pensar y vivir en este lugar oscuro.

—Sí, pero ¿por qué no había ocurrido antes? —preguntó la señora Boffin.

La filosofía del señor Boffin solo pudo responder a esa cuestión con el comentario de que todo lo que existe debe comenzar en algún momento. A continuación cogió a su mujer por el brazo, para que no volviera a asustarse, y bajó a despedir a Wegg. Este, que se había amodorrado un poco tras su abundante banquete, y de naturaleza más bien haragana, estuvo encantado de marcharse sin hacer lo que había ido a hacer, y cobrando por ello.

A continuación, el señor Boffin se puso su sombrero, y la señora Boffin su chal; y la pareja, provista de un manojo de llaves y una linterna encendida, recorrieron la lúgubre casa —lúgubre toda ella, menos sus dos habitaciones— desde el sótano hasta la buhardilla. No satisfechos con haber perseguido así las fantasías de la señora Boffin, buscaron en el patio, en los edificios anexos y en los montículos. Y cuando acabaron dejaron la linterna al pie de uno de los montículos y dieron un tranquilo paseo vespertino, a fin de disipar las turbias telarañas tejidas en la mente de la señora Boffin.

—¡Ya ves, querida! —dijo el señor Boffin cuando entraron para cenar—. Ese era el tratamiento adecuado. Ya se te ha pasado del todo, ¿verdad?

—Sí, querido —dijo la señora Boffin, quitándose el chal—. Ya no estoy nerviosa. Ni siquiera un poco inquieta. Iría a cualquier lugar de la casa igual que siempre. Solo que...

—¿Qué? —dijo el señor Boffin.

—Solo que basta con que cierre los ojos y...

—¿Y qué?

—¡Pues que ahí están! —dijo la señora Boffin con los ojos cerrados y con la mano izquierda tocándose la frente pensativa—. La cara del viejo, y se vuelve joven. Las caras de los niños, y se hacen mayores. Una cara que no conozco. ¡Y luego todas las caras!

Cuando la señora Boffin volvió a abrir los ojos y vio a su marido al otro lado de la mesa, se inclinó para darle una palmadita en la mejilla y se puso a cenar, declarando que la suya era la mejor cara del mundo.

Capítulo XVI

Recogidos y recordados

El secretario no perdió tiempo en ponerse a trabajar, y su atención y método pronto dejaron su impronta en los asuntos del Basurero de Oro. Su seriedad a la hora de comprender la longitud, anchura y profundidad de todas las tareas que le transmitía su patrón era tan destacable como su celeridad en llevarlas a cabo. No aceptaba informaciones ni explicaciones de segunda mano, y se hacía responsable de todo cuanto se le confiaba.

Había algo en la conducta del secretario, que estaba en la base de su actitud en general, que podría haber despertado los recelos de una persona con más conocimiento de los hombres que el que tenía el Basurero de Oro. El secretario estaba lejos de ser inquisitivo y entrometido como pueden ser algunos secretarios, pero solo le contentaba una comprensión absoluta de la totalidad de los asuntos que tenía entre manos. Pronto quedó claro (a partir de los conocimientos que desplegaba) que debía de haber estado en la oficina donde el testamento de Harmon había quedado registrado, y que debía de haber leído el testamento. Se adelantaba a las consideraciones del señor Boffin acerca de si debía ser aconsejado en esta o esa cuestión, demostrando que ya estaba al corriente y que la entendía. Todo ello lo hacía sin el menor disimulo, y parecía satisfecho de que formara parte de su deber haberse preparado para todas las eventualidades posibles sabiendo afrontarlas con la máxima eficacia.

Esto —permítaseme repetirlo— podría haber despertado ciertas suspicacias en un hombre con más mundo que el Basurero de Oro. Por otro lado, el secretario era inteligente, discreto y reservado, y ponía tanto celo en su labor como si los negocios fueran suyos. No mostraba afán de superioridad ni de control sobre el dinero, sino que de manera clara cedía ambas cosas al señor Boffin. Si, en su limitada esfera, buscaba el poder, era el poder del conocimiento; el que deriva de una perfecta comprensión de sus negocios.

Al igual que en la cara del secretario había una nube inconcreta, también

en su comportamiento se observaba una sombra igualmente indefinible. No es que se mostrara vergonzoso, como la primera noche que estuvo con la familia Wilfer; habitualmente, actuaba con naturalidad, y, sin embargo, seguía habiendo ese algo. No es que no supiera comportarse, como en aquella ocasión; ahora obraba con modestia, simpatía y desenvoltura. No obstante, había algo que nunca lo abandonaba. Se cuenta que hay hombres que han sufrido un cruel cautiverio, o que han pasado por una terrible prueba, o que para salvar la vida han matado a un semejante indefenso, y que ese hecho les ha quedado grabado en la cara hasta su muerte. ¿Era eso lo que había en la cara del secretario?

Instaló en la casa nueva una oficina temporal para él, y todo iba bien bajo su supervisión, con una sola excepción. Era patente que se negaba a tratar con el procurador del señor Boffin. Dos o tres veces en que asomó la posibilidad de tratar con él, transfirió su tarea al señor Boffin; y el hecho de que eludiera ese trato fue enseguida tan evidente que el señor Boffin se refirió al objeto de su reticencia.

—Simplemente preferiría no hacerlo —admitió el secretario.

¿Tenía algo personal en contra del señor Lightwood?

—No lo conozco.

¿Había sufrido algún pleito?

—No más que otros hombres —fue la lacónica respuesta.

¿Tenía prejuicios contra la raza de los abogados?

—No. Pero mientras esté a su servicio, señor, pediría que se me excusara de hacer de intermediario entre abogado y cliente. Naturalmente, señor Boffin, si insiste, le obedeceré. Pero consideraría un gran favor que no insistiera en ello a no ser en un caso de gran urgencia.

Ahora bien, no se podía decir que hubiera ningún caso de gran urgencia, pues los únicos asuntos que Lightwood tenía entre manos —y entre las que languidecían— tenían que ver con el criminal aún por descubrir y con los que surgían de la compra de la casa. Muchos otros asuntos que podían haberle llegado se detenían al llegar al secretario, bajo cuya administración se abordaban de manera mucho más expeditiva y satisfactoria que si hubieran ido a parar a los dominios del joven Blight. Eso era algo que el Basurero de

Oro comprendía perfectamente. Incluso la cuestión que se planteaba en esos momentos era de tan poca importancia que no requería la presencia del secretario, pues no era más que lo siguiente: como la muerte de Hexam había provocado que el hombre honesto no pudiera sacarle provecho al sudor de su frente, el hombre honesto se había negado a humedecerse la frente por nada, con ese intenso ejercicio que en los círculos legales se conoce como jurar y perjurar. En consecuencia, la nueva luz se había ido apagando. Pero el que se airearan viejos hechos había llevado a una persona interesada a sugerir que sería buena idea que, antes de que el caso regresara a su triste estante —ahora probablemente para siempre—, se indujera u obligara al señor Julius Handford a reaparecer para ser interrogado. Y como nadie tenía la menor pista del señor Julius Handford, Lightwood le pidió autorización a su cliente para buscarle a través de algunos anuncios públicos.

—¿Tiene algún inconveniente en escribirle a Lightwood, Rokesmith?

—En absoluto, señor.

—Pues entonces podría escribirle unas líneas, y dígame que es libre de hacer lo que se le antoje. No creo que consigamos nada.

—Yo tampoco creo que consigamos nada —dijo el secretario.

—No, obstante, que haga lo que quiera.

—Le escribiré inmediatamente. Deje que le dé las gracias por ser tan tolerante con mi aversión. Puede que le parezca más justificada si le digo que, aunque no conozco al señor Lightwood, me trae a la memoria un suceso desagradable. No es culpa suya; no hay que culparle por ello, y ni siquiera conoce mi nombre.

El señor Boffin concluyó el asunto con un par de inclinaciones de cabeza. Se escribió la carta, y al día siguiente apareció el anuncio en el que se solicitaba al señor Julius Handford que se pusiera en comunicación con Mortimer Lightwood, a fin de favorecer la acción de la justicia, ofreciéndose una recompensa a cualquiera que, conociendo su paradero, se lo comunicara al mencionado señor Mortimer Lightwood, en su oficina de Temple. El anuncio apareció cada día, durante seis semanas, en la primera página de todos los periódicos, y cada día, durante seis semanas, el secretario, cuando lo veía, decía para sí, en el mismo tono en que se lo dijera a su patrón: «Yo tampoco creo que consigamos nada».

Entre sus primeras tareas, ocupó un lugar preferente la búsqueda del huérfano anhelado por la señora Boffin. Desde que entró a trabajar en esa casa, mostró un deseo especial de complacerla, y, sabiendo que eso era lo que más ansiaba, se tomó ese empeño con infatigable presteza e interés.

El señor y la señora Milvey habían descubierto que era una búsqueda difícil. O el huérfano idóneo era del sexo erróneo (cosa que casi siempre sucedía) o era demasiado mayor, o demasiado joven, o estaba demasiado enfermo, o demasiado sucio, o demasiado acostumbrado a las calles, o era demasiado propenso a escaparse; o se hacía imposible completar la filantrópica transacción sin comprar al huérfano. Pues, en cuanto se hacía público que alguien quería un huérfano, aparecía un pariente afectuoso que ponía precio a la cabeza del huérfano. El alza repentina del precio de los huérfanos en el mercado no tenía parangón en los descabellados anales de la Bolsa. A las nueve de la mañana estaba en casa de la nodriza, jugando con barro, a cinco mil por ciento por debajo del valor nominal, y en cuanto se preguntaba por él el precio subía a cinco mil por ciento por encima de ese valor antes de mediodía. El mercado se «amañaba» de maneras ingeniosas. Circulaba mercancía falsa. Los padres se hacían pasar por muertos y llevaban a los huérfanos con ellos. Los auténticos huérfanos se retiraban furtivamente del mercado. Cuando los emisarios apostados a ese fin anunciaban la llegada del señor y la señora Milvey al parque, se ocultaban de inmediato las acciones de huérfanos, y se negaban a enseñarlos, a no ser que se cumpliera la condición requerida por los corredores de Bolsa de pagar «un galón de cerveza». Del mismo modo, había fluctuaciones propias de épocas de crisis, y los titulares de huérfanos los mantenían fuera del mercado y luego lo inundaban con docenas de ellos. Pero el principio invariable que estaba en la raíz de todas esas operaciones era la compraventa, un principio que el señor y la señora Milvey no podían aceptar.

Al fin llegó a oídos del reverendo Frank la noticia de que habían encontrado un huérfano encantador en Brentford. Los difuntos padres habían pertenecido a la parroquia, y uno de ellos tenía una abuela viuda en esa agradable población, y ella, la señora Betty Higden, se había hecho cargo del niño con afecto maternal, pero ya no podía seguir manteniéndolo.

El secretario le propuso a la señora Boffin o bien ir él mismo a esa población a echarle un vistazo preliminar al huérfano o acompañarla para que ella se formara ya su propia opinión. La señora Boffin prefirió esto último, y

una mañana se pusieron en marcha en un faetón alquilado, con el joven de cabeza como un martillo detrás de ellos.

La residencia de la señora Betty Higden no fue fácil de encontrar, y se hallaba en una zona tan complicada y retirada del Brentford más enfangado que dejaron su equipaje junto al cartel del Tres Urracas y siguieron el camino a pie. Tras mucho preguntar y equivocarse, les señalaron una calleja que conducía a una pequeña casita que cubría la entrada abierta con una tabla cruzada. Apoyándose por las axilas en esa tabla había un caballerete de corta edad que pescaba en el barro con un caballito de madera descabezado y un sedal. El secretario señaló que ese joven deportista era el huérfano, pues se le distinguía por un cabellera rojiza de pelo crespo y rizado y una cara ancha.



MRS. BOFFIN DISCOVERS AN ORPHAN.

La desgracia quiso que, mientras aceleraban el paso, el huérfano, sin tener en cuenta consideraciones de seguridad personal en el ardor del momento, perdiera el equilibrio y cayera de cabeza a la calle. Al ser un huérfano rollizo siguió rodando, y rodó hasta el arroyo antes de que los recién llegados lo alcanzaran. De allí lo sacó John Rokesmith, por lo que el primer encuentro con la señora Higden comenzó con la embarazosa circunstancia de que se hallaran en posesión —y, a primera vista, diríase que ilegal— del huérfano, boca abajo y con la cara amoratada. La tabla que cruzaba la puerta también actuó de trampa para los pies de la señora Higden cuando esta salió y para los de la señora Boffin y de John Roskesmith cuando entraron, aumentando enormemente lo incómodo de la situación: a la cual los berridos del huérfano impartían un carácter lúgubre e inhumano.

Al principio fue imposible que los adultos se explicaran, pues el huérfano «se había quedado sin respiración»: algo de lo más terrorífico que produjo en el huérfano una rigidez de color plomizo y un silencio mortal, en comparación con el cual sus gritos eran una música que causaba gran contento. Pero, mientras se iba recuperando, la señora Boffin se presentó, y la paz volvió a sonreír lentamente en la casa de la señora Betty Higden.

Entonces se dieron cuenta de que se trataba de una vivienda pequeña con una gran máquina de planchar en medio, accionada por un muchacho muy alto, con la cabeza muy pequeña y una boca abierta de volumen desproporcionado que parecía contribuir a que se quedara mirando a los visitantes con unos ojos como platos. En un rincón, debajo de la máquina de planchar, en un par de taburetes, había dos niños muy pequeños: un chico y una chica; y cuando el muchacho alto, dejando de poner sus ojos como platos, hizo girar la manivela, resultó alarmante ver cómo se abalanzaba hacia esos dos inocentes, como una catapulta destinada a destruirlos, retrocediendo sin causar daño cuando estaba solo a un centímetro de sus cabezas. La habitación estaba limpia y ordenada. Tenía el suelo de ladrillo, y una ventana con cristales en forma de rombo, y unos flecos colgando de la repisa de la chimenea, y unas cuerdas clavadas de abajo arriba en la parte exterior de las ventanas, en las que unas judías escarlata treparían en la próxima estación si los Hados eran propicios. Por propicios que hubieran sido para Betty Higden en cuestión de judías en las estaciones transcurridas, no habían sido muy favorables en cuestión de monedas, pues era fácil comprender que era pobre.

La señora Betty Higden era una de esas ancianas que en virtud de una

indómita determinación y una fuerte constitución luchan durante muchos años, aunque cada año llega con golpes nuevos y demoledores que acaban socavándola. Era una anciana activa, de ojos negros y luminosos y cara resuelta, aunque también una criatura cariñosa; no una mujer de razonamientos lógicos, pero Dios es bueno, y en el cielo puede que el corazón cuente tanto como la cabeza.

—¡Oh, naturalmente! —dijo cuando quedó claro a qué venían—. La señora Milvey tuvo la gentileza de escribirme, señora, e hice que Fangoso me leyera la carta, que era muy bonita. Y es que se trata de una señora muy amable.

Los visitantes observaron al muchacho alto, cuya boca y ojos aún más abiertos parecían indicar que lo de Fangoso^[11] era cierto.

—Pues han de saber —dijo Betty— que no se me da muy bien leer lo escrito a mano, aunque soy capaz de leer la Biblia y casi todo lo que está impreso. Y me encantan los periódicos. No lo creerían, pero Fangoso lee muy bien los periódicos. Lee los diálogos de la policía poniendo voces diferentes.

A los visitantes volvió a parecerles una muestra de cortesía mirar a Fangoso, el cual, mirándolos a su vez, echó la cabeza para atrás, abrió la boca a su máxima anchura, y rió fuerte y prolongadamente. En ese momento los dos inocentes, con los sesos en ese aparente peligro, rieron, y la señora Higden rió, y el huérfano rió, y a continuación los visitantes rieron. Cosa que fue más alegre que inteligible.

Entonces una industriosa manía o furia pareció apoderarse de Fangoso, giró la palanca de la máquina, y la impulsó hacia la cabeza de los inocentes con un crujido y un estrépito tales que la señora Higden lo detuvo.

—Estos señores no oyen lo que dicen, Fangoso. ¡Para un poco, para un poco!

—¿Es el niño que tiene en el regazo? —le preguntó la señora Boffin.

—Sí, señora, este es Johnny.

—¡Y se llama Johnny! —exclamó la señora Boffin volviéndose hacia el secretario—. ¡Ya se llama Johnny! ¡Solo nos queda uno de los dos nombres que ponerle! Qué guapo es.

El pequeño, la barbilla encogida con timidez infantil, miraba furtivamente

a la señora Boffin con sus ojos azules, y acercó su mano gordezuela y con hoyuelos a la cara de la anciana, que la besó varias veces.

—Sí, señora, es un chico muy guapo, y es un encanto de niño, y es el hijo de la hija de la última hija que me quedaba. Pero ella se ha ido, como los demás.

—¿Todos estos no son hermanos? —dijo la señora Boffin.

—Oh, no, señora. Son recogidos.

—¿Recogidos? —repitió el secretario.

—Los recojo para cuidarlos, señor. Tengo una escuela de niños recogidos. Solo puedo aceptar a tres por culpa de la máquina de planchar. Pero me encantan los niños, y cuatro peniques a la semana son cuatro peniques. Venid aquí, Mocosín, Mocosina.

Mocosín era el apodo del niño; Mocosina, el de la niña. Con sus pasitos vacilantes, de la mano, cruzaron el cuarto, como si atravesaran un camino extremadamente difícil cruzado por arroyos, y cuando la señora Betty Higden les hubo dado unas palmaditas en la cabeza, los dos niños hicieron como si acometieran al huérfano, representando de manera dramática el intento de llevárselo cautivo y esclavo entre gritos de alegría. Los tres niños disfrutaron de lo lindo, y el simpático Fangoso también rió de manera sonora y prolongada. Cuando pareció prudente interrumpir el juego, Betty Higden dijo «Mocosín y Mocosina, a vuestros asientos», y los dos regresaron de la mano a campo traviesa, como si las últimas lluvias hubiesen hecho crecer los arroyos.

—¿Y el señor... o señorito... Fangoso? —dijo el secretario, sin saber muy bien si era un joven, un muchacho, o qué.

—Es hijo natural —replicó Betty Higden, bajando la voz—. De padres desconocidos. Lo encontraron en la calle. Fue criado —con un estremecimiento de repugnancia—... en el asilo.

—¿El asilo de pobres? —dijo el secretario.

La señora Higden puso su decidida expresión habitual, y asintió de manera sombría.

—Le desagrada mencionarlo.

—¿Que me desagrada mencionarlo? —contestó la anciana—. Prefiero que

me maten a que me lleven allí. Arroje a este pequeño bajo las pezuñas de unos caballos que arrastran un vagón cargado antes que llevarlo allí. ¡Que vengan a nuestra casa y nos encuentren agonizando, y nos prendan fuego donde estemos tendidos, y que ardamos con la casa hasta no ser más que un montón de cenizas antes de que lleven nuestro cadáver allí!

¡Sorprendente espíritu el de esta mujer solitaria tras tantos años de duro trabajo, de dura vida, señores y caballeros e ilustres juntas directivas! ¿Cómo lo llamaríamos en nuestros grandilocuentes discursos? ¿Independencia británica, bastante pervertida? ¿Es esa jerga, o se le parece?

—¿Acaso no lo leo en los periódicos? —dijo la señora, acariciando al niño—. ¡Dios me asista, y a los que son como yo! ¡La de gente rendida que va a parar allí, y cómo los llevan de la Ceca a la Meca, para acabar matándolos de agotamiento! ¿Es que no leo cómo les dan largas y más largas, cómo les escamotean y escamotean el cobijo, el médico, una gota de medicina o un pedazo de pan? ¿Es que no leo cómo se deprimen y abandonan, después de haber caído tan bajo, y cómo todos mueren al final por falta de ayuda? Por eso digo que espero morir como cualquier otro, y que pienso morir sin ese oprobio.

¿Es totalmente imposible, señores, caballeros e ilustres juntas directivas, conseguir que el saber legislativo arrebate la lógica de las palabras de estas gentes perversas?

—Johnny, bonito —añadió la anciana Betty, acariciando al niño y lamentándose por él más que hablándole—, tu abuelita Betty está ya más cerca de los ochenta que de los setenta. Y nunca pidió limosna, ni un penique a la beneficencia en toda su vida. Pagó todas sus deudas cuando tuvo dinero; trabajó cuando pudo y pasó hambre cuando no le quedó más remedio. Reza para que tu abuelita tenga fuerzas suficientes hasta el final (es fuerte para ser tan vieja, Johnny), para levantarse de la cama, y huir y ocultarse, y dejarse caer en un agujero para morir antes que caer en manos de esos crueles sujetos que, leemos, traen y llevan, molestan y agotan, burlan y avergüenzan a la gente decente.

¡Un gran éxito, señores y caballeros e ilustres juntas directivas, haber conseguido que los mejores de nuestros pobres se hayan dado cuenta de esto! ¿No valdría la pena dedicarle algún pensamiento de vez en cuando?

El miedo y el aborrecimiento que la señora Betty Higden borró de su cara

al acabar esa digresión demostró lo seriamente que había hablado.

—¿Y trabaja para usted? —preguntó el secretario, desviando de nuevo la atención hacia el señor o señorito Fangoso.

—Sí —dijo Betty con una sonrisa afable y asintiendo con la cabeza—. Y muy bien.

—¿Vive aquí?

—Vive más aquí que en otro sitio. Me lo trajeron pensando que era retrasado, y primero vino como recogido. Le insistí mucho al señor Blogg, el pertiguero, para poder tenerlo como recogido, tras verlo por casualidad en la iglesia y pensando que podría hacer algo con él. Pues entonces era una criatura débil y frágil.

—¿Alguna vez lo llaman por su nombre?

—Bueno, a decir verdad, no tiene nombre. Siempre entendí que le pusieron ese nombre porque lo encontraron una noche de mucho fango.

—Parece un sujeto simpático.

—Dios le bendiga, señor, pues de eso, nada —replicó Betty—, no es nada simpático. Si quiere ver lo simpático que es, mírelo de arriba abajo.

Muy desgarrado era Fangoso. Le sobraba de largo lo que le faltaba de ancho, y mostraba demasiados ángulos agudos en su angulosidad constitucional. Era una de esas criaturas masculinas desmadejadas, nacidas para ser indiscretamente ingenuos en la revelación de sus botones, y cada uno de sus botones miraba ostentosamente al público en un punto extraordinario. Fangoso contaba con un buen capital de rodillas y codos, muñecas y tobillos, pero no sabía sacarles provecho, y siempre lo invertía en valores fallidos y acababa en circunstancias embarazosas. Era el soldado raso número uno en el Pelotón de los Torpes, y sin embargo tenía sus luminosas ideas de lo que significaba permanecer leal a la bandera.

—Y ahora —dijo la señora Boffin—, hablemos de Johnny.

Mientras Johnny, con la barbilla apretada contra el pecho y los labios en un puchero, reclinado en el regazo de Betty, concentraba su mirada en los visitantes y se protegía de la observación de estos con un brazo con hoyuelos, la anciana Betty cogió uno de sus gordezuelas y lozanas manos con su reseca mano derecha y con ella dio cariñosas palmaditas sobre su reseca mano

izquierda.

—Sí, señora. Hablemos de Johnny. Si me confía a este niño —dijo la señora Boffin, con una expresión que invitaba a la confianza—, tendrá el mejor de los hogares, la mejor de las atenciones, la mejor educación, y los mejores amigos. ¡Quiera Dios que yo sea una buena madre para él!

—Le doy las gracias, señora, y el niño le estaría agradecido si tuviera bastante edad para comprender las cosas. —Seguía dando golpecitos con la manita del niño sobre la suya—. Jamás impediría que el niño tenga lo mejor, ni aunque me quedara mucha vida por delante en lugar de muy poca. Pero espero que no se tome a mal que le tenga al niño más apego del que puedo expresar en palabras, pues es lo único que me queda.

—¿Tomármelo a mal, querida señora? ¡Hasta qué punto ha de quererlo que se lo ha traído a casa!

—He visto a muchos en mi regazo —dijo Betty, aún dándose esos golpecitos de mano infantil en su propia mano—. ¡Y los he perdido a todos menos a este! Me da vergüenza parecer tan egoísta, pero la verdad es que no es mi intención. Hará fortuna, y cuando yo muera él será un caballero. Yo... no sé qué me pasa. Me... me resisto. ¡No me mire! —Paró aquellos golpecitos, el gesto decidido de su boca desapareció, y aquella cara hermosa, enérgica y anciana fue todo lágrimas y debilidad.

En ese momento, y para gran alivio de los visitantes, el emotivo Fangoso, en cuanto observó el estado de su benefactora, echó la cabeza hacia atrás y abrió la boca en un tremendo bramido. Esa alarmante señal de que algo malo ocurría al instante aterró a Mocosín y a Mocosina, que lanzaron a su vez un rugido que causó que Johnny, presa de la desesperación, se retorciera y pataleara en dirección a la señora Boffin con unos zapatos que no entendían de quién estaba delante. Lo absurdo de la situación le quitó todo su patetismo. La señora Betty Higden recobró enseguida el dominio de sí e impuso orden entre los críos con tal celeridad que Fangoso, parándose en seco en un polisilábico bramido, transfirió su energía a la máquina de planchar, dando varios giros de penitencia antes de que lo pararan.

—¡Vamos, vamos, vamos! —dijo la señora Boffin, viéndose casi como la mujer más despiadada del mundo—. No va a pasar nada. Nadie tiene por qué asustarse. Todos estamos tranquilos, ¿verdad, señora Higden?

—Ya lo creo que sí —replicó Betty.

—Y la verdad es que el asunto no corre prisa, ¿sabe? —dijo la señora Boffin en voz más baja—. ¡Piénselo el tiempo que quiera, mi buena señora!

—No tema nada de mí, señora —dijo Betty—. Ayer pensé todo lo que tenía que pensar. No sé qué me ha dado ahora, pero no volverá a pasar.

—Bueno, pues que Johnny se tome más tiempo para pensarlo —contestó la señora Boffin—. El niño tendrá tiempo para acostumbrarse. Y usted tendrá más tiempo para acostumbrarse, si le parece bien, ¿no cree?

Betty lo aceptó alegre y de buena gana.

—Señor —exclamó la señora Boffin, mirando radiante a su alrededor—, queremos que todo el mundo sea feliz, no que esté triste. Y, si no le importa, puede irme informando de si ya se va acostumbrando a ello, y cómo va todo.

—Le mandaré a Fangoso —dijo la señora Higden.

—Y este caballero que ha venido conmigo le pagará por las molestias —dijo la señora Boffin—. Y señor Fangoso, cada vez que venga a mi casa, asegúrese de no dar media vuelta sin haber tomado una buena comida de carne, cerveza, verduras y budín.

Eso contribuyó aún más a animar el ambiente; pues el simpatiquísimo Fangoso primero abrió mucho los ojos y puso una gran sonrisa, y luego comenzó a bramar y reír, y Mocosín y Mocosina pronto le siguieron, y Johnny puso el remate. Mocosín y Mocosina consideraron que las circunstancias eran favorables para reemprender su dramático asalto a Johnny, de nuevo de la mano y a campo traviesa en una expedición de bucaneros; y tras luchar con gran valor por ambas partes en el rincón de la chimenea que quedaba detrás de la silla de la señora Higden, aquellos peligrosísimos piratas regresaron de la mano a sus taburetes, cruzando el lecho seco de un torrente de montaña.

—Dígame qué puedo hacer por usted, Betty, amiga mía —dijo la señora Boffin confidencialmente—, si no hoy, la próxima vez.

—Gracias de todos modos, señora, pero no quiero nada para mí. Puedo trabajar. Soy fuerte. Soy capaz de andar veinte millas si me lo propongo.

La vieja Betty era orgullosa, y lo dijo con un brillo en sus ojos vivos.

—Sí, pero no le irían mal algunas pequeñas comodidades —replicó la señora Boffin—. Bendita sea, yo no nací más señora que usted.

—Pues a mí me parece —dijo Betty, sonriendo— que nació usted siendo toda una señora, y una de verdad, o no ha existido ninguna sobre la tierra. Pero no pienso aceptar nada de usted, querida mía. Nunca he aceptado nada de nadie. Y no es que no sea agradecida, pero prefiero ganarme lo que tengo.

—¡Bien, bien! —replicó la señora Boffin—. Me refería solo a cosas pequeñas, o no me habría tomado la libertad.

Betty se llevó a los labios la mano de su visitante agradeciendo aquella delicada respuesta. Maravillosamente erguida, con una expresión maravillosamente segura de sí misma, de cara a su visitante, explicó sus razones.

—De haberme podido quedar con este niño sin el temor constante que ya le he manifestado, no me habría separado de él, ni para dárselo a usted. ¡Pues le quiero, le quiero, le quiero! En él quiero a mi marido, que murió hace mucho tiempo; en él amo a mis hijos; en él amo mis días jóvenes y llenos de esperanza, también ya muertos. No podría vender ese amor y mirarla a la cara. Es un regalo. No necesito nada. Cuando me fallen las fuerzas, si puedo morir de manera rápida y serena, estaré contenta. Me interpose entre mis muertos y el oprobio del que le he hablado, y a todos los he librado de él. Cosido a mi vestido —se puso la mano en el pecho— llevo lo suficiente para pagarme la sepultura. Solo le pido que procure que se gaste bien, de manera que pueda verme libre hasta el final de esa deshonra y crueldad, y entonces habrá hecho no poco por mí, y todo esto es lo que en este mundo ambiciono.

La visitante de la señora Betty Higden le estrechó la mano. Aquella cara anciana y fuerte ya no volvió a derrumbarse. Señores y caballeros e ilustres juntas directivas, su cara era tan serena como las nuestras, y casi tan digna.

Engatusaron a Johnny para que ocupara de manera temporal el regazo de la señora Boffin. No se le convenció para abandonar las faldas de la señora Betty Higden hasta no haber entrado en competencia con los dos diminutos recogidos, y ver que eran sucesivamente elevados a esa posición sin perjuicio alguno; y mostró una intensa añoranza de esas faldas, espiritual y física, incluso mientras la señora Boffin lo abrazaba; la espiritual lo expresó con un semblante muy apesadumbrado, y la física extendiendo los brazos. No obstante, una descripción general de los maravillosos juguetes que habitaban

la casa de la señora Boffin le hizo ganarse la amistad de ese huérfano materialista: primero el niño se la quedó mirando con el entrecejo fruncido y un puño en la boca, y al final acabó soltando una risita cuando se mencionó un caballito sobre ruedas ricamente engualdrapado que poseía el milagroso don de galopar hacia las pastelerías. Los recogidos imitaron esa risita, formando al final un dichoso trío que dio general satisfacción.

Así pues, la entrevista se consideró muy fructífera, la señora Boffin quedó complacida y todos estuvieron satisfechos. Y Fangoso no fue el que menos, pues acompañó a los visitantes al Tres Urracas por el mejor camino, a pesar del desprecio que le manifestó el joven de cabeza de martillo.

Encarrilado ya ese asunto, el secretario condujo a la señora Boffin de vuelta a La Enramada, y estuvo trabajando hasta la noche en cuestiones relacionadas con la nueva casa. Si, al atardecer, se encaminó hacia sus habitaciones cruzando los campos con vistas a encontrarse con la señorita Bella Wilfer en esos campos, es algo que no es seguro, aunque sí lo sea que ella solía pasear por allí a esa hora.

Lo que sí es seguro es que ella estaba allí esa tarde.

La señorita Bella había abandonado el luto, y vestía todos los bonitos colores que había podido reunir. No se puede negar que ella era tan bonita como esos colores, que además le sentaban muy bien. Leía al tiempo que caminaba, y desde luego tenemos que deducir, al no dar señal de que se apercibiera de la llegada del señor Roskesmith, que desconocía esa circunstancia.

—¿Eh? —dijo la señorita Bella, levantando los ojos del libro cuando él se paró delante de ella—. ¡Oh! Es usted.

—Solo soy yo. Qué bonita tarde.

—¿Eso cree? —dijo Bella, mirando fríamente a su alrededor—. Supongo que sí, ahora que lo menciona. No estaba pensando en la tarde.

—¿Tan concentrada estaba en su libro?

—Sssííí —replicó Bella, arrastrando la sílaba con indiferencia.

—¿Se trata de una historia de amor, señorita Wilfer?

—Dios mío, no, yo no leo esas cosas. Trata más de dinero que de otra cosa.

—¿Y dice que el dinero es mejor que todo lo demás?

—A fe mía —replicó Bella— que se me olvida lo que dice, pero si quiere puede averiguarlo por usted mismo, señor Rokesmith. No quiero seguir leyéndolo.

El secretario cogió el libro —Bella había hecho aletear las hojas como si fuera un abanico— y caminó junto a ella.

—Tengo un mensaje para usted, señorita Wilfer.

—¡Creo que eso es imposible! —dijo Bella con la misma indolencia que antes.

—De la señora Boffin. Me ha encargado que le transmita que estará en condiciones de recibirla, y encantada de hacerlo, dentro de una semana o dos a lo máximo.

Bella se volvió hacia él levantando sus cejas hermosas e insolentes y entornando los párpados, como diciendo: «Pero bueno, ¿cómo es que me trae usted este mensaje?».

—Estaba esperando tener la oportunidad de decirle que soy el secretario del señor Boffin.

—Pues no me aclara nada —dijo altiva la señorita Bella—, ya que no sé lo que es un secretario. Tampoco es que tenga demasiada importancia.

—En absoluto.

Una mirada furtiva a la cara de la señorita Bella, mientras caminaba a su lado, le indicó que ella no esperaba que él aceptara su opinión de buenas a primeras.

—¿Va a quedarse allí para siempre, señor Rokesmith? —preguntó ella como si eso fuese un obstáculo.

—¿Siempre? No. ¿Mucho tiempo? Sí.

—¡Por favor! —dijo Bella en su tono arrastrado, con un deje de mortificación.

—Pero mi posición de secretario en esa casa será muy distinta de la suya, en cuanto que invitada. Me verá poco o nada. Yo me dedicaré a los negocios; usted, a disfrutar. Yo tendré que ganarme el salario; usted no tendrá otra cosa

que hacer que disfrutar y atraer.

—¿Atraer, señor? —dijo Bella, de nuevo levantando las cejas y entornando los párpados—. No le entiendo.

Sin responder a esa pregunta, el señor Rokesmith prosiguió:

—Perdone, pero la primera vez que la vi vestida de luto...

(«¡Bueno! —fue la exclamación mental de la señorita Bella—. ¿Qué les decía yo en casa? Todo el mundo se fijaba en ese ridículo luto»).

—La primera vez que la vi vestida de luto, no conseguía explicarme por qué usted lo llevaba y su familia no. Espero que no considere una impertinencia mis elucubraciones.

—Yo también espero que no —dijo la señorita Bella, altanera—. Pero nadie mejor que usted sabrá cuáles fueron.

El señor Rokesmith inclinó la cabeza en un gesto de desaprobación y continuó.

—Puesto que el señor Boffin me ha confiado sus asuntos, he acabado comprendiendo ese pequeño misterio. Me aventuro a observar que gran parte de su pérdida será reparada. Hablo solo de riqueza material, señorita Wilfer. La pérdida de un perfecto desconocido, cuya dignidad o indignidad no puedo juzgar (ni tampoco usted), es algo que queda al margen. Pero esa dama y ese caballero, dos personas excelentes y tan sencillas, tan generosas, que tanto la aprecian, están tan deseosos de... ¿cómo lo diría?... de compartir su buena suerte que lo único que tiene usted que hacer es corresponderles.

Mientras Rokesmith le lanzaba otra mirada furtiva, vio una cierta expresión de ambición y triunfo en su cara que ninguna fingida frialdad pudo ocultar.

—Ya que coincidimos bajo el mismo techo por una combinación accidental de circunstancias, que por una extraña eventualidad se extienden a las personas con las que en breve vamos a relacionarnos, me he tomado la libertad de decirle esas palabras. Espero que no me considere un entrometido —dijo el secretario con deferencia.

—La verdad, señor Rokesmith, es que no sé cómo considerarle —replicó la joven—. Lo que me ha dicho me resulta del todo ajeno, y puede que no nazca más que de su propia imaginación.

—Ya lo verá.

Esos campos quedaban justo enfrente de la residencia de los Wilfer. La discreta señora Wilfer había estado asomada a la ventana y presenciado el diálogo de su hija y su inquilino, y al momento se plantó un sombrero y salió a dar un paseo sin rumbo fijo.

—Le estaba diciendo a la señorita Wilfer —dijo John Rokesmith cuando apareció la majestuosa mujer—, que, por una extraña casualidad, he acabado de secretario del señor Boffin, o administrador.

—No tengo el honor de conocer estrechamente al señor Boffin —replicó la señora Wilfer, sacudiendo los guantes con su crónico estado de dignidad y esa vaga sensación de verse maltratada—, y no me corresponde felicitar a ese caballero por la adquisición que ha hecho.

—Una adquisición bastante pobre —dijo Rokesmith.

—Perdone que le diga —replicó la señora Wilfer— que puede que el señor Boffin sea una persona de gran mérito, puede que más distinguida de lo que se colige del semblante de la señora Boffin, pero sería el colmo de la humildad considerarlo digno de un ayudante mejor.

—Es usted muy amable. Le estaba diciendo a la señorita Wilfer que se la espera en breve en la nueva residencia que tienen en la ciudad.

—Tras haber consentido de manera tácita —dijo la señora Wilfer con un supremo encogimiento de hombros y otra agitación de sus guantes— que mi hija aceptara la atención que le ofrecía la señora Boffin, no tengo nada que objetar.

En ese momento, la señorita Bella la reconvino:

—No digas tonterías, mamá, por favor.

—¡Paz! —dijo la señora Wilfer.

—No, mamá. No quiero quedar en ridículo. ¡Que no tienes nada que objetar!

—Lo que digo —repitió la señora Wilfer, con un imponente acceso de grandeza— es que no voy a poner ninguna objeción. Si la señora Boffin (cuyo semblante probablemente no aprobaría ningún discípulo de Lavater)^[12] —ahí se estremeció— pretende iluminar su nueva residencia en la ciudad con el

atractivo de una hija mía, me alegro de que se vea honrada con la presencia de una hija mía.

—Señora, ha utilizado la misma palabra que he utilizado yo —dijo Rokesmith mirando a Bella—, al referirse a los atractivos de la señorita Wilfer.

—Perdóneme —contestó la señora Wilfer con temible solemnidad—, pero no había acabado.

—Le presento mis excusas.

—Estaba a punto de decir —añadió la señora Wilfer, que evidentemente no tenía ni idea de qué más decir— que cuando utilizo el término «atractivo» lo hago sin dar a entender que mi hija lo posea.

La excelente señora pronunció esa luminosa elucidación de sus opiniones con el aire de hacer un gran favor a quienes la escuchaban y de colocarse muy por encima de ellos. A lo que la señorita Bella soltó una risita desdeñosa y dijo:

—Ya está bien, y lo digo por todos. Tenga la bondad, señor Rokesmith, de transmitirle mis respetos a la señora Boffin...

—¡Perdona! —exclamó la señora Wilfer—. Saludos.

—¡Mis respetos! —repitió Bella dando una patadita en el suelo.

—¡No! —dijo la señora Wilfer sin cambiar de tono—. Saludos.

—Diré los respetos de la señorita Wilfer y los saludos de la señora Wilfer —propuso el secretario para llegar a un compromiso.

—Y que me alegrará ir cuando todo esté a punto. Cuanto antes, mejor.

—Una última cosa, Bella —dijo la señora Wilfer— antes de que bajemos a casa. Confío en que, como hija mía, te darás cuenta de que será de buena nota que, al tratar al señor y a la señora Boffin de igual a igual, recuerdes que el secretario, el señor Rokesmith, como inquilino de tu padre, tiene derecho a que lo trates con deferencia.

La condescendencia con que la señora Wilfer proclamó su patrocinio fue tan maravillosa como la presteza con que el inquilino quedó rebajado a la categoría de secretario. Rokesmith sonrió cuando la madre se retiró escaleras abajo; pero quedó cariacontecido cuando la hija la siguió.

—¡Qué insolente, qué trivial, qué caprichosa, qué interesada, qué despreocupada, qué difícil de conmover y de cambiar! —Y añadió mientras subía las escaleras—: ¡Y sin embargo qué guapa, qué guapa! —Y añadió al poco, ya caminando arriba y abajo de su cuarto—: ¡Y si supiera...!

Ella sabía que Rokesmith estaba haciendo temblar la casa con sus pisadas; y declaró que otra de las desgracias de ser pobre consistía en que no podías librarte de un secretario que siempre caminaba arriba y abajo, pam, pam, pam, sobre tu cabeza, en la oscuridad, como un fantasma.

Capítulo XI

Una ciénaga deprimente

¡Y ahora, en los radiantes días de verano, contemplemos al señor y a la señora Boffin instalados en la mansión familiar eminentemente aristocrática, y contemplemos cómo pululan todo tipo de criaturas reptantes, gateantes, aleteantes y zumbantes, atraídas por el polvo de oro del Basurero de Oro!

Entre los primeros que depositan su tarjeta de visita en la puerta eminentemente aristocrática antes de que esté pintada del todo están los Veneering, sin resuello, se podría imaginar, por la impetuosidad con que han corrido hacia esa escalinata eminentemente aristocrática. Una tarjeta grabada en plancha de cobre de la señora Veneering, una segunda tarjeta grabada en plancha de cobre del señor Veneering, y una tarjeta conjunta grabada en plancha de cobre del señor y la señora Veneering, solicitando el honor de que el señor y la señora Boffin los acompañen a una cena del Analista con las máximas solemnidades. La cautivadora lady Tippins deja una tarjeta. Twemlow deja tarjetas. Un faetón alto y color natillas que se desplaza con gran solemnidad deja cuatro tarjetas, a saber: un par del señor Podsnap, una de la señora Podsnap, y otra de la señorita Podsnap. Todo el mundo y su esposa y su hija dejan tarjetas. A veces la esposa del mundo tiene muchas hijas, y su tarjeta es como un lote misceláneo en una subasta; comprende a la señora Tapkins, a la señorita Tapkins, a la señorita Frederica Tapkins, a la señorita Antonina Tapkins, a la señorita Malvina Tapkins, a la señorita Euphemia Tapkins; al mismo tiempo, la susodicha dama deja la tarjeta de la señora de Henry George Alfred Swoshle, de soltera Tapkins; y también una tarjeta de la señora Tapkins informando que recibe los miércoles, con velada musical, en Portland Place.

La señorita Bella Wilfer pasa a ser residente por un tiempo indeterminado de la residencia eminentemente aristocrática. La señora Boffin lleva a la señorita Bella a su sombrerero y a su modista, y sale maravillosamente vestida. Los Veneering descubren con inmediato remordimiento que han

olvidado invitar a la señorita Bella Wilfer. Una petición de la señora Veneering y otra del señor y la señora Veneering solicitan ese honor adicional y hacen penitencia al instante, en cartulina blanca, sobre la mesa del vestíbulo. Del mismo modo, la señora Tapkins descubre su omisión, y la repara con prontitud; en su nombre y en el de la señorita Tapkins, la señorita Frederica Tapkins, la señorita Antonina Tapkins, la señorita Malvina Tapkins y la señorita Euphemia Tapkins. También en nombre de la señora de Henry George Alfred Swoshle, de soltera Tapkins. Y de la señora Tapkins, informando que recibe los miércoles, con velada musical, en Portland Place.

El oro en polvo del Basurero de Oro despierta la avidez de los libros de los comerciantes y hace la boca agua a esos comerciantes. Cada vez que la señora Boffin y la señorita Wilfer salen, o cada vez que el señor Boffin pisa la calle con su andar a saltitos, el pescadero se quita el sombrero con un aire de reverencia basada en la convicción. Sus empleados se limpian los dedos en el mandil de lana antes de atreverse a llevárselos a la frente para saludar al señor Boffin y señora. El boquiabierto salmón y el dorado salmonete que yacen sobre la tabla levantan su mirada ladeada, al igual que levantarían las manos, si pudieran, con rendida admiración. El carnicero, a pesar de ser un hombre corpulento y próspero, no sabe qué hacer de su cuerpo, tan ansioso está por expresar humildad al ser descubierto por los Boffin tomando el aire en una arboleda de corderos. Los regalos se entregan a los criados de los Boffin, y unos anodinos desconocidos con tarjetas comerciales, al encontrarse por la calle con los mencionados criados, les ofrecen promesas de corrupción. Como «Suponiendo que me viera favorecido con un pedido del señor Boffin, querido amigo, estaría encantado...» de hacer ciertas cosas que espero que no le resulten del todo desagradables.

Pero nadie sabe tan bien como el secretario, que es quien abre y lee las cartas, la de propuestas que se le hacen a un hombre marcado por la notoriedad. ¡Oh, qué variedad de basura para uso ocular, ofrecida a cambio del polvo de oro del Basurero de Oro! Cincuenta y siete iglesias se podrían construir con medias coronas, cuarenta y dos casas parroquiales se podrían reparar a base de chelines, veintisiete órganos se construirían con medios peniques, mil doscientos niños podrían criarse con sellos de correos. Tampoco es que media corona, un chelín, un penique o un sello fueran lo que se esperaba del señor Boffin, pero es evidente que él es el hombre que va a cubrir el déficit. ¡Y luego están las obras de beneficencia, mi hermano en

Cristo! Y la mayoría pasaban apuros económicos, pero qué pródigos en caros artículos de escritorio. Grandes y gruesas cartas de dos páginas, selladas con la corona ducal: «Señor don Nicodemus Boffin: Mi querido señor. Habiendo accedido a presidir la inminente Cena Anual del Fondo del Partido de la Familia, y sintiéndome profundamente impresionado por la inmensa utilidad de esa noble institución y la gran importancia que tiene que se vea apoyada por una lista de patrocinadores que le muestre al público el interés que sienten por ella los hombres más populares y distinguidos, me he decidido a solicitarle que forme parte de los patrocinadores de dicho evento. Solicitando su respuesta favorable antes del 14 del presente, queda, su leal servidor, LINSEED. P.D.: La aportación de los patrocinadores se limita a tres guineas». Amistosa misiva, por parte del duque de Linseed (y muy atenta la postdata), solo litografiada a centenares, y cuyo único rasgo distintivo es que va dirigida al señor don Nicodemus Boffin, con la dirección en una letra distinta. Hacen falta dos nobles condes y un vizconde combinados para informar al señor don Nicodemus Boffin, de manera igualmente lisonjera, de que una estimable dama del oeste de Inglaterra ha ofrecido entregar una bolsa que contiene veinte libras a la Sociedad que Otorga Rentas a los Miembros sin Pretensiones de las Clases Medias, si veinte individuos aportan previamente bolsas con cien libras cada una. Y estos benévolos nobles señalan muy amablemente que si el señor don Nicodemus Boffin desea aportar dos o más bolsas, no se apartará de la idea de la estimable dama del oeste de Inglaterra, siempre y cuando en cada bolsa aparezca el nombre de un miembro de su honrada y respetada familia.

Estos son los mendigos colegiados. Pero además están los mendigos individuales; ¡y cómo desfallece el corazón del secretario cuando tiene que tratar con ellos! Y hasta cierto punto hay que tratar con ellos, pues todos mandan documentos adjuntos (los llaman recortes; pero en cuanto que documentos son lo que la carne picada es a la ternera), y si estos no se devuelven significaría la ruina. Es decir, ahora están totalmente arruinados, pero entonces quedarían más totalmente arruinados. Entre estos corresponsales hay varias hijas de generales, acostumbradas desde siempre a todos los lujos de la vida (menos el de la ortografía), que poco imaginaban cuando sus gallardos padres se fueron a combatir a la península ibérica que tendrían que apelar a aquellos a quienes la Providencia, en su inescrutable sabiduría, ha bendecido con fabulosas cantidades de oro, y de entre estos han

seleccionado el nombre de Nicodemus Boffin para su primera intentona en este campo, sabiendo que tiene un corazón como no hay otro. El secretario también aprende que la confianza entre marido y mujer rara vez impera cuando surgen apuros monetarios, tan numerosas son las esposas que toman la pluma para pedirle dinero al señor Boffin sin que lo sepan sus devotos maridos, que jamás lo permitirían; mientras que, por otra parte, igual de numerosos son los maridos que toman la pluma para pedirle dinero al señor Boffin sin que sus devotas esposas lo sepan, pues estas perderían el juicio si sospecharan en lo más mínimo esa circunstancia. También hay mendigos inspirados. Estos, ayer mismo por la noche, estaban sentados meditando a la luz de un fragmento de vela que pronto había de apagarse y dejarlos en la oscuridad por el resto de la noche cuando probablemente algún ángel susurró a sus espíritus el nombre del señor don Nicodemus Boffin, impartiendoles rayos de una esperanza, o mejor dicho, de una seguridad en sí mismos a la que hasta entonces habían sido ajenos. Similares a estos son los mendigos a quienes un amigo les ha sugerido la idea. Estaban compartiendo una patata fría y agua junto a la luz escasa y parpadeante de una yesca, en sus habitaciones (van bastante atrasados con el alquiler, y una patrona despiadada amenaza con echarlos «como a perros» a la calle), cuando un amigo bien informado asomó la cabeza y dijo: «Escriba de inmediato al señor don Nicodemus Boffin». También hay mendigos noblemente independientes. Estos, en días de abundancia, siempre consideraron el oro como algo indigno, y todavía no han superado ese único impedimento a la hora de amasar riqueza; pero no quieren algo tan despreciable del señor don Nicodemus Boffin. No, señor Boffin; el mundo puede decir que es orgullo, un orgullo mezquino, si quieres, pero no lo aceptarían si se lo ofrecieran; un préstamo, señor: para catorce semanas, ni un día más, a un interés del cinco por ciento anual, entregado a cualquier institución de caridad que usted señale: es todo lo que quieren, y si es tan mezquino como para negarse, cuente con el desprecio de los espíritus generosos. También hay mendigos de puntuales hábitos comerciales. Son los que pondrán fin a su vida a la una menos cuarto del mediodía del martes si no han recibido un giro postal del señor don Nicodemus Boffin; si no va a llegar antes de la una menos cuarto del mediodía del martes, no hace falta que lo envíe, pues ya serán (tras haber escrito un memorándum exacto de tan despiadadas circunstancias) «fríos cadáveres». También hay mendigos a caballo, pero que no están dispuestos a cabalgar hasta el infierno,^[13] como dice el refrán. Estos ya están sobre la

montura y dispuestos a partir por el camino de la riqueza. Tienen la meta delante, el camino real está en un estado inmejorable, las espuelas a punto, el corcel dispuesto, pero en el último momento, a falta de algo especial —un reloj, un violín, un telescopio astronómico, una máquina de electricidad— han de desmontar hasta que reciban su equivalente en dinero del señor don Nicodemus Boffin. Menos atentos al detalle son los mendigos que se dedican a empresas lupanarias. Estos, a quienes hay que responder enviando una carta a unas iniciales en una oficina de correos de provincias, preguntan por medio de manos femeninas: ¿se atrevería una mujer que no puede revelar su nombre al señor don Nicodemus Boffin, pues ese nombre le asombraría si lo conociera, a solicitar el adelanto inmediato de doscientas libras de esas inesperadas riquezas que ejercen su más noble privilegio cuando pasan a manos de la gente corriente?

En esa Ciénaga Deprimiente se alza la nueva casa, y a través de ella se abre paso diariamente el secretario, hasta el pecho de fango. Por no hablar de todos los que han hecho inventos que no funcionarán, de todos los negociantes que negocian en negocios negociados; aunque estos pueden considerarse los caimanes de la Ciénaga Deprimiente, y están siempre al acecho para llevarse al fondo al Basurero de Oro.

Y en la vieja casa, ¿no se trama allí nada contra el Basurero de Oro? ¿No hay peces de la familia de los tiburones en las aguas de La Enramada? Puede que no. No obstante, Wegg se ha instalado allí, y, a juzgar por sus clandestinos manejos, parece albergar la idea de llevar a cabo un descubrimiento. Pues cuando un hombre con una pata de palo yace boca abajo para husmear bajo las camas, y se encarama a las escaleras, como un pájaro ya extinguido, para investigar en lo alto de armarios y aparadores; y se provee de una vara de hierro con la que siempre está hurgando y revolviendo en los montículos de polvo, existe la probabilidad de que espere encontrar algo.

Libro segundo

Pájaros del mismo plumaje

Capítulo I

De un docente

La escuela en la que Charley Hexam aprendió por primera vez de un libro — las calles eran, para alumnos de su clase, el gran instituto preparatorio donde se aprenden muchas cosas que jamás se desaprenden sin y antes de ver libro alguno— se hallaba en el desván miserable de un patio maloliente. Su atmósfera era opresiva y desagradable; era un lugar abarrotado, ruidoso y agobiante; la mitad de los alumnos dormitaban o caían en un estado de consciente estupefacción; la otra mitad mantenía a la primera mitad en uno de esos dos estados mediante un monótono zumbido, como si tocaran, sin llevar el compás ni el tono, una especie de tosca gaita. Los maestros, animados solo con buenas intenciones, ignoraban por completo cómo ponerlas en práctica, y el resultado de sus esfuerzos era una lamentable confusión.

Era una escuela para todas las edades y para los dos sexos. Estos estaban separados, y las edades se clasificaban en cuatro grupos. Pero en el establecimiento reinaba la ficción lamentable y ridícula de que todos los alumnos eran niños inocentes. Esta ficción, favorecida en gran parte por las señoras que visitaban la escuela, conducía a espantosos absurdos. Se esperaba que chicas jóvenes, aunque viejas en los vicios de la vida más ruin y vulgar, se mostraran entusiasmadas con el libro de una buena niña, las *Aventuras de la pequeña Margie*, que residía en una casita del pueblo, junto al molino; ella tenía cinco años y el molinero cincuenta, pero la niña lo reprendía severamente y le daba lecciones morales; dividía sus gachas con los pajarillos cantores; se negaba a que le compraran un sombrero de nanquín, afirmando que los nabos no los llevaban, ni tampoco las ovejas que se comían los nabos; trenzaba la paja y recitaba los discursos más pesados a todos los que se presentaban y en los momentos más inoportunos. De igual modo, muchachos que dragaban el río o hurgaban en el barro de las orillas, difíciles de manejar y robustos, eran aleccionados con las experiencias de Thomas Dospeniques, quien, tras haber resuelto no robarle dieciocho peniques (en circunstancias

singularmente atroces) a su amigo y benefactor especial, acaba poseyendo finalmente tres chelines y seis peniques y vive una vida maravillosa para siempre jamás. (Obsérvese que para el benefactor no hay recompensa). Varios pecadores insolentes habían escrito sus biografías en el mismo estilo; siempre parecía, a partir de las lecciones de tan jactanciosas personas, que tenías que hacer el bien no porque fuera el bien, sino por el provecho que le ibas a sacar. Por el contrario, a los alumnos ya adultos se les enseñaba a leer (si eran capaces de aprender) con el Nuevo Testamento; y a fuerza de tropezar con las sílabas y de mantener sus ojos perplejos sobre las sílabas concretas que iban apareciendo ante sus ojos, ignoraban completamente aquella sublime historia, como si jamás la hubiesen visto ni leído. Era, de hecho, un caos de escuela, extraordinaria y asombrosamente desconcertante, donde los espíritus negros, blancos, grises y rojos se mezclaban, mezclaban mezclaban mezclaban y mezclaban cada noche. Y sobre todo los domingos por la noche. Pues entonces se entregaba un grupo de niños desdichados de diversas edades al peor y más pedestre de todos los maestros con buenas intenciones, a quien ninguno de los mayores podía soportar. Este maestro, asumiendo el papel de verdugo principal, era ayudado por un voluntario convencional como asistente del verdugo. Cuándo y dónde pasó a ser por primera vez convencional el sistema de que un niño cansado o poco atento de una clase viera su cara alisada por una mano caliente, o cuándo y dónde el muchacho voluntario convencional contempló por primera vez ese sistema en funcionamiento, y se vio inflamado por un celo sagrado para aplicarlo, es algo que no viene a cuento. La función del verdugo principal era arengar, la función del acólito era lanzarse a por los niños que dormían, o bostezaban, o estaban inquietos, o gimoteaban, y alisarles sus desdichadas caras; a veces con una mano, como untándoles para que les salieran las patillas; a veces con las dos manos, aplicadas como si fueran anteojeras. Y así la confusión estaba vigente en aquel departamento durante una hora mortal; el ponente hablándole a Mi Queeriiiidooo Niiiiñooooo arrastrando las sílabas, por ejemplo, acerca de la hermosa llegada al Santo Sepulcro; y repitiendo la palabra Sepulcro (de común uso entre los niños) quinientas veces, sin insinuar una sola vez lo que significaba; el muchacho convencional alisando a derecha e izquierda, como un infalible comentario; y aquel semillero de niños enrojecidos y agotados pasándose el sarampión, sarpullidos, la tos ferina, fiebres y trastornos estomacales, como si se hubieran reunido para ese propósito en el mercado a la hora de más concurrencia.

Incluso en ese templo de buenas intenciones, un muchacho excepcionalmente despierto y excepcionalmente decidido a aprender podría aprender algo, y, tras haberlo aprendido, impartirlo mucho mejor que los profesores; al saber mejor con quién se las veía, y no tener la desventaja en la que se encontraban los maestros ante los alumnos más astutos. Así había sido cómo Charley Hexam había surgido de la confusión, había enseñado en la confusión y había pasado de la confusión a una escuela estatal.

—Así que quieres ir a ver a tu hermana, Hexam.

—Si es tan amable, señor Headstone.

—Casi estoy pensando en acompañarte. ¿Dónde vive tu hermana?

—Bueno, aún no se ha instalado, señor Headstone. Preferiría que no la viera hasta que no tenga una dirección, si no le importa.

—Mira, Hexam —dijo el señor Bradley Headstone, maestro estipendiario de excelentes cualificaciones, tras lo cual introdujo el dedo índice en uno de los ojales de la chaqueta del muchacho y lo miró atentamente—. Espero que tu hermana sea para ti una buena compañía.

—¿Por qué lo duda, señor Headstone?

—No he dicho que lo dudara.

—No, señor, no lo ha dicho.

Bradley Headstone volvió a mirarse el dedo, lo sacó del ojal y lo miró más de cerca, se mordió el lado y lo miró de nuevo.

—Verás, Hexam, serás uno de los nuestros. No hay duda de que con el tiempo pasarás el examen que te acreditará y serás uno de los nuestros. La cuestión es...

Tanto esperó el muchacho a que llegara la pregunta, mientras el maestro volvía a mirarse el lateral del dedo, lo mordía y volvía a mirárselo, que al final repitió:

—¿La cuestión es, señor...?

—Si no sería mejor para ti vivir solo.

—¿Le parece bien abandonar a mi hermana, señor Headstone?

—No lo digo, porque no lo sé. Te lo planteo. Te pido que lo pienses.

Quiero que lo consideres. Ya sabes que aquí te va muy bien.

—Después de todo, fue ella la que me trajo aquí —dijo el muchacho, con cierta indecisión.

—Se dio cuenta de que era necesario —asintió el maestro— y decidió que era indispensable esta separación. Sí.

El muchacho, experimentando la renuencia o la indecisión anterior, o lo que fuera, parecía discutir consigo mismo. Al final dijo, levantando la mirada hacia el maestro:

—Me gustaría que viniera conmigo y la conociera, señor Headstone, aunque aún no tenga domicilio. Me gustaría que viniese conmigo, que la viera tal como es, y la juzgara por usted mismo.

—¿Estás seguro —preguntó el maestro— que no te gustaría prepararla para la visita?

—Mi hermana Lizzie —dijo el muchacho, orgulloso— no necesita preparación, señor Headstone. Es lo que es, y no lo oculta. En mi hermana no hay fingimiento.

Esa confianza en ella surgía en él de manera más natural que la indecisión a la que se había enfrentado por dos veces. En lo mejor de sí mismo, era leal a ella, aun cuando en lo peor de su carácter fuera totalmente egoísta. Y sin embargo quien dominaba era su parte mejor.

—Bueno, puedo tomarme la tarde libre —dijo el maestro—. Estoy dispuesto a acompañarte.

—Gracias, señor Headstone, estoy preparado para ir.

Bradley Headstone, con su presentable levita negra y chaleco, su presentable camisa blanca y su presentable y formal corbata negra, y unos presentables pantalones de mezclilla, con su respetable reloj de plata en el bolsillo y su presentable relicario con cabellos colgando del cuello, parecía un joven totalmente presentable de veintiséis años. Nunca se le había visto ataviado de otra manera, y había cierta rigidez en su forma de llevar esas ropas, como si atavío y ataviado no acabaran de encajar, que recordaba a algunos mecánicos vestidos de domingo. Había adquirido de manera mecánica una gran cantidad de conocimientos de maestro. Era capaz de hacer aritmética mental mecánicamente, de repentizar de manera mecánica, de tocar

varios instrumentos de viento de manera mecánica e incluso de tocar el gran órgano de la iglesia de manera mecánica. Desde que era pequeño, su mente había sido un lugar de almacenamiento mecánico. La preocupación por mantener ordenado ese almacén al por mayor, de manera que siempre estuviera preparado para satisfacer las demandas de los vendedores al por menor —la historia aquí, allí la geografía, a la derecha la astronomía, la economía política a la izquierda, la historia natural, las ciencias físicas, las cifras, la música y las matemáticas elementales y no sé qué más, todo en su sitio—, le había dado a su semblante un aire de preocupación; mientras que su hábito de preguntar y que le preguntaran le había dado un aire suspicaz, o una actitud que como mejor se podía describir era como la de un hombre que está a la expectativa. Su cara tenía una expresión de arraigada turbación. Era la cara de alguien que tiene un intelecto naturalmente tan lento o poco atento que ha debido de esforzarse mucho para conseguir lo obtenido, y que ahora que lo tiene ha de mantenerlo. Siempre parecía alguien inquieto por miedo a echar algo en falta en su almacén mental, y que para salir de dudas hace inventario.

Además, la supresión de esto y lo otro para dejar sitio a esto y lo otro le había dado una actitud carente de espontaneidad. No obstante, era visible en él una suficiente cualidad animal, y feroz (aunque latente), que sugería que si al joven Bradley Headstone, cuando aún era un mozo pobre, lo hubiesen embarcado para ganarse la vida, no habría sido el último de la tripulación. En relación a ese origen, Bradley era orgulloso, huraño y melancólico, y deseaba que se olvidara. Y poca gente lo conocía.

Durante algunas visitas a la Escuela de la Confusión, aquel muchacho, Hexam, le había llamado la atención. Aquel muchacho tenía madera de maestro; aquel muchacho, sin duda, honraría al maestro que le ayudara a abrirse camino. Se combinaba con esa consideración el recuerdo de ese mozo pobre que ahora nunca se mencionaba. Fuese como fuese, había conseguido meter gradualmente al muchacho en su propia escuela, procurándole algunas tareas que desempeñar, con las que se pagaba la comida y el alojamiento. Esas eran las circunstancias que habían unido a Bradley Headstone y a Charley Hexam aquella tarde de otoño. Otoño, porque había transcurrido medio año desde que sacaran aquella ave de presa, muerta, a la orilla del río.

Las escuelas —pues eran dos, igual que los sexos— estaban situadas en esa zona de terreno llano que se aproxima al Támesis, donde Kent y Surrey se

encuentran, y donde el ferrocarril cruza aún las huertas que pronto han de morir debajo de él. Las escuelas eran de construcción reciente, y por todo el país había tantas como esas que podría pensarse que constituían un solo edificio inquieto con el don de la locomoción del palacio de Aladino. Se hallaban en un vecindario que parecía un barrio de juguete extraído en bloques de una caja por un niño con una mente especialmente incoherente, que los había colocado de cualquier manera; aquí, un lado de la calle; allí, una taberna grande y solitaria que no daba a parte alguna; aquí, otra calle sin acabar ya en ruinas; allí una iglesia; aquí, un almacén nuevo e inmenso; allá, una antigua casa de campo destartalada; a continuación, un popurrí de cuneta negra, un reluciente invernadero portátil con pepinos, un campo invadido de maleza, una huerta espléndidamente cultivada, un viaducto de ladrillo, un canal debajo de un arco, y un caos de suciedad y niebla. Como si el niño le hubiera pegado una patada a la mesa y se hubiese ido a dormir.

Pero incluso entre los edificios de la escuela, los maestros de la escuela y los alumnos de la escuela, todos siguiendo el mismo patrón y todos engendrados a la luz del reciente Evangelio según santa Monotonía, asomaba el patrón anterior sobre el que tanta gente ha salido adelante, para bien o para mal. Asomaba en la señorita Peecher, la maestra, que regaba las flores cuando el señor Bradley Headstone apareció. Asomaba en la señorita Peecher, la maestra, que regaba las flores en el jardincillo polvoriento adosado a su pequeña residencia oficial, con ventanitas que parecían ojos de aguja y puertecitas que recordaban las tapas de los libros escolares.

La señorita Peecher era menuda, radiante, pulcra, metódica y pechugona; de mejillas color cereza y voz melodiosa. Un poco acerico, un poco costurero, un poco libro, un poco juego de tablas, pesas y medidas, y un poco mujer, todo en uno. Era capaz de escribir una pequeña redacción sobre cualquier tema, de exactamente una pizarra de extensión, comenzando por la parte superior izquierda de un lado y acabando en la parte inferior derecha del otro, y la redacción no se saldría ni un ápice de lo establecido. Si el señor Bradley Headstone le hubiera dirigido una propuesta escrita de matrimonio, ella probablemente le habría contestado con una pequeña redacción sobre el tema de exactamente una pizarra de extensión, aunque sin duda le habría contestado que Sí. Pues ella lo amaba. El respetable relicario con unos cabellos que rodeaba el cuello de él y cuidaba de su respetable reloj de plata era un objeto que despertaba la envidia de la señorita Peecher. Igual que ese

objeto, ella se le habría colgado del cuello y habría cuidado de él. De él, tan insensible. Pues él no amaba a la señorita Peecher.

La alumna preferida de la señorita Peecher, que la ayudaba en los quehaceres de su pequeña residencia, estaba a su lado con una lata de agua para rellenar la pequeña regadera, y adivinaba lo bastante el estado de los sentimientos de la señorita Peecher como para considerar necesario enamorarse ella misma del joven Charley Hexam. Así pues, cuando maestro y aprendiz aparecieron por la pequeña verja, hubo una doble palpitación entre la doble hilera de plantas y las dobles hileras de alhelíes.

—Una hermosa tarde, señorita Peecher —dijo el maestro.

—Una tarde espléndida, señor Headstone —dijo la señorita Peecher—. ¿Está dando un paseo?

—Hexam y yo vamos a dar un largo paseo.

—Un tiempo delicioso —observó la señorita Peecher— para dar un largo paseo.

—Nuestro paseo es más por negocios que por placer —dijo el maestro.

La señorita Peecher invirtió la regadera, de manera muy concienzuda sacudió las últimas gotitas sobre una flor, como si estas poseyeran una virtud especial que permitiera a las plantas crecer mágicamente hasta el cielo antes del alba, y llamó a su alumna, que había estado hablando con el muchacho, para que le rellenara la regadera.

—Buenas noches, señorita Peecher —dijo el maestro.

—Buenas noches, señor Headstone —dijo la maestra.

La alumna estaba tan acostumbrada, en su situación de alumna, a levantar el brazo, como si quisiera parar un coche de punto o un ómnibus, cada vez que quería comentarle algo a la señorita Peecher, que a menudo lo hacía también en su trato doméstico; y lo hizo en ese momento.

—Dime, Mary Anne —dijo la señorita Peecher.

—Si me permite, señora, Hexam ha dicho que iban a ver a su hermana.

—Pero eso no es posible, creo —replicó la señorita Peecher—, pues no creo que el señor Headstone tenga nada que tratar con ella.

Mary Anne volvió a levantar la mano.

—¿Y bien, Mary Anne?

—Si me permite, señora, a lo mejor se trata de algo relacionado con Hexam.

—Es posible —dijo la señorita Peecher—. No lo había pensado. Tampoco es que importe.

Mary Anne levantó de nuevo la mano.

—¿Y bien, Mary Anne?

—Ellos dicen que es muy guapa.

—¡Oh, Mary Anne, Mary Anne! —replicó la señorita Peecher, sonrojándose levemente y negando con la cabeza, un poco malhumorada—. ¿Cuántas veces te he dicho que no hay que usar esa vaga expresión, por no hablar de manera general? ¿Cuándo dices «ellos dicen», a qué te refieres? ¿Qué parte de la oración es Ellos?

Mary Anne se colocó el brazo derecho a la espalda y lo enganchó con la mano izquierda, como si estuviese en un examen, y replicó:

—Pronombre personal.

—¿Qué persona es Ellos?

—Tercera persona.

—¿Número?

—Plural.

—Entonces, ¿a cuántos te refieres, Mary Anne? ¿A dos o más?

—Le ruego me perdone, señora —dijo Mary Anne, desconcertada ahora que lo pensaba—, pero creo que solo me refería a su hermano. —Cuando lo dijo, se soltó el brazo.

—Estaba convencida de ello —replicó la señorita Peecher, volviendo a sonreír—. Y ahora, por favor, Mary Anne, otra vez ten cuidado. «Él dice» es muy diferente de «Ellos dicen», acuérdate. ¿Cuál es la diferencia entre «dice» y «dicen»? Dímelas.

Mary Anne de inmediato se enganchó el brazo derecho detrás con la mano

izquierda —una actitud absolutamente inseparable de esa situación— y contestó:

—Uno es presente de indicativo, tercera persona del singular, verbo «decir» en activa. El otro es presente de indicativo, tercera persona del plural, verbo «decir» en activa.

—¿Por qué el verbo está en activa, Mary Anne?

—Porque en el acusativo le sigue un pronombre, señorita Peecher.

—Muy bien —observó la señorita Peecher, para animarla—. De hecho, no podría estar mejor. La próxima vez, no se te olvide aplicarlo, Mary Anne.

Dicho esto, la señorita Peecher acabó de regar las flores y entró en su pequeña residencia oficial, se puso al día en los principales ríos y montañas del mundo, en su anchura, profundidad y altura, antes de ponerse a tomar las medidas del corpiño de un vestido para su uso personal.

Bradley Headstone y Charley Hexam llegaron a la orilla de Surrey del puente de Westminster, lo cruzaron, y siguieron por la ribera de Middlesex hacia Millbank. En esta región hay una callecilla llamada Church Street, y una plazuela sin salida llamada Smith Square, y en el centro de este último lugar se alza una horrorosa iglesia con cuatro torres, una en cada esquina, cuyo aspecto general es el de un monstruo petrificado, temible y gigantesco, de espaldas y con las cuatro patas al aire. Cerca de una esquina encontraron un árbol, y la forja de un herrero, y un almacén de madera y una chatarrería. Qué significaban un trozo oxidado de caldera y una gran rueda de hierro medio enterradas en el patio del chatarrero era algo que nadie parecía ni quería saber. Al igual que el molinero de discutible alegría de la canción, todo el mundo les daba igual, claro que sí, y ellos le daban igual al mundo.

Tras dar una vuelta por la plaza y observar que reinaba una calma sepulcral, más como si hubiese tomado láudano que caído en un reposo natural, se detuvieron en el lugar en que calle y plaza se juntaban, y donde se alineaban unas pocas casitas silenciosas. Finalmente, Charley Hexam se encaminó hacia ellas, y se detuvo en una.

—Debe de ser aquí donde vive mi hermana, señor. Vino a alojarse aquí temporalmente tras la muerte de mi padre.

—¿Cuántas veces la has visto desde entonces?

—Bueno, solo dos veces, señor —replicó el muchacho, con su reserva anterior—, pero eso es tan culpa de ella como mía.

—¿Cómo se gana la vida?

—Siempre fue una buena costurera, y lleva el almacén de un sastre de marineros.

—¿Siempre trabaja en su alojamiento?

—A veces; pero su horario y ocupación regulares están en la tienda, según creo, señor. Este es el número.

El muchacho llamó a la puerta, y esta se abrió rápidamente con un brinco y un chasquido. Se veía, dentro de un pequeño vestíbulo, la puerta abierta de una sala, y apareció un niño... o un enano... o una niña... un algo, sentado sobre una butaca baja y anticuada, que tenía delante una especie de banco de trabajo pequeño.

—No puedo levantarme —dijo el niño— porque me duele la espalda y las piernas no me sostienen. Pero soy quien vive en la casa.

—¿Hay alguien más? —preguntó Charley Hexam, con los ojos muy abiertos.

—No hay nadie en casa —replicó el niño, afirmando locuazmente su dignidad—, tan solo la persona que vive en la casa. ¿Qué quiere, joven?

—Quiero ver a mi hermana.

—Muchos jóvenes tienen hermanas —replicó el niño—. Deme su nombre, joven.

Aquella extraña figura, y aquella cara extraña, aunque no fea, con sus ojos vivos y grises, era de formas tan agudas que parecía inevitable que su carácter fuera cortante. Como si, al haber sido extraído de ese molde, no le quedara más remedio que serlo.

—Me llamo Hexam.

—Ah, ¿sí? —dijo la persona de la casa—. Ya me lo imaginaba. Su hermana volverá dentro de un cuarto de hora. Le tengo mucho cariño a su hermana. Es una amiga muy especial. Tome asiento. ¿Y cómo se llama este caballero?

—Es el señor Headstone, mi maestro.

—Tome asiento. ¿Le importaría cerrar la puerta de la calle? Yo no puedo hacerlo, porque me duele mucho la espalda y las piernas no me sostienen.

Obedecieron en silencio, y aquella pequeña criatura siguió con su labor de pegar o encolar con un pincel de pelo de camello unos trozos de cartón y madera delgada, recortados ya en formas diversas. Las tijeras y los cuchillos que había sobre el banco les demostraron que aquella niña los había recortado; y los brillantes recortes de terciopelo, seda y cinta que se desperdigaban sobre el banco les mostraron que cuando las hubiera rellenado debidamente (y también había relleno), las cubriría con elegancia. La destreza de sus hábiles dedos era extraordinaria, y, cuando juntó con precisión dos finos bordes dándoles un mordisquito, observó a los dos visitantes por el rabillo de sus ojos grises con una mirada que superó en agudeza todas sus demás agudezas.

—Estoy segura de que no son capaces de adivinar a qué me dedico —dijo tras varias observaciones como la anterior.

—Fabrica acericos —dijo Charley.

—¿Qué más hago?

—Limpiaplumas —replicó Bradley Headstone.

—¡Ja, ja! ¿Y qué más? Es usted maestro de escuela, pero no sabe decirlo.

—Fabrica algo con paja —replicó, señalando una esquina del banco—, pero no sé el qué.

—¡Bien dicho! —gritó la señora de la casa—. Solo fabrico acericos y limpiaplumas para aprovechar los restos. Pero mi ocupación auténtica tiene que ver con la paja. Vuelva a intentarlo. ¿Qué hago con paja?

—¿Salvamanteles?

—¡Un maestro de escuela, y dice «salvamanteles»! Le daré una pista de mi oficio, en un juego de prendas. Quiero a mi amor con B porque es Bella; odio a mi amor con B porque es Bruta; la llevé hasta el mesón del Buen Burro y la obsequié con un Bombín; se llama Bravía y vive en Bedlam. Y ahora, dígame, ¿qué hago con la paja?

—¿Capotas de señora?

—De señoras muy guapas —dijo la persona de la casa, asintiendo—. De muñecas. Hago vestidos de muñecas.

—Espero que sea un buen negocio.

La persona de la casa se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—No. Está mal pagado. ¡Y a menudo trabajo con prisas! La semana pasada tuve que vestir a una muñeca novia, y me vi obligada a trabajar toda la noche. Y eso no es bueno para mí, por culpa del dolor de espalda y de que las piernas no me sostienen.

Miraron a la pequeña criatura con un asombro que no menguaba, y el maestro dijo:

—Siento que sus guapas señoras sean tan poco consideradas.

—Siempre son así —dijo la persona de la casa, con un nuevo encogimiento de hombros—. Y no cuidan la ropa, y cada mes cambia la moda. Trabajo para una muñeca con tres hijas. ¡Caramba, se basta para arruinar al marido!

La persona de la casa soltó una risita extraña y les lanzó otra mirada por el rabillo del ojo. Tenía una barbilla de elfo que podía ser muy expresiva; y, siempre que lanzaba esa mirada, levantaba la barbilla. Como si los ojos y la barbilla funcionaran juntos, movidos por los mismos hilos.

—¿Está siempre tan ocupada como ahora?

—Y más. Ahora hay poco movimiento. Anteayer acabé un gran pedido de ropa de luto. La muñeca para la que trabajo perdió a su canario. —La persona de la casa soltó otra risita, y a continuación asintió varias veces, como quien extrae una moraleja—. ¡Oh, qué mundo, qué mundo!

—¿Está sola todo el día? —preguntó Bradley Headstone—. ¿Ninguno de los niños del barrio...?

—¡Oh, señor! —gritó la persona de la casa, con un grito, como si la palabra le hubiera escocado—. No me hable de niños. No soporto a los niños. Me sé sus trucos y cómo son. —Lo dijo irritada, sacudiendo el puño derecho delante de los ojos.

Quizá no hacía falta pensar como un maestro para comprender que la modista de muñecas se mostraba muy virulenta a la hora de diferenciar entre

ella y los demás niños. Pero así lo entendieron maestro y discípulo.

—¡Siempre corriendo y chillando, siempre jugando y peleando, siempre saltando por la acera y pintándola con tiza para sus juegos! ¡Oh, me sé sus trucos y cómo son! —Sacudió el puñito como antes—. Y eso no es todo. Muchas veces te insultan a través del ojo de la cerradura e imitan tu espalda y tus piernas. ¡Oh, me sé sus trucos y cómo son! Y le diré lo que haría para castigarlos. Hay unas puertas bajo la iglesia de la plaza... unas puertas negras que llevan a unas bóvedas negras. ¡Bueno, pues abriría una de esas puertas y los metería dentro a todos, y luego cerraría con llave y echaría pimienta por la cerradura!

—¿Y de qué serviría meter pimienta por la cerradura? —preguntó Charley Hexam.

—Se pondrían a estornudar —dijo la persona de la casa—, y les llorarían los ojos. Y cuando todos estuvieran estornudando y con los ojos inflamados, me burlaría de ellos a través del ojo de la cerradura. ¡Al igual que ellos, con sus trucos y su manera de ser, se burlan de la gente a través de la cerradura!

Una agitación del puñito delante de los ojos, singularmente enfática, pareció aliviar la mente de la persona de la casa, pues añadió recobrando la compostura:

—No, no, no. No quiero saber nada de niños. Yo prefiero los adultos.

Era difícil adivinar la edad de esa extraña criatura, pues su triste figura no ofrecía ninguna pista, y su cara era al mismo tiempo muy joven y muy vieja. No sería desencaminado decir que tenía doce, o trece años.

—Siempre me han gustado los adultos —prosiguió—, y siempre he frecuentado su compañía. Son tan sensatos... Y tan modositos... ¡No van por ahí brincando y haciendo piruetas! Y pienso relacionarme solo con adultos hasta que me case. Supongo que uno de estos días tendré que decidirme a casarme.

Escuchó unos pasos que llegaban de la calle, y llamaron suavemente a la puerta. La persona de la casa tiró de una manilla que quedaba a su alcance y dijo, con una risa de satisfacción:

—¡Por ejemplo, ahora llega un adulto con el que tengo una amistad muy especial!

Y Lizzie Hexam, vestida de negro, entró en la habitación.

—¡Charley! ¡Tú!

Lo abrazó como había hecho siempre (cosa que a él le avergonzó un poco), sin ver a la otra persona.

—Vamos, vamos, vamos, Liz, muy bien, querida. ¡Mira! Me acompaña el señor Headstone.

Su mirada se cruzó con la del maestro, que, evidentemente, esperaba encontrarse con una persona muy distinta, e intercambiaron unas farfulladas palabras de saludo. Liz estaba un poco aturullada por la inesperada visita, y el maestro estaba un poco incómodo. Aunque la verdad es que siempre estaba un poco incómodo.

—Le he dicho al señor Headstone que aún no estabas del todo instalada, Liz, pero ha sido tan amable de interesarse por venir, que lo he traído. ¡Tienes buen aspecto!

Bradley parecía pensar lo mismo.

—¿A que sí, a que sí? —gritó la persona de la casa, reanudando su ocupación, aunque el crepúsculo caía rápidamente—. ¡Ya lo creo que lo tiene! Pero sigan charlando, todos ustedes:

Que no cese la conversación
de los que forman esta reunión.

Y puntuó la rima improvisada con tres golpes de su delgado índice.

—No esperaba que vinieras a visitarme, Charley —dijo su hermana—. Suponía que si querías verme mandarías a buscarme y quedaríamos en algún lugar cerca de la escuela, como hicimos la última vez. Vi a mi hermano cerca de la escuela, señor —a Bradley Headstone—, porque a mí me es más fácil ir allí que a él venir aquí. Trabajo a mitad de camino entre los dos lugares.

—No se ven mucho —dijo Bradley, todavía igual de incómodo.

—No. —Liz negó tristemente con la cabeza—. ¿A Charley le van bien los estudios, señor Headstone?

—No le podrían ir mejor. No creo que se le presente ningún obstáculo.

—Eso era lo que yo esperaba. Estoy tan agradecida... ¡Bien hecho, querido Charley! Creo que es mejor que no me interponga (excepto cuando él

quiera) entre él y su futuro. ¿Opina usted igual, señor Headstone?

Consciente de que su discípulo estaba esperando su respuesta, y que él mismo había sugerido que el muchacho se mantuviera distanciado de su hermana, a la que ahora veía por primera vez cara a cara, Bradley Headstone tartamudeó:

—Ya sabe que su hermano está muy ocupado. Tiene que trabajar duro. Lo único que puedo decir es que, cuanto menos se desvíe su atención del trabajo, mejor para su futuro. Cuando ya tenga un empleo, bueno, eso... será otra cosa.

Lizzie negó con la cabeza y replicó, con una serena sonrisa:

—Siempre le he aconsejado lo mismo que usted. ¿No es cierto, Charley?

—Bueno, ahora no te preocupes por eso —dijo el muchacho—. ¿Cómo te va?

—Muy bien, Charley. No me falta nada.

—¿Tienes tu propia habitación?

—Oh, sí. Arriba. Es tranquila, agradable y ventilada.

—Y siempre puede disponer de esta salita para recibir a las visitas —dijo la persona de la casa, cerrando uno de sus puñitos huesudos y mirando a través de él, como si fueran unos anteojos de ópera, con los ojos y la barbilla en esa curiosa concordancia—. Siempre esta habitación para las visitas, ¿no es así, querida Lizzie?

Ocurrió que Bradley Headstone observó un levísimo gesto de la mano de Lizzie Hexam, como si quisiese hacer callar a la modista de muñecas. Y ocurrió que en el mismo instante la persona de la casa observó que él lo había observado, pues formó un doble antejo con las dos manos y lo miró a través de él, y gritó, sacudiendo burlonamente la cabeza:

—¡Ajá! Le he pillado espiando, ¿verdad?

A lo mejor fue algo casual, pero Bradley Headstone también observó que, inmediatamente después de eso, Lizzie, que no se había quitado la capota, propuso, con bastantes prisas, que salieran a tomar el aire ahora que la salita quedaba a oscuras. Salieron; los visitantes se despidieron de la modista de muñecas, a la que dejaron recostada en su silla con los brazos cruzados,

canturreando con una vocecita dulce y ausente.

—Yo me daré una vuelta por el río —dijo Bradley—. Querréis hablar a solas.

Mientras su incómoda figura se alejaba delante de ellos entre las sombras de la tarde, el muchacho le dijo a su hermana con insolencia:

—¿Cuándo vas a instalarte en un lugar respetable, Liz? Pensaba que ya lo habrías hecho.

—Estoy muy bien donde estoy, Charley.

—¡Que estás muy bien donde estás! Me avergüenza haber traído conmigo al señor Headstone. ¿Cómo acabaste con esa pequeña bruja?

—Al principio fue casualidad, Charley. Pero creo que ahora se debe a algo más que la casualidad, pues esa niña... ¿Recuerdas los carteles que había en las paredes de nuestra casa?

—¡Malditos sean los carteles que había en nuestra casa! Quiero olvidarme de esos carteles, y a ti más te valdría que hicieras lo mismo —gruñó el muchacho—. Bueno, ¿qué es lo que pasa con esos carteles?

—Esta niña es la nieta del viejo.

—¿Qué viejo?

—Ese terrible viejo borracho, el de las zapatillas con un ribete y el gorro de dormir.

El muchacho, frotándose la nariz de una manera que expresaba irritación por haber oído tanto y también curiosidad de oír todavía algo más, preguntó:

—¿Cómo lo averiguaste? ¡Menuda chica eres!

—El padre de la chica trabaja en la empresa donde yo trabajo; así es como me enteré, Charley. El padre es como su propio padre, una criatura desdichada y pobre de espíritu, temblorosa, hecha pedazos, que nunca está sobria. Pero es un buen trabajador en lo que hace. La madre murió. Esta pobre criatura enferma ha llegado a ser lo que es... rodeada de borrachos desde la cuna... si alguna vez tuvo una, Charley.

—A pesar de todo, no entiendo qué tienes que ver con ella —insistió el muchacho.

—¿No lo ves, Charley?

El muchacho miró el río con gesto huraño. Estaban en Millbank, y el río discurría a la izquierda. Su hermana le tocó suavemente el hombro, y señaló el agua con el dedo.

—Es una compensación... una restitución... da igual la palabra, ya sabes a qué me refiero. La tumba del padre.

Pero él no le respondió con cariño. Tras un silencio malhumorado, le soltó en un tono ofendido:

—Es muy duro, Liz, que cuando intento llegar a algo en la vida, me pongas obstáculos.

—¿Yo, Charley?

—Sí, tú, Liz. ¿Por qué no puedes olvidar el pasado? ¿Por qué no puedes, como me decía el señor Headstone acerca de otro asunto, dejar de removerlo? Lo que tenemos que hacer es mirar en una nueva dirección, y seguir rectos sin desviarnos.

—¿Y nunca mirar atrás? ¿Ni siquiera para intentar enmendar algo?

—Eres una soñadora —dijo el muchacho, con la insolencia de antes—. Todo esto estaba muy bien cuando nos sentábamos delante del fuego. Cuando mirábamos el hueco que había junto a la llama. Pero ahora estamos mirando el mundo real.

—¡Ah, entonces también mirábamos el mundo real, Charley!

—Entiendo a qué te refieres con eso, pero no tienes razón. Yo no quiero mejorar en la vida para librarme de ti, Liz. Quiero que mejores conmigo. Eso es lo que quiero, y lo que me propongo. Sé que te lo debo. Se lo he dicho al señor Headstone esta misma tarde: «Después de todo, fue ella la que me trajo aquí». Bueno, pues, no me pongas obstáculos, no me retengas. Es todo lo que pido, y desde luego no me parece una insensatez.

Lizzie no había apartado la mirada de él, y le respondió sin alterarse:

—No estoy aquí por egoísmo, Charley. Nunca podré alejarme lo bastante del río como para vivir en paz.

—Ni tampoco podrás alejarte lo bastante como para que yo viva en paz. Olvidémonos los dos del río por igual. ¿Por qué debes seguir rondándolo? Yo

he puesto tierra de por medio.

—Creo que yo no puedo alejarme de él —dijo Lizzie, pasándose la mano por la frente—. Y no es a propósito que sigo viviendo cerca de él.

—¡Ahí lo tienes, Liz! ¡Vuelves a soñar! Te vas a vivir por voluntad propia a casa de un borracho... supongo que un sastre... o algo parecido, y con una niña, o una vieja, o lo que sea, deforme y grotesca, y luego me hablas como si algo te hubiera atraído o impulsado hasta allí. Vamos, sé más práctica.

Lizzie había sido bastante práctica con él, sufriendo y luchando por él; pero en ese momento apenas le puso una mano en el hombro —no a modo de reproche— y le dio unos golpecitos. Era lo que solía hacer para consolarlo cuando lo llevaba en brazos y pesaba casi tanto como ella. Las lágrimas asomaron a los ojos de Charley.

—Te doy mi palabra, Liz —dijo pasándose el dorso de la mano por los ojos—, de que quiero ser un buen hermano, y demostrarte que sé cuánto te debo. Todo lo que digo es que espero que controles un poco tus fantasías; hazlo por mí. Me darán una escuela, y entonces vendrás a vivir conmigo, y tendrás que controlar tus fantasías. ¿Por qué no ahora, entonces? Vamos, dime que no te he hecho enfadar.

—No me has hecho enfadar, Charley, de verdad.

—Y dime que no te he ofendido.

—No me has ofendido, Charley. —Pero esas palabras tardaron más en salirle.

—Dime que sabes que no pretendía ofenderte. ¡Vamos! El señor Headstone se ha parado, y contempla la marea por encima del pretil para indicarme que es hora de irnos. Bésame y dime que sabes que no pretendía ofenderte.

Ella se lo dijo, y se abrazaron y se acercaron hasta donde estaba el maestro.

—Pero si llevamos el mismo camino que tu hermana —observó el maestro cuando el muchacho le dijo que estaba listo.

Y con sus maneras torpes e inseguras, le ofreció el brazo a Lizzie con un gesto rígido. En cuanto la mano de Lizzie tocó el brazo de él, la retiró. El maestro se volvió hacia ella sobresaltado, como si ella, en el tacto

momentáneo, hubiera detectado en él algo que la repelía.

—Aún no voy a volver —dijo Lizzie—. Y tenéis una buena distancia que recorrer. Iréis más deprisa sin mí.

Como en ese momento ya estaban cerca de Vauxhall Bridge, decidieron, en consecuencia, cruzar el Támesis por allí, y se alejaron de ella; Bradley Headstone le dio la mano al despedirse, y ella, las gracias por cuidar de su hermano.

El maestro y el discípulo caminaron a paso rápido, en silencio. Casi habían acabado de cruzar el puente cuando un caballero se les acercó caminando tranquilamente, con un cigarro en la boca, la chaqueta abierta y las manos a la espalda. Llamó la atención del muchacho su aire despreocupado, un cierto aspecto arrogante e indolente, que le hacía ocupar el doble de acera que hubiera utilizado cualquier otro. Cuando se cruzaron con el caballero, el muchacho lo miró apretando los ojos, y a continuación se quedó quieto, mirando cómo se alejaba.

—¿Quién es ese hombre que miras? —preguntó Bradley.

—¡Vaya! —dijo el muchacho, con un ceño perplejo y reflexivo—. ¡Pero si es Wrayburn!

Bradley Headstone escrutó al muchacho tan atentamente como este había escrutado al caballero.

—Le ruego me perdone, señor Headstone, pero no he podido evitar preguntarme qué diantre lo puede haber traído hasta aquí.

Aunque lo dijo como si ya no se lo preguntara —al tiempo que reemprendía su camino—, a su maestro no se le pasó por alto que miraba a su espalda después de hablar, y que ese mismo ceño confuso y reflexivo seguía grabado en su cara.

—No parece apreciar a tu amigo, Hexam.

—NO le tengo el menor aprecio —dijo el muchacho.

—¿Por qué no?

—Porque la primera vez que lo vi me agarró de la barbilla de una manera de lo más impertinente —dijo el muchacho.

—De nuevo te pregunto por qué.

—Por nada. O, y da lo mismo, porque dije algo de mi hermana que no le gustó.

—Entonces, ¿conoce a tu hermana?

—En aquel momento no la conocía —dijo el muchacho, aún taciturno y reflexivo.

—¿Y ahora?

El muchacho se había ensimismado hasta tal punto que miró al señor Bradley Headstone, mientras caminaban el uno junto al otro, sin intención de contestar hasta que no le repitieran la pregunta; entonces asintió y respondió:

—Sí, señor.

—Yo diría que va a verla.

—¡No es posible! —dijo el muchacho rápidamente—. No la conoce lo bastante. ¡Me gustaría sorprenderlo visitándola!

Cuando llevaban un rato caminando, más rápidamente que antes, el maestro dijo, agarrando el brazo de su discípulo entre el codo y el hombro:

—Vas a decirme una cosa de esa persona. ¿Cómo has dicho que se llamaba?

—Wrayburn. Señor Eugene Wrayburn. Es lo que llaman un abogado, y no tiene nada que hacer. La primera vez que vino a nuestra antigua casa fue cuando mi padre vivía. Vino por negocios; no es que fuera un negocio suyo, él no tenía ninguno, sino que lo llevó un amigo.

—¿Y las otras veces?

—Que yo sepa, solo hubo otra vez. Cuando mi padre murió por accidente, fue uno de los que lo encontraron. Supongo que merodeaba por allí, tocando las narices; pero, fuera como fuese, allí estaba. Le llevó la noticia a mi hermana a primera hora de la mañana, y lo acompañaba la señorita Abbey Potterson, una vecina, para ayudarle en ese menester. Merodeaba por la casa cuando me llevaron allí por la tarde (no supieron dónde encontrarme hasta que mi hermana no se recuperó lo suficiente para decírselo), y luego se fue con el mismo aire embobado.

—¿Y eso es todo?

—Eso es todo, señor.

Bradley Headstone liberó lentamente el brazo del muchacho, como si se hubiera quedado pensativo, y siguieron caminando el uno junto al otro. Tras un largo silencio, Bradley reanudó la conversación.

—Supongo que... tu hermana... —lo dijo con una curiosa pausa antes y después de esas palabras— no ha recibido ninguna educación, ¿verdad, Hexam?

—Prácticamente ninguna, señor.

—Se sacrificó, sin duda, a las objeciones de tu padre. En tu caso, recuerdo cuáles fueron. No obstante... tu hermana... no parece una persona ignorante, ni habla como tal.

—Lizzie es tan lista como el que más, señor Headstone. Demasiado, quizá, para no haber recibido instrucción. En casa yo siempre decía que el fuego era su biblioteca, pues cuando se sentaba a mirarlo su cabeza se llenaba de fantasías... fantasías con mucha sabiduría, si te paras a pensarlo.

—Esto no me gusta —dijo Bradley Headstone.

Su pupilo se quedó un tanto sorprendido de que interpusiera una objeción tan repentina, decidida y emocional, pero lo tomó como una prueba de lo mucho que el maestro se interesaba por él. Le dio valor para decir:

—Hasta ahora no me había atrevido a mencionárselo directamente, señor Headstone, y usted es testigo de que ni siquiera me había decidido a ocultárselo antes de salir esta tarde; pero se me hace doloroso pensar que si todo me va tan bien como usted cree, pueda quedar... no diré deshonrado, porque no es lo que quiero decir... sino, bueno, un poco abochornado por tener una hermana como ella, que tan buena ha sido conmigo.

—Sí —dijo Bradley Headstone obviando sus palabras, pues su mente apenas había tocado ese punto, pasando a otro de inmediato—, y hay que considerar otra posibilidad. Podría ocurrir que algún hombre que se ha abierto camino en la vida llegara a admirar a... tu hermana... y con el tiempo incluso pensara en casarse con... tu hermana... y sería un triste inconveniente y un duro castigo para él, tras haber superado en su pensamiento otras desigualdades de posición social y otras consideraciones en contra de ese matrimonio, que esa desigualdad y esa consideración persistieran en su

pensamiento con toda su fuerza.

—Eso es lo que yo quería decir, señor.

—Sí, sí —dijo Bradley Headstone—, pero tú hablabas como simple hermano. No, lo que yo imagino sería algo mucho menos admisible; porque un admirador, un marido, formaría un vínculo de manera voluntaria, aparte de que se vería obligado a proclamarlo: cosa que no ocurre con un hermano. Después de todo, ya sabes, de ti se puede decir que no pudiste evitarlo; mientras que de él, con igual razón, se puede decir que pudo.

—Es cierto, señor. A veces, desde que Lizzie quedó libre por la muerte de padre, he pensado que una joven así podría aprender lo suficiente como para ser aceptada. Y a veces me he dicho que quizá la señorita Peecher...

—Para ese propósito, NO le aconsejaría a la señorita Peecher —intervino Bradley Headstone con tanta decisión como antes.

—¿Sería usted tan amable de pensarlo por mí, señor Headstone?

—Sí, Hexam, sí. Lo pensaré. Lo pensaré con calma. Me lo pensaré bien.

A continuación caminaron casi en silencio, hasta que llegaron a la escuela. Allí una de las pulcras ventanitas de la señorita Peecher, parecidas a los ojos de una aguja, estaba iluminada, y en un rincón se hallaba sentada Mary Ann, observando, mientras la señorita Peecher, en la mesa, se estaba cosiendo el pulcro y pequeño corpiño de acuerdo con un patrón de papel de estraza. N. B. El gobierno no alentaba demasiado el nada académico arte de la aguja en la señorita Peecher ni en sus alumnas.

Mary Anne, con la cara pegada a la ventana, levantó el brazo.

—¿Dime, Mary Anne?

—El señor Headstone ha vuelto, señora.

Al cabo de más o menos un minuto, Mary Anne volvió a levantar el brazo.

—¿Sí, Mary Anne?

—Ha entrado en su casa y ha cerrado con llave, señora.

La señorita Peecher reprimió un suspiro mientras recogía su labor para irse a la cama, y con una aguja afilada, bien afilada, había traspasado esa parte

del vestido que debería cubrirle el corazón, de haberlo llevado puesto.

Capítulo II

A vueltas aún con la docencia

La persona de la casa, modista de muñecas y fabricante de acericos y limpiaplumas ornamentales, estaba sentada en su curiosa butaca baja, cantando en la oscuridad, cuando llegó Lizzie. La persona de la casa había alcanzado esa dignidad, a pesar de sus pocos años, por ser la única persona digna de fiar de la casa.

—Bueno, Lizzie-Mizzie-Wizzie —dijo, interrumpiendo su canturreo—. ¿Qué se cuenta en la calle?

—¿Qué se cuenta en casa? —replicó Lizzie, alisando juguetona la luminosa cabellera rubia que brotaba exuberante y hermosa de la cabeza de la modista de muñecas.

—Veamos, como dijo el ciego. Bueno, las últimas noticias son que no pienso casarme con tu hermano.

—¿No?

—Nooo —dijo sacudiendo la cabeza y la barbilla—. No me gusta el muchacho.

—¿Y qué me dices de su maestro?

—Digo que me parece que ya está encargado.

Lizzie acabó de colocarle cuidadosamente el pelo sobre sus hombros deformes, y a continuación encendió una vela, que iluminó una salita sombría, pero ordenada y limpia. La colocó en la repisa de la chimenea, lejos de los ojos de la modista, y a continuación dejó abierta la puerta de la habitación, y la puerta de la casa, y volvió la butaquita baja y su ocupante hacia el aire exterior. Era una noche bochornosa, y allí se colocaban cuando hacía buen tiempo, al acabar su jornada laboral. Lizzie se sentó en una silla junto a la butaquita, y con aire protector colocó bajo su brazo la manita que asomaba hacia ella.

—Esto es lo que nuestra querida Jenny Wren llama la mejor hora del día y de la noche —dijo la persona de la casa. Su verdadero nombre era Fanny Cleaver; pero hacía tiempo había elegido aplicarse el nombre de señorita Jenny Wren.^[14]

—Mientras estaba sentada trabajando —dijo Jenny— he estado pensando que sería estupendo poder disfrutar de tu compañía hasta que me case, o al menos hasta que me cortejen. Porque, cuando alguien me corteje, le haré hacer algunas cosas que tú haces por mí. Será incapaz de cepillarme el pelo como tú, o de ayudarme a subir y bajar las escaleras como tú, ni de hacer nada como tú; pero será capaz de traerme el trabajo a casa e ir en busca de pedidos, a su manera torpe. Y también lo hará. ¡Lo tendré en danza, te lo aseguro!

Jenny Wren tenía sus vanidades personales —felizmente para ella—, y no había propósito más poderoso en su ánimo que las diversas pruebas y tormentos que le infligiría, a su debido tiempo, a «él».

—Esté donde esté en este momento, o quienquiera que sea —dijo la señorita Wren—, me sé sus trucos y cómo es, y le advierto que se vaya con ojo.

—¿No crees que eres muy dura con él? —preguntó su amiga, sonriendo y alisándole el pelo.

—Ni un ápice —replicó la sabia señorita Wren, con un aire de inmensa experiencia—. Querida, esos tipos ni se fijan en ti si no te pones dura con ellos. Pero estaba hablando de si podría seguir viéndote. ¡Ah! ¡Qué «si» tan grande! ¿No te parece?

—No tengo intención de separarme de ti, Jenny.

—No digas eso, o te irás enseguida.

—¿Tan poco de fiar soy?

—Me fío más de ti que de la plata y el oro. —Mientras lo decía, la señorita Wren se repente se separó de Lizzie, levantó los ojos y la barbilla, y puso cara de quien lo sabe todo—. ¡Ajá!

¿Quién viene?

Un granadero.

¿A qué viene?

Cerveza es lo que quiero.

»¡Y nada más que eso, querida!

La figura de un hombre se detuvo en la acera de delante de la casa.

—El señor Eugene Wrayburn, ¿verdad? —dijo la señorita Wren.

—Así me llaman —fue la respuesta.

—Puede entrar, si es bueno.

—No soy bueno —dijo Eugene—, pero entraré.

Le dio la mano a Jenny Wren, le dio la mano a Lizzie, y se quedó apoyado en la puerta en el lado de Lizzie. Dijo que había salido a caminar y a fumar (en ese momento se había acabado el puro), y que había dado media vuelta para regresar en esa dirección para poder echar un vistazo al pasar. ¿No había visto a su hermano esa tarde?

—Sí —dijo Lizzie, un tanto turbada.

¡Qué amable condescendencia por parte de nuestro hermano! El señor Eugene Wrayburn creía haberse cruzado con el joven caballero en el puente que había un poco más allá. ¿Quién era el amigo que iba con él?

—El maestro.

—Claro. Ya lo parecía.

Lizzie seguía tan quieta que no se podía decir que expresara su turbación, aunque tampoco nadie hubiera podido dudar de ella. Eugene estaba tan tranquilo como siempre; aunque quizá, mientras Lizzie permanecía sentada con la vista humillada, pudo percibirse que su atención se centró en ella durante unos instantes, más de lo que lo había estado en cualquier otra cosa y en cualquier otro momento.

—No traigo noticias, Lizzie —dijo Eugene—. Pero, tras haberle prometido que no le quitaría el ojo de encima al señor Riderhood a través de mi amigo Lightwood, me gusta de vez en cuando garantizar que mantengo mi promesa, y que mi amigo da la talla.

—No lo habría dudado, señor.

—Por lo general, confieso que soy un hombre del que hay que dudar —replicó fríamente Eugene—, a pesar de lo dicho antes.

—¿Y por qué? —preguntó la perspicaz señorita Wren.

—Porque, querida —dijo el displicente Eugene—, soy un perro malo y ocioso.

—Entonces, ¿por qué no se reforma y se vuelve un buen perro? —preguntó la señorita Wren.

—Porque, querida —replicó Eugene—, no tengo a nadie que me anime a hacerlo. ¿Ha considerado mi ofrecimiento, Lizzie?

Esto lo dijo en voz más baja, pero solo como si fuera un asunto más serio, y no para excluir a la persona de la casa.

—He pensado en ello, señor Wrayburn, pero no he conseguido decidirme a aceptar.

—¡Falso orgullo! —dijo Eugene.

—No lo creo, señor Wrayburn. Espero que no.

—¡Falso orgullo! —repitió Eugene—. Bueno, ¿qué si no? La cosa, en sí misma, no tiene importancia. La cosa, para mí, no tiene importancia. ¿Qué importancia puede tener para mí? Ya sabe qué opino de ello. Me propongo ser de alguna utilidad para alguien (algo que no ha ocurrido aún en este mundo, y no volverá a ocurrir en otra ocasión) pagando a una persona cualificada de su sexo y edad, tantos (o tan pocos) despreciables chelines para que venga aquí, unas cuantas noches por semana, para darle una instrucción de la que no carecería de no haber sido una hija y una hermana abnegada. Sabe que es bueno tenerla, o jamás se habría tomado tanto interés por que su hermano la tuviera. Entonces, ¿por qué no tenerla: sobre todo cuando nuestra amiga, la señorita Jenny, también la aprovecharía? Si le propusiera ser yo el profesor, o asistir a las clases (¡una evidente incongruencia!)... Pero en cuanto a eso, será como si estuviera en la otra punta de la tierra, o como si ni siquiera estuviera en la tierra. Falso orgullo, Lizzie. Porque, si fuera verdadero orgullo, su desagradecido hermano no se avergonzaría, ni la avergonzaría a usted. El verdadero orgullo no habría hecho venir hasta aquí a un maestro, como si fuera un médico que visita un caso grave. El verdadero orgullo sería ponerse manos a la obra e instruirse. Y lo sabe perfectamente, pues sabe que su verdadero orgullo lo haría mañana mismo, si tuviera los medios que su falso orgullo no me permite proporcionarle. Muy bien. No diré más. Su falso orgullo la perjudica a usted y a su difunto padre.

—¿A mi difunto padre? ¿Cómo es eso, señor Wrayburn? —dijo ella con

cara de ansiedad.

—¿Que cómo perjudica a su padre? ¡Y me lo pregunta! Pues perpetuando las consecuencias de su ignorante y ciega obstinación. No decidiéndose a enderezar el mal que él le hizo. Resolviendo que la privación a la que la condenó, y que le impuso, se mantenga en usted.

Ocurrió que eso hizo vibrar una cuerda sutil en Lizzie, que le había hablado a su hermano del mismo modo no hacía ni una hora. Sonó mucho más convincente, debido al cambio que había sufrido en ese momento su interlocutor; por Eugene había pasado un fugaz aire de seriedad, de total convicción, de ofensa de que se sospechara de él, de interés generoso y desprendido. Todas estas cualidades, en alguien generalmente tan frívolo y despreocupado, le parecían a ella inseparables de una pizca de las opuestas en su propio pecho. Pensó en si ella, tan por debajo de él y tan distinta, rechazaba ese desinterés a causa de algún vanidoso recelo de que él pudiera irle detrás, o atendiera algún atractivo que pudiera haber descubierto en ella. La pobre chica, pura de corazón e intenciones, no soportaba imaginarlo. Humillándose ante sí misma por el solo hecho de sospecharlo, inclinó la cabeza como si hubiera cometido hacia él una ofensa perversa y grave, y rompió a llorar en silencio.

—No se aflija —dijo Eugene con una inmensa amabilidad—. Espero no ser yo quien la ha afligido. Mi única intención era exponerle fielmente la cuestión; aunque reconozco que lo he hecho de manera muy egoísta, pues estoy frustrado.

Frustrado por no poder hacerle un favor. ¿Por qué otro motivo iba a estar él frustrado?

—Eso no me romperá el corazón —dijo riendo Eugene—. No me durará ni cuarenta y ocho horas; pero estoy realmente frustrado. Me había creado la ilusión de hacerle este pequeño favor, a usted y a nuestra amiga la señorita Jenny. La novedad de hacer algo mínimamente útil tenía su encanto. Ahora veo que podría haber tenido más tacto. Podría haber fingido que lo hacía totalmente por nuestra amiga la señorita Jenny. Podría haberme elevado moralmente en el papel de sir Eugene el Generoso. Pero a fe mía que no soy hombre de florituras, y preferiría quedar frustrado que intentarlo.

Si lo que pretendía era penetrar en los pensamientos de Lizzie, había sido hábil. Si había hablado así por mera coincidencia, más le habría valido

callarse.

—La cosa se me presentó de manera tan natural... —dijo Eugene—. ¡La pelota me vino a las manos por accidente! Quiso la casualidad que entrara en contacto con usted, Lizzie, en dos ocasiones que usted recordará. Quiso la casualidad que pudiera prometerle que no le quitaría ojo a ese falso acusador suyo, Riderhood. Quiso la casualidad que pudiera consolarle en las horas más tristes de su desconsuelo, asegurándole que no creía en las palabras de ese hombre. En la misma ocasión le digo que soy el último y el más haragán de los abogados, pero que no hay ninguno mejor que yo si se trata de un caso que he vivido de primera mano, y que siempre puede confiar en mi ayuda, y de manera incidental en la de Lightwood, en sus esfuerzos por limpiar la reputación de su padre. Y así poco a poco se me mete en la cabeza que puedo ayudarla (¡tan fácilmente!) a limpiar la reputación de su padre de esa otra culpa que he mencionado hace unos minutos, y que, esa sí, es merecida y real. Espero haberme explicado, pues lamento de verdad haberla afligido. Detesto reivindicar la bondad de mis intenciones, pero la verdad es que estas eran honestas y sencillamente buenas, y quiero que lo sepa.

—Nunca lo he dudado, señor Wrayburn —dijo Lizzie, más arrepentida cuanto menos reclamaba él.

—Me alegra mucho oírlo. Aunque si al principio hubiera comprendido del todo lo que quería decirle, creo que no se habría negado. ¿No le parece?

—Pues yo... no lo sé, señor Wrayburn.

—¡Bueno! Pues, ¿por qué negarse ahora a entenderlo?

—Para mí no es fácil hablar con usted —replicó Lizzie, un tanto confundida—, pues ya ve usted las consecuencias de lo que digo, en cuanto las digo.

—Asuma todas las consecuencias —dijo riendo Eugene— y borre mi frustración. Lizzie Hexam, la respeto de verdad, y, como amigo y un pobre diablo de caballero que soy, afirmo que ni siquiera ahora entiendo por qué vacila.

Sus palabras y actitud tenían una apariencia de sinceridad, confianza y generosidad carente de toda sospecha que conquistaron a la pobre chica; y no solo la conquistaron, sino que de nuevo la hicieron sentirse como si hubiera estado influida por cualidades opuestas, con la vanidad a la cabeza.

—Ya no vacilaré más, señor Wrayburn. Espero que no piense mal de mí por haber vacilado antes. Le respondo por mí y por Jenny... ¿Me dejas responder por ti, querida Jenny?

La criatura había permanecido recostada, atenta, con los codos apoyados en los brazos de la butaca, la barbilla sobre las manos. Sin cambiar de actitud, respondió «¡Sí!» de manera tan repentina que pareció que había cortado el monosílabo más que pronunciarlo.

—Por mí y por Jenny, acepto agradecida su amable ofrecimiento.

—¡Aprobado! ¡Sobreseído! —dijo Eugene, dándole la mano a Lizzie antes de hacer un ademán, como si con él dejara ya atrás el asunto—. ¡Ojalá que pocas veces se dé tanta importancia a un asunto tan nimio!

Entonces se puso a charlar en tono de broma con Jenny Wren.

—Estoy pensando en vestir una muñeca, señorita Jenny —dijo.

—Mejor que no lo haga —replicó la modista.

—¿Por qué no?

—Seguro que la rompe. Todos los niños lo hacen.

—Pero eso es bueno para el negocio, señorita Wren —replicó Eugene—. Igual que cuando la gente rompe una promesa, un contrato o un acuerdo, es bueno para mi negocio.

—Yo no entiendo de eso —fue la réplica de la señorita Wren—, aunque creo que le convendría mucho más encargarse de un limpiaplumas, y ser más trabajador y utilizarlo.

—Bueno, si todos fuéramos tan trabajadores como usted, doña Entrometida, tendríamos que empezar a trabajar cuando gateamos, ¡y eso sería malo!

—¿Quiere decir —contestó la pequeña criatura, con un sonrojo subiéndole a la cara— malo para la espalda y las piernas?

—No, no, no —dijo Eugene; horrorizado (seamos justos con él) ante la idea de mofarse de su enfermedad—. Malo para el negocio, malo para el negocio. Si todos nos pusiéramos a trabajar en cuanto podemos utilizar las manos, se acabarían las modistas de muñecas.

—Algo de razón tiene —replicó la señorita Wren—, a veces hay ideas en su mollera. —A continuación, en un tono distinto—: Hablando de ideas, Lizzie —estaban sentadas la una junto a la otra, igual que al principio—, me pregunto cómo es que cuando trabajo, cuando trabajo aquí, sola todo el verano, me llega un olor a flores.

—Como persona vulgar y corriente, yo diría —sugirió lánguidamente Eugene (pues se estaba hartando de la persona de la casa)— que le llega olor a flores porque hay flores cerca y le llega el olor.

—No —dijo la criaturita, apoyando un brazo en el de la butaca y reposando la barbilla en esa mano; le quedó la mirada perdida—, este no es un barrio con flores. Lo que quiera menos eso. Y, no obstante, me siento a trabajar y huelo miles de flores. Huelo rosas, hasta creo que veo hojas de rosas a montones, en el suelo. Me llega el olor a hojas caídas, hasta que bajo la mano... así... con la esperanza de hacer que susurren. Huelo el blanco y el rosa del espino en los setos, y todo tipo de flores que nunca he visto. Pues la verdad es que en mi vida he visto muy pocas flores.

—¡Qué agradables fantasías, querida Jenny! —dijo su amiga: con una mirada hacia Eugene, como con ganas de preguntarle si aquellas visiones no serían una compensación a sus carencias.

—Lo mismo pienso, Lizzie, cuando me vienen. ¡Y los pájaros que oigo! ¡Oh! —gritó la criaturita, extendiendo la mano y mirando hacia arriba—, ¡cómo cantan!

Por un momento hubo algo inspirado y hermoso en su cara y en su gesto. A continuación, la barbilla volvió a caer meditabunda sobre la mano.

—Yo diría que mis pájaros cantan mejor que los demás pájaros, y que mis flores huelen mejor que las demás flores. Pues cuando era niña —por el tono que utilizó parecían haber pasado siglos—, los niños que solía ver a primera hora de la mañana eran muy distintos de los otros que he visto en mi vida. No eran como yo; no estaban helados, ni preocupados, ni iban harapientos, ni les pegaban; nunca sentían dolor. No eran como los niños del barrio; nunca me hacían temblar de pies a cabeza, con sus ruidos estridentes, y nunca se burlaban de mí. ¡Y eran tantos...! Todos iban de blanco, y había algo brillante en el borde de su cuerpo, y sobre su cabeza, algo que nunca he conseguido imitar en mi trabajo, y eso que lo conozco muy bien. Bajaban en largas hileras brillantes, inclinadas, y decían juntos: «¿Quién siente dolor?! ¿Quién siente

dolor?!». Cuando les decía que era yo, me contestaban: «¡Ven a jugar con nosotros!». Cuando les decía «¡Nunca juego! ¡No sé jugar!», me llevaban de allí y me elevaban hacia el cielo, y yo era ligera. Había una calma y un descanso deliciosos hasta que me volvían a poner en el suelo y decían, todos juntos: «Ten paciencia, y volveremos». Cada vez que volvían, sabía que venían antes de ver las hileras largas y brillantes porque les oía preguntar, a todos juntos, desde muy lejos: «¿Quién siente dolor?! ¿Quién siente dolor?!». Y yo les gritaba: «Oh, benditos niños, soy yo, pobre de mí. Tened piedad de mí. ¡Elevadme al cielo y volvedme ligera!».

Poco a poco, mientras relataba su evocación, iba levantando la mano, regresaba su expresión extática, y se volvía muy hermosa. Tras quedarse callada un momento, inmóvil, con una sonrisa de atención en la cara, miró a su alrededor y regresó a la realidad.

—Qué poco divertida debe de encontrarme, ¿verdad, señor Wrayburn? Puede que ya esté harto de mí. Pero es sábado por la noche, y no le retendré.

—Es decir, señorita Wren —observó Eugene, muy dispuesto a aprovechar aquella insinuación—, ¿desea que me vaya?

—Bueno, es sábado por la noche —replicó ella—, y mi niño vuelve a casa. Y es un niño malo y difícil, y me paso la vida riñéndolo. Preferiría que no vieran a mi niño.

—¿Es una muñeca? —dijo Eugene sin comprender, buscando una explicación.

Pero cuando Lizzie, solo con los labios, formó dos palabras, «Su padre», Eugene no se demoró más. Se marchó de inmediato. En la esquina de la calle se detuvo a encender otro cigarro, y posiblemente a preguntarse qué diantre estaba haciendo. De ser así, la respuesta fue vaga e inconcreta. ¡Quién sabe lo que está haciendo, y a quién le importa!

Un hombre tropezó con él al proseguir su camino, y farfulló una disculpa ebria y llorona. Eugene se quedó mirando a ese hombre, y le vio entrar por la puerta por la que él acababa de salir.

Cuando el hombre entró dando tumbos en la salita, Lizzie se levantó para marcharse.

—No se vaya, señorita Hexam —dijo el hombre en tono sumiso, hablando

con la voz pastosa y con dificultad—. No huya de un hombre desdichado que tiene la salud destrozada. Concédale a un pobre inválido el honor de su compañía. No es... no es contagioso.

Lizzie murmuró que tenía cosas que hacer en su habitación y subió.

—¿Cómo está mi Jenny? —dijo el hombre tímidamente—. ¿Cómo está mi Jenny Wren, la mejor de las hijas, el objeto de los afectos de este inválido desconsolado?

A lo cual la persona de la casa, extendiendo los brazos en actitud autoritaria, replicó con insensible aspereza:

—¡Vete de aquí! ¡Vete a tu rincón! ¡Vete a tu rincón inmediatamente!

El pobre desdichado hizo como si fuera a contestarle; pero no se atrevió a resistirse a la persona de la casa, se lo pensó mejor, y se sentó en la silla especial de la deshonra.

—¡Ooooh! —exclamó la persona de la casa, señalando con su dedito—. ¡Qué chico más malo! ¡Oooh, criatura traviesa y perversa! ¿Qué pretendes con esto?

La temblorosa figura, turbada y descoyuntada de pies a cabeza, extendió un poco las dos manos, como ofreciendo un gesto de paz y reconciliación. Lágrimas de humillación le llenaban los ojos y le manchaban las mejillas rojas y manchadas. Tenía el labio inferior hinchado, de color plomizo, y le temblaba en un gimoteo bochornoso. Aquella ruina indecorosa y deshilachada, desde los zapatos rotos hasta el pelo ralo y prematuramente gris, se humillaba. Sin ni siquiera tener conciencia digna de tal nombre de esa lamentable inversión de los papeles de padre e hija, sino protestando patéticamente para que ella no le riñese.



THE PERSON OF THE HOUSE AND THE BAD CHILD.

—Me sé tus trucos y cómo eres —exclamó la señorita Wren—. ¡Sé dónde has estado! —(Tampoco hacía falta un gran discernimiento para descubrirlo) —. ¡Debería darte vergüenza!

La mismísima respiración de esa figura era digna de lástima, de tan sonora y esforzada, como un reloj que no consigue avanzar con regularidad.

—¡Como una esclava, una esclava, una esclava, de la mañana a la noche —prosiguió la persona de la casa—, y para esto! ¿Qué pretendes con ello?

Hubo algo en el énfasis de ese «Qué» que asustó absurdamente a aquel hombre. Cada vez que la persona de la casa insistía en ello —en cuanto él lo veía venir—, él se derrumbaba un poco más.

—Ojalá te hubieran arrestado y encerrado —dijo la persona de la casa—.

Ojalá te hubieran metido en celdas y agujeros negros, y te corrieran por encima ratas, arañas y escarabajos. Me sé sus trucos y cómo son, y te habrían hecho unas buenas cosquillas. ¿Es que no te avergüenzas de ti mismo?

—Sí, querida —tartamudeó el padre.

—Entonces —dijo la persona de la casa, aterrizándolo al hacer gran acopio de todas sus fuerzas y espíritu antes de recurrir a la palabra enfática—, ¿qué pretendes con ello?

—Son circunstancias sobre las que no he tenido control —fue la excusa que puso la desdichada criatura.

—Ya te daré yo circunstancias y control —replicó la persona de la casa, hablando con vehemente brusquedad—, si me hablas así. Te entregaré a la policía, y te pondrán una multa de cinco chelines que no podrás pagar, y, como yo no pagaré, te deportarán de por vida. ¿Qué te parecería que te deportaran de por vida?

—No me gustaría. Soy un pobre inválido destrozado. No molestaré mucho tiempo —exclamó la miserable criatura.

—Venga, venga —dijo la persona de la casa, dando unos golpecitos en la mesa que tenía al lado como para ir al grano, y negando con la cabeza y la barbilla—, ya sabes lo que tienes que hacer. Pon el dinero aquí encima enseguida.

La obediente figura comenzó a rebuscar en los bolsillos.

—¡Apuesto a que te has gastado una fortuna de la paga! —dijo la persona de la casa—. ¡Ponlo aquí! ¡Todo lo que te queda! ¡Hasta el último penique!

¡Menudo ajeteo el de aquel hombre recogiendo monedas de sus doblados y redoblados bolsillos, de esperar palparlas en un bolsillo y no encontrarlas; de no esperarlas en uno y pasar a otro; de no encontrar bolsillo donde debería haber uno!

—¿Eso es todo? —preguntó la persona de la casa, cuando hubo sobre la mesa un confuso montón de peniques y chelines.

—No tengo más —fue la compungida respuesta, acompañada de una negación con la cabeza.

—Deja que me asegure. Ya sabes lo que tienes que hacer. Vuélvete los

bolsillos del revés, ¡y déjalos así! —gritó la persona de la casa.

El hombre obedeció. Y si algo podía haberle hecho parecer más humillado y patéticamente ridículo que antes, era aquella manera de ponerse en evidencia.

—¡Aquí no hay más que siete chelines y ocho peniques y medio! —profirió la señorita Wren tras poner orden en el montón—. ¡Oh, hijo pródigo! Ahora pasarás hambre.

—No, no me hagas pasar hambre —la instó en un gimoteo.

—Si te tratara como te mereces —dijo la señorita Wren—, te comerías solo los asadores de la carne de los gatos. Solo los asadores, después de que los gatos se acabaran la carne. Y, por lo que has hecho, vete a la cama.

Cuando el hombre salió dando tumbos del rincón para obedecer, volvió a tender las dos manos:

—Son circunstancias sobre las que no he tenido control...

—¡Vete a la cama! —gritó la señorita Wren, callándolo en seco—. No me hables. No voy a perdonarte. ¡Vete a la cama ahora mismo!

El hombre, intuyendo la llegada de otro «Qué» enfático, se escabulló para obedecer, y se le oyó arrastrar los pies escaleras arriba, y cerrar la puerta, y tirarse en la cama. Un ratito después, bajó Lizzie.

—¿Cenamos, querida Jenny?

—¡Ah! Bendícenos y sálvanos, hemos de comer algo que nos permita seguir adelante —replicó la señorita Jenny, encogiéndose de hombros.

Lizzie tendió un mantel sobre el banquito de trabajo (más práctico para que trabajara la persona de la casa que como mesa ordinaria), puso encima el sencillo menú que acostumbraban a tomar, y sacó un taburete para ella.

—¡Y ahora a cenar! ¿En qué piensas, querida Jenny?

—Pensaba —replicó, saliendo de una profunda meditación—, en lo que le haría a Él, si me saliera un borracho.

—Oh, pero no lo será —dijo Lizzie—. Ya te encargarás tú de eso de antemano.

—Intentaré encargarme de ello de antemano, pero podría engañarme. ¡Oh,

querida, todos esos tipos tienen sus trucos y argucias para engañarte! —Su puñito estaba en plena actividad—. Y, si fuera así, te digo lo que creo que haría. Cuando durmiera, pondría al rojo una cuchara, y tendría un licor hirviendo y borboteando en un cazo, lo llenaría cuando siseara en el hervor, le abriría la boca con la otra mano (quién sabe si dormiría con la boca abierta), y se lo metería en la garganta, para que se la abrasara y lo ahogara.

—Estoy segura de que no harías algo tan horrible —dijo Lizzie.

—¿No debería? Bueno, quizá no debería. ¡Pero me gustaría!

—Estoy igualmente segura de que no.

—¿Que ni siquiera me gustaría? Bueno, por lo general, sabes más que yo. Solo que no has vivido siempre con eso, como yo... y no te duele la espalda, y las piernas te sostienen.

Mientras cenaban, Lizzie intentaba devolverla a su estado de ánimo mejor y más amable. Pero el encanto se había roto. La persona de la casa era la persona de una casa llena de sórdidas vergüenzas y preocupaciones, en cuya habitación de arriba una criatura humillada infectaba incluso el sueño inocente de sensual brutalidad y degradación. La modista de muñecas se había convertido en una curiosa arpía; del mundo, mundana; de la tierra, terrena.

¡Pobre modista de muñecas! ¡Cuántas veces arrastrada por manos que deberían haberla elevado; cuántas veces desencaminada cuando se perdía en el camino eterno y pedía guía! ¡Pobre, pobre modistilla de muñecas!

Capítulo III

Menuda criatura es el hombre^[15]

Un buen día, Britania, en sus meditaciones (quizá en la actitud en la que se la presenta en las monedas de cobre), descubre que quiere a Veneering en el Parlamento. Se le ocurre que Veneering es un «hombre representativo» — cosa que en estos tiempos no puede dudarse— y que la fiel Cámara de los Comunes de Su Majestad está incompleta sin él. Así pues, Britania le menciona a un caballero relacionado con la abogacía que si Veneering dejara «en depósito» cinco mil libras, podría escribir, detrás de su nombre, dos iniciales que le saldrían al módico precio de dos mil quinientas la letra^[16]. Queda entendido, entre Britania y el caballero del mundo de la abogacía, que nadie se va a embolsar las cinco mil libras, que tras ser depositadas desaparecerán por conjuro y encantamiento mágicos.

Este caballero del mundo de la abogacía, que goza de la confianza de Britania, va, directamente, de la dama a Veneering, y este, tras recibir el encargo, se declara enormemente halagado, pero pide un poco de tiempo para asegurarse de «si cuenta con el apoyo de sus amigos». Por encima de todo, dice, necesita tener la seguridad, en un momento tan trascendental, de «si cuenta con el apoyo de sus amigos». El caballero del mundo de la abogacía, en interés de su cliente, no puede permitirle mucho tiempo a ese fin, pues la dama cree conocer a alguien dispuesto a depositar seis mil libras; pero dice que le concede a Veneering cuatro horas.

Veneering le dice a la señora Veneering: «Tenemos que ponernos en marcha», y se lanza al interior de un milord. En ese mismo momento, la señora Veneering le entrega el bebé a la niñera; aprieta las aguileñas manos contra la frente para ordenar el palpitante intelecto que hay dentro; pide el carruaje; y repite de manera distraída y devota, en una mezcla de Ofelia y cualquier mujer de la antigüedad que se inmolará, la que prefiráis: «Hemos de ponernos en marcha».

Veneering, tras haber dado orden al conductor de que embista a todo el

que se le ponga de por medio, como la Caballería Real en Waterloo, es conducido de manera furiosa a Duke Street, Saint James. Allí se encuentra con Twemlow en sus alojamientos, recién salido de las manos de un artista secreto que le ha hecho algo en el pelo con yemas de huevo. El proceso exige que Twemlow, durante dos horas, permita que el pelo se le ponga de punta y se seque gradualmente, por lo que se halla en el estado idóneo para recibir esa información; también se parece al Monumento de Fish Street Hill, que conmemora el incendio de Londres, y al rey Príamo^[17] en cierta incendiaria ocasión narrada en un episodio no del todo desconocido de los clásicos.

—Mi querido Twemlow —dice Veneering, agarrando sus dos manos—, como mi más antiguo y querido amigo...

(«Entonces ya no puede haber duda en el futuro —se dice Twemlow—, ¡Y SOY YO!»)

—... ¿Cree usted que su primo, lord Snigworth, accedería a dar su nombre como Miembro de mi Comité? No me atrevo a pedirle su patrocinio; solo pido su nombre. ¿Cree que me daría su nombre?

Twemlow, repentinamente abatido, replica:

—No creo que se lo diera.

—Mis opiniones políticas —dice Veneering, sin ser consciente de haber tenido ninguna—, son idénticas a las de lord Snigworth, y quizá, en aras del sentir popular y de los principios del pueblo, me daría su nombre.

—Podría ser —dice Twemlow—, solo que...

Y se rasca perplejo la cabeza, sin acordarse de las yemas de huevo, y su desconcierto aumenta al descubrir que está pegajosa.

—Entre amigos tan antiguos e íntimos como nosotros —añade Veneering—, no debería haber reservas en un caso así. Prométame que si le pido que haga por mí algo que no desea hacer, o le plantea la menor dificultad, me lo dirá con total libertad.

Twemlow tiene la amabilidad de prometérselo, y con todo el aspecto de que, de todo corazón, piensa mantener su palabra.

—¿Tendría alguna objeción a escribirle a lord Snigworth para pedirle este favor? Naturalmente, si me lo concediera sabría que solo se lo debo a usted; mientras que, al mismo tiempo, se lo plantearía a lord Snigworth

como algo totalmente relacionado con el interés popular. ¿Tendría alguna objeción?

Dice Twemlow, con la mano en la frente:

—Usted me ha exigido una promesa.

—Es cierto, mi querido Twemlow.

—Y espera que la mantenga de manera honorable.

—Desde luego, mi querido Twemlow.

—Pues, pensándolo bien... escuche lo que le digo —le insta Twemlow con gran delicadeza, como si, en el caso de no haberlo pensado bien, lo habría hecho directamente—, pensándolo bien, me disculpará que no le dirija ninguna misiva a lord Snigworth.

—¡Bendito sea, bendito sea! —dice Veneering, terriblemente desilusionado, aunque agarrándole de nuevo las dos manos, con un fervor especial.

No hay que extrañarse de que el pobre Twemlow se negara a imponerle una carta a su noble primo (hombre con gota en el carácter), en la medida en que su noble primo, que le pasa una pequeña anualidad que le permite vivir, se la cobra, como suele decirse, con creces; y cada vez que visita Snigsworthy Park lo somete a una especie de ley marcial; le ordena que cuelgue el sombrero de un colgador concreto, que se siente en una silla concreta, que hable de temas concretos a personas concretas, y lleve a cabo ejercicios concretos: como cantar las alabanzas de los Barnices de la Familia (por no hablar de los Cuadros), y abstenerse de los Vinos de la Familia más exquisitos, a no ser que se le invite expresamente a compartirlos.

—Sin embargo —dice Twemlow—, hay una cosa que puedo hacer por usted, y es trabajar para usted.

Veneering le lanza más bendiciones.

—Iré al club —dice Twemlow, con el ánimo cada vez más excitado—. Veamos, ¿qué hora es?

—Las once menos veinte.

—Estaré en el club —dice Twemlow— a las doce menos diez, y me quedará todo el día.

Veneering tiene la sensación de que sus amigos le dan su apoyo y dice:

—Gracias, gracias. Sabía que podía confiar en usted. Se lo he dicho a Anastatia justo antes de salir de casa para venir a verle a usted... naturalmente el primer amigo al que he ido a ver para hablar de algo tan trascendente, mi querido Twemlow... le he dicho a Anastatia: «Hemos de ponernos en marcha».

—Tenía razón, tenía razón —replica Twemlow—. Dígame, ¿ella ya se ha puesto en marcha?

—Ya lo está —dice Veneering.

—¡Bien! —exclama Twemlow, como caballero educado que es—. El tacto de una mujer es inapreciable. Tener al bello sexo con nosotros es lo mismo que tenerlo todo.

—Pero no me ha comentado —observa Veneering— qué opina de que entre en la Cámara de los Comunes.

—Creo —replica Twemlow, comprensivo— que es el mejor club de Londres.

Veneering vuelve a bendecirlo, baja corriendo las escaleras, se sube a su milord y le indica al cochero que embista contra el Pueblo Británico y entre a la carga en la City.

Mientras tanto, Twemlow, con el ánimo cada vez más excitado, se alisa el pelo lo mejor que puede —que no es gran cosa, pues tras esas pegajosas aplicaciones está inquieto, y sobre la cabeza tiene una superficie un tanto pastosa— y se dirige al club a la hora indicada. En el club enseguida se procura una ventana grande, recado de escribir, y todos los periódicos, y se instala, inamovible, para que todo el Pall Mall^[18] lo contemple respetuosamente. A veces, cuando entra un hombre que le asiente con la cabeza, Twemlow dice: «¿Conoce a Veneering?». El hombre dice: «No, ¿es miembro del club?». Twemlow dice: «Sí, se presenta por Pocket-Breaches». Dice el hombre: «¡Ah! ¡Espero que le salga a cuenta!», bosteza y se aleja. A eso de las seis, Twemlow comienza a convencerse de que está agotado de trabajar, y piensa que es una verdadera lástima que no se hubiera dedicado a agente parlamentario.

Tras salir de casa de Twemlow, Veneering se dirige a toda velocidad a la

oficina de Podsnap, al que encuentra leyendo el periódico, de pie y con ganas de disertar sobre el asombroso descubrimiento que ha hecho: que Italia no es Inglaterra. Veneering le suplica respetuosamente a Podsnap que le perdone por interrumpir el flujo de sus sabias palabras, y le informa de lo que flota en el ambiente. Le dice que las opiniones políticas de los dos son idénticas. Le da a entender a Podsnap que él, Veneering, se formó sus opiniones políticas mientras estaba sentado a los pies de él, Podsnap. Quiere saber ardientemente si «cuenta con el apoyo» de Podsnap.

Dice Podsnap, con bastante severidad:

—En primer lugar, veamos, Veneering, ¿quiere saber mi opinión?

Veneering balbucea que tan antiguo y querido amigo...

—Sí, sí, todo eso está muy bien —dice Podsnap—, pero ¿ya se ha decidido a aceptar ese distrito de Pocket-Breaches tal como está, o me pide mi opinión acerca de si debería aceptarlo o dejarlo?

Veneering repite que el deseo de su corazón y el afán de su alma consiste en que Podsnap le dé su apoyo.

—Bien, seré claro con usted, Veneering —dice Podsnap, frunciendo el entrecejo—. Inferirá usted que, como no estoy en el Parlamento, este no me interesa nada, ¿no?

¡Bueno, claro que Veneering lo sabe! Naturalmente que Veneering sabe que si Podsnap decidiera ir allí, allí estaría, en un espacio de tiempo entre un abrir y cerrar de ojos y lo que tardamos en ver llegar la luz!

—No me merece la pena —añade Podsnap, aplacándose gradualmente—, y en mi posición es todo menos importante. Pero no es mi deseo erigirme como norma para otra persona de una posición distinta. Usted considera que le merece la pena y que es importante para su posición. ¿No es eso?

Siempre con la condición de que Podsnap le dé su apoyo, Veneering contesta que sí.

—Pero no me pide consejo —dice Podsnap—. Bien. Pues no se lo doy. Pero me pide ayuda. Bien. Entonces me pondré en marcha por usted.

Veneering le bendice al instante, y le informa de que Twemlow ya se ha puesto en marcha. Podsnap no acaba de aprobar que alguien ya esté en marcha —y lo ve casi como un atrevimiento—, pero tolera a Twemlow, y dice

que es un sujeto bien relacionado que no causará ningún daño.

—Hoy no tengo nada especial que hacer —añade Podsnap—, e iré a ver a algunas personas influyentes. Había quedado para cenar, pero enviaré a la señora Podsnap y me excusaré de ir personalmente, y cenaré con usted a las ocho. Es importante que anotemos nuestros progresos y luego comparemos nuestras notas. Y ahora, veamos. Debería contar con un par de sujetos activos y enérgicos, de modales distinguidos, que le hagan algunas gestiones.

Veneering, tras cierta cavilación, se acuerda de Boots y Brewer.

—A quienes conocí en su casa —dice Podsnap—. Sí, nos irán bien. Que cada uno tenga un coche de alquiler y que hagan gestiones.

Veneering menciona de inmediato qué gran bendición le parece tener un amigo capaz de tan espléndidas sugerencias administrativas, y se siente realmente eufórico con la idea de que Boots y Brewer vayan a hacer gestiones, pues el asunto cobra un aspecto muy de campaña electoral y de enorme ajetreo. Abandona a Podsnap al galope, se lanza a por Boots y Brewer, que de manera entusiasta le prestan su apoyo enseguida saliendo disparados cada uno en su coche de punto y en direcciones opuestas. A continuación, Veneering visita al caballero del mundo de la abogacía que goza de la confianza de Britania, y con él negocia algunos asuntos delicados, y dicta una alocución a los electores independientes de Pocket-Breaches, anunciando que se presenta entre ellos para pedirles el voto igual que un marinero regresa a la casa de su infancia: una frase que no empeora por el hecho de que no haya estado en ese lugar en su vida y ni siquiera tenga una idea clara de dónde está.

La señora Veneering, en esas horas tan trascendentales, no permanece mano sobre mano. En cuanto aparece el carruaje, con sus mejores jaeces, se sube a él, con sus mejores galas, y da la orden: «A casa de lady Tippins». Esa seductora vive en Belgravian Borders encima de un fabricante de corsés, con un maniquí de tamaño natural en la planta baja de una distinguida belleza y vestido de enaguas azules, lazo de las enaguas en la mano, y que vuelve la cabeza hacia la ciudad en inocente sorpresa. Y no es de extrañar, al descubrirse vistiéndose en esas circunstancias.

¿Está en casa lady Tippins? Está en casa, con la habitación en penumbra y con la espalda (como las de la dama del escaparate de la planta baja, aunque por una razón distinta) astutamente vuelta hacia la luz. Lady Tippins se queda

tan sorprendida al ver a la querida señora Veneering tan temprano —en plena noche, afirma aquella hermosa criatura— que casi levanta los párpados, bajo la influencia de la emoción.

La señora Veneering le comunica de manera incoherente que a Veneering le han ofrecido Pocket-Breaches; que ha llegado el momento de darle apoyo; que Veneering ha dicho: «Tenemos que ponernos en marcha»; que ha ido a verla como esposa y como madre, para suplicarle a lady Tippins que se ponga en marcha; que el carruaje está a disposición de lady Tippins para que se ponga en marcha; que ella, propietaria de ese carro y esos caballos flamantes y distinguidos, regresará a casa a pie —aunque le sangren los pies, si hace falta— para ponerse en marcha (sin especificar cómo) hasta caer rendida al lado de la cuna de su bebé.

—Querida —dice lady Tippins—, tranquilícese; le haremos entrar.

Y lady Tippins se pone en marcha de verdad, y también pone en marcha los caballos de los Veneering; pues se pasa el día rondando por la ciudad, visita a todas las personas que conoce y exhibe sus virtudes sociales y su abanico verde de manera muy provechosa, exclamando con prodigiosa velocidad: «Querida amiga, ¿qué le parece? ¿Para qué cree que he venido? Ni se lo imagina. Finjo que hago de agente electoral. ¿Y por qué lugar, de entre todos? Pocket-Breaches. ¿Y por qué? Porque el amigo más querido que tengo en el mundo lo ha comprado. ¿Y quién es el amigo más querido que tengo en el mundo? Se llama Veneering. Y no omitamos a su esposa, que es la amiga más querida que tengo en el mundo; y declaro a todas luces que me olvidaba de su bebé, que es el otro. Y llevamos a cabo esta pequeña farsa para cubrir las apariencias, ¡es de lo más estimulante! Mi preciosa niña, lo más gracioso es que nadie sabe quiénes son estos Veneering, y que ellos no conocen a nadie, y que tienen una casa que parece salida del cuento de Aladino, y que dan cenas dignas de *Las mil y una noches*. ¿Despiertan su curiosidad? Diga que quiere conocerlos. Venga y cene con ellos. No la aburrirán. Diga con quién quiere verse allí. Formaremos nuestro propio grupito, y le garantizo que no le darán la lata ni un momento. Debería ver sus camellos de oro y plata. A su mesa la llamo la Caravana. ¡Venga a cenar con los Veneering, mis Veneering, mi propiedad exclusiva, los amigos más queridos que tengo en el mundo! Y sobre todo, querida, procure prometerme su voto e interés por Pocket-Breaches; pues ni se nos ocurre gastarnos ni seis peniques en ello, cariño, y que solo accederemos a entrar en el Parlamento por los espontáneos

cómo se llamen de los incorruptibles no sé cuántos».

Ahora bien, el punto de vista expresado por la hechicera Tippins, en el sentido de que este ponerse en marcha y contar apoyos es para cubrir las apariencias, puede no ir tan desencaminado, aunque no es toda la verdad. A base de coger coches de alquiler e ir de un sitio a otro se consigue, o se cree que se consigue —que también cuenta— más de lo que sabe la hermosa Tippins. Muchas grandes y ambiguas reputaciones se han creado a base de coger coches de alquiler e ir de un sitio a otro. Cosa especialmente válida en todos los asuntos parlamentarios. Si el asunto de que se trata es de meter a un hombre en el Parlamento, o sacarlo, o ningunearlo, o de promover una línea de ferrocarril, o de ponerle obstáculos, o lo que sea, nada se considera tan eficaz como correr hacia ninguna parte a toda prisa: resumiendo, como coger un coche de alquiler e ir de un sitio a otro.

Probablemente porque esta razón está en el aire, Twemlow, lejos de ser el único convencido de que trabaja como un troyano, se ve superado por Podsnap, que a su vez es superado por Boots y Brewer. A las ocho, cuando todos esos esforzados trabajadores se reúnen para cenar en casa de los Veneering, queda entendido que los coches de alquiler de Boots y Brewer no deben alejarse de la puerta, sino que hay que traer baldes de agua del abrevadero más cercano y echarla en las patas de los caballos allí mismo, por si Boots y Brewer tuvieran que montar al instante y desaparecer. Estos veloces mensajeros precisan que el Analista procure que sus sombreros queden depositados donde puedan cogerlos al instante; y cenan (aunque extraordinariamente bien) con el aire de un bombero encargado del coche que espera que de un momento a otro le llegue la noticia de una tremenda conflagración.

Al iniciarse la cena, la señora Veneering observa con voz débil que, si eso continúa muchos días, no sabe si resistirá.

—Muchos días sería demasiado para todos nosotros —dice Podsnap—, ¡pero le haremos entrar!

—Le haremos entrar —dice lady Tippins, agitando deportivamente su abanico verde—. ¡Viva Veneering!

—¡Le haremos entrar! —dice Twemlow.

—¡Le haremos entrar! —dicen Boots y Brewer.

En sentido estricto, sería difícil señalar qué puede impedirle entrar, pues Pocket-Breaches ha cerrado su pequeño trato, y Veneering no tiene oposición. No obstante, acuerdan que deben «estar en marcha» hasta el último momento, y que si se detienen podría ocurrir algo inconcreto. También acuerdan que están demasiado agotados por el trabajo que han hecho, y que necesitan reforzarse para el que les espera, y para ello qué mejor que un tónico de la bodega de Veneering. Por tanto, el Analista tiene órdenes de traer *la crème de la crème* de la botellería, y al cabo de un rato resulta que apoyarlo se convierte en una palabra difícil de pronunciar; lady Tippins inculca animosamente la necesidad de empollar al querido Veneering; Podsnap aboga por imponerlo; Boots y Brewer por apostrofarlo; y Veneering da gracias a sus devotos amigos, a todos y cada uno, por empoimpoapostrofarlo.

En estos inspirados momentos, a Brewer se le ocurre una idea que es el gran éxito del día. Consulta su reloj y dice (como Guy Fawkes) que ahora mismo se irá a la Cámara de los Comunes a ver cómo están las cosas.

—Me estaré una horita por el vestíbulo —dice Brewer, con un semblante de lo más misterioso—, y si todo va bien ya no volveré, y le diré al cochero que esté a las nueve de la mañana en mi puerta.

—No se me ocurre nada mejor —dice Podsnap.

Veneering afirma que jamás podrá agradecerle este último servicio. Asoman las lágrimas en los afectuosos ojos de la señora Veneering. Boots demuestra envidia, queda rezagado, y su intelecto pasa a considerarse de segunda. Todos se apiñan en la puerta para despedir a Brewer. Este le dice al cochero:

—¿Qué, está fresco su caballo? —Mientras observa al animal con ojo crítico. El cochero dice que está fresco como una lechuga—. Pues adelante, a la Cámara de los Comunes.

El cochero se lanza al pescante, Brewer salta al interior, todos lo vitorean al salir, y el señor Podsnap dice:

—Fíjese en lo que le digo, señor. He aquí a un hombre de recursos; un hombre que se abrirá paso en la vida.

Cuando llega el momento de que Veneering pronuncie un inteligente y apropiado tartamudeo a los hombres de Pocket-Breaches, solo Twemlow y Podsnap le acompañan en tren a ese lugar apartado. El caballero del mundo

de la abogacía se halla en la estación de Pocket-Breaches, con un coche abierto que lleva pegado el cartel de «VivaVeneering», como si fuera una pared; y avanzan de manera espléndida entre las sonrisas del populacho, hasta una pequeña y frágil casa consistorial con soportales, bajo la cual se venden cebollas y cordones de bota, conjunto que el caballero de la abogacía dice que constituye un mercado; y desde la ventana principal de ese edificio Veneering habla al atento universo. En el momento en que se quita el sombrero, Podsnap, como ha acordado con la señora Veneering, le telegrafía a esa esposa y madre: «Ya ha empezado».

Veneering se pierde en los callejones sin salida de la oratoria, y Podsnap y Twemlow han de exclamar «¡Eso! ¡Bien dicho!», y en ocasiones, cuando es totalmente incapaz de dar marcha atrás en uno de esos callejones, es «¡Esooo! ¡Bieeen diichooo!» con aire de burlona convicción, como si lo ingenioso de todo aquello les proporcionara un placer exquisito. Pero Veneering hace dos observaciones buenísimas; tan buenas que se supone que se las ha sugerido el hombre de la abogacía, mientras charlaban un momento en las escaleras.

El primer punto es el siguiente. Veneering establece una original comparación entre el país y un barco; atinadamente llama al barco la Nave del Estado, y al primer ministro, el Timonel. El objetivo de Veneering es que en Pocket-Breaches sepan que el amigo de su derecha (Podsnap) es un hombre adinerado. En consecuencia dice:

—Y, caballeros, cuando los maderos de la Nave del Estado no son sólidos y el Timonel no es diestro, ¿asegurarán la nave esos grandes Aseguradores Marítimos que se cuentan entre nuestros mundialmente famosos príncipes del comercio? ¿Se arriesgarán por ella? ¿Confiarán en ella? Bueno, caballeros, si apelara al honorable amigo de mi derecha, que se cuenta entre los más honorables y respetados de esa clase tan honorable y respetada, contestaría: «¡No!».

El punto segundo es este. Hay que dejar escapar el dato revelador de que Twemlow está emparentado con lord Snigworth. Veneering imagina una situación de los asuntos públicos que probablemente no podría darse nunca (aunque no es del todo cierto, pues la imagen que pinta es ininteligible para él y para todos los demás), y afirma:

—Bueno, caballeros, si expusiera este programa a cualquier estrato social, me parece que sería recibido con escarnio, y lo señalaría el dedo del

menosprecio. Si expusiera ese programa a cualquier comerciante digno e inteligente de su población (bueno, permítanme que me lo tome como algo personal y diga nuestra población), ¿qué respondería? Respondería: «¡Váyase a paseo!». Eso es lo que respondería, caballeros. En su honesta indignación respondería: «¡Váyase a paseo!». Pero supongamos que ascendiera en la escala social. Supongamos que entrelazara mi brazo con el del respetado amigo de mi izquierda, y, caminando con él a través de los bosques de sus antepasados, y bajo las copudas hayas de Snigsworthy Park, me acercara al noble palacio, cruzara el patio, entrara por la puerta, subiera la escalinata, y, pasando de una habitación a otra, me encontrara por fin en la augusta presencia del pariente próximo de mi amigo, lord Snigsworth. Y supongamos que le dijera a ese venerable conde: «Milord, me hallo ante su señoría, presentado por el pariente próximo de su señoría, mi amigo de la izquierda, para exponerle ese programa». ¿Cuál sería la respuesta de su señoría? Bueno, pues me respondería: «¡Váyase a paseo!». Eso es lo que me respondería, caballeros. «¡Váyase a paseo!» Utilizando de manera inconsciente, en su elevada esfera, el mismo lenguaje que el digno e inteligente comerciante de nuestra población, el pariente próximo y querido de mi amigo situado a la izquierda me respondería en su ira: «¡Váyase a paseo!».

Veneering acaba con este último triunfo, y el señor Podsnap le telegrafía a la señora Veneering: «Ya ha acabado».

Luego hay una comida en el hotel con el caballero de la abogacía, y luego, en debida sucesión, vienen la nominación y la declaración. Finalmente el señor Podsnap le telegrafía a la señora Veneering: «Le hemos metido».

Otra espléndida comida le espera a su regreso a los salones de los Veneering, y lady Tippins los está esperando, y también Boots y Brewer. Cada uno afirma con modestia que gracias a su intervención individual «ha entrado»; pero en general todos coinciden en que el golpe maestro fue esa idea que tuvo Brewer de ir a la Cámara de los Comunes aquella noche a ver cómo iba todo.



BRINGING HIM IN.

En el curso de la velada, la señora Veneering relata un pequeño y conmovedor incidente. La señora Veneering tiene cierta predisposición a las lágrimas, y más aún después de las últimas emociones. Antes de retirarse de la mesa en compañía de lady Tippins dice, de una manera emocionada y físicamente débil:

—Pensarán que soy tonta, lo sé, pero he de mencionarlo. Mientras estaba sentada junto a la cuna de mi bebé, la noche antes de la elección, noté que la pequeña tenía el sueño intranquilo.

El Analista químico, que lo observa todo con aire tristón, siente el diabólico impulso de sugerir «Gases» y abandonar ese empleo, pero se reprime.

—Tras un intervalo casi convulsivo, el bebé juntó las manitas y sonrió.

La señora Veneering se detiene allí, y el señor Podsnap considera que le corresponde decir:

—¡Me pregunto por qué!

—Me pregunté si podría ser —dice la señora Veneering, mirando alrededor desde su pañuelo— que las hadas le estuvieran diciendo al bebé que su papá pronto sería diputado.

La señora Veneering se siente tan abrumada por la emoción que todos se levantan para dejarle paso a Veneering, que rodea la mesa al rescate y la saca del comedor de espaldas, mientras los pies de ella rozan la alfombra de manera impresionante: después de comentar que tanto estar en marcha ha superado con mucho sus fuerzas. Si las hadas mencionaron las cinco mil libras, y estuvieron en desacuerdo con el bebé, es algo sobre lo que no se especuló.

El pobrecillo Twemlow, bastante agotado, está emocionado, y sigue emocionado después de que lo hayan dejado sano y salvo sobre el establo de Duke Street, Saint James. Pero allí, sobre el sofá, una tremenda reflexión irrumpe en la mente del afable caballero, apartando cualquier otra idea menos tremenda.

—¡Cielo santo! Ahora que lo pienso, ¡si no había visto a sus electores hasta el día de hoy, hasta que los vimos nosotros!

Después de recorrer su habitación a pasos, desasosegado, el inocente Twemlow regresa a su sofá y se lamenta:

—Este hombre me volverá loco o me matará. Lo he conocido demasiado mayor. ¡No soy lo bastante fuerte para resistirlo!

Capítulo IV

Cupido y sus apuntadores

Por utilizar el frío lenguaje del mundo, la señora de Alfred Lammle rápidamente fortaleció su amistad con la señorita Podsnap. Por utilizar el cálido lenguaje de la señora Lammle, ella y la dulce Georgiana pronto fueron inseparables; en su corazón, en su mente, en su sentimiento, en su alma.

Cada vez que Georgiana conseguía escaparse de la tiranía del podsnaperismo; cuando conseguía apartar las mantas del faetón color natillas y levantarse; cuando conseguía escurrirse de la esfera del balanceo de su madre, y (por así decir) rescatar sus piececitos congelados de ese mundo del balanceo; cada vez que eso ocurría se iba a ver a su amiga, la señora de Alfred Lammle. La señora Podsnap no ponía ninguna objeción. Como era consciente de ser una «mujer espléndida» —pues oía que así la calificaban los ancianos osteólogos que proseguían sus estudios en las cenas de sociedad—, la señora Podsnap podía prescindir de su hija. El señor Podsnap, por su parte, al ser informado de dónde estaba Georgiana, se enorgullecía de que los Lammle estuvieran bajo su protección. Le parecía natural, conveniente y decoroso que ellos, en los momentos en que no podían servirse de él, se agarraran respetuosamente a la orla de su manto; que cuando no podían regodearse en el esplendor de él, el sol, se conformaran con la pálida luz reflejada de la joven y vaporosa luna, su hija. Se formó una mejor opinión de la discreción de los Lammle que la que tenía antes, ahora que apreciaban el valor de esa relación. Así, mientras Georgiana se dirigía a casa de su amiga, el señor Podsnap se iba a una cena, y a otra, y aún a otra, del brazo de la señora Podsnap, aposentando su obstinada cabeza dentro de su corbata y cuello duro, como si fuera a tocar la marcha triunfal en la flauta de Pan y en su propio honor: ¡Ya llega Podsnap el conquistador, que suenen las trompetas y redoblen los tambores!

Uno de los rasgos del carácter del señor Podsnap (y que, de una u otra manera, se podía ver cómo impregnaba las anchuras y profundidades del podsnaperismo) consistía en que no soportaba ni un atisbo de menosprecio

hacia ninguno de sus amigos o conocidos. «¿Cómo se atreve?», parecía decir, en ese caso. «¿A qué se refiere? Esta persona tiene mi licencia. Esta persona ha pedido y obtenido mi certificado. A través de esta persona usted me ataca a mí, Podsnap el Grande. Y no es que me importe especialmente la dignidad de esa persona, pero sí me importa especialmente la de Podsnap». De ahí que si alguien, en su presencia, se hubiera atrevido a dudar de la formalidad de los Lammle, se hubiera puesto hecho una furia. Tampoco es que ocurriera nunca, pues el diputado Veneering fue siempre la autoridad que respondió de su riqueza, y quizá incluso creía en ella. Y podía hacerlo, si lo deseaba, teniendo en cuenta lo poco que sabía del asunto.

La casa del señor y la señora Lammle, en Sackville Street, Piccadilly, no era más que una residencia temporal. Informaban a sus amigos de que le había resultado cómoda al señor Lammle cuando era soltero, pero que ahora ya no les servía. De manera que siempre estaban buscando una residencia palaciega en los mejores barrios, y siempre estaban a punto de alquilarla o comprarla, aunque nunca acababan de rematar el negocio. Así fue como se crearon una magnífica reputación, y muy peculiar. Cada vez que alguien veía una residencia palaciega vacía exclamaba «¡Justo lo que buscan los Lammle!» y les escribía para contarles lo que había visto, y estos siempre iban a verla, pero, por desgracia, nunca acababa de responder a sus necesidades. En resumen, tantas decepciones sufrieron que comenzaron a pensar en que sería necesario construirse una residencia palaciega. Y así fue como se crearon otra magnífica reputación; muchos de sus conocidos, previendo cómo sería la futura casa de los Lammle, y ya envidiándola, comenzaron a sentirse insatisfechos con la suya propia.

El magnífico mobiliario y la decoración de la casa de Sackville Street se apilaban en un gran montón sobre el esqueleto del piso de arriba, y si alguna vez este susurraba desde debajo de su carga de tapicería «¡Estoy en el armario!»^[19] era a muy pocos oídos, y desde luego nunca a los de la señorita Podsnap. A la señorita Podsnap, aparte de la simpatía de su amiga, lo que más encantaba de esta era la felicidad de su vida de casada. A menudo era su tema de conversación.

—Estoy segura —dijo la señorita Podsnap— de que el señor Lammle es como un enamorado. Al menos... eso es lo que yo pensaría.

—¡Georgiana, querida! —exclamó la señora Lammle, levantando el

índice—. ¡Ándate con ojo!

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la señorita Podsnap, sonrojándose—. ¿Qué he dicho ahora?

—Alfred, querida —le apuntó la señora Lammle, sacudiendo la cabeza con aire juguetón—. Ya no has de seguir llamándolo señor Lammle.

—¡Ah! Bueno, pues Alfred. Me alegra que no sea algo peor. Me daba miedo haber dicho una inconveniencia. Siempre digo alguna inconveniencia cuando estoy con mamá.

—¿Connmigo, Georgiana?

—No, no contigo; tú no eres mamá. Ojalá lo fueras.

La señora Lammle le prodigó a su amiga una sonrisa dulce y encantadora, que la señorita Podsnap devolvió lo mejor que pudo. Almorzaban en el *boudoir* de la señora Lammle.

—Así pues, querida Georgiana, ¿Alfred es la idea que tienes de un enamorado?

—No digo eso, Sophronia —replicó Georgiana, comenzando a replegar los codos—. No me hago ninguna idea de lo que es un enamorado. Esos desdichados que mamá trae para atormentarme no son enamorados. Solo me refería a que el señor...

—¿Otra vez, Georgiana querida?

—A que Alfred...

—Eso suena mucho mejor, querida.

—... te quiere tanto... Siempre te colma de galanterías y atenciones. ¿No es verdad?

—Sin duda, querida —dijo la señora Lammle, con una singular expresión cruzándole la cara—. Creo que me ama tanto como yo a él.

—¡Oh, qué felicidad! —exclamó la señorita Podsnap.

—Pero ¿sabes, Georgiana mía —añadió de inmediato la señora Lammle —, que hay algo sospechoso en tu entusiasta simpatía hacia la actitud cariñosa de Alfred?

—¡Dios santo, espero que no!

—¿No parece sugerir —dijo con malicia la señora Lammle— que el corazoncito de mi Georgiana está...?

—¡Oh no! —le imploró la señorita Podsnap, sonrojándose—. ¡No, por favor! Te aseguro, Sophronia, que solo alabo a Alfred porque es tu marido y te quiere tanto.

La mirada de Sophronia delató como si una nueva luz hubiera irrumpido en su mente. Pasó a una fría sonrisa cuando dijo, con los ojos en el almuerzo y las cejas enarcadas:

—Te equivocas, querida, al interpretar lo que quería decir. Lo que insinuaba era que el corazoncito de mi Georgiana estaba comenzando a sentir un vacío.

—No, no, no —dijo Georgiana—. No permitiría que nadie me dijera algo así ni por muchísimos miles de libras.

—¿Algo como qué, Georgiana? —preguntó la señora Lammle, aún sonriendo fríamente con los ojos en el almuerzo, las cejas en el mismo arco.

—Ya sabes —replicó la señorita Podsnap—. Creo que me volvería loca de irritación, vergüenza y odio, Sophronia, si alguien dijera algo así. A mí me basta ver lo cariñosos que sois tú y tu marido. Es algo distinto. No soportaría que nada parecido me ocurriera. Imploraría y rezaría... para que esa persona se alejara de mí y la pisotearan.

¡Ah, ahí estaba Alfred! Había entrado a hurtadillas, y traviesamente se había quedado apoyado en el respaldo de la butaca de Sophronia, y, cuando, la señorita Podsnap lo vio, él se llevó a los labios uno de los rizos sueltos de Sophronia, y de ahí lanzó un beso a la señorita Podsnap.

—¿Qué es todo esto de odios y maridos? —preguntó el cautivador Alfred.

—Bueno —replicó su mujer—, dicen que el que escucha a escondidas, de él nada bueno oye. Aunque... dime, ¿cuánto hace que estás ahí?

—He llegado ahora mismo, querida.

—Entonces podemos continuar... aunque solo con que hubieses llegado un poco antes, habrías oído cómo Georgiana cantaba tus alabanzas.

—Aunque no sé si se les debe llamar alabanzas —explicó la señorita Podsnap un tanto aturullada—, pues expresar lo mucho que quiere a

Sophronia tampoco creo que lo sean.

—¡Sophronia! —farfulló Alfred—. ¡Vida mía!

Y le besó la mano. Y, para corresponderle, ella le besó la cadena del reloj.

—Aunque espero no ser yo el que había que alejar y pisotear —dijo Alfred, acercando una silla y sentándose entre ambas.

—Pregúntale a Georgiana, vida mía —replicó su esposa.

Alfred apeló a Georgiana en un tono enternecedor.

—Oh, no me refería a nadie en particular —replicó la señorita Podsnap—. Tonterías.

—Pero si de verdad quieres saberlo, don Metomentodo, como supongo que quieres —dijo la feliz y cariñosa Sophronia, sonriendo—, se trataba de cualquiera que se atreviera a pretender a Georgiana.

—Sophronia, amor mío —protestó el señor Lammle en tono severo—, ¿no lo dirás en serio?

—Alfred, amor mío —replicó su esposa—, yo creo que Georgiana no lo decía en serio, pero yo sí.

—¡Desde luego —dijo el señor Lammle—, esto demuestra las accidentales combinaciones que adquieren los hechos! ¿Podrías creerte, querida mía, que he venido con el nombre de un pretendiente de Georgiana en los labios?

—Sin duda que me creo, Alfred —dijo la señora Lammle—, cualquier cosa que me digas.

—¡Querida! Y yo cualquiera que tú me digas.

¡Qué encantadores esos diálogos, y las miradas que los acompañaban! Ahora bien, no sé qué hubiera pasado si el esqueleto que había arriba hubiera aprovechado esa oportunidad, por ejemplo, para gritar: «¡Aquí estoy, asfixiándome en el armario!».

—Te doy mi palabra, querida Sophronia...

—Y yo sé lo que es eso, amor —decía ella.

—Desde luego, querida... de que he entrado en esta sala a punto de pronunciar el nombre del joven Fledgeby. Háblale a Georgiana, querida, del

joven Fledgeby.

—¡Oh no, no! ¡Por favor, no! —exclamó la señorita Podsnap, tapándose los oídos—. Preferiría que no.

La señora Lammle rió con gran alegría, y, apartando las manos de Georgiana de sus oídos sin que esta se resistiera, y sujetándolas de manera juguetona con sus brazos extendidos, a veces acercándolas, a veces separándolas, prosiguió:

—Debes saber, mi queridísimo y amado patito feo, que existió una vez alguien llamado el joven Fledgeby. Y que este joven Fledgeby, que era de una familia rica y excelente, era amigo de otras dos personas que se querían mucho y se llamaban señor y señora Lammle. Y que este joven Fledgeby, estando una noche en el teatro, ve, en compañía del señor y la señora Lammle, a una heroína llamada...

—¡No, no digas Georgiana Podsnap! —suplicó la joven casi llorando—. Por favor, no ¡Oh, di, di, di cualquier otro nombre! No Georgiana Podsnap. ¡Oh no, no, no!

—Que no es otra —dijo la señora Lammle, riendo con despreocupación y rebosante de afectuosas lisonjas, al tiempo que abría y cerraba los brazos de Georgiana como si fueran un compás— que mi querida Georgiana Podsnap. Así pues, este joven Fledgeby se acerca a ese tal Alfred Lammle y le dice...

—¡Oh, por favooooor, no! —gritó Georgiana, como si le extrajeran la súplica mediante una intensa compresión—. ¡Le odio tanto por haberlo dicho...!

—¿El qué, querida? —dijo riendo la señora Lammle.

—Oh, no sé lo que dijo —exclamó Georgiana desesperada—, pero lo odio de todos modos por decirlo.

—Querida —dijo la señora Lammle, siempre con su risa más cautivadora—, el pobre muchacho solo dice que se ha quedado sin habla.

—¡Oh, qué voy a hacer! —interrumpió Georgiana—. ¡Dios mío, qué bobo debe de ser!

—... E implora que se le invite a cenar, y que la próxima vez que vayamos al teatro seamos cuatro. Así que mañana cena y va a la ópera con nosotros. Eso es todo. Solo que, querida Georgiana... ¡y a ver qué te parece

esto!... es infinitamente más tímido que tú, ¡y te tiene más miedo que el que tú le has tenido a cualquiera en todos los días de tu vida!

Turbada, la señorita Podsnap aún echaba chispas y se tironeaba las manos, aunque no pudo evitar reírse ante la idea de que alguien tuviera miedo de ella. Con esa ventaja, Sophronia la halagó y la animó con más éxito, y el insinuante Alfred la halagó y la animó, y le prometió que en cualquier momento que ella se lo solicitase, se llevaría al joven Fledgeby y lo pisotearía. Así, quedó amistosamente acordado que el joven Fledgeby acudiría a admirar, y que Georgiana se presentaría para que la admiraran; y Georgiana, con la sensación totalmente nueva en su pecho de contar con esa oportunidad, y en posesión momentánea de muchos besos de la querida Sophronia, caminó hasta la residencia de su padre seguida, a una distancia de seis pies, por un descontento lacayo (la cosa que siempre la acompañaba cuando volvía a casa).

Cuando la feliz pareja quedó a solas, la señora Lammle le dijo a su marido:

—O no entiendo a esta chica, o tus prodigiosas dotes de fascinación le han hecho mella. Te menciono ahora tu conquista porque creo que, más que tu vanidad, te importa que los planes te salgan como esperas.

En la pared de delante de ellos había un espejo, y los ojos de ella captaron la mueca burlona de Alfred. Le lanzó a la imagen refleja una mirada del más intenso desprecio, y la imagen la recibió en el espejo. Al momento siguiente se observaron mutuamente como si ellos, los protagonistas, nada hubiesen tenido que ver en ese expresivo intercambio.

Es posible que, de alguna manera, la señora Lammle intentara excusarse ante sí misma por desdeñar a esa pobre víctima, de la que siempre hablaba con cáustico menosprecio. Y también es posible que no acabara de lograrlo, pues es difícil resistirse a la confianza ajena, y sabía que tenía la de Georgiana.

Nada más dijo la feliz pareja. Quizá los conspiradores, una vez han llegado a un acuerdo, no sean muy dados a repetir los términos y los objetivos de su conspiración. Llegó el día siguiente; llegó Georgiana; llegó Fledgeby.

En aquella época, Georgiana conocía ya bien aquella casa y a quienes la frecuentaban. Había en ella una bonita habitación con una mesa de billar —en

la planta baja, invadiendo el espacio del patio trasero—, que podría haber sido el despacho del señor Lammle, o la biblioteca, pero a la que no se le daba ninguno de esos dos nombres, sino simplemente el de la habitación del señor Lammle, de manera que a mujeres de intelecto más poderoso que el de Georgiana les habría resultado difícil determinar si los hombres que la frecuentaban iban por placer o por negocios. Entre la habitación y los hombres se daban notables parecidos. Los dos eran demasiado vulgares y ostentosos, olían demasiado a puro y eran demasiado aficionados a los caballos; esta última característica quedaba ejemplificada en la habitación, por cuanto la decoraba, y en los hombres por su conversación. A todos los amigos del señor Lammle les parecían necesarios los caballos que levantan mucho las patas, tan necesarios como sus transacciones a lo gitano a horas intempestivas de la mañana y de la tarde, con prisas y apuros. Había amigos que parecía que siempre estaban cruzando el canal en uno y otro sentido, haciendo encargos para la Bolsa de París, con inversiones en Grecia, España, la India y México, a la par y con prima y con descuento a tres cuartos y a siete octavos. Había otros amigos que parecía que siempre deambulaban por la City, por asuntos de la Bolsa de París, con inversiones en Grecia, España, la India y México, a la par y con prima y con descuento a tres cuartos y a siete octavos. Todos eran febriles, jactanciosos e indefiniblemente disolutos; y comían y bebían mucho, y hacían apuestas mientras bebían y comían. Todos hablaban de sumas de dinero, y solo mencionaban las sumas y dejaban que el dinero quedara sobreentendido; como cuando decían «Tom el de cuarenta y cinco mil», o «doscientas veintidós en cada acción individual en el lote Joe». Parecían dividir el mundo en dos clases de personas; la gente que amasaba enormes fortunas y la gente que quedaba enormemente arruinada. Siempre tenían prisa, y sin embargo no parecían tener nada tangible que hacer; a excepción de unos cuantos (casi todos asmáticos, de labios gruesos) que constantemente pretendían demostrar a los demás, con unos lapiceros de oro que apenas podían sujetar a causa de los anillos de oro que llevaban en el índice, cómo se gana el dinero. Por último, todos insultaban a sus criados, y los criados no eran tan respetuosos ni competentes como los criados de otros; parecían no acabar de dar la talla profesional como criados, al igual que sus amos tampoco acababan de dar la talla como caballeros.

El joven Fledgeby no era de esos. El joven Fledgeby tenía las mejillas de melocotón, o de una mezcla de color melocotón y de la tapia roja roja roja en

la que crece, y era un joven desgarrado, con el pelo color pajizo y ojos pequeños, exageradamente flaco (sus enemigos habrían dicho un fideo) y propenso a examinarse los bigotes y las patillas. Mientras se palpaba la patilla que ansiosamente esperaba encontrar, Fledgeby sufría extraordinarias fluctuaciones de ánimo, que abarcaban toda la escala entre la seguridad en sí mismo y la desesperación. Había veces en que se sobresaltaba, como si exclamara: «¡Por Júpiter, aquí está por fin!». Había otras en que, igualmente deprimido, se le veía negar con la cabeza y abandonar toda esperanza. Apenas verle en esos momentos, apoyado en la chimenea, como si esta fuera una urna que contuviera las cenizas de su ambición, con la mejilla que se negaba a echar pelo sobre la mano a la que esa mejilla había llegado a convencer.

Aunque en esa ocasión Fledgeby tenían un aspecto muy diferente. Ataviado con un magnífico traje, con el sombrero de ir a la ópera bajo el brazo, concluyó de manera satisfactoria la inspección de sí mismo, aguardó la llegada de la señorita Podsnap y charló de naderías con la señora Lammle. Como burlón homenaje a la nada de su charla, y a la naturaleza espasmódica de su carácter, los familiares de Fledgeby le habían conferido (a sus espaldas) el título honorario de Fascinación Fledgeby.

—Hace calor, señora Lammle —dijo Fascinación Fledgeby. La señora Lammle opinó que no tanto como ayer—. Puede que no —dijo Fascinación Fledgeby, avivando el diálogo—, pero espero que mañana no haga un calor horroroso.

Siguió con su chispeante conversación:

—¿Hoy ha salido, señora Lammle?

La señora Lammle respondió que había dado un breve paseo en coche.

—Hay gente —dijo Fascinación Fledgeby— que tiene la costumbre de dar largos paseos en coche; pero, por lo general, a mí me parece que si los alargan demasiado, exageran.

Ya lanzado, iba a superarse en su siguiente ocurrencia de no haberse anunciado la llegada de la señorita Podsnap. La señora Lammle corrió a abrazar a su pequeña Georgy, y después de los primeros éxtasis, se la presentó al señor Fledgeby. El señor Lammle llegó el último a la escena, pues siempre llegaba el último, y también los habituales llegaron tarde; y era lógico que

todos ellos llegaran tarde, en virtud de la información privada acerca de la Bolsa de París, con inversiones en Grecia, España, la India y México, a la par y con prima y con descuento a tres cuartos y a siete octavos.

De inmediato se sirvió una opípara cena, y el señor Lammle se sentó a una punta de la mesa, chispeante, con un criado detrás de su silla, este con sus permanentes dudas de si cobraría el salario también a su espalda. Aquel día el señor Lammle iba a necesitar la versión más chispeante de sí mismo, pues Fascinación Fledgeby y Georgiana no solo se habían quedado sin habla, sino que se causaban mutuamente una gran incomodidad; Georgiana, sentada delante de Fledgeby, hacía tales esfuerzos por ocultar los codos que resultaban totalmente incompatibles con el uso del cuchillo y el tenedor; y Fledgeby, sentado delante de Georgiana, evitaba su semblante por todos los medios posibles, y delataba la zozobra de su ánimo el que se palpara las patillas con la cuchara, el vaso de vino y el pan.

Así pues, el señor y la señora Lammle tuvieron que hacer de apuntadores, y así fue como apuntaron.

—Georgiana —dijo el señor Lammle, en voz baja y sonriendo, y tan chispeante como un arlequín—, hoy no estás de tu humor habitual. ¿Por qué no estás de tu humor habitual, Georgiana?

Georgiana farfulló que su humor era el de siempre; no le parecía que estuviera diferente.

—¡Que no te parece que estás diferente! —replicó el señor Alfred Lammle—. ¡Querida Georgiana, tú que siempre estás tan natural y desinhibida con nosotros! ¡Que tan diferente eres de esa multitud, toda idéntica! ¡Que eres la personificación de la amabilidad, la sencillez y la sinceridad!

La señorita Podsnap miró hacia la puerta, como si albergara confusos pensamientos de huir para poder refugiarse de esos cumplidos.

—Y ahora —dijo el señor Lammle, alzando la voz—, que mi amigo Fledgeby diga si tengo razón o no.

—¡Oh, no! —exclamó débilmente la señorita Podsnap: entonces la señora Lammle se hizo cargo del libro del apuntador.

—Te ruego que me perdones, Alfred, querido, pero todavía no puedo

dejarte al señor Fledgeby; debes esperar un momento. El señor Fledgeby y yo estamos manteniendo una conversación personal.

Fledgeby debía de llevar su parte con inmensa pericia, pues no parecía haber pronunciado ni una sílaba.

—¿Una conversación personal, Sophronia, querida? ¿Qué conversación? Fledgeby, me estoy poniendo celoso. ¿Qué discusión, Fledgeby?

—¿Se la contamos, señor Fledgeby? —preguntó la señora Lammle.

Procurando aparentar que no sabía de qué le hablaban, Fascinación replicó:

—Sí, cuéntesela.

—Bueno, pues si tanto quieres saberlo, Alfred —dijo la señora Lammle—, hablábamos de si el señor Fledgeby estaba hoy de su humor habitual.

—¡Vaya, Sophronia, pues eso es lo mismo que Georgiana y yo hablábamos, en relación a su humor! ¿Y qué ha dicho Fledgeby?

—¡Oh, no creas que te lo voy a contar todo sin que tú me cuentes nada! ¿Qué ha dicho Georgiana?

—Georgiana ha dicho que le parecía que era la misma de siempre, y yo le he dicho que no.

—Justamente —exclamó la señora Lammle—, eso es lo que le he dicho a Fledgeby.

Pero aquello tampoco llevaba a nada. Seguían sin mirarse. No, ni siquiera cuando el chispeante anfitrión propuso que el cuarteto tomara un vaso de vino apropiadamente chispeante. Georgiana miró al señor y la señora Lammle desde su vaso de vino; pero ni podía, ni quería, ni debía ni pensaba mirar al señor Fledgeby. Fascinación llevó la mirada de su vaso de vino al señor y la señora Lammle; pero ni podía, ni quería, ni debía ni pensaba mirar a Georgiana.

Había que seguir apuntando. Había que llevar a Cupido a su marca en el escenario. El director lo había puesto en el programa, y debía interpretarlo.

—Sophronia, querida —dijo el señor Lammle—, no me gusta el color de tu vestido.

—Apelo al señor Fledgeby —dijo la señora Lammle.

—Y yo a Georgiana —dijo el señor Lammle.

—Georgy, mi amor —le comentó la señora Lammle a su querida muchacha en un aparte—, confío en que no te pases a la oposición. Y ahora veamos, señor Fledgeby.

Fascinación quiso saber si ese color no era el que llamaban rosa. Sí, dijo el señor Lammle; y es que Fledgeby lo sabía todo; realmente era el color rosa. Fascinación asumió que el color rosa significaba el color de las rosas. (En lo que fue calurosamente apoyado por el señor y la señora Lammle). Fascinación había oído aplicar a la Rosa el nombre de Reina de las Flores. De manera parecida, podría decirse que ese vestido era el Rey de los Vestidos. («¡Bien traído, Fledgeby!», exclamó el señor Lammle). No obstante, la opinión de Fascinación era que todos teníamos ojos... o al menos la inmensa mayoría... y que... y... y su opinión se quedó en varios «y» más, y no pasó de ahí.

—¡Oh, señor Fledgeby —dijo la señora Lammle—, abandonarme de ese modo! ¡Oh, señor Fledgeby, abandonar mi pobre y ofendido rosa y ponerse de parte del azul!

—¡Victoria, victoria! —exclamó el señor Lammle—. Tu vestido queda condenado, querida.

—Pero ¿qué dice Georgy? —preguntó la señora Lammle, deslizando su afectuosa mano hacia la de su querida muchacha.

—Dice —replicó el señor Lammle haciendo de intérprete de Georgiana— que a sus ojos estás bien con cualquier color, Sophronia, y que si hubiera esperado verse azorada por un cumplido tan bonito como el que ha recibido, habría llevado otro color. Aunque yo le digo, en respuesta, que eso no la habría salvado, pues cualquier color que se pusiera habría sido el color preferido de Fledgeby. Pero ¿qué dice Fledgeby?

—Dice —replicó la señora Lammle, haciendo de intérprete de Fascinación, y dando unas palmaditas en el dorso de la mano de su querida muchacha, como si fuera Fledgeby quien se las diera— que no era un cumplido, sino un acto natural de homenaje al que no ha podido resistirse. Y —expresando ahora más sentimiento, como si fuera Fledgeby quien lo pusiera— ¡tiene razón, tiene razón!

Pero no, ni siquiera entonces se miraron. El señor Lammle pareció rechinar sus centelleantes dientes, gemelos, ojos y botones a la vez, al tiempo que les dirigía a los dos un sombrío ceño que expresaba el intenso deseo de unirlos haciendo chocar sus cabezas.

—¿Has oído alguna vez la ópera de esta noche, Fledgeby? —preguntó, callando en seco para impedir que se le escapara un «de las narices».

—Bueno, no, no exactamente —dijo Fledgeby—. De hecho, no conozco ni una nota.

—¿Ni tú tampoco, Georgy? —dijo la señora Lammle.

—N-no —replicó Georgina en un hilo de voz, a causa de aquella simpática coincidencia.

—Vaya —dijo la señora Lammle, encantada del descubrimiento que surgía de lo antedicho—, ¡ninguno de los dos la conoce! ¡¿No es encantador?!

Hasta el medroso Fledgeby se dio cuenta de que había llegado el momento de asestar el golpe. Y lo asestó diciendo, en parte a la señora Lammle y en parte al aire que la rodeaba:

—Me considera muy afortunado al ver lo que me ha reservado el...

Como se paró en seco, el señor Lammle, haciendo asomar la maleza pelirroja de sus bigotes, le propuso la palabra «Destino».

—No, no iba a decir eso —dijo Fledgeby—. Iba a decir «Hado». Me considero muy afortunado de que el Hado haya escrito en su libro, en ese libro que es de su exclusiva propiedad, que vaya a oír por primera vez esa ópera en las memorables circunstancias de estar acompañado por la señorita Podsnap.

A lo que Georgina replicó, enganchando los dos meñiques y dirigiéndose al mantel:

—Gracias, pero por lo general solo voy contigo, Sophronia, y es algo que me agrada mucho.

Satisfechos a la fuerza por ese éxito momentáneo, el señor Lammle dejó salir a la señorita Podsnap de la habitación, como si le abriera la puerta de la jaula, y la señora Lammle la siguió. Al poco sirvieron arriba el café, y el señor Lammle no perdió de vista a Fledgeby hasta que la señorita Podsnap no

hubo vaciado su taza, y entonces le hizo seña con el dedo (como si ese caballere te fuera un perro cobrador un poco tardo) de que fuera a recogerse la. Fledgeby realizó esa hazaña no solo sin equivocarse, sino incluso adornándola con la información, impartida a la señorita Podsnap, de que el té verde se consideraba malo para los nervios. Aunque ahí la señorita Podsnap, sin querer, lo dejó sin habla al preguntar en su balbuceo habitual:

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo actúa?

Cosa que Fledgeby no estaba preparado para aclarar.

Cuando anunciaron el carruaje, la señora Lammle dijo:

—No se preocupe por mí, Fledgeby, tengo las manos ocupadas con las faldas y la capa, dele el brazo a la señorita Podsnap.

Y se lo dio, y la señora Lammle los siguió, y el señor Lammle fue en último lugar, siguiendo inexorable esa pequeña grey, como un arriero.

Pero en el palco de la ópera todo fue centelleo y relumbrón, y él y su querida esposa mantuvieron una conversación entre Fledgeby y Georgiana de una manera hábil e ingeniosa. Estaban sentados en este orden: la señora Lammle, Fascinación Fledgeby, Georgiana y el señor Lammle. La señora Lammle le daba las frases de entrada a Fledgeby, y solo precisaba respuestas en monosílabos. El señor Lammle hacía lo propio con Georgiana. A veces la señora Lammle se inclinaba hacia delante y se dirigía al señor Lammle de esta guisa:

—Alfred, querido, el señor Fledgeby afirma muy acertadamente, a propósito de la última escena, que la verdadera fidelidad no necesita estimulantes como los que se juzgan necesarios en el escenario.

A lo que el señor Lemmle contestaba:

—Ay, Sophronia, mi amor, pero, como me ha observado Georgiana, la dama no tenía manera de estar al corriente de los afectos del caballero.

A lo que la señora Lammle replicaba:

—Muy cierto, Alfred; pero el señor Fledgeby señala... —lo que fuera.

A lo que Alfred objetaba:

—Sin duda, Sophronia, pero Georgiana observa agudamente... —otra cosa.

Mediante ese recurso, los dos jóvenes conversaron largo y tendido y se entregaron a un variedad de delicados sentimientos sin tener que abrir los labios ni una sola vez, excepto para decir sí o no, y eso ni siquiera el uno al otro.

Fledgeby se despidió de la señorita Podsnap en la puerta del carruaje, y los Lammle dejaron a Georgiana en la puerta de su casa. Por el camino, la señora Lammle le prestó su apoyo, a su manera cariñosa y protectora, diciendo de vez en cuando: «¡Oh, pequeña Georgiana, pequeña Georgiana!». Lo que no es gran cosa; aunque el tono añadía: «Tienes a Fledgeby a tus pies».

Y así fue como los Lammle llegaron por fin a su casa, y la señora se sentó enfurruñada y agotada, observando a su sombrío señor inmerso en una violenta gestión con una botella de soda, como si le retorciera el cuello a alguna desdichada criatura y se bebiera su sangre. Mientras se limpiaba los goteantes bigotes como si fuera un ogro, se encontró con la mirada de ella, y dejando de beber dijo, sin el menor afecto en la voz:

—¿Y bien?

—¿Ese bobo era totalmente necesario para nuestros fines?

—Sé lo que hago. No es tan imbécil como crees.

—A lo mejor es un genio.

—A lo mejor lo desprecias, y tú te das muchos aires. Pero te digo una cosa: cuando se trata de sus intereses, ese individuo se agarra con la misma fuerza que una sanguijuela. Cuando hay dinero en juego, ese tipo está a la altura del Diablo.

—¿Está a tu altura?

—Lo está. Casi como cuando pensaste que yo estaba a tu altura. En él no hay más de juvenil que lo que has visto hoy. Háblale de dinero, y su supuesta imbecilidad desaparece. Supongo que en otros aspectos es un idiota; pero responde muy bien a nuestro propósito.

—En cualquier caso, ¿ella cuenta con dinero propio?

—¡Sí! Cuenta con dinero propio. Hoy lo has hecho tan bien, Sophronia, que respondo a tu pregunta, aunque ya sabes que me opongo a esas preguntas. Lo has hecho tan bien, Sophronia, que debes de estar cansada. Vete a dormir.

Capítulo V

Mercurio y sus apunadores

Fledgeby merecía el encomio del señor Alfred Lammle. Era el perro más mezquino que había sobre la tierra, y con un solo par de patas. Y como el instinto (una palabra que todos entendemos con claridad) va sobre todo a cuatro patas, y la razón siempre sobre dos, la mezquindad a cuatro patas nunca alcanza la perfección de la mezquindad sobre dos.

El padre de este joven caballero había sido prestamista, y había tenido tratos profesionales con la madre mientras el susodicho joven caballero esperaba en la vasta y oscura antecámara de este mundo para nacer. La dama, una viuda que no podía pagarle al prestamista, se casó con él; cuando llegó el momento, Fledgeby fue llamado para salir de la vasta y oscura antecámara para presentarse ante el Registro de Nacimientos. Curiosa especulación la de qué habría hecho Fledgeby con su tiempo libre hasta el día del Juicio Final de no haber salido.

La madre de Fledgeby ofendió a su familia al casarse con el padre de este. Uno de los logros más sencillos de la vida consiste en ofender a tu familia cuando esta quiere librarse de ti. La familia de la madre de Fledgeby había estado muy ofendida con ella porque era pobre, y rompió con ella cuando se volvió relativamente rica. La familia de la madre de Fledgeby eran los Snigsworth, parientes tan lejanísimos que el noble conde no habría tenido empacho en alejarlos aún más y dejarlos completamente fuera del primazgo; pero, a pesar de todo, eran primos.

Entre las transacciones prematrimoniales con el padre de Fledgeby, la madre de este le había pedido dinero de manera muy desventajosa con derecho de reversión. La reversión tuvo lugar poco después de que se casaran, y el padre de Fledgeby se hizo con el efectivo para su uso y beneficio personal. Esto condujo a diferencias subjetivas de opinión, por no decir a un intercambio de sacabotas, tableros de backgammon y otros misiles domésticos, entre el padre y la madre de Fledgeby, lo que llevó a que la madre

gastara todo el dinero que pudo, y a que el padre hiciera todo lo que pudo para impedirlo. En consecuencia, la infancia de Fledgeby fue tormentosa; pero los vientos y las olas se hundieron en el sepulcro, y Fledgeby floreció solo.

Vivía en unas habitaciones del Albany, y siempre iba bien arreglado. Pero su fuego juvenil estaba totalmente compuesto de chispas de piedra de moler; y mientras las chispas volaban, desaparecían, y nunca calentaban nada, podéis estar seguros de que Fledgeby estaba con sus herramientas en la piedra, girándola con ojo avizor.

El señor Alfred Lammle se acercó al Albany para desayunar con Fledgeby. En la mesa había una tetera escasa, una hogaza escasa, dos porciones escasas de mantequilla, dos lonchas escasas de bacon, dos huevos lamentables, y abundancia de una bonita porcelana comprada de segunda mano.

—¿Qué le pareció Georgiana? —preguntó el señor Lammle.

—Bueno, se lo diré —dijo Fledgeby, reflexivo.

—Hágalo, muchacho.

—Me malinterpreta —dijo Fledgeby—. No tengo intención de decirle eso. Lo que le voy a decir es otra cosa.

—¡Diga lo que sea, hombre!

—Ah, pero me vuelve a malinterpretar —dijo Fledgeby—. Lo que pretendo decirle es que no le diré nada.

El señor Lammle lo miró chispeante, pero también ceñudo.

—Mire —dijo Fledgeby—, usted es profundo y rápido. Si yo soy profundo o no, da igual. No soy rápido. Pero sé hacer una cosa, Lammle, y es tener la boca cerrada. Y siempre es mi intención hacerlo.

—Es usted muy astuto, Fledgeby.

—Puede que sí, o puede que no. Pero soy hombre de pocas palabras, lo que podría ser lo mismo. Y ahora, Lammle, no pienso contestar a ninguna pregunta.

—Mi querido amigo, si era la pregunta más sencilla del mundo.

—Tanto da. Lo parecía, pero las cosas no siempre son lo que parecen. Vi

interrogar a un hombre como testigo en Westminster Hall. Las preguntas que le formularon eran las más sencillas del mundo, pero en cuanto las hubo contestado, resultaron ser todo menos eso. Muy bien. Entonces debería haberse callado. Si hubiese tenido la boca cerrada, no se habría metido en el lío en el que se metió.

—Si hubiera tenido la boca cerrada, nunca habría visto al objeto de mi pregunta —observó Lammle, irritándose.

—Es inútil, Lammle —dijo Fascinación Fledgeby, palpándose tranquilamente la patilla—. No voy a ponerme a discutir. No sé llevar una discusión. Pero sé tener la boca cerrada.

—¿Sabe? —El señor Lammle prefirió regresar a su tono conciliador—. ¡Ya lo veo que sabe! Bueno, cuando esos sujetos que conocemos beben y usted bebe con ellos, cuanto más locuaces están ellos, más callado está usted. Cuanto más largan ellos, más se guarda usted.

—No me opongo a que me comprendan —replicó Fledgeby, soltando una risita por dentro—, pero me opongo a que me interroguen. Desde luego, así es como yo actúo.

—Y cuando todos los demás comentamos nuestras empresas, ¡ninguno de nosotros sabe cuál es la suya!

—Y ninguno de ustedes lo sabrá nunca de mí, Lammle —replicó Fledgeby con otra risita en su fuero interno—, pues así es como yo actúo.

—¡Ya sé que así es como actúa! —replicó Lammle, con una ostentación de franqueza, y una carcajada, y extendiendo las manos como si quisiera enseñarle al universo qué hombre tan extraordinario era Fledgeby—. De no haber sabido eso de mi Fledgeby, ¿le habría propuesto nuestro ventajoso acuerdo?

—¡Ah! —observó Fascinación, sacudiendo maliciosamente la cabeza—. Pero por ahí no me va a pillar. No soy vanidoso. Ese tipo de vanidad no lleva a nada, Lammle. No, no, no. Los cumplidos solo me hacen tener la boca más cerrada.

Alfred Lammle apartó su plato (lo que no fue tan gran sacrificio, teniendo en cuenta lo poco que había en él), se metió las manos en los bolsillos, se recostó en la silla y contempló a Fledgeby en silencio. A continuación sacó

lentamente la mano izquierda del bolsillo, y se revolvió la maleza del bigote, aún contemplándole en silencio. A continuación rompió lentamente el silencio, y lentamente dijo:

—¿Qué demonios le pasa a este tipo esta mañana?

—Bueno, mire, Lammle —dijo Fascinación Fledgeby, con el más mezquino de los centelleos en sus mezquinos ojos: que tenía demasiado juntos, por cierto—, mire, sé perfectamente que ayer por la noche no hice muy bien mi papel, y que usted y su mujer (a la que considero una mujer muy inteligente y agradable) sí. No es mi propósito salir airoso en circunstancias como esa. Sé perfectamente que ustedes dos hicieron muy bien su papel y se las arreglaron de primera. Pero no por eso venga aquí a hablarme como si yo fuera su muñeco o su marioneta, porque no lo soy.

—Y todo esto —exclamó Alfred, tras estudiar con una mirada esa mezquindad tan necesitada de la más mezquina ayuda, y sin embargo tan mezquina como para volverse en contra de esa ayuda—, ¡y todo esto por una pregunta sencilla y natural!

—Debería haber esperado a que me pareciera oportuno decir algo por mí mismo. No me gusta que me venga con sus Georgianas, como si fuera su propietario y el mío.

—Bueno —replicó Lammle—, cuando tenga usted la bondad de decir algo del asunto por iniciativa propia, hágamelo saber.

—Lo he hecho. Le he dicho que se las arreglaron de primera. Usted y su esposa. Si se las siguen arreglando de primera, yo seguiré con mi parte. Pero no presumo.

—¡Que yo presumo! —exclamó Lammle, encogiéndose de hombros.

—Ni se le meta en la cabeza —añadió el otro— que los demás son sus marionetas porque no saben hacer un buen papel en los momentos en que usted sí sabe, con la ayuda de su inteligente y simpática esposa. Todo lo demás lo puede seguir haciendo, y deje que la señora Lammle lo siga haciendo. Ahora bien, he cerrado la boca cuando me ha parecido oportuno, y he hablado cuando me ha parecido oportuno, y punto final. Y ahora la pregunta es —prosiguió Fledgeby, con la máxima renuencia—: ¿quiere otro huevo?

—No, no quiero —dijo lacónico Lammle.

—Quizá tenga razón y le siente mejor no tomarlo —replicó Fascinación, de mucho mejor humor—. Preguntarle si quiere otra loncha de beicon sería adulación absurda, pues le daría sed todo el día. ¿Quiere un poco más de pan con mantequilla?

—No, no quiero —repitió Lammle.

—Entonces me lo comeré yo —dijo Fascinación.

No fue una mera réplica hecha solo por hablar, sino una consecuencia alegre y contundente de la negativa; pues si Lammle hubiera vuelto a atacar la hogaza, habría quedado tan gravemente menguada, en opinión de Fladgeby, que él se habría visto obligado a abstenerse de tomar pan, al menos por lo que le quedaba de esa comida, y quién sabe si para la totalidad de la siguiente.

Si ese joven caballero (solo tenía veintitrés años) sumaba a la avaricia más propia de un anciano alguno de los generosos vicios de los jóvenes, es algo discutible; pues se atenía de manera honorable a su propio consejo. Era consciente del valor de las apariencias como inversión, y le gustaba vestir bien; pero todo cuanto le rodeaba había sido objeto de regateo, desde la levita que lo cubría hasta la porcelana con que desayunaba; y todo regateo, por cuanto representaba la ruina o una pérdida para alguien, adquiría a sus ojos una cualidad fascinante. Era parte de su avaricia hacer apuestas con mucha ventaja, dentro de estrechos márgenes, en las carreras; si ganaba, regateaba aún más; si perdía, se medio mataba de hambre hasta la próxima vez. No se sabe muy bien por qué el dinero era algo tanpreciado para un Asno cuya sosería y mezquindad le impedían intercambiarlo por cualquier otra satisfacción; pero si existe un animal que seguro que carga con él es el Asno, y es también el único que en la faz de la tierra y el cielo solo ve escritas las tres letras L. S. D. No Lujo, Sensualidad y Disipación, a los que a menudo simbolizan, sino las tres letras peladas de Libra, Chelín y Penique.^[20] El Zorro concentrado apenas se puede comparar al Asno concentrado en hacer dinero.

Fascinación Fledgeby fingía ser un joven caballero que se ganaba la vida, pero se sabía en secreto que era una especie de fuera de la ley en la compra y venta de letras de cambio, y que invertía dinero a altos intereses de diversas maneras. Su círculo de conocidos, del círculo del señor Lammle, estaban todos más o menos fuera de la ley, a causa de sus correrías por el alegre

bosque del Chanchullo, que queda en las afueras del mercado de acciones y la Bolsa de valores.

—Supongo que usted, Lammle —dijo Fledgeby, al tiempo que se comía su pan con mantequilla—, siempre buscó la compañía femenina.

—Siempre —replicó Lammle, entristeciéndose considerablemente al pensar en su último galanteo.

—Le vino de manera natural, ¿eh? —dijo Fledgeby.

—Al otro sexo siempre le caí en gracia —dijo Lammle, mohíno, pero con el aire de alguien que no ha podido evitarlo.

—Su matrimonio le fue muy bien, ¿no? —preguntó Fledgeby.

El otro sonrió (una fea sonrisa) y se dio un golpecito en la nariz.

—El de mi difunto tutor fue un desastre —dijo Fledgeby—. Pero Geor... ¿Cómo se llama, Georgina o Georgiana?

—Georgiana.

—Ayer estaba pensando que no sabía que ese nombre existiera. Pensaba que acababa en ina.

—¿Por qué?

—Bueno, uno toca... si sabe... la concertina —replicó Fledgeby, meditando muy lentamente—. Y tiene... si la coge... la escarlatina. Y de un globo te puedes bajar en paraca... no, eso no es. Bueno, digamos, Georgidas... quiero decir, Georgiana.

—¿Iba a comentar algo de Georgiana, señor? —apuntó Lammle malhumorado, tras esperar en vano.

—Iba a comentar de Georgiana, señor —dijo Fledgeby, en absoluto complacido de que le recordaran su olvido—, que no parece una mujer violenta. No parece de las agresivas.

—Tiene la gentileza de una paloma, señor Fledgeby.

—Naturalmente, eso es lo que usted dice —replicó Fledgeby, afilando el entendimiento, ahora que se tocaba algo de su interés—. Pero ya sabe, el punto de vista es este: lo que yo digo, no lo que usted dice. Y lo que yo digo, teniendo como ejemplo a mi difunto tutor y a mi difunta madre, es que

Georgiana no parece de las agresivas.

El respetado señor Lammle era un camorrista, por naturaleza y por práctica habitual. Comprendiendo, a medida que Fledgeby acumulaba afrentas, que mostrarse conciliador no iba a llevarle a nada, dirigió una mirada ceñuda a los ojillos de Fledgeby para conseguir el efecto opuesto. Satisfecho con lo que vio en ellos, prorrumpió en un ataque de furia y dio un manotazo sobre la mesa, haciendo tintinear y bailar la porcelana.

—Es usted un sujeto muy ofensivo —gritó Lammle, levantándose—. Es usted un bribón de lo más ofensivo. ¿Qué pretende con esta actitud?

—¡Caramba! —protestó Fledgeby—. No se ponga así.

—Es usted un sujeto muy ofensivo, señor —repitió el señor Lammle—. ¡Un bribón de lo más ofensivo!

—¡Cálmese! —le instó Fledgeby, horrorizado.

—¡Hay que ver, grosero y vulgar vagabundo! —dijo el señor Lammle, mirando furioso a su alrededor—. Si su criado estuviera aquí para darme seis peniques de su dinero y eso acabase con mis botas lustradas, le daría de patadas, pues usted no merece hacer ese desembolso.

—No, no lo haría —suplicó Fledgeby—. Estoy seguro de que se lo pensaría dos veces.

—Le diré una cosa, señor Fledgeby —dijo Lammle acercándosele—. Ya que se atreve a contradecirme, me reafirmo en lo dicho. ¡Deme su nariz!

Fledgeby se la tapó con la mano y dijo, apartándose:

—¡Le suplico que no lo haga!

—Deme su nariz, señor —repitió Lammle.

Aún cubriéndose el apéndice y apartándose, el señor Fledgeby reiteró (como si sufriera un fuerte catarro):

—Se lo suplico, se lo suplico, no lo haga.

—Y este sujeto —exclamó Lammle, deteniéndose e hinchando el pecho—, ¡este sujeto que abusa de que lo haya seleccionado de entre todos los jóvenes que conozco para ofrecerle una ventajosa oportunidad! ¡Este sujeto abusa de que tenga en mi escritorio, a la vuelta de la esquina, una sucia nota

de su puño y letra para pagar una miserable suma en el caso de que ocurra cierto suceso, que solo puede ocurrir si mi esposa y yo lo deseamos! ¡Este sujeto, Fledgeby, se atreve a ponerse impertinente conmigo, Lammle. ¡Deme su nariz, señor!

—¡No! ¡Basta! Le pido perdón —le contestó Fledgeby con humildad.

—¿Qué ha dicho, señor? —preguntó Lammle, aparentando estar demasiado furioso para comprenderle.

—Le ruego que me perdone —repitió Fledgeby.

—Repita más alto sus palabras, señor. Mi justa indignación de caballero me hace hervir la sangre de la cabeza. No le oigo.

—Digo —repitió Fledgeby, con esforzada cortesía explicativa— que le pido perdón.

El señor Lammle se detuvo.

—Como hombre de honor —dijo dejándose caer en una silla—, estoy desarmado.

El señor Fledgeby también cogió una silla, aunque menos ostentosamente, y lentamente apartó la mano de la nariz. Le asaltó cierto recelo en lo tocante a sonársela, tan poco después de que la nariz hubiera asumido un carácter personal y delicado, por no decir, público; pero paulatinamente superó sus escrúpulos, y tímidamente se tomó esa libertad con una protesta implícita.

—Lammle —dijo miserablemente, tras haberse sonado—. Espero que volvamos a ser amigos.

—Señor Fledgeby —replicó Lammle—, no diga más.

—Creo que he ido demasiado lejos haciéndome el antipático —dijo Fledgeby—, pero no fue mi intención.

—¡No diga más, no diga más! —repitió el señor Lammle en tono altanero—. Deme su —Fledgeby sufrió un sobresalto— mano.

Se estrecharon la mano, y el señor Lammle, sobre todo, estuvo muy simpático. Pues era tan cobarde como el otro, y había corrido el mismo peligro de quedar derrotado, aunque se había rehecho a tiempo, y actuado según la información proporcionada por los ojos de Fledgeby.

El desayuno acabó en perfecto entendimiento. El señor y la señora Lammle se traían entre manos incesantes maquinaciones; había que cortejar en nombre de Fledgeby, y asegurarle la conquista; él, por su parte, admitía humildemente sus defectos por lo que hacía a las artes sociales más amables, y suplicaba que sus dos competentes coadjutores le apoyaran al máximo.

Poco recelaba el señor Podsnap de las trampas y redes que acechaban a la Joven. La consideraba de lo más segura dentro del Templo del podsnaperismo, a la espera de la plenitud de los tiempos en que ella, Georgiana, se desposara con un nuevo miembro de la estirpe que aportaría todos sus bienes terrenales a la familia. A esa Joven le subirían los colores a la cara si tuviera otra relación con tales asuntos que no fuera hacer lo que le ordenaran y limitarse a aceptar los bienes terrenales estipulados. ¿Quién entrega a esta mujer para que se case con este hombre? Yo, Podsnap. ¡Muera el atrevido pensamiento de que cualquier otra criatura de menos importancia puede mediar entre ambos!

Era día de fiesta, y Fledgeby no recuperó su humor ni la temperatura habitual de su nariz hasta la tarde. Entró en la City la tarde de ese día de fiesta, y se cruzó con un gran flujo de gente que salía; y así, cuando penetró en los límites de Saint Mary Axe, encontró el reposo y el silencio que siempre reinaban allí. Se detuvo ante una casa de fachada enlucida, amarilla y con el tejado en saledizo, que también estaba en silencio. Las persianas estaban bajadas, y la inscripción «Pubsey and Co». parecía dormitar en el escaparate de la contaduría de la planta baja que daba a la calle soñolienta.

Fledgeby llamó con el puño y tiró de la campanilla, pero nadie acudió. Fledgeby cruzó la estrecha calle y levantó la vista hacia las ventanas, pero nadie le dirigió la mirada a Fledgeby. Fuera de sus casillas, volvió a cruzar la calle y tiró de la campanilla como si fuera la nariz de la casa y le lanzara una indirecta acerca de su reciente experiencia. Al final puso el oído en la cerradura, y eso pareció darle la seguridad de que algo se movía allí dentro. Cuando puso el ojo en la cerradura quedó confirmado su oído, pues volvió a tirar furiosamente de la nariz de la casa, y tiró y tiró y siguió tirando, hasta que una nariz humana apareció en la sombría entrada.

—¡Vamos, señor! —gritó Fledgeby—. ¡Qué juegos son estos!

Se dirigía a un viejo judío ataviado con una vieja levita, larga de faldón y ancha de bolsillos. Un hombre venerable, calvo y de coronilla reluciente, con

el pelo largo y gris bajándole por los hombros, y mezclándose con el de la barba. Un hombre que inclinó la cabeza con una elegante acción de oriental homenaje, y extendió las manos con las palmas hacia abajo, como para aplacar la cólera de un superior.

—¿Qué hacías? —dijo Fledgeby, vociferando.

—Generoso amo cristiano —le instó el judío—. Como es fiesta, no esperaba a nadie.

—¡Al cuerno con las fiestas! —dijo Fledgeby, entrando—. ¿Qué más te dan a ti las fiestas? Cierra la puerta.

El anciano obedeció con la inclinación de cabeza de antes. En la entrada colgaba su descolorido sombrero de copa baja y ala ancha, tan pasado de moda como su levita; en el rincón más cercano estaba su báculo... no un bastón de paseo, sino un báculo de verdad. Fledgeby se metió en la contaduría, se colocó sobre un taburete y se ladeó el sombrero. En los estantes había unas cajas de poco peso y sartas de cuentas falsas colgando. Había muestras de relojes baratos y de jarrones de flores también baratos. Todo ello, baratijas extranjeras.

Encaramado en su taburete, con el sombrero ladeado y una de las piernas colgando, la juventud de Fledgeby apenas ganaba algo al contrastarla con la edad del judío, de pie con la cabeza descubierta e inclinada, y la vista (que solo levantaba al hablar) humillada. Su ropa estaba tan descolorida como el sombrero de la entrada, pero, aunque iba mal vestido, no parecía mezquino. Fledgeby, en cambio, aunque no iba mal vestido, sí parecía mezquino.

—No me has dicho lo que hacías —dijo Fledgeby, rascándose la cabeza con el ala de su sombrero.

—Respiraba el aire, señor.

—¿En el sótano, y por eso no me has oído?

—En la azotea, señor.

—¡Por mi alma! Menuda manera de hacer negocios.

—Señor —el hombre ponía una expresión grave y paciente—, para que haya negocio debe haber dos partes, y al ser día de fiesta, estoy yo solo.

—¡Ah! No se puede ser vendedor y comprador a la vez. Es lo que dicen

los judíos, ¿no?

—Si eso decimos, decimos una verdad —contestó el anciano con una sonrisa.

—Tu pueblo necesita decir la verdad alguna vez, pues miente bastante.

—Señor —replicó el anciano con sereno énfasis—, hay demasiada falsedad entre todas las creencias.

Bastante confuso, Fascinación Fledgeby se rascó de nuevo su cabeza intelectual con el sombrero, para ganar tiempo y poder rehacerse.

—Por ejemplo —añadió, como si hubiera hablado él el último—, ¿quién, aparte de tú y yo, ha oído hablar de un judío pobre?

—Los judíos —dijo el anciano, levantando los ojos del suelo con la sonrisa de antes—. Oímos hablar a menudo de judíos pobres, y nos portamos muy bien con ellos.

—¡Al cuerno con eso! —replicó Fledgeby—. Ya sabes a lo que me refiero. Si pudiera me convencería de que eres un judío pobre. Me gustaría que me confesaras cuánto le sacaste en realidad a mi difunto tutor. Tendría mejor opinión de ti.

El anciano tan solo inclinó la cabeza y extendió las manos como antes.

—No me hagas posturitas como si esto fuera una escuela de sordomudos —dijo el noble Fledgeby—, y exprésate como un cristiano... o al menos en la medida que puedas.

—Estuve enfermo, sufrí desgracias y fui pobre —dijo el anciano—, tanto que le debía a su padre el capital y los intereses. El hijo, al heredar, fue tan misericordioso que me perdonó ambos y me colocó aquí.

Hizo un gesto como si besara el dobladillo de una prenda imaginaria llevada por el noble joven que tenía delante. Lo hizo con humildad, aunque de manera pintoresca, y no humillante para él.

—Ya veo que no dirás más —dijo Fledgeby, mirándolo como si deseara probar el efecto de arrancarle un par de muelas—, por lo que no sirve de nada preguntártelo. Pero confiesa, Riah, ¿quién se va a creer que ahora eres pobre?

—Nadie —dijo el anciano.

—En eso tienes razón —asintió Fledgeby.

—Nadie —repitió el anciano moviendo la cabeza en un gesto lento y grave—. Todos lo tachan de fabulación. Si yo dijera «Este pequeño negocio no es mío —y, con un ágil barrido, su mano abarcó los diversos objetos de los estantes que le rodeaban—, es el negocio de un joven caballero cristiano que me otorga su confianza como criado, y me ha puesto a cargo de todo, y ante quien soy responsable de cada abalorio», todos se reirían. Cuando, en el mundo de las transacciones monetarias, les digo a los prestamistas...

—¡Hay que ver, viejo! —le interrumpió Fledgeby—. ¡Espero que vayas con ojo con lo que les dices!

—Señor, no les digo más que lo que voy a repetirle. Cuando les digo «No puedo prometerle esto, no puedo responder por el otro, debo ver a mi jefe, no tengo dinero, soy un hombre pobre y eso no depende de mí», se muestran tan incrédulos e irritados que a veces me maldicen en el nombre de Jehová.

—¡Esto sí que tiene gracia! —dijo Fascinación Fledgeby.

—Y otras veces dicen: «¿Es que no podemos prescindir de estos trucos, señor Riah? Vamos, vamos, señor Riah, ya conocemos las artimañas de su pueblo». ¡Mi pueblo! «Si va a prestarnos el dinero, tráigalo, tráigalo; y si no va a prestarlo, guárdese y dígalo». Nunca me creen.

—Eso está bien —dijo Fascinación Fledgeby.

—Dicen: «Lo sabemos, señor Riah, lo sabemos. Solo tenemos que mirarle para saberlo».

«¡Oh, eres el más acertado para el puesto —se dijo Fledgeby—. ¡Y yo también acerté al elegirte! Puede que sea lento, pero siempre seguro».

Ni una sílaba de estas reflexiones salió por boca del señor Fledgeby, por temor a que sirviera para aumentar el salario de su criado. Pero al contemplar al anciano mientras este estaba ahí de pie, con la cabeza gacha y la vista humillada, le pareció que renunciar a una pulgada de su cabeza calva, a una pulgada de su pelo gris, a una pulgada del faldón de su levita, a una pulgada del ala de su sombrero, a una pulgada de su báculo, supondría renunciar a miles de libras.

—Mira, Riah —dijo Fledgeby, apaciguado por esas consideraciones en las que se elogiaba a sí mismo—. Quiero entrar un poco más en la compra de

deudas impagadas. Investiga por ahí.

—Así se hará, señor.

—Mientras le echaba un vistazo a la contabilidad, me he dado cuenta de que esa rama del negocio va bastante bien, y estoy dispuesto a ampliarla. También deseo estar al corriente de los asuntos de la gente. Así que abre los ojos.

—Lo haré sin demora, señor.

—Que corra por los barrios adecuados la voz de que comprarás deudas impagadas a bulto, a peso si hace falta, suponiendo que veas una buena oportunidad al examinar el paquete. Y una cosa más. Ven a verme con los libros para la inspección periódica el lunes por la mañana a las ocho.

Riah sacó un cuaderno plegado de la pechera y lo anotó.

—Esto es todo lo que quería decirte por el momento —continuó Fledgeby en su vena miserable, mientras se bajaba del taburete—, aparte de que me gustaría que tomaras el aire donde puedas oír la campanilla, o la aldaba, una de las dos o las dos. Por cierto, ¿cómo tomas el aire en la azotea? ¡Sacas la cabeza por la chimenea?

—Señor, hay zonas planas cubiertas de plomo, y he hecho allí un pequeño jardín.

—¿Para enterrar el dinero, viejo estafador?

—Con un jardín del tamaño de una uña tendría suficiente para enterrar mi tesoro, amo —dijo Riah—. Doce chelines a la semana, incluso cuando son el salario de un anciano, se entierran solos.

—Querría saber cuánto tienes en realidad —replicó Fledgeby, para quien era una ficción muy conveniente la idea de que el anciano se enriquecía a base de su estipendio y gratitud—. ¡Pero vamos! ¡Veamos tu jardín sobre las tejas antes de que me vaya!

El anciano dio un paso atrás, y vaciló.

—La verdad, señor, es que tengo compañía.

—¡Por san Jorge, tienes compañía! —exclamó Fledgeby—. ¿Supongo que sabes de quién es este edificio?

—Es suyo, señor, y yo soy su criado en él.

—¡Oh! Creía que lo habías olvidado —replicó Fledgeby, con la mirada puesta en la barba de Riah mientras se palpaba la suya—, al haber traído gente a mi casa.

—Suba y vea a los invitados, señor. Espero que admita que son inofensivos.

Pasando ante él con una cortés reverencia, una acción que probablemente el señor Fledgeby no habría podido llevar a cabo con su cabeza o con sus manos ni aunque le fuera la vida, el anciano comenzó a subir las escaleras. Mientras iba delante, con la palma de la mano abarcando el pasamanos, y el largo faldón de la levita, más bien un tabardo, resbalando por encima de cada escalón, parecía el guía de algún devoto peregrinaje a la tumba de un profeta. Sin que la menor imaginación turbara la mente de Fascinación Fledgeby, este simplemente especuló en qué momento de la vida había empezado a crecerle la barba, y se dijo de nuevo que era idóneo para ese trabajo.

Llegaron al tejado de la casa por unos últimos peldaños de madera, agachándose en un ático de poca altura. Riah se quedó inmóvil, y, volviéndose hacia su amo, señaló a los invitados.

Lizzie Hexam y Jenny Wren. Para quienes, quizá por un viejo instinto de su raza, el amable judío había extendido una alfombra. Sentadas en ella, contra el fondo escasamente romántico de una chimenea ennegrecida sobre la que se había hecho trepar una enredadera, las dos estaban concentradas en un libro; las dos con la cara atenta; Jenny la más concentrada; Lizzie, más perpleja. A su lado tenían otro librito, y un cesto corriente de frutas corrientes, y otro cesto con cuentas de abalorios y trozos de espumillón. Unas cajas de humildes flores y plantas de hoja perenne completaban el jardín; y las rodeaba una jungla de viejas chimeneas que hacían girar sus sombreretes y volar el humo, como dignas señoras que levantarán la cabeza con orgullo y se abanicarán, al tiempo que lo observaban todo en un estado de displicente sorpresa.



THE GARDEN ON THE ROOF.

Apartando los ojos del libro, como para comprobar si había memorizado algo, Lizzie fue la primera en verse observada. Cuando se levantaba, la señorita Wren también se dio cuenta, y dijo, dirigiéndose de manera irreverente al gran jefe del edificio:

—Quienquiera que sea, no puedo levantarme, porque me duele la espalda y no me sostienen las piernas.

—Este es mi amo —dijo Riah, dando un paso al frente.

(«No parece el amo de nadie», se dijo para sus adentros la señorita Wren, levantando los ojos y la barbilla).

—Esta muchacha, señor —añadió el anciano—, es modista de personas pequeñas. Explícaselo al amo, Jenny.

—Son muñecas, eso es todo —dijo Jenny, lacónica—. Son difíciles de vestir, porque no está claro qué tipo tienen. Nunca sabes dónde vas a encontrar el talle.

—Su amiga —añadió el anciano, señalando a Lisa—, una muchacha tan trabajadora como virtuosa. Aunque eso lo son las dos. Trabajan de sol a sol, señor, de sol a sol; y de vez en cuando, como cuando es fiesta, vienen a aprender de los libros.

—Poco provecho se saca de eso —observó Fledgeby.

—¡Depende de la persona! —exclamó bruscamente la señorita Wren.

—Conocí a mis invitadas, señor —prosiguió el judío, con el evidente propósito de tirarle de la lengua a la modista—, porque vienen por aquí a comprar retales y sobras para los sombreros de la señorita Jenny. Estas sobras van a parar a la mejor compañía, señor, a sus pequeños clientes de mejillas sonrosadas. Lo llevan en el pelo, y en sus vestidos de baile, e incluso (eso me dice) se presentan en la corte con él.

—¡Ah! —dijo Fledgeby, cuya imaginación se veía superada por aquella fantasía de muñecas—. Supongo que hoy ha comprado ese cesto, ¿no?

—Supongo que sí —le interrumpió la señorita Jenny—, ¡y probablemente también lo ha pagado!

—Echemos un vistazo —dijo el suspicaz jefe. Riah se la entregó—. ¿Cuánto has pagado por esto?

—Dos valiosos chelines de plata —dijo la señorita Wren.

Riah confirmó sus palabras con dos asentimientos, mientras Fledgeby lo miraba. Un asentimiento por cada chelín.

—Bueno —dijo Fledgeby, hurgando en el contenido del cesto con el índice—, el precio no está mal. Os han puesto en abundancia, señorita Comosellame.

—Pruebe con Jenny —sugirió la joven con mucha calma.

—Os han puesto en abundancia, señorita Jenny, pero el precio no está mal. Y usted —dijo Fledgeby, volviéndose hacia su visitante—, ¿también compra aquí, señorita?

—No, señor.

—¿Tampoco vende, señorita?

—No, señor.

Mirando de soslayo al interrogador, Jenny cogió furtivamente la mano de su amiga y tiró de ella para que bajara, de manera que quedó a su lado sobre una rodilla.

—Agradecemos poder venir a descansar aquí, señor —dijo Jenny—. No sabe qué descanso supone para nosotras este lugar, ¿verdad, Lizzie? La tranquilidad, el aire...

—¡La tranquilidad! —repitió Fledgeby desdeñoso, con la cabeza hacia el tumulto de la City—. ¡Y el aire! —Con un «¡Puaj!» al humo.

—¡Ah! —dijo Jenny—. Está muy alto. Y ves las nubes pasando por encima de las callejuelas, sin prestarles atención, y ves las flechas doradas que apuntan a las montañas desde donde viene el viento, y te sientes como si estuvieras muerta.

La criaturita miró por encima de su cabeza, manteniendo en alto su mano pequeña y traslúcida.

—¿Y cómo te sientes cuando estás muerta? —preguntó Fledgeby, enormemente perplejo.

—¡Oh, tan tranquila...! —exclamó la criatura, sonriendo—. ¡Con tanta paz... y tan agradecida...! ¡Y oyes a los vivos gritando, y trabajando, y llamándose entre ellos por las calles angostas y oscuras, y los compadeces tanto...! ¡Y es como si te hubieras librado de una cadena, y una felicidad extraña, benéfica y triste hubiera caído sobre ti!

Su mirada cayó sobre el anciano, el cual, con las manos entrelazadas, la observaba en silencio.

—¡Bueno, hace apenas un momento —dijo la criaturita, señalándolo— he tenido la impresión de que salía usted de la tumba! ¡Ha aparecido por esa puerta baja tan encorvado y ajado, y luego ha inspirado y se ha erguido, y ha mirado en torno al cielo, y el viento soplaba sobre él, y su vida en la oscuridad de allá abajo había acabado! Hasta que lo han devuelto a la vida —añadió, volviéndose hacia Fledgeby con una mirada de censura—. ¿Por qué lo ha llamado?

—De todos modos, ha tardado bastante en acudir —gruñó Fledgeby.

—Pero usted no está muerto —dijo Jenny Wren—. ¡Baje a la vida!

Al señor Fledgeby debió de parecerle una buena sugerencia, pues tras saludar con la cabeza dio media vuelta. Mientras Riah le seguía para acompañarlo escaleras abajo, la criatura llamó al judío con una voz argentina:

—No tarde en volver. ¡Vuelva y sea un muerto más! —Y mientras bajaban seguían oyendo aquella voz, cada vez más débilmente, que medio cantaba y medio llamaba—: ¡Vuelva y sea un muerto más! ¡Vuelva y sea un muerto más!

Cuando llegaron al vestíbulo, Fledgeby, deteniéndose bajo la sombra del ancho y viejo sombrero, colocó mecánicamente el bastón y le dijo al anciano:

—Es guapa esa chica, la que está en su sano juicio.

—Y tan buena como guapa —replicó Riah.

—En todo caso —observó Fledgeby, con un seco silbido—, espero que no sea lo bastante mala como para instigar a ningún tipo a forzar cerrojos y entrar en la casa. Vigila. Mantén los ojos abiertos y no hagas más amistades, por guapas que sean. Naturalmente, no les has dicho mi nombre, ¿verdad?

—Se lo aseguro, señor.

—Si te preguntan, dices que es Pubsey, o Co, o lo que quieras, menos el de verdad.

Su agradecido criado —en cuya raza la gratitud es profunda, intensa y duradera— inclinó la cabeza, y en ese momento se llevó de verdad el dobladillo de la levita de Fledgeby a los labios: aunque tan levemente que el portador ni se dio cuenta.

Y Fascinación Fledgeby se marchó, exultante ante la astuta manera con que había dominado a un judío, y el anciano subió su propio camino escalera arriba. Mientras subía, la llamada o canción volvió a sonar en sus oídos, y, mirando hacia lo alto, vio la cara de la criaturita observando desde la Gloria de sus cabellos largos y radiantes, repitiéndole musicalmente, como una visión:

—¡Vuelva y sea un muerto más! ¡Vuelva y sea un muerto más!

Capítulo VI

Un acertijo sin resolver

De nuevo estaban el señor Mortimer Lightwood y el señor Eugene Wrayburn sentados juntos en Temple. Aquella tarde, sin embargo, no se hallaban en el lugar de trabajo del eminente procurador, sino en otras habitaciones igual de lúgubres situadas justo delante, en la misma segunda planta, sobre cuya negra puerta exterior, más propia de una mazmorra, se leía la inscripción:

PRIVADO

SEÑOR EUGENNE MORTIMER

SEÑOR MORTIMER LIGHTWOOD

(—> Las oficinas del señor Lightwood están enfrente)

Las apariencias indicaban que hacía muy poco que se habían instalado allí. Las letras blancas eran extremadamente blancas y su olor extremadamente fuerte, la tez de las mesas y las sillas (como la de lady Tippin) era demasiado lozana como para creer en ella, y las alfombras y el linóleo del suelo parecían asaltar a quien los contemplara con el extraordinario relieve de sus dibujos. Pero Temple, acostumbrado a atenuar la vida inanimada y la humana, tan relacionada con aquella, pronto se encargaría de bajarle los colores.

—¡Bueno! —dijo Eugene, a un lado del fuego—. Me siento pasablemente cómodo. Espero que el tapicero pueda decir lo mismo.

—¿Qué iba a impedirselo? —preguntó Lightwood, desde el otro lado del fuego.

—Claro —añadió Eugene, reflexionando—, no está al tanto de nuestros asuntos pecuniarios, así que quizá esté de lo más tranquilo.

—Le pagaremos —dijo Mortimer.

—¿De verdad? —replicó Eugene, indolentemente sorprendido—. ¡No me digas!

—Lo que es yo, tengo intención de pagarle —dijo Mortimer, en un tono un tanto ofendido.

—¡Ah! Yo también tengo intención de pagarle —replicó Eugene—. Pero tengo intención de hacer tantas cosas que... no tengo intención de hacer.

—¿No?

—Tantas que solo tengo intención de hacerlas, y solo tendré siempre esa intención, y nada más, mi querido Mortimer. Es lo mismo.

Mortimer, repantingado en su butaca, le observaba mientras él también permanecía repantingado en su butaca y estiraba las piernas sobre el felpudo de la chimenea, al tiempo que decía, con ese aire divertido que Eugene Wrayburn siempre despertaba en él sin pretenderlo y sin que le preocupara:

—De todos modos, tus caprichos han aumentado la factura.

—¡Llamas caprichos a las virtudes domésticas! —exclamó Eugene, elevando los ojos al techo.

—Esta cocina tan completa que tenemos —dijo Mortimer—, en la que nada se cocinará nunca...

—Mi queridísimo Mortimer —replicó su amigo, levantando perezoso la cabeza para mirarlo—, ¿cuántas veces te he señalado que lo importante es la influencia moral?

—¡Su influencia moral sobre este sujeto! —exclamó Lightwood, riendo.

—Hazme el favor —dijo Eugene, levantándose de su butaca con gran seriedad— de indicarme qué detalle de nuestro hogar menosprecias tan a la ligera. —Tras decir esas palabras, cogió una vela y condujo a su compinche hacia la cuarta habitación de las que disponían (una pequeña y estrecha), que estaba completa y pulcramente equipada como cocina—. ¡Fíjate! —dijo Eugene—: barril de harina en miniatura, rodillo, especiero, estante de tarros marrones, tabla de cortar, molinillo de café, aparador provisto de todo tipo de vajilla, sartenes y cacerolas, asador, un delicioso hervidor, un arsenal de cubreplatos. La influencia moral que estos objetos, al conformar las virtudes domésticas, podrían llegar a ejercer sobre mí es inmensa; sobre ti no, pues eres un caso perdido, pero sí sobre mí. De hecho, creo que estas virtudes domésticas ya están formando en mí una idea. Haz el favor de entrar en mi dormitorio. Un secreter, ¿ves?, un abstruso conjunto de casilleros de caoba

maciza, uno para cada letra del alfabeto. ¿Qué utilidad le doy? Recibo una factura... pongamos que de Jones. Rotulo pulcramente en el secreter, JONES, y lo pongo en el casillero de la J. Es lo más parecido a pagar la factura, y para mí es igual de satisfactorio. Y no sabes cuánto deseo, Mortimer —hablaba sentado en la cama, con el aire de un filósofo impartiendo saber a un discípulo—, que mi ejemplo pueda inducirte a ti a cultivar hábitos de puntualidad y método; y, mediante la influencia moral de todo lo que te he rodeado, alentar en ti la formación de virtudes domésticas.

Mortimer volvió a reír, con sus habituales comentarios, «¡Cómo puedes ser tan ridículo, Eugene!» y «¡Qué tipo tan absurdo eres!», pero cuando acabó de reír, en su cara apareció un gesto serio, si no preocupado. A pesar de esa perniciosa pose de lasitud e indiferencia que se había convertido en su segunda naturaleza, sentía un gran apego por su amigo. Había tomado como modelo a Eugene cuando de niños iban a la escuela; y ahora no le imitaba menos, ni lo admiraba menos, ni lo quería menos, que en aquellos días pretéritos.

—Eugene —dijo—, si pudiera verte serio un minuto, me gustaría decirte algo en serio.

—¿Algo en serio? —repitió Eugene—. Las influencias morales comienzan a actuar. Dime.

—Bueno —replicó el otro—, te lo diré, aunque no te veo muy serio.

—En este afán de seriedad —murmuró Eugene, con el aire de quien está sumido en honda meditación—, detecto las felices influencias del barril de harina en miniatura y del molinillo de café. Gratificante.

—Eugene —continuó Mortimer, sin hacer caso de aquella frívola interrupción, y colocando una mano en el hombro de Eugene, mientras se ponía de pie delante de su amigo, sentado en la cama—, me estás ocultando algo.

Eugene lo miró, pero no dijo nada.

—Todo este verano, me has estado ocultando algo. Antes de que emprendiéramos nuestras vacaciones en barca, estabas tan entusiasmado con la idea como no te había visto desde la primera vez que remamos juntos. Pero cuando llegó el momento no mostraste interés, a menudo te parecía una esclavitud y un fastidio, y todo el día se te veía ausente. No me importó que

media docena de veces, o una docena, o veinte, me dijeras, de esa manera tan tuya, que conozco tan bien y tanto me gusta, que tus ausencias eran una precaución para que no nos aburriéramos el uno al otro; pero claro, al poco comencé a darme cuenta de que ocultaban algo. No te pregunto lo que es, pues no me lo has dicho; pero lo que digo es cierto. Dime la verdad, ¿sí o no?

—Te doy mi palabra de honor, Mortimer —replicó Eugene, tras una pausa de unos momentos—, de que no lo sé.

—¿No lo sabes, Eugene?

—Te digo que no lo sé. Me conozco menos que la mayoría de gente del mundo, y no lo sé.

—¿Tienes algún plan en mente?

—¿Un plan? No lo creo.

—En cualquier caso, ¿tienes algo en mente que antes no estuviera ahí?

—La verdad es que no sé qué decirte —replicó Eugene, negando inexpresivamente con la cabeza, tras pararse de nuevo a pensar—. A veces me he dicho que sí; otras, que no. A veces he sentido la inclinación de perseguir ese objetivo; a veces me ha parecido absurdo, y que me agotaba y me incomodaba. No te lo puedo decir de manera terminante. Leal y sinceramente, te lo diría si pudiera.

Con esta respuesta colocó una mano, a su vez, en el hombro de su amigo, mientras se levantaba de la cama. Dijo:

—Debes aceptar a tu amigo como es. Ya sabes lo que soy, mi querido Mortimer. Ya sabes lo propenso que soy al aburrimiento. Ya sabes que cuando fui lo bastante hombre para comprender que yo era un acertijo viviente, me aburrí lo más que pude intentando encontrar la solución. Ya sabes que al final abandoné, y decliné seguir adivinando. ¿Cómo, entonces, voy a darte la respuesta que aún no he descubierto? Hay una vieja canción infantil que dice: «Oye este acertijo, oye este acertijo, y dime lo que nadie te dijo». Mi respuesta sería: «No. Por mi vida que no puedo».

Aquella respuesta encerraba gran parte de lo que él sabía que era fantásticamente cierto de su totalmente despreocupado Eugene, por lo que Mortimer no pudo tomarla como una evasiva. Además, se la dio con una franqueza encantadora, y sin su absoluta indiferencia habitual, como prueba

de que valoraba la amistad de Mortimer.

—¡Vamos, mi querido muchacho! —dijo Eugene—. Probemos a fumar. Si el tabaco me ilumina acerca de esta cuestión, te lo comunicaré sin reservas.

Regresaron a la habitación de la que habían salido, y, encontrándola caldeada, abrieron una ventana. Tras encender sus cigarros, se asomaron a la ventana, fumando y mirando el reflejo de la luna en el patio que había abajo.

—No ha habido ninguna iluminación —dijo Eugene tras unos minutos de silencio—. Te pido mis sinceras disculpas, mi querido Mortimer, pero no he aclarado nada.

—Si no has aclarado nada —replicó Mortimer—, es que a lo mejor no hay nada que aclarar. Y espero que sea definitivamente cierto, y que no ocurra nada. Nada pernicioso para ti, Eugene, ni...

Eugene lo acalló un momento con la mano en el hombro, mientras cogía un poco de tierra de una vieja maceta del alféizar y la lanzaba con destreza a un puntito de luz que había delante; tras haberlo hecho a su entera satisfacción, dijo:

—¿Ni...?

—Ni pernicioso para nadie más.

—¿Y cómo podría ser pernicioso para nadie más? —dijo Eugene, tomando un poco más de tierra y lanzándola con gran precisión hacia el objetivo anterior.

—No lo sé.

—¿Y para quién iba a ser pernicioso? —dijo Eugene, lanzando un poco más de tierra mientras pronunciaba las palabras.

—No lo sé.

Absteniéndose de lanzar la tierra que volvía a tener en la mano, Eugene miró a su amigo de manera inquisitiva y un tanto suspicaz. Su cara no ocultaba ni revelaba nada a medias.

—Dos rezagados errantes en los laberintos de la ley —dijo Eugene, atraído por el sonido de pisadas, y mirando hacia abajo mientras hablaba— acaban de entrar en el patio. Examinan la puerta número uno, buscando un nombre. No lo encuentran en la número uno, y pasan a la número dos. En el

sombrero del errante número uno, el más bajo, lanzo esta bolita. Tras darle en el sombrero, fumo tranquilamente, y me quedo absorto contemplando el cielo.

Los dos errantes levantaron la vista hacia la ventana; pero, tras intercambiar unos murmullos, pronto regresaron a la observación de las puertas de abajo. Parecieron encontrar lo que buscaban, pues desaparecieron entrando por un portal.

—Cuando salgan —dijo Eugene—, verás cómo los derribo a ambos.

Y para ese propósito preparó dos bolitas.

No se le había ocurrido que pudieran buscar su nombre, o el de Lightwood. Pero uno u otro debía de ser su objetivo, pues al poco llamaron a la puerta.

—Esta noche estoy de servicio —dijo Mortimer—. Quédate donde estás, Eugene.

Como Eugene no precisaba que lo convencieran, allí se quedó, fumando tranquilamente, sin sentir la menor curiosidad por quién llamaba, hasta que Mortimer le habló desde el interior de la habitación, al tiempo que le tocaba. A continuación metió la cabeza y descubrió que los visitantes eran el joven Charley Hexam y el maestro de escuela; los dos estaban de cara a él y lo reconocieron enseguida.

—¿Te acuerdas de este joven, Eugene? —dijo Mortimer.

—Deja que le eche un vistazo —replicó fríamente Wrayburn—. ¡Oh, sí, sí! ¡Le recuerdo!

No había tenido intención de repetir su anterior acción de agarrarlo por la barbilla, pero el muchacho sospechó que lo haría, y lanzó el brazo en un furioso sobresalto. Riendo, Wrayburn miró a Lightwood como pidiendo una explicación de tan extraña visita.

—Dice que tiene algo que decirte.

—Seguramente debe de ser a ti, Mortimer.

—Eso pensaba yo, pero dice que no. Dice que es a ti.

—Sí, lo digo —interrumpió el muchacho—. ¡Y también pienso decir lo que quiero decir, señor Eugene Wrayburn!

La mirada de Eugene pasó por el muchacho como si este fuera transparente, y se posó en Bradley Headstone. Con consumada indolencia, se volvió hacia Mortimer y le preguntó:

—¿Quién puede ser esta persona?

—Soy amigo de Charley Hexam —dijo Bradley—. Soy el maestro de Charley Hexam.

—Mi buen amigo, debería enseñar mejores modales a sus alumnos —replicó Eugene.

Fumando tranquilamente, apoyó un codo en la chimenea, al lado del fuego, y miró al maestro. Fue una mirada cruel en su frío desdén, como si no fuera nadie. El maestro le miró, y también con una mirada cruel, aunque de tipo distinto, con unos celos tremendos y una feroz cólera.

Lo extraordinario fue que ni Eugene Wrayburn ni Bradley Headstone miraban al muchacho. Durante el diálogo que siguió, los dos, sin importar a quién se dirigieran, no dejaron de mirarse. Los dos percibían algo de manera secreta e inequívoca, un algo que les predisponía mutuamente en contra en todos los aspectos.

—En ciertos y dignos aspectos, señor Eugene Wrayburn —dijo Bradley, respondiéndole con unos labios lívidos y temblorosos—, los sentimientos naturales de mi pupilo son más fuertes que mis enseñanzas.

—Yo diría que en casi todos los aspectos —replicó Eugene, disfrutando de su puro—, aunque, si son dignos o no, carece de importancia. Conoce mi nombre correctamente. ¿Podría decirme cuál es el suyo?

—No creo que le interese mucho conocerlo, aunque...

—Cierto —interpuso Eugene con brusquedad y cortándole en seco ante su error—, no tengo el menor interés en conocerlo. Puedo decir maestro de escuela, que es un título de lo más respetable. Tiene razón, maestro.

No fue el menos afilado de los aguijonazos que irritaron a Bradley Headstone, pronunciado en un momento de precipitada cólera. Este intentó mantener firmes los labios, pero estos temblaron aún más.

—Señor Eugene Wrayburn —dijo el muchacho—, quiero decirle una cosa. Tanto deseaba decírsela que hemos buscado su dirección en la guía, y hemos ido a su despacho, y desde él nos hemos dirigido hasta aquí.

—Se ha tomado muchas molestias, maestro —observó Eugene, soplando la ingrátida ceniza de su cigarro—. Espero que le haya valido la pena.

—Y me alegra hablar —añadió el muchacho— en presencia del señor Lightwood, porque fue por mediación de él como llegó usted a ver a mi hermana.

Durante solo un momento, Wrayburn apartó la mirada del maestro para observar el efecto de esa última palabra en Mortimer, el cual, de pie al otro lado del fuego, en cuanto se pronunció la palabra, giró la cara hacia el fuego y bajó la mirada hacia él.

—Del mismo modo, fue mediante el señor Lightwood como volvió a verla, pues estaba con él la noche en que encontraron a mi padre, y así fue como al día siguiente lo encontré a usted con ella. Desde entonces, usted se ha visto a menudo con mi hermana. Se ha visto cada vez más a menudo con ella. Y quiero saber por qué.

—¿Esto valía la pena, maestro? —murmuró Eugene, con el aire de un consejero desinteresado—. Demasiadas molestias para nada. Debería ser más prudente, pero ya veo que no lo es.

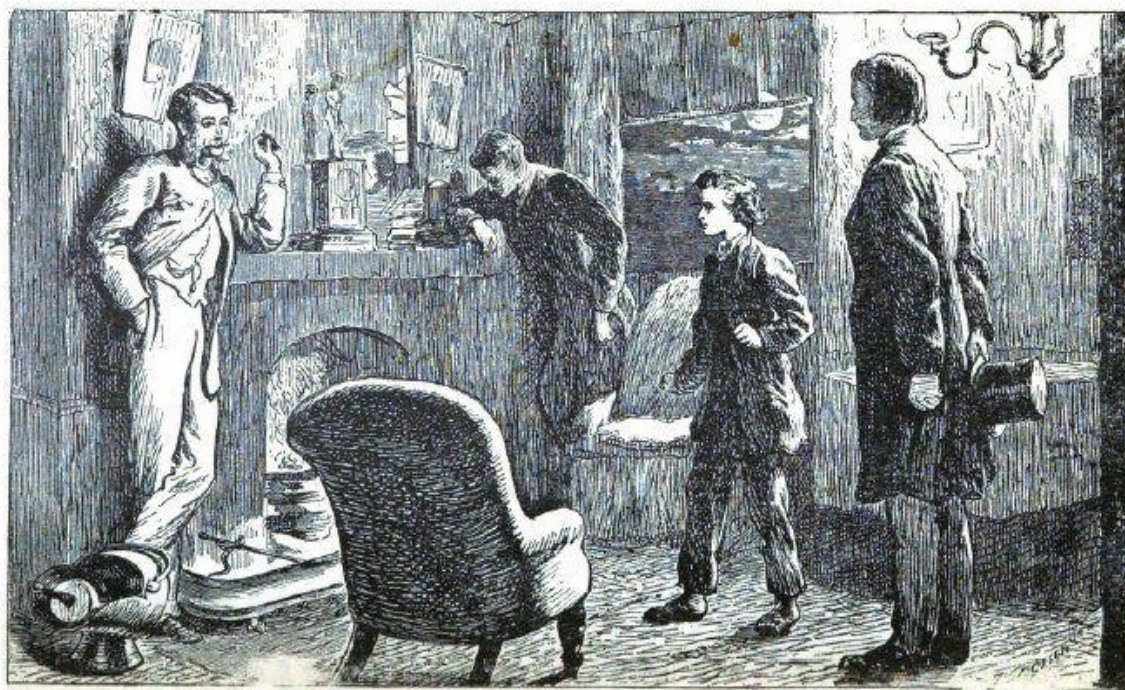
—No sé, señor Wrayburn —contestó Bradley, cada vez más sulfurado—, por qué se dirige a mí...

—¿No? —dijo Eugene—. Entonces no lo haré.

Tanta provocación había en la perfecta tranquilidad con que lo dijo que la respetable mano derecha que agarraba la respetable cadena del respetable reloj habría sido capaz de rodear aquella garganta con ella y estrangularlo. Eugene no pensó que mereciera la pena decir nada más, y se quedó con la cabeza apoyada en la mano, fumando y mirando de manera imperturbable al irritado Bradley Headstone, que seguía con la mano agarrando la cadena, a punto de perder los estribos.

—Señor Wrayburn —prosiguió el muchacho—, no solo sabemos esto de lo que acabo de acusarle, sino más aún. Mi hermana todavía no está al corriente de ello, pero nosotros sí. El señor Headstone y yo teníamos un plan para darle instrucción de mi hermana, bajo el consejo y la supervisión del señor Headstone, que es una autoridad mucho más competente de lo que podría ser usted si lo intentara, a pesar de lo que usted pretende creer, mientras se está aquí fumando. ¿Y con qué nos encontramos? ¿Con qué nos

encontramos, señor Lightwood? Bueno, pues nos encontramos con que mi hermana ya recibe clases, sin que nosotros lo sepamos. Nos encontramos con que mi hermana recibe con reticencia y frialdad nuestros planes para su provecho (los que hemos trazado yo, su hermano, y el señor Headstone, la autoridad más competente imaginable, como sus títulos demostrarán fácilmente), mientras que ya recibe clases de manera voluntaria y de buena gana por mediación de otro. Sí, y también tomándose algunas molestias, pues sé muy bien lo que eso cuesta. ¡Y también lo sabe el señor Headstone! ¡Bueno! Y como es natural, damos en pensar que alguien paga por eso; ¿quién paga? Nos ponemos a averiguarlo, señor Lightwood, y descubrimos que quien paga es su amigo, este tal señor Eugene Wrayburn aquí presente. Entonces le pregunto con qué derecho lo hace, y qué pretende con ello, y cómo se toma esa libertad sin mi consentimiento, en un momento en que estoy ascendiendo en la escala social gracias a mis esfuerzos y a la ayuda del señor Headstone, y no hay derecho a que nadie arroje ninguna sombra sobre mi futuro, ni ninguna imputación sobre mi respetabilidad a través de mi hermana.



FORMING THE DOMESTIC VIRTUES.

La endebles infantil de ese discurso, unida a su gran egoísmo, hicieron que resultara muy pobre. Y, sin embargo, a Bradley Headstone, acostumbrado al pequeño público de una escuela, y poco habituado a la mayor ambición de los hombres, le produjo una suerte de euforia.

—Y ahora yo le digo al señor Eugene Wrayburn —prosiguió el

muchacho, obligado al uso de la tercera persona en vista del poco efecto que causaba dirigírsele directamente—, que me opongo a que mantenga ningún trato con mi hermana, y que solicito que deje de verla por completo. ¡Que no se le meta en la cabeza que yo tema que mi hermana llegue a sentir algo por él!

(Y mientras el muchacho lo miraba con desdén, y el maestro lo miraba con desdén, Eugene soplabá de nuevo a la ingrátida ceniza).

—Pero me opongo, y eso es suficiente. Soy más importante para mi hermana de lo que él piensa. Mientras asciendo socialmente, mi intención es que ella ascienda también; ella lo sabe, y es de mí de quien depende su futuro. Es algo que yo entiendo perfectamente, y también el señor Headstone. Mi hermana es una muchacha excelente, pero tiene algunas ideas románticas; no acerca de su señor Eugene Wrayburn, sino acerca de la muerte de mi padre y otras cosas semejantes. El señor Wrayburn alienta esas ideas para darse importancia, con lo que ella considera que debería estarle agradecida, y quizá incluso le agrade estarlo. Ahora bien, yo no deseo que ella le esté agradecida, ni a él ni a nadie que no sea yo, a excepción del señor Headstone. Y le digo al señor Wrayburn que, si no atiende a lo que le digo, será peor para ella. Que no lo olvide ni lo dude. ¡Será peor para ella!

Hubo un silencio, en el que el maestro pareció estar muy incómodo.

—Puedo sugerirle, maestro —dijo Eugene, quitándose de los labios el cigarro que se consumía rápidamente y mirándolo—, que se lleve a su discípulo.

—Y, señor Lightwood —añadió el muchacho, con la cara encendida a causa de la llama del agravio de que no le prestaran atención ni le contestaran—, espero que no olvide lo que le he dicho a su amigo, ni lo que su amigo me ha oído decirle, palabra por palabra, aunque finja lo contrario. Más le vale no olvidarlo, señor Lightwood, pues, como ya le he mencionado, fue a través de usted como su amigo conoció a mi hermana, y, de no ser por usted, jamás lo habríamos visto. Dios sabe que ninguno de nosotros quería conocerlo, y que tampoco ninguno de nosotros lo echará de menos. Y ahora, señor Headstone, como el señor Eugene Wrayburn se ha visto obligado a oír lo que tenía que decirle, y no ha podido evitarlo, y como yo lo he dicho todo hasta la última palabra, ya hemos hecho lo que teníamos que hacer, y podemos irnos.

—Vaya abajo y espéreme allí un momento, Hexam —replicó Headstone.

El chico le obedeció con una mirada de indignación y haciendo el máximo ruido posible; y Lightwood se dirigió a la ventana y se reclinó en el pretil, mirando la calle.

—Me considera usted tan poca cosa como el suelo que pisa —le dijo Bradley a Eugene, hablando en un tono cuidadosamente sopesado y mesurado, pues de otro modo no habría podido hablar.

—Le aseguro, maestro —replicó Eugene—, que no le considero nada.

—Eso no es cierto —contestó el otro—, y lo sabe.

—Esto es una ordinariez —le espetó Eugene—, pero usted es incapaz de otra cosa.

—Señor Wrayburn, al menos sé muy bien que sería ocioso enfrentarme a usted con insolencias o con bravuconerías. Ese mozalbete que acaba de salir podría avergonzarle en media docenas de ramas del saber en media hora, pero usted puede echarlo como si fuera un inferior. Y no me cabe duda de que puede hacer lo mismo conmigo.

—Posiblemente —comentó Eugene.

—Pero soy algo más que un mozalbete —dijo Bradley, con el puño aún apretado—, y ME HARÉ OÍR, señor.

—Como maestro que es —dijo Eugene—, siempre se hace oír. Eso debería bastarle.

—Pero no me basta —replicó el otro, blanco de cólera—. ¿O se cree que un hombre, al prepararse para los deberes que yo cumplo, y al vigilarse y reprimirse diariamente para cumplirlos bien, se despoja de su naturaleza de hombre?

—Supongo que usted —dijo Eugene—, a juzgar por lo que tengo ante mis ojos, es demasiado apasionado para ser un buen maestro. —Mientras lo decía, arrojaba la colilla de su cigarro.

—Admito que me he mostrado apasionado con usted, señor. Y me respeto por haber sido apasionado con usted. No se me llevan los demonios con mis alumnos.

—Pues se le deben llevar con sus maestros —replicó Eugene.

—Señor Wrayburn.

—Maestro.

—Señor, mi nombre es Bradley Headstone.

—Como ha dicho hace poco, mi buen señor, su nombre no puede interesarme. ¿Algo más?

—Hay más. Oh, qué desgracia la mía —exclamó Bradley, interrumpiéndose para limpiarse el sudor que comenzaba a aflorarle en la cara mientras temblaba de pies a cabeza—, no poder controlarme y mostrarme como una criatura más fuerte de lo que soy, ¡cuando un hombre que no ha sentido en toda su vida lo que yo he sentido en un día puede dominarse así!

Lo dijo con gran dolor, e incluso añadió un movimiento errático de las manos, como si se hubiera desgarrado en dos.

Eugene Wrayburn se lo quedó mirando, como si comenzara a considerarlo un entretenido objeto de estudio.

—Señor Wrayburn, deseo decirle algo por mi parte.

—Vamos, vamos, maestro —replicó Eugene, aproximándose lánguidamente a la impaciencia mientras el otro mantenía una lucha interior—; diga lo que tenga que decir. Y permítame recordarle que la puerta sigue abierta y que su joven amigo le espera en las escaleras.

—Cuando he acompañado a ese joven hasta aquí, señor, lo he hecho con el propósito de añadir (pues a mí, al ser un hombre, tendría que escucharme, en caso de que no quisiera escucharlo a él por ser un muchacho) que el instinto de este es correcto y justo. —Todo eso lo dijo con gran esfuerzo y dificultad.

—¿Eso es todo?

—No, señor —replicó el otro, colorado y furioso—. Le apoyo sin reservas en el hecho de que desapruébe las visitas que usted le hace a su hermana, y en que proteste contra su oficiosidad (y algo peor) en la tarea que ha decidido hacer por ella.

—¿Eso es todo? —preguntó Eugene.

—No, señor. Estoy decidido a decirle que su manera de actuar no tiene justificación, y que es ofensiva para la hermana de mi discípulo.

—¿También es usted el maestro de ella? ¿O a lo mejor le gustaría serlo?

—dijo Eugene.

Fue una puñalada que llenó de sangre la cara de Bradley Headstone tan rápidamente como si se la hubieran dado con una daga.

—¿Qué quiere decir con eso? —fue todo lo que consiguió pronunciar.

—Es una ambición de lo más natural —dijo Eugene fríamente—. Lejos de mí dar a entender otra cosa. La hermana, que quizá se lleva usted excesivamente a los labios, es tan distinta de todas las personas con las que ha tenido que tratar, y de toda la gente baja y humilde que la rodea, que no deja de ser una ambición muy natural.

—¿Me está echando en cara mi origen humilde, señor Wrayburn?

—Eso no es posible, nada sé de él, maestro, y no tengo intención de saber nada.

—Me reprocha mis orígenes —dijo Bradley Headstone—, lanza insinuaciones referentes a mi educación. Pero le digo, señor, que me he abierto camino, gracias a ambos y a pesar de ambos, y que tengo derecho a que se me considere un hombre mejor que usted, con más razones para estar orgulloso.

—Cómo puedo reprocharle aquello que ignoro, o cómo puedo arrojar piedras que no están en mi mano, es un problema que debe demostrar el ingenio de un maestro —replicó Eugene—. ¿Eso es todo?

—No, señor. Si imagina que ese muchacho...

—Que, por cierto, debe de estar cansado de esperar —dijo Eugene, cortésmente.

—Si imagina que ese muchacho no tiene amigos, señor Wrayburn, se engaña. Yo soy su amigo, y siempre me encontrará a su lado.

—Y usted lo encontrará a él en las escaleras —observó Eugene.

—Es posible que haya creído, señor, que podía hacer lo que se le antojara en este punto, pues tenía que tratar con un simple muchacho, sin experiencia, ni amigos, ni ayuda. Pero le advierto que este mezquino cálculo es erróneo. También tiene que tratar con un hombre. Tiene que tratar conmigo. Y yo le apoyaré, y si hace falta, exigiré que se le haga una reparación. He puesto mi mano y mi corazón en esa causa, y están abiertos para él.

—Y, qué coincidencia, la puerta también está abierta —comentó Eugene.

—Desprecio sus esquivas evasivas, y le desprecio a usted —dijo el maestro—. Tal es la bajeza de su naturaleza que me injuria con la bajeza de mis orígenes. Le menosprecio por ello. Pero si no se beneficia de esta visita, y actúa acorde con ella, me encontrará enfrentado a usted con todo el encono que pondría si le considerara digno de volver a figurar entre mis pensamientos.

Con una falta de cortesía y unos modales rígidos tan deliberados como la calma y el desparpajo de Wrayburn, se retiró tras esas palabras, y la pesada puerta se cerró como la puerta de un horno sobre sus furias al rojo vivo y al rojo blanco.

—Un curioso monomaniaco —dijo Eugene—. ¡Este hombre parece creer que todo el mundo conocía a su madre!

Mortimer Lightwood seguía junto a la ventana, hacia la que se había retirado de manera delicada. Eugene lo llamó, y aquel se puso a caminar lentamente por el cuarto.

—Mi querido amigo —dijo Eugene mientras encendía otro cigarro—, me temo que mis inesperados visitantes nos han fastidiado un poco. Si como reconvencción (excúsale a un abogado el término legal) invitaras a la Tippins a tomar el té, te prometo cortejarla.

—Eugene, Eugene, Eugene —replicó Mortimer, aún recorriendo la habitación—, lo lamento. ¡Y pensar que he estado tan ciego!

—¿Ciego, querido muchacho? —replicó su impasible amigo.

—¿Cuáles fueron tus palabras aquella noche, en esa taberna a la orilla del río? —dijo Lightwood, parándose—. ¿Qué fue lo que me preguntaste? ¿Si me sentía como una siniestra combinación de traidor y carterista cuando pensaba en esa chica?

—Creo que me acuerdo de la expresión —dijo Eugene.

—¿Cómo te sientes cuando piensas en ella ahora?

Su amigo no contestó directamente, pero tras unas cuantas chupadas a su cigarro, observó:

—No confundas la situación. No hay chica mejor en todo Londres que

Lizzie Hexam. No hay mejor persona entre mi familia; no hay mejor persona entre la tuya.

—Aceptado. ¿Qué más?

—Ahí —dijo Eugene tras mirarlo indeciso mientras se alejaba a la otra punta del cuarto— me planteas otra vez el acertijo que ya había olvidado.

—Eugene, ¿planeas conquistar a esa chica y abandonarla?

—Mi querido amigo, no.

—¿Planeas casarte con ella?

—Mi querido amigo, no.

—¿Planeas irle detrás?

—Mi querido amigo, no tengo ningún plan. Ni uno. Soy incapaz de tener ningún plan. Si concibiera un plan, lo abandonaría rápidamente, agotado por la operación.

—¡Oh, Eugene, Eugene!

—Mi querido Mortimer, te suplico que no me dediques ese tono de melancólico reproche. ¡Qué más puedo hacer que decirte todo lo que sé, y reconocer mi ignorancia de todo lo que no sé! ¿Qué dice esa vieja canción, que, pretendiendo ser alegre, es con mucho la más lúgubre que he oído en mi vida?

Adiós, melancolía,
que no resuene la triste melodía
en la vida y en la humanidad demente,
y canta solo alegre alegremente
¡la la la!

»No cantemos ese “la la la”, mi querido Mortimer (que no significa relativamente nada), y cantemos que los dos renunciamos a encontrar la solución de ese acertijo.

—¿Tienes algún trato con esta chica, Eugene, y es cierto lo que dice esa gente?

—Admito ambas cosas ante mi honorable y docto amigo.

—Entonces, ¿en qué va a acabar eso? ¿Qué estás haciendo? ¿Adónde

quieres ir a parar?

—Mi querido Mortimer, cualquiera diría que el maestro ha dejado tras de sí una infección interrogadora. Estás alterado porque te falta otro cigarro. Te suplico que cojas uno de estos. Enciéndelo con el mío, que está en perfectas condiciones. ¡Así! Ahora sé justo y observa que hago todo lo que puedo para mejorar, y que vas a intentar comprender mejor esos utensilios domésticos que, cuando solo los veías en un espejo, en enigma, te precipitaste (debo decir que te precipitaste) en despreciar. Consciente de mis deficiencias, me he rodeado de influencias morales que tienen la intención expresa de promover la formación de virtudes domésticas. Encomiéndame con tus mejores deseos a esas influencias, y a la benéfica compañía del que es mi amigo desde la infancia.

—¡Ah, Eugene! —dijo Lightwood afectuosamente, ahora de pie a su lado, de manera que los dos se hallaban en medio de una pequeña nube de humo—. ¡Ojalá hubieras respondido a mis tres preguntas! ¿En qué va a acabar eso? ¿Qué estás haciendo? ¿Adónde quieres ir a parar?

—Y mi querido Mortimer —contestó Eugene, apartando de sí el humo con un movimiento de la mano para exponer mejor la franqueza de su cara y actitud—, créeme, te respondería al instante si pudiera. Pero, para poder hacerlo, primero debo averiguar la irritante adivinanza que hace tiempo abandoné. Aquí está. Eugene Wrayburn. —Se dio un golpe en la frente y en el pecho—. Adivina, adivinanza, ¿puedes decirme qué es? No, por mi vida que no puedo. ¡Renuncio!

Capítulo VII

En el que se origina un movimiento amistoso

El acuerdo entre el señor Boffin y su hombre de letras, el señor Silas Wegg, alteró hasta tal punto los hábitos de la vida del señor Boffin que el Imperio romano generalmente entraba en decadencia por la mañana en la mansión familiar eminentemente aristocrática, en lugar de por la noche, como antaño, cuando vivían en La Enramada. Había veces, sin embargo, en que el señor Boffin, en busca de un breve refugio de los placeres de la moda, se presentaba en La Enramada después de haber anochecido para anticiparse a la salida de Wegg, y allí, en el viejo banco, seguía la declinante fortuna de aquellos amos del mundo corruptos y faltos de espíritu, que en aquel tiempo ya estaban en las últimas. Si Wegg hubiera estado peor pagado para ese cometido, o más cualificado para desempeñarlo, habría considerado esas visitas agradables y elogiosas; pero, en su posición de embaucador espléndidamente remunerado, le contrariaban. En esto se atenía a la regla de que, el criado incompetente, lo emplee quien lo emplee, se pone siempre en contra de su patrón. Incluso los que han nacido para mandar, criaturas honorables justas y nobles, y los más imbéciles en sus elevados cargos, han sido quienes más en contra se han puesto (a veces con calumniosa desconfianza, otras con débil insolencia) de quien les había dado ese cargo. Lo que es de ese modo cierto del amo y el servidor en la vida pública, es igualmente cierto del amo y el servidor en la vida privada, y eso en todo el mundo.

Cuando el señor Silas Wegg por fin obtuvo libre acceso a «Nuestra Casa», como había acostumbrado a llamar a la casa delante de la cual se había sentado tanto tiempo a la intemperie, y cuando por fin descubrió que todos los detalles eran tan distintos de su concepción mental como podían serlo según la naturaleza de las cosas, ese personaje de gran visión y gran alcance, para darse importancia y demostrar que merecía una compensación, fingió caer en la vena melancólica de cavilar sobre el pasado; como si la casa y él hubiesen perdido categoría en la vida.

—¡Y esto, señor —le decía Silas a su patrón, asintiendo tristemente y reflexionando—, fue antaño Nuestra Casa! ¡Este, señor, es el edificio desde el que he visto a menudo a esas eminentes criaturas, la señorita Elizabeth, el señorito George, tía Jane y tío Parker —nombres todos ellos que se inventaba — pasar y volver a pasar! ¡Y así ha acabado! ¡Ah, Dios mío, Dios mío!

Tan llenas de afecto eran sus lamentaciones que el amable señor Boffin sentía mucha lástima por él, y casi recelaba de que al comprar la casa le hubiera ocasionado un daño irreparable.

Dos o tres diplomáticas entrevistas, llevadas con gran sutileza por parte del señor Wegg, aunque asumiendo la máscara de la indiferencia, como si hubiera acabado en Clerkenwell tan solo por una combinación fortuita de las circunstancias, le habían permitido completar su trato con el señor Venus.

—Venga a verme a La Enramada —dijo Silas cuando cerraron el trato— el sábado que viene por la noche, y si un sociable vaso de ron caliente con agua comparte nuestra veladas, no seré yo quien lo lamente.

—Sabe usted que no soy un gran conversador —replicó el señor Venus—, pero así sea.

Y como fue así como, llegó el sábado por la noche, y allí está el señor Venus, llamando a la puerta de La Enramada.

El señor Wegg abre el portón, divisa una especie de cachiporra envuelta en papel de estraza bajo el brazo del señor Venus y observa lacónicamente:

—¡Oh! Pensé que vendría en coche.

—No, señor Wegg —replica Venus—. No me considero más importante que un paquete.

—¡Más importante que un paquete! ¡No! —dice Wegg con desagrado. Pero no gruñe abiertamente—. Aunque hay un cierto paquete que podría estar por encima de usted.

—Aquí está su compra, señor Wegg —dice Venus, entregándosela cortésmente—, y me alegra poder restituirla al origen de donde... emanó.

—Gracias —dijo Wegg—. Y ahora que este asunto ha concluido, permítame mencionarle, de manera amistosa, que tenía mis dudas de que, si hubiera consultado a un abogado, no le habría obligado a devolvérmelo. Lo expreso desde un punto de vista puramente legal.

—No lo creo, señor Wegg. Lo compré mediante un contrato público.

—En este país no se puede comprar carne y sangre humana, señor; si está viva, no se puede —dice Wegg, negando con la cabeza—. La duda es: ¿y el hueso?

—¿Desde el punto de vista legal? —pregunta Venus.

—Desde el punto de vista legal.

—No estoy capacitado para hablar sobre el tema, señor Wegg —dice Venus, enrojeciendo y alzando el tono de voz—, pero desde el punto de vista de los hechos sí estoy capacitado para hablar; y desde el punto de vista de los hechos habría preferido verle a usted en el... ¿Me permite que me explye?

—Si yo fuera usted, no me explyaría —sugiere Wegg pacíficamente.

—... antes de darle ese paquete en mano sin que me pagaran su precio. No pretendo saber de qué lado está la ley, pero estoy completamente seguro de cuáles son los hechos.

Como el señor Venus es una persona irritable (debido sin duda a un desengaño amoroso), y no es la intención del señor Wegg crisparle los nervios, este último observa para aplacarle:

—Solo lo decía como un pequeño ejemplo; hipotéticamente.

—Entonces, señor Wegg, preferiría que lo expresara, en otra ocasión, monetariamente —es la respuesta del señor Venus—, pues le digo francamente que no me gustan sus pequeños ejemplos.

El señor Venus, que por entonces ya ha llegado a la sala del señor Wegg, que en esa fría tarde iluminan el gas y la lumbre, se aplaca y le felicita por su residencia; aprovecha la ocasión para recordarle a Wegg que Venus ya le había mencionado que había dado con un buen asunto.

—Pasable —replica Wegg—. Pero tenga en cuenta, señor Venus, que no hay oro sin su ganga. Prepárese usted mismo la bebida y siéntese en el rincón de la chimenea. ¿Desea fumar una pipa, señor?

—No soy un gran fumador, señor —replica el otro—, pero le acompañaré con una chupada de vez en cuando.

Así, el señor Wegg se prepara su bebida, también Wegg; y el señor Venus enciende y chupa, y Wegg enciende y chupa.

—¿Me estaba comentando, señor Wegg, que incluso en este metal suyo hay ganga?

—Misterio —replica Wegg—. Y no me gusta, señor Venus. No me gusta que se haya arrebatado la vida a los antiguos habitantes de esta casa, en la tenebrosa oscuridad, y no saber quién lo hizo.

—¿Tiene alguna sospecha, señor Wegg?

—No —replica el caballero—. Sé quién se ha aprovechado. Pero no tengo sospechas.

Tras haber dicho eso, el señor Wegg fuma y observa el fuego con una decididísima expresión de Caridad; como si hubiera agarrado esa virtud cardinal por la falda mientras ella consideraba que su penoso deber era separarse de él, y la retuviera por la fuerza.

—Del mismo modo —añade Wegg—, puedo ofrecerle algunas observaciones acerca de ciertas cuestiones y ciertas personas; pero no quiero ponerle peros a nadie, señor Venus. Hay aquí una inmensa fortuna que cae de las nubes sobre una persona a la que no daremos nombre. Hay una suma semanal, con una cierta cantidad de carbón, que me cae de las nubes. ¿Cuál de los dos es mejor? No la persona que no nombraremos. Es una observación mía, pero no pongo ningún pero. Yo cojo mi suma semanal y mi cantidad de carbón. Él coge su fortuna. Así es la cosa.

—Sería bueno para mí, señor Wegg, poder ver las cosas con la serena luz que lo hace usted.

—Y fíjese de nuevo —prosigue Silas, haciendo una floritura oratoria con su pipa y su pierna de madera: esta última tiene una tendencia muy poco digna a recostarlo en su silla—, pues hay otra observación, señor Venus, que tampoco va acompañada de ningún pero. A este hombre al que no quiero nombrar se le puede engatusar a base de cháchara. Se le engatusa. Este hombre al que no quiero nombrar, que me tiene a mí como su mano derecha, con lo que, naturalmente, espero subir de posición, y quizá podría decir que mereciendo subir de posición...

(El señor Venus murmura que eso dice él).

—... Pues ese hombre que no quiero nombrar, en tales circunstancias, me deja de lado, y pone por encima de mí a un desconocido que lo engatusa.

¿Cuál de los dos es mejor? ¿Cuál de los dos es capaz de recitar más poesía? ¿Cuál de los dos, estando al servicio de esa persona que no quiero nombrar, se ha enfrentado a los romanos, civil y militarmente, hasta que se ha quedado tan ronco como si lo hubieran destetado y desde entonces se hubiera alimentado de serrín? No el desconocido engatusador. No obstante, ahora va y viene por la casa como si fuera suya, y tiene su habitación, se le trata como a un igual y saca mil libras al año. Yo estoy desterrado en La Enramada, y allí me encuentran siempre que me necesitan, como si fuera un mueble. El mérito, por tanto, no es lo que más vale. Así son las cosas. Lo comento porque no puedo evitar comentarlo, pues estoy acostumbrado a fijarme en todo; aunque no pongo ningún pero. ¿Había estado antes aquí, señor Venus?

—No a este lado de la verja, señor Wegg.

—Entonces, ¿había llegado a la verja, señor Venus?

—Sí, señor Wegg, y me había asomado por curiosidad.

—¿Y vio algo?

—Nada más que el patio con la basura.

El señor Wegg recorre el cuarto con los ojos en blanco, con ese aire de interrogación no satisfecha tan suyo, y luego pone los ojos en blanco y los dirige al señor Venus, como si sospechara que hay algo que averiguar en él.

—Y no obstante, señor —añade—, ya que conocía usted al viejo señor Harmon, uno habría pensado que sería cortés por su parte haberle hecho una visita. Y al ser usted de natural una persona educada.

Esta última frase es un halago para aplacar al señor Venus.

—Es cierto, señor —prosigue Venus, guiñando sus ojos débiles y pasándose los dedos a través de su polvorienta mata de pelo—, que lo era, antes de que cierta observación me sentara mal. ¿Entiende a qué me refiero, señor Wegg? A una cierta declaración escrita por una persona que no desea ser considerada bajo cierta luz. Desde entonces, no me quedó más que la hiel.

—No diga eso —dice el señor Wegg, en un tono de sentimental condolencia.

—Sí, señor —replica Venus—, ¡solo la hiel! Puede que le parezca cruel al mundo, pero tanto me da atacar a mi mejor amigo como no hacerlo. ¡De hecho, preferiría atacarlo!

Cuando el señor Venus se pone en pie de un salto para dar énfasis a su insociable declaración, el señor Wegg hace un gesto involuntario con la pierna de madera como para protegerse, con el resultado de que cae hacia atrás con silla y todo, y es rescatado por ese inofensivo misántropo, hecho un amasijo de brazos y piernas y frotándose compungido la cabeza.

—Vaya, ha perdido el equilibrio, señor Wegg —dice Venus, entregándole la pipa.

—¡Y no es de extrañar —gruñe Silas—, cuando un visitante, sin previo aviso, se comporta con la misma imprevisible maldad que un atracador! ¡No salga volando de su silla de ese modo, señor Venus!

—Le pido perdón, señor Wegg. Es que estoy amargado.

—Sí, pero caramba —contesta Wegg con ganas de discutir—. ¡Un carácter controlado por la razón puede estar amargado sentado! Y en cuanto a que te consideren bajo una luz u otra, las hay intensas y débiles. Y no quiero —de nuevo se frota la cabeza— que se me considere bajo las últimas.

—No lo olvidaré, señor.

—Si fuera usted tan amable... —El señor Wegg abandona lentamente su tono irónico y su permanente irritación, y da otra chupada a su pipa—. Estábamos hablando de que el viejo señor Harmon era amigo suyo.

—Amigo no, señor Wegg. Solo lo conocía y hablábamos, y de vez en cuando tenía algún trato con él. Un personaje muy inquisitivo, señor Wegg, en relación a lo que se encontraba en el polvo. Tan inquisitivo como reservado.

—¡Ah! ¿Lo encontraba reservado? —replica Wegg, con ávido deleite.

—Siempre me lo pareció, y así se comportaba.

—¡Ah! —Vuelve a poner los ojos en blanco—. En cuanto a lo que se encontraba en el polvo: ¿alguna vez le mencionó cómo lo encontraba, mi querido amigo? Ya que vivo en tan misteriosa propiedad, me gustaría saberlo. Por ejemplo, ¿dónde encontraba las cosas? O por ejemplo, ¿por dónde empezaba? Si empezaba por lo alto de los montículos, o por la parte de abajo. Si hurgaba —aquí la pantomima del señor Wegg es hábil y expresiva— o si la removía. ¿Diría usted que la removía, mi querido señor Venus, o diría usted, como hombre, que hurgaba?

—No diría ninguna de las dos cosas, señor Wegg.

—Como amigo, señor Venus... Sírvasse otra copa... ¿Por qué ninguna de las dos?

—Porque supongo, señor, que lo que encontraba lo encontraba al rebuscar y cribar. ¿Todos los montículos han sido rebuscados y cribados?

—Cuando los vea, opine usted mismo. Póngase otra.

Cada vez que dice «póngase otra», el señor Wegg, dando un saltito sobre su pata de palo, acerca su silla un poco más, no tanto para llenar de nuevo los vasos, sino como si se propusiera que volvieran a llevarse bien.

—Dado que vivo (como ya he dicho antes) en una propiedad misteriosa —dice Wegg cuando el otro ha actuado según su hospitalario ruego—, a uno le gusta saber. ¿Se inclinaría usted a decir (como hermano) que el viejo, al igual que encontró cosas en el polvo, también las escondió?

—Señor Wegg, en general, yo diría que es posible.

El señor Wegg se cala los lentes, y con admiración escruta al señor Venus de pies a cabeza.

—Como mortal que es usted, igual que yo, cuya mano tomo en la mía por primera vez hoy, tras haber pasado por alto de manera inexplicable ese acto tan lleno de confianza ilimitada que une a un semejante con otro semejante —dice Wegg, sosteniendo la palma del señor Venus hacia arriba, plana y a punto para darle un golpe y dándoselo ahora—, como tal, y no como otra cosa, pues yo desdeño todos los lazos más bajos que pueda haber entre yo y un hombre que camina con la cabeza bien alta, el único que puedo llamar Hermano, considerado y considerando este vínculo de confianza... ¿qué cree usted que pudo esconder?

—No es más que una suposición, señor Wegg.

—¡Como un Ser con la mano en el corazón —exclama Wegg; y el apóstrofe no es menos impresionante aunque la mano de ese Ser esté en su vaso de ron y agua—, ponga su suposición en palabras y exprésela, señor Venus!

—Era la clase de caballero, señor —replica lentamente el anatomista después de beber—, del que yo diría que es probable que aprovechara las oportunidades que el lugar le ofrecía para esconder dinero, objetos de valor, quizá documentos.

—Como alguien que siempre fue un adorno para la vida humana —dice el señor Wegg, de nuevo sosteniendo la palma del señor Venus abierta y hacia arriba, como si fuera a revelar su destino por la quiromancia, y levantando la suya para descargar el golpe cuando llegue el momento—, como alguien en quien quizá pensaba el poeta cuando escribió las palabras del himno nacional naval:

Guiadla a barlovento, acercadla,
ya están los barcos a toca penoles;
de nuevo, grité, señor Venus, dadle otra dosis,
¡echadle los obenques y los garfios, señor, o se escapará!

»Es decir, considerado a la luz del auténtico Roble Inglés, pues eso es lo que sois, explíqueme, señor Venus, la expresión “documentos”».

—Al ver que el caballero generalmente rompía relaciones con sus más allegados, o reprimía algunos afectos naturales —replica el señor Venus—, es probable que redactara muchos testamentos y codicilos.

La palma del señor Wegg desciende con un sonoro papirotazo sobre la palma del señor Venus, y Wegg exclama con generosidad:

—¡Hermano en opinión igual que en sentimiento! ¡Sírvase otra!

Habiendo llevado ya su pata de palo y su silla justo delante del señor Venus, Wegg rápidamente sirve dos copas más, le entrega la suya a su visitante, toca el borde con el borde de la suya, se lleva la suya a los labios, la aparta, y abarcando con sus manos las rodillas de su visitante, se le dirige de esta guisa:

—Señor Venus, no es que le ponga ningún pero a que un desconocido me pase por encima, aunque considere a ese desconocido como un sujeto más que dudoso. No es por hacer dinero, aunque el dinero sea siempre bienvenido. No es por mí, aunque no soy tan altivo como para dejar pasar ningún beneficio. Es por lo que es justo.

El señor Venus guiña pasivamente sus dos ojos a un tiempo y pregunta:

—¿El qué, señor Wegg?

—El movimiento amistoso, señor, es lo que ahora le propongo. ¿Ve cuál es el movimiento amistoso, señor?

—Hasta que no me lo explique, señor Wegg, no puedo decirle si lo veo o

no.

—Si hay algo que encontrar en esta propiedad, encontrémoslo juntos. Hagamos este movimiento amistoso de acordar buscarlo juntos. Hagamos este movimiento amistoso de acordar compartir los beneficios por igual. Por lo que es justo. —Así habla Silas asumiendo un aire noble.

—Entonces —dice el señor Venus, levantando la mirada, tras meditar con el pelo entre sus manos, como si solo pudiera fijar la atención fijando la cabeza—, si algo se desentierra del polvo, ¿lo mantendremos en secreto usted y yo? ¿Es eso, señor Wegg?

—Eso dependería de lo que fuera, señor Venus. Digamos que si fuese dinero, objetos de oro o plata o joyas, sería tan nuestro como de cualquiera.

El señor Venus se frota una ceja con aire interrogativo.

—Por lo que es justo. Porque de otro modo sería vendido sin saberlo con los montículos, y el comprador obtendría algo que nunca pretendió comprar, y nunca compró. ¿Y qué sería eso, señor Venus, sino algo injusto?

—Supongamos que se tratara de documentos —propone el señor Venus.

—Según lo que contuvieran, se los ofreceríamos a las partes que estuvieran más interesadas —replica enseguida Wegg.

—¿Por lo que es justo, señor Wegg?

—Siempre, señor Venus. Si las partes las utilizaran para algo injusto, eso sería obra suya. Señor Venus. Tengo una opinión de usted, señor, que no es fácil expresar. Desde que le visité aquella tarde en la que usted, podría decirse, hacía flotar su poderosa inteligencia en el té, me ha parecido que le hacía falta una meta que le moviera a la acción. Con este movimiento amistoso, señor, tendrá usted una espléndida meta que le moverá a la acción.

A continuación, el señor Wegg se explaya en lo que desde el principio ha ocupado un lugar preponderante en su astuta mente: las cualidades del señor Venus para tal búsqueda. Se extiende sobre los pacientes hábitos y las delicadas manipulaciones del señor Venus; en su habilidad a la hora de recomponer las cosas; en su conocimiento de los diversos tejidos y texturas; en la posibilidad de que pequeños indicios le conduzcan a descubrir grandes cosas escondidas.

—A mí eso no se me da bien —dice Wegg—. Aunque me pusiera a hurgar

o a remover, sería incapaz de hacerlo con ese toque delicado, y al final lo único que haría es agitar los montículos. Todo lo contrario que usted, que se pondría a trabajar (como así lo haría) con un vínculo sagrado con su hermano a través de ese movimiento amistoso.

El señor Wegg comenta con moderación lo mal que se adapta una pierna de madera a las escaleras y a tales perchas aéreas, y también insinúa la tendencia de esa ficción de madera, cuando se la utiliza para moverse en una pendiente de ceniza, a quedarse clavada en terreno blando, dejando a su propietario clavado en el sitio. A continuación, abandonando esa parte del tema, comenta el curioso fenómeno de que antes de instalarse en La Enramada, fue al señor Venus al primero que oyó hablar de la leyenda de las riquezas ocultas en los Montículos.

—Las cuales —observa con un aire vagamente devoto— probablemente no fueron puestas allí sin objeto.

Finalmente regresa a la causa de lo que es justo, anunciando lúgubrementemente la posibilidad de que lo que desentierren incrimine al señor Boffin (de quien, vuelve a admitir francamente, no se puede negar que ha sacado provecho de un asesinato), con lo que esos dos semejantes que actúan amistosamente tendrían que denunciarlo a la justicia vengadora. Y esto, señala expresamente el señor Wegg, no por la recompensa, aunque no aceptarla constituiría una falta de principios.

A todo esto, el señor Venus, con su mata de pelo polvoriento enhiesta como las orejas de un terrier, escucha atentamente. Cuando el señor Wegg ha acabado, abre los brazos en toda su extensión, como para mostrarle al señor Venus lo desnudo que está su pecho, y luego los cruza a la espera de respuesta. El señor Venus le guiña los dos ojos unos momentos antes de hablar.

—Veo que ya lo ha intentado por usted mismo, señor Wegg —dice—. Y se ha dado cuenta de las dificultades por experiencia propia.

—No se puede decir exactamente que lo haya intentado —replica Wegg, un poco desconcertado por la insinuación—. Solo he mirado en la superficie. Solo eso.

—¿Y no ha encontrado nada, aparte de las dificultades?

Wegg niega con la cabeza.

—La verdad es que no sé qué decirle, señor Wegg —observa Venus, tras rumiarlo un poco.

—Diga que sí —le insta, como es natural, Wegg.

—Si no estuviera amargado, mi respuesta sería que no. Pero como estoy amargado, y sumido en una locura y una desesperación desatinadas, supongo que es sí.

Wegg alegremente vuelve a sacar los dos vasos, repite la ceremonia de chocar los bordes, y en su fuero interno brinda con gran entusiasmo por la salud y el éxito de la joven que ha reducido al señor Venus a su actual y conveniente estado de ánimo.

A continuación se recitan los artículos de ese movimiento amistoso, y quedan acordados. Son secreto, fidelidad y perseverancia. El señor Venus siempre tendrá libre acceso a La Enramada para sus búsquedas, y se tomarán todas las precauciones necesarias para no llamar la atención de los vecinos.

—¡Oigo pisadas! —exclama Venus.

—¿Dónde? —grita Wegg, con un sobresalto.

—Fuera. ¡Chitón!

Se hallan en el acto de ratificar el tratado del movimiento amistoso con un apretón de manos. Se separan lentamente, encienden sus pipas, ahora apagadas, y se reclinan en sus sillas. Sin duda, pisadas. Se acercan a la ventana, y una mano da un golpecito en el cristal.

—¡Entre! —dice Wegg, refiriéndose a que dé la vuelta y entre por la puerta.

Pero el pesado y anticuado marco se levanta lentamente, y una cabeza aparece lentamente de entre el fondo oscuro de la noche.

—Por favor, ¿se halla aquí el señor Silas Wegg? ¡Oh! ¡Ya le veo!

Los actores del movimiento amistoso quizá se hubiesen alterado igual aunque el visitante hubiese entrado de la manera habitual. Pero ahora que ese visitante se apoya en la ventana —que le queda a la altura del pecho— y los mira desde la oscuridad, se sienten de lo más violentos. Sobre todo el señor Venus: se quita la pipa de la boca, echa la cabeza hacia atrás, y mira al que lo mira, como si el bebé hindú que tiene en un frasco se hubiese presentado para

llevarlo a casa.

—Buenas noches, señor Wegg. Debería revisar el cerrojo de la puerta del patio, si no le molesta; no engancha.

—¿Es el señor Rokesmith? —balbucea Wegg.

—Soy el señor Rokesmith. No quiero molestarle. No voy a entrar. Solo le traigo un recado, que prometí traerle de camino a mi alojamiento. No me decidía a traspasar la verja sin llamar: no sabía si habría un perro por aquí.

—Ojalá lo tuviera —murmura Wegg, dándole la espalda mientras se levanta de la silla—. ¡Chitón! ¡Silencio! Es el desconocido engatusador, señor Venus.

—¿Se trata de alguien que yo conozca? —pregunta el secretario sin dejar de mirar.

—No, señor Rokesmith. Es un amigo mío. Ha venido a pasar la velada conmigo.

—¡Oh! Le ruego me perdone. El señor Boffin desea que sepa que no espera que usted se quede en casa ninguna noche, solo por si viene. Ha dado en pensar que a lo mejor, sin pretenderlo, le tiene aquí esperándolo. En el futuro, si se le ocurre venir sin avisar, se arriesgará a no encontrarlo, y no le importará si está usted ausente. Le prometí que se lo diría de camino. Eso es todo.

Con eso y un «Buenas noches», el secretario baja la ventana y desaparece. Escuchan y oyen cómo las pisadas regresan a la verja, y cómo esta se cierra tras él.

—¡Y ese es el individuo, señor Venus —observa Wegg, cuando se ha ido del todo—, que me ha pasado por encima! Deje que le pregunte qué le parece.

Parece ser que el señor Venus no sabe qué pensar de él, pues hace diversos esfuerzos por contestar, sin llegar a pronunciar otra frase que la de que tiene «una cara singular».

—Dos caras, querrá decir, señor —replica Wegg, jugando amargamente con la palabra—. Esa es su cara. ¡Puedo tolerar una cara singular, pero no a los que tienen dos caras! Es gente que siempre va con segundas, señor.

—¿Dice que hay algo contra él? —pregunta Venus.

—¿Algo contra él? —repite Wegg—. ¿Algo? ¡Cómo aliviaría mis sentimientos (como semejante) no ser esclavo de la verdad y no verme obligado a responder: todo!

¡Fijaos en qué refugios maravillosamente ebrios esconden sus cabezas los avestruces sin plumas! ¡Qué compensación moral tan indecible para Wegg estar totalmente convencido de que el señor Rokesmith es alguien que siempre va con segundas!

—En esta noche estrellada, señor Venus —observa cuando acompaña a través del patio a su cómplice en el movimiento amistoso, y los dos ya se sienten algo peor de tanto servirse una bebida tras otra—, ¡y pensar, en esta noche estrellada, señor Venus, que los desconocidos embaucadores, y los que van con segundas, pueden volver a casa bajo este cielo, como si fueran honestos!

—El espectáculo de estas esferas —dice el señor Venus, levantando la mirada mientras se le cae el sombrero— me entristece con el recuerdo de las apabullantes palabras que ella me dedicó cuando me dijo que no deseaba considerarse ni que la consideraran...

—¡Lo sé! ¡Lo sé! No hace falta que me lo repita —dice Wegg apretándole la mano—. Pero piense en cómo esas estrellas me mantienen firme en la causa de lo que es justo en contra de alguien a quien no quiero nombrar. No es que le guarde rencor. ¡Pero vea cómo brillan con los viejos recuerdos! ¿Y de qué son esos viejos recuerdos, señor?

El señor Venus comienza a contestar tristemente:

—De las palabras de ella, de su letra, al decirme que no desea considerarse ni que la...

Pero Silas le corta en seco con dignidad.

—¡No, señor! ¡Los recuerdos de Nuestra Casa, del señorito George, de tía Jane, de tío Parker, todo arrasado! ¡Todos los sacrificios ofrecidos al favorito de la fortuna y al gusano del momento!

Capítulo VIII

Donde ocurre una inocente fuga amorosa

El favorito de la fortuna y el gusano del momento, en un lenguaje menos hiriente, el señor don Nicodemus Boffin, el Basurero de Oro, se había acomodado en su mansión familiar eminentemente aristocrática todo lo que probablemente llegaría a acomodarse nunca. No podía evitar pensar que, al igual que un queso familiar eminentemente aristocrático, superaba con mucho sus necesidades y alimentaba una infinita cantidad de parásitos; pero no le importaba considerar ese inconveniente como una especie de impuesto sobre la herencia permanente. En vista de que la señora Boffin se lo pasaba estupendamente y la señorita Bella estaba encantada, él se resignaba completamente a ello.

La joven había sido, sin duda, toda una adquisición para los Boffin. Era demasiado guapa como para no llamar la atención en todas partes, y demasiado espabilada como para no dar la talla en su nueva posición. Si eso mejoró su corazón podría ser una cuestión de gusto y abierta a debate; pero en cuanto a otras cuestiones de gusto, como la mejoría de su apariencia y modales, ahí sí que no había ningún debate.

Y así fue como pronto la señorita Bella comenzó a impedir que la señora Boffin metiera la pata; y aun más, como comenzó a sentirse incómoda, como si fuera su responsabilidad, cuando veía a la señora Boffin meter esa misma pata. Tampoco es que un carácter tan amable y una naturaleza tan sana como la de la señora Boffin pudiera meter demasiado la pata, ni siquiera entre las grandes autoridades que los visitaban y que estaban de acuerdo en que los Boffin eran «deliciosamente vulgares» (y sin duda ellos no lo eran, por decirlo), sino que cuando daba un resbalón en el hielo social sobre el que todos los hijos del podsnaperismo, de refinadas almas que hay que salvar, estaban obligados a patinar en círculos, o a deslizarse en largas hileras, inevitablemente hacía caer a la señorita Bella (o eso consideraba la joven), y la hacía experimentar una gran confusión bajo las miradas de los ejecutantes

más diestros de esos ejercicios sobre hielo.

En esa época de la vida de la señorita Bella, no se esperaba que ella analizara con demasiado detenimiento la congruencia y estabilidad de su situación en casa del señor Boffin. Y al igual que nunca escatimó quejas hacia su antigua casa cuando no tenía ninguna otra con que compararla, tampoco fue ninguna novedad de ingratitud o desdén que prefiriera con mucho la nueva.

—Un hombre que vale su peso en oro, ese Rokesmith —dijo el señor Boffin después de dos o tres meses—. Aunque no acabo de entender qué pretende.

Tampoco Bella, con lo que el tema le parecía bastante interesante.

—Se encarga de mis asuntos mañana, tarde y noche —dijo el señor Boffin— con más eficacia de lo que podrían hacerlo cincuenta hombres; y, sin embargo, a veces, cuando casi vamos caminando del brazo, parece poner una barrera en el camino y dejarme allí plantado.

—¿Puedo preguntarle cómo es eso, señor? —preguntó Bella.

—Bueno, querida —dijo el señor Boffin—, aquí no quiere más compañía que la tuya. Cuando tenemos visitas, me gustaría que ocupara su lugar habitual en la mesa, como nosotros; pero no, no quiere.

—Si él considera que está por encima de eso —dijo la señorita Bella, con una displicente sacudida de cabeza—, yo lo dejaría en paz.

—No es eso, querida —replicó el señor Boffin, pensándose—. No se considera por encima.

—Quizá se considere por debajo —sugirió Bella—. Si es así, él sabrá.

—No, querida, tampoco es eso. No —repitió el señor Boffin, sacudiendo la cabeza y volviéndose a pensar—; Rokesmith es un hombre modesto, pero no se considera por debajo.

—Entonces, ¿qué se considera? —preguntó Bella.

—¡Que me aspen si lo sé! —dijo el señor Boffin—. Al principio me parecía que el único con el que no quería tropezarse era Lightwood. Y ahora me parece que es con todos, menos contigo.

«¡Ajá! —se dijo Bella—. ¡Así que es eso!» Pues el señor Mortimer había

cenado allí dos o tres veces, y ella lo había visto en otra parte, y él le había prodigado un poco de atención. «¡Menuda frescura para un secretario, y realquilado de papá, convertirme en el objeto de sus celos!»

Que esa hija de su papá se mostrara tan despectiva con el realquilado de papá era raro; pero había aún anomalías más raras en la mente de aquella niña malcriada: una niña doblemente malcriada: primero por la pobreza, y luego por la riqueza. Que sea esta parte de la historia, no obstante, la que permita que esas anomalías salgan a la luz.

«¡Me parece que es demasiado —reflexionó desdeñosamente la señorita Bella— tener al realquilado de papá reclamando algún derecho sobre mí, y ahuyentando a otros pretendientes! ¡Es ir demasiado lejos, desde luego, que las oportunidades que me brindan el señor y la señora Boffin se vean acaparadas por un simple secretario y realquilado de papá!»

No obstante, no hacía mucho que Bella se había emocionado al descubrir que ella parecía gustarle a ese mismo secretario y realquilado. ¡Ah! Pero por entonces aún no habían entrado en juego la mansión eminentemente aristocrática ni la modista de la señora Boffin.

Ese secretario y realquilado, a pesar de su actitud aparentemente retraída, era una persona muy entrometida, en opinión de Bella. Siempre había luz en su despacho cuando volvían del teatro o de la ópera, y siempre estaba en la puerta del carruaje para ayudarlas a bajar. ¡Y la cara de la señora Boffin siempre se mostraba provocadoramente radiante y abominablemente alegre al encontrarse con él, como si fuera posible aprobar seriamente lo que el hombre tenía en mente!

—Señorita Wilfer —le dijo una vez el secretario, al encontrársela por casualidad en el gran salón—, nunca me da ningún recado para su casa. Estaré encantado de encargarme de cualquier recado que me pida.

—¿A qué se refiere, señor Rokesmith? —preguntó la señorita Bella, entornando los ojos lánguidamente.

—¿Al referirme a la casa? Me refiero a la casa de su padre en Holloway.

Bella se sonrojó con esa réplica —tan hábilmente lanzada que las palabras parecían ser una mera respuesta, dada con toda la buena fe— y dijo, con bastante más énfasis y brusquedad:

—¿De qué encargos y recados me habla?

—Tan solo de esas palabras de saludo que supongo que manda de una manera u otra —replicó el secretario con el tono de antes—. Para mí sería un placer ser el portador de esos saludos. Como sabe, hago el viaje de ida y vuelta a la casa dos veces al día.

—No hace falta que me lo recuerde, señor.

Se precipitó en su airada pulla contra el «inquilino de papá»; y se dio cuenta de ello al encontrarse con la serena mirada de él.

—Ellos a mí no me envían demasiadas... ¿cuál ha sido su expresión?... palabras de saludo —dijo Bella, apresurándose a refugiarse en lo mal que la trataban a ella.

—A menudo me preguntan por usted, y les cuento todo lo que puedo, que es poco.

—Espero que su relato sea fiel —exclamó Bella.

—Espero que no lo ponga en duda, pues si lo hiciera iría en contra de usted.

—No, no lo dudo. Merezco el reproche, que sin duda es muy justo. Le pido perdón, señor Rokesmith.



PA'S LODGER AND PA'S DAUGHTER.

—Le suplicaría que no me lo pidiera si no fuera porque eso dice mucho en su favor —replicó él con gran seriedad—. Perdóneme; no pude evitar decirlo. Regresando a lo que le comentaba antes de mi digresión, permítame decirle que a lo mejor ellos creen que yo le doy noticias de ellos, le doy pequeños recados, y cosas así. Pero me abstengo de importunarla, pues nunca me pregunta.

—Mañana voy a visitarlos, señor —dijo Bella mirándolo como si él la hubiera amonestado.

—¿Me lo dice para mi información o la de ellos? —preguntó Rokesmith, indeciso.

—Para la de quien se le antoje.

—¿Para los dos? ¿Les llevo el recado?

—Llévelo si le apetece, señor Rokesmith. Con recado o sin él, voy a visitarlos mañana.

—Entonces se lo diré.

Él se demoró un momento, como para darle a Bella la oportunidad de prolongar la conversación si se le antojaba. Como ella guardó silencio, él se marchó. Cuando la señorita Bella quedó a solas, hubo dos incidentes de la entrevista que le parecieron muy curiosos. El primero que el secretario, de manera incuestionable, la había dejado con un aire arrepentido, y con cierto remordimiento en el corazón. El segundo que ella no había tenido la menor intención de ir de visita a su casa hasta que no se lo anunció al secretario, como si fuera un propósito tomado de antemano.

«¿Qué puedo pretender con ello, o qué podía pretender él? —fue la pregunta mental que se hizo—. No tiene ningún derecho ni poder sobre mí, y si no me importa ese hombre, ¿por qué le presto atención?»

Como la señora Boffin insistió en que hiciera la expedición del día siguiente en el carruaje, Bella llegó a casa en medio de un gran esplendor. La señora Wilfer y Lavinia habían especulado mucho acerca de las probabilidades e improbabilidades de que Bella se presentara con tanta magnificencia, y al divisar el carruaje desde la ventana en la que se habían ocultado a la espera de su llegada, coincidieron en que había que mantenerlo a la puerta de la casa el mayor tiempo posible para mortificación y confusión de los vecinos. A continuación se retiraron a la habitación habitual de la familia para recibir a la señorita Bella con una apropiada exhibición de indiferencia.

La habitación familiar parecía muy pequeña y miserable, y la escalera que descendía hasta ella era muy angosta y torcida. La pequeña casa y todo lo que contenía componían un triste contraste con la morada eminentemente aristocrática. «¡Casi ni entiendo cómo resistí vivir alguna vez en este sitio!», se dijo Bella.

La lúgubre majestuosidad de la señora Wilfer y el descaro natural de Lavvy no mejoraron la cosa. Bella necesitaba urgentemente alguna ayuda, y no obtuvo ninguna.

—¡Esto es todo un honor! —dijo la señora Wilfer, ofreciendo una mejilla para que se la besaran, tan simpática y receptiva como el dorso de una

cuchara—. Probablemente encontrarás crecida a tu hermana Lavvy, Bella.

—Mamá —intervino la señorita Lavinia—, nadie puede poner reparo alguno a que te muestres ofensiva, pues Bella se lo merece sobradamente; pero debo pedirte que no saques a colación algo tan absurdo como que he crecido, cuando ya se me ha pasado la edad de crecer.

—Yo misma seguí creciendo después de casarme —proclamó solemnemente la señora Wilfer.

—Muy bien, mamá —replicó Lavvy—, pues entonces más motivo para no mencionarlo.

La mirada altiva e iracunda con que la majestuosa señora recibió esa respuesta podría haber incomodado a un oponente con menos descaro, pero no tuvo ningún efecto sobre Lavinia: la cual, dejando que su madre disfrutara lanzando todas las miradas airadas que le parecieran deseables en tales circunstancias, abordó a su hermana, impertérrita.

—¡Paz! —exclamó la señora Wilfer—. ¡Basta! No toleraré este tono frívolo.

—¡Dios bendito! ¿Cómo están tus Spoffin? —dijo Lavvy—. Ya que mamá tantos reparos les pone a tus Boffin.

—¡Niña impertinente! ¡Deslenguada! —dijo la señora Wilfer, con tremenda severidad.

—Tanto me da ser deslenguada o conlenguada —replicó fríamente Lavinia, echando la cabeza hacia atrás—. Me da exactamente igual, y me es lo mismo ser una cosa que otra. Pero una cosa sé: ¡que no creceré después de casarme!

—Ah, ¿no? Ah, ¿no? —repitió solemnemente la señora Wilfer.

—No, mamá, no creceré. Nada podrá inducirme a crecer.

La señora Wilfer, tras haber ondeado sus guantes, dijo con altivo patetismo:

—Era de esperar. —Así habló—. Una de mis hijas me abandona por los prósperos y orgullosos, y la otra me desprecia. Me lo tengo merecido.

—Mamá —intervino Bella—, el señor y la señora Boffin son prósperos, sin duda; pero no tienes derecho a decir que son orgullosos. Quiero que te

quede muy claro que no lo son.

—Resumiendo, mamá —dijo Lavvy saltando sobre el enemigo sin previo aviso—, que te quede muy claro (y si no, ¡caiga el oprobio sobre ti!) que el señor y la señora Boffin son la perfección absoluta.

—Desde luego —replicó la señora Wilfer, recibiendo cortésmente a la desertora—, parece que eso es lo que tenemos que pensar. Y de ahí, Lavinia, procede mi objeción a hablar en tono frívolo. La señora Boffin (de cuya fisionomía soy incapaz de hablar con la compostura que desearía mantener) y tu madre no mantienen una relación estrecha. Ni por un momento hemos de suponer que ella y su marido se atreven a referirse a esta familia como los Wilfer. Y por tanto, no puedo dignarme a referirme a ellos como los Boffin. No, pues ese tono (llámalo familiaridad, frivolidad, igualdad, o como quieras) implicaría que mantenemos una relación social que no se da. ¿Me he explicado con claridad?

Sin prestar la menor atención a esa pregunta, aunque pronunciada de manera imponente y forense, Lavinia le recordó a su hermana:

—Después de todo, Bella, no nos has dicho cómo están esos Comosellamen.

—No quiero hablar de ellos aquí —contestó Bella, conteniendo su indignación y dando una patada en el suelo—. Son demasiado amables y demasiado buenos como para verse arrastrados a esta discusión.

—¿Por qué lo dices así? —preguntó la señora Wilfer con mordaz sarcasmo—. ¿Por qué hablas con tanto circunloquio? Es educado y atento, pero ¿por qué lo haces? ¿Por qué no dices abiertamente que son demasiado amables y buenos para nosotros? Captamos la alusión. ¿Por qué disimular la frase?

—Mamá —dijo Bella, dando otra patada en el suelo—, pondrías de los nervios a un santo, y también Lavvy.

—¡Pobrecilla Lavvy! —exclamó la señora Wilfer, en tono de conmiseración—. Siempre se la carga. ¡Mi pobrecilla!

Pero Lavvy, con la misma celeridad con que había desertado antes, se lanzó ahora contra el otro enemigo: observando con brusquedad:

—No me protejas, mamá, porque sé cuidar de mí misma.

—Lo único que me asombra —prosiguió la señora Wilfer, dirigiendo sus observaciones hacia su hija mayor, menos peligrosa, por lo general, que la pequeña, totalmente indomable— es que hayas encontrado tiempo y ganas para separarte del señor y la señora Boffin, y hayas venido a vernos. Lo único que me asombra es que nuestros derechos, enfrentados a los superiores derechos del señor y la señora Boffin, hayan tenido algún peso. Creo que debería estar agradecida por haber ganado tanto en competencia con el señor y la señora Boffin.

(La buena señora puso amargo énfasis en la primera letra de la palabra Boffin, como si representara su principal objeción a los propietarios de ese nombre, y como si hubiera preferido que se llamaran Doffin, Moffin o Poffin).^[21]

—Mamá —dijo Bella furiosa—, me obligas a decir que lamento mucho haber venido a casa, y que jamás volveré, excepto cuando esté presente el pobre papá. Pues papá es demasiado magnánimo como para sentir envidia y rencor hacia mis generosos amigos, y lo bastante delicado y amable como para recordar el pequeño derecho que consideraron que yo tenía sobre ellos, y la posición singularmente complicada en la que, sin yo comerlo ni beberlo, me encontraba. ¡Y siempre he querido al pobre papá más de lo que os quiero a las dos juntas, y siempre lo querré!

Bella, en ese punto, sin que la consolara su encantadora capota ni su elegante vestido, prorrumpió en lágrimas.

—Creo, R. W. —exclamó la señora Wilfer, levantando los ojos y apostrofándole al aire—, que si estuvieras presente, sería una dura prueba para ti ver a tu esposa y a la madre de tus hijas despreciada en tu nombre. ¡Pero el Hado te lo ha ahorrado, R. W., a pesar de todo lo que ha considerado adecuado infligirle a ella!

En ese punto la señora Wilfer se echó a llorar.

—¡Odio a los Boffin! —objetó Lavinia—. Me da igual quién ponga reparos a que los llamemos los Boffin. YO los llamaré los Boffin. ¡Los Boffin, los Boffin, los Boffin! Y digo que los Boffin son dañinos, y digo que los Boffin han puesto a Bella en mi contra, y les digo a la cara a los Boffin —cosa que no era exactamente cierta, pero la joven estaba inflamada—: que son unos Boffin detestables, que son unos Boffin vergonzosos, que son unos Boffin odiosos, que son unos Boffin inhumanos. ¡Ahí lo tienes!

Y en ese punto Lavinia se echó a llorar.

Se oyó el ruido metálico de la puerta de la verja delantera, y vieron acercarse al secretario a paso vivo.

—Dejad que le abra la puerta —dijo la señora Wilfer, levantándose con su majestuosa resignación mientras sacudía la cabeza y se secaba las lágrimas—, pues en este momento no tenemos chica a sueldo que lo haga. No tenemos nada que ocultar. Si ve estos restos de emoción en nuestras mejillas, que se imagine lo que quiera.

Con esas palabras se fue muy ofendida. A los pocos momentos volvió a entrar, proclamando a su manera heráldica:

—El señor Rokesmith es portador de un paquete para la señorita Bella Wilfer.

El señor Rokesmith apareció poco después de pronunciado su nombre, y naturalmente se dio cuenta de que algo pasaba. Pero discretamente fingió no ver nada, y se dirigió a la señorita Bella.

—El señor Boffin deseaba haberlo puesto en el carruaje esta mañana. Deseaba que lo tuviera, un pequeño recuerdo que había preparado (no es más que un monedero, señorita Wilfer), pero al ver frustrada su intención, me ofrecí voluntario para traérselo.

Bella lo cogió y le dio las gracias.

—Hemos tenido una pequeña discusión, señor Rokesmith, pero no peor de las que acostumbramos; ya sabe lo bien que nos tratamos. Me ha encontrado que ya me iba. Adiós, mamá. ¡Adiós, Lavvy!

Y, con un beso para cada una, la señorita Bella se volvió hacia la puerta.

El secretario iba a acompañarla, pero la señora Wilfer dio un paso al frente y dijo con dignidad:

—¡Perdóneme! Permítame reclamar mi derecho natural a acompañar a mi hija hasta el carruaje que la espera. —El secretario pidió disculpas y se hizo a un lado. Sin duda fue un magnífico espectáculo ver a la señora Wilfer abrir la puerta de la casa y pedir en voz alta con los guantes extendidos—: ¡El criado de la señora Boffin! —Cuando este se presentó, ella pronunció la breve pero majestuosa orden—: ¡Señorita Wilfer! ¡Salga!

Y así se la entregó, como una teniente de la Torre de Londres liberando a un preso político. El efecto de esta ceremonia dejó totalmente paralizados a los vecinos más o menos durante un cuarto de hora, y quedó muy realzado por el hecho de que la noble señora permaneció todo ese rato exhibiéndose en una especie de trance espléndidamente sereno sobre el escalón superior.

Cuando Bella estuvo sentada en el carruaje, abrió el paquetito que tenía en la mano. Contenía un bonito monedero, y en el monedero había un billete de cincuenta libras.

—¡Esto será una alegre sorpresa para mi querido papá —dijo Bella—, y yo misma se lo llevaré a la City!

Como ignoraba el emplazamiento exacto de la empresa de Chicksey, Veneering y Stobbles, pero sabía que se encontraba cerca de Mincing Lane, ordenó que la condujeran a la esquina de ese sombrío lugar. Una vez ahí mandó al «criado de la señora Boffin» en busca de la contaduría de Chiksey, Veneering y Stobbles, con un mensaje que decía que, si a R. Wilfer le era posible salir, le esperaba una dama que estaría encantada de hablar con él. La transmisión de esas misteriosas palabras por boca del lacayo produjeron tanto alboroto en la contaduría que de inmediato designaron a un joven espía para que siguiera a Rumty, observara a la dama y volviera con su informe. Tampoco disminuyó en lo más mínimo la agitación cuando el espía regresó corriendo con la información de que la dama era «una moza de bandera dentro de un carruaje de postín».

El propio Rumty, con su pluma detrás de la oreja bajo su roñoso sombrero, llegó sin aliento a la puerta del carruaje, y se vio metido en el mismo por alguien que le tiraba de la corbata y le abrazaba hasta casi ahogarlo antes de reconocer a su hija.

—¡Mi querida niña! —dijo sin aliento ni coherencia—. ¡Dios mío! ¡Qué preciosa mujer estás hecha! Pensaba que te habías vuelto una ingrata y habías olvidado a tu madre y a tu hermana.

—Acabo de ir a verlas, querido papá.

—¡Oh! ¿Y cómo... cómo has encontrado a tu madre? —preguntó R. W. sin tenerlas todas consigo.

—Muy desagradable, papá, igual que a Lavvy.

—De vez en cuando se suben a la parra —observó el paciente querubín—, pero espero que hayas sido comprensiva, querida Bella.

—No. Yo también he sido desagradable, papá. Todas hemos sido desagradables juntas. Pero quiero que vengas a comer conmigo a algún lado, papá.

—Bueno, cariño, ya he compartido una... si es que puedo mencionar ese artículo dentro de este soberbio carruaje... una cervela —replicó R. Wilfer, bajando modestamente la voz al pronunciar la palabra, mientras contemplaba los accesorios color canario.

—¡Oh! ¡Eso no es nada, papá!

—Cierto, no es tanto como lo que uno a veces desearía, cariño —admitió R. W., poniéndose la mano en la boca—. No obstante, cuando circunstancias sobre las que no tienes ningún control interponen algunos obstáculos entre tú y las pequeñas salchichas alemanas, lo único que puedes hacer es contentarte con —bajó de nuevo la voz en deferencia al carruaje— ¡cervelas!

—¡Pobre papá! ¡Papá, te lo pido y te lo suplico, tómame el resto del día libre y ven a pasarlo conmigo!

—Bueno, cariño, vuelvo dentro y pido permiso.

—Pero antes de que vuelvas —dijo Bella, que ya había agarrado a su padre por la barbilla, le había quitado el sombrero y comenzado a ponerle el pelo de punta como era su costumbre—, dime que aunque sabes de cierto que soy una persona atolondrada y desconsiderada, nunca te he desairado, papá.

—Mi querida niña, lo digo de todo corazón. Y del mismo modo podría observar —insinuó delicadamente su padre, mirando por la ventanilla— que quizá podría llamar la atención que delante de todo el mundo me peine una encantadora mujer dentro de un elegante coche en Fenchurch Street.

Bella soltó una carcajada y volvió a ponerle el sombrero. Pero cuando la juvenil figura de su padre se alejó, sus ropas raídas y su alegre paciencia le arrancaron lágrimas de los ojos.

«¡Odio a ese secretario por haber pensado eso de mí! —pensó—. ¡Y sin embargo no parece que se equivocara del todo!»

Regresó su padre, y parecía más un muchacho que nunca, al que acaban de dejar salir de la escuela.

—Muy bien, cariño. Me han dado el permiso enseguida. ¡La verdad es que han sido muy generosos!

—Y ahora, ¿dónde podemos encontrar un sitio tranquilo, papá, en el que pueda esperarte mientras tú me haces un recado, si despido al carruaje?

Eso había que pensarlo.

—Verás, cariño —le explicó—, te has convertido en una mujer tan preciosa que tendría que ser un sitio muy tranquilo. —Al final sugirió—: Cerca del jardín que hay en la Trinity House de Tower Hill.

Así pues, allí los llevaron, y Bella despidió el coche; a continuación mandó una nota a lápiz a la señora Boffin diciéndole que estaba con su padre.

—Y ahora, papá, atiende a lo que voy a decirte, y jura y promete que me obedecerás.

—Te lo prometo y te lo juro, cariño.

—No hagas preguntas. Coge este monedero; ve a la tienda más cercana donde vendan ropa hecha, donde vendan lo mejor; cómpratela y pónela, el traje más bonito, el sombrero más bonito, y el par de botas más bonitas y relucientes (¡que sean de charol, papá!) que se puedan comprar con dinero; y vuelves.

—Pero mi querida Bella...

—¡Ojo, papá! —le dijo señalándole con el dedo, alegremente—. Me lo has prometido y jurado. Es perjurio, por si no lo sabes.

A esa pequeña y necia criatura se le humedecieron los ojos, pero ella se los secó a besos (aunque los de ella también estaban húmedos), y R. W. volvió a alejarse de ella. Después de media hora regresó, tan magníficamente transformado que Bella se vio obligada a dar veinte vueltas alrededor de él con extática admiración antes de poder entrelazar su brazo con el de su padre y apretarlo encantada.

—Y ahora, papá —dijo Bella, estrechándolo contra ella—, lleva a esta preciosa mujer a comer.

—¿Adónde vamos, cariño?

—¡A Greenwich! —dijo Bella, animosa—. Y procura agasajar a esta preciosa mujer con lo mejor que tengan.

Mientras caminaban para coger un bote, R. W. preguntó tímidamente:

—¿No te gustaría, cariño, que mamá estuviera con nosotros?

—No, papá, quiero tenerte todo el día para mí. Siempre fui tu favorita en casa, y yo siempre te preferí a ti. Muchas veces, antes de ahora, nos hemos escapado juntos; ¿no es verdad, papá?

—¡Ah, claro que sí! Muchos domingos, cuando tu madre... se subía a la parra —dijo repitiendo la delicada expresión de antes tras hacer una pausa para toser.

—Sí, y me temo que pocas veces, o nunca, me porté todo lo bien que debería, papá. Te obligaba a que me llevaras en brazos, una y otra vez, cuando deberías haberme hecho andar; y a menudo me llevabas a caballo cuando habrías preferido sentarte a leer el periódico, ¿verdad?

—Alguna vez, alguna vez. ¡Pero, Señor, menuda niña eras! ¡Menuda compañera!

—¿Compañera? Eso es justo lo que quiero ser hoy, papá.

—Pues seguro que lo consigues, amor mío. Tus hermanos y hermanas han sido, sucesivamente, compañeros para mí, hasta cierto punto, solo hasta cierto punto. Durante toda su vida, tu madre ha sido una compañera a la que cualquier hombre podía... respetar... y... memorizar sus palabras... y... moldearse a partir de ella si...

—¿Si le gustaba el modelo? —sugirió Bella.

—Bu-bueno, sí —replicó él, pensándose, y no del todo satisfecho con la frase—. O quizá podría decir: si estaba en su carácter. Suponiendo, por ejemplo, que un hombre quisiera estar siempre marchando, encontraría en tu madre una inestimable compañera. Pero si prefiriera pasear, o de vez en cuando le apeteciera dar un trotecillo, quizá encontrara difícil llevar el paso de tu madre. O considéralo de esta manera, Bella —añadió, tras reflexionar un momento—: supón que un hombre tuviera que pasar la vida, no digamos con una compañera, sino con una melodía. Muy bien. Supongamos que la melodía que se le adjudica es la *Marcha fúnebre de Saúl*. Bien. Sería una melodía adecuada para algunas ocasiones (ninguna hay mejor), pero sería difícil llevar el compás en el común discurrir de la vida doméstica. Por ejemplo, si después de un día de trabajo se pusiera a cenar con la *Marcha fúnebre de Saúl*, a lo

mejor la comida le sentaría un poco pesada. O, si en algún momento sintiera la inclinación de aliviar su mente cantando una tonada cómica o bailando animadamente, y se viera obligado a hacerlo siguiendo la *Marcha fúnebre de Saúl*, a lo mejor vería frustrada la ejecución de sus joviales intenciones.

«¡Pobre papá!», se dijo Bella, colgada de su brazo.

—Ahora, qué voy a decir en tu favor, cariño —prosiguió mansamente el querubín, sin asomo de queja—, sino que eres muy adaptable. Muy adaptable.

—La verdad es que temo haber demostrado muy mal carácter, papá. Temo haber sido muy quejica, y muy caprichosa. Rara vez, o nunca, pensaba en ello. Pero hace un momento, cuando estaba sentada en el carruaje y te vi venir por la acera, me lo reproché.

—De ninguna manera, querida. Ni lo menciones.

Qué feliz y locuaz estaba papá aquel día con su ropa nueva. En conjunto, era quizá el día más feliz que había conocido en su vida; sin exceptuar siquiera aquel en el que su heroica pareja se acercó al altar nupcial mientras sonaba la melodía de la *Marcha fúnebre de Saúl*.

La breve expedición por el río fue deliciosa, y el pequeño comedor que daba al río, al que les condujeron para comer, fue delicioso. Todo fue delicioso. El parque fue delicioso; el ponche fue delicioso; los platos de pescado fueron deliciosos, el vino fue delicioso. Bella fue el artículo más delicioso del programa; dándole conversación a su padre de la manera más alegre; procurando referirse siempre a ella como esa preciosa mujer; animando a papá a que pidiera cosas, declarando que la preciosa mujer insistía en que la agasajaran con todo eso; y, en suma, haciendo que papá quedara arrobado al pensar que era el papá de tan encantadora hija.

Y luego, mientras permanecían sentados mirando los barcos y vapores que se dirigían hacia el mar al descender la marea, la preciosa mujer imaginó todo tipo de viajes para ella y papá. Y papá encarnaba ahora al propietario de un barco carbonero de velas cuadradas que avanzaba pesadamente, virando hacia Newcastle para recoger diamantes negros con los que hacer fortuna; luego se iba a China en ese hermoso barco de tres palos para traer opio, con el que cortaría amarras para siempre con Chiscksey, Veneering y Stobbles, y traería sedas y chales sin fin para adornar a su encantadora hija. Luego el desdichado final de John Harmon no era más que un sueño, y él había vuelto a casa y

había descubierto que la preciosa mujer era justo lo que necesitaba, y la preciosa mujer había descubierto que él era justo lo que necesitaba, y se iban de viaje los dos, en su hermoso velero, para cuidar de sus viñas, con banderines ondeando por todas partes, una banda tocando en cubierta, y papá instalado en el mejor camarote. Luego John Harmon quedaba relegado de nuevo a su tumba, y un comerciante de inmensa riqueza (de nombre desconocido) había cortejado a la preciosa mujer y se había casado con ella, y era tan inmensamente rico que todo lo que veías navegando por el río, a vela o a vapor, le pertenecía, y mantenía toda una flota de yates de recreo, y ese yate que veían navegar por ahí sin ninguna modestia, con la gran vela blanca, se llamaba *El Bella*, en honor a su esposa, y ella mantenía a bordo toda la pompa y ceremonia cuando le apetecía, como una moderna Cleopatra. Justo después embarcaría en esa nave de transporte de tropas cuando llegara a Gravesend, donde un poderoso general de grandes propiedades (y nombre también desconocido), que no quería saber nada de la victoria si no estaba con su esposa, y cuya esposa era la preciosa mujer, que estaba destinada a convertirse en el ídolo de todos los casacas rojas y los casacas azules, ya fueran oficiales o reclutas. Y enseguida: ¿has visto esa embarcación que remolca un vapor? ¡Bueno! ¿Adónde crees que se dirige? Iba rumbo a los arrecifes de coral y los cocoteros y toda esa clase de cosas, y lo había fletado un afortunado individuo que respondía al nombre de papá (él mismo iba a bordo, y toda la tripulación lo respetaba mucho), y la nave se dirigía, por el único provecho y beneficio de ese hombre, a recoger un cargamento de maderas olorosas, las más hermosas que se habían visto, y las más lucrativas de que se tenía noticia, y ese cargamento supondría una gran fortuna, como debe ser: la preciosa mujer que lo había comprado y equipado expresamente para ese viaje estaba casada con un príncipe indio, que no sé muy bien qué título tenía, y que se cubría con chales de Cachemira, y en cuyo turbante resplandecían diamantes y esmeraldas, y que tenía la tez de un hermoso color café, y era excesivamente devoto, aunque un poco demasiado celoso. Y así siguió Bella sin parar, alegremente, de una manera que le resultaba totalmente encantadora a papá, que estaba dispuesto a meter la cabeza en la bañera de ese sultán que te transportaba a una nueva vida, tanto como los mendigos que había debajo de su ventana estaban dispuestos a meter la suya en el barro.

—Supongo, cariño —dijo papá después de cenar—, que en casa podemos tener la certeza de que te hemos perdido para siempre.

Bella negó con la cabeza. No lo sabía. No podía decirlo. Todo lo que podía afirmar era que le proporcionaban con gran generosidad todo lo que podía necesitar, y que cada vez que les insinuaba al señor y la señora Boffin que se marchaba de su casa, estos ni querían oír hablar de ello.

—Y ahora, papá —añadió Bella—, voy a hacerte una confesión. Soy la criatura más interesada que ha pisado la tierra.

—Pues no lo habría pensado nunca de ti, cariño —replicó su padre, mirándose primero a sí mismo, luego al postre.

—Entiendo a qué te refieres, papá, pero no lo digo por eso. ¡No soy de las que quieren el dinero para tener dinero, pero sí de las que lo quieren por lo que puedes comprar con él!

—Creo que eso nos pasa a casi todos —replicó R. W.

—Pero no hasta el espantoso extremo que me pasa a mí, papá. ¡Oh! —exclamó Bella, arrancándose esa exclamación con un retorcimiento de su barbilla con hoyuelos—. ¡SOY TAN interesada...!

Con una mirada nostálgica, R. W. dijo, a falta de algo mejor que decir:

—¿Y cuándo comenzaste a volverte así, cariño?

—Es eso, papá. Esa es la parte más terrible. Cuando vivía en casa, y lo único que conocía era la pobreza, rezongaba, pero no me importaba tanto. Cuando vivía en casa con la esperanza de llegar a ser rica, pensaba vagamente en las cosas que haría. Pero cuando me vi privada de mi espléndida fortuna, y la vi día tras día en otras manos, y tuve ante mis ojos lo que podría haber hecho, entonces me convertí en la criatura interesada que soy.

—Imaginaciones tuyas, cariño.

—¡Puedo asegurarte que no, papá! —dijo Bella asintiendo con sus hermosas cejas levantadas al máximo y un aspecto cómicamente asustado—. Es un hecho. Siempre he sido avariciosamente maquinadora.

—¡Dios mío! Pero ¿cómo?

—Te lo contaré, papá. No me importa contártelo a ti, porque siempre hemos sido el favorito el uno del otro, y porque no eres como un papá, sino como un hermano pequeño venerablemente regordete. Y además —añadió Bella, riendo mientras le apuntaba a la cara con un dedo juguetón—, porque

te tengo en mi poder. Esta es una expedición secreta. Si alguna vez me delatas, yo te delataré. Le contaré a mamá que cenaste en Greenwich.

—Bueno, en serio, cariño —observó R. W., con cierta alarma—, creo que más valdrá no mencionarlo.

—¡Ajá! —dijo Bella riendo—. ¡Sabía que no le gustaría, señor! Así que guarda mi secreto, y yo guardaré el tuyo. Pero si traicionas a la preciosa mujer, descubrirás que es una serpiente. Y ahora podrías darme un beso, papá, y yo te alborotaría un poco el pelo, porque en mi ausencia nadie se ha ocupado de él.

R. W. sometió su cabeza a las maniobras de su hija, y esta siguió hablando; al mismo tiempo iba separando mechones de pelo mediante el curioso proceso de enrollarlo rápidamente en sus dos índices, que giraban, y que de repente salían de entre los cabellos en direcciones laterales y opuestas. Cada vez que ello ocurría, el paciente hacía una mueca de dolor y entrecerraba los ojos.

—He tomado la decisión de que he de tener dinero, papá. Creo que no puedo mendigarlo, ni pedirlo prestado, ni robarlo; así que he decidido que he de obtenerlo casándome.

R. W. levantó la mirada hacia ella, todo lo que pudo en las circunstancias del momento, y dijo en tono de reproche:

—¡Mi que-ri-da Bella!

—He decidido, papá, que para tener dinero he de casarme con alguien que tenga dinero. En consecuencia, siempre estoy a la caza de dinero al que seducir.

—¡Mi que-ri-da Bella!

—Sí, papá, así están las cosas. Si ha existido alguna vez una intrigante interesada cuyos planes y pensamientos se centren siempre en su mezquina ocupación, yo soy esa amable criatura. Pero no me importa. Odio y detesto ser pobre, y no seré pobre si me caso con alguien con dinero. ¡Y ahora que tienes el pelo suave y sedoso, papá, ya estás en condiciones de asombrar al camarero y pagar la cuenta!

—Pero mi querida Bella, a tu edad esto es bastante alarmante.

—Te lo he dicho, papá, pero no me has creído —replicó Bella con una

simpática seriedad infantil—. ¿No te escandaliza?

—Lo haría, si realmente supieras lo que dices, cariño, o si hablaras en serio.

—Bueno, papá, lo único que puedo decirte es que hablo totalmente en serio. ¡No me hables de amor! —dijo Bella con desdén: aunque por su cara y su figura no parecía que el tema estuviera fuera de lugar—. ¡No me hables de feroces dragones! Háblame de pobreza y riqueza, y ahí ya tocamos la realidad.

—Que-ri-da mía, esto se está volviendo Espantoso... —comenzó a decir enfáticamente su padre; ella lo interrumpió.

—Papá, dime, ¿tú te casaste por dinero?

—Ya sabes que no, cariño.

Bella canturreó la *Marcha fúnebre de Saúl*, y dijo que, después de todo, significaba muy poco. Pero al ver el aspecto grave y abatido de su padre, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó hasta devolverle la alegría.

—Eso último no lo he dicho en serio, papá; era solo una broma. ¡Y ahora escucha! Tú no me delatas a mí, y yo no te delato a ti. Y más aún: te prometo no ocultarte ningún secreto, papá, y puedes estar seguro de que, si hago algo interesado, siempre te lo revelaré en la más estricta confianza.

Dándose por satisfecho con esa concesión de la preciosa mujer, R. W. hizo sonar la campanilla y pagó la cuenta.

—Y ahora, todo esto, papá —dijo Bella, enrollando el monedero cuando volvieron a estar solos, martilleándolo sobre la mesa con su puñito hasta dejarlo bien pequeño, e incrustándolo en uno de los bolsillos del chaleco nuevo de su padre—, es para ti, para que compres regalos para los de casa, y para que pagues las facturas, y lo dividas como te apetezca, y lo gastes como te parezca más conveniente. Y por último quiero que sepas, papá, que no es fruto de ninguna maquinación avariciosa. ¡Quizá, si lo fuera, tu interesada y miserable hija no se mostraría tan pródiga con él!

Después de lo cual, Bella le tiró de la chaqueta con las dos manos, y al abotonarle esa prenda sobre el preciado bolsillo del chaleco, lo dejó torcido, y a continuación se ató las cintas de la capota sobre sus hoyuelos tal como estaba a la moda, y lo llevó de vuelta a Londres. Llegados a la puerta del

señor Boffin, Bella colocó a su padre de espaldas a esta, tiernamente le cogió de las orejas como si fueran estas apropiadas asas para su propósito, y lo besó hasta que le hizo dar con la nuca unos sordos golpes dobles en la puerta. A continuación, ella le recordó de nuevo su pacto y se separó alegremente de él.

Aunque tampoco tan alegremente, pues, mientras veía a su padre alejarse por la oscura calle, los ojos se le llenaron de lágrimas. Tampoco tan alegremente, pues varias veces dijo «¡Ah, pobre papá! ¡Ah, pobre papá, siempre raído y siempre luchando!», antes de reunir ánimos para llamar a la puerta. Tampoco tan alegremente, pues ese espléndido mobiliario parecía mirarla fijamente desconcertado, como si insistiera en que lo compararan con el deslucido mobiliario que tenía en casa. Tampoco tan alegremente, pues se quedó hasta tarde en su habitación, muy abatida y llorando desconsoladamente, como si deseara, primero, que el difunto John Harmon no se hubiese acordado de ella en su testamento, y luego que el difunto John Harmon hubiera vivido para casarse con ella. «Dos cosas contradictorias —se dijo Bella—, ¡pero mi vida y mi suerte son tan contradictorias que no voy a ser yo de otra manera!»

Capítulo IX

En el que el huérfano hace testamento

El secretario, que a primera hora de la mañana siguiente trabajaba en la Ciénaga Deprimiente, fue informado de que en el vestíbulo esperaba un joven que respondía al nombre de Fangoso. El lacayo que le transmitió esa información hizo una apropiada pausa antes de pronunciar el nombre, a fin de expresar que el joven en cuestión se lo había hecho repetir a pesar suyo, y que si el joven hubiera tenido el buen sentido y el buen gusto de heredar otro nombre le habría ahorrado al portador la opinión que este le merecía.

—El señor Boffin estará encantado —dijo el secretario sin perder un ápice la compostura—. Hazlo pasar.

Una vez hicieron entrar al señor Fangoso, se quedó cerca de la puerta: revelando en distintas partes de su figura muchos botones sorprendentes, desconcertantes e incomprensibles.

—Me alegro de verte —dijo John Rokesmith, en un jovial tono de bienvenida—. Te estábamos esperando.

Fangoso le explicó que su intención era llegar antes, pero que el Huérfano (al que mencionaba como Nuestro Johnny) había estado enfermo, y que habían esperado a que se pusiera bueno.

—Así pues, ¿ahora ya está bien? —dijo el secretario.

—No, no lo está —dijo Fangoso.

Una vez el señor Fangoso hubo sacudido la cabeza un buen rato, pasó a observar que pensaba que Johnny «debía de haberlo pillado de los recogidos». Al preguntarle a qué se refería, contestó a lo que le había salido, sobre todo por el pecho. Al pedirle que se explicara, afirmó que había algunos más grandes que una moneda de seis peniques. Instado a utilizar el caso nominativo, opinó que no podían ser más rojos.

—Pero siempre y cuando salgan hacia fuera, señor —añadió Fangoso—,

no son nada del otro mundo. Lo que no hay que permitir es que salgan hacia adentro.

John Rokesmith dijo que esperaba que el niño hubiera tenido asistencia médica. Naturalmente, dijo Fangoso, lo habían llevado una vez a la tienda del médico. ¿Y cómo lo había llamado el médico?, le preguntó Rokesmith. Tras perpleja reflexión, Fangoso respondió, más animado:

—Le dio un nombre que era demasiado largo para unos puntitos. — Rokesmith sugirió sarampión—. No —dijo Fangoso, muy seguro de sí mismo—, ¡mucho más largo que eso, señor!

(El señor Fangoso pareció dignificado por ese hecho, y pareció considerar que eso arrojaba algún mérito sobre el pobrecillo paciente).

—La señora Boffin lamentará oírlo —dijo Rokesmith.

—La señora Higden dijo lo mismo, señor, al no dejarlo venir, con la esperanza de que Nuestro Johnny se recuperara.

—Pero se recuperará, espero —dijo Rokesmith, volviéndose repentinamente hacia el mensajero.

—Espero —replicó Fangoso—. Todo depende de que no le salgan hacia dentro.

A continuación prosiguió, diciendo que si Johnny los había «pillado» de los recogidos, o si los recogidos los habían «pillado» de Johnny, no lo sabía, pero que a estos los habían mandado a casa y los habían «pasado». Además, como la señora Higden le había dedicado sus días y sus noches a Nuestro Johnny, que no salía de su regazo, todo el trabajo del rodillo había recaído sobre él, y que había tenido «unos días muy duros». Esa desgarrada imagen de la honestidad se iluminó y se sonrojó al decirlo, extasiado con el recuerdo de haber sido tan útil.

—Ayer por la noche —dijo Fangoso—, cuando estaba haciendo girar la rueda, bastante tarde, el escurridor parecía igual que la respiración de Nuestro Johnny. Empezó muy bien, luego, mientras se apagaba, tembló un poco y se hizo irregular, luego, cuando le tocó dar toda la vuelta, le entró como un traqueteo y costaba moverla, luego fue como la seda, y así siguió hasta que al final ya no sabía qué era el rodillo y qué Nuestro Johnny. Tampoco Nuestro Johnny lo sabía muy bien, pues a veces, cuando el escurridor va lento dice

«¡Me ahogo, abuela!», y la señora Higden lo incorpora en su regazo y me dice «Para un poco, Fangoso», y todos paramos. Y cuando Nuestro Johnny vuelve a respirar, vuelvo a darle a la manivela, y vamos todos juntos.

Fangoso, con su descripción, había ido abriendo más y más los ojos, y ponía una sonrisa inexpressiva. A continuación se contrajo en una efusión de lágrimas medio reprimida, y, con la excusa de que tenía calor, se pasó la parte inferior de la manga por los ojos, formando un manchón singularmente torpe, laborioso y circular.

—Qué mala suerte —dijo Rokesmith—. Debo ir a contárselo a la señora Boffin. Quédate aquí, Fangoso.

Fangoso se quedó allí, contemplando el dibujo del papel de la pared, hasta que regresaron el secretario y la señora Boffin. Y con la señora Boffin había una joven (cuyo nombre era señorita Bella Wilfer) que era más digna de contemplación, se dijo Fangoso, que el mejor empapelado.

—¡Ah, mi pobrecillo y querido John Harmon! —exclamó la señora Boffin.

—Sí, señora —dijo el condolido Fangoso.

—No crees que esté muy mal, muy mal, ¿verdad? —preguntó la agradable criatura con sana cordialidad.

Actuando de buena fe, y al ver que eso colisionaba con sus deseos, Fangoso echó la cabeza hacia atrás y soltó un melifluo aullido, que redondeó sorbiendo por la nariz.

—¡Tan mal! —exclamó la señora Boffin—. ¡Y Betty Higden no me lo ha dicho antes!

—Creo que a lo mejor tenía miedo, señora —contestó Fangoso, vacilante.

—¿De qué, por el amor de Dios?

—Creo que a lo mejor tenía miedo —replicó Fangoso, sumiso— de interponerse en la felicidad de Nuestro Johnny. Las enfermedades dan muchos problemas, y muchos gastos, y muchas veces ha visto que la gente les pone muchos peros.

—Pero ¿cómo puede haber pensado que le escatimaría nada a ese querido niño? —dijo la señora Boffin.

—No es eso, señora, solo que a lo mejor pensó (por costumbre) que eso podría interponerse en la felicidad de Johnny, y a lo mejor intentó curarlo sin que nadie lo supiera.

Fangoso conocía bien el terreno que pisaba. Ocultarse en la enfermedad, como un animal inferior; desaparecer, acurrucarse y morir; ese había sido el instinto de esa mujer. Guardar en sus brazos al niño enfermo que le era tan querido, y ocultarlo como si fuera un criminal, y mantenerlo apartado de todos los cuidados que no fueran su ternura y su paciencia ignorantes, habían sido la idea que tenía aquella mujer del amor, la fidelidad y el deber de una madre. Los vergonzosos relatos que leemos cada semana del año cristiano, señores y caballeros e ilustres juntas directivas, los infames registros de esa pequeña inhumanidad oficial, no le pasan por alto a la gente como nos pasan por alto a nosotros. Y de ahí esos prejuicios irracionales, ciegos y obstinados, tan asombrosos para nuestra magnificencia, y que no tienen más razón de ser —Dios salve a la Reina y confunda su política—, no, que el humo que sale del fuego.

—Ese no es lugar para el pobre niño —dijo la señora Boffin—. Díganos, querido Rokesmith, qué es lo mejor que podemos hacer.

Rokesmith ya había pensado qué hacer, y la consulta fue muy breve. Dijo que lo prepararía todo y que más o menos en media hora podrían ir todos a Brentford.

—Por favor, lléveme —dijo Bella.

Así pues, pidieron un carruaje en el que cupieran todos, y mientras tanto a Fangoso lo agasajaron con un festín que tomó a solas en la habitación del secretario, haciendo realidad aquella visión de cuento de hadas: carne, cerveza, verduras y budín. A consecuencia de lo cual, sus botones adquirieron un aspecto más inoportuno que antes, a excepción de dos o tres de la región de la cintura, que modestamente se retiraron a una zona de pliegues.

Aparecieron puntuales el carruaje y el secretario. Este se sentó en el pescante de delante, y el señor Fangoso ocupaba la parte posterior. Así, al Tres Urracas, como la otra vez: allí se tendió la mano a la señora Boffin y a la señorita Bella para ayudarlas a salir, y desde ese lugar los tres fueron andando a la casa de la señora Betty Higden.

Pero de camino se pararon en una juguetería y compraron ese noble

corcel, cuyos arreos y características les habían sido descritos la última vez por el mundano huérfano, y un arca de Noé, y también un pájaro amarillo con una voz artificial en su interior, y también un muñeco militar tan bien vestido que, de haber sido de tamaño natural, sus camaradas de la Guardia nunca lo habrían descubierto. Con todos esos regalos, levantaron el pestillo de la puerta de Betty Hagden y la vieron sentada en el rincón más oscuro y recóndito, con el pobre Johnny en el regazo.



OUR JOHNNY.

—¿Y cómo está mi niño, Betty? —preguntó la señora Boffin, sentándose junto a ella.

—¡Está mal! ¡Está mal! —dijo Betty—. Empiezo a temerme que no acabe siendo ni suyo ni mío. Todos los otros se han ido al Poder y la Gloria, y me parece que ahora lo están atrayendo desde allí... se lo están llevando.

—No, no, no —dijo la señora Boffin.

—Si no, no sé por qué cierra el puñito, como si se agarrara a un dedo que no puedo ver. Mírelo —dijo Betty, abriendo las ropas que envolvían al niño, colorado, y mostrando la manita que apretaba cerrada sobre el pecho—. Siempre está así. No me hace caso.

—¿Duerme?

—No, creo que no. No duermes, ¿verdad, Johnny?

—No —dijo Johnny con la voz serena de quien se apiada de sí mismo, y sin abrir los ojos.

—Aquí está la señora, Johnny. Y el caballo.

Johnny podía contemplar a la señora con completa indiferencia, pero no al caballo. Abrió sus párpados caídos y lentamente puso una sonrisa al contemplar ese espléndido fenómeno, y quiso cogerlo en sus brazos. Como era demasiado grande, lo colocaron sobre una silla, donde el niño pudiera agarrarlo por la melena y contemplarlo. Pero enseguida se olvidó de hacerlo.

Pero como Johnny murmurara algo con los ojos cerrados, y la señora Boffin no supiera el qué, la anciana Betty inclinó el oído para escucharlo y se esforzó en comprenderlo. Cuando le pidieron que repitiera lo que había dicho el niño, lo hizo dos o tres veces, y entonces resultó que la criatura debía de haber visto más de lo que imaginaban cuando había alzado la mirada hacia el caballo, pues lo que había dicho en el murmullo era: «¿Quién es esa señora tan guapa?». La señora tan guapa era Bella; y si la visión de ese pobre niño ya la había conmovido de por sí, resultó aún más patética por el hecho de que había pasado poco tiempo desde que el corazón se le derritiera con su pobre padre, y por la broma de este al llamarla «preciosa mujer». Así pues, la actitud de Bella fue muy cariñosa y natural cuando se arrodilló sobre el suelo de ladrillo para abrazar al niño, y cuando este, con su admiración infantil de lo que es joven y bonito, acarició a la guapa señora.

—Y ahora, mi queridísima Betty —dijo la señora Boffin, con la esperanza de que se diera cuenta de su oportunidad, y posando su mano persuasivamente en el brazo de ella—, hemos venido a sacar a Johnny de aquí para llevarlo donde puedan cuidarlo mejor.

Al instante, y antes de que se pudiera decir nada más, la anciana se puso en pie con los ojos encendidos, y corrió hacia la puerta con el niño enfermo.

—¡Alejaos de mí, todos vosotros! —gritó desaforadamente—. Ya sé lo que pretendéis. No os interpongáis en mi camino, ninguno de vosotros. ¡Antes mataré al pequeño, y luego me mato yo!

—¡Calma, calma! —dijo Rokesmith para aplacarla—. No lo entiende.

—Lo entiendo perfectamente. Demasiado bien que lo sé, señor. He huido de eso durante muchos años. ¡No! ¡Ni irá yo, ni irá el niño, mientras haya en Inglaterra suficiente agua para cubrirnos!

El terror, la vergüenza, un arretrato de horror y repugnancia, encendieron aquella cara ajada y la enloquecieron por completo, y habrían sido una visión horrorosa, aunque solo se hubiera encarnado en una anciana criatura. ¡No obstante, es algo que se ve a menudo en otros semejantes, señores y caballeros e ilustres juntas directivas!

—¡Me han estado acechando toda la vida, pero no me llevarán viva, ni a mí ni a mi niño! —gritó la anciana Betty—. He acabado con vosotros. De haber sabido a qué veníais, habría cerrado puertas y ventanas y me habría dejado morir de hambre antes de permitir que entrarais!

Pero al ver la expresión honesta de la cara de la señora Boffin, cedió, y acucillándose junto a la puerta e inclinándose sobre su carga para acallarla, dijo humildemente:

—Quizá mis miedos me han hecho equivocarme. ¡Si ha sido así, díganmelo, y que el Señor me perdone! Me asusto enseguida, lo sé, y se me va un poco la cabeza de tanta fatiga y tanto velar.

—¡Tranquila, tranquila! —replicó la señora Boffin—. ¡Vamos, vamos! No diga nada más, Betty. Ha sido un error, un error. Cualquiera de nosotros lo habría cometido en su lugar, y habría sentido lo mismo que usted.

—¡El Señor la bendiga! —dijo la anciana, extendiendo la mano.

—Y ahora veamos, Betty —añadió aquella alma amable y compasiva, estrechándole dulcemente la mano—, lo que quería decir en realidad, y lo que debería haber empezado diciendo si hubiese sido un poco más prudente y hábil. Queremos llevar a Johnny a un lugar donde no hay más que niños; un lugar a propósito para niños enfermos; donde los médicos y las enfermeras se pasan la vida con niños, solo hablan con niños, solo tocan niños, solo consuelan y curan a niños.

—¿De verdad existe un sitio así? —preguntó la anciana con una expresión de asombro.

—Sí, Betty, le doy mi palabra, y lo verá. Si el niño fuera a estar mejor en mi casa, lo llevaría allí; pero la verdad, la verdad es que no.

—Lléveselo donde quiera, querida —replicó Betty, besando con fervor la mano consoladora—. No soy tan terca como para no creer su voz y su cara, y así lo haré mientras pueda ver y oír.

Una vez obtenida esta victoria, Rokesmith se apresuró a sacarle provecho, pues se dio cuenta de que, lamentablemente, se había perdido mucho tiempo. Envío a Fangoso para que hiciera venir el carruaje a la puerta; pidió que envolviesen cuidadosamente al niño; rogó a la anciana Betty que se pusiese la capota; recogió los juguetes, haciendo comprender al niño que sus tesoros iban a ser transportados con él; y lo preparó todo con tanta celeridad que en cuanto llegó el carruaje no faltaba un detalle, y un minuto después ya estaban de camino. Dejaron atrás a Fangoso, quien alivió el exceso de emociones de su pecho dándole al escurridor como un poseso.

En el Hospital Infantil, el gallardo corcel, el arca de Noé, el pájaro amarillo, y el oficial de la Guardia, fueron tan bienvenidos como su propietario. Pero el médico le dijo a Rokesmith en un aparte:

—Deberían haberlo traído hace días. ¡Demasiado tarde!

No obstante, todos fueron llevados a una habitación limpia y ventilada, y en ella Johnny volvió en sí de su sueño, su desvanecimiento, o lo que fuera, y se encontró tendido en una tranquila camita, con una pequeña plataforma sobre el pecho en la que se alineaban, como para infundirle ánimos y darle un poco de alegría, el arca de Noé, el noble corcel y el pájaro amarillo; y el oficial de la Guardia vigilándolo todo, para satisfacción de su patria tanto como si se hallara en un desfile. Y en la cabecera de la cama había un cuadro en colores muy bonito, que representaba, por así decir, a otro Johnny, este sentado en las rodillas de un ángel que seguramente adoraba a los niños. Y un hecho maravilloso que contemplar: Johnny se había convertido en uno más de aquella pequeña familia, todos en sus camitas (excepto dos que jugaban al dominó en butaquitas situadas junto a una mesita, cerca de la lumbre): y en todas las camitas había pequeños tableros en los que se veían casas de muñecas, perros lanudos de ladrido mecánico, no muy distintos de la voz artificial que inundaba las entrañas del pájaro amarillo, ejércitos de plomo, tentetiesos con traje de moro, juegos de té de madera, y las riquezas de la tierra.

Mientras Johnny murmuraba algo en un tono de plácida admiración, la enfermera que había a la cabecera de su cama le preguntó qué había dicho. Al parecer, deseaba saber si todos los niños que había allí eran sus hermanos. Así que le dijeron que sí. Luego, al parecer, quiso saber si Dios los había juntado a todos allí. De manera que le dijeron que sí. A continuación discernieron que

quería saber si a todos les habían librado de sus dolores. Y también contestaron que sí a esa pregunta, y le hicieron comprender que esa respuesta también le incluía a él.

La capacidad de Johnny para mantener una conversación aún era imperfecta, incluso estando sano, por lo que, enfermo, apenas contestaba con monosílabos. Pero había que lavarlo y atenderlo, y había que aplicarle los remedios, y aunque todo eso se hizo con mucha, muchísima más competencia y delicadeza de las que le habían dedicado en su vida, tan breve y dura, las curas le habrían dolido y agotado de no ser por una asombrosa circunstancia que acaparó su atención. Y esta fue ni más ni menos que la aparición, en su pequeño tablero, y por parejas, de Toda la Creación, de camino hacia esa arca particular: el elefante primero, y la mosca, con cierta timidez a causa de su tamaño, cerrando cortésmente la fila. Un hermanito muy pequeño que se hallaba tendido en la cama de al lado con una pierna rota estaba tan encantado con ese espectáculo que su deleite aumentó el fascinado interés de Johnny; y así vino el descanso y el sueño.

—Veo que no teme dejar aquí al niño, Betty —susurró la señora Boffin.

—No, señora. Lo hago de muy buena gana, agradecidísima, con todo mi corazón y mi alma.

Así pues, besaron al niño y lo dejaron allí, y la anciana Betty volvería a primera hora de la mañana, y nadie más que Rokesmith sabía que el médico había dicho: «Deberían haberlo traído hace días. ¡Demasiado tarde!».

Pero Rokesmith, que lo sabía, y que también sabía que aquella mujer que había sido la única luz de la infancia del solitario John Harmon, el muerto y desaparecido, agradecería que le prestara un poco de atención, decidió que por la noche regresaría junto al lecho del otro John Harmon, el vivo, para ver cómo se encontraba.

No todos los niños de la familia que Dios había juntado dormían, pero estaban todos callados. De cama en cama, una mujer de andar suave y cara lozana y agradable se paseaba en el silencio de la noche. De vez en cuando alguna cabecita se levantaba bajo la luz atenuada, para que la besara aquella cara al pasar —pues esos pacientes eran muy cariñosos—, y entonces se dejaba arropar para volver a descansar. El pequeñín de la pierna rota estaba inquieto, y gimoteaba; pero al cabo de un rato volvió la cara hacia la cama de Johnny, para fortalecerse con la visión del arca, y se quedó dormido. Sobre

casi todas las camas, los juguetes se amontonaban tal como los habían dejado los niños después de jugar la última vez, y, en su incongruencia y su cualidad inocentemente grotesca, podrían haber sido una representación de los sueños de los niños.

También entró el médico para ver cómo se encontraba Johnny. Él y Rokesmith se quedaron juntos, mirándolo llenos de compasión.

—¿Qué ocurre, Johnny?

Fue Rokesmith quien preguntó, y rodeó con un brazo al pequeño mientras este se debatía.

—¡Él! —dijo el pequeño—. ¡Esos!

El médico comprendía enseguida a los niños, y cogió el caballo, el arca, el pájaro amarillo y el oficial de la Guardia de la cama de Johnny y los colocó suavemente en la de su vecino, el niño de la pierna rota.

Con una sonrisa fatigada y a la vez complacida, y con un gesto como si deseara extender su cuerpecito para descansar, el niño se irguió sobre el brazo que lo sostenía, y buscando la cara de Rokesmith con los labios, dijo:

—Un beso para la guapa señora.

Tras haber legado todo lo que tenía, y liquidados sus asuntos en este mundo, Johnny, por así decir, lo abandonó.

Capítulo X

Un suceso

Algunos de los hermanos de profesión del reverendo Frank Milvey se sentían tremendamente incómodos porque se les exigía enterrar a los muertos con esperanzas demasiado optimistas. Pero el reverendo Frank, que tendía a pensar que se les exigía hacer una o dos cosas (de los treinta y nueve artículos de religión que suscribían los pastores de la Iglesia de Inglaterra) calculadas para desasosegar sus conciencias si se paraban a pensar en ellas, no decía nada.

De hecho, el reverendo Frank Milvey era un hombre paciente, que observaba muchas imperfecciones y añublos en la viña en la que trabajaba, y no pretendía que todo eso le hiciera tremendamente sabio. Solo había aprendido que cuando más supiera él, a su manera limitada y humana, más podría hacerse una idea remota de lo que podía saber el Omnisciente.

Por esa razón, si el reverendo Frank hubiera tenido que leer las palabras que desasosegaban a algunos de sus hermanos de profesión, y conmover de manera provechosa innumerables corazones, en un caso peor que el de Johnny, lo habría hecho apelando a la compasión y humildad de su alma. Al leerlas delante de Johnny, se acordó de sus seis hijos, pero no de su propia pobreza, y las leyó con los ojos empañados. Y, muy seriamente, él y su hermosa mujer, que había estado escuchando, contemplaron el interior de la pequeña tumba y regresaron a casa del brazo.

Se impuso la aflicción en la aristocrática casa, y hubo alegría en La Enramada. El señor Wegg arguyó que si era un huérfano lo que querían, ¿acaso no lo era él? ¿Podían desear a alguno mejor? ¿Y por qué ir de batida por la maleza de Brentford, buscando huérfanos que en verdad no tenían ningún derecho sobre ti y no habían hecho ningún sacrificio por ti, cuando tenías a mano un huérfano que por tu causa había renunciado a la señorita Elizabeth, al señorito George, a tía Jane y a tío Parker?

El señor Wegg soltó una risita, en consecuencia, al enterarse de la noticia. Más aún, un testigo que en este momento no nombraré afirmó posteriormente que, en la reclusión de La Enramada, había hecho un movimiento con su pata de palo, al estilo de un bailarín de ballet, y ejecutado una burlona o triunfal pirueta sobre la pierna de verdad que le quedaba.

En esa época, la actitud de John Rokesmith hacia la señora Boffin fue más la actitud de un joven hacia una madre que la de un secretario hacia la mujer de su patrón. Esta siempre se había caracterizado por una contenida y afectuosa deferencia que parecía haber surgido el mismo día que lo contrataron; todo lo que pudiera haber de raro en la manera de vestir o de comportarse de ella, a él no se lo parecía; cuando estaba con ella, Rokesmith a veces ponía una cara de relajada diversión, aunque todavía le pareciera que el placer que su amable temperamento y radiante naturaleza le proporcionaban se habría expresado de manera igual de natural con una lágrima que con una sonrisa. Había expresado lo mucho que comprendía su capricho de tener un pequeño John Harmon al que proteger y criar en todos sus actos y palabras, y ahora que ese amable capricho se había visto frustrado, mostraba una ternura y un respeto viriles que la señora Boffin nunca podría acabar de agradecerle.

—Pero se lo agradezco, señor Rokesmith —dijo la señora Boffin—, y se lo agradezco de corazón. Usted quiere a los niños.

—Espero que todo el mundo los quiera.

—Deberían —dijo la señora Boffin—, pero no todos hacemos lo que debemos, ¿verdad?

—Algunos compensamos las carencias del resto —replicó John Rokesmith—. El señor Boffin me ha dicho que usted sí ha querido a los niños.

—Ni un ápice más que él, aunque él es así. Me atribuye a mí todas las virtudes. Habla usted con tristeza, señor Rokesmith.

—¿De verdad?

—Eso me parece. ¿Eran ustedes muchos hermanos?

Negó con la cabeza.

—¿Hijo único?

—No, hubo otro. Murió hace mucho.

—¿Su padre y su madre viven?

—Murieron.

—¿Y sus demás parientes?

—Muertos... si es que los tuve. Jamás oí mencionar a ninguno.

En ese punto del diálogo, entró Bella con paso liviano. Se quedó un momento en la puerta, dudando entre si quedarse o irse; desconcertada al observar que no la habían visto.

—Bueno, no haga caso de la cháchara de una vieja —dijo la señora Boffin—, pero dígame: ¿está seguro, señor Rokesmith, de que nunca ha sufrido un desengaño amoroso?

—Del todo. ¿Por qué me lo pregunta?

—Bueno, por la siguiente razón. A veces tiene usted una actitud contenida que no es propia de su edad. No ha cumplido los treinta, ¿verdad?

—No he cumplido los treinta.

Considerando que había llegado el momento de hacer notar su presencia, Bella tosió para llamar la atención, pidió perdón y dijo que se iba, pues temía haber interrumpido algo importante.

—No, no te vayas —replicó la señora Boffin—, porque ahora vamos a tratar algo importante, algo que te involucra a ti, querida Bella, tanto como a mí. Pero quiero que mi Noddy esté presente. ¿Sería alguien tan amable de ir a buscar a mi Noddy?

Rokesmith partió hacia ese encargo, y al poco regresó acompañado por el señor Boffin y su trotecillo. Bella experimentó una cierta inquietud acerca del tema de la consulta, hasta que la señora Boffin la anunció.

—Ahora ven a sentarte a mi lado, querida —dijo esa noble alma, tomando cómodo asiento en una gran otomana que había en el centro de la habitación y entrelazando su brazo en el de Bella—; y tú, Noddy, siéntate aquí, y usted, señor Rokesmith, siéntese allí. Y ahora, de lo que quiero hablar es de lo siguiente. El señor y la señora Milvey me han enviado una amabilísima nota (que el señor Rokesmith acaba de leerme en voz alta, pues no se me da bien la letra escrita a mano) en la que me ofrecen otro niño para que le ponga nombre, lo eduque y lo críe. Bueno. Eso me ha hecho pensar.

—(Y cuando se pone es una locomotora —murmuró el señor Boffin en un paréntesis de admiración—. Puede que no sea fácil arrancarla; pero en cuanto se pone en marcha, es una locomotora).

—Y eso me ha hecho pensar, digo —repitió la señora Boffin, cordialmente radiante por la influencia del cumplido de su marido—, y he pensado dos cosas. La primera, que ahora me da un poco de aprensión revivir el nombre de John Harmon. Es un nombre desventurado, y creo que debería reprocharme habérselo puesto a otro niño, pues de nuevo ha dado mala suerte.

—Veamos —dijo el señor Boffin, sometiendo gravemente la cuestión a la opinión del secretario—, ¿no se le podría llamar a eso superstición?

—En el caso de la señora Boffin, se trata de una cuestión de sentimientos —dijo amablemente Rokesmith—. El nombre siempre ha sido desdichado. Ahora tiene aparejada una nueva asociación desventurada. El nombre ha muerto. ¿Para qué revivirlo? ¿Podría preguntarle a la señorita Wilfer qué opina?

—Para mí no ha sido un nombre afortunado —dijo Bella, sonrojándose—, o al menos no lo fue hasta que vine aquí... Pero no es eso lo que está en mi pensamiento. Puesto que le habíamos dado el nombre a ese pobre niño, y puesto que ese niño me cogió tanto afecto, me sentiría celosa de darle ese nombre a otra criatura. Creo que me sentiría como si el nombre se me hubiera hecho muy querido, y no tuviera derecho a usarlo así.

—¿Y esa es su opinión? —observó el señor Boffin, fijándose en la cara del secretario y dirigiéndose a él.

—De nuevo digo que es una cuestión de sentimientos —replicó el secretario—. Creo que los sentimientos de la señorita Wilfer son muy femeninos y hermosos.

—Y ahora danos tu opinión, Noddy —dijo la señora Boffin.

—Mi opinión, señora —replicó el Basurero de Oro—, es la que tú tengas.

—Entonces —dijo la señora Boffin—, estamos todos de acuerdo en no revivir el nombre de John Harmon, y en dejar que descansa en la tumba. Es, como dice el señor Rokesmith, una cuestión de sentimientos, ¡pero sabe Dios cuántas cosas son una cuestión de sentimientos! Bueno, y ahora paso a la segunda cosa que he pensado. Has de saber, querida Bella, y también el señor

Rokesmith, que la primera vez que le expresé a mi marido mi idea de adoptar a un niño huérfano en recuerdo de John Harmon, también le expresé el consuelo que suponía pensar que el pequeño se beneficiaría del dinero de John, y quedaría protegido del abandono que conoció el propio John.

—¡Eso, eso! —exclamó el señor Boffin—. Lo dijo. ¡Otra vez, otra vez!

—No, otra vez no, querido Noddy —replicó la señora Boffin—, porque voy a decir otra cosa distinta. Lo decía en serio, desde luego, igual que lo digo ahora. Pero esta muerte me ha llevado a pensar, seriamente, si no buscaba demasiado mi propia satisfacción. Si no, ¿por qué busqué tanto un niño que fuera guapo, y un niño que fuera de mi gusto? Si quería hacer el bien, ¿por qué no hacerlo por sí mismo, dejando a un lado mis gustos e inclinaciones?

—A lo mejor —dijo Bella; y quizá lo dijo con una cierta sensibilidad que surgía de aquella curiosa relación suya con el hombre asesinado—, a lo mejor, al revivir el nombre, no le habría gustado dárselo a un niño menos interesante que el original. Mostró mucho interés por él.

—Bueno, querida —replicó la señora Boffin, dándole un apretoncito—, es muy amable que des esa razón, y espero que fuera así, y de hecho, hasta cierto punto, creo que lo explica, aunque me temo que no totalmente. No obstante, esa no es la cuestión ahora, pues ya nos hemos olvidado del nombre.

—Dejémoslo como un recuerdo —sugirió Bella, cavilosa.

—Lo has dicho mucho mejor, querida; dejémoslo como un recuerdo. Muy bien, pues; he estado pensando en que si adopto algún huérfano para que no le falte nada, que no sea para mí ni una mascota ni un juguete, sino una criatura que haya que ayudar por sí misma.

—¿Que no sea guapa, entonces? —dijo Bella.

—No —replicó la señora Boffin, categóricamente.

—¿Ni agradable? —dijo Bella.

—No —contestó la señora Boffin—. No necesariamente. Que sea lo que sea. Conozco a un muchacho bien dispuesto que podría carecer de esas ventajas a la hora de abrirse camino en la vida, pero que es honesto y trabajador y que necesita una mano que lo ayude y la merece. Si realmente voy en serio y estoy decidida a ser desinteresada, permitidme que cuide de él.

En ese momento apareció el lacayo cuyos sentimientos habían sido

heridos en la ocasión anterior, y, acercándose hacia Rokesmith en tono de disculpa, anunció la presencia del censurable Fangoso.

Los cuatro miembros del consejo se miraron entre sí, y luego callaron.

—¿Le digo que le haga entrar, señora? —preguntó Rokesmith.

—Sí —dijo la señora Boffin.

A lo cual el lacayo desapareció, reapareció trayendo a Fangoso y se retiró muy disgustado.

La consideración a la señora Boffin había vestido al señor Fangoso con un traje negro, en el que el sastre había recibido instrucciones personales de Rokesmith para que apurara su arte con el fin de ocultar los botones de cohesión y sostén. Pero mucho más poderosas que los grandes recursos de la ciencia de la confección eran las endeblesces de la figura de Fangoso, que ahora estaba de pie ante el consejo, un Argos perfecto en cuestión de botones: resplandecían y guiñaban y relucían y titilaban miles de ojos de brillante metal, todos dirigidos a los atónitos espectadores. El gusto artístico de algún sombrerero desconocido le había proporcionado una cinta de inmensa capacidad que se le acanalaba en la parte de atrás, desde la copa hasta el ala, terminando en una protuberancia negra, que desconcertaba a la imaginación y repugnaba a la razón. Unos poderes especiales de los que estaban dotadas sus piernas ya habían conseguido levantar las lustrosas perneras hasta los tobillos y abombarlas en las rodillas; mientras que unos dones semejantes en sus brazos habían izado las mangas de la chaqueta desde las muñecas para acumularlas en los codos. Y de esta guisa, con el adicional adorno de un pequeñísimo faldón en su chaqueta, y un enorme abismo en la cintura, compareció Fangoso.

—¿Y cómo está Betty, querido muchacho? —preguntó la señora Boffin.

—Gracias, señora —dijo Fangoso—, está requetebién, y le manda sus saludos y le da muchas gracias por el té y todos los favores y desea saber cómo está la salud de toda la familia.

—¿Acabas de llegar, Fangoso?

—Sí, señora.

—Entonces, ¿todavía no has comido?

—No, señora. Pero pienso hacerlo. Pues no he olvidado sus amabilísimas

órdenes de que nunca me fuera de aquí sin tomarme una buena porción de carne, cerveza y budín... No: eran cuatro cosas, pues las conté cuanto me las tomaba; una es la carne, dos la cerveza, tres las verduras, ¿y cuál era la cuatro? ¡Ah, el budín, esa era la cuatro!

Aquí Fangoso echó la cabeza hacia atrás, abrió mucho la boca y soltó una buena risotada.

—¿Cómo están los dos pobres recogidos? —preguntó la señora Boffin.

—La mar de bien, señora, y se recuperan estupendamente.

La señora Boffin miró a los otros tres miembros del consejo, y a continuación dijo, haciendo seña con el dedo:

—Fangoso.

—Sí, señora.

—Acércate, Fangoso. ¿Te gustaría comer aquí todos los días?

—¿Las cuatro cosas, señora? ¡Oh, señora!

Los sentimientos de Fangoso le obligaron a estrujar el sombrero y a contraer una pierna en la rodilla.

—Sí. ¿Y te gustaría que cuidásemos de ti aquí, si fueras trabajador y lo merecieras?

—¡Oh, señora!... Pero está la señora Higden —dijo Fangoso, controlando sus efusiones, retrocediendo y negando muy seriamente con la cabeza—. Está la señora Higden. La señora Higden es lo primero. Para mí no puede haber mejores amigos que la señora Higden. Y alguien tiene que girar la manivela por ella, por la señora Higden. ¡Qué sería de la señora Higden si yo no girara la manivela!

Solo imaginar a la señora Higden en tan inconcebible desgracia, la cara del señor Fangoso se quedó pálida, y manifestó un inmenso dolor.

—Tienes toda la razón, Fangoso —dijo la señora Boffin—, y nada más lejos de mí que llevarte la contraria. Pronto nos ocuparemos de eso. Si encontramos la manera de que alguien haga funcionar el rodillo de Betty Higden, vendrás aquí y cuidaremos de ti de por vida, y haremos que ella pueda subsistir sin que haya que darle a la manivela.

—Por lo que se refiere a eso, señora —respondió el extático Fangoso—, se podría hacer funcionar la máquina por la noche, ¿no cree? Yo podría estar aquí de día y darle a la manivela por la noche. No quiero dormir, no quiero. Y aunque me hiciera falta echar alguna cabezadita —añadió Fangoso, tras un momento de arrepentida reflexión—, la podría echar mientras le doy a la manivela. ¡Me he quedado dormido muchas veces girando la manivela y he disfrutado muchísimo!

Siguiendo el impulso de gratitud del momento, el señor Fangoso besó la mano de la señora Boffin, a continuación se apartó de esa bondadosa criatura para hacer sitio a sus sentimientos, echó la cabeza hacia atrás, abrió la boca en toda su amplitud y profirió un triste aullido. Fue atribuible a la ternura de su corazón, pero sugería que en alguna ocasión podía llegar a molestar a los vecinos: lo que quedó confirmado cuando entró el lacayo y pidió perdón al descubrir que no le necesitaban, excusándose con que «creía haber oído a unos gatos».

Capítulo XI

Algunos asuntos del corazón

La pequeña señorita Peecher, desde su pequeña morada oficial, con sus ventanitas como ojos de aguja, y sus puertecitas como las tapas de sus libros escolares, observaba atentamente el objeto de sus callados afectos. El amor, aunque se diga que afecta con ceguera, es un centinela atento, y a la hora de vigilar a Bradley Headstone la señorita Peecher lo tenía de guardia a doble turno. No es que ella tuviera una propensión natural a jugar a los espías —no era una persona disimulada, maquinadora ni ruin—, sino que sencillamente amaba a Bradley sin que este le correspondiera, y con toda esa provisión de amor primitivo y sin adornos del que nunca la habían examinado ni titulado. Si su fiel pizarra hubiera poseído las cualidades latentes del papel simpático, y su lápiz las de la tinta invisible, habrían brotado, a través de las áridas sumas en horario escolar y bajo la influencia del tibio pecho de la señorita Peecher, muchas pequeñas descripciones calculadas para asombrar a sus alumnos. Pues a menudo, cuando no había clase y tenía su tranquilo ocio y su tranquila casa solo para ella, la señorita Peecher confiaba a la confidencial pizarra una descripción imaginaria de cómo, en el crepúsculo de una deliciosa tarde, podían observarse dos figuras en los terrenos de la huerta que había a la vuelta de la esquina, una de las cuales, de forma varonil, se inclinaba sobre la otra, que era una forma de mujer de baja estatura y robusta, y pronunciaba en voz baja las palabras «Emma Peecher, ¿quiere ser mía?», después de lo cual la cabeza de la forma femenina reposaba sobre el hombro de la forma masculina, y cantaban los ruiseñores. Aunque los alumnos ni lo veían ni lo sospechaban, Bradley Headstone incluso se filtraba en los ejercicios escolares. ¿Se hablaba de Geografía? Él aparecía saliendo triunfante del Vesubio y el Etna por delante de la lava, hervía ileso en los manantiales de agua caliente de Islandia, y flotaba majestuosamente Ganges y Nilo abajo. ¿En Historia aparecía la crónica de un rey? Contempladlo enfundado en sus pantalones de mezclilla, con la cadena de su reloj alrededor del cuello. ¿Había que copiar una muestra? En la B y la H mayúsculas, casi todas las chicas que

daban clase con la señorita Peecher estaban medio año por delante de cualquier otra letra del alfabeto. Y la Aritmética Mental, impartida por la señorita Peecher, a menudo se dedicaba a proporcionarle a Bradley Headstone un guardarropa de fabulosa amplitud: ochenta y cuatro corbatas a dos chelines y nueve peniques y medio, veinticuatro docenas de relojes de plata a cuatro libras, quince chelines y seis peniques, setenta y cuatro sombreros negros a dieciocho chelines; y muchas minucias parecidas.

El atento vigilante, aprovechando sus oportunidades diarias de volver los ojos en dirección a Bradley, pronto le comunicó que Bradley estaba más preocupado de lo que acostumbraba, que paseaba más a menudo arriba y abajo con un gesto reservado, la mirada en el suelo, dándole vueltas en su mente a algo complicado que no estaba en el plan de estudios. Juntando esto y lo otro: poniendo debajo de «esto» su aspecto actual y su intimidad con Charley Hexam, y clasificando debajo de «lo otro» la visita a su hermana, el vigilante comunicó a la señorita Peecher su viva sospecha de que la hermana estaba en el fondo de todo aquello.

—Me pregunto —dijo la señorita Peecher, mientras redactaba su informe semanal durante la tarde de un día de fiesta de media jornada— cómo se llama la hermana de Hexam.

Mary Anne, que cosía, atenta y observadora, levantó la mano.

—¿Y bien, Mary Anne?

—Se llama Lizzie, señora.

—No creo que se llame Lizzie, Mary Anne —replicó la señorita Peecher, con una voz melodiosa e instructiva—. ¿Lizzie es un nombre cristiano, Mary Anne?

Mary Anne dejó la labor, se levantó, juntó las manos a la espalda, como si la catequizaran, y contestó:

—No, es una corrupción, señorita Peecher.

«¿Quién le puso ese nombre?», iba a añadir la señorita Peecher, por pura fuerza de la costumbre, cuando se reprimió por temor a que el fervor teológico de Mary Ann la llevara a pronunciar los nombres de los padrinos y madrinas de la chica. Y lo que dijo fue:

—Me refiero a de qué nombre es corrupción.

—De Elizabeth, o Eliza, señorita Peecher.

—Correcto, Mary Anne. Es muy, muy dudoso que en la Iglesia cristiana primitiva hubiera alguna Lizzie. —En este punto la señorita Peecher se mostró enormemente resabiada—. Hablando con propiedad, pues, diremos que a la hermana de Hexam la llaman Lizzie, no que sea su nombre. ¿No es así, Mary Anne?

—Sí, señorita Peecher.

—¿Y dónde vive esta joven a la que llaman pero no se llama Lizzie? —añadió la señorita Peecher, recreándose en esa transparente ficción de examinar de manera semioficial a Mary Anne en beneficio de esta, no del suyo propio—. Piénsalo antes de contestar.

—En Church Street, Smith Square, junto a Mill Bank, señora.

—En Church Street, Smith Square, junto a Mill Bank —repitió la señorita Peecher, como si poseyera de antemano el libro en el que estaba escrito—. Muy bien expresado. ¿Y a qué se dedica esta joven, Mary Anne? Tómame tu tiempo.

—Tiene un puesto de confianza en un negocio de confecciones de la City, señora.

—¡Oh! —dijo la señorita Peecher, meditándolo; pero añadió en tono artero, como para confirmarlo—: En un negocio de confecciones de la City. ¿Sí?

—Y Charley... —Iba a añadir Mary Anne, cuando la señorita Peecher se la quedó mirando—. Quiero decir, Hexam, señorita Peecher.

—Eso me parecía, Mary Anne. Me alegro haberte oído decirlo. ¿Y Hexam...?

—Dice —prosiguió Mary Anne— que no está contento con su hermana, y que su hermana no se deja guiar por su consejo, e insiste en dejarse guiar por el consejo de otro; y que...

—¡El señor Headstone está cruzando el jardín! —exclamó la señorita Peecher, mirando por la ventana y sonrojándose—. Has contestado muy bien, Mary Anne. Estás adquiriendo el excelente hábito de ordenar tus pensamientos con claridad. Con eso es suficiente.

La discreta Mary Anne regresó a su asiento y a su silencio, y cosió, y cosió, y cosía cuando la sombra del maestro le precedió en la puerta, anunciando su inminente aparición.

—Buenas tardes, señorita Peecher —dijo persiguiendo su sombra y ocupando el lugar de esta.

—Buenas tardes, señor Headstone. Mary Anne, una silla.

—Gracias —dijo Bradley, sentándose con su encogimiento habitual—. Solo he venido un momento. Pasaba por aquí y he entrado a pedirle un favor como vecino.

—¿Ha dicho que pasaba por aquí, señor Headstone? —preguntó la señorita Peecher.

—Pasaba de camino... allí donde me dirijo.

«Church Street, Smith Square, en Mill Bank», repitió la señorita Peecher en sus pensamientos.

—Charley Hexam ha ido a buscar un par de libros que necesita, y probablemente regresará antes que yo. Como hemos dejado la casa vacía, me he tomado la libertad de decirle que dejaría aquí la llave. ¿Sería tan amable de permitírmelo?

—Desde luego, señor Headstone. ¿Va a dar un paseo, señor?

—En parte es un paseo, y en parte tengo... unos asuntos.

«Asuntos en Church Street, Smith Square, en Mill Bank», se repitió para sí la señorita Peecher.

—Tras haber dicho lo cual —añadió Bradley, dejando la llave sobre la mesa—, debo irme enseguida. ¿Puedo hacer algo por usted, señorita Peecher?

—Gracias, señor Headstone. ¿En qué dirección va?

—En dirección a Westminster.

«Mill Bank», repitió de nuevo la señorita Peecher en sus pensamientos. Y dijo:

—No, gracias, señor Headstone; no quiero molestarle.

—Es imposible que usted me moleste —dijo el maestro.

«¡Ah! —replicó la señorita Peecher, aunque no en voz alta—, pero sí es posible que usted me moleste a mí». Y a pesar de su actitud serena, y su sonrisa serena, estaba muy molesta cuando él se fue.

Había acertado cuál era el destino de Headstone. Este fue a la casa de la modista de muñecas todo lo recto que le permitió la sabiduría de sus antepasados, ejemplificada en la construcción de calles que se interponían en su camino, y con la cabeza gacha machacando una idea fija. Había sido una idea inamovible desde que la viera por primera vez. Sentía como si todo lo que podía reprimir en sí mismo ya hubiera sido reprimido, como si todo lo que pudiera inhibir ya se hubiera inhibido, y que había llegado la hora — impetuosamente, en un instante— en que había perdido toda capacidad de controlarse. La expresión «amor» a primera vista es trillada y ya bastante debatida; lo suficiente como para que en ciertas naturalezas contenidas, como la de ese hombre, la pasión salte en una llamarada, y obre en su mente igual que el fuego avivado por el viento, mientras que otras pasiones, gracias a su dominio, pueden mantenerse encadenadas. Al igual que siempre hay una multitud de naturalezas débiles e imitativas que permanecen inactivas, pero que están dispuestas a perder la cabeza por cualquier idea absurda que aparezca —en esta época, generalmente un homenaje a Alguien por algo que nunca se hizo, o que, si se hizo, fue obra de Otra Persona—, del mismo modo estas naturalezas menos ordinarias pueden permanecer inactivas durante años, dispuestos a saltar en una llamarada en el roce de un instante.

El maestro siguió su camino, meditando y meditando, y por el gesto de su cara diríase que había sido derrotado en una lucha. Y lo cierto era que en su pecho persistían la vergüenza y el resentimiento de verse vencido por aquella pasión por la hermana de Charley Hexam, aunque en esos mismísimos momentos estaba concentrado en la cuestión de llevar a buen término aquella pasión.

Se presentó delante de la modista de muñecas, sentada sola, trabajando.

«¡Ajá! —se dijo ese joven y perspicaz personaje—. Así que eres tú, ¿eh? ¡Me sé tus trucos y cómo eres, amigo mío!»

—¿Aún no ha venido la hermana de Hexam? —preguntó Bradley Headstone.

—Es usted todo un brujo —replicó la señorita Wren.

—Si no le importa, la esperaré, pues quiero hablar con ella.

—¿De verdad? —replicó la señorita Wren—. Siéntese. Espero que sea un deseo mutuo.

Bradley observó con desconfianza aquella astuta cara que de nuevo se concentraba en su labor, y dijo, procurando vencer la duda y la vacilación:

—Espero que no quiera dar a entender que mi visita a la hermana de Hexam es inaceptable.

—¡Vamos! No la llame así. No soporto que la llame así —contestó la señorita Wren, chasqueando los dedos en una descarga que reflejaba irritación—, pues Hexam no me cae bien.

—Ah, ¿no?

—No. —La señorita Wren arrugó la nariz para expresar su desagrado—. Es egoísta. Solamente piensa en sí mismo. Igual que todos ustedes.

—¿Igual que todos nosotros? Entonces, ¿yo tampoco le caigo bien?

—Regular —replicó la señorita Wren, encogiéndose de hombros y riendo—. De usted no sé gran cosa.

—Pero yo no sabía que todos fuésemos así —dijo Bradley, contestando a la acusación, un poco ofendido—. ¿No querrá decir más bien algunos de nosotros?

—Me refiero a todos —replicó la criaturita— menos a usted. ¡Ja! Ahora mire a esta señora a la cara. Es la señora Verdad. La Honorable. En traje de gala.

Bradley le echó un vistazo a la muñeca que presentaba a su observación —que hasta ese momento había estado boca abajo en el banco de trabajo, mientras con hilo y aguja la muchacha le sujetaba el vestido a la espalda—, y luego miró a la señorita Wren.

—Coloco a la Honorable señora Verdad en esta esquina, apoyada en la pared, donde el brillo de sus ojos azules pueda caer sobre usted —añadió la señorita Wren, haciendo lo que decía, dando dos pequeñas puntadas en el aire con su aguja, como si fuera a pinchar con ella los ojos de Headstone—, y le reto a que me diga, con la señora Verdad por testigo, para qué ha venido.

—Para ver a la hermana de Hexam.

—¡No vuelva a llamarla así! —lo interpeló la señorita Wren, levantando la barbilla—. Pero ¿por qué?

—Por su interés.

—¡Oh, señora Verdad! —exclamó la señorita Wren—. ¡Ya lo oye!

—Para hablar con ella —añadió Bradley, para seguirle la corriente a lo que estaba presente, y medio enfadado con lo que no estaba presente—; por ella.

—¡Oh, señora Verdad! —exclamó la modista.

—Por su interés —repitió Bradley, acalorándose—, y por el de su hermano, como persona totalmente desinteresada.

—Desde luego, señora Verdad —comentó la modista—, llegados a este punto, debo ponerla de cara a la pared.

No había acabado de hacerlo cuando llegó Lizzie Hexam, mostrando cierta sorpresa al ver allí a Bradley Headstone y a Jenny blandiendo su puñito delante de él, y a la Honorable señora Verdad de cara a la pared.

—He aquí a una persona totalmente desinteresada, querida Lizzie —dijo la sabia señorita Wren—, que ha venido a hablar contigo, por tu interés y por el de tu hermano. Piénsalo. Estoy segura de que no debería haber presente ninguna tercera persona al tratarse de algo tan amable y tan serio, por lo que, si llevas arriba a esa tercera persona, querida, esta tercera persona se retirará.

Lizzie tomó la mano que la modista de muñecas le tendió para que la sostuviese y se la llevase, pero solo la miró con una sonrisa inquisitiva, y no hizo ningún otro movimiento.

—Esta tercera persona cojea mucho, ¿sabes?, cuando anda sin ayuda —dijo la señorita Wren—, pues tiene muy mal la espalda, y las piernas no la sostienen; de manera que no puede retirarse de manera elegante si no la ayudas, Lizzie.

—Lo mejor que puede hacer es quedarse donde está —respondió Lizzie, soltándole la mano, y posando suavemente la suya sobre los rizos de la señorita Jenny. Y le dijo a Bradley—: ¿Viene de parte de Charley, señor?

Con escasa decisión, y lanzándole una torpe mirada furtiva, Bradley se levantó para acercarle una silla, y a continuación regresó a la suya.

—Hablando con propiedad —dijo—, vengo de parte de Charley, pues lo he dejado hace muy poco, pero no me ha dado ningún recado. Vengo espontáneamente, por voluntad propia.

Con los codos sobre el banco de trabajo y la barbilla apoyada en las manos, la señorita Jenny Wren lo observaba atentamente, de soslayo. Lizzie también lo miraba, aunque de una manera distinta.

—El hecho es —comenzó a decir Bradley con la boca tan seca que tenía cierta dificultad en articular las palabras: la conciencia de lo cual lo llevaba a mostrarse más torpe y vacilante—, la verdad es que Charley no tiene secretos para mí (o, al menos, eso creo), y me ha confiado todo este asunto.

Se detuvo y Lizzie preguntó:

—¿Qué asunto es ese, señor?

—Había pensado —replicó el maestro, lanzándole otra mirada de soslayo, e intentando sostenerla en vano, pues la mirada cayó nada más dar en los ojos de Lizzie— que quizá fuese superfluo, y casi impertinente, pasar a definirlo. Me refería al asunto de que haya dejado a un lado los planes que su hermano tenía para usted, y haya dado preferencia a los del señor... creo que el nombre es Eugene Wrayburn.

Fingió no estar seguro del nombre lanzándole otra mirada incómoda, que apartó como la anterior.

Como nadie dijera nada, tuvo que empezar de nuevo, y con renovado azoro.

—Los planes de su hermano me fueron comunicados nada más concebirlos. De hecho, me habló de ellos la última vez que estuve aquí, mientras regresábamos, y cuando yo... cuando estaba fresca en mí la impresión de haber conocido a su hermana.

Quizá aquello no significara nada, pero la pequeña modista apartó una de las manos que sustentaban su barbilla, y con aire caviloso volvió la cara de la Honorable señora Verdad hacia los presentes. Una vez hecho, regresó a la actitud de antes.

—Aprobé su idea —dijo Bradley, llevando su incómoda mirada a la muñeca, y dejándola allí inconscientemente más de lo que había estado en Lizzie—, primero porque, naturalmente, su hermano debía ser quien

concibiera cualquier proyecto, y porque yo tenía la esperanza de promoverlo. Me habría tomado un inexpresable interés en promoverlo, y me habría causado una inexpresable satisfacción. Debo reconocer, por tanto, que cuando su hermano quedó decepcionado, yo también quedé decepcionado. Lo digo sin reserva ni disimulo, y lo reconozco plenamente.

Parecía sentirse más animado por el hecho de haber llegado tan lejos. En cualquier caso, prosiguió con mucha mayor firmeza y más intenso énfasis: aunque con una curiosa tendencia a apretar los dientes, y con un curioso movimiento como de atornillar la mano derecha dentro del puño de la izquierda, como la acción de alguien que padece dolor físico y se resiste a gritar.

—Soy un hombre de sentimientos intensos, y esta decepción me ha afectado profundamente. Me afecta profundamente. No muestro mis sentimientos; algunos nos vemos habitualmente obligados a controlarlos. A controlarlos. Pero volvamos a su hermano. Se ha tomado el asunto tan a pecho que se lo ha reprochado (en mi presencia se lo ha reprochado) al señor Eugene Wrayburn, si es que se llama así. Así lo hizo, aunque sin resultado. Como enseguida intuiría cualquier que no estuviera ciego ante el verdadero carácter del señor... del señor Eugene Wrayburn.

Miró de nuevo a Lizzie, y le sostuvo la mirada, y su mirada pasó del rojo blanco al rojo vivo, y al final a un blanco mortal y permanente.

—Finalmente me he decidido a venir aquí solo, y apelar a usted. He decidido venir aquí solo, y suplicarle que rectifique el camino emprendido, y que en lugar de confiarse a un simple desconocido, una persona que se comporta con la mayor insolencia con su hermano y con otras personas, prefiera a su hermano y al amigo de su hermano.

Lizzie Hexam había cambiado de color con los cambios de color de él, y su cara expresaba ahora cierta cólera, más aversión, e incluso algo de miedo. Pero ella le respondió con gran entereza.

—No dudo, señor Headstone, que ha venido usted con buenas intenciones. Ha sido tan buen amigo de Charley que no tengo derecho a dudarlo. No tengo nada que decirle a Charley, sino que acepté la ayuda a la que tantas objeciones pone antes de que él trazara ningún plan para mí; o por lo menos antes de que yo los conociese. Esa ayuda se me ofreció de manera considerada y delicada, y hubo razones que me parecieron de peso y que Charley debería apreciar

tanto como yo. No tengo nada más que decirle a Charley sobre el tema.

A Headstone los labios le temblaban y se le habían quedado entreabiertos mientras escuchaba cómo lo repudiaban, aunque ella se refiriera solo a su hermano.

—Le habría dicho a Charley, de haber venido —prosiguió Lizzie, como si se le acabara de ocurrir en ese momento—, que a Jenny y a mí nuestro profesor nos parece muy capaz y paciente, y que se toma muchas molestias con nosotras. Tantas que le hemos dicho que esperamos, dentro de no mucho tiempo, poder continuar por nuestra cuenta. Charley entiende de maestros, y le habría dicho, para que quedara satisfecho, que el nuestro procede de una institución en la que se forman maestros con regularidad.

—Me gustaría preguntarle —dijo Bradley Headstone, moliendo lentamente sus palabras, como si salieran de un molino oxidado—, me gustaría preguntarle, si es posible sin ofenderla, si habría puesto alguna objeción... no; más bien me gustaría decirle, si es posible sin ofenderla, que ojalá hubiera tenido la oportunidad de venir aquí con su hermano y poner a su servicio mi pobre experiencia y capacidad.

—Gracias, señor Headstone.

—Pero me temo —añadió tras una pausa, tirando furtivamente del asiento de su silla con una mano, como si fuera capaz de desmontar la silla, y observándola tristemente mientras ella mantenía los ojos en suelo— que mis humildes servicios no habrían gozado de su favor.

Lizzie no contestó, y el pobre y afligido desdichado se quedó luchando consigo mismo en el calor de la pasión y el tormento. Al cabo de unos momentos se sacó el pañuelo y se secó la frente y las manos.

—Solo tengo que decirle otra cosa, aunque es la más importante. Existe una razón en contra de este asunto, existe una relación personal que tiene que ver con este asunto y aún no le he explicado. Y que podría (no quiero decir que lo haga), que podría... inducirle a pensar de otro modo. Pero no tiene sentido continuar en las presentes circunstancias. ¿Estaría conforme en mantener otra entrevista sobre el tema?

—¿Con Charley, señor Headstone?

—Con... bueno —replicó, interrumpiéndose—, ¡sí! Digamos que también

con él. ¿Estaría conforme en mantener otra entrevista en circunstancias más favorables, antes de presentar todo el caso?

—No entiendo a qué se refiere, señor Headstone —dijo Lizzie negando con la cabeza.

—Por el momento limitemos lo que quiero decir —la interrumpió— a que todo el caso le sea presentado en otra entrevista.

—¿Qué caso, señor Headstone? ¿Es que falta algo?

—Será... será informada en la siguiente entrevista. —A continuación dijo, como en un arrebato de irreprimible desesperación—: Yo... ¡hoy lo dejo todo sin terminar! ¡Parece que esté embrujado! —Y a continuación añadió, casi como si buscara que lo compadecieran—: ¡Buenas noches!

Tendió la mano. Cuando ella, con manifiesta vacilación, por no decir renuencia, la tocó, a Bradley lo atravesó un extraño temblor, y su cara, tan mortalmente pálida, se agitó como con una punzada de dolor. A continuación se marchó.

La modista de muñecas permaneció con la misma actitud que antes, con la vista clavada en la puerta por la que Headstone había desaparecido, hasta que Lizzie apartó el banco de trabajo y se sentó junto a ella. A continuación, la señorita Wren, observando a Lizzie igual que antes había observado a Bradley y la puerta, emitió ese chasquido repentino y sonoro que a veces emitía su boca, se reclinó en su silla con los brazos cruzados y se expresó del modo siguiente:

—¡Mmm...! Si él... me refiero, querida, a la persona que vendrá a cortejarme cuando llegue el momento... fuera un hombre así, podría ahorrarse las molestias. Ese no dejaría que lo hicieran ir de un lado a otro ni se ofrecería a ser útil. Se incendiaría y explotaría mientras estaba en ello.

—Y te librarías de él —dijo Lizzie para seguirle la corriente.

—No sería tan fácil —replicó la señorita Wren—. No explotaría solo. Me llevaría con él. Me sé sus trucos y cómo son.

—¿Quieres decir que querría hacerte daño? —preguntó Lizzie.

—A lo mejor no lo pretendería, querida —contestó la señorita Wren—, pero si en la habitación de al lado hubiera mucha pólvora y cerillas encendidas, sería lo mismo que tenerlo aquí.

—Es un hombre muy extraño —dijo Lizzie, pensativa.

—Ojalá que este hombre tan extraño nos fuera un completo extraño —contestó la perspicaz criaturita.

Cuando por la tarde estaban solas, la ocupación regular de Lizzie era cepillar y alisar el largo pelo rubio de la modista de muñecas. Para ello le desataba la cinta que se lo mantenía recogido mientras la criaturita seguía trabajando, con lo que la cabellera le caía en cascada sobre sus pobrecillos hombros, tan necesitados de tal adorno.

—Ahora no, querida Lizzie —dijo Jenny—; charlemos un rato junto al fuego.

Con esas palabras, ella, a su vez, soltó el pelo oscuro de su amiga, que le cayó por su propio peso sobre el pecho en dos grandes masas. Fingiendo comparar los colores y admirar el contraste, Jenny consiguió, con un par de toques de sus diestras manos, posar su mejilla sobre uno de los oscuros pliegues, de manera que el conjunto de aquellos rizos le impidiera ver todo lo que no fuera la lumbre, mientras la hermosa y delicada cara y frente de Lizzie se revelaban sin obstáculo alguno a la amortiguada luz.

—Hablemos del señor Eugene Wrayburn —dijo Jenny.

Algo centelleó entre el pelo rubio que se apoyaba en el pelo oscuro; y si no fue una estrella —y no pudo serlo—, fue un ojo; y si fue un ojo, fue el ojo de Jenny Wren, luminoso y vigilante como el del pájaro que le daba su apodo.

—¿Por qué del señor Eugene Wrayburn? —preguntó Lizzie.

—Simplemente porque tengo ese capricho. ¡Me pregunto si es rico!

—No, no es rico.

—¿Pobre?

—Eso creo, para ser un caballero.

—¡Ah! ¡Claro! Sí, es un caballero. No es de nuestra clase, ¿verdad?

Un no con la cabeza, una meditada negación con la cabeza, y la respuesta dicha en voz baja:

—¡Oh, no! ¡No!

La modista de muñecas rodeaba con un brazo la cintura de su amiga.

Mientras colocaba el brazo, astutamente aprovechó la oportunidad de apartarse con un soplo el pelo que le caía en la cara; entonces aquel ojo, cubierto ahora de menos sombras, centelleó con más brillo y pareció más vigilante.

—Cuando aparezca Mi Hombre, no será un caballero; si lo es, pronto lo mandaré a paseo. No obstante, no es el señor Wrayburn; no lo he cautivado. ¡Me pregunto si alguien lo ha conseguido, Lizzie!

—Es muy probable.

—¿Muy probable? ¡Me pregunto quién!

—¿No crees que es muy probable que alguna dama lo haya conquistado, y que él la quiera mucho?

—Puede. No lo sé. ¿A ti qué te parecería, Lizzie, si fueses una dama?

—¡Yo una dama! —repitió, riendo—. ¡Vaya fantasía!

—Sí. Pero dímelo; solo como fantasía, por suponerlo.

—¡Yo una dama! Yo, una pobre chica que llevaba a su pobre padre remando por el río. Yo, que llevé a mi padre en el bote y lo devolví a casa remando la misma noche que conocí al señor Wrayburn. ¡Yo, que cuando me miró me entró tal timidez que me levanté y me fui!

(«¡Así que te miró ya aquella noche, aun cuando no fueras una dama!», se dijo la señorita Wren).

—¡Yo una dama! —repitió Lizzie en voz baja, con los ojos en la lumbre—. ¡Yo! ¡Cuando sobre la tumba de mi pobre padre aún hay una mancha y un oprobio inmerecidos que no se han limpiado, y que él intenta limpiar por mí! ¡Yo una dama!

—Solo como fantasía, por suponerlo —la instó la señorita Wren.

—¡Es demasiado, Jenny, demasiado! Mi fantasía no llega tan lejos.

Mientras el fuego la inundaba con su resplandor, mostró su sonrisa, lastimera y abstraída.

—Pero tengo ese capricho, y has de seguirme la corriente, Lizzie, porque, después de todo, yo no soy nadie, y mi niño travieso me ha hecho pasar un mal día. Mira en el fuego, cómo me gusta oírte contar qué hacías cuando

vivías en esa lóbrega casa que había sido un molino de viento. Mira en el fuego... ¿cómo llamabas a ese lugar en el que le leías el futuro a ese hermano tuyo que no me cae bien?

—¿El hueco junto al fuego?

—¡Ah! ¡Ese es el nombre! Sé que allí puedes encontrar a una dama.

—Es más fácil eso que convertirme yo en una, Jenny.

El centelleante ojo miró firmemente hacia arriba mientras la reflexiva cara miraba cavilosa hacia abajo.

—¿Y bien? —dijo la modista de muñecas—. ¿Has encontrado a nuestra dama?

Lizzie asintió y preguntó:

—¿Será rica?

—Más le vale serlo, ya que él es pobre.

—Ella es muy rica. ¿Será guapa?

—Hasta tú puedes ser guapa, Lizzie, así que ella debería serlo.

—Ella es muy guapa.

—Y ella, ¿qué dice de él? —preguntó Jenny en voz baja, sin perder de vista, en el silencio que siguió, la cara que contemplaba el fuego.

—Que está contenta, contenta de ser rica, para que él pueda tener el dinero. Está contenta, contenta de ser hermosa a fin de que él pueda estar orgulloso de ella. Su pobre corazón...

—¿Qué? ¿Su pobre corazón? —dijo la señorita Wren.

—Su corazón... se lo entrega a él, con todo su amor y lealtad. Alegrementemente ella moriría con él, o mejor aún, moriría por él. Ella sabe que él tiene defectos, pero cree que han surgido porque ha vivido al margen de la sociedad, al no tener a alguien en quien confiar, a quien querer, de quien pensar bien. Y esa dama rica, a la que nunca podré ni acercarme, dice: «Ponme tan solo en ese espacio vacío, comprueba tan solo lo poco que pienso en mí, pon solo a prueba la infinidad de cosas que haré y soportaré por ti, y espero que llegues a ser mucho mejor de lo que eres gracias a mí, que soy mucho peor y que no merezco que me imagines a tu lado».

Mientras la cara que miraba al fuego se exaltaba y se sumía en el éxtasis de esas palabras, ajena a todo, la criaturita, apartando los claros cabellos con la mano que tenía libre, se la había quedado mirando con gran atención y cierta alarma. Ahora que Lizzie ya no decía nada, la criaturita bajó la cabeza y gimió:

—¡Pobre de mí, pobre de mí!

—¿Te duele algo, Jenny? —preguntó Lizzie, como si despertara.

—Sí, pero no es el dolor de siempre. Acuéstame, acuéstame. Esta noche no te vayas donde no pueda verte. Cierra la puerta con llave y quédate a mi lado. —A continuación, apartándole la cara, dijo para sí en un susurro—: ¡Mi Lizzie, mi pobre Lizzie! Oh, mis bienaventurados niños, regresad en vuestras largas filas brillantes, y venid por ella, no por mí. ¡Ella necesita ayuda más que yo, mis bienaventurados niños!

Con esa expresión mejor y más elevada, había levantado las manos, y en ese momento se volvió de nuevo hacia Lizzie, y le rodeó el cuello con los brazos, y comenzó a mecerse en su pecho.

Capítulo XII

Más aves de presa

Rogue Riderhood vivía en lo más profundo y oscuro de Limehouse Hole,^[22] entre los fabricantes de aparejos, de mástiles, de remos y poleas, y los fabricantes de lanchas, y donde se fabrican las velas, como en una especie de bodega de embarcación en la que se almacenan todo tipo de personajes ribereños, algunos no mejores que él, algunos muchísimo mejores, y ninguno mucho peor. Los habitantes de Limehouse Hole, aunque por lo general no muy escrupulosos a la hora de elegir a sus habitantes, se mostraban bastante reacios a tener el honor de cultivar el trato con Rogue; más que tenderle una cálida mano, se la daban fríamente de lado, y rara vez o nunca bebían con él a no ser que fuera Rogue quien invitara. Una parte de Hole, de hecho, cultivaba tanto el bien público y la virtud privada que ni siquiera ese poderoso acicate les hubiera hecho tratar con ese mancillado delator. Pero esa magnánima moralidad tenía quizá un inconveniente: que sus exponentes opinaban que un testigo que decía la verdad ante la justicia era mucho peor, en cuanto a mal vecino y personaje execrable, que un testigo que daba falso testimonio.

De no haber sido por la hija que a menudo mencionaba, el señor Riderhood habría encontrado que Limehouse Hole era una simple tumba en cuanto a reportarle algún medio de ganarse la vida. Pero la señorita Agrado Riderhood tenía cierta posición y relaciones en el barrio. A la más pequeña de las escalas, era prestamista sin licencia, regentando lo que se conocía popularmente como una Casa de Préstamos, donde prestaba sumas insignificantes a cambio de insignificantes artículos dejados como garantía. En su vigésimo cuarto año de vida, Agrado ya llevaba cinco a cargo de ese negocio. Lo había fundado su difunta madre, y al fallecer esta la hija se había apropiado de un capital secreto de quince chelines para establecerse a su vez; la existencia de ese capital dentro de un almohadón fue la última comunicación confidencial inteligible que le hizo la finada antes de sucumbir a los efectos hidropésicos de la ginebra y el rapé, incompatibles por igual con

la coherencia y la existencia.

Es posible que la señora Riderhood hubiera sido capaz de explicar alguna vez por qué le pusieron de nombre Agrado, aunque también es posible que no. Su hija no tenía ninguna información sobre ese punto. Se encontró con que se llamaba Agrado, y nada pudo hacer por remediarlo. No le habían consultado sobre el asunto del nombre, y tampoco acerca de su llegada a esta parte del mundo. De manera parecida, Agrado se encontró con que era lo que coloquialmente se denomina ojituerta (algo heredado del padre), cosa que quizá hubiera rechazado si le hubieran preguntado su parecer sobre el tema. Por lo demás, no era de mal ver, aunque sí tenía cara de ansiedad, enjuta, tez fangosa, y aparentaba la edad que tenía.

Al igual que algunos perros llevan en la sangre —o se les adiestra para ello— la predisposición a acosar a ciertas criaturas hasta cierto punto, del mismo modo —sin pretender establecer una comparación poco respetuosa— Agrado Riderhood llevaba en la sangre —o la habían adiestrado para ello— la predisposición a considerar a los marineros, dentro de ciertos límites, como su presa natural. Le mostrabas a un hombre con chaqueta azul y, hablando figuradamente, lo inmovilizaba al instante. No obstante, considerada en su conjunto, no era una persona malvada ni de carácter cruel. Pues también hay que considerar las muchas cosas que pesaban en su desafortunada experiencia. Le mostrabas a Agrado una boda en la calle, y solo veía a dos personas que habían sacado una licencia para reñir y pelear. Si le mostrabas un bautizo, solo veía a un pequeño pagano al que le habían otorgado un nombre bastante superfluo, en la medida en que normalmente se dirigirían a él mediante algún epíteto insultante: y ese pequeño personaje no era ni mucho menos querido por nadie, y todos lo empujaban y lo apartaban a golpes, hasta que él mismo se hacía lo bastante mayor para empujar y golpear a otros. Le mostrabas un funeral, y veía una ceremonia improductiva que parecía una negra mascarada y convertía temporalmente en caballeros a los que participaban en ella, a un coste enorme, y que representaba la única fiesta de etiqueta en la que participaría el difunto. Le mostrabas a un padre vivo, y veía un duplicado del suyo, que desde que ella era pequeña había cumplido sus deberes paternos de manera totalmente irregular, unos deberes que siempre habían acabado dañándola con la ayuda del puño o de la correa del cinturón. Teniendo todo eso en cuenta, por tanto, Agrado Riderhood no era tan, tan mala. Incluso había en ella cierto romanticismo —el que puede surgir en un

sitio como Limehouse Hole—, y a veces, en una tarde de verano, cuando estaba de pie ante la puerta de su negocio, miraba al cielo desde la hedionda calle, hacia donde se ponía el sol, y quizá tenía vaporosas visiones de remotas islas en los mares del sur, o en otra parte (no era geográficamente quisquillosa), por donde sería estupendo deambular con una pareja de su mismo carácter entre bosquecillos de árboles del pan, a la espera de que llegara algún barco desde los tempestuosos puertos de la civilización.

No era una tarde de verano aquella en que, estando ella en la puerta de su negocio, se fijó en su presencia un hombre que se hallaba de pie y reclinado sobre la casa que había al otro lado de la calle. Era una tarde de viento, fría y desagradable, y ya había oscurecido. Agrado Riderhood compartía con casi todas las habitantes de Limehouse Hole la peculiaridad de que su pelo era un nudo desgreñado, que constantemente se soltaba hacia atrás, y que nunca podía emprender ninguna empresa sin antes recogerlo y colocarlo en su sitio. En ese momento concreto, Agrado acababa de aparecer en el umbral para echar un vistazo al exterior, y se lo estaba arreglando con las dos manos de esa guisa. Y tanto predominaba esa moda en el barrio que cuando estallaba una pelea o cualquier otro alboroto, las señoras aparecían en tropel desde todos los lugares recogiendo el pelo en la parte de atrás al tiempo que avanzaban, y muchas, con las prisas, llevaban las peinetas en la boca.

El aspecto de su negocio era lamentable, con un tejado que cualquier hombre alcanzaba solo estirando el brazo; no era mucho más que una bodega o una cueva, y se llegaba bajando tres peldaños. No obstante, en su escaparate mal iluminado, entre un par de llamativos pañuelos, un viejo chaquetón de marinero, unos cuantos relojes y brújulas sin valor, un tarro para tabaco y dos pipas cruzadas, un frasco de salsa de nuez, y algunos dulces espantosos — esas incomodidades servían de tapadera para el negocio principal de la Casa de Préstamos— se exhibía la inscripción «PENSIÓN DEL MARINERO».

El hombre, al ver a Agrado Riderhood en la puerta, cruzó la calle tan rápidamente que ella aún se estaba arreglando el pelo cuando él se le plantó delante.

—¿Está su padre en casa? —dijo él.

—Creo que sí —contestó Agrado, bajando los brazos—. Entre.

Fue una respuesta vacilante, pues el hombre tenía aspecto de marinero. El

padre de Agrado no estaba en casa, y ella lo sabía.

—Siéntese junto al fuego —fueron las hospitalarias palabras de Agrado cuando lo hubo conducido dentro—, los hombres de su profesión son siempre bienvenidos.

—Gracias —dijo el hombre.

Tenía actitud de marinero y manos de marinero, aunque sin asperezas. Agrado tenía ojo para los marineros, y observó la inusual textura y color de sus manos, aunque estaban quemadas por el sol, y tampoco se le escapó las inconfundibles desenvoltura y flexibilidad del hombre cuando este se sentó con el brazo izquierdo echado con descuido sobre la pierna izquierda, un poco por encima de la rodilla, y el derecho echado con el mismo descuido sobre el brazo de la silla de madera, con la mano curvada, medio abierta y medio cerrada, como si acabara de soltar una cuerda.



MISS RIDERHOOD AT HOME.

—A lo mejor busca pensión —preguntó Agrado, colocándose en su puesto de observación junto a la lumbre.

—No conozco bien mis planes —replicó el hombre.

—¿No busca una Casa de Préstamos?

—No —dijo el hombre.

—No —asintió Agrado—, lleva una ropa demasiado buena. Pero si busca cualquiera de las dos cosas, este establecimiento es ambas.

—¡Sí, sí! —dijo el hombre, mirando a su alrededor—. Lo sé. He estado aquí antes.

—¿Empeñó algo la vez anterior que estuvo aquí? —preguntó Agrado, con

la mirada puesta en el capital y el interés.

—No. —El hombre negó con la cabeza.

—Estoy casi del todo segura de que nunca se ha alojado aquí.

—No. —El hombre volvió a negar con la cabeza.

—¿Qué hizo exactamente la vez anterior que estuvo aquí? —preguntó Agrado—. Pues no lo recuerdo.

—No es probable que lo recuerde. Tan solo me quedé en la puerta, una noche, en el peldaño más bajo, mientras un compañero de tripulación entraba para hablar con su padre. Recuerdo bien el lugar. —Miró a su alrededor con curiosidad.

—¿Puede que haga mucho tiempo de eso?

—Sí, bastante. Cuando desembarqué de mi último viaje.

—Entonces, ¿hace tiempo que no embarca?

—No. Desde entonces he estado en la enfermería, y he trabajado en tierra.

—Entonces, claro, eso explica sus manos.

El hombre captó su observación con una penetrante mirada, una pronta sonrisa y un cambio de actitud.

—Es usted una buena observadora. Sí. Eso explica mis manos.

Agrado se sintió un tanto inquieta por su mirada, y la que le devolvió fue suspicaz. Había en su cambio de postura —aunque muy repentina y bastante imperturbable—, y en su actitud anterior, que retomó, cierta contenida seguridad en sí mismo, y la sensación de que eso le confería un aire un poco amenazante.

—¿Tardará mucho su padre? —preguntó.

—No lo sé. No puedo decirle.

—Como suponía usted que estaba en casa, me he llevado la impresión de que acababa de marcharse. ¿Cómo es eso?

—Creía que había vuelto a casa —explicó Agrado.

—¡Oh! ¿Suponía que había vuelto a casa? Entonces lleva un tiempo fuera. ¿Cómo es eso?

—No quiero engañarle. Padre está en el río con su lancha.

—¿Trabajando en lo de siempre? —preguntó el hombre.

—No sé a qué se refiere —dijo Agrado reculando un paso—. ¿Qué diantre quiere?

—No quiero hacerle daño a su padre. Tampoco quiero decir que pudiera, si quisiera. Quiero hablar con él. Poca cosa, ¿verdad? No habrá ningún secreto que ocultarle; estará usted presente. Y desde luego, señorita Riderhood, no hay nada que sacarme ni que ganar conmigo. Ni busco una Casa de Préstamos, ni busco una pensión, ni va a sacar nada de mí, ni seis peniques en monedas de medio. Quítese esa idea de la cabeza y nos llevaremos bien.

—Pero ¿es usted un marinero o no? —lo interrogó Agrado, como si serlo fuera razón suficiente para poder sacarle algo.

—Sí y no. Lo he sido, y puede que vuelva a serlo. Pero para usted no lo soy. ¿Quiere creer en mi palabra?

La conversación había llegado a una crisis que justificaba que a la señorita Agrado se le descolocara el pelo. Y así ocurrió, y ella volvió a arreglárselo, mirando al hombre desde su frente inclinada. Al examinar sus ropas náuticas de diario ajadas por los elementos, prenda a prenda, divisó el formidable cuchillo que, dentro de una vaina, llevaba en la cintura, junto a la mano, y un silbato que le colgaba del cuello, y una especie de cachiporra hecha de nudos, corta y mellada, y con la punta revestida de plomo, que le asomaba de un bolsillo de la chaqueta holgada que llevaba a modo de sobretodo. El hombre la contempló en silencio; aunque, con esos accesorios revelándose parcialmente, y con los pelos en la cabeza y las patillas de punta y de color estopa, componía una presencia impresionante.

—¿No quiere aceptar mi palabra? —le volvió a preguntar el hombre.

Agrado contestó con un breve y callado asentimiento. Él replicó con otro breve y callado asentimiento. A continuación, se levantó y se colocó delante de la lumbre de brazos cruzados, mirándola de vez en cuando, mientras ella seguía de brazos cruzados, ahora apoyada en un lado de la chimenea.

—Para matar el tiempo hasta que llegue su padre —dijo él—, dígame, ¿actualmente se roba y asesina a muchos marineros por la ribera?

—No —dijo Agrado.

—¿A ninguno?

—A veces se comenta algún caso, por Ratcliffe, Wapping y zonas así. Pero ¿quién sabe cuántos son ciertos?

—Claro. Y tampoco parece necesario.

—Eso es lo que yo digo —comentó Agrado—. ¿Y para qué? Benditos sean los marineros, no hay necesidad de eso, pues no son de los que saben conservar lo que tienen.

—Tiene razón. El dinero enseguida les vuela de las manos, y sin violencia —dijo el hombre.

—Desde luego —dijo Agrado—, y luego vuelven a embarcarse y consiguen más. Lo mejor para ellos es volver a embarcarse en cuanto tocan tierra. Nunca son tan ricos como cuando están en alta mar.

—Le diré por qué lo pregunto —añadió el visitante, levantando la mirada del fuego—. En una ocasión me asaltaron y me dieron por muerto.

—¿No? —dijo Agrado—. ¿Dónde ocurrió?

—Que yo recuerde —dijo el hombre con aspecto pensativo, mientras se llevaba la mano derecha a la barbilla y hundía la otra en el bolsillo de su áspero sobretodo—, ocurrió más o menos por aquí. No creo que a más de una milla de distancia.

—¿Estaba bebido? —preguntó Agrado.

—Estaba atontado, pero por algo que había en la bebida. No había estado bebiendo en serio, ¿entiende? Un trago fue suficiente.

Con una expresión grave, Agrado negó con la cabeza, dando a entender que comprendía el proceso, pero que lo desaprobaba.

—El comercio honrado es una cosa —dijo ella—, pero eso es muy distinto. Nadie tiene derecho a tratar así a nadie.

—Este sentimiento la honra —replicó el hombre, con una torva sonrisa; y en un murmullo añadió—, tanto más porque no creo que su padre lo comparta. Sí, aquella vez lo pasé mal. Lo perdí todo, y tuve que luchar tenazmente para conservar la vida, débil como estaba.

—¿Consiguió que se castigara a los autores? —preguntó Agrado.

—Hubo un tremendo castigo —dijo el hombre, más serio—, pero no fui yo quien lo provocó.

—¿Quién fue, entonces? —preguntó Agrado.

El hombre señaló hacia arriba con el índice, y, bajando lentamente la mano, volvió a apoyar en ella la barbilla mientras seguía mirando la lumbre. Agrado Riderhood, posando en él sus ojos heredados, se sentía cada vez más incómoda por aquella actitud tan misteriosa, tan seria, tan impávida.

—De todos modos —dijo la damisela—, me alegro de que hubiera un castigo, y así se lo digo. Los actos violentos desprestigian el comercio honrado con los hombres de mar. Estoy tan en contra de los actos que se cometen contra los marineros como puedan estarlo ellos. Soy de la misma opinión que tenía mi madre, cuando vivía. Mi madre solía decir que bien está el comercio honrado, pero nada de robo ni de golpes.

En su establecimiento, la señorita Agrado cobraría (y de hecho los cobraba cuando podía) hasta treinta chelines a la semana por una pensión que sería cara a cinco, y dirigía el negocio de los Préstamos basándose en principios igual de equitativos; no obstante, tenía conciencia y ciertos sentimientos de humanidad, por lo que, en el momento en que se sobrepasaban sus ideas acerca del comercio, se convertía en adalid de los marineros, incluso encarándose con su padre, al que, por lo demás, rara vez se oponía.

Pero en ese punto fue interrumpida por la voz de su padre, que exclamaba en tono airado «¡Basta ya, cotorra!», y por el sombrero de aquel, que, arrojado violentamente por este, le golpeó en la cara. Agrado, acostumbrada a tales esporádicas manifestaciones de deber paternal, simplemente se limpió la cara con el pelo (que, claro, se había vuelto a desarreglar) antes de recogerse de nuevo. Era otro proceder común a las mujeres de Limehouse Hole, cuando se acaloraban por algún altercado verbal o pugilístico.

—¡Que me aspen si me creo que una cotorra como tú ha aprendido alguna vez a hablar! —refunfuñó el señor Riderhood, agachándose para recoger el sombrero, y haciendo un amago de atacar a Agrado con la cabeza y el codo derecho; pues el delicado tema de robar a los marineros le indignaba enormemente, y tampoco venía de humor—. ¿Qué estás cotorreando ahora?

¿Es que no tienes nada mejor que hacer que quedarte de brazos cruzados y cotorrear toda la noche?

—Déjela en paz —le instó el hombre—. Solo estaba hablando conmigo.

—¡Y encima que la deje en paz! —replicó el señor Riderhood, inspeccionándolo de arriba abajo—. ¿Sabe que es mi hija?

—Sí.

—¿Y no sabe que a mi hija no le tolero cotorreo alguno? ¿Y tampoco sabe que no le tolero cotorreo alguno a ningún hombre? ¿Y quién es usted, y qué quiere?

—¿Cómo voy a decírselo si no se calla? —replicó el otro ferozmente.

—Bueno —dijo el señor Riderhood al tiempo que se acobardaba un poco—, estoy dispuesto a callar para oírle. Pero no me cotorree.

—¿No tiene sed? —preguntó el hombre, con la misma ferocidad que antes, devolviéndole la mirada.

—Hombre, por supuesto —dijo el señor Raiderhood—, ¡siempre tengo sed! —(Indignado ante lo absurdo de la pregunta).

—¿Qué beberá? —preguntó el hombre.

—Jerez —replicó el señor Riderhood, con el mismo tono brusco—, si puede pagarlo.

El hombre se metió la mano en el bolsillo, sacó medio soberano y le preguntó a la señorita Agrado si le haría el favor de pasarle una botella.

—Sin descorchar —añadió enfáticamente, mirando a su padre.

—Por Alfred David —murmuró el señor Riderhood, relajándose hasta poner una sombría sonrisa—, que es usted un hombre con experiencia. ¿Le conozco? N... no, no le conozco.

El hombre replicó:

—No, no me conoce.

Y se quedaron mirando mutuamente con hosquedad hasta que regresó Agrado.

—Hay copas pequeñas en el estante —le dijo Riderhood a su hija—.

Dame la que no tiene pie. Me gano la vida con el sudor de mi frente, y eso es bastante para mí.

Aquello sonó como un sacrificio; aunque pronto se vio que, debido a que era imposible que la copa se mantuviera de pie mientras había algo dentro, precisaba ser vaciada de inmediato, con lo que el señor Riderhood conseguía beber en una proporción de tres a uno.

Con la copa de Fortunato ^[23] en la mano, el señor Riderhood se sentó a un lado de la mesa, junto al fuego, y el forastero al otro: Agrado ocupaba un taburete entre el hombre y el fuego. Les servían de fondo pañuelos, chaquetas, camisas, sombreros y otros viejos artículos «En Préstamo», que, en su vaga semejanza con los seres humanos, hacían como de testigos, sobre todo un chubasquero y una gorra impermeable, negros y relucientes, que parecían un marinero desgarrado que les diera la espalda, tan curioso por oír lo que decían que se había parado con el chubasquero a medio poner, con las hombreras a la altura de los oídos en esa acción incompleta.

El visitante sostuvo primero la botella a la luz de la vela, y a continuación examinó la parte superior del corcho. Satisfecho al ver que nadie lo había manipulado, lentamente sacó del bolsillo de la pechera una navaja oxidada, y, con el sacacorchos que tenía en el mango, descorchó la botella. Una vez lo hubo hecho, examinó el corcho, lo sacó del sacacorchos, los dejó separados en la mesa, y, con la punta del nudo de marinero de su pañuelo, quitó el polvo del interior de la botella. Todo de manera muy concienzuda.

Al principio, Riderhood se había sentado con su copa sin pie al final del brazo extendido para que se la llenaran, aunque el muy concienzudo forastero parecía absorto en sus preparativos. Pero gradualmente acabó acercando el brazo al cuerpo, y la copa descendió y descendió hasta que la apoyó boca abajo sobre la mesa. De manera igualmente gradual, concentró su atención en el cuchillo. Y por fin, cuando el hombre ofreció la botella para llenar una ronda, Riderhood se puso en pie, se inclinó por encima de la mesa para mirar más de cerca la navaja, y luego llevó la vista al hombre.

—¿Qué ocurre? —preguntó el forastero.

—¡Caramba, conozco esa navaja! —dijo Riderhood.

—Sí, diría que la conoce.

Le hizo gesto de que levantara la copa y se la llenó. Riderhood la apuró

hasta la última gota y comenzó de nuevo.

—Esa navaja...

—Un momento —dijo el forastero, sin perder la calma—. Iba a brindar por su hija. A su salud, señorita Riderhood.

—Esa navaja era de un marinero llamado George Radfoot.

—Lo era.

—Yo conocía bien a ese marinero.

—Lo conocía.

—¿Qué ha sido de él?

—Encontró la muerte. Tuvo una muerte muy fea. Después tenía un aspecto espantoso.

—¿Después de qué? —dijo Riderhood, mirándolo ceñudo.

—Después de que lo mataran.

—¿De que lo mataran? ¿Quién lo mató?

Tras contestar apenas con un encogimiento de hombros, el forastero llenó la copa sin pie, y Riderhood la vació: su mirada atónita fue de su hija al visitante.

—No pretenderá decirle a un hombre honrado... —iba a seguir diciendo con la copa vacía en la mano, cuando su mirada se quedó fascinada ante el tabardo del desconocido. Se inclinó sobre la mesa para mirarlo más de cerca, tocó la manga, dobló el puño para mirar el forro de la manga (el hombre, impávido, no puso la menor objeción), y exclamó—: ¡Pues a mí me parece que este es el tabardo de George Radfoot!

—Tiene razón. Lo llevaba la última vez que usted lo vio, y la última vez que volverá a verlo... en este mundo.

—¡A mí me parece que lo que quiere decirme a la cara es que usted lo mató! —exclamó Riderhood; permitiendo, sin embargo, que volvieran a llenarle el vaso.

El hombre contestó con otro encogimiento de hombros, y no mostró síntomas de confusión.

—¡Que me muera si sé qué pensar de este sujeto! —dijo Riderhood después de quedarse mirándolo, echándose al gizonte el contenido de la última copa—. Veamos qué pretende. Hable con claridad.

—Lo haré —replicó el otro, inclinándose sobre la mesa, y hablando con una voz impresionantemente grave—. ¡Menudo mentiroso está hecho!

El honesto testigo se puso en pie, e hizo ademán de arrojarle la copa a la cara al hombre. Este ni pestañeó, y apenas tuvo que agitar el índice, medio amenazante, medio indicando que no se le podía engañar, para que esa encarnación de la honestidad se lo pensara mejor y se sentara, dejando la copa en la mesa.

—Y cuando fue a ver a ese abogado de Temple con esa historia inventada —dijo el forastero, con una seguridad en sí mismo exasperantemente serena—, a lo mejor sospechaba de un amigo suyo, ¿sabe? Y creo que así era.

—¿Que yo tenía sospechas? ¿De qué amigo?

—Diga de nuevo de quién era la navaja —le instó el forastero.

—Supuestamente era de... era propiedad de... de quien le he mencionado antes —dijo Riderhood, eludiendo estúpidamente mencionar el nombre.

—Vuelva a decirme de quién era el tabardo.

—Esa prenda, de la misma manera, pertenecía y fue llevada por... quien le he mencionado antes —fue de nuevo la torpe evasiva, más propia de pronunciarse ante un tribunal.

—Sospecho que le atribuyó el hecho, y lo acusó de haberse quitado astutamente de en medio. Pero no era muy inteligente que él se quitara de en medio. Lo inteligente habría sido volver, aunque fuera un solo instante, a la luz del sol.

—Hay que ver adónde hemos llegado —refunfuñó el señor Riderhood, poniéndose en pie, aunque el otro lo seguía manteniendo a raya—, a que los timadores se vistan con ropas de muertos, a que los timadores vayan armados con navajas de muertos, y vayan a las casas donde viven hombres honrados, a quitarles lo que ganan con el sudor de su frente, y que les acusen sin motivo ni razón, ¡ni motivo ni razón! ¿Por qué iba yo a sospechar de él?

—Porque usted le conocía —replicó el hombre—, porque había estado con él, y conocía su verdadero carácter bajo esa apariencia de bondad; porque

la noche que usted, posteriormente, creyó que había sido la del asesinato, él vino aquí, al cabo de una hora de haber dejado su barco en el muelle, y le preguntó dónde podía encontrar habitación. ¿No iba con él un desconocido?

—Juraré por siempre jamás de los jamases en mi Alfred David que USTED no estaba con él —contestó Riderhood—. Habla usted muy fuerte, pero las cosas pintan muy mal en su contra, en mi opinión. Me acusa de que George Radfoot desapareció del mapa, y no se volvió a saber de él. ¿Qué significa eso para un marinero? Vaya, hay cincuenta que desaparecen del mapa y no se vuelve a saber de ellos durante un tiempo diez veces más largo. Se enrolan con otro nombre, vuelven a embarcarse cuando su barco llega a su destino, y yo qué sé... y vuelven a presentarse un día cualquiera, y a nadie le importa. Pregúntele a mi hija. Pudo cotorrear lo bastante con ella cuando yo no estaba: cotorree un poco con ella sobre este punto. ¡Usted y sus sospechas de que yo sospecho de él! ¿Y si le digo que sospecho de usted? Me cuenta que George Radfoot fue asesinado. Le preguntó quién lo hizo y cómo lo sabe. Lleva usted su navaja y su tabardo. ¿Le pregunto yo cómo los consiguió? ¡Pásame esa botella! —En ese momento el señor Riderhood parecía actuar bajo la virtuosa ilusión de que era de su propiedad—. Y tú —añadió volviéndose hacia su hija, mientras llenaba la copa sin pie—, si no fuera porque no quiero desperdiciar un jerez tan bueno, te lo tiraría a la cara, por cotorrear con este hombre. Es por culpa del cotorreo que a gente como él le entran sospechas, mientras que las mías las obtengo mediante razonamientos, al ser un hombre honrado y ganarme la vida con el sudor de mi frente, como debería hacer un hombre honrado.

Volvió a llenarse la copa sin pie, y se paseó por la boca la mitad de su contenido mientras contemplaba la otra mitad y la hacía girar lentamente dentro del recipiente; momentos en los que Agrado, cuyos cabellos se habían vuelto a desgreñar al ser apostrofada, se los recogió de nuevo, dándoles la apariencia de una cola de caballo cuando lo llevan a vender al mercado.

—Bueno, ¿ha terminado? —preguntó el forastero.

—No —dijo Riderhood—. No he terminado. Ni mucho menos. ¡Veamos! Quiero saber cómo encontró la muerte George Radfoot, y cómo llegó todo esto a sus manos.

—Si llega a saberlo alguna vez, no será ahora.

—Y después quiero saber —prosiguió Riderhood— si pretende acusar del

asesinato de cómo-se-llame...

—El asesinato de Harmon, padre —sugirió Agrado.

—¡Basta de cotorreo! —vociferó—. ¡Cállate la boca!... Lo que quiero saber, señor, es si acusa de ese crimen a George Radfoot.

—Si llega a saberlo alguna vez, no será ahora.

—¿No lo cometería usted mismo? —dijo Riderhood, con un gesto amenazador.

—Solo yo conozco los misterios de ese crimen —replicó el forastero, negando con la cabeza de manera inflexible—. Solo yo sé que su historia inventada no puede ser cierta de ninguna manera. Solo yo sé que es totalmente falsa, y que usted sabe que es totalmente falsa. Esta noche he venido a decirle parte de lo que sé, y nada más.

El señor Riderhood, con sus ojos de bitoque posados en el visitante, se quedó meditando unos momentos, y a continuación rellenó el vaso, y se llevó al contenido al colete en tres tiempos.

—¡Cierra la puerta de la tienda! —le dijo entonces a su hija, dejando bruscamente el vaso en la mesa—. ¡Y echa la llave y quédate al lado! Si sabe todo esto, señor —y mientras hablaba se interpuso entre el visitante y la puerta—, ¿por qué no ha acudido al abogado Lightwood?

—Eso también es algo que solo yo sé —fue la fría respuesta.

—¿Es que no sabe que, si no cometió el hecho, lo que dice podría valer entre cinco y diez mil libras? —preguntó Riderhood.

—Lo sé perfectamente, y, cuando reclame el dinero, usted lo compartirá.

El hombre honrado hizo una pausa, se acercó un poco a su visitante y se alejó un poco de la puerta.

—Lo sé —dijo el hombre, sin alterarse—, y también sé que usted y George Radfoot estuvieron juntos en más de un negocio turbio; y también sé que usted, Roger Riderhood, conspiró contra un hombre inocente para matarlo a cambio de una suma de dinero; y también sé que puedo (¡y juro que lo haré!) entregarle por ambos motivos, y ser yo mismo el testigo que le acuse, si se me enfrenta.

—¡Padre! —gritó Agrado desde la puerta—. ¡No te enfrentes a él! ¡Deja

que se vaya! ¡No te metas en más problemas, padre!

—¿Quieres dejar ya de cotorrear? —gritó el señor Riderhood, un tanto fuera de sí, entre uno y otro. A continuación, en tono conciliador y rastrero—: ¡Señor! No ha dicho qué quería de mí. ¿Es justo, es digno de usted mencionar que pretendo desafiarle antes de que me diga qué quiere de mí?

—No quiero gran cosa —dijo el forastero—. Esta acusación suya no debe quedar a medias. Lo que se hizo por dinero debe deshacerse por completo.

—Bueno, pero compañero...

—No me llame compañero —dijo el hombre.

—Capitán, entonces —le instó—, ¡vamos! No se opondrá a que le llame capitán. Es un título honorable, y usted lo parece de pies a cabeza. ¡Capitán! ¿No está muerto ese hombre? Os lo pregunto en serio. ¿No está muerto el Jefe?

—Bueno —replicó el otro, con impaciencia—, sí, está muerto. ¿Y qué?

—¿Las palabras pueden perjudicar a un muerto, capitán? Se lo pregunto en serio.

—Pueden perjudicar la memoria de un muerto, y pueden perjudicar a los hijos que viven. ¿Cuántos hijos tenía ese hombre?

—¿Se refiere al Jefe, capitán?

—¿De quién si no estamos hablando? —replicó el otro, con un movimiento del pie, como si Riderhood se estuviera arrastrando delante de él no solo figuradamente, sino físicamente, y quisiera apartarlo—. He oído que tiene una hija, y un hijo. Lo pregunto para saberlo: se lo pregunto a su hija, prefiero hablar con ella. ¿Cuántos hijos dejó Hexam?

Agrado miró a su padre para que le diera permiso para contestar, y el hombre honrado exclamó con encono:

—¿Por qué demonios no contestas al capitán? ¡Cuando no tienes que cotorrear, no paras, mujerzuela perversa!

Con esos ánimos, Agrado le explicó al forastero que solo estaba Lizzie, la hija en cuestión, y el joven. Ambos muy respetables, añadió.

—Es terrible que tengan que llevar un estigma —dijo el visitante, a quien

esas idea incomodó tanto que se puso en pie y comenzó a dar zancadas, farfullando—: ¡Terrible! ¿Imprevisto? ¿Cómo podía preverse! —A continuación se detuvo y dijo en voz alta—: ¿Dónde viven?

Agrado le explicó que su única hija residía con el padre en el momento de su repentina muerte, y que inmediatamente después se marchó del barrio.

—Lo sé —dijo el hombre—, pues estuve en el lugar donde vivían en el momento de la investigación. ¿Podría averiguarme discretamente dónde viven?

Agrado no dudaba que podría hacerlo. ¿Cuánto le parecía que tardaría? Un día. El visitante dijo que muy bien, y que regresaría para que le diera la información, confiando en que la obtendría. Riderhood escuchó ese diálogo en silencio, y le dijo obsequiosamente al capitán:

—¡Capitán! Acerca de mis desafortunadas palabras de antes referidas al Jefe, ha de tener en cuenta que siempre fue un granuja redomado, y que a lo que se dedicaba era al robo. Del mismo modo, cuando fui a ver a esos dos caballeros, el abogado Lightwood y el otro señor, con la información que tenía, es posible que quizá me excediera un poco en mi celo por la causa de la justicia, o (en otras palabras) que me sintiera quizá excesivamente estimulado por los sentimientos que mueven a un hombre cuando hay tanto dinero en juego, pues quiere meterle mano a ese dinero por su familia. Además, creo que el vino de esos dos caballeros... no diré que hubieran puesto una droga dentro, pero tampoco era un vino muy saludable para la cabeza. Y hay que recordar otra cosa, capitán. ¿Acaso me atuve a esas palabras una vez muerto el Jefe? ¿Acaso les dije valientemente a esos dos caballeros: «Caballeros, lo que he dicho, dicho queda; lo que se ha anotado, lo reafirmo»? No. Lo que digo, de manera franca y abierta (¡sin artimañas, fíjese, capitán!) es: «Puede que me confundiera. Lo he estado pensando, y es posible que no anotaran bien mis palabras en esto y lo otro, no lo juraré contra viento y marea, prefiero renunciar a la buena opinión que puedan tener de mí que hacerlo». Y que yo sepa —concluyó el señor Riderhood como prueba y testimonio de su carácter—, ya he renunciado a la buena opinión que pudieran tener de mí varias personas, incluso usted; capitán, si entiendo sus palabras... pero prefiero eso a jurar en falso. Ahí lo tiene; si eso es conspiración, llámeme conspirador.

—Usted firmará una declaración —dijo el visitante, prestando muy poca

atención a su discurso— que diga que todo eso fue completamente falso, y la pobre chica la tendrá. Cuando vuelva la traeré para que la firme.

—¿Cuándo podemos esperarle, capitán? —preguntó Riderhood, interponiéndose de nuevo, indeciso, entre él y la puerta.

—Demasiado pronto para usted. No le decepcionaré; no tema.

—¿No piensa dejar ningún nombre, capitán?

—En absoluto. No tengo la menor intención.

—Eso de «firmará usted» es un poco fuerte, capitán —le instó Riderhood, cada vez interponiéndose menos entre él y la puerta, a medida que el otro avanzaba—. Cuando dice usted que un hombre «firmará» esto y lo otro, capitán, mucho ordeno y mando es el suyo. ¿No se lo parece a usted mismo?

El visitante permaneció inmóvil y lo miró fieramente a los ojos.

—¡Padre, padre! —le suplicó Agrado desde la puerta, llevándose la mano que no tenía ocupada a los labios, temblorosa—. ¡No! ¡No se meta en más líos!

—¡Escúcheme, capitán, escúcheme! Todo lo que deseaba mencionarle, capitán, antes de que partiera —dijo el miserable señor Riderhood, haciéndose a un lado—, eran sus estupendas palabras acerca de una recompensa.

—Cuando yo la reclame —dijo el hombre, en un tono que parecía dejar claramente sobreentendido el apelativo de «perro»—, usted la compartirá.

Mirando fijamente a Riderhood, dijo una vez más, en voz baja, esta vez con la siniestra admiración de quien lo considera un perfecto ejemplo de maldad:

—¡Menudo mentiroso está hecho!

Y, remarcando el halago con un par de asentimientos, salió de la tienda. Aunque a Agrado le deseó amablemente las buenas noches.

El hombre honrado que se ganaba la vida mediante el sudor de su frente permaneció en un estado parecido a la estupefacción, hasta que la copa sin pie y la botella sin acabar se abrieron paso en su mente. Desde allí fueron a parar a sus manos, y el último vaso de vino desembocó en su estómago. Una vez hecho esto, se abrió paso en su mente la clara percepción de que la Cotorra

era la única responsable de lo que había pasado. Por tanto, para no descuidar sus deberes como padre, le arrojó a Agrado un par de katiuskas, que ella esquivó, y a continuación se echó a llorar, la pobrecilla, y utilizó los cabellos como pañuelo.

Capítulo XIII

Un solo y un dúo

El viento soplaba con tanta fuerza que cuando el visitante salió por la puerta de la tienda a la oscuridad y mugre de Limehouse Hole, casi lo mete otra vez dentro. Las puertas daban violentos portazos, las lámparas parpadeaban o se apagaban, los carteles se balanceaban en sus marcos, el agua de los arroyos, dispersada por el viento, volaba en gotitas como lluvia. Indiferente a los elementos, e incluso prefiriendo esa conjunción de ellos al buen tiempo porque mantenía las calles desiertas, el hombre barrió los alrededores con una mirada escrutadora.

—Todo esto lo conozco —murmuró—. No he estado aquí desde esa noche, y no había estado antes de esa noche, pero esto lo reconozco. Me pregunto qué dirección tomamos cuando salimos de esa tienda. Giramos a la derecha como he hecho yo, pero no recuerdo nada más. ¿Fuimos por ese callejón? ¿O bajamos esa callejuela?

Probó con ambas, pero ambas le confundieron por igual, y acabó por volver al mismo sitio.

—Recuerdo que de las ventanas de arriba salían unos palos con ropa tendida, y recuerdo una taberna no muy alta, y el sonido que llegaba por un angosto pasaje de alguien rascando el violín y de un arrastrarse de pies. Pero ahí tenemos todo lo que hay en el callejón, y ahí todo lo que hay en la calleja. Y no recuerdo más que una pared, un portal oscuro, un tramo de escaleras y una habitación.

Probó en otra dirección, pero no sacó nada en claro; las paredes, los portales oscuros, los tramos de escalera y las habitaciones abundaban demasiado. Y, como casi todo el mundo en semejante estado de perplejidad, comenzó a describir un círculo, y se encontró en el mismo punto del que había salido.

—Es como lo que he leído en las historias de fugas de la cárcel —dijo—,

donde la leve pista de los fugitivos en la noche siempre parece tomar la forma del gran mundo redondo en el que andan perdidos; como si eso fuera una ley secreta.

Ahí dejó de ser el hombre de cabellos de estopa y patillas de estopa que la señorita Agrado Riderhood había contemplado, y, dejando aparte que seguía envuelto en su tabardo náutico, se convirtió en alguien tan parecido a ese mismo perdido y buscado señor Julius Handford como no pudiera haber ningún otro en el mundo entero. En un instante, en el bolsillo interior de la chaqueta guardó la hirsuta cabellera y las hirsutas patillas, mientras el viento favorable le acompañaba hasta un solitario lugar que había quedado desierto de transeúntes. No obstante, en ese mismo momento era también el secretario, el secretario del señor Boffin. Pues también el señor John Rokesmith se parecía al mismo perdido y buscado señor Julius Handford como ningún otro hombre de este mundo.

—No tengo ni idea de cómo ir al escenario de mi muerte —dijo—. Tampoco es que ahora eso importe. Pero, tras haberme arriesgado a que me descubrieran al venir aquí, me habría gustado encontrar al menos el rastro de una parte del camino.

Con tan singulares palabras abandonó su búsqueda, salió de Limehouse Hole y tomó el camino que pasaba por Limehose Church. En la gran verja de hierro del cementerio se detuvo y miró hacia el interior. Levantó la mirada hacia la alta torre que resistía espectralmente el viento, y miró hacia las lápidas blancas que lo rodeaban, tan parecidas a los muertos en sus mortajas, y contó las nueve campanadas del reloj de la iglesia.

—No es una sensación que experimenten muchos mortales —dijo—, contemplar un cementerio una noche de tormenta y sentir que entre los vivos no ocupo más lugar que estos muertos, y saber incluso que estoy enterrado en alguna otra parte, al igual que ellos están aquí enterrados. No hay manera de acostumbrarse a ello. Ni un espíritu que antaño hubiera sido un hombre se sentiría más extraño o solitario, al pasearse entre los hombres sin que lo reconocieran, de lo que me siento yo.

»Pero este es el aspecto fantasioso de la situación. Tiene un aspecto real tan complicado que, aunque pienso cada día en él, no acabo de entenderlo. Ahora bien, a ver si consigo resolverlo de camino a casa. Creo que se me escapa, al igual que a muchos hombres, puede que casi todos, se les escapa la

manera de dilucidar lo que más les desconcierta. A ver si consigo dilucidar lo que a mí me desconcierta. Que no se te escape, John Harmon; no se te escape; ¡piensa!

»Cuando regresé a Inglaterra, el país que no me traía más que recuerdos desdichados, a causa de la magnífica herencia que me habían legado estando yo en el extranjero, regresé sin querer saber nada del dinero de mi padre, ni del recuerdo de mi padre, receloso de que me obligaran a tomar una esposa interesada, receloso ante la intención de mi padre de imponerme un matrimonio, receloso de estar volviéndome ya avaricioso, receloso de que se estuviera relajando mi gratitud hacia esos dos nobles y honestos amigos que habían sido la única luz de mi infancia y de mi desconsolada hermana. Regresé, tímido, indeciso, temeroso de mí y de todos, sin conocer nada más que la desdicha que la riqueza de mi padre había ocasionado. Y ahora basta, y ponte a pensar, John Harmon. ¿Así están las cosas? Ni más ni menos.

»En el barco, de tercero de a bordo, estaba George Radfoot. No sabía nada de él. Conocí su apellido más o menos una semana antes de zarpar, cuando me abordó uno de los empleados del consignatario llamándome “señor Radfoot”. Fue un día que había subido a bordo para hacer mis preparativos, y el empleado, acercándoseme por detrás cuando estaba en cubierta, me dio un golpecito en el hombro y me dijo “Señor, Radfoot, mire esto”, refiriéndose a unos papeles que llevaba en la mano. Y Radfoot conoció mi apellido a través de otro empleado, un día o dos más tarde, mientras el barco aún estaba en puerto, cuando aquel se le acercó por detrás, le dio un golpecito en el hombro y comenzó: “Le ruego me disculpe, señor Harmon...”. Creo que nos parecíamos en corpulencia y estatura, pero en nada más, y que tampoco éramos extraordinariamente parecidos, ni en esos dos aspectos, cuando estábamos juntos y se nos podía comparar.

»No obstante, unas frases de cortesía comentando esos errores nos sirvieron de fácil presentación, y, como el clima era cálido, él me proporcionó un fresco camarote sobre cubierta, al lado del suyo, y había estudiado primaria en Bruselas, igual que yo, e igual que yo había aprendido francés, y también tenía una pequeña biografía que contar (Dios sabe cuánta era auténtica, y cuánta falsa) que se parecía un tanto a la mía. Yo también había sido marinero. De manera que intimamos, y con más facilidad aún porque él, como todos los que viajaban a bordo, estaba al corriente del rumor de por qué me dirigía a Inglaterra. Así fue como, poco a poco, llegó a conocer la desazón

de mi espíritu, y de cómo yo había decidido que deseaba ver y formarme alguna opinión de la esposa que me habían asignado, antes de que ella pudiera llegar a conocerme; también deseaba advertir a la señora Boffin, y darle una alegre sorpresa. De manera que quedamos en conseguir trajes vulgares de marinero (pues él me podía guiar por Londres), dejarnos caer por el barrio de Bella Wilfer, y colocarnos por donde ella solía pasar, improvisar según las circunstancias y ver qué ocurría. Si no ocurría nada, yo no perdía nada, y simplemente me presentaría ante Lightwood con cierta demora. ¿Tengo claros todos estos hechos? Sí, son todos exactos.

»Su ventaja sería que durante un tiempo yo tenía que desaparecer. Podía tratarse de uno o dos días, pero yo tenía que desaparecer al desembarcar, o me reconocerían, me esperarían y el plan fracasaría. Así pues, desembarqué valija en mano (como Potterson, el camarero, y el señor Jacob Kibble, mi compañero de viaje, recordarían posteriormente) y le esperé en la oscuridad junto a esa Iglesia de Limehouse que ahora tengo detrás.

»Como siempre había esquivado el puerto de Londres, solo conocía la iglesia de haber visto su aguja estando a bordo. Quizá podría recordar, si sirviera de algo intentarlo, cómo fui solo desde el río; pero cómo fuimos los dos desde la tienda de Riderhood, eso no lo sé... ni tampoco los giros que dimos ni las esquinas que doblamos después de salir de ella. El camino lo eligió confuso a propósito, no hay duda.

»Pero sigamos repasando los hechos, y evitemos confundirlos con mis especulaciones. Me llevara por un camino recto o por uno tortuoso, ¿qué importancia tiene ahora? Tranquilo, John Harmon.

»Cuando nos detuvimos en la tienda de Riderhood, y él le hizo un par de preguntas a ese granuja, que supuestamente solo se referían a dónde podríamos encontrar alojamiento, ¿sospeché de él mínimamente? No. Desde luego no hasta después, cuando lo comprendí. Creo que Riderhood debió de dársela dentro de un papel, la droga, o lo que fuera, que después me dejó fuera de combate, pero ni mucho menos estoy seguro. De lo único de lo que sin la menor duda podría haberlo acusado aquella noche era de que eran viejos compañeros de bellaquerías. La familiaridad sin disimulo que había entre ellos, y el carácter de Riderhood, que ahora conozco, hacen que no sea una suposición aventurada. Pero lo de la droga no lo tengo muy claro. Al hacer repaso, las circunstancias en las que basé mi sospecha, son solo dos.

Una: recuerdo que se pasó un papelito doblado de un bolsillo a otro después de que saliésemos, y que antes no lo había tocado. Dos: ahora sé que Riderhood había sido detenido con anterioridad por estar involucrado en el robo de un desafortunado marinero, al que administraron ese mismo veneno.

»Estoy convencido de que no nos habíamos alejado una milla de esa tienda cuando alcanzamos esa pared, el portal oscuro, el tramo de escaleras, y la habitación. Era una noche especialmente oscura y llovía a cántaros. Cuando evoco las circunstancias, oigo la lluvia salpicando el empedrado del callejón, que no estaba cubierto. La habitación daba al río, o a un muelle, o a un arroyo, y la marea estaba baja. Teniendo una clara noción del tiempo hasta ese instante, sé por la hora que debía de haber marea baja; pero, mientras se preparaba el café, descorrí la cortina (una cortina marrón oscuro), y al asomarme supe, por el reflejo de las escasas luces del vecindario que se veía abajo, que se reflejaban en el barro de la bajamar.

»Él había llevado debajo del brazo una bolsa de lona que contenía su ropa. Yo no llevaba ropa para cambiarme, pues pensaba comprarme un par de prendas baratas. “Está usted muy mojado, señor Harmon” (aún se lo oigo decir), “y yo bastante seco gracias a mi impermeable. Póngase esta ropa mía. A lo mejor le sirven para lo que pretende hacer mañana tan bien como las prendas que pensaba comprar, o mejor. Mientras se cambia, les meteré prisa con el café.” Cuando volvió yo ya me había puesto su ropa, y a él lo acompañaba un negro con una chaqueta de lino, una especie de camarero, que colocó el café humeante sobre la mesa en una bandeja, sin mirarme ni una vez. ¿Lo narro de manera exacta y literal? Literal y exacta, estoy seguro.

»A partir de entonces, mis impresiones son de persona enferma y trastornada; son tan intensas que puedo fiarme de ellas; pero también hay espacios intermedios de los que no sé nada, y que quedan fuera de cualquier noción del tiempo.

»Había bebido un poco de café cuando a mis ojos aquel hombre pareció aumentar de tamaño, y algo me impulsó a acometerle. Forcejamos cerca de la puerta. Él me esquivó, porque yo no sabía dónde golpear, pues todo me daba vueltas, y entre nosotros veía el destello de las llamas de la lumbre. Caí. Me quedé indefenso en el suelo, y un pie me dio la vuelta. Me arrastraron por el cuello hasta un rincón. Oí hablar a unos hombres. Otro pie me dio la vuelta. Vi una figura parecida a mí vestida con mi ropa en una cama. Lo que pudo

haber sido, según mi entendimiento, un silencio de días, semanas, meses o años, quedó roto por la violenta lucha de dos hombres por toda la habitación. El hombre que se parecía a mí fue atacado, y tenía mi valija en la mano. Me pisotearon y me cayeron encima. Oí ruido de golpes, y pensé que se trataba de un leñador talando un árbol. Habría sido incapaz de decir que mi nombre era John Harmon, e incapaz de pensarlo... no lo sabía... pero, cuando oí los golpes, pensé en un leñador y su hacha, y tuve la sensación de estar echado en medio de un bosque.

»¿Es correcto? Es correcto, con la excepción de que no puedo expresármelo de ninguna manera sin utilizar la palabra “yo”. Pero no era yo. Que yo sepa, el “yo” no existía.

»Solo recobré la conciencia después de deslizarme por una especie de tubo, de oír un gran ruido y un centelleo y chisporroteo de fuegos artificiales. “¡Es John Harmon, que se ahoga! John Harmon, lucha por tu vida. ¡John Harmon, llama al cielo y sálvate!” Creo que grité a pleno pulmón en medio de una terrible agonía, y luego algo pesado, horrible e ininteligible desapareció, y era yo quien forcejeaba solo en el agua.

»Estaba muy débil y pálido, me oprimía una terrible modorra y la marea me arrastraba con rapidez. Al mirar por encima de las aguas negras, vi las luces que se cruzaban conmigo a gran velocidad a ambas orillas del río, como si tuvieran prisa por marcharse y dejarme muriendo en la oscuridad. La marea iba bajando, pero yo no sabía ni dónde era arriba o abajo. Mientras, con ayuda del Cielo, intentaba hacer frente a la feroz acometida de las aguas, al final me agarré a un bote amarrado que formaba parte de una hilera de botes en un embarcadero, pero la corriente me engulló por debajo de la lancha, y aparecí, más muerto que vivo, al otro lado.

»¿Estuve mucho tiempo en el agua? Lo suficiente para helarme hasta el tuétano, pero no sé cuánto fue. No obstante, el frío fue clemente, pues fue gracias al gélido aire nocturno y la lluvia como desperté de mi desmayo sobre las losas del embarcadero. Cuando entré en la taberna a la que pertenecía el amarre, supusieron, naturalmente, que me había caído borracho al agua; pues no tenía ni idea de dónde me encontraba, ni era capaz de hablar (a causa del veneno, que me había dejado insensible tras afectar a mi facultad del habla), y suponía que aquella noche era la anterior, pues aún era de noche y llovía. Pero había perdido veinticuatro horas.



MORE DEAD THAN ALIVE.

»He comprobado el cálculo a menudo, y creo que me pasé dos noches recuperándome en la taberna. Veamos. Sí. Estoy seguro de que fue mientras estaba allí echado en la cama cuando me vino la idea de convertir los peligros que había pasado en mi supuesta y misteriosa desaparición, y de probar así a Bella. El temor de vernos obligados a casarnos y perpetuar el destino que parecía haber recaído sobre las riquezas de mi padre (un destino que solo podía acarrear más males) impulsaba esa timidez moral que se remonta a la infancia que pasé en compañía de mi pobre hermana.

»Hasta el día de hoy no puedo entender que la orilla del río donde reaparecí a la superficie fuera la opuesta a aquella en la que me tendieron la trampa, y ya nunca lo entenderé. Ni siquiera en este momento, mientras dejo el río a mi espalda y me dirijo a mi casa, no puedo concebir que sus aguas discurran entre ese lugar y yo, ni que el mar esté donde está. Pero eso no es

aclarar las cosas; esto no es más que un salto al presente.

»No podría haber hecho todo eso de no haber llevado una fortuna dentro de un cinturón impermeable. No era una gran fortuna, ¡poco más de cuarenta libras para el heredero de más de cien mil! Pero era bastante. Sin ellas habría tenido que revelar mi identidad. Sin ellas nunca habría podido ir a la Posada del Tesoro Público, ni alquilado las habitaciones de la señora Wilfer.

»Viví en ese hotel unos doce días, antes de la noche en que vi el cadáver de Radfoot en comisaría. El inexpresable horror mental bajo el que actué, como una de las consecuencias del veneno, hace que el intervalo parezca mucho mayor, pero sé que no pudo serlo. Ese sufrimiento ha ido debilitándose desde entonces, y solo ha vuelto de manera esporádica, y espero estar ya libre de él; pero aún en la actualidad a veces tengo que pararme a pensar, esforzarme, y hacer una pausa, o soy incapaz de decir las palabras que pretendo decir.

»Pero de nuevo divago en lugar de aclarar las cosas. No debo abandonar tan cerca del final. ¡Vamos, adelante!

»Cada día estudiaba el periódico en busca de noticias de mi desaparición, pero no vi ninguna. Una noche que salí a dar una vuelta (pues de día me mantenía apartado) me encontré con un gentío reunido en torno a un cartel pegado a la pared en Whitehall. Me describía a mí, John Harmon, y decía que me habían encontrado muerto y mutilado en el río en circunstancias muy sospechosas; describía mi vestimenta; describía los documentos hallados en mis bolsillos, y afirmaba que el cadáver estaba expuesto para ser identificado. De manera alocada y temeraria corrí hacia allí, y allí (con el horror de la muerte de la que había escapado ante mis ojos en su forma más espantosa, añadiéndose al inconcebible horror que me atormentó en los momentos en que el veneno ejercía un efecto más fuerte sobre mí) me di cuenta de que Radfoot había sido asesinado por una mano desconocida para quitarle el dinero por el que él iba a asesinarme, y que probablemente los dos habíamos sido arrojados al río desde el mismo lugar sombrío, a la misma marea sombría, cuando la marea era más fuerte y profunda.

»Aquella noche estuve a punto de desvelar el misterio, aunque no sospechaba de nadie, ni podía dar información alguna, y lo único que sabía era que el asesinado no era yo, sino Radfoot. Mientras vacilaba, al día siguiente, y mientras seguía vacilando al otro día, parecía que todo el país me

quisiera muerto. La investigación judicial me declaró muerto, el gobierno me proclamó muerto; no podía estarme ni cinco minutos junto a mi chimenea escuchando los ruidos de fuera sin que llegara a mis oídos que yo estaba muerto.

»Así fue como John Harmon murió y Julius Handford desapareció, y cómo nació John Rokesmith. Lo que ha pretendido esta noche John Rokesmith ha sido reparar una injusticia que jamás imaginó que pudiera ocurrir, y que llegó a sus oídos gracias a lo que le relató Lightwood, y que está obligado a remediar sea como sea. En esa intención perseverará John Rokesmith, como es su deber.

»Y ahora, ¿ha quedado todo aclarado? ¿Hasta este momento? ¿No se ha omitido nada? No, nada. Cómo aclararemos el futuro es una tarea mucho más complicada, aunque mucho más breve, que aclarar el pasado. John Harmon ha muerto. ¿Debería volver a la vida?

»Si es sí, ¿por qué? Si es no, ¿por qué?

»Primero pongamos que sí. Para informar a la justicia humana del delito cometido por alguien que ya no está en este mundo y cuya madre podría estar viva. Para informarla a la luz de un callejón empedrado, un tramo de escaleras, una cortina marrón oscura, y un negro. Para acceder al dinero de mi padre, y con él sórdidamente comprar a una hermosa criatura a la que amo... no puedo evitarlo; la razón no tiene nada que ver con eso; la amo en contra de la razón... aunque es tan poco probable que ella me ame por lo que soy como que ame al mendigo de la esquina. ¡Qué mal uso el de ese dinero, digno de cómo se utilizó antaño!

»Bueno, ahora pongamos que no. Las razones por las que John Harmon no debería volver a la vida. Porque ha permitido que esos queridos, viejos y leales amigos pasaran a poseer la herencia. Porque los ve felices con ella, haciendo un buen uso, borrando la herrumbre y la suciedad del dinero. Porque prácticamente han adoptado a Bella, y no le faltará nada. Porque hay suficiente afecto en su naturaleza, y suficiente bondad en su corazón, para que acaben convirtiéndose en algo perdurablemente bueno si las circunstancias son favorables. Porque los defectos de Bella se han intensificado por su lugar en el testamento de mi padre, aunque ya está mejorando. Porque su matrimonio con John Harmon, después de lo que he oído de sus labios, sería una escandalosa burla, de la cual ella y yo siempre seríamos conscientes, que

empeoraría la opinión que tiene de sí misma, la que yo tengo de mí, y la que tiene cada uno del otro. Porque si John Harmon vuelve a la vida y no se casa con ella, la herencia queda en las mismas manos de quien la posee ahora.

»¿Qué debería hacer? Muerto, he encontrado a mis fieles amigos de toda mi vida tan fieles, cariñosos y leales como cuando vivía, y mi recuerdo ha obrado de incentivo para que hicieran buenas obras en mi nombre. Muerto, he descubierto que cuando han tenido una oportunidad de menospreciar mi nombre, y pasar codiciosamente por encima de mi tumba hacia la riqueza y la comodidad, se han detenido junto a ella, como honestos niños, para recordar su amor por mí cuando yo no era más que una pobre criatura asustada. Muerto, he oído decir a la mujer que habría sido mi esposa de estar vivo la repugnante verdad de que la habría comprado, sin que ella me amara, igual que un sultán compra una esclava.

»¿Qué debería hacer? Si los muertos pudieran saber, o saben, cómo los utilizan los vivos, ¿quién de entre las huestes de los muertos ha encontrado una fidelidad más desinteresada que yo? ¿Es que eso no es bastante para mí? De haber regresado, esas nobles criaturas me habrían recibido con los brazos abiertos, habrían llorado de emoción y me lo habrían devuelto todo alegremente. No regresé, y ellos han ocupado mi lugar sin corromperse. Que se queden en él, y que Bella permanezca en el suyo.

»¿Qué debo hacer, pues? Esto. Llevar la misma tranquila vida de secretario, evitando cautelosamente cualquier posibilidad de que me reconozcan, hasta que ellos se hayan acostumbrado un poco más a su nueva situación, y hasta que ese gran enjambre de timadores que tantos nombres toma haya encontrado una nueva presa. Por entonces, el método que sigo en todos los asuntos, y con el que cada día me tomo nuevos esfuerzos para que se familiaricen con él, espero que se haya convertido en una maquinaria que funcione tan bien que sepan mantenerla en marcha. Sé que solo tendría que apelar a su generosidad para que me la concedieran. Cuando llegue el momento, lo único que les pediré es que me devuelvan a mi antigua vida, y John Rokesmith se entregará a ella totalmente satisfecho. Pero John Harmon no regresará.

»Y que nunca, en todos los días que me quedan, tenga el menor recelo de que Bella, en cualquier contingencia, no me hubiera aceptado por lo que soy de habérselo pedido sin rodeos, y se lo pediré sin rodeos: para que quede

probado sin la menor duda lo que ya sé perfectamente. Y ahora está todo aclarado, de principio a fin, y mi mente está más serena.

Tan ensimismado había estado el muerto vivo en su diálogo consigo mismo que no había prestado atención ni al camino que seguía ni al viento que soplaba, resistiendo este último de manera tan instintiva como había seguido el primero. Pero al haber llegado ya a la City, donde había una parada de coches, se quedó indeciso entre ir a sus alojamientos o dirigirse primero a casa del señor Boffin. Decidió encaminarse a la casa, argumentando, ya que llevaba el impermeable sobre el brazo, que llamaría menos la atención si lo dejaba allí que si lo llevaba a Holloway, pues tanto la señora Wilfer como Lavinia sentían una voraz curiosidad referente a cualquier artículo que poseyera el inquilino.

Al llegar a la casa se encontró con que el señor y la señora Boffin estaban fuera, pero que la señorita Wilfer se hallaba en la sala. La señorita Wilfer se había quedado en casa porque no se encontraba muy bien, y por la tarde había preguntado si el señor Rokesmith se hallaba en su habitación.

—Preséntele mis saludos a la señorita Wilfer y dígle que ya estoy aquí.

La señorita Wilfer le devolvió los saludos y le preguntó si, de no ser demasiada molestia, el señor Rokesmith sería tan amable de subir a verla antes de marcharse.

No era demasiada molestia, y el señor Rokesmith subió.

¡Qué guapa estaba! ¡Muy, muy guapa! ¡Ah, si el padre del difunto John Harmon le hubiera dejado su dinero a su hijo, y si su hijo se hubiera topado con esa adorable criatura por sí mismo, y hubiera gozado de la felicidad de hacer que ella le amara, además de amarla él!

—¡Caramba! ¿No se encuentra bien, señor Rokesmith?

—Sí, estupendamente. He lamentado enterarme, al llegar, de que usted no.

—No es nada. Tenía dolor de cabeza (que ya se me ha ido) y no me apetecía encerrarme en un teatro caldeado, de manera que me he quedado en casa. Le he preguntado si no se encontraba bien porque lo veo muy blanco.

—¿De verdad? He tenido una tarde ajetreada.

Bella estaba sentada en una otomana, junto a la lumbre, y a su lado tenía una reluciente mesita que era una joya, y junto a ella, su libro y su labor. ¡Ah,

qué vida tan distinta la del difunto John Harmon de haber gozado del dichoso privilegio de sentarse en esa otomana, rodear esa cintura con el brazo y decirle: «¿Se te ha hecho largo el tiempo sin mí? ¡Pareces una diosa del hogar, querida!».

Pero el actual John Rokesmith, muy alejado del difunto John Harmon, permaneció a cierta distancia. Una breve distancia desde el punto de vista espacial, aunque enorme en relación a lo que les separaba.

—Señor Rokesmith —dijo Bella, tomando su labor e inspeccionándola en las esquinas—, quería comentarle, en cuanto tuviera oportunidad, por qué fui grosera con usted el otro día. No tiene derecho a tener mal concepto de mí, señor.

La penetrante miradita que le lanzó, entre ofendida y malhumorada, habría sido muy admirada por el difunto John Harmon.

—No sabe cuán bueno es el concepto que tengo de usted, señorita Wilfer.

—Desde luego, debe de tener usted una gran opinión de mí, señor Rokesmith, ya que considera que, en la prosperidad, descuido y olvido mi antiguo hogar.

—¿Eso considero?

—En cualquier caso, lo consideraba, señor —replicó Bella.

—Me tomé la libertad de recordarle una pequeña omisión... en la que había incurrido sin darse cuenta y de manera natural. No era más que eso.

—Y le pido permiso para preguntarle, señor Rokesmith —dijo Bella—, por qué se tomó esa libertad. Espero que la frase no le ofenda; es suya, si no lo recuerda.

—Porque me intereso por usted de una manera auténtica, profunda e intensa, señorita Wilfer. Porque deseo ver siempre lo mejor de usted. Porque... ¿debo seguir?

—No, señor —replicó Bella, con la cara sofocada—, ha dicho más que suficiente. Le ruego que no siga. Si posee algo de generosidad, algo de honor, no diga nada más.

El difunto John Harmon, al contemplar aquella orgullosa cara con la mirada humillada, y la rápida respiración que conmovía la cascada de

cabellos castaño claros que caían sobre el hermoso cuello, probablemente hubiera permanecido en silencio.

—Deseo hablar con usted —dijo Bella— de una vez por todas, y no sé cómo hacerlo. Me he pasado aquí la tarde, deseando hablarle, y decidida a hablarle, y pensando que debía. Le ruego que me conceda un momento.

El secretario permaneció en silencio, y ella con la cara desviada, haciendo algún leve y esporádico ademán, como si fuera a volverse y hablar. Al final lo hizo.

—Usted ya sabe cuál es mi situación aquí, señor, y sabe cuál es mi situación en casa de mi familia. Debo decírselo por mí misma, ya que no hay nadie cerca de mí a quien pueda pedírselo. Es poco generoso por su parte, y es poco honorable, que se comporte conmigo como lo hace.

—¿Es poco generoso y honorable sentir devoción por usted; estar fascinado por usted?

—¡Qué ridículo!

El difunto John Harmon lo habría considerado una expresión bastante desdeñosa y altiva de repudio.

—Ahora me veo obligado a continuar —prosiguió el secretario—, aunque solo sea por explicarme o defenderme. Espero, señorita Wilfer, que no le resulte imperdonable, ni siquiera en mí, que le haga una honesta declaración de honesta devoción.

—¡Una honesta declaración! —repitió Bella, con énfasis.

—¿Acaso no lo es?

—Debo pedirle, señor —dijo Bella, refugiándose en una pizca de oportuno resentimiento—, que no me pregunte. Excúseme si me niego a someterme a un interrogatorio.

—Oh, señorita Wilfer, esto no es muy caritativo. Tan solo le pregunto lo que su mismo énfasis sugiere. No obstante, renuncio incluso a esa pregunta. Pero, en lo que he declarado, no me echo atrás. No puedo retirar la declaración de mi serio y profundo afecto por usted, y no la retiro.

—Yo la rechazo, señor —dijo Bella.

—Debería estar ciego y sordo para no estar preparado para esa respuesta.

Perdone mi ofensa, pues en ella está mi castigo.

—¿Qué castigo? —preguntó Bella.

—¿Es que no es castigo lo que soporto ahora? Pero excúseme, no pretendía volver a interrogarla.

—Se aprovecha de una expresión que dije sin pensar —dijo Bella, con cierto reproche hacia sí misma—, y me hace parecer... no sé qué. Cuando la utilicé, lo hice sin pensar. Si eso estuvo mal, lo siento; pero usted la repitió habiéndola pensado, y eso, cuando menos, no me parece mejor. Por lo demás, le ruego que comprenda, señor Rokesmith, que entre nosotros esto se ha acabado, de una vez por todas.

—De una vez por todas —repitió él.

—Sí. Le pido, señor —añadió Bella con mayor ardor— que no me persiga. Le pido que no se aproveche de su posición en esta casa para hacer que la mía sea incómoda y desagradable. Le pido que ponga fin a su costumbre de hacer que sus inoportunas atenciones le sean tan evidentes a la señora Boffin como a mí.

—¿Eso he hecho?

—Yo diría que sí —replicó Bella—. En cualquier caso, si no lo ha hecho no es porque no haya querido, señor Rokesmith.

—Espero que su impresión sea equivocada. Lamentaría mucho que estuviera justificada. No creo haber obrado así. De cara al futuro, no tema. Esto ha terminado.

—Me alivia mucho oírlo —dijo Bella—. Tengo planes muy distintos en la vida, ¿por qué iba a desperdiciar usted la suya?

—¡La mía! —dijo el secretario—. ¡Mi vida!

Su curioso tono hizo que Bella se fijara en la curiosa sonrisa con que había hablado. Desapareció cuando él le devolvió la mirada.

—Perdone, señorita Wilfer —prosiguió él cuando sus ojos se encontraron—, ha utilizado usted duras palabras, que no dudo que considera usted justificadas, pero que yo no comprendo. Poco generoso y poco honorable. ¿En qué?

—Preferiría que no me lo preguntara —dijo Bella, bajando altivamente la

mirada.

—Preferiría no preguntarlo, pero no hay manera de eludir la pregunta. Explíquese, tenga la amabilidad; o si no por amabilidad, hágalo por justicia.

—¡Oh, señor! —dijo Bella, alzando los ojos hacia los suyos, tras una pequeña lucha por evitarlo—. ¿Le parece generoso y honorable utilizar en mi contra el poder que le da ser el favorito del señor y la señora Boffin?

—¿En su contra?

—¿Le parece generoso y honorable trazar un plan para que gradualmente favorezcan un noviazgo que ya he dejado claro que no me gusta, y que ya le digo que rechazo totalmente?

El difunto John Harmon podría haber soportado mucho, pero una sospecha como esa le habría desgarrado el corazón.

—¿Sería generoso y honorable ocupar el puesto que ocupa (si es que así lo hizo, pues no lo sé, y espero que no lo hiciera) previendo, o sabiendo de antemano, que yo vendría a vivir aquí, y planeando quedarse conmigo gracias a esa desventaja?

—Esa mezquina y cruel desventaja —dijo el secretario.

—Sí —asintió Bella.

El secretario guardó silencio unos momentos; a continuación tan solo dijo:

—Se equivoca por completo, señorita Wilfer; está increíblemente equivocada. No obstante, no puedo decir que sea culpa suya. Si merezco algo mejor de usted, es algo que no sabe.

—Al menos, señor —contestó Bella, en la que crecía la indignación de antes—, usted conoce la historia de por qué estoy aquí. Le he oído decir al señor Boffin que usted conoce al dedillo cada línea y cada palabra de ese testamento, pues conoce al dedillo todos sus asuntos. ¿Y no era suficiente que se dispusiera de mí en el testamento, como si fuera un caballo, un perro o un pájaro, para que encima comenzara usted a disponer de mí en su imaginación, y especulara conmigo, cuando ya había dejado de ser la comidilla y la burla de la ciudad? ¿Es que siempre voy a ser propiedad de un desconocido?

—Créame —replicó el secretario—, está increíblemente equivocada.

—Me encantaría comprobarlo —repuso Bella.

—Dudo que lo consiga. Buenas noches. Naturalmente, procuraré que ni el señor ni la señora Boffin lleguen a intuir que esta entrevista ha tenido lugar, al menos, mientras yo permanezca aquí. Confíe en mí, el motivo de su queja no volverá a darse nunca más.

—Entonces me alegro de haberle hablado, señor Rokesmith. Ha sido doloroso y difícil, pero se ha hecho. Si le he ofendido, espero que me perdone. No tengo experiencia y soy impetuosa, y me han malcriado un poco; pero la verdad es que no soy tan mala como creo que parezco, ni como usted me considera.

Rokesmith salió de la habitación después de las últimas palabras de Bella, que había suavizado su actitud a su manera obstinada y contradictoria. Una vez a solas, Bella se recostó en la otomana y dijo:

—¡No sabía que la preciosa mujer fuera un dragón! —A continuación se puso en pie y se miró en el espejo, y le dijo a su imagen—: ¡Hay que ver qué cara se te ha puesto, tontuela! —Luego se dirigió con paso impaciente a la otra punta del cuarto y dijo—: Ojalá papá estuviera aquí para hablar de los matrimonios interesados; pero es mejor que esté bien lejos, pobrecillo, pues si estuviera aquí sé que se tiraría de los pelos.

Entonces arrojó lejos su labor, y detrás el libro; se sentó y canturreó una melodía, y la canturreó desafinada, y se peleó con ella.

Y John Rokesmith, ¿qué hizo?

Bajó a su habitación y enterró a John Harmon a muchas más brazas de profundidad. Se puso el sombrero y salió, y, mientras se dirigía a Holloway o a cualquier otra parte —sin importarle adónde— iba amontonando tierra y más tierra sobre la tumba de John Harmon. Y aunque no paró de andar, no llegó a casa hasta el alba. Y tan ocupado había estado toda la noche, amontonando paladas y paladas de tierra sobre la tumba de John Harmon, que por entonces este estaba enterrado bajo toda una cordillera alpina; y sin embargo, el sacristán Rokesmith seguía amontonando montañas sobre él, aliviando su labor con el canto fúnebre de: «¡Cúbrelo, aplástalo, que se quede ahí abajo!».

Capítulo XIV

Firmeza de propósito

La labor sepulcra de acumular tierra encima de John Harmon toda la noche no condujo a ningún sueño profundo; pero Rokesmith consiguió descansar a ratos por la mañana, y se levantó con su propósito reforzado. Ahora todo había acabado. Ningún fantasma importunaría la paz del señor y la señora Boffin; invisible y sin voz, el fantasma seguiría contemplando como un espectador durante un tiempo más el estado de la existencia de la que se había separado, y dejaría de aparecerse para siempre en las escenas en las que ya no pintaba nada.

Volvió a rememorarle todo. Había acabado en la situación en que se encontraba, igual que les sucede a muchos hombres, sin darse cuenta del poder que acumulan las diversas circunstancias por separado. Cuando, en la desconfianza engendrada por su desdichada infancia y por la nociva acción — sin que por entonces hubiese dado ningún buen fruto, que él supiera— de su padre y de la riqueza de su padre sobre todos los que estaban bajo su influencia, concibió la idea de su primer engaño, lo hizo sin mala intención: iba a durar solo unas pocas horas o días, e iba a implicar únicamente a la muchacha que de manera tan caprichosa le habían impuesto, y a la que él había sido impuesto de manera igual de caprichosa, todo con la mejor intención hacia ella. Pues si él hubiera visto que la muchacha se sentía infeliz con la perspectiva de ese matrimonio (porque su corazón pertenecía a otro hombre o por otra causa), él habría dicho en serio: «He aquí otro de los perversos usos del dinero que solo engendra desdicha. Dejaré que vaya a parar a quienes fueron los únicos protectores y amigos míos y de mi hermana». Cuando la celada en la que cayó llevó al traste su primera intención, y se vio dado por muerto en los carteles que las autoridades policiales habían pegado por todo Londres, aceptó de manera confusa la ayuda que le llegó de repente, sin considerar de qué manera tan irrevocable permitiría a los Boffin acceder a su fortuna. Cuando los vio, y supo cómo

eran, y ni siquiera desde su ventajoso lugar de observación les encontró defecto alguno, se preguntó: «¿Y debo resucitar para quitarle a esta gente lo que tiene?». De nada servía someterlos a tan dura prueba. Había oído de los propios labios de Bella, mientras llamaba a la puerta en la noche en que fue a alquilar sus habitaciones, que el matrimonio habría sido, por parte de ella, totalmente interesado. Desde entonces la había puesto a prueba, desde su condición de persona desconocida y secretario, y ella no solo había rechazado sus insinuaciones, sino que se las había tomado a mal. ¿Era propio de su carácter caer en el oprobio de comprarla o en la maldad de castigarla? Sí, si volvía a la vida y aceptaba la condición de la herencia, haría lo primero; y si volvía a la vida y la rechazaba, haría lo segundo.

Otra consecuencia que no había previsto era que su supuesto asesinato acabara implicando a un hombre inocente. Obtendría una completa retractación del acusador y lo aclararía todo; pero estaba claro que esa injusticia no habría sucedido de no haber planeado ese engaño. Por tanto, a pesar de las inconveniencias y zozobras que le costara, era viril arrepentimiento aceptarlo como consecuencia, y no quejarse.

Eso pensaba John Rokesmith por la mañana, y enterró a John Harmon aún a más brazas de profundidad de lo que lo había enterrado por la noche.

Salió más temprano de lo acostumbrado y se encontró con el querubín en la puerta. Durante un trecho los dos siguieron el mismo camino, y anduvieron juntos.

Era imposible no observar el cambio de aspecto del querubín. Este se dio perfecta cuenta y comentó con modestia:

—Es un regalo de mi hija Bella, señor Rokesmith.

Las palabras produjeron una satisfactoria impresión en el secretario, pues se acordó de las cincuenta libras, y eso le hizo seguir amando a la muchacha. Sin duda era una debilidad —siempre es una debilidad, mantienen las autoridades en la materia—, pero amaba a la chica.

—No sé si ha leído algún libro de viajes por África, señor Rokesmith —dijo R. W.

—He leído varios.

—Bueno, pues ya sabe que, por lo general, suele haber un rey Jorge, un

rey Niño, o un rey Sambo, o un rey Bill, o Rum, o Jack, o cualquier nombre que le hayan puesto los marineros.

—¿Dónde? —preguntó Rokesmith.

—En todas partes. En cualquier lugar de África, quiero decir. Casi en todas partes, diría; pues los reyes negros son vulgares... y creo... —añadió R. W. con aire de disculpa— que desagradables.

—Comparto su opinión, señor Wilfer. ¿Iba a decir que...?

—Iba a decir que el rey generalmente solo lleva un sombrero hecho en Londres, o unos tirantes hechos en Manchester, o unas charreteras, o una casaca de uniforme con las piernas metidas en las mangas, o algo así.

—Exactamente —dijo el secretario.

—Le aseguro, en confianza, señor Rokesmith —observó el jovial querubín—, que cuando vivían en casa más miembros de mi familia y había que alimentarlos a todos, me acordaba enormemente de ese rey. No tiene ni idea, al ser soltero, de lo difícil que me ha resultado llevar más de una prenda a la vez.

—No me cuesta creerlo, señor Wilfer.

—Solo se lo menciono —dijo R. W. con gran afecto en el corazón— como prueba del amable, delicado y considerado afecto de mi hija Bella. Si hubiera sido un poco malcriada, no le habría dado tanta importancia, dadas las circunstancias. Pero no, ni lo más mínimo. ¡Y es tan guapa...! Espero que coincida conmigo en encontrarla tan guapa, señor Rokesmith.

—No le quepa duda. Todos deben de encontrarla guapa.

—Eso espero —dijo el querubín—. La verdad es que no tengo ninguna duda. Todo esto es un gran paso en su vida, señor Rokesmith. Se le abren muchas posibilidades.

—La señorita Wilfer no podría tener mejores amigos que el señor y la señora Boffin.

—¡Imposible! —dijo el gratificado querubín—. La verdad es que empiezo a pensar que las cosas están muy bien como están. Si John Harmon viviese...

—Está mejor muerto —dijo el secretario.

—Bueno, tampoco diría yo eso —exclamó el querubín, censurándole un poco ese tono rotundo e implacable—, pero a lo mejor no le habría gustado a Bella, o Bella no le habría gustado a él, o cincuenta cosas distintas, mientras que ahora espero que pueda elegir por sí misma.

—¿Es que quizá, y ya que me otorga la confianza de hablar del asunto, me perdonará que se lo pregunte... es que quizá... ya... ha elegido? —Al secretario le falló la voz.

—¡Por Dios, no! —contestó R. W.

—Las jóvenes, a veces —insinuó Rokesmith—, eligen sin mencionar su elección a los padres.

—No en este caso, señor Rokesmith. Entre mi hija Bella y yo existe un pacto, un convenio de confianza. Fue ratificado el otro día. La ratificación data de... esto —dijo el querubín, dándose un tironcito a las solapas de la chaqueta y a los bolsillos de los pantalones—. No, no ha elegido. Sin duda, el joven George Sampson, en la época en que John Harmon...

—¡A quien deseo que jamás hubiera nacido! —dijo el secretario, con ceño sombrío.

R. W. lo miró con sorpresa, como pensando que le había cogido una inexpresable ojeriza al pobre difunto, y añadió:

—En la época en que buscaban a John Harmon, no hay duda de que el joven George Sampson rondaba a Bella, ni de que esta se lo permitía. Pero nunca se lo tomó en serio, y mucho menos ahora. Pues Bella es ambiciosa, señor Rokesmith, y creo poder predecir que se casará con alguien de dinero. Esta vez, fíjese, tendrá delante de ella a la persona y a la fortuna, y podrá hacer su elección con los ojos abiertos. Yo voy por allí. Lamento mucho tener que separarme de usted tan pronto. ¡Buenos días, señor!

El secretario siguió su camino, no demasiado animado por esa conversación, y al llegar a la mansión de los Boffin se encontró con que Betty Higden lo esperaba.

—Le agradecería mucho, señor —dijo Betty—, que me permitiera el atrevimiento de robarle unos minutos.

Él le dijo que podía robarle todos los minutos que quisiera; la llevó a su habitación y la invitó a sentarse.

—Es referente a Fangoso, señor —dijo Betty—. Por eso he venido sola. Como no quiero que él se entere de lo que voy a decirle, me adelanté a él, y salí temprano para llegar hasta aquí.

—Tiene usted una energía maravillosa —replicó Rokesmith—. Es usted tan joven como yo.

Betty Higden negó gravemente con la cabeza.

—Estoy fuerte, señor, pero no joven, ¡gracias a Dios!

—¿Da gracias por no ser joven?

—Sí, señor. Si fuera joven, tendría que pasar por todo otra vez, y se me haría muy fatigoso, ¿no lo ve? Pero olvídense de mí; he venido por Fangoso.

—¿Qué ocurre con él, Betty?

—Tan solo esto, señor. No he logrado convencerle, por mucho que lo he intentado, de que no puede obrar respetuosamente hacia sus amables señores y hacer este trabajo para mí al mismo tiempo. No es posible. Para que consiga ganarse bien la vida y salir adelante, debe abandonarme a mí. Bueno, pues no quiere.

—Le respeto por ello —dijo Rokesmith.

—¿Lo dice en serio, señor? Lo único que yo sé es lo que yo pienso. Y no me parece bien dejar que se salga con la suya. Así que, como él no quiere dejarme, voy a dejarlo yo a él.

—¿Cómo, Betty?

—Voy a escaparme de él.

Mirando con asombro a esa cara anciana e indómita y a sus ojos luminosos, el secretario repitió:

—¿Escaparse de él?

—Sí, señor —dijo Betty, asintiendo. Y en ese asentimiento, y en el firme gesto de la boca había un enérgico propósito del que no se podía dudar.

—¡Vamos, vamos! —dijo el secretario—. Tenemos que hablar de esto. Analicémoslo con calma, e intentemos llegar al verdadero meollo de la cuestión y a su verdadera solución, paso a paso.

—Muy bien, mire, querido —replicó la vieja Betty—, le pido perdón por

tomarme estas confianzas, pero por la edad que tengo casi podría ser dos veces su abuela. Muy bien, mire. Mi vida es muy pobre, y cuesta mucho ganársela con el trabajo que yo hago, y de no ser por Fangoso no sé cómo hubiera aguantado tanto tiempo. Pero apenas nos mantenía a los dos a flote, los dos juntos. Ahora que estoy sola (pues incluso Johnny se ha ido), preferiría estarme de pie y agotarme yo sola que sentada mano sobre mano junto al fuego. Y le diré por qué. Se apodera de mí a veces un abatimiento que ese tipo de vida favorece, y que no me gusta. A veces me parece que tengo a Johnny en mis brazos... a veces a su madre... a veces a la madre de su madre... a veces me parece que yo misma soy una niña, y que estoy de nuevo en los brazos de mi madre... y entonces me quedo como aturdida, en mi pensamiento y mis sentidos, hasta que me levanto de donde estoy sentada, temiendo volverme como esos pobres ancianos que encierran en el asilo de pobres, y que ves en ocasiones, cuando los dejan salir de las cuatro paredes para que se calienten un poco al sol y se arrastren asustados por las calles. De joven yo era ágil, y siempre he mantenido el cuerpo activo, como le dije a su señora la primera vez que vi su bondadosa cara. Aún soy capaz de caminar veinte millas si me lo propongo. Preferiría caminar a abandonarme al entumecimiento y al temor. Trabajo bien el punto, y aún puedo hacer algunas cosas para vender. El préstamo de veinte chelines que me hicieron sus señores para comprar un cesto de vituallas sería para mí una fortuna. Si me paseo por el campo y me canso, alejaré esta sensación de abatimiento y me ganaré el pan con mi trabajo. ¿Qué más puedo querer?

—¿Y este es su plan para escaparse? —dijo el secretario.

—¡Muéstreme uno mejor! Querido, muéstreme uno mejor. Bueno, sé muy bien —dijo la anciana Betty Higden—, y sabe usted muy bien, que sus señores me tendrían como una reina el resto de mis días, si todos nos pusiéramos de acuerdo. Pero no vamos a ponernos de acuerdo. Nunca he aceptado caridad, ni tampoco ninguno de los míos. Y sería traicionarme, traicionar a mis hijos ya muertos, y traicionar a sus hijos ya muertos, entrar al final en esa contradicción.

—Al final podría ser justificable e inevitable —insinuó amablemente el secretario, recalcando un poco las primeras palabras.

—¡Espero que no lo sea nunca! Y eso no significa que pretenda ofenderles siendo orgullosa —dijo sencillamente la anciana mujer—, sino que quiero ser

una mujer de una pieza, y procurarme el sustento hasta mi muerte.

—Y naturalmente —añadió el secretario—, Fangoso buscará afanosamente su oportunidad de ser para usted lo que usted ha sido para él.

—¡Puede estar seguro de ello, señor! —dijo Betty alegremente—. Pero tendrá que echarle mucha energía, pues yo ya me estoy haciendo vieja. ¡Pero también soy fuerte, y ni el viajar ni el mal tiempo pueden hacerme daño todavía! Por favor, sea tan amable de hablar en mi nombre con sus señores, y dígales qué es lo que solicito de su bondad y amabilidad, y por qué lo deseo.

El secretario se dijo que no le podían negar a esa brava heroína lo que les pedía, y de inmediato se fue a ver a la señora Boffin y le recomendó que permitiera a Betty Higden obrar su voluntad, al menos por el momento.

—Sé que para su amable corazón sería más satisfactorio darle todo lo que necesitara —dijo—, pero hemos de tomarnos como un deber respetar su espíritu independiente.

La señora Boffin no fue insensible a las consideraciones que le presentaron. Ella y su marido también habían trabajado, y habrían sacado su honor y su fe sencilla de montones de basura. Si tenían algún deber con Betty Higden, sin duda debían cumplirlo.

—Pero Betty —dijo la señora Boffin cuando acompañó a John Rokesmith de nuevo a su habitación, y derramó sobre ella la luz de su radiante faz—, una vez concedido todo esto, yo no me escaparía.

—Sería más fácil para Fangoso —dijo la señora Higden, negando con la cabeza—. También sería más fácil para mí. Pero sea como usted guste.

—¿Cuándo se iría?

—Ahora —fue su respuesta pronta y vivaracha—. Hoy, querida, mañana. Bendita sea, ya estoy acostumbrada. Conozco bien muchas partes de las zonas rurales. Cuando no había otra cosa que hacer, trabajé en muchas huertas y en muchas plantaciones de lúpulo.

—Si le doy mi consentimiento, Betty... y el señor Rokesmith cree que debería dárselo...

Betty mostró su reconocimiento a Rokesmith con una agradecida reverencia.

—... no hemos de perderle la pista. No debemos dejar de saber de usted. Debemos estar al corriente de todo lo que le ocurra.

—Sí, querida mía, pero no por correo, porque escribir cartas, de hecho, escribir lo que sea, no era algo que estuviera al alcance de gente como yo cuando era joven. Pero iré de un lado a otro. No tema, que no perderé ninguna oportunidad de venir a ver su reconfortante cara. Además —dijo Betty con una lógica buena fe—, tendré una deuda que saldar, poco a poco, y naturalmente eso me traerá de vuelta, aunque no fuera otra cosa.

—¿No queda otro remedio? —preguntó la señora Boffin, aún reacia, al secretario.

—Creo que no.

Tras cierta discusión posterior, se acordó que se haría lo que Betty deseaba, y la señora Boffin llamó a Bella para que anotara las pequeñas compras necesarias a fin de que Betty se pudiera establecer en su profesión.

—Y no temas por mí, querida —dijo la resuelta anciana, observando la cara de Bella—, cuando ocupe mi lugar con mi labor en un mercado rural, limpia, atareada y fresca, me sacaré mis seis peniques igual que la mujer de cualquier granjero.

El secretario aprovechó la oportunidad para abordar la cuestión práctica de las aptitudes de Fangoso. La señora Higden dijo que habría sido un magnífico ebanista, «de haber dispuesto del dinero para pagar su aprendizaje». Le había visto manejar herramientas que había pedido prestadas para arreglar la máquina de escurrir, o reparar algún mueble que se había roto, de una manera sorprendente. Por lo que se refería a construir juguetes de la nada para los recogidos, era algo que había hecho a diario. Y en una ocasión, hasta una docena de personas se reunió en el callejón para ver lo bien que había encajado las piezas del instrumento musical de un mono extranjero.

—Eso está bien —dijo el secretario—. No será difícil encontrar un oficio para él.

Como en aquel momento John Harmon estaba enterrado bajo enormes montañas, el secretario se dispuso, ese mismo día, a rematar sus asuntos y acabar con él. Redactó una prolija declaración, que había de firmar Rogue Riderhood (sabiendo que podía obligarle a firmar si le hacía otra visita vespertina, mucho más corta), y a continuación se puso a pensar en a quién

debería entregar el documento. ¿Al hijo de Hexam, o a la hija? Enseguida decidió que a la hija. Aunque sería más seguro evitar ver a la hija, pues el hijo había visto a Julius Handford, y —ninguna cautela era bastante— podía ocurrir que el hijo y la hija cambiaran impresiones, lo que despertaría alguna sospecha latente y acabaría teniendo consecuencias. «¡Incluso podrían detenerme por haber participado en mi propio asesinato!», reflexionó. Por eso decidió que lo mejor sería enviarlo a la hija en un sobre y por correo. Agrado Riderhood se había comprometido a averiguar dónde vivía, por lo que no era necesario adjuntar ninguna frase de explicación. Hasta allí, todo iba bien.

Pero todo lo que sabía de la hija procedía de los relatos de la señora Boffin, y estos se originaban en lo que ella le había oído contar al señor Lightwood, que tenía reputación de contar las cosas de una manera muy particular, sobre todo esa en concreto. A Rokesmith le interesaba ese relato, y le habría gustado poder saber más —por ejemplo, que ella recibía el documento de exoneración, y que la satisfacía— estableciendo algún canal de comunicación del todo independiente de Lightwood: el cual, del mismo modo, había visto a Julius Handford, y había colocado unos anuncios para averiguar el paradero de Julius Handford, y a quien, de entre todos los hombres, él, el secretario, había evitado especialmente. «Pero el discurrir de las cosas es posible que me ponga cara a cara con él en algún momento, cualquier día de la semana o cualquier hora del día».

Y ahora había que tratar de encontrar algún medio de abrir ese canal. El muchacho, Hexam, estudiaba para maestro con un maestro. El secretario lo sabía, pues el papel que había jugado la hermana a la hora de conseguir que el muchacho estudiase parecía ser la parte más edificante del relato que hacía Lightwood de la familia. Ese joven, Fangoso, precisaba de algún tipo de instrucción. Si él, el secretario, contrataba al maestro para que se la impartiera, podría abrirse ese canal. El siguiente punto era: ¿conocía la señora Boffin el nombre del maestro? No, pero sabía dónde estaba la escuela. Suficiente. El secretario le escribió sin más tardanza al maestro de esa escuela, y esa misma tarde Bradley Headstone contestó en persona.

El secretario informó al maestro que el destinatario de sus enseñanzas era un joven al que el señor y la señora Boffin deseaban ayudar para que tuviera un lugar útil e industrioso en la vida, y que a ese fin se lo enviarían algunas tardes para que recibiera instrucción. El maestro estaba dispuesto a hacerse cargo de ese alumno. El secretario preguntó en qué condiciones. El maestro le

propuso las condiciones. Asunto acordado y liquidado.

—¿Puedo preguntarle quién tiene tan buena opinión de mí como para haberme recomendado a usted? —dijo Bradley Headstone.

—Debería saber que yo no soy aquí quien manda. Soy el secretario del señor Boffin. El señor Boffin es un caballero que recibió una herencia que puede que haya oído mencionar por ahí, la fortuna Harmon.

—El señor Harmon —dijo Bradley, que se habría quedado mucho más estupefacto de saber con quién hablaba—: fue asesinado y encontrado en el río.

—Fue asesinado y encontrado en el río.

—No fue...

—No —le interrumpió el secretario, sonriendo—, no fue él quien lo recomendó. El señor Boffin le oyó hablar de usted a un tal señor Lightwood. Creo que conoce al señor Lightwood, o que ha oído hablar de él.

—Sé de él todo lo que deseo saber, señor. No me relaciono con el señor Lightwood ni lo deseo. No tengo ningún reparo que ponerle al señor Lightwood, pero sí a algunos de los amigos del señor Lightwood... en concreto, a uno de los amigos del señor Lightwood. Su amigo del alma.

Apenas era capaz de pronunciar las palabras, ni siquiera allí y entonces, tan furioso se ponía (aunque consiguiera reprimirse con un esfuerzo infinito) cada vez que resurgía en su mente el comportamiento indiferente y desdeñoso de Eugene Wrayburn.

El secretario se dio cuenta de que había un asunto delicado que despertaba fuertes sentimientos, y cambió de tema, aunque Bradley se aferró a él con su torpeza habitual.

—No tengo reparo en mencionar el nombre —dijo en su terquedad—. La persona objeto de mis reparos es el señor Eugene Wrayburn.

El secretario lo recordaba. En su confuso recuerdo de aquella noche en que luchaba contra la droga, aparecía la tenue imagen de la persona de Eugene; pero recordaba su nombre, y su manera de hablar, y cómo había ido con ellos a ver el cadáver, y dónde había estado, y qué había dicho.

—Por favor, señor Headstone, ¿puede decirme el nombre —preguntó, aún

intentando cambiar de tema— de la joven hermana de Hexam?

—Se llama Lizzie —dijo el maestro, contrayendo intensamente toda la cara.

—Es una joven de un carácter extraordinario, ¿verdad?

—Es lo bastante extraordinaria para ser superior al señor Eugene Wrayburn... aunque eso lo sería cualquier persona corriente —dijo el maestro—, y espero que no me tache de impertinente, señor, si le pregunto por qué junta los dos nombres.

—Por nada especial —replicó el secretario—. Al comprender que la mención del señor Wrayburn le resultaba desagradable, he intentado desviarme de él: aunque al parecer no he tenido mucho éxito.

—¿Conoce al señor Wrayburn?

—No.

—Así pues, ¿no ha juntado esos dos nombres basándose en ninguna afirmación de ese caballero?

—Desde luego que no.

—Me he tomado la libertad de preguntar —dijo Bradley, tras bajar la mirada al suelo—, porque ese hombre es capaz de cualquier afirmación, tal es la arrogante frivolidad de su insolencia. Espero... espero que no me malinterprete, señor. Yo... me tomo un gran interés en estos dos hermanos, y el tema despierta en mí sentimientos muy intensos. Sentimientos muy, muy intensos. —Con mano temblorosa, Bradley se sacó el pañuelo y se secó la frente.

El secretario se dijo, mientras contemplaba la cara del maestro, que desde luego ahí sí que había abierto un canal, y que era inesperadamente oscuro, profundo y tormentoso, y difícil de sondear. De repente, en medio de sus turbulentas emociones, Bradley se detuvo y pareció enfrentar su mirada. Casi como si le preguntara de repente: «¿Qué ve en mí?».

—El hermano, el joven Hexam, fue quien realmente le recomendó —dijo el secretario, volviendo tranquilamente a la cuestión—. Resultó que el señor y la señora Boffin, gracias al señor Lightwood, se enteraron de que era su discípulo. Cualquier pregunta que le formule en referencia al hermano y la hermana, o a cualquiera de los dos, se la hago por mi cuenta, por mi propio

interés en el tema, y no desde mi condición de secretario ni en nombre del señor Boffin. No tengo por qué explicarle de dónde surge mi interés. Está usted al corriente de la relación del padre de ambos con el descubrimiento del cadáver del señor Harmon.

—Señor —replicó Bradley, de lo más agitado—, conozco todas las circunstancias del caso.

—Por favor, dígame, señor Headstone —dijo el secretario—. La hermana, ¿sufre alguna deshonra a causa de la absurda acusación (infundada sería una palabra más acertada) que se hizo contra el padre, y que ha sido retirada en lo sustancial?

—No, señor —replicó Bradley, con una especie de cólera.

—Me alegra mucho oírlo.

—A la hermana —dijo Bradley, separando las palabras con un exceso de esmero, y hablando como si las recitara de un libro— no se le puede hacer ningún reproche que repela a un hombre de carácter impecable, que haya hecho todo lo posible para abrirse camino, y que planee situarla en su misma condición social. No diré elevarla a su condición; digo situarla. La hermana trabaja sin más reproche que el que, por desgracia, pueda hacerse ella. Creo que resulta muy elocuente el hecho de que nada impida que ese hombre que la considera su igual esté convencido de que no hay tacha en ella.

—¿Y existe, ese hombre? —preguntó el secretario.

Bradley Headstone frunció el entrecejo, cuadró su poderosa mandíbula inferior y clavó los ojos en el suelo con un aire de determinación que parecía innecesario para la ocasión.

—Ese hombre existe —contestó.

El secretario no tenía razón ni excusa para prolongar esa conversación, y acabó allí. A las tres horas, el hombre de pelo de estopa se presentó una vez más en la Casa de Préstamos, y aquella noche la retractación de Rogue Riderhood estaba en la oficina de correos, dirigida dentro de un sobre a Lizzie Hexam, a su dirección correcta.

Todas aquellas gestiones mantuvieron tan ocupado a John Rokesmith que hasta el día siguiente no volvió a ver a Bella. Parecía haber quedado tácitamente entendido entre ellos que, para su tranquilidad, debían mantenerse

todo lo distantes que pudieran, sin que el señor ni la señora Boffin percibieran ningún cambio de actitud. El tener que avituallar la cesta de la vieja Betty Higden fue de bastante ayuda, pues mantuvo a Bella concentrada e interesada, y la atención de todos.

—Creo —dijo Rokesmith, mientras todos rodeaban a Betty y ella colocaba las vituallas en su pulcra canasta (menos Bella, que, de rodillas, ayudaba junto a la silla en que estaba la canasta)— que al menos debería guardar una carta en el bolsillo, señora Higden, que yo le escribiré y que fecharé aquí mismo, en la que se declare simplemente, en nombre del señor y la señora Boffin, que son sus amigos... no diré sus patronos porque a ellos no les gustaría.

—No, no, no —dijo el señor Boffin—, ¡nada de patronos! Olvidémonos de los patronos, y da igual dónde vayamos a parar.

—Ya hay demasiados sin nosotros, ¿no te parece, Noddy? —dijo la señora Boffin.

—¡Y que lo digas, señora! —replicó el Basurero de Oro—. ¡De sobra, ya lo creo!

—Pero a la gente a veces le gusta tener un patrón que la proteja, ¿no es verdad, señor? —preguntó Bella, levantando la mirada.

—A mí, no. Y si le gusta a alguien, más le valdría espabilarse —dijo el señor Boffin—. Patronos y patronas, vicepatrones y vicepatronas, patronos difuntos y patronas difuntas, ex vicepatrones, y ex vicepatronas, ¡qué significa todo eso en los libros de las fundaciones de beneficencia que siguen lloviéndole a Rokesmith cuando se sienta entre ellos y que ya casi le ahogan! Si el señor Tom Noakes da cinco chelines, ¿no es un patrón?^[24] Y si la señora de Jack Styles no da sus cinco chelines, ¿no es una patrona? ¿Qué diantre es todo eso? Si no es una total y absoluta desvergüenza, ¿cómo llamarlo?

—No te sulfures, Noddy —le instó la señora Boffin.

—¡Sulfurarme! —exclamó el señor Boffin—. Pero si esto basta para echar humo. No puedo ir a ningún lado sin que me patrocinen. No quiero que me patrocinen. Si compro una entrada para una muestra floral, o un espectáculo musical, o cualquier tipo de muestra o espectáculo, y pago mi buen dinero, ¿por qué me tienen que patrocinar patronos y patronas, como si me hicieran un favor? Si hay que hacer algo bueno, ¿no puede hacerse por sus propios

méritos? Si hay algo malo que hacer, ¿acaso los patronos y patronas pueden hacerlo bueno? No obstante, cuando va a construirse alguna nueva institución, me parece a mí que a los ladrillos y a la argamasa no se les da ni la mitad de importancia que a los patronos; no, ni tampoco a sus objetivos. ¡Me gustaría que alguien me dijera si en los demás países hay tantos patronos, ni de lejos, como en el nuestro! Y en cuanto a los patronos y patronas propiamente dichos, me pregunto si no se avergüenzan de sí mismos. ¡No son Píldoras, ni Champús para el pelo, ni Esencias para Reforzar los Nervios, para que se les dé tanto bombo!

Tras haber expresado esas observaciones, el señor Boffin se entregó a un trotecillo, como era su costumbre, y a continuación regresó al lugar del que había partido.

—En cuanto a la carta, Rokesmith —dijo el señor Boffin—, tiene más razón que un santo. Dele la carta, hágale coger la carta, póngasela en el bolsillo por la fuerza. La señora Higden podría enfermar... Sabe que podría enfermar —dijo el señor Boffin—. No lo niegue, señora Higden, en su obstinación; sabe que podría ocurrir.

La vieja Betty se echó a reír, y dijo que aceptaría la carta agradecida.

—¡Eso está bien! —dijo el señor Boffin—. ¡Vamos! Eso sí que es sensato. Y no nos dé las gracias a nosotros (pues ni se nos había ocurrido), sino al señor Rokesmith.

Se escribió la carta, se la leyeron y se la entregaron.

—Bueno, ¿cómo se siente? —dijo el señor Boffin—. ¿Le gusta?

—¿La carta, señor? —dijo Betty—. ¡Sí, es una hermosa carta!

—No, no, no, la carta no —dijo el señor Boffin—, la idea. ¿Está segura de que se siente lo bastante bien como para seguir con su idea?

—Es la manera en que me sentiré más fuerte y mantendré alejado el abatimiento. Creo que ese es el mejor camino de todos los que se me presentan, señor.

—No diga de todos los que se le presentan —la instó el señor Boffin—, pues hay algunos que no tienen fin. Por ejemplo, en La Enramada nos iría bien un ama de llaves. ¿No le gustaría ver La Enramada, y conocer a un hombre de letras retirado que se llama Wegg y vive allí... y tiene una pata de

palo?

La vieja Betty estaba hecha a prueba de tentaciones, y comenzó a ajustarse la capota negra y el chal.

—Después de todo, no la dejaría marchar, ahora que llega el momento —dijo el señor Boffin—, si no tuviera la esperanza de que eso hará de Fangoso un hombre y un trabajador, en un plazo tan breve que aún no consta en los anales. Bueno, ¿qué tiene ahí, Betty? ¿No es un muñeco?

Era el soldado de la guardia que había estado sobre la colcha de la cama de Johnny. La solitaria mujer enseñó lo que era, y sin decir palabra se lo guardó dentro del bolsillo. A continuación se despidió llena de agradecimiento de la señora Boffin, y del señor Boffin, y de Rokesmith, y con sus brazos viejos y arrugados rodeó el cuello joven y lozano de Bella, y dijo, repitiendo las palabras de Johnny:

—Un beso para la guapa señora.

El secretario miró desde la puerta a la guapa señora así abrazada, y siguió mirando a la guapa señora cuando estuvo sola, mientras aquella anciana figura, con su mirada viva y firme, recorría la calle y se alejaba de la parálisis y la indigencia.



THE BOOFER LADY.

Capítulo XV

El caso hasta ahora

Bradley Headstone se aferraba con fuerza a la otra entrevista que iba a mantener con Lizzie Hexam. Al estipularla, lo había hecho impulsado por un sentimiento casi de desesperación, y el sentimiento aún permanecía en él. Poco después de su entrevista con el secretario, él y Charley Hexam se pusieron en marcha una tarde plomiza —y no se le pasó por alto a la señorita Peecher— para celebrar esa desesperada entrevista.

—Esa modista de muñecas —dijo Bradley— no nos tiene ninguna simpatía, Hexam, ni a ti ni a mí.

—¡Es una mocosa insolente y contrahecha, señor Headstone! Sabía que se entrometería, si podía, y estaba seguro de que saldría con una impertinencia. Fue por eso por lo que le propuse que fuéramos a la City esta noche a encontrarnos con mi hermana.

—Me lo imaginaba —dijo Bradley, poniéndose los guantes en sus manos nerviosas mientras caminaba—. Me lo imaginaba.

—Solo mi hermana —añadió Charley— sería capaz de encontrar una compañera tan singular. Lo ha hecho por su ridícula fantasía de consagrarse a otra persona. Eso me dijo la noche que fuimos allí.

—¿Y por qué iba a consagrarse a la modista? —le preguntó Bradley.

—¡Bah! —dijo el muchacho, sonrojándose—. ¡Una de sus ideas románticas! Intenté convencerla de que solo era eso, pero fracasé. No obstante, señor Headstone, esta noche no tenemos que fracasar, y lo demás vendrá solo.

—Sigues siendo optimista, Hexam.

—Desde luego que sí, señor. Bueno, lo tenemos todo de nuestro lado.

«Excepto a tu hermana, quizá», pensó Bradley. Pero solo fue un funesto

pensamiento, y no dijo nada.

—Todo está de nuestro lado —repitió el joven, con juvenil confianza—. ¡La respetabilidad, una excelente familia para mí, el sentido común, todo!

—Claro, tu hermana siempre ha demostrado tenerte mucho cariño —dijo Bradley, dispuesto a ponerse de su parte incluso en esa leve esperanza.

—Naturalmente, señor Headstone, y yo tengo una gran influencia sobre ella. Y ahora que usted me ha honrado con su confianza y hablado primero conmigo, vuelvo a repetirle que todo está de nuestro lado.

Y Bradley volvió a pensar: «Excepto tu hermana, quizá».

En la ciudad de Londres, un atardecer gris, polvoriento y mustio no tiene un aspecto muy halagüeño. Un aire de muerte rodea los almacenes y las oficinas, y el pavor nacional al color tiene un aire de luto. La torres y los campanarios de muchas iglesias ceñidas de casas, tan oscuras y sombrías como el cielo que parece descender sobre ellas, no alivian esa tristeza general; el reloj de sol en la pared de una iglesia, con su inútil sombra negra, parece haber fracasado en su empresa comercial y haber dejado de dar beneficios para siempre; las amas de llaves y los porteros, seres desamparados y melancólicos, barren desamparados y melancólicos papeles y otros restos hacia el arroyo, donde otros seres desamparados y melancólicos los exploran, escrutan, se agachan y hurgan en busca de algo que vender. La humanidad que sale de la City es como un grupo de prisioneros que salen de la cárcel, y la sombría cárcel de Newgate parece una fortaleza tan idónea para el poderoso alcalde como su propia residencia oficial.

En una tarde como esa, cuando el polvillo de la ciudad se te mete en el pelo y en los ojos y en la piel, y cuando las hojas caídas de los escasos e infelices árboles de la ciudad quedan aplastadas en las esquinas bajo las ruedas del viento, el maestro y su discípulo aparecieron en la región de Leadenhall Street, oteando hacia el este en busca de Lizzie. Al haber llegado demasiado pronto, merodearon por una esquina, a la espera de su aparición. Ni aquel de nosotros de mejor apariencia tendría muy buena pinta merodeando por una esquina, y Bradley no salía nada favorecido de esa desventaja.

—¡Ahí viene, señor Headstone! Vayamos a su encuentro.

Mientras avanzaban, ella los vio venir, y pareció incomodarse bastante.

Pero saludó a su hermano con el afecto de siempre, y tocó la mano tendida de Bradley.

—Vaya, ¿adónde vas, Charley querido? —le preguntó.

—A ninguna parte. Hemos venido para hablar contigo.

—¿Conmigo, Charley?

—Sí. Vamos a dar una vuelta los tres. Pero no nos lleves por las calles principales, por donde pasea todo el mundo y no podamos oír nuestras palabras. Vamos por las tranquilas calles secundarias. Junto a esta iglesia hay un patio grande y adoquinado, que también es tranquilo. Vamos allí.

—Pero no nos queda de camino, Charley.

—Sí que nos queda —dijo el muchacho, irascible—. Está en mi camino, y mi camino es el tuyo.

Ella no le había soltado la mano, y con esta aún en la suya, lo miró con una especie de súplica. Él evitó su mirada con el pretexto de decir:

—Vamos, señor Headstone.

Bradley caminaba junto a él (no junto a ella), y hermano y hermana iban de la mano. El patio los llevó hasta un cementerio; era un espacio cuadrado, con un montículo de tierra en medio, que alcanzaba la altura del pecho, cercado de una verja de hierro. Allí, conveniente y saludablemente elevados por encima del nivel de los vivos, estaban los muertos y las lápidas; algunas de ellas inclinadas de la perpendicular, como avergonzadas de las mentiras que proclamaban.

Dieron toda la vuelta al patio una vez, en una actitud contenida e incómoda, hasta que el muchacho se detuvo y dijo:

—Lizzie, el señor Headstone tiene algo que decirte. No deseo interrumpiros ni a ti ni a él, de manera que iré a dar un paseo y volveré. Sé, de una manera general, lo que el señor Headstone pretende decirte, y lo apruebo calurosamente, como espero que hagas tú, y de hecho no dudo que harás. No tengo ni que decirte, Lizzie, lo muchísimo que le debo al señor Headstone, y que estoy muy deseoso de que el señor Headstone consiga todo lo que se propone. Al igual que espero que tú también lo desees, y, de hecho, no me cabe duda de ello.

—Charley —replicó su hermana, reteniéndole la mano cuando él se disponía a retirarla—, creo que será mejor que te quedes. Creo que es mejor que el señor Headstone no diga lo que tiene pensado decir.

—Vaya, ¿y cómo sabes qué es? —replicó el muchacho.

—A lo mejor no lo sé, pero...

—¿Que a lo mejor no lo sabes? No, Liz, yo diría que no lo sabes. Si supieras lo que es, me darías una respuesta muy distinta. Vamos, suéltame; sé sensata. ¿Es que no te das cuenta de que el señor Headstone nos está mirando?

Lizzie le permitió apartarse de ella, y Charley se alejó después de decirle:

—Y ahora, Lizzie, sé una mujer razonable y una buena hermana.

Lizzie se quedó sola con Bradley Headstone, y él no habló hasta que ella no levantó la vista.

—La última vez que la vi —comenzó Bradley—, le dije que había algo que no le había explicado y que quizá pudiera influir en usted. Esta tarde he venido a explicárselo. Espero que no me juzgue por mi tono vacilante cuando le hable. Me ve usted en las circunstancias más desfavorables. Para mí es una desgracia desear que usted me vea en mis mejores momentos, y saber que solo me ve en los peores.

Lizzie dio unos pasos lentos cuando él calló, y él avanzó con ella.

—Resulta egoísta empezar hablando tanto de mí —prosiguió—, pero todo lo que le diga parece, incluso a mis propios oídos, no estar a la altura de lo que quiero decirle. No puedo evitarlo. Es así. Es usted mi perdición.

Lizzie se sobresaltó ante el apasionado tono de las últimas palabras, y el gesto apasionado de las manos de él que las acompañaron.

—¡Sí! Es usted mi perdición... mi perdición... mi perdición. Estoy desarmado, no tengo confianza en mí mismo. No consigo controlarme cuando está cerca de mí o en mis pensamientos. Y ahora está usted siempre en mis pensamientos. No he podido sacármela de la cabeza desde la primera vez que la vi. ¡Oh, qué día tan desdichado fue ese! ¡Qué día tan triste y desdichado!

Una pizca de compasión hacia él se mezcló con la aversión que sentía Lizzie, que dijo:

—Señor Headstone. Lamento haberle hecho algún mal, pero fue sin intención.

—¡Fíjese! —gritó él, desesperado—. ¡Ahora mismo, parece que le haya hecho un reproche, en lugar de revelarle mi estado de ánimo! Tenga paciencia conmigo. Cuando se trata de usted, siempre obro equivocadamente. Es mi condena.

Luchando consigo mismo, y a veces levantando la mirada hacia las ventanas desiertas de las casas como si en sus mugrientos cristales pudiera haber algo escrito que le ayudara, recorrió todo el adoquinado junto a ella, antes de volver a hablar.

—Debo intentar expresar lo que hay en mi mente; debo decirlo y lo haré. Aunque me vea tan confuso, aunque delante de usted me quede desvalido, le pido que crea que hay mucha gente que me tiene en buen concepto; hay personas que me tienen en alta estima; que en mi carrera he alcanzado una posición que se considera que merece la pena.

—No lo dudo, señor Headstone, le creo. Charley me lo contó desde el primer momento.

—Le pido que crea que si yo ofreciera mi casa, en lo que es, mi posición, en lo que es, mis afectos, en lo que son, a cualquiera de las jóvenes mejor consideradas, mejor cualificadas y más distinguidas de mi profesión, probablemente los aceptarían. Y seguramente sin pensárselo.

—No lo dudo —dijo Lizzie con la mirada en el suelo.

—A veces se me ha ocurrido hacer ese ofrecimiento y sentar la cabeza, tal como hacen muchos hombres de mi clase: yo en un lado de la escuela, mi mujer en el otro, los dos interesados en el mismo trabajo.

—¿Por qué no lo ha hecho? —preguntó Lizzie Hexam—. ¿Por qué no lo hace?

—¡Tanto mejor que no lo haya hecho! La única chispa de consuelo que he tenido en estas muchas semanas —dijo, sin dejar de hablar apasionadamente, y, en sus momentos más enfáticos, repitiendo el gesto anterior de las manos, que era como arrojar la sangre de su corazón delante de ella en forma de gotitas cayendo sobre los adoquines—, la única chispa de consuelo que he tenido en estas muchas semanas, es no haberlo hecho. Pues si lo hubiera

hecho, y si el mismo hechizo que es mi perdición hubiera caído sobre mí, sé que habría roto ese lazo como si fuera un hilo.

Ella lo miró con miedo, con un gesto de arredrarse. Él contestó, como si ella hubiera hablado.

—¡No! No habría sido algo voluntario por mi parte, no más de lo que estoy aquí de manera voluntaria. Usted me atrae. Si estuviera encerrado en una sólida cárcel, usted me atraería hasta sacarme. Si estuviera postrado en la cama, enfermo, usted me atraería hasta levantarme... para tambalearme hasta sus pies y caer delante de ellos.

La descomedida energía de aquel hombre, ahora desatada, era absolutamente terrible. Se detuvo y colocó la mano sobre la albardilla de la verja del cementerio, como si fuera a arrancar la piedra.

—Ningún hombre conoce el abismo que hay en su interior hasta que no le llega el momento. A algunos nunca les llega; ¡que descansen y den gracias! En mi caso, usted me lo ha traído; usted me lo ha impuesto; y el fondo de este mar embravecido —se golpeó en el pecho— ha estado agitado desde entonces.

—Señor Headstone, ya he oído suficiente. Deje que le detenga en este punto. Será lo mejor para usted y para mí. Vamos a buscar a mi hermano.

—Aún no. Hay que decirlo y lo diré. Vivo atormentado por habérmelo callado antes. Está usted alarmada. Otra de mis desdichas es ser incapaz de hablarle a usted o hablar de usted sin trastabillar a cada sílaba, a no ser que deje de controlarme y pierda la cabeza. Ahí está el hombre que enciende las farolas. Se irá enseguida. Le suplico que me permita dar otra vuelta a la plaza con usted. No tiene razón para alarmarse; puedo controlarme, y lo haré.

Lizzie cedió a la súplica —¡qué otra cosa podía hacer!— y recorrieron los adoquines en silencio. Una a una saltaron las luces, y la fría torre gris de la iglesia pareció más distante, y de nuevo quedaron solos. Él no dijo nada hasta que no regresaron al lugar de donde habían partido; allí se quedó inmóvil de nuevo, y se agarró de nuevo a la piedra. Mientras hablaba, no la miró, sino que miró la piedra, moviendo la mano como para retorcerla.

—Sabe lo que voy a decir. La amo. Lo que los demás hombres quieran dar a entender con esa expresión, no puedo decirle; lo que yo deseo expresar es que me hallo bajo la influencia de una tremenda atracción a la que me he

resistido en vano, y que me domina. Podría usted atraerme hacia el fuego, podría atraerme hacia el agua, podría atraerme hacia la horca, podría atraerme hacia cualquier muerte, o hacia cualquiera de las cosas que más he evitado. Podría atraerme hacia el oprobio o ponerme en evidencia. Esto, y la confusión que hay en mis pensamientos, hasta el extremo de que no sirvo para nada, es a lo que me refiero al decir que es usted mi perdición. Pero si da usted una respuesta favorable a mi oferta de matrimonio, podría atraerme hacia algo bueno (lo que fuera) con igual fuerza. Mis circunstancias son desahogadas, y no le faltaría nada. Gozo de una buena reputación, que sería una protección para usted. Si me viera usted en mi trabajo, en el que soy competente y respetado, a lo mejor incluso se sentiría orgullosa de mí; haría todo lo que pudiera para que lo estuviera. Cualquier reparo que yo haya podido ponerle a esta oferta la he superado, y la hago de todo corazón. Su hermano está totalmente de mi parte, y es probable que vivamos y trabajemos juntos; en todo caso, es seguro que él tendría toda mi influencia y apoyo. No sé qué más podría decir. A lo mejor solo le quitaría fuerza a lo que está ya bastante mal expresado. Solo añadiría que, si en algo puede pesar el que hable en serio, sepa que voy totalmente en serio, terriblemente en serio.

La argamasa en polvo que había debajo de aquella piedra que retorció rodó por el suelo para confirmar sus palabras.

—Señor Headstone...

—¡Basta! Se lo imploro, antes de contestarme, demos otra vuelta a este lugar. Le daré un minuto para pensarlo, y a mí un minuto para reunir un poco de entereza.

De nuevo cedió ella a la súplica, y de nuevo acabaron en el mismo sitio, y de nuevo él se aplicó a la piedra.

—¿Es sí o no? —dijo él, como si nada más existiera en su atención.

—Señor Headstone, le doy las gracias de verdad, se lo agradezco de corazón, y espero que no tarde en encontrar una digna esposa y sea feliz. Pero es no.

—¿No necesita un poco de tiempo para reflexionar; semanas, días? —preguntó en el mismo tono medio sofocado.

—En absoluto.

—¿Está totalmente decidida, y no hay posibilidad de que cambie de opinión a mi favor?

—Estoy totalmente decidida, señor Headstone, y no me queda más remedio que contestar que no hay ninguna.

—Entonces —dijo Headstone, cambiando el tono de repente y volviéndose hacia ella, y dejando caer el puño sobre la piedra con una fuerza que le dejó los nudillos en carne viva y sangrantes—, ¡entonces espero no tener que matarlo!

La sombría mirada de odio y venganza con la que las palabras salieron de sus labios lívidos, y que mantuvo mientras extendía la mano manchada, como si sujetara un arma y hubiera descargado un golpe mortal, hizo que Lizzie se asustara tanto que dio media vuelta para irse corriendo. Pero él la cogió por el brazo.

—Señor Headstone, suélteme. ¡Señor Headstone, voy a tener que pedir ayuda!

La expresión que se fue formando en la cara de Headstone mientras ella se apartaba de él y miraba a su alrededor en busca de su hermano y sin saber qué hacer, podría haberle hecho proferir otro grito; pero de repente a Headstone se le puso un gesto severo e impertérrito, como si se lo hubiese dibujado la propia Muerte.

—¡Vaya! Veo que se ha tranquilizado. Escúcheme.

Con la dignidad que otorga el valor, mientras Lizzie recordaba su vida independiente y su derecho a no tener que responder ante aquel hombre, soltó el brazo y se lo quedó mirando fijamente. Nunca había estado tan guapa a ojos de Headstone. Una sombra pasó sobre estos mientras él volvía a mirarla, como si ella hubiera atraído la luz de ambos hacia sí misma.

—Esta vez, al menos, no se me ha quedado nada en el buche —añadió Headstone, entrelazando las manos sobre el pecho, claramente para impedir que le traicionaran en otro impetuoso gesto—, esta vez, al menos, no me torturará el pensamiento de que he perdido mi oportunidad. Señor Eugene Wrayburn.

—¿Se refería a él cuando ha hablado con esa rabia y violencia ingobernables? —preguntó Lizzie Hexam con temple.

Él se mordió el labio, la miró, y no dijo nada.

—¿Es al señor Wrayburn a quien ha amenazado?

Volvió a morderse el labio, la miró, y no dijo nada.

—Me ha pedido que le escuchara, y ahora no dice nada. Deje que vaya a buscar a mi hermano.

—¡Quédese! No he amenazado a nadie.

La mirada de Lizzie se posó en un instante en la mano ensangrentada. Headstone se la llevó a la boca, la limpió en la manga y volvió a entrelazarla con la otra.

—El señor Wrayburn —repitió.

—¿Por qué menciona ese nombre una y otra vez, señor Headstone?

—¡Porque son las pocas palabras que me quedan por decirle! ¡Fíjese! No hay amenaza en él. Si pronuncio una amenaza, interrúmpame, señálemelo. El señor Eugene Wrayburn.

Era difícil pronunciar una amenaza peor que la que transmitía su manera de pronunciar el nombre.

—Él la frecuenta. Acepta favores de él. Está dispuesta a escucharle. Lo sé, y él también.

—El señor Wrayburn ha sido bueno y considerado conmigo —dijo Lizzie — en relación con la muerte y el recuerdo de mi pobre padre.

—No lo dudo. Sin duda es un hombre muy bueno y considerado, el señor Eugene Wrayburn.

—Él no tiene nada que ver con usted —dijo Lizzie, con una indignación que no pudo reprimir.

—Oh, sí. Aquí se equivoca. Sí que tiene mucho que ver conmigo.

—¿Qué puede tener que ver con usted?

—Entre otras cosas, puede ser mi rival —dijo Bradley.

—Señor Headstone —replicó Lizzie con la cara encendida—, es una cobardía por su parte hablarme así. Pero me permite decirle que usted no me gusta, y que no me gustó desde el principio, y que ninguna otra criatura

viviente ha producido en mí el efecto que ha producido usted.

Headstone agachó un momento la cabeza, como si le pesara, y a continuación levantó los ojos de nuevo, humedeciéndose los labios.

—Iba a añadir lo poco que me queda. Sabía todo esto del señor Eugene Wrayburn todo el tiempo en que usted me iba atrayendo. Procuré ignorar que lo sabía, pero fue en vano. El resultado fue el mismo. Con el señor Eugene Wrayburn en mis pensamientos, seguí adelante. Con el señor Eugene Wrayburn en mis pensamientos, le he hablado hace un momento. Con el señor Eugene Wrayburn en mis pensamientos, me ha dado de lado y rechazado.

—Si decide usted llamar así a mi agradecimiento por su proposición y a que la haya rechazado, ¿es culpa mía, señor Headstone? —dijo Lizzie, compadeciéndose de la amarga lucha que Bradley no podía ocultar, que la repelía casi tanto como la alarmaba.

—No me quejo —replicó él—, solo expongo el caso. Tuve que luchar contra mi autoestima cuando me dejé atraer por usted a pesar del señor Wrayburn. Imagínese dónde está ahora mi autoestima.

Lizzie estaba ofendida y furiosa; pero se reprimió en consideración al sufrimiento de él, y al hecho de que fuera amigo de su hermano.

—Está debajo de los pies del señor Wrayburn —dijo Bradley, desentrelazando las manos a su pesar, y moviéndolas furiosamente hacia las losas del pavimento—. ¡Que no se le olvide! Está bajo los pies de ese sujeto, y él la pisotea eufórico.

—¡No es cierto! —dijo Lizzie.

—¡Lo es! —dijo Bradley—. He estado ante él cara a cara, y me aplastó en el suelo con su desprecio y luego me pisoteó. ¿Por qué? Porque, triunfante, sabía lo que me esperaba esta noche.

—Señor Headstone, está fuera de sí.

—Estoy muy tranquilo. Sé perfectamente lo que digo. Ahora ya lo he dicho todo. No he proferido ninguna amenaza, recuérdelo; lo único que he hecho ha sido exponerle el caso; cómo están las cosas, hasta ahora.

En ese momento vieron aparecer al hermano de Lizzie andando tranquilamente. Ella corrió hacia él y le cogió la mano. Bradley la siguió, y colocó su manaza en el hombro opuesto del muchacho.

—Charley Hexam, me voy a casa. Esta noche debo volver a casa solo y encerrarme en mi habitación sin que nadie me hable. Dame media hora, y déjame solo, hasta que nos encontremos en el trabajo por la mañana. Como siempre, estaré en mi puesto de trabajo por la mañana.

Entrelazó las manos, emitió un grito breve, entrecortado y sobrenatural, y se puso en camino. Hermano y hermana se quedaron mirándose cerca de una farola en el solitario cementerio, y la cara del muchacho se ensombreció, mientras decía en tono desabrido:

—¿Qué significa todo eso? ¿Qué le has hecho a mi mejor amigo? ¡Di la verdad!

—¡Charley! —dijo su hermana—. ¡Habla con un poco más de consideración!

—No estoy de humor para consideraciones, ni para tonterías de ningún tipo —replicó el muchacho—. ¿Qué has estado haciendo? ¿Por qué se ha marchado de este modo el señor Headstone?

—Me ha pedido... ya sabes lo que me ha pedido... que sea su esposa, Charley.

—¿Y bien? —dijo el muchacho, impaciente.

—Y me he visto obligada a decirle que no podía ser su esposa.

—Que te has visto obligada a decírselo —repitió el muchacho, furioso y entre dientes, empujándola violentamente—. ¡Que te has visto obligada a decírselo! ¿No sabes que vale más que cincuenta como tú?

—Es muy posible, Charley, pero no puedo casarme con él.

—Quieres decir que te das cuenta de que eres incapaz de apreciarlo, y que no lo mereces, supongo.

—Quiero decir que no me gusta, Charley, y que nunca me casaré con él.

—¡A fe mía! —exclamó el muchacho—. ¡Menuda hermana estás hecha! ¡A fe mía que eres el desinterés encarnado! Así es como todos mis esfuerzos por acabar con el pasado y ascender en la vida, y hacerte ascender conmigo, se ven derribados por tus bajos caprichos, ¿no?

—No te reprocho nada, Charley.

—¡Oídlas! —exclamó el muchacho, mirando a la oscuridad que lo rodeaba—. ¡No me reprocha nada! ¡Hace todo lo que puede por destruir su prosperidad y la mía, y no me reprocha nada! ¡Bueno, y ahora dime que no le reprochas nada al señor Headstone por salir de la esfera a la que da lustre, ponerse a tus pies, y ver cómo lo rechazas!

—No, Charley; lo único que voy a decirte, como le he dicho a él, es que le agradezco que lo haya hecho, y que lo lamento, y que espero que le vaya mucho mejor y sea feliz.

Un cierto escrúpulo golpeó el endurecido corazón del muchacho al contemplar a su hermana, su paciente niñera en la infancia, su paciente amiga, consejera y civilizadora cuando era un muchacho, la abnegada hermana que había hecho todo por él. Aplacó el tono, y entrelazó el brazo con el de ella.

—Vamos, Liz, no riñamos; seamos razonables y hablemos el asunto como hermano y hermana. ¿Vas a escucharme?

—¡Oh, Charley! —replicó Lizzie a través de las lágrimas que le nacían—. ¿Acaso no te escucho y oigo tus duras palabras?

—Entonces lo siento. ¡Mira, Liz! Lo lamento, de verdad. Es que me sacas de quicio. Veamos. El señor Headstone te tiene devoción. Me ha dicho con toda vehemencia que no ha vuelto a ser el de antes desde el primer instante en que te vio. Todo el mundo sabe que la señorita Peecher, nuestra maestra (guapa, joven, y todo eso), le tiene mucho cariño, y que él ni la mira ni quiere saber nada de ella. Fíjate, su devoción hacia ti debe de ser desinteresada, ¿no crees? Si se casara con la señorita Peecher, le iría mucho mejor en todos los aspectos mundanos que si se casara contigo. Así pues, no tiene que ganar, ¿no te parece?

—¡Nada, el cielo lo sabe!

—Muy bien, pues —dijo el muchacho—; eso es algo que cuenta en su favor, y no es poco. Entonces entro yo. El señor Headstone siempre me he hecho prosperar, y puede hacer mucho más, y claro, si fuese mi cuñado, no me haría prosperar menos, sino mucho más. El señor Headstone se me acerca y me hace su confidente con mucha delicadeza, diciendo: «Espero que el que me case con tu hermana sea de tu agrado, Hexam, y también útil». Yo le digo: «Señor Headstone, nada hay en el mundo que pudiera complacerme más». El señor Headstone dice: «Entonces, ¿pudo confiar en que, ya que me conoces

tan bien, intercedas en mi nombre con tu hermana, Hexam?». Y yo digo: «Desde luego, señor Headstone, y naturalmente tengo mucha influencia sobre ella». Y la tengo, ¿o no, Liz?

—Sí, Charley.

—¡Bien dicho! Y ahora ya ves, empezamos a hacer progresos en cuanto nos ponemos a hablar del asunto como hermano y hermana. Muy bien. Entonces entras tú. Como esposa del señor Headstone, ocuparías una posición de lo más respetable, y tendrías un lugar en la sociedad mucho mejor que ahora, y por fin abandonarías la ribera y todas las cosas desagradables relacionadas con ella, y te librarías para siempre de modistas de muñecas y padres borrachos, y gente de esa laya. Tampoco quiero menospreciar a la señorita Jenny Wren: yo diría que, en su estilo, es una persona estupenda; pero su estilo no sería el tuyo cuando fueras la esposa del señor Headstone. Y ahora ya ves, Liz, que teniendo en cuenta a los tres (al señor Headstone, a mí y a ti), nada podría ser mejor ni más deseable.

Caminaban lentamente mientras el muchacho hablaba, y él se detuvo para ver qué impresión le había causado. Su hermana tenía los ojos fijos en él; pero como no expresaban que ella fuera a ceder, y Lizzie no decía nada, Charley siguió andando. Cuando volvió a hablar, se notó cierta frustración en su tono, aunque intentó disimularlo.

—Teniendo tanta influencia como tengo sobre ti, Liz, quizá habría sido mejor que tuviera una pequeña charla contigo en primer lugar, antes de que el señor Headstone hablara por sí mismo. Pero, desde luego, todo lo que tenía en su favor era tan evidente e innegable, y yo siempre he sabido que eras tan razonable y sensible, que no pensé que mereciera la pena. Con toda probabilidad, ha sido un error mío. No obstante, puede enmendarse enseguida. Y para enmendarlo solo hace falta que me digas que puedo irme a casa y decirle al señor Headstone que lo que ha ocurrido no es definitivo, y que con el tiempo cambiarás de opinión.

Volvió a detenerse. La cara pálida de Lizzie lo miraba con una expresión de inquietud y cariño, pero negó con la cabeza.

—¿Es que no puedes hablar? —le dijo bruscamente el muchacho.

—No tengo ningún deseo de hablar, Charley. Si he de hacerlo, lo haré. No puedo autorizarte a que le digas tal cosa al señor Headstone; no puedo

permitirte que le digas tal cosa al señor Headstone. No tengo nada que decirle después de lo que le he dicho esta noche, que es definitivo.

—¡Y esta muchacha se dice mi hermana! —gritó el muchacho, empujándola de nuevo.

—Charley, esta es la segunda vez que casi me pegas. Que no te ofendan mis palabras. No quiero decir (¡Dios no lo permita) que lo hicieras aposta; pero no te das cuenta de con qué movimiento tan repentino me has apartado de ti.

—¡Tanto da! —dijo el muchacho, sin prestar atención a ese reproche, insistiendo en su mortificada decepción—. Sé lo que esto significa, y no vas a deshonorarme.

—Significa lo que te he dicho, Charley, y nada más.

—No es cierto —dijo el muchacho en tono violento—, y lo sabes. Significa que tienes a tu queridísimo señor Wrayburn; eso es lo que significa.

—¡Charley! ¡Si aún te acuerdas de los días que pasamos juntos, no sigas!

—Pero no vas a deshonorarme —prosiguió tercamente el muchacho—. Ahora que he conseguido salir del cieno, no pienso permitir que me vuelvas a hundir en él. No puedes deshonorarme si nada tengo que ver contigo, y en el futuro, nada tendré que ver contigo.

—¡Charley! En muchas noches como esta, y peores, he estado sentada en las losas de la calle, acunándote en mis brazos. Retira esas palabras, y no hace falta que digas que las lamentas, y mis brazos seguirán abiertos para ti, y también mi corazón.

—No las retiro. Las diré otra vez. Eres una muchacha rematadamente mala, y una falsa hermana, y he terminado contigo. ¡He terminado contigo para siempre!

Levantó su desagradecida y desgraciada mano como si interpusiera una barrera entre ambos, giró sobre los talones y la dejó. Lizzie se quedó impávida en el sitio, callada e inmóvil, hasta que el repicar del reloj de la iglesia la hizo volver en sí, y se dio media vuelta. Pero al romper su inmovilidad se rompieron también las aguas que el frío corazón del muchacho había helado. Y «¡Oh, que me quede aquí con los muertos!» y «¡Charley, Charley, que esto sea el final de todo lo que veíamos junto al fuego!» fue todo

lo que ella dijo, mientras enterraba la cara entre las manos sobre la albardilla de la verja.

Pasó una figura por su lado, y, habiendo ya pasado, se detuvo y volvió la cabeza. Era la figura de un hombre con la cabeza gacha, que llevaba un sombrero de ala ancha y copa baja y una chaqueta de largos faldones. Tras vacilar unos momentos, la figura dio media vuelta, y avanzando con un aire amable y compasivo, dijo:

—Perdóneme, joven, por hablarle así, pero está usted afligida. No puedo seguir adelante y dejarla llorando aquí sola, como si no viera a nadie. ¿Puedo ayudarla? ¿Puedo hacer algo para consolarla?

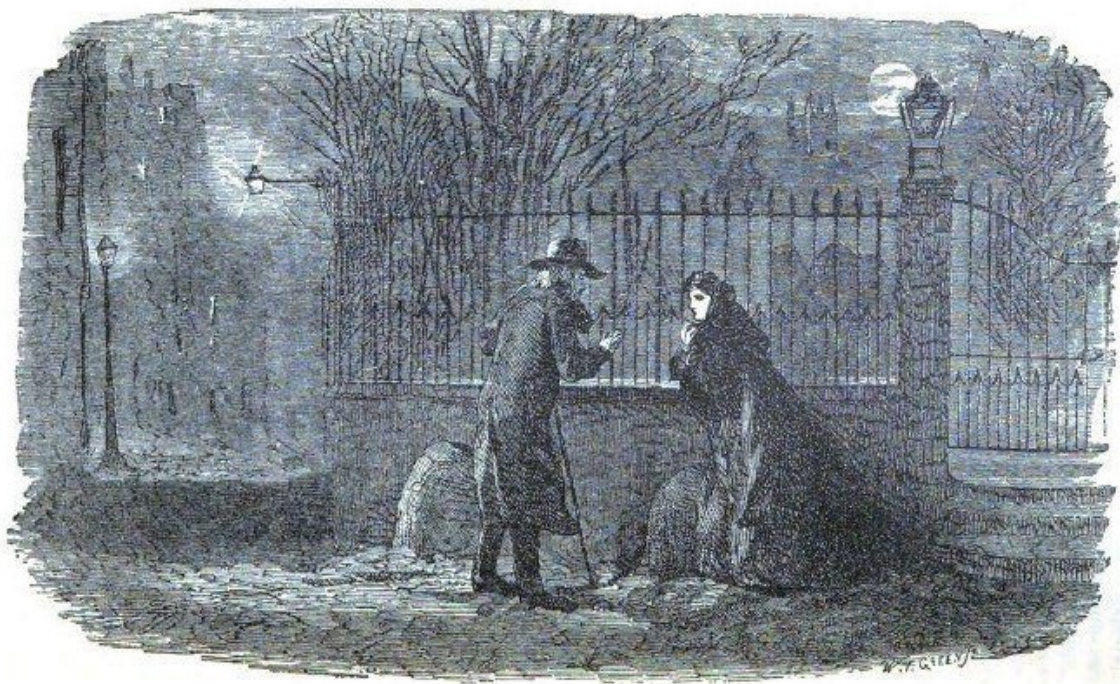
Lizzie levantó la cabeza al oír sus palabras, y respondió con alegría:

—Señor Riah, ¿es usted?

—Hija mía —dijo el anciano—, ¡estoy asombrado! Te he hablado como si no te conociera. Cógete de mi brazo, cógete de mi brazo. ¿Qué te apena? ¿Quién te ha hecho esto? ¡Pobre niña, pobre niña!

—Mi hermano ha reñido conmigo —sollozó Lizzie—, y me ha repudiado.

—Es un perro desagradecido —dijo el judío, furioso—. Que se vaya. Sacúdete el polvo de los pies y que se vaya. ¡Vamos, hija! Ven a casa conmigo... Está allí, al otro lado de la calle. Tómate un poco de tiempo para recuperar el sosiego y que tus ojos vuelvan a estar hermosos, y luego te acompañaré a tu casa. Pues a estas horas ya no sueles estar en la calle, y pronto será tarde, y el camino es largo, y esta noche hay mucha gente deambulando.



A FRIEND IN NEED.

Lizzie aceptó la ayuda que él le ofreció, y lentamente salieron del cementerio. Estaban a punto de entrar en la vía principal cuando otro hombre que pasaba por allí con aire insatisfecho miró calle arriba y abajo, se sobresaltó y exclamó:

—¡Lizzie! ¿Dónde has estado? Pero bueno, ¿qué te pasa?

Mientras Eugene Wrayburn se dirigía a ella de este modo, Lizzie se acercó al judío y agachó la cabeza. El judío, después de haberle echado un atento vistazo a Eugene, humilló la mirada y quedó mudo.

—Lizzie, ¿qué te ocurre?

—Señor Wrayburn, ahora no puedo decírselo. Esta noche no puedo decírselo, y no sé si se lo podré decir alguna vez. Por favor, déjeme.

—Pero Lizzie, si he venido expresamente a verte. Había cenado en un café de por aquí y sabía que era tu hora, y he venido para acompañarte a casa. He estado holgazaneando —añadió Eugene— igual que un alguacil, o —miró a Riah— como un ropavejero.

El judío levantó la vista y le echó otro vistazo a Eugene.

—Señor Wrayburn, por favor, por favor, déjeme con este protector. Y una cosa más. Por favor, por favor, manténgase alerta.

—¿*Los misterios de Udolfo!* ^[25] —dijo Eugene con una mirada de asombro—. ¿Me permites preguntar, en presencia de este anciano caballero, quién es este amable protector?

—Un amigo de confianza —dijo Lizzie.

—Yo le aliviaré de su confianza —replicó Eugene—. Pero debes decirme, Lizzie, qué te ocurre.

—Es por culpa de su hermano —dijo el anciano, levantando los ojos de nuevo.

—¿Culpa de nuestro hermano? —replicó Eugene, con altivo desprecio—. Nuestro hermano no merece ni un pensamiento, y mucho menos una lágrima. ¿Qué ha hecho nuestro hermano?

El anciano alzó los ojos de nuevo, dirigiendo una grave mirada a Wrayburn, y una grave mirada a Lizzie, que aún tenía la vista humillada. Las dos fueron tan significativas que Eugene abandonó su actitud despreocupada y se limitó a un reflexivo: «¡Ejem!».

Con un aire de perfecta paciencia, el anciano, que permanecía mudo y con los ojos en el suelo, seguía reteniendo el brazo de Lizzie, como si, en su hábito de resistencia pasiva, le hubiera sido indiferente permanecer allí inmóvil toda la noche.

—Si el señor Aaron —dijo Eugene, a quien todo eso pronto pareció fatigoso— fuera tan amable de entregarme su carga, podría dirigirse a cualquier compromiso que tenga en la sinagoga. Señor Aaron, ¿tendrá la bondad?

Pero el anciano seguía impertérrito.

—Buenas tardes, señor Aaron —dijo educadamente Eugene—, no deseamos retenerlo más. —A continuación, volviéndose a Lizzie—: ¿Es un poco sordo nuestro amigo el señor Aaron?

—Mi oído es muy bueno, caballero cristiano —replicó serenamente el anciano—, pero esta noche solo voy a escuchar una voz en lo referente a si he de abandonar a esta damisela antes de haberla llevado a su casa. Si ella me lo pide, lo haré. No lo haré por nadie más.

—¿Puedo preguntarle por qué, señor Aaron? —dijo Eugene, sin que se alterara su despreocupación.

—Excúseme. Si ella me lo pide, se lo diré —replicó el anciano—. No se lo diré a nadie más.

—No se lo pido —dijo Lizzie—, y le suplico que me lleve a casa. Señor Wrayburn, esta noche he pasado por una amarga prueba, y espero que no me considere ingrata, ni misteriosa ni veleidosa. No soy ninguna de esas cosas; soy desgraciada. Por favor, recuerde lo que le he dicho. Por favor, ándese con cuidado.

—Mi querida Lizzie —contestó Eugene, en voz baja, inclinándose hacia ella por el otro lado—. ¿De qué? ¿De quién?

—De cualquiera al que haya visto hace poco y haya hecho enfadar.

Eugene chasqueó los dedos y rió.

—Vamos —dijo—, ya que no puede ser de otra manera, el señor Aaron y yo nos dividiremos la responsabilidad, y la acompañaremos a casa juntos. El señor Aaron en ese lado; yo en este. Si le parece bien al señor Aaron, la escolta avanzará.

Eugene sabía que tenía ese poder sobre ella. Sabía que ella no insistiría en que se fuera. Sabía que, ahora que temía por él, estaría intranquila si no lo veía. A pesar de su aparente frivolidad y despreocupación, Eugene sabía todo lo que deseaba saber de los pensamientos del corazón de Lizzie.

Que Eugene caminara a su lado tan alegremente, sin tener en cuenta nada de lo que se hubiera dicho contra él; el verle tan superior, en sus ocurrencias y dominio de sí mismo, a la sombría inhibición de su pretendiente y a la egoísta irascibilidad de su hermano; tan leal a ella, parecía, cuando su propia familia le era desleal; ¡qué inmensa ventaja obtuvo Eugene esa noche, qué enorme influencia! Añadamos a ello que la pobre muchacha había oído cómo lo vilipendiaban por su culpa, y que ella había sufrido por él, por lo que no es de extrañar que el momentáneo tono de serio interés de Eugene (dejando a un lado su despreocupación, como si eso fuera a calmarla), su ligerísimo tacto, su ligerísima mirada, su sola presencia junto a ella en la calle oscura y concurrida, fueran como atisbos de un mundo encantado, mucho más resplandeciente que el mundo de los celos, la malicia y la mezquindad, tan hostiles a él como podrían serlo los malos espíritus.

Nada más se dijo de dirigirse a casa de Riah, y fueron directamente a las habitaciones de Lizzie. Un poco antes de llegar a la puerta, ella se separó de

ellos y entró sola.

—Señor Aaron —dijo Eugene, cuando quedaron solos en la calle—, le agradezco mucho su compañía, y solo me queda despedirme a regañadientes.

—Señor —replicó el otro—, le doy las buenas noches, y deseo que no sea tan irreflexivo.

—Señor Aaron —replicó Eugene—, le doy las buenas noches, y deseo (pues es usted un poco aburrido) que no sea tan reflexivo.

Pero ahora que aquella noche ya había representado su papel, en cuanto el judío se dio media vuelta, Eugene se bajó del escenario y se quedó también reflexivo. «¿Qué decía el catecismo de Lightwood? —murmuró mientras se detenía a encender su cigarro—. ¿En qué va a acabar todo esto? ¿Qué estás haciendo? ¿Adónde vas? ¡Ah! Pronto lo sabremos». Y exhaló un hondo suspiro.

El hondo suspiro se repitió como un eco, una hora después, cuando Riah, que había estado sentado en unas sombrías escaleras, en la esquina de enfrente de la casa, se levantó y siguió su paciente camino; escabulléndose por las calles en su antiguo atavío, como el fantasma de un tiempo pasado.

Capítulo XVI

Una fiesta de aniversario

El estimable Twemlow, mientras se viste en sus habitaciones de encima del establo de Duke Street y oye cómo los caballos, debajo, también se acicalan, considera, en conjunto, que se halla en una posición de desventaja en comparación con los nobles animales de la caballeriza. Pues aunque, por un lado, no tiene ningún criado que le dé sonoras palmadas y le exija en tono áspero que vaya de un lado a otro, tampoco, por otro lado, tiene ningún criado; y como las articulaciones de los dedos y de otras partes del amable caballero siempre están un poco oxidadas por la mañana, incluso le parecería agradable que alguien lo atase por el semblante a la puerta de su cuarto, y que lo almohazaran y lo lavaran con abundante agua, lo enjuagaran, lo lustraran y lo vistieran, mientras él desempeñaba un papel pasivo en tan agotadoras manipulaciones.

Cómo la fascinante Tippins consigue engalanarse para la estupefacción de los sentidos de los hombres es algo que solo conocen las Gracias y su doncella; pero quizá incluso esa atractiva criatura, aunque no reducida a la autonomía de Twemlow, podría prescindir de gran parte de las molestias que acompañan a la diaria restauración de sus encantos, teniendo en cuenta que, en lo referente a su cara y su cuello, esta adorable divinidad es, por así decir, una variedad de langosta diurna: cada mañana se despoja de su caparazón y precisa mantenerse en un lugar apartado hasta que la nueva costra se endurece.

Sin embargo, Twemlow finalmente se aprovisiona de un cuello y una corbata, y de puños que le alcanzan los nudillos, y se marcha a desayunar. Y a desayunar con quién, sino con sus vecinos cercanos, los Lammle de Sackville Street, quienes le han informado de que conocerá a su pariente lejano, el señor Fledgeby. El temible Snigsworth puede que boicotee y vete a Fledgeby, pero el pacífico Twemlow razona: «Si él es mi pariente, yo no le he hecho así, y el que te presenten a alguien no es lo mismo que tratarlo».

Es el primer aniversario del feliz matrimonio del señor y la señora Lammle, y la celebración consiste en un desayuno, pues una cena a la escala deseada de suntuosidad no puede alcanzarse dentro de unos límites inferiores a los de la residencia palaciega no existente que tanta gente envidia desmesuradamente. De manera que Twemlow cruza Piccadilly con no poca rigidez, consciente de haber poseído, en otro tiempo, una figura más erguida y menos susceptible de ser derribada por los veloces vehículos. Desde luego, eso fue en los días en que tenía la esperanza de que el temible Snigsworth le diera permiso para hacer algo, para ser algo en la vida, y antes de que ese imponente tártaro promulgara el ucase: «Como nunca llegará a distinguirse en nada, debe ser un caballero pensionista mío, y considérese, por tanto, pensionado».

¡Ah, mi buen Twemlow! Dime, personajillo gris y débil, qué pensamientos te rondan hoy el pecho relacionados con el Espejismo —por seguir llamando así a esa mujer que hirió tu corazón cuando todavía era de un verde lozano y tu pelo era castaño—, y si es mejor o peor, más o menos doloroso, creer en ese Espejismo a día de hoy que saber que es un codicioso cocodrilo de pecho acorazado, sin más capacidad de imaginar ese lugar sensible, delicado y tierno que hay detrás de tu chaleco que la de acometerlo con una aguja de hacer punto. Dime también, mi buen Twemlow, si se es más feliz siendo el pariente pobre de un noble o estando en medio de la nieve a medio derretir del invierno, dando de beber a los jamelgos de ese cubo poco profundo que hay en la parada de la diligencia, en la que casi has metido tu pie inseguro. Twemlow no dice nada, y sigue andando.

Cuando ya se aproxima a la puerta de los Lammle, aparece un pequeño carruaje de un solo caballo, que contiene a Tippins la divina. Tippins, bajando la ventanilla, encomia irónicamente la atención de su caballero al haberla esperado para tenderle la mano. Twemlow le tiende la mano con la misma seria educación que si ella fuera una persona real, y suben las escaleras: Tippins, con las piernas muy abiertas, buscando expresar que esos inestables artículos solo brincan por su optimismo natural.

Y mis queridos señor y señora Lammle, ¿cómo están? ¿Y cuándo se marchan a... cómo se llama el lugar? Guy... conde de Warwick, ya sabe... ¿cómo es?... Dun Cow... a reclamar su pata de jamón.^[26] Y Mortimer, cuyo nombre he borrado de mi lista de enamorados, a causa primero de su inconstancia, y luego por culpa de su vil deserción, ¿cómo estás,

sinvergüenza? ¡Y señor Wrayburn, usted aquí! ¡Para qué habrá venido, porque todos estamos seguros de antemano de que no va a hablar! Y el diputado Veneering, ¿cómo van las cosas en la cámara, y cuándo nos hará el favor de expulsar a esos terribles individuos? Y señora Veneering, querida, ¿es posible que haya ido a ese asfixiante lugar noche tras noche, a oír los tediosos discursos de esos hombres? Y ya que hablamos de ello, ¿usted por qué no discursa, Veneering, pues todavía no ha abierto los labios, y nos morimos por saber lo que tiene que decirnos? Señorita Podsnap, encantada de verla. ¿Está aquí su papá? ¡No! ¿Mamá tampoco? ¡Oh! ¡Señor Boots! ¡Encantada! ¡Señor Brewer! Esto es una reunión de los clanes. Así habla Tippins, y examina a Fledgeby y a los que no son nada a través de sus lentes dorados, murmurando mientras se vuelve a uno y otro lado, con su aire inocente y atolondrado: ¿Hay alguien más que yo conozca? No, creo que no. Nadie por allí. Nadie por allá. ¡Nadie en ninguna parte!

El señor Lammle, resplandeciente, saca a su amigo Fledgeby, que se muere por tener el honor de que le presenten a lady Tippins. Una vez presentado Fledgeby, tiene el aire de ir a decir algo, tiene el aire de no ir a decir nada, tiene un aire, sucesivamente, de meditación, de resignación y de desolación, retrocede hasta dar con Brewer, da una vuelta alrededor de Boots, y se desvanece al fondo de la sala, palpándose las patillas, como si estas le hubiesen brotado hace cinco minutos.

Pero Lammle ya le tiene de nuevo en danza antes de que Fledgeby haya acabado de comprobar lo pelado que está el terreno. Este Fledgeby no debe de encontrarse muy bien, ya que Lammle vuelve a presentarlo como alguien que se muere por conocer a quien sea. Ahora se muere porque le presenten a Twemlow.

Twemlow le tiende la mano. Me alegro de verle.

—Su madre, señor, era pariente mía.

—Eso tengo entendido —dice Fledgeby—, pero mi madre y su familia no se llevaban muy bien.

—¿Está en la ciudad? —pregunta Twemlow.

—Siempre lo estoy —dice Fledgeby.

—Le gusta la ciudad —dice Twemlow.

Pero se queda un tanto desinflado porque Fledgeby se lo toma a mal y contesta que no, no le gusta la ciudad. Lammle intenta evitar que se desinfe del todo comentando que hay mucha gente a la que no le gusta la ciudad. Fledgeby replica que jamás ha oído de otro caso aparte del suyo, con lo que Twemlow acaba desinflándose por completo.

—Nada nuevo esta mañana, ¿verdad? —dice Twemlow, recobrando un poco de aire con gran energía.

Fledgeby no ha oído nada.

—No, no hay ninguna noticia —dice Lammle.

—Ni una palabra —añade Boots.

—Ni una sílaba —interviene Brewer.

De alguna manera, la ejecución de esta pieza concertada parece animar a los presentes con la sensación del deber cumplido, y les entra un arrebató de actividad. Todo el mundo parece tomarse con más calma que antes la calamidad de hallarse en compañía de los demás. Incluso Eugene, de pie junto a la ventana y balanceando la borla de una cortina, le da una sacudida más fuerte, como si estuviera de mejor humor.

Se anuncia el desayuno. Todo el mundo se sienta a una mesa llamativa y ostentosa, aunque las decoraciones posean un aire que se proclama efímero y nómada, como jactándose de que serán mucho más ostentosas y llamativas en la residencia palaciega. El propio criado privado del señor Lammle está detrás de su silla; el Analista detrás de la silla de Veneering; ejemplos de que los criados se dividen en dos clases: los que desconfían de las amistades de su amo y los que desconfían de su amo. El criado del señor Lammle es de los segundos. Parece lleno de asombro y abatimiento ante el hecho de que la policía tarde tanto en detener a su amo por algún cargo de primera magnitud.

El diputado Veneering, a la derecha de la señora Lammle; Twemlow, a su izquierda; la señora Veneering (esposa de un diputado) y lady Tippins, a la izquierda y derecha del señor Lammle. Pero no os quepa duda de que la pequeña Georgiana se sienta al alcance de la fascinación de la mirada y la sonrisa del señor Lammle. Y no os quepa duda de que cerca de la pequeña Georgiana, y bajo la inspección de ese mismo caballero pelirrojo, se sienta Fledgeby.

Más de dos o tres veces durante el desayuno, el señor Twemlow se gira de manera repentina hacia la señora Lammle y le dice: «¡Le ruego que me perdone!». No es la manera habitual de comportarse de Twemlow, ¿qué le pasa hoy? Bueno, la verdad es que Twemlow actúa repetidamente bajo la impresión de que la señora Lammle va a decirle algo, y al volverse descubre que no es así, y que más bien dirige su mirada hacia Veneering. Es extraño que esa impresión permanezca en Twemlow aún después de ver su error, pero así es.

Lady Tippins, tras consumir pródigamente los frutos de la tierra (incluimos el zumo de uva en la categoría) y ponerse alegre, tiene a Mortimer Lightwood echando chispas. Siempre queda entendido, entre los iniciados, que el amante desleal debe colocarse en la mesa delante de lady Tippins, para que la conversación de esta le atice el fuego que le haga echar chispas. En una pausa entre dos masticaciones y degluciones, lady Tippins, al contemplar a Mortimer, recuerda que fue en casa de nuestros queridos Veneering, en presencia de un grupo de personas que seguramente están todos a la mesa, que les contó la historia de aquel hombre llegado de alguna parte, que posteriormente se volvió tan horriblemente interesante y tan vulgarmente popular.

—Sí, lady Tippins —asiente Mortimer—, como dicen en el teatro: «¡Precisamente!».

—Entonces esperamos que sea fiel a su reputación —dijo la seductora— y nos cuente algo más.

—Lady Tippins, aquel día me agoté de por vida, y no va a sacarme nada más.

Así es como Mortimer se zafa, con la sensación de que con otras compañías el bromista es Eugene y no él, y que en esos círculos en los que Eugene persiste en quedarse mudo, él, Mortimer, no es sino el doble del amigo que le sirve de modelo.

—Pero estoy decidida a sacar algo más de usted —afirma la fascinante Tippins—. ¡Traidor! ¿Qué es eso que he oído de otra desaparición?

—Ya que es usted quien lo ha oído —replica Lightwood—, a lo mejor puede contárnoslo.

—¡Vade retro, monstruo! —replica lady Tippins—. Su mismo Basurero

de Oro me remitió a usted.

El señor Lammle interviene y proclama que la historia del hombre que vino de alguna parte tiene una secuela. A esa proclama le sigue un silencio.

—Les aseguro —dice Lightwood, recorriendo a los presentes con la mirada— que no tengo nada que contar.

Pero Eugene añade en voz baja:

—¡Venga, cuéntalo, cuéntalo!

Y Lightwood se corrige añadiendo:

—Nada digno de mención.

Boots y Brewer de inmediato perciben que es inmensamente digno de mención, y se ponen a vociferar educadamente. Veneering también experimenta la misma sensación. Pero todos comprenden que a él le es muy difícil concentrarse, pues ese es el tono de la Cámara de los Comunes.

—Por favor, no se tomen la molestia de ponerse a escuchar —dice Mortimer Lightwood—, porque habré terminado antes de que se hayan acomodado. Es como...

—Es como el cuento infantil —le interrumpe impaciente Eugene—:

Te cuento una historia
de Jack y su zanahoria,
y mi cuento ya ha empezado;
y te cuento otro, atento,
de Jack y su hermano lisiado,
y este cuento se ha acabado.

»¡Ya ha empezado, y ya ha terminado!

Eugene lo dice con una nota de irritación en la voz, recostándose en su silla y lanzándole una maliciosa mirada a lady Tippins, que asiente con la cabeza en su dirección como si fuera su querido Oso, y traviesamente le insinúa que ella (la sugerencia es evidente) es la Bella, y él, la Bestia.

—Me imagino —prosigue Mortimer— que a lo que se refiere mi honorable y hermosa seductora es a la siguiente circunstancia. Hace muy poco, la joven, Lizzie Hexam, hija del difunto Jesse Hexam, conocido como el Jefe, al que se recordará como la persona que descubrió el cadáver del

hombre de alguna parte, recibió de manera misteriosa, no sabe de quién, una retractación explícita de los cargos que había contra su padre, redactada por otro personaje ribereño llamado Riderhood. Nadie los creyó, porque ese tal Rogue Riderhood (la asociación me tienta a expresar que el encantador lobo de Caperucita ^[27] hubiese hecho un gran servicio a la sociedad de haber devorado al padre y a la madre de Riderhood cuando eran niños) anteriormente había estado insinuando las susodichas acusaciones, para al final abandonarlas. No obstante, la retractación que he mencionado llegó a manos de Lizzie Hexam, y todo apuntaba a que el instigador había sido un anónimo mensajero cubierto con una capa oscura y tocado con un sombrero que le ocultaba la cara. Ella la remitió, para reivindicar a su padre, al señor Boffin, mi cliente. Me perdonarán la fraseología profesional, pero como nunca he tenido otro cliente, y con toda probabilidad nunca lo tendré, estoy orgulloso de él, ya que es una curiosidad natural probablemente única.

Lightwood, aunque tranquilo como siempre en la superficie, no lo está tanto en el fondo. Con el aire de no prestarle atención a Eugene, considera que, en ese asunto, está pisando aguas cenagosas.

—La curiosidad natural, que constituye el único ornamento de mi museo profesional —prosigue—, desea, en ese momento, que su secretario (un sujeto de la misma especie que el cangrejo ermitaño o las ostras, cuyo nombre es Chokesmith, aunque tanto da que sea ese o Alcachofsmith) se ponga en comunicación con Lizzie Hexam. Alcachofsmith se muestra dispuesto a hacerlo, intenta hacerlo, pero fracasa.

—¿Por qué fracasa? —pregunta Boots.

—¿Cómo es que fracasa? —pregunta Brewer.

—Perdónenme —continúa Lightwood—, pero debo aplazar un momento la respuesta, pues si no tendremos un anticlímax. Al fracasar rotundamente Alcachofsmith, mi cliente me encomienda la tarea a mí: su propósito es favorecer los intereses del objeto de su búsqueda. Yo procedo a ponerme en comunicación con ella; incluso da la casualidad de que poseo un medio especial —lanza una mirada a Eugene— de ponerme en comunicación con ella; pero no lo consigo, pues ella ha desaparecido.

—¡Desaparecido! —es el eco general.

—Desaparecido —dice Mortimer—. Nadie sabe cómo, nadie sabe

cuándo, nadie sabe dónde. Y así acaba la historia a la que se refería mi honorable y hermosa seductora.

Tippins, con un gritito cautivador, opina que todos y cada uno de nosotros moriremos asesinados en la cama. Eugene la mira como si le bastara con que lo fueran algunos. La señora Veneering, esposa de diputado, comenta que estos misterios de la sociedad hacen que te entre miedo de perder de vista a tu bebé. El diputado Veneering desea ser informado (como insinuando que podría interceder con el Honorable Caballero que está al frente del Departamento del Interior visitándolo en su despacho) de si se pretende dar a entender que la persona desaparecida ha desaparecido por arte de magia o ha sufrido algún daño. En lugar de responder Lightwood, lo hace Eugene, y en su respuesta hay precipitación y malestar:

—No, no, no, no quiere decir eso; quiere decir que ha desaparecido de manera voluntaria, pero de manera absoluta, completa.

No obstante, no debemos permitir que el importante tema de la felicidad del señor y la señora Lammle desaparezca entre otras desapariciones —con la desaparición del asesino, la desaparición de Julius Handford, la desaparición de Lizzie Hexam—, por lo que Veneering se ve obligado a devolver al presente rebaño al redil del que se han extraviado. ¿Quién más indicado para disertar sobre la felicidad del señor y la señora Lammle, al ser los dos más queridos y antiguos amigos que tiene en el mundo? ¿Y qué público más indicado para oír sus confidencias que ese público, un nombre colectivo o que significa muchos, que son los más queridos y antiguos amigos que tiene en el mundo? Así que Veneering, sin la formalidad de levantarse, emprende una alocución que a todos les suena, y que gradualmente adquiere un sonsonete parlamentario, en la que ve en esa mesa a su querido amigo Twemlow, que hace doce meses entregó a su querido amigo Lammle la hermosa mano de su querida amiga Sophronia, y en la que también ve en esa mesa a sus queridos amigos Boots y Brewer, cuyo apoyo en aquel periodo en que su querida amiga lady Tippins también le apoyaba —sí, y en primerísima fila—, nunca podrá olvidar mientras la memoria no le falle. Pero se toma la libertad de confesar que echa de menos en esa mesa a su querido y viejo amigo Podsnap, aunque esté bien representado por su querida y joven amiga Georgiana. Y un poco más allá ve en esa mesa (esto lo anuncia con pompa, como si disfrutara de una vista tan poderosa como un extraordinario telescopio) a su amigo el señor Fledgeby, si le permite que lo llame así. Por todas estas razones, y

muchas más que sabe perfectamente se les habrán ocurrido a personas de tan excepcional agudeza, está aquí para expresarles que ha llegado el momento en que, con los corazones en las copas, con lágrimas en los ojos, con bendiciones en nuestros labios, y, en general, con profusión de sandeces y bobadas, deberíamos, todos y cada uno de nosotros, brindar por nuestros queridos amigos los Lammle, y desearles muchos años tan felices como este último, y muchos muchos amigos tan bien avenidos como ellos. Y añadirá lo siguiente: que ojalá Anastatia Veneering (a la que al instante se oye llorar) se forme sobre el mismo patrón que su querida y selecta amiga Sophronia Lammle, en referencia a que vive entregada al hombre que la cortejó y la conquistó, desempeñando noblemente los deberes de una esposa.

Como no ve mejor manera de salir de ello, Veneering tira de las riendas de su Pegaso oratorio con extrema brusquedad, y se lanza de cabeza con un:

—¡Lammle, que Dios le bendiga!

A continuación, Lammle. Le sobra de todo por todo; demasiada nariz, tosca, mal formada y omnipresente, y su nariz asoma en su mentalidad y en sus modales; demasiada sonrisa para ser real; demasiado ceño para ser falso; unos dientes demasiado grandes para ser visibles en su conjunto sin sugerir un mordisco. Les da las gracias a sus queridos amigos por sus amables felicitaciones, y espera recibirlos —podría ser en una próxima celebración tan deliciosa como esa— en una residencia como la que merecen a la hora de complimentar los ritos de la hospitalidad. Nunca olvidará que en casa de los Veneering vio por primera vez a Sophronia. Hablaron de ello poco después de casarse, y coincidieron en que jamás lo olvidarían. De hecho, le deben su unión a Veneering. Esperan demostrarle algún día a qué se refieren («No, no», dice Veneering). Oh, sí, sí, ¡y que no le quepa duda de que lo harán, si pueden! Su matrimonio con Sophronia no fue un matrimonio de interés por parte de ninguno: ella tenía su pequeña fortuna, él tenía su pequeña fortuna: unieron sus pequeñas fortunas: fue un matrimonio de pura inclinación y maridaje. ¡Gracias! Sophronia y él están encantados con la compañía de los jóvenes; pero él no está seguro de si su casa es una buena casa para los jóvenes que se proponen permanecer solteros, pues la contemplación de esa dicha doméstica podría inducirles a cambiar de opinión. No aplicará estas palabras a los allí presentes; desde luego, no a su queridísima Georgiana. ¡Gracias de nuevo! Tampoco, por cierto, las aplicará a su amigo Fledgeby. Le agradece a Veneering sus emotivas palabras al referirse a su amigo común

Fledgeby, pues tiene a ese caballero en su mayor estima. Gracias. De hecho (regresando inesperadamente a Fledgeby), cuanto más le conoces, más cosas ves en él que quieres conocer. ¡Gracias de nuevo! ¡En nombre de su querida Sophronia y en el suyo propio, gracias!

La señora Lammle ha permanecido totalmente inmóvil, la vista en el mantel. Cuando acaba la alocución del señor Lammle, Twemlow se vuelve una vez más hacia ella de manera involuntaria, no recuperado aún de la recurrente impresión de que ella va a decirle algo. Esta vez sí va a hablarle de verdad. Veneering está hablando con su otro vecino, y ella le dice en voz baja.

—Señor Twemlow.

Él le responde:

—¿Perdone? ¿Sí? —Aún un poco vacilante, pues ella no le mira.

—Tiene usted alma de caballero, y sé que puedo confiar en usted. ¿Me concederá la oportunidad de decirle unas palabras cuando suba las escaleras?

—Desde luego. Estaré honrado.

—Que no lo parezca, si no le importa, y no le sorprenda que mi actitud sea mucho más cauta que mis palabras. Puede que me vigilen.

Profundamente estupefacto, Twemlow se lleva la mano a la frente y se hunde en su silla, meditabundo. El señor Lammle se levanta. Todos se levantan. Las señoras van arriba. Los caballeros no tardan en seguir las. Fledgeby ha dedicado ese intervalo a observar las patillas de Boots, las patillas de Brewer y las patillas de Lammle, y a meditar qué modelo de patilla preferiría producirse mediante fricción, si el genio de la mejilla respondiera a sus frotaciones.

En el salón, se forman los grupos de siempre. Lightwood, Boots y Brewer revolotean como polillas alrededor de esa vela de cera amarilla —que cerotea, y ya con indicios de cera vieja— que es lady Tippins. Los que no son nada cultivan a Veneering, diputado, y a la señora Veneering, esposa de diputado. Lammle permanece de brazos cruzados en un rincón, mefistofélico, con Georgiana y Fledgeby. La señora Lammle, en un sofá situado junto a la mesa, llama la atención del señor Twemlow hacia un libro de retratos que tiene en la mano.

El señor Twemlow se sienta en un sofá junto a ella, y la señora Lammle le

enseña un retrato.

—Tiene razones para sorprenderse —dice en voz baja—, pero me gustaría que no lo aparentara.

Twemlow, en plena zozobra, hace un esfuerzo por no parecerlo, pero el resultado es el contrario.

—Creo, señor Twemlow, que antes de hoy jamás había visto a ese pariente lejano suyo.

—No, nunca.

—Y ahora que lo ve, ve lo que es. ¿Se siente orgulloso de él?

—A decir verdad, señora Lammle, no.

—Si supiera más de él, probablemente aún sentiría menos deseos de reconocerlo como pariente. Aquí tiene otro retrato. ¿Qué piensa de él?

Twemlow tiene la suficiente presencia de ánimo como para decir en voz alta:

—¡Cómo se parece! ¡Extraordinariamente!

—Habrá observado, quizá, a quién dedica sus atenciones. ¿Se fija dónde está ahora, y en lo que hace?

—Sí. Pero el señor Lammle...

Ella le lanza una mirada que no comprende, y le muestra otro retrato.

—Muy bueno, ¿no?

—¡Encantador! —dice Twemlow.

—¿Tan parecido que es casi una caricatura? Señor Twemlow, me es imposible expresarle la lucha que se ha librado en mi interior antes de decidirme a hablar con usted de esta manera. Solo la convicción de que puedo confiar en que usted nunca me traicionará me permite seguir adelante. Prométame de corazón que nunca traicionará mi confianza, que la respetará, aunque quizá ya no me respete a mí, y me quedaré igual de satisfecha que si lo hubiera jurado.

—Señora, por el honor de un pobre caballero...

—Gracias, no deseo más. ¡Señor Twemlow, le imploro que salve a esa

niña!

—¿A esa niña?

—A Georgiana. La van a sacrificar. La van a engatusar y a casarla con ese pariente suyo. Están conchabados, es un asunto de especulación monetaria. Ella no tiene fuerza de voluntad ni carácter para oponerse, y está a punto de que la vendan y sea desdichada toda la vida.

—¡Increíble! Pero ¿qué puedo hacer yo para evitarlo? —pregunta Twemlow, absolutamente horrorizado y perplejo.

—Aquí tiene otro retrato. Y no es bueno, ¿verdad?

Aterrado por la frivolidad con que ella echa la cabeza hacia atrás para mirarlo con ojo crítico, Twemlow percibe tímidamente la conveniencia de echar su cabeza hacia atrás, y lo hace. Aunque ve tan poco el retrato como si estuviera en China.

—Decididamente no es bueno —dice la señora Lammle—. ¡Envarado y exagerado!

—Y exa... —Pero Twemlow, hundido como está, es incapaz de dominar la palabra, y se apaga en un—: ...ni menos.

—Señor Twemlow, su palabra tendrá peso en los oídos del padre de Georgiana, al que ciega la presuntuosidad. Ya sabe en qué consideración tiene a la familia de usted. No pierda tiempo. Adviértale.

—Pero advertirle... ¿contra quién?

—Contra mí.

Para su gran suerte, Twemlow recibe un estímulo en ese momento crítico. El estímulo es la voz de Lammle.

—Sophronia, querida, ¿qué retratos le estás enseñando a Twemlow?

—Retratos de personajes públicos, Alfred.

—Enséñale el último que me hicieron.

—Sí, Alfred.

Deja ese álbum sobre la mesita, coge otro, gira las hojas y le presenta el retrato a Twemlow.

—Este es el último del señor Lammle. ¿Le parece bueno?... Advierta al padre de Georgiana en contra de mí. Lo merezco, pues he estado en esta confabulación desde el principio. El plan es de mi marido, de su pariente, y mío. Se lo cuento solo para que vea la necesidad de que alguien ayude y rescate a esa pobre, necia y afectuosa criatura. No le repita estas últimas palabras a su padre. Hasta cierto punto, debe disculparme, y disculpar a mi marido. Pues aunque la celebración de hoy es una farsa, es mi marido, y tenemos que vivir... ¿Cree que se le parece?

Twemlow, estupefacto como está, finge comparar el retrato de su mano con el original, que le mira desde su rincón mefistofélico.

—¡Muy bueno, desde luego! —son, finalmente, las palabras que Twemlow consigue sacar de sí con gran dificultad.

—Me alegro de que se lo parezca. En general, lo considero el mejor. Los otros son tan oscuros. Este, por ejemplo, es otro del señor Lammle...

—Pero no entiendo; no sé qué hacer —tartamudea Twemlow, mientras contempla vacilante el libro con el monóculo en el ojo—. ¿Cómo voy a advertir a su padre... sin contárselo? ¿Hasta qué punto se lo he de contar? ¿Qué no he de contarle? Yo... yo... no sé qué hacer.

—Dígale que yo soy una casamentera; díglele que soy una mujer artera e intrigante; díglele que está seguro de que su hija está mejor fuera de mi casa y sin mi compañía. Díglele cualquier cosa de mí; será todo cierto. Ya sabe lo engreído que es, y qué fácil resulta alarmar su vanidad. Díglele lo suficiente para encender esa alarma y para que vigile a su hija, y ahórreme lo demás. Señor Twemlow, veo en sus ojos que de repente me desprecia; y, aunque estoy acostumbrada a ver mi propia degradación en mis ojos, siento vivamente el cambio que he sufrido en los suyos en estos últimos momentos. Pero confío sin reservas en su buena fe conmigo, tanto como cuando he empezado a hablarle. Si supiera cuántas veces he intentado hablar hoy con usted, me compadecería. No quiero que me haga ninguna nueva promesa, pues me basta, y me bastará siempre, con la que ya me ha hecho. No me atrevo a decir más, pues veo que me vigilan. Si usted deja mi conciencia tranquila con la seguridad de que intercederá con su padre y salvará a esta niña inofensiva, cierre el álbum antes de devolvérmelo, y sabré lo que quiere decir, y se lo agradeceré profundamente en mi corazón... Alfred, el señor Twemlow cree que es el mejor, en lo que coincide totalmente contigo y

conmigo.

Alfred avanza. Los grupos se dispersan. Lady Tippins se levanta para marcharse, y la señora Veneering sigue a su líder. Por un momento, la señora Lammle no se vuelve hacia ellas, sino que sigue mirando a Twemlow, que observa el retrato de Alfred a través de su monóculo. Pasa un instante y Twemlow deja caer su monóculo a la altura de sus costillas, se levanta y cierra el libro con un énfasis que hace que ese frágil bebé de las hadas, Tippins, se sobresalte.

Y luego adioses y adioses, y qué deliciosa celebración, digna de la Edad de Oro, y más acerca de la pata de jamón, y cosas así; y Twemlow cruza Piccadilly con paso vacilante, la mano en la frente, y casi lo atropella el rojo coche de correos, y al final ese inocente caballero se deja caer en la seguridad de su butaca, aún con la mano en la frente; la cabeza, en un torbellino.

Libro tercero

Un largo camino

Capítulo I

Los habitantes de la calle de los morosos

Era día de niebla en Londres, y la niebla era densa y oscura. El Londres animado, con los ojos escocidos y los pulmones irritados, parpadeaba, estornudaba y se ahogaba; el Londres inanimado era un espectro de hollín, indeciso entre ser visible o invisible, por lo que no era ninguna de las dos cosas. Los faroles de gas ardían en las tiendas con un aire ojeroso y desdichado, como si fueran conscientes de ser criaturas nocturnas a las que no se les había perdido nada al sol; mientras que el sol, en los escasos momentos en que se insinuaba pálidamente a través de circulares remolinos de niebla, parecía haberse apagado y estar a punto de desplomarse, plano y frío. Incluso en las zonas rurales aledañas era un día de niebla, pero ahí la niebla era gris, mientras que en Londres era, más o menos en la línea divisoria, de un amarillo oscuro, y un poco más adentro marrón, y luego un marrón más oscuro, y luego más oscuro, hasta que en el centro de la City —lo que se llama Saint Mary Axe— era de un negro óxido. Desde cualquier punto de las altas colinas de las tierras del norte se podía discernir que los edificios más elevados hacían algún esporádico esfuerzo para asomar la cabeza por encima del mar de niebla, y el que más parecía esforzarse era la gran cúpula de Saint Paul; pero eso no era perceptible al pie de las calles, donde toda la metrópolis era una montaña de vapor cargado de sonidos apagados de ruedas que rodeaba un gigantesco catarro.

A las nueve en punto de esa mañana, la empresa de Pubsey and Co. no era el lugar más animado de Saint Mary Axe —que no es, en sí mismo, un lugar muy animado—, donde se veía un sollozante farol de gas en el escaparate de la contaduría y una clandestina corriente de niebla que reptaba a través del ojo de la cerradura de la puerta principal. Pero la luz se apagó, se abrió la puerta principal y Riah salió con una bolsa bajo el brazo.

Casi al tiempo que salía a la puerta, Riah se adentró en la niebla, y Saint Mary Axe dejó de verlo. Pero los ojos de este relato pueden seguirlo en

dirección oeste, por Cornhill, Cheapside, Fleet Street y el Strand, hasta Piccadilly y el Albany. Allí se dirigía con su paso grave y acompasado, báculo en mano, faldones hasta el talón; y más de una cabeza, al volverse para mirar a esa venerable figura ya perdida en la niebla, suponía que era alguna figura corriente a la que no habían visto bien, y a la que la imaginación y la niebla le habían dado ese fugaz aspecto.

Llegó a la casa en la que, en el segundo piso, estaban las habitaciones de su amo, subió las escaleras y se detuvo a la puerta de Fascinación Fledgeby. Haciendo caso omiso de la campanilla y la aldaba, dio unos golpecitos con la empuñadura del báculo, y, tras escuchar, se sentó en el umbral. Era una característica de su habitual sumisión que se sentara en la escalera oscura y pelada, como muchos de sus antepasados habían hecho en las mazmorras, aceptando lo que pudiera sucederles.

Al cabo de un rato, cuando ya se había quedado tan frío que estaba a punto de soplarse en los dedos, se puso en pie y volvió a golpear con el báculo, y escuchó de nuevo, y de nuevo se sentó a esperar. Tres veces repitió esa acción antes de que sus oídos fueran saludados por la voz de Fledgeby, que le gritaba desde la cama:

—¡Basta de escándalo! ¡Enseguida voy a abrirte!

Pero en lugar de ir enseguida, entró en un dulce sueño que duró un cuarto de hora o más, intervalo durante el cual Riah siguió sentado en la escalera con perfecta paciencia.

Al final se abrió la puerta, y las ropas del señor Fledgeby regresaron de nuevo a la cama. Siguiéndole a respetuosa distancia, Riah entró en el dormitorio, donde en algún momento se había encendido la lumbre, ahora una viva llama.

—¿Qué horas de llamar son estas, si aún es de noche? —preguntó Fledgeby, volviéndole la cara bajo las sábanas y presentando la apacible muralla de su espalda a la helada figura del anciano.

—Señor, son más de las diez y media de la mañana.

—¡Y una porra! Entonces debe de ser la queridísima niebla.

—Niebla cerrada, señor.

—¿Día desapacible?

—Un frío que cala —dijo Riah, sacando un pañuelo y secándose la humedad de la barba y los largos cabellos grises mientras permanecía al borde de la alfombra con los ojos puestos en ese agradable fuego.

Con otra zambullida de satisfacción, Fledgeby volvió a acomodarse en la cama.

—¿Hay nieve, aguanieve, nieve derretida o algo así? —preguntó.

—No, señor, no. La cosa no llega a tanto. Las calles están bastante limpias.

—Tampoco hace falta alardear —replicó Fledgeby, decepcionado en su deseo de realzar el contraste entre su cama y las calles—. Pero tú siempre alardeas de algo. ¿Has traído los libros?

—Aquí están, señor.

—Muy bien. Voy a cavilar durante un par de minutos sobre el negocio en general. Mientras, puedes vaciar la bolsa y prepararlo todo.

Con otra confortable zambullida, el señor Fledgeby volvió a quedarse dormido. El anciano, tras haber obedecido sus indicaciones, se sentó al borde de una silla, se cruzó de brazos y, entregándose gradualmente a la influencia del calor, se adormiló. Lo despertó la aparición del señor Fledgeby, erguido al pie de la cama, enfundado en unas babuchas turcas, unos pantalones turcos color rosa (comprados a bajo precio a alguien que se los había timado a otro), y con un batín y gorro a conjunto. De esa guisa, no le habría faltado nada de habersele añadido una silla desfondada, un farol y un manojo de cerillas.^[28]

—¡Vamos, viejo! —vociferó Fascinación en tono de broma—. ¿Qué artimaña preparas, sentado aquí con los ojos cerrados? No duermes. ¡Es más fácil pillar a una comadreja dormida que a un judío!

—Cierto, señor, me temo que estaba dando una cabezada —dijo el anciano.

—¡Tú no! —replicó Fledgeby con una mirada astuta—. Una maniobra eficaz con muchos otros, supongo, pero a mí no me harás bajar la guardia. Aunque tampoco es una mala idea, si quieres aparentar indiferencia en un regateo. ¡Menudo pillo estás hecho!

El anciano negó con la cabeza, rechazando cortésmente la imputación; reprimió un suspiro y se desplazó a la mesa en la que el señor Fledgeby ahora

se servía una taza de oloroso y humeante café de una cafetera colocada junto al fuego. Era un espectáculo edificante, el joven en su sillón tomando un café, y el anciano de pelo gris con la cabeza gacha, de pie esperando sus órdenes.

—¡Vamos! —dijo Fledgeby—. Afloja la mosca. Enséñame el balance y demuestra con números que es lo que es y que no hay más. Primero de todo, enciende esa vela.

Riah obedeció. Sacó una bolsa del pecho, y remitiéndose a la suma que había en las cuentas de las que era responsable, contó el dinero sobre la mesa. Fledgeby lo volvió a contar con gran cuidado, haciendo tintinear cada soberano.

—Supongo —dijo, acercándose uno al ojo— que no le has quitado peso a esas monedas; es uno de los oficios de los de tu raza. Sabes lo que es limar una libra, ¿no?

—Tan bien como usted, señor —replicó el anciano, con las manos bajo los puños de la manga opuesta, mientras permanecía de pie ante la mesa, observando con deferencia la cara de su amo—. ¿Puedo tomarme la libertad de decir algo?

—Puedes —concedió graciosamente Fledgeby.

—¿No cree que, sin pretenderlo, con toda seguridad sin pretenderlo, a veces confunde el papel que desempeña a su servicio con el que considera que debería desempeñar según su idea del mundo?

—No creo que merezca la pena hilar tan fino como para ponernos a considerarlo —contestó fríamente Fascinación.

—¿Ni por justicia?

—¡Maldita sea la justicia!

—¿Ni por generosidad?

—¡Los judíos y la generosidad! —dijo Fledgeby—. ¡Dos cosas muy bien avenidas! ¡Saca tus justificantes y déjate de palabrería semita!

Riah sacó los justificantes, y durante la siguiente media hora el señor Fledgeby concentró su sublime atención en ellos. Vio que estos y las cuentas cuadraban, y los libros y papeles regresaron a su lugar en la bolsa.

—Y ahora —dijo Fledgeby— pasemos a la rama de la compra de pagarés;

la rama que más me gusta. ¿Qué pagarés de morosos se pueden comprar, y a qué precios? ¿Tienes la lista de lo que hay en el mercado?

—Señor, es una lista larga —replicó Riah, sacando la billetera y seleccionando de su contenido un papel doblado que, al desdoblarse, se convirtió en un pliego cubierto de una letra apretada.

—¡Fiu! —silbó Fledgeby cuando la tuvo en la mano—. ¡Últimamente la calle de los Morosos está abarrotada de inquilinos! Se venden en paquetes, ¿verdad?

—En paquetes —replicó al anciano, mirando por encima del hombro de su amo—, o a fajos.

—La mitad de esos fajos es papel para la basura, eso se sabe de antemano —dijo Fledgeby—. ¿Puedes conseguirlo a precio de papel para la basura? Esa es la cuestión.

Riah negó con la cabeza, y Fledgeby enfiló la mirada con sus ojos pequeños. Al poco comenzó a parpadear y, no bien fue consciente de su parpadeo, levantó los ojos hacia la seria cara que quedaba por encima de él, y se desplazó junto a la repisa de la chimenea. Utilizándola a modo de escritorio, se quedó allí de espaldas al anciano, calentándose las rodillas, estudiando la lista sin prisas, y a menudo repasando algunas líneas, como si fueran especialmente interesantes. En esas ocasiones echaba un vistazo al espejo de la chimenea para ver la expresión del anciano. Pero este no ponía ninguna que pudiera detectarse, pues, consciente de la suspicacia de su patrón, no levantaba los ojos del suelo.

Fledgeby estaba inmerso en tan agradable ocupación cuando oyó pisadas en la puerta de la calle, y esta se abrió precipitadamente.

—¡Vaya! Esto es culpa tuya, bobo israelí —dijo Fledgeby—; no sabes cerrarla.

A continuación se oyeron los pasos dentro y la voz del señor Alfred Lammle, que decía en voz bien alta:

—¿Está aquí, Fledgeby?

A lo que Fledgeby, tras haber advertido a Riah en voz baja que le siguiera la corriente en lo que dijese, contestó:

—¡Estoy aquí! —Y abrió la puerta del dormitorio—. ¡Entre! Este

caballero es de Pubsey and Co., de Saint Mary Axe, con el que intento llegar a un acuerdo en nombre de un desafortunado amigo en una cuestión de unos pagarés impagados. Aunque la verdad es que en Pubsey and Co. son tan estrictos con sus acreedores, y tan difíciles de conmover, que me parece que estoy perdiendo el tiempo. ¿No hay manera de llegar a algún acuerdo con usted en nombre de mi amigo, señor Riah?

—Yo tan solo actúo en representación, señor —replicó el judío en voz baja—. No hago más que lo que me indica el director. No es mi capital el que está invertido en el negocio. Por lo que los beneficios no son para mí.

—¡Ja ja! —se rió Fledgeby—. ¿Lammle?

—¡Ja ja! —se rió Lammle—. Sí. Claro. Lo sabemos.

—Muy bueno, ¿verdad, Lammle? —dijo Fledgeby, al que divertía en extremo aquella broma privada.

—¡Siempre el mismo, siempre el mismo! —dijo Lammle—. Señor...

—Riah, de Pubsey and Co., Saint Mary Axe —metió su cuchara Fledgeby mientras se secaba las lágrimas que le corrían por los ojos, tanto disfrutaba de aquel chiste privado.

—El señor Riah está obligado a observar las invariables fórmulas establecidas para tales casos —dijo Lammle.

—¡Solo actúa en representación de otra persona! —exclamó Fledgeby—. ¡Hace lo que le dice su director! No es su capital el que está invertido en el negocio. ¡Esta sí que es buena! ¡Ja ja ja ja!

El señor Lammle se unió a sus carcajadas y puso cara de saber de qué iba la cosa; y cuanto más reía y parecía estar en el ajo, más disfrutaba el señor Fledgeby de su broma privada.

—No obstante —dijo el fascinante caballero, secándose de nuevo los ojos —, si seguimos de esta manera, parecerá que nos burlamos del señor Riah, o de Pubsey and Co. y de Saint Mary Axe, o de quien sea: y nada más lejos de nuestra intención. Señor Riah, si tuviera la amabilidad de pasar a la habitación de al lado unos momentos mientras hablo con el señor Lammle, me gustaría llegar a un acuerdo con usted antes de que se vaya.

El anciano, que no había levantado la vista durante todo el tiempo que había durado la broma del señor Fledgeby, saludó con la cabeza en silencio y

pasó por la puerta que Fledgeby le abrió. Después de cerrarla, Fledgeby volvió con Lammle, que estaba de espaldas a la lumbre del dormitorio, con una mano bajo los faldones de la levita y todas sus patillas en la otra.

—¡Vaya! —dijo Fledgeby—. ¿Ocurre algo?

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Lammle.

—Porque se le nota —replicó Fledgeby.

—Bien, pues, ocurre —dijo Lammle—. Ocurre algo, y malo. Todo va mal.

—¡Caramba! —se lamentó Fascinación muy lentamente, mientras se sentaba con las manos en las rodillas, de cara a su ceñudo amigo y de espaldas al fuego.

—Ya le digo, Fledgeby —repitió Lammle, haciendo un barrido con el brazo derecho—, todo el asunto va mal. Se acabó el juego.

—¿Cuál es el juego? —preguntó Fledgeby, tan lentamente como antes, y con más seriedad.

—EL juego. NUESTRO juego. Lea esto.

Fledgeby le cogió una nota de su mano extendida y leyó en voz alta:

—«Señor don Alfred Lammle: Permítame que la señora Podsnap y yo le expresemos nuestro común aprecio por las amables atenciones que la señora Lammle y usted le han dedicado a nuestra hija, Georgiana. Permítanos también rechazarlas totalmente en el futuro, y comunicarle nuestro deseo definitivo de que las dos familias dejen de mantener cualquier tipo de relación. Tengo el honor, señor, de quedar como su más obediente y humilde servidor, *John Podsnap*».

Fledgeby se quedó mirando las tres caras en blanco del papel, tan detenidamente y con tanta atención como la cara que estaba escrita, y a continuación miró a Lammle, quien le respondió con otro amplio barrido del brazo derecho.

—¿Quién es el responsable de esto? —dijo Fledgeby.

—Ni me lo imagino —dijo Lammle.

—A lo mejor —sugirió Fledgeby, después de reflexionar tras un ceño de

gran disgusto— alguien ha hablado mal de usted.

—O de usted —dijo Lammle con un ceño más pronunciado.

El señor Fledgeby parecía hallarse al borde de sublevarse cuando su mano chocó con su nariz. Un cierto recuerdo relacionado con ese rasgo actuó de oportuna advertencia, y se la cogió reflexivamente entre el índice y el pulgar, y meditó; mientras tanto, Lammle lo observaba furtivamente.

—¡Bueno! —dijo Fledgeby—. Esto no mejorará por mucho que hablemos. Si llegamos a averiguar quién lo hizo, tendrá su merecido. No hay nada más que decir, excepto que se comprometió a hacer algo que las circunstancias le impiden hacer.

—Y usted se comprometió a hacer algo que ya podría haber hecho, si hubiese sabido sacar provecho antes de las circunstancias —le espetó Lammle.

—¡Ah! Eso es opinable —observó Fledgeby con las manos en sus pantalones turcos.

—Señor Fledgeby —dijo Lammle en tono de intimidación—, ¿debo entender que me echa la culpa a mí, o insinúa que está descontento conmigo, en este asunto?

—No —dijo Fledgeby—, siempre y cuando lleve en el bolsillo mi pagaré, y me lo entregue ahora.

Lammle lo sacó, aunque a regañadientes, Fledgeby lo miró, lo identificó, lo arrugó y lo arrojó al fuego. Los dos lo miraron arder, apagarse y volar convertido en cenizas.

—Y ahora, señor Fledgeby —dijo Lammle—, ¿debo entender que me echa la culpa a mí, o insinúa que está descontento conmigo, en este asunto?

—No —dijo Fledgeby.

—¿Es un no definitivo y sin reservas?

—Sí.

—Fledgeby, mi mano.

El señor Fledgeby se la estrechó y dijo:

—Si alguna vez averiguamos quién lo ha hecho, tendrá su merecido. Y de

la manera más cordial, deje que le mencione otra cosa. No sé en qué circunstancias se halla usted, y no se lo pregunto. En este asunto ha sufrido una pérdida. Hay muchos hombres que se meten en deudas, y puede que usted sea uno de ellos o puede que no. Pero, pase lo que pase, Lammle, nunca, nunca, nunca... se lo ruego... nunca caiga en manos de Pubsey and Co., los de la habitación de al lado, porque son sanguijuelas. Sanguijuelas y desolladores rematados, mi querido Lammle —repitió Fledgeby con peculiar regodeo—, y le despellejarán vivo, de pies a cabeza, y le chuparán cada gota de sangre hasta dejarle seco. Ya ha visto lo que es el señor Riah. Nunca caiga en sus manos, Lammle, ¡se lo suplico como amigo!

El señor Lammle, revelando cierta alarma ante la solemnidad de esa súplica, le preguntó que por qué demonios iba a caer alguna vez en manos de Pubsey and Co.

—A decir verdad —dijo el inocente Fledgeby—, me intranquilizó un poco la manera en que el judío le miró al oír su nombre. No me gustó su mirada. Pero a lo mejor ha sido la imaginación excitada de un amigo. Naturalmente, si está seguro de que no tiene ningún pagaré personal por ahí, al que a lo mejor no puede hacer frente, debe de haber sido mi fantasía. No obstante, no me ha gustado su mirada.

El meditabundo Lammle, en cuya palpitante nariz se le iban formando y desapareciendo unas mellas blancas al respirar, parecía estar sufriendo los tormentos de algún diablillo. Fledgeby, que lo observaba con un espasmo en su enjuta cara que hacía las veces de sonrisa, parecía el demonuelo que lo atormentaba.

—Pero no debo tenerlo esperando mucho rato —dijo Fledgeby—, o se vengará en mi desdichado amigo. ¿Cómo está su inteligentísima y simpática esposa? ¿Sabe que todo se ha ido a pique?

—Le enseñé la carta.

—¿Se sorprendió mucho? —preguntó Fledgeby.

—Creo que se habría sorprendido más —contestó Lammle— de haber visto más empuje en usted.

—¡Oh! Entonces me echa la culpa a mí.

—Señor Fledgeby, no malinterprete mis palabras.

—No pierda los estribos, Lammle —lo instó Fledgeby, en tono dócil—, porque no es el momento. Solo le he hecho una pregunta. Entonces, ¿no me echa la culpa a mí? Por preguntarlo de otra manera.

—No, señor.

—Muy bien —dijo Fledgeby, viendo con toda claridad que le echaba la culpa—. Transmítale mis saludos. ¡Adiós!

Se estrecharon la mano y Lammle se fue caviloso. Fledgeby lo vio perderse en la niebla, y regresando junto al fuego y, reflexionando de cara a él, separó mucho las piernas de sus pantalones turcos color rosa, y meditabundo dobló las rodillas, como si fuera a apoyarse en ellas.

—Tiene usted unas patillas, Lammle, que nunca me gustaron —murmuró Fledgeby—, y que no pueden conseguirse con dinero; sus modales y su conversación son jactanciosos; pretendía insultarme, y me ha metido en un fiasco, y ahora su mujer dice que tengo la culpa. Ya le bajaré los humos. Desde luego que lo haré, aunque no tenga patillas. —Se frotó los lugares donde deberían estar—. ¡Ni modales, ni conversación!

Tras haber aliviado de ese modo su noble mente, se subió las perneras de sus pantalones turcos, se enderezó, y llamó a Riah.

—¡Oiga, señor!

Al ver que el anciano entraba con una amabilidad que contrastaba inmensamente con la caracterización que había hecho de él, al señor Fledgeby volvió a entrarle la risa, y exclamó con una carcajada:

—¡Muy bueno! ¡Muy bueno! ¡A fe mía que es buenísimo!

Cuando hubo acabado de reír, le dijo a Riah:

—Comprarás todos estos lotes que he marcado en lápiz. Hay una marca aquí, aquí, y aquí. Y me apuesto dos peniques a que luego irás a exprimir a esos cristianos, como el judío que eres. Ahora necesitarás un cheque... o dirás que lo necesitas, aunque tengas un buen capital en alguna parte, y ojalá supiera dónde, aunque te dejarías condimentar con sal y pimienta y asar en una parrilla antes de confesarlo. Rellenaré ese cheque.

Cuando hubo abierto con llave un cajón y sacado una llave para abrir otro cajón, en la que había otra llave que abría otro cajón, en el que había otra llave que abría otro cajón, en el que estaba la chequera; y cuando hubo

rellenado el cheque; y cuando, invirtiendo el proceso de llaves y cajones, hubo colocado la chequera de nuevo en lugar seguro, le hizo seña al anciano, con el cheque doblado, para que se le acercara y lo cogiera.

—Anciano —dijo Fledgeby cuando el judío se hubo puesto el cheque en su billetera, e introducía esta en la pechera de su prenda exterior—, de momento, nada más por lo que se refiere a mis asuntos. Ahora quiero decirte algo acerca de unos asuntos que no son exactamente míos. ¿Dónde está la chica?

Riah, aún sin haber sacado la mano de la pechera de su prenda, dio un respingo y se quedó inmóvil.

—¡Vaya! —dijo Fledgeby—. ¡No se lo esperaba! ¿Dónde la has escondido?

Sin poder ocultar su sorpresa, el anciano miró a su patrón con cierta confusión pasajera, que hizo las delicias de Fledgeby.

—¿Está en la casa de Saint Mary Axe cuyo alquiler y contribución pago yo? —preguntó Fledgeby.

—No, señor.

—¿Está en el jardín que tienes en la azotea de la casa... adonde iba para estar muerta, o no sé qué juego era ese? —preguntó Fledgeby.

—No, señor.

—¿Dónde está, entonces?

Riah bajó la mirada al suelo, como si considerara si podía contestar a la pregunta o no sin atentar contra su fe, y luego la subió en silencio a la cara de Fledgeby, como si no pudiera.

—¡Vamos! —dijo Fledgeby—. Ahora no voy a insistirte. Pero quiero saberlo, y lo sabré, no lo olvides. ¿Qué te traes entre manos?

El anciano, en un gesto de disculpa con la cara y las manos, al no comprender lo que quería decir su amo, le lanzó una mirada de silenciosa interrogación.

—Es imposible que seas un conquistador engañadoncellas —dijo Fledgeby—. Pues eres «un paño de lágrimas», ya sabes. ¿O no conoces el poema del reverendo Moss... un cristiano? Eres uno de los patriarcas; eres un

viejo al que le tiembla todo; ¿no me digas que estás enamorado de esa tal Lizzie?

—¡Oh, señor! —protestó Riah—. ¡Oh, señor, señor, señor!

—Entonces —replicó Fledgeby, con un ligerísimo asomo de sonrojo—, ¿por qué metes la cuchara en ese plato?

—Señor, le diré la verdad. Pero (disculpe la condición) es una confidencia sagrada; estrictamente bajo palabra de honor.

—¡Y encima honor! —exclamó Fledgeby, con una mueca burlona—. Honor entre judíos. Bueno. Abrevia.

—¿Tengo su palabra de honor, señor? —estipuló el otro, con respetuosa firmeza.

—Oh, desde luego. Por mi honor de caballero —dijo Fledgeby.

El anciano, al que en ningún momento se había invitado a sentarse, estaba de pie con la mano en el respaldo del sillón del joven, que seguía de cara al fuego con una expresión de atenta curiosidad, dispuesto a no perder detalle y pillarle en cualquier error.

—Abrevia —dijo Fledgeby—. Empieza a decir tus motivos.

—Señor, no tengo otro motivo que ayudar al desvalido.

El señor Fledgeby solo pudo expresar los sentimientos que le provocó tan increíble afirmación con un bufido prodigiosamente largo y despectivo.

—Cómo conocí a esa damisela, y cómo llegué a estimarla y respetarla tanto, se lo mencioné cuando la vio en el pobre jardín que tengo en la azotea —dijo el judío.

—Ah, ¿sí? —dijo Fledgeby, desconfiado—. Bueno, es posible.

—Cuanto más la conocía, más me interesaba su destino. Este había llegado a un momento crítico. La encontré agobiada por un hermano egoísta e ingrato, por un pretendiente inaceptable, por las trampas de un enamorado más poderoso, por las jugarretas de su propio corazón.

—Y ella tenía preferencia por alguno, ¿no?

—Señor, era de lo más natural que ella se inclinara por él, pues tenía muchas y grandes ventajas. Pero no era de su posición, y no entraba en los

planes de él casarse con ella. Los peligros la rodeaban, y el círculo se iba ensombreciendo rápidamente, cuando yo (al estar, como ha dicho usted, demasiado viejo y débil como para albergar un sentimiento que no fuera el de un padre) intervine y la aconsejé que desapareciera. Le dije: «Hija mía, hay momentos de peligro moral en los que la decisión más difícil y virtuosa es huir, y en que el valor más heroico es la huida». Ella me contestó que lo había pensado; pero no sabía adónde dirigirse, y no tenía a nadie que la ayudara. Le demostré que había alguien dispuesto a ayudarla, y que era yo. Y ahora ha desaparecido.

—¿Qué hiciste con ella? —preguntó Fledgeby, palpándose la cara.

—Está lejos —dijo el anciano, haciendo un barrido con las dos manos hasta el extremo de los brazos en un gesto grave y lento—; lejos. La llevé con algunos de los míos, donde su laboriosidad la ayudará, y donde podría esperar ejercerla sin que nadie la asediara.

Los ojos de Fledgeby se habían apartado del fuego para observar la acción de las manos del anciano al decir: «lejos». Fledgeby intentó (sin el menor éxito) imitar ese gesto, mientras sacudía la cabeza y decía:

—La llevaste en esa dirección, ¿eh? ¡Viejo artero y retorcido!

Riah, con una mano sobre el pecho y la otra en el sillón, sin justificarse, esperó a la siguiente pregunta. Pero Fledgeby, con sus ojillos demasiado juntos, comprendió perfectamente que no serviría de nada seguir interrogándole sobre ese punto tan reservado.

—Lizzie —dijo Fledgeby, mirando de nuevo hacia el fuego, y enseguida al anciano—. Mmm... Lizzie. Cuando estuve en el jardín que hay en lo alto de tu casa no me dijiste el apellido. Yo seré más comunicativo contigo. El apellido es Hexam.

Riah inclinó la cabeza para asentir.

—Vaya, vaya, señor —dijo Fledgeby—. Tengo la sensación de que algo sé del pretendiente engatusador, el poderoso. ¿Tiene algo que ver con la abogacía?

—Creo que es su profesión, al menos de nombre.

—Eso me parecía. ¿Su nombre es Lightwood o algo así?

—En absoluto, señor.

—Vamos, anciano —dijo Fledgeby, mirándole a los ojos con un guiño—, dime el nombre.

—Wrayburn.

—¡Por Júpiter! —exclamó Fledgeby—. ¿Ese? ¡Creía que sería el otro! ¡Jamás se me ocurrió que fuera ese! No me opondría a que dejaras a cualquiera de los dos con un palmo de narices, pillo, pues ambos son bastante engreídos; pero con pocas personas me he topado que tengan su insolencia. Y además lleva barba, y presume de ello. ¡Bien hecho, anciano! ¡Adelante y que te vaya bien!

Animado por ese inesperado elogio, Riah preguntó si tenía algo más que ordenarle.

—No —dijo Fledgeby—, que te lleven tus débiles piernas, Judas, y cumple a tientas lo que te he dicho.

Despedido con tan amables palabras, el anciano cogió su ancho sombrero y su báculo y abandonó al gran personaje: más como si fuera una criatura superior que benévolamente bendijera al señor Fledgeby que el pobre dependiente sometido por su amo. Una vez a solas, el señor Fledgeby cerró con llave la puerta de la calle y regresó a la lumbre.

—¡Bien hecho! —se dijo Fascinación—. Lento, pero seguro; ¡y tan seguro!

Lo repitió un par de veces, muy complacido, mientras de nuevo separaba las perneras de los pantalones turcos y doblaba las rodillas.

—Un buen tiro, tengo que reconocérmelo —se dijo en soliloquio—. ¡Y con él he derribado a un judío! Cuando oí contar la historia en casa de los Lammle, no se me ocurrió saltar a la conclusión de que era Riah. Ni por asomo; fue algo que me vino a la cabeza poco a poco.

En ello acertaba de pleno; pues no era su costumbre saltar, ni brincar, ni impulsarse hacia arriba, en ningún aspecto de la vida, sino arrastrarse hacia todo.

—Me vino a la cabeza —añadió Fledgeby, buscando a tientas las patillas — poco a poco. Si ese Lammle o ese Lightwood hubieran dado con él, le habrían preguntado si había tenido algo que ver con la desaparición de la muchacha. Pero yo tenía un método mejor. Me coloqué detrás de un seto, lo

dejé que asomara, le disparé y cayó redondo. ¡Bueno! ¡Al ser un judío, no ha sido rival para mí!

Torció de nuevo la cara a modo de sonrisa, con lo que le quedó deformada.

—En cuanto a los cristianos —prosiguió Fledgeby—, ¡ojo, cristianos, sobre todo los que habitáis en la calle de los Morosos! Ahora soy el dueño de esa calle, y veréis que van a pasar cosas. Por el solo hecho de tener un poco de poder sobre vosotros sin que os enteréis, con lo listos que os creéis, ya valdría la pena haber invertido mi dinero. ¡Pero si encima os puedo sacar algún beneficio, eso ya es impagable!

Con este apóstrofe, el señor Fledgeby pasó a despojarse de su atavío turco y a ponerse el cristiano. Y durante esa operación, y mientras hacía sus abluciones matinales, y se ungía con el último e infalible preparado para que brotara un vello lustroso y exuberante en el semblante humano (pues los charlatanes eran los únicos sabios en que creía, además de los usureros), la turbia niebla se cernió sobre él y le ciñó con su abrazo de hollín. Si jamás le hubiera abandonado, el mundo no habría sufrido ninguna pérdida irreparable, y podría haberle encontrado fácilmente un sustituto.

Capítulo II

Un nuevo aspecto de un respetado amigo

En la tarde de ese mismo neblinoso día, cuando la persiana amarilla de Pubsey and Co. ya se había cerrado para clausurar la jornada, Riah el judío se adentraba de nuevo en Saint Mary Axe. Pero esta vez no llevaba ninguna bolsa, ni le guiaba ningún asunto de su amo. Cruzó London Bridge y regresó a la orilla de Middlesex por Westminster Bridge, y así, caminando siempre entre la niebla, llegó hasta la puerta de la modista de muñecas.

La señorita Wren lo esperaba. La vio a través de la ventana, a la luz de su escasa lumbre —cuidadosamente cubierta de ceniza húmeda para que durara más y se consumiera menos cuando ella estaba fuera—, esperándolo sentada con la capota puesta. Riah dio un golpecito al cristal y ella salió de las solitarias cavilaciones en que se hallaba. Fue a abrirle, ayudándose en los escalones con su pequeña muleta.

—¡Buenas tardes, madrina! —dijo la señorita Jenny Wren.

El anciano se echó a reír y le ofreció el brazo para que se apoyara.

—¿No quiere entrar a calentarse, madrina? —preguntó la señorita Jenny Wren.

—No si estás ya a punto, querida Cenicienta.

—¡Bien! —exclamó la señorita Wren, encantada—. ¡Ahora sí que ES usted un anciano chico listo! Si en este establecimiento repartiéramos premios (pero solo tenemos boletos sin premio), ganaría la primera medalla de plata por levantarme tan rápidamente.

Mientras hablaba, la señorita Wren sacó del cerrojo la llave de la puerta de la casa y se la metió en el bolsillo, a continuación la cerró enérgicamente y la empujó para ver si estaba bien cerrada. Satisfecha con la seguridad de su morada, posó una mano en el brazo que le ofrecía el anciano y se dispuso a servirse de la muleta con la otra. Pero la llave era un instrumento de tan

grandes proporciones que antes de ponerse en marcha Riah se ofreció a llevársela.

—¡No, no, no! Yo misma la llevaré —contestó la señorita Wren—. Voy terriblemente escorada, y si la almaceno en el bolsillo equilibrio la nave. Y le confesaré un secreto, madrina, llevo la llave en el lado que queda más alto, a propósito.

Dicho eso emprendieron la marcha a través de la niebla.

—Sí, madrina, ha sido muy aguda al comprenderme —prosiguió la señorita Wren con gran aprobación—. ¡Pero ya ve, es usted el hada madrina de los libros de cuentos! Se parece tan poco a los demás... Como si acabara de adoptar esta forma, en este momento, con algún fin bondadoso. ¡Vaya! —exclamó la señorita Jenny, acercando su cara a la del anciano—. Veo sus rasgos, madrina, detrás de esa barba.

—¿Llega tu fantasía a que yo pueda transformar otros objetos, Jenny?

—¡Bueno! ¡Ya lo creo! Solo con que me pidiera el bastón y golpeara este trozo de acera, esta sucia piedra que pisan mis pies, aparecería una carroza y seis caballos. ¡Se lo digo yo! Creámonoslo.

—Con todo mi corazón —replicó el anciano.

—Le diré lo que quiero pedirle, madrina. Quiero pedirle que sea tan amable de darle un golpecito a mi niño y cambiarlo de pies a cabeza. ¡Mi niño ha sido últimamente tan, tan malo! Me vuelve loca de preocupación. En diez días no ha pegado ni golpe. Ha tenido ataques de pánico, y se imaginaba que cuatro hombres cobrizos vestidos de rojo querían arrojarlo a un horno en llamas.

—Pero eso es peligroso, Jenny.

—¿Peligroso, madrina? Ese niño malo siempre es peligroso, más o menos. En este mismo momento podría estar incendiando la casa. —Y al decirlo la criatura volvió la cabeza para mirar al cielo—. ¡No sé cómo la gente quiere tener hijos! No sirve de nada zarandearlos. Al mío lo he zarandeado hasta marearme. «¿Por qué no cumples con los mandamientos y honras a tus padres, chico travieso?», le he dicho cada vez. Pero solo gimotea y se me queda mirando.

—¿Qué te gustaría cambiar, después de él? —preguntó Riah, con una voz

compasiva y juguetona.

—A fe mía, madrina, que me temo que después he de ser egoísta, y hacer que me ponga mejor de la espalda y las piernas. Es poca cosa para sus poderes, madrina, pero es mucho para una pobre criatura débil y dolorida.

No había queja en sus palabras, aunque no eran menos conmovedoras por ello.

—¿Y luego?

—Sí, y luego... ya sabe, madrina. Los dos subiremos a un coche de seis caballos para ir a ver a Lizzie. Esto me recuerda, madrina, que tengo que hacerle una pregunta importante. Es usted todo lo sabia que se puede ser (al haber sido educada por las hadas), y podrá decirme lo siguiente: ¿es mejor tener algo bueno y perderlo, o no haberlo tenido nunca?

—Explícate, ahijada.

—Me siento mucho más sola y desamparada sin Lizzie de lo que me sentía antes de conocerla.

(Tenía lágrimas en los ojos al decirlo).

—Casi todo el mundo tiene algún compañero amado que desaparece de su vida —dijo el judío—. De mi vida han desaparecido mi esposa, una hermosa hija y un hijo que prometía mucho. Pero fue felicidad.

—¡Ah! —dijo la señorita Wren con aire reflexivo, ni mucho menos convencida, y cortando la exclamación con esa hachita afilada que tenía—. Entonces le diré por qué cambio es mejor que empiece, madrina. Es mejor que cambie el Es por un Fue y el Fue por un Es, y los deje así.

—¿Eso sería lo mejor en tu caso? ¿Acaso entonces no sufrirías siempre?

—¡Exacto! —exclamó la señorita Wren con otro golpe afilado—. Me ha hecho más sabia, madrina. No —añadió, levantando la barbilla y los ojos de aquella manera tan curiosa—, tampoco hace falta que sea una madrina maravillosa para conseguirlo.

Mientras así hablaban, y tras cruzar Westminster Bridge, atravesaron el terreno que hacía poco había atravesado Riah, y una zona que no conocía; y cuando volvieron a cruzar el Támesis por London Bridge, siguieron río abajo, sin abandonar ese rumbo, por donde había aún más niebla.

Pero anteriormente, mientras caminaban, Jenny había hecho desviarse a su venerable amigo hacia una tienda de juguetes magníficamente iluminada y había dicho:

—¡Mírelas! ¡Todas son obra mía!

Se refería a un deslumbrante semicírculo de muñecas ataviadas con todos los colores del arco iris, vestidas para presentarse en la corte, para ir al baile, para salir en carruaje, para montar a caballo, para salir a caminar, para acudir a su boda, para ayudar a otras muñecas a casarse, para todos los acontecimientos alegres de la vida.

—¡Son preciosas, preciosas! —dijo el anciano con una palmada—. ¡Qué espléndido gusto!

—Me alegro de que le gusten —replicó la señorita Wren, orgullosa—. Pero lo divertido, madrina, es cómo hago para que esas grandes damas se prueben mis vestidos. Aunque es la parte más difícil de mi profesión, y lo sería aun cuando mi espalda no estuviera tan mal y no me flojearan las piernas.

Riah la miró sin comprender lo que quería decir.

—Válgame Dios, madrina —dijo la señorita Wren—. Tengo que patearme la ciudad a todas horas. Si todo consistiera en quedarme sentada en mi banco de trabajo y cortar y coser, sería un trabajo relativamente fácil; pero es tener que ir a probarles lo que me agota.



TRYING ON FOR THE DOLLS' DRESSMAKER.

—¿Cómo, el ir a probarles? —preguntó Riah.

—¡Qué madrina tan estúpidamente soñadora es, después de todo! —replicó la señorita Wren—. Fíjese. Hay una recepción en la corte, o una celebración en el Parque, o una exposición, o una fiesta, o lo que quiera. Muy bien. Me escabullo entre la multitud y miro a mi alrededor. Cuando veo una señora que me sirve perfectamente, exclamo «¡Usted me irá bien, querida!», y me fijo especialmente en ella, y me voy corriendo a casa y le saco el patrón y la hilvano. Otro día, aparezco de nuevo para probarle, y entonces me vuelvo a fijar bien en ella. A veces parece decirme sin tapujos «¡Esa criaturita me está mirando!», y a veces le gusta y a veces no, pero son más las veces en que le gusta. Pero lo único que yo me repito todo el tiempo es «Tengo que vaciar un

poco por aquí, tengo que bajar un poco de allá», y la convierto en mi total esclava, haciendo que se pruebe el vestido de mi muñeca. Las fiestas nocturnas son para mí el trabajo más duro, porque solo hay una puerta desde la que se pueda ver bien, y con tanto ir cojeando entre las ruedas de los carros y las patas de los caballos, no me extrañaría que algún día me atropellaran. No obstante, ahí las tengo, igual que siempre. Cuando salen todas presumidas del carruaje para entrar en el vestíbulo, y distinguen mi fisonomía asomando de detrás del capote de un policía en los días de lluvia, diría que piensan que las miro con asombro y admiración con el corazón y los ojos, pero ¡qué poco se imaginan que trabajan para mis muñecas! Una tal lady Belinda Whitrose, por ejemplo. Una noche la hice trabajar para mí a doble turno. Le dije cuando salió del carruaje «¡Usted me irá bien, querida!», y me fui corriendo a casa y le saqué el patrón y lo hilvané. Pero volví, y esperé detrás de los hombres que llamaban a los carruajes. Y además era una noche muy mala. Al final, «¡El carruaje de lady Belinda Whitrose! ¡Lady Belinda Whitrose está bajando!», y la hice probarse... y no fue fácil... antes de que se sentara. Lady Belinda es esa que cuelga de la cintura, la que está demasiado cerca de la luz de gas para ser de cera, con los pies hacia dentro.

Cuando llevaban un rato caminando cerca del río, Riah preguntó cómo llegar hasta una taberna denominada *Los Seis Alegres Mozos de Cuerda*. Siguiendo las indicaciones que les dieron, después de pararse dos o tres veces sin saber por dónde tirar, y de mirar a su alrededor un tanto perplejos, llegaron a la puerta de los dominios de la señorita Abbey Potterson. Una mirada a través de la parte acristalada de la puerta les reveló los esplendores del bar, y a la propia señorita Abbey, sentada en su acogedor trono, leyendo el periódico. A ella se presentaron respetuosamente.

Apartando los ojos del periódico, y quedándose inmóvil con la expresión en suspenso, como si tuviese que acabar el párrafo a medias antes de emprender cualquier otra actividad, la señorita Abbey preguntó, con cierta aspereza:

—Veamos, ¿qué desean?

—¿Podríamos ver a la señorita Potterson? —preguntó el anciano, descubriéndose la cabeza.

—No solo podrían, sino que pueden y la están viendo —replicó la posadera.

—¿Podríamos hablar con usted, señora?

En aquel momento, los ojos de la señorita Abbey ya se habían posado en la diminuta figura de Jenny. Para observarla más de cerca, la señorita Abbey dejó a un lado el periódico, se levantó y miró por encima de la media puerta del bar. La muleta parecía suplicar que dejaran entrar y sentarse junto al fuego a su propietaria; así que la señorita Abbey abrió la media puerta y dijo, como si le contestara a la muleta:

—Sí, entre y descanse junto al fuego.

—Me llamo Riah —dijo el hombre, con un gesto cortés—, y trabajo en la City. Esta joven acompañante...

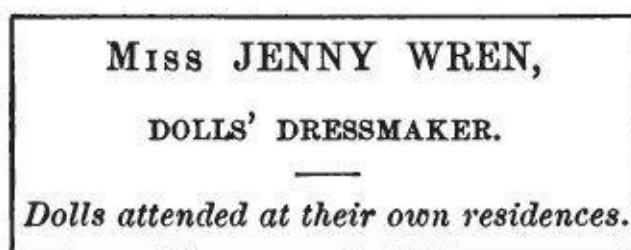
—Un momento —interrumpió la señorita Wren—. Le daré mi tarjeta a la señora.

La sacó del bolsillo dándose aires, tras forcejear con la gigantesca llave que no la dejaba salir. La señorita Abbey, con evidentes muestras de asombro, cogió el diminuto documento y descubrió que rezaba concisamente lo siguiente:

Señorita JENNY WREN

Modista de muñecas

Se atiende a las muñecas a domicilio



—¡Caramba! —exclamó la señorita Potterson, con los ojos como platos. Y soltó la tarjeta.

—Nos hemos tomado la libertad de venir —dijo Riah—, mi joven acompañante y yo, en nombre de Lizzie Hexam.

La señorita Potterson estaba agachada para aflojar las cintas de la capota de la modista de muñecas. Miró en torno a ella bastante enojada y dijo:

—Lizzie Hexam es una joven muy orgullosa.

—Se sentiría tan orgullosa —replicó ingeniosamente Riah— de que usted tuviera una buena opinión de ella, que antes de abandonar Londres hacia...

—¿Hacia dónde, en nombre del Cabo de Buena Esperanza? —preguntó la señorita Potterson, aunque imaginando que había emigrado.

—Hacia el campo —fue la cauta respuesta—. Que antes de abandonar Londres nos hizo prometerle que vendríamos a enseñarle un documento que dejó en nuestras manos para ese propósito. Soy un amigo de ella que ya no sirve para mucho, que la conoció después de que se alejara de este barrio. Durante un tiempo estuvo viviendo con mi joven acompañante, y ha sido una amiga agradable y servicial para ella. Una amiga muy necesaria, señora —dijo en voz más baja—. Créame; si lo supiera todo, se daría cuenta de cuán necesaria.

—Me lo puedo creer —dijo la señorita Abbey, mirando con ternura a la criaturita.

—Y si es orgullo poseer un corazón que jamás se endurece, y un carácter que nunca cansa y un tacto que nunca lastima —intervino la señorita Jenny, sonrojada—, entonces es orgullosa. Y si no, *no* lo es.

No disimuló su firme intención de contradecir a la señorita Abbey, lo que, lejos de ofender a tan temida autoridad, le provocó una amable sonrisa.

—Tienes razón, niña —dijo—, al hablar bien de aquellos que merecen tu reconocimiento.

—Tenga razón o no —murmuró la señorita Wren de manera inaudible, levantando visiblemente la barbilla—, pienso hacerlo, y ya se le puede meter en la cabeza, anciana.

—Aquí está el documento, señora —dijo el judío, entregando a manos de la señorita Potterson el documento original redactado por Rokesmith y firmado por Riderhood—. ¿Tendría la bondad de leerlo?

—Pero, antes que nada —dijo la señorita Abbey—, ¿has probado alguna vez el ponche, niña?

La señorita Wren negó con la cabeza.

—¿Te gustaría probarlo?

—Me gustaría si es bueno.

—Lo probarás. Y, si lo encuentras bueno, haré que te preparen un poco con agua caliente. Pon los piecitos en el guardafuegos. Es una noche fría, y la niebla se te mete en los huesos. —Mientras la señorita Abbey la ayudaba a girar la silla, su bonete aflojado cayó al suelo—. ¡Vaya, qué bonito pelo! —exclamó la señorita Abbey—. Y suficiente para hacer pelucas a todas las niñas del mundo. ¡Vaya cantidad!

—¿Esto le parece mucho? —replicó la señorita Wren—. ¡Bah! ¿Qué me dice del resto? —Mientras hablaba se desató una cinta, y una cascada color dorado cayó sobre su espalda y su silla, alcanzando el suelo. La admiración de la señorita Abbey pareció incrementar su perplejidad. Le hizo seña al judío de que se acercara, mientras sacaba la botella de ponche de su nicho y le susurraba:

—¿Niña o mujer?

—Niña por edad —fue la respuesta—; mujer por seguridad en sí misma y por lo que ha pasado.

«Estáis hablando de Mí, buenas gentes —se dijo la señorita Jenny, sentada en su enramada de oro, calentándose los pies—. No oigo lo que decís, ¡pero me sé vuestros trucos y cómo sois!»

El ponche, al probarlo con una cuchara, armonizó perfectamente con el paladar de Jenny, por lo que las diestras manos de la señorita Potterson le prepararon una sensata cantidad, que Riah también compartió. Tras este preliminar, la señorita Abbey leyó el documento; y todas las veces que esta levantó las cejas en la lectura, la atenta Jenny acompañó el gesto sorbiendo de manera expresiva y enfática el ponche con agua.

—Por lo que aquí dice —afirmó la señorita Abbey Potterson después de leerlo varias veces y reflexionarlo—, queda probado (aunque eso no precisaba muchas pruebas) que ese Rogue Riderhood es un villano. Tengo mis dudas de que ese villano fuera el único autor del crimen; pero no espero poder aclarar jamás esa duda. Creo que perjudicó al padre de Lizzie, aunque nunca a la propia Lizzie; porque, cuando las cosas se ponían muy feas, yo confiaba en ella, tenía total confianza en ella, e intentaba convencerla de que viniera a refugiarse aquí. Lamento mucho haber perjudicado a un hombre, sobre todo porque ya no tiene remedio. Tenga la bondad de hacerle saber a Lizzie lo

siguiente: que no se le olvide que si alguna vez viene a los Seis Mozos, después de todo, lo pasado pasado está, y que encontrará un hogar en los Mozos, y una amiga. Recuérdele que conoce a la señorita Abbey desde siempre, y sabe que aquí siempre encontrará lo más parecido a un hogar y a una amiga. Por lo general, soy lacónica y dulce (o lacónica y agria, según los casos y las opiniones), y eso es todo lo que tengo que decir, y es suficiente.

Pero antes de que el ponche y el agua se acabaran, la señorita Abbey se dijo que le gustaría tener una copia del documento.

—No es largo, señor —le dijo a Riah—, y a lo mejor no le importaría apuntármelo.

El hombre se puso los lentes gustosamente, y, de pie en el pequeño mostrador del rincón, donde la señorita Abbey archivaba sus recetas y guardaba sus frascos de muestras (la estricta administración de los Mozos tenía prohibido que los clientes quedaran a deber), escribió una copia en una letra clara y redonda. Mientras permanecía allí, concentrado en su metódica caligrafía, con su anciana figura de escriba, y mientras la modista de muñecas seguía sentada junto al fuego en medio de su enramada de oro, la señorita Abbey comenzó a preguntarse si no habría soñado que esas dos singulares figuras habían entrado en los Seis Alegres Mozos, y si de un momento a otro no se despertaría en una cabezada y descubriría que ya no estaban.

La señorita Abbey ya había hecho dos veces el experimento de cerrar los ojos y volver a abrirlos, comprobando las dos veces que los dos personajes seguían allí, cuando, como en su sueño, se oyó un alboroto en la sala de los clientes. Mientras se ponía en pie, y los tres se miraban entre sí, se oyó un clamor de voces y unas pisadas; a continuación todas las ventanas se levantaron rápidamente, y gritos y voces entraron en la casa procedentes del río. Un momento después, Bob Gliddery llegaba correteando por el pasillo, con el ruido de los clavos de sus botas condensado en cada clavo por separado.

—¿Qué ocurre? —preguntó la señorita Abbey.

—Ha volcado una lancha en plena niebla —contestó Bob—. Por eso hay tanta gente en el río.

—¡Diles que pongan todos los hervidores al fuego! —exclamó la señorita Abbey—. Que las ollas estén llenas. Prepara una bañera. Cuelga algunas

mantas junto al fuego. Calienta algunas canecas. Estad preparadas, las muchachas de abajo, y obrad con tino.

Mientras la señorita Abbey le impartía algunas de esas instrucciones a Bob —al que agarraba por el pelo, dándole con la cabeza contra la pared, como mandato general de que estuviera alerta y tuviera presencia de ánimo—, y otras a la cocina, los clientes de la sala comunitaria se atropellaban para salir al embarcadero, y el ruido de fuera aumentaba.

—Vengan a echar un vistazo —les dijo la señorita Abbey a sus visitantes.

Los tres se apresuraron hacia la sala de los clientes, vacía, y por una de las ventanas pasaron a una galería de madera que colgaba sobre el río.

—¿Alguien sabe qué ha pasado? —preguntó la señorita Abbey, en tono autoritario.

—Es un vapor, señorita Abbey —gritó una borrosa figura en la niebla.

—Siempre es un vapor, señorita Abbey —vociferó otra.

—Han sido aquellas luces, señorita Abbey, las que se ven parpadear allí —exclamó otra.

—Está soltando el vapor, señorita Abbey, y eso es lo que hace que la niebla y el ruido empeoren, ¿lo ven? —explicó otro.

Se sacaron las lanchas, se encendieron las antorchas, la gente corría en tumulto a la orilla del agua. Algunos hombres cayeron en un chapoteo, y se los sacó entre risotadas. Llamaron a las dragas. De boca en boca se pedía un salvavidas. Era imposible saber lo que ocurría en el río, pues cada lancha que sacaban enseguida se perdía entre la niebla. Lo único que estaba claro era que el impopular vapor era asaltado con reproches por todos lados. Él era el Asesino, a la Horca con él; era el Homicida, merecedor de ir a la Colonia Penitenciaria; había que juzgar al capitán y encerrarlo de por vida; la tripulación hundía lanchas y disfrutaba; con sus ruedas destrozaba las gabarras del Támesis; incendiaba los edificios con sus chimeneas; siempre llevaba y siempre llevaría la destrucción a algo o a alguien, tal como hacían los de su ralea. Todo el casco del vapor rebosaba improperios, pronunciados en un tono de universal severidad. Durante todo el tiempo, las luces del vapor se movían de manera espectral mientras se detenía de proa al viento, esperando hasta averiguar qué había ocurrido. En el vapor comenzaron a

encender bengalas. Estas lo rodearon de una banda de luz, como si intentara incendiar la niebla, y en esa banda (los gritos cambiaron la afinación, y se hicieron más intermitentes y excitados) se veían moverse sombras de hombres y lanchas, mientras las voces exclamaban «¡Ahí!», «¡Ahí!», «¡Un par más de golpes de remo a proa!», «¡Hurra!», «¡Cuidado!», «¡Agarradlo!», «¡Subidlo!», y cosas así. Al final, con la caída de unos grumos de bengala, la noche volvió a oscurecerse, las ruedas del vapor volvieron a girar, y sus luces se fueron deslizando en dirección al mar.

A la señorita Abbey y a sus acompañantes les pareció que aquello había consumido mucho tiempo. Ahora había un grupo de lanchas que se dirigían hacia la orilla que había debajo de la casa con la misma impaciencia con que habían salido; solo cuando llegó la primera lancha se supo lo que había ocurrido.

—Si ese es Tom Tootle —proclamó la señorita Abbey, con su tono más autoritario—, que venga aquí inmediatamente.

El sumiso Tom obedeció, acompañado de una multitud.

—¿Qué ocurre, Tootle? —preguntó la señorita Abbey.

—Un vapor extranjero, señorita, ha volcado una chalana.

—¿Cuánta gente había en la chalana?

—Un hombre, señorita.

—¿Lo han encontrado?

—Sí. Ha estado mucho rato bajo el agua, señorita; pero han sacado el cuerpo con unos garfios.

—Que lo traigan aquí. Tú, Bob Gliddery, cierra la puerta de la calle y quédate junto a ella por dentro, y no abras hasta que yo te lo diga. ¿Hay algún policía ahí abajo?

—Aquí, señorita Abbey —contestó el oficial.

—Una vez hayan entrado el cuerpo, disperse a la multitud, si no le importa. Y ayude a Bob Gliddery a impedir que entren.

—Muy bien, señorita Abbey.

La autocrática mujer se retiró al interior de la casa con Riah y la señorita

Jenny, y dispuso esas fuerzas, una a cada lado de ella, en el interior de la media puerta del bar, como detrás de un parapeto.

—Ustedes dos quédense aquí —dijo la señorita Abbey—, y no les pasará nada, y verán cómo lo entran. Bob, quédate junto a la puerta.

Aquel centinela se arremangó enérgicamente un poco más las mangas de la camisa, subiéndoselas al final por encima del hombro, y obedeció.

Sonido de voces que avanzan, sonido de pasos que avanzan. Arrastrarse de pies y voces fuera. Una pausa momentánea. Dos golpes o topetazos dados con un objeto especialmente romo en la puerta, como si el cadáver llegara boca arriba y golpeará con las plantas de los pies.

—Eso es la camilla, o el postigo que utilizan para traerlo —dijo la señorita Abbey, con oído experto—. ¡Abre, Bob!

Se abrió la puerta. Pesados pasos de los hombres cargados. Una parada. Una acometida. Se detiene la acometida. Se cierra la puerta. Ululatos de frustración que llegan de las irritadas y decepcionadas almas que han quedado fuera.

—¡Vamos, hombres! —dijo la señorita Abbey; pues tal era su autoridad sobre sus súbditos que hasta los que llevaban la litera esperaban su permiso—. Primer piso.

Como la entrada era baja, y la escalera era baja, levantaron la carga que habían dejado en el suelo, aunque no mucho. La figura acostada, al pasar, alcanzaba apenas la altura de la media puerta.

La señorita Abbey dio un respingo hacia atrás al ver quién era.

—¡Vaya, Dios mío! —dijo, volviéndose hacia sus dos compañeros—. Pero si es el hombre que hizo la declaración que teníamos hace un momento en nuestras manos. ¡Es Riderhood!

Capítulo III

El mismo respetado amigo en más de un aspecto

En verdad que se trata de Riderhood, y no de otro, o es la cáscara y el envoltorio externo de Riderhood y no otro, lo que llevan al dormitorio de la señorita Abbey, en el primer piso. Flexible como fue siempre Rogue a los giros y retorcimientos, ahora se le ve bastante rígido; y lo consiguen llevar arriba no sin mucho arrastrar los pies quienes lo transportan, e inclinando las andas hacia aquí y hacia allá, y con peligro de que se deslice y caiga desplomado sobre la barandilla.

—Traed un médico —proclama la señorita Abbey—. Traed a su hija.

Dos veloces mensajeros parten a llevar el recado. El que ha ido a buscar al médico se lo encuentra a medio camino, escoltado por la policía. El médico examina aquella fría carcasa, y afirma, sin muchas esperanzas, que merece la pena intentar reanimarla. Se utilizan todos los medios, y todos los presentes echan una mano, y el corazón y el alma. Nadie siente la menor estima por el hombre; todos le han evitado, para todos ha sido objeto de suspicacia y aversión; pero ahora la chispa de vida que hay en su interior queda curiosamente separada de su persona, y todos sienten un vivo interés por él, probablemente porque se trata de la vida, y todos viven y deben morir.

En respuesta a la pregunta del médico de cómo había ocurrido, y de si había algún responsable, Tom Tootle da su veredicto: accidente inevitable, y el único culpable es el que lo ha sufrido.

—Iba sigiloso en su bote —dijo Tom—, pues sigilosa era, por no hablar mal de los muertos, su manera de ir por el mundo, cuando topó de manera transversal con la proa del vapor y este lo cortó en dos.

El señor Tootle habla de manera figurativa al referirse al descuartizamiento, pues se refiere al bote y no al hombre. Pues el hombre está entero ante ellos.

El capitán Joey, cliente habitual de los Mozos, que tiene nariz de botella y

lleva un sombrero reluciente, es un alumno de esa respetadísima y vieja escuela, y (tras haberse colado en la habitación, cumpliendo el importante servicio de transportar el pañuelo que llevaba al cuello el ahogado) le regala al médico la sagaz sugerencia, propia de esa vieja escuela, de que cuelgue al muerto por los tobillos, «igual», dice, «que un cordero en la carnicería», y que luego, en una maniobra especialmente indicada para favorecer la respiración, se le haga rodar sobre unos toneles. Estas muestras de sabiduría procedentes de los antepasados del capitán son recibidas con muda indignación por la señorita Abbey, que al momento agarra al capitán por el cuello y sin decir una palabra lo expulsa de la escena sin que este se atreva a protestar.

Entonces solo permanecen, a fin de ayudar al médico, otros tres clientes habituales: Bob Glamour, William Williams y Jonathan (cuyo apellido, si es que tiene, nadie conoce), son más que suficientes. La señorita Abbey, tras cerciorarse de que no falta nada, baja al bar, y allí espera el resultado en compañía del amable judío y la señorita Jenny Wren.

Si aún no ha desaparecido para siempre, señor Riderhood, sería bueno saber dónde se esconde en este momento. Esta fofa masa mortal a la que nos aplicamos con tal paciente perseverancia no muestra signo de usted. Si te has ido para siempre, Rogue, esto es muy solemne, y si vas a volver, no lo es mucho menos. Es más: en el suspense y misterio de esta última cuestión, que implica dónde puedes estar ahora, existe una solemnidad añadida a la de la muerte, que nos hace temer por igual, a los que te estamos acompañando, seguir mirando o apartar la vista, y que hace que los que están abajo se sobresalten al menor crujido de las tablas del suelo.

¡Alto! ¿No ha temblado ese párpado?, se pregunta el médico, respirando quedo, y mirando con atención.

No.

¿Ha temblado la aleta de la nariz?

No.

Al interrumpir la respiración artificial, ¿siento una tenue palpitación bajo la mano que tengo en el pecho?

No.

Una y otra vez no. No. No. Pero inténtalo un par de veces más, por si

acaso.

¡Mira! ¡Un signo de vida! ¡Un indudable signo de vida! Puede que la chispa se consuma y se apague, o se ponga incandescente y se amplíe, ¡pero mira! Los cuatro tipos duros lo ven, y derraman lágrimas. Ni Riderhood en este mundo, ni Riderhood en el otro, les arrancaría ni una lágrima; pero un alma humana que pugna entre los dos mundos lo consigue fácilmente.

Pugna por volver. Ya está casi aquí, ahora vuelve a estar lejos. Ahora lucha con más ahínco por volver. Y no obstante —al igual que todos nosotros, cuando nos desmayamos, y como todos nosotros, cada día cuando despertamos—, se muestra instintivamente reacio a recuperar la conciencia, y preferiría quedar dormido, si pudiera.

Bob Gliddery regresa con Agrado Riderhood, que no estaba en casa cuando han ido a buscarla, y ha sido difícil de encontrar. Lleva un chal en la cabeza, y su primer gesto, cuando se lo quita llorosa, y le hace una reverencia a la señorita Abbey, es recogerse el pelo.

—Gracias, señorita Abbey, por tener a padre aquí.

—Debo decirte, muchacha, que no sabía quién era —contesta la señorita Abbey—, pero creo que de haberlo sabido habría hecho lo mismo.

La pobre Agrado, fortalecida por un trago de brandy, es acompañada al dormitorio de la primera planta. No podría expresar un gran sentimiento hacia su padre si le pidieran que pronunciara la oración fúnebre, pero siente hacia él una ternura mucho mayor que la que él nunca sintió por ella, y llora amargamente cuando lo ve tendido inconsciente, y le pregunta al médico, con las manos entrelazadas:

—¿No hay esperanza, señor? ¡Oh, pobre padre! ¿Está muerto mi pobre padre?

A lo que el médico, una rodilla en tierra junto al cuerpo, atareado y atento, solo replica sin volverse:

—Hija mía, a no ser que tengas el suficiente dominio de ti para estar totalmente callada, tendré que pedirte que salgas de la habitación.

Agrado, en consecuencia, se seca las lágrimas con los cabellos que le caen sobre la nuca, que deben recogerse con urgencia, y tras haberlos apartado, observa con aterrado interés todo lo que sucede. Al ser mujer, enseguida es

capaz de entregarse a su aptitud natural para ayudar. Previendo lo que puede necesitar el médico, se lo tiene preparado en silencio, y poco a poco se le confía la tarea de apoyar la cabeza de su padre sobre su brazo.

Para Agrado, es algo completamente nuevo ver a su padre convertido en objeto de simpatía e interés; encontrar a alguien tan dispuesto a tolerar su compañía en este mundo, por no hablar de rogarle de manera apremiante y tranquilizadora que siga en él, cosa que le provoca una sensación que nunca había experimentado. Flota en su mente la nebulosa idea de que si las cosas pudieran seguir así el tiempo suficiente, supondrían un cambio respetable. También asoma la vaga idea de que la maldad que antaño llevaba dentro su padre ha salido de él al ahogarse, y que si felizmente regresara para continuar ocupando la forma vacía que ahora yace en la cama, su espíritu se vería transformado. En ese estado de ánimo besa los pétreos labios, y acaba creyendo que la mano insensible que ahora roza, si vuelve a vivir, pasará a ser una mano cariñosa.

Dulce ilusión la de Agrado Riderhood. Pero los hombres lo atienden con tan extraordinario interés, su preocupación es tan profunda, su vigilancia tan grande, su entusiasta alegría crece hasta tal punto a medida que los signos de vida se intensifican, que cómo va a resistirse ella, pobrecilla. Y ahora él comienza a respirar de manera natural, y se mueve, y el doctor declara que ha regresado de ese inexplicable viaje en cuyo oscuro camino hizo una pausa, y que está con ellos.

Tom Tootle, que es quien más cerca está del médico cuando lo dice, lo agarra fervorosamente de la mano. Bob Glamour, William Williams y Jonathan el sin apellido, todos se estrechan la mano mutuamente, y también la del médico. Bob Glamour se suena la nariz, y Jonathan el sin apellido se ve impulsado a hacer lo propio, pero al carecer de pañuelo en el bolsillo abandona esa expresión de sentimiento. Agrado derrama lágrimas que hacen honor a su nombre, y su dulce ilusión alcanza su grado máximo.

Hay inteligencia en los ojos de Riderhood. Quiere hacer una pregunta. Pregunta dónde está. Se lo dicen.

—Padre, te has caído al río, y estás en casa de la señorita Abbey Potterson.

Riderhood mira a su hija, mira a su alrededor, cierra los ojos, y queda adormilado en brazos de ella.

La efímera ilusión comienza a desvanecerse. Su cara vil, malvada, insensible, resurge a la superficie de las profundidades del río, o de las que sean. A medida que él recobra el calor, el médico y los cuatro hombres se enfrían. A medida que la vida suaviza sus facciones, la cara y el corazón de ellos se endurecen.

—Se salvará —dice el médico, lavándose las manos y mirando al paciente cada vez con más aversión.

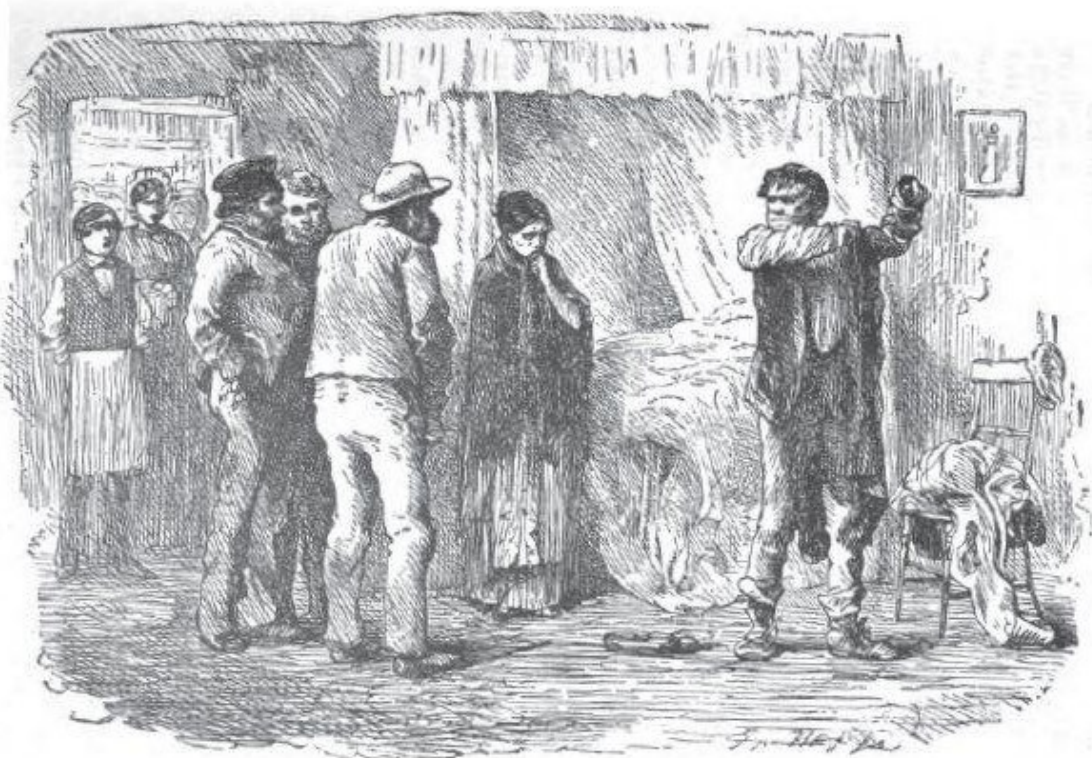
—Muchos hombres mejores —moraliza Tom Tootle negando sombríamente con la cabeza— no han tenido esta suerte.

—Esperemos que le dé un uso mejor a su vida —dice Bob Glamour— que el que preveo.

—O que el que le dio anteriormente —añade William Williams.

—¡No, de él no lo espero! —dice Jonathan el sin apellido, rematando el cuarteto.

Hablan en voz baja a causa de la hija de Riderhood, pero esta se da cuenta de que todos se han apartado, y que permanecen en grupo al otro extremo de la habitación, evitando a su padre. Sería excesivo sospechar que lamentan que no se haya muerto, ya que tanto se había acercado, pero está claro que piensan que ojalá hubieran dedicado sus esfuerzos a alguien mejor. Se informa de lo ocurrido a la señorita Abbey, que está en el bar, que reaparece en la escena y la contempla desde lejos, platicando entre susurros con el médico. La chispa de aquella vida era hondamente interesante mientras estaba latente, pero ahora que ha vuelto a prender en el señor Riderhood, parece que el deseo general es que las circunstancias la hubieran prendido en otro que no fuera ese caballero.



ROGUE RIDERHOOD'S RECOVERY.

—No obstante —dice la señorita Abbey, animándolos—, habéis cumplido vuestro deber como hombres de verdad, y buenos, así que es mejor que bajéis y os toméis algo por cuenta de la casa.

Todos se marchan dejando que la hija atienda al padre. En ausencia de aquellos, se presenta Bob Gliddery.

—Qué cara más rara pone, ¿no? —dice Bob.

Agrado asiente débilmente.

—Y la que pondrá cuando se despierte, ¿no crees? —dice Bob.

Agrado contesta que espera que no. ¿Por qué?

—Cuando se dé cuenta de dónde está —le explica Bob—. Porque la señorita Abbey lo echó de este establecimiento y le prohibió poner los pies en él. Pero lo que podríamos llamar los Hados lo ha traído de vuelta. Qué raro, ¿no?

—No habría venido aquí de haber dependido de él —replica Agrado, esforzándose por mostrar un poco de orgullo.

—No —replica Bob—. Ni tampoco lo habrían dejado entrar, de haber venido.

La breve ilusión de Agrado ya se ha disipado por completo. Con la misma claridad que ve apoyarse en su brazo al padre de antes, inmejorado, Agrado comprende que todo el mundo le hará el vacío cuando recobre la conciencia. «Me lo llevaré en cuanto pueda —piensa Agrado—. Estará mejor en casa».

Al poco todos regresan, y esperan a que se dé cuenta de que todos se alegrarán de librarse de él. Reúnen algunas ropas para que se las ponga, pues las suyas están empapadas de agua, y en ese momento solo lo cubren unas mantas.

El paciente, cada vez más incómodo, como si la antipatía imperante se le filtrara y se le expresara en el sueño, por fin abre mucho los ojos, y su hija lo ayuda a incorporarse en la cama.

—Bueno, Riderhood —dice el médico—, ¿cómo se siente?

Replica con aspereza:

—Nada de qué presumir.

Pues, de hecho, ha vuelto a la vida de bastante mal humor.

—No quiero sermonearte —dice el médico, negando gravemente con la cabeza—, pero espero que esto tenga un efecto positivo sobre ti, Riderhood.

El esquinado gruñido de la respuesta del paciente es inaudible; su hija, no obstante, podría interpretar, si lo deseara, que la respuesta es que «basta de cotorreo».

Lo siguiente que pide el señor Riderhood es su camisa, y se la pone por la cabeza (con ayuda de su hija) exactamente igual que si acabara de salir de una pelea.

—¿Fue un vapor? —le pregunta a su hija.

—Sí, padre.

—Lo denunciaré, maldito sea. Y se lo haré pagar.

A continuación se abotona la camisa muy avinagrado, y dos o tres veces se interrumpe para mirarse las manos y los brazos, como para ver qué castigo ha recibido en la pelea. A continuación pide rezongón sus otras ropas, y se las pone lentamente, dirigiendo una expresión tremendamente malévola a su último oponente y a todos los espectadores. Tiene la sensación de que le sangra la nariz, y varias veces se la frota con el dorso de la mano, y mira el

resultado con un aire pugilístico, reforzando enormemente ese incoherente parecido.

—¿Dónde está mi gorro de piel? —pregunta con voz bronca cuando ya se ha puesto la ropa.

—En el río —le contesta alguien.

—¿Y no ha habido ningún hombre honrado que me lo recogiera? Claro que lo ha habido, y ha vuelto a tirarlo. ¡Menuda pandilla estáis hechos!

Ese es el señor Riderhood: con especial hostilidad le quita de las manos a su hija una gorra prestada, y gruñendo se la cala hasta las orejas. A continuación se pone en pie sobre sus inestables piernas, se apoya fuertemente en Agrado y farfulla:

—Aguanta firme, ¿quieres? ¡Bueno! Ya solo te falta ir dando tumbos.

Y así sale de ese cuadrilátero en el que ha mantenido su pequeño combate con la Muerte.

Capítulo IV

Feliz aniversario

El señor y la señora Wilfer habían visto vigesimoquintos aniversarios de boda más que el señor y la señora Lammle, pero seguían celebrando el acontecimiento en el seno de su familia. Tampoco es que esas celebraciones acabaran nunca en nada especialmente agradable, ni que la familia se sintiera decepcionada por ello, pues tampoco depositaban en el regreso de ese auspicioso día optimistas esperanzas de dicha. Moralmente, era más un día de ayuno que de manjar que le permitía a la señora Wilfer mantener un estado de ánimo más bien sombrío, que esa impresionante mujer exhibía en sus colores preferidos.

El ánimo de la noble señora en tan deliciosas ocasiones se componía de una heroica paciencia y una heroica capacidad para perdonar. Chillonas insinuaciones de mejores bodas que podría haber hecho relucían sobre la terrible lobrete de su actitud, y de manera intermitente mostraban al querubín como a un pequeño monstruo inexplicablemente favorecido por los Cielos, que le habían otorgado una bendición que muchos otros mejores que él habían perseguido y pretendido en vano. Esa actitud del querubín hacia ese tesoro que le había tocado estaba tan afianzada que cada vez que llegaba el aniversario se hallaba él con la disculpa en la boca. No es imposible que su modesto arrepentimiento hubiera podido llegar alguna vez al extremo de reprenderle severamente por haberse tomado la libertad de desposar a un personaje tan encumbrado.

En cuanto a los hijos surgidos de esa unión, su experiencia de esas celebraciones había sido lo bastante desagradable como para que cada año desearan, desde que dejaron de ser niños, que o bien mamá se hubiese casado con otro que no fuera el tan agobiado papá, o que este se hubiera casado con otra que no fuera mamá. Cuando ya solo quedaban en casa dos hermanas, la atrevida mente de Bella, en la siguiente festividad, llegó al extremo de preguntarse, con curiosa irritación, «qué diantre podía haber visto papá en

mamá que le llevara a ponerse en ridículo pidiéndole que lo aceptara».

Como el año, en su discurrir, traía ahora esa fecha en su ordenada secuencia, Bella llegó en el carruaje de los Boffin para asistir a la celebración. Era costumbre de la familia, en el día señalado, sacrificar un par de aves en el altar de Himeneo; y Bella había enviado una nota de antemano insinuando que ella aportaría la votiva ofrenda. Así pues, Bella y las aves, gracias a la energía conjunta de dos caballos, dos hombres, cuatro ruedas y un dalmata color budín de ciruelas y con un collar tan incómodo como si se tratara de Jorge IV, fueron depositados en la puerta de la residencia parental. Los recibió la señora Wilfer en persona, que lo hizo con una solemnidad, como en casi todas las ocasiones, incrementada por un misterioso dolor de muelas.

—Por la noche no necesitaré el carruaje —dijo Bella—. Volveré andando.

El sirviente del señor Boffin se tocó el sombrero, y en el momento de la partida fue obsequiado por una espantosa mirada de hostilidad por parte de la señora Wilfer, que pretendía imbuir en esa audaz alma la seguridad de que, fueran cuales fueran sus sospechas, ver sirvientes con librea no era algo inusual en esos pagos.

—Bueno, querida mamá —dijo Bella—. ¿Cómo estás?

—Todo lo bien que se puede esperar, Bella —contestó la señora Wilfer.

—Querida mamá —dijo Bella—, ¡lo dices como si acabaras de dar a luz!

—Es justo lo que ha estado haciendo mamá desde que nos levantamos —interrumpió Lavvy, hablando por encima del hombro maternal—. Te lo puedes tomar a risa, Bella, pero te aseguro que no hay nada más exasperante.

La señora Wilfer, con una expresión demasiado repleta de majestad como para poder ir acompañada de palabras, acompañó a sus dos hijas hasta la cocina, donde se iba a preparar el sacrificio.

—El señor Rokesmith —dijo con resignación la señora Wilfer— ha tenido la amabilidad de poner su salita a nuestra disposición. Así pues, Bella, serás agasajada en la modesta morada de tus padres de acuerdo con tu actual estilo de vida, pues habrá una salita para recibirte, además del comedor. Tu padre invitó al señor Rokesmith a compartir nuestra humilde colación. Pero, como tenía ya un compromiso, se excusó y nos ofreció su apartamento.

Bella sabía que el único compromiso que tenía el señor Rokesmith era en

casa de los Boffin, pero aprobó que no estuviera presente. «Los dos nos hubiésemos sentido incómodos —se dijo—, y eso ya lo conseguimos a menudo».

No obstante, Bella sentía bastante curiosidad por ver su habitación, y subió corriendo sin demora para examinar atentamente cuanto contenía. Estaba amueblada con gusto, aunque con poco dinero, y estaba muy ordenada. Había estantes e hileras de libros en inglés, francés e italiano; y sobre la mesa un portafolio donde se amontonaban las hojas de memorándums y cálculos, todos referidos, evidentemente, a los bienes de Boffin. También había, sobre la mesa, cuidadosamente pegado sobre un lienzo, barnizado, montado sobre un soporte y enrollado como un mapa, el cartel que describía al hombre asesinado que había venido de muy lejos para ser su marido. Esa fantasmagórica sorpresa la hizo recular, y se sintió muy asustada cuando volvió a enrollarlo y atarlo. Echando un vistazo aquí y allá, se topó con un grabado que mostraba la hermosa cabeza de una joven, elegantemente enmarcado, que colgaba en un rincón, junto a una butaca.

—¡Claro, señor! —dijo Bella, tras detenerse a cavilar, delante del grabado—. ¡Naturalmente! Creo que adivino a quién cree que se parece. Pero le diré que lo que eso parece es más bien... ¡un atrevimiento!

Una vez dicho eso se marchó: no solo por sentirse ofendida, sino también porque no había nada más que ver.

—Y ahora, mamá —dijo Bella reapareciendo en la cocina con los restos del sonrojo—, tú y Lavvy os creéis que no sirvo para nada, pero os voy a demostrar lo contrario. Hoy voy a cocinar.

—¡Alto! —replicó la majestuosa madre—. No puedo permitirlo. ¡Cocinar, vestida así!

—En cuanto a mi vestido —contestó Bella, rebuscando alegremente en un cajón—, pienso ponerme un delantal y esta toalla; y en cuanto a tu permiso, prescindiré de él.

—¿Cocinar tú? —dijo la señora Wilfer—. ¿Tú, que cuando estabas en casa nunca cocinabas?

—Sí, mamá —repuso Bella—, eso es justo lo más curioso.

Se ciñó con un delantal, y con nudos y agujas se improvisó un babero, que

le llegaba bien apretado hasta la barbilla, como si le hubiese rodeado el cuello para besarla. Sobre ese babero los hoyuelos de sus mejillas se veían encantadores, y debajo quedaba resaltada su hermosa figura.

—Y ahora, mamá —dijo Bella, apartándose el pelo de las sienes con las dos manos—, ¿qué es lo primero?

—Primero —replicó solemnemente la señora Wilfer—, si persistes en lo que no puedo considerar sino como una conducta totalmente incompatible con el carruaje que te ha traído a casa...

(—Y persisto, mamá).

—Primero, pues, pon las aves al fuego.

—¡Claro! —exclamó Bella—. Y las enharino, y les doy un par de vueltas, y listas. —Las puso a girar a gran velocidad—. ¿Y lo siguiente, mamá?

—Ahora —dijo la señora Wilfer con un gesto de sus manos enguantadas, que expresaban su abdicación del trono culinario, aunque protestando—, te recomiendo que le eches un vistazo al beicon que hay al fuego en la sartén, y también a las patatas, aplicándoles un tenedor. Luego se hará necesario preparar las verduras, si insistes en tan indecoroso comportamiento.

—Claro que insisto, mamá.

En su persistencia, Bella prestaba atención a una cosa y se olvidaba de otra, le prestaba atención a la otra y se olvidaba de la tercera, y al recordar la tercera le distraía una cuarta, y cuando se equivocaba en algo lo enmendaba dándoles otro giro a las desdichadas aves, con lo que sus opciones de llegar a cocerse eran cada vez más dudosas. Pero también era agradable. Mientras tanto, la señorita Lavinia, moviéndose entre la cocina y la habitación que había enfrente, ponía en esta la mesa. Era una actividad que (al hacer siempre sus labores domésticas con el ímpetu de la desgana) llevaba a cabo entre golpes y movimientos bruscos; ponía el mantel como si quisiera levantar viento, colocaba las copas y el salero como si llamara a la puerta, y entrechocaba cuchillos y tenedores con un aire de escaramuza que sugería una lucha cuerpo a cuerpo.

—Fíjate en mamá —le susurró Lavinia a Bella cuando acabó de poner la mesa y se quedaron contemplando cómo se asaban las aves—. Si una fuese la chica más cumplidora del mundo (en general, una espera serlo), ¿no le

entrarían ganas de darle con algo de madera, viéndola sentada tan tiesa en un rincón?

—Imagínate —contestó Bella— que el pobre papá estuviera sentado igual de tieso en el otro rincón.

—Hermanita, sería incapaz —dijo Lavvy—. Papá se apoltronaría enseguida. Pero lo cierto es que no creo que haya existido ninguna criatura humana capaz de estar tan tiesa como mamá, ¡ni de reunir en su espalda tanto agravio! ¿Qué ocurre, mamá? ¿No te encuentras bien?

—Sin duda me encuentro muy bien —replicó la señora Wilfer, llevando los ojos hacia su hija pequeña con desdeñosa entereza—. ¿Por qué iba a ocurrirme algo?

—No se te ve muy jacarera, mamá —le replicó Lavvy la descarada.

—¿Jacarera? —repitió su madre—. ¿Jacarera? ¿De dónde sacas esta expresión tan vulgar, Lavinia? Si no me quejo, si estoy calladamente satisfecha con lo que tengo, que eso sea bastante para mi familia.

—Bueno, mamá —repuso Lavvy—, puesto que me obligas a ello, te pido respetuosamente permiso para decir que tu familia te está inmensamente agradecida por padecer tu anual dolor de muelas en tu aniversario de boda, y que es algo muy desinteresado de tu parte, y una inmensa bendición para ellos. No obstante, por lo general, incluso al conceder ese favor se puede caer en la jactancia.

—Eres la encarnación de la insolencia, Lavinia —dijo la señora Wilfer—. ¿Cómo te atreves a hablarme así? ¿Hoy, entre todos los días del año? Dime, ¿sabes lo que habría sido de ti si no le hubiese concedido mi mano a R. W., tu padre, en tal día como hoy?

—No, mamá —dijo Lavvy—, la verdad es que no lo sé; y, con el mayor respeto por tus aptitudes y tu información, dudo que tú lo sepas.

Si el poderoso vigor de ese ataque a uno de los puntos débiles de las trincheras de la señora Wilfer habría puesto en retirada a esa heroína de manera momentánea es algo que no podemos saber, pues apareció la bandera blanca encarnada en la persona del señor George Sampson: había sido invitado al banquete como amigo de la familia, cuyos afectos, quedaba entendido, se hallaban en proceso de transferirse de Bella a Lavinia, y esta lo

mantenía —posiblemente para recordarle su mal gusto por haberla postergado en su primera elección— bajo una dolorosa disciplina.

—La felicito, señora Wilfer, por este día —dijo el señor George Sampson, que había meditado esta lacónica alocución de camino.

La señora Wilfer le dio las gracias con un magnánimo suspiro, y de nuevo fue presa indefensa de un inescrutable dolor de muelas.

—Me sorprende —dijo débilmente el señor Sampson— que Bella se digne cocinar.

En ese punto, la señorita Lavinia cayó sobre el desventurado caballero con la aplastante suposición de que, en todo caso, no era asunto suyo. Eso dejó al señor Sampson en un melancólico retiro espiritual hasta que llegó el querubín, que quedó enormemente asombrado ante la ocupación de la preciosa mujer.

No obstante, Bella insistió en colocar la comida en las fuentes después de haberla preparado, y luego se sentó, ya sin delantal ni babero, para compartirla con su ilustre invitado: aunque primero la señora Wilfer respondió a la jovial bendición de su marido, «Te damos gracias, Señor, por lo que vamos a recibir...», con un sepulcral Amén, calculado para apagar el apetito más formidable.

—¿Por qué están rosadas por dentro, papá? —dijo Bella contemplando cómo trinchaban las aves—. ¿Es la raza?

—No, no creo que sea la raza, querida —contestó papá—. Creo que más bien es que no se han acabado de asar.

—Pues deberían estar bien asadas —dijo Bella.

—Sí, me doy cuenta de que deberían estarlo, querida —contestó el padre—, pero no lo están.

Así pues, tuvieron que coger de nuevo la parrilla, y el bienhumorado querubín, a quien su familia utilizaba de manera tan poco querubínica como hacían algunos de los grandes pintores clásicos con los suyos, se puso a asar las aves. De hecho, dejando aparte el hecho de mirar mucho a su alrededor (una rama del servicio público a la que son muy propensos los querubines pictóricos), este querubín doméstico desempeñaba tantas variadas funciones como su prototipo; con la diferencia, digamos, que él aplicaba un cepillo de lustrar a las botas de la familia, en lugar de hacer sonar enormes instrumentos

de viento y contrabajos, y que se aplicaba con jovial presteza a actividades muy útiles, en lugar de escorzarse en el aire con muy imprecisas intenciones.

Bella le ayudó a acabar de cocinar la carne, y le hizo muy feliz (aunque también le inspiró un terror mortal) al preguntarle, cuando volvieron a sentarse a la mesa, cómo imaginaba que cocinaban las aves en las comidas de Greenwich, y si creía que realmente eran unas comidas tan agradables como decía la gente. Los secretos guiños y cabezadas de reproche de su padre, en respuesta, hicieron que la maliciosa Bella riera hasta ahogarse, con lo que Lavinia tuvo que darle una palmada en la espalda, cosa que la hizo reír aún más.

Pero la madre, en la otra punta de la mesa, era un infalible correctivo; a ella apelaba de vez en cuando el padre, con la inocencia de su bondad, diciéndole:

—Querida, me parece que no lo estás pasando bien.

—¿Por qué lo dices, R. W.? —replicaba sonoramente.

—Porque, querida, pareces un poco decaída.

—En absoluto —sería la réplica, exactamente en el mismo tono.

—¿Quieres el hueso de la suerte, querida?

—Gracias. Tomaré lo que te apetezca, R. W.

—Pero dime, querida, ¿te gusta?

—Me gusta tanto como cualquier otra cosa, R. W. —La solemne mujer, a continuación, con el meritorio aspecto de entregarse al bien común, proseguiría con su cena como si alimentara a otra persona por elevadas razones públicas.

Bella había llevado postre y dos botellas de vino, invistiendo la celebración de un esplendor sin precedentes. La señora Wilfer hizo los honores de la primer copa proclamando:

—R. W., brindo por ti.

—Gracias, querida. Y yo por ti.

—¡Por papá y mamá! —exclamó Bella.

—Permitidme —interrumpió la señora Wilfer con el guante extendido—.

No. Mejor que no. He brindado por tu papá. Si, no obstante, insistes en incluirme, por gratitud no puedo oponerme.

—¡Dios mío, mamá! —metió cuchara Lavvy la descarada—. ¿No es el día en que tú y papá os convertisteis en una sola cosa? ¡Me sacas de quicio!

—Sea cual sea la circunstancia que señale este día, Lavinia, no voy a permitir que una hija mía se me eche encima de esta manera. Te ruego... ¡no, te ordeno!... que dejes de atacarme. R. W., no es mal momento para recordar que tú eres quien manda, y yo obedezco. Esta es tu casa, y tú eres el señor en tu mesa. ¡A nuestra salud!

Se bebió ese brindis con tremendo envaramiento.

—Sigo temiéndome, de verdad, querida —insinuó el querubín mansamente—, que no lo estás pasando bien.

—Todo lo contrario —repuso la señora Wilfer—, lo paso muy bien. ¿Por qué no iba a ser así?

—Me ha parecido, querida, ver en tu cara...

—Aunque mi cara fuera un martirio, ¿qué importaría, o quién lo sabría, mientras sonriera?

Y ella sonreía; de una manera que evidentemente helaba la sangre del señor George Sampson. Pues el joven caballero, viendo los ojos sonrientes de ella, estaba tan aterrado por su expresión que tuvo que ponerse a reflexionar acerca de qué había hecho para merecerla.

—La mente, en un día como hoy —dijo la señora Wilfer—, cae en un ensueño, ¿o debería decir en una retrospectiva?

Lavvy, sentada con los brazos desafiantemente cruzados, replicó (aunque de manera no audible):

—Dios mío, decídette por una de las dos, mamá, y acaba de una vez.

—La mente —añadió la señora Wilfer en tono grandilocuente— naturalmente se acuerda de mamá y papá (me refiero a los míos) en un periodo anterior al amanecer del primer tal día como hoy. Se me consideraba de estatura alta; quizá lo era. Papá y mamá sin duda eran altos. Pocas veces he visto una mujer más hermosa que mi madre; nunca que mi padre.

La incontenible Lavvy comentó en voz alta:

—Fuera lo que fuera el abuelo, no era una mujer.

—Tu abuelo —replicó la señora Wilfer, con una temible expresión, y en un tono temible— era tal como yo lo describo, y habría tumbado de un sopapo a cualquiera de sus nietos que se atreviera a dudarlo. Una de las grandes ambiciones de mi madre era que me casara con un hombre alto de buena familia. Puede que fuera una debilidad, pero si lo fue, también la compartió, creo, el rey Federico de Prusia. —Estos comentarios los dirigía al señor George Sampson, que no había tenido el valor de entablar singular combate, y se ocultaba hundiendo el pecho bajo la mesa y la vista en el mantel, mientras la señora Wilfer proseguía con una voz cada vez más seria e impresionante, hasta que obligara a rendirse a ese cobarde—. Pareció que mamá había tenido un indefinible presentimiento de lo que ocurriría posteriormente, pues a menudo me insistía: «Nada de hombres bajos. Prométeme, hija mía, que nada de hombres bajos. ¡Nunca, nunca, nunca, te cases con un hombre bajo!». Papá también me comentaba (poseía un humor extraordinario) «que una familia de ballenas no debe juntarse con una de arenques». Como puede imaginarse, las mejores inteligencias de la época buscaban su compañía, y nuestra casa era su permanente centro de reunión. He visto hasta tres grabadores en cobre presentes al mismo tiempo en nuestro salón e intercambiando las agudezas más exquisitas. —(En ese punto el señor Sampson se entregó prisionero, y dijo, moviendo su silla en un gesto de incomodidad, que tres eran muchos, y que debió de ser muy divertido)—. Entre los miembros más importantes de ese distinguido círculo había un caballero que medía uno noventa. Y no era grabador. —(En este punto el señor Sampson dijo, sin razón alguna: Claro que no)—. Ese caballero era tan atento que me honraba con atenciones que no se me podían pasar por alto. —(Ahí el señor Sampson murmuró que, en esos casos, eso no se te escapa)—. De inmediato les anuncié a mis padres que se equivocaba concediéndome esas atenciones, pues yo no podía corresponderle. Me preguntaron si era demasiado alto. Les contesté que no era su estatura, sino su intelecto lo que era demasiado elevado. Dije que en nuestra casa la conversación era demasiado brillante, la presión excesiva, para que yo, una simple mujer, pudiera mantener el nivel en la vida cotidiana y doméstica. Recuerdo que mamá entrelazó las manos y exclamó: «¡Acabarás con un bajito!» —(En ese momento, el señor Sampson miró a su anfitrión y negó abatido con la cabeza)—. Posteriormente llegó a predecir que acabaría con un bajito cuya

inteligencia estaría por debajo de la media, pero eso fue en medio de lo que yo denominaría un paroxismo de decepción maternal. Al cabo de un mes —dijo la señora Wilfer, con voz más grave, como si relatará una terrible historia de fantasmas—, al cabo de un mes vi por primera vez a mi marido, R. W. Al cabo de un año me casé con él. Es natural que la mente recuerde esas sombrías coincidencias en el día de hoy.

El señor Sampson por fin se liberó de la custodia del ojo de la señora Wilfer. Inspiró profundamente y comentó de manera original y sorprendente que con esos presentimientos nunca se sabe. R. W. se rascó la cabeza y miró a su alrededor con aire de disculpa hasta llegar a su mujer. Al observar que estaba envuelta en un velo más sombrío que antes, insinuó una vez más:

—Querida, sigo temiéndome que no lo estás pasando bien.

A lo que ella replicó una vez más:

—Todo lo contrario, R. W. Todo lo contrario.

La situación del desdichado señor Sampson en esa agradable comida era realmente digna de lástima. Pues no solo estaba expuesto a las arengas de la señora Wilfer (e indefenso ante ellas), sino que también recibía las máximas contumelias de manos de Lavinia; la cual, en parte para demostrarle a Bella que podía hacer lo que se le antojara con él, y en parte para darle su merecido al señor Sampson por seguir admirando la belleza de Bella, le daba una vida de perro. Por una parte iluminado por las solemnes virtudes de la oratoria de la señora Wilfer, y por otra ensombrecido por las censuras y ceños de la joven a quien se había entregado al verse abandonado, los padecimientos de ese joven eran muy tristes de contemplar. Si la cabeza le daba vueltas bajo la influencia de ambas fuerzas, hay que alegar, como atenuante de su debilidad, que era una mente de natural débil, y de escasa firmeza de piernas.

Las horas felices pasaron sin que se dieran cuenta y llegó el momento en que papá acompañó a Bella de vuelta. Una vez formados los hoyuelos de sus mejillas con las cintas de la capota, y una vez se despidió de todos, salieron al aire libre, y el querubín aspiró profundamente y se sintió tonificado.

—Bien, querido papá —dijo Bella—, podemos decir que se ha acabado el aniversario.

—Sí, querida —repuso el querubín—, otro más.

Bella atrajo el brazo de su padre al de ella mientras caminaban, y le dio unas palmaditas de consuelo.

—Gracias, querida —dijo él, como si Bella le hubiera dicho algo—. Estoy bien. Pero cuéntame, ¿a ti cómo te va, Bella?

—No he mejorado, papá.

—¿De verdad que no?

—No, papá. Al contrario, voy a peor.

—¡Señor! —dijo el querubín.

—Voy a peor, papá. He hecho tantos cálculos de cuánto necesito al año cuando me case, y cuál es el mínimo con el que podría pasar, que me están empezando a salir arrugas en la nariz. ¿Me has visto alguna arruga en la nariz, papá?

Papá se rió de ese comentario, y Bella le dio un par de sacudidas.

—No te reirás, papá, cuando veas a tu hermosa mujer toda demacrada. Más vale que te vayas preparando, te lo digo. No podré apartar mi ansia de dinero de mis ojos por mucho tiempo, y cuando la veas lo lamentarás, y lo tendrás bien merecido por no haberlo advertido a tiempo. Y ahora, papá, te recuerdo que tenemos un pacto de confianza. ¿Tienes algo que contarme?

—Creía que eras tú quien iba a contarme algo, querida.

—¡Oh! ¿De verdad, padre? Entonces, ¿por qué no me lo has preguntado cuando hemos salido de casa? Las confidencias de una preciosa mujer no son de despreciar. No obstante, por esta vez te perdono, y mira, papá, esto es —Bella se llevó al labio el índice enguantando de su mano derecha y luego lo depositó en los labios de su padre—, esto es un beso para ti. Y ahora te contaré, con total seriedad, cuatro secretos. ¡Atención! Secretos serios, graves e importantes. Estrictamente entre nosotros.

—¿Numero uno, querida? —dijo su padre, acogiendo el brazo de su hija en un gesto confidencial.

—El número uno te va a electrizar, papá —dijo Bella—. ¿Quién dirías que se me ha declarado?

A pesar de haber comenzado con despreocupación, ahora se sentía confusa.

Papá palideció y miró al suelo, y volvió a mirarla a la cara, y dijo que ni se lo imaginaba.

—El señor Rokesmith.

—¡No me digas, querida!

—El se-ñor Roke-smith, papá —dijo Bella separando las sílabas para darles énfasis—. ¿Qué te parece?

Papá respondió en voz baja con una contrapregunta:

—¿Y tú que le contestaste?

—Le dije que no —replicó terminante Bella—. Por supuesto.

—Sí. Claro —dijo su padre, meditando.

—Y le dije por qué consideraba que había traicionado la confianza depositada en él, y que me ofendía —dijo Bella.

—Sí. Claro. Estoy realmente atónito. Y me asombra que se comprometiera sin haber tanteado el terreno antes. Aunque, ahora que lo pienso, sospecho que siempre te ha admirado, querida.

—Hasta un cochero de punto podría admirarme —comentó Bella, con algo de la arrogancia de su madre.

—Es muy probable, querida. ¿Y el número dos?

—El número dos, papá, tiene bastante que ver con el uno, aunque no sea algo tan absurdo. El señor Lightwood me propondría que me casara con él, si se lo permitiera.

—¿Debo entender, entonces, que no piensas permitirselo?

Bella volvió a hablar con el énfasis de antes:

—¡Por supuesto que no!

Y su padre se sintió obligado a repetir:

—Por supuesto que no

—No me gusta —dijo Bella.

—Eso es suficiente —interrumpió su padre.

—No, papá, no es suficiente —replicó Bella, dándole otro par de

zarandeos—. ¿No te he dicho que soy una desgraciada que solo se mueve por interés? Es suficiente solo porque no tiene dinero, ni clientes, ni expectativas ni nada que no sean deudas.

—¡Ajá! —dijo el querubín, un poco deprimido—. ¿Y el número tres, querida?

—El número tres, papá, es algo mejor. Algo generoso, noble, delicioso. La señora Boffin en persona me ha dicho en secreto, de sus labios (y labios más sinceros jamás se han abierto ni cerrado en esta vida, estoy segura) que desean verme bien casada; y que cuando me case con su consentimiento me darán una dote de lo más generosa. —En ese punto, la agradecida muchacha rompió a llorar desconsoladamente.

—No llores, cariño —dijo su padre, llevándose las manos a los ojos—. En mí es perdonable la emoción al descubrir que a mi niña favorita, después de todo, no le va a faltar de nada y va a prosperar en la vida; pero tú no has de llorar, de ninguna manera. Estoy muy agradecido. Te felicito con todo mi corazón, cariño.

Aquel hombrecillo bueno e indulgente se secó los ojos, y Bella le rodeó el cuello con los brazos y le besó tiernamente en medio de la calle, diciéndole apasionadamente que era el mejor padre y el mejor amigo del mundo, y que la mañana de su boda se le pondría de rodillas y le imploraría perdón por todas las veces que se había mofado de él o se había mostrado insensible a la valía de aquel paciente, comprensivo, afable e inocente joven corazón. A cada uno de los adjetivos, Bella redoblaba los besos, hasta que al final le quitó el sombrero y rió de manera desmedida cuando el viento se lo llevó y él corrió a buscarlo.

Cuando su padre hubo recuperado el sombrero, se pusieron en marcha una vez más, y su padre dijo:

—¿Y el número cuatro, querida?

En medio de su alegría, el semblante de Bella se entristeció.

—Después de todo, papá, quizá sea mejor posponer el número cuatro. Permíteme mantener la esperanza, aunque sea por poco tiempo, de que pueda estar equivocada.

El cambio operado en Bella reforzó el interés del querubín en el número

cuatro, y dijo en voz baja:

—¿De que puedas estar equivocada, querida? ¿En qué?

Bella lo miró pensativa y negó con la cabeza.

—Y de todas maneras sé que no lo estoy. No sabes lo bien que lo sé.

—Amor mío —replicó su padre—, me intranquilizas. ¿Le has negado tu mano a alguien más?

—No, papá.

—¿Se la has concedido a alguien?

—No, papá.

—¿Hay alguien más que se atrevería a arriesgarse a un sí o a un no si tú se lo permitieras?

—No que yo sepa, papá.

—Entonces, ¿a lo mejor hay alguien que no se atreve a arriesgarse y a ti te gustaría que lo hiciera?

—Naturalmente que no, papá. —Y le dio otro par de zarandeos.

—No, claro que no —asintió este—. Bella, querida, me temo que, o me dices cuál es el número cuatro, o esta noche no pegaré ojo.

—¡Oh, papá, no hay nada bueno en el número cuatro! Me da tanta pena, me cuesta tanto creerlo, he intentado con todas mis fuerzas no darme cuenta, y sé que cuesta mucho creerlo, incluso a ti. Pero la prosperidad está echando a perder al señor Boffin, y lo cambia cada día.

—Mi querida Bella, espero y confío en que no sea así.

—Yo también confiaba y esperaba que no fuera así, papá; pero cada día cambia a peor y a peor. No conmigo... conmigo se porta igual que siempre... sino con los otros que le rodean. Veo cómo se va volviendo suspicaz, caprichoso, inflexible, tiránico, injusto. Si la buena suerte ha echado a perder a alguien, es a mi benefactor. ¡Y no obstante, papá, piensa en la terrible fascinación que ejerce el dinero! Lo veo, lo odio, lo temo, y sé que el dinero podría obrar en mí un cambio mucho peor. ¡Y sin embargo el dinero está siempre en mis pensamientos y en mis deseos, y toda la vida que imagino es dinero, dinero, dinero, y todo lo que se puede conseguir con dinero en la vida!

Capítulo V

El Basurero de Oro cae en malas compañías

¿Se equivocaba la brillante y perspicaz inteligencia de Bella Wilfer, o el Basurero de Oro estaba pasando por la prueba del crisol y no daba más que escoria? Las malas noticias viajan deprisa. Pronto lo veremos con detalle.

La misma noche de la feliz celebración, ocurrió algo que Bella siguió atentamente con sus ojos y oídos. En una de las alas de la mansión de los Boffin había una estancia que se conocía como la habitación del señor Boffin. Mucho menos imponente que el resto de la casa, era mucho más confortable, pues la rodeaba un cierto aire acogedor y hogareño, que el despotismo tapizador había reducido a ese enclave al oponerse de manera inexorable a las súplicas de misericordia del señor Boffin para que respetara los demás aposentos. Así, aunque se trataba de una habitación de ubicación modesta —sus ventanas daban a la antigua esquina de Silas Wegg— y carecía de pretensiones de terciopelo, satén o dorados, había alcanzado una posición doméstica análoga a la de un cómodo batín o un par de zapatillas; y cada vez que la familia deseaba disfrutar de una velada especialmente agradable junto a la lumbre, la disfrutaban, como si fuera una institución imprescindible, en la habitación del señor Boffin.

Cuando Bella regresó aquella noche, le dijeron que el señor y la señora Boffin estaban en esa habitación. Al entrar, se encontró también allí al secretario; al parecer, su presencia era oficial, pues estaba de pie con unos documentos en la mano junto a una mesa en la que había unas velas con pantalla, delante de la cual el señor Boffin estaba recostado en su butacón.

—Veo que está ocupado, señor —dijo Bella, indecisa en la puerta.

—En absoluto, querida, en absoluto. Eres de la familia. No te consideramos una visita. Entra, entra. Aquí está la señora, en su sitio de siempre.

La señora Boffin añadió un gesto de asentimiento y una sonrisa de

bienvenida a las palabras del señor Boffin, y Bella cogió su libro y se colocó en una silla junto al rincón de la chimenea, al lado de la mesa de costura de la señora Boffin. El señor Boffin estaba colocado en la otra punta.

—Y ahora, Rokesmith —dijo el Basurero de Oro, dando unos fuertes golpes en la mesa para llamar su atención mientras Bella pasaba las páginas de su libro, tan fuertes que esta se sobresaltó—, ¿por dónde íbamos?

—Me estaba diciendo, señor —replicó el secretario, con aire reticente y mirando hacia los demás—, que consideraba que había llegado el momento de fijar mi salario.

—Limítese a llamarlo paga, joven —dijo el señor Boffin con irritación—. ¡Qué diantre! Cuando yo estaba empleado jamás hablé de mi salario.

—Mi paga —se corrigió el secretario.

—Rokesmith, no será una persona orgullosa, espero —comentó el señor Boffin, mirándolo de soslayo.

—Espero que no, señor.

—Porque yo nunca lo fui, cuando era pobre —dijo el señor Boffin—. La pobreza y el orgullo no casan bien. No lo olvide. ¿Cómo van a casar bien? Y es lógico. Un hombre, si es pobre, no tiene nada de qué enorgullecerse. Es absurdo.

Con una leve inclinación de cabeza, y una expresión de cierta sorpresa, el secretario pareció asentir al formar las sílabas de la palabra «absurdo» en los labios.

—Y ahora, en referencia a la paga —dijo el señor Boffin—. Siéntese.

El secretario se sentó.

—¿Por qué no se ha sentado antes? —preguntó el señor Boffin, desconfiado—. Espero que no fuera orgullo. Pero, respecto a esa paga, ahora que he entrado en materia, digo que sean doscientos al año. ¿Qué le parece? ¿Lo considera suficiente?

—Gracias. Es una propuesta justa.

—No niego —estipuló el señor Boffin— que podría ser más que suficiente. Y le diré por qué, Rokesmith. Un hombre rico, como yo, debe considerar el precio de mercado. Al principio no lo contemplé tanto como

debería; pero desde entonces he tratado con otros hombres adinerados. No debo hacer subir el precio de mercado solo porque para mí el dinero no sea importante. Una oveja vale tanto en el mercado, y es el precio que debo pagar, y no más. Un secretario vale tanto en el mercado, y eso es lo que debo pagar, y no más. No obstante, en su caso, no me importa hacer una excepción.

—Señor Boffin, es usted muy bueno —replicó el secretario haciendo un esfuerzo.

—Entonces fijaremos la cifra en doscientos al año —dijo el señor Boffin—. Resuelto el asunto del dinero. Ahora, no debe haber malentendido alguno en relación a lo que compro por doscientos al año. Si pago por una oveja, la compro entera. De igual modo, si pago por un secretario, lo compro entero.

—En otras palabras, ¿compra todo mi tiempo?

—Desde luego que sí. Aunque tampoco pretendo ocupar todo su tiempo —dijo el señor Boffin—; puede coger un libro un rato cuando no tenga nada mejor que hacer, aunque creo que casi siempre encontrará algo útil que hacer. Pero quiero tenerle a mi disposición. Resulta conveniente que le tenga a todas horas en el edificio. Por tanto, entre el desayuno y la cena, espero encontrarle en la casa.

El secretario asintió

—En el pasado, cuando yo servía —dijo el señor Boffin—, no podía ir y venir cuando se me antojaba, y no espere usted poder ir y venir a su antojo. Últimamente es algo que se ha tomado por costumbre; aunque quizá fue por falta de especificaciones entre nosotros. Ahora, que quede bien especificado, y que sea así. Si quiere salir, pida permiso.

El secretario volvió a asentir. Estaba incómodo y estupefacto, y se le veía un tanto humillado.

—Tendré una campanita —dijo el señor Boffin— colgando de esta habitación para avisarle, y cuando requiera su presencia, la haré sonar. No se me ocurre nada más que decirle en este momento.

El secretario se levantó, recogió sus papeles y se retiró. Los ojos de Bella lo siguieron hasta la puerta, se posaron en el señor Boffin, recostado en su butacón con aire satisfecho, y cayeron sobre el libro.

—He permitido que ese muchacho, ese joven empleado mío —dijo el

señor Boffin, recorriendo a pasos la habitación— se creyera por encima de su trabajo. Pero esto se ha acabado. Debo ponerlo en su sitio. Un hombre de dinero tiene un deber con los demás ricos, y no debe perder de vista a sus inferiores.

Bella se dio cuenta de que la señora Boffin estaba incómoda, y que los ojos de esa bondadosa criatura buscaban descubrir en su cara cuánta atención había prestado a su discurso, y qué impresión había causado en ella. Por esa razón, los ojos de Bella se concentraron aún más en su libro, y pasó la página con un aire de profundo interés.

—Noddy —dijo la señora Boffin, tras detener su labor con aire pensativo.

—Querida —replicó el Basurero de Oro, parando en seco su recorrido por el cuarto.

—Perdona que te lo diga, Noddy, ¡pero hay que ver! ¿Esta noche no has sido un poco estricto con el señor Rokesmith? ¿No te ha parecido, aunque fuera un poco, solo un poquitín, que no eras el de siempre?

—Vaya, mujer, espero no haberlo sido —replicó el señor Boffin en tono jovial, incluso jactancioso.

—¿Que esperas no haberlo sido, querido?

—Ahora ya no podemos ser los de siempre, querida. ¿Es que todavía no te has dado cuenta? Si siguiéramos siendo los de siempre, nos robarían y abusarían de nosotros. Los de siempre no eran ricos; los de ahora, sí; esa es la gran diferencia.

—¡Ah! —dijo la señora Boffin, volviendo a interrumpir su labor, espirando larga y lentamente con la mirada en la lumbre—. La gran diferencia.

—Y debemos estar a la altura de esa diferencia —añadió su marido—; debemos estar a la altura del cambio; así debemos estar. Ahora nos toca defendernos contra todo el mundo (pues ahora todos quieren meternos la mano en el bolsillo), y debemos recordar que el dinero crece del dinero, y también todo lo demás.

—Hablando de recordar —dijo la señora Boffin, la labor ya abandonada, la mirada en el fuego y la barbilla apoyada en la mano—, ¿te acuerdas, Noddy, de cuando le dijiste al señor Rokesmith, la primera vez que vino a

verte a La Enramada, y le contrataste... te acuerdas de cuando le dijiste que, si hubiera querido el Cielo que John Harmon alcanzara sano y salvo su fortuna, nos habríamos conformado con el montículo que era nuestro legado, y no habríamos deseado el resto?

—Sí, lo recuerdo, señora. Pero entonces no sabíamos lo que era tener el resto. Ya habían llegado nuestros zapatos nuevos, pero aún no nos los habíamos puesto. Pero ahora los llevamos, y debemos caminar en consecuencia.

La señora Boffin volvió a coger su labor, y manejó la aguja en silencio.

—En cuanto a Rokesmith, ese joven empleado mío —dijo el señor Boffin, bajando la voz y mirando hacia la puerta, como si temiera que pudiera oírlo algún fisgón—, con él ocurre lo mismo que con los lacayos. He descubierto que los estrujas o te estrujan ellos a ti. Si no eres dominante con ellos, no se creen que seas mejor que ellos, ni siquiera igual de bueno, después de lo que han oído contar (casi todo mentiras) acerca de tus comienzos. Entre ponerse duro o dejar que se aprovechen de ti no hay término medio; no te quepa duda, señora mía.

Por un instante, Bella se atrevió a mirarle furtivamente bajo sus pestañas, y vio la sombra oscura de la suspicacia, la codicia y el engreimiento cubriendo aquella cara antaño franca.

—De todos modos —dijo el señor Boffin—, esto no es muy entretenido para la señorita Bella. ¿No es así?

Con qué disimulo actuó Bella, mirándolo con un aire pensativo y abstraído, como si estuviera enfrascada en el libro y no hubiera oído una sola palabra.

—¡Caramba! Tiene algo mejor que hacer que escuchar —dijo el señor Boffin—. Eso está bien, eso está bien. Sobre todo cuando no necesitas a nadie que te diga cómo has de valorarte, querida.

Ese cumplido la hizo sonrojarse un poco, y Bella respondió:

—Espero que no me esté llamando engreída, señor.

—En absoluto, querida —dijo el señor Boffin—. Pero considero muy encomiable que, a tu edad, sepas ir al paso de los tiempos, y sepas lo que quieres. Tienes razón. El dinero es lo importante, cariño. El dinero es lo que

cuenta. Sacarás dinero de tu belleza, y del dinero que la señora Boffin y yo tendremos el placer de entregarte, y vivirás y morirás rica. ¡Así es como hay que vivir y morir! —dijo el señor Boffin muy satisfecho de sí mismo—. ¡Rico!

Apareció una expresión de pesar en la cara de la señora Boffin cuando, tras mirar la de su marido, se volvió hacia su hija adoptiva y le dijo:

—No le hagas caso, Bella.

—¿Eh? —exclamó el señor Boffin—. ¡Qué! ¿Que no me haga caso?

—No quería decir eso —repuso la señora Boffin con gesto de preocupación—. Me refiero a que no te creas que ha dejado de ser bueno y generoso, Bella, pues es el mejor de los hombres. No, debo decirlo, Noddy. Siempre eres el mejor de los hombres.

Lo manifestó como si él fuera a protestar: cosa que desde luego no pensaba hacer.

—Y en cuanto a ti, Bella —dijo la señora Boffin, aún con esa expresión apenada—, te tiene tanto cariño, a pesar de lo que diga, que ni tu propio padre siente tanto interés por ti ni está tan contento contigo.

—¡De lo que diga! —exclamó el señor Boffin—. ¡A pesar de lo que diga! Bueno, pues lo digo sin tapujos. Dame un beso de buenas noches, mi querida niña, y deja que te confirme lo que dice esta mujer. Te quiero mucho, querida, y estoy totalmente de acuerdo contigo, y tú y yo nos encargaremos de que seas rica. Pues tu belleza (y tienes algo de razón al ser vanidosa, querida, aunque no lo eres, que lo sepas) vale dinero, y te hará ganar dinero. Y el dinero que tendrás, valdrá más dinero, y también harás más dinero con él. Tienes una bola de oro a tus pies. Buenas noches, querida.

Pero Bella no acababa de estar tan contenta como esperaba con esa certeza y esa perspectiva. De alguna manera, cuando rodeó con los brazos el cuello de la señora Boffin y le dijo «Buenas noches», la cara aún angustiada de aquella mujer y su evidente deseo de excusar a su marido le transmitieron la sensación de que ella tampoco valía gran cosa. «¿Qué necesidad tiene de disculparlo? —se dijo Bella, sentada en su habitación—. Lo que él ha dicho era muy sensato, estoy segura, y muy cierto, desde luego. No es más que lo que yo me repito a menudo. ¿Es que acaso no me gusta? No, no me gusta, y, aunque él sea mi generoso benefactor, le desprecio por decirlo. Entonces dime

—dijo ahora Bella, planteándose seriamente la cuestión delante del espejo—, ¿qué quieres decir realmente con esto, bestezuela incoherente?»

El espejo mantuvo un discreto silencio subordinado cuando ella le solicitó una explicación, y Bella se fue a la cama con una fatiga en su espíritu mayor que la fatiga por la falta de sueño. Y de nuevo, por la mañana, buscó la nube, y la condensación de esa nube, sobre la cara del Basurero de Oro.

En aquella época, había comenzado a ser la compañera habitual del señor Boffin cuando por la mañana este se iba de callejeo, y fue en esa época cuando él la hizo partícipe de una curiosa afición. Como el señor Boffin se había pasado la vida trabajando duro dentro de un triste recinto cerrado, le encantaba como a un niño mirar escaparates. Había sido una de las primera novedades y placeres de su libertad, y también le encantaba a su esposa. Durante muchos años, solo habían salido a pasear por Londres los domingos, cuando las tiendas estaban cerradas; y cuando todos los días de la semana se convirtieron en festivos, experimentaron un gran placer recorriendo la variedad, fantasía y belleza que se exhibía en los escaparates, y que parecía inagotable. Como si las calles principales fueran un gran teatro y la obra les resultara nueva (igual que a unos niños), el señor y la señora Boffin, desde que Bella se instalara en su casa, se habían colocado siempre en la primera fila, encantados con todo lo que veían y aplaudiendo vigorosamente. Pero ahora el interés del señor Boffin se centraba en las librerías; y sobre todo —pues eso, en sí mismo, no habría sido gran cosa— en una clase excepcional de libros.

—Mira, querida —solía decir el señor Boffin, reteniendo a Bella del brazo en los escaparates de los libreros—, tú sabes leer de corrido, y además de unos ojos bonitos tienes buena vista. Ahora, fíjate bien, querida, y dime si ves algún libro que trate de avaros.

Cada vez que Bella veía un libro de ese tema, el señor Boffin entraba como una flecha al instante y lo compraba. Y no obstante, como si no hubiese encontrado ninguno, buscaban otra librería, y el señor Boffin decía:

—Y ahora fíjate bien, querida, a ver si ves alguna *Vida de avaros*, o algún libro parecido; vidas de personajes singulares que hayan sido avaros.

Bella, siguiendo sus indicaciones, examinaba el escaparate con la mayor atención, mientras el señor Boffin examinaba la cara de ella. En cuanto ella identificaba cualquier libro titulado *Vidas de personajes excéntricos*,

Anécdotas de personajes extraños, Anales de individuos extraordinarios, o algo parecido, el semblante del señor Boffin se iluminaba, y al instante entraba como una flecha y lo compraba. Tanto daban el tamaño, el precio y la calidad. Cualquier libro que prometiera la biografía de un avaro, el señor Boffin lo adquiría sin dilación y se lo llevaba a casa. Cuando un librero le informó de que una parte del *Registro anual de sucesos* se dedicaba a «Personajes», el señor Boffin enseguida compró toda la serie de tan ingeniosa compilación, y se la fue llevando a casa poco a poco, transportando un volumen Bella y tres él. Tardaron dos semanas en completar esta labor. Cuando acabaron, el apetito de avaros que sentía el señor Boffin se había avivado en lugar de saciarse, y se pusieron a buscar de nuevo.



BIBLIOMANIA OF THE GOLDEN DUSTMAN.

Muy pronto ya no hizo falta decirle a Bella lo que tenía que buscar, y

entre ambos quedó acordado que ella siempre buscaría *Vidas de avaros*. Una mañana tras otra vagaban por la ciudad en busca de algo tan singular. Como la literatura avárica no es abundante, la proporción de éxitos y fracasos era de uno a cien; sin embargo, el señor Boffin nunca se cansaba, y mostraba tanta avaricia hacia los avariciosos como al principio. Lo curioso es que Bella nunca viera los libros por la casa, ni oyera la menor referencia a su contenido por parte del señor Boffin. Parecía guardar a sus avaros igual que guardaba el dinero. Igual de codiciosos que habían sido ellos con el dinero, escondiéndolo en secreto, lo era él con ellos, escondiéndolos también en secreto. Pero también era a todas luces evidente, y a Bella no se le pasaba por alto que, a medida que iba adquiriendo esas tristes biografías con el mismo ardor con que don Quijote había buscado sus libros de caballerías, comenzaba a gastar el dinero con más comedimiento. Y a menudo, cuando salía de una tienda con algún nuevo relato sobre uno de esos lamentables lunáticos, Bella casi retrocedía asustada al oír la risita seca y ladina con la que la cogía del brazo de nuevo y se alejaban. No parecía que la señora Boffin estuviera al corriente de esa afición. Él no aludía a ella, exceptuando en sus paseos matinales, cuando él y Bella estaban solos; y Bella, en parte bajo la impresión de que él daba por sentado que se trataba de un secreto entre ambos, y en parte al recordar la angustiada cara de la señora Boffin aquella noche, mantenía la misma reserva.

Mientras todo esto tenía lugar, la señora Lammle descubrió que Bella ejercía una fascinante influencia sobre ella. Los Lammle, a quien los habían presentado los queridos Veneering, visitaban a los Boffin en todas las grandes ocasiones, y la señora Lammle todavía no había previsto esa fascinación; pero se dio cuenta de ella de golpe. Era algo de lo más extraordinario (le dijo a la señora Boffin); era tontamente susceptible al influjo de la belleza, aunque no era solo eso; nunca había podido resistirse a la elegancia natural en el trato, aunque no era solo eso; era más que eso, y la verdad es que no existía nombre alguno que describiera hasta qué punto la cautivaba esa encantadora muchacha.

Cuando a la encantadora muchacha esas palabras le fueron repetidas por la señora Boffin (que se sentía orgullosa de que admirasen a Bella, y habría hecho cuanto fuera por complacerla), naturalmente consideró a la señora Lammle una mujer de gusto y discernimiento. Al responder a esos sentimientos mostrándose muy simpática con la señora Lammle, esta tuvo la

oportunidad de aprovechar la oportunidad, pues la fascinación se hizo recíproca, aunque siempre con un aire de mayor sobriedad por parte de Bella que por parte de la entusiasta Sophronia. Aunque estaban tanto tiempo juntas que, durante ese intervalo, el carruaje de los Boffin llevaba más a menudo a la señora Lammle que a la señora Boffin: algo que en absoluto provocó los celos de esa bondadosa alma, que comentaba plácidamente:

—La señora Lammle es una compañía más joven que yo, y caramba, va más a la moda.

Pero entre Bella Wilfer y Georgiana Podsnap había una diferencia, entre otras muchas: que no había peligro de que Alfred cautivara a Bella, pues esta desconfiaba de él y le tenía aversión. De hecho, era tan aguda y tan perspicaz que no tardó en desconfiar también de la esposa de Alfred, aun cuando su boba vanidad y testarudez empotraran ese recelo en un rincón de su mente y allí lo dejaran.

Como amiga, la señora Lammle tenía un gran interés en que Bella hiciera una buena boda. La señora Lammle decía, de manera frívola, que debía enseñarle a la hermosa Bella qué clase de ricos individuos tenían a su disposición ella y Alfred, y que estos caerían a sus pies como esclavos. En cuanto se presentó la ocasión, la señora Lammle convocó a esos caballeros febriles, jactanciosos e indefiniblemente disolutos que siempre entraban y salían de la City por cuestiones de la Bolsa y Grecia, España, la India y México, a la par y con prima y con descuento a tres cuartos y a siete octavos. Quienes, con sus agradables modales, homenajearon a Bella como si esta fuera un compuesto de chica guapa, caballo de pura raza, vehículo bien construido y pipa singular. Pero sin el menor efecto, aun cuando se pusieran en la balanza los atractivos del señor Fledgeby.

—Me temo, Bella —dijo un día la señora Lammle, mientras iban en el carruaje—, que vas a ser muy difícil de complacer.

—No espero que nadie me complazca, querida —dijo Bella, con un lánguido giro de ojos.

—Realmente, cariño —replicó Sophronia, negando con la cabeza y poniendo su mejor sonrisa—, no será fácil encontrar a un hombre digno de tus atractivos.

—La cuestión no es encontrar un hombre —dijo Bella con frialdad—,

sino una buena posición.

—Querida —contestó la señora Lammle—, tu prudencia me deja de una pieza. ¿Dónde has estudiado la vida tan bien? Tienes razón. En casos como el tuyo, el objetivo es una buena posición. Después de haber vivido en casa de los Boffin, no puedes bajar de categoría, y, por si tu belleza sola no fuera suficiente, es de suponer que el señor y la señora Boffin te...

—¡Oh! Ya lo han hecho —la interrumpió Bella.

—¡No! ¿De verdad ya lo han hecho?

Bella, un tanto molesta con la sospecha de haber hablado precipitadamente, y también plantando cara a su propia irritación, decidió no ceder.

—Es decir —explicó—, me han dicho que van a darme una dote en cuanto que hija adoptiva, si se refiere a eso. Pero no lo mencione.

—¡Mencionarlo! —replicó la señora Lammle, como si con el mero hecho de sugerir esa imposibilidad hubiese herido sus sentimientos—. ¡Men-cio-nar-lo!

—No me importa contárselo, señora Lammle... —comenzó Bella de nuevo.

—Querida, llámame Sophronia, o yo no podré llamarte Bella.

Con un breve e insolente «¡Oh!», Bella obedeció:

—¡Oh!... Sophronia... entonces... no me importa decirte, Sophronia, que estoy convencida de que no tengo corazón, como suele decirse; y que creo que esas cosas son absurdas.

—¡Una chica valiente! —murmuró la señora Lammle.

—Por lo que no pretendo que me guste —prosiguió Bella—; excepto en el aspecto que he mencionado. Por lo demás, me es indiferente quien sea.

—Pero no puedes evitar gustar a los demás, Bella —dijo la señora Lammle, dirigiéndole una maliciosa mirada y su mejor sonrisa—. No puedes evitar que tu marido te admire y esté orgulloso de ti. Puede que te dé igual que te guste, y a lo mejor te da igual gustarle a él, pero en la cuestión de gustar no tienes la última palabra: no tienes más remedio que gustar, aunque no quieras; por lo que la cuestión es por qué no encontrar a uno que también

te guste a ti, si puedes.

Tan excesivo fue el halago que llevó a Bella a demostrarse que ella gustaba aunque no quisiera. No la abandonaba el recelo de estar obrando mal —aunque tenía un vago presentimiento de que todo eso podía acarrear algún perjuicio, poco imaginaba las consecuencias que traería en realidad—, pero de todos modos prosiguió con sus confidencias.

—No me hables de gustar sin pretenderlo —dijo Bella—. Ya he tenido bastante de eso.

—¿Sí? —exclamó la señora Lammle—. ¿Ya se han visto corroboradas mis palabras?

—Es igual, Sophronia, no hablemos más del asunto. No me preguntes.

El evidente significado de eso era «Pregúntame», y la señora Lammle hizo lo que le solicitaban.

—Cuéntamelo, Bella. Vamos, querida. ¿Qué irritante lapa se ha visto atraída hacia tus encantadoras faldas, y cuán difícil ha sido sacudírtela?

—Irritante, sin duda —dijo Bella—, ¡y no es una lapa para estar orgullosa! Pero no me preguntes.

—¿He de adivinarlo?

—Nunca lo adivinarías. ¿Qué dirías de nuestro secretario?

—¡Querida! ¡El secretario ermitaño, que sube y baja sigiloso por las escaleras de atrás, y a quien nunca se le ve!

—Acerca de si sube y baja sigiloso por las escaleras de atrás —dijo Bella con sumo desdén—, lo único que sé es que no es cierto; y en cuanto a que nunca se le vea, me contentaría con no haberle visto nunca, aunque es tan visible como tú. Pero le gusto (por mis pecados), y tuvo la presunción de decírmelo.

—¡No es posible que ese hombre se te haya declarado, Bella!

—¿Estás segura de ello, Sophronia? —dijo Bella—. Pues yo no. De hecho, estoy segura de lo contrario.

—Ese hombre ha de estar loco —dijo la señora Lammle, con una suerte de resignación.

—Parecía estar en su sano juicio —replicó Bella, echando la cabeza hacia atrás—, y tenía mucho que decir. Le dije lo que pensaba de su declaración y su conducta, y le hice marcharse. Naturalmente, todo esto ha sido muy molesto para mí, y muy desagradable. No obstante, ha permanecido en secreto. Lo que me recuerda, Sophronia, que he acabado contándote un secreto, y que confío en que no se lo menciones a nadie.

—¡Mencionarlo! —repitió la señora Lammle, con la misma afectación de antes—. ¡Mencionarlo!

Esta vez Sophronia lo decía tan en serio que le pareció necesario inclinarse hacia Bella y darle un beso. Un beso de Judas, pues pensaba, mientras aún le apretaba la mano a Bella tras el beso: «Después de lo que me has contado, chica despiadada y con la vanidad hinchada por ese bobo de basurero que te adora, no tengo por qué apiadarme de ti. Si mi marido, que es quien me ha mandado, acaba tramando algún plan del que seas la víctima, desde luego no pienso volver a entrometerme». En esos mismos momentos, Bella pensaba: «¿Por qué siempre estoy en guerra conmigo misma? ¿Por qué le he contado, como si me obligaran, lo que todo el rato sabía que debía callarme? ¿Por qué me hago amiga de esta mujer que tengo al lado, a pesar de los susurros en su contra que oigo en mi corazón?».

Como siempre, cuando llegó a casa y le planteó esas preguntas al espejo, este no contestó. Quizá, de haber consultado a mejor oráculo, el resultado habría sido más satisfactorio; pero no lo hizo, y las consecuencias avanzaron por el camino que se abría ante ellas.

Bella sentía mucha curiosidad por un punto relacionado con la vigilancia que mantenía sobre el señor Boffin, y era si el secretario, al igual que ella, también lo vigilaba, y seguía de cerca el cambio indudable y gradual que operaba en él. Las escasas palabras que intercambiaba con el señor Rokesmith no le permitieron averiguarlo. La comunicación existente ahora entre ambos nunca iba más allá de conservar las apariencias delante del señor y la señora Boffin; y si Bella y el secretario por casualidad se quedaban a solas, él de inmediato se retiraba. Ella consultaba la expresión de él siempre que podía hacerlo sin ser vista, mientras cosía o leía, pero le resultaba impenetrable. A él se le veía muy apagado; pero mantenía un gran dominio de los rasgos de su cara, y, cada vez que el señor Boffin le hablaba en presencia de ella, o cada vez que este se ponía en evidencia, la cara del secretario permanecía tan

inalterable como un muro. Un ceño levemente arrugado, que no expresaba nada más que una atención casi mecánica, y un fruncimiento de los labios, que quizá trataba de impedir la aparición de una sonrisa desdeñosa: eso era lo que veía de la mañana a la noche, un día tras otro, una semana tras otra, monótono, invariable, inmutable como en una escultura.

Lo peor de todo fue que, sin que ella se diera cuenta —y de la manera más irritante, tal como Bella se quejaba ante sí misma a su manera impetuosa—, aquel observar al señor Boffin conllevaba observar continuamente al señor Rokesmith. «¿Es que eso no provocará la menor expresión en él? ¿Es posible que eso no le cause la menor impresión?» Esas eran las preguntas que Bella se planteaba, a menudo tantas veces al día como horas tiene este. Imposible saberlo. Siempre la misma cara pétrea.

«¿Puede ser tan vil como para vender su mismísima naturaleza por doscientas libras al año? —se decía Bella. Y a continuación—: ¿Y por qué no? Es solo una cuestión de precio, igual que con los que le rodean. Yo también vendería la mía, si sacara lo bastante por ella». Y así volvía a la guerra que se libraba en su interior.

Una suerte de ilegibilidad, aunque de tipo distinto, se iba instalando en la cara del señor Boffin. Su expresión simple de antaño se veía enmascarada por una astucia que asimilaba incluso su buen humor. Su mismísima sonrisa era maliciosa, como si hubiera estudiado las sonrisas de los retratos de sus avaros. Aparte de algún esporádico arrebató de impaciencia, o de alguna grosera afirmación de quién mandaba en aquella casa, su buen humor permanecía con él, aunque ahora se le juntaba la sórdida aleación de la desconfianza; y aunque sus ojos centellaran y su cara riera, se sentaba abrazándose, como si pretendiese acapararse a sí mismo, y siempre tuviera que estar desasosegado y a la defensiva.

Y entre el prestar atención a aquellas dos caras, y la conciencia de que esa furtiva ocupación también debía dejar alguna señal en la suya, Bella pronto comenzó a pensar que la única cara franca y natural que había entre ellos era la de la señora Boffin. Y eso que ahora se mostraba menos radiante que antaño, pues reflejaba fielmente en su angustia y pesar cada pequeño cambio ocurrido en la cara del Basurero de Oro.

—Rokesmith —dijo el señor Boffin una tarde en que todos se encontraban de nuevo en su habitación, y él y el secretario habían estado repasando unas

cuentas—, estoy gastando demasiado dinero. O al menos, usted gasta demasiado en mi nombre.

—Es usted rico, señor.

—No lo soy —dijo el señor Boffin—.

Lo brusco de la respuesta equivalía casi a revelarle al secretario que mentía. Pero no cambió la expresión de su cara inmutable.

—Le digo que no soy rico —repitió el señor Boffin—, y no me diga lo contrario.

—¿No es usted rico, señor? —repitió el secretario en un tono mesurado.

—Bueno —replicó el señor Boffin—, si lo soy, es cosa mía. No voy a gastar a este ritmo para complacerle a usted, ni a nadie. Si fuera su dinero, no le gustaría.

—Aun en ese caso imposible, señor, yo...

—¡Contenga su lengua! —dijo el señor Boffin—. Es algo que no debería gustarle en ningún caso. ¡Bueno! No pretendía ser grosero, pero me saca usted de quicio, y, después de todo, yo soy el amo. No era mi intención decirle que contuviera su lengua. Solo que no me contradiga. ¿Ha leído alguna vez la vida del señor Elwes?

Por fin se refería a su tema favorito.

—¿El tacaño?

—Ah, la gente lo llamaba tacaño. La gente siempre llama algo a los demás. ¿Ha leído algo sobre él?

—Creo que sí.

—Jamás confesó que fuera rico, y sin embargo me podría haber comprado dos veces. ¿Ha oído hablar alguna vez de Daniel Dancer?

—¿Otro avaro? Sí.

—Y de los buenos —dijo el señor Boffin—, y tenía una hermana digna de él. Jamás se denominaron ricos. De haberse llamado ricos, probablemente no lo hubieran sido tanto.

—Vivieron y murieron de manera miserable. ¿No es así, señor?

—No que yo sepa —dijo el señor Boffin de manera cortante.

—Entonces no son los avaros a los que me refiero. Esos abyectos desgraciados...

—No los insulte, Rokesmith —dijo el señor Boffin.

—... Ese hermano y esa hermana ejemplares... vivieron en la más asquerosa y repugnante degradación.

—Vivieron a su aire —dijo el señor Boffin—, y supongo que no podían haber hecho más aunque hubiesen gastado su dinero. De todos modos, no pienso tirar el mío. Reduzca los gastos. La cuestión es que no está en casa lo suficiente, Rokesmith. Hay que prestar una atención constante a cualquier minucia, o algunos acabaremos muriendo en el asilo de pobres.

—Lo mismo que pensaban las personas que ha citado —observó el secretario sin inmutarse—, si no recuerdo mal, señor.

—Y eso es muy meritorio por su parte —dijo el señor Boffin—. ¡Demuestra que eran muy independientes! Pero ahora olvídense de ellos. ¿Ha dado ya aviso de que deja sus habitaciones?

—Tal como me indicó, he dado aviso, señor.

—Le diré lo que tiene que hacer —dijo el señor Boffin—. Pague el alquiler del trimestre... pague el alquiler del trimestre, al final será lo más barato, y múdese aquí enseguida, así estará siempre en casa, día y noche, y podrá reducir los gastos. Cóbreme a mí el alquiler del trimestre, y ya lo ahorraremos de otra parte. Tiene usted unos bonitos muebles, ¿verdad?

—Los muebles de mis habitaciones son míos.

—Entonces no hará falta comprarle ninguno. Por si se le pasa por la cabeza —dijo el señor Boffin, con su peculiar astucia—, por si, de tan honorablemente independiente como es, se le ocurriera aliviar su conciencia traspasándome la propiedad de esos muebles como compensación por el pago de ese alquiler del trimestre, bueno, pues alivie esa conciencia, alíviela. No se lo pido, pero no me interpondré si considera que debe hacerlo. En cuanto a su habitación, elija cualquiera de las habitaciones vacías que hay en el piso de arriba.

—Cualquier habitación vacía servirá —dijo el secretario.

—Escoja la que quiera —dijo el señor Boffin—, y serán entre ocho y diez chelines semanales añadidos a sus ingresos. No se lo deduciré; espero que me lo compense generosamente reduciendo los gastos. Y ahora, si me trae una luz, vendré a su despacho y escribiremos un par de cartas.

Mientras tenía lugar ese diálogo, Bella había observado tales señales de pesadumbre en el rostro transparente y generoso de la señora Boffin que no tuvo valor para seguir contemplándolo cuando quedaron a solas. Fingiendo estar inmersa en su bordado, manejó la aguja hasta que su laboriosa mano se vio detenida por la de la señora Boffin, que se le posó encima. Cediendo al tacto, sintió que llevaban su mano hasta los labios de aquella alma bondadosa, y sintió una lágrima cayendo en ella.

—¡Oh, mi amado esposo! —dijo la señora Boffin—. Qué duro se hace verle y oírle. Pero, mi querida Bella, créeme si te digo que, a pesar de todos los cambios que ha sufrido, es el mejor de los hombres.

El señor Boffin regresó en el momento en que Bella había cogido la mano de su esposa para confortarla.

—¿Cómo? —dijo, asomando desconfiado por la puerta—. ¿Qué te está diciendo?

—Tan solo le elogia, señor —dijo Bella.

—¿Elogiarme? ¿Estás segura? ¿No me censura por defenderme de esa pandilla de saqueadores que me chuparían hasta el último chelín? ¿No me censura por querer hinchar un poco la alcancía?

Se acercó hasta ellas, y su esposa apoyó las manos entrelazadas en uno de los hombros de él, al tiempo que negaba con la cabeza.

—¡Bueno, bueno, bueno! —la instó el señor Boffin, en un tono no exento de cariño—. No te pongas así, mujer.

—Es que no soporto verte así, querido.

—¡Tonterías! Recuerda que ya no somos los de siempre. Recuerda que los estrujas o te estrujan ellos a ti. Recuerda que el dinero engendra dinero. No te preocupes, Bella, hija mía; y no lo dudes. Cuanto más ahorre, más tendrás tú.

Bella se dijo que era una suerte que la señora Boffin reflexionara con su cariñoso rostro apoyado en el hombro de su marido; pues había una taimada luz en los ojos del señor Boffin al pronunciar esas palabras que parecía arrojar

una desagradable iluminación sobre el cambio ocurrido en él, afeándolo moralmente aún más.

Capítulo VI

El Basurero de Oro cae en peores compañías

Ocurría que el señor Silas Wegg ahora rara vez acudía a la casa del favorito de la fortuna y el gusano del momento, sino que había recibido instrucciones de que lo esperara en el intervalo de ciertas horas convenidas en La Enramada. Este nuevo acuerdo molestaba mucho al señor Wegg, pues esas horas convenidas eran las de la tarde, y las consideraba inapreciables para el progreso de su movimiento amistoso. Pero era típico, le comentó amargamente al señor Venus, que el advenedizo que había pisoteado a tan eminentes criaturas como la señorita Elizabeth, el señorito George, tía Jane y tío Parker, ahora oprimiese a su hombre de letras.

Ahora que el Imperio romano ya había llegado a su destrucción, el señor Boffin se presentó en un coche de punto con la *Historia antigua* de Rollins, valiosa obra que, al descubrirse sus virtudes soporíferas, hubo que interrumpir más o menos en la época en que el ejército de Alejandro el Macedonio (que en aquella época componían unos cuarenta mil hombres) prorrumpió en lágrimas simultáneamente cuando él sufrió una tiritona después de bañarse. Como la *Guerra de los judíos* languideció bajo el generalato del señor Wegg, el señor Boffin apareció en otro coche de punto con Plutarco: cuya sucesión de vidas encontró sumamente entretenidas, aunque, se dijo, que no pensara Plutarco que las creía todas. La principal dificultad literaria del señor Boffin, en el curso de la lectura, era qué tenía que creer; durante un tiempo, su mente estuvo dividida entre creerlo todo, la mitad o nada; al final, cuando, como persona moderada que era, se decidió por la mitad, la cuestión seguía siendo, ¿qué mitad? Nunca llegó a superar ese escollo.

Una tarde, cuando Silas Wegg ya se había acostumbrado a la llegada de su patrón en coche de punto, acompañado de algún historiador profano abarrotado de nombres impronunciables de gentes incomprensibles, de genealogías inverosímiles, que libraban guerras durante un número de años y de sílabas muy largo, y que se llevaban ilimitados rehenes y riquezas con la

mayor facilidad más allá de los confines de la geografía... pues pasó la tarde, y el patrón no apareció. Al cabo de media hora de gracia, el señor Wegg se dirigió hacia la verja exterior, y ahí dio un silbido, comunicándole al señor Venus, si acaso le oía, la noticia de que estaba en casa y sin ningún compromiso. Entonces apareció el señor Venus, hasta ese momento oculto al abrigo de un muro cercano.

—¡Compañero de armas —dijo el señor Wegg, de muy buen humor—, bienvenido!

El señor Venus le devolvió unas buenas tardes muy secas.

—Entra, hermano —dijo Silas, dándole un golpecito en el hombro—, y siéntate junto a mi chimenea, pues, ¿qué dice la balada?

Señor, no temo la animosidad,
ni tampoco la falsedad,
señor Venus, la verdad me contenta,
y la simple alegría me tienta.
Ta ta ri to, ta ta ri ta.
Y a alguien acompañar,
señor, junto a mi propio hogar,
junto a mi propio hogar.

Con esa cita (más fiel al espíritu que a la letra), el señor Wegg acompañó a su invitado hasta la chimenea.

—Y llega usted, hermano —dijo el señor Wegg, desprendiendo hospitalidad—, llega usted con un no sé qué... exactamente igual que... no le podría distinguir de él... del halo que despide a su alrededor.

—¿Qué clase de halo? —preguntó el señor Venus.

—Espero que el suyo, señor —replicó Silas.

El señor Venus pareció indeciso en ese punto, y contempló el fuego no muy contento.

—Dedicaremos la velada, hermano —exclamó Wegg—, a proseguir nuestro movimiento amistoso. Y posteriormente, haciendo chocar una rebosante copa de vino (me refiero a que mezclaremos ron con agua) sellaremos un compromiso. Pues, ¿qué dice el poeta?

No hace falta que traiga su negra botella,

pues yo traeré la mía,
y tomaremos un vaso
con una rodaja de limón si es el caso,
disfrutando de nuestra compañía.

Ese flujo de citas y hospitalidad por parte de Wegg indicaba que había observado que Venus venía un poco quejoso.

—En cuanto al movimiento amistoso —observó este último caballero, frotándose malhumorado las rodillas—, una de mis objeciones es que no lo veo por ninguna parte.

—Roma, hermano —replicó Wegg—, una ciudad que (aunque puede que generalmente no se sepa) nació de unos gemelos y una loba, y terminó en el mármol imperial: bueno, pues no se construyó en una hora.

—¿Acaso yo he dicho eso? —preguntó Venus.

—No, no lo ha dicho, hermano. Acertada pregunta.

—Lo que digo —prosiguió Venus— es que me saca de entre mis trofeos de anatomía, me hace intercambiar mis variados restos humanos por variedades de mera ceniza, sin el menor resultado. Creo que debo dejarlo.

—¡No, señor! —le reconvino Wegg de manera entusiasta—. ¡No, señor!

¡A la carga, Chester, a la carga,
adelante, señor Venus, adelante!^[29]

»¡No diga muerte, señor! ¡Un hombre de su categoría!

—No es a decirlo a lo que me opongo, sino al hecho en sí —replicó el señor Venus—. Y como todos hemos de morir lo queramos o no, no puedo permitirme perder el tiempo en palpar cenizas y polvo para nada.

—Pero es que, después de todo, le ha dedicado muy poco tiempo al movimiento amistoso, señor mío —le instó Wegg—. Sume las tardes que hemos ocupado juntos, ¿y qué nos da? ¡Y usted, señor, que tan de acuerdo está con mis opiniones, puntos de vista y sentimientos, usted, que tiene la paciencia de componer por medio de alambres toda la estructura de la sociedad (y me refiero al esqueleto humano), cede tan pronto!

—No me gusta —contestó malhumorado el señor Venus mientras ponía la cabeza entre las rodillas y erizándose el pelo polvoriento—. Nada me estimula a seguir.

—¿No bastan los montículos para animarle? —dijo el señor Wegg, extendiendo la mano derecha con un aire de solemne razonamiento—. ¿No le basta con esos montículos que nos observan?

—Son demasiado grandes —refunfuñó Venus—. ¿Qué es para ellos un arañazo aquí y un rascar allá, hurgar en un sitio y cavar en otro? Además, ¿qué hemos encontrado hasta ahora?

—¿Que qué hemos encontrado? —exclamó Wegg, encantado de poder estar de acuerdo en algo—. ¡Ah! Eso se lo concedo, camarada. Nada. Pero por el contrario, camarada, ¿qué podríamos llegar a encontrar? Eso me lo concederá usted. Cualquier cosa.

—No me gusta —contestó Venus con la misma irritación de antes—. Me metí en esto sin haberlo pensado lo bastante. Y además le repito: ¿no sabía el señor Boffin lo que había en los montículos? ¿No conocía él perfectamente al difunto y sus costumbres? ¿Es que él ha demostrado alguna vez la menor esperanza de encontrar nada?

En ese momento se oyó ruido de ruedas.

—Hay que ver —dijo el señor Wegg, con aire de quien sufre paciente las ofensas—, me resistía a pensar tan mal de él como para imaginar que sería capaz de presentarse a estas horas de la noche. Y no obstante, por el ruido, parece él.

Sonó la campanilla del patio.

—Es él —dijo el señor Wegg—, es capaz de venir a estas horas. Lo siento, porque habría deseado conservar esa pizca de respeto que le tenía.

En ese momento se oyó al señor Boffin gritar con ganas en la puerta del patio.

—¡Hola! ¡Wegg! ¡Hola!

—No se mueva, señor Venus —dijo Wegg—. A lo mejor no se queda. —Y a continuación contestó, gritando—: ¡Hola, señor mío! ¡Hola, enseguida estoy con usted, señor! Medio minuto, señor Boffin. ¡Vengo todo lo deprisa que me trae mi pierna!

Y así, haciendo alarde de una gran y alegre presteza, salió cojeando hacia la puerta con una luz, y allí, a través de la ventanilla del coche, divisó en el interior al señor Boffin, encerrado entre libros.

—¡Vamos! Eche una mano, Wegg —dijo el señor Boffin con entusiasmo—. No puedo salir si no me abre paso. Es el *Registro anual*, Wegg, que viene en un coche lleno de volúmenes. ¿Lo conoce?

—¿Si conozco el *Registro animal*, señor? —replicó el Impostor, que había entendido mal el nombre—. Por una nimia apuesta, podría encontrar en él cualquier animal con los ojos vendados, señor Boffin.

—Y aquí está el *Museo maravilloso* de Kirby —dijo el señor Boffin—, y los personajes de Caulfield, y de Wilson. ¡Qué personajes, Wegg, qué personajes! Hoy me ha de leer uno o dos de los mejores. Es increíble los sitios en que ponían las guineas, envolviéndolas en harapos. Coja ese montón de volúmenes, Wegg, o caerán del coche e irán a parar al barro. ¿No hay nadie por ahí que pueda ayudarle?

—Hay en casa un amigo mío, señor, con el que pensaba pasar la velada, pues, muy en contra de mi voluntad, ya creía que esta noche no vendría.

—Dígale que salga a echar una mano —exclamó el señor Boffin, muy afanoso—. No deje caer ese que lleva bajo el brazo. Habla de Dancer. Él y su hermana hacían empanadas de corderos muertos que encontraban cuando salían a caminar. ¿Dónde está su amigo? Ah, ya lo veo. ¿Tendría la bondad de ayudarnos a Wegg y a mí con estos libros? Pero no coja a Jemmy Taylor de Southwark ni a Jemmy Wood de Gloucester. Son los dos gemas. Yo los llevaré.

Sin dejar de hablar ni de afanarse, el señor Boffin dirigió la operación de transporte y colocación de los libros, y se le vio un tanto fuera de sí hasta que no hubieron sido depositados todos en el suelo, y el coche despedido.

—¡Ahí están! —dijo el señor Boffin, exultante—. Ahí los tiene, como los veinticuatro violinistas... todos en hilera. Póngase las gafas, Wegg; sé dónde encontrar los mejores, y enseguida cataremos lo que tenemos ante nosotros. ¿Cómo se llama su amigo?

El señor Wegg presentó a su amigo con el nombre de señor Venus.

—¿Cómo? —exclamó el señor Boffin, como si ese nombre le sonara—. ¿De Clerkenwell?

—De Clerkenwell, señor —dijo el señor Venus.

—Vaya, he oído hablar de usted —exclamó el señor Boffin—. Oí hablar

de usted cuando el viejo vivía. Usted le conocía. ¿Alguna vez le compró algo?
—Con tremenda impaciencia.

—No, señor —replicó Venus.

—Pero le enseñó cosas, ¿no?

El señor Venus le lanzó una mirada a su amigo y contestó afirmativamente.

—¿Qué le enseñó? —preguntó el señor Boffin, poniendo las manos a la espalda y adelantando con ansiedad la cabeza—. ¿Le enseñó cajas, estuches, carteras, paquetes, cualquier cosa cerrada o lacrada, o quizá atada?

El señor Venus negó con la cabeza.

—¿Entiende de porcelanas?

El señor Venus volvió a negar con la cabeza.

—Porque si alguna vez le enseñó una tetera, me alegraría saberlo —dijo el señor Boffin. Y a continuación, llevándose la mano derecha a los labios, repitió pensativo—: Una tetera, una tetera.

Y lanzó una mirada hacia los libros que había en el suelo, como si supiera que entre ellos existía algo interesante relacionado con una tetera.

El señor Wegg y el señor Venus se miraron atónitos: y el señor Wegg se caló los lentes, abrió mucho los ojos por encima de los cristales, y se dio unos golpecitos en la aleta de la nariz: una advertencia a Venus para que él también mantuviera los ojos bien abiertos.

—Una tetera —repitió el señor Boffin, aún sumido en sus reflexiones y mirando los libros—. Una tetera, una tetera.

—¿Está a punto, Wegg?

—A su servicio, señor —replicó el caballero, ocupando su asiento habitual sobre el banco habitual, colocando la pata de palo bajo la mesa hasta dejarla delante de él—. Señor Venus, ¿le importaría hacerme el favor de sentarse a mi lado y despabilar las velas?

Venus obedeció la invitación antes de que acabara de pronunciarla, y Silas le dio un golpecito con su pata de palo para dirigir su atención hacia el señor Boffin, que seguía caviloso junto al fuego, en el espacio que dejaban los dos

bancos.

—¡Ejem, ejem! —carraspeó el señor Wegg para llamar la atención de su patrón—. ¿Desea que comience con algún Animal... del *Registro*, señor?

—No —dijo el señor Boffin—. No, Wegg. —Tras esas palabras, sacó un librito del bolsillo interior y con gran cuidado se lo entregó al hombre de letras mientras le preguntaba—: ¿Cómo llama a este libro, Wegg?

—Esto, señor —replicó Silas ajustándose los lentes y leyendo la portada—, son las *Vidas y anécdotas de avaros* de Merryweather. Señor Venus, ¿le importaría hacerme un favor y acercar las velas un poco?

Esto le proporcionó la oportunidad de lanzarle una mirada a su camarada.

—¿Qué avaros aparecen en el libro? —preguntó el señor Boffin—. ¿Puede averiguarlo fácilmente?

—Bueno, señor —replicó Silas, buscando el índice y pasando lentamente las hojas del libro—, yo diría que aquí deben de estar todos; hay un buen surtido; veo a John Overs, a John Little, Dick Jarrel, John Elwes, el reverendo señor Jones de Blewbury, Vulture Hopkins, Daniel Dancer...

—Háblenos de Dancer, Wegg —dijo el señor Boffin.

Tras lanzarle otra vistazo a su camarada, Silas encontró la página.

—Página ciento nueve, señor Boffin. Capítulo ocho. Contenido del capítulo: «Nacimiento y posición. Vestimenta y aspecto exterior. La señora Dancer y sus gracias femeninas. La mansión del tacaño. La historia de las empanadas de cordero. Idea que tiene de la muerte un avaro. Bob, el chucho del avaro. Griffiths y su amo. Cómo sacarle el jugo al dinero. Un substitutivo de la lumbre. Las ventajas de guardar una cajita de rapé. El avaro muere sin camisa. Los tesoros de la basura...».

—¿Eh? ¿Qué ha dicho? —preguntó el señor Boffin.

—Los tesoros de la basura, señor —repitió Silas leyendo con mucha claridad—. Señor Venus, ¿le importaría despabilar las velas? —Lo dijo para que este prestara atención a sus labios, que dijeron de manera inaudible—: ¡Montículos!

El señor Boffin acercó una butaca al lugar en el que estaba de pie, y, sentándose y frotándose arteramente las manos, dijo:

—Lea lo de Dancer.

El señor Wegg leyó la biografía de ese hombre eminente a través de sus diversas fases de avaricia y mugre, pasando por la muerte de la señorita Dancer a causa de su enfermizo régimen de budín frío, y por cómo el señor Dancer impedía que sus harapos se le cayeran a pedazos atándolos con una cuerda para atar el heno, y cómo calentaba la cena sentándose encima de ella, hasta llegar al consolador incidente de cuando murió desnudo dentro de un saco. Tras lo cual siguió leyendo lo siguiente:

—«La casa, o mejor dicho el montón de ruinas en el que vivía el señor Dancer, y que a su muerte pasó a manos del capitán Holmes, era un edificio de lo más miserable y deteriorado, pues llevaba más de medio siglo sin que se hubiese hecho en él ninguna reparación».

(En este punto, el señor Wegg le lanzó una mirada a su camarada y a la habitación en la que se hallaban: que no había sido reparada en mucho tiempo).

—«Pero a pesar del mal estado de la estructura externa, por dentro el edificio era inmenso. Llevó muchas semanas explorar todo su contenido, y al capitán Holmes le pareció una tarea muy entretenida sumergirse en las posesiones secretas del avaro».

(En ese punto, el señor Wegg repitió «posesiones secretas» y le dio otro golpecito a su camarada).

—«Uno de los rincones más ricos del señor Dancer se encontró en un estercolero del establo; una suma de poco menos de dos mil quinientas libras se hallaba dentro de ese rico montón de abono; y dentro de una chaqueta vieja, concienzudamente anudada y fuertemente clavada en el fondo del comedero, se encontraron quinientas libras más en billetes y oro».

(En ese momento, la pata de palo del señor Wegg se fue moviendo hacia delante bajo la mesa, y se elevó lentamente a medida que proseguía la lectura).

—«Se descubrieron varios cuencos llenos de guineas y medias guineas; y en diversas ocasiones, mientras buscaban por los rincones de la casa, encontraron varios paquetes con billetes. Algunos estaban incrustados en grietas de la pared».

(En ese momento, el señor Venus miró la pared).

—«Había fajos ocultos bajo los almohadones y las fundas de las butacas».

(El señor Venus miró debajo de sí mismo, en el banco).

—«Algunos reposaban ocultos al fondo de los cajones; y montones de billetes que llegaba a las seiscientas libras se encontraron perfectamente doblados dentro de una vieja tetera. En el establo el capitán encontró jarras llenas de dólares y chelines antiguos. También buscaron en la chimenea, y las molestias valieron la pena; pues en diecinueve agujeros distintos, todos llenos de hollín, encontraron diversas sumas de dinero, que ascendían en total a más de dos mil libras».

De camino a esa crisis, la pata de palo del señor Wegg se había ido elevando más y más, al tiempo que este iba hundiendo el codo opuesto en el señor Venus, hasta que al final conservar el equilibrio resultó incompatible con las dos acciones, y Wegg acabó cayendo de lado sobre el señor Venus, apretándole contra el borde del banco. Durante algunos segundos, ninguno de los dos hizo esfuerzo alguno por recuperar la vertical; los dos estaban en una especie de desmayo pecuniario.

Pero la imagen del señor Boffin sentado en la butaca, abrazándose con la mirada puesta en la lumbre, actuó de reconstituyente. Fingiendo un estornudo para ocultar sus movimientos, el señor Wegg, con un espasmódico «A-chííís», se incorporó e hizo incorporar al señor Venus con gran habilidad.

—Lea un poco más —dijo el señor Boffin con avidez.

—El siguiente es John Elwes. ¿Le apetece que pasemos a John Elwes?

—¡Ah! —dijo el señor Boffin—. Oigamos lo que hizo John.

No parecía haber ocultado nada, de manera que no despertó mucho interés. Pero revivió el interés una señora ejemplar llamada Wilcocks, que había ocultado oro y plata dentro de un tarro de encurtidos, y este dentro de la caja de un reloj, una lata llena de tesoros en un agujero debajo de las escaleras, y cierta cantidad de dinero en una vieja ratonera. A esta la sucedió otra señora que afirmaba ser indigente, cuya riqueza se encontró envuelta en trocitos de papel y trapos viejos. A esta la sucedió otra que vendía manzanas y había ahorrado una fortuna de diez mil libras, ocultándolas «aquí y allá, en grietas y rincones, detrás de ladrillos y debajo de las tablas del suelo». A esta

un caballero francés que había abarrotado su chimenea, en detrimento del tiro, con «una valija de cuero que contenía veinte mil francos, monedas de oro y una gran cantidad de piedras preciosas», tal como descubrió un deshollinador tras su muerte. Poco a poco llegó el señor Wegg al último ejemplo de urraca humana:

—«Hace muchos años vivía en Cambridge un matrimonio de avaros apellidado Jardine; tenían dos hijos; el padre era un completo avaro, y a su muerte se descubrieron mil guineas escondidas en su cama. Los dos hijos crecieron con la misma parsimonia que el padre. Cuando tenían unos veinte años, montaron una pañería en Cambridge, que mantuvieron hasta su muerte. El establecimiento de los señores Jardine era el más sucio de todas las tiendas de Cambridge. Los clientes rara vez entraban a comprar, como no fuera por curiosidad. Los dos hermanos tenían un aspecto lamentable; pues aunque estaban rodeados de telas alegres, que eran los artículos de su negocio, ellos iban siempre con repugnantes harapos. Se cuenta que no tenían cama, y que, para ahorrarse comprar una, siempre dormían sobre un atado de telas de embalaje bajo el mostrador de la tienda. Siempre escatimaban en los gastos domésticos. Durante veinte años ni una loncha de carne adornó su mesa. Sin embargo, cuando el primero de los hermanos murió, el otro, en gran parte para su sorpresa, encontró grandes sumas de dinero que le había escondido incluso a él».

—¡Fíjese! —exclamó el señor Boffin—. ¡Incluso a él, ya ve! Solo eran dos, y sin embargo uno le escondía el dinero al otro.

Al señor Venus, que desde la aparición del caballero francés estaba encorvado para mirar en el interior de la chimenea, le llamó la atención esa última frase, y se tomó la libertad de repetirla.

—¿Le gusta? —preguntó el señor Boffin, volviéndose de repente.

—¿Perdone, señor?

—¿Le gusta lo que ha estado leyendo el señor Wegg?

El señor Venus contestó que lo encontraban en extremo interesante.

—Entonces vuelva otro día —dijo el señor Boffin—, y oiremos un poco más. Venga cuando quiera; venga pasado mañana, media hora antes. Hay mucho más; esto no se acaba nunca.

El señor Venus le expresó su agradecimiento y aceptó la invitación.

—Es asombroso lo que llega a esconderse, en uno u otro momento —dijo el señor Boffin, pensativo—, realmente asombroso.

—¿Se refiere al dinero, señor? —observó Wegg, con gesto propiciador, para sonsacarle, y dándole otro golpecito a su amigo y hermano.

—Dinero —dijo el señor Boffin—. ¡Ah, y documentos!

El señor Wegg, en un lánguido éxtasis, se dejó caer de nuevo sobre el señor Venus, y de nuevo regresó a la vertical disimulando sus emociones con un estornudo.

—¡A-chííís! ¿Se refiere a documentos, señor? ¿Escondidos?

—Escondidos y olvidados —dijo el señor Boffin—. Verá, el librero que me vendió el *Museo asombroso*... ¿dónde está el *Museo asombroso*?

Al momento estaba de rodillas en el suelo, buscando ávidamente entre los libros.

—¿Puedo ayudarle, señor? —preguntó Wegg.

—No, ya lo tengo; aquí está —dijo el señor Boffin, quitándole el polvo con la manga de la levita—. Volumen cuatro. Sé que está en el volumen cuatro, pues el librero me lo leyó. Búsquelo, Wegg.

Silas cogió el libro y pasó las hojas.

—¿«Singular putrefacción», señor?

—No, no es eso —dijo el señor Boffin—. No puede tener putrefacción.

—¿«Las memorias del general John Reid, comúnmente apodado, la Candelilla Ambulante», señor? ¿Con retrato incluido?

—No, tampoco es él —dijo el señor Boffin.

—¿«El extraordinario caso de la persona que se tragó una moneda de una corona», señor?

—¿Para esconderla? —preguntó el señor Boffin.

—No, señor —replicó Wegg, consultando el texto—. Al parecer, fue por accidente. ¡Oh! Debe de ser este. «Portentoso descubrimiento de un testamento que llevaba veinte años oculto».

—¡Este es! —exclamó el señor Boffin—. Léalo.

—«Un caso de lo más extraordinario —leyó en voz alta Silas Wegg— compareció ante el tribunal en las últimas sesiones de la corte de Maryborough, en Irlanda. En resumen, consistía en lo siguiente: en 1782, Robert Baldwin redactó su testamento, en el que legó las tierras ahora en disputa a los hijos de su hijo menor; poco después de lo cual mermaron sus facultades, se volvió totalmente como un niño y murió, rebasados ya los ochenta años. El demandado, que es el hijo mayor, inmediatamente después anunció que su padre había destruido el testamento; y al no encontrarse este, entró en posesión de las tierras en cuestión, y así estuvieron las cosas durante veintiún años, tiempo durante el cual la familia creyó que el padre había muerto sin testar. Pero al cabo de veintiún años murió la esposa del demandado, y muy poco después este, a los setenta y ocho, se casó con una mujer muy joven: esto despertó la preocupación de los hijos, y las severas expresiones de este sentimiento por su parte exasperaron al padre, el cual, lleno de rencor, redactó un testamento para desheredar a su hijo mayor, y en un arrebatado de cólera se lo enseñó al hijo segundo, quien de inmediato tomó la decisión de apoderarse de él y destruirlo, a fin de conservar la propiedad para su hermano. Con esta idea forzó el escritorio de su padre, donde encontró no el testamento de su padre, que era el que buscaba, sino el de su abuelo, del cual ya nadie se acordaba en la familia».

—¡Eso es! —dijo el señor Boffin—. ¡Fíjese en lo que los hombres esconden y olvidan, o pretenden destruir y no lo hacen! —A continuación añadió más lentamente—: ¡A-som-bro-so!

Y mientras recorría la habitación con la mirada, Wegg y Venus también recorrían la habitación con la mirada. Y a continuación Wegg, por su cuenta, fijó los ojos en el señor Boffin, que de nuevo tenía la vista en la lumbre; como si pensara abalanzarse sobre él y exigirle los pensamientos o la vida.

—Pero por hoy ya es suficiente —dijo el señor Boffin, haciendo un gesto con la mano tras un silencio—. Pasado mañana, más. Coloque los libros en las estanterías, Wegg. Creo que el señor Venus tendrá la amabilidad de ayudarlo.

Mientras hablaba, metió la mano en el bolsillo de su abrigo y forcejeó con un objeto que era demasiado grande para salir fácilmente. ¡Cuál no sería la estupefacción de los confabulados en el movimiento amistoso al ver que el

objeto que salía era una viejísima linterna sorda!

El señor Boffin, sin darse cuenta en absoluto del efecto que había producido ese pequeño instrumento, lo colocó sobre una rodilla, y, sacando una caja de cerillas, encendió lentamente la vela de la linterna, apagó de un soplo la cerilla y la tiró al fuego.

—Ahora —anunció a continuación— voy a echar un vistazo por la casa y por el patio. No quiero que me acompañen. Yo y esta misma linterna hemos hecho este recorrido cientos... miles de veces... en nuestra vida en común.

—Pero cómo va usted, señor... No puedo permitir... —comenzó a decir educadamente Wegg, cuando el señor Boffin, que se había puesto en pie y se dirigía hacia la puerta, lo detuvo:

—Le he dicho que no quiero que me acompañe, Wegg.

Wegg estaba sagazmente pensativo, como si eso no se le hubiera ocurrido hasta entonces. Lo único que podía hacer era dejar salir al señor Boffin y cerrar la puerta. Pero, en cuanto este estuvo al otro lado, Wegg agarró a Venus con las dos manos, y dijo en un susurro ahogado, como si lo estrangularan:

—Señor Venus, hay que seguirlo, hay que vigilarlo, no hay que perderlo de vista ni un momento.

—¿Por qué no? —preguntó Venus, también estrangulado.

—Camarada, puede que haya observado que yo estaba bastante animado cuando ha llegado esta noche. He encontrado algo.

—¿Qué ha encontrado? —preguntó Venus, agarrándolo con ambas manos, de manera que quedaron trabados como un par de ridículos gladiadores.

—No tengo tiempo de contárselo. Creo que él ha ido a buscarlo. Debemos vigilarlo de inmediato.

Se soltaron y fueron de puntillas hacia la puerta, la abrieron suavemente y se asomaron. Era una noche nubosa, y la sombra negra de los montículos oscurecía aún más el patio oscuro.

—Si no es un estafador redomado —susurró Wegg—, ¿para qué ha traído una linterna sorda? Si hubiese traído una normal, podríamos haber visto lo que buscaba. Por aquí, sin hacer ruido.

Cautelosos, los dos siguieron al señor Boffin por el sendero flanqueado

por fragmentos de loza incrustados en las cenizas. Oyeron su peculiar trotecillo, aplastando las cenizas a su paso.

—Se conoce el lugar al dedillo —murmuró Silas—, y no le hace falta encender la linterna, ¡maldito sea!

Pero la encendió casi en ese mismo instante, y su luz se proyectó sobre el primer montículo.

—¿Es ese el lugar? —susurró Venus.

—Caliente —dijo Silas en otro susurro—. Caliente. Está cerca. Creo que está a punto de encontrarlo. ¿Qué lleva en la mano?

—Una pala —contestó Venus—. Y recuerde que sabe utilizarla cincuenta veces mejor que cualquiera de nosotros.

—¿Y si no acaba encontrándolo, socio, qué haremos? —sugirió Wegg.

—Primero, esperemos a ver qué hace —dijo Venus.

Fue un discreto consejo, pues el señor Boffin volvió a oscurecer la linterna, y el montículo se volvió negro. A los pocos segundos volvió a encender la luz, y se le vio al pie del segundo montículo, levantando poco a poco la linterna hasta que tuvo el brazo extendido, como si examinara el estado de toda la superficie.

—¿Tampoco ese es el sitio? —dijo Venus.

—No —dijo Wegg—. Frío, frío.

—Me parece —susurró Venus— que lo que pretende averiguar es si alguien ha andado rebuscando por ahí.

—¡Chsss...! —replicó Wegg—. Cada vez más frío. ¡Ahora se está helando!

Esta exclamación la provocó el hecho de que el señor Boffin hubiera apagado la linterna otra vez, y la hubiera vuelto a encender, y se le viera ahora al pie del tercer montículo.

—¡Caramba, está subiendo! —dijo Venus.

—¡Con pala y todo! —exclamó Wegg.

A un trotecillo más ágil, como si la pala que llevaba al hombro le estimulara al revivir viejos recuerdos, el señor Boffin ascendió por el «camino

serpenteante» del montículo, tal como se lo había descrito a Silas Wegg en la noche en que comenzaron sus decadencias y caídas. Al meterse en él apagó la linterna. Los dos lo siguieron, muy agachados, de manera que sus figuras no se recortaran contra el cielo cuando el señor Boffin volviera a encender la linterna. El señor Venus iba delante, arrastrando al señor Wegg, a fin de que su pierna refractaria pudiera extraerse enseguida de cualquier hoyo que ella misma abriese. Lo único que distinguieron fue que el Basurero de Oro se había parado a respirar. Naturalmente, ellos se pararon al instante.

—Ese es su propio montículo —susurró Wegg, recobrando el aliento—, ese de ahí.

—Bueno, los tres son suyos —repuso Venus.

—Eso se cree, pero ese es el que antes llamaba el suyo, por ser el primero que le dejaron; ese era su legado cuando nada más había para él en el testamento.

—Cuando encienda la luz —dijo Venus, que no perdía de vista la figura desdibujada del señor Boffin—, agáchese más y ocúltese.

El señor Boffin volvió a avanzar, y ellos lo siguieron. Al alcanzar la cima del montículo, encendió de nuevo la luz —aunque solo parcialmente— y la puso en el suelo. Un poste desnudo, torcido y ajado por el tiempo estaba plantado sobre las cenizas, y allí llevaba desde hacía muchos años. La linterna estaba muy cerca del poste: iluminaba unos palmos de la parte inferior y una pequeña zona de la superficie de ceniza de alrededor, proyectando además una nítida estela de luz sin objeto hacia la noche.

—¡No me diga que va a desenterrar el poste! —susurró Venus mientras se agachaban hasta quedar más cerca del suelo.

—A lo mejor está hueco o lleno de algo —susurró Wegg.

El señor Boffin se disponía a cavar, fuese cual fuese su objeto, pues se arremangó y se escupió en las manos, y a continuación le dio a la pala como el cavador que había sido siempre. La única finalidad del poste era que le permitía medir la longitud de la palada antes de empezar, pues no pretendía cavar hondo. Bastó una docena de expertos golpes de pala. Luego se paró, miró la cavidad, se inclinó hacia ella y sacó lo que parecía ser una vulgar botella protegida por un estuche: una de esas botellas de cristal chatas, de hombros altos y cuello corto en las que se dice que el cobarde holandés

guarda su valor. En cuanto acabó esas operaciones, apagó la linterna, y oyeron que volvía a rellenar el hoyo en la oscuridad. Como su mano diestra removió fácilmente aquellas cenizas, los espías lo tomaron como un aviso de que había llegado el momento de marcharse. Por consiguiente, el señor Venus se colocó al otro lado del señor Wegg y lo remolcó. Pero el descenso del señor Wegg estuvo acompañado de ciertos inconvenientes, pues su terca pierna quedaba clavada en el terreno hasta su mitad, y, como el tiempo apremiaba, el señor Venus se tomó la libertad de sacarlo del apuro tirándole del cuello de la ropa: lo que ocasionó que completara el resto del trayecto de espaldas, con la cabeza envuelta en los faldones de su levita, seguido de la pierna, a la rastra. Tan incómodo se sentía el señor Wegg por esa manera de viajar que cuando llegó a nivel del suelo, con sus facultades intelectuales por delante, no tenía muy claro dónde se encontraba, y ni la menor idea de dónde se hallaba su residencia, hasta que el señor Venus lo metió en ella de un empujón. Incluso entonces iba tambaleándose de un lado a otro de la casa, mirando a su alrededor como despistado, hasta que el señor Venus, con un cepillo duro, le cepilló el despiste y el polvo de la ropa.

El señor Boffin bajó sin prisas, pues, cuando reapareció, el proceso de cepillado había concluido, y el señor Venus había tenido tiempo de recuperar el aliento. Que tenía la botella en su poder era algo indudable; dónde la tenía, ya no estaba tan claro. Llevaba un abrigo holgado de tela basta, totalmente abotonado, que a lo mejor contenía media docena de bolsillos.

—¿Qué ocurre, Wegg? —dijo el señor Boffin—. Está pálido como una vela.

El señor Wegg repuso, con literal exactitud, que se sentía como si hubiera sufrido un desmayo.

—Es la bilis —dijo el señor Boffin, al tiempo que apagaba de un soplo la luz de la linterna, cerrándola y escondiéndola en el bolsillo interior del abrigo, de donde la había sacado—. ¿Tiene problemas de bilis?

El señor Wegg volvió a contestar, sin apartarse un ápice de la verdad, que no creía haber sufrido en su cabeza nada que pudiera compararse a aquello.

—Mañana púrguese a fin de estar listo para pasado. Por cierto, este barrio va a sufrir una pérdida, Wegg.

—¿Una pérdida, señor?

—Va a perder los montículos.

Los cómplices del movimiento amistoso hicieron un esfuerzo tan evidente para no mirarse que fue como si se hubiesen quedado mirándose fijamente.

—¿Se separa de ellos, señor? —preguntó Silas.

—Sí, se marchan. El mío es como si ya se hubiera ido.

—Se refiere al más pequeño de los tres, el que tiene el poste en lo alto, señor.

—Sí —dijo el señor Boffin, frotándose la oreja como solía hacer, con ese nuevo ademán de astucia añadido—. Me han dado un penique por él. Comenzarán a llevárselo mañana.

—¿Ha salido a despedirse de su viejo amigo? —preguntó Silas jocosamente.

—No —dijo el señor Boffin—. ¿De dónde demonios ha sacado esa idea?

Fue tan brusco y desabrido que Wegg, que se había ido acercando a las faldas de su abrigo, enviando el dorso de su mano de expedición exploratoria en busca de la superficie de la botella, retrocedió unos pasos.

—No quería ofenderle, señor —dijo Wegg mansamente—. No quería ofenderle.

El señor Boffin lo observó igual que un perro a otro perro que pretende su hueso; de hecho replicó con un leve gruñido, como habría hecho un perro.

—Buenas noches —dijo tras haberse sumido en un enfurruñado silencio con las manos entrelazadas a la espalda, mirando recelosamente a Wegg—. ¡No! Quédese ahí. Conozco el camino. No me hace falta luz.

La avaricia, y las leyendas de la velada acerca de la avaricia, y el efecto enardecedor de lo que había visto, y quizá la acumulación de su propia sangre en mal estado en el cerebro durante el descenso, forjó en Wegg un apetito hasta tal punto insaciable que cuando la puerta se hubo cerrado se abalanzó hacia ella arrastrando con él a Venus.

—No debe irse —exclamó—. ¡No debemos permitir que se vaya! Tiene la botella con él. Debemos conseguir esa botella.

—¿Y se la va a quitar por la fuerza? —dijo Venus, conteniéndole.

—¿Que si se la voy a quitar? Sí. ¡Por la fuerza y a cualquier precio! ¿Es que le da miedo ese anciano, cobarde?

—Usted es el que me da miedo, por eso no le dejo marchar —murmuró Venus, reteniéndole empecinadamente.

—¿Es que no le ha oído? —replicó Wegg—. ¿Es que no le ha oído decir que está decidido a dejarnos con un palmo de narices? ¿Es que no le ha oído decir, desgraciado, que va a llevarse los montículos, con lo que sin duda los van a rebuscar de arriba abajo? Si no tiene ni el espíritu de un ratón para defender sus derechos, yo sí. Déjeme ir tras él.

Como, en su desenfreno, forcejeaba con violencia, el señor Venus consideró oportuno levantarlo, derribarlo y caer con él, sabiendo perfectamente que, una vez en el suelo, a Wegg le costaría mucho volver a levantarse a causa de la pata de palo. Así, cuando los dos rodaron por el suelo, el señor Boffin cerraba la verja exterior.

Capítulo VII

El movimiento amistoso obtiene una posición ventajosa

Los cómplices del movimiento amistoso estaban sentados en el suelo, jadeando y mirándose, después de que el señor Boffin hubiera cerrado la verja de un portazo y se hubiera ido. En los débiles ojos de Venus, y en cada uno de los cabellos de color castaño rojizo de su mata de pelo, había una marcada desconfianza hacia Wegg, y la disposición a acometerle a la menor ocasión. En la cara hostil de Wegg, y en su figura rígida y nudosa (parecía un juguete de madera alemán), se expresaba una conciliación de conveniencia, carente de espontaneidad. Los dos estaban colorados, agitados y arrugados a causa de la reciente refriega; y Wegg, al caer al suelo, había recibido un fuerte golpe en la nuca, por lo que ahora se la frotaba con un aire de enorme —aunque desagradable— asombro. Los dos permanecieron unos minutos en silencio, dejando que empezara a hablar el otro.

—Hermano —dijo Wegg, rompiendo finalmente el silencio—, tenía razón y yo me equivocaba. No sabía lo que hacía.

El señor Venus se alisó los cabellos con cara de que a él no lo engañaba, pensando que el señor Wegg sí sabía lo que hacía, y que había acabado viéndosele el plumero.

—Pero camarada —prosiguió Wegg—, usted no tuvo la oportunidad de conocer a la señorita Elizabeth, al señorito George, a tía Jane y a tío Parker.

El señor Venus admitió que nunca había conocido a esas personas, en efecto, y que tampoco había deseado el honor de conocerlas.

—¡No diga eso, camarada! —replicó Wegg—. ¡No diga eso! Pues, sin conocerlos, no puede saber lo que es ponerse frenético al ver al usurpador.

El señor Wegg, mientras pronunciaba esas palabras exculpatorias como si le honraran enormemente, se impulsó con las manos hacia una silla que había en un rincón del cuarto, y allí, tras diversas y singulares cabriolas, consiguió alcanzar una posición perpendicular. El señor Venus también se levantó.

—Camarada —dijo Wegg—, tome asiento. ¡Camarada, qué cara tan expresiva la suya!

Involuntariamente, el señor Venus alisó su gesto y se miró la mano, como para comprobar si le habían quedado en ella algunas de sus propiedades expresivas.

—Pues sé sin la menor duda —añadió Wegg, subrayando las palabras con el índice—, sin la menor duda conozco la pregunta que me plantea su expresiva cara.

—¿Qué pregunta es? —dijo Venus.

—La pregunta —repuso Wegg con una suerte de jovial afabilidad— de por qué no he mencionado antes que había encontrado algo. Es lo que me dice su expresivo semblante: «¿Por qué no me lo ha comunicado en cuanto ha llegado esta noche? ¿Por qué se lo ha callado hasta que ha pensado que el señor Boffin había venido a buscar el artículo?». Su expresivo semblante —dijo Wegg— lo explica con más claridad que el habla. Ahora bien, ¿no puede leer en mi cara la respuesta que le doy?

—No, no puedo —dijo Venus.

—¡Lo sabía! ¿Y por qué no? —replicó Wegg con la misma jovial inocencia—. Porque no puedo afirmar que mi cara sea elocuente. Porque soy perfectamente consciente de mis deficiencias. No todos los hombres poseen los mismos talentos. Pero puedo responderle con palabras. ¿Y con qué palabras? Con estas. ¡Quería darle una deliciosa sior-pries-SA!

Tras haber alargado y recalcado de ese modo la palabra «sorpresa», el señor Wegg estrechó las manos de su amigo y hermano, y a continuación le dio una palmada en las rodillas, como un cariñoso patrón que le suplicara no volver a mencionar el pequeño favor que había tenido el dichoso privilegio de hacerle.

—Ahora que su expresivo semblante está satisfecho con la respuesta —dijo Wegg—, lo único que pregunta es: «¿Qué ha encontrado?». ¡Bueno, ya oigo las palabras!

—¿Y bien? —contestó Venus en tono cortante, tras haber esperado en vano—. Si oye las palabras, ¿por qué no contesta?

—¡Escúcheme! —dijo Wegg—. Voy a contestarle. ¡Escúcheme! Hombre

y hermano mío, compañero tanto de sentimientos como de empresas y acciones, he encontrado una caja fuerte.

—¿Dónde?

—¡Escúcheme! —dijo Wegg. (Intentaba reservarse todo lo que pudiera, y cada vez que tenía que revelar algo, prorrumplía en una radiante efusión de «Escúcheme»)—. Cierta día, señor...

—¿Cuándo? —preguntó Venus hoscamente.

—No-no —repuso Wegg, negando con la cabeza entre atento, reflexivo y juguetón—. ¡No, señor! No es su expresivo semblante el que hace esa pregunta. Es su voz, simplemente su voz. Prosigo. Cierta día, señor, estaba caminando por el patio, dando mi paseo solitario, pues en palabras de un amigo de mi familia, el autor de «Todo va bien», con arreglos para dúo:

Abandonado (lo recordará señor Venus), por la luna que mengua,
cuando las estrellas (ni lo he de mencionar) proclaman la noche sin tregua,
en torre, fuerte o acampada,
el centinela camina solo en su velada,
el centinela camina.

»Bajo tales circunstancias, señor mío, estaba yo paseando por el patio a primera hora de una tarde, y por casualidad llevaba una vara de hierro en la mano, con la que a veces me distraigo de la monotonía de la vida literaria, cuando noto un golpe contra un objeto que no hace falta le nombre...

—Hace falta. ¿Qué objeto? —preguntó Venus en tono furioso.

—¡Escúcheme! —dijo Wegg—. La bomba de agua... Di un golpe contra la bomba de agua, y me encontré con que no solo la parte superior estaba suelta, abierta y tenía una tapa, sino que se oía algo dentro. Descubrí que eso, camarada, era una caja pequeña, plana y oblonga. ¿He de añadir que me decepcionó lo poco que pesaba?

—Había documentos en ella —dijo Venus.

—¡Ahí vuelve a hablar su expresivo semblante! —exclamó Wegg—. Un documento. La caja estaba cerrada con llave, atada y lacrada, y en la parte de fuera había una etiqueta de pergamino que llevaba escrito: «MI TESTAMENTO, JOHN HARMON, DEPOSITADO AQUÍ DE MANERA PROVISIONAL».

—Debemos saber lo que contiene —dijo Venus.

—¡Escúcheme! —clamó Wegg—. Eso dije, y abrí la caja.

—¡Sin decirme nada! —exclamó Venus.

—¡Exactamente, señor! —replicó Wegg, afable y animado—. ¡Veo que está de acuerdo conmigo! ¡Escuche, escuche, escuche! ¡Decidido a que, como su buen discernimiento percibe, si iba a ser una sior-pries-SA, lo fuera del todo! Bueno, señor. Y como me ha hecho el honor de comprender por adelantado, examiné el documento. Muy breve; la redacción y los testigos, todo correcto. En la medida en que nunca ha hecho amigos, y siempre ha tenido una familia rebelde, él, John Harmon, le lega a Nicodemus Boffin el montículo pequeño, que es lo bastante grande para él, y lega todo el resto y el remanente a la Corona.

—Hay que ver la fecha en la que el testamento fue acreditado —observó Venus—. Podría ser posterior a este.

—¡Escúcheme! —gritó Wegg—. Eso mismo dije. Pagué un chelín (le perdono los seis peniques que le corresponden) para poder echarle un vistazo. Hermano, ese testamento está fechado semanas antes que este. Y ahora, compañero, como socio de nuestro movimiento amistoso —añadió Wegg, volviendo a coger sus dos manos, y dándole otra palmada en las rodillas—, dígame, ¿he llevado a cabo mi desinteresada tarea a su total satisfacción? ¿No está sior-prien-DIDO?

El señor Venus contempló a su socio y camarada un tanto indeciso, y a continuación replicó, aún muy serio:

—Es una gran noticia, sin duda, señor Wegg. No se puede negar. Pero me habría gustado que me lo contara antes del susto de esta noche, y me habría gustado que me preguntara, como socio suyo, qué íbamos a hacer antes de pensar que estaba dividiendo su responsabilidad.

—¡Escúcheme! —gritó Wegg—. Sabía que iba a decir eso. ¡Pero cargué solo con la angustia, y cargaré yo solo con su censura! —Lo dijo con un aire de gran magnanimidad.

—Y ahora —dijo Venus—, veamos lo que hay en esa caja.

—¿Debo entender, hermano —replicó Wegg, sumamente reacio—, que desea ver este testamento y esta...?

El señor Venus dio un puñetazo en la mesa.

—¡Escúcheme! —dijo Wegg—. ¡Escúcheme! Iré a buscarlo.

Tras estar un rato ausente, como si en su codicia a duras penas fuera capaz de decidirse a mostrarle el tesoro a su socio, regresó con una vieja sombrerera de cuero, en la que había metido la otra caja para guardar mejor las apariencias y eliminar los recelos.

—Pero no me acaba de hacer gracia la idea de abrirla aquí —dijo Silas en voz baja, mirando a su alrededor—. Él podría volver; a lo mejor, ni se ha ido. No sabemos qué pretende, después de lo que hemos visto.

—Algo de razón tiene —asintió Venus—. Venga a mi casa.

Celoso de la custodia de la caja, pero aún temeroso de abrirla en las presentes circunstancias, Wegg vaciló:

—Le digo que venga a mi casa —repitió Venus, irritado.

Sin acabar de ver cómo podía negarse, el señor Wegg repitió en un arrebató:

—¡Escúcheme!... Por supuesto.

De manera que cerraron con llave La Enramada y se pusieron en camino: el señor Venus le cogió del brazo y no se lo soltó.

Encontraron la pálida luz habitual ardiendo en la ventana del local del señor Venus, que revelaba de manera imperfecta al público el habitual par de ranas disecadas, espada en mano, con la cuestión de honor entre ambas aún sin resolver. El señor Venus había cerrado la tienda al salir, y ahora la abría con la llave, cerrando de nuevo en cuanto hubieron entrado; pero no antes de haber colocado los postigos del escaparate y haberlos asegurado con la barra de hierro.

—Nadie puede entrar sin que le dejemos —dijo—. En ninguna otra parte estaremos más seguros.

Así pues, atizó las ascuas aún calientes de la oxidada rejilla de la chimenea e hizo una lumbre, y despabiló la vela que había sobre el pequeño mostrador. Cuando el fuego proyectó sus parpadeantes rayos sobre las paredes oscuras y grasientas, el bebé hindú, el bebé africano, el bebé inglés articulado, el surtido de cráneos y el resto de la colección acudieron prestos a sus lugares como si hubiesen estado fuera, al igual que su amo, y aparecieran puntualmente a ese encuentro general para ser testigos del secreto. El

caballero francés había crecido de manera considerable desde la última vez que el señor Wegg lo viera, y ahora estaba equipado con un par de piernas y una cabeza, aunque aún carecía de brazos. Fuera de quien fuera la cabeza original, Silas Wegg habría considerado un favor personal que no le hubiesen salido tantos dientes.

Silas se sentó en silencio sobre la caja de madera que había ante el fuego, y Venus, tras dejarse caer en su silla baja, sacó de sus manos de esqueleto su bandeja para el té y las tazas, y puso el agua al fuego. En su fuero interno, Silas agradeció esos preparativos, confiando en que acabaran diluyendo el intelecto del señor Venus.

—Y ahora, señor —dijo Venus—, que estamos seguros y tranquilos, vamos a ver ese descubrimiento.

Wegg, con las manos aún reacias, y no sin lanzar varias miradas hacia las manos de esqueleto, como si temiera que un par pudieran saltar de la caja y agarrar el documento, abrió la caja de sombreros e hizo aparecer la caja, abrió la caja y mostró el documento. Lo cogió fuertemente por una punta, mientras Venus lo asía por la otra punta y lo leía atenta y escrupulosamente.

—¿No tenía razón en lo que le dije, socio? —dijo al final el señor Wegg.

—La tenía, socio —dijo el señor Venus.

Tras lo cual el señor Wegg ejecutó un movimiento natural y espontáneo, como si fuera a doblarlo; pero el señor Venus aún lo sujetaba por la punta.

—No, señor —dijo el señor Venus, parpadeando con sus débiles ojos y negando con la cabeza—. No, socio. La cuestión que ahora se plantea es quién va a guardar esto. ¿Sabe quién va a guardar esto?

—Yo —dijo Wegg.

—De ninguna manera, socio —repuso Venus—. Eso es un error. Yo lo guardaré. Escúcheme un momento, señor Wegg. No quiero discutir con usted, y aún menos mantener persecuciones anatómicas con usted.

—¿A qué se refiere? —dijo enseguida Wegg.

—Me refiero, socio —dijo Venus lentamente—, que no es posible tener una disposición más amistosa hacia otra persona que la que tengo hacia usted en este momento. Estoy en mi terreno, rodeado por los trofeos de mi arte y con mis herramientas muy a mano.

—¿Qué pretende decirme, señor Venus? —preguntó Wegg.

—Como ya he observado —dijo plácidamente el señor Venus—, estoy rodeado por los trofeos de mi arte. Son numerosos, mi provisión de humanos variados es grande, la tienda está bastante abarrotada, y en este momento no quiero más trofeos de mi arte. Pero me gusta mi arte, y sé como ejercerlo.

—No hay nadie mejor —asintió el señor Wegg con un aire un tanto aturdido.

—Dentro de la caja sobre la que está sentado —dijo Venus—, y aunque no lo crea, están las misceláneas de varios ejemplares humanos. La hermosa composición que hay detrás de la puerta —dijo señalando con la cabeza al caballero francés—, es la miscelánea de diversos ejemplares humanos. Pero aún le faltan un par de brazos. No digo que tenga prisa por conseguirlos.

—Debe de estar usted desvariando —objetó Silas.

—Me perdonará si desvarío —replicó Venus—, a veces soy propenso a ello. Me gusta mi arte, y sé cómo ejercerlo, y tengo intención de guardar este documento.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con su arte, socio? —preguntó Wegg en tono obsequioso.

El señor Venus hizo parpadear simultáneamente sus ojos crónicamente fatigados, y, colocando el hervidor al fuego, comentó, con voz sepulcral:

—Hervirá en un par de minutos.

Silas Wegg miró el hervidor, miró los anaqueles, miró al caballero francés de detrás de la puerta, y se arredró un poco al mirar el parpadeo de los ojos enrojecidos del señor Venus, que se palpaba el bolsillo de su chaleco —pongamos que en busca de una lanceta— con la mano libre. Él y Venus estaban sentados inevitablemente muy juntos, y cada uno sujetaba una punta del documento, que no era más que una hoja de papel corriente.

—Socio —dijo Wegg con una voz aún más obsequiosa que antes—, le propongo que cortemos el papel en dos y que cada uno guarde una mitad.

Venus sacudió su mata de pelo mientras replicaba:

—No sería una buena idea mutilar el documento, socio. Parecería que ha sido anulado.

—Socio —dijo Wegg tras un silencio, durante el cual se contemplaron mutuamente—, ¿no dice su expresivo semblante que va a sugerir un término medio?

Venus volvió a sacudir su mata de pelo mientras contestaba:

—Socio, ya me ha ocultado este documento una vez. No volverá a hacerlo. Puede cuidar de la caja y de la etiqueta, pero yo me haré cargo del documento.

Silas vaciló un poco, y de repente soltó la punta que agarraba, y en un tono de nuevo animado y benevolente, exclamó:

—¡Qué es la vida si no hay confianza! ¡Qué es un hombre sin honor! Quédeselo, socio, en un espíritu de confianza y honor.

El señor Venus, aún parpadeando simultáneamente con los dos ojos —aunque como si conversara consigo mismo, sin asomo de triunfo—, dobló el papel que ahora tenía en la mano, lo encerró en un cajón que había tras él y se metió la mano en el bolsillo. A continuación propuso:

—¿Una taza de té, socio?

A lo que el señor Wegg contestó:

—Gracias, socio.

Y el té estuvo hecho y servido.

—Y ahora hay otra pregunta —dijo Venus, soplando en su taza de té y mirando a su compañero de secretos—: ¿Cómo hemos de actuar?

En ese punto, Silas Wegg tenía mucho que decir. Tenía que decir lo siguiente: que le suplicaba a su camarada, hermano y socio que recordara los impresionantes párrafos leídos esa noche; que en la mente del señor Boffin existía un evidente paralelismo entre ellos y el difunto propietario de La Enramada, y las presentes circunstancias de La Enramada; que se acordara de la botella, y de la caja. Que aquello aseguraba la fortuna de su hermano y camarada, y de él mismo, en la medida en que lo único que tenían que hacer era ponerle precio a ese documento, y que el favorito de la fortuna y el gusano del momento les pagara ese precio: y que ahora este parecía menos favorito y más gusano de lo que antes suponían. Que él consideraba que ese precio podía plantearse en una sola y contundente expresión: «¡La mitad!». Que eso suscitaba la cuestión de cuándo había que decir «¡La mitad!». Que él deseaba

recomendarle un plan de acción con una cláusula adicional. Que el plan de acción que recomendaba era que ambos esperaran pacientemente; que debían permitir que gradualmente fueran llevándose los montículos hasta que no quedara nada, aunque conservando su presente oportunidad de vigilar el proceso —pues imaginaba que el favorito y gusano delegaría en otra persona la molestia y el costo de cavar y escarbar día tras día, mientras que ellos, por las noches, podrían investigar de manera privada esos desperdicios tan completamente removidos—, y que, cuando los montículos desaparecieran, y ellos hubieran aprovechado su oportunidad exclusivamente para su propio beneficio, entonces, y no antes, asaltarían al favorito y gusano. Pero entonces aparecía la cláusula condicional, y le suplicaba a su camarada, hermano y socio que le prestara especial atención. No había que tolerar que el favorito y gusano se llevara ninguno de los bienes que ahora consideraban de su propiedad. Cuando él, el señor Wegg, vio que el favorito se llevaba de manera subrepticia esa botella, y su preciado y desconocido contenido, no consideró al favorito y gusano más que un simple ladrón, y, en cuanto que tal, lo habría despojado de su ilícita ganancia de no ser por la sensata intervención de su camarada, hermano y socio. Por tanto, la cláusula condicional que proponía era que si el favorito volvía a presentarse con aquella actitud furtiva, y si, al vigilarlo de cerca, se le descubría en posesión de algo, lo que fuera, se le mostrara de inmediato la afilada espada que colgaba sobre su cabeza, y fuera estrictamente interrogado acerca de qué sabía o sospechaba, y fuera severamente tratado por ellos, sus amos, y mantenido en un estado de abyecta servidumbre y esclavitud moral hasta el momento en que a ellos les pareciera oportuno permitirle comprar su libertad al precio de la mitad de sus posesiones. Si, dijo perorando el señor Wegg, él había errado al decir tan solo «¡La mitad!», confiaba en que su camarada, hermano y socio no vacilaría en sacarle de su error y en reprocharle su pusilanimidad. Quizá fuera más acorde a derecho decir «Dos tercios»; quizá fuera más acorde a derecho decir «Tres cuartos». En ese punto, estaba abierto a cualquier corrección.

El señor Venus, que había atendido a ese discurso a lo largo de tres sucesivas tazas de té, manifestó que coincidía con los puntos de vista expresados. Animado por ello, el señor Wegg extendió la mano derecha y declaró que aquella era una mano que nunca había cometido una acción indigna. Sin entrar en más pormenores, el señor Venus, fiel a su té, afirmó que no le quedaba la menor duda de ello, tal como exigía de él la cortesía. Pero se

contentó con mirar la mano, y no la acercó a su pecho.

—Hermano —dijo Wegg, cuando quedó sellado ese feliz acuerdo—, me gustaría preguntarle algo. ¿Se acuerda de la primera noche en que me asomé por aquí y encontré su poderoso intelecto flotando en un mar de té?

El señor Venus asintió sin dejar de sorber su té.

—¡Y ahí está usted sentado —añadió Wegg con un aire de reflexiva admiración—, como si nunca se hubiera levantado! ¡Ahí está usted sentado, señor, como si poseyera una ilimitada capacidad de asimilar ese fragante producto! ¡Ahí está usted sentado, señor, en medio de sus obras, como si le hubiese invitado a cantar «Hogar, dulce hogar», y deseara complacer a los presentes!

Exiliado del hogar, brilla en vano el esplendor,
coja sus humildes preparados, haga el favor,
esos pájaros tan bien disecados ya no vienen a su llamada,
le dan esa paz espiritual, la cosa más preciada.
¡Hogar, hogar, hogar, dulce hogar!

»Porque por muy horrible que sea —añadió el señor Wegg en prosa mientras recorría la tienda con la mirada—, al fin y al cabo, no hay nada como el hogar.

—Ha dicho que quería preguntar algo, pero aún no lo ha hecho —comentó Venus, en tono muy antipático.

—Su paz espiritual —dijo Wegg ofreciéndole sus condolencias—, su paz espiritual estaba muy alterada aquella noche. ¿Cómo está ahora? ¿Va mejorando?

—Ella —replicó el señor Venus con una cómica mezcla de indignada obstinación y tierna melancolía— no desea verse ni que la consideren bajo esa luz. Y no hay más que decir.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Wegg con un suspiro, aunque observándolo mientras fingía mirar la lumbre con él—. ¡Así son las mujeres! Y recuerdo que aquella noche dijo, usted sentado allí y yo aquí... dijo, la noche en que su paz espiritual se vio sacudida por primera vez, el asunto de la herencia Harmon había despertado su interés. ¡Menuda coincidencia!

—Era el padre de la chica —repuso Venus, interrumpiéndose para dar un

sorbo de té— el que algo tenía que ver con el asunto.

—No mencionó el nombre de la chica, ¿verdad? —comentó Wegg, pensativo—. No, aquella noche no mencionó el nombre.

—Agrado Riderhood.

—¡Cla-ro! —exclamó Wegg—. Agrado Riderhood. Ese nombre tiene algo de conmovedor. Agrado. ¡Vaya! Parece expresar lo que ella podría haber sido de no haber hecho ese desagradable comentario... y que no es, por haberlo hecho. ¿Supondría algún bálsamo para sus heridas, señor Venus, que le preguntara cómo la conoció?

—Yo estaba por la ribera del río —dijo Venus, dio otro sorbo de té y le guiñó un triste ojo a la lumbre— buscando loros. —Dio otro sorbo y se interrumpió.

El señor Wegg insinuó, para llamar su atención:

—¿Supongo que, con nuestro clima inglés, no estaría cazando loros, señor mío?

—No, no, no —dijo Venus, impaciente—. Estaba en la ribera buscando loros de esos que traen los marineros, para comprarlos y disecarlos.

—¡Sí, sí, sí, entiendo, señor!

—Y también buscaba una bonita pareja de serpientes de cascabel con objeto de articularlas para un museo... cuando tuve la maldición de tropezar con ella y hablarle. Fue justo en la época de ese descubrimiento en el río. Su padre había visto cómo remolcaban el descubrimiento. Como era un asunto muy conocido, aproveché para volver y seguir tratándola, y desde entonces ya no he sido el mismo. De tanto pensar en ello se me han aflojado los huesos. Si me los trajeran sueltos para que escogiese cuáles me pertenecían, no tendría valor para reclamarlos como míos. Hasta allí llega mi abatimiento.

El señor Wegg, menos interesado que antes, miró uno de los estantes que había en la penumbra.

—Pero recuerdo —dijo con un tono de amistosa conmiseración— (pues recuerdo cada palabra que usted dice, señor), recuerdo que aquella noche empezó a decir que tenía allí... y que a continuación sus palabras fueron «Tanto da».

—El loro que ella me vendió —dijo Venus, con una descorazonada subida y bajada de ojos—. Sí, allí está, desplomado y seco; a excepción del plumaje, exactamente igual que yo. Nunca tengo ánimos para prepararlo, y ya nunca los tendré.

Con gesto decepcionado, mentalmente, Silas relegó al loro a regiones más que tropicales, y, sin prestar el menor interés por el momento a los pesares del señor Venus, se dispuso a estirar la pata de palo como preparativo de partida: los ejercicios gimnásticos de esa noche habían perjudicado gravemente su constitución.

Después de que Silas abandonara la tienda con la sombrerera en la mano, y el señor Venus descendiera hasta la región del olvido gracias al efecto del té, comenzó a reconcomerle enormemente el haberse llegado a asociar con ese artista. A Silas le amargaba pensar que de buen principio debería haberse controlado más, y no querer aprovecharse de lo que eran meras insinuaciones por parte del señor Venus, y que ahora se demostraba que no servían para sus propósitos. Buscando medios y maneras de disolver esa relación sin perder dinero, reprochándose por haberse visto inducido a revelar su secreto, y felicitándose sin mesura por su buena suerte puramente accidental, recorrió contento el camino entre Clerkenwell y la mansión del Basurero de Oro.

Pues Silas ni se planteaba poner la cabeza en la almohada en paz sin primero pasearse por la casa del señor Boffin encarnando el espléndido personaje de Ángel Malo. El poder (a no ser que sea el poder del intelecto o la virtud) siempre ha ejercido un gran atractivo en las naturalezas más mezquinas; y el simple desafío a la insensible fachada, con el poder que tenía ahora Silas de arrancar el tejado de la familia que la habitaba igual que el tejado de un castillo de naipes, era un gustazo que no podía dejar escapar.

Mientras deambulaba exultante por la acera de enfrente, apareció el carruaje.



THE EVIL GENIUS OF THE HOUSE OF BOFFIN.

—Pronto verás tu fin —dijo Wegg, amenazándolo con la sombrerera—. Tu barniz está perdiendo brillo.

La señora Boffin se apeó y entró en la mansión.

—Ojo con caer, doña Basurera —dijo Wegg.

Bella se bajó garbosa y entró corriendo tras ella.

—¡Qué energía! —dijo Wegg—. No correrás tan alegremente cuando vuelvas a tu destartalada casa. De todos modos, no te quedará más remedio.

Pasó un rato y salió el secretario.

—Me dieron de lado por ti —dijo Wegg—. Pero más vale que te busques

otra colocación, jovencito.

La sombra del señor Boffin pasó tras las persianas de tres grandes ventanas mientras recorría trotando la habitación, y de nuevo cuando fue en sentido contrario.

—¡Hombre! —exclamó Wegg—. Ahí está. ¿Dónde está la botella? ¡Cambiaría esa botella por mi caja, Basurero!

Preparada así su mente para el sueño, regresó a casa. Tal era la codicia del sujeto, que su mente había sobrepasado ya la mitad, los dos tercios, los tres cuartos y estaba ya por despojarlo de todo. «Aunque eso no es una buena idea —consideró, viéndolo todo con más frialdad a medida que se alejaba—. Eso es lo que le pasaría si no comprara nuestro silencio. Con eso no sacaríamos nada».

Hasta tal punto juzgamos a los demás por lo que somos nosotros que hasta entonces no se le había pasado por la cabeza que pudiera no comprar su silencio, mostrarse honesto, y prefiriera ser pobre. Cuando se le pasó sintió un leve escalofrío; pero fue muy leve, y el infundado pensamiento desapareció enseguida.

—Le ha cogido demasiado cariño al dinero —dijo Wegg—, le ha cogido demasiado cariño al dinero. —El bordón se convirtió en melodía o tonadilla a medida que avanzaba por la acera. Durante todo el camino a casa fue marcando el ritmo por las calles, *piano* con el pie bueno, y *forte* con la pata de palo—. LE HA COGIDO DEMASIADO CARIÑO AL DINERO, LE HA COGIDO DEMASIADO CARIÑO AL DINERO.

Incluso al día siguiente, Silas se consoló con esa tonada melodiosa cuando le sacaron de la cama al alba para abrir la puerta de la verja y dejar entrar el cortejo de carros y caballos que venían a llevarse el montículo pequeño. Y durante todo el día, mientras vigilaba sin pestañear el lento proceso que anunciaba prolongarse muchos días y semanas, siempre que (para que no lo asfixiara el polvo) patrullaba la pequeña ruta de cenizas que había dispuesto para ese propósito, sin apartar la vista de los que cavaban, seguía marcando el ritmo de: «LE HA COGIDO DEMASIADO CARIÑO AL DINERO, LE HA COGIDO DEMASIADO CARIÑO AL DINERO».

Capítulo VIII

El final de un largo viaje

El cortejo de carros y caballos entraba y salía todo el día de la mañana a la noche, sin que de un día para otro eso pareciera afectar mucho al montón de cenizas, aunque a medida que transcurrían las jornadas era perceptible cómo el montón menguaba lentamente. Señores y caballeros e ilustres miembros de la junta, cuando a base de palear polvo y rastrillar ceniza habéis acumulado una montaña de ostentosos fracasos, debéis quitaros vuestras honorables levitas para eliminarla, y poneros a trabajar con la fuerza de todos los caballos y los hombres de la reina, o se nos caerá encima y nos sepultará.

En verdad, milores y caballeros e ilustres miembros de la junta, debéis adaptar vuestro catecismo a la ocasión, y con la ayuda de Dios lo haréis. Pues cuando se llega a una situación en la que disponemos de un enorme tesoro para ayudar a los pobres, y resulta que los mejores de estos detestan nuestra misericordia, ocultan la cabeza al vernos, y nos avergüenzan dejándose morir de hambre en medio de nosotros, en esa situación, la prosperidad es imposible, y tampoco puede prolongarse. Puede que no esté escrito en el Evangelio según el podsnaperismo; puede que no encuentre esas palabras para el texto de un sermón en los datos de la Junta de Comercio; pero son ciertas desde que se pusieron los cimientos de la creación, y serán ciertas hasta que el Hacedor sacuda los cimientos del universo. Esta jactanciosa obra nuestra, que no consigue aterrorizar al mendigo profesional, al que se empeña en romper ventanas y al que insiste en desgarrar bolsillos, golpea con una puñalada cruel y empecatada al que sufre de verdad, y resulta un horror para los desamparados y los desdichados. Debemos enmendarlo, señores y caballeros e ilustres miembros de la junta, o llegará la hora fatídica en que nos destruirá a todos.

A la vieja Betty Higden le fue en su peregrinaje como a muchas otras criaturas tercamente honestas, hombres y mujeres que avanzan como pueden por los caminos de la vida. Ganar pacientemente una escasa pitanza, morir en

paz, no sufrir la mácula del asilo de pobres: esa era su mayor esperanza sublunar.

No había tenido noticias de casa de los Boffin desde que se marchara. El clima había sido áspero y las carreteras malas, pero su ánimo no decayó. Un espíritu menos resistente se habría dejado abatir por tan adversas influencias; pero el préstamo para el equipo necesario para su viaje no había sido devuelto, y las cosas le habían ido peor de lo que había previsto, y ella se había impuesto la tarea de demostrar que podía seguir adelante manteniendo su independencia.

¡Alma leal! Cuando había hablado con el secretario de ese abatimiento «que se apodera de mí a veces», su entereza no le había dado mucha importancia. Pero cada vez se apoderaba más a menudo de ella; y era más y más lúgubre, como la sombra de la Muerte en su avance. Que la sombra fuera más profunda a medida que avanzaba, como si fuera la sombra de una presencia real, iba acorde con las leyes del mundo físico, pues toda la Luz que resplandecía sobre Betty Higden se extendía más allá de la Muerte.

La pobre criatura había ido, como rumbo general, Támesis arriba; por ese camino quedaba el que había sido su último hogar, y era una zona que conocía y donde la gente la apreciaba. Había rondado un tiempo no muy largo por la zona aledaña a su abandonada residencia, y había vendido, tejido y vendido, y había seguido adelante. En las agradables poblaciones de Chertsey, Walton, Kingston y Staines su figura acabó siendo bastante conocida durante unas semanas, y luego ella siguió adelante.

Donde había mercado, colocaba su tenderete en los días de venta; en otras ocasiones, en la parte más concurrida (que rara vez era muy concurrida) de la pequeña y tranquila calle Mayor; y aún en otras ocasiones exploraba las carreteras aledañas en busca de casas importantes, y pedía permiso en la casa del guarda para pasar con su cesto, y pocas veces lo conseguía. Pero las señoras que pasaban en sus carruajes a menudo le compraban de su escaso surtido, y generalmente quedaban complacidas con su mirada luminosa y su conversación optimista. Ambas cosas, unidas a su limpieza en el vestir, originaron la leyenda de que era una mujer de posibles: para su posición, se podía decir que rica. Como es una manera de proveer ampliamente al aludido sin que le cueste nada a nadie, estas leyendas han sido siempre muy populares.

En aquellas agradables poblaciones de la orilla del Támesis se oye el agua del río sobre las presas, e incluso, en tiempo sereno, el susurro de los juncos; y desde el puente se puede ver el joven río, con hoyuelos, como si fuera un niño, deslizándose juguetón entre los árboles, incontaminado por la corrupción que le espera en su curso, y todavía lejos de las profundas llamadas del mar. Sería excesivo pretender que Betty Higden había albergado esos pensamientos; pero oía cómo el tierno río susurraba a muchos como ella: «¡Ven a mí, ven a mí! ¡Cuando la crueldad de la vergüenza y el terror, de los que has huido tanto tiempo, más te asedien, ven a mí! Yo soy el funcionario de la Beneficencia nombrado por la autoridad eterna para hacer mi trabajo; la gente deja de apreciarme si eludo mi tarea. Mi pecho es más blando que el de la enfermera del asilo de pobres; en mis brazos la muerte es más serena que entre las paredes del asilo. ¡Ven a mí!».

En su mente no cultivada había abundante lugar para fantasías más amables. Esos caballeros y sus hijos, que vivían dentro de esas casas elegantes, ¿podían llegar a imaginar, cuando se asomaban para verla, lo que era pasar hambre y frío de verdad? ¿Despertaba ella su curiosidad, tal como ellos despertaban la de Betty? ¡Benditos sean esos niñitos que ríen! De haber podido ver a Johnny en brazos de ella, ¿habrían llorado de piedad? De haber visto a Johnny muerto en aquella camita, ¿lo habrían entendido? ¡Benditos sean los niños! En recuerdo de él, cuando menos. Lo mismo pensaba al ver las casas más humildes en las calles estrechas, con la lumbre reflejándose en los cristales al apagarse el crepúsculo. Cuando las familias se reunían en casa para pasar la noche, no era más que una necia fantasía pensar que era por dureza de corazón que cerraban los postigos y oscurecían la llama. Lo mismo con los escaparates iluminados, y los interrogantes acerca de si sus dueños y dueñas tomaban el té en el saloncito de atrás, lo bastante cerca como para que el aroma del té y las tostadas, mezclado con la luz, llegara a la calle; de si comían o bebían o se ponían lo que vendían, disfrutando aún más de ellos por el hecho de ser el objeto de su comercio. Lo mismo con el cementerio, en la bifurcación del solitario camino que llevaba al sitio donde pernoctaba. «¡Hay que ver! ¡Parece que este tiempo es solo para mí y para los muertos! Tanto mejor para los que están calentitos en sus casas».

Pero el aborrecimiento se acrecentaba en ella a medida que se iba debilitando, y en el vagar de Betty encontraba más alimento que ella. A veces daba con el bochornoso espectáculo de alguna desolada criatura —o de algún

desdichado grupo de harapientos de uno u otro sexo, de ambos sexos, acompañados de niños, arrimados el uno al otro como un gusanillo que busca calor—, instalados en un portal, mientras el nombrado evasor del deber público llevaba a cabo su repugnante labor de intentar consumirlos del todo y librarse así de ellos. Otras veces se topaba con alguna persona decente, como ella, que había emprendido un peregrinaje de muchas y fatigosas millas para visitar a algún pariente o amigo que estaba en las últimas y que había sido caritativamente trasladado a un enorme, desolado e inhóspito asilo de pobres, tan lejos de su antigua casa como la cárcel del condado (cuya lejanía es siempre el peor castigo para los pequeños delincuentes rurales), y que en su dieta, en su alojamiento y en su atención a los enfermos es un establecimiento penal mucho peor. A veces oía a alguien leyendo en voz alta un periódico, y oía cómo el Registro Civil enumeraba las unidades que la semana anterior habían muerto de necesidad y de exposición al frío: para los cuales el Ángel Registrador parecía tener un lugar regular y fijo en esa suma, como si fuesen medios peniques. Todas esas cosas ella las oía comentar, al igual que nosotros, milores y caballeros e ilustres miembros de la junta, jamás las oímos mencionar en nuestra inaccesible magnificencia, y de todas esas cosas huía con las alas de la furiosa Desesperación.

Esto no hay que tomarlo como una figura retórica. La anciana Betty Higden, por cansada que estuviera, por doloridos que tuviera los pies, se levantaba de un salto y se alejaba impulsada por el horror que le despertaba acabar en manos de la Caridad. Es una extraordinaria mejora cristiana haber convertido al buen samaritano en una Furia perseguidora; pero así era en este caso, al igual que en muchos, muchos, muchos otros.

Coincidieron dos incidentes que intensificaron su antiguo e irracional aborrecimiento, pues anteriormente ya hemos concedido que era irracional, pues la gente es invariablemente irracional, y siempre insiste en producir todo su humo sin fuego.

Un día se hallaba en un mercado, sentada en un banco delante de una posada, con sus productos a la venta, cuando el abatimiento con el que siempre luchaba se apoderó de ella con tal poderío que la escena desapareció de ante sus ojos; cuando regresó se encontró en el suelo, y una simpática mujer del mercado le sujetaba la cabeza, al tiempo que un gentío la rodeaba.

—¿Se encuentra mejor, abuela? —preguntó una de las mujeres—. ¿Cree

que puede levantarse?

—¿Es que he estado enferma? —preguntó la anciana Betty.

—Ha tenido una especie de desmayo —fue la respuesta—, o un ataque. No es que haya forcejeado, sino que estaba rígida y entumecida.

—¡Vaya! —dijo Betty, recuperando la memoria—. Es un entumecimiento que a veces se apodera de mí.

—¿Se le ha pasado? —le preguntó la mujer.

—Se me ha pasado —dijo Betty—. Ahora me sentiré más fuerte. Muchas gracias a todas, queridas, y que, cuando seáis tan viejas como yo, otros os ayuden como habéis hecho vosotras.

La ayudaron a levantarse, pero aún no se sostenía, y entre todos la sentaron de nuevo en el banco.

—Aún se me va la cabeza, y me pesan un poco los pies —dijo la anciana Betty, inclinando la cabeza, adormilada, sobre el pecho de la mujer que había hablado antes—. Enseguida volveré a estar bien. No pasa nada.

—Preguntadle quién es su familia —dijeron algunos granjeros que estaban por allí, y que habían interrumpido la comida.

—¿Tiene familia, abuela? —dijo la mujer.

—Desde luego —contestó Betty—. Se lo he oído preguntar al señor, pero no me ha dado tiempo a contestar. Tengo mucha familia. No tema por mí, querida.

—Pero ¿alguno de ellos vive cerca? —dijeron las voces de los hombres; las mujeres lo repitieron y prolongaron el sonsonete.

—Muy cerca —dijo Betty, poniéndose en pie—. No teman por mí, vecinos.

—Pero no está en condiciones de viajar. ¿Adónde se dirige? —fue el siguiente y compasivo estribillo.

—Cuando lo haya vendido todo, vuelvo a Londres —dijo Betty, poniéndose en pie con dificultad—. Tengo buenos amigos en Londres. No deseo nada. No me pasará nada. Gracias. No teman por mí.

Un bienintencionado transeúnte, de polainas amarillas y cara muy roja,

dijo con voz ronca por encima de su bufanda, mientras Betty se ponía en pie, que «no deberían permitir que se fuera».

—¡Por amor de Dios, déjenme en paz! —gritó la anciana Betty, asediada por todos sus miedos—. Me encuentro bastante bien, y debo irme de inmediato.



THE FLIGHT.

Agarró su cesta mientras hablaba, y ya se alejaba con paso veloz e inestable cuando el mismo transeúnte la detuvo agarrándola de la manga y le insistió en que fuera con él a ver al médico de la parroquia. Sacando fuerzas mediante un supremo esfuerzo de voluntad, la pobre criatura temblorosa se soltó de una sacudida, de una manera casi brutal, y emprendió la huida. No se sintió a salvo hasta que no hubo interpuesto un par de millas entre ella y el mercado a través de un camino vecinal; entonces se adentró en un bosquecillo, como un animal acorralado, para recobrar el aliento. Hasta ese momento, no se atrevió a recordar que antes de salir del pueblo había vuelto la cabeza y había visto el cartel del White Lion colgando sobre la carretera, los tenderetes rodeados de gente, y la vieja iglesia gris, y una pequeña multitud que la miraba alejarse pero no intentaba seguirla.

El segundo incidente que la asustó fue el que sigue. Había vuelto a encontrarse mal, y luego durante algunos días mejor, y estaba viajando por una parte del camino que discurría junto al río, y en épocas de lluvia se

desbordaba tan a menudo que habían clavado unos postes blancos y altos para señalar el camino. Remolcaban una barcaza en dirección a ella, y se sentó en la orilla a descansar y mirar un rato. Al doblar un recodo del río, la cuerda del remolcador se aflojó y se hundió en el agua, y la mente de Betty se sumió en la confusión y comenzó a ver las formas de sus hijos y sus nietos difuntos poblando la barcaza, y saludándola con la mano en un ritmo solemne; a continuación, cuando la cuerda se tensó y volvió a salir a la superficie, arrojando diamantes, le pareció que eran dos cuerdas paralelas que vibraban y la golpeaban con su sonido, aunque estaban lejos. Cuando volvió a mirar ya no había barcaza, ni río, ni luz del día, y un hombre al que nunca había visto le acercaba una vela a la cara.

—Dígame, señora —dijo el hombre—, ¿de dónde viene y adónde se dirige?

La pobre alma, confusa, le preguntó dónde se encontraba.

—Soy el guarda de la esclusa —dijo el hombre.

—¿El guarda de la esclusa?

—El suplente, y esta es la caseta del guarda. (Suplente o guarda, tanto da, mientras el otro está en el hospital). ¿Cuál es su parroquia?

—¡Parroquia!

De inmediato se levantó de la carriola en la que estaba echada, tanteando desafortunadamente a su alrededor en busca del cesto y mirando al hombre asustada.

—En el pueblo se lo preguntarán —dijo el hombre—. Allí no la dejarán ser una eventual. La devolverán al sitio de donde salió, señora, y a toda prisa. No se halla usted en situación de ir por parroquias desconocidas pidiendo asilo como eventual.

—¡Me ha vuelto a dar el entumecimiento! —murmuró Betty Higden llevándose la mano a la cabeza.

—Estaba entumecida, desde luego —repuso el hombre—. Y muy floja me parece esa palabra para calificar su aspecto cuando la trajimos aquí. ¿Tiene amigos, señora?

—Los mejores del mundo, señor.

—Le recomiendo que los busque si cree que van a estar dispuestos a hacer algo por usted —dijo el guarda de la esclusa—. ¿Tiene dinero?

—Una pizca.

—¿Quiere conservarlo?

—Desde luego.

—Bueno —dijo el guarda de la esclusa, encogiéndose de hombros con las manos en los bolsillos y negando con la cabeza de una manera malhumorada y ominosa—, pues le digo que las autoridades del pueblo se lo quitarán, si sigue adelante. Lo puede firmar en su Alfred David.

—Entonces no proseguiré mi camino.

—Le harán pagar, mientras le quede dinero —añadió el guarda de la esclusa— por todo lo que le den en el asilo de pobres como eventual y por el traslado al de su parroquia.

—Es usted muy amable por avisarme, señor, gracias por su cobijo y buenas noches.

—Un momento —dijo el guarda, interponiéndose entre ella y la puerta—. ¿Por qué tiembla de ese modo, y por qué tanta prisa, señora?

—Oh, señor, señor —replicó Betty Higden—. ¡He luchado contra la parroquia y huido de ella toda mi vida, y quiero morir libre de ella!

—No sé si debería dejarla ir —dijo el guarda como si se lo pensara—. Soy un hombre honesto que se gana la vida con el sudor de su frente, y podría meterme en un lío si la dejo ir. Ya me he visto metido en líos antes, por san Jorge, y sé lo que es, y por eso me ando con ojo. Podría volver a darle el entumecimiento, a media milla de aquí, o a un cuarto de milla, tanto da, y entonces le preguntarían: ¿Por qué la dejó ir ese honesto guarda en lugar de llevarla a la parroquia sana y salva? Eso es lo que debería haber hecho un hombre de su responsabilidad, argumentarían —dijo el guarda, pulsando de manera insistente la fuerte cuerda de su terror—; debería haberla entregado sana y salva a la parroquia. Eso es lo que se esperaría de un hombre de sus méritos.

Mientras el hombre estaba en la entrada, la pobre mujer, agotada por las preocupaciones y el viaje, prorrumpió en lágrimas y entrelazó los dedos, como si le rogara con un gran dolor.

—Como ya le he dicho, señor, tengo los mejores amigos del mundo. Esta carta le demostrará si no es verdad lo que le digo, y ellos se lo agradecerán en mi nombre.

El guarda abrió la carta con cara seria, que no sufrió cambio alguno mientras contemplaba su contenido. Pero quizá lo hubiera hecho de ser capaz de leer las letras.

—¿A qué minucia de monedas llama usted una pizca de dinero? —dijo el hombre con aire abstraído, tras meditar un poco.

Betty vació rápidamente el bolsillo y lo depositó sobre la mesa: un chelín, dos monedas de seis peniques y unos peniques sueltos.

—Si la dejo ir en lugar en entregarla sana y salva a la parroquia —dijo el guarda, contando el dinero con los ojos—, ¿dejaría todo esto aquí por su propia voluntad?

—¡Cójalo, señor, cójalo, por favor, y reciba mi agradecimiento!

—Soy un hombre que se gana la vida con el sudor de la frente —dijo el guarda, devolviéndola la carta y embolsándose las monedas; a continuación, se pasó la manga por la frente, como si esa porción de sus humildes ganancias fuera el resultado de una esforzada labor y una virtuosa aplicación—, y no me interpondré en su camino. Vaya a donde quiera.

Betty salió de la casa del guarda en cuanto él le dio permiso, y tambaleándose llegó de nuevo al camino. Pero temiendo volver atrás y temiendo avanzar; viendo de lo que huía en el resplandor de las luces de la población que tenía delante, y tras haber dejado el confuso horror de lo que más odiaba allí donde había estado, como si hubiera escapado de ello en cada piedra de cada mercado; al final tomó por caminos secundarios, entre los que se perdió y quedó más desconcertada. Aquella noche se refugió del samaritano en su última forma acreditada instalándose bajo el almiar de un granjero; y si —merece la pena que pensemos en ello, mis semejantes cristianos— el samaritano, en aquella noche solitaria, hubiera «pasado por el otro lado», ella habría dado gracias al Cielo por huir de él.

Por la mañana volvió a ponerse en camino, y, aunque su propósito seguía siendo igual de resuelto, sus pensamientos eran cada vez menos claros. Comprendiendo que sus fuerzas la abandonaban, y que la lucha de su vida estaba tocando a su fin, era incapaz de concebir cómo regresar con sus

protectores, y lo cierto es que no se le pasó por la cabeza. El temor que la dominaba, y su orgullosa y terca determinación a morir sin degradarse, eran las dos únicas impresiones nítidas de su mente ya medio oscurecida. Avanzaba con el único sostén de que debía vencer aquella lucha que había mantenido toda su vida.

Llegaba el momento en que dejaba ya de sentir las penurias de su humilde vida. Habría sido incapaz de tragar aunque en el campo de al lado hubiese encontrado una mesa puesta. El día era frío y lluvioso, pero casi ni se daba cuenta. Avanzaba con dificultad, la pobre alma, como un criminal que teme que lo prendan, y lo único que ya sentía era el terror de caer al suelo en pleno día y que la encontraran viva. No temía sobrevivir a otra noche.

Cosido en el pecho de su vestido, el dinero para pagar su funeral seguía intacto. Si conseguía pasar el día, se tendería para morir al cobijo de la oscuridad, y moriría independiente. Si la capturaban antes, le quitarían el dinero como si fuera una indigente que no tiene derecho a conservarlo, y la llevarían al condenado asilo. Si alcanzaba su meta, encontrarían la carta en su pecho, junto con el dinero, y sus protectores dirían cuando les llevaran el cuerpo: «Tuvo esa carta en gran aprecio, la vieja Betty Higden; fue leal a ella; y, mientras vivió, nunca permitió que quedara mancillada por caer en manos de aquellos que más la aterraban». Todo esto pueden parecer pensamientos ilógicos, incoherentes y delirantes; pero quienes viajan por el valle de las sombras de la muerte suelen delirar; y la gente humilde y agotada tiende a tener un razonamiento tan pobre como su vida misma, y sin duda apreciarían nuestra Ley de Pobres más filosóficamente con una renta de diez mil al año.

Así, sin salirse de los caminos secundarios, evitando todo contacto humano, esta atribulada anciana estuvo caminando y escondiéndose a lo largo de aquel monótono día. No obstante, tan distinta era de los vagabundos que suelen ocultarse que a veces, a medida que transcurrían las horas, había un intenso fuego en sus ojos, y su débil corazón se aceleraba, como si exclamara exultante: «¡El Señor me llevará hasta el final!».

Qué manos visionarias la ayudaron en esa jornada a huir de las garras del samaritano; qué voces, silenciadas en la tumba, parecían hablarle; hasta qué punto se imaginaba tener de nuevo al niño en brazos, y las innumerables veces que se ajustó el chal para calentarlo; qué infinita variedad de formas de torres, tejados y campanarios asumían los árboles; cuántos furiosos jinetes se

precipitaban hacia ella gritando «¡Ahí va! ¡Detente! ¡Detente, Betty Higden!» y se desvanecían a medida que se le acercaban: que todo esto quede sin contar. Avanzando y escondiéndose, escondiéndose y avanzando, la pobre criatura inofensiva, como si fuera una asesina y todo el país la persiguiera, agotó el día y alcanzó la noche.

—Vegas, o algo así —murmuraba a veces en su día de peregrinaje, cuando levantaba la cabeza y distinguía los objetos reales que la rodeaban.

Ahora surgía en la oscuridad un gran edificio lleno de ventanas iluminadas. Salía humo de una alta chimenea situada en la parte de atrás, y se oía una noria a un costado. Entre ella y el edificio se cruzaba una superficie de agua en la que se reflejaban las ventanas iluminadas, y en el margen más próximo se veía una plantación de árboles.

—¡Doy gracias al Poder y la Gloria de Nuestro Señor por haber llegado al final de mi viaje! —dijo Betty Higden, levantando sus manos marchitas.

Se deslizó entre los árboles, hasta un tronco desde el que podía ver, a través de los árboles y las ramas que se interponían, las ventanas iluminadas, tanto las reales como las que se reflejaban en el agua. Colocó a un lado su cestillo, donde todo estaba en perfecto orden, y se dejó caer al suelo, apoyándose contra el árbol. Este le recordó el pie de la Cruz, y se entregó a Él, que murió en ella. Hizo acopio de fuerzas para arreglar la carta que llevaba en el pecho, para que todos vieran que allí tenía un papel. Había hecho acopio de fuerzas para eso, y se le escaparon cuando lo hubo hecho.

«Aquí estoy a salvo —fue su último y embotado pensamiento—. Quien me encuentre muerta al pie de la Cruz, será alguno de los míos; alguno de los obreros que trabajan entre las luces de allá. Ahora ya no veo las ventanas iluminadas, pero están allí. ¡Doy gracias por todo!»

Se disipó la oscuridad, y una cara se inclinó.

—¿Es la hermosa señora?

—No entiendo lo que dice. Deje que vuelva a mojarle los labios con este brandy. He ido a buscarlo. ¿Cree que he tardado mucho?

Es la cara de una mujer, sombreada por una gran cantidad de pelo oscuro. Es la cara preocupada de una mujer joven y hermosa. Pero en la tierra todo ha acabado para mí, y debe de tratarse de un ángel.

—¿Hace mucho que estoy muerta?

—No entiendo lo que dice. Vuelva a mojarse los labios. Me he dado toda la prisa que he podido, y no he traído a nadie conmigo, porque temía que se asustara al ver a un desconocido y se muriera.

—¿No estoy muerta?

—No entiendo lo que dice. Habla tan flojo y con la voz tan quebrada que no la oigo. ¿Usted me oye?

—Sí.

—¿Está diciendo que sí?

—Sí.

—Acababa de salir del trabajo, e iba por el sendero de fuera (esta noche he estado con los del turno de noche) y oí un gemido, y la encontré aquí tendida.

—¿En qué trabaja, querida?

—¿Ha dicho que en qué trabajo? En el molino papelero.

—¿Dónde está?

—Ahora está usted mirando al cielo, y no puede verlo. Está cerca. ¿Puede ver mi cara, aquí, entre usted y el cielo?

—Sí.

—¿Intento levantarla?

—Aún no.

—¿Ni siquiera quiere que le levante la cabeza y la ponga en mi brazo? Lo haré poco a poco, suavemente. Ni se dará cuenta.

—Aún no. El papel. La carta.

—¿El papel que lleva en el pecho?

—¡Bendita sea!

—Deje que le vuelva a humedecer los labios. ¿Tengo que abrirlo? ¿Y leerlo?

—¡Bendita sea!

La mujer lo lee con sorpresa, y ahora mira la cara inmóvil junto a la que está arrodillada con una nueva expresión y un interés añadido.

—Conozco estos nombres. Los he oído a menudo.

—¿La enviará, querida?

—No la entiendo. Deje que le humedezca los labios una vez más, y la frente. Así. ¡Pobre, pobrecilla! —Estas palabras las dijo a través de copiosas lágrimas—. ¿Qué me ha preguntado? Espere a que pueda acercar mi oído.

—¿La enviará, querida?

—¿Si la enviaré a quienes la escribieron? ¿Ese es su deseo? Sí, desde luego.

—¿No se la dará más que a ellos?

—No.

—Porque usted también envejecerá, y también le llegará la hora de morir, ¿no se la dará a nadie más que a ellos?

—No. Se lo prometo con toda solemnidad.

—¡No me lleve a la parroquia! —con un convulso esfuerzo.

—No. Se lo prometo con toda solemnidad.

—¡Que no me toquen los de la parroquia, que ni siquiera me miren! —con otro esfuerzo.

—No. Por mi honor.

En la cara vieja y ajada aparece una expresión de agradecimiento y de triunfo. Los ojos, que han estado ominosamente fijos en el cielo, se vuelven con una significativa expresión hacia la cara compasiva de la que brotan las lágrimas, y aparece una sonrisa en los ancianos labios cuando preguntan:

—¿Cómo te llamas, querida?

—Mi nombre es Lizzie Hexam.

—Debo de tener la cara muy deformada. ¿Te da miedo besarme?

Como respuesta, se aprietan los labios sobre la boca fría pero sonriente.

—¡Bendita seas! Y ahora, levántame, preciosa.

Lizzie Hexam levantó con gran suavidad la cabeza gris ajada por el tiempo, y alzó a la anciana hasta el Cielo.

Capítulo IX

Alguien es objeto de una predicción

«TE DAMOS GRACIAS DE TODO CORAZÓN PORQUE HA SIDO TU VOLUNTAD LIBRAR A NUESTRA HERMANA DE LAS MISERIAS DE ESTE MUNDO DE PECADO».

Eso leía el reverendo Frank Milvey con voz no exenta de pesar, pues en su corazón sospechaba que algo había fallado entre nosotros y nuestra hermana (nuestra hermana en la Ley, la Ley de Pobres) y que a veces leemos esas palabras sobre nuestra Hermana o nuestro Hermano con profundo respeto.

Y Fangoso —a quien la valiente mujer nunca dio la espalda hasta el día en que se escapó de él, sabiendo que de otro modo él nunca se separaría de ella — era incapaz de encontrar, en su conciencia, las palabras de profundo agradecimiento que se exigían de él. Algo egoísta en Fangoso, aunque excusable, esperemos modestamente, pues nuestra hermana había sido más que su madre.

Las palabras eran leídas sobre las cenizas de Betty Higden, en una esquina del cementerio, junto al río; en un cementerio tan anónimo que no había en él más que montículos de tierra, y ni una sola lápida. A lo mejor no sería un mal negocio para los sepultureros y marmolistas, en esta época en que todo se registra, que pusiésemos una inscripción en las tumbas con cargo a los fondos públicos; así la nueva generación podría saber quién era quién: y así el soldado, el marinero, el emigrante, al volver a casa, sería capaz de identificar el lugar de reposo de su padre, madre, compañero o prometida. Pues si levantamos los ojos y decimos que son todos iguales en la muerte, así podríamos bajarlos y hacer que ese dicho fuera verdad en este mundo. ¿Sería algo sentimental, quizá? Pero como dicen ustedes, señores y caballeros e ilustres miembros de la junta, ¿no encontraremos sitio para un poco de sentimiento, si buscamos en las multitudes?

Mientras el reverendo Frank Milvey leía, a su lado estaban su menuda esposa, el secretario John Rokesmith y Bella Wilfer. Estos, además de

Fangoso, eran quienes formaban el duelo junto a la humilde tumba. No se había añadido un penique al dinero que llevaba cosido en su vestido: se cumplió lo que ese honesto espíritu había proyectado desde tanto tiempo atrás.

—Se me ha metido en la cabeza —dijo Fangoso, inconsolable, apoyando la cabeza contra la puerta de la iglesia cuando todo acabó—, se me ha metido en mi condenada cabeza que a veces podría haber hecho girar la máquina más deprisa, y eso se me clava en lo más hondo.

El reverendo Frank Milvey, para consolar a Fangoso, le expuso que la mayoría de nosotros somos más o menos remisos a la hora de hacer girar nuestras respectivas máquinas —algunos, muchísimo—, y que no somos más que criaturas titubeantes, imperfectas, débiles e inconstantes.

—Ella no lo era, señor —dijo Fangoso, tomándose a mal ese sacerdotal consejo, en nombre de su benefactora—. Hablemos por nosotros, señor. Ella siempre cumplía con todos sus deberes. Se encargaba de mí, de los recogidos, de sí misma, de todo. ¡Oh, señora Higden, era usted una mujer, una madre y una secadora entre un millón de millones!

Con tan sentidas palabras, Fangoso apartó su abatida cabeza de la puerta de la iglesia, y la devolvió a la tumba de la esquina, y allí la bajó, y lloró a solas.

—No se puede decir que sea una tumba muy pobre —dijo el reverendo Frank Milvey, pasándose la mano por los ojos—, pues tiene a esa figura sencilla a su lado. ¡Más rica, diría yo, que casi todas las esculturas de la abadía de Westminster!

Lo dejaron solo y salieron por la portezuela de la verja. La noria del molino papelero se oía perfectamente, y parecía tener una lenitiva influencia en la luminosa escena invernal. Habían llegado poco antes del entierro, y Lizzie Hexam ahora les contaba lo poco que podía añadir a la carta que había remitido acompañando a la del señor Rokesmith, y en la que solicitaba instrucciones. Les relató tan solo cómo la oyó gemir, y lo que pasó después, y cómo obtuvo permiso para que sus restos descansaran en el almacén fresco, vacío y de agradable olor de la fábrica desde la cual les acababa de acompañar al cementerio, y cómo sus últimas peticiones habían sido religiosamente observadas.

—No podría haberlo hecho todo sola, ni de lejos —dijo Lizzie—. No me habría faltado la voluntad, pero sí la fuerza, de no haberme ayudado nuestro socio gerente.

—No sería el judío que nos recibió, ¿verdad? —dijo la señora Milvey.

(—Querida —observó su marido entre paréntesis—, ¿y por qué no?)

—Ese caballero sin duda es judío —dijo Lizzie—, y la mujer, su esposa, es judía, y también fue un judío quien nos presentó. Pero no creo que haya gente más amable en el mundo.

—¡Pero supón que intentan convertirme! —sugirió la señora Milvey, poniéndose a la defensiva a su manera modesta, como esposa de sacerdote.

—¿A qué, señora? —preguntó Lizzie, con su humilde sonrisa.

—A su religión —dijo la señora Milvey.

Lizzie negó con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Nunca me han preguntado cuál es mi religión. Me preguntaron cuál era mi historia, y se la conté. Me pidieron que fuera leal y trabajadora, y les prometí que lo sería. Cumplen con su deber alegremente y con la mejor disposición hacia todos los que trabajamos aquí, y nosotros intentamos cumplir con el nuestro. De hecho, hacen por nosotros mucho más que lo que es su deber, pues en muchos aspectos nos cuidan a las mil maravillas.

—Es fácil comprender que eres su preferida —dijo la señora Milvey, no del todo complacida.

—Sería muy desagradecida si dijera lo contrario —replicó Lizzie—, pues ya me han ascendido a un puesto de confianza. Pero eso nada tiene que ver con que ellos sigan su religión y nos dejen a nosotros con la nuestra. Nunca nos hablan de la suya, ni tampoco de la nuestra. Si yo fuera quien menos pinta en la fábrica, daría exactamente igual. En ningún momento me preguntaron cuál era la religión de esa pobrecilla.

—Querido —le dijo la señora Milvey al reverendo, en un aparte—, me gustaría que hablaras con ella.

—Querida —le dijo el reverendo Frank a su esposa en el mismo aparte—, creo que dejaré que lo haga otro. Las circunstancias no son muy favorables. Ya hay por ahí muchos sermoneadores, y ya se encontrará a alguno.

Mientras intercambiaban esas palabras, Bella y el secretario observaban a Lizzie Hexam con gran atención. Al toparse por primera vez de cara con la hija de su supuesto asesino, era natural que John Harmon tuviera sus razones secretas para escrutar concienzudamente su semblante y maneras. Bella sabía que el padre de Lizzie había sido falsamente acusado del asesinato que tanta influencia había tenido en su vida y fortuna; y su interés, aunque no tuviera orígenes secretos, como el del secretario, era igualmente natural. Los dos habían esperado encontrarse con una persona muy distinta de la Lizzie Hexam real, y así dio la casualidad de que esta fue el vehículo involuntario que volvió a juntarlos.

Pues cuando hubieron caminado con ella hasta la casita de la limpia aldea que había junto al molino, donde Lizzie se alojaba con una anciana pareja empleada en la fábrica, y cuando la señora Milvey y Bella hubieron regresado de ver su habitación, sonó la campana del molino. Lizzie tuvo que ausentarse, con lo que el secretario y Bella se quedaron solos en la callecilla, un tanto incómodos; la señora Milvey se fue detrás de los niños de la aldea, a investigar si corrían peligro de convertirse en hijos de Israel; mientras que el reverendo Frank procuraba —a decir verdad— eludir esa rama de sus funciones espirituales, escabulléndose subrepticamente.

Bella dijo por fin:

—¿No es mejor que hablemos del encargo que hemos recibido, señor Rokesmith?

—Sin la menor duda —dijo el secretario.

—Supongo —titubeó Bella— que es un encargo para los dos, o ahora no estaríamos aquí, ¿verdad?

—Eso imagino —fue la respuesta del secretario.

—Cuando me ofrecí a venir con el señor y la señora Milvey —dijo Bella—, la señora Boffin me insistió en que lo hiciera, a fin de que pudiera transmitirle mi pequeño informe (que no es que valga nada, señor Rokesmith, aparte de estar hecho por una mujer, cosa que para usted podría ser otra razón que lo invalidara) acerca de Lizzie Hexam.

—La señora Boffin —dijo el secretario— me dio órdenes para que hiciera lo mismo.

Mientras hablaban, abandonaron la callecilla y aparecieron en el paisaje boscoso que había junto al río.

—¿Tiene buena opinión de ella, señor Rokesmith? —añadió Bella, consciente de ser ella quien intentaba entablar conversación.

—Buenísima.

—¡Me alegra mucho oírlo! Hay algo muy refinado en su belleza, ¿verdad?

—Su belleza es sorprendente.

—Hay una sombra de tristeza en ella que resulta conmovedora. Al menos... no quiero dar como definitiva mi pobre opinión, ¿sabe?, señor Rokesmith —dijo Bella, excusándose y explicándose con bastante timidez—, antes de consultarla con usted.

—He observado esa tristeza. Espero —dijo el secretario en voz baja— que no sea el resultado de esa falsa acusación de la que se han retractado.

Cuando hubieron caminado un poco más sin hablar, Bella, tras lanzarle un par de miradas furtivas al secretario, dijo de repente:

—Señor Rokesmith, por favor, no sea tan duro conmigo, ni tan severo; ¡sea magnánimo! Quiero hablar con usted de igual a igual.

El secretario de pronto pareció animarse y contestó:

—Por mi honor, que solo lo he hecho por usted. Me he obligado a contenerme, para que no me malinterpretara si obraba con más naturalidad. Ya está. Ya lo he dicho.

—Gracias —dijo Bella, tendiéndole su manita—. Perdóneme.

—¡No! —exclamó con vehemencia el secretario—. ¡Perdóneme a mí!

Pues había lágrimas en los ojos de ella, que a él le parecían (aunque también se le clavaran en el corazón llenas de reproche) más hermosas que cualquier otro brillo del mundo.

Cuando hubieron andado un poco más:

—Iba a hablarme de Lizzie Hexam —dijo el secretario, ahora que se había desembarazado del todo de la sombra que le oprimía—. También iba a hablarle yo de ella, de haber sabido por dónde empezar.

—Ahora puede comenzar, señor —replicó Bella, con una mirada que

parecía subrayar la palabra poniendo debajo uno de sus hoyuelos—. ¿Qué iba a decir?

—Recordaré, como es de suponer, que en su breve carta a la señora Boffin (que, aunque breve, contenía todo lo que había que decir), la muchacha estipulaba que su nombre, o bien su lugar de residencia, debían mantenerse en estricto secreto entre nosotros.

Bella asintió.

—Es mi deber averiguar por qué lo estipuló. El señor Boffin me ha encargado descubrir, y yo mismo estoy muy deseoso de hacerlo, si esta acusación de la que se retractaron aún arroja alguna mancha sobre ella. Me refiero a si la pone en desventaja con otras personas, o consigo misma.

—Sí —dijo Bella asintiendo pensativa—, lo entiendo. Parece prudente, y considerado.

—Puede que no haya observado, señorita Wilfer, que ella está tan interesada en usted como usted en ella. Al igual que usted, se siente atraída por su bell... por su apariencia y sus modales, ella se siente atraída por las suyas.

—No le quepa duda de que me he dado cuenta —replicó Bella, con un nuevo subrayado de su hoyuelo—, y no la creía capaz...

El secretario levantó una mano sonriente y la interrumpió con un sencillo «de tener tan buen gusto» que hizo que Bella se sonrojara por la pequeña coquetería que le adjudicaban esas palabras.

—Por ello —continuó el secretario—, si hablara usted a solas con ella antes de que nos fuéramos, estoy casi seguro que entre ambas se crearía un clima de confianza natural y espontáneo. Naturalmente, no se le pediría que la traicionara; y desde luego usted no lo haría, aunque se le pidiera. Pero si no pone objeción alguna a plantearle esta pregunta (para asegurarnos de cuáles son sus sentimientos en ese punto), estará en mejores condiciones de averiguarlo que yo o cualquier otro. El señor Boffin está preocupado por ello. Y yo —añadió el secretario al cabo de un momento—, por una razón especial, también lo estoy.

—Me alegrará ser de alguna utilidad, señor Rokesmith —repuso Bella—, pues, después de la solemne escena a la que hemos asistido, me parece que en

este mundo soy totalmente inútil.

—No diga eso —la instó el secretario.

—Lo digo en serio —se reafirmó Bella enarcando las cejas.

—Nadie carece de utilidad en el mundo —replicó el secretario— si alivia la carga que este supone para otro.

—Pues le aseguro que yo no alivio ninguna carga —dijo Bella, casi llorando.

—¿Ni la de su padre?

—¡Mi querido, cariñoso y abnegado papá! ¡Oh sí! Eso es lo que él cree.

—Basta con que él lo crea —dijo el secretario—. Perdone la interrupción: pero no me gusta ver cómo se menosprecia.

«Pero usted una vez me menospreció, señor —se dijo Bella, haciendo pucheros—, ¡y espero que esté satisfecho con las consecuencias que eso le trajo!» No obstante, no dijo nada de eso; e incluso cambió de tema.

—Señor Rokesmith, tengo la impresión de que hace tanto que no hablamos con naturalidad que me da un poco de sonrojo abordar otro tema. El señor Boffin. Ya sabe que le estoy muy agradecida, ¿verdad? Sabe que siento por él verdadero respeto, y que estoy unida a él por los poderosos lazos de su generosidad; lo sabe, ¿verdad?

—Sin duda alguna. Y también que es usted su compañía preferida.

—Por eso se me hace tan difícil hablar de él —dijo Bella—. Pero... ¿a usted le trata bien?

—Usted misma ve cómo me trata —contestó el secretario, con aire paciente aunque orgulloso.

—Sí, y lo veo con dolor —dijo Bella muy enérgicamente.

El secretario le lanzó una mirada tan radiante que, de habérselo agradecido de palabras cien veces, no habría llegado a ser tan expresivo.

—Lo veo con dolor —repitió Bella—, y a menudo me hace sentirme desgraciada. Desgraciada porque no soporto que crean que lo apruebo, ni que tenga parte indirecta en ello. Desgraciada porque me veo obligada a admitir ante mí misma que la fortuna está echando a perder al señor Boffin.

—Señorita Wilfer —dijo el secretario con la cara resplandeciente—, si supiera cómo me ha alegrado descubrir que la fortuna no la está echando a perder a usted, sabría que eso me compensa por cualquier desaire que hagan otros.

—Oh, no hable de mí —dijo Bella, dándole un golpecito de impaciencia con el guante—. No me conoce tan bien como...

—¿Se conoce usted a sí misma? —sugirió el secretario al ver que no acababa la frase—. ¿Se conoce usted realmente?

—Lo suficiente —dijo Bella, con el delicioso aire de darse por imposible—, y no mejoro con el trato. Pero el señor Boffin...

—Hay que admitir —observó el secretario— que la manera de tratarme del señor Boffin, o su consideración hacia mí, no son lo que eran. Es demasiado evidente para negarlo.

—¿Es que pretende negarlo, señor Rokesmith? —preguntó Bella con una expresión de asombro.

—¿No debería alegrarme de negarlo, si pudiera, aunque solo fuera por mí?

—Lo cierto —dijo Bella— es que debe de ser una prueba muy dura para usted. Y por favor, ¿me promete que no se tomará a mal lo que voy a preguntarle?

—Se lo prometo de todo corazón.

—¿Y a veces no rebaja un poco su autoestima? —preguntó Bella con cierta vacilación.

El secretario asintió, aunque sin dar la impresión en absoluto de que así fuera, y contestó:

—Tengo razones muy poderosas, señorita Wilfer, para soportar los inconvenientes de mi posición en la casa que los dos habitamos. Crea que no son de ningún modo interesadas, aunque, a través de una serie de fatalidades, me he visto apartado de mi lugar en la vida. Si lo que usted observa con tan bondadosa y amable simpatía tiene la finalidad de levantarme el orgullo, hay otras consideraciones (y esas no puede verlas) que me instan a soportarlo en silencio. Y estas últimas son con mucho las más extrañas.

—Creo haber observado, señor Rokesmith —dijo Bella, mirándolo con curiosidad, como si no acabara de comprenderle—, que se reprime usted, que se obliga a interpretar un papel pasivo.

—Tiene razón. Me reprimo y me obligo a interpretar un papel. No me someto porque mi espíritu sea manso. Lo hago con un propósito determinado.

—Espero que bueno —dijo Bella.

—Espero que bueno —contestó él, mirándola fijamente.

—A veces imagino, señor —dijo Bella apartando la mirada—, que la gran estima que le tiene a la señora Boffin es un motivo muy poderoso para usted.

—Acierta de nuevo; lo es. Haría cualquier cosa por ella, lo soportaría todo por ella. No hay palabras para expresar el aprecio que le tengo a esa buena, buena mujer.

—¡Y yo también! ¿Puedo preguntarle otra cosa, señor Rokesmith?

—Lo que quiera.

—¿Se da cuenta, naturalmente, de que ella sufre cuando el señor Boffin delata lo mucho que está cambiando?

—Me doy cuenta cada día, igual que usted, y me aflige hacerla padecer así.

—¿Hacerla padecer? —dijo Bella, repitiendo rápidamente la frase con las cejas enarcadas.

—En gran parte, yo soy la desdichada causa de todo ello.

—A lo mejor ella le dice, como me dice a mí a menudo, que a pesar de todo es el mejor de los hombres.

—A menudo oigo cómo se lo dice a usted, con la honesta y hermosa devoción que siente por su marido —contestó el secretario, aún mirándola fijamente—, pero no puedo afirmar que me lo haya dicho a mí.

Bella aceptó la mirada de aquellos ojos con una expresión melancólica y reflexiva; y a continuación, asintiendo varias veces con su hermosa cabeza, como un filósofo con hoyuelos (de la mejor escuela) que moralizara sobre la vida, exhaló un leve suspiro, y dejó las cosas por imposibles, como había hecho antes consigo misma.

Pero, a pesar de todo eso, fue un paseo muy agradable. No había hojas en los árboles, ni nenúfares en el río; pero no faltaba en el cielo su hermoso azul, y el agua lo reflejaba, y un delicioso viento corría con el agua y rizaba la superficie. Quizá no exista espejo fabricado por mano humana que, al volver a pasar sobre su superficie todas las escenas que ha reflejado en su existencia, no acabe revelando alguna escena de horror o aflicción. Pero el gran espejo sereno del río parecía haber reproducido todo lo que se hubiera reflejado alguna vez entre sus plácidas orillas sin sacar a la luz nada que no fuera pacífico, bucólico y lozano.

Los dos siguieron caminando; hablaron de la tumba que acababa de llenarse, y de Johnny, y de muchas cosas. A su regreso se encontraron con que la enérgica señora Milvey había ido a buscarlos, y con la agradable noticia de que no había que preocuparse por los niños de la aldea, pues en ella había una iglesia cristiana, y la peor interferencia judaica consistía en plantar su jardín. Así, regresaron a la aldea cuando Lizzie Hexam salía del molino papelero, y Bella se fue sola a hablar con Lizzie en casa de esta.

—Me temo que se trata de una habitación muy pobre —dijo Lizzie con una sonrisa de bienvenida mientras le ofrecía el lugar de honor junto al fuego.

—No tan pobre como crees —repuso Bella—; si supieras...

De hecho, aunque se llegaba por una escalera en espiral increíblemente angosta que parecía haber sido erigida dentro de una chimenea totalmente blanca, y aunque el techo era muy bajo, y el suelo muy irregular, y la celosía de la ventana en perpetuo guiño por su desproporción, era una habitación más agradable que esa despreciada estancia del hogar familiar de Bella, donde tanto había lamentado la desgracia de tener que aceptar inquilinos.

Oscurecía cuando las dos jóvenes se miraron la una a la otra junto al fuego. La lumbre iluminaba la habitación en el crepúsculo. La rejilla podría haber hecho las veces del brasero de antaño, y el resplandor las del hueco que había junto a las brasas.

—Para mí es toda una novedad —dijo Lizzie— que me visite una dama de casi mi edad, y tan guapa como usted. Para mí es un placer mirarla.

—Pues no me has dejado nada que decir —replicó Bella, sonrojándose—, porque yo iba a comenzar diciendo que para mí era un placer mirarte a ti, Lizzie. Pero podemos empezar sin empezar, ¿no te parece?

Lizzie tomó la agradable manita que le ofrecieron con la misma agradable franqueza.

—Verás, querida —dijo Bella, acercándole la silla un poco más y cogiendo a Lizzie por el brazo como si fueran a dar un paseo—, me han encargado que te diga algo, y tengo la impresión de que no voy a saber explicarme, aunque lo intentaré. Es en referencia a tu carta al señor y la señora Boffin, y es lo siguiente. Veamos. ¡Ah sí! Es lo siguiente.

Tras ese exordio, Bella abordó el hecho de que Lizzie quisiera mantener el secreto de su paradero, y se refirió de manera delicada a la falsa acusación y su retractación, y le pidió que por favor le dijera si todo eso tenía algo que ver con su petición de no revelar dónde vivía.

—Creo, querida —dijo Bella, casi sin acabar de creerse de qué manera tan práctica estaba abordando el asunto—, que debe de ser una cuestión dolorosa para ti, pero yo también estoy metida en ello; pues (no sé si lo sabes o lo sospechas) soy la muchacha que, según el testamento, debía casarse con el desdichado caballero, en caso de que este me hubiera aceptado. De manera que me vi arrastrada a este enredo sin mi consentimiento, y tú también te viste arrastrada sin tu consentimiento, de modo que no hay mucha diferencia entre ambas.

—Estaba segura —dijo Lizzie— de que usted era la señorita Wilfer a quien a menudo había oído nombrar. ¿Puede decirme quién es mi desconocido amigo?

—¿Desconocido amigo, querida? —dijo Bella.

—El que impugnó la acusación contra mi pobre padre y me envió el documento escrito.

Bella no había oído hablar de él. No tenía ni idea de quién era.

—Me habría gustado darle las gracias —replicó Lizzie—. Ha hecho mucho por mí. Espero que algún día me permita agradecérselo. Usted me ha preguntado si tiene algo que ver...

—Eso o la propia acusación —la interrumpió Bella.

—¿Si tiene algo que ver con mi deseo de vivir aquí en secreto y retirada? No.

Mientras Lizzie Hexam negaba con la cabeza al responder y su mirada

buscaba la lumbre, había una serena resolución en sus manos entrelazadas, que no se le pasó por alto a los luminosos ojos de Bella.

—¿Has vivido mucho tiempo sola? —preguntó Bella.

—Sí. Para mí, no es ninguna novedad. Cuando mi padre vivía, pasaba siempre muchas horas sola, de día y de noche.

—Me han dicho que tienes un hermano.

—Tengo un hermano, pero está enfadado conmigo. Aunque es muy buen muchacho, y se ha abierto camino gracias a su esfuerzo. No tengo queja de él.

Mientras decía esas palabras, con los ojos en el fuego, a Lizzie se le escapó una momentánea desazón. Bella aprovechó el momento para cogerle la mano.

—Lizzie, me gustaría que me dijeras si tienes alguna amiga de tu edad.

—He llevado una vida tan solitaria que nunca he tenido ninguna —fue la respuesta.

—Ni yo —dijo Bella—. No es que mi vida haya sido solitaria, pues a veces he deseado que fuera más solitaria, en lugar a tener a mamá de Musa Trágica con su expresión de dolor en sus majestuosas comisuras, y a Lavvy tan malvada... aunque por supuesto las quiero mucho a las dos. Me gustaría que me aceptaras como amiga, Lizzie. ¿Crees que podrías? De eso que llaman carácter no tengo más que el de un canario, pero sé que soy leal.

Aquella naturaleza díscola, juguetona y afectuosa, atolondrada por falta de una meta que la guiara, y caprichosa porque siempre mariposeaba entre minucias, era también cautivadora. Para Lizzie era algo tan nuevo, tan hermoso, a la vez tan mujer y tan niña, que la sedujo completamente. Y cuando Bella volvió a decir «¿Crees que podrías, Lizzie?» con las cejas enarcadas, la cabeza ladeada en gesto interrogativo, y alguna duda en el pecho, Lizzie le demostró sin lugar a dudas que creía poder serlo.

—Cuéntame qué ocurre, querida —dijo Bella—, y por qué vives así.

Lizzie dijo enseguida, a modo de preludio:

—Debe de tener usted muchos enamorados...

Pero Bella la cortó con un gritito de asombro.

—¡Querida, no tengo ninguno!

—¿Ni uno?

—¡Bueno! Puede que uno —dijo Bella—. Te aseguro que no lo sé. Tuve uno, pero no sé qué debe de pensar en la actualidad del asunto. A lo mejor medio tengo a uno (naturalmente no cuento al idiota de George Sampson). De todos modos, no quiero hablar de los míos, sino de los tuyos.

—Hay un hombre —dijo Lizzie—, un hombre apasionado e iracundo, que dice que me ama, y al que debo creer cuando lo dice. Es amigo de mi hermano. La primera vez que mi hermano lo trajo me dio miedo; pero la última vez me aterró de manera indecible.

Aquí se interrumpió.

—¿Viniste aquí para escapar de él, Lizzie?

—Vine aquí inmediatamente después de que me alarmara tanto.

—¿Estando aquí le temes?

—Por lo general, no soy timorata, pero él siempre me da miedo. Me da miedo leer un periódico, u oír comentar lo que ocurre en Londres, por miedo a que haya cometido un acto violento.

—Entonces, ¿no es por ti que le tienes miedo? —dijo Bella, tras ponderar las palabras.

—También tendría miedo por mí, si le viera por aquí. Cuando de noche voy a algún lado, siempre miro a derecha e izquierda.

—¿Te da miedo que pueda hacerse algo a sí mismo en Londres, querida?

—No. Podría tener un arretrato tan fuerte que se dañara a sí mismo, pero no es eso en lo que pienso.

—Entonces, ¿es que hay otra persona, querida? —dijo Bella para tirarle de la lengua.

Lizzie se puso las manos delante de la cara antes de contestar:

—Las palabras están siempre en mis oídos, y no dejo de ver el golpe que le dio a una pared de piedra mientras las pronunciaba. Me he esforzado en pensar que no valía la pena recordarlo, pero no puedo quitarle importancia. Le corría la sangre por la mano cuando me dijo: «¡Entonces espero no tener que

matarlo!».

Sobresaltada, Bella rodeó con los brazos la cintura de Lizzie, y le preguntó sin alterarse, en voz baja, cuando las dos contemplaban la lumbre:

—¡Matarlo! Entonces, ¿es un hombre celoso?

—Siente celos de un caballero —dijo Lizzie—. Casi no sé cómo contárselo... Es un caballero que está muy por encima de mí y de mi posición en la vida; fue quien me dio la noticia de la muerte de mi padre, y desde entonces se ha interesado por mí.

—¿Te ama?

Lizzie negó con la cabeza.

—¿Le gustas?

Lizzie dejó de mover la cabeza, y apretó con una mano los brazos que la ceñían.

—¿Es gracias a su influencia que estás aquí?

—¡Oh, no! Y por nada del mundo desearía que supiera que estoy aquí, ni dónde encontrarme.

—¡Lizzie, querida! ¿Por qué? —preguntó Bella asombrada ante su vehemencia. Pero, al ver la cara de Lizzie, enseguida añadió—: No. No me digas por qué. Ha sido una pregunta estúpida. Lo entiendo, lo entiendo.

Hubo un silencio. Lizzie, con la cabeza gacha, contemplaba el resplandor de la lumbre, donde había alimentado sus primeras fantasías, y donde se había evadido por primera vez de la sórdida vida de la que había arrancado a su hermano, previendo cuál sería su recompensa.

—Ahora ya lo sabe todo —dijo levantando la vista hacia Bella—. No me he callado nada. Esta es la razón por la que vivo aquí en secreto, con la ayuda de un bondadoso anciano que es mi leal amigo. Cuando vivía con mi padre, hubo un breve periodo en el que me enteré de algunas cosas (no me pregunte cuáles) de las que quise huir, y llevar una vida mejor. En aquella época no creo que pudiera haber hecho más sin renunciar al control que ejercía sobre mi padre; pero a veces pesan en mi conciencia. Obrando bien espero acabar olvidándolas.

—Y olvidar también esta debilidad, Lizzie —dijo Bella para consolarla—,

por alguien que no la merece.

—No. Eso no quiero olvidarlo —respondió Lizzie encendiéndose—, ni tampoco quiero creer, ni creo, que ese hombre no la merezca. ¡Qué ganaría yo con eso, y cuánto perdería!

Las pequeñas y expresivas cejas de Bella reconvinieron a las llamas antes de replicar:

—No creas que quiero insistirte, Lizzie, pero ¿no tendrías más paz, y esperanza, e incluso libertad? ¿No sería mejor dejar de vivir en secreto, escondida, separada de un futuro más natural y beneficioso? Perdona que te lo pregunte, pero ¿no ganarías con ello?

—¿Acaso el corazón de una mujer que... que tiene esa debilidad que le he mencionado —replicó Lizzie—, busca ganar algo?

Aquella idea era tan diametralmente opuesta a lo que Bella pensaba de la vida, tal como se lo había expuesto a su padre, que esta se dijo en su fuero interno: «¡Ya ves, miserable interesada! ¿Lo has oído? ¿No estás avergonzada?». Y desentrelazó las manos que ceñían a Lizzie, expresamente para darse un golpe de penitencia en el costado.

—Pero tú has dicho, Lizzie —observó Bella, regresando al tema tras haberse administrado el castigo—, que también perderías. ¿Te importaría decirme qué perderías, Lizzie?

—Perdería algunos de los mejores recuerdos, de los mejores estímulos y de los mejores propósitos que me acompañan en mi vida cotidiana. Dejaría de creer que, en el supuesto de que yo hubiera sido su igual y él me hubiera amado, habría intentado con todas mis fuerzas convertirlo en una persona mejor y más feliz, al igual que él habría hecho conmigo. Perdería todo el valor que le concedo a mi escasa instrucción, que le debo por completo a él, y cuyas dificultades he superado para que no pensara que no había sido capaz de sacarle provecho. Perdería la imagen que me he formado de él (o aquello en que se podría haber convertido, de ser yo una dama y amarme él), que siempre me acompaña, y delante de la cual me veo incapaz de hacer algo malo o mezquino. Dejaría de valorar el recuerdo de que, desde que le conocí, todo lo que ha hecho por mí ha sido bueno, y ha obrado un cambio en mí, igual... igual que el cambio obrado en la textura de estas manos, que estaban ásperas, agrietadas y duras y morenas cuando remaba por el río con mi padre,

y que con este nuevo trabajo que tengo están suaves y flexibles, como puede ver.

Le temblaban las manos al enseñarlas, pero no de debilidad.

—Entiéndame, querida —prosiguió—. Jamás imaginé la posibilidad de que él fuera para mí algo más que esa imagen que sé que no puedo hacerle comprender, si no la ha comprendido de antemano en su pecho. Igual que no se le ocurriría a él, jamás se me ocurrió soñar con ser su esposa... y no creo que pueda expresarse con más contundencia. Y no obstante le amo. Le amo mucho, tanto que cuando a veces pienso que la vida se me hace una carga, me siento orgullosa de ella, alegre. Me enorgullece y me alegra sufrir un poco por él, aun cuando eso no le sirva de nada, y nunca se entere ni le preocupe.

Bella seguía paralizada por la pasión intensa y desinteresada de aquella muchacha o mujer de su misma edad, que valientemente se la revelaba confiando en que percibiera su verdad con una mente comprensiva. Y no obstante, ella nunca había experimentado nada parecido, ni se le había ocurrido que pudiera existir.

—Fue una noche espantosa, ya tarde —dijo Lizzie—, cuando sus ojos me vieron por primera vez en mi antigua casa junto al río, muy distinta de esta. Quizá sus ojos nunca vuelvan a mirarme. Preferiría que nunca lo hicieran; espero que nunca lo hagan. Pero no quisiera que arrancaran su luz de mi vida, sea lo que sea lo que esta me depare. Ahora ya se lo he contado todo, querida. Aunque se me hace un poco extraño haberlo desembuchado todo, no lo lamento. Antes de que usted apareciera, ni se me ocurrió revelar nada de esto; pero apareció, y cambié de opinión.

Bella la besó en la mejilla y le agradeció cálidamente su confianza.

—Lo único que deseo —dijo Bella— es merecer más esa confianza.

—¿Merecerla más? —repitió Lizzie con una sonrisa incrédula.

—No me refiero a ser incapaz de guardar el secreto —dijo Bella—, pues tendrían que hacerme pedazos antes de sacarme una sílaba... aunque no hay mérito en ello, pues soy terca como una mula. Lo que quiero decir, Lizzie, es que soy muy impertinente y vanidosa, y me avergüenzas.

Lizzie recogió sus hermosos cabellos castaños, que se habían soltado debido a la energía con que Bella había sacudido la cabeza; y mientras lo

hacía la amonestó con un «¡Querida, por favor!».

—Sí, está muy bien que me llames querida —dijo Bella con un gemido de irritación—, y me alegra que me lo llames, aunque poco puedo pretender que me quieran. ¡Porque SOY de lo más despreciable!

—¡Querida, por favor!

—¡Soy un animalillo superficial, frío, materialista y limitado! —dijo Bella, manifestando el último adjetivo con una fuerza culminante.

—¿Cree que yo no sé qué es eso? —preguntó Lizzie con una sonrisa serena, el cabello ahora asegurado.

—¿Que sabes qué es eso? —dijo Bella—. ¿De verdad crees que lo sabes? ¡Oh, estaría tan contenta de que lo supieras, pero me temo que soy la única que lo sabe!

Lizzie le preguntó, con una risa franca, si alguna vez se había visto la cara u oído su voz.

—Supongo que sí —dijo Bella—. Me miro a menudo en el espejo, y parloteo como una urraca.

—En cualquier caso, yo he visto su cara, y oído su voz —dijo Lizzie—, y me han incitado a contarle, con la certeza de no equivocarme, lo que pensé que nunca le contaría a nadie. ¿Le parece mal?

—No, espero que no —dijo Bella con un puchero, en un tono que quedó entre una risa para seguirle la corriente y un sollozo para lo mismo.

—Antes, para distraer a mi hermano —dijo Lizzie juguetona—, veía imágenes en el fuego. ¿Quiere que le diga lo que veo ahora donde arde el fuego?

Se habían levantado, y estaban de pie junto al hogar, pues había llegado el momento de separarse; las dos se habían abrazado para despedirse.

—¿Le digo lo que veo? —preguntó Lizzie.

—¿Un animalillo limitado? —sugirió Bella levantando las cejas.

—Un corazón que vale la pena conquistar, y conquistarlo bien. Un corazón que, una vez conquistado, surca el agua y el fuego por quien se lo haya ganado, y nunca cambia ni se acobarda.

—¿El corazón de una chica? —preguntó Bella, con acompañamiento de cejas.

Lizzie asintió.

—Y la persona a la que pertenece...

—Es la tuya —sugirió Bella.

—No. Es clara y nítidamente la suya.

La entrevista terminó con palabras agradables por ambas partes, y con Bella recordándole con insistencia que eran amigas, y prometiéndole que pronto se volvería a dejar caer por ahí. Tras lo cual Lizzie regresó a su ocupación y Bella regresó a la posada para reunirse con sus acompañantes.

—Se la ve bastante seria, señorita Wilfer —fue la primera observación del secretario.

—Estoy bastante seria —replicó la señorita Wilfer.

No tenía nada más que decirle, aparte de que el secreto de Lizzie Hexam nada tenía que ver con la cruel acusación ni con su retirada. ¡Ah sí!, dijo Bella. Podía mencionar otra cosa: que Lizzie deseaba ardientemente dar las gracias al amigo desconocido que le había enviado la retractación escrita. ¿De verdad?, comentó el secretario. ¿Tenía alguna idea de quién podría ser ese amigo desconocido?, le preguntó Bella. Él contestó que no tenía la menor idea.

Se hallaban en los límites de Oxfordshire, tan lejos había llegado la pobre Betty Higden. Debían regresar con el tren de inmediato y, como la estación estaba al lado, el reverendo Frank y señora, y Fangoso, Bella y el secretario, se pusieron en camino. Pocos senderos rústicos eran lo bastante anchos para cinco personas, así que Bella y el secretario cerraban la marcha.

—¿Puede creer, señor Rokesmith —dijo Bella—, que tengo la impresión de que hayan pasado años desde que entrara en la casita de Lizzie Hexam?

—Ha sido un día en el que han pasado muchas cosas —repuso él—, y en el cementerio la he visto muy afectada. Debe de estar agotada.

—No, no estoy nada cansada. No me he expresado bien. No es que me parezca que ha pasado mucho tiempo, sino que han pasado muchas cosas... a mí, ¿sabe?

—Espero que para bien.

—Yo también lo espero.

—Tiene frío; la he notado temblar. Deje que le eche por encima mi tabardo. ¿Se lo puedo doblar por encima del hombro sin estropearle el vestido? Vaya, será demasiado largo y pesado. Deje que lleve el extremo en el brazo, ya que no me puede dar el suyo.

Pero sí que pudo. Solo el Cielo sabe cómo consiguió sacarlo de entre la pesada prenda; pero lo sacó y ahí estaba, cogiéndose al brazo del secretario.

—He tenido una charla larga e interesante con Lizzie, señor Rokesmith, y me ha contado todos sus secretos.

—No ha podido evitarlo —dijo el secretario.

—¡Me pregunto cómo es posible que me diga lo mismo que ella acaba de decirme! —dijo Bella, parándose en seco para mirarlo.

—Supongo que porque pienso lo mismo que ella del asunto.

—¿Qué quiere decir con eso, señor mío? —preguntó Bella, poniéndose otra vez en marcha.

—Que si usted se propone ganarse su confianza, la suya o la de cualquiera, no hay duda de que lo conseguirá.

El tren, en ese punto, cerró un ojo verde y abrió uno rojo en un guiño cómplice, y tuvieron que correr para cogerlo. Como Bella no podía correr fácilmente con tanto abrigo, el secretario tuvo que ayudarla. Al sentarse delante de él en un ángulo del vagón, su cara resplandecía de un modo tan delicioso que cuando exclamó «¡Qué hermosas estrellas y qué espléndida noche!», el secretario dijo «Sí», aunque prefiriera ver la noche y las estrellas a la luz de aquel precioso semblante que mirar por la ventanilla.

«¡Qué mujer tan hermosa, tan hermosa y fascinante! ¡Si yo fuera el albacea del testamento de Johnny...! ¡Si tuviera el derecho de pagar vuestra herencia y coger el recibo...!» Algo de todo eso se mezclaba seguramente con el ruido del tren cuando este pasaba veloz por las estaciones, todas cerrándole los ojos verdes y abriendo los rojos cuando se disponían a dejar pasar a la hermosa mujer.

Capítulo X

Espionaje

—Así pues, señorita Wren —dijo el señor Eugene Wrayburn—, ¿no la puedo convencer de que me vista una muñeca?

—No —replicó cortante la señorita Wren—. Si quiere una, vaya a comprarla a la tienda.

—¿Y a mi encantadora ahijada —dijo quejumbroso el señor Wrayburn— que está en Hertfordshire...

(—Trolashire, querrá decir —le interrumpió la señorita Wren).

—... la vas a tratar con la misma frialdad que al público normal y corriente, y no me reportará ninguna ventaja conocer a la modista de la Corte?

—Si le ha de reportar alguna ventaja a su encantadora ahijada... ¡y qué joya de padrino tiene!... —replicó la señorita Wren, pinchando el aire con la aguja— saber que la modista de la Corte conoce sus trucos y cómo es usted, se lo puede comunicar por correo, con mis saludos.

La señorita Wren cosía a la luz de la vela, y el señor Wrayburn, medio divertido medio molesto, sin hacer nada ni saber qué hacer, la miraba de pie junto a su banco. El revoltoso hijo de la señorita Wren estaba en un rincón del cuarto, en un estado de gran deshonra, y en esa lamentable fase de postración y temblores posterior a la ingesta alcohólica.

—¡Puaj, eres una deshonra! —exclamó la señorita Wren, atraída por el castañeteo de sus dientes—. ¡Ojalá te los tragaras todos y jugaran a dados en tu estómago! ¡Fuera, mal hijo! ¡Buuu, oveja negra!

Cada vez que ella acompañaba esos reproches con una amenazadora patada en el suelo, la lamentable criatura protestaba con un gemido.

—¡Y encima he de pagar cinco chelines por ti! —prosiguió la señorita Wren—. ¡Cuántas horas crees que me cuesta ganar cinco chelines, miserable!

No llores así, o te tiro la muñeca. Tener que pagar una multa de cinco chelines por ti. ¡¿Te parece bonito?! Preferiría dárselas al basurero para que te llevara en el carro de la basura.

—No, no —suplicó la absurda criatura—. ¡Por favor!

—Este muchacho se basta para destrozar el corazón de su madre —dijo la señorita Wren, medio apelando a Eugene—. Ojalá nunca lo hubiera criado. Sería más listo que el hambre si no fuera tan tonto como el agua de cloaca. Mírele. ¡Lo que tienen que ver los ojos de una madre!

Desde luego, no solo para los ojos de una madre era lamentable, pues ni un cerdo tenía tan mal aspecto (al menos los cerdos engordan con lo que tragan y luego te los puedes comer).

—Un niño borracho y atolondrado —dijo la señorita Wren, calificándolo con gran severidad—, que no sirve para nada más que para conservarse en el licor que le destruye y para ser colocado dentro de una gran botella de cristal para que lo vean otros niños borrachos de su misma clase. Si no piensa en su hígado, ¿cómo va a pensar en su madre?

—Sí. ¡Piedad, por favor! —gritó el objeto de tan furiosos comentarios.

—¡«Por favor, por favor»! —añadió la señorita Wren—. Menos por favor. ¿Y por qué lo haces?

—No lo haré más. De verdad que no lo haré. ¡Por favor!

—¡Bah! —dijo la señorita Wren cubriéndose los ojos con la mano—. No soporto mirarte. Vete arriba y tráeme mi capota y mi chal. Sé útil para algo, chico malo, y cámbiame tu compañía por la habitación un momento.

El hombre se fue arrastrando los pies, y Eugene Wrayburn vio cómo las lágrimas asomaban entre los dedos de la pequeña criatura mientras mantenía la mano delante de los ojos. Lo lamentaba, pero su compasión no impulsaba a su indiferencia a otra cosa que no fuera sentir lástima.

—Me voy de pruebas a la ópera de Covent Garden —dijo la señorita Wren, apartando la mano al cabo de un rato, y riendo sarcástica para ocultar que estaba llorando—, y antes de irme quiero verle marcharse, señor Wrayburn. Déjeme decirle, de una vez por todas, que no le servirá de nada seguir visitándome. No me sacaría lo que quiere ni aunque trajera tenazas para arrancármelo.

—¿Tan obstinada es acerca del vestido de la muñeca de mi ahijada?

—¡Ah! —replicó la señorita Wren levantando la barbilla—. Soy así de obstinada. Y naturalmente acerca del vestido de la muñeca... o de la dirección de otra muñeca... lo que prefiera. ¡Váyase y déjelo!

Y estaba de vuelta el degradado individuo que tenía a su cargo, de pie detrás de ella con la capota y el chal.

—¡Dámelos y vuelve a tu rincón, viejo travieso! —dijo la señorita Wren al volverse y verlo—. No, no, no quiero tu ayuda. ¡Vete al rincón ahora mismo!

Aquel desgraciado se frotó el dorso de sus manos temblorosas desde las muñecas hacia abajo y se fue arrastrando los pies hasta su lugar de indignidad; pero no sin lanzarle una mirada a Eugene al pasar a su lado, acompañada de lo que pareció un gesto con el codo, si es que algún gesto de alguna extremidad o articulación podía obedecer realmente a su voluntad. Eugene no se fijó en él más de lo necesario para apartarse instintivamente de ese desagradable contacto, y, tras un desganado cumplido a la señorita Wren, pidió permiso para encender su cigarro y se marchó.

—Y ahora tú, hijo pródigo —dijo Jenny, negando con la cabeza y sacudiendo su enfático y pequeño índice en dirección a su carga—, te quedas aquí sentado hasta que yo vuelva. Como te atrevas a moverte de este rincón un solo instante mientras estoy ausente, sabré por qué lo has hecho.

Con esta admonición, apagó las velas de un soplido, dejándolo solo a la luz de la lumbre, y, tras meterse la gran llave en el bolsillo y coger el bastón, se fue.

Eugene caminaba indolente hacia Temple, fumando su cigarro, pero ya no veía a la modista de muñecas, pues iban por aceras distintas. Avanzaba pensativo, y se detuvo en Charing Cross para mirar a su alrededor, con tan poco interés en la multitud como cualquiera, e iba a ponerse en camino de nuevo cuando un objeto inesperado llamó su atención. Y el objeto era ni más ni menos que el chico malo de Jenny Wren intentando cruzar la calle.

En aquellas calles no podían existir un espectáculo más ridículo y triste que el trotar de aquel desgraciado tambaleante en su intento de adentrarse en la calzada, y cada vez retrocediendo, agobiando por el terror que le provocaban unos vehículos que estaban o muy lejos o no existían. Una y otra

vez, estando el camino totalmente despejado, se ponía en marcha, llegaba a medio camino, describía una curva, se daba media vuelta y volvía al lugar de partida, cuando hubiera tenido tiempo de cruzar y volver a cruzar media docena de veces. A continuación, se quedaba temblando al borde de la acera, mirando a uno y otro lado de la calle, mientras docenas de personas lo empujaban, pasaban a su lado y seguían andando. Estimulado por fin al ver a tanta gente que cruzaba con éxito, hacía otro intento, describía otra curva, y, cuando ya estaba a punto de llegar a la otra acera, veía o imaginaba que venía algo, y volvía atrás tambaleándose. Ahí se quedaba haciendo espasmódicos preparativos como para dar un gran salto, y al final se decidía a ponerse en marcha justo en el peor momento, y los cocheros le gritaban, y retrocedía una vez más, y se quedaba en aquel lugar tembloroso, preparado para empezar de nuevo todo el ciclo.

—Tengo la impresión —comentó fríamente Eugene, tras observarlo unos minutos— de que mi amigo va a llegar tarde, si es que tiene alguna cita.

Dicho lo cual, siguió andando y no volvió a pensar en él.

Lightwood estaba en casa cuando llegó a sus habitaciones, y había cenado allí solo. Eugene acercó una silla al fuego, junto a Lightwood, que bebía vino y leía el periódico de la tarde, llevó una copa, y la llenó en un gesto de camaradería.

—Mi querido Mortimer, eres la viva imagen de la laboriosidad satisfecha, reposando (al fiado) tras una virtuosa jornada de trabajo.

—Mi querido Eugene, tú eres la viva imagen de la holgazanería insatisfecha que no descansa nunca. ¿Dónde has estado?

—Por... la ciudad —replicó Wrayburn—. Y en este momento me he presentado con la intención de consultar a mi muy inteligente y respetado procurador acerca de la situación de mis asuntos.

—Tu muy inteligente y respetado procurador es de la opinión que tus asuntos están muy mal, Eugene.

—Aunque resulta dudoso que sea inteligente decir eso —dijo Eugene con aire reflexivo— de los asuntos de un cliente que no tiene nada que perder y al que no habría manera de hacerle pagar nada.

—Has caído en manos de los judíos, Eugene.

—Mi querido muchacho —repuso el deudor, levantando su copa con gran serenidad—, tras haber caído ya en manos de algunos cristianos, lo soporto con filosofía.

—Hoy he mantenido una entrevista, Eugene, con un judío que parece decidido a apretarnos las tuercas. Todo un Shylock, y todo un patriarca. Un pintoresco viejo de pelo gris y barba gris, sombrero de canal y gabardina.

—¿No te estarás refiriendo a mi honorable amigo el señor Aaron? —dijo Eugene, dejando el brazo a medio camino mientras dejaba la copa.

—Él se denomina Riah.

—Por cierto —dijo Eugene—, ahora me acuerdo de que, sin duda con el deseo instintivo de recibirlo en el seno de nuestra iglesia, fui yo quien le puso el nombre de Aaron.

—Eugene, Eugene —replicó Lightwood—, hoy estás más ridículo que lo habitual. Di lo que tengas que decir.

—Lo único que quiero decir, mi querido colega, es que tengo el honor y el placer de conocer y tratar al patriarca que describes, y que me dirijo a él como señor Aaron, porque me parece un nombre hebreo, expresivo, apropiado y halagüeño. Y, a pesar de que existan muchas razones para que ese sea su nombre, es posible que no lo sea.

—Creo que eres el hombre más absurdo que hay sobre la tierra —dijo Lightwood, riendo.

—En absoluto, te lo aseguro.

—¿Te mencionó que me conocía?

—No. Solo dijo que esperaba que le pagaras.

—Con lo que da la impresión —observó muy gravemente Eugene— de no conocerme. Espero que no se tratara de mi honorable amigo Aaron, pues, si te he de decir la verdad, Mortimer, estoy empezando a pensar que tiene algo en mi contra. Empiezo a sospechar que algo ha tenido que ver en la desaparición de Lizzie.

—Por una fatalidad —dijo Lightwood con impaciencia—, todo parece llevarnos hasta Lizzie. Supongo que al decir que has estado «por la ciudad» te refieres a que has estado buscando a Lizzie.

—¿Sabías que mi procurador —dijo Eugene mirando el mobiliario que lo rodeaba— es un hombre de infinito discernimiento?

—¿La has estado buscando, Eugene?

—Sí, Mortimer.

—Y sin embargo, Eugene, sabes que no sientes nada por ella.

Eugene Wrayburn se levantó, se metió las manos en los bolsillos y se quedó con un pie ante la pantalla de la chimenea, balanceando indolente el cuerpo y mirando el fuego. Tras una prolongada pausa replicó:

—Eso no lo sé. Debo pedirte que no lo digas, como si lo diésemos por sentado.

—Pues, si sientes algo por ella, más aún debes dejarla en paz.

Tras otra pausa, dijo Eugene:

—Eso tampoco lo sé. Pero dime, ¿alguna vez has visto que me tomara tantas molestias por algo, antes de su desaparición? Te lo pido para saberlo.

—¡Mi querido Eugene, ojalá pudiera decirte que sí!

—¿Entonces es que no? Exacto. Eso confirma mi impresión. ¿Parece, entonces, que siento algo por ella? Te lo pido para saberlo.

—Soy yo quien te ha preguntado una cosa para saberla —dijo Mortimer en tono de reproche.

—Mi querido muchacho, ya lo sé, pero no puedo decírtelo. Estoy ansioso por saber. ¿A qué me refiero? Si el hecho de que me tome tantas molestias para recuperarla no significa que siento algo por ella, ¿qué significa? «Si Paco Pico pica un poco de pimienta picante... etcétera».

Aunque habló en tono desenfadado, su cara era de desconcierto e interrogación, como si no supiera qué pensar de sí mismo.

—Imagina lo que pasaría...

Lightwood comenzaba a reñirle cuando él se agarró a esas palabras:

—¡Ah! ¡Ya ves! Eso es exactamente lo que soy incapaz de hacer. ¡Qué agudo eres, Mortimer, al encontrar mi punto débil! Cuando íbamos juntos a la escuela, me aprendía las lecciones en el último momento, día a día y poco a poco; ahora estamos juntos en la vida de verdad, aprendo las lecciones de la

misma manera. En esta tarea no he pasado de lo siguiente: estoy decidido a encontrar a Lizzie, y tengo intención de encontrarla, y para encontrarla utilizaré cualquier medio que se presente. Por las buenas o por las malas, me da igual. Te lo pido... para saberlo... ¿qué significa eso? Cuando la encuentre a lo mejor te pregunto, también para saberlo: ¿qué hago ahora? Pero en esta fase sería prematuro, y eso no va con mi carácter.

Lightwood aún negaba con la cabeza ante la manera en que su amigo había expresado todo eso (con un aire tan caprichosamente franco y discutiendo que prácticamente no había manera de eludirlo) cuando en la puerta de la calle se oyó un arrastrarse de pies y unos vacilantes golpes, como si alguien tanteara en busca de la aldaba.

—La retozona juventud del barrio —dijo Eugene—, a la que siempre me encanta arrojar desde esta elevación al cementerio que hay abajo, sin ninguna ceremonia intermedia, probablemente ha apagado el farol de fuera. Hoy estoy de servicio y he de abrir.

Su amigo apenas había tenido tiempo de recordar el inaudito brillo de determinación con el que había hablado de encontrar a la chica, y que se había apagado igual que se habían apagado sus palabras, cuando Eugene regresó acompañado de un hombre que no era más que una deshonrosa sombra, vestido con ropas pringosas y llenas de manchas y temblando de pies a cabeza.

—Este interesante caballero —dijo Eugene— es el hijo (un hijo de vez en cuando difícil, pues tiene sus defectos) de una señora que conozco. Mi querido Mortimer, este es el señor Muñecas.

Eugene no tenía ni idea de cómo se llamaba, sabedor de que el nombre de la modista era supuesto, pero le presentó sin temor alguno con el primero que le vino a la cabeza.

—Deduzco, mi querido Mortimer —añadió Eugene, mientras Lightwood miraba embobado al hediondo visitante—, por la actitud del señor Muñecas (que a veces puede ser complicada), que desea comunicarme algo. Le he mencionado al señor Muñecas que nos tenemos una confianza absoluta, y le he pedido que exponga aquí sus puntos de vista.

Como el inundo objeto se sentía muy azorado por no saber qué hacer con los restos de su sombrero, que tenía en la mano, Eugene lo arrojó hacia la

puerta con displicencia y le sentó en una silla.

—Creo que será necesario darle cuerda al señor Muñecas —dijo—, antes de poder sacarle nada. ¿Brandy, señor Muñecas, o...?

—Tres peniques de ron —dijo el señor Muñecas.

Le dieron una cantidad sensatamente pequeña de alcohol en una copa de vino, y él comenzó a llevársela a la boca, con todo tipo de titubeos y giros por el camino.

—Los nervios del señor Muñecas —le comentó Eugene a Lightwood— están en bastante mal estado. Y me parece de lo más conveniente fumigarlo.

Cogió una pala de la chimenea, esparció unas brasas en ella, y de una caja que había sobre la chimenea cogió unas pastillas que colocó encima; luego, con gran tranquilidad, comenzó a mover plácidamente la pala delante del señor Muñecas, formando una cortina de humo entre él y ellos.

—¡Bendita sea mi alma, Eugene! —exclamó Lightwood, volviendo a reír—. ¡Qué loco! ¿Por qué ha venido a verte esta criatura?

—Ahora lo oiremos —dijo Wrayburn, muy atento además a su expresión—. Vamos. Hable. No tenga miedo. Diga lo que tenga que decir, Muñecas.

—¡Señor Wrayburn! —dijo el visitante, con voz pastosa y ronca—. Es usted el señor Wrayburn, ¿no? —Con una mirada estúpida.

—Naturalmente. Míreme. ¿Qué quiere?

El señor Muñecas se desplomó en su silla, y dijo con tristeza:

—Tres peniques de ron.

—Mi querido Mortimer, ¿me harías el favor de volver a darle cuerda al señor Muñecas? —dijo Eugene—. Yo estoy ocupado con la fumigación.

Le vertieron en la copa una cantidad parecida a la de antes, y él se la llevó a los labios con los mismos circunloquios. Tras bebérsela, el señor Muñecas, con el evidente temor a que se le acabara la cuerda a no ser que se apresurara, fue al grano.



“THREEPENNY’ORTH RUM.”

—Señor Wrayburn. Intenté darle un codazo, pero usted se apartó. Quiere esa dirección. Quiere saber dónde vive. ¿No es eso, señor Wrayburn?

Lanzándole una mirada a su amigo, Eugene contestó con aire serio:

—Sí.

—Yo soy mmm... hombre —dijo el señor Muñecas, intentando golpearse el pecho, aunque dándose casi en el ojo—, mmm... lo haré. Yo soy mmm... hombre mmm... hacerlo.

—¿Es el hombre para hacer qué? —preguntó Eugene, aún serio.

—Mmm... darle la dirección.

—¿La tiene?

Con un gran esfuerzo por mantener el orgullo y la dignidad, el señor Muñecas hizo girar la cabeza unos momentos, despertando una gran expectativa, y a continuación contestó, como si fuera lo más afortunado que pudiera esperarse de él:

—No.

—¿A qué se refiere, pues?

El señor Muñecas, desplomándose en su modorra tras su reciente éxito intelectual, replicó:

—Tres peniques de ron.

—Dale un poco más de cuerda, mi querido Mortimer —dijo Wrayburn—, dale un poco más de cuerda.

—Eugene, Eugene —lo instó Lightwood en voz baja mientras le obedecía—, ¿puedes rebajarte a utilizar un instrumento como este?

—Ya te dije que la encontraría por cualquier medio —fue la respuesta, pronunciada con el brillo de determinación de antes—, por las buenas o por las malas. Estas son las malas, y lo acepto... si es que antes no me entran ganas de romperle la cabeza con el fumigador al señor Muñecas. ¿Puede obtener la dirección? ¿Se refiere a eso? ¡Hable! Si ha venido a eso, diga lo que quiera.

—Diez chelines... tres peniques de ron —dijo el señor Muñecas.

—Los tendrá.

—Quince chelines... tres peniques de ron —dijo el señor Muñecas, intentando enderezarse.

—Los tendrá. Y ahora basta. ¿Cómo conseguirá la dirección de la que habla?

—Soy mmm... hombre —dijo el señor Muñecas majestuosamente—, mmm... consigo, señor.

—Le pregunto cómo la conseguirá.

—Me maltratan —dijo el señor Muñecas—. Me riñen de la mañana a la noche. Me llaman de todo. Ella se forra, y nunca me da los tres peniques de ron.

—Siga —le interrumpió Eugene, dándole un golpecito en la temblorosa cabeza con la pala—. ¿Qué más?

Con un digno intento de recomponerse, pero, por así decir, dejando caer media docena de partes de sí mismo en el intento de recoger una, el señor Muñecas, sacudiendo la cabeza de un lado a otro, observó a su interrogador con lo que quería ser un sonrisa altiva y una mirada de desdén.

—Me trata como a un niño, señor. Y yo NO soy un niño, señor. Un hombre. Un hombre de talento. Se cruzan cartas. Cartas que trae el cartero. Fácil para un hombre de talento mmm su dirección, tanto como si fuera la suya propia.

—Entonces consígala —dijo Eugene; añadiendo en voz baja, como si le saliera del alma—: ¡Animal! Consígala, tráigamela y gánese el dinero de sesenta veces tres peniques de ron, y bébaselo todo, un vaso tras otro, y mátese bebiendo lo más deprisa que pueda.

Las últimas frases de esas órdenes las dirigió a la lumbre, mientras devolvía a las cenizas lo que había cogido de ellas y regresaba la pala a su lugar.

El señor Muñecas hizo el inesperado descubrimiento de que Lightwood le había insultado, y expresó su deseo de «ajustarle las cuentas» allí mismo, y le desafió a que se le acercara, con la generosa apuesta de un soberano contra medio penique. A continuación se puso a llorar y luego pareció que se iba a quedar dormido. Esto último fue lo más alarmante, pues implicaba la amenaza de quedarse más rato en esas habitaciones, por lo que hubo que tomar medidas drásticas. Eugene recogió su raído sombrero con las pinzas, se lo encasquetó al señor Muñecas, y, arrastrándolo por el cuello de la chaqueta —manteniéndolo a un brazo de distancia— lo llevó escaleras abajo y fuera de los límites de Fleet Street. A continuación viró hacia poniente y lo dejó allí.

Cuando volvió, Lightwood estaba de pie junto al fuego, meditando y bastante abatido.

—Me voy a lavar las manos del señor Muñecas... —dijo Eugene— físicamente, quiero decir... Enseguida estoy contigo, Mortimer.

—Preferiría —replicó Mortimer—, y con diferencia, que te lavaras las manos del señor Muñecas moralmente, Eugene.

—También lo haría —dijo Eugene—, pero ya ves, muchacho, no puedo prescindir de él.

Al cabo de un par de minutos volvía a estar en su silla, tan totalmente despreocupado como antes, y bromeaba con su amigo de que había escapado por los pelos de las proezas de su musculoso visitante.

—Este tema no me divierte —dijo Mortimer, desasosegado—. Puedes

hacer que casi cualquier tema me resulte divertido, Eugene, pero este no.

—¡Está bien! —exclamó Eugene—. Me avergüenzo un poco de mí mismo, así que cambiaré de tema.

—Es todo tan deplorablemente clandestino... —dijo Mortimer—. Tan indigno de ti, encargar este vergonzoso espionaje...

—¡Ya hemos cambiado de tema! —exclamó Eugene jovialmente—. Hemos encontrado uno nuevo en esa palabra, espionaje. No seas como la estatua de la Paciencia mirando ceñudo a Muñecas desde la repisa de la chimenea, siéntate, y te contaré algo que encontrarás divertido. Coge un cigarro. Mira el mío... Lo enciendo... Aspiro... Echo el humo... Y ahí lo tienes... ¡Es Muñecas!... Se ha ido... Como Macbeth, vuelves a ser un hombre.

—Tu tema era el espionaje, Eugene —dijo Mortimer tras encender un cigarro y reconfortarse con un par de caladas.

—Exactamente. ¿No es curioso que cada vez que salgo cuando ya ha oscurecido siempre me vigile un espía, y a menudo dos?

Lightwood se quitó el cigarro de los labios sorprendido, y miró a su amigo, como con la sospecha de que en sus palabras tenía que haber una chanza o un significado oculto.

—Por mi honor, que no —dijo Wrayburn, contestando a la mirada con sonriente despreocupación—. No me extraña que te lo imagines, pero por mi honor, que no. Te lo digo en serio. Cada vez que salgo de noche me encuentro en la absurda situación de que me siguen y me observan a distancia, siempre un espía, a veces, dos.

—¿Estás seguro, Eugene?

—¿Seguro? Mi querido muchacho, siempre son los mismos.

—Pero no existe ningún proceso en tu contra. Los judíos solo amenazan. Ellos no han hecho nada. Además, saben dónde encontrarte, y yo te represento. ¿Por qué tomarse la molestia?

—¡He aquí al hombre de leyes! —observó Eugene, mirando de nuevo los muebles que lo rodeaban con un aire de indolente dicha—. He aquí la mano del tintorero, que adquiere el color de aquello en lo que trabaja... o trabajaría, si alguien le diera algo que hacer. Respetado procurador, no es eso. El maestro

de escuela anda por ahí.

—¿El maestro de escuela?

—¡Sí! Y a veces son el maestro y el discípulo. ¡Hay que ver qué pronto te enmoheces en mi ausencia! ¿Todavía no lo entiendes? Aquellos sujetos que estuvieron aquí esa noche. Son los espías de que te hablo, los que me hacen el honor de acompañarme de noche.

—¿Cuánto hace que esto ocurre? —preguntó Lightwood, oponiendo una cara seria a la risa de su amigo.

—Me temo que viene ocurriendo desde que cierta persona desapareció del mapa. Probablemente llevaba ya tiempo ocurriendo cuando me di cuenta: por lo que debió de comenzar más o menos en la época de la desaparición.

—¿Crees que se imaginan que la has convencido de que se fuera?

—Mi querido Mortimer, ya conoces lo absorbentes que me resultan mis ocupaciones profesionales; no tenía tiempo para pensar en ello.

—¿Les has preguntado qué quieren? ¿Has protestado?

—¿Por qué iba a preguntarles lo que quieren, querido amigo, cuando me da igual? ¿Por qué iba a protestar, si no me molesta?

—Estás más insensato que nunca. Pero hace un momento has calificado la situación de ridícula; y la mayoría de hombres protestan contra algo así, aun aquellos que son indiferentes a todo lo demás.

—Me encanta tu lectura de mis debilidades, Mortimer. (Por cierto, esa misma palabra, Lectura, en el uso que hace la crítica, también me encanta. La lectura del personaje de una doncella que hace una actriz, la lectura de una danza que hace un bailarín, la lectura que de una canción hace un cantante, la lectura que hace del mar un pintor de marinas, la lectura de un pasaje instrumental que hace un timbal, son frases siempre deliciosas y novedosas). Te mencionaba tu percepción de mis debilidades. Confieso la debilidad de protestar por encontrarme en una posición ridícula, y por tanto traslado esa posición a los espías.

—Cómo me gustaría, Mortimer, que hablaras con un poco más de seriedad y sencillez, aunque solo fuera porque estoy más intranquilo que tú.

—Pues hablando serio y sencillo, Mortimer, estoy llevando al maestro a la

locura. Lo pongo tan en ridículo, y le hago ser tan consciente de lo ridículo que es, que veo cómo su irritación y su desazón le rezuman por todos los poros cuando nos encontramos. Desde que me rechazaron de aquella manera que no hace falta recordar, esta amable ocupación ha sido el único solaz de mi vida. Me ha proporcionado un inexpresable consuelo. Hago lo siguiente: salgo a caminar cuando oscurece, ando un poco, miro en un escaparate y busco furtivamente al maestro. Tarde o temprano, veo que me vigila; a veces lo acompaña su prometedor pupilo; pero normalmente viene sin pupilo. Tras haberme asegurado de que me vigila, lo incito a que me siga por todo Londres. A veces voy hacia el este, otras hacia el norte, y en unas cuantas noches he recorrido toda la brújula. A veces ando; a veces cojo un coche, agotando la bolsa del maestro, que me sigue en un coche. En el curso del día estudio y sigo abstrusos callejones sin salida. Con misterio veneciano, por la noche busco esos callejones sin salida, me deslizo en ellos a través de oscuros patios, incito al maestro a que me siga, de repente me doy media vuelta y lo alcanzo antes de que pueda retroceder. Entonces nos quedamos cara a cara, y paso a su lado como si ni me diera cuenta de que existe, y veo que sufre atroces tormentos. De manera parecida, camino a gran velocidad por una calle corta, doblo la esquina rápidamente, y, cuando no me ve, doy media vuelta igual de rápidamente. Lo sorprendo llegando a su lugar de vigilancia, de nuevo paso a su lado como si ni me diera cuenta de que existe. Y de nuevo sufre atroces tormentos. Noche tras noche, su frustración se agudiza, pero la esperanza brota incesante en su pecho escolástico, y el día después vuelve a seguirme. Así es como disfruto de los placeres de la caza, y este saludable ejercicio me sienta muy bien. Cuando no disfruto de los placeres de la caza, sé que pasa las noches vigilando en la puerta de Temple.

—Es una historia muy extraña —observó Lightwood, que la había escuchado atento y muy serio—. No me gusta.

—Estás un poco deprimido, querido amigo —dijo Eugene—; llevas una vida demasiado sedentaria. Ven a disfrutar de los placeres de la caza.

—¿Quieres decir que crees que ahora te vigila?

—No tengo la menor duda.

—¿Lo has visto esta noche?

—Se me ha olvidado buscarlo cuando he salido hace un rato —contestó Eugene con la más serena indiferencia—, pero yo diría que allí estaba.

¡Vamos! Comportate como un buen deportista inglés y disfruta de los placeres de la caza. Te sentará bien.

Lightwood vaciló; pero, cediendo a su curiosidad, se puso en pie.

—¡Bravo! —exclamó Eugene, poniéndose también en pie—. O, si te parece más apropiado ¡epa!, considera que he dicho ¡epa! A ver qué zapatos te calzas, Mortimer, porque vas a poner a prueba tus botas. Cuando estés listo, yo... ¿quieres que te anime con un «A por ellos, que son gigantes»?

—¿Es que no hay manera de hacerte hablar en serio? —dijo Mortimer, riendo a pesar de su circunspección.

—Siempre hablo en serio, solo que ahora estoy un poco excitado por el glorioso hecho de que un viento del sur y un cielo nuboso proclaman que es una tarde de caza. ¿Listo? Venga. Apaga la lámpara, cierra la puerta y salgamos al campo.

Mientras los dos amigos salían de Temple y aparecían en la calle, Eugene le preguntó a Mortimer, con cortés deferencia, en qué dirección le gustaría que fuera la partida de caza.

—Por Bethnal Green el terreno es bastante difícil —dijo Eugene—, y hace tiempo que no vamos en esa dirección. ¿Qué opinas de Bethnal Green? —A Mortimer le pareció bien Bethnal Green, y doblaron hacia oriente—. Cuando lleguemos al cementerio de Saint Paul —añadió Eugene—, hábilmente daremos unas cuantas vueltas y te enseñaré al maestro.

Pero los dos lo vieron antes de llegar; solo, y siguiéndolos de manera furtiva a la sombra de las casas, por la acera opuesta.

—Coge aire —dijo Eugene—, porque enseguida voy a apresurar el paso. ¿No crees que los muchachos de la alegre Inglaterra van a ver deteriorada su educación, si esto dura mucho? El maestro no puede atenderme a mí y a los chicos a la vez. ¿Has cogido aire? ¡Allá voy!

A qué velocidad iba, para dejar sin resuello al maestro; cómo de repente se paraba y caminaba indolente, para poner a prueba su paciencia de otra manera; qué caminos tan absurdos seguía, sin otro objeto que frustrarlo y castigarlo; y cómo lo agotaba mediante todos los trucos que su excéntrico humor pudiera idear; todo esto lo observaba Lightwood asombrándose de que un hombre tan despreocupado pudiera ser tan cauto, y de que siendo tan

perezoso se tomara tantas molestias. Al final, en la tercera hora de los placeres de la caza, cuando habían llevado a ese pobre desgraciado que los perseguía de nuevo a la City, Eugene condujo a Mortimer por unos cuantos pasajes oscuros, hasta un pequeño patio cuadrado y casi chocan con Bradley Headstone.

—Y ya ves, como te decía —comentó Eugene en voz bien alta con total frialdad, como si nadie más les oyera—, ya ves, como te decía: sufre atroces tormentos.

En aquel momento no resultó una frase muy contundente. El maestro pasó junto a ellos en la oscuridad más con aspecto de cazado que de cazador: desconcertado, cansado, con el agotamiento de la esperanza postergada y un odio y una furia que lo consumían y se le reflejaban en la cara, los labios lívidos, la mirada desaforada, el pelo enmarañado, desgarrado por los celos y la cólera, y torturándose con la convicción de que todo eso se le notaba y ellos disfrutaban viéndolo. Era una cabeza demacrada suspendida en el aire, tan completamente su expresión anulaba su figura.

Mortimer Lightwood no era un hombre fácilmente impresionable, pero esa cara lo impresionó. Se refirió a ella más de una vez durante el resto del camino de vuelta, y también más de una vez cuando estuvieron ya en casa.

Llevaban ya dos o tres horas acostados en sus respectivas habitaciones cuando Eugene se medio despertó al oír unas pisadas, y acabó de despertarse al ver a Mortimer de pie al lado de su cama.

—¿Ocurre algo, Mortimer?

—No.

—¿Qué imaginaciones tienes, que te paseas de noche?

—Algo horrible me impide dormir.

—¡Cómo es eso!

—Eugene, no se me va de la cabeza aquella cara.

—Qué raro —dijo Eugene con una risita—. Yo ya la he olvidado.

Y se dio la vuelta y volvió a dormirse.

Capítulo XI

En la oscuridad

Aquella noche, mientras Eugene Wrayburn se daba la vuelta y se dormía, Bradley Headstone estaba peleado con el sueño; igual que la señorita Peecher. Bradley consumía sus solitarias horas, y a sí mismo, acechando el lugar en el que su despreocupado rival dormía a pierna suelta; y la señorita Peecher las consumía poniendo el oído para ver si el dueño de su corazón volvía a casa, y con el triste presagio de que algo grave le ocurría. No obstante, la sencilla caja de costura que contenía los pensamientos de la señorita Peecher apenas podía concebir lo que le pasaba, ya que no había en ella recovecos turbios ni sombríos. Pues aquel hombre tenía instintos asesinos.

Bradley Headstone tenía ganas de matar, y él lo sabía. Es más; las estimulaba, con una suerte de perverso placer parecido al que a veces siente un enfermo al causarse una herida en el cuerpo. Atado todo el día a tener que mostrarse disciplinado, obligado a llevar a cabo su rutina de trucos educativos, rodeado de una algarabía constante, por la noche se desataba como un animal salvaje mal amansado. Sometido a su represión diurna, era su compensación, no su apuro, echarle un vistazo a su estado nocturno, y a la libertad a la que se entregaba. Si los grandes criminales dijeran la verdad — cosa que, al ser grandes criminales, no hacen—, rara vez hablarían de su lucha contra el crimen. Su lucha es para entregarse a él. Luchan contra las olas que se les oponen para ganar la orilla sangrienta, no para huir de ella. Ese hombre comprendía perfectamente que odiaba a su rival con todas sus peores energías, y que si él lo llevaba hasta Lizzie Hexam, eso no le haría ningún bien a él, ni tampoco a ella. Se tomaba todas aquellas molestias para inflamarse al imaginar a la detestada figura en compañía de ella, gozando de su favor, allí donde ella se ocultaba. Y sabía perfectamente qué acto cometería si lo encontraba, tan bien como conocía a la madre que lo había engendrado. Admitamos que no le parecía necesario hacer mención expresa de ninguna de esas dos verdades.

Sabía igualmente que alimentaba su odio y su furia, y que la provocación y la autojustificación se iban acumulando al verse convertido en el objeto de diversión nocturna del despiadado e insolente Eugene. Sabiendo todo eso, y aún así perseverando con infinita paciencia y esfuerzo, ¿podía esa alma sombría dudar de cuál era su destino?

Desconcertado, exasperado y agotado, se demoró delante de la verja de Temple cuando se cerró detrás de Wrayburn y Lightwood, debatiendo consigo mismo si debía volver a casa o vigilar un poco más. Convencido, en sus celos, de que Wrayburn estaba en el secreto, si no es que todo era una maquinación suya, Bradley confiaba en dominar finalmente a su rival pegándose tercamente a él, como habría hecho —y había hecho a menudo— al dominar cualquier materia que apareciera en su vocación mediante un proceso igualmente lento y persistente. Al ser un hombre de pasiones rápidas e inteligencia tarda, este proceso le había servido a menudo, y volvería a servirle.

Mientras estaba apoyado en un portal, con los ojos fijos en la verja de Temple, le entró la sospecha de que quizá incluso estaba escondida en esas habitaciones. Sería otra explicación a las caminatas sin rumbo de Wrayburn, y no era imposible. Lo pensó y lo repensó, hasta que decidió subir furtivamente las escaleras, si el vigilante se lo permitía, y escuchar. Así, la demacrada cabeza suspendida en el aire cruzó la calle velozmente, como el espectro de una de las muchas cabezas que habían sido izadas sobre el vecino Temple Bar.^[30]

El vigilante lo miró y le preguntó:

—¿A quién busca?

—Al señor Wrayburn.

—Es muy tarde.

—Sé que acaba de volver con el señor Lightwood hace unas dos horas. Pero, si se ha ido a la cama, le dejaré una nota en el buzón. Me esperan.

El vigilante no dijo más, pero abrió la verja, aunque no muy convencido. No obstante, al ver que el visitante se dirigía a paso vivo y sin vacilar en la dirección correcta, quedó satisfecho.

La cabeza demacrada flotó escaleras arriba, y suavemente bajó casi hasta

tocar el suelo ante la puerta exterior de las habitaciones. En el interior, las puertas de las habitaciones parecían abiertas. De una de ellas llegaba la luz de las velas, y se oía un deambular de pisadas. Se oían dos voces. No se entendía lo que decían, pero eran voces de hombre. A los pocos momentos, las voces callaron, y no hubo más sonido de pisadas, y la luz de dentro se apagó. De haber podido ver Lightwood la cara que le mantenía despierto, mirando y escuchando en la oscuridad, al otro lado de la puerta mientras él hablaba, a lo mejor le habría costado más dormir durante el resto de la noche.

«No está aquí —se dijo Bradley—, pero podría haber estado». La cabeza se alzó hasta la altura que la separaba habitualmente del suelo, flotó escaleras abajo y se acercó a la verja. Había un hombre allí, de cháchara con el vigilante.

—¡Oh! —dijo el vigilante—. ¡Aquí está!

Al comprender que él era el antecedente, la mirada de Bradley fue del vigilante al hombre.

—Este hombre trae una carta para el señor Lightwood —explicó el vigilante—, y ahora le estaba mencionando que una persona acababa de subir a las habitaciones del señor Lightwood. ¿Es posible que se trate del mismo asunto?

—No —dijo Bradley mirando al hombre, al que no conocía de nada.

—No —dijo el hombre con hosquedad—. Mi carta... la ha escrito mi hija, pero es mía... Son cosas mías, y mis cosas no le interesan a nadie más.

Cuando Bradley pasó la verja con paso indeciso, oyó cómo esta se cerraba tras él, y las pisadas del hombre a su espalda.

—Perdone —dijo el hombre, que parecía haber estado bebiendo, y que, para atraer su atención, más que tocarlo tropezó con él—, pero ¿por casualidad no conoce al Otro Señor?

—¿A quién? —preguntó Bradley.

—Al Otro Señor —repuso el hombre, señalando hacia atrás con el pulgar derecho por encima del hombro derecho.

—No sé a qué se refiere.

—Ahí hay dos señores, ¿no? —lo dijo enganchando los dedos de la mano

izquierda con el índice de la derecha—. Uno y uno, dos... El abogado Lightwood, mi primer dedo, es uno, ¿vale? Bueno, la cuestión es si conoce al otro, mi dedo corazón.

—Sé de él —dijo Bradley, poniendo ceño y una expresión distante— todo lo que necesito saber.

—¡Hurra! —exclamó el hombre—. Hurra por el Otro Señor. ¡Hurra por el Tercer Señor! Pienso lo mismo que usted.

—No haga tanto ruido a estas horas de la noche. ¿De qué está hablando?

—Tercer Señor —replicó el hombre, poniendo una voz ronca y confidencial—. El Otro Señor siempre me lanza pullas, porque, creo yo, soy un hombre honesto que se gana la vida con el sudor de su frente. Y él ni es honesto ni se gana así la vida.

—¿Y a mí eso qué me importa?

—Tercer Señor —replicó el hombre con un ofendido tono de inocencia—, si no quiere oír más de él, pues no oiga más. Ha empezado usted. Ha dicho, y lo ha demostrado muy claramente, que no le tiene ninguna simpatía. Pero no quiero imponer ni mi compañía ni mis opiniones a nadie. Soy un hombre honesto, eso es lo que soy. Póngame en el banquillo de los acusados... donde quiera... y yo digo: «Señor juez, soy un hombre honesto». Póngame en el estrado de los testigos... me da igual dónde... y le digo lo mismo a su señoría, y beso la Biblia. No beso el puño de la chaqueta; beso la Biblia.

Bradley Headstone, no tanto por deferencia a esos imponentes testimonios del carácter de aquel hombre como por su deseo de encontrar alguna pista que lo condujera hacia el objeto de su búsqueda, replicó:

—No se ofenda. No quería hacerlo callar. Estamos en la calle y hacía demasiado ruido; eso era todo.

—Tercer Señor —replicó el señor Riderhood, aplacado y misterioso—, ya sé lo que es hablar fuerte, y sé lo que es hablar flojo. Sería raro que no lo supiera, pues me bautizaron Roger, nombre que heredé de mi padre, que a su vez lo heredó del suyo, aunque no quiero engañarlo diciéndole que sé cuál fue el primero de la familia que lo utilizó. Y le deseo que tenga mejor salud que aspecto, pues por dentro debe de estar muy mal si se corresponde con su exterior.

Asustado por la implicación de que su cara revelaba demasiado el estado de su mente, Bradley hizo un esfuerzo por relajar el ceño. A lo mejor valía la pena saber qué asuntos tenía ese desconocido con Lightwood, o con Wrayburn, o con ambos, a una hora tan intempestiva.

—Es muy tarde para presentarse en Temple —comentó Bradley, fingiendo torpemente tranquilidad.

—¡Que me aspen —exclamó el señor Riderhood, con una ronca carcajada — si no iba a decirle esas mismísimas palabras, Tercer Señor!

—Yo pasaba por casualidad —dijo Bradley, mirando desconcertado a su alrededor.

—Y yo también —dijo Riderhood—. Pero no me importa decirle cómo. ¿Por qué iba a importarme? Soy el guardián suplente de una esclusa del río, y ayer no estaba de servicio, pero mañana trabajo.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Y he venido a Londres para tratar un asunto privado. Mi asunto privado es, primero, conseguir que me nombren guardián titular de la esclusa, y segundo denunciar a un vapor que me ahogó pasado el puente. ¡No voy a consentir que me ahoguen sin indemnizarme!

Bradley se lo quedó mirando, como si le estuviera diciendo que era un fantasma.

—El vapor —dijo Riderhood obstinadamente— volcó mi lancha y me ahogó. La intervención de otras personas consiguió revivirme; pero yo no les pedí que me revivieran, ni tampoco se lo pidió el vapor. Quiero que me paguen la vida que el vapor me arrebató.

—¿Y para eso se presentaba en las habitaciones del señor Lightwood a esa hora de la noche? —preguntó Bradley, mirándolo con desconfianza.

—Para eso y para conseguir un documento que me nombre guardián titular. Hace falta una recomendación por escrito, ¿y quién más iba a dármela? Como digo en la carta que ha escrito mi hija, con mi marca en ella para que sea legal: ¿Quién si no usted, abogado Lightwood, debe entregarme este certificado, y quién si no usted debe exigir en mi nombre la indemnización contra el vapor? Pues (como digo en la carta que lleva mi marca) usted y su amigo ya me han causado bastantes molestias. Si usted, abogado Lightwood,

me hubiese apoyado con todas las de la ley, y si el Otro Señor hubiese anotado correctamente lo que decía (es lo que digo en la carta con mi marca), ahora tendría un buen porqué de dinero, y no una barcaza llena de los insultos que me dedica la gente, y no me habrían obligado a tragarme mis palabras, ¡que es una comida muy poco satisfactoria, por mucha hambre que tengas! Y ya que habla de que estamos en mitad de la noche, Tercer Señor —gruñó el señor Riderhood, concluyendo el monótono sumario de sus agravios—, fíjese en el hatillo que llevo bajo el brazo, y tenga en cuenta que regreso a mi esclusa, y que Temple me queda de camino.

La cara de Bradley Headstone se había transformado durante este último relato, y había observado a su interlocutor con más atención.

—¿Sabe —dijo Bradley tras una pausa, durante la cual caminaron el uno junto al otro— que creo que podría adivinar su nombre, si me lo propusiera?

—Demuéstrelo —fue la respuesta, acompañada de una parada y una mirada—. Pruebe.

—Se llama Riderhood.

—Que me aspen si no me llamo así —replicó aquel caballero—. Pero yo no sé el suyo.

—Eso es otra cosa —dijo Bradley—. No imaginaba que lo supiera.

Mientras Bradley seguía caminando y meditando, el bribón iba a su lado mascullando. El significado de su mascullar era: «Parece que Rogue Riderhood, por san Jorge, se ha convertido en algo de dominio público, y parece que todo el mundo se toma la libertad de manejar este nombre como si fuera el surtidor de agua de la calle». Y el significado de la meditación de Bradley era: «He aquí un instrumento. ¿Puedo utilizarlo?».

Habían recorrido Strand y entrado en Pall Mall, y ahora subían la colina hacia Hyde Park Corner; Bradley Headstone dejaba que fuera Riderhood quien marcara el paso y el rumbo. Tan lentos eran los pensamientos del maestro, y tan confuso su propósito, al no ser más que afluentes del único propósito que lo absorbía —o mejor dicho cuando, como árboles oscuros bajo un cielo de tormenta, tan solo flanqueaban la vasta perspectiva al final de la cual veía las dos figuras de Wrayburn y Lizzie, en las que tenía fija la mirada — que surcaron al menos una buena media milla antes de volver a hablar. Y aun entonces, fue solo para preguntar:

—¿Dónde está su esclusa?

—A unas veinte y pico millas... o veinticinco y pico millas, si prefiere... sólo arriba —fue la huraña respuesta.

—¿Cómo se llama?

—La Exclusa de la Presa del Molino de Plashwater.

—Suponga que le ofreciera cinco chelines, ¿qué haría?

—¿Que qué haría? Cogerlos —dijo el señor Riderhood.

El maestro se metió la mano en el bolsillo, sacó dos coronas y media y las puso en la palma de la mano del señor Riderhood, que se paró en una entrada que le pareció apropiada para hacerlas sonar antes de darlas por recibidas.

—Tiene usted una cualidad, Tercer Señor —dijo Riderhood, echando a andar de nuevo—, que me parece bien y es importante. No se le pudre el dinero en el bolsillo. Ahora bien —añadió cuando se hubo guardado concienzudamente las monedas en el lado de sus ropas que quedaba más lejos de su nuevo amigo—, ¿para qué es?

—Para usted.

—Bueno, eso ya lo sé —dijo Riderhood, como quien expresa una evidencia—. Y naturalmente que sé muy bien que ningún hombre en su sano juicio me lo haría devolver ahora que me lo he embolsado. Pero ¿qué quiere a cambio?

—No sé que quiera nada a cambio. O, si quiero algo, no sé qué es.

Bradley respondió con un aire imperturbable, ausente (como si hablara solo), que el señor Riderhood encontró de lo más extraordinario.

—Usted no le desea ningún bien a ese Wrayburn —dijo Bradley, soltando el nombre de una manera forzada, a regañadientes, como si lo hubiese arrastrado a ello.

—No.

—Ni yo tampoco.

Riderhood asintió y preguntó:

—¿Es por eso?

—Es tanto por eso como por cualquier otra cosa. Ya es algo coincidir en un tema que tanto ocupa los pensamientos de uno.

—Pues a usted no le conviene mucho —replicó el señor Riderhood con toda franqueza—. ¡No! De ninguna manera, Tercer Señor, y de nada sirve que quiera fingir que sí. Le digo que eso le carcome. Le carcome, lo oxida, lo envenena.

—Digamos que es cierto —replicó Bradley con un temblor en los labios —; ¿hay alguna causa?

—¡Ya lo creo que la hay, me apuesto una libra! —exclamó el señor Ridehood.

—¿No ha declarado que ese sujeto ha acumulado contra usted provocaciones, insultos y afrentas, o algo por el estilo? Lo mismo ha hecho conmigo. Todo él son afrentas e insultos viperinos, de la cabeza a la planta del pie. ¿Acaso es tan optimista o tan estúpido como para no saber que ese y el otro tratarán su solicitud con desprecio, y encenderán los cigarros con ella?

—¡No me extrañaría que lo hicieran, por san Jorge! —dijo Riderhood, enfureciéndose.

—¡Si lo hicieran, dice! Lo harán. Deje que le haga una pregunta. De usted sé algo más que su nombre; sé algo del Jefe Hexam. ¿Cuándo fue la última vez que vio a su hija?

—¿Que cuándo fue la última vez que vi a su hija, Tercer Señor? —repitió el señor Riderhood, volviéndose deliberadamente lento de comprensión a medida que el otro hablaba más deprisa

—Sí. No que hablara con ella. Que la vio... donde fuera.

Riderhood ya tenía la clave que buscaba, aunque la manejara con mano torpe. Mirando desconcertado aquella cara apasionada, como si intentara calcular una suma mentalmente, respondió lentamente:

—No la he visto... ni una vez... ni una vez desde el día en que murió el Jefe.

—¿La conocía bien de vista?

—¡Ya lo creo! Como nadie.

—¿Y le conoce también a él?

—¿Quién es él? —preguntó Riderhood, quitándose el sombrero y frotándose la frente, mientras lanzaba una lerda mirada a su interrogador.

—¡Maldito sea su nombre! ¿Tan agradable le resulta que quiere volver a oírlo?

—¡Ah! ¡Él! —dijo Riderhood, que hábilmente había vuelto a acorralar al maestro para poder fijarse de nuevo en su cara, poseída por aquella pasión maligna—. ¡A él lo reconocería entre mil!

—¿Alguna vez... —Bradley intentó preguntarlo sin perder la calma; pero aunque podía dominar la voz, la cara no se sometía—... alguna vez los ha visto juntos?

(Riderhood ahora tenía la clave entre sus dos manos).

—Los vi juntos, Tercer Señor, el día en que sacaron del río el cadáver del Jefe.

Bradley era capaz de ocultar una información reservada de los inquisitivos ojos de sus alumnos, pero no podía disimular delante del ignorante Riderhood la siguiente cuestión que anidaba en su pecho: «Será mejor que me lo preguntes con claridad si quieres que te conteste —se dijo Rogue Riderhood, obstinado—. No te responderé voluntariamente».

—¡Bueno! ¿También fue insolente con ella? —preguntó Bradley, tras debatir consigo mismo—. ¿O hizo ostentación de mostrarse amable?

—Hizo ostentación de ser extraordinariamente amable con ella —dijo Riderhood— ¡Por san Jorge! Ahora...

El que se saliera por la tangente sin duda fue natural. Bradley lo miró buscando la razón.

—Ahora que lo pienso —dijo el señor Riderhood, de manera esquiva, pues había reemplazado las palabras: «Ahora veo que está celoso», que era la frase que tenía en la cabeza—, es posible que anotara mis palabras mal a propósito, solamente por ser amable con ella.

Una finísima línea separaba al maestro de la bajeza de confirmar la sospecha de Riderhood, o del fingimiento de sospecha (pues en verdad era imposible que la albergara). Había alcanzado la bajeza de platicar e intrigar con el sujeto que había mancillado el honor de ella y el de su hermano. Llegar a lo otro no estaba muy lejos. No contestó, pero siguió andando ceñudo.

En los lentos pensamientos que lo torturaban, no acababa de entender qué podía sacar del trato con aquel hombre. Riderhood estaba ofendido con el objeto de su odio, y eso ya era algo; aunque menos de lo que suponía, pues no albergaba una rabia ni un resentimiento tan mortales como los que ardían en su pecho. El hombre la conocía, y a lo mejor, por un azar afortunado, podía verla o saber de ella; eso ya era algo: reclutar un par de ojos y oídos más. Pero era un mal hombre, y bien dispuesto a entrar en su nómina. Eso ya era algo, pues su propio estado e intención no podían ser peores, y poseer un instrumento tan afín parecía serle de algún apoyo, aunque jamás llegara a utilizarlo.

De repente se quedó inmóvil, y le preguntó a quemarropa a Riderhood si sabía dónde estaba la chica. Naturalmente, este no lo sabía. Le preguntó a Riderhood si, en caso de saber de ella, o enterarse que Wrayburn la buscaba o se veía con ella, estaría dispuesto a ir a verla para comunicárselo, cobrando por ello. Riderhood dijo que estaría de lo más dispuesto. Dijo que estaba «en contra de los dos señores», y lo dijo con un juramento. ¿Y por qué? Porque los dos le habían impedido que se ganara la vida con el sudor de su frente.

—Entonces no tardaremos en volver a vernos —dijo Bradley Headstone después de un poco más de charla a ese propósito—. Ahí está ese camino rural, y ahí está el día. Los dos me han pillado por sorpresa.

—Pero Tercer Señor —lo instó Riderhood—, no sé dónde encontrarle.

—No importa, yo sí sé dónde encontrarlo. Vendré a su esclusa.

—Pero Tercer Señor —le instó de nuevo Riderhood—, una amistad no trae nada bueno si no se remoja. Vamos a empaparla de ron y leche, Tercer Señor.

Bradley asintió, y los dos entraron en una taberna que abría temprano, impregnada del desagradable olor del heno mohoso y la paja rancia, donde los carros que estaban de regreso, los peones de los granjeros, perros descarnados, aves de raza cervecera y ciertos pájaros nocturnos humanos que volvían a casa se solazaban cada uno a su estilo; y a ninguno de los pájaros nocturnos que rondaba por aquel fangoso bar se le pasó por alto el pájaro nocturno de plumas respetables y devorado por la pasión, el peor pájaro nocturno de todos.

El señor Riderhood sintió un repentino afecto por un carretero medio

borracho que iba en su misma dirección, lo que le permitió subirse a una carreta, tumbarse sobre una pila de canastos, y seguir su camino boca arriba y con la cabeza sobre su hatillo. Entonces Bradley dio media vuelta y volvió sobre sus pasos, y finalmente se adentró por calles poco transitadas, hasta que llegó a la escuela y a casa. El sol, al salir, lo encontró lavado y cepillado, metódicamente enfundado en una respetable chaqueta y chaleco negros, respetable corbata negra y pantalones de mezclilla, con su respetable reloj de plata en el bolsillo, y su respetable cadena alrededor del cuello: un cazador escolástico ataviado para salir al campo, con su jauría gañendo y ladrando en torno a él.

No obstante, más embrujado que esas desgraciadas criaturas de épocas que no nos llenan de orgullo, a quienes obligaban a acusarse de hechos imposibles contagiados por el horror y las poderosamente sugestivas influencias de la tortura, la noche anterior se había visto manejado de manera implacable por unos Espíritus Malignos que lo habían espoleado, fustigado y hecho sudar a mares. Si en la pared, en lugar de los pacíficos textos de las Sagradas Escrituras, hubiese colgado un relato de lo ocurrido aquella noche, sus alumnos más avanzados se habrían asustado y huido corriendo del maestro.

Capítulo XII

Malas intenciones

Salió el sol, desparramándose por todo Londres, y su esplendorosa imparcialidad incluso se dignó crear unas resplandecientes chispas en las patillas del señor Lammle mientras desayunaba. Necesitado estaba el señor Lammle de alguna alegría exterior, pues por dentro tenía aspecto de estar bastante apagado, y se le veía profundamente insatisfecho.

La señora de Alfred Lammle estaba de cara a su señor. La feliz pareja de timadores, unidos por el plácido vínculo de haberse timado mutuamente, observaba el mantel con aire huraño. Reinaba una atmósfera tan sombría en la sala donde desayunaban, aunque estuviese en el lado soleado de Sackville Street, que ninguno de los proveedores de la casa, de haber mirado a través de las persianas, habría visto nada que le invitara a mandar la factura e insistir en el cobro. Aunque eso era algo que los proveedores de la familia ya habían hecho, y sin que nada los invitara a ello.

—Me parece —dijo la señora Lammle— que desde que nos casamos no has tenido nada de dinero.

—Lo que te parece que es el caso —dijo el señor Lammle— es muy posible que haya sido el caso. No pasa nada.

¿Era un diálogo exclusivo del señor y la señora Lammle, o se da en otras parejas de enamorados? En esos diálogos matrimoniales, jamás se hablaban directamente, sino a través de una presencia invisible que parecía ocupar un lugar entre ambos. ¿Es posible que los esqueletos que se guardan en el armario salgan para que se les hable en tales situaciones domésticas?

—No he visto más dinero en esta casa —le dijo la señora Lammle al esqueleto— que mi anualidad. Eso puedo jurarlo.

—No hace falta que te tomes la molestia de jurar —le dijo el señor Lammle al esqueleto—; te repito que no pasa nada. Jamás le has dado tan buen uso a tu anualidad.

—¡Tan buen uso! ¿Y de qué manera? —preguntó la señora Lammle.

—Obteniendo crédito, y viviendo bien —dijo el señor Lammle.

Es posible que el esqueleto riera desdeñoso al confiársele esa pregunta y esa respuesta; quienes sí rieron fueron la señora Lammle, y el señor Lammle.

—¿Y qué va a pasar ahora? —le preguntó la señora Lammle al esqueleto.

—Lo que viene ahora es la bancarrota —dijo el señor Lammle con la misma autoridad.

Tras esas palabras, la señora Lammle miró desdeñosa al esqueleto —pero sin trasladar la mirada al señor Lammle— y bajó la vista. Después de lo cual, el señor Lammle hizo exactamente lo mismo, y bajó la vista. En ese momento entró un criado con las tostadas y el esqueleto se retiró al armario y se encerró dentro.

—Sophronia —dijo el señor Lammle cuando el criado se hubo retirado. Y a continuación, mucho más alto—: ¡Sophronia!

—¿Y bien?

—Atiéndeme, por favor. —La miró severamente hasta que ella lo atendió, y entonces añadió—: Quiero que me aconsejes. Vamos, vamos; déjate de bobadas. Ya conoces nuestra asociación y nuestro pacto. Vamos a trabajar juntos por nuestro interés común, y tú te las sabes todas tanto como yo. Si no fuera así, no estaríamos juntos. ¿Qué vamos a hacer? Estamos en un callejón sin salida. ¿Qué vamos a hacer?

—¿No tienes ningún plan en marcha que nos dé un poco de dinero?

El señor Lammle profundizó en sus patillas para meditar, y salió de ellas sin nada.

—No; en cuanto que aventureros, estamos obligados a hacer jugadas de riesgo para conseguir fuertes ganancias, y hemos tenido una racha de mala suerte.

Ella insistió:

—No tienes nada...

Él la interrumpió:

—Tenemos, Sophronia. Tenemos. Nosotros, nosotros.

—¿No nos queda nada que vender?

—Nada de nada. Le he dado a un judío un contrato de venta de los muebles, y se los podría llevar mañana, hoy, ahora. Ya se los habría llevado, creo, de no ser por Fledgeby.

—¿Qué tiene que ver con él Fledgeby?

—Lo conocía. Me advirtió en contra de él, pero caí en sus garras. Intercedió por otra persona delante de él sin conseguir nada.

—¿Quieres decir que Fledgeby ha conseguido que se apiade de ti?

—De nosotros, Sophronia. De nosotros, de nosotros.

—¿De nosotros?

—Quiero decir que el judío aún no ha hecho lo que podía haber hecho, y que Fledgeby se atribuye el mérito de haber conseguido frenarle.

—¿Crees a Fledgeby?

—Sophronia, nunca me creo a nadie. Nunca, querida, desde que te creí a ti. Pero eso es lo que parece.

El señor Lammle, tras haberle devuelto de este modo a su mujer las sediciosas observaciones de esta al esqueleto, se levantó de la mesa —quizá para mejor ocultar una sonrisa y dos hoyuelos en la nariz—, dio una vuelta por la alfombra y se llegó hasta la estera de la chimenea.

—Si le hubiéramos colocado ese animal a Georgiana... pero en fin, eso es agua pasada.

Mientras Lammle decía eso recogiendo los faldones de su bata, de espaldas a la lumbre, y mirando a su esposa, esta se puso pálida y miró al suelo. Con la sensación de haber sido desleal, y quizá intuyendo cierto peligro para su persona —pues le tenía miedo a su esposo: incluso temía su mano o su pie, aunque él jamás la hubiera tratado de manera violenta—, se apresuró a aparentar normalidad ante él.

—Si pudiésemos pedir prestado, Alfred...

—Implorar dinero, pedirlo prestado, robarlo. Para nosotros, Sophronia, las tres cosas serían lo mismo —la interrumpió su marido.

—... Entonces, ¿podríamos capear el temporal?

—Sin duda. Para ofrecerte otra observación original e irrefutable, Sophronia, dos y dos son cuatro.

Pero al ver que ella le daba vueltas a algo en la cabeza, volvió a recoger los faldones del batín y, enrollándoselos bajo el brazo, y recogiendo sus abundantes patillas con la otra mano, se la quedó mirando en silencio.

—Es natural, Alfred —dijo Sophronia, dirigiéndole la mirada con cierta timidez—, pensar, en esta emergencia, en las personas más ricas que conocemos, y en las más simples.

—Desde luego, Sophronia.

—Los Boffin.

—Desde luego, Sophronia.

—¿Se puede hacer algo con ellos?

—¿Qué vamos a hacer con ellos, Sophronia?

Ella se puso a darle vueltas como antes, y él a contemplarla como antes.

—Naturalmente, he pensado una y otra vez en los Boffin, Sophronia —continuó el señor Lamble tras un silencio infructuoso—, pero no se me ha ocurrido nada. Están bien protegidos. Ese secretario del demonio se interpone entre ellos y... la gente distinguida.

—¿Y si pudiésemos librarnos de él? —dijo Sophronia, animándose un poco tras reflexionar un poco más.

—Piensa, Sophronia —observó su vigilante marido con aire condescendiente.

—¿Y si al quitarlo de en medio pareciera que le estamos haciendo un favor al señor Boffin?

—Piensa, Sophronia.

—Últimamente hemos comentado, Alfred, que el hombre se está volviendo muy suspicaz y desconfiado.

—Y un tacaño, querida, cosa que para nosotros es muy poco prometedora. No obstante, piensa, Sophronia, piensa.

Ella pensó y al final dijo:

—Supón que nos aprovechamos de esa tendencia en él cuya existencia ya hemos comprobado. Supón que mi conciencia...

—Y ya sabemos cómo es tu conciencia, mi alma. Dime.

—Supón que mi conciencia no me permitiera seguir callándome que esa muchacha advenediza me contó que el secretario se le había declarado. Supón que mi conciencia me obligara a repetírselo al señor Boffin.

—Eso me gusta —dijo Lammle.

—Supón que así se lo repitiera al señor Boffin, como para insinuarle que mi sensible delicadeza y honor...

—Muy buenas palabras, Sophronia.

—... Como para insinuar que nuestra delicadeza y honor —continuó, con amargo énfasis en la palabra— no nos permite ser cómplices por omisión de las intenciones mercenarias y maquinadoras del secretario, ni de una traición tan grande a la confianza de su inocente patrón. Supón que yo le hubiera impartido mi virtuosa desazón a mi excelente marido, y que él hubiera dicho, en su integridad: «Sophronia, eso es algo que debes revelar de inmediato al señor Boffin».

—Una vez más te digo, Sophronia —observó Lammle, cambiando de pierna de apoyo—, que eso me gusta.

—Has comentado que está bien protegido —añadió Sophronia—. Yo también lo creo. Pero si lo que te he dicho condujera al despido del secretario, sería un terreno fácil de conquistar.

—Sigue con tu exposición, Sophronia. Esto empieza a gustarme muchísimo.

—Tras haberle prestado el servicio, en nuestra irreprochable rectitud, de abrirle los ojos a la traición de la persona en quien confiaba, nos deberá un favor y tendremos su confianza. Para ver si eso puede reportarnos mucho o poco, habrá que esperar... eso no puede evitarse. Probablemente le sacaremos todo el partido posible.

—Probablemente —dijo Lammle.

—¿Te parece imposible que tú llegues a reemplazar al secretario? —preguntó Sophronia con la misma calculadora frialdad.

—No es imposible, Sophronia. Podría ocurrir. En todo caso, con tacto y con el tiempo, se podría conseguir.

Ella asintió dando a entender que comprendía la insinuación, con los ojos en la lumbre.

—Señor Lammle —dijo cavilosa: no sin un leve toque irónico—: El señor Lammle estaría encantado de hacer todo cuanto esté en su mano. El señor Lammle, un hombre de negocios y también un capitalista. El señor Lammle, acostumbrado a que le confíen los asuntos más delicados. El señor Lammle, que ha manejado mi fortuna de manera tan admirable, y que, sin duda, comenzó a labrarse su reputación gracias a la ventaja de ser un hombre con propiedades y de estar más allá de la tentación y la sospecha.

El señor Lammle sonrió, e incluso le dio una palmadita en la cabeza a su mujer. En su siniestro disfrute del plan, mientras estaba de pie ante ella, convirtiéndolo en el objeto de sus reflexiones, parecía tener el doble de nariz de lo que era habitual.

Durante un rato él quedó allí meditando, y ella sentada contemplando la lumbre, casi todo cenizas, sin moverse. Pero, en cuanto el señor Lammle comenzó a hablar de nuevo, su esposa levantó la vista con una mueca de desagrado y le escuchó, como si ese doble juego que se traía no hubiera abandonado su mente, y reviviera en ella el miedo que tenía a la mano o al pie de él.

—Me parece, Sophronia, que has omitido un aspecto del tema. O no, pues las mujeres entienden a las mujeres. ¿También hemos de librarnos de la chica?

La señora Lammle negó con la cabeza.

—Ella posee un inmenso control sobre ambos, Alfred. No se puede comparar con un secretario a sueldo.

—Pero esa querida niña —dijo Lammle con una torva sonrisa— debería haber sido sincera con su benefactor y su benefactora. Esa encantadora niña debería haber depositado su confianza, sin guardarse nada, en su benefactor y su benefactora. —Sophronia volvió a negar con la cabeza—. ¡Bueno! Las mujeres entienden a las mujeres —dijo su marido, bastante decepcionado—. No insistiré. Si nos libráramos completamente de ambos a lo mejor conseguiríamos hacer fortuna. Yo encargándome de la propiedad, y mi esposa

encargándose de esos dos... ¡Caramba!

Volvió a negar con la cabeza y replicó:

—Nunca se pelearán con la chica. Nunca la castigarán. Debemos aceptarla, hay que contar con ello.

—¡Bueno! —exclamó Lammle, encogiéndose de hombros—. Que así sea: tan solo recuerdo que no la necesitamos.

—La única pregunta ahora es —dijo la señora Lammle—: ¿cuándo empiezo?

—Ya estás tardando, Sophronia. Como te he dicho, nuestra situación es desesperada, y podría irse al garete en cualquier momento.

—Debo procurar ver a solas al señor Boffin, Alfred. Si su esposa está presente, tratará de quitarle hierro al asunto. Sé que, si su esposa está presente, no conseguiré encolerizarlo. Y en cuanto a la chica... puesto que voy a traicionar una confidencia suya, tampoco debe estar presente.

—¿Serviría mandarle una nota pidiendo una cita? —preguntó Lammle.

—No, de ninguna manera. Se empezarían a preguntar por qué les he escrito, y quiero cogerles totalmente desprevenidos.

—¿Lo visitarás y pedirás verlo a solas? —sugirió Lammle.

—Preferiría no hacer eso tampoco. Déjame a mí. Déjame disponer del coche hoy y mañana (si hoy no tengo éxito), así podré quedarme esperándolo.

Apenas acababan de rematar el plan cuando vieron pasar una figura masculina por delante de las ventanas y la oyeron llamar a la puerta y al timbre.

—Ahí está Fledgeby —dijo Lammle—. Te admira, y tiene una gran opinión de ti. Me voy. Engatúsalo para que utilice su influencia con el judío. Se llama Riah, y trabaja en Pubsey and Co.

Estas últimas palabras las dijo en voz baja, por temor a que las oyeran las erectas orejas del señor Fledgeby a través de los dos ojos de cerradura y el vestíbulo. A continuación Lammle le hizo señas al criado de que fuera discreto y subió arriba sin hacer ruido.

—Señor Fledgeby —dijo la señora Lammle, otorgándole una amistosa

recepción—, ¡cómo me alegro de verle! El pobre Alfred, que en estos momentos está muy preocupado por sus asuntos, ha salido muy temprano. Querido señor Fledgeby, siéntese.

El querido señor Fledgeby se sentó y comprobó con satisfacción (o a juzgar por la expresión de su semblante, con insatisfacción) que sus patillas no habían dado nuevos retoños desde que doblara la esquina del Albany.

—Querido señor Fledgeby, no hace falta que le mencione que últimamente mi pobre Alfred está muy preocupado por sus negocios, pues me ha contado que usted le ha sido de gran ayuda en sus momentáneas dificultades, y que le ha hecho un gran favor.

—¡Vaya! —dijo el señor Fledgeby.

—Sí —dijo la señora Lammle.

—Yo creía que Lammle era reservado por lo que se refiere a sus negocios —comentó el señor Fledgeby, probando una nueva parte de la silla.

—No conmigo —dijo la señora Lammle con mucho sentimiento.

—¿De verdad? —dijo Fledgeby.

—No conmigo, querido Fledgeby. Soy su esposa.

—Sí. Yo... es lo que siempre tuve entendido —dijo el señor Fledgeby.

—Y en cuanto que esposa de Alfred, mi querido Fledgeby, ¿podría, sin que él lo autorice ni lo sepa en absoluto, como estoy seguro de que su discernimiento comprenderá, suplicarle que siga haciéndole ese gran favor, y que una vez más utilice su bien ganada influencia con el señor Riah para que este siga siendo indulgente? El nombre que he oído mencionar a Alfred, mientras se debatía en sueños, es Riah, ¿no?

—El nombre del acreedor es Riah —dijo el señor Fledgeby, con un acento inflexible en el sustantivo—. Saint Mary Axe. Pubsey and Co.

—¡Ah, sí! —exclamó la señora Lammle, entrelazando las manos con excesiva exageración—. ¡Pubsey and Co!

—La súplica del... —comenzó a decir el señor Fledgeby, y tardó tanto en encontrar la continuación que la señora Lammle le propuso:

—¿Corazón femenino?

—No —dijo el señor Fledgeby—. Del género femenino... es algo que un hombre siempre está obligado a escuchar, y ojalá eso dependiera de mí. Pero ese Riah es un tipejo, señora Lammle; ya lo creo.

—No si usted habla con él, señor Fledgeby.

—¡A fe mía que lo es! —dijo Fledgeby.

—Inténtelo. Inténtelo una vez más, queridísimo señor Fledgeby. ¡Qué no podrá hacer usted, si se lo propone!

—Gracias —dijo Fledgeby—, me halaga usted al decirlo. No me importa volver a intentarlo, si usted me lo pide. Pero, naturalmente, no respondo de las consecuencias. Riah es un tipo duro, y cuando dice que hará una cosa, la hace.

—Exactamente —exclamó la señora Lammle—, y si le dice que esperará, esperará.

(«Esta mujer es diabólicamente inteligente —se dijo Fledgeby—. Yo no había visto esa salida, pero ella la descubre y la aprovecha enseguida»).

—De hecho, querido señor Fledgeby —prosiguió la señora Lammle haciéndose la interesante—, no quiero ocultarle las esperanzas de Alfred, de quien es usted tan gran amigo, de que aparezca una lejana claridad en ese horizonte.

Esa figura retórica le pareció bastante misteriosa a Fascinación Fledgeby, que dijo:

—¿Que hay una qué en su...?

—Querido señor Fledgeby, Alfred me ha comentado esta mañana, antes de marcharse, unos planes que podrían cambiar completamente el aspecto de sus problemas actuales.

—¿De verdad? —dijo Fledgeby.

—¡Oh, sí! —En ese momento, la señora Lammle hizo entrar en juego el pañuelo—. Y ya sabe usted, querido señor Fledgeby (usted que estudia el corazón humano y estudia el mundo), lo doloroso que sería perder su posición y su crédito, cuando con un poco de habilidad se podría sortear el mal tiempo durante un breve intervalo y salvar las apariencias.

—¡Ah! —dijo Fledgeby—. Entonces, ¿cree usted, señora Lammle, que si el señor Lammle dispusiera de tiempo levantaría sus acciones? Por utilizar

una expresión —explicó el señor Fledgeby como disculpándose— que se usa a menudo en la Bolsa.

—Sí, desde luego. ¡Sin la menor duda, sí!

—Eso cambia las cosas por completo —dijo Fledgeby—. Voy a ir a ver a Riah enseguida.

—¡Bendito sea, mi queridísimo señor Fledgeby!

—Nada, nada —dijo Fledgeby. Ella le tendió la mano—. La mano de una mujer encantadora y de una inteligencia superior es siempre la recompensa de una...

—¡Acción tan noble! —dijo la señora Lammle, que tenía muchas ganas de librarse de él.

—No es lo que yo iba a decir —replicó Fledgeby, que jamás, bajo ninguna circunstancia, aceptaba las expresiones que le sugerían—, pero es usted muy amable. ¿Puedo imprimir un... uno... sobre ella? ¡Buenos días!

—¿Puedo confiar en que actuará sin demora, queridísimo señor Fledgeby?

Volviendo la mirada hacia la puerta y besándole respetuosamente la mano, Fledgeby dijo:

—Puede confiar en ello.



MR. FLEDGEBY DEPARTS ON HIS ERRAND OF MERCY.

De hecho, Fledgeby se tomó con gran celeridad su misericordiosa gestión, a paso tan vivo que sus pies parecían dotados de las alas de todos los buenos espíritus que acompañan a la Generosidad. También parecían ocupar su pecho, pues se le veía risueño y feliz. Había en su voz un trino lleno de vida cuando, al llegar a la contaduría de Saint Mary Axe, y encontrándola momentáneamente vacía, se dirigió hacia el pie de la escalera:

—Vamos, Judas, ¿qué haces ahí arriba?

El anciano apareció con su acostumbrada deferencia.

—¡Hola! —dijo Fledgeby—. ¿Qué malas intenciones te traes entre manos, Jerusalén?

El anciano le enfiló una mirada inquisitiva.

—Sí, no me engañas —dijo Fledgeby—. ¡Pecador! ¡Que te las sabes todas! ¡Qué! Vas a ejecutar esa compraventa que te hizo Lammle, ¿no? Nada te lo impedirá, ¿no? No la vas a posponer ni un minuto más, ¿no?

Como el tono y las órdenes de su amo le indicaban que actuara de inmediato, el anciano cogió el sombrero del pequeño mostrador en el que se encontraba.

—¿Alguien te ha dicho que el hombre podría salir de sus dificultades si no intervienes enseguida, eh, don Ojo Avizor? —dijo Fledgeby—. Y a ti no te conviene que salga de sus apuros, ¿no? ¿Tienes una garantía, y con eso te basta para cobrar, ¿no? ¡Oh, qué judío eres!

El anciano permaneció un instante indeciso e inseguro, como si aún fueran a impartirle más instrucciones.

—¿Me voy ya, señor? —dijo por fin en voz baja.

—¡Y me pregunta si se va! —exclamó Fledgeby—. ¡Y me lo pregunta, como si no supiera lo que se propone! ¡Y me lo pregunta, como si no se hubiese puesto ya el sombrero! ¡Y me lo pregunta, como si su afilada mirada, que corta como un cuchillo..., no estuviera ya posada en el bastón que tiene junto a la puerta!

—¿Me voy ya, señor?

—¿Que si te vas? —le soltó desdeñoso Fledgeby—. Claro que te vas. ¡Abur, Judas!

Capítulo XIII

Cría fama y échate a dormir

Fascinación Fledgeby, al quedar a solas en la contaduría, se puso a dar vueltas por el local con el sombrero ladeado, silbando, investigando los cajones y husmeando aquí y allí en busca de alguna prueba de que Riah le estafara, pero no encontró ninguna. «No es mérito suyo el que no me estafe —fue el comentario del señor Fledgeby, expresado con un guiño—, sino precaución mía». A continuación, con indolente majestuosidad, afirmó sus derechos de señor de Pubsey and Co. dando golpecitos en los taburetes y cajas con su bastón y escupiendo en el fuego, y del mismo modo se desplazó con gran dignidad hacia la ventana y se asomó a la estrecha calle, y sus ojillos observaron por encima de la persiana de Pubsey and Co. Como aquel sitio también le servía de escondite, se acordó de que estaba solo en la contaduría con la puerta abierta. Se dirigía a cerrarla, temiendo que le identificaran imprudentemente con el establecimiento, cuando alguien apareció por la puerta.

Ese alguien era la modista de muñecas, que llevaba un cestillo en una mano y la muleta en la otra. Su magnífica vista divisó al señor Fledgeby antes de que este la divisara a ella, y Fascinación se quedó paralizado en su propósito de dejarla en la calle, no tanto por el hecho de que la modista se acercara a la puerta como por el hecho de que le dedicara una salva de inclinaciones de cabeza en cuanto él la vio. La modista aprovechó esa ventaja subiendo los peldaños de la entrada con tanta velocidad que, antes de que el señor Fledgeby pudiera tomar medidas para que ella no encontrara a nadie en el local, ya estaba delante de sus narices en la contaduría.

—Espero que se encuentre bien, señor —dijo la señorita Wren—. ¿Está en casa el señor Riah?

Fledgeby se había dejado caer en una silla, con la actitud de alguien cansado ya de esperar.

—Supongo que volverá enseguida —contestó—. Se ha ido y me ha dejado esperándolo, de una manera muy extraña. ¿No la he visto antes?

—Una vez... si no estaba ciego —replicó la señorita Wren; la frase condicional en tono muy bajo.

—Jugaba a no sé qué en la azotea de la casa. Lo recuerdo. ¿Cómo está su amiga?

—Tengo más de una amiga, señor, o al menos eso espero —repuso la señorita Wren—. ¿Cuál de ellas?

—Tanto da —dijo el señor Fledgeby cerrando un ojo—. Cualquiera de sus amigas, todas sus amigas. ¿Van tirando?

Un tanto desconcertada, la señorita Wren hizo oídos sordos a la broma y se sentó en un rincón, detrás de la puerta, con su cestillo en el regazo. Al final, rompiendo un largo y paciente silencio, dijo:

—Le ruego me perdone, señor, pero estoy acostumbrada a encontrar siempre al señor Riah a esta hora, que es normalmente a la que vengo. Solo quería comprar mis pobres dos chelines de retales. A lo mejor sería usted tan amable de dejármelos coger, y volveré a mi trabajo.

—¿Dejarle que los coja? —dijo Fledgeby, volviéndose hacia ella; pues hasta ese momento había estado parpadeándole a la lumbre y palpándose la mejilla—. No se imaginará que tengo nada que ver con este sitio, ni con el negocio, ¿verdad?

—¡Suponerlo! —exclamó la señorita Wren—. Aquel día él dijo que usted era el dueño.

—¿Eso dijo ese viejo enlutado? ¿Eso dijo Riah? Bueno, dice cualquier cosa.

—Ya, pero usted también lo dijo —contestó la señorita Wren—. O al menos se comportó como si fuera el dueño, y no le contradijo al señor Riah.

—Una de sus tretas —dijo el señor Fledgeby, encogiéndose de hombros fría y desdeñosamente—. Se las sabe todas. Me dijo: «Acompáñeme a la azotea de la casa, señor, y le enseñaré a una chica guapa. Pero ¿puedo llamarle amo?». Así que subí con él a la azotea de la casa y me enseñó a la chica guapa (desde luego, era digna de verse) y me trató de amo. No sé por qué. Y creo que él tampoco. Le encantan las tretas por sí mismas, pues —

añadió el señor Fledgeby, tras buscar una expresión contundente— es el que más se las sabe todas de todos los que se las saben todas.

—¡Oh, mi cabeza! —exclamó la modista de muñecas, agarrándosela con ambas manos como si se le fuese a resquebrajar—. No habla en serio, ¿verdad?

—Ya lo creo, señorita —replicó Fledgeby—, claro que hablo en serio.

Esa actitud no era solo la deliberada política que seguía Fledgeby en caso de que le sorprendiera allí algún visitante, sino también una incisiva réplica al exceso de perspicacia de la señorita Wren, así como un simpático ejemplo de su humor en relación al judío. «Como judío, tiene mala fama, y cobra por tenerla, y yo quiero sacar todo el provecho a lo que le pago». Esa era la habitual reflexión de Fledgeby en lo tocante a su negocio, y ahora se agudizaba, pues el viejo se atrevía a tener secretos con él: aunque el secreto no fuera algo que desaprobara, pues molestaba a alguien que le desagradaba.

La señorita Wren ponía cara larga y seguía sentada detrás de la puerta, mirando pensativa al suelo, y un largo y paciente silencio se había vuelto a instalar entre ellos. En ese momento, la expresión del señor Fledgeby delató que a través de la parte superior de la puerta, que era de cristal, veía a alguien titubeando en la entrada del local. Al poco se oía un susurro y un golpecito, y a continuación más susurros y más golpecitos. Fledgeby no hizo caso, al final la puerta se abrió suavemente y asomó la cara marchita de un anciano simpático y menudo.

—¿El señor Riah? —dijo el visitante en un tono muy educado.

—Lo estoy esperando, señor —replicó el señor Fledgeby—. Ha salido y me ha dejado aquí. Volverá en cualquier momento. Quizá es mejor que se siente.

El caballero se sentó y se llevó la mano a la frente, como si estuviera de ánimo melancólico. El señor Fledgeby lo miró de soslayo, y pareció disfrutar con su actitud.

—Bonito día, ¿eh? —observó Fledgeby.

El caballero menudo y de cara marchita estaba tan sumido en sus abatidas reflexiones que no oyó el comentario hasta que el sonido de la voz de Fledgeby no se hubo apagado. Entonces dio un respingo y dijo:

—Le ruego que me perdone, señor. ¿Me ha dicho algo?

—He dicho —comentó Fledgeby, un poco más fuerte que antes—, que hace un bonito día.

—Le ruego que me perdone. Le ruego que me perdone. Sí.

El caballero de cara marchita se volvió a llevar la mano a la frente, y de nuevo pareció disfrutar Fledgeby con ello. Cuando el caballero dio un suspiro y abandonó aquella actitud, Fledgeby dijo con una sonrisa:

—El señor Twemlow, ¿verdad?

El anciano menudo pareció muy sorprendido.

—Tuve el placer de cenar con usted en casa de los Lammle —dijo Fledgeby—. Incluso tengo el honor de ser pariente suyo. Es de lo más inesperado encontrarnos en un sitio así; pero cuando entras en la City nunca se sabe con quién puedes tropezarte. Espero que goce de buena salud y todo le vaya bien.

Pudo haber cierta impertinencia en esas últimas palabras; por otro lado, quizá solo obedecían a la simpatía innata del señor Fledgeby. Este estaba sentado sobre un taburete, con un pie en el barrote de otro, y llevaba el sombrero puesto. El señor Twemlow se había descubierto la cabeza al asomar por la puerta, y así seguía.

El escrupuloso Twemlow, sabiendo lo que había hecho para frustrar al simpático Fledgeby, se sentía especialmente desconcertado por ese encuentro. Se encontraba todo lo incómodo que puede estar un caballero. Se sentía obligado a mostrarse envarado con Fledgeby, y le dirigió una distante inclinación de cabeza. Fledgeby empequeñeció aún más sus pequeños ojos para tomar especial nota de su actitud. La modista de muñecas seguía sentada en el rincón tras la puerta, con los ojos en el suelo y las manos cruzadas sobre el cestillo, con la muleta entre ellas, como si no prestara atención a cuanto ocurría.

—Tarda mucho —farfulló el señor Fledgeby, mirando su reloj—. ¿Qué hora tiene, señor Twemlow?

El señor Twemlow tenía las doce y diez, señor.

—Casi la misma —asintió Fledgeby—. Espero, señor Twemlow, que el motivo de su visita sea más agradable que el mío.

—Gracias, señor —dijo Twemlow.

Fledgeby volvió a empequeñecer una vez más sus ojos, mirando muy complacido a Twemlow, que con aire medroso daba unos golpecitos en la mesa con una carta doblada.

—Lo que sé de Riah —dijo Fledgeby, pronunciando su nombre con gran desdén— me lleva a creer que en esta tienda se tratan negocios desagradables. Siempre me ha parecido el usurero más agarrado y despiadado de Londres.

El señor Twemlow asintió a ese comentario con un leve y distante movimiento de cabeza. Era evidente que le ponía nervioso.

—Hasta tal punto —añadió Fledgeby— que, si no fuera por lealtad a un amigo mío, nadie me haría quedarme aquí a esperar ni un minuto más. Pero, cuando tienes amigos que sufren un revés, debes estar a su lado. Esa es mi opinión, y de acuerdo con ella actúo.

El equitativo Twemlow consideró que ese sentimiento, lo expresara quien lo expresara, exigía un cordial asentimiento.

—Tiene mucha razón, señor —repuso más animado—. Eso es obrar de manera generosa, como un hombre.

—Me alegro de que me dé su aprobación —contestó Fledgeby—. Es una coincidencia, señor Twemlow —en ese punto se bajó del taburete y avanzó hacia él— que los amigos en nombre de los cuales he venido sean los dueños de la casa en la que le conocí a usted. Los Lammle. Ella es una mujer muy atractiva y simpática, ¿verdad?

Un remordimiento de conciencia dejó pálido al amable Twemlow.

—Sí —dijo—, lo es.

—Y cuando esta mañana ha apelado a mí para que intentara cuanto estuviera en mi mano para apaciguar a su acreedor, este tal señor Riah... sobre el que desde luego tengo cierta influencia por haber intercedido a favor de otro amigo, pero ni mucho menos tanta como ella cree... cuando una mujer como ella me ha tratado de queridísimo señor Fledgeby y ha derramado lágrimas... bueno, ¿qué podía hacer?

Twemlow dijo entrecortadamente:

—No tenía más opción que venir.

—No tenía otra opción. Y he venido. Lo que no entiendo es por qué Riah —dijo Fledgeby, metiéndose las manos en los bolsillos y fingiendo sumirse en una profunda meditación— se ha puesto en pie de un salto cuando le he dicho que los Lammle le suplicaban que aplazara la ejecución del contrato de compra que tiene sobre todos sus efectos; ni por qué ha salido tan precipitadamente, diciendo que volvía enseguida; ni por qué me ha dejado aquí solo tanto rato.

El paladín Twemlow, Caballero del Corazón Sencillo, no estaba en condiciones de sugerir nada. Estaba demasiado arrepentido, sentía demasiados remordimientos. Por primera vez en la vida, había actuado bajo mano, y había obrado mal. En secreto se había entrometido en los asuntos de ese confiado joven, sin más razón que porque el proceder de ese joven era distinto del suyo.

Pero el confiado joven fue acumulando brasas al rojo sobre la sensible cabeza de Twemlow.

—Le ruego me perdone, señor Twemlow; ya ve que estoy al corriente de la naturaleza de los asuntos que se tratan aquí. ¿Hay algo que pueda hacer por usted? Usted fue educado como un caballero, no como un hombre de negocios —otro toque de posible impertinencia en este lugar—, y a lo mejor no es usted un buen hombre de negocios. ¡Qué otra cosa se puede esperar!

—Soy aún peor hombre de negocios que hombre a secas, señor —contestó Twemlow—, y no creo que se pueda expresar mi deficiencia de manera más contundente. La verdad es que todavía no he acabado de entender mi posición en el asunto que me ha traído aquí. Pero hay razones que me llevan a pensármelo mucho antes de aceptar su ayuda. Me siento muy, muy, muy reacio a aprovecharla. No la merezco.

¡Qué criatura tan bondadosa e infantil! ¡Condenada a pasar por el mundo por sendas tan angostas y tan mal iluminadas, y sin ver más que cuatro motitas o puntitos de luz por el camino!

—A lo mejor —dijo Fledgeby— su orgullo le impide abordar el tema... al haber recibido una educación de caballero.

—No es eso, señor —dijo Twemlow—, no es eso. Espero poder distinguir entre el falso orgullo y el orgullo verdadero.

—Yo no tengo el menor orgullo —dijo Fledgeby—, y a lo mejor no hilo

tan fino como para distinguir uno de otro. Pero sé que en este local todo hombre de negocios ha de aguzar el ingenio; y si el mío puede serle de ayuda, puede disponer de él.

—Es usted muy bueno —dijo Twemlow, titubeando—. Pero la verdad es que no me atrevo a...

—Sepa que no albergo la vanidad —prosiguió Fledgeby, mirándolo con hostilidad— de suponer que mi ingenio pueda serle de utilidad en sociedad, pero a lo mejor aquí sí. Usted cultiva la sociedad y la sociedad le cultiva a usted, pero el señor Riah no es la sociedad. En sociedad, al señor Riah se le da de lado, ¿no es cierto, señor Twemlow?

El señor Twemlow, muy agitado, con la mano aleteando delante de la frente, replicó:

—Muy cierto.

El confiado joven le rogaba que expusiera su caso. El inocente Twemlow, creyendo que lo que él pudiera revelar dejaría atónito a Fledgeby, y no concibiendo ni por un instante la posibilidad de que eso ocurriera cada día, sino más bien tratándolo como un terrible fenómeno que ocurriera tan solo en el curso de los siglos, le relató que a un amigo suyo —ahora ya fallecido—, un funcionario casado y con hijos, lo habían destinado a otra ciudad, y había necesitado dinero para mudarse, y que Twemlow «le había avalado con su nombre», con el resultado habitual, aunque casi increíble a ojos de Twemlow, de que a él le había tocado devolver el dinero que nunca había tenido. Le contó que en el curso de los años había reducido el monto pagando pequeñas sumas, «a base —dijo Twemlow—, de hacer siempre grandes economías, pues disfrutaba de una renta fija y limitada, y que además depende de la munificencia de cierto noble», y que siempre había ido pagando el interés a base de apretarse el cinturón. Que, en el curso del tiempo, había llegado a considerar esa única deuda de su vida como un regular inconveniente trimestral, y nada más, cuando «su nombre» había caído en poder del señor Riah, que le había mandado aviso de que cancelara la deuda pagándola de una sola vez, en una fuerte suma, o asumiera las terribles consecuencias. Todo eso, y también el vago recuerdo de que lo habían llevado a un despacho para «un reconocimiento de la deuda» (como recordaba que había sido la expresión), y que lo habían llevado a otro despacho, donde le hicieron un seguro de vida a favor de alguien que estaba de alguna manera relacionado

con el comercio de jerez, a quien recordaba por la singular circunstancia de que tenía que deshacerse de un Stradivarius y un retrato de la Virgen María, ^[31] constituía la esencia del relato del señor Twemlow. En el que acechaba la sombra del temible Snigsworth, al que los prestamistas observaban desde lejos en medio de la niebla, y que amenazaba a Twemlow con su bastón de mando de barón.

Todo ello el señor Fledgeby lo escuchó con la modesta seriedad pertinente en un joven de fiar que ya lo sabía todo de antemano, y cuando acabó la narración sacudió severamente la cabeza.

—No me gusta, señor Twemlow —dijo Fledgeby—. No me gusta que Riah exija el pago del monto principal. Si está decidido a hacerlo, habrá que pagarlo.

—¿Y suponiendo que no pueda pagarlo? —dijo Twemlow con la vista humillada.

—Entonces tendrá que ir, ya lo sabe.

—¿Ir? ¿Adónde? —preguntó Twemlow con un hilo de voz.

—A la cárcel —contestó Fledgeby.

A lo cual Twemlow apoyó su inocente cabeza en la mano y gimoteó un poco al pensar en la deshonra y la aflicción.

—No obstante —dijo Fledgeby, como si quisiera levantarle el ánimo—, esperemos que no haya que llegar a eso. Si me lo permite, cuando venga el señor Riah, le mencionaré quién es usted, y le diré que es mi amigo, y diré algo en su favor, en lugar de hacerlo usted mismo. A lo mejor lo hago en términos más propios de un hombre de negocios. ¿O considera que me tomo demasiadas libertades?

—Le doy repetidamente las gracias, señor —dijo Twemlow—. Pero soy muy, muy, muy reacio a aprovecharme de su generosidad, aunque tan desamparado estoy que he de ceder. Pues no puedo sino juzgar, por decirlo con las palabras más suaves, que no he hecho nada para merecerla.

—¿Dónde puede estar? —farfulló Fledgeby, mirando de nuevo el reloj—. ¿Dónde puede haber ido? ¿Alguna vez lo ve, señor Twemlow?

—Nunca.

—Tiene pinta de judío de pies a cabeza, pero aún es más judío cuando tratas con él. Lo peor es cuando calla. Si se queda tranquilo, hemos de considerarlo muy mal presagio. No le quite el ojo cuando entre, y si está tranquilo, es mejor que abandone toda esperanza. ¡Ahí viene! Se le ve tranquilo.

Con estas palabras, que tuvieron el efecto de sumir al inofensivo Twemlow en una dolorosa agitación, el señor Fledgeby se retiró a su lugar anterior, y el anciano entró en la contaduría.

—Caramba, señor Riah —dijo Fledgeby—. ¡Creía que se había perdido!

El anciano, al ver al desconocido, se quedó totalmente inmóvil. Intuyó que su amo estaba pensando las órdenes que iba a darle, y esperó a oírlas.

—La verdad es que pensaba que se había perdido, señor Riah —dijo Fledgeby—. Bueno, ahora que le veo... ¡no, no me diga que lo ha hecho! ¡No me diga que lo ha hecho!

Con el sombrero en la mano, el anciano levantó la cabeza y miró consternado a Fledgeby mientras se esforzaba por imaginar qué nueva carga moral tendría que soportar.

—No me diga que ha salido corriendo para que nadie se le adelantase y ejecutar el contrato de venta del señor Lammle —dijo Fledgeby—. Diga que no lo ha hecho, señor Riah.

—Lo he hecho, señor —replicó el anciano en voz baja.

—¡Por todos los santos! —exclamó Fledgeby—. ¡Vamos, hombre, vamos! ¡Caramba! Sabía que era usted muy duro, señor Riah, pero jamás me imaginé que llegara a ese extremo.

—Señor —dijo el anciano, con gran desazón—. He hecho lo que me han ordenado. Yo aquí no mando. No soy más que el agente de alguien superior a mí, y ni tengo poder ni elección.

—No diga eso —replicó Fledgeby, exultante por dentro cuando el anciano extendió las manos, con la acción de recular y defenderse de la poco halagüeña idea que pudieran hacerse de él los dos observadores—. No me venga con esas, señor Riah, que ya me sé la canción. Tiene usted el derecho a cobrar sus deudas, si está decidido a ello, pero no finja lo mismo que todos los que viven de este negocio. Al menos, no conmigo. ¿Por qué iba a hacerlo,

señor Riah? Ya sabe que lo sé todo de usted.

El anciano recogió el faldón de su largo abrigo con la mano que tenía libre, y le dirigió a Fledgeby una mirada de ansiedad.

—Y no —dijo Fledgeby—, se lo pido como un favor, señor Riah, no sea tan endiabladamente manso, porque ya sé lo que viene después. Mire, señor Riah. Este caballero es el señor Twemlow.

El judío se volvió hacia él y le dedicó una inclinación de cabeza. El corderito se la devolvió; cortés y aterrado.

—He fracasado de tal manera —añadió Fledgeby— intentando interceder con usted a favor de mi amigo Lammle, que prácticamente no albergo la menor esperanza de conseguir nada a favor de mi amigo (y de hecho pariente) el señor Twemlow. Pero creo que, si estuviera dispuesto a hacer un favor por alguien, sería por mí, y no quiero fracasar sin haberlo intentado, y además se lo he prometido al señor Twemlow. Señor Riah, este es el señor Twemlow. Siempre paga sus intereses, siempre a tiempo, siempre paga a su modesta manera. Veamos, ¿por qué acosa al señor Twemlow? ¿No puede tener ningún resentimiento contra él! ¿Por qué no mostrarse indulgente con él?

El anciano miró a los ojillos de Fledgeby buscando algún signo que le permitiera ser indulgente con el señor Twemlow; pero no lo halló.

—El señor Twemlow no es pariente suyo, señor Riah —dijo Fledgeby—. No es posible que quiera desquitarse de él por haber vivido como un caballero y a costa de su familia. Si el señor Twemlow desprecia los negocios, ¿qué puede importarle a usted?

—Perdóneme —interpuso la amable víctima—, pero yo no desprecio nada. Me parecería presunción.

—¡Ya lo ve, señor Riah! —dijo Fledgeby—. ¿No ha hablado bien? ¡Vamos! Lleguemos a un acuerdo en nombre del señor Twemlow.

El anciano volvió a buscar alguna señal que le autorizara a perdonar al pobre caballero. No. La intención del señor Fledgeby era torturarlo.

—Lo siento mucho, señor Twemlow —dijo Riah—. Tengo mis órdenes. No poseo autoridad para apartarme de ellas. Hay que pagar el dinero.

—¿Quiere decir todo y de una sola vez, señor Riah? —preguntó Fledgeby para que quedara bien claro.

—Todo, señor, y de una sola vez —fue la respuesta de Riah.

El señor Fledgeby negó con la cabeza en dirección a Twemlow, como si lo deplorara, y entre dientes expresó, en referencia a la venerable figura que estaba de pie ante él con la vista en el suelo:

—¡Qué monstruo de israelita está hecho!

—Señor Riah —dijo Fledgeby.

El anciano levantó los ojos una vez más hasta encontrarse con los del señor Fledgeby, aún con la esperanza de encontrar una señal de perdón.

—Señor Riah, de nada sirve ocultarlo. En el caso del señor Twemlow existe, en segundo plano, un personaje importante, y usted lo sabe.

—Lo sé —admitió el anciano.

—Y ahora me expresaré en términos puramente comerciales, señor Riah. ¿Está totalmente decidido (en términos puramente comerciales) a que ese gran personaje mencionado le ofrezca una garantía, o de lo contrario pague el dinero?

—Totalmente decidido —contestó Riah, leyendo la cara de su amo y conociendo su idioma.

—¿Sin importarle en lo más mínimo (hasta creo que lo disfruta) —dijo Fledgeby, con especial regodeo— la que se armará entre el señor Twemlow y el mencionado gran personaje?

Esa pregunta no pedía respuesta, y no la obtuvo. El pobre señor Twemlow, que había delatado los más intensos terrores imaginarios desde que el noble pariente asomara en el horizonte, se levantó con un suspiro para despedirse.

—Se lo agradezco mucho, señor —dijo, ofreciéndole a Fledgeby su mano febril—. Me ha hecho un favor inmerecido. ¡Gracias, gracias!

—No hay de qué —respondió Fledgeby—. Hasta ahora he fracasado, pero me quedo, y lo intentaré otra vez con el señor Riah.

—No se engañe, señor Twemlow —dijo el judío, dirigiéndose directamente a él por primera vez—. Para usted no hay esperanza. No espere lenidad. Debe pagarlo todo, y no se retrase, o se le cobrarán elevados recargos. No confíe en mí, señor. Dinero, dinero, dinero.

Cuando hubo dicho esas palabras de manera enfática, devolvió la inclinación de cabeza, todavía cortés, del señor Twemlow, y ese simpático don nadie se marchó con el ánimo por los suelos.

Fascinación Fledgeby estaba tan alegre cuando el señor Twemlow se fue de la contaduría que no pudo evitar dirigirse a la ventana, apoyar los brazos en el marco de la persiana y soltar una silenciosa carcajada de espaldas a su subordinado. Cuando, con el semblante más serio, se dio la vuelta, su subordinado seguía en el mismo lugar, y la modista de muñecas se hallaba sentada detrás de la puerta con una expresión de horror.

—¡Hola! —exclamó el señor Fledgeby—. Se olvidaba de esta señorita, señor Riah, que lleva un buen rato esperando. Véndale sus retales, por favor, y dele una buena cantidad, si es que por una vez se ve capaz de ser generoso.

Se quedó mirando cómo el judío llenaba el cestillo con los retales que ella solía comprar; pero, como le entró de nuevo el ramalazo alegre, se vio obligado a volverse de nuevo hacia la ventana y apoyar los brazos en la persiana.

—Toma, mi Cenicienta querida —dijo el anciano en un susurro, y con una expresión de cansancio—, ya tienes el cesto lleno. ¡Bendita seas! ¡Vete!

—No me llame Cenicienta querida —replicó la señorita Wren—. ¡Madrina cruel!

Le sacudió su enfático índice en la cara al marcharse, con la misma severidad y reproche con que se lo había agitado siempre al repelente niño grande que tenía en casa.

—¡Ya no es usted la madrina! —dijo—. ¡Es el lobo del bosque! ¡El lobo malvado! ¡Y si alguna vez venden o traicionan a mi querida Lizzie, sabré quién lo hizo!

Capítulo XIV

El señor Wegg se prepara para agarrar por las narices al señor Boffin

El señor Venus, tras haber asistido a unas cuantas exposiciones más de las vidas de los avaros, se hizo casi indispensable en las veladas de La Enramada. La circunstancia de que alguien más escuchara los prodigios relatados por Wegg, o, de hecho, que alguien más calculara las guineas halladas en teteras, chimeneas, estantes y comederos, y otros bancos similares, parecía hacer disfrutar mucho más al señor Boffin; mientras que Silas Wegg, por su parte, aunque poseído de un temperamento celoso que, en circunstancias ordinarias, se hubiera tomado a mal la presencia del anatomista, hasta tal punto deseaba no perder de vista a este caballero —temiendo que, de pasar demasiado tiempo a solas, sintiera la tentación de hacer alguna jugarreta con el documento que poseían— que no perdía oportunidad de elogiarlo delante del señor Boffin como alguien cuya compañía era muy solicitada. El señor Wegg también le gratificaba con otra demostración de amistad. Tras finalizar cada sesión de lectura, una vez el patrón se había marchado, el señor Wegg invariablemente acompañaba al señor Venus a su casa. Y naturalmente, cada vez solicitaba que le permitieran ver de nuevo el documento cuya propiedad compartían; pero nunca dejaba de comentar que el gran placer que le proporcionaba la aleccionadora compañía del señor Venus era lo que volvía a atraerle, de manera inconsciente, hacia Clerkenwell, y que, sintiéndose atraído una vez más hacia ese lugar por la sociabilidad del señor V., le rogaba que le permitiera, por cortesía, llevar a cabo esa observación al margen.

—Pues sé muy bien —añadía el señor Wegg— que un hombre de una mente tan escrupulosa como la suya desea que todo se verifique a la menor oportunidad, y no soy yo quién para contrariar sus sentimientos.

En aquella época, se podía percibir perfectamente en el señor Venus una cierta irritabilidad y, por mucho que el señor Wegg lo enjabonara, mostraba una actitud envarada y rezongona. Durante su asistencia a las veladas

literarias, el señor Venus incluso llegó al extremo, en dos o tres ocasiones, de corregir al señor Wegg cuando este pronunció mal alguna palabra o leyó un pasaje de manera que no tuviera sentido; hasta el punto de que el señor Wegg dio en inspeccionar el camino durante el día, a fin de rodear las piedras que pudiera haber, en lugar de lanzarse directamente contra ellas. Se mostraba cauto con la menor referencia anatómica, y, si veía algún hueso en su camino, era capaz de dar un gran rodeo antes de mencionar su nombre.

El adverso destino quiso que, una noche, la bamboleante barca del señor Wegg se viera asediada de polisílabos y zarandeada en medio de un archipiélago de palabras difíciles. Se hacía necesario sondar a cada minuto y tantear el terreno con la mayor precaución, lo que concentraba toda la atención del señor Wegg. El señor Venus se aprovechó de ese dilema para entregarle un trocito de papel al señor Boffin, hecho lo cual se llevó el dedo a los labios.

Cuando el señor Boffin llegó a su casa descubrió que el papel contenía la tarjeta del señor Venus y estas palabras: «Me gustaría que me honrara con una visita para tratar de un asunto referente a usted, más o menos al atardecer».

Al anoecer del día siguiente el señor Boffin observaba las ranas disecadas del escaparate del señor Venus, y este advertía la presencia del señor Boffin con la presteza de alguien que está ojo avizor, y le hacía señas al caballero para que entrara. Respondiendo a la invitación, el señor Boffin fue invitado a sentarse sobre la caja de misceláneas humanas situada ante la lumbre, y así lo hizo, mirando a su alrededor con ojos llenos de asombro. Como la lumbre era escasa e intermitente, y el crepúsculo sombrío, todo lo que allí había parecía guiñar y parpadear los dos ojos, tal como hacía el señor Venus. El caballero francés, aunque no tenía ojos, no iba a la zaga, pero a medida que las llamas subían y bajaban parecía abrir y cerrar sus no ojos con la regularidad de los perros, los patos y los pájaros de ojos de cristal. Los bebés de grandes cabezas colaboraban por igual, aportando su grotesca contribución al efecto general.

—Como ve, señor Venus, he venido enseguida —dijo el señor Boffin—. Aquí estoy.

—Aquí está usted, señor —asintió el señor Venus.

—No me gusta el secreteo —añadió el señor Boffin—, al menos no como norma general, pero creo que me va a demostrar que tiene una buena razón

para ir con secretos.

—Creo que sí, señor —repuso Venus.

—Bien —dijo el señor Boffin—. Doy por sentado que no esperamos a Wegg.

—No, señor. No espero a nadie más que a los presentes.

El señor Boffin miró a su alrededor, como aceptando con esa denominación al caballero francés y al círculo en el que no se movía, y repitió:

—Los presentes.

—Señor —dijo Venus—, antes de entrar en materia, tendré que pedirle que me dé su palabra de honor de que considerará una confidencia lo que voy a decirle.

—Tomémonos un momento antes de ver lo que significa esa expresión —contestó el señor Boffin—. Una confidencia ¿por cuánto tiempo? ¿Una confidencia para siempre jamás?

—Entiendo lo que insinúa —dijo Venus—. Piensa que, cuando sepa de qué asunto se trata, podría no ser capaz de considerarlo confidencial.

—Es posible —dijo el señor Boffin con una mirada cauta.

—Cierto, señor. Bueno —observó Venus, tras agarrarse el pelo polvoriento para aclararse las ideas—, expresémoslo de otro modo. Le voy a desvelar la cuestión, confiando en su palabra de honor de que no hará nada ni mencionará mi relación con el asunto sin que yo lo sepa.

—Eso parece justo —dijo el señor Boffin—. Estoy de acuerdo.

—¿Tengo su palabra de honor, señor?

—Mi buen amigo —repuso el señor Boffin—, tiene mi palabra; y cómo podría tenerla, si no la acompañara también mi honor. He escarbado mucha basura en mi vida, pero nunca he visto que esas dos cosas vayan en montones separados.

Esa observación dio la impresión de avergonzar al señor Venus. Vaciló y dijo:

—Muy cierto, señor —antes de retomar el hilo de su discurso—. Señor

Boffin, si le confieso que participé en un plan tramado en su contra, y que eso no debería haber ocurrido, me permitirá mencionar, y por favor tómelo como un factor en mi descargo, que en aquella época me hallaba en un estado de ánimo lamentable.

El Basurero de Oro, con las manos entrelazadas sobre su recio bastón, la barbilla apoyada en ellas, y con una mirada entre enigmática y furtiva, asintió y dijo:

—Muy bien, Venus.

—Ese plan consistía en una conspiración que suponía tal abuso de su confianza que debería habérselo hecho saber enseguida. Pero no lo hice, señor Boffin, y accedí a participar.

Sin mover ni un ojo ni un dedo, el señor Boffin volvió a asentir, y repitió plácidamente:

—Muy bien, Venus.

—Tampoco es que me entusiasmara mucho, señor —añadió el arrepentido anatomista—, ni que no me reprochara haber abandonado los caminos de la ciencia por los del... —iba a decir «deshonor», pero, no queriendo mostrarse demasiado severo consigo mismo, con gran énfasis cambió la palabra por—: Weggerismo.

Tan plácido y enigmático como antes, el señor Boffin respondió:

—Muy bien, Venus.

—Y ahora, señor —dijo Venus—, tras haberle hecho un avance preliminar, le expondré los detalles.

Y tras ese breve exordio profesional, relató fielmente la historia del movimiento amistoso. Cualquiera habría esperado que eso provocara alguna muestra de sorpresa o cólera u otra emoción en el señor Boffin, pero solo provocó el mismo comentario de antes:

—Muy bien, Venus.

—¿Le he sorprendido, señor? —dijo Venus, interrumpiéndose vacilante.

El señor Boffin simplemente respondió lo de antes:

—Muy bien, Venus.

Ahora era el otro el que estaba sorprendido. No obstante, no duró mucho. Pues cuando Venus pasó a relatar el descubrimiento de Wegg, y cómo habían visto al señor Boffin desenterrando la botella holandesa, este caballero cambió de color y de actitud, se le vio en extremo inquieto y acabó (cuando Venus acabó) en un estado de manifiesta angustia, temor y confusión.

—Y ahora, señor —dijo Venus como remate—, usted mejor que nadie sabe lo que había en esa botella holandesa, y por qué la desenterró y se la llevó. Yo no pretendo saber más de lo que vi. Todo lo que sé es esto: estoy orgulloso de mi profesión, después de todo (aunque me ha acontecido un terrible revés que ha afectado a mi corazón, y casi a mi esqueleto), y mi intención es vivir de ella. Expresándolo de otro modo, no tengo intención de obtener ni un penique deshonesto de este asunto. La mejor manera de enmendar el hecho de haber participado en él es hacerle saber, como advertencia, lo que ha encontrado Wegg. Mi opinión es que el silencio de Wegg no será barato, y baso esta opinión en que en el momento en que supo cuánto poder eso le proporcionaba comenzó a disponer de su propiedad. Si le merece la pena silenciarlo a cualquier precio, lo decidirá usted mismo, y tomará las medidas correspondientes. En cuanto a mí, yo no tengo precio. Si alguna vez me llaman para que cuente la verdad, la contaré, pero no quiero hacer más de lo que he hecho hasta ahora.

—¡Gracias, Venus! —dijo el señor Boffin, agarrándole efusivamente la mano—. ¡Gracias, Venus, gracias! —Y a continuación se puso a pasearse por la tienducha con gran agitación—. Pero fíjese, Venus —añadió al final, volviéndose a sentar nerviosamente—, si tengo que comprar a Wegg, no me saldrá más barato porque usted no participe. En lugar de que él se quede la mitad del dinero... ¿Iba a ser la mitad, supongo? ¿Partes iguales?

—Iba a ser la mitad, señor —contestó Venus.

—En lugar de eso, ahora lo tendrá todo. Le pagaré lo mismo, si no más. Pues usted me dice que es un perro sin escrúpulos, un bribón codicioso.

—Lo es —dijo Venus.

—¿No cree, Venus —insinuó el señor Boffin, tras mirar un rato el fuego—, no le parece que... podría usted fingir seguir en el asunto, y luego aliviar su conciencia devolviéndome lo que le había hecho creer que se embolsaba?

—No, señor —replicó Venus, muy convencido.

—¿Ni para reparar lo que ha hecho? —insinuó el señor Boffin.

—No, señor. Creo, después de darle muchas vueltas, que la mejor manera de enmendarme por haber abandonado el camino recto es volver a él.

—¡Caramba! —meditó el señor Boffin—. Cuando dice el camino recto, se refiere...

—Me refiero al buen camino —dijo Venus de manera lacónica y enérgica.

—Me parece que el buen camino —dijo el señor Boffin, gruñendo sobre la lumbre con aire ofendido—, si está en alguna parte, es conmigo. Tengo mucho más derecho al dinero del viejo del que pueda llegar a tener la Corona. ¿Qué le importaba a él la Corona, como no fuera por los impuestos que pagaba? Mientras que nosotros, mi mujer y yo, lo éramos todo para él.

El señor Venus, con la cabeza sobre las manos, dejó traslucir cierta tristeza al contemplar la avaricia del señor Boffin, y tan solo murmuró, sumiéndose en el goce de ese estado de ánimo:

—Ella no deseaba verse ni que la consideraran bajo esa luz.

—¿Y cómo voy a vivir —preguntó el señor Boffin como dando lástima— si he de ir comprando gente con lo poco que tengo? ¿Y cómo he de hacerlo? ¿Cuándo habrá de estar el dinero preparado? ¿Cuándo he de hacerle una oferta? No me ha dicho cuándo va a caer sobre mí la amenaza.

Venus le explicó en qué condiciones, y por qué motivos, aquella amenaza no caería sobre él hasta que no se llevaran los montículos. El señor Boffin escuchó atentamente.

—Supongo —dijo, con algo de esperanza—, que no existen dudas acerca de la autenticidad y fecha de ese maldito testamento.

—Ninguna —dijo el señor Venus.

—¿Y dónde podría hallarse en este momento? —preguntó el señor Boffin, en tono adulator.

—Está en mi poder, señor.

—¿De verdad? —exclamó el señor Boffin con gran ansia—. Y ahora, por cualquier generosa suma de dinero que acordemos, ¿lo arrojaría al fuego, Venus?

—No, señor, no lo haría —interrumpió el señor Venus.

—¿Ni me lo entregaría?

—Eso sería lo mismo. No, señor —dijo el señor Venus.

El Basurero de Oro parecía estar a punto de seguir con su interrogatorio cuando se oyeron unos fuertes golpes que avanzaban hacia la puerta.

—¡Chitón! ¡Es Wegg! —dijo Venus—. Colóquese detrás del cocodrilo del rincón, señor Boffin, y juzgue usted mismo. No encenderé ninguna vela hasta que se vaya; hasta entonces solo iluminaré la lumbre. Wegg ha visto muchas veces el cocodrilo, y no le prestará mucha atención. Encoja las piernas, señor Boffin, porque puedo ver un par de zapatos al extremo de la cola. Oculte bien la cabeza detrás de su sonrisa, señor Boffin, y estará cómodo. Detrás de su sonrisa encontrará mucho espacio. Está un poco polvoriento, pero tiene un color que se parece al suyo. ¿Está bien, señor?

El señor Boffin acababa de susurrar una respuesta afirmativa cuando Wegg entró con su pata de palo.

—Socio —dijo el caballero en tono jovial—. ¿Cómo está?

—Tirando —repuso el señor Venus—. Nada de qué presumir.

—¡Vaya! —dijo Wegg—. Siento, socio, que no se recupere más deprisa, pero es que tiene un alma demasiado grande para su cuerpo, eso es lo que pasa. ¿Y cómo está nuestra mercancía? ¿Sana y salva, socio? ¿Es así?

—¿Desea verla? —preguntó Venus.

—Si usted quiere, socio —dijo Wegg, frotándose las manos—. Deseo verlo en su compañía. O, en palabras parecidas a las que tiempo atrás se musicearon:

Deseo que tus ojos lo vean
y que los míos digan: «Así sea».

Dándole la espalda y haciendo girar una llave, el señor Venus sacó el documento, sujetándolo por la punta de siempre. El señor Wegg lo cogió por la punta opuesta, se sentó en el asiento que acababa de dejar libre el señor Boffin y lo examinó.

—Muy bien, señor —admitió lentamente, a regañadientes, y en su renuencia aflojó los dedos que sostenían el papel—. ¡Muy bien!

Y miró avariciosamente a su socio cuando este volvió a darle la espalda e hizo girar de nuevo la llave.

—Sin novedad, supongo —dijo Venus, volviendo a sentarse en la silla baja que había detrás del mostrador.

—Sí que hay novedad —replicó Wegg—. Esta mañana ha ocurrido algo. Ese astuto viejo, el avaricioso y tacaño...

—¿El señor Boffin? —preguntó Venus, dirigiendo una mirada hacia la sonrisa de uno o dos metros del cocodrilo.

—¡De señor, nada! —exclamó Wegg, cediendo a su honesta indignación—. Boffin. El basurero Boffin. Ese astuto viejo, el avariento y miserable, señor, esta mañana me manda a La Enramada a un lacayo suyo, un joven llamado Fangoso, para que trabaje en ella. Y caramba, cuando le digo: «¿Qué quiere, joven? Esto es un patio privado», me saca un papel del otro esbirro de Boffin, ese por cuya culpa me dieron de lado. «Este documento autoriza a Fangoso a supervisar la carga de los carros y a vigilar el trabajo». Eso es pasarse de rosca, ¿no cree, señor Venus?

—Recuerde que aún no está al tanto de nuestros derechos sobre la propiedad —sugirió Venus.

—Entonces hay que lanzarle una indirecta —dijo Wegg—, y contundente, para que se le meta un poco el miedo en el cuerpo. Dele una mano y se tomará el brazo. Si ahora no le llamamos la atención, ¿qué será lo siguiente que haga con nuestra propiedad? Le diré una cosa, señor Venus. La cosa está así: o le canto las cuarenta a Boffin o estallo. Cuando le miro no puedo contenerme. Cada vez que le veo meterse la mano en el bolsillo, es como si me la metiera en mi bolsillo. Cada vez que le oigo tintinear su dinero, es como si se tomara libertades con el mío. Ni mi carne ni mi sangre pueden soportarlo. No —dijo el señor Wegg, de lo más exasperado—, e iré más allá: ¡ni mi pata de palo puede soportarlo!

—Pero señor Wegg —lo instó Venus—, fue idea suya no soltárselo hasta que no se hubieran llevado los montículos.

—Pero también fue idea mía, señor Venus —repuso Wegg—, que si venía a hurgar y a husmear por la propiedad se le amenazase, se le diese a entender que no tenía derecho, y se le convirtiera en nuestro esclavo. ¿No fue esa mi idea, señor Wegg?

—Desde luego que lo fue, señor Wegg.

—Desde luego que lo fue, como ha dicho usted, socio —asintió Wegg, de mejor humor por lo pronto que Venus lo había admitido—. Muy bien. Considero que el hecho de enviar a uno de sus lacayos al patio es un ejemplo de hurgar y husmear. Y por ello lo voy a agarrar por las narices.

—No fue culpa suya, señor Wegg, lo admito —dijo Venus—, que aquella noche se llevase la botella holandesa.

—¡Y vuelve usted a hablar muy bien, socio! No, no fue culpa mía. Yo le habría quitado esa botella. ¿Había que soportar que se presentara, como un ladrón en la noche, escarbando en aquellos montículos que eran mucho más nuestros que suyos (considerando que podríamos despojarlo de todo, si no nos paga lo que le pidamos) y se llevara el tesoro de sus entrañas? No, eso no se podía soportar. Y también por eso le agarraré por la nariz.

—¿Cómo se propone hacerlo, señor Wegg?

—¿Lo de agarrarlo por la nariz? Me propongo insultarlo abiertamente —replicó ese hombre estimable—. Y si me mira a los ojos y se atreve a contestarme, le replicaré antes de que pueda recobrar el aliento: «Si añade otra palabra a lo dicho, perro miserable, le convierto en mendigo».

—Suponga que no dice nada, señor Wegg.

—Entonces —contestó Wegg— llegaremos a un acuerdo sin demasiados problemas, y le domaré y le dominaré, señor Venus. Le pondré los arreos, y lo ataré corto, lo domaré y lo dominaré. Cuanto más se domine al viejo Basurero, más pagará. Y quiero que pague mucho, señor Venus, se lo prometo.

—Sus palabras son muy vengativas, señor Wegg.

—¿Vengativas, señor? ¿No fue por él que me pasé noche tras noche con la decadencia y caída? ¿No ha sido por él que me he quedado esperando en casa por las noches, como si fuera un conjunto de bolos, a que me levantaran y me derribaran, me levantaran y me derribaran, con cualquier bola... o libro... que decidiera lanzar contra mí? ¡Soy cien veces más hombre que él, señor! ¡Quinientas veces!

Venus lo miró como si no acabara de creérselo, quizá fue con la maliciosa intención de sacar lo peor de Wegg.

—¿Qué? ¿Acaso no era delante de la casa en la actualidad ocupada, para deshonor de esta, por el favorito de la fortuna y el gusano del momento —dijo Wegg, regresando a sus palabras reprobatorias más duras y dando una palmada sobre el mostrador—, donde yo, Silas Wegg, quinientas veces más hombre que él, me sentaba lloviera o hiciera sol, a la espera de un recado o un cliente? ¿No fue delante de esa casa donde lo vi por primera vez, mientras él vivía a cuerpo de rey y yo vendía baladas a medio penique para ganarme la vida? ¿Y he de humillarme en el polvo para que él me pase por encima? ¡No!

Por influencia de la lumbre, asomaba una sonrisa sobre el espectral semblante del caballero francés, como si calculara cuántos miles de calumniadores y traidores se alineaban en contra del favorito de la fortuna siguiendo unos razonamientos idénticos a los del señor Wegg. Se podría haber pensado que esos bebés cabezones iban a perder el equilibrio en sus hidrocefálicos intentos de calcular cuántos hijos de los hombres transforman a sus benefactores en ofensores mediante el mismo proceso. Al metro o dos de sonrisa del cocodrilo se le podría haber investido el significado de: «Todo esto se sabía perfectamente en las profundidades del limo, hace siglos».

—Pero —dijo Wegg, quizá percibiendo ligeramente el efecto anterior— su expresivo rostro me dice, señor Venus, que hoy estoy más lúgubre y brutal que de costumbre. Quizá me he permitido meditar demasiado. ¡Fuera, lúgubres pensamientos! Ya se han ido, señor mío. Ha sido mirarle a usted y recuperar el dominio de mí mismo. Pues, como dice la canción, y corriójame si me equivoco, señor:

Cuando la pesadumbre oprime el corazón,
se disipa la niebla si Venus aparece.
Como las notas de un violín, con su dulce son,
los espíritus anima y los oídos seduce.

»Buenas noches, señor.

—Quería comentarle una cosa, señor Wegg —observó Venus— acerca de mi participación en el proyecto del que hemos hablado.

—Mi tiempo es suyo, señor —repuso Wegg—. Mientras tanto, que quede bien entendido que no voy a renunciar a preparar esta mano para agarrar bien con ella las narices del Basurero Boffin. Y cuando la tenga bien agarrada, señor Venus, no la soltaré hasta que no quede fina como un papel.



MR. WEGG PREPARES A GRINDSTONE FOR MR. BOFFIN'S NOSE.

Con tan agradable promesa, Wegg salió y cerró la puerta de la tienda tras él.

—Espere a que encienda una vela, señor Boffin —dijo Venus—, y podrá salir más fácilmente.

Encendió una vela y extendió el brazo, con lo que el señor Boffin abandonó la compañía del cocodrilo con un semblante tan abatido que no solo parecía que el cocodrilo era el único que había entendido el chiste, sino que además lo había concebido y ejecutado a expensas del señor Boffin.

—Ese tipo es un traidor —dijo el señor Boffin, despolvorándose los brazos y las piernas al avanzar, pues el cocodrilo había sido una compañía bastante mohosa—. Es un tipo espantoso.

—¿El cocodrilo, señor? —dijo Venus.

—No, Venus, no. La Serpiente.

—Tendrá la bondad de observar, señor Boffin —dijo Venus— que no le he comentado mi abandono de nuestro plan porque no deseaba bajo ningún concepto pillarle a usted por sorpresa. Pero voy a abandonarlo lo antes posible, señor Boffin, y ahora le pregunto a usted cuándo le conviene más que me retire de ese complot.

—Gracias, Venus, gracias. Pero no sé qué decirle —replicó el señor Boffin—, no sé qué decirle. Caerá sobre mí de todos modos. Parece completamente decidido, ¿verdad?

El señor Venus opinó que esa era exactamente su intención.

—Si siguiera implicado en el plan —dijo el señor Boffin—, sería una especie de protección para mí. Podría interponerse entre él y yo, podría calmarlo un poco. ¿No le parece, Venus, que podría fingir que sigue en el plan, hasta que yo sepa cómo actuar?

Naturalmente, Venus preguntó cuánto pensaba que tardaría el señor Boffin en saber cómo actuar.

—La verdad es que lo ignoro —fue la respuesta, sin saber qué decir—. Ahora estoy hecho un lío. Si la fortuna no hubiera llegado a mí, no me habría importado. Pero ahora que la tengo en mis manos, sería muy duro perderla. ¿No está de acuerdo conmigo, Venus?

El señor Venus dijo que prefería que el señor Boffin llegara a sus propias conclusiones sobre tan delicado asunto.

—La verdad es que no sé qué hacer —dijo el señor Boffin—. Si le pido ayuda a alguien, entonces es uno más al que tengo que comprar, y eso sería mi ruina, y lo mismo me daría renunciar a mi fortuna e irme al asilo de pobres. Si le pidiera consejo a mi secretario, Rokesmith, entonces tendría que comprarlo a él. Y tarde o temprano, claro, caería sobre mí, como Wegg. Al parecer, he venido a este mundo para que todos caigan sobre mí.

El señor Venus escuchó esas lamentaciones en silencio, mientras el señor Boffin se movía a un lado y a otro, agarrándose los bolsillos como si le dolieran.

—Después de todo, no me ha dicho cómo piensa obrar usted, Venus. Cuando abandone este plan, ¿qué piensa hacer?

Venus replicó que, ya que Wegg había encontrado el documento y se lo había entregado a él, su intención era devolvérselo a Wegg, declarándole que no quería saber nada del asunto ni intervenir en él, y que Wegg actuase como quisiese y se atuviera a las consecuencias.

—¡Y entonces caerá sobre mí con todas sus fuerzas! —exclamó el señor Boffin, compungido—. ¡Preferiría que fuera usted el que cayera sobre mí,

incluso los dos juntos, que él solo!

El señor Venus tan solo repitió que tenía la firme intención de entregarse a los caminos de la ciencia, y no salirse de ellos en todos los días de su vida; y que nada quería saber de caer sobre sus semejantes a menos que estuviesen muertos, y entonces solo para articularlos como mejor supiese.

—¿Hasta cuándo podría yo convencerle de seguir en el asunto? —preguntó el señor Boffin, pasando a esa otra posibilidad—. ¿Podría fingir hasta que se hayan llevado los montículos, por ejemplo?

No. Eso alargaría demasiado tiempo la desazón del señor Venus, dijo este.

—¿Y si yo le diera una buena razón? —preguntó el señor Boffin—. ¿Y si yo le diera una razón buena y suficiente?

Si por buena y suficiente el señor Boffin quería decir honesta e intachable, eso podría contrarrestar los deseos y la conveniencia del señor Venus. Pero debía añadir que no imaginaba cuál podía ser esa razón.

—Venga a verme a mi casa —dijo el señor Boffin.

—¿Está ahí la razón, señor? —preguntó el señor Venus, con una sonrisa y un pestañeo de incredulidad.

—Puede que sí y puede que no —dijo el señor Boffin—, eso lo verá usted. Pero mientras tanto siga en ello. Mire. Haga lo siguiente. Deme su palabra de que no hará nada con Wegg sin mi conocimiento, igual que yo le he dado la mía de que no haría nada sin el suyo.

—¡Hecho, señor Boffin! —dijo Venus tras pensárselo un momento.

—¡Gracias, Venus, gracias! ¡Hecho!

—¿Cuándo vengo a verle, señor Boffin?

—Cuando quiera. Cuanto antes, mejor. Ahora he de irme. Buenas noches, Venus.

—Buenas noches, señor.

—Y buenas noches a todos los presentes —dijo el señor Boffin, mirando a su alrededor—. Son un espectáculo de lo más singular, Venus, y algún día me gustaría conocerlos mejor. ¡Buenas noches, Venus, buenas noches! ¡Gracias, Venus, gracias!

Dicho esto, salió a la calle y se encaminó a su casa.

«Lo que ahora me pregunto —meditaba al caminar, con el bastón en el regazo—, es si ese Venus no se propondrá jugársela a Wegg. Si no se propondrá, cuando le haya pagado a Wegg, tenerme solo para él y dejarme sin blanca».

Era una idea astuta y suspicaz, muy en la línea de su escuela de avaros, y mientras recorría las calles ponía una expresión astuta y suspicaz. Más de un par de veces, y más de tres, pongamos media docena, se quitaba el bastón del brazo y daba unos bruscos golpes en el aire con la empuñadura. Posiblemente el inexpresivo semblante del señor Silas Wegg estaba incorpóreo ante él en esos momentos, pues golpeaba con intensa satisfacción.

Estaba a pocas calles de su casa cuando un pequeño carruaje privado que venía en dirección contraria pasó a su lado, dio media vuelta y le rebasó. Era un carruaje de movimiento excéntrico, pues de nuevo lo oyó parar a su espalda y dar media vuelta, y de nuevo vio cómo lo adelantaba. A continuación se detuvo, reemprendió la marcha y desapareció. Pero no se alejó mucho, pues, cuando el señor Boffin llegó a la esquina de su calle, ahí estaba de nuevo.

Cuando llegó hasta donde estaba el carruaje, vio en la ventanilla la cara de una dama, y pasaba de largo cuando la mujer lo llamó en voz baja por su nombre.

—Le ruego me perdone, señora —dijo el señor Boffin, deteniéndose.

—Soy la señora Lammle —dijo la dama.

El señor Boffin se acercó a la ventanilla y cortésmente se interesó por su salud.

—No me encuentro muy bien, mi querido señor Boffin; me he dejado llevar, quizá absurdamente, por un estado de desasosiego y angustia. Llevo un buen rato esperándolo. ¿Puedo hablar con usted?

El señor Boffin le propuso que se acercara a su casa con el coche, que estaba a unos cuantos centenares de metros de allí.

—Preferiría que no, a menos que lo desee por algún motivo especial. Es tan difícil y delicado el asunto que preferiría evitar hablarle en su casa. ¿Le parece raro todo esto?

El señor Boffin dijo que no, aunque pensara que sí.

—Agradezco tanto la buena opinión que tienen de mí todos mis amigos, y me conmueve tanto, que no soporto correr el riesgo de perderla, aun cuando sea para cumplir un deber. Le he preguntado a mi marido (mi querido Alfred, señor Boffin) si eso le parecía un deber, y con gran énfasis me ha dicho que sí. Ojalá se lo hubiera preguntado antes. Me habría ahorrado mucho malestar.

(«¿Será posible que me caiga encima algo más?», se dijo el señor Boffin, bastante perplejo).

—Ha sido Alfred quien me ha enviado a verle, señor Boffin. Alfred dijo: «No vuelvas, Sophronia, hasta que no hayas visto al señor Boffin y se lo hayas contado. Da igual lo que piense del asunto, pero desde luego debe saberlo». ¿Le importaría entrar en el coche?

El señor Boffin respondió:

—En absoluto.

Y se sentó al lado de la señora Lammle.

—Conduce despacio a donde sea —le dijo la señora Lammle al cochero—, y que el carruaje no traquantee.

«Creo que me va a caer encima algo más —se dijo el señor Boffin—. ¿Qué será ahora?»

Capítulo XV

El Basurero de Oro en sus horas más bajas

A la hora de desayunar, la mesa del señor Boffin generalmente era muy agradable, y siempre la presidía Bella. En el caso del Basurero de Oro, como si cada nuevo día lo comenzara con su sano carácter natural y necesitara estar despierto unas cuantas horas para regresar a la corruptora influencia de su fortuna, nada ensombrecía su cara ni su humor a esa hora temprana. En esos momentos habría sido fácil creer que en él nada había cambiado. Era con el transcurrir del día que se formaban las sombras, y se oscurecía el brillo de la mañana. Se habría podido decir que las sombras de la avaricia y la desconfianza se alargaban con el alargarse de su propia sombra, y que la noche se cerraba gradualmente en torno a él.

Pero una mañana que se recordaría mucho tiempo después, era negra medianoche cuando el Basurero de Oro se presentó a desayunar. La transformación de su carácter nunca había sido tan evidente. Su comportamiento con el secretario fue tan insolente y arrogante que este se levantó y abandonó la mesa a medio desayunar. La mirada que el señor Boffin le dirigió al secretario fue tan astutamente maligna que Bella se habría quedado estupefacta e indignada aun cuando el señor Boffin no hubiese llegado al extremo de amenazar secretamente a Rokesmith con el puño cerrado cuando este cerró la puerta. Esa desdichada mañana, de todas las mañanas del año, fue la posterior a la entrevista del señor Boffin con la señora Lammle en el carruaje de esta.

Bella miró a la señora Boffin en busca de un comentario o una explicación al tormentoso humor de su marido, pero no encontró ni una cosa ni otra. Todo lo que pudo leer fue que ella la observaba con angustia y pesar. Cuando se quedaron las dos solas (cosa que no ocurrió hasta mediodía, pues el señor Boffin permaneció largo rato sentado en su sillón, de vez en cuando levantándose y recorriendo la sala de desayunar con el puño apretado y farfullando), Bella, consternada, le preguntó qué ocurría, qué iba mal.

—Se me ha prohibido contártelo, Bella querida; no debo decírtelo —fue todo lo que le respondió.

Y, sin embargo, cada vez que, presa del asombro y la consternación, levantaba los ojos hacia la señora Boffin, veía cómo esta la seguía observando con la misma angustia y pesar.

Abrumada por la sensación de que asomaban dificultades en el horizonte, y ensimismada en sus especulaciones de por qué la señora Boffin la miraba como si ella tuviera algo que ver en lo que ocurría, a Bella la mañana se le hizo larga y deprimente. Fue ya avanzada la tarde, hallándose Bella en su habitación, cuando un criado le llevó un mensaje del señor Boffin rogándole que fuera a verlo.

Encontró a la señora Boffin sentada en un sofá y a su marido trazando caminos en el suelo. Al ver a Bella se detuvo, le hizo seña de que se acercara y pasó el brazo de ella por el suyo.

—No te alarmes, querida —dijo amablemente—, no estoy enfadado contigo. ¡Pero si estás temblando! No te alarmes, querida Bella. Yo me encargaré de que se te dé una reparación.

«¿Una reparación?», se dijo Bella. Y en voz alta y tono de asombro repitió:

—¿Una reparación?

—¡Sí, sí! —dijo el señor Boffin—. Una reparación. Que venga el señor Rokesmith, señor.

Bella se habría quedado sumida en el desconcierto si hubiera habido pausa para ello; pero el criado encontró al señor Rokesmith enseguida, y este se presentó de inmediato.

—¡Cierre la puerta, señor! —dijo el señor Boffin—. Tengo que decirle algo que, imagino, no le gustará oír.

—Lamento responderle, señor Boffin, que es muy probable —contestó el secretario cuando, tras cerrar la puerta, se volvió y lo tuvo de cara.

—¿A qué se refiere? —le gritó el señor Boffin.

—Quiero decir que ya no es ninguna novedad oír de sus labios cosas que preferiría no oír.

—¡Oh! Pues a lo mejor es algo que podemos cambiar —dijo el señor Boffin, con un amenazador balanceo de cabeza.

—Eso espero —replicó el secretario.

Permaneció callado y respetuoso; aunque también, se dijo Bella (y le agradó pensarlo), sin perder su dignidad varonil.

—Y ahora, señor —dijo el señor Boffin—, fíjese en esta joven que llevo del brazo.

Cuando Bella oyó esa repentina referencia a su persona, levantó los ojos de manera involuntaria, y estos se toparon con los del señor Rokesmith, al que vio pálido y un tanto agitado. A continuación su mirada pasó a la señora Boffin, y vio en ella la misma expresión que antes. Y en un fogonazo eso la iluminó, y comenzó a entender lo que había hecho.

—Le digo, señor —repitió el señor Boffin—, que se fije en esta joven que llevo del brazo.

—Ya lo hago —dijo el secretario.

Cuando su mirada se posó por un momento en la de Bella, ella creyó ver un cierto reproche. Pero es posible que el reproche estuviera en su propio interior.

—¿Cómo se atreve, señor —dijo el señor Boffin—, a abordar a esta joven con intenciones indecorosas a mis espaldas? ¿Cómo se atreve a salirse de su posición, y de su lugar en esta casa, para acosar a esta joven con galanterías deshonorosas?

—Debo declinar responder a unas preguntas —dijo el secretario— formuladas de manera tan ofensiva.

—¿Se niega a responder? —replicó el señor Boffin—. ¿Se niega a responder, pues? Entonces yo le diré qué es eso, Rokesmith; yo contestaré por usted. Este asunto tiene dos aspectos, y los trataré por separado. El primer aspecto es la pura insolencia. Ese es el primero. —El secretario sonrió con cierta amargura, como si hubiera dicho: «Ya veo y ya entiendo»—. Fue pura insolencia por su parte, le digo —dijo el señor Boffin—, pensar siquiera en esta joven. Esta joven que está tan por encima de usted. Esta joven no es para usted. Esta joven busca una boda de dinero, y tiene todos los requisitos para ello, y usted no tiene dinero.

Bella inclinó la cabeza y pareció alejarse un poco del brazo protector del señor Boffin.

—Me gustaría saber quién es usted —añadió el señor Boffin— para haber tenido la audacia de ir detrás de esta joven. Esta joven estaba observando el mercado en busca de una buena oferta; no para que se la lleve alguien que no tiene dinero que ofrecer; nada con qué comprar.

—¡Oh, señor Boffin! ¡Por favor, señora Boffin, diga algo en mi favor! —murmuró Bella, soltándose el brazo y cubriéndose la cara con las manos.

—Anciana, no digas nada —dijo el señor Boffin, adelantándose a su mujer—. Bella, querida mía, no te aflijas, yo haré que te den una reparación.



BELLA "RIGHTED" BY THE GOLDEN DUSTMAN.

—¡Pero no me está dando ninguna reparación! —exclamó Bella, con gran énfasis—. ¡Lo único que hace es ofenderme!

—No te aflijas, querida, no te aflijas —repuso el señor Boffin en tono complaciente—. Yo le leeré la cartilla a este joven. ¡Y usted, Rokesmith! No puede negarse a escucharme, ni a responderme. Ya me ha oído decirle que el primer aspecto de su conducta era la insolencia. La insolencia y la presunción. Contésteme a una cosa, si puede. ¿No se lo dijo ella misma?

—¿Se lo dije, señor Rokesmith? —preguntó Bella aún cubriéndose la cara—. ¡Conteste, señor Rokesmith! ¿Se lo dije?

—No se atormente, señorita Wilfer. Ahora ya poco importa.

—¡Ah! ¡No puede negarlo, lo ve! —exclamó el señor Boffin sacudiendo la cabeza, como si no se le escapara nada.

—¡Pero ya le pedí que me perdonara —gritó Bella—, y ahora se lo volvería a pedir otra vez, de rodillas, si pudiese ahorrarle todo esto!

En ese momento la señora Boffin rompió a llorar.

—¡Anciana, deja de hacer ese ruido! —dijo el señor Boffin—. Tienes muy buen corazón, Bella, pero estoy decidido a acabar de cantarle las cuarenta a este joven, ahora que lo tengo acorralado. Y ahora, Rokesmith, ya le he dicho cuál era uno de los aspectos de su conducta: la insolencia y la presunción. Y ahora llego al otro, que es mucho peor. Ha obrado de manera interesada.

—Lo niego indignado.

—De nada le sirve negarlo; tanto da que lo niegue o no; tengo una cabeza sobre los hombros, y no es la de un recién nacido. ¡Bueno! —dijo el señor Boffin, enfrascándose en su actitud más suspicaz y arrugando la cara en un mapa de curvas y recodos—. ¿Es que no sé yo que cuando alguien tiene dinero todos quieren quitárselo? Si no tuviera los ojos abiertos y los bolsillos abrochados, ¿no acabaría en el asilo de pobres antes de darme cuenta? ¿No fue la experiencia de Dancer, de Elwes, y Hopkins, y Blewbury Jones, y la de tantos otros, parecida a la mía? ¿Acaso no todo el mundo quería quedarse con lo que tenían, y arrastrarlos a la pobreza y la ruina? ¿Acaso no se vieron obligados a esconder todo lo que les pertenecía por miedo a que se lo quitaran? Naturalmente que sí. ¡Luego me dirán que no conocían la naturaleza humana!

—¡Ellos! ¡Pobres desdichados! —murmuró el secretario.

—¿Qué ha dicho? —le espetó el señor Boffin—. De todos modos, no hace falta que se tome la molestia de repetirlo, pues no merece la pena escucharlo, y yo no me lo voy a tragar. Voy a desvelarle su plan a esta señorita; voy a mostrarle a esta señorita su lado oculto, y nada de lo que diga podrá evitarlo. (Y ahora, escucha, Bella querida). Rokesmith, es usted una persona necesitada. Le recogí en la calle. ¿Es verdad o no?

—Adelante, señor Boffin; no apele a mí.

—Que no apele a usted —repuso el señor Boffin, como si no lo hubiese

hecho—. ¡No, desde luego que no! Apelar a usted, eso sí que sería raro. Como estaba diciendo, es usted una persona necesitada a la que recogí en la calle. Se me acerca por la calle y me pide que le contrate de secretario, y le contrato. Muy bien.

—Muy mal —farfulló el secretario.

—¿Qué ha dicho? —volvió a espetarle el señor Boffin.

No hubo respuesta. El señor Boffin, tras observarlo con una cómica expresión de frustrada curiosidad, estaba a punto para continuar.

—Este tal Rokesmith es una persona necesitada a la que contrato de secretario en medio de la calle. Este tal Rokesmith está al corriente de todos mis asuntos, y sabe que voy a asignarle una cantidad de dinero a esta joven. «¡Ajá!», dice el tal Rokesmith. —En ese punto el señor Boffin se dio un golpe en la nariz con el índice, y repitió el golpe varias veces con aire furtivo, como si su nariz personificara la secreta confabulación de Rokesmith—. «¡Menudo botín! ¡A por ella!» Y así es como este tal Rokesmith, ávido y codicioso, se arrastra a cuatro patas hacia el dinero. No lo había calculado tan mal, pues si esta joven hubiera tenido menos espíritu, o menos juicio, y seguido la vena romántica, ¡por san Jorge que le habría salido bien y habría sacado una buena tajada! Pero por desgracia ella pudo con él, y en qué posición ha quedado el señor Rokesmith ahora que ha sido descubierto. ¡Ahí lo tenéis! —dijo el señor Boffin, dirigiéndose al propio Rokesmith con ridícula incoherencia—. ¡Miradle!

—Sus desafortunadas sospechas, señor Boffin... —comenzó a decir el secretario.

—Para usted sí que son desafortunadas, se lo aseguro —dijo el señor Boffin.

—... nadie puede combatirlas, y no voy a emprender yo una tarea tan condenada al fracaso. Pero le diré algo que sí que es verdad.

—¡Ya! Como si la verdad le importara mucho —dijo el señor Boffin chasqueando los dedos.

—¡Noddy! ¡Amor mío! —objetó su esposa.

—Anciana, no digas nada —replicó el señor Boffin—. Le digo a Rokesmith, aquí presente, que poco le importa la verdad. Y se lo repito: poco

le importa la verdad.

—Como nuestra vinculación ha terminado, señor Boffin —dijo el secretario—, muy poca importancia tiene para mí lo que me diga.

—¡Oh! Es tan inteligente —replicó el señor Boffin con una mirada astuta— que ha descubierto que nuestra vinculación ha terminado, ¿eh? Pero usted a mí no me toma la delantera. Mire lo que tengo en la mano. Es su liquidación por despido. Aquí soy yo el que lleva la iniciativa. Usted no me la va a quitar. No finja que es usted quien renuncia. Soy yo quien le despide.

—Con tal de irme —observó el secretario, apartando a un lado la cuestión con un gesto de la mano—, me es todo uno.

—Ah, ¿sí? —dijo el señor Boffin—. Pues para mí no es uno, sino dos, deje que se lo diga. Permitir que un sujeto que se ha visto descubierto se despida es una cosa; despedirle por insolencia y presunción, y por planear quedarse con el dinero de su patrón, es otra. Y una cosa y otra son dos, no una. (Anciana, no intervengas. No digas nada).

—¿Ya ha dicho todo lo que quería decirme? —preguntó el secretario.

—No lo sé —contestó el señor Boffin—. Depende.

—¿Se le ocurre alguna otra expresión subida de tono que quiera dedicarme?

—Lo pensaré cuando me venga bien a mí —dijo el señor Boffin de manera obstinada—, no a usted. Quiere decir la última palabra, pero a lo mejor no me conviene concedérsela.

—¡Noddy! ¡Mi querido Noddy! ¡Hablas con tanta severidad...! —exclamó la pobre señora Boffin, sin que la pudieran reprimir.

—Anciana —dijo su marido, pero sin acritud—, si te metes donde no te llaman, cogeré un cojín, te pondré encima y te sacaré de la habitación. ¿Qué desea decir, Rokesmith?

—A usted, nada. Pero a la señorita Wilfer y a su amable esposa, unas palabras.

—Pues suéltelas —replicó el señor Boffin—, y abrevie, pues ya le hemos oído bastante.

—He soportado mi falsa posición en esta casa —dijo el secretario sin

levantar la voz— para no verme separado de la señorita Wilfer. Estar cerca de ella ha sido para mí una recompensa diaria que ha justificado incluso el inmerecido trato que he recibido y la degradación a que en ocasiones me ha visto sometido. Desde que la señorita Wilfer me rechazó, no he vuelto a insistir en mis pretensiones, que yo sepa al menos, ni de palabra ni de mirada. Pero no han cambiado mis sentimientos hacia ella, a no ser, si me perdona que se lo diga, para volverse más intensos que antes, y más sólidos.

—¡Hay que ver, fijaos cómo este tipo habla de la señorita Wilfer cuando solo piensa en libras, chelines y peniques! —exclamó el señor Boffin, con un guiño malicioso—. ¡Fijaos cómo este sujeto hace que las palabras señorita Wilfer pasen a significar libras, chelines y peniques!

—Mis sentimientos por la señorita Wilfer no son algo que me avergüence —añadió el secretario, sin dignarse hacerle caso—. Lo confieso. La amo. Allí donde vaya cuando, dentro de poco, abandone esta casa, mi vida será vacía sin ella.

—Sin las libras, chelines y peniques, quiere decir —añadió el señor Boffin con otro guiño.

—Que sea incapaz de obrar de manera calculadora —prosiguió el secretario aún sin hacerle caso—, o de pensar de manera calculadora, en relación con la señorita Wilfer, no es mérito mío, porque cualquier trofeo que pueda albergar mi fantasía sería insignificante a su lado. Si fuera una mujer de la mayor riqueza o del mayor rango social, serían importantes solo en la medida en que la alejarían aún más de mí, y me dejarían aún más desesperanzado, si eso es posible. Pongamos —observó el secretario, mirando a los ojos a su antiguo patrón—, pongamos que con una palabra ella pudiera privar al señor Boffin de su fortuna y apoderarse de ella; con ello, para mí no tendría más valor del que tiene ahora.

—¿Qué piensas, anciana —preguntó el señor Boffin, volviéndose hacia su esposa en tono de chanza—, del tal Rokesmith y de su amor a la verdad? No hace falta que digas lo que piensas, querida, porque no quiero que intervengas, pero puedes pensar lo que quieras. En cuanto a lo de apoderarse de mi fortuna, él, tenlo por seguro, no lo haría si pudiera.

—No —replicó el secretario, mirándolo fijamente.

—¡Ja, ja, ja! —se rió el señor Boffin—. Suelte sus trolas mientras pueda.

—Por un momento me he desviado de lo que quería decir —dijo el secretario—. Comencé a interesarme por la señorita Wilfer la primera vez que la vi; incluso antes, cuando solo había oído hablar de ella. De hecho, fue la razón por la que abordé al señor Boffin y entré a su servicio. Es algo que la señorita Wilfer no ha sabido hasta ahora. Lo menciono solo para confirmar (aunque espero que no haga falta) que soy inocente de la sórdida maquinación que se me atribuye.

—¡Hay que ver qué perro tan astuto! —dijo el señor Boffin clavándole la mirada—. Es un intrigante aún más ladino de lo que pensaba. Ved con qué paciencia, con qué método actúa. Se entera de la existencia de mi persona y de mi fortuna, y de la existencia de esta joven, y de su papel en la historia del pobre John, y suma dos y dos y se dice: «Me ganaré la confianza de Boffin, y la de esa joven, me los trabajaré a los dos a la vez, a ver qué puedo sacar». ¡Le oigo decirlo, bendito sea! ¡En fin, le miro ahora y le oigo decirlo!

El señor Boffin señaló al culpable, como si lo hubiera pillado con las manos en la masa, y se felicitó por su gran perspicacia.

—¡Pero por suerte no tuvo que vérselas con la gente que imaginaba, mi querida Bella! —dijo el señor Boffin—. ¡No! Por suerte tuvo que vérselas contigo y conmigo, y con Daniel y la señorita Dancer, y con Elwes, y con Buitre Hopkins, y con Blewbury Jones y todos los demás, y cuando caía uno aparecía otro. Ahora está derrotado; así es como está; totalmente derrotado. ¡Pensaba sacarnos el dinero a nosotros, y es él quien se ha quedado sin nada, querida Bella!

La querida Bella no dijo nada, ni dio señal de asentimiento. La primera vez que se había cubierto la cara se había dejado caer sobre una silla con las manos apoyadas en el respaldo, y desde entonces no se había movido. En ese momento hubo un breve silencio, y la señora Boffin se levantó lentamente como para dirigirse a ella. Pero el señor Boffin la detuvo con un ademán, y ella, obediente, volvió a sentarse y allí se quedó.

—Esta es su paga, señor Rokesmith —dijo el Basurero de Oro, lanzando el trozo de papel doblado que tenía en la mano hacia su ex secretario—. Me parece que puede humillarse para recogerla, después de su humillante comportamiento en esta casa.

—Esto es lo único humillante que he hecho —contestó Rokesmith al cogerlo del suelo—, y es mío, pues me lo he ganado trabajando

denodadamente.

—Espero que sea de los que no tardan en hacer el equipaje —dijo el señor Boffin—, pues cuanto antes se vaya, usted y sus bártulos, mejor para todos.

—No tema que demore mi marcha.

—De todos modos —dijo el señor Boffin—, hay algo que me gustaría preguntarle antes de que se vaya con viento fresco, aunque solo sea para demostrarle a esta joven lo engreídos que son los intrigantes, al pensar que nadie va a descubrir sus contradicciones.

—Pregúnteme lo que quiera —repuso Rokesmith—, pero con la brevedad que acaba de recomendar.

—¿Finge admirar enormemente a esta joven? —dijo el señor Boffin, colocando, con aire protector, su mano sobre la cabeza de Bella sin mirarla.

—No lo finjo.

—¡Oh! Bueno. ¿Admira enormemente a esta joven... puesto que es tan cominero?

—Sí.

—¿Cómo concilia eso con el hecho de que esta joven fuera una idiota pobre de espíritu e imprevisora, ignorante de lo que merecía, que tiraba el dinero a los cuatro vientos y se encaminaba a paso vivo al asilo de pobres?

—No le entiendo.

—¿No me entiende? ¿O no quiere entenderme? ¿En qué otra cosa hubiera convertido a esta joven si hubiese escuchado sus galanterías?

—¿En qué otra cosa, si hubiese sido tan feliz de ganarme su afecto y poseer su corazón?

—¡Ganarse su afecto y poseer su corazón! —contestó el señor Boffin, con indecible desprecio—. ¡Miau dijo el gato, cuá-cuá dijo el pato, y guau-guau-guau dijo el perro! ¡Ganarse su afecto y poseer su corazón! ¡Miau, cuá-cuá, guau-guau-guau!

Tras su salida de tono, John Rokesmith se lo quedó mirando, como si comenzara a creer que se había vuelto loco.

—Lo que merece esta joven es dinero —dijo el señor Boffin—, y es algo

que esta joven sabe perfectamente.

—La está calumniando.

—Usted es quien la calumnia —dijo el señor Boffin—, con tanto afecto, tanto corazón y tanta bobada. Es algo que casa perfectamente con su comportamiento. Hasta ayer por la noche no me enteré de sus manejos, pues de lo contrario puede jurar que le habría cantado antes las cuarenta. Me lo contó una dama que no vive en la inopia, y que conoce a esta joven, y yo conozco a esta joven, y los tres sabemos que lo que ella quiere obtener es dinero: dinero, dinero, dinero. ¡Y que usted y sus afectos y corazones son una mentira, señor mío!

—Señora Boffin —dijo Rokesmith, volviéndose tranquilamente hacia ella—, le doy mil gracias por su discreta y constante amabilidad. ¡Adiós! ¡Señorita Wilfer, adiós!

—Y ahora, querida —dijo el señor Boffin, volviendo a colocar la mano sobre la cabeza de Bella—, puedes empezar a sentirte cómoda, y espero que consideres que has recibido una reparación.

Pero Bella, lejos de dar la impresión de considerar eso, se apartó de su mano y de la silla, y, poniéndose en pie en medio de un llanto incontenible e incoherente, extendió los brazos y exclamó:

—¡Por favor, señor Rokesmith, antes de que se vaya, ojalá pudiera hacer que volviera a ser pobre! ¡Oh! ¡Que alguien haga que vuelva a ser pobre, o se me partirá el corazón si sigo así! ¡Papá, haz que vuelva a ser pobre y llévame a casa! Cuando vivía allí ya era mala, pero aquí he sido mucho peor. No me dé dinero, señor Boffin, no quiero dinero. Aléjelo de mí y déjeme hablar con mi buen papá, para que pueda poner mi cabeza sobre su hombro y contarle mis penas. Nadie más puede comprenderme, nadie más puede consolarme, nadie más puede saber lo indigna que soy y seguir queriéndome. Estoy mejor con mi papá que con cualquier otro. ¡Soy más inocente, más insignificante, más alegre!

Y así, gritando de manera desaforada que no soportaba más aquello, Bella dejó caer la cabeza sobre el hombro acogedor de la señora Boffin.

John Rokesmith, desde su lugar en la sala, y el señor Boffin desde el suyo, la contemplaron en silencio hasta que se quedó callada. A continuación el señor Boffin comentó, en un tono tranquilizador y de consuelo:

—Tranquila, querida, tranquila; ahora has recibido tu reparación, has quedado reparada. No me extraña lo más mínimo que estés un poco alterada por haber tenido una escena con este sujeto, pero ya ha pasado, querida, y has tenido tu reparación, y todo... ¡todo ha quedado reparado!

El señor Boffin lo repitió con enorme satisfacción, como si aquello ya no tuviera vuelta de hoja.

—¡Le odio! —exclamó Bella, encarándose repentinamente con él y dando una patada en el suelo—. ¡Y si soy incapaz de odiarle, al menos le diré que no me cae bien!

—¡CARAMBA! —exclamó el señor Boffin asombrado y entre dientes.

—¡Es usted un viejo malvado, regañón, injusto, injurioso e irritante! —gritó Bella—. Estoy furiosa por ser tan desagradecida e insultarle, pero ¡lo es, lo es, y sabe que lo es!

El señor Boffin miró pasmado hacia un lado, luego hacia el otro, comenzando a pensar que le había dado un ataque.

—Le he escuchado avergonzada —dijo Bella—. Avergonzada por mí, y por usted. Debería estar por encima de las viles calumnias de una oportunista; pero usted no está por encima de nada.

El señor Boffin, al parecer ya convencido de que aquello era un ataque, puso los ojos en blanco y se aflojó la corbata.

—Cuando vine a vivir aquí, le respetaba y le veneraba, y no tardé en quererle —dijo Bella—. Y ahora no soporto ni mirarle. No sé si debería llegar al extremo de decírselo, pero es usted... ¡es usted un monstruo!

Tras haber disparado esa flecha con un gran desgaste de energía, Bella se puso a reír y a llorar histéricamente al mismo tiempo.

—Lo mejor que le puedo desear —dijo Bella, volviendo a la carga— es que se quede sin un solo penique. Si algún amigo de verdad, alguien que le desee bien, pudiera dejarlo en la ruina, sería usted un encanto, pero ¡como rico es un demonio!

Tras lanzarle esa segunda flecha con un desgaste aún mayor de energía, Bella volvió a reír y a llorar.

—Señor Rokesmith, por favor, quédese un momento. Por favor, escuche

lo que he de decirle antes de que se vaya. Lamento enormemente los reproches que le han lanzado por mi culpa. Desde lo más profundo de mi corazón, le ruego encarecidamente que me perdone.

Cuando ella dio un paso hacia él, este se apresuró hacia ella. Cuando ella le dio la mano, él se la llevó a los labios y dijo:

—¡Dios la bendiga!

Ahora no se entreveraba risa en el llanto de Bella; sus lágrimas eran puras y apasionadas.

—No hay ni una sola de las mezquinas palabras que le han dirigido (y que he oído con desdén e indignación, señor Rokesmith) que no me haya herido a mí más que a usted, pues yo las he merecido, y usted, no. Señor Rokesmith, nadie más que yo es responsable del distorsionado relato de lo que ocurrió entre nosotros aquella noche. Compartí el secreto, aun cuando me sentí furiosa conmigo por hacerlo. Fue terrible por mi parte, pero no lo hice con mala intención. Lo hice en un momento de engreimiento y estupidez, uno de mis muchos momentos, una de mis muchas horas, o años. Ya que he sido severamente castigada por ello, ¡procure perdonarme!

—Lo hago con toda mi alma.

—Gracias. ¡Gracias! No se marche antes de que le diga otra cosa, para hacerle justicia. Lo único que se le puede echar a usted en cara por haberme hablado como lo hizo aquella noche (con tanta delicadeza y paciencia que nadie más que yo se la puede reconocer y agradecer) es que se expusiera al desaire de una chica mundana y superficial que tenía pájaros en la cabeza y que era incapaz de ser digna de lo que usted le ofrecía. Señor Rokesmith, desde entonces, esa chica a menudo se ha visto a sí misma bajo una luz triste y lamentable, pero nunca tanto como ahora, cuando el tono mezquino en que ella se dirigió a usted (la chica vana y sórdida que era antes) le ha llegado de nuevo a sus oídos por boca del señor Boffin.

Rokesmith volvió a besarle la mano.

—Las palabras del señor Boffin me han parecido detestables, indignantes —dijo Bella, sobresaltando a ese caballero con otra patada en el suelo—. Es muy cierto que hubo un momento, y muy reciente, en que merecí una «reparación», señor Rokesmith, pero solo si por eso se entiende «ponerme en mi sitio»; ¡pero espero no tener que volver a merecerlo!

Él volvió a llevarse su mano a los labios, la soltó y salió de la sala. Bella regresaba apresuradamente a la silla en la que había ocultado tanto rato la cara cuando vio a la señora Boffin y se detuvo.

—Se ha ido —sollozó Bella, indignada y desesperada de cincuenta maneras simultáneas, con los brazos en torno al cuello de la señora Boffin—. ¡Ha sido vergonzosamente insultado, despedido de la manera más injusta y vil, y yo soy la causante!

Todo ese tiempo, el señor Boffin había permanecido con los ojos en blanco, la corbata floja, como si aún padeciera el ataque. Ahora, al parecer, creía estar recuperándose, pues miró un rato en línea recta, volvió a anudarse la corbata, llevó a cabo unas cuantas aspiraciones prolongadas, tragó saliva varias veces y finalmente exclamó con un profundo suspiro, como si, en general, se encontrara mejor:

—¡Bueno!

La señora Boffin no dijo ni una palabra, ni buena ni mala; pero abrazó cariñosamente a Bella, y miró a su marido como si esperara sus órdenes. El señor Boffin, sin impartir ninguna, se acomodó en un sillón delante de ellas, y allí se quedó inclinado hacia delante, con la mirada fija, las piernas separadas, una mano en cada rodilla, los codos salidos, hasta que Bella se secó los ojos y alzó la cabeza.

—Debo volver a casa —dijo Bella, levantándose apresuradamente—. Les agradezco mucho todo lo que han hecho por mí, pero no puedo seguir aquí.

—¡Mi querida niña! —protestó la señora Boffin.

—¡No, no puedo quedarme! —dijo Bella—. De verdad que no puedo. ¡Puaj! ¡Viejo depravado! —(Eso se lo dijo al señor Boffin).

—No te precipites, cariño —la instó la señora Boffin—. Piensa bien lo que haces.

—Sí, más vale que lo pienses bien —dijo el señor Boffin.

—Nunca más pensaré bien de usted —exclamó Bella, cortándole en seco, con una intensa expresión de desafío en sus cejas pequeñas y expresivas, y cada uno de sus hoyuelos paladín del ex secretario—. ¡No! ¡Nunca más! El dinero le ha convertido el corazón en piedra. Es un avaro con el alma helada. Es peor que Dancer, peor que Hopkins, peor que Blackberry Jones, peor que

cualquiera de esos desgraciados. ¡Y le diré más! —añadió Bella, comenzando a llorar de nuevo—. ¡No se merece en absoluto a ese caballero que acaba de perder!

—Vaya, espero que no dirás en serio, Bella —objetó lentamente el Basurero de Oro—, que te pones de parte de Rokesmith y en mi contra.

—¡Pues sí! —dijo Bella—. Es un millón de veces mejor que usted.

Estaba muy guapa, aunque muy furiosa, cuando se levantó en toda su estatura (y no era extremadamente alta) y repudió completamente a su protector con una altiva sacudida de su brillante melena castaña.

—Preferiría que él me tuviera en buen concepto —dijo Bella—, aunque hubiera de barrer las calles para ganarse la vida, que no usted, aunque lo salpicara de barro con las ruedas de un carruaje de oro puro. ¡Qué le parece!

—¡Hay que ver! —exclamó el señor Boffin, con los ojos como platos.

—Y desde hace ya tiempo, cada vez que usted creía ponerse por encima de él, yo solo le veía a usted bajo sus pies —dijo Bella—. ¡Qué le parece! Y durante todo este tiempo he visto en él al amo, y en usted al criado. ¡Qué le parece! ¡Y cada vez que lo trataba de manera vergonzosa, yo me ponía de su parte y lo amaba! ¡Qué le parece! ¡Y me jacto de ello!

Tan intensa confesión por parte de Bella tuvo su reacción, y lloró a lágrima viva con la cara sobre el respaldo de la silla.

—Escúchame —dijo el señor Boffin, en cuanto encontró una oportunidad de romper el silencio e intervenir—. Préstame atención, Bella. No estoy enfadado.

—¡Yo sí! —dijo Bella.

—No estoy enfadado —prosiguió el Basurero de Oro—, y quiero portarme bien contigo, y pasar por alto todo esto. Así que quédate donde estás, y acordemos no hablar más del asunto.

—No, no puedo quedarme aquí —dijo Bella, levantándose de nuevo presurosa—. Ni se me pasa por la cabeza quedarme aquí. Debo volver a casa para siempre.

—Vamos, no seas tonta —razonó el señor Boffin—. No hagas nada de lo que puedas arrepentirte; no hagas algo que seguro que lamentarás.

—Jamás lo lamentaré —dijo Bella—. Lo que siempre lamentaría es quedarme aquí después de lo ocurrido, y me despreciaría durante cada minuto de mi vida si lo hiciera.

—Al menos, Bella —arguyó el señor Boffin—, que no haya malentendidos. Fíjate bien antes de dar el salto. Si te quedas, no pasa nada, y todo sigue como antes. Si te vas, ya no volverás nunca.

—Sé que no puedo volver, y esa es mi intención —dijo Bella.

—No esperes que te entregue dinero alguno si nos dejas —añadió el señor Boffin—, porque no será así. ¡No, Bella! ¡Ojo! Ni una perra chica.

—¡Esperar! —dijo Bella, altiva—. ¿Cree que existe algún poder sobre la tierra que me obligue a aceptarlo si me lo entregara, señor?

Pero aquello suponía separarse de la señora Boffin, y, en medio de aquel arrebato de dignidad, aquella impresionable alma volvió a derrumbarse. Cayó de rodillas delante de aquella buena mujer, se meció sobre su pecho y lloró, y sollozó, y la estrechó entre sus brazos con todas sus fuerzas.

—¡Es usted muy noble, la más noble de las mujeres! —exclamó Bella—. No hay ser humano mejor que usted. Nunca se lo agradeceré lo suficiente, y nunca la olvidaré. Aunque me quedara sorda y ciega, seguiría viéndola y oyéndola hasta el final de mis oscuros días.

La señora Boffin lloraba a moco tendido, y la abrazaba con enorme cariño; pero no dijo una sola palabra, excepto que era su niña querida. Aunque lo dijo muchas veces, desde luego, pues no dejó de repetirlo; pero esas fueron sus únicas palabras.

Al final Bella se separó de ella, y salía llorando de la sala cuando, a su manera extraña y afectuosa, se ablandó un poco en su actitud hacia el señor Boffin.

—Me alegro mucho de haberlo insultado, señor —dijo Bella en un sollozo—, lo tenía más que merecido. Pero también lamento mucho haberlo insultado, porque usted antes era distinto. ¡Adiós!

—¡Adiós! —dijo sin más el señor Boffin.

—Si supiera cuál de sus dos manos está menos echada a perder —dijo Bella—, le pediría que me dejara tocarla por última vez. Pero no porque me arrepienta de lo que le he dicho. Pues no me arrepiento. ¡Es cierto!

—Prueba con la izquierda —dijo el señor Boffin, tendiéndosela impasible —, es la que menos uso.

—Ha sido extraordinariamente bueno y amable conmigo —dijo Bella—, y le beso la mano por eso. Pero ha sido todo lo malo que se puede ser con el señor Rokesmith, y la rechazo por eso. ¡Gracias por lo que han hecho por mí y adiós!

—Adiós —dijo el señor Boffin como antes.

Bella le puso un brazo al cuello y le besó. A continuación se fue para siempre.

Subió corriendo las escaleras, se sentó en el suelo de su habitación y lloró en abundancia. Pero declinaba el día y no tenía tiempo que perder. Abrió todos los cajones donde guardaba sus vestidos; seleccionó solo los que la habían acompañado a su llegada, dejando el resto; hizo con ellos un hatillo informe para que se lo mandaran más adelante.

—No me llevaré los otros —dijo Bella, apretando bien los nudos del hatillo en la severidad de su resolución—. Dejaré todos los regalos y empezaré de nuevo totalmente por mi cuenta.

A fin de llevar a la práctica de manera minuciosa esa resolución, se cambió el vestido que llevaba por el que vestía el día de su llegada a la imponente mansión. Incluso la capota que se puso era la que había llevado cuando se subió al carruaje de los Boffin en Holloway.

—Ahora ya estoy a punto —dijo Bella—. Es un poco doloroso, pero ya me he remojado los ojos con agua fría, y no voy a llorar más. Me has resultado muy agradable, querida habitación. *Adieu!* Nunca volveremos a vernos.

Mandándole un beso de despedida con los dedos, cerró suavemente la puerta y bajó la gran escalinata a paso vivo, deteniéndose y escuchando en el descenso para no encontrarse con nadie de la casa. Nadie rondaba por allí, y llegó al vestíbulo en silencio. La puerta de la habitación del ex secretario estaba abierta. Se asomó al pasar, y al ver la mesa vacía y el aspecto general del cuarto adivinó que ya se había ido. Abrió lentamente la puerta del inmenso vestíbulo, y, tras cerrarla despacio, se dio la vuelta y la besó por fuera —¡a esa insensible combinación de madera y hierro!— antes de salir de la casa a paso rápido.

—¡Has hecho bien! —dijo jadeando Bella. Al llegar a la calle siguiente aflojó el paso y anduvo más despacio—. Si me hubiera quedado aliento para volver a llorar, habría llorado otra vez. Ay, pobre y querido papá, vas a volver a ver a tu preciosa mujer de manera inesperada.

Capítulo XVI

El banquete de los tres duendes

Mientras Bella recorría las arenosas calles de la City, esta ofrecía un aspecto poco atractivo. Casi todos los molinos de hacer dinero ya habían aflojado velas, o habían dejado de moler. Los dueños de los molinos ya se habían marchado, y los empleados ya se marchaban. Las callejuelas y plazoletas presentaban un aspecto fatigado, y las mismas aceras tenían una apariencia cansada, confusas por las pisadas de un millón de pies. Hacen falta las muchas horas nocturnas para apagar la locura diurna de un lugar tan febril. No obstante, las preocupaciones de los molinos de hacer dinero, ahora que acababan de dejar de girar y moler, parecían flotar en el aire, y el silencio se asemejaba más a la postración de un gigante agotado que al reposo de alguien que está renovando sus energías.

Cuando Bella, al echarle un vistazo al poderoso Banco, se dijo que sería agradable hacer allí, entre el dinero, un poco de jardinería durante una hora, con una reluciente pala de cobre, no lo pensó con avaricia. Había mejorado mucho en ese aspecto, y cuando llegó a la zona de Mincing Lane, que olía a productos farmacéuticos —hasta el punto de que parecía que hubieran abierto el cajón de una farmacia—, en su mente se habían medio formado algunas imágenes en las que el oro prácticamente no aparecía.

La contaduría de Chicksey, Veneering y Stobbles se la señaló una anciana de las que se ocupaban de las oficinas, que tropezó con Bella al salir de una taberna, secándose la boca y atribuyendo esa humedad a principios naturales bien conocidos por las ciencias físicas, y que le explicó que se había asomado a la puerta para ver la hora. La contaduría consistía en una planta baja con unas ventanas casi del mismo color que el muro junto a una verja oscura, y Bella, al acercarse, reflexionaba si existiría en la City algún precedente al hecho de entrar y preguntar por R. Wilfer, cuando a quién vio, sentado junto a una de las ventanas con el cristal subido, sino al mismísimo R. Wilfer, preparándose para tomar un leve refrigerio.

Al acercarse, Bella distinguió que el refrigerio parecía consistir en un panecillo y un penique de leche. Al tiempo que ella hacía ese descubrimiento, su padre la descubrió a ella, e invocó los ecos de Mincing Lane para exclamar:

—¡Válgame el cielo!

A continuación salió querúbicamente sin sombrero, la abrazó y la hizo entrar.

—Como hago horas extra y estoy solo, querida —explicó—, me estaba tomando, como hago a veces cuando se van todos, un tranquilo tentempié.

Dentro de la oficina, Bella miró a su alrededor, como si su padre fuera un cautivo y esa su celda. Luego lo abrazó, y casi lo ahoga, hasta que su corazón quedó satisfecho.

—¡Esta es la mayor sorpresa de mi vida, querida! —dijo su padre—. No podía creer lo que veían mis ojos. ¡Por mi vida que pensaba que me engañaban! ¡La idea de verte sola en esta calle! ¿Por qué no has mandado al lacayo, querida?

—No he venido con ningún lacayo, papá.

—¡Vaya! Pero te has traído tu elegante carruaje, ¿no, amor mío?

—No, papá.

—No me digas que has venido andando.

—Sí, papá.

Bella lo vio tan estupefacto que no se decidió a contarle el motivo de su visita.

—La consecuencia, papá, es que tu preciosa mujer se siente un poco desfallecida, y le encantaría compartir tu merienda.

El panecillo y el penique de leche estaban colocados sobre una hoja de papel en el asiento de la ventana. La querúbrica navaja, con el primer trozo de pan aún en la punta, estaba junto a ellos, donde se había abandonado apresuradamente. Bella cogió el trocito y se lo llevó a la boca.

—Mi querida niña —dijo su padre—, ¡que tengas que compartir un refrigerio tan humilde! Te voy a comprar un panecillo y un penique de leche

para ti. Un momento, querida. La lechería está ahí, doblando la esquina.

Sin hacer caso de las objeciones de Bella, R. Wilfer salió y enseguida regresó con más provisiones.

—Mi querida niña —dijo, mientras extendía otra hoja de papel delante de ella—, la idea de una espléndida...

Pero entonces la miró, y calló en seco.

—¿Qué ocurre, papá?

—... una espléndida mujer —prosiguió más despacio— conformándose con una merienda como esta... ¿Ese vestido es nuevo, querida?

—No, papá, es uno viejo. ¿No lo recuerdas?

—¡Bueno, me ha parecido recordarlo, querida!

—Deberías, pues me lo compraste tú.

—¡Sí, ya me parecía que te lo había comprado yo, querida! —dijo el querubín, sacudiendo un poco el cuerpo, como para recuperar sus facultades.

—¿Y te has vuelto tan veleidoso que no aprecias tu propio gusto, papá querido?

—Bueno, amor mío —replicó su padre, tragando un poco de pan con considerable esfuerzo, pues parecía atascarse por el camino—, en tus actuales circunstancias, no me parecía lo bastante espléndido.

—Dime, papá —dijo Bella, colocándose engatusadora a su lado, en lugar de permanecer delante de él—, ¿tomas a menudo este refrigerio aquí solo? ¿No te molesto para comer si te echo el brazo por el hombro, papá?

—Sí, querida, y no, querida. Sí a la primera pregunta, y desde luego que no a la segunda. Por lo que se refiere a mi merienda, ya ves que la jornada laboral a veces es un poco agotadora; y si no hago una pausa entre el trabajo y tu madre, bueno, a veces ella también se me hace un poco agotadora.

—Lo sé, papá.

—Sí, querida. Así que a veces pongo algo de comer junto a la ventana, contemplo tranquilamente la callejuela, cosa que a veces me tranquiliza, y así, entre la jornada laboral y la doméstica...

—Felicidad —sugirió Bella, apesadumbrada.

—Y la doméstica felicidad —dijo su padre, aceptando esa frase satisfecho.

Bella le besó.

—¿Y es en este lúgubre y oscuro lugar de cautiverio, pobre papá, donde pasas las horas de tu vida cuando no estás en casa?

—Todas las que no estoy en casa, o de camino allí, o de camino aquí, amor mío. Sí. ¿Ves ese pequeño escritorio del rincón?

—¿El del rincón del fondo, el más alejado de la luz y de la lumbre? ¿El escritorio más viejo de todos?

—Vaya, ¿de verdad es así como lo ves, querida? —dijo su padre, contemplándolo artísticamente con la cabeza ladeada—. Pues es el mío. Se le llama la Percha de Rumty.

—¿La Percha de quién? —preguntó Bella con gran indignación.

—De Rumty. Ya ves, como para llegar hay que subir dos peldaños y medio, lo llaman la Percha. Y a mí me llaman Rumty.

—¡Cómo se atreven! —exclamó Bella.

—Lo dicen en broma, Bella querida; lo dicen en broma. En general, son más jóvenes que yo, y les gusta la broma. ¿Qué más da? Podrían llamarme Rimty o Ramty, o el Soso, o el Enfurruñado, o cincuenta cosas que no me gustaría que me consideraran. ¡Pero Rumty! Señor, ¿por qué no Rumty?

Decepcionar de aquel modo a esa amable criatura, que había sido, a través de todos sus caprichos, el objeto de su reconocimiento, amor y admiración desde que era niña, fue para Bella la tarea más difícil de aquel difícil día. «Debería habérselo dicho lo primero —se dijo—, debería habérselo dicho hace un momento, cuando recelaba un poco; ahora vuelve a estar feliz, y le haré desgraciado si se lo cuento».

El querubín había regresado a su panecillo y a su leche con su mejor humor, y Bella furtivamente le apretaba más con el brazo, y al mismo tiempo le ponía el pelo de punta con esa irresistible propensión a jugar con él, fundada en la costumbre de toda una vida, cuando se preparó para contárselo:

—¡Querido papá, no te entristezcas, pero he de contarte algo desagradable!

Pero él la interrumpió de una manera imprevista.

—¡Cielo santo! —exclamó, invocando de nuevo los ecos de Mincing Lane—. ¡Esto es de lo más extraordinario!

—¿El qué, papá?

—¡Vaya, aquí está el señor Rokesmith!

—No, no, papá, no —gritó Bella, de lo más aturullada—. No me digas eso.

—¡Ahí está! ¡Mira!

Huelga decir que el señor Rokesmith no solo pasó junto a la ventana, sino que entró en la contaduría. Y no solo entró en la contaduría, sino que, al verse allí a solas con Bella y su padre, corrió hacia ella y la tomó en sus brazos con efusivas palabras:

—¡Mi querida muchacha; mi hermosa, generosa, desinteresada, valiente y noble muchacha!

Y no solo eso (que por si solo ya podía considerarse asombroso), sino que Bella, tras agachar la cabeza un momento, la levantó y la colocó en el pecho de él, como si esa fuese la morada permanente que hubiera elegido.

—Sabía que vendrías a verle, y te seguí —dijo Rokesmith—. ¡Amor mío, mi vida! ¿ERES mía?

A lo que Bella respondió:

—Sí, soy tuya si aún consideras que valgo la pena.

Y tras decir eso, pareció encogerse casi hasta la nada entre los brazos de Rokesmith, en parte porque él la abrazaba con fuerza, y en parte por la manera en que ella se abandonaba.

El querubín, cuyos cabellos se habrían quedado por sí solos, bajo la influencia de tan sorprendente espectáculo, tan de punta como se los había dejado ya Bella, se tambaleó de regreso al asiento de la ventana del que se había levantado, y observó a la pareja con los ojos dilatados al máximo.

—Me gustaría que antes que nada, querida —observó el querubín en un hilo de voz—, tuvieras la amabilidad de rociarme con un poco de leche, pues me parece que... me desmayo.

De hecho, a aquel buen hombre le había entrado una flacidez alarmante, y parecía que se le aflojaban los sentidos, desde las rodillas hacia arriba. Bella lo roció con besos en lugar de con leche, aunque le dio un poco para beber, y poco a poco, gracias a sus caricias, el querubín revivió gradualmente.

—Te lo contaremos despacio, querido papá —dijo Bella.

—Querida mía —replicó el querubín, mirándolos a ambos—, me habéis dicho tanto de una vez que... caramba, si puedo expresarlo así... que creo que estoy preparado para que me contéis el resto.

—Señor Wilfer —dijo John Rokesmith, entusiasmado y dichoso—, Bella me acepta, aunque carezco de fortuna, y en la actualidad también de ocupación; solo lo que pueda conseguir en la vida que tenemos por delante. ¡Bella me acepta!

—Sí, debería haber inferido que Bella le aceptaba, señor mío —repuso débilmente el querubín—, de lo que he podido observar en esos últimos minutos.

—¡No sabes lo mal que lo han tratado, papá! —dijo Bella.

—¡No sabe qué corazón tiene su hija! —dijo Rokesmith.

—¡No sabes en qué criatura tan espantosa me estaba convirtiendo cuando él me salvó de mí misma! —dijo Bella.

—¡No sabe, señor, qué sacrificio ha hecho por mí! —dijo Rokesmith.

—Mi querida Bella —dijo el querubín, aún patéticamente asustado—, mi querido Rokesmith, si me permite que lo llame así...

—¡Sí, papá, hazlo! —lo instó Bella—. Te lo permito, y mi voluntad es su ley. ¿No es así, querido John Rokesmith?

Hubo una timidez contagiosa en Bella, unida a un amor, una seguridad en sí misma y un orgullo tan delicadamente contagioso, al llamarlo así por primera vez, que permitió disculpar totalmente a John Rokesmith por hacer lo que hizo. Y lo que hizo una vez más fue prácticamente hacerla desaparecer entre sus brazos.

—Creo, queridos míos —observó el querubín—, que si os parece bien sentaros uno a cada lado de mí, podríamos seguir de manera más ordenada, y hacer que todo fuera más sencillo. Hace un momento, John Rokesmith ha

mencionado que en la actualidad carece de ocupación.

—No tengo ninguna —dijo Rokesmith.

—Ninguna, papá, ninguna —dijo Bella.

—De lo que deduzco que ha dejado al señor Boffin —prosiguió el querubín.

—Sí, papá. Y...

—Un momento, querida. Me gustaría ir paso a paso. ¿Deduzco también que el señor Boffin lo ha tratado mal?

—¡Lo ha tratado de la manera más vergonzosa, papá! —exclamó Bella con el rostro encendido.

—Y eso —añadió el querubín, impartiendo paciencia con la mano— es algo que no ha aprobado una cierta joven interesada lejanamente emparentada conmigo. ¿Voy bien encaminado?

—No podía aprobarlo, papá —dijo Bella, llorando de alegría y con un beso de dicha.

—Después de lo cual —prosiguió el querubín—, esa cierta joven interesada lejanamente emparentada conmigo, tras haber observado y haberme mencionado anteriormente que la prosperidad estaba echando a perder al señor Boffin, ha considerado que no debía vender su sentido de lo que está bien y lo que está mal, y de lo que es verdadero y de lo que es falso, de lo que es justo y lo que es injusto, sin importarle cuál fuera el precio. ¿Sigo bien encaminado?

Llorando una vez más de alegría, Bella le dio otro beso.

—Y por tanto... y por tanto —continuó el querubín con una voz que se iba llenando de entusiasmo a medida que la mano de Bella le subía lentamente por el chaleco hasta el cuello—, esta cierta joven interesada lejanamente emparentada conmigo ha rechazado el precio, ha abandonado los espléndidos vestidos que formaban parte de él, se ha puesto el vestido relativamente pobre que yo le había comprado, y, confiando en que le daría mi apoyo en algo que era justo, ha venido directamente a mí. ¿He ido bien encaminado hasta el final?

Ahora la mano de Bella le rodeaba el cuello, y sobre este estaba su cara.

—Esta joven interesada lejanamente emparentada conmigo —dijo el bondadoso padre— ¡ha hecho bien! ¡Esta joven interesada lejanamente emparentada conmigo no ha confiando en mí en vano! A esta joven interesada lejanamente emparentada conmigo la admiro más vestida como va ahora que si hubiera venido a verme con sedas de la China, chales de Cachemira y diamantes de Golconda. Amo mucho a esta jovencita. Se lo digo al hombre que anida en el corazón de esta joven, se lo digo de corazón y con todo mi corazón: «Mi bendición a este compromiso, y sepa que ella le aporta una gran fortuna al aportar la pobreza que ha aceptado defendiéndole a usted y a la honesta verdad».

A aquel hombrecillo de firmes principios le falló la voz al darle la mano a John Rokesmith, y se quedó callado, con la cara inclinada sobre su hija. Pero no por mucho tiempo. Enseguida levantó la cabeza y dijo en tono animoso:

—Y ahora, hija mía, si te ves capaz de atender un minuto y medio a John Rokesmith, iré corriendo a la lechería y le traeré un panecillo y un poco de leche, y los tres podremos merendar.

Fue, como dijo alegremente Bella, igual que la cena que se ofrece a los tres duendes en su casa del bosque en el cuento de «Ricitos de Oro». Aunque, eso sí, sin el alarmante descubrimiento, pronunciado con un sonoro refunfuñar, de que «¡Alguien me ha robado la leche!». Fue una refacción deliciosa; con mucho, la más deliciosa que Bella, o John Rokesmith, o incluso R. Wilfer, habían tomado nunca. El hecho de que el entorno acompañara tan poco, con aquellos dos pomos de bronce de la caja fuerte de Chicksey, Veneering y Stobbles observando desde un rincón, como los ojos de un adormilado dragón, la hizo aún más deliciosa.

—Lo que más gracia me hace —dijo el querubín, contemplando la oficina con indecible satisfacción— es que aquí haya podido ocurrir algo de carácter amoroso. ¡Pensar que iba a ver a mi Bella en brazos de su futuro marido, aquí, imagínese!

Cuando ya hacía un buen rato que los panecillos y la leche se habían acabado, y los presagios de la noche se cernían lentamente sobre Mincing Lane, el querubín comenzó a ponerse un poco nervioso, y le dijo a Bella mientras se aclaraba la voz:

—¡Ejem! ¿Has pensado en tu madre, querida?

—Sí, papá.

—¿Y en tu hermana Lavvy, querida?

—Sí, papá. Creo que cuando lleguemos a casa es mejor no entrar en detalles. Creo que bastará con decir que tuve unas diferencias con el señor Boffin y me he ido para siempre.

—Como John Rokesmith ya conoce a tu mamá, querida —dijo su padre tras cierta vacilación—, no iré con remilgos a la hora de insinuarle que a lo mejor encuentra a tu mamá un poco agotadora.

—¿Un poco, paciente papá? —dijo Bella con una melodiosa risa, más melodiosa aún por el cariño que había en ella.

—¡Bueno! Digamos, sin que salga de aquí bajo ningún concepto, agotadora; no maticemos —admitió rotundamente el querubín—. Y el carácter de tu hermana es agotador.

—No me importa, papá.

—Y debes prepararte, preciosa —dijo su padre con mucha gentileza—, para encontrar una casa muy pobre y escasa, y en el mejor de los casos muy incómoda, viniendo de la residencia del señor Boffin.

—No me importa, papá. Podría soportar cosas peores... por John.

Esas últimas palabras no se dijeron lo bastante bajas ni con el suficiente recato como para que John no las oyera, y demostró que le habían llegado abrazando a Bella y sometiéndola a otra de esas misteriosas desapariciones.

—¡Bueno! —dijo alegremente el querubín, sin expresar desaprobación—. Cuando... cuando regreses de tu retiro, amor mío, y reaparezcas a la superficie, creo que habrá llegado el momento de cerrar y marcharnos.

Si la contaduría de Chicksey, Veneering y Stobbles la cerraron alguna vez tres personas más felices —y eso que la gente siempre estaba muy contenta de cerrarla—, desde luego debieron de ser gentes superlativamente felices. Pero antes Bella se subió a la Percha de Rumty y dijo:

—Enséñame lo que haces todo el día, querido papá. ¿Escribes así? —dijo colocando su mejilla redondeada sobre su rollizo brazo izquierdo y perdiendo de vista la pluma en las ondas de su pelo, de una manera muy poco formal. Aunque a John Rokesmith pareció gustarle.

Así pues, los tres duendes, tras haber borrado todos los vestigios de su banquete y barrido las migas, salieron de Mincing Lane rumbo a Holloway; y si dos de los duendes no deseaban que la distancia fuese el doble de lo que en realidad era, el tercero estaba muy equivocado. De hecho, a ese modesto espíritu le parecía estar entrometiéndose hasta tal punto en lo mucho que la pareja gozaba de la caminata que comentó en tono de disculpa:

—Creo, queridos míos, que iré por la otra acera, y haré como si no fuera con vosotros.

Cosa que hizo, derramando querúbicamente sonrisas por el camino, a falta de flores.

Eran casi las diez cuando se detuvieron a la vista del castillo de Wilfer; y a continuación, como el lugar estaba tranquilo y desierto, Bella inició una serie de desapariciones que amenazaban con durar toda la noche.

—Creo, John —le insinuó al final el querubín—, que si puedes prescindir de la joven interesada lejanamente emparentada conmigo, la llevaré a casa.

—No puedo prescindir de ella —contestó John—, pero tengo que prestársela. ¡Querida! —Una palabra mágica que al instante hizo desaparecer a Bella de nuevo.

—Y ahora, querido papá —dijo Bella cuando volvió a ser visible—, dame la mano, y correremos a casa todo lo deprisa que podamos, y así pasaremos el trago enseguida. Vamos, papá. ¡A la una!

—Querida —vaciló el querubín, con aire un tanto pusilánime—. Iba a comentar que si tu madre...

—No te quedes atrás para ganar tiempo —exclamó Bella, adelantando el pie derecho—. ¿Has visto eso? Es la marca. Ven a la marca. ¡A la una! ¡A las dos! ¡A la de tres salimos, papá! —Y salió disparada arrastrando al querubín, sin detenerse, sin tolerar que él se parara, hasta haber tocado la campanilla—. Y ahora, querido papá —dijo Bella cogiéndolo por las dos orejas como si fuera una jarra y llevando su cara a sus labios sonrosados—, ¡que sea lo que Dios quiera!

La señorita Lavvy salió a abrir la verja, acompañada de ese amable caballero y amigo de la familia, el señor George Sampson.

—¡Vaya, pero si es Bella! —exclamó la señorita Lavvy, dando un

respingo al verla. A continuación gritó—: ¡Mamá! ¡Ha venido Bella!

Y así, antes de que pudieran entrar en la casa, apareció la señora Wilfer. La cual, de pie en el portal, los recibió con espectral tristeza y con todos los demás accesorios ceremoniales.

—Mi hija es bienvenida, aunque no esperada —dijo al tiempo que presentaba las mejillas como si fueran una fría pizarra en la que los visitantes hubieran de apuntarse—. Tú también eres bienvenido, R. W., aunque llegues tarde. ¿Me oye desde aquí el criado de la señora Boffin?

Esa pregunta en tono grave fue lanzada a la noche, para que la respondiera el criado en cuestión.

—No hay nadie esperando, mamá —dijo Bella.

—¿No hay nadie esperando? —repitió la señora Wilfer con aire majestuoso.

—No, querida mamá.

Un solemne estremecimiento recorrió los hombros y los guantes de la señora Wilfer, como si dijera: «¡Un enigma!», y encabezó la procesión hasta la sala de estar de la familia, donde comentó:

—A no ser, R. W. —y este se sobresaltó al verse tan solemnemente interpelado—, que hayas tenido la precaución de añadir algo a nuestra frugal cena mientras venías hacia casa, no será del agrado de Bella. El cuello de cordero frío y la lechuga mal pueden competir con los lujos del menú del señor Boffin.

—Por favor, no hables así, querida mamá —dijo Bella—. Los menús del señor Boffin no significan nada para mí.

Pero en ese momento la señorita Lavinia, que había estado observando atentamente la capota de Bella, intervino con un:

—¡Caramba, Bella!

—Sí, Lavvy, lo sé.

La Incontenible bajó la mirada hacia el vestido de Bella, y se paró a contemplarlo, y de nuevo exclamó:

—¡Caramba, Bella!

—Sí, Lavvy, ya sé lo que llevo puesto. Iba a decírselo a mamá cuando me has interrumpido. He dejado el hogar del señor Boffin para siempre, mamá, y he vuelto a casa.

La señora Wilfer no dijo nada, pero tras haber mirado ferozmente a su vástago un par de minutos en medio de un espantoso silencio, se retiró a su solemne rincón, que estaba a su espalda, y se sentó, como un artículo congelado a la venta en un mercado ruso.

—En resumen, querida mamá —dijo Bella, quitándose la depreciada capota y sacudiéndose el pelo—, he tenido unas graves diferencias con el señor Boffin acerca de cómo trataba a uno de sus empleados domésticos, y no hay reconciliación posible, y ya está dicho todo.

—Y yo me veo obligado a decirte, querida —añadió R. W. en tono sumiso—, que Bella ha actuado con enorme coraje, y con un auténtico sentimiento de justicia. Y por tanto espero, querida, que ahora no te sientas demasiado decepcionada.

—¡George! —dijo la señorita Lavvy con una sepulcral voz de advertencia, que tomaba como modelo la de su madre—. ¡Habla, George Sampson! ¿Qué te dije de esos Boffin?

El señor Sampson percibió que su frágil bote se enfrentaba a bajíos y rompientes, y consideró que lo más seguro era no referirse a nada de lo que le habían dicho, no fuera que mencionara lo que no debía. Con admirable pericia marinera, llevó su bote a aguas profundas y murmuró:

—Sí, desde luego.

—¡Sí! Le dije a George Sampson, tal como él te lo dice a ti —dijo la señorita Lavvy—, que esos odiosos Boffin se pelearían con Bella en cuanto se cansaran de la novedad de tenerla con ellos. ¿Lo han hecho, o no lo han hecho? ¿Tenía razón o no? ¿Y qué nos dices ahora de tus Boffin, Bella?

—Lavvy, mamá —dijo Bella—, lo que tengo que decir de los Boffin es lo que siempre he dicho; y de ellos diré lo mismo que he dicho siempre. Pero nada me impulsará a reñir con nadie esta noche. Espero que no lamente demasiado verme, mamá —besándola—, y espero que no lamente demasiado verme, Lavvy —besándola también—, y como veo en la mesa la lechuga que mamá ha mencionado, prepararé la ensalada.

Con aire juguetón se puso Bella a la tarea, mientras el imponente semblante seguía sus movimientos con feroz mirada, mostrando una combinación de Cabeza de Sarraceno —antaño corriente en los rótulos de las posadas— y un reloj holandés, y sugiriéndole a cualquiera con una mínima imaginación que aquella noche se podía omitir el vinagre en la ensalada. Pero ni una palabra salió de sus majestuosos labios de matrona. Y para su marido (como quizá ella sabía) aquello era más terrorífico que cualquier desbordamiento de elocuencia con el que pudiera edificar a los presentes.

—Y ahora, querida mamá —dijo Bella cuando fue el momento—, la ensalada ya está lista, y hace rato ya que es hora de cenar.

La señora Wilfer se levantó, pero siguió callada.

—¡George! —dijo la señorita Lavinia con su voz de advertencia—. ¡La silla de mamá!

El señor Sampson acudió volando a la espalda de la excelente dama, y la siguió de cerca, silla en mano, mientras ella avanzaba envarada hacia el banquete. Al llegar a la mesa, se sentó en su rígida silla, tras concederle al señor Sampson otra feroz mirada, que hizo recular al joven hasta su sitio sumido en la confusión.

Como el querubín no se atrevía a dirigirse a tan imponente objeto, le fue pasando la cena a través de una tercera persona: «Acércale el cordero a tu mamá, querida Bella», y «Lavvy, creo que tu mamá tomaría un poco de lechuga si se la pusieras en el plato». La señora Wilfer recibía esas viandas con un ensimismamiento petrificado; y en ese mismo estado dio cuenta de ellas, soltando de vez en cuando el cuchillo y el tenedor, como si dijera en su fuero interno «¿Qué estoy haciendo?», y lanzando alguna mirada feroz a alguno de los presentes, como en una indignada búsqueda de información. Una consecuencia magnética de esas miradas era que la persona a la que se destinaban de ninguna manera conseguía fingir ignorancia del hecho; de manera que alguien que pasara por allí, sin dirigir la vista a la señora Wilfer, podría haber sabido en quién tenía puesta la mirada por la manera que esta se refractaba en el semblante del contemplado.

En aquella ocasión especial, la señorita Lavinia se mostró en extremo amable con el señor Sampson, y aprovechó la oportunidad de informar a su hermana del motivo.

—No valía la pena molestarte, Bella, en la época en que vivías en una esfera tan alejada de tu familia, pues era un asunto que probablemente no iba a interesarte mucho —dijo Lavinia levantando la barbilla—, pero George Sampson me está cortejando.

Bella se alegró al oírlo. El señor Sampson se quedó cabizbajo y rojo, y le pareció que era la ocasión de rodear con el brazo la cintura de la señorita Lavinia; pero se encontró con un gran alfiler en el cinturón de la joven, se pinchó un dedo, dejó escapar una sonora exclamación y atrajo el rayo de la feroz mirada de la señora Wilfer.

—George se porta muy bien —dijo la señorita Lavinia (nadie lo hubiera dicho en aquel momento)— y creo que nos casaremos un día de estos. No me molesté en decirte nada cuando estabas con tus Bof... —La señorita Lavinia se contuvo con un respingo, y añadió más calmada—... cuando estabas con el señor y la señora Boffin; pero ahora me parece que es de buena hermana comunicártelo.

—Gracias, querida Lavvy. Te felicito.

—Gracias, Bella. La verdad es que George y yo comentamos si decírtelo o no; pero le dije a George que no te interesaría un asunto tan nimio, y que parecía más probable que tú te apartases completamente de nosotros que el hecho de que llegáramos a considerarlo a uno más de la familia.

—Eso fue un error, querida Lavvy —dijo Bella.

—Ahora lo es —repuso la señorita Lavinia—, pero es que las circunstancias han cambiado, querida. George tiene un nuevo empleo, y sus perspectivas son realmente buenas. No habría tenido el valor de decírtelo ayer, pues sus perspectivas te habrían parecido poca cosa, e indignas de atención; pero esta noche me siento más atrevida.

—¿Y cuándo has sido tímida, Lavvy? —preguntó Bella con una sonrisa.

—No he dicho que alguna vez haya sido tímida —replicó la Incontenible—. Pero quizá podría haber dicho, de no haberme contenido el tacto hacia los sentimientos de mi hermana, que ya llevo cierto tiempo sintiéndome independiente; demasiado independiente, querida, como para exponerme a que mi próxima boda (volverás a pincharte, George) sea contemplada con desdén. No es que te hubiera culpado por contemplarla con desdén, en la época en que aspirabas a conseguir un marido rico e importante; es solo que

yo era independiente.

Ya fuera porque la Incontenible se sintiera desairada por la afirmación de Bella de que no pensaba discutir, ya fuera porque el hecho de que Bella regresara a la esfera del cortejo del señor George Sampson despertara su rencor, ya fuera porque su espíritu precisaba el estímulo de colisionar con alguien en aquel momento; la cuestión es que acometió a su solemne progenitora con tremenda impetuosidad.

—¡Mamá, por favor, deja de mirarme de ese modo tan irritante! Si me ves hollín en la nariz, dímelo; si no, déjame en paz.

—¿Te diriges a mí con estas palabras? —dijo la señora Wilfer—. ¿Cómo te atreves?

—No me vengas con cómo me atrevo, mamá, por el amor de Dios. Una chica que tiene edad para prometerse también tiene edad para protestar si la miran como si fuera un reloj.

—¡Qué descaró! —dijo la señora Wilfer—. Si a tu abuela le hubiera hablado así alguna de sus hijas cuando tenían tu edad, la habría mandado a un cuarto oscuro.

—Mi abuela —replicó Lavvy, cruzando los brazos y recostándose en la silla— no se quedaba mirando a la gente hasta sacarla de sus casillas, creo.

—¡Sí que lo hacía! —dijo la señora Wilfer.

—Entonces es una lástima que no supiera que no debía hacerlo —dijo Lavvy—. Y si mi abuela no chocheaba cuando le dio por mandar a los demás a un cuarto oscuro, entonces no andaba lejos. ¡Cómo debía de ponerse en evidencia la abuela! Me pregunto si también mandaba a los demás a la bola de la cúpula de Saint Paul; y si lo hacía, ¿cómo conseguía que se metieran allí?

—¡Silencio! —proclamó la señora Wilfer—. ¡Exijo silencio!

—No tengo la menor intención de guardar silencio, mamá —replicó fríamente Lavinia—, más bien todo lo contrario. No voy a tolerar que me miren como si fuera yo la que acaba de volver de casa de los Boffin, y quedarme callada. No voy a tolerar que mires a George Sampson como si fuera él quien acaba de volver de casa de los Boffin, y quedarme callada. Si a papá le parece bien que lo mires como si fuera él quien acabara de volver de

casa de los Boffin, pues adelante. Pero yo he decidido que no lo aguanto. ¡Y no lo aguantaré!

Ahora que Lavinia había abierto esa retorcida brecha hacia Bella, la señora Wilfer se metió en ella.

—¡Espíritu rebelde! ¡Hija rebelde! Dime una cosa, Lavinia. Si, contrariando los sentimientos de tu madre, te hubieras dignado entrar bajo la protección de los Boffin, y hubieras salido de ese templo de esclavitud...

—Esto es una tontería, mamá —dijo Lavinia.

—¡Cómo! —exclamó la señora Wilfer con sublime severidad.

—Lo de templo de esclavitud, mamá, eso no es más que cuento y tontería —repuso la Incontenible, sin inmutarse.

—Lo que yo digo, niña presuntuosa, es que si tú hubieras venido a visitarme desde el barrio de Portland Place, doblada bajo el yugo del patrocinio y atendida por criados ataviados de reluciente vestimenta, ¿crees que mis profundos sentimientos se hubiesen expresado en miradas?

—Lo único que creo —dijo Lavinia— es que ojalá se los expresaras a la persona adecuada.

—Y si —añadió su madre—, desoyendo mis advertencias de que la cara de la señora Boffin era una cara que rebotaba maldad, hubieses preferido a la señora Boffin antes que a mí, y luego hubieses vuelto a casa rechazada por la señora Boffin, pisoteada por la señora Boffin, expulsada por la señora Boffin, ¿crees que mis sentimientos se habrían expresado en miradas?

Lavinia estaba a punto de contestarle a su respetada progenitora que en ese caso también podría haber prescindido completamente de sus miradas, cuando Bella se puso en pie y dijo:

—Buenas noches, querida mamá. He tenido un día agotador, y me voy a la cama.

Eso interrumpió tan agradable reunión. El señor George Sampson se despidió poco después, y Lavinia, con una vela, lo acompañó hasta el vestíbulo, y sin vela hasta la verja del jardín; la señora Wilfer, lavándose las manos de los Boffin, se fue a la cama a la manera de lady Macbeth; y R. W. se quedó solo entre las sobras de la cena, en actitud melancólica.

Pero unas leves pisadas lo sacaron de sus cavilaciones. Era Bella. Su hermoso pelo le caía sobre los hombros, y bajó sin hacer ruido, cepillo en mano y descalza, para darle las buenas noches.

—Querida, no hay la menor duda de que eres una preciosa mujer —dijo el querubín, tomando un mechón entre las manos.

—¿Sabe, señor mío? —dijo Bella—, cuando tu preciosa mujer se case, tendrás este mechón, si te gusta, y te haré una cadena con él. ¿Apreciarías ese recuerdo de tu querida hija?

—Sí, hermosura.

—Entonces te lo daré si te portas bien. Siento mucho, muchísimo, querido papá, haber traído a casa todo este lío.

—Hermosura —repuso su padre con la más simple buena fe—, no te inquietes por eso. No vale la pena mencionarlo, pues de todos modos las cosas en casa no habrían cambiado mucho. Si tu madre y tu hermana no encuentran un tema para dar la murga, encuentran otro. Si se trata de dar la murga, los temas nunca se acaban, querida, te lo aseguro. Me temo que compartir tu antigua habitación con Lavvy te resultará terriblemente incómodo, Bella.

—No, papá. Me da igual. ¿Y sabes por qué me da igual?

—Bueno, hija mía. Cuando no existía el contraste que hay ahora, te quejabas. A fe mía, que lo único que puedo responder es que has mejorado mucho.

—No, papá. ¡Porque estoy muy feliz y agradecida!

Lo asfixió en un abrazo hasta que el largo cabello de ella lo hizo estornudar, y entonces Bella se rió y le hizo reír, y luego lo asfixió en otro abrazo para que no los oyeran.

—Escucha, papá —dijo Bella—. Esta noche a tu preciosa mujer le han leído el futuro cuando venía a casa. No será un futuro de gran riqueza, pues, si el futuro marido de tu preciosa mujer consigue cierto empleo que espera conseguir pronto, se casará con una renta de ciento cincuenta libras al año. Pero esto es solo el principio, y, aun cuando no esperara más, la preciosa mujer tendría suficiente. Pero eso no es todo, señor. En ese futuro aparece cierto hombre rubio, un hombre menudo, dijo quien me leyó el futuro, el cual,

al parecer, siempre se encontrará cerca de la preciosa mujer, y al que siempre se guardará, expresamente para él, un pacífico rincón en la casita de la preciosa mujer. ¿Sabe quién es ese hombre, señor?



THE LOVELY WOMAN HAS HER FORTUNE TOLD.

—¿Es la sota de la baraja? —preguntó el querubín, con un brillo en los ojos.

—¡Sí! —gritó Bella, llena de alegría y asfixiándolo de nuevo—. ¡Es la sota de los Wilfer! Querido papá, la preciosa mujer ansía que llegue el futuro que le han predicho, tan agradable, y que la convierta en una mujer mejor de lo que ha sido hasta ahora. Lo que se espera que haga ese hombre rubio, señor, es ansiar también ese futuro, repitiéndose, cada vez que corra el peligro de preocuparse en exceso: «¡Por fin, tierra a la vista!».

—¡Tierra a la vista! —repitió su padre.

—¡Esa es la encantadora sota de los Wilfer! —exclamó Bella, y a continuación adelantó su pie desnudo, blanco y pequeño—. Esa es la marca, señor. Acérquese a la marca. Coloque su bota al lado. ¡Estaremos los dos juntos, ojo! Y ahora, señor, puede besar a la preciosa mujer antes de que se vaya corriendo, tan agradecida y feliz. ¡Oh, sí, hombrecito rubio, tan agradecida y feliz!

Capítulo XVII

Un coro social

El asombro preside el semblante del círculo de amigos del señor y la señora Lammle cuando, sobre una esterilla que ondea en Sackville Street, se anuncia públicamente la venta de su mobiliario y efectos personales de primera categoría (entre los que se incluye una Mesa de Billar en mayúsculas) «en subasta por impago de una compraventa». Pero nadie está ni la mitad de asombrado que el señor don Hamilton Veneering, miembro del parlamento por Pocket Breaches, quien al instante comienza a descubrir que los Lammle son las únicas personas que han entrado en el registro de su alma que no son los mejores ni más viejos amigos que tiene en el mundo. La señora Veneering, esposa de diputado por Pocket Breaches, como fiel esposa que es, comparte el descubrimiento e inexpresable asombro de su marido. A lo mejor los dos Veneering consideran que este último e inexpresable sentimiento es lo que se espera de su reputación, en virtud de que hubo un tiempo en que las cabezas más largas de la City se movían en sentido negativo, según se rumorea, cada vez que se mencionaban las importantes transacciones y la gran riqueza de los Veneering. Pero es cierto que ni el señor ni la señora Veneering encuentran palabras con las que expresar su asombro, y se hace necesario que les ofrezcan una cena de asombro a sus amigos más viejos y queridos.

Pues por entonces ya todo el mundo está al corriente de que los Veneering, cada vez que pasa algo, han de dar una cena. Lady Tippins vive en un estado crónico de invitación a cenar con los Veneering, y en un estado crónico de inflamación a consecuencia de las cenas. Boots y Brewer van y vienen en coches de punto, sin otro asunto inteligible en la tierra que reclutar a gente para que vaya a cenar con los Veneering. Veneering recorre los pasillos legislativos intentando atrapar a sus colegas legisladores para invitarlos a cenar. La noche anterior, la señora Veneering cenó con veinticinco caras completamente desconocidas; hoy las visita a todas; al día siguiente les envía una tarjeta invitándolas al cabo de dos semanas; antes de que hayan

digerido la cena, visita a los hermanos y hermanas de los comensales, a sus hijos e hijas, sobrinos y sobrinas, tíos, tías y primos, y los invita a todos a cenar. Y no obstante, como al principio, aunque el círculo de invitados se ensancha, se observa que todos los comensales persisten en presentarse en casa de los Veneering, no para cenar con el señor y la señora Veneering (que es, al parecer, lo último que les pasa por la cabeza), sino para cenar los unos con los otros.

A lo mejor, después de todo (¿quién sabe?), Veneering descubre que estas cenas, aunque caras, le compensan, en el sentido de que forman defensores de su causa. El señor Podsnap, en cuanto que hombre representativo, no es el único que mira mucho por su dignidad, y por la de sus conocidos, por lo que defiende airadamente a todos sus conocidos que gozan de su visto bueno, pues teme que, si estos se ven menospreciados, lo mismo le pase a él. Los camellos de oro y plata, y las heladeras, y el resto de la decoración de la mesa de los Veneering, componen un brillante espectáculo, y cuando yo, Podsnap, comento de pasada en otro sitio que el lunes anterior cené con una espléndida caravana de camellos, me parece especialmente ofensivo que se me insinúe que se trata de camellos con problemas en las rodillas o de camellos que están bajo algún tipo de sospecha. «Yo no exhibo ningún camello, estoy por encima de ellos: soy un hombre más sólido, pero esos camellos han disfrutado de la luz de mi rostro, ¿y cómo se atreve usted, señor a insinuar que he irradiado luz sobre camellos que no son sino intachables?»

En la despensa del Analista se están lustrando los camellos para la cena de asombro en ocasión de la ruina de los Lammle, y el señor Twemlow se siente un poco extraño en el sofá de sus aposentos que están sobre el establo de Duke Street, Saint James, a consecuencia de haberse tomado a mediodía dos pastillas muy anunciadas, confiando en lo que se afirmaba en el papel que acompañaba a la caja (precio: un penique y medio, timbre del gobierno incluido), en el sentido de que «se descubrirá que es enormemente saludable como medida preventiva en relación con los placeres de la mesa». Mientras todavía se siente enfermo con la fantasía de que una pastilla insoluble se le ha quedado pegada en el gaznate, y con la sensación de que tiene un depósito de cola caliente moviéndose con él un poco más abajo, entra un criado para anunciarle que una dama desea hablar con él.

—¡Una dama! —dice Twemlow, arreglándose las plumas arrugadas—. Pregunta, por favor, el nombre de la dama.

El nombre de la dama es Lammle. La dama no entretendrá al señor Twemlow más de unos minutos. La dama está segura de que el señor Twemlow tendrá la amabilidad de verle, cuando se le informe de que desea especialmente que la entrevista sea breve. La dama no duda que el señor Twemlow la recibirá cuando sepa su nombre. Le ha suplicado al criado que procure no equivocarse con el nombre. Le entregaría una tarjeta, pero no lleva ninguna.

—Haz pasar a la señora.

La hacen pasar y entra.

Las pequeñas habitaciones del señor Twemlow están modestamente amuebladas, con un estilo pasado de moda (casi como la habitación del ama de llaves de Snigsworthy Park), y estaría despojada de todo adorno de no ser por un grabado a tamaño natural del sublime Snigsworth sobre la chimenea, resoplándole a una columna corintia, con un enorme rollo de papel a sus pies y una pesada cortina a punto de caerle sobre la cabeza; se entiende que esos accesorios representan al noble señor en algo parecido al acto de salvar a su país.

—Por favor, tome asiento, señora Lammle.

La señora Lammle toma asiento e inicia la conversación.

—No tengo ninguna duda, señor Twemlow, de que está al tanto del revés que hemos sufrido. Naturalmente está al tanto, pues estas son las noticias que viajan más deprisa... sobre todo entre los amigos.

Con la mente puesta en la cena de asombro, Twemlow, con cierto remordimiento, admite la imputación.

—Probablemente no le habrá sorprendido tanto como a los demás —dice la señora Lammle con una cierta dureza que arredra a Twemlow—, después de lo ocurrido en la casa que ahora está siendo vaciada. Me he tomado la libertad de visitarle, señor Twemlow, para añadir una suerte de epílogo a lo que dije ese día.

Las mejillas enjutas y hundidas del señor Twemlow se vuelven más enjutas y hundidas ante la perspectiva de una nueva complicación.

—Lo cierto —dice el inquieto caballero—, lo cierto, señora Lammle, es que consideraría un favor el que no me hiciera más confidencias. Uno de los

objetivos de mi vida (que, por desgracia, no tiene muchos) ha sido siempre ser inofensivo, y mantenerme ajeno a maquinaciones e intromisiones.

La señora Lammle, con diferencia la más perspicaz de los dos, apenas ve necesario mirar a Twemlow cuando este habla, pues lee en él con suma facilidad.

—Mi epílogo, por mantener la palabra que he utilizado —dice la señora Lammle, clavándole los ojos en la cara para reforzar lo que dice—, coincide exactamente con lo que usted dice, señor Twemlow. Así que, lejos de importunarle con más confidencias, tan solo deseo recordarle la que le fue impartida. Y lejos de pedirle que se entrometa, solo deseo rogarle que se mantenga estrictamente neutral.

Twemlow va a contestar, pero ella vuelve a descansar los ojos, sabiendo que sus oídos bastan y sobran para el contenido de tan poco recipiente.

—Supongo —dice Twemlow, nervioso— que ninguna objeción razonable puedo oponer a cualquier cosa que me haga el honor de decirme bajo ese encabezamiento. Pero si, con toda la delicadeza y cortesía posibles, puedo suplicarle que no vaya más allá, por favor, se lo suplico.

—Señor —dice la señora Lammle, llevando de nuevo sus ojos a la cara de él, e intimidándolo con la misma dura expresión de antes—, le impartí cierta información para que se la comunicara a cierta persona como mejor le pareciese.

—Cosa que hice —dice Twemlow.

—Y por ello se lo agradezco; aunque, desde luego, no acabo de entender por qué traicioné a mi marido en ese asunto, pues la chica es una pobre necia. Antaño yo también era una pobre necia; no se me ocurre otra razón. —Al ver el efecto que su risa indiferente y una fría mirada produce en él, lo sigue mirando mientras habla—. Señor Twemlow, si por casualidad viera a mi marido, o a mí, o a los dos, gozando del favor o de la confianza de otra persona (si es un conocido común o no, carece de importancia), no tiene derecho a utilizar contra nosotros la información que le confié para un propósito concreto que ya se ha cumplido. Eso es lo que he venido a decirle. No es ninguna condición; para un caballero, es un simple recordatorio.

Twemlow farfulla algo para sí con la mano en la frente.

—Está tan claro —añade la señora Lammle— el asunto que hay entre usted y yo (desde el primer momento confié en su honor) que no malgastaré más palabras con él.

Mira fijamente al señor Twemlow, hasta que él, con un encogimiento de hombros, le hace una inclinación de cabeza lateral, como diciendo «Sí, creo que tiene derecho a confiar en mí», tras lo cual ella se humedece los labios y se muestra aliviada.

—Confío en haber mantenido la promesa que le hice a su criado de no robarle más que unos minutos. No quiero molestarle más, señor Twemlow.

—¡Quédese! —dice Twemlow, levantándose cuando ella lo hace—. Perdóneme un momento. Jamás la hubiera buscado para decirle lo que voy a decirle, señora, pero, ya que usted me ha buscado y ha venido, voy a desembucharlo todo. Dígame con sinceridad, ¿fue coherente con la resolución que tomamos contra el señor Fledgeby que usted posteriormente se dirigiera al señor Fledgeby, como si fuera su querido amigo y confidente, y le pidiera un favor? Suponiendo siempre que lo hiciera; no es que lo sepa de primera mano, pero me han dicho que lo hizo.

—¿Entonces él se lo contó? —replica la señora Lammle, que de nuevo ha mantenido los ojos apartados de él mientras lo escuchaba, y los utiliza con un poderoso efecto cuando habla.

—Sí.

—Es raro que le dijera la verdad —dice la señora Lammle, meditando con aire serio—. Dígame, por favor, ¿dónde ocurrieron unas circunstancias tan extraordinarias?

Twemlow vacila. Es más bajo que la mujer, y más débil, y, mientras ella se cierne sobre él con su dura expresión y su eficaz mirada, Twemlow se siente tan en desventaja que le gustaría pertenecer al sexo opuesto.

—¿Puedo preguntarle dónde ocurrió, señor Twemlow? ¿De manera confidencial?

—Debo confesarle —dice el inofensivo caballero, acercándose a la respuesta de manera paulatina— que sentí ciertos reparos cuando el señor Fledgeby lo mencionó. Debo admitir que no me vi bajo una luz muy favorable. Sobre todo cuando el señor Fledgeby, con una gran cortesía de la

que no me consideré merecedor, me hizo el mismo favor que usted le había pedido que le hiciera a usted.

Forma parte de la verdadera nobleza del alma del pobre caballero pronunciar esa última frase. «De otro modo —ha reflexionado Twemlow—, me colocaré en una posición de superioridad, pues no paso por ninguna dificultad, y sé que ella sí. Y eso sería mezquino, muy mezquino».

—¿Fue la intervención del señor Fledgeby tan eficaz en su caso como en el nuestro? —pregunta la señora Lammle.

—Igual de ineficaz.

—¿Se decidiría a decirme dónde vio al señor Fledgeby, señor Twemlow?

—Le ruego que me perdone. Tenía toda la intención de hacerlo. Si me he mostrado reservado ha sido sin querer. Me encontré al señor Fledgeby por casualidad, en un sitio inesperado. El sitio inesperado era la tienda del señor Riah, en Saint Mary Axe.

—¿Entonces ha tenido usted la desgracia de caer en manos del señor Riah?

—Por desgracia, señora —contesta Twemlow—, la obligación de pago que me compromete, la única deuda de mi vida (aunque es una deuda justa, fíjese en que no la repudio) ha caído en manos del señor Riah.

—Señor Twemlow —dice la señora Lammle clavándole los ojos: cosa que él impediría si pudiera, pero no puede—, ha caído usted en manos del señor Fledgeby. El señor Riah es su máscara. Ha caído en manos del señor Fledgeby. Deje que se lo diga, por si le sirve de ayuda. Puede que la información le sirva de ayuda, aunque solo sea para impedir que abusen de su credulidad, si juzga la sinceridad de los demás basándose en la suya.

—¡Imposible! —exclama Twemlow, aterrado—. ¿Cómo lo sabe?

—Ni yo misma lo sé. Parece que se ha dado un cúmulo de circunstancias que me lo han revelado.

—¡Oh! Entonces no tiene pruebas.

—Es muy extraño —dice la señora Lammle, fría y atrevida, aunque con cierto desdén— cómo los hombres se parecen en algunas cosas, aunque sean de caracteres divergentes. No hay dos hombres que posean menos afinidades,

se diría, que el señor Twemlow y mi marido. No obstante, mi marido me contesta «No tienes pruebas», ¡y el señor Twemlow me contesta con las mismas palabras!

—Pero ¿por qué, señora? —se aventura a discutirle cortésmente Twemlow—. Piénselo, ¿por qué las mismas palabras? Porque afirman el hecho. Porque no tiene pruebas.

—Los hombres poseen cierta sabiduría —afirma la señora Lammle, observando altiva el retrato de Snigsworth y dándole una sacudida a su vestido antes de partir—, pero les queda mucha por aprender. Mi marido, que jamás peca de exceso de confianza, ni es ingenuo ni inexperto, es tan incapaz como el señor Twemlow de ver algo tan sencillo. ¡Porque no hay pruebas! Sin embargo, creo que, en mi lugar, cinco mujeres de cada seis lo verían con la misma claridad que yo. No obstante, no descansaré (aunque solo sea por el recuerdo de que el señor Fledgeby ha besado mi mano) hasta que mi marido lo vea. Y a usted también le conviene verlo a partir de este mismo momento, señor Twemlow, aunque no pueda aportarle ninguna prueba.

Mientras ella se dirige a la puerta, y el señor Twemlow la acompaña, este expresa el deseo de que la situación de los negocios del señor Lammle no sea irreversible.

—No lo sé —repite la señora Lammle, deteniéndose y repasando el dibujo del papel pintado con la punta del parasol—, depende. A lo mejor en este momento se le está ocurriendo una salida, o a lo mejor no. Pronto lo sabremos. Si no se le ocurre ninguna, estamos en la bancarrota, y supongo que deberemos irnos al extranjero.

El señor Twemlow, en su amable deseo de ver el lado bueno, comenta que hay gente que lleva una vida agradable en el extranjero.

—Sí —contesta la señora Lammle, aún dibujando en la pared—, pero dudo que ganarse la vida jugando al billar, a las cartas, etcétera, siempre bajo sospecha, en un sucio hotel barato, lo sea.

El señor Twemlow cortésmente le insinúa (aunque tremendamente escandalizado) que para el señor Lammle ya es mucho poder contar siempre a su lado con alguien que le quiere en toda circunstancia, y cuya influencia moderadora le impedirá adentrarse en caminos deshonorosos y ruinosos. Cuando dice esas palabras, la señora Lammle deja de dibujar y lo mira.

—¿Influencia moderadora, señor Twemlow? Necesitamos comer y beber, y vestirnos, y tener un techo sobre nuestra cabeza. ¿Siempre a su lado y queriéndole en toda circunstancia? Poco hay de qué presumir, pues ¿qué va a hacer una mujer a mi edad? Mi marido y yo nos engañamos mutuamente al casarnos; debemos soportar las consecuencias del engaño: es decir, soportarnos el uno al otro, soportar la carga de tener que maquinar juntos para conseguir la cena de esta noche y el desayuno de mañana... hasta que la muerte nos divorcie.

Tras esas palabras, sale a Duke Street, Saint James. El señor Twemlow regresa al sofá, reclina su cabeza dolorida sobre el resbaladizo cabezal de crin, con la poderosa convicción de que una dolorosa entrevista no es lo más indicado para después de las pastillas para la cena que son enormemente saludables en relación con los placeres de la mesa.

Pero cuando dan las seis de la tarde, el digno caballero se encuentra mejor, y también se está enfundando sus anticuadas medias de seda y sus zapatos ajustados para la cena de asombro en casa de los Veneering. Y a las siete está trotando por Duke Street, y trotando hacia la esquina para ahorrarse los seis peniques que cuesta alquilar un coche.

En esa época, tanta cena ha llevado a Tippins la divina a un estado tal que una mente morbosa podría desearle, para un cambio a mejor, que por fin tomara algo ligero y se acostara. Una de esas mentes podría ser el señor Eugene Wrayburn, a quien Twemlow descubre contemplando a Tippins con un semblante de lo más taciturno, mientras esa juguetona criatura le lanza pullas por tardar tanto en alcanzar la dignidad de Lord Canciller. También se muestra animada con Mortimer Lightwood, y le da una serie de golpes con el abanico por haber sido el padrino en la boda de esos farsantes cómo-se-llamen que se han ido a la ruina. Aunque, por lo general, el abanico está lleno de vida, y va dando golpecitos a los hombres en todas direcciones, con un espeluznante sonido que hace pensar en el traqueteo de los huesos de lady Tippins.

Desde que Veneering entró en el Parlamento por el bien público, una nueva raza de amigos íntimos ha surgido en casa de los Veneering, de quienes la señora de la casa siempre está muy pendiente. De esos amigos, como de las distancias astronómicas, solo se habla utilizando cifras enormes. Boots dice que uno de ellos es un contratista que (se ha calculado) da empleo, de manera

directa o indirecta, a quinientos mil hombres. Brewer dice que otro de ellos preside consejos de administración, y son tantos los que lo solicitan, y tan distantes, que nunca viaja en tren menos de tres mil millas a la semana. El Parachoques dice que otro de ellos no tenía ni seis peniques hace dieciocho meses, y, gracias a la brillantez de su genio, compró acciones a ochenta, y que, comprándolas sin dinero y vendiéndolas a la par al contado, ahora posee trescientas setenta y cinco mil libras. El Parachoques insiste sobre todo en las setenta y cinco mil, y se niega a rebajar ni un penique. Con el Parachoques, Boots y Brewer, lady Tippins se muestra eminentemente burlona acerca del tema de los Padres de la Iglesia de los Dividendos: los escruta a través de su monóculo, y pregunta si Boots y Brewer y el Parachoques creen que ellos la harían rica si ella les dedicara sus atenciones amorosas, y otras gracias por el estilo. Veneering, de una manera diferente, está también muy ocupado con esos Padres, que se retiran religiosamente con él al invernadero, y de ese grupo asoma de vez en cuando la palabra «Comité», y allí los Padres instruyen a Veneering acerca de que debe dejar el valle del piano a su izquierda, seguir por el nivel de la repisa de la chimenea, cruzar por una zanja abierta en los candelabros, hacerse con el tráfico de transporte de mercancías en la consola y hacer pedazos la raíz y las ramas de la oposición en las cortinas de la ventana.

El señor y la señora Podsnap forman parte de la concurrencia, y los Padres declaran que la señora Podsnap es una mujer estupenda. Se la asignan a uno de los Padres —el Padre de Boots, que da empleo a quinientos mil hombres—, y este queda anclado a la izquierda de Veneering; esto le permite a la bromista Tippins, a su derecha (él, como siempre, no es más que un espacio vacío), suplicar que le cuenten algo de esos maravillosos trabajadores del ferrocarril, y si realmente viven de bistecs crudos y beben cerveza negra de las carretillas. Pero, a pesar de esas pequeñas escaramuzas, existe la percepción de que esa iba a ser una cena de asombro, y que esto no hay que descuidarlo. Por consiguiente, Brewer, al ser el hombre que tiene una mayor reputación que mantener, se convierte en el intérprete del sentir general.

—Esta mañana —dice Brewer cuando hay una pausa favorable—, he cogido un coche de punto y me he encaminado a la subasta.

Boots (devorado por la envidia) dice:

—Y yo.

El Parachoques dice:

—Y yo.

Pero no ve a nadie a quien le importe lo más mínimo.

—¿Y qué tal? —pregunta Veneering.

—Le aseguro —replica Brewer, buscando a alguien a quien dirigir la respuesta, y dándole preferencia a Lightwood—; le aseguro que todo era una bicoca. Cosas bastante bonitas, pero que se vendían por nada.

—Eso he oído esta tarde —dice Lightwood.

Brewer suplica saber ahora si estaría bien preguntarle a un profesional cómo... diantre... esas... personas... llegaron... a... esa... insolvencia... absoluta. (Brewer separa las palabras para dar énfasis).

Lightwood responde que a él, naturalmente, lo consultaron, pero que fue incapaz de dar una opinión que sirviera para saldar la deuda, por lo que no viola ningún secreto al suponer que vivían por encima de sus posibilidades.

—¡Pero cómo es posible que la gente HAGA eso! —dice Veneering.

¡Ja! Todos perciben que ha dado en el blanco. ¡Cómo es posible que la gente HAGA eso! El Analista Químico hace su ronda ofreciendo champán, y pone cara de que él sí podría explicarles bastante bien cómo es que la gente hace eso, si se lo propusiera.

—Cómo es posible que una madre sea capaz de mirar a su bebé —dice la señora Veneering, dejando el tenedor para apretar la punta de los dedos de sus manos aquilinas, y dirigiéndose al Padre que viaja tres mil millas semanales —, y saber que vive por encima de los ingresos de su marido, es algo que no me puedo imaginar.

Eugene sugiere que la señora Lammle, al no ser madre, no tenía ningún bebé que cuidar.

—Cierto —dice la señora Veneering—, pero el principio es el mismo.

Boots tiene claro que el principio es el mismo. Igual que el Parachoques. Es el desdichado destino del Parachoques perjudicar las causas que abraza. El resto de los presentes han acordado tímidamente que el principio es el mismo, hasta que el Parachoques lo dice; al instante surge un murmullo general en el sentido de que el principio no es el mismo.

—Lo que no entiendo —dice el Padre de las trescientas setenta y cinco mil libras— es que si estas personas de las que hablamos tenían una posición social... porque tenían una posición social, ¿no?

Veneering está a punto de confesar que cenaban allí, y que incluso salieron de allí hacia el altar.

—Lo que no entiendo entonces —añade ese Padre— es cómo, aun viviendo por encima de sus posibilidades, han llegado a la bancarrota total. Porque, en el caso de la gente de buena posición, hay una cosa que se llama reajuste financiero.

Eugene (del que se diría que se halla en un triste estado de ánimo que le lleva a hacer sugerencias) sugiere:

—Supongan que no disponen de posibles y viven por encima de sus ingresos.

Ese Padre no puede concebir una situación de semejante insolvencia. Nadie que tenga un mínimo respeto por sí mismo puede concebir tal situación de insolvencia, y es universalmente rechazada. Pero resulta tan asombroso que la gente pueda llegar a la bancarrota total que todo el mundo se siente obligado a encontrarle una explicación. Uno de los Padres dice: «La mesa de juego». Otro Padre dice: «Especuló sin saber que la especulación es una ciencia». Boots dice: «Los caballos». Lady Tippins le dice a su abanico: «Tenía dos casas». Se pide la opinión del señor Podsnap, que no dice nada; al final se expresa de la manera siguiente, muy acalorado y en extremo iracundo:

—A mí ni me pregunten. No deseo tomar parte en la discusión de los asuntos de estas gentes. Aborrezco el tema. Es un tema odioso, ofensivo, un tema que me da náuseas, y yo...

Y con su gesto favorito del brazo derecho, que lo barre todo y lo zanja todo para siempre, el señor Podsnap barre de la faz del universo a esos desdichados que de manera inconveniente e inexplicable han vivido por encima de sus posibilidades e ido a la bancarrota.

Eugene, recostándose en su silla, observa al señor Podsnap con cara irreverente, y a lo mejor está a punto de pronunciar otra sugerencia, cuando el Analista colisiona con el Cochero; el Cochero manifiesta la intención de acercarse a los comensales con una bandeja de plata, como si pretendiera hacer una colecta para su esposa y su familia; el Analista le corta el paso junto

al aparador. La superior majestuosidad del Analista —por no mencionar su superior jerarquía— prevalece sobre un hombre que no es nada fuera del pescante; y el Cochero, entregando su bandeja, se retira derrotado.

A continuación el Analista observa el trozo de papel que hay en la bandeja con el aire de un censor literario, lo coloca a su gusto, y se toma un tiempo prudencial antes de acercarse a la mesa y presentárselo al señor Eugene Wrayburn. A lo que la simpática Tippins dice en voz bien alta:

—¡El Lord Canciller ha dimitido!

Eugene, con una frialdad y una lentitud que no tiene otro objeto que despistar —pues sabe que la curiosidad de la Seductora no tiene límites—, saca su monóculo de manera teatral, lo lustra y lee el papel con dificultad, mucho después de ver lo que hay escrito en él. Lo que hay escrito, en tinta húmeda, es: «el joven Blight».

—¿Está esperando? —dice Eugene a su espalda, dirigiéndose al Analista en tono confidencial.

—Está esperando —replica el Analista en el mismo tono confidencial.

Eugene le dirige una mirada de «Perdone» a la señora Veneering, sale y se encuentra con el joven Blight, el escribiente de Mortimer, en la puerta del vestíbulo.

—Me dijo que lo trajera, señor, allí donde usted se encontrara, si venía cuando usted estaba fuera —dice el discreto joven, de puntillas para hablar en susurros—, y lo he traído.

—Un chico espabilado. ¿Dónde está? —pregunta Eugene.

—En el coche, señor, a la puerta. Me dije que era mejor que no lo vieran, si podía evitarse; pues tiembla de pies a cabeza, como —la sonrisa de Blight quizá está inspirada por los platos de dulces que los rodean— un flan.

—Un chico espabilado —replica Eugene—. Iré a verle.

Sale enseguida, y, apoyando tranquilamente los brazos en la ventanilla abierta del coche, contempla al señor Muñecas: que ha traído su propio ambiente, y que, por el olor que le acompaña, parece haberlo traído dentro de un barril de ron para facilitar su transporte en coche.

—¡Muñecas, despierte!

—¿Señor Wrayburn? ¡La dirección! ¡Quince chelines!

Tras leer meticulosamente el mugriento trozo de papel que le han entregado, y metérselo cuidadosamente en el bolsillo del chaleco, Eugene se pone a contar el dinero; imprudentemente, coloca el primer chelín que cuenta en la mano del señor Muñecas, que al instante sale disparada por la ventanilla; con lo que acaba contando los quince chelines sobre el asiento.

—Llévalo de vuelta a Charing Cross, chico espabilado, y allí te libras de él.

Eugene regresa al comedor y se detiene un momento detrás del biombo que hay en la puerta, donde oye, por encima del murmullo y el ruido de los cubiertos, a la hermosa Tippins que dice:

—¡Me muero por saber para qué lo han llamado!

—¿De verdad? —murmura Eugene—. Entonces, si no puede preguntárselo, se morirá. Así que voy a ser un benefactor de la sociedad, y me iré. Un paseo y un cigarro, y le daré vueltas a este asunto. Muchas vueltas.

Y así, con gesto pensativo, recoge su sombrero y su capa, sin que lo vea el Analista, y se marcha.

Libro cuarto

Un giro inesperado

Capítulo I

Se ponen cepos

Aquella tarde de verano, la esclusa de la presa del molino de Plashwater se veía tranquila y hermosa. Una suave brisa sacudía las hojas de los árboles recién retoñados, y pasaba como una lisa sombra sobre el río, y como una sombra aún más lisa sobre la hierba, que se inclinaba ante ella. La voz del agua al caer, como las voces del mar y del viento, eran como un recuerdo exterior para quien escuchara contemplativo; pero no para el señor Riderhood, que estaba sentado en una de las romas palancas de madera de la puerta de su esclusa, dormitando. Para poder sacar el vino de un barril, alguien ha de haberlo metido antes; y el vino del sentimiento jamás había entrado en el señor Riderhood, por lo que nada semejante podría salir de él por mucho que se abriera la espita.

Mientras Rogue estaba allí sentado, cabeceando de cuando en cuando hasta perder el equilibrio, cada vez que se despertaba ponía una mirada furiosa y emitía un gruñido, como si, en ausencia de nadie más, tuviera instintos agresivos contra sí mismo. En uno de estos sobresaltos, el grito de «¡Eh, el de la esclusa!», impidió que volviera a dormirse. Dándose una sacudida al ponerse en pie, como el hosco animal que era, le dio a su gruñido un matiz de respuesta y dirigió la cara río abajo para ver quién le gritaba.

Era un remero aficionado, que remaba con mucha pericia, aunque tomándose con calma, en un bote tan ligero que Rogue comentó:

—Un bote más pequeño y se queda en piragua.

A continuación se puso a manejar al cabrestante y las compuertas para dejar pasar al remero. Mientras este estaba de pie en su embarcación, agarrándose con el bichero a la pieza de madera que había en el lateral de la esclusa, a la espera de que se abrieran las compuertas, Rogue Riderhood lo reconoció como «el Otro Señor», Eugene Wrayburn; quien, no obstante, estaba demasiado despistado o demasiado concentrado para reconocerle.

Las compuertas de la esclusa se abrieron lentamente en un crujido, y el ligero bote pasó en cuanto tuvo sitio, y las compuertas se cerraron tras él en otro crujido, y flotó en un nivel de agua más bajo en la cámara de la esclusa, entre las dos series de compuertas, hasta que el nivel del agua subiera, la segunda se abriera y pudiera pasar. Cuando Riderhood se hubo dirigido al otro cabrestante y lo hubo hecho girar, y mientras se inclinaba contra la palanca de la compuerta para hacerla girar con su peso, observó a un gabarrero que descansaba bajo el seto verde que se hallaba junto al camino de sirga que había detrás de la esclusa.

El agua iba subiendo de nivel a medida que entraba por la compuerta, dispersando la espuma que se había formado detrás de las pesadas compuertas, haciendo subir el bote, con lo que el remero fue ascendiendo, como una aparición a contraluz, desde el punto de vista del gabarrero. Riderhood observó que el gabarrero también se levantaba, apoyándose sobre su brazo, y que parecía tener la vista clavada en la figura en ascenso.

Pero había que cobrar el peaje, ahora que las compuertas volvían a abrirse con un gemido. El Otro Señor lanzó el importe a la orilla, envuelto en un trozo de papel, y al hacerlo reconoció al hombre.

—¡Vaya, vaya! ¿Es usted, honesto amigo? —dijo Eugene, sentándose dispuesto a seguir remando—. Así que obtuvo el puesto, ¿eh?

—Obtuve el puesto, y no gracias a usted, ni tampoco al abogado Lightwood —respondió ásperamente Riderhood.

—Nos guardamos nuestras recomendaciones —dijo Eugene— para el siguiente candidato, el que se ofreció para cuando le deporten o le ahorquen. No tarde mucho, si es tan amable.

Tan imperturbable y serio fue el aire con el que se inclinó para seguir remando que Riderhood se lo quedó mirando, sin encontrar nada que responder, hasta que Eugene hubo llegado más allá de unos objetos de madera que había junto a la esclusa, que asomaban como enormes perinolas que descansaran en el agua, y quedó casi oculto por las ramas que caían sobre la orilla izquierda, mientras se alejaba remando y eludiendo la corriente en contra. Como ya era demasiado tarde para que Eugene oyera su respuesta —si es que hubiera llegado a haber alguna—, el hombre honesto se limitó a maldecir y a gruñir en voz baja y sombría. Tras haber cerrado las compuertas, cruzó por el puente de tablones de la esclusa hasta el camino de sirga que

discurría junto al río.

Al hacerlo, le echó otro vistazo al gabarrero, furtivamente. Se tumbó sobre la hierba que había junto a la esclusa, con aire indolente, de espaldas a ella, y tras haber recogido unas briznas de hierba se puso a masticarlas. El choque de los remos de Eugene contra el agua apenas era audible cuando el gabarrero pasó junto a él, poniendo entre ambos la mayor distancia posible, y manteniéndose bajo el seto. Luego Riderhood se incorporó y contempló largamente la figura, para gritar a continuación:

—¡Eh! ¡La esclusa! ¡La esclusa de la presa del molino de Plashwater!

El gabarrero se detuvo y miró a su espalda.

—¡La esclusa de la presa del molino de Plashwater, el Tercer Señor! —gritó el señor Riderhood, llevándose las manos a la boca.

El gabarrero dio media vuelta. A medida que se acercaba, el gabarrero se convirtió en Bradley Headstone, que vestía una tosca ropa marinera de segunda mano.

—¡Que me muera —dijo Riderhood, golpeándose la pierna derecha y riendo mientras se sentaba en la hierba— si no me ha estado imitando, el Tercer Señor! ¡Nunca me había considerado tan guapo!

Ciertamente, Bradley Headstone se había fijado concienzudamente en la vestimenta del hombre honesto durante el paseo nocturno que dieron juntos. Debía de haberla memorizado, y lentamente se la había aprendido. El atavío que llevaba ahora era exactamente igual. Y si cuando iba vestido de maestro parecía que llevara las ropas de otra persona, ahora que llevaba las ropas de otro parecía que fueran las suyas.

—¿Es esta su esclusa? —dijo Bradley, con un aire de estar realmente sorprendido—. Cuando pregunté me dijeron que sería la tercera que encontrara. Esta es la segunda.

—Me parece, jefe —repuso Riderhood, guiñando un ojo y negando con la cabeza—, que se le ha pasado una. No ha sido en las esclusas en lo que ha estado pensando. ¡No, no!

Mientras sacudía expresivamente el dedo en la dirección que había tomado el bote, un rubor de impaciencia apareció en la cara de Bradley, y miró ansioso río arriba.

—No han sido las esclusas lo que ha estado contando —dijo Riderhood cuando el maestro le devolvió la mirada—. ¡No, no!

—¿En qué otros cálculos imagina que he estado ocupado? ¿En cálculos matemáticos?

—Nunca oí que se los llamara así. Es una palabra muy larga. No obstante, a lo mejor usted lo llama así —dijo Riderhood, masticando hierba incansable.

—¿«Lo»? ¿A qué se refiere?

—Prefiero decir «los», si lo prefiere —fue el frío gruñido de respuesta—. Además, es más seguro.

—¿Qué es lo que debo entender por «los»?

—Rencores, afrentas, ofensas hechas y recibidas, terribles agravios, cosas así —respondió Riderhood.

Por mucho que Bradley lo intentara, era incapaz de borrar ese rubor de impaciencia de su cara, ni de dominar sus ojos para impedir que miraran ansiosos río arriba.

—¡Ja, ja! ¡No tema, el Tercer Señor! —dijo Riderhood—. El otro tiene que remar contra corriente, y además no lleva prisa. No tardará en alcanzarle. ¡Pero no hace falta que se lo diga! Sabe usted muy bien que podría haberle adelantado cuanto quisiera entre donde él perdió la marea (pongamos que Richmond) y este sitio, de haber querido.

—¿Cree que le he estado siguiendo? —dijo Bradley.

—SÉ que lo ha hecho —dijo Riderhood.

—¡Bueno! Sí, lo he seguido —admitió Bradley—. Pero podría desembarcar —dijo con otra mirada ansiosa río arriba.

—¡Cálmese! No lo perderá si desembarca —dijo Riderhood—. Tiene que dejar su bote en alguna parte. No puede hacer un hatillo ni un paquete con él y llevarlo debajo del brazo.

—Hace un momento hablaba con usted —dijo Bradley, doblando una rodilla en el suelo junto al esclusero—. ¿Qué le ha dicho?

—Escarnios —dijo Riderhood.

—¿Qué?

—Escarnios —repitió Riderhood, acompañándose de un furioso juramento—, solo me ha dicho escarnios. Solo sabe decir escarnios. Me habría gustado dar un buen salto, caerle encima con todo mi peso, y hundirlo.

Bradley ocultó su cara ojerosa durante unos momentos, y a continuación dijo, arrancando un puñado de hierba.

—¡Maldito sea!

—¡Hurra! —gritó Riderhood—. ¡Eso sí que le honra! ¡Hurra! ¡Me sumo a las palabras del Tercer Señor!

—¿De qué han tratado las insolencias de hoy? —dijo Bradley, reprimiéndose con tanto esfuerzo que tuvo que secarse la cara.

—De que estuviera preparado para cuando me ahorcaran.

—Que tenga cuidado con eso —exclamó Bradley—. ¡Que tenga cuidado con eso! No será muy bueno para él que hombres a los que ha insultado, de los que se ha burlado, piensen en verse ahorcados. Que se prepare él para afrontar su destino, cuando le llegue. Lo que ha dicho tenía más miga de lo que él creía, o no habría tenido el buen juicio de decirlo. Que se ande con ojo; ¡que se ande con ojo! Cuando los hombres a los que ha ofendido, y a quienes ha dedicado su escarnio, están a punto de ser ahorcados, suena un toque de difuntos. Y no para ellos.

Riderhood, que lo miraba fijamente, lentamente abandonó su postura recostada mientras el maestro pronunciaba esas palabras con la máxima concentración de furia y odio. Así, cuando el otro hubo acabado de pronunciarlas, él también se apoyaba en una rodilla sobre la hierba, y los dos hombres se miraban mutuamente.

—¡Ah! —dijo Riderhood, escupiendo lentamente la hierba que había estado masticando—. Entonces, el Otro Señor, ¿he de entender que va a verla?

—Ayer salió de Londres —dijo Bradley—. Esta vez casi no tengo ninguna duda de que por fin va a verla.

—Entonces, ¿no está seguro?

—Estoy tan seguro aquí dentro —dijo Bradley, agarrándose la pechera de su tosca camisa— como si estuviera escrito allí —añadió con un golpe o una estocada hacia el cielo.

—¡Ah! Pero a juzgar por su aspecto —replicó Riderhood, acabando de escupir la hierba y pasándose la manga por la boca—, otras veces ya ha estado igual de seguro y se ha quedado con un palmo de narices. Es algo que se le nota.

—Escuche —dijo Bradley en voz baja, inclinándose hacia delante para colocar la mano sobre el hombro del esclusero—. Estoy de vacaciones.

—¡No me diga, por san Jorge! —farfulló Riderhood con los ojos en su rostro consumido por la pasión—. Si estos son sus días de vacaciones, sus días de trabajo deben de ser durísimos.

—Y no le he perdido de vista desde que comenzaron —añadió Bradley, apartando la interrupción con un gesto impaciente de su mano—. Y no voy a perderle de vista hasta que lo vea con ella.

—¿Y cuando lo vea con ella? —dijo Riderhood.

—Volveré a verle a usted.

Riderhood tensó la rodilla sobre la que se había apoyado, se levantó y miró a su nuevo amigo con aire sombrío. Al cabo de unos momentos, los dos caminaban en la dirección que había tomado el bote, como por un acuerdo tácito; Bradley apretando el paso, Riderhood frenando el paso; Bradley sacando su pulcro y fino monedero (un regalo de sus alumnos, que habían aportado un penique por cabeza); y Riderhood extendiendo los brazos para limpiarse la boca con la manga de la chaqueta con aire pensativo.

—Tengo una libra para usted —dijo Bradley.

—Tiene dos —dijo Riderhood.

Bradley sujetaba un soberano entre los dedos. Riderhood se encorvó a su lado con la mirada puesta en el camino de sirga, con la mano izquierda abierta y con un leve gesto de atraer algo hacia sí. Bradley metió la mano en el monedero en busca de otro soberano, y los dos tintinearón en la mano de Riderhood, con lo que el gesto de atraer algo hacia sí se hizo más contundente y las dos monedas acabaron en su bolsillo.

—Ahora debo seguirle —dijo Bradley Headstone—. Toma el camino del río, el muy necio, para confundir o despistar, o quizá solo para desconcertarme. Pero para desembarazarse de mí debería tener el poder de hacerse invisible.

Riderhood se paró.

—Si no sufre otra decepción el Tercer Señor, a lo mejor le gustaría descansar en la casa de la esclusa cuando vuelva.

—Lo haré.

Riderhood asintió, y la figura del gabarrero se alejó por la blanda hierba que había a un lado del camino de sirga, manteniéndose cerca del seto y moviéndose rápidamente. Habían doblado un recodo desde el que se veía un gran trecho de río. Alguien ajeno a la escena habría podido imaginar que aquí y allá, a lo largo de la línea del seto, había una figura que vigilaba al gabarrero y esperaba su llegada. Lo mismo creyó él al principio, hasta que sus ojos se acostumbraron a los postes, en los que se veía el escudo de la ciudad de Londres con el puñal que degolló a Wat Tyler.^[32]

Para el señor Riderhood, todas las dagas eran la misma. Incluso para el señor Bradley Headstone, que podría haber recitado de memoria, sin mirar el libro, la historia de Wat Tyler, el alcalde Walworth, y el rey, que es de conocimiento obligatorio para los jóvenes, aquella tarde de verano todos los instrumentos destructivos y afilados del mundo solo tenían un objetivo. Así pues, entre Riderhood, que lo vigilaba mientras caminaba, y Bradley, que llevaba la mano furtivamente a la daga mientras pasaban junto al poste, al tiempo que no apartaba la mirada del bote, no había mucha diferencia.

El bote seguía avanzando bajo el arco de los árboles y sobre la serena sombra de estos en el agua. El gabarrero, tratando de pasar desapercibido en la orilla opuesta, lo seguía. Chisporroteos de luz le mostraban a Riderhood dónde y cuándo el remero hundía las palas, hasta que, mientras observaba con su aire indolente, el sol se puso y el paisaje se tiñó de rojo. Y entonces pareció como si el rojo perdiera intensidad y subiera hasta el cielo, igual que decimos que lo hace la sangre de un crimen.

Rogue regresó hacia su esclusa (no la había perdido de vista ni un momento) y se puso a meditar tan profundamente como cabía dentro de las posibilidades de un sujeto como ese. «¿Por qué me copia la ropa? Podría haber tenido el aspecto que quisiera, no le hacía falta eso». Ese era el meollo de sus pensamientos; en los que también asomaba, a veces, como un desperdicio que medio flota medio se hunde en el río, la pregunta: «¿Ha sido casualidad?». La idea de tender una trampa como artimaña para averiguar si había sido casualidad pronto sustituyó a la más abstrusa cuestión de por qué

lo había hecho. E ideó un plan.

Rogue Riderhood entró en su casa y sacó a la luz, ahora de un gris sobrio, el arcón con sus ropas. Sentado en la hierba, sacó, uno a uno, todos los artículos que contenía, hasta que llegó a un llamativo pañuelo rojo brillante con manchas negras por el uso. Eso llamó su atención, y lo estuvo contemplando un rato, hasta que se quitó el harapo descolorido color óxido que llevaba en torno al cuello y lo cambió por el pañuelo rojo, dejando al viento los dos extremos. «Si ahora —se dijo Rogue—, después de que me vea con este pañuelo, yo le veo con uno parecido, no será por accidente». Eufórico ante su plan, volvió a entrar el arcón en la casa y se puso a cenar.

—¡El de la esclusa, eh!

Era una noche clara, y una gabarra que iba río abajo lo despertó tras haber dormitado un buen rato. A su debido tiempo, dejó pasar la gabarra y volvió a quedar a solas, mirando cómo se cerraban las compuertas, cuando Bradley Headstone apareció ante él, de pie al borde de la esclusa.

—¡Hola! —dijo Riderhood—. ¿Ya de vuelta, Tercer Señor?

—Se ha parado a pasar la noche en la Posada del Pescador —fue la respuesta fatigada y ronca—. Seguirá río arriba a las seis de la mañana. He venido a descansar un par de horas.

—Lo necesita —dijo Riderhood, acercándose al maestro a través del puente de tablones.

—No lo necesito —repuso Bradley, irritable—, pues preferiría no descansar y seguirle toda la noche. No obstante, si no se mueve, no puedo seguirlo. Me he quedado esperando hasta que he averiguado con toda certeza a qué hora salía. De no haber tenido la completa seguridad, me habría quedado allí... Qué caída tan terrible para un hombre con las manos atadas. Esas paredes lisas y resbaladizas no le darían opción. Y supongo que las compuertas lo arrastrarían.

—Lo arrastrarían, o se lo tragarían, y no saldría —dijo Riderhood—. Aunque no llevara las manos atadas. Están cerradas en los dos extremos, y si consiguiera subir hasta aquí le pagaría una pinta de cerveza.

Bradley miró hacia abajo con macabro regodeo.

—Corres por el borde, y cuando lo cruzas, con esta escasa luz, pisas

alguno de estos trozos de madera podrida —dijo—. Me pregunto si usted no tiene miedo de ahogarse.

—¡Imposible! —dijo Riderhood.

—¿Es imposible que se ahogue?

—¡Sí! —dijo Riderhood, sacudiendo la cabeza con un aire de total convicción—. Es algo bien sabido. Me salvaron de morir ahogado, por lo que ya no puedo ahogarme. No quisiera que los del maldito Blowbridge se enteraran, o lo utilizarían para no pagarme la indemnización que pretendo conseguir. Pero los personajes ribereños sabemos muy bien que el que ha sido salvado de morir ahogado no puede ahogarse.

Bradley esbozó una sonrisa avinagrada ante una ignorancia que habría corregido en sus alumnos, y siguió con la vista puesta en el agua, como si el lugar ejerciera una macabra fascinación sobre él.

—Parece que le gusta —dijo Riderhood.

Bradley no le prestó atención, y siguió mirando hacia abajo, como si no hubiera oído las palabras. Había una sombría expresión en su cara, una expresión que a Rogue le pareció difícil de comprender. Era feroz, llena de determinación; aunque esa determinación tanto podría haber ido contra él como contra cualquier otro. De haber dado un paso atrás para tomar carrerilla y saltar, no habría sido una consecuencia sorprendente de esa mirada. A lo mejor esa alma atormentada, resuelta a cometer un acto violento, todavía dudaba en ese momento entre una y otra violencia.

—¿No ha dicho que había venido a descansar un par de horas? —dijo Riderhood, tras mirarlo unos momentos de soslayo. Pero tuvo que darle un codazo para que le respondiera.

—¿Eh? Sí.

—¿No es mejor que entre y descanse un par de horas?

—Gracias. Sí.

Con el aire de alguien que acaba de despertar, siguió a Riderhood al interior de la casa, donde este sacó de un armario un poco de vaca fría en salazón y media hogaza, un poco de ginebra en una botella y agua en una jarra. El agua la había sacado del río, y la jarra estaba fría y goteaba.

—Tome, Tercer Señor —dijo Riderhood inclinándose hacia él y dejándolo todo sobre la mesa—. Mejor que tome un bocado y beba algo antes de que se eche una cabezada.

Las puntas sueltas del pañuelo rojo llamaron la atención del maestro. Riderhood vio cómo lo miraba.

«¡Ah! —se dijo el digno personaje—. Te has fijado, ¿eh? ¡Vamos! Échale una buena miradita». Con esas reflexiones se sentó al otro lado de la mesa, abrió el chaleco y fingió volver a hacerse el nudo del pañuelo muy lentamente.

Bradley comió y bebió. Mientras estaba ante su plato y su jarra, Riderhood lo veía lanzar una y otra vez miradas furtivas al pañuelo, como si corrigiera su lenta observación e incitara su perezosa memoria.

—Cuando quiera echarse un sueñecito —dijo la honesta criatura—, tumbese en la cama del rincón, el Tercer Señor. Antes de las tres será de día. Lo despertaré temprano.

—No será necesario que me despierte —contestó Bradley.

Y poco después, tras quitarse los zapatos y la chaqueta, se echó.

Riderhood se recostó en su sillón de madera con los brazos cruzados delante del pecho, observando a Bradley, que dormía con la mano derecha formando un puño y los dientes apretados, hasta que una neblina nubló sus ojos y él también se quedó dormido. Cuando se despertó era de día, y su invitado ya estaba en pie y se dirigía a la orilla del río para refrescarse la cabeza. «¡Aunque que me aspen si hay agua en todo el Támesis para poder refrescarla!», farfulló Riderhood en la casa, mirándolo. A los cinco minutos, Bradley se había ido, y ya se hallaba a la misma distancia que el día anterior. Riderhood sabía que había saltado un pez porque Bradley se sobresaltaba y miraba a su alrededor.

«¡El de la esclusa, eh!», se oyó ese día de vez en cuando, y «¡El de la esclusa, eh!» tres veces en la noche siguiente, pero Bradley no regresó. El segundo día fue bochornoso y agobiante. Por la tarde se desató una tormenta, y acababa de desatarse de nuevo en forma de furioso chaparrón cuando Bradley irrumpió repentinamente por la puerta, como la mismísima tormenta.

—¡Lo ha visto con ella! —exclamó Riderhood, poniéndose en pie de un

salto.

—Sí.

—¿Dónde?

—Donde acabó su camino. Han sacado el bote a tierra para tres días. Le oí dar la orden. Luego lo vi esperarla y reunirse con ella. Los vi —se interrumpió como si se asfixiara, y continuó—: Los vi caminando el uno junto al otro, la noche pasada.

—¿Qué hizo?

—Nada.

—¿Qué va a hacer?

Se dejó caer en una silla y se rió. Inmediatamente, un gran chorro de sangre le salió de la nariz.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Riderhood.

—No lo sé. No puedo contenerlo. Me ha pasados dos veces... tres... cuatro... no sé ya cuántas... desde ayer por la noche. Siento el sabor, la huelo, la veo, me asfixia, y luego me sale así.

Salió al aguacero con la cabeza descubierta, e, inclinándose hacia el río, se echó agua con las dos manos y se limpió la sangre. Más allá de su figura, lo único que veía Riderhood desde la puerta era una inmensa cortina oscura que se movía solemnemente hacia uno de los puntos cardinales del cielo. Bradley levantó la cabeza y regresó, empapado de pies a cabeza, pero con la parte inferior de las mangas, que había metido en el río, chorreando agua.

—Su cara parece la de un fantasma —dijo Riderhood.

—¿Alguna vez ha visto un fantasma? —fue la hosca respuesta.

—Lo que quiero decir es que se le ve exhausto.

—Es posible. No he descansado desde que salí de aquí. No recuerdo haberme sentado desde que le dejé.

—Échese, entonces —dijo Riderhood.

—Lo haré, si antes me da algo para saciar la sed.

Riderhood volvió a sacar la botella y la jarra, y le hizo una mezcla floja de

agua y ginebra, y luego otra, que Bradley bebió rápidamente.

—Me ha preguntado algo —dijo entonces.

—No, no he dicho nada —replicó Riderhood.

—Le digo —replicó Bradley, volviéndose con una actitud violenta y desesperada— que usted me ha preguntado algo antes de que fuera a lavarme la cara al río.

—¡Oh! ¿Antes? —dijo Riderhood, reculando un poco—. Le he preguntado qué iba a hacer.

—¿Cómo va a saberlo un hombre en este estado? —contestó, protestando con sus temblorosas manos, en un gesto tan colérico que salpicó el suelo con el agua de las mangas, como si se las hubiera retorcido—. ¿Cómo voy a hacer planes, sin haber dormido?

—Bueno, eso es lo que yo le he dicho —replicó Riderhood—. ¿No le he dicho que se eche?

—Bueno, es posible que lo haya dicho.

—¡Bueno! En cualquier caso, se lo vuelvo a decir. Duerma en el mismo sitio que la última vez. Cuanto más y más profundamente duerma, mejor sabrá luego lo que tiene que hacer.

Al señalarle la carriola que había en el rincón, la confusa memoria de Bradley recordó el pobre camastro. Se quitó sus zapatos gastados y viajados y se dejó caer pesadamente, mojado como estaba, en el catre.



IN THE LOCK-KEEPER'S HOUSE.

Riderhood se sentó en su sillón de madera y por la ventana contempló un rayo, y escuchó el trueno. Pero sus pensamientos estaban lejos del trueno y el rayo, pues no dejaba de mirar al hombre exhausto que tenía en la cama. El hombre se había levantado el cuello de la tosca chaqueta que llevaba para protegerse de la tormenta, y lo llevaba abrochado. Sin darse cuenta de ello, ni de casi nada, se había dejado la chaqueta tal cual, primero al lavarse la cara en el río y luego al echarse en la cama; aunque habría estado mucho más cómodo de habérsela aflojado.

Mientras Riderhood permanecía sentado junto a la ventana, contemplando la cama, el trueno se oyó con fuerza, y el rayo se bifurcó y pareció formar recortados desgarrones en la inmensa cortina de agua. A veces veía al hombre que estaba en su lecho iluminado por una luz roja; otras era azul; otras casi ni le veía de oscura que era la tormenta; otras no veía nada a causa del brillo

cegador del palpitante fuego blanco. Al poco, la lluvia volvía con tremendo ímpetu, y el río parecía alzarse para encontrarse con ella, y una ráfaga de viento embestía contra la puerta y agitaba los cabellos y la ropa del hombre, como si unos invisibles mensajeros se reunieran en torno a la cama para llevárselo. De todas estas fases de la tormenta apartaba la mirada Riderhood, como si fueran interrupciones —quizá interrupciones bastante impresionantes, pero interrupciones al fin y al cabo— de su escrutinio del durmiente.

«Duerme profundamente —se decía para sí—, pero está tan pendiente de mí, es tan consciente de mi presencia, que si me levanto de la butaca se despertará, aunque no le despierte un buen trueno; y tocarlo ya ni se me pasa por la cabeza».

Se puso en pie con mucha cautela.

—Tercer Señor —dijo en voz baja y tranquila—. ¿Está cómodo? El aire es frío, jefe. ¿Le pongo una chaqueta por encima de los hombros?

No hubo respuesta.

—Le digo que está cayendo una buena —murmuró Riderhood con voz más baja y diferente—. ¡Que si le echo una chaqueta por encima, una chaqueta!

El durmiente movió un brazo y Riderhood volvió a su sillón, fingiendo que contemplaba la tormenta. Era un espectáculo magnífico, pero no tanto como para retener su mirada durante más de medio minuto e impedir que siguiera lanzándole miradas furtivas al hombre que dormía.

Esas miradas llenas de curiosidad se lanzaban hacia el cuello oculto de Bradley, hasta que llegó un momento que el durmiente pareció profundamente sumido en el agotamiento del cuerpo y la mente. A continuación, Riderhood se apartó cautamente de la ventana y se quedó junto a la cama.

—¡Pobre hombre! —murmuró en voz baja, con gesto astuto, una mirada muy atenta y los pies preparados, por si lo despertaba—. Esta chaqueta debe de molestarle para dormir. ¿Y si se la aflojo un poco, para que esté más cómodo? Vaya, creo que debería hacerlo, pobre hombre. Creo que lo haré.

Tocó el primer botón con mucha cautela y dio un paso atrás. Pero el durmiente ni se inmutó, y tocó los otros botones con mano más segura, y

quizá por eso con más suavidad. Lenta y suavemente, desabrochó el cuello y lo abrió.

En ese momento aparecieron las puntas sueltas de un pañuelo color rojo vivo, y el maestro incluso se había tomado la molestia de remojar ciertas partes en algún líquido, para que tuviera el aspecto de haberse manchado con el uso. Con una expresión de enorme desconcierto, Riderhood dirigió la vista al durmiente, y luego otra vez al pañuelo, y finalmente regresó a su sillón, y allí, con la mano en la barbilla, se quedó largo tiempo sumido en honda meditación, con la vista en el hombre y en el pañuelo.

Capítulo II

El Basurero de Oro remonta un poco

El señor y la señora Lammle habían ido a desayunar con el señor y la señora Boffin. No es que los hubieran invitado, pero habían insistido con tanto apremio ante la pareja de oro que habría sido difícil eludir el honor y el placer de su compañía, aunque lo hubiesen deseado. El señor y la señora Lammle se mostraron encantadores, y casi tan cariñosos con el señor y la señora Boffin como el uno con el otro.

—Mi querida señora Boffin —dijo la señora Lammle—, me insufla nueva vida ver que mi Alfred goza de la confianza del señor Boffin. Los dos estaban hechos para ser amigos íntimos. Tanta simplicidad combinada con un carácter tan enérgico, tanta sagacidad natural unida a una amabilidad y una gentileza tan grandes... son las cualidades que distinguen a ambos.

Como lo dijo en voz bien alta, eso le dio al señor Lammle la oportunidad, acercándose a la mesa del desayuno desde la ventana en compañía del señor Boffin, de retomar el hilo de su querida y venerada esposa.

—Mi Sophronia —dijo el caballero—, esa opinión tan parcial que tienes del carácter de tu marido...

—¡No! No es demasiado parcial, Alfred —le insistió la dama, tiernamente conmovida—. No digas eso.

—Hija mía, entonces diré: la favorable opinión que tienes de tu marido... ¿No tienes nada que objetar a esa frase?

—¿Cómo iba a objetar nada, Alfred?

—Tu favorable opinión, pues, queridísima, no llega a hacerle justicia al señor Boffin, y a mí me la hace en demasía.

—De lo primero me declaro culpable. Pero de lo segundo, ¡no, de ninguna manera!

—No llega a hacerle justicia al señor Boffin, Sophronia —dijo el señor Lammle, elevándose a un tono de altura moral—, porque muestra al señor Boffin a un nivel inferior; y a mí me la hace en demasía, Sophronia, porque me pone a un nivel superior al del señor Boffin. El señor Boffin soporta y tolera más de lo que yo podría.

—¿Más de lo que tú soportarías y tolerarías, Alfred?

—Amor mío, esa no es la cuestión.

—¿Que no es la cuestión, señor abogado? —dijo la señora Lammle con astucia.

—No, querida Sohpronia. Desde mi nivel inferior, considero al señor Boffin como alguien demasiado generoso, poseedor de demasiada clemencia, demasiado bueno con gentes que son indignas de él y desagradecidas. Yo no puedo aspirar a tan nobles cualidades. Por el contrario, me llenan de indignación cuando le veo obrar según ellas.

—¡Alfred!

—Despiertan mi indignación, querida, contra esas indignas personas, y me llenan del combativo deseo de interponerme entre el señor Boffin y esas personas. ¿Por qué? Porque en mi inferior naturaleza soy más mundano y menos delicado. Al no ser tan magnánimo como el señor Boffin, siento yo más las ofensas que le hacen, y me siento más capaz de oponerme a sus ofensores.

A la señora Lammle le sorprendió que aquella mañana fuera tan difícil atraer al señor y a la señora Boffin a una conversación agradable. Les habían lanzado varios señuelos, pero ninguno había dicho palabra. Ahí estaba ella, la señora Lammle, en compañía de su marido, conversando afectuosa y eficazmente, pero conversando solos. Suponiendo que aquellas dos ancianas y queridas criaturas estuvieran impresionadas por lo que oían, a los dos les habría gustado estar seguros de ello, y más por estar refiriéndose de manera insistente a una de ellas. Si las dos ancianas y queridas criaturas eran demasiado vergonzosas o demasiado lerdas para asumir el lugar que les correspondía en la conversación, entonces parecería deseable coger a esas dos ancianas y queridas criaturas por la cabeza y los hombros y colocarlas en ese lugar.

—Pero ¿no está diciendo mi marido, en realidad —les preguntó la señora

Lammle, por consiguiente, con un aire cándido, al señor y la señora Boffin—, que poco le importan sus momentáneas desdichas en su admiración hacia otra persona a la que anhela servir? ¿Y no está admitiendo, de ese modo, que su naturaleza es generosa? Yo soy una pésima argumentadora, pero no hay duda de que es así, ¿verdad, señor y señora Boffin?

No obstante, el señor y la señora Boffin seguían sin decir palabra. Él estaba sentado con la vista clavada en el plato, comiendo sus bollos con jamón, y ella miraba tímidamente la tetera. La inocente interpelación de la señora Lammle quedó en el aire, y allí se mezcló con el vapor del recipiente. Mientras dirigía una mirada hacia el señor y la señora Boffin, levantó ligeramente las cejas, como si le preguntara a su marido: «¿No pasa aquí algo raro?».

El señor Lammle, que en diversas ocasiones había recurrido eficazmente a su tórax, colocó su amplia pechera en situación de máxima visibilidad, y a continuación, sonriendo, le dijo a su mujer:

—Sophronia, querida, el señor y la señora Boffin te recordarán el viejo proverbio que señala que no es recomendable halagarse a uno mismo.

—¿Halagarse a uno mismo, Alfred? ¿Te refieres a que los dos somos uno y lo mismo?

—No, mi querida niña. Me refiero a que recordarás, si reflexionas un momento, que los halagos que me has dedicado a causa de mis sentimientos por el señor Boffin, tú misma me has dicho que era los mismos que experimentabas por la señora Boffin.

(—Este abogado puede conmigo —le susurró jovialmente la señora Lammle a la señora Boffin—. Me temo que he de admitirlo, si me insiste, pues es dolorosamente cierto).

En la nariz del señor Lammle comenzaron a aparecer y desaparecer varios hoyuelos blancos, mientras observaba que la señora Boffin apenas levantaba la vista de la tetera con una sonrisa azorada, que no era sonrisa, y luego volvía a bajar la cabeza.

—¿Admites la acusación, Sophronia? —preguntó Alfred, en tono de broma.

—La verdad —dijo la señora Lammle, aún alegre—, creo que debo

ponerme bajo la protección del tribunal. ¿Debo responder a esa pregunta de su señoría? —Al señor Boffin.

—Si no quiere, no hace falta, señora —fue la respuesta de este—. No tiene la menor importancia.

Marido y mujer le lanzaron una mirada, recelosos. Su actitud era seria, pero no grosera, y parecía extraer cierta dignidad de una aversión reprimida hacia el tono de la conversación.

La señora Lammle volvió a enarcar las cejas a la espera de instrucciones de su marido. Él asintió con la cabeza como diciendo: «Probemos otra vez».

—Para protegerme de la sospecha de haberme halagado a mí misma, mi querida señora Boffin —dijo la jovial señora Lammle—, debo explicarle cómo ocurrió.

—No. Por favor, no lo haga —la interrumpió el señor Boffin.

La señora Lammle se volvió hacia él riendo:

—¿El tribunal se opone?

—Señora —dijo el señor Boffin—, el tribunal (y yo soy el tribunal) se opone. El tribunal se opone por dos motivos. Primero, el tribunal no lo considera justo. Segundo, porque a esta querida anciana, a la señora Tribunal (si yo soy el señor Tribunal) le incomoda.

Se pudo observar en la señora Lammle una singular oscilación entre dos actitudes —la propiciatoria que utilizaba allí y la desafiante que había utilizado en casa del señor Twemlow— cuando dijo:

—¿Qué es lo que el tribunal no considera justo?

—Dejar que siga hablando —replicó el señor Boffin, asintiendo con la cabeza con aire conciliador, como si dijera: «No seremos más duros con usted que lo imprescindible; haremos lo que podamos»—. No es honrado y no es justo. Cuando la anciana se incomoda, es por algo. Me doy cuenta de que está disgustada, y me doy perfecta cuenta de que esta es la razón. Tómese el desayuno, señora.

La señora Lammle, adoptando su actitud desafiante, apartó el plato, miró a su marido y se rió; pero no había alegría en esa risa.

—¿Ya ha desayunado, señor? —preguntó el señor Boffin.

—Gracias —repuso Alfred, mostrando la dentadura—. Si la señora Boffin me lo permite, tomaré otra taza de té.

Alfred se derramó un poco sobre aquella pechera que debería haber sido tan eficaz, y que de tan poco había servido; pero por lo general se lo bebió manteniendo la dignidad, aunque todo el rato los hoyuelos de la nariz, que iban y venían, llegaron a ser tan grandes que semejaban haber sido impresos con una cucharilla.

—Mil gracias —dijo a continuación—. He desayunado.

—Y ahora veamos —dijo el señor Boffin, sacando la cartera—, ¿quién de ustedes es el cajero?

—Sophronia, querida —comentó su marido, reclinándose en su silla, y haciendo un gesto con la mano derecha en dirección a ella, al tiempo que dejaba la mano colgando con el pulgar enganchado en la sisa del chaleco—, eso te corresponde a ti.

—Preferiría que fuera su marido, señora —dijo el señor Boffin—, porque... bueno, tanto da el porqué. Preferiría tratar con él. No obstante, lo que tengo que decir lo diré procurando ofender lo menos posible; y me alegraré de verdad si la ofensa es inexistente. Ustedes dos me hicieron un favor, un favor inmenso, al hacer lo que hicieron (mi anciana sabe lo que fue), y dentro de ese sobre he puesto un billete de cien libras. Considero que el favor vale cien libras, y me alegra mucho pagárselo. ¿Me haría el favor de cogerlo, y también de aceptar mi agradecimiento?

Con un gesto altivo, y sin mirarle, la señora Lammle alargó la mano izquierda, y el señor Boffin le puso el sobre dentro. Cuando ella lo hubo trasladado a su pecho, el señor Lammle dio la impresión de sentirse aliviado, y de respirar con mayor desahogo, como si no hubiera estado del todo seguro de que las cien libras eran suyas hasta que el billete no se hubo trasladado de las manos del señor Boffin a las de su Sophronia.

—¿Verdad que no es imposible —dijo el señor Boffin, dirigiéndose a Alfred— que se le haya pasado por la cabeza, señor, llegar a sustituir a Rokesmith con el tiempo?

—No, no es imposible —concedió Alfred, con una radiante sonrisa y mucha nariz.

—Y a lo mejor, señora —prosiguió el señor Boffin, dirigiéndose a Sophronia—, ha tenido usted la amabilidad de pensar en mi anciana esposa, y de hacerle el honor de darle vueltas a la pregunta de si uno de estos días no podría llegar a cuidar de ella. ¿Y no se le ha pasado por la cabeza ser para ella algo parecido a la señorita Bella Wilfer, e incluso más?

—Espero, señor —replicó la señora Lammle, con una desdeñosa sonrisa y alzando la voz—, que si algún día llego a ser algo para su esposa, sea más de lo que fue para ella la señorita Bella Wilfer, como usted la llama.

—¿Cómo la llama usted, señora? —preguntó el señor Boffin.

La señora Lammle ni se dignó contestar, y se sentó desafiante, golpeando con un pie en el suelo.

—¿Puedo decir de nuevo que tampoco eso es imposible? ¿Lo es, señor? —preguntó el señor Boffin, volviéndose hacia Alfred.

—No, no es imposible —dijo Alfred, sonriendo y asintiendo como antes.

—Pero no será así —dijo el señor Boffin en tono amable—. No quiero pronunciar ninguna palabra que luego sea recordada como desagradable; pero no será así.

—Sophronia, amor mío —repitió su marido en tono de chanza—, ¿lo has oído? No será así.

—No —dijo el señor Boffin, aún sin levantar la voz—, no será así. Y ahora deben excusarnos, de verdad. Si siguen ustedes su camino, nosotros seguiremos el nuestro, y este asunto acabará con ambas partes satisfechas.

La señora Lammle le lanzó una mirada de decidida insatisfacción que exigía que no la incluyeran en esa categoría; pero no dijo nada.

—Lo mejor que podemos hacer con este asunto —dijo el señor Boffin— es convertirlo en una transacción comercial, y como tal ha llegado a su fin. Me ha hecho usted un gran favor, un enorme favor, y se lo he pagado. ¿Tiene algo que objetar al precio?

El señor y la señora Lammle se miraron, pero ninguno encontró nada que objetar. El señor Lammle se encogió de hombros y la señora Lammle permaneció muy rígida.

—Muy bien —dijo el señor Boffin—. Esperamos (mi anciana y yo) que

nos concedan el mérito de haber tomado el atajo más sencillo y honesto que se podía tomar en estas circunstancias. Lo hemos hablado con mucha calma (mi anciana y yo) y nos ha parecido que no sería justo inducirles a que lo creyeran, o incluso permitir que lo siguieran creyendo. De manera que quiero decírselo abiertamente —el señor Boffin buscó otra manera de decirlo, pero, al no encontrar nada tan expresivo como su frase anterior, la repitió en tono confidencial—: no será así. De habérselo sabido exponer de manera más agradable, lo habría hecho; aunque espero no haber sido desagradable; en cualquier caso, no lo he pretendido. Y ahora —dijo el señor Boffin a modo de peroración—, les deseo lo mejor, allí donde vayan, y concluimos con la observación de que quizá lo mejor es que se pongan ya en camino.

El señor Lammle se levantó con una insolente risotada, y, al otro lado de la mesa, la señora Lammle se levantó con un ceño de desdén. En ese momento se oyeron unas presurosas pisadas en la escalera, y Georgiana Podsnap irrumpió en la sala, llorando y sin haber sido anunciada.

—¡Oh, mi querida Sophronia —exclamó Georgiana, retorciéndose las manos mientras corría para abrazarla—, y pensar que Alfred y tú estáis arruinados! ¡Oh, mi querida Sophronia, y pensar que se ha celebrado una subasta en tu casa después de lo amable que fuiste conmigo! Oh, señor y señora Boffin, por favor, perdónenme por esta intrusión, pero no saben el cariño que le tenía a Sophronia cuando papá me prohibió ir a su casa, ni lo que he sentido por Sophronia desde que mamá me dijo que habían bajado de categoría. ¡No se imagina, no se lo puede imaginar ni nunca podrá, las noches que he pasado en vela ni lo que he llorado por mi buena Sophronia, la primera y única amiga que he tenido!

La actitud de la señora Lammle cambió por obra de los abrazos de la pobre tontuela, y se quedó en extremo pálida: lanzó una mirada de súplica, primero a la señora Boffin, y enseguida al señor Boffin. Los dos la comprendieron al instante, con una sutileza más delicada que mucha gente más instruida, cuya percepción procede menos del corazón.

—No puedo quedarme ni un minuto —dijo la pobre Georgiana—. Salí de compras temprano con mamá, y le dije que me dolía la cabeza y conseguí que me diera permiso para bajarme del faetón en Piccadilly, entonces corrí hasta Sackville Street, y me enteré de que Sophronia estaba aquí, y luego mamá se fue a ver a una horrible vieja como petrificada que vive en Portland Place, que

es del campo y lleva un turbante, y le dije que no quería subir con ella, y que me daría una vuelta y dejaría la tarjeta en casa de los Boffin, y perdonen por tomarme la libertad de llamarlos así; pero es que, Dios mío, no sé lo que me digo y el faetón está en la puerta, ¡y no sé qué diría papá si lo supiera!

—No seas tímida, querida —dijo la señora Boffin—. Pasa a visitarnos.

—Oh no, no —exclamó Georgiana—. Es muy descortés, lo sé, pero he venido a ver a mi pobre Sophronia, mi única amiga. ¡Oh, no sabes cómo lamenté que nos separasen, mi querida Sophronia, antes de saber que habías bajado de categoría, y cuánto más lo lamento ahora!

Había lágrimas en los ojos de la audaz Sophronia, pues aquella muchacha de cabeza y corazón blandos entrelazaba las manos en torno a su cuello.

—Pero he venido por negocios —dijo Georgiana, sollozando y secándose la cara y luego rebuscando en su bolsito de malla—, y si no los despacho habré venido para nada, y ¡oh, Dios mío!, qué diría papá si se enterara de lo de Sackville Street, y qué diría mamá si la tuviera esperando en la puerta de esa horrible mujer con turbante, y ojalá esos caballos que piafan en la calle del señor Boffin, donde no deberían estar, no me aturrullaran más y más a cada momento que pasa, pues necesito estar más tranquila de lo que he estado nunca. ¡Oh! ¿Dónde está, dónde está? ¡No lo encuentro!

Mientras hablaba, sollozaba y rebuscaba en el bolsito.

—¿Qué has perdido, querida? —preguntó el señor Boffin, dando un paso al frente.

—¡Oh! Es algo muy pequeño —replicó Georgiana—, porque mamá siempre me trata como si estuviera en el parvulario (¡y le juro que ojalá estuviera aún en él!), pero casi nunca me lo gasto y he conseguido reunir quince libras, Sophronia, y espero que tres billetes de cinco libras sean mejor que nada, aunque sean tan poco, ¡tan poco! Y ahora que he encontrado este... ¡Dios mío! ¡Aquí está el otro! ¡Oh no, no lo es! ¡Aquí está!

Dicho eso, sin dejar de sollozar ni de buscar en el bolsito de malla, Georgiana sacó un collar.

—Mamá dice que las mocosas no deben jugar con joyas —añadió Georgiana—, y esa es la razón por la que no tengo más que esto, pero supongo que mi tía Hawkinson era de diferente opinión, pues me dejó este

collar, aunque yo antes pensaba que lo mismo hubiera dado que lo enterrara, pues siempre estaba entre los algodones del joyero. No obstante, aquí está, y me alegra decir que por fin sirve de algo, pues lo venderás, querida Sophronia, y comprarás cosas con él.

—Dámelo —dijo el señor Boffin, cogiéndolo suavemente—. Me encargaré de que se venda a buen precio.

—¡Oh! ¿Tan buen amigo de Sophronia es usted, señor Boffin? —exclamó Georgiana—. ¡Oh, es usted muy bueno! ¡Dios mío! ¡Había otra cosa, y se me ha ido de la cabeza! ¡No, ya me acuerdo! La propiedad de la abuela será mía cuando llegue a la mayoría de edad, señor Boffin, será solo mía, y ni papá ni mamá ni nadie más podrá controlarla, y lo que deseo hacer es cederle parte de ella a Sophronia y Alfred, firmando algo donde haya que firmar para convencer a alguien de que les adelante algo. Quiero darles un buen pellizco para que vuelvan a subir de categoría en el mundo. ¡Oh, Dios mío! Al ser tan buen amigo de mi querida Sophronia no se negará, ¿verdad?

—No, no —dijo el señor Boffin—, me encargaré de ello.

—¡Oh, gracias, gracias! —exclamó Georgiana—. Si le dieran a mi doncella una nota y media corona, yo podría ir a la pastelería a firmar algo, o podría firmarlo en la plaza si alguien viniera y carraspeará para que lo dejara entrar con la llave, y trajera papel y tinta y un poco de papel secante. ¡Oh, Dios mío! ¡Debo irme, o papá y mamá se enterarán! ¡Querida, queridísima Sophronia, adiós, adiós!

La crédula criatura volvió a abrazar a la señora Lammle con gran afecto, y a continuación le tendió la mano al señor Lammle.

—Adiós, señor Lammle... quiero decir Alfred. Espero que, después de hoy, no piense que había abandonado a Sophronia porque habían bajado de categoría en el mundo, ¿verdad? ¡Ay, ay! He llorado hasta quedarme sin lágrimas, y mamá seguro que me preguntará qué me ha pasado. ¡Oh, que alguien me acompañe abajo, por favor, por favor!

El señor Boffin la acompañó abajo y vio cómo se iba en el faetón, con sus ojillos enrojecidos y la floja barbilla asomando sobre la imponente guarnición del faetón color crema, como si le hubieran ordenado expiar alguna travesura infantil mandándola a la cama a pleno día, y se asomara por encima del cubrecama con una triste expresión de arrepentimiento y desánimo. Cuando el

señor Boffin regresó a la sala de desayunar, se encontró a la señora Lammle aún de pie a su lado de la mesa, y al señor Lammle en el suyo.

—Yo me encargaré de que esto le sea devuelto lo antes posible —dijo el señor Boffin, enseñando el collar y el dinero.

La señora Lammle había cogido el parasol de una mesa lateral, y con él reseguía el dibujo del mantel de damasco, igual que había hecho antes con el papel pintado del señor Twemlow.

—Supongo que no la desengañará, ¿verdad, señor Boffin? —dijo, volviendo la cabeza hacia él, aunque no los ojos.

—No —dijo el señor Boffin.

—Me refiero en lo referente a la dignidad y valía de su amiga —explicó la señora Lammle, con una voz mesurada y poniendo énfasis en la última palabra.

—No —replicó él—. A lo mejor les sugiero a sus padres que a esta niña le falta protección y cariño, pero eso es todo lo que les diré a los padres, y a la joven no le diré nada.

—Señor y señora Boffin —dijo la señora Lammle sin dejar de dibujar con el parasol, y con la impresión de poner en ello un gran esmero—, no creo que haya mucha gente que, en estas circunstancias, hubiera sido tan considerada y generosa como han sido ustedes ahora. ¿Les molesta que les dé las gracias?

—Nunca molesta que te den las gracias —dijo la señora Boffin, con su siempre pronta bondad.

—Entonces gracias a ambos.

—Sophronia —preguntó el señor Lammle, burlón—, ¿te pones sentimental?

—Caramba, mi buen señor —intervino el señor Boffin—, muy bueno es pensar bien de los demás, y muy bueno que los demás piensen bien de ti. A la señora Lammle no le hará ningún mal que piensen bien de ella.

—Muy agradecido. Pero le he preguntado a la señora Lammle si se ponía sentimental.

Ella seguía dibujando sobre el mantel, con la expresión rígida y sombría, y no decía nada.

—Porque yo también estoy dispuesto a ponerme sentimental —dijo Alfred— acerca de la manera en que usted se ha quedado con las joyas y el dinero, señor Boffin. Como ha dicho nuestra pequeña Georgiana, tres billetes de cinco libras son mejor que nada, y si vendes un collar puedes comprar cosas con lo que te den.

—Si lo vendes —fue la observación del señor Boffin, y se lo metió en el bolsillo.

Alfred lo siguió con la mirada, y también siguió codiciosamente el trayecto de los billetes hasta que desaparecieron en el bolsillo del chaleco del señor Boffin. A continuación dirigió a su esposa una mirada medio exasperada medio burlona. Ella seguía con su dibujo, pero, mientras dibujaba, había una lucha en su interior, que encontraba expresión en la profundidad de las últimas líneas trazadas sobre el parasol, y en algunas lágrimas que le caían de los ojos.

—Será posible esta mujer —exclamó Lammle—, ¿se ha puesto sentimental!

Sophronia se acercó a la ventana, arrojándose ante la mirada colérica de su marido, miró por ella, y se volvió con bastante frialdad.

—No has tenido ningún motivo de queja en el aspecto sentimental, Alfred, y no lo tendrás en el futuro. No merece la pena que ahora le des importancia. Con el dinero que hemos sacado aquí, ¿nos iremos pronto al extranjero?

—Sabes que sí, que no tenemos más remedio.

—No temas que me lleve ningún sentimiento. Si lo hiciese, pronto lo abandonaría. Pero todo quedará atrás. Todo queda atrás. ¿Estás listo, Alfred?

—¿A quién diantre espero, sino a ti, Sophronia?

—Vámonos, pues. Siento haber demorado nuestra digna partida.

Sophronia fue hacia la puerta y él la siguió. La curiosidad del señor y la señora Boffin les hizo levantar la ventana sin hacer ruido y contemplarlos mientras bajaban por la larga calle. Iban del brazo, con presunción, pero sin intercambiar una palabra. Quizá fuera irreal imaginar que bajo su porte exterior mostraban la expresión avergonzada de dos timadores unidos por invisibles esposas; pero no el suponer que estaban indeciblemente hartos el

uno del otro, de sí mismos, del mundo. Al doblar la esquina fue como si desaparecieran de este mundo, pues el señor y la señora Boffin jamás tuvieron prueba de lo contrario, ya que jamás volvieron a verlos.

Capítulo III

El Basurero de Oro vuelve a hundirse

Como aquella tarde al señor Boffin le tocaba velada de lectura en La Enramada, besó a la señora Boffin después de cenar a las cinco y se alejó trotando, con el báculo acunado entre sus brazos, de manera que, como era habitual, parecía estar susurrándole al oído. Su semblante mostraba una expresión tan atenta que parecía como si el discurso confidencial del gran bastón precisara una cuidadosa atención. La cara del señor Boffin era la de alguien que escucha sin pestañear una compleja información, y, mientras trotaba, de vez en cuando le echaba un vistazo a su compañero con la expresión de alguien que interpone el comentario de: «¡No me digas!».

El señor Boffin y su bastón siguieron juntos hasta llegar a una encrucijada donde era muy probable toparse con cualquiera que, a esa hora, fuera de Clerkenwell a La Enramada. Allí se detuvieron el bastón y el señor Boffin, y este consultó su reloj.

«Aún faltan cinco minutos para la cita con Venus —se dijo—. Bien, llego bastante temprano».

Pero Venus era un hombre puntual, y en el momento en que el señor Boffin devolvía su reloj al bolsillo, se le descubrió viniendo hacia él. Aceleró el paso al ver al señor Boffin en el lugar de la cita, y enseguida estuvo a su lado.

—Gracias, Venus —dijo el señor Boffin—. ¡Gracias, gracias, gracias!

No estuvo claro por qué le daba las gracias al anatomista hasta que no lo explicó a continuación.

—Muy bien, Venus, muy bien. Ahora que ha venido a verme y ha consentido en mantener las apariencias de seguir con el plan de Wegg durante un tiempo, cuento con una especie de apoyo. Muy bien, Venus. Gracias, Venus. ¡Gracias, gracias, gracias!

El señor Venus le estrechó la mano que le ofrecía con aire modesto y los dos se dirigieron a La Enramada.

—¿Cree probable que Wegg caiga sobre mí esta noche, Venus? —preguntó el señor Boffin un tanto ansioso mientras caminaban.

—Creo que sí, señor.

—¿Tiene alguna razón especial para creerlo, Venus?

—Bueno, señor —repuso ese personaje—, el caso es que me ha hecho otra visita para asegurarse de que lo que él denomina «nuestra mercancía» sigue intacta, y ha mencionado su intención de que no va a aplazar por más tiempo el empezar con usted. Y si no lo va a aplazar más —insinuó delicadamente el señor Venus—, entonces, señor...

—Entonces, ¿supone que me va a agarrar ya por las narices? —dijo el señor Boffin.

—Exacto, señor.

El señor Boffin se cogió la nariz, como si ya la tuviera irritada y roja como un tomate.

—Es un sujeto horrible, Venus; un sujeto espantoso. No sé cómo voy a salir de esta. Debe permanecer a mi lado, Venus, como hombre bueno y leal. Hará todo lo que pueda para permanecer a mi lado, Venus, ¿verdad?

El señor Venus le aseguró que lo haría; y el señor Boffin, con aire angustiado y abatido, siguió su camino en silencio hasta que llamaron a la campana en la verja de La Enramada. Pronto oyeron el golpear de la pata de palo de Wegg, y cuando la puerta giró sobre sus goznes quedó visible con la mano en la cerradura.

—¿El señor Boffin? —comentó—. ¡Casi ni le conozco, señor!

—Sí. He estado ocupado, Wegg.

—¿De verdad, señor? —replicó el hombre de letras con un amenazador tono desdeñoso—. ¡Ja! Le he estado buscando, señor, y yo diría que bastante.

—No me diga, Wegg.

—Sí le digo, señor. Y, si no se hubiese presentado esta noche, por mis barbas que me habría presentado en su casa mañana. ¡Bueno! ¡Ya le digo!

—Espero que por nada malo, Wegg.

—Oh, no, señor Boffin —fue la irónica respuesta—. ¡Nada malo! ¡Cómo va a pasar algo malo en La Enramada de Boffin! Adelante, señor.

Si vienes a La Enramada que para ti he sombreado,

no yacerás sobre rosas que el rocío ha salpicado:

¿Vendrás, vendrás, vendrás a La Enramada?

Oh, ¿no quieres venir, venir, venir a La Enramada?

Una impía expresión de enemistad y ofensa brilló en los ojos del señor Wegg mientras giraba la llave a la espalda de su patrón, tras invitarle a entrar en el patio con su cita. El señor Boffin tenía un aspecto alicaído y manso. Wegg le susurró a Venus, mientras cruzaban el patio detrás de él:

—Mira al gusano y al favorito; no parece muy contento.

Venus le susurró a Wegg:

—Es porque se lo he dicho. Le he allanado a usted el camino.

El señor Boffin, al entrar en la habitación de siempre, dejó el bastón sobre el banco reservado para él, se metió las manos en los bolsillos y, con los hombros levantados y el sombrero para atrás, miró a Wegg con aire desconsolado.

—Mi amigo y socio, el señor Venus —dijo el hombre que tenía la sartén por el mango, dirigiéndose al señor Boffin—, me ha dado a entender que está al corriente del poder que tenemos sobre usted. Bien, cuando se haya quitado el sombrero entraremos en materia.

El señor Boffin se lo quitó en un gesto brusco, con lo que cayó al suelo detrás de él, y permaneció en su actitud habitual, con la expresión compungida de antes.

—En primer lugar, a partir de ahora, voy a llamarle Boffin, para abreviar —dijo Wegg—. Si no le gusta, siempre le queda aguantarse.

—No me importa, Wegg —contestó el señor Boffin.

—Pues tiene suerte, Boffin. Y ahora veamos, ¿quiere que le lea algo?

—Esta noche no me apetece demasiado, Wegg.

—Porque si lo deseara —añadió Wegg, aunque aquella inesperada respuesta oscureció el esplendor de su triunfo—, no le leería. Llevo

demasiado tiempo siendo su esclavo. No voy a permitir que un basurero siga pisoteándome. Con la sola excepción del salario, renuncio completamente a mi ocupación.

—Puesto que usted lo dice, Wegg —replicó Boffin, con las manos entrelazadas—, supongo que así ha de ser.

—Supongo que así ha de ser —replicó Wegg—. Dicho esto (y para despejar el terreno antes de ir al asunto), ha traído usted a este patio a un sirviente que se pasea furtiva y subrepticamente, siempre sorbiendo por la nariz.

—Cuando lo envié, no sabía que estaba resfriado —dijo el señor Boffin.

—¡Boffin! —replicó Wegg—. Le advierto que no se haga el gracioso conmigo.

En ese momento intervino el señor Venus, y observó que, en su opinión, el señor Boffin se había tomado la descripción de manera literal; sobre todo teniendo en cuenta que él, el señor Venus, también había imaginado que el sirviente había contraído una dolencia o un hábito de sorber por la nariz, lo que suponía un serio inconveniente a la hora de mantener una relación social con él, hasta que descubrió que la descripción que había hecho de él el señor Wegg debía tomarse como algo meramente figurativo.^[33]

—Como sea y porque sea —dijo Wegg—, lo han colocado aquí, y aquí está. Ahora bien, no le quiero aquí. Por eso invito a Boffin, antes de decir nada más, a que lo recoja y se lo lleve de inmediato.

Fangoso, sin sospechar nada, y visible desde la ventana, en ese momento aireaba sus muchos botones. El señor Boffin, tras un breve intervalo de impasible turbación, abrió la ventana y le hizo señas de que se acercara.

—¡Invito a Boffin —dijo Wegg, con un brazo en jarras y la cabeza ladeada, igual que un abogado intimidador que espera la respuesta de un testigo— a que informe al sirviente de que yo soy aquí el amo!

Obedeciendo humildemente, cuando Fangoso y sus relucientes botones entraron, el señor Boffin le dijo:

—Fangoso, mi querido amigo, el señor Wegg es el amo aquí. No te quiere aquí, y tienes que irte.

—¡Para siempre! —estipuló severamente el señor Wegg.

—Para siempre —dijo el señor Boffin.

Fangoso se lo quedó mirando, con sus dos ojos y todos los botones, y la boca muy abierta; pero sin pérdida de tiempo Silas Wegg lo acompañó fuera del patio empujándolo por los hombros y cerró la puerta con llave.

—Ahora la atmósfera está más despejada y se respira mejor —dijo Wegg, regresando a la sala, y un poco rojo por el ejercicio—. Señor Venus, por favor, tome asiento. Boffin, puede sentarse.

El señor Boffin, aún con las manos en los bolsillos con aire compungido, se sentó en el borde del banco, se encogió hasta un escaso volumen, y observó al poderoso Silas con una mirada conciliadora.

—Este caballero —dijo Silas Wegg, señalando a Venus—, este caballero, Boffin, es mucho más blando con usted que yo. Pero no ha llevado el yugo romano que yo he soportado, ni tampoco se le ha exigido que halagara su depravado apetito por los personajes avaros.

—Nunca fue mi intención, mi querido Wegg... —comenzó a decir el señor Boffin cuando Silas le interrumpió.

—¡No diga una palabra, Boffin! Conteste cuando le pregunten. Ya verá que le queda mucho por hacer. Y ahora veamos, ¿es consciente, sabe que está en posesión de una propiedad a la que no tiene derecho? ¿Es consciente de ello?

—Eso me ha dicho Venus —dijo el señor Boffin, mirando hacia aquel en busca de algún apoyo.

—Yo se lo digo —replicó Silas—. Mire, aquí está mi sombrero, y aquí está mi bastón. Juegue conmigo, Boffin, y, en lugar de hacer un trato con usted, me pondré el sombrero y cogeré mi bastón, y saldré y haré un trato con el legítimo propietario. Bueno, ¿qué me dice?

—Digo —repuso el señor Boffin, inclinando el cuerpo hacia delante y apelando alarmado, con las manos en las rodillas— que no tengo intención de jugar con usted, Wegg. Ya se lo he dicho a Venus.

—Es cierto que lo ha dicho —manifestó Venus.

—Es usted demasiado blando con su amigo, ya lo creo —le reprochó Silas, negando con desaprobación su rígida cabeza—. Así pues, ¿se muestra deseoso de llegar a un acuerdo, Boffin? Antes de responder, no se olvide de

este sombrero, ni del bastón.

—Estoy dispuesto a llegar a un acuerdo, Wegg.

—Dispuesto es poco, Boffin. No acepto eso de dispuesto. ¿Está deseoso de llegar a un acuerdo? ¿Pide que, por favor, se le permita llegar a un acuerdo? —El señor Wegg de nuevo plantó el brazo y ladeó la cabeza.

—Sí.

—Sí ¿qué? —dijo el inexorable Wegg—. No acepto eso de sí. Quiero que lo diga de pe a pa.

—¡Dios mío! —dijo el desdichado caballero—. ¡Es que estoy muy preocupado! Le pido por favor que me permita llegar a un acuerdo, suponiendo que su documento esté en regla.

—No tema por eso —dijo Silas moviendo la cabeza hacia él—. Quedará satisfecho al verlo. El señor Venus se lo enseñará mientras yo le sujeto. Luego querrá saber cuáles son los términos del acuerdo. Supongo que quiere saber cuál es la esencia del acuerdo. ¿Quiere contestar o no, señor Boffin? —Hizo una pausa.

—¡Dios mío! —volvió a exclamar el desdichado caballero—. Estoy tan preocupado que me estoy volviendo loco. Me mete usted muchas prisas. Tenga la bondad de decir cuáles son las condiciones, Wegg.

—Y ahora fíjese bien, Boffin —replicó Silas—. Fíjese bien, porque son las condiciones mínimas y las únicas. Añadirá su montículo (el montículo pequeño que le corresponde de todos modos) a la suma de las propiedades, a continuación dividirá sus bienes en tres partes, y se quedará una y entregará las otras dos.

El señor Venus se vio incapaz de abrir la boca, y al señor Boffin se le quedó una cara muy larga; el señor Venus no estaba preparado para una petición tan codiciosa.

—Y espere un momento, Boffin —añadió Wegg—, porque hay algo más. Usted ha estado derrochando su dinero... gastándolo en usted mismo. Eso se ha acabado. Se ha comprado una casa. Se le descontará de su parte.

—¡Me quedará en la ruina, Wegg! —protestó débilmente el señor Boffin.

—Y espere un momento, Boffin, que hay algo más. Me dejará a mí la

custodia exclusiva de estos montículos hasta que queden allanados. Si se encuentra en ellos algo valioso, yo me encargaré. Me mostraré su contrato para la venta de los montículos, para que podamos conocer su valor hasta el último penique, y del mismo modo nos hará una lista minuciosa de todo lo que posee. Cuando se hayan llevado la última paletada de los montículos, tendrá lugar la división definitiva.

—¡Es terrible, terrible, terrible! ¡Moriré en un asilo de pobres! —exclamó el Basurero de Oro, llevándose las manos a la cabeza.

—Y espere un momento, Boffin, que hay algo más. Ha estado usted husmeando en este patio sin derecho alguno. Se le ha visto husmeando en este patio. Había dos pares de ojos que le vigilaban en el momento en que desenterró la botella holandesa.

—Era mía, Wegg —protestó el señor Boffin—. Yo la puse allí.

—¿Qué había en ella, Boffin? —preguntó Silas.

—Ni oro, ni plata, ni billetes, ni joyas, ni nada que se pueda convertir en dinero, Wegg. ¡Se lo juro!

—Como estaba preparado, señor Venus —dijo Wegg volviéndose hacia su socio con un sabihondo aire de superioridad—, para una respuesta evasiva por parte de nuestro amigo el basurero, se me ha ocurrido una idea con la que creo que estará usted de acuerdo. Descontaremos la botella de la parte de nuestro amigo el basurero valorándola en mil libras.

El señor Boffin emitió un fuerte gruñido.

—Y espere un momento, Boffin, que hay algo más. Tiene a su servicio a un sibilino soplón llamado Rokesmith. No deseo tenerlo por aquí mientras nuestro asunto aún está pendiente. Tiene que despedirlo.

—Rokesmith ya ha sido despedido —dijo el señor Boffin con una voz apagada, con las manos delante de la cara, mientras se mecía sobre el banco.

—¿Así que ya lo ha despedido? —contestó Wegg, sorprendido—. ¡Oh! En fin, Boffin, creo que con eso está todo.

El desdichado caballero siguió meciéndose adelante y atrás y emitiendo algún gemido esporádico. El señor Venus le suplicaba que afrontara sus reveses y que se tomara un tiempo para acostumbrarse a la idea de su nueva posición social. Pero si había algo de lo que Silas Wegg ni quería oír hablar

era de tomarse un tiempo. «¡Sí o no, y nada de medias tintas!», era el lema que esa obstinada persona repitió muchas veces; agitando el puño delante del señor Boffin y clavando el lema en el suelo a base de dar golpes con su pata de palo de un modo amenazador y alarmante.

Al final, el señor Boffin suplicó que se le concediera un cuarto de hora de gracia, durante el cual se le permitiera refrescarse las ideas dando un paseo por el patio. A regañadientes, el señor Wegg le concedió ese gran favor, aunque solo a condición de que él lo acompañara en su paseo, pues no sabía qué podía desenterrar de manera fraudulenta si lo dejaban solo. Seguramente no se había visto a la sombra de los montículos imagen más absurda que la del señor Boffin trotando ágilmente como impulsado por su irritación, y el señor Wegg brincando tras él con gran esfuerzo, ansioso por observar el más leve pestañeo por si indicaba un lugar pródigo en secretos. Cuando el cuarto de hora expiró, al señor Wegg se le vio muy inquieto, y entró con sus brincos, en un triste segundo lugar.

—¡No hay nada que hacer! —exclamó el señor Boffin, dejándose caer en el banco en un gesto de desamparo con las manos hundidas en los bolsillos, como si estos hubieran descendido—. ¿De qué sirve fingir que me resisto, cuando no puedo hacer nada? Debo acceder a las condiciones. Pero me gustaría ver el documento.

Wegg, acérrimo partidario de remachar el clavo que con tanta fuerza había clavado, anunció que Boffin lo vería antes de una hora. Custodiándolo a ese propósito, o cerniéndose sobre él como si realmente fuera su Genio del Mal en forma visible, el señor Wegg le caló al señor Boffin el sombrero en la coronilla y lo sacó del brazo, como si fuera el propietario de su cuerpo y su alma, una propiedad más macabra y ridícula que todo lo que pudiera haber en la singular colección del señor Venus, quien los seguía pisándoles los talones, al menos respaldando al señor Boffin en un sentido literal, pues no había tenido oportunidad de hacerlo de manera espiritual. En cuanto al señor Boffin, trotaba lo más deprisa que podía, lo que llevaba a Silas Wegg a chocar frecuentemente con los viandantes, igual que haría el distraído perro que guía a su amo ciego.

Así llegaron al establecimiento del señor Venus, un tanto acalorados por su manera de moverse. El señor Wegg, sobre todo, estaba de lo más encendido, y se quedó de pie en la pequeña tienda, jadeando y secándose la

frente con el pañuelo, sin habla durante varios minutos.

Mientras tanto, el señor Venus, que había dejado a las dos ranas duelistas luchando en su ausencia a la luz de las velas para deleite de los transeúntes, bajó las persianas. Cuando estuvieron cómodos y a salvo de las miradas, y la puerta de la tienda quedó cerrada, le dijo al sudoroso Silas:

—Supongo, señor Wegg, que ahora podemos sacar el papel.

—Un momento, señor —replicó el discreto personaje—, un momento. ¿Me haría el favor de empujar hacia mí esa caja que hay en mitad de la tienda, la que ha mencionado en otras ocasiones que contiene misceláneas?

El señor Venus obedeció.

—Muy bien —dijo Silas, mirando a su alrededor—. Muy bien. ¿Me acerca esa silla, señor, para ponerla encima?

Venus le entregó la silla.

—Y ahora, Boffin —dijo Wegg—, súbase aquí encima y siéntese, si no le importa.

El señor Boffin, como si fueran a hacerle un retrato, o a electrocutarlo, o a convertirse en francmasón, o a enfrentarse a cualquier otra perspectiva poco halagüeña, subió al estrado que le había preparado.

—Y ahora, señor Venus —dijo Silas quitándose el abrigo—, cuando agarre a nuestro amigo por los brazos y el cuerpo, y lo inmovilice contra el respaldo de la silla, puede usted enseñarle lo que quiere ver. Si lo abre y lo sostiene con una mano, al tiempo que sujeta una vela con la otra, podrá leerlo estupendamente.

El señor Boffin estuvo a punto de protestar contra tanta precaución, pero, al ser inmediatamente abrazado por Wegg, tuvo que resignarse. Entonces Venus extrajo el documento, y el señor Boffin lo leyó lentamente en voz alta; tan lentamente que Wegg, que le sujetaba contra la silla con la fuerza de un luchador, comenzó a notar el esfuerzo.

—Avísame cuando lo haya vuelto a poner a salvo —exclamó con dificultad—, que tengo que hacer mucha fuerza.

Al final el documento fue devuelto a su lugar; y Wegg, cuya incómoda posición había sido la de un hombre muy perseverante que intenta sin éxito

mantenerse cabeza abajo, se sentó para recuperarse. El señor Boffin, por su parte, no hizo intento de bajar, sino que se quedó allí arriba, desconsolado.

—¡Bueno, Boffin! —dijo Wegg, en cuanto volvió a estar en condiciones de hablar—. Y ahora, ya sabe.

—Sí, Wegg —dijo mansamente el señor Boffin—. Ahora, ya sé.

—Ya no tiene ninguna duda, Boffin.

—No, Wegg. No, ninguna —fue la lenta y triste respuesta.

—Entonces, váyase con ojo y atégase a las condiciones —dijo Wegg—. Señor Venus, si en esta auspiciosa ocasión tuviera en casa un trago de algo no tan flojo como el té, creo que me tomaría la amistosa libertad de pedirle un poco.

El señor Venus, al serle recordados sus deberes de anfitrión, sacó un poco de ron. En respuesta a la pregunta «¿Quiere mezclarlo usted, Wegg?», dicho caballero repuso amablemente:

—Creo que no, señor. En una ocasión tan auspiciosa, creo que prefiero beberlo a palo seco.

El señor Boffin declinó el ron, y, al hallarse aún en su pedestal, estaba en buena situación para que se dirigieran a él. Así pues, Wegg, tras haberlo mirado tranquilamente con aire insolente, se dirigió a él mientras se refrescaba con su copita.

—¡Bof-fin!

—Sí, Wegg —contestó el señor Boffin, saliendo de su ensimismamiento con un suspiro.

—Hay una cosa que no le he mencionado, porque es un detalle que cae por su propio peso. Le seguiremos. No le perderemos de vista.

—No le entiendo —dijo el señor Boffin.

—Ah, ¿no? —dijo con sorna Wegg—. ¿Dónde está su inteligencia, Boffin? Hasta que no se hayan allanado los montículos y completado este asunto, es usted responsable de la propiedad, que no se le olvide. Considérese responsable ante mí. El señor Venus es demasiado blando con usted, yo soy la persona adecuada.

—He estado pensando —dijo el señor Boffin, abatido— que no debo permitir que mi esposa lo sepa.

—¿Se refiere a que no sepa lo de la división? —preguntó Wegg, sirviéndose un tercer trago a palo seco, pues ya se había tomado el segundo.

—Sí. Si ella muriera antes que yo, podría seguir creyendo toda la vida que yo aún conservaba el resto de la fortuna y estaba ahorrando.

—Sospecho, Boffin —contestó Wegg, negando con la cabeza con aire sagaz y lanzándole un rígido guiño—, que ha encontrado la historia de algún viejo, al que todos creían un avaro, y que había hecho creer que contaba con más dinero del que tenía. No obstante, me da igual.

—¿No se da cuenta, Wegg? —le expresó con mucha emoción el señor Boffin—. ¿No ve que mi esposa se ha acostumbrado al dinero? Sería un duro golpe para ella.

—No lo entiendo —le soltó Wegg—. Tendrá tanto como yo. ¿Quién se cree que es?

—Pero es que mi esposa es una mujer de principios muy estrictos —manifestó amablemente el señor Boffin.

—¿Y quién es su esposa —replicó Wegg—, que se cree más que yo por tener principios más estrictos que los míos?

El señor Boffin pareció un poco menos paciente en ese punto que en los demás de sus negociaciones. Pero se controló y dijo mansamente:

—Creo que debo ocultárselo a mi esposa, Wegg.

—Bueno —dijo Wegg, desdeñoso, aunque quizá intuyendo algún asomo de peligro—, no se lo diga a su esposa. Yo no se lo voy a decir. Puedo vigilarle de cerca sin decírselo. Soy tan buen hombre como usted, y mejor. Invíteme a cenar. Deme la llave de su casa. Antes era lo bastante bueno para usted y su mujer, cuando les ayudaba a dar cuenta de la ternera y el jamón. ¿Acaso no vivieron allí antes que ustedes la señorita Elizabeth, el señorito George, tía Jane y tío Parker?

—Tranquilo, Wegg, tranquilo —le instó Venus.

—Lo que quiere decir es que me ablande, señor —repuso hablando con cierta dificultad, a consecuencias de los tragos a palo seco que se había

tomado—. Lo tengo vigilado, y lo vigilaré.

Por toda la línea se oye la señal
de que Inglaterra espera que este hombre cabal
a Boffin haga cumplir con su deber.

»Boffin, le veré en casa.

El señor Boffin se bajó de ese estrado con un aire de resignación, y se marchó tras despedirse amistosamente del señor Venus. Una vez más, inspector e inspeccionado caminaron juntos por la calle hasta llegar a la puerta de la casa del señor Boffin.

Pero incluso ahí, cuando el señor Boffin le hubo deseado las buenas noches a su guardián, y hubo metido la llave en la cerradura, y cerrado suavemente la puerta, incluso allí y entonces, el todopoderoso Silas necesitó reafirmar de nuevo su poder recientemente conquistado.

—¡Bof-fin! —llamó a través de la cerradura.

—Sí, Wegg —fue la respuesta a través del mismo orificio.

—Salga. Déjese ver otra vez. ¡Quiero echarle otro vistazo!

El señor Boffin (¡ah, como había caído de la elevada posición de su honesta simplicidad!) abrió la puerta y obedeció.

—Entre. A lo mejor quiere acostarse —dijo Wegg con una sonrisa.

La puerta acababa de cerrarse cuando volvió a decir a través de la cerradura:

—¡Bof-fin!

—Sí, Wegg.

Aquella vez Silas no dijo nada, pero, mientras el señor Boffin escuchaba inclinado en la parte de dentro, metió una mano imaginariamente flexible por la cerradura y agarró la nariz del señor Boffin; a continuación rió en silencio y se fue a casa con su cojera.

Capítulo IV

Una boda fugitiva

Una mañana que no trabajaba, bien temprano, el querúbico papá se levantó haciendo el menor ruido posible de al lado de la majestuosa mamá. Papá y la preciosa mujer tenían una cita muy especial.

No obstante, papá y la preciosa mujer no iban a salir juntos. Bella se había levantado antes de las cuatro, y no llevaba capota. Esperaba al pie de las escaleras (estaba sentada en el peldaño inferior, de hecho) para recibir a papá cuando bajara, aunque su único objetivo parecía ser que papá saliera de la casa.

—Tiene el desayuno preparado, señor —susurró Bella tras saludarlo con un abrazo—, y todo lo que debes hacer es comértelo, bebértelo y escapar. ¿Cómo te sientes, papá?

—Lo mejor que puedo decir es que me siento como un ladrón nuevo en la profesión, querida, que no acaba de sentirse cómodo hasta que no ha salido de la casa donde roba.

Bella apretó el brazo de su padre contra el suyo con una risa silenciosa y alegre, y fueron hasta la cocina de puntillas; Bella se inclinaba en cada peldaño para llevar la punta de su índice a sus labios sonrosados, y luego los colocaba en los labios de él, según su manera preferida y cariñosa de besar a su padre.

—¿Cómo te sientes, amor mío? —preguntó R. W. mientras ella le servía el desayuno.

—Me siento como si lo que me dijo el que me leyó el futuro fuese a cumplirse, querido papá, y el hombrecillo rubio fuera a aparecer tal como me predijeron.

—¡Oh! ¿Solo el hombrecillo rubio? —dijo su padre.

Bella colocó otro de esos dedos en los labios de papá, y a continuación

dijo, arrodillándose a su lado:

—Y ahora, fíjese en una cosa, señor mío. Si hoy estás a la altura, ¿qué crees que mereces? ¿Qué te prometí una vez que tendrías si te portabas bien?

—A fe mía que no me acuerdo, preciosa. O sí, ahora lo recuerdo. ¿No fue una de esas hermosas trenzas? —dijo acariciándole el pelo con la mano.

—¡Pues yo diría que sí! —replicó Bella, fingiendo un puchero—. ¿Sabe, señor mío, que el que me leyó el futuro me daba cinco mil guineas (si hubiese dispuesto de ellas, que no era el caso) por ese precioso mechón que he cortado para ti? No te haces idea del número de veces que ha besado el insignificante mechón (en comparación) que corté para él. ¡Y también lo lleva alrededor del cuello, te lo aseguro! ¡Cerca de su corazón! —dijo Bella, asintiendo—. ¡Ah! ¡Lo lleva muy cerca de su corazón! No obstante, has sido un chico bueno, muy bueno, y esta mañana eres el mejor de todos los chicos que hay en la tierra, y aquí tienes la cadena que te he hecho con el mechón. Deja que mis manos amorosas te la cuelguen del cuello.

Y papá se agachó, y ella lloró un poco en su hombro, y luego dijo (tras haber inclinado la cabeza para secarse los ojos en el chaleco blanco de papá, y al descubrir tan incongruente circunstancia se puso a reír):

—Y ahora, querido papá, dame las manos para que pueda juntarlas, y repite después de mí: Mi querida Bella.

—Mi querida Bella.

—Te quiero mucho.

—Te quiero mucho, querida —dijo papá.

—No debes decir nada que yo no te dicte, papá. No te atreves a hacerlo cuando contestas en la iglesia, y tampoco debes hacerlo cuando contestes fuera de la iglesia.

—Retiro lo de querida —dijo papá.

—¡Eso es un chico devoto! Y ahora, otra vez: Siempre fuiste...

—Siempre fuiste —repitió papá.

—Una pesada...

—No, no es verdad —dijo papá.

—Una pesada (¿me has oído?), una pesada, una caprichosa, una desagradecida, una latosa; pero espero que te portes mejor en el futuro, ¡y te bendigo y te perdono! —En ese punto se le olvidó que le tocaba contestar a papá y se le colgó del cuello—. Querido papá, si supieras lo mucho que pienso esta mañana en lo que me dijiste una vez, acerca de la primera vez que viste al anciano señor Harmon, ¡cuando tuve una pataleta y chillé y te pegué con mi detestable capota! ¡Me siento como si hubiera tenido pataletas y estado chillando y pegándote con mi odiosa capota desde que nací!

—Tonterías, amor mío. Y en cuanto a tus capotas, siempre han sido bonitas, pues te han sentado bien (o a lo mejor es que tú les has sentado bien a ellas; quizá era eso) a cualquier edad.

—¿Te hice mucho daño, querido papá —preguntó Bella, riendo (a pesar de su arrepentimiento), con fantástico deleite al imaginarlo—, cuando te pegué con la capota?

—No, hija mía. ¡No le harías daño ni a una mosca!

—Pero creo que no debería haberte pegado —dijo Bella—, a no ser que pretendiera hacerte daño. ¿Te pellizqué las piernas?

—No mucho, querida; pero creo que ya casi es hora de...

—¡Oh, sí! —exclamó Bella—. Si sigo parloteando, te cogerán vivo. ¡Vuela, papá, vuela!

Así pues, subieron de puntillas las escaleras de la cocina, y Bella, con su mano ligera, quitó las cerrojos de la puerta de la casa, y papá, tras recibir un abrazo de despedida, se puso en marcha. Cuando hubo caminado un poco, se volvió. A lo cual Bella agitó en el aire el dedo con el que besaba a papá, y adelantó un poco el piecico para recalcar la señal. Papá, con un gesto similar, expresó fidelidad a la señal y se alejó todo lo deprisa que pudo.

Bella paseó pensativa por el jardín durante más de una hora y a continuación regresó al dormitorio en el que aún dormía Lavvy la Incontenible. Allí se puso una capota de aspecto discreto pero bonito que se había hecho el día anterior.

—Voy a dar una vuelta, Lavvy —dijo mientras se agachaba y besaba a su hermana.

La Incontenible, dejándose caer pesadamente en la cama y comentando

que aún no era hora de levantarse, regresó a la inconsciencia, si es que había llegado a salir de ella.

Contemplad a Bella, caminando a paso vivo por la calle, la muchacha más encantadora que hay bajo el sol del verano. Contemplad a papá esperando a Bella detrás de un surtidor de agua, al menos a tres millas del techo paterno. Contemplad a Bella y a papá al subirse a bordo de un madrugador vapor rumbo a Greenwich.

¿Les esperaban en Greenwich? Probablemente. Al menos, el señor John Rokesmith estaba en el embarcadero, oteando dos horas antes de que el vapor color carbón (aunque a él le parecía color de oro) soltase su vapor en Londres. Al menos, el señor John Rokesmith pareció de lo más contento al divisar a padre e hija a bordo. Probablemente. Al menos, en cuanto Bella pisó la orilla, se agarró al brazo del señor Rokesmith sin delatar sorpresa, y los dos caminaron juntos con un aire etéreo de felicidad que, por así decir, se levantaba de la tierra y atraía la presencia de un viejo jubilado gruñón y tristón del Asilo para Marineros de Greenwich que los seguía para ver en qué acababa aquello. Este jubilado tenía dos patas de palo, y, un minuto antes de que Bella se bajara del vapor, y entrelazara su confiado brazo con el de Rokesmith, el único objeto de su vida era el tabaco, del que andaba corto. Gruñón y Tristón estaba varado en un puerto de fango perpetuo, pero en un instante Bella lo puso a flote, y zarpó.

Veamos, querúbico padre que vas delante: ¿qué dirección tomamos primero? Con esa pregunta en su mente, Gruñón y Tristón, que de repente siente un interés tan repentino que levanta la cabeza y mira por encima de la gente que se interpone entre ellos, como si intentara ponerse de puntillas sobre sus dos patas de palo, observó a R. W. Gruñón y Tristón comprendió que en aquel caso no había «previa»; el padre querúbico se encaminaba a toda vela hacia la iglesia de Greenwich para ver a sus parientes.

Pues aunque la mayoría de acontecimientos actuaban sobre Gruñón y Tristón simplemente a modo de atacadores de pipa, apretando y condensando el tabaco que había en su interior, se podría imaginar que buscaba un parecido de familia entre los querubines de la arquitectura de la iglesia y el querubín del chaleco blanco. También se podía imaginar que el recuerdo de antiguas tarjetas de san Valentín, en las que un querubín, menos adecuadamente ataviado para un clima proverbialmente incierto, llevaba enamorados al altar,

inflamaba el ardor de los dedos de palo de sus patas. Pero fuese como fuese, soltó amarras y siguió la persecución.

El querubín iba delante, con una radiante sonrisa; Bella y John Rokesmith le seguían; Gruñón y Tristón se pegó a ellos como cera. Durante años, las alas de su mente habían estado buscando las piernas de su cuerpo; pero Bella se las había devuelto con el vapor, y volvían a extenderse.

Era un velero lento en un viento de felicidad, pero tomó un atajo hacia el lugar del encuentro, y avanzó con la determinación de un jugador de naipes en racha. Cuando la sombra del pórtico de la iglesia los engulló, el victorioso Gruñón y Tristón también se presentó para ser engullido. Y por entonces el querúbico padre temía tanto alguna sorpresa que, de no haber sido por las dos patas de palo sobre las que (para tranquilidad del querubín) iba montado, su conciencia habría visto, en la persona de ese marinero jubilado, a su solemne esposa disfrazada, llegada a Greenwich en un coche tirado por grifos, como el hada malvada que aparece en los bautizos del príncipe para cometer algún acto espantoso durante la boda. Y lo cierto es que tenía una momentánea razón para palidecer y susurrarle a Bella «No crees que eso pueda ser tu mamá, ¿verdad, querida?», a causa del misterioso susurro y movimiento furtivo que se observó en las remotas regiones del órgano, aunque se apagó enseguida y no volvió a oírse. Aunque sí volvió a oírse más tarde, como se leerá posteriormente en la veraz narración de esta boda.

¿Quién toma? Yo, John; y yo, Bella. ¿Quién entrega? Yo, R. W. Y como John y Bella han consentido en unirse en el sagrado vínculo, tú, Gruñón y Tristón, podrías considerar (en resumen) que ya está todo hecho y retirarte de este templo con tus dos patas de palo. Y a ese propósito el sacerdote se dirigía, tal como manda la rúbrica, a la gente, selectamente representada en el presente ejemplo por el ya mencionado Gruñón y Tristón.

Y ahora que el pórtico de la iglesia se había tragado a Bella Wilfer para siempre jamás, ya no estaba en su poder soltar a esa joven, y quien apareció bajo la luz del sol fue la señora de John Rokesmith. Y durante un buen rato permaneció en las escalinatas Gruñón y Tristón, contemplando a la hermosa novia, con la narcótica conciencia de haber vivido un sueño.

Tras lo cual Bella sacó del bolsillo una pequeña carta que les leyó en voz alta a papá y a John; he aquí una copia de la misma:

Queridísima mamá:

Espero que no te enfades, pero estoy felizmente casada con el señor John Rokesmith, que me ama más de lo que merezco, aunque yo le amo con todo mi corazón. Preferí no mencionártelo antes, por si provocaba alguna discusión en casa. Por favor, díselo al querido papá. Besos a Lavvy.

Siempre queridísima mamá, tu hija que te quiere

Bella

P.D.: Rokesmith.

A continuación John Rokesmith colocó el semblante de la reina sobre la carta —¡qué bondadosa parecía Su Graciosa Majestad aquella bendita mañana!—, y Bella la llevó a correos y dijo alegremente:

—¡Y ahora, queridísimo papá, estás a salvo y nunca te cogerán vivo!

Al principio, en las revueltas profundidades de su conciencia, papá estaba tan lejos de sentirse a salvo que veía majestuosas matronas que acechaban entre los inofensivos árboles de Greenwich Park para tenderle una emboscada, y creyó ver un majestuoso semblante que llevaba atado un conocido pañuelo mirándolo ceñudo desde una ventana del Observatorio, donde los allegados del Astrónomo Real contemplan de noche las parpadeantes estrellas. Pero pasaron los minutos y la señora Wilfer no apareció en carne y hueso, con lo que se fue sintiendo más seguro de sí mismo, y con buen humor y apetito entró en la casita que el señor John Rokesmith y señora tenían en Blackheath, donde estaba servido el desayuno.

Era una casita modesta, aunque limpia y luminosa, y sobre el níveo mantel se extendía el más apetitoso desayuno. Y servía, como una brisa de verano, una joven damisela que no paraba, toda de rosa y con cintas, que se sonrojaba como si se hubiese casado ella en lugar de Bella, y que sin embargo reafirmaba el triunfo de su sexo sobre John y papá con su aturullamiento exultante y exaltado: como quien dice: «Ahí es donde acabáis todos, caballeros, cuando nosotras os leemos la cartilla». Esa misma damisela era la doncella de Bella, y le entregó el manojito de llaves que dominaba los tesoros en forma de conservas, ultramarinos, mermeladas y encurtidos, cuya investigación les hizo pasar el rato después del desayuno, cuando Bella declaró que «Papá debe probarlo todo, querido John, o no nos dará buena suerte», y, cuando papá tuvo la boca llena de todo tipo de cosas, no supo muy bien qué hacer con todas ellas allí metidas.

Luego los tres salieron a dar un delicioso paseo en coche, y caminaron entre el brezo en flor, y allí les contempló el idéntico Gruñón y Tristón con las patas de palo dispuestas horizontalmente delante de él, aparentemente

meditando sobre las vicisitudes de la vida. Y al verlo Bella le dijo, alegre y sorprendida: «¡Oh! ¿Qué tal, otra vez? ¡Es usted un jubilado encantador!». A lo cual Gruñón y Tristón respondió que la había visto casarse esa mañana, preciosa, y que, si no era tomarse demasiadas libertades, le deseaba que tuviesen siempre buen viento y buen tiempo; además quiso saber, de manera general, a quién tenía que vitorear. Y poniéndose en pie sobre sus dos patas de palo, le hizo el saludo militar, sombrero en mano, al estilo marinero, con la gallardía de un tripulante de buque de guerra y un corazón de roble.

Fue una imagen simpática, en medio de aquellas flores doradas, ver a ese viejo lobo de mar de Gruñón y Tristón, saludando con su sombrero de canal a Bella, mientras su pelo blanco y ralo fluía libre, como si ella lo hubiera vuelto a botar en un mar azul.

—Es usted un jubilado encantador —dijo Bella—, y soy tan feliz que me gustaría hacerle feliz a usted también.

A lo que respondió Gruñón y Tristón:

—Permítame besar su mano, mi encantadora dama, y ya lo seré.

Y así se hizo para satisfacción de todos; y si en el curso de la tarde Gruñón y Tristón no repartió ron a mansalva no fue por falta de medios para infligir esa ofensa a los sentimientos de la rama infantil del Movimiento para la Templanza.

Pero el mayor éxito fue la comida nupcial, ¡pues qué habían planeado el novio y la novia, sino celebrar esa comida en la mismísima sala del mismísimo hotel en el que papá y la preciosa mujer habían comido juntos! Bella estaba sentada entre John y papá, y dividía sus atenciones por igual entre ambos, pero le pareció necesario (antes de comer y en ausencia del camarero) recordarle a papá que ya no era su preciosa mujer.



THE WEDDING DINNER AT GREENWICH.

—Lo sé perfectamente, querida —repuso el querubín—, y me resigno de buena gana.

—¿De buena gana, señor mío? Deberías tener el corazón destrozado.

—Y lo estaría, si pensara que iba a perderte.

—Pero sabes que no es así; ¿verdad, pobre papá? Sabes que ahora tienes un nuevo pariente que te querrá tanto y te estará tan agradecido como yo, por mí y por ti. Lo sabes, ¿verdad, querido papá? ¡Mira! —Bella se llevó un dedo a los labios, y luego a los de papá, y luego al suyo, y luego al de su marido—. Y ahora los tres formamos una sociedad, querido papá.

La aparición de la cena sacó bruscamente a Bella de una de sus desapariciones en los brazos de su marido: y de manera pertinente, pues fue servida bajo los auspicios de un solemne caballero vestido de negro y corbata blanca, que se parecía muchísimo más al clérigo que el propio clérigo, y que parecía haber alcanzado una dignidad muy superior: por no decir que había escalado el campanario. Este dignatario departió en secreto con John Rokesmith sobre el tema del ponche y los vinos, y dobló la cabeza como si se agachara para la práctica papista de recibir la confesión auricular. Del mismo modo, cuando John le propuso algo que no casaba con sus opiniones, su cara

se ensombreció en un reproche, como si le impusieran un castigo.

¡Menuda comida! Ejemplares de todos los peces que nadan en el mar habían venido nadando a hacer su aportación, y si algunos de los ejemplares de los peces de diversos colores que soltaban un discurso en las *Mil y una noches* (que de oscuros parecían una explicación ministerial) y luego huían de un salto de la sartén no fueron reconocidos, fue solo porque todos habían quedado del mismo color al haber sido rebozados con la morralla. Y los platos, al estar sazonados de Dicha —un artículo que en Greenwich a veces se agota—, tenían un sabor perfecto, y las bebidas doradas habían sido embotelladas en la edad de oro, y desde entonces guardaban sus destellos.

Lo mejor de todo fue el pacto que hicieron Bella, John y el querubín, por el que se comprometían a que ningún ojo mortal pudiera adivinar que aquello era un banquete nupcial. Ahora bien, el dignatario supervisor, el arzobispo de Greenwich, lo sabía como si él mismo hubiera celebrado la boda. Y la majestuosidad con que su eminencia participó del secreto sin ser invitado, y la comedia que hizo para que los camareros no se enteraran, fue la apoteosis de aquel banquete.

Había un camarero joven e inocente, delgado y de piernas escuálidas, todavía no versado en las artimañas del oficio, de un temperamento evidentemente demasiado romántico, y profundamente (y no sería demasiado añadir sin esperanza) enamorado de una muchacha que desconocía sus méritos. Ese cándido joven, dándose cuenta de la situación, inconfundible incluso para alguien tan inocente, limitó sus tareas a una lánguida admiración, apoyado en el aparador, en los momentos en que Bella no quería nada, y a caer sobre ella en picado cuando pedía algo. Su eminencia el arzobispo no dejaba de cortarle el paso, interponiendo el codo cuando conseguía llegar, y despachándolo de manera degradante en busca de mantequilla derretida; y cuando por algún casual conseguía hacerse con algún plato digno de servir, Su Eminencia lo privaba de él y lo mandaba otra vez al fondo de la sala.

—Por favor, le ruego le perdone, señora —dijo el arzobispo en voz baja y solemne—, es muy joven y lo tenemos a prueba, y no nos gusta.

Eso indujo a John Rokesmith a observar (para que la cosa pareciera más natural):

—Bella, amor mío, esto es mucho mejor que nuestros aniversarios anteriores, y creo que a partir de ahora deberíamos celebrarlos aquí.

A lo que Bella replicó, probablemente con un fracaso sin precedentes a la hora de parecer una matrona:

—Desde luego que sí, John, querido.

En ese punto, el arzobispo de Greenwich emitió una solemne tos para atraer la atención de sus ministros allí presentes, y mirándolos, pareció decir: «¡Apelo a vuestra lealtad para que creáis esto!».

Con sus propias manos trajo más tarde los postres, como si observara a los tres comensales —«Ha llegado el momento en que podemos prescindir de la ayuda de estos sujetos que no están en el secreto»—, y se habría retirado con total dignidad de no ser por una osada acción que surgió del cerebro desatinado del joven que tenían a prueba. Al encontrar, por mala suerte, unas flores de azahar en el vestíbulo, se acercó con las mismas en un tazón de enjuagarse los dedos sin que lo detectaran, y lo colocó a la derecha de Bella. De inmediato el arzobispo lo expulsó y excomulgó; pero el mal ya estaba hecho.

—Confío, señora —dijo Su Eminencia, volviendo solo—, que tendrá la amabilidad de pasarlo por alto, teniendo en cuenta que no ha sido más que el gesto de alguien muy joven que está aquí a prueba y que nunca servirá para el trabajo.

Dicho esto, hizo una solemne reverencia y se retiró, y todos estallaron en una carcajada, larga y dichosa.

—De nada sirve disimular —dijo Bella—, todos me descubren. ¡John, papá, creo que debe de ser porque se me ve tan feliz!

En ese momento, su marido creyó necesario solicitar una de las misteriosas desapariciones de Bella, y ella obedeció como era su deber; y desde donde estaba oculta dijo con una voz apagada:

—¿Recuerdas que aquel día hablamos de los barcos, papá?

—Sí, querida.

—¿Y no es extraño pensar que en ninguno de esos barcos hubiese un John, papá?

—En absoluto, querida.

—¿En absoluto? ¡Oh, papá!

—No, querida. ¡Cómo podemos saber qué personas viajan a bordo de unos barcos que podrían proceder de mares desconocidos!

Mientras Bella permanecía invisible y silenciosa, su padre permanecía concentrado en su postre y en su vino, hasta que recordó que había llegado la hora de volver a Holloway.

—Aunque desde luego no puedo irme —añadió querúbicamente—... sería un pecado... sin brindar porque este feliz día de hoy se repita muchas, muchas veces más.

—¡Muy bien! ¡Mil veces más! —exclamó John—. Lleno mi copa y la de mi preciosa esposa.

—Caballeros —dijo el querubín, dirigiéndose sin que le oyesen (con esa tendencia tan anglosajona a expresar los sentimientos en forma de alocución) a los muchachos que había abajo, que se apostaban seis peniques entre ellos a ver quién metía la cabeza en el barro—: Caballeros... Bella y John... habréis imaginado enseguida que no es mi intención importunaros con muchas observaciones en el día de hoy. Enseguida deduciréis la naturaleza y hasta los términos del brindis que voy a proponer para la presente ocasión. Caballeros... Bella y John... en este momento, me embargan sentimientos que no creo que sea capaz de expresar. Pero caballeros... Bella y John... por la parte que me toca, por la confianza que habéis depositado en mí, y por vuestra afectuosa bondad y amabilidad al no considerarme un estorbo, cuando soy perfectamente consciente de que de manera irremediable siempre seré más o menos un estorbo, os doy las gracias calurosamente. Caballeros... Bella y John... os dedico todo mi amor, y que nos reunamos, igual que en la presente ocasión, en muchas futuras ocasiones; es decir, caballeros... Bella y John... que se repita muchas veces más esta feliz ocasión.

Tras haber concluido así su alocución, el amable querubín abrazó a su hija y salió disparado hacia el vapor que debía trasladarlo a Londres, que se hallaba entonces en el desembarcadero flotante, haciendo todo lo posible para destrozarlo con sus topetazos. Pero la feliz pareja no iba a separarse de él así como así, y aún no llevaba a bordo ni dos minutos cuando allí estaban ellos en el muelle, diciéndole adiós.

—¡Querido papá! —gritó Bella, haciéndole señas con el parasol para que se acercara a un lado, e inclinándose para susurrarle.

—Sí, querida.

—¿Te pegué mucho con aquella horrorosa capota, papá?

—No hay que volver a mencionarlo, querida.

—¿Te pellizqué las piernas, papá?

—Pero con cariño, mi pequeña.

—¿Estás seguro de que me perdonas, papá? ¡Por favor, papá, por favor, perdóname!

Medio riendo, medio llorando, Bella le suplicaba de una manera encantadora; tan deliciosa, tan juguetona, tan natural, que su querúbico padre puso una cara mimosa, como si Bella no hubiera crecido, y le dijo:

—¡Qué ratoncita tan tonta eres!

—Pero me perdonas por eso, y por todo lo demás, ¿verdad, papá?

—Sí, querida.

—¿Y no te sientes solo ni abandonado, marchándote solo, papá?

—¡No, mi vida! ¡Dios te bendiga!

—Adiós, queridísimo papá. ¡Adiós!

—¡Adiós, querida! Llévatela, querido John. ¡Llévatela a casa!

Y así fue como, con Bella apoyándose en el brazo de su marido, regresaron a su casa por un sendero color de rosa que el sol coloreaba para ellos al ponerse. Y es que hay días en la vida en los que la vida y la muerte merecen la pena. ¡Y qué hermosa es esta canción, y este amor, este amor, este amor que hace girar el mundo!

Capítulo V

Referente a la novia del mendigo

El impresionante ceño con que la señora Wilfer recibió a su marido cuando este volvió de la boda golpeó con tanta fuerza en la puerta de la conciencia querúbrica, y de tal modo afectó la firmeza de las piernas querúbricas, que el tembleque que sacudió al cuerpo y la mente del culpable habría despertado recelos en gentes menos ocupadas que la dama tristemente heroica, la señorita Lavinia, y ese apreciado amigo de la familia, el señor George Sampson. Pero como la atención de los tres estaba totalmente concentrada en el importante hecho de la boda, felizmente no les quedaba atención que prestarle al culpable conspirador; y a esa afortunada circunstancia debió el poder escapar, algo cuyo mérito él no podía atribuirse en absoluto.

—No preguntas por tu hija Bella, R. W. —dijo la señora Wilfer desde su solemne rincón.

—Por supuesto, querida —repuso él, con el más flagrante fingimiento de no saber nada—, se me ha pasado. ¿Cómo... o quizá debería decir dónde... está Bella?

—Aquí no —proclamó la señora Wilfer de brazos cruzados.

El querubín farfulló algo que quiso ser un abortado: «¡Oh, no me digas, querida!».

—Aquí no —repitió la señora Wilfer con una voz severa y sonora—. En una palabra, R. W., que ya no tienes a tu hija Bella.

—¿Que ya no tengo a mi hija Bella, querida?

—No. Tu hija Bella —dijo la señora Wilfer, con el aire altivo de no haber tenido nada que ver jamás con esa joven: a la que ahora mencionaba con reproche como un artículo de lujo que su marido hubiese puesto en un pedestal por su cuenta, en contra de su consejo—... tu hija Bella se ha entregado a un mendigo.

—¡Cielo santo, querida!

—Enséñale a tu padre la carta de Bella, Lavinia —dijo la señora Wilfer con su monótono tono de ley parlamentaria, y haciendo un gesto con la mano—. Creo que tu padre admitirá que es una prueba documental de lo que le digo. Creo que tu padre está familiarizado con la letra de su hija Bella. No lo sé. A lo mejor te dice que no. Ya nada puede sorprenderme.

—Enviada en Greenwich y fechada esta mañana —dijo la Incontenible, avanzando con brusquedad hacia su padre para entregarle la prueba—. Dice que espera que mamá no se enfade, pero que se casa felizmente con el señor John Rokesmith, y dice que no lo había mencionado antes para evitar discusiones, y dice que por favor se lo digamos a su querido tú, y me manda recuerdos, ¡y a mí me gustaría saber qué habrías dicho si otro miembro soltero de la familia hubiera hecho lo mismo!

El querubín leyó la carta y exclamó en voz baja:

—¡Caramba!

—¡Ya puedes decir caramba! —manifestó la señora Wilfer con voz profunda. Y, ya que ella lo animaba, R. Wilfer volvió a repetirlo, aunque no con el éxito esperado; pues la desdeñosa dama comentó entonces, con extrema amargura—: Eso ya lo has dicho antes.

—Es algo muy sorprendente. Pero supongo, querida —insinuó el querubín, mientras doblaba la carta tras un desconcertante silencio—, que debemos ver el lado bueno. ¿Te molesta que te señale, querida, que el señor John Rokesmith no es (por lo que yo sé de él), en sentido estricto, un mendigo?

—Ah, ¿no? —dijo la señora Wilfer con un espeluznante tono educado—. ¿De verdad que no? No sabía que el señor Rokesmith fuera un caballero poseedor de tierras. Pero me alivia mucho oírlo.

—Dudo que lo hayas oído, querida —aportó vacilante el querubín.

—Gracias —dijo la señora Wilfer—. Ahora parece que hago afirmaciones falsas, ¿no? Muy bien. Si mi hija huye delante de mis narices, igual podría hacer lo mismo mi marido. Una cosa no sería más antinatural que la otra. No tiene nada de malo. ¡Será posible!

Asumió, con un temblor de resignación, un aire de letal alegría.

Pero en ese momento la Incontenible entró en la refriega, arrastrando con ella al reacio señor Sampson.

—Mamá —interrumpió la joven—, debo decir que sería mucho mejor que no te salieras del tema, y no te pusieras a perorar acerca de la gente que huye ante las narices de los demás, que no es ni más ni menos que un disparate imposible.

—¡Cómo! —exclamó la señora Wilfer, frunciendo sus oscuras cejas.

—Un disparate imposible, mamá —replicó Lavvy—, y George Sampson se da cuenta igual que yo.

La señora Wilfer se quedó petrificada de pronto, clavó sus ojos indignados en el desdichado George: el cual, escindido entre el apoyo que le debía a su enamorada, y el que le debía a la mamá de su enamorada, acabó no apoyando a nadie, ni siquiera a sí mismo.

—La verdadera cuestión —añadió Lavinia— es que Bella se ha portado conmigo como una mala hermana, y podría haberme comprometido delante de George y de la familia de George al huir y casarse de una manera vil y deshonrosa, con alguna sacristana haciéndole de dama de honor, cuando debería haber confiado en mí, debería haberme dicho: «Si, Lavvy, consideras que esto no ha de afectar a tu compromiso con George, y te parece bien estar presente, entonces Lavvy, te suplico que me acompañes, y que no les digas nada ni a papá ni a mamá». Y, naturalmente, yo lo habría hecho.

—¿Que naturalmente lo habrías hecho? —exclamó la señora Wilfer—. ¡Víbora!

—¡Hay que ver! Señora. Por mi honor que no debería decir eso —la reconvinó el señor Sampson, negando seriamente con la cabeza—. Con el mayor respeto hacia usted, señora, por mi vida que no debería. No, la verdad es que no. Cuando un hombre con los sentimientos propios de un caballero está prometido con una joven, y se la llama víbora, aun cuando se lo llame alguien de su familia, ¡bueno! Lo único que hago es apelar a sus buenos sentimientos —dijo el señor Sampson, en una conclusión bastante floja.

La torva mirada que la señora Wilfer le dedicó a ese joven caballero en recompensa por su atenta intervención fue de tal naturaleza que la señorita Lavinia se echó a llorar, y le echó los brazos al cuello para protegerle.

—¡Mi desnaturalizada madre —chilló la joven— quiere aniquilarte, George! Pero nadie va a aniquilarte, George. ¡Antes la muerte!

El señor Sampson, en brazos de su amada, seguía esforzándose por negar con la cabeza a lo que había dicho la señora Wilfer, y por observar:

—Con un respeto absoluto hacia usted, señora... Llamarla víbora es indigno de usted.

—¡Nadie va a aniquilarte, George! —exclamó la señorita Lavinia—. Mamá me destruirá a mí primero, y se quedará contenta. ¡Oh, oh, oh! ¡He sacado a George de su dichoso hogar para exponerle a esto! ¡George, querido, vuelve a ser libre! Déjame, mi queridísimo George, con mamá y mi destino. Dale mis recuerdos a tu tía, querido George, e implórale que no maldiga a la víbora que se ha cruzado en tu camino y arruinado tu vida. ¡Oh, oh, oh!

Aquella joven, desde el punto de vista histérico, acababa de alcanzar su mayoría de edad, pues nunca se había desmayado, y ahora acababa de entrar en una crisis enormemente creíble, que, considerada como un estreno, tuvo un gran éxito; el señor Sampson se inclinó sobre ella en un estado de enajenación que lo impulsó a dirigirle a la señora Wilfer algunas expresiones incoherentes:

—¡Demonio... con el mayor respeto hacia usted... ojo con lo que hace!

El querubín se frotaba la barbilla y miraba sin saber qué hacer, pero por lo general se sentía inclinado a dar la bienvenida a esa distracción, pues, en virtud de las absorbentes propiedades de la histeria, la disputa anterior quedaba eclipsada. Y así resultó ser, pues la Incontenible volvió en sí gradualmente y preguntó con descomedida emoción:

—George, querido, ¿estás a salvo? —Y también—: George, querido, ¿qué ha pasado? ¿Dónde está mamá?

El señor Sampson, con palabras de consuelo, la levantó de su postración y se la entregó a la señora Wilfer, como si la joven fuera una especie de refrigerio. La señora Wilfer aceptó dignamente el refrigerio, besando a su hija una vez en la frente (como si aceptara una ostra); tras lo cual la señorita Lavvy, tambaleándose, regresó a la protección del señor Sampson, al que le dijo:

—Querido George, me temo que me he portado como una tonta, aunque aún estoy un poco débil y mareada. ¡No me sueltes la mano, George!

Y posteriormente se vio a George sufrir diversas sacudidas: cada vez que ella, cuando menos se esperaba, emitía un sonido que estaba entre un sollozo y una botella de soda al abrirse, y que parecía desgarrarle la pechera del vestido.

Entre los efectos más destacables de esta crisis se podría mencionar el que, cuando se restauró la paz, ejerciera una inexplicable influencia moral, al alza, sobre la señorita Lavinia, la señora Wilfer y el señor George Sampson, de la que R. W. quedó totalmente excluido, como si fuera un forastero ajeno a la causa. La señorita Lavinia adoptó el aire modesto de quien se ha hecho notar; la señora Wilfer, un aire sereno de magnanimidad y resignación; el señor Sampson, el de haber sido castigado y haber mejorado. Y esa influencia invadía el espíritu con el que regresaron a la discusión anterior.

—Querido George —dijo Lavvy con una melancólica sonrisa—, después de lo que ha pasado, estoy seguro de que mamá le dirá a papá que le diga a Bella que estaremos encantados de recibirla en compañía de su marido.

El señor Sampson dijo que estaba seguro de ello; murmurando el gran respeto que sentía por la señora Wilfer, que siempre se lo debería y siempre se lo profesaría. Y mucho más, añadió, después de lo que acababa de ocurrir.

—Nada más lejos de mí —dijo la señora Wilfer, pronunciando su grave proclama desde su rincón— que contradecir los sentimientos de una hija mía y de un Joven —al señor Sampson no pareció gustarle esa palabra— que es el objeto de su preferencia. Pero podría pensar... no, saber... que he sido burlada y engañada. Podría pensar... no, saber... que me han dado de lado y dejado al margen. Podría pensar... no, saber... que después de haber vencido mi repugnancia hacia el señor y la señora Boffin hasta el punto de recibirlos bajo este techo, y de consentir que tu hija Bella —en ese punto se volvió hacia su marido— residiera bajo el suyo, no habría habido nada malo que tu hija Bella —de nuevo volviéndose hacia su marido— se hubiera aprovechado, desde un punto de vista mundano, de una relación tan desagradable y tan deshonrosa. Podría pensar... no, saber... que al unirse al señor Rokesmith se ha unido a alguien que es, a pesar de tanta superficial sofistería, un mendigo. Y podría tener la certeza absoluta de que tu hija Bella —de nuevo volviéndose hacia su marido— no ha hecho subir de posición social a su familia convirtiéndose en la esposa de un mendigo. Pero reprimiré lo que pienso, y no diré nada.

El señor Sampson murmuró que eso era lo que se podía esperar de alguien que en su familia había sido siempre un ejemplo y nunca un escándalo. Y más que nunca y menos que nunca (añadió el señor Sampson, de manera un tanto críptica) en lo que acababan de vivir. Se veía obligado a tomarse la libertad de añadir que lo que había dicho de la madre también podía aplicarse a su hija pequeña, y que nunca podría olvidar los nobles sentimientos que ambas habían despertado en él. Como conclusión añadió que esperaba que no hubiera sobre la tierra un hombre capaz de algo que no describió, en vistas de lo cual la señorita Lavinia le cortó en su perorata.

—Así pues, R. W. —dijo la señora Wilfer, reemprendiendo su discurso y volviéndose de nuevo hacia su señor—, que tu hija Bella venga cuando quiera, y será recibida. Y también —hubo una breve pausa, y un aire de haber tomado una medicina en ella—, y también su marido.

—Te suplico, papá —dijo Lavinia—, que no le cuentes a Bella lo que he pasado. No le haría ningún bien a nadie, y podría acabar reprochándose algo.

—Mi queridísima muchacha —la instó el señor Sampson—, Bella debería saberlo.

—No, George —dijo Lavinia en un tono de resuelta abnegación—. No, queridísimo George, que quede enterrado en el olvido.

El señor Sampson consideró eso «demasiado noble».

—Nada es demasiado noble, queridísimo George —repuso Lavinia—. Y papá, espero que no se te ocurra contarle a Bella, si puedes evitarlo, que estoy prometida con George. Podría acordarse de cómo ha echado a perder su vida. Y espero, papá, que tampoco menciones las brillantes perspectivas de George cuando Bella esté presente. Podría parecer que queremos echarle en cara su pobre suerte. Que no me olvide de que soy la hermana pequeña, y que he de ahorrarle dolorosas comparaciones que no harían sino herirla en lo más hondo.

El señor Sampson expresó su creencia de que así era como se portaban los ángeles. La señorita Lavvy respondió con solemnidad:

—No, queridísimo George, soy perfectamente consciente de que soy solo humana.

La señora Wilfer, por su parte, aún mejoró ese momento sentándose con

los ojos clavados en su marido, como dos grandes signos negros de interrogación, que preguntaran con severidad: «¿Estás mirando en tu interior? ¿Mereces esta felicidad? ¿Puede poner la mano en el corazón y decir que eres digno de una hija tan histérica? Ya no te pregunto si eres digno de una esposa como yo, a Mí puedes dejarme a un lado, pero ¿te das cuenta realmente de la grandeza moral del espectáculo familiar que estás contemplando, y das gracias por ello?». Estas preguntas fueron demasiado para R. W., quien, además de estar un poco alterado por el vino, sentía un permanente terror a pronunciar alguna palabra suelta que delatara que lo había sabido todo de antemano. No obstante, la escena acabó, y (en conjunto) acabó bien, y él se refugió en un sueñecito, cosa que ofendió enormemente a su señora.

—¿Eres capaz de pensar en tu hija Bella y dormir? —preguntó desdeñosa la señora Wilfer.

A lo que él respondió mansamente:

—Sí, creo que sí, querida.

—Entonces —dijo la señora Wilfer, con solemne indignación—, te recomiendo que, si te queda algún sentimiento humano, te retires a la cama.

—Gracias, querida —contestó él—, creo que es donde estaré mejor.

Y con esas palabras tan poco comprensivas se retiró alegremente.

Al cabo de unas semanas, la esposa del Mendigo (del brazo del Mendigo) fue a tomar el té, cumpliendo con la cita concertada a través de su padre. Y la manera en que la esposa del Mendigo se lanzó contra la posición inexpugnable que tan celosamente mantenía la señorita Lavinia, y en un momento derribó a los cuatro vientos la totalidad de las fortificaciones, fue triunfal.

—Queridísima mamá —exclamó Bella, entrando en la sala con un gesto radiante—, ¿cómo estás, queridísima mamá? —Y la abrazó llena de dicha—. Y tú, querida Lavvy, ¿cómo estás? ¿Y cómo está el señor George Sampson, y cómo le va, y cuándo os casáis, y cómo de ricos vais a ser? Debes contármelo todo inmediatamente, querida Lavvy. John, amor mío, besa a mamá y a Lavvy, y nos sentiremos cómodos y como en casa.

La señora Wilfer se quedó mirando, pero sin saber qué hacer. La señorita Lavinia se quedó mirando, pero sin saber qué hacer. Al parecer sin

remordimiento, ni ceremonia alguna, Bella arrojó la capota y se sentó a preparar el té.

—Querida mamá y Lavvy, las dos tomáis azúcar, lo sé. Y papá (el bueno de papá), no tomas leche. John sí. Yo tampoco tomaba antes de casarme; pero ahora sí, porque John toma. Querido John, ¿has besado a mamá y a Lavvy? ¡Ah, sí! Ciertamente, John; pero no te he visto hacerlo, y por eso he preguntado. Corta un poco de pan con mantequilla; estupendo. A mamá le gusta doblado. ¡Y ahora, querida mamá y Lavvy, debéis decirme la verdad y nada más que la verdad! ¿Pensasteis por un momento (aunque solo fuera un momento) que era un ser despreciable cuando escribí para deciros que me escapaba?

Antes de que la señora Wilfer pudiera agitar sus guantes, la esposa del Mendigo, en un tono de lo más alegre y afectuoso, añadió:

—Creo que os enfadasteis bastante, queridas mamá y Lavvy, y sé que merecía que os enfadarais. Pero es que había sido una criatura tan irresponsable, tan cruel, y os había empujado a creer hasta tal punto que me casaría por dinero, y que era totalmente incapaz de casarme por amor, que pensé que no me creeríais. Porque ya veis, no sabéis cuántas cosas Buenas, Buenas, Buenas he aprendido de John. ¡Bueno! Así que me fui a escondidas, y avergonzada de lo que pudierais pensar, y temerosa de que no llegáramos a comprendernos y acabáramos riñendo, cosa que luego todos lamentaríamos, así que le dije a John que si me aceptaba con la máxima discreción, podía casarse conmigo. Y le pareció bien, y así lo hicimos. Y nos casamos en la iglesia de Greenwich en presencia de nadie, a excepción de un desconocido que apareció por ahí —en ese momento sus ojos centellearon con más intensidad—, un medio pensionista. ¡Y ahora es estupendo, queridas mamá y Lavvy, que no hayamos dicho nada de lo que podamos arrepentirnos, y que seamos de lo más amigas y estemos tomando el té juntas!

Tras haberse levantado para volver a besarlas, regresó a su silla (tras dar un rodeo para abrazar a su marido por el cuello) y siguió hablando.

—Y ahora naturalmente querréis saber, queridísima mamá y Lavvy, cómo vivimos y de qué vivimos. ¡Bueno! Vivimos en Blackheath, en una preciosa casa de muñecas, deliciosamente amueblada, y tenemos una criada inteligente y muy guapa, y somos ahorrativos y ordenados, y todo va como un reloj, y disponemos de ciento cincuenta libras al año, y tenemos todo lo que queremos, y más. Y por último, si queréis que os diga en confianza cuál es la

opinión que tengo de mi marido, pues mi opinión es... ¡que casi le amo!

—Y si queréis que yo os diga en confianza —dijo su marido sonriendo, de pie a su lado, sin que ella se hubiese dado cuenta de que se le había acercado — cuál es la opinión que tengo de mi esposa, pues mi opinión es...

Pero Bella se puso en pie de un salto, y le puso el dedo en los labios.

—¡Basta, señor mío! ¡No, querido John! ¡En serio! ¡Por favor, no digas nada aún! Quiero ser algo más que la muñeca de una casa de muñecas.

—Querida, ¿es que no lo eres?

—¡Ni la mitad, ni una cuarta parte de lo que espero que me consideres algún día! Exponme a algún revés, exponme a alguna dura prueba, y luego, después de eso, les dices lo que piensas de mí.

—Lo haré, vida mía —dijo John—. Te lo prometo.

—Eso es, mi querido John. Y ahora no digas nada, ¿de acuerdo?

—¡Muy bien, ahora no diré nada! —dijo John, mirando a su alrededor con un gesto muy expresivo.

Bella posó su mejilla sonriente en el hombro de John para darle las gracias, y dijo, mirando a los demás de soslayo con sus luminosos ojos:

—Y diré más. John no lo sospecha, no tiene ni idea, pero... ¡le quiero mucho!

Incluso la señora Wilfer se relajó bajo la influencia de su hija casada, y pareció, a su manera majestuosa, que daba a entender remotamente que si R. W. hubiese sido un objeto de más valía, quizá también habría descendido de su pedestal para seducirlo. La señorita Lavinia, por otro lado, tenía serias dudas de que ese fuera el tratamiento adecuado para un hombre, y si no podía acabar malcriando demasiado al señor Sampson si se lo aplicaba. R. W., por su parte, estaba convencido de ser el padre de las dos criaturas más adorables, y de que Rokesmith era el más afortunado de los hombres; opinión que, de haberle sido manifestada a Rokesmith, este probablemente hubiera refrendado.

La pareja de recién casados se despidió temprano para poder regresar andando tranquilamente hasta el lugar de Londres donde embarcarían para Greenwich. Al principio estaban alegres y hablaban mucho; pero al cabo de

un rato Bella consideró que su marido estaba un tanto pensativo. Así que le preguntó:

—John, querido, ¿qué te ocurre?

—¿Que qué me ocurre, amor mío?

—¿No quieres decirme en qué piensas? —dijo Bella mirándolo a la cara.

—No es gran cosa lo que pienso, mi alma. Pensaba en si te gustaría que fuera rico.

—¿Tú rico, John? —repitió Bella, arredrándose un poco.

—Quiero decir, rico de verdad. Pongamos tan rico como el señor Boffin. ¿Te gustaría?

—Casi me daría miedo, querido John. ¿Le ha hecho mejor su riqueza? ¿Era yo mejor cuando disponía de la pequeña parte que me daban?

—Pero no todo el mundo es peor cuando se hace rico, corazón.

—¿Casi todo el mundo? —sugirió pensativa Bella enarcando las cejas.

—Sería de esperar que ni siquiera casi todo el mundo. Si fueras rica, por un suponer, tendrías el poder de hacer el bien a los demás.

—Sí, por un suponer, lo tendría —replicó Bella en tono de broma—, pero ¿lo ejercería? Y también, por un suponer, ¿no tendría el poder, al mismo tiempo, de perjudicarme enormemente?

John, riendo y apretándole el brazo, le contestó:

—Pero, y aún por un suponer, ¿ejercerías ese poder?

—No lo sé —dijo Bella, negando pensativa con la cabeza—. Espero que no. Creo que no. Pero es muy fácil esperar y creer que no cuando no tienes esa riqueza.

—¿Por qué, querida, en lugar de esa frase no dices «cuando eres pobre»? —preguntó dirigiéndole una mirada seria.

—¡Que por qué no digo «cuando eres pobre»! Porque no soy pobre. Querido John, ¿no me dirás que crees que somos pobres?

—Sí, lo creo, amor mío.

—¡Oh, John!

—Entiéndeme, cariño. Sé que teniéndote no puedo desear más riquezas; pero pienso en ti, y por ti. Con este vestido que llevas ahora me cautivaste, y para mí con ningún otro vestido estarías más hermosa ni elegante. Pero hoy has admirado muchos vestidos más hermosos, ¿y no es natural que yo quiera poder ofrecértelos?

—Es muy amable por tu parte, John. Cuando te oigo decirlo con tanto cariño, se me llenan los ojos de lágrimas de alegría y agradecimiento. Pero no los quiero.

—Otra vez vamos por calles embarradas —añadió él—. Amo tanto esos piecitos que no podría soportar que la tierra manchara la planta de tus pies. ¿No es normal que desee que pudieras ir en coche?

—Es muy agradable saber que los admiras tanto —dijo Bella mirándose los pies en cuestión—, querido John, y ya que es así, lamento que estos zapatos sean un número demasiado grande. No quiero un coche, créeme.

—¿Te gustaría si pudieras tenerlo, Bella?

—Con que me digas que desearías que lo tuviera me conformo. Querido John, tus deseos son tan reales para mí como los deseos de un cuento de hadas, que se cumplen en cuanto se pronuncian. Deséame todo lo que puedas desearle a la mujer que tanto quieres, y ya es como si lo tuviera, John. ¡Mejor que si lo tuviera!

Esa charla no les hizo menos felices, y su hogar no lo fue menos por haberla tenido. Bella estaba convirtiéndose en un genio absoluto de las labores domésticas. Todos sus afectos y gracias (consideraba su marido) se habían unido a ella en las labores domésticas para ayudarla a crear un hogar acogedor.

Su vida de casados discurría feliz. Bella se pasaba el día sola, pues su marido, tras desayunar temprano, se iba cada mañana a la City y no regresaba hasta la hora de cenar, ya tarde. Trabajaba en una «tienda china», le explicó a Bella: cosa que a ella le parecía satisfactoria, imaginándose tan solo una visión de conjunto, sin entrar en detalles, de té, arroz, sedas de singulares olores, cajas labradas, y gente de ojos rasgados con zapatos de suelas más que dobles, con todo el pelo recogido en una coleta, pintada sobre porcelana transparente. Siempre acompañaba a su marido hasta el tren, y siempre estaba allí para recibirlo; su coquetería de siempre un poco atemperada (aunque no

mucho), y su vestido tan bien cuidado como si no tuviera nada más que cuidar. Pero cuando John se había ido al trabajo y Bella había vuelto a casa, el vestido se dejaba a un lado y era sustituido por bonitos delantales y batas, y Bella, echándose el pelo para atrás con las dos manos, como si se dispusiera a perder la chaveta de manera dramática, se adentraba en los asuntos domésticos del día. ¡Cuánto pesar y mezclar, cortar y rallar, cuánto despolvorear y lavar y abrillantar, cuándo podar y desherbar y alisar y otras labores de jardinería, cuánto coser y remendar y doblar y airear, y sobre todo, cuánto y qué esforzado estudio! La Perfecta Ama de Casa Inglesa, que se sentaba a consultar con los codos sobre la mesa y las sienes apoyadas en las manos, como si fuera una perpleja hechicera consultando el manual de magia negra. Y ello ocurría, sobre todo, porque el Ama de Casa Inglesa, aunque inglesa en el fondo, no era muy inglesa a la hora de expresarse con claridad en lengua inglesa, y a veces era como si las instrucciones las diera en la lengua de Kamchatka. En cualquier crisis de esta naturaleza, Bella exclamaba de repente: «Oh, señora ridícula, ¿qué quiere decir con eso? ¡Seguro que ha estado bebiendo!». Y tras haber añadido esa nota marginal, volvía a intentarlo con el Ama de Casa, con todos sus hoyuelos formando un gesto de profunda investigación.

Del mismo modo había cierta frialdad por parte del Ama de Casa Inglesa, que la señora de John Rokesmith encontraba exasperante. Decía, por ejemplo «Coja una salamandra», del mismo modo que un general le ordenaría a un soldado coger un tártaro. O se encontraba con la orden de «Arrojar un puñado» de algo imposible de conseguir. En esos momentos donde el Ama de Casa mostraba su máxima sinrazón, Bella cerraba el libro y lo dejaba de un golpe sobre la mesa, apostrofando el cumplido: «¡Eres una burra estúpida! ¿Dónde quieres que vaya a buscarlo?».

Había otra rama de estudio que cada día reclamaba un rato diario de la señora de John Rokesmith. Era el manejo del periódico, a fin de poder hablar con su marido de temas de interés general cuando llegara a casa. En su deseo de ser su compañera en todos los aspectos, se habría propuesto con igual celo dominar a Álgebra, o a Euclides, si él hubiera dividido su alma entre ella y cualquiera de esos dos sujetos. Era maravillosa la manera en que Bella almacenaba la información sobre la City y, radiante, la derramaba sobre John en el curso de la tarde; de pasada mencionaba las mercancías que aparecían en los mercados, y cuánto oro se había llevado al banco, e intentaba mostrarse

seria y enterada al hablar de ello hasta que se reía de una manera encantadora y decía, besándole: «Todo esto es porque te quiero, John».

Para ser un hombre de la City, parecía que a John le interesaba bien poco si las cosas subían o bajaban, o cuánto oro habían llevado al banco. Pero le interesaba de manera indecible su esposa, como si fuera la mercancía más preciada y hermosa y no dejara de subir, y valiera tanto como todo el oro del mundo. Y ella, inspirada por el cariño que profesaba a su marido, y poseedora de una viva inteligencia y un instinto fino y certero, hacía asombrosos progresos en su eficiencia doméstica, aunque, como criatura inspiradora de afecto, no hiciera ninguno. Ese era el veredicto de su marido, que justificaba afirmando que había comenzado su vida matrimonial como la criatura más inspiradora de afecto que pudiera existir.

—¡Y tienes un carácter tan alegre! —decía él con cariño—. Eres como la luz de esta casa.

—¿De verdad lo soy, John?

—¿Que si lo eres de verdad? Pues claro. Solo que mucho más brillante, y mucho mejor.

—¿Sabes, querido John —dijo Bella, cogiéndolo por un botón de la chaqueta—, que a veces, pocas veces...? No te rías, John, por favor.

Cuando ella le pedía que no se riera, nada podía inducirlo a hacerlo.

—¿... Que a veces creo, John, que estoy un poco seria?

—¿Estás demasiado tiempo sola, querida?

—¡No, John, claro que no! El tiempo se me hace tan corto que no me sobra ni un momento en toda la semana.

—¿Por qué entonces estás seria, mi vida? ¿Cuándo estás seria?

—Creo que cuando me río —dijo Bella, riendo mientras apoyaba la cabeza en el hombro de su marido—. No te creerías lo seria que estoy ahora. Pero lo estoy. —Y volvió a reírse, y apareció un brillo en sus ojos.

—¿Te gustaría ser rica, cielo? —preguntó él con mimo.

—¡Rica, John! ¿Cómo puedes hacerme preguntas tan tontas?

—¿Te arrepientes de algo, amor mío?

—¿Arrepentirme de algo? ¡No! —respondió Bella con total seguridad. Pero le sobrevino un cambio repentino, y dijo, entre riendo y con ese brillo en los ojos—: Oh, sí. Me arrepiento de haber dejado a la señora Boffin.

—Yo también lamento mucho esa separación. Quizá sea solo temporal. Quizá ocurra algo y puedas volver a verla... podamos volver a verla.

Quizá el asunto llenara a Bella de ansiedad, pero apenas lo demostró en ese momento. Con aire ausente, seguía investigando el botón de la chaqueta de su marido cuando llegó su padre a pasar la velada.

Papá tenía una butaca especial en un rincón especial reservado siempre para él, y —sin menospreciar con ello los placeres de su propio hogar— era mucho más feliz allí que en ninguna otra parte. Siempre era agradable y divertido ver a papá y a Bella juntos; pero, en aquella tarde en concreto, la imagen de los dos le pareció a John más fantástica que nunca.

—Eres muy buen chico —dijo Bella—, al venir inesperadamente nada más salir de la escuela. ¿Y cómo te ha ido hoy en el colegio, querido?

—Bien, cielo —replicó el querubín, sonriendo y frotándose las manos mientras ella lo acomodaba en su butaca—. Voy a dos escuelas. Una es la de Mincing Lane, y la otra la academia de tu madre. ¿A cuál te referías, querida?

—A las dos —dijo Bella.

—A las dos, ¿eh? Bueno, a decir verdad, hoy las dos me han fatigado un poco, querida, pero eso era de esperar. No es un camino de rosas el del aprendizaje, ¡y qué es la vida, sino un aprendizaje!

—¿Y qué será de ti cuando ya lo hayas aprendido todo de memoria, niño tontito?

—Bueno, querida —dijo el querubín tras pensarlo un poco—, supongo que me moriré.

—Eres un chico malo —replicó Bella—, por hablar de cosas tristes y mostrarte tan abatido.

—Querida Bella —contestó su padre—, no estoy desanimado. Estoy alegre como una alondra. —Cosa que su cara confirmaba.

—Pues si estás totalmente seguro de que no eres tú, supongo que debo de ser yo —dijo Bella—, así que no lo estaré más. Querido John, hemos de darle

algo de cena a este hombre.

—Naturalmente, querida.

—Ha estado escarbando y escarbando en la escuela —dijo Bella, mirando la mano de su padre y dándole una suave palmada—, y ahora está impresentable. ¡Qué chico más cochino!

—Tienes razón, querida —dijo su padre—, e iba a pedirte que me dejases lavarme las manos, pero me has descubierto antes.

—¡Venga aquí, señor! —exclamó Bella, cogiéndolo por la pechera de la chaqueta—. Venga aquí y se las lavaré enseguida. No se puede confiar en que lo haga solo. ¡Venga aquí, señor mío!

El querubín fue conducido a un pequeño aseo donde Bella le enjabonó la cara y se la frotó, y le enjabonó las manos y se las frotó, y le echó agua y le enjuagó y le secó hasta que quedó rojo como una remolacha hasta las orejas, cosa que hizo las delicias de su padre.

—Y ahora hay que peinarte y cepillarte —dijo Bella en su ajetreo—. Sostén la luz, John. Cierre los ojos, señor mío, y deje que le sostenga la barbilla. ¡Pórtese bien de inmediato y haga lo que le digo!

Su padre estaba más que dispuesto a obedecer, y Bella le peinó de manera muy elaborada: le cepilló el pelo hasta dejarlo liso, le hizo la raya, lo enroscó en sus dedos y se lo levantó en las puntas, retrocediendo a cada momento hasta donde estaba John para ver cómo le quedaba. Él siempre la recibía con el brazo que tenía libre, y la detenía, mientras el paciente querubín esperaba a que terminara.

—¡Ya está! —dijo Bella, cuando por fin hubo completado los últimos toques—. ¡Ahora sí que pareces un muchacho elegante! Ponte la chaqueta y vamos a cenar.

El querubín se enfundó la chaqueta y regresó a su rincón, donde, al carecer de egotismo su amable carácter, podría haber pasado por ese muchacho radiante aunque independiente, el Jack Horner de la nana que exclama: «¡Qué bueno soy!». Bella, con sus propias manos, le extendió el mantel y le llevó la cena en una bandeja.

—Un momento —dijo Bella—, hemos de procurar que no te manches. —Y le ató una servilleta bajo la barbilla, de manera muy metódica.

Mientras cenaba, Bella estuvo sentada a su lado, a veces reprendiéndole para que agarrara el tenedor por el mango, como un niño educado, y otras veces cortándole la carne o sirviéndole la bebida. Aunque todo aquello era fantástico, y Bella estaba acostumbrada a convertir a su buen padre en un juguete, y a este le encantaba que ella lo hiciera, de vez en cuando se observaba algo en Bella que era nuevo. No se podía decir que fuera menos juguetona, caprichosa o natural de lo que había sido siempre; pero parecía, creía su esposo, como si existiera una razón más grave de lo que él había imaginado para lo que había dicho hacía poco, y como si, a través de todo eso, se atisbara debajo de ello una mayor seriedad.

En apoyo de esa creencia se dio la circunstancia de que, cuando Bella hubo encendido la pipa de su padre y le hubo preparado su vaso de grog, se sentó en un taburete entre los dos hombres, apoyó el brazo sobre su marido y se quedó muy callada. Tanto que, cuando el padre se levantó para despedirse, ella miró a su alrededor con un sobresalto, como si se le hubiera olvidado que estaba allí.

—¿Acompañas un tramo a papá, John?

—Sí, querida. ¿Y tú?

—No le he escrito a Lizzie Hexam desde que le conté que tenía un enamorado... uno de verdad. A menudo he pensado que me gustaría decirle cuánta razón tenía cuando fingía leer en las brasas al rojo que cruzaría mares y montañas por él. Hoy estoy de humor para decírselo, John, y esta noche me quedaré en casa y lo haré.

—Estás cansada.

—En absoluto, querido John, sino de humor para escribir a Lizzie. Buenas noches, querida papá. ¡Buenas noches, mi querido y buen papá!

Cuando se quedó sola, se sentó a escribir, y le escribió a Lizzie una larga carta. Acababa de completarla y repasarla cuando regresó su marido.

—Llegas justo a tiempo —dijo Bella—. Voy a darte tu primera reprimenda. Cuando haya doblado la carta coges mi silla, y yo cogeré el taburete (aunque deberías cogerlo tú, pues es el taburete de la expiación), y enseguida comprobarás cómo te leo la cartilla.

Dobló y selló la carta, escribió la dirección, y limpió la pluma, y su dedo

corazón, y todo ello lo llevó a cabo con un aire de calma severa y eficiente que podría haber asumido el Ama de Casa Inglesa, aunque esta no lo hubiera rematado ni interrumpido con una carcajada musical, como hizo Bella. A continuación colocó a su marido en su silla y ella se sentó en el taburete.

—¡Y ahora veamos, señor! Empecemos por el principio. ¿Cómo se llama?

De haberle formulado una pregunta más directamente dirigida al secreto que le ocultaba, no lo hubiera dejado más atónito. Pero mantuvo la expresión y el secreto, y respondió:

—John Rokesmith, querida.

—¡Buen chico! ¿Quién te puso ese nombre?

Sospechando de nuevo que algo pudiera haberlo delatado, respondió, en un tono de interrogación:

—¿Mis padrinos y madrinas, querida?

—¡Bastante bien! —dijo Bella—. No muy bien del todo, porque has vacilado. No obstante, como te sabes bien el catecismo, por el momento, te dispenso del resto. Y ahora voy a formularte mis propias preguntas. Querido John, ¿por qué me has repetido esta noche lo que ya me preguntaste una vez, si me gustaría ser rica?

¡Otra vez su secreto! Él, situado más alto que ella, la miró, y ella a él, con las manos colocadas sobre las rodillas de su marido, y jamás ningún secreto estuvo tan a punto de ser revelado.

Como John no tenía respuesta preparada, lo mejor que pudo hacer fue abrazarla.

—Resumiendo, querido John —vaciló Bella—, este es el tema de mi sermón: no quiero ningún bien material, y quiero que me creas.

—Si eso es todo, podemos dar por terminado el sermón, pues te creo.

—No es todo, querido John —dijo Bella vacilante—. Es solo el primer punto. Hay un terrible segundo punto y un terrible tercer punto... como solían repetirme a la hora del sermón cuando yo era una pecadora muy pequeña que iba a la iglesia.

—Pues dílos, querida.

—¿Estás seguro, querido John; totalmente seguro en lo más profundo de tu corazón...?

—Que ya no poseo —replicó él.

—No, John, pero tienes la llave... ¿Estás absolutamente seguro, en lo más profundo de tu corazón, que me has entregado, igual que yo te he entregado el mío, de que has borrado de tu memoria lo interesada que yo era antes?

—Bueno, si hubiera borrado de mi memoria la época de que me hablas —dijo John en voz baja, con los labios cerca de los de ella—, ¿podría amarte como te amo? ¿Tendría en el calendario de mi vida los días más radiantes? ¿Podría, cada vez que te miro a la cara, u oigo tu querida voz, ver y oír a mi noble defensora? ¿De verdad que por eso estabas tan seria, querida?

—No, John, no fue eso, y aún menos la señora Boffin, aunque la quiero. Espera un momento, y seguiré con el sermón. Dame un momento, pues estoy llorando de alegría. Es tan delicioso, John, llorar de alegría...

Lloró apoyada en su cuello, y, aún aferrándose a él, rió un poco al decir:

—Creo que ya estoy preparada para al tercer punto.

—Y yo también —dijo John—. Sea cual sea.

—Creo, John —prosiguió Bella—, que tú crees que yo creo...

—Mi querida niña —exclamó su marido alegremente—, ¡cuántos «creos»!

—¿Verdad? —dijo Bella, con otra carcajada—. ¡Nunca he visto tantos! Es como conjugar el verbo. Pero no puedo seguir con menos «creos». Volveré a intentarlo. Creo, querido John, que tú crees que yo creo que tenemos todo el dinero que necesitamos, y que no queremos nada.

—Es estrictamente cierto, Bella.

—Pero si, por algún motivo, nuestro dinero no diera para tanto, siuviésemos que prescindir de algunas compras que ahora podemos permitirnos, ¿tendrías la misma seguridad de que estoy del todo contenta, John?

—La misma seguridad, mi alma.

—Gracias, querido John, mil veces mil. ¿Y puedo dar por sentado, sin la

menor duda —hubo cierto titubeo— que tú estarías igual de contento, John? Pero sí, sé que podría. Pues, sabiendo que yo lo estaría, sé sin la menor duda que tú lo estarías, pues eres mucho más fuerte y más firme que yo, y más razonable y generoso.

—¡Calla! —dijo su marido—. No quiero oírte decir eso. En esto te equivocas por completo, aunque por lo demás aciertes totalmente. Y ahora tengo que darte un pequeña noticia, querida, que podría haberte dicho antes. Tengo poderosas razones para pensar que nunca tendremos que pasar con una renta menor que la que tenemos.

La noticia podría haber interesado más a Bella; pero esta había regresado a la investigación del botón de la chaqueta que le había llamado la atención unas horas antes, y apenas pareció atender a lo que él decía.

—Y ahora que por fin hemos llegado al fondo —exclamó su marido, bromeando—, ¿por eso estabas tan seria?

—No, querido —dijo Bella, retorciendo el botón y negando con la cabeza—, no era eso.

—¡Pues entonces, Dios bendiga a esta esposa mía, es que hay un cuarto punto! —exclamó John.

—Eso me preocupaba un poco, y también el segundo punto —dijo Bella, ocupada con el botón—, pero yo me refería a otro tipo de seriedad, una mucho más profunda y serena.

Cuando él inclinó la cara hacia la de ella, ella levantó la suya para encontrarla, y le puso la mano derecha en los ojos y la dejó allí.

—¿Recuerdas, John, que el día que nos casamos papá hablaba de los barcos que podrían estar navegando hacia nosotros procedentes de mares desconocidos?

—¡Perfectamente, querida!

—Creo que... entre ellos... hay un barco en el océano... que nos trae... a ti y a mí... un bebé, John.

Capítulo VI

Un grito de ayuda

El molino papelero había parado de trabajar con la llegada de la noche, y los senderos y caminos de los alrededores estaban salpicados de grupos de personas que volvían a casa después de la jornada. Había hombres, mujeres y niños en los grupos, y no faltaban vivos colores ondeando en el suave viento de la noche. La mezcla de diversas voces y del sonido de las risas causaba una alegre impresión en el oído, análoga a la que producían los colores a la vista. En primer plano de ese cuadro vivo, un grupo de pilluelos lanzaba piedras a la superficie del agua que reflejaba el cielo rojizo, mientras observaban cómo se extendían las ondas circulares. Así pues, en el sonrosado atardecer, uno podía observar la belleza del paisaje, ensanchándose: más allá de los trabajadores que acababan de salir y volvían a casa; más allá del río plateado; más allá de los altos campos de maíz, tan prósperos que los que surcaban sus angostos senderos parecían flotar sumergidos hasta el pecho; más allá de los setos y de las arboledas; más allá de los molinos de la sierra; hasta donde el cielo parecía juntarse con la tierra, como si no existiera esa inmensidad de espacio que separa al hombre del paraíso.

Era sábado por la noche, y a esa hora todos los perros del pueblo, siempre más interesados en los quehaceres de la humanidad que en los asuntos de su propia raza, estaba especialmente activos. En la tienda de comestibles, en la carnicería y en la taberna, evidenciaban un espíritu inquisitivo que jamás quedaba saciado. El especial interés que mostraban en la taberna parecía implicar una disipación implícita en el carácter canino; pues allí poco se comía, y los canes, poco aficionados a la cerveza o al tabaco (se cuenta en una canción que el perro de la señora Hubbard había fumado, pero no hay pruebas), solo podían sentirse atraídos por una afinidad con relajados hábitos festivos. Además, dentro había un violín de lo más espantoso; un violín tan indescriptiblemente horroroso que un chucho de cuerpo enjuto y alargado, con mejor oído que el resto, se veía obligado, de vez en cuando, a dirigirse a

la vuelta de la esquina y aullar. No obstante, incluso él acababa regresando a la taberna con la tenacidad de un bebedor empedernido.

Aterra contarlo, pero en el pueblo incluso se celebraba una especie de feria. Panes de jengibre desesperados, que en vano habían intentado encontrar comprador por todo el país, y que en su mortificación se habían cubierto la cabeza de polvo, volvían a apelar al público desde un frágil tenderete. Lo mismo podía decirse de un montón de nueces que hacía mucho, mucho tiempo se habían exiliado de Barcelona, y sin embargo hablaban inglés tan mal que a diez las llamaban una docena. Tentaba al estudiante de la historia ilustrada un cosmorama que originariamente había comenzado con la batalla de Waterloo, y que desde entonces había representado todas las batallas posteriores alterando la nariz del duque de Wellington. La Mujer más Gorda del Mundo, que subsistía quizá en parte a base de carne de cerdo aún no sacrificado, ya que su socio profesional era un Cerdo Amaestrado, exhibía una foto de tamaño natural ataviada con un vestido escotado tal como apareció al presentarse en la Corte, de varios metros de circunferencia. Todo esto constituía un espectáculo tan depravado como el que siempre ha correspondido y corresponderá a la pobre idea de la diversión que tienen los más toscos leñadores y aguadores de esa zona de Inglaterra. Hay que prohibirles que cambien el reumatismo por la diversión. Que lo cambien por la fiebre y el paludismo, o por tantas variaciones reumáticas como articulaciones tengan; pero desde luego no por las diversiones que son de su gusto.

Los diversos sonidos que emanaban de esa escena de depravación y se alejaban flotando hacia el aire de la noche convertían esas horas, en cualquier punto que alcanzaran al azar, en una escena más apacible por la distancia, y aún más por el contraste. Y así de apacible era para Eugene Wrayburn, mientras caminaba junto al río con las manos a la espalda.

Iba despacio, con el paso medurado y el aire absorto de quien está esperando. Caminaba entre dos puntos, un lecho de mimbreras a un extremo y unos nenúfares flotantes en el otro, y se detenía en cada punto y miraba expectante en una dirección.

—Todo está muy tranquilo —dijo.

Estaba todo muy tranquilo. Unas ovejas pacían en la orilla del río, y a Eugene le pareció que nunca había oído ese ruido crujiente que hacían al

cortar la hierba. Se detuvo indolente y las contempló.

—Supongo que sois estúpidas. Pero, si sois lo bastante inteligentes como para llevar una vida que os resulte tolerablemente satisfactoria, ya sabéis más que yo, a pesar de que soy un hombre y vosotras unas ovejas.

Un susurro en el campo, más allá del seto, atrajo su atención.

«¿Qué se puede hacer aquí? —se dijo, dirigiéndose indolente hacia la verja y oteando el horizonte—. ¿No hay ningún celoso fabricante de papel? ¿No existen los placeres de la caza en esta parte del país? ¡Creo que por aquí más bien se pesca!»

Acababan de segar el campo, y se veían las marcas de la guadaña sobre el terreno verde amarillento, y las huellas del carro con el que se habían llevado el heno. Al seguir las huellas con los ojos, un almiar levantado hacía poco en un rincón le cerró la vista.

Ahora bien, ¿y si se hubiera llegado hasta el almiar y lo hubiera rodeado? ¡Pero las cosas iban a ser como ocurrieron, y tales suposiciones están de más! Además, de haber ido, ¿le habría servido de aviso encontrar un gabarrero tendido boca abajo?

«Un pájaro que vuela hasta el seto», fue todo lo que pensó; y dio media vuelta y reanudó su ruta.

—Si no confiara en que es sincera —dijo Eugene, tras dar media docena de pasos—, empezaría a pensar que me ha dado esquinazo por segunda vez. Pero me lo prometió, y es una muchacha de palabra.

Se volvió de nuevo hacia los nenúfares y la vio venir. Fue a recibirla.

—Me estaba diciendo, Lizzie, que seguro que vendrías, aunque llegaras tarde.

—Hube de demorarme en el pueblo como si no tuviese nada que hacer, y ponerme a hablar con varias personas con las que me crucé, señor Wrayburn.

—¿Se trata de los mozos del pueblo, y de las señoras, esas chismosas? —preguntó, y la tomó de la mano y la atrajo a través de su brazo.

Lizzie aceptó pasear lentamente, con la vista clavada en el suelo. Él llevó la mano de ella a sus labios, y ella suavemente la retiró.

—¿Le importaría caminar a mi lado, señor Wrayburn, sin tocarme?

Pues él ya le rodeaba la cintura con el brazo.

Ella volvió a pararse y le lanzó una severa mirada de súplica.

—¡Vamos, Lizzie, vamos! —dijo él con desenvoltura, aunque molesto consigo mismo—. ¡No te pongas triste, y no me hagas reproches!

—No puedo evitar estar triste, pero no pretendo reprocharle nada, señor Wrayburn. Le imploro que se vaya de la región mañana por la mañana.

—¡Lizzie, Lizzie, Lizzie! —protestó Eugene—. Tan llena de reproches como poco razonable. No puedo irme.

—¿Por qué no?

—¡Caramba! —dijo Eugene con su aire displicente e ingenuo—. Porque no me dejas. ¡Mira! Yo tampoco pretendo reprocharte nada. No me quejo de que pretendas tenerme aquí. Y eso es lo que pretendes.

—¿Quiere caminar a mi lado sin tocarme —dijo Lizzie, pues el brazo de él volvía a insinuarse en su cintura— mientras le hablo muy en serio, señor Wrayburn?

—Por ti haré todo lo que quede dentro de mis posibilidades, Lizzie —respondió con simpática jovialidad mientras cruzaba los brazos—. ¡Mírame! Napoleón Bonaparte en Santa Helena.

—Cuando anteayer por la noche salí del molino y hablé conmigo —dijo Lizzie, fijando en él su mirada con un aire de súplica que incomodó a su lado más bondadoso—, me dijo que le sorprendía mucho verme, y que había venido solo para pescar. ¿Era cierto?

—No —dijo Eugene sin perder la compostura—, no había ni asomo de verdad. Vine porque me llegó una información de que te encontraría aquí.

—¿No se imagina por qué me fui de Londres, señor Wrayburn?

—Me temo, Lizzie —respondió él con sinceridad—, que te fuiste para librarte de mí. No es muy halagador para mi amor propio, pero me temo que fue por eso.

—Fue por eso.

—¿Cómo pudiste ser tan cruel?

—¡Oh, señor Wrayburn, así que soy yo la cruel! —contestó ella

echándose a llorar—. ¡Oh, señor Wrayburn, señor Wrayburn, y no es cruel que esté usted aquí esta noche!

—En nombre de todo lo que es bueno... y al decir eso no te imploro en mi nombre, pues sabe el Cielo que no soy bueno —dijo Eugene—, ¡no te alteres!

—¿Cómo no voy a alterarme, si conozco la distancia y la diferencia que nos separa? ¿Cómo no voy a alterarme, cuando decirme la razón por la que ha venido equivale a avergonzarme? —dijo Lizzie, cubriéndose la cara.

Eugene la miró con un auténtico sentimiento de remordimiento, ternura y piedad. Un sentimiento no lo bastante fuerte como para sacrificarse y ahorrarle sufrimientos, pero era una emoción poderosa.

—¡Lizzie! Jamás se me ocurrió pensar que pudiera haber una mujer en el mundo que me afectara tanto diciendo tan poco. Pero no seas dura al juzgarme. No sabes lo que siento por ti. No sabes cómo me obsesiona y me desconciertas. No sabes cómo la maldita indiferencia, que tan bien me ha servido en todas las demás vicisitudes de mi vida, aquí NO me sirve de nada. Creo que la has matado, y hay veces en que casi deseo que me hubieras matado a mí con ella.

Lizzie no estaba preparada para esas apasionadas expresiones, y en su pecho despertaron algunas naturales chispas de orgullo y alegría femeninos. ¡Pensar, por equivocado que él estuviese, que ella le importaba tanto y tenía esa capacidad de conmoverlo!

—Le aflige verme tan alterada, señor Wrayburn; y a mí me aflige verlo tan alterado. No se lo reprocho. De ninguna manera se lo reprocho. Usted no ha sentido esto como yo lo siento, al ser tan distinto de mí, y parte de otro punto de vista. No lo ha pensado. Pero lo suplico que lo piense ahora, ¡piénselo!

—¿Que piense qué? —preguntó amargamente Eugene.

—Piense en mí.

—Dime cómo no pensar en ti, Lizzie, y harás de mí otra persona.

—No me refería a eso. Piense en mí como en alguien de otra posición social, alguien que nada tiene que ver con su dignidad. Recuerde que no tengo ningún protector, a no ser que lo sea su noble corazón. Respete mi buen nombre. Si sus sentimientos hacia mí son los que tendría si yo fuera una

dama, que su generoso comportamiento me considere totalmente como si lo fuera. Soy una chica trabajadora a la que un abismo separa de usted y de su familia. ¡Sería un caballero de verdad si me tratara como si ese abismo que nos separa se debiera a que yo fuera una reina!

Eugene habría sido un auténtico miserable si esa petición no le hubiese afectado. Su cara expresó contricción e indecisión al preguntar:

—¿Te he ofendido, Lizzie?

—No, no. Pero podría repararlo. No hablo del pasado, señor Wrayburn, sino del presente y del futuro. ¿No nos encontramos ahora aquí porque durante dos días me ha seguido tan de cerca en un lugar donde tanta gente puede vernos, hasta que he consentido en acudir a esta cita para escapar de su asedio?

—Bueno, esto tampoco halaga mucho mi amor propio —dijo Eugene, taciturno—, pero sí. Es verdad. Sí, sí.

—Entonces le suplico, señor Wrayburn, le suplico y le ruego, que deje la región. Si no lo hace, piense en qué me verá obligada a hacer.

Él se lo pensó un momento y replicó:

—¿Qué te verás obligada a hacer por mi culpa, Lizzie?

—Me veré obligada a marcharme. Aquí vivo en paz y respetada, y tengo un buen empleo. Me obligará a irme de aquí, igual que me fui de Londres, si vuelve a seguirme. Y me obligará a irme del próximo lugar en el que encuentre refugio, igual que me habré ido de aquí.

—¿Tan decidida estás, Lizzie (y perdona la palabra que voy a utilizar, pues es la verdad literal), a huir de un enamorado?

—Tan decidida estoy a huir de ese enamorado —respondió ella resuelta, aunque temblando—. Hubo una pobre mujer que murió aquí hace algún tiempo, muchísimo mayor que yo, a la que me encontré por casualidad, tendida sobre la tierra húmeda. Puede que haya oído hablar de ella.

—Creo que sí —contestó Eugene—. Si se trata de la que llamaban Higden.

—Se llamaba Higden. Aunque era muy vieja y estaba muy débil, se mantuvo fiel a su único propósito hasta el final. E incluso al final me hizo

prometer que su propósito se cumpliría después de muerta, tan firme era su determinación. Si ella lo hizo, yo también puedo hacerlo. Señor Wrayburn, si yo creyera (que no lo creo) que usted puede llegar a ser tan cruel conmigo como para hacerme ir de un lugar a otro hasta que ya no pudiera más, me empujaría a la muerte, no a plegarme a su voluntad.

Eugene miró fijamente la hermosa cara de Lizzie, y en su propia y hermosa cara se encendió una luz que era una mezcla de admiración, cólera y reproche, ante la que ella (que tanto lo amaba en secreto, cuyo corazón llevaba tanto tiempo rebosante de emoción, siendo él la causa) flaqueó. Intentó con todas sus fuerzas mantener la firmeza, pero Eugene vio cómo esta se derretía ante sus propios ojos. En el momento de su disolución, la primera vez que él se daba cuenta de la influencia que tenía sobre ella, ella se desmayó y él la cogió en sus brazos.

—¡Lizzie! Descansa un momento. Contesta a mi pregunta. Si no nos separara lo que tú llamas un abismo, ¿me habrías hecho este ruego de que te dejara?

—No lo sé. No lo sé. No me lo pregunte, señor Wrayburn. Déjeme volver.

—Te juro que te irás enseguida, Lizzie. Te juro que te irás sola. No te acompañaré, no te seguiré, si me contestas.

—¿Cómo voy a decírselo, señor Wrayburn? ¿Cómo voy a decirle lo que habría hecho de no ser usted quien es?

—De no haber sido yo el que consideras que soy —expresó él, cambiando hábilmente las palabras—, ¿seguirías odiándome?

—Oh, señor Wrayburn —replicó ella, suplicante y llorosa—, ¿me conoce demasiado bien como para pensar eso!

—De no haber sido lo que crees que soy, Lizzie, ¿te habrías seguido mostrando indiferente conmigo?

—Oh, señor Wrayburn —replicó ella como antes—, ¿me conoce demasiado bien como para pensar también eso!

Había algo en la actitud del cuerpo de Lizzie mientras la sujetaba, y ella dejaba la cabeza inerte, que le suplicaba que fuera misericordioso y no la obligara a abrirle su corazón. Él no fue misericordioso con ella, y le obligó a hacerlo.

—Si he de llegar a creer (¡aunque sea un desgraciado!) que me odias, o que te soy totalmente indiferente, Lizzie, házmelo saber por ti misma antes de separarnos. Hazme saber qué habrías sentido por mí de haberme considerado como un igual.

—Eso es imposible, señor Wrayburn. ¿Cómo voy a pensar en usted como si fuera un igual? Si mi mente pudiera llegar a considerarle un igual, usted ya no sería usted. ¿Cómo podría recordar, entonces, la noche en que lo vi por primera vez, y cuando salí de la habitación porque me miraba con tanta atención? ¿O la noche en que, amaneciendo ya, me anunció que mi padre había muerto? ¿O las noches en que venía a verme en mi siguiente casa? ¿O el hecho de que se enterara de que yo no tenía estudios y me procurara instrucción? ¿O el hecho de que yo le respetara y admirara, y al principio pensara que era muy bueno porque se preocupaba por mí?

—¿Solo «al principio» pensaste que era bueno, Lizzie? ¿Qué pensaste de mí después de ese «al principio»? ¿Que era muy malo?

—No digo eso. No pretendo decir eso. Pero después del asombro y la satisfacción del principio, al ver que se fijaba en mí alguien tan distinto de todas las personas con las que había tratado, comencé a pensar que habría sido mejor que no le hubiera visto nunca.

—¿Por qué?

—Porque era tan diferente —respondió ella en voz más baja—. Porque aquello no tenía fin ni esperanza. ¡Déjeme!

—¿Alguna vez piensas en mí, Lizzie? —preguntó, como si estuviese un poco dolido.

—No mucho, señor Wrayburn. No mucho hasta esta noche.

—¿Puedes decirme por qué?

—Hasta esta noche no se me pasó por la cabeza que necesitara que pensarán en usted. Pero si necesita que piensen en usted, si realmente siente en el fondo de su corazón que ha sido para mí lo que ha dicho esta noche, y que entre nosotros no queda en esta vida más que la separación, ¡entonces que el Cielo le ayude, y que el Cielo le bendiga!

La pureza con que en esas palabras expresó parte de su amor y su sufrimiento causaron en aquel momento una honda impresión en Eugene. La

abrazó, casi como si para él Lizzie estuviese santificada por la muerte, y la besó una vez, casi como podría haberla besado ya muerta.

—Te prometí que no te acompañaría ni te seguiría. ¿Debería vigilarte mientras regresas? Te has alterado, y oscurece.

—Estoy acostumbrada a salir sola a esta hora, y le suplico que no lo haga.

—Te lo prometo. Esta noche no soy capaz de prometer nada más, Lizzie, excepto que haré lo que pueda.

—Lo mire por donde lo mire, señor Wrayburn, solo hay una manera de no perjudicarse a usted y no perjudicarme a mí. Deje la región mañana por la mañana.

—Lo intentaré.

Cuando él pronunció esas palabras con voz severa, ella puso la mano en la de él, la quitó, y se alejó por la ribera del río.



THE PARTING BY THE RIVER.

—Vamos, esto Mortimer no se lo va a creer —murmuró Eugene, que permanecía, al cabo de un rato, donde ella lo había dejado—. No me lo creo ni yo.

Se refería a la circunstancia de que hubiera lágrimas en su mano mientras se tapaba los ojos con ella. «¡Qué ridículo que te encuentren en una situación así!», fue su siguiente pensamiento. Y el siguiente echaba raíces en su

creciente resentimiento contra la causa de esas lágrimas.

«¡Y sin embargo también he adquirido un maravilloso poder sobre ella, por mucha que sea su determinación!»

Esa reflexión le evocó cómo la cara y la figura de Lizzie habían cedido cuando se desmayara bajo su mirada. Al contemplar la reproducción, le pareció ver, por segunda vez, un poco de miedo en el ruego y en la confesión de debilidad.

«Y ella me ama. Y un carácter tan decidido debe de ser muy decidido en esa pasión. No es posible que escoja ser fuerte en una preferencia, vacilante en otra y débil en otra. Debe de actuar de acuerdo con su naturaleza, igual que yo con la mía. Si la mía exige grandes pesares y castigos, supongo que lo mismo pasa con la suya».

Siguiendo con esa indagación en su propia naturaleza, se dijo: «Veamos, si me casara con ella. Si, haciendo frente al absurdo de la situación, tal como la consideraría M.R. P., lo dejara asombrado hasta el límite máximo de sus respetadas facultades informándole de que me he casado con ella, ¿cómo razonaría su mente legal? “No te casarías por dinero ni por conseguir una posición, pues es de lo más probable que te aburrieras. ¿Es menos probable que te aburras si te casas con alguien sin dinero ni posición? ¿Estás seguro de lo que haces?” La mente legal, a pesar de las protestas forenses, debe admitir en secreto: “Buen razonamiento por parte de M.R.P. No estoy seguro de lo que hago.”»

Y en el mismo momento que llamó en su ayuda a su tono frívolo, lo encontró indigno e inmoral, y la defendió contra él.

«Y, sin embargo —se dijo Eugene—, me gustaría encontrar al tipo (haciendo excepción de Mortimer) que se atreviera a decirme que su belleza y su dignidad no han extraído de mí un sentimiento verdadero, a pesar de mí mismo, y que yo no le sería leal. Me gustaría especialmente ver a ese sujeto esta noche, y que me lo dijera, o que me dijera cualquier cosa que pudiera considerarse en contra de Lizzie; pues estoy más que harto y molesto con un Wrayburn que compone una triste figura, y preferiría estar molesto con otro. “Eugene, Eugene, esto es un mal asunto.” ¡Ah! Esas son las campanas de Mortimer, y suenan melancólicas esta noche».

Siguió andando y se le ocurrieron más motivos para censurarse. «¿Dónde

está la analogía, pedazo de bruto —se dijo impaciente—, entre una mujer que tu padre te ha encontrado fríamente y una mujer a la que tú has encontrado por ti mismo, y a la que has seguido cada vez con más constancia desde que la viste por primera vez? ¡Asno! ¿Es que no sabes razonar mejor?»

Pero de nuevo cedió al recuerdo de cuando comprendió por primera vez el poder que tenía ahora, y de cómo ella le había abierto su corazón. No marcharse, volver a ponerla a prueba, fue la insensata conclusión que dominó su pensamiento. Y sin embargo volvió a oír: «¡Eugene, Eugene, Eugene, esto es un mal asunto!». Y: «Ojalá pudiera detener el repique Lightwood, pues suena como un toque de difuntos».

Miró hacia lo alto y se encontró con que había salido la luna nueva, y que las estrellas comenzaban a brillar en el cielo, desde el que iban desapareciendo los tonos de rojo y amarillo en favor del azul sereno de la noche de verano. La orilla del río estaba en silencio. Volviéndose de repente, se topó con un hombre, tan cerca de él que Eugene, sorprendido, dio un paso atrás para no chocar. El hombre llevaba algo al hombro que podía ser un remo roto, o un palo, o una barra, y ni se fijó en él, sino que pasó de largo.

—¡Eh, amigo! —dijo Eugene, llamándolo—. ¿Está ciego?

El hombre no contestó, sino que siguió su camino.

Eugene Wrayburn se fue por el otro lado, con las manos a la espalda y abstraído en sus pensamientos. Pasó junto a las ovejas, pasó la verja, llegó a una zona desde la que ya se oían los sonidos del pueblo y se acercó al puente. La posada en la que se hospedaba, al igual que el pueblo y el molino, no estaba al otro lado del río, sino en el lado por el que paseaba. No obstante, como sabía que la orilla del otro lado, con juncas y aguas estancadas, era un lugar retirado, y no apeteciéndole el ruido ni la compañía, cruzó el puente y siguió caminando: levantando la mirada hacia las estrellas, que parecía que iban encendiéndose una por una en el cielo, y bajándola hacia el río, donde las mismas estrellas parecían ir encendiéndose en las profundidades del agua. Mientras pasaba, llamaron su atención un desembarcadero sombreado por un sauce y una lancha de recreo amarrada entre unas estacas. El lugar estaba ahora sumido en oscuras sombras; se detuvo para ver qué había allí y a continuación siguió andando.

Las ondulaciones del río parecían provocar una correspondiente agitación en sus inquietas reflexiones. Las hubiera puesto a dormir de haber podido,

pero estaban en movimiento, como el río, y todas se dirigían hacia el mismo sitio, como una corriente poderosa. Al igual que las ondulaciones, bajo la luna, se interrumpían inesperadamente de vez en cuando y lanzaban un pálido destello con una nueva forma y un nuevo sonido, algunos de sus pensamientos se separaban repentinamente del resto y revelaban su maldad.

—Ni pensar en casarme con ella —dijo Eugene—, y ni pensar en dejarla. ¡El momento decisivo!

Ya había caminado suficiente. Antes de darse la vuelta para volver sobre sus pasos, se detuvo en la ribera para contemplar la noche reflejada. En un instante, con un terrible crujido, la noche reflejada se deformó, unas llamas cruzaron al aire en líneas quebradas y la luna y las estrellas estallaron en el cielo.

¿Le había dado un rayo? Con un pensamiento incoherentemente a medio formar a ese efecto, se volvió bajo los golpes que le cegaban y machacaban la vida, y le plantó cara al asesino, al que agarró por un pañuelo rojo... a no ser que el color se debiera a su propia sangre derramada.

Eugene era una persona ligera, activa y experta; pero tenía los brazos rotos, o estaba paralizado, y lo único que podía hacer era agarrarse al hombre, con la cabeza echada para atrás, de manera que lo único que veía era el cielo abombándose. Tras arrastrar al asaltante, cayó sobre la orilla con él, y luego hubo otro crujido, y una salpicadura, y todo acabó.

Lizzie Hexam también había evitado el ruido y la gente que el sábado merodeaba por las caóticas calles, y decidió caminar por la orilla del río hasta que se le secaran las lágrimas y recobrara el dominio de sí misma a fin de que nadie pudiera comentar que tenía mal aspecto o se la veía desdichada al volver a casa. La pacífica serenidad de la hora y el lugar, sin reproches ni malas intenciones contra los que lidiar, ejerció en ella un efecto curativo. Había meditado y se había consolado. También ella regresaba a su casa cuando oyó un ruido extraño.

La sobresaltó, pues era ruido de golpes. Se quedó inmóvil y escuchó. La llenaron de horror, pues los golpes caían fuertes y crueles sobre el silencio de la noche. Mientras escuchaba, indecisa, todo volvió al silencio. Y mientras escuchaba, oyó un débil gemido, y algo que caía al río.

Su vida y hábitos de antaño la inspiraron al instante. Sin vana pérdida de

aliento en gritar pidiendo ayuda en un sitio donde no había nadie, corrió hacia el lugar del que había procedido el sonido. Quedaba entre ella y el puente, pero se hallaba más lejos de lo que había creído; la noche estaba muy silenciosa, y el sonido llegaba hasta muy lejos con la ayuda del agua.

Al final alcanzó una zona de la orilla que se veía muy pisoteada, y de hacía poco, donde se distinguían unas astillas de madera y trozos de ropa arrancados. Se agachó y vio sangre en la hierba. Siguiendo las gotas y las manchas, vio que el agua que tocaba la orilla también estaba ensangrentada. Siguió la corriente con los ojos y vio una cara ensangrentada que miraba hacia la luna y era arrastrada por las aguas.

«¡Doy gracias al Cielo por los tiempos pasados, y Dios misericordioso, concédeme, a través de tu prodigioso proceder, que por fin puedan serle de ayuda a alguien! ¡Sea de quien sea esa cara que flota sobre el agua, sea de hombre o de mujer, ayuda a mis humildes manos, oh Señor, a levantarla de la muerte y a devolvérsela a sus seres queridos!»

Lo pensó, y lo pensó fervientemente, pero ni por un momento la detuvo la plegaria. Y antes de que brotara de su mente ya estaba lejos, rápida y sin vacilar, pero sobre todo firme (pues sin firmeza no se podría haber hecho), y había llegado al desembarcadero bajo el sauce, donde ella también había visto el bote amarrado entre las estacas.

Con el seguro toque de su mano experta, el seguro paso de su pie experto, y el seguro equilibrio de su cuerpo, enseguida estuvo en el bote. Una rápida mirada de su ojo experto le mostró, a través incluso de la profunda oscuridad, las espadillas colgadas en la tapia del jardín, de ladrillo rojo. Al cabo de un momento ya había quitado la amarra (echándola dentro del bote) y ya había zarpado hacia la luz de la luna, y remaba río abajo como ninguna otra mujer había remado sobre aguas de Inglaterra.

Mirando concentrada a su espalda, sin aflojar el ritmo, buscó la cara que flotaba. Rebasó el escenario de la lucha —quedaba más allá, a su izquierda, a la popa de la lancha—; a su derecha rebasó el extremo de la calle del pueblo, una calle empinada que casi se sumergía en el río; los sonidos del pueblo se hicieron cada vez más lejanos y aflojó el ritmo; mientras el bote avanzaba, miraba a todas partes, a todas partes, en busca de la cara que flotaba.

Ahora simplemente dejaba que la corriente la llevara, las manos en los remos, sabiendo perfectamente que, si la cara no era pronto visible, se habría

hundido, y ella pasaría de largo. Una vista menos entrenada no habría visto, a la luz de la luna, lo que ella vio al cabo de unos golpes de remo hacia popa. Distinguió cómo la figura que se ahogaba salía a la superficie, se debatía ligeramente, y, como por instinto, se giraba boca arriba para flotar. Igual que ahora veía en penumbra esa cara, la había visto la primera vez.

Con tan buena vista como con decidido propósito, observó atentamente la llegada del cuerpo, hasta que lo tuvo muy cerca; entonces, de un golpe, quitó los remos de los escalamos, y medio a gatas medio acucillada se arrastró por el bote. La primera vez dejó escapar el cuerpo, pues no estaba segura de cómo agarrarlo. A la segunda lo agarró por los cabellos ensangrentados.

El cuerpo se encontraba insensible, si no prácticamente muerto; estaba destrozado, y manchaba el agua a su alrededor con regueros de sangre. Como el cuerpo estaba inerte, a Lizzie le era imposible subirlo a bordo. Se inclinó a popa para atarlo con la amarra, y el terrible grito que Lizzie profirió resonó por el río y por sus orillas.

Como poseída por un ánimo y una fuerza sobrenaturales, lo amarró bien, volvió a sentarse y remó a la desesperada hasta las aguas someras más cercanas donde pudiera llevar el bote a tierra. A la desesperada, pero sin perder los nervios, pues sabía que, si no pensaba con claridad, todo estaba perdido.

Llevó el bote a la orilla, se metió en el agua, soltó el cuerpo de la amarra, y con todas sus fuerzas lo levantó en sus brazos y lo colocó en el fondo de la lancha. El cuerpo mostraba heridas terribles, y ella las vendó con jirones que sacó de su vestido, pues se dijo que, de lo contrario, suponiendo que aún estuviera vivo, moriría desangrado antes de poder llevarlo a su posada, que era el lugar más próximo donde conseguir auxilio.

Todo eso lo hizo rápidamente, luego besó su frente desfigurada, alzó una mirada de angustia hacia las estrellas, y lo bendijo y lo perdonó, «si es que había algo que perdonar». Fue solo en ese instante cuando pensó en sí misma, y si lo hizo fue solo por él.

«¡Doy gracias al Cielo por los tiempos pasados, que me permiten, sin perder un momento, volver a poner la lancha a flote y remar a contracorriente! ¡Y concédeme, oh, Dios bendito, que a través de tu pobre sierva él pueda resucitar de la muerte, y consévalo para alguien que pueda quererlo algún día, aunque nunca lo querrá más que yo!»

Remaba con fuerza —remaba desesperadamente, pero sin perder los nervios— y rara vez apartaba los ojos del fondo del bote. Lo había colocado allí para poder ver la cara desfigurada de Eugene; estaba tan desfigurada que de haberlo visto la madre de él quizá la habría tapado, pero, a ojos de Lizzie, nada podía desfigurarlo.

El bote tocó el borde del trecho de césped de la posada, que descendía suavemente hasta el río. Había luces en las ventanas, pero en aquel momento no vio a nadie fuera. Lizzie varó el bote, y de nuevo levantó al hombre en peso y ya no lo dejó caer hasta que llegaron a la casa.

Mandaron a buscar a los médicos, y ella se quedó sentada sosteniéndole la cabeza. En su vida anterior, había oído repetir a menudo que, cuando una persona estaba herida e insensible, le levantaban la mano, y si estaba muerta la dejaban caer. Aguardó el terrible momento en que los médicos levantaran aquella mano, toda rota y magullada, y la dejaran caer.

Llegó el primer médico y preguntó, antes de examinar al mal herido:

—¿Quién lo ha traído?

—Yo lo he traído —contestó Lizzie, a quien miraron todos los presentes.

—¿Tú, querida? No podrías levantar este peso, y mucho menos llevarlo.

—Creo que en otras circunstancias no habría podido; pero estoy segura de haberlo hecho.

El médico la miró con gran atención y cierta compasión. Tras haber palpado con expresión grave las heridas de la cabeza, y los brazos rotos, cogió la mano.

¡Oh! ¿La dejaría caer?

El médico pareció indeciso. No la retuvo, sino que la posó suavemente a un lado del herido, tomó una vela y miró más de cerca las lesiones de la cabeza y las pupilas. A continuación dejó la vela y volvió a coger la mano. Entonces entró otro médico, los dos hablaron entre susurros, y el segundo le cogió la mano. Tampoco la dejó caer enseguida, sino que la retuvo unos momentos y la posó suavemente.

—Atienda a la pobre chica —dijo entonces el primer médico—. Está casi inconsciente. No ve ni oye nada. ¡Mejor para ella! No la despierte, si puede evitarlo. Tan solo llévesela de aquí. ¡Pobre chica, pobre chica! Debe de tener

un corazón increíblemente fuerte, pero es muy de temer que esté enamorada del muerto. Sea amable con ella.

Capítulo VII

Mejor ser Abel que Caín

Amanecía en la compuerta de la esclusa del molino de Plashwater. Las estrellas aún eran visibles, pero por oriente había una tenue luz que no era la de la noche. La luna se había puesto, y una neblina flotaba sobre las orillas del río, a través de la cual los árboles parecían fantasmas de árboles, y el agua, el fantasma del agua. La tierra se veía espectral, y también las pálidas estrellas; mientras que el frío resplandor de oriente, sin expresión en cuanto a calor o color, con el ojo del firmamento apagado, podría haber parecido la mirada de los muertos.

Quizá eso le parecía al solitario gabarrero, de pie al borde de la esclusa. Desde luego, ese era el aspecto que tenía Bradley Headstone, cuando se levantó un aire gélido, y cuando pasó murmurando, como si susurrara algo que provocara que los árboles fantasma y el agua fantasma temblaran o adquirieran un aire amenazante, pues la fantasía podría haberse imaginado cualquiera de las dos cosas.

Se dio media vuelta y probó a abrir la casa de la esclusa. Estaba cerrada por dentro.

—¿Tiene miedo de mí? —murmuró, llamando.

Rogue Riderhood se despertó enseguida, y no tardó en quitar el cerrojo y dejarle entrar.

—¡Vaya, el Tercer Señor, pensaba que había desaparecido! ¡Hace dos noches ya! Casi creía que me había dado esquinazo, y hasta se me había pasado por la cabeza poner un anuncio en los periódicos para que se presentase.

La cara de Bradley se ensombreció tanto al oír aquella insinuación que a Riderhood le pareció oportuno suavizarla hasta convertirla en cumplido.

—Pero usted no es así, jefe, usted no es así —añadió, negando impasible

con la cabeza—. ¿Pues qué me dije después de divertirme un rato con esa idea tan cómica, para jugar un poco? Bueno, me digo: «Es un hombre de honor». Eso es lo que me digo. «Es un hombre de doble honor».

Lo extraordinario fue que Riderhood no le preguntó nada. Lo había mirado al abrirle la puerta, y ahora volvía a mirarlo (a hurtadillas), y el resultado de su mirada fue que no le preguntó nada.

—Me parece que se echará un sueñecito, jefe, antes de pensar en el desayuno —dijo Riderhood cuando su visitante se sentó, apoyó la barbilla en la mano y puso la mirada en el suelo.

Y de nuevo fue extraordinario que Riderhood fingiera ordenar sus escasos muebles mientras hablaba para fingir que no tenía razón para mirarlo.

—Sí. Creo que será mejor que duerma —dijo Bradley sin cambiar de posición.

—Yo se lo recomendaría, jefe —asintió Riderhood—. ¿También está seco?

—Sí. Me gustaría beber —dijo Bradley; aunque, al parecer, sin prestarle mucha atención.

El señor Riderhood sacó su botella, cogió su jarrita de agua y le sirvió el brebaje. A continuación, sacudió la cubierta de la cama y la alisó, y Bradley se tendió allí vestido. Poéticamente, el señor Riderhood comentó que volvería un rato a los brazos de la noche, en su sillón de madera, sentado junto a la ventana como antes; pero, como antes, contempló atentamente al durmiente hasta que entró en un sueño profundo. Entonces se levantó y lo miró de cerca, a la luz del día, por todos lados, con gran minuciosidad. Salió a la esclusa para recapitular lo que había visto.

—Tiene una manga rota hasta debajo del codo, y la otra muestra un buen desgarrón en el hombro. Alguien se le ha agarrado bastante fuerte, pues tiene la camisa toda rota en los pliegues del cuello. Ha estado en la hierba y ha estado en el agua. Y tiene manchas, y sé de qué son y quién se las ha hecho. ¡Hurra!

Bradley durmió mucho. A primera hora de la tarde llegó una gabarra. Antes habían pasado otras gabarras, en los dos sentidos; pero el esclusero solo saludó a esa, y le preguntó si había algo nuevo, como si hubiera calculado

bien el tiempo. Los hombres le contaron un par de noticias, y se demoraron un rato para entrar en detalles.

Bradley llevaba doce horas echado cuando se levantó.

—¡No me trago que haya estado durmiendo todo este tiempo! —dijo Riderhood, mirando de soslayo la esclusa cuando vio salir a Bradley de la casa.

Bradley se acercó a Riderhood, que estaba sentado en su palanca de madera, y le preguntó qué hora era. Riderhood le dijo que entre las dos y las tres.

—¿Cuándo le relevan? —preguntó Bradley.

—Pasado mañana, jefe.

—¿Antes no?

—Ni un minuto antes, jefe.

Parecía que ambos concedían importancia al asunto del relevo. Riderhood acarició su respuesta; la dijo una segunda vez, con un prolongado giro de cabeza:

—Ni... un... minuto antes, jefe.

—¿Le he dicho que me iba esta noche? —preguntó Bradley.

—No, jefe —replicó Riderhood en un tono jovial, amable y coloquial—, no me lo ha dicho. Pero lo más probable es que quisiera decirlo y se le olvidara. ¿Cómo si no, jefe, iba a tener alguna duda acerca de eso?

—Cuando se ponga el sol, tengo intención de marcharme —dijo Bradley.

—Pues con más motivo necesita tomar un bocado —repuso Riderhood—. Entre y coma algo, Tercer Señor.

Como en la residencia del señor Riderhood no se observaba la formalidad de extender el mantel, el «bocado» fue cosa de un momento; consistió apenas en entregarle una amplia fuente que en sus tres cuartas partes ocupaba una inmensa empanada de carne, y en sacar dos navajas, una jarra de barro y una gran botella de cerveza.

Los dos comieron y bebieron, aunque Riderhood lo hizo de manera más abundante. En lugar de platos, el honesto ciudadano cortó dos pedazos

triangulares de la gruesa corteza de la empanada y las colocó al revés sobre la mesa: uno delante de él, y el otro delante de su invitado. Sobre esos platos colocó dos considerables porciones del relleno de la empanada, con lo que el refrigerio presentaba el singular interés de que cada comensal iba extrayendo la parte interior de su plato, y lo consumía junto con lo que era la comida propiamente dicha, además de disfrutar de la diversión de perseguir los grumos de salsa solidificada sobre la extensión de la mesa, llevándoselos finalmente a la boca con la hoja de la navaja, si es que antes no se le habían escurrido.

Bradley Headstone era tan extraordinariamente torpe con esos ejercicios que Rogue lo comentó.

—¡Cuidado, Tercer Señor! —exclamó—. ¡O se cortará la mano!

Pero el aviso llegó demasiado tarde, pues en ese instante Bradley se cortó. Y lo más desafortunado fue que cuando le pidió a Riderhood que lo vendara, y se le acercó a ese fin, sacudió la mano a causa del picor de la herida, y salpicó de sangre la ropa de Riderhood.

Cuando acabaron de comer, y cuando lo que quedaba de los platos y lo que quedaba de la salsa solidificada hubo sido devuelto a lo que quedaba de empanada, que servía de inversión económica para los diversos ahorros, Riderhood llenó la jarra de cerveza y dio un buen trago. A continuación le lanzó a Bradley una mirada maligna.

—¡Tercer Señor! —dijo con voz ronca, inclinándose sobre la mesa para tocarle el brazo—. La noticia le ha precedido río abajo.

—¿Qué noticia?

—¿Quién cree que encontró el cuerpo? —dijo Riderhood con una sacudida de la cabeza, como si desdeñosamente esquivara el disimulo de su interlocutor—. Adivínelo.

—No se me da bien adivinar.

—Ella. ¡Hurra! Ese hombre se le ha vuelto a entrometer. Fue ella.

El convulsivo espasmo de la cara de Bradley Headstone, y el repentino sofoco que le dio, mostró lo mal que le sentó la noticia. Pero no dijo ni una palabra, ni buena ni mala. Solo sonrió de manera siniestra, y se levantó y se reclinó en la ventana, mirando hacia fuera. Riderhood lo siguió con los ojos.

A continuación, llevó la vista a sus ropas salpicadas de sangre. Riderhood comenzó a tener el aire de ser mejor adivino de lo que Bradley reconocía ser.

—Hacía tanto que necesitaba descansar —dijo el maestro— que con su permiso volveré a echarme.

—¡Como desee, Tercer Señor! —fue la hospitalaria respuesta de su anfitrión.

Bradley se había echado sin esperar la respuesta, y siguió en cama hasta que el sol casi se hubo puesto. Cuando se levantó y salió para reemprender su camino, encontró a su anfitrión esperándolo en la hierba, junto al camino de sirga que había delante de la puerta.

—Cuando sea necesario que volvamos a comunicarnos —dijo Bradley—, vendré yo a verle. ¡Adiós!

—Bueno, pues si ha de ser así, ¡adiós! —dijo Riderhood girando sobre sus talones. Pero volvió a dar media vuelta cuando el otro se puso en marcha, y añadió en voz baja, lanzándole una mirada maligna—. No le dejaría marchar así si mi relevo no estuviera a punto de llegar. Le atraparé dentro de una milla.

En una palabra: como su hora de relevo era aquella tarde al ocaso, su compañero llegó tranquilamente al cabo de un cuarto de hora. Riderhood, sin quedarse a apurar su turno hasta el último minuto, y adelantándose una hora a la que le tocaba salir, que le compensaría al que le relevaba cuando volviera a tocarle el turno, se puso inmediatamente a seguir la pista de Bradley Headstone.

Sabía seguir un rastro mejor que Bradley. La vocación de su vida había sido merodear, escabullirse, acechar y perseguir, y conocía bien el oficio. Al salir de la casa de la esclusa forzó tanto la marcha que lo tuvo cerca —es decir, todo lo cerca que le convenía— antes de llegar a la otra esclusa. Su hombre volvía a menudo la vista en su avance, pero ni intuyó que lo seguían. Riderhood sabía cómo sacar provecho del terreno, y dónde interponer entre ambos un seto, una tapia, y cuándo agacharse y cuándo tirarse al suelo, y conocía mil artimañas que el tardo ingenio del malhadado Bradley ni concebía.

Pero todas sus artimañas quedaron en suspenso, al igual que él, cuando Bradley se metió en un sendero o camino de herradura abundante en vegetación que había junto al río: un lugar solitario poblado de ortigas, zarzas

y espinos, y obstruido por los troncos de una hilera de árboles derribados por un rayo. Comenzó a escalar aquellos troncos, se le vio bajar entre ellos y escalarlos de nuevo, igual que hubiera hecho un chaval, aunque sin duda Bradley no tenía un propósito tan infantil, ni tampoco lo hacía sin ningún propósito.

«¿Qué pretendes?», farfulló Riderhood, en la zanja, y abriendo un poco la hilera de arbustos con ambas manos. Y pronto los actos de Bradley le proporcionaron una respuesta de lo más extraordinaria.

—¡Por san Jorge y el dragón! —exclamó Riderhood—. ¡Pero si va a bañarse!

Bradley había vuelto sobre sus pasos, escalando los troncos y pasando otra vez entre ellos, y se había dirigido a la orilla del río, donde había comenzado a desvestirse. Por un momento tuvo la sospechosa pinta de un suicidio, pensado para que pareciera un accidente.

—¡Pero si ese fuera tu juego no habrías sacado un hatillo de ropa de ese tronco! —dijo Riderhood. No obstante, le supuso un alivio ver que el bañista, tras zambullirse y dar unas brazadas, volviera a salir—. Pues no me habría gustado perderte —dijo de manera emotiva— hasta haberte sacado más dinero.

Boca abajo en otra zanja (había cambiado de zanja cuando el otro cambió de posición), y separando la hilera de arbustos lo mínimo para que ni la vista más aguda pudiera detectarlo, Rogue Riderhood observó cómo el bañista se vestía. Y poco a poco se obró el prodigio de que, al levantarse completamente vestido, era otro hombre, y ya no el gabarrero.

—¡Ajá! —dijo Riderhood—. Igual como ibas vestido aquella noche. Ya veo. Te has hecho pasar por mí. Te las sabes todas. Pero yo me las sé aún más.

Cuando el bañista acabó de vestirse, se arrodilló en la hierba, hizo algo con las manos y volvió a ponerse en pie con el hatillo bajo el brazo. Miró a su alrededor con mucha atención y se dirigió a la orilla del río, donde arrojó el hatillo lo más lejos que pudo, aunque haciendo el menor ruido posible. Hasta que Bradley no estuvo decididamente de nuevo en camino y no hubo doblado un recodo, quedando fuera del campo de visión de Riderhood, este no salió de la zanja.

—Bueno —comenzó a debatir Riderhood consigo mismo—, ¿tengo que

seguirte, o por esta vez te dejo marchar y me voy de pesca? —Mientras continuaba el debate lo siguió, como precaución en cualquier caso, y enseguida lo volvió a ver—. Si esta vez te dejara marchar —dijo entonces Riderhood, aún siguiéndole—, podría obligarte a venir a verme, o podría encontrarte de uno u otro modo. Pero si no fuera a pescar, podrían ir otros... ¡Ahora te dejaré libre y me iré de pesca!

Dicho esto, de repente, abandonó la persecución y se dio media vuelta.

El desdichado al que acababa de dejar libre por el momento, aunque no por mucho tiempo, se dirigía hacia Londres. Bradley recelaba de cada ruido que oía, de cada cara que veía, pero estaba bajo el hechizo que tan comúnmente cae sobre el que derrama sangre, y no recelaba del verdadero peligro que acechaba su vida, y que acabaría arrebatándosela. Riderhood ocupaba buena parte de sus pensamientos: nunca había salido de ellos desde la aventura nocturna de su primer encuentro; pero Riderhood ocupaba en ellos un lugar muy distinto al de perseguidor; y Bradley se había tomado la molestia de idear tantas maneras de hacerlo encajar en el papel que le tenía preparado, de incrustarlo en él, que no imaginaba que pudiera ocupar otro. Y este es otro hechizo contra el que el que derrama sangre siempre lucha en vano. Hay cincuenta puertas mediante las que se le puede llegar a descubrir. Con infinitos esfuerzos y astucias, da dos vueltas a la llave y atranca cuarenta y nueve, y es incapaz de ver que la número cincuenta sigue abierta.

No obstante, también sufría un estado de ánimo más agotador y fatigoso que el remordimiento. No sentía remordimiento; pero el malhechor que es capaz de mantener a raya a ese vengador no puede huir de la más lenta tortura de volver a cometer, una y otra vez, el hecho malvado, y de una manera más eficaz. En las declaraciones defensivas o supuestas confesiones de los asesinos se puede rastrear la sombra de esta tortura en cada mentira que cuentan. «De haber cometido el crimen de que me acusan, ¿es concebible que hubiera caído en ese error? De haber cometido ese crimen, ¿habría dejado abierta esa puerta que este falso y malvado testigo aprovecha para declarar de manera infame en mi contra?» El estado de ánimo del desgraciado que continuamente encuentra puntos débiles en su crimen, y se esfuerza para apuntalarlos cuando ya nada se puede cambiar, agrava el delito al cometerlo mil veces en lugar de una; pero también es un estado que, en el caso de naturalezas hurañas y que no se arrepienten, les inflige cada vez su peor castigo.

La imaginación de Bradley seguía en ebullición, encadenado fuertemente a la idea de su odio y de su venganza, pensando que quizá podría haber saciado ambas de una manera mejor que como lo había hecho. El instrumento podría haber sido mejor, el lugar y la hora se podrían haber elegido mejor. Golpear a un hombre por detrás en la oscuridad, en la orilla de un río, no había sido mala idea, pero debería haberlo dejado sin sentido enseguida, e impedir que el atacado se volviera y agarrara a su atacante; al no haberlo impedido, y para acabar antes de que pudiera llegarle alguna ayuda fortuita y desembarazarse de él, había tenido que arrojarlo apresuradamente al río antes de terminar de rematarlo a golpes. Si ahora pudiera volver a hacerlo, lo haría de otra manera. Supongamos que le hubiera tenido la cabeza bajo el agua un buen rato. Supongamos que el primer golpe hubiera sido el más certero. Supongamos que le hubiera pegado un tiro. Supongamos que lo hubiera estrangulado. Supongamos eso, esto y lo otro. Supongamos lo que sea, menos desembarazarse de esa obsesión, pues eso era inexorablemente imposible.

La escuela volvió a abrir al día siguiente. Los alumnos apenas vieron cambio alguno en la cara del maestro, pues siempre ponía aquella expresión de alguien que piensa despacio. Pero, mientras escuchaba el ruido de sus clases, no dejaba de volver a cometer el crimen, y cada vez mejor. Cuando se quedaba parado delante de la pizarra negra, con la tiza en la mano, antes de escribir, pensaba en el lugar, y en si el agua no era más profunda y la caída más vertical, si tenía más altura o menos. Casi le entraban ganas de trazar un par de líneas en la pizarra y mostrar a qué se refería. Lo hacía una y otra vez, siempre mejorándolo; en sus oraciones, en la aritmética mental, mientras preguntaba las lecciones, todo el día.

Ahora Charley Hexam era maestro en otra escuela, con otro director. Era ya al atardecer, y Bradley caminaba por su jardín, observado desde detrás de una persiana por la amable señorita Peecher, que estaba pensando en ofrecerle compartir sus sales para el dolor de cabeza, cuando Mary Anne, su fiel acompañante, levantó el brazo.

—¿Sí, Mary Anne?

—El joven Hexam viene a visitar al señor Headstone, señora.

—Muy bien, Mary Anne.

Mary Anne volvió a levantar el brazo.

—Puedes hablar, Mary Anne.

—El señor Headstone le ha hecho señas al joven señor Hexam de que entre en su casa, señora, y aquel ha entrado en su casa sin esperar a que el joven señor Hexam llegara junto a él, y ahora él también ha entrado, señora, y ha cerrado la puerta.

—Te lo agradezco de todo corazón, Mary Anne.

De nuevo actuó el brazo telegráfico de Mary Anne.

—¿Qué más, Mary Anne?

—Deben de estar bastante a oscuras, señorita Peecher, pues las persianas de la sala están bajas, y ninguno de los dos las sube.

—Sobre gustos —dijo la buena señorita Peecher con un triste suspiro que reprimió colocando la mano en su apretado y metódico corpiño—, sobre gustos no hay nada escrito, Mary Anne.

Charley, al entrar en la sala, se paró en seco al ver a su viejo amigo en la penumbra amarilla.

—Entra, Hexam, entra.

Charley avanzó para tomar la mano que le tendían; pero volvió a detenerse sin rozarla. Los ojos fatigados e inyectados en sangre del maestro se alzaron con esfuerzo hacia su cara y se toparon con su mirada inquisitiva.

—Señor Headstone, ¿qué ocurre?

—¿Ocurrir? ¿Dónde?

—Señor Headstone, ¿se ha enterado de la noticia? ¿De lo que le ha pasado a ese sujeto, el señor Eugene Wrayburn? ¿Que lo han matado?

—¡Entonces, está muerto! —exclamó Bradley.

El joven Hexam se lo quedó mirando. Bradley se humedeció los labios con la lengua, miró a su alrededor, volvió la vista hacia su antiguo pupilo y bajó los ojos.

—He oído comentar esa barbaridad —dijo Bradley, intentando controlar el movimiento de su boca—, pero no sabía cómo había acabado.

—¿Dónde estaba usted cuando ocurrió? —dijo el muchacho, avanzando un paso al tiempo que bajaba la voz—. ¡No! No voy a preguntárselo. No me

lo diga. Si me obliga a escuchar su confesión, señor Headstone, la contaré sin callarme nada. ¡Ojo! Fíjese. Lo contaré, y le denunciaré. ¡Lo haré!

La miserable criatura pareció sufrir enormemente al tener que renunciar a confesar. Cayó sobre él el desolado aire de una soledad absoluta, como una sombra visible.

—Soy yo quien ha de hablar, no usted —dijo el muchacho—. Si habla, será a su propio riesgo. Voy a hacerle ver su egoísmo, señor Headstone, su apasionado, violento e ingobernable egoísmo, para que sepa por qué no quiero y no voy a tener más relación con usted.

Miró al joven Hexam como si esperara a que un alumno fuera a recitarle una lección que se sabía de memoria y de la que estaba más que harto. Pero ya no le iba a decir nada más.

—Si ha tenido alguna relación... no digo cuál... con ese ataque —añadió el muchacho—, o si sabe algo de lo ocurrido... no digo cuánto... o si sabe quién lo hizo... y no digo más... me ha causado un daño imperdonable. Ya sabe que fui yo quien le llevé a las habitaciones de él en Temple cuando le manifesté mi opinión de él, y sabe que respondí por usted. Sabe que le llevé conmigo cuando le vigilaba con vistas a recuperar a mi hermana y a hacerla entrar en razón; sabe que me he permitido relacionarme con usted, a través de todo este asunto, favoreciendo su deseo de casarse con mi hermana. ¿Y cómo sabe que ahora, cediendo a su carácter violento, no me ha hecho a mí sospechoso? ¿Así es como me lo agradece, señor Headstone?

Bradley estaba sentado delante de él con la vista en el vacío. Cada vez que Hexam callaba, volvía los ojos hacia él, como si esperara que siguiera con la lección, y acabara de una vez. Cada vez que el muchacho continuaba, Bradley volvía a estar con la mirada perdida.

—Voy a ser franco con usted, señor Headstone —dijo el joven Hexam, sacudiendo la cabeza con un aire semiamenazante—, porque ahora no es momento de fingir que ignoro cosas que sí sé... dejando aparte algunas que no sería muy seguro para usted insinuar. Lo que quiero decir es: si fue usted un buen maestro, yo fui un buen discípulo. He hecho cosas de las que puede estar orgulloso, al mejorar mi reputación, también he mejorado la suya por igual. Muy bien, pues. Ahora que estamos a la par, quiero exponerle cómo me ha demostrado su gratitud por hacer todo lo que pude para favorecer sus deseos en relación a mi hermana. Me ha comprometido, pues nos han visto

juntos intentando plantarle cara a ese señor Eugene Wrayburn. Eso es lo primero que ha hecho. Si mi carácter, y el dejar de tratarlo a partir de ahora, me ayudan a salir de esta, señor Headstone, habrá que atribuírmelo a mí, no a usted. ¡No le doy las gracias por ello!

El muchacho volvió a callarse, y Bradley movió otra vez los ojos.

—Voy a proseguir, señor Headstone, no tema. Voy a proseguir hasta el final, y ya le he dicho de antemano cuál es el final. Ahora ya conoce mi historia. Es tan consciente como yo de que he tenido que dejar atrás muchas desventajas en la vida. Me ha oído mencionar a mi padre, y no ignora que el hogar del que se podría decir que escapé distaba de ser del todo honorable. Mi padre murió, y a partir de entonces se podría haber pensado que mi camino hacia la respetabilidad estaba lo bastante despejado. No. Pues entonces interviene mi hermana.

Hablaba muy seguro de sí, con una total ausencia de delator sonrojo en las mejillas, como si no tuviera detrás un pasado que pudiera aplacarlo. No es de extrañar, pues no quedaba rastro del pasado en su hueco y vacío corazón. ¿Qué había en él sino su propio yo, y tras él solo egoísmo?

—Al mencionar a mi hermana, deseo con todas mis fuerzas que no hubiera llegado a verla nunca, señor Headstone, y eso ahora no sirve de nada. Se la presenté confiando en usted. Le hablé a usted de su carácter, y de que ella interponía algunas ideas ridículas y fantasiosas en el camino a nuestra respetabilidad, que yo me esforzaba por seguir. Se enamoró usted de ella, y yo le apoyé con todas mis fuerzas. No hubo manera de convencerla de que le correspondiera, y entró usted en conflicto con este señor Eugene Wrayburn. ¿Y qué ha hecho ahora? ¡Ha justificado que mi hermana estuviera tan en su contra de principio a fin, y me ha vuelto a dejar en mal lugar! ¿Y por qué lo ha hecho? Porque, señor Headstone, es usted tan egoísta en todas sus pasiones, y piensa tan poco en los demás, que no se ha parado ni un momento a pensar en mí.

La fría convicción con que el muchacho asumía esa actitud y la mantenía no podía derivar de ningún otro vicio humano.

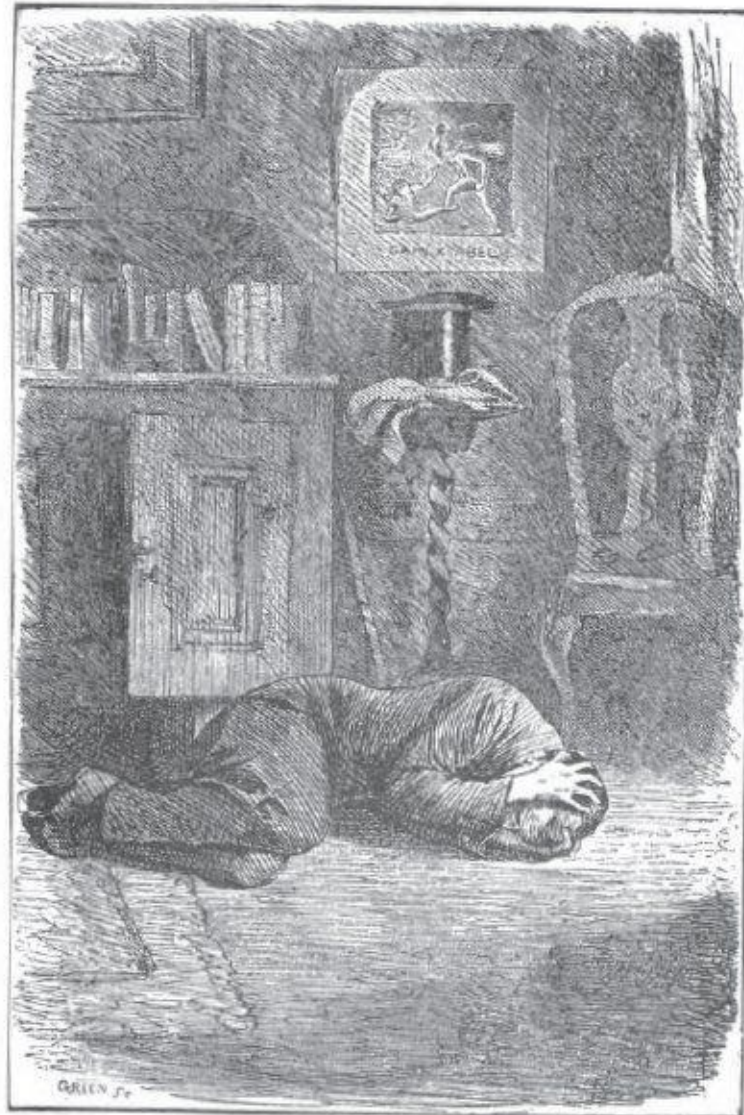
—¡Es una extraordinaria circunstancia que acompaña mi vida —añadió entre lágrimas— el que todos mis esfuerzos por alcanzar una total respetabilidad se vean frustrados por otra persona sin que sea culpa mía! No contento con hacer lo que le he expuesto, le dará mala reputación a mi

nombre al dárselo al de mi hermana (cosa que seguro que hará, si mis sospechas tienen algún fundamento), y, cuanto peor demuestre usted ser, más difícil será para mí hacer que la gente se olvide de que alguna vez tuve relación con usted.

Cuando se hubo secado los ojos y sollozado por lo mucho que se le había perjudicado, comenzó a desplazarse hacia la puerta.

—No obstante, he tomado la decisión de ser respetable en la escala de la sociedad, y de no dejarme arrastrar por otros. He hecho con mi hermana lo mismo que con usted. Puesto que a ella le importo tan poco que le da igual socavar mi respetabilidad, seguirá su camino y yo el mío. Me espera un buen futuro, y pienso conquistarlo solo. Señor Headstone, no puedo decir qué tiene sobre la conciencia, porque no lo sé. Sea lo que sea, espero que se dé cuenta que es justo que me mantenga al margen, y encuentre consuelo en exonerar completamente a todo el mundo menos a usted. Espero suceder al maestro de mi escuela antes de que pasen muchos años, y como la maestra es soltera, aunque unos años mayor que yo, quizá me case con ella. Si le sirve de algún consuelo saber qué planes puedo trazar manteniéndome estrictamente respetable en la escala de la sociedad, estos son los que se me ocurren en este momento. En conclusión, si le parece que me ha ofendido, y desea repararlo de algún modo, espero que piense en lo respetable que podría usted haber sido, y contemple su malograda existencia.

¿Había de resultar extraño que aquel pobre desgraciado de Headstone se lo tomara tan a pecho? Es posible que a lo largo de muchos y esforzados años le hubiera cogido cariño al muchacho; quizá, a lo largo de los mismos años, había encontrado alivio a su tedioso trabajo en su relación con un espíritu más despierto e inteligente que el suyo; quizá el parecido familiar de cara y voz entre hermano y hermana le afectaba tremendamente en la tristeza de su caída. Fuera cual fuera la razón, o todas ellas, humilló su devota cabeza cuando el muchacho se hubo marchado, y se encogió en el suelo, y allí se arrastró, con las palmas de las manos aplastando sus sienes ardientes, en indecible sufrimiento, y sin que lo aliviase ni una sola lágrima.



BETTER TO BE ABEL THAN CAIN.

Aquel día, Rogue Riderhood había estado ocupado en el río. Había pescado con asiduidad la noche anterior, pero había poca luz, y no había cogido nada. Pero al día siguiente volvió a pescar y tuvo más suerte, y llevó el fruto de su pesca a su casa de la esclusa de la presa del molino de Plashwater, en un hatillo.

Capítulo VIII

Unos granos de pimienta

La modista de muñecas no volvió a acudir al establecimiento comercial de Pubsey and Co. después de haber descubierto por casualidad (eso creía ella) el carácter despiadado e hipócrita del señor Riah. Mientras trabajaba, a menudo moralizaba acerca de los trucos y maneras de ese venerable sinvergüenza, pero hacía sus compras en otra parte y llevaba una vida de reclusión. Tras mucho consultar consigo misma, decidió no poner a Lizzie Hexam en guardia contra el viejo, con el argumento de que Lizzie no tardaría en descubrir por sí misma la clase de hombre que era. Por tanto, en su intercambio epistolar con su amiga, no mencionó el tema, y se explayaba principalmente en las reincidencias de su chico malo, que cada día iba a peor.

—Condenado muchacho —le decía la señorita Wren agitando su dedo amenazador—, al final me obligarás a abandonarte, ya lo verás; ¡y entonces te quedarás hecho pedazos, y no habrá nadie para recogerlos!

Ante el presagio de un solitario deceso, el condenado muchacho gemía y lloriqueaba, y se quedaba sentado, tembloroso y muy abatido, hasta que llegaba el momento en que era capaz de salir temblando de casa y, con pulso tembloroso, meterse en el cuerpo otros tres peniques de alcohol. Pero totalmente borracho o totalmente sobrio (había llegado un momento en que en este último estado estaba menos vivo), pesaba siempre en la conciencia de aquel paralítico espantapájaros el hecho de haber traicionado a su perspicaz progenitora por sesenta vasos de tres peniques de ron, todos ya apurados, y no dejaba de pensar en que la perspicacia de aquella acabaría tarde o temprano detectando de manera infalible que lo había hecho. Teniendo todo eso en cuenta, por tanto, y añadiendo el estado físico del señor Muñecas a su estado mental, la cama en la que él reposaba era un lecho de rosas en el que las flores y las hojas se habían marchitado del todo, dejándole sobre las espinas y los tallos.

Cierto día, la señorita Wren estaba sola trabajando, con la puerta de la

casa abierta para que entrara el fresco, mientras cantaba alegremente, con su dulce vocecita, una triste cancioncilla que podía haber sido la canción de la muñeca que estaba vistiendo, en la que se quejaba de lo frágil y fusible que era la cera, cuando a quién divisó de pie en la acera, contemplándola, sino al señor Fledgeby.

—¡Me he dicho que era usted! —dijo Fledgeby, subiendo los dos peldaños.

—Ah, ¿sí? —repuso la señorita Wren—. Y yo me he dicho que era usted, joven. Qué coincidencia. Usted no se equivocaba, ni yo tampoco. ¡Qué inteligentes somos!

—Bueno, ¿cómo está? —dijo Fledgeby.

—Pues más o menos como siempre, señor —replicó la señorita Wren—. Soy una madre muy desdichada, pues tengo un niño muy malo que me mata de preocupación.

Los ojillos de Fledgeby se abrieron tanto que podrían haber pasado por ojos de tamaño normal, mientras miraba a su alrededor en busca del niño de corta edad a quien suponía que ella se refería.

—Pero usted no es padre —dijo la señorita Wren—, y por tanto de nada sirve hablarle de cosas de familia... ¿A qué debo atribuir este honor y este favor?

—Al deseo de conocerla mejor —replicó el señor Fledgeby.

La señorita Wren mordió el hilo de coser y lo miró con cara de no dejarse engañar.

—Ya no nos vemos nunca, ¿verdad? —dijo Fledgeby.

—No —dijo la señorita Wren con brusquedad.

—Así que se me ocurrió —prosiguió Fledgeby— venir y charlar con usted de nuestro amigo el que se las sabe todas, el hijo de Israel.

—Así que fue él quien le dio mi dirección, ¿verdad? —preguntó la señorita Wren.

—Se la saqué —dijo Fledgeby con un tartamudeo.

—Parece que le ve bastante —comentó la señorita Wren, con maliciosa

desconfianza—. Parece que le ve bastante, dadas las circunstancias.

—Sí —dijo Fledgeby—. Dadas las circunstancias.

—¿Todavía no ha acabado de interceder con él? —preguntó la modista, inclinándose hacia la muñeca con la que ejercía su oficio.

—No —dijo Fledgeby, negando con la cabeza.

—¡Vaya! Así que todo este tiempo ha estado intercediendo con él, y sigue pegado a él —dijo la señorita Wren sin interrumpir su trabajo.

—Pegado a él es la expresión —dijo Fledgeby.

La señorita Wren siguió a lo suyo con aire concentrado, y preguntó, tras un intervalo de callada laboriosidad:

—¿Está usted en el ejército?

—No exactamente —dijo Fledgeby, bastante halagado por la pregunta.

—¿En la Marina? —preguntó la señorita Wren.

—N-no —dijo Fledgeby.

Puntualizó las dos negativas, como si realmente no estuviera en ninguno de ambos servicios, pero casi en ambos.

—¿Qué es usted, entonces? —preguntó la señorita Wren.

—Un caballero, eso es lo que soy —dijo Fledgeby.

—¡Oh! —asintió Jenny, apretando la boca para aparentar convicción—. ¡Sí, claro! Eso explica que tenga tanto tiempo para interceder. ¡Y qué caballero tan amable y simpático debe de ser usted!

El señor Fledgeby comprendió que estaba patinando alrededor de un cartel que ponía Peligro, y que más le valía dar un giro a la conversación.

—Regresemos a ese que se las sabe todas —dijo—. ¿Qué se trae entre manos con su amiga, aquella chica tan guapa? Debe de perseguir algo. ¿Qué es?

—¡Como comprenderá, yo no se lo puedo decir, señor! —repuso la señorita Wren sin perder la calma.

—No quiere decir adónde se ha ido la chica —dijo Fledgeby—, y se me ha metido en la cabeza que me gustaría volver a verla. Ahora sé que él sabe

dónde está.

—¡Como comprenderá, yo no se lo puedo decir, señor! —replicó de nuevo la señorita Wren.

—Y usted también sabe dónde está —aventuró Fledgeby.

—La verdad, yo no se lo puedo decir, señor —contestó la señorita Wren.

Su altiva y menuda barbilla se enfrentó a la mirada del señor Fledgeby con un movimiento tan cortante que el simpático caballero estuvo unos momentos sin saber cómo retomar su fascinante parte del diálogo. Al final dijo:

—¡Señorita Jenny!... Ese es su nombre, si no me equivoco.

—Probablemente no se confunde, señor —fue la fría respuesta de la señorita Wren—, porque lo sabe de la mejor fuente. La mía.

—¡Señorita Jenny! En lugar de volver y ser un muerto más, salgamos y parezcamos vivos. Valdrá más la pena, se lo aseguro —dijo Fledgeby, intentando engatusar a la modista con un par de guiños—. Verá que vale más la pena.

—Quizá —dijo la señorita Jenny. Extendió el brazo para mirar la muñeca de lejos, y con las tijeras en los labios y la cabeza echada para atrás contempló de manera crítica el efecto de su arte, como si fuera eso lo que más le interesara, y no la conversación—, quizá podría explicarme lo que quiere decir, porque para mí es griego... Necesitas otro toque de azul en tu vestido, querida.

Tras haber dirigido esas palabras a su guapa clienta, la señorita Wren procedió a cortar unos fragmentos de azul que tenía delante, mezclados con retales de otros colores, y a enhebrar la aguja con hilo de seda azul.

—Señorita Wren —dijo Fledgeby—. ¿Me está atendiendo?

—Le estoy atendiendo, señor —replicó la señorita Wren, sin que ni por asomo lo pareciera—. Otro toque de azul en tu vestido, querida.

—Señorita Wren —dijo Fledgeby, bastante desanimado por las circunstancias bajo las que veía discurrir la conversación—. Si me atiende...

(—Azul claro, jovencita —observó la señorita Wren en tono jovial—. Es el que mejor le sienta a tu tez clara y a tus rizos rubios).

—Digo, si me atiende —prosiguió Fledgeby—, que así valdrá más la pena. Conseguiré, de manera indirecta, comprar sus retales en Pubsey and Co. a precio nominal, o incluso sin pagar nada.

«¡Ajá —se dijo la modista—. Pero tú no eres tan indirecto, Ojitos, como para que no me haya dado cuenta de que hablas en nombre de Pubsey and Co. ¡Ay, Ojitos, Ojitos, te estás pasando de listo!»

—Doy por sentado —añadió Fledgeby— que conseguir casi todos sus materiales gratis es algo que le merece la pena, señorita Jenny.

—Podría dar por sentado —contestó la modista con muchos asentimientos de a-mí-no-me-engañas— que siempre merece la pena hacer dinero.

—Bueno —dijo Fledgeby en tono de aprobación—, ahora contesta con sensatez. ¡Y ahora, salga y parezca viva! Así que me tomo la libertad de observar, señorita Jenny, que usted y Judá eran demasiado íntimos para que la cosa pudiese durar. No se puede tener intimidad con un zascandil de ese calibre como es Judá sin comenzar a ver cómo es en realidad, ya sabe —dijo Fledgeby añadiendo un guiño...

—Debo confesar —replicó la modista con la mirada en su trabajo— que en la actualidad no somos tan buenos amigos.

—Ya sé que en la actualidad no son buenos amigos —dijo Fledgeby—. Lo sé todo. Me gustaría darle su merecido a Judá no dejándole que se salga tanto con la suya en todo. Casi todo lo consigue por las buenas o por las malas, pero ¡caramba!, no hay que dejar que se salga con la suya en sus artimañas. Eso es demasiado.

El señor Fledgeby habló con una indignada vehemencia, como si fuese el abogado en la causa de la Virtud.

—¿Cómo impedir que se salga con la suya? —preguntó la modista.

—En sus artimañas, he dicho —matizó Fledgeby.

—¿Que se salga con la suya, en sus artimañas?

—Se lo diré —dijo Fledgeby—. Me gusta oír que me lo pregunta, porque así parece viva. Es lo que esperaría de alguien de su sagaz entendimiento. Y ahora, le seré franco.

—¿Qué? —exclamó la señorita Jenny.

—He dicho que ahora le seré franco —explicó el señor Fledgeby, un tanto desconcertado.

—¡Ah!

—Me gustaría plantarle cara en el asunto de su amiga, la chica guapa. Él se trae algo entre manos. Puede estar segura, Judá se trae algo entre manos. Tiene un propósito, y sin duda se trata de un propósito turbio. Ahora bien, sea cual sea el propósito, es imprescindible para llevar a cabo ese propósito —las aptitudes gramaticales del señor Fledgeby no le permitieron evitar aquí una tautología— que me oculte lo que ha hecho con ella. De manera que le pregunto, pues usted lo sabe: ¿qué ha hecho con ella? No le pido más. ¿Y es pedir mucho, sabiendo que le reportará un beneficio?

La señorita Jenny, que había vuelto a fijar la mirada en el banco tras la última interrupción, se quedó mirándolo unos momentos, con la aguja en la mano, pero sin moverla. A continuación se puso a coser con energía, y dijo, con una mirada de soslayo de sus ojos y barbilla dirigida al señor Fledgeby:

—¿Dónde vive usted?

—Albany, Piccadilly —replicó Fledgeby.

—¿Cuándo estará en casa?

—Cuando usted quiera.

—¿A la hora de desayunar? —dijo Jenny, con su tono brusco y cortante.

—No hay hora mejor —dijo Fledgeby.

—Le visitaré mañana, joven. Estas dos damas —dijo señalando las muñecas— tienen una cita en Bond Street precisamente a las diez. Cuando las haya entregado, me pasaré a verle.

Con una misteriosa risita, la señorita Jenny señaló su muleta, como si fuese su carruaje.

—¡Esto sí que es parecer vivo! —exclamó Fledgeby, poniéndose en pie.

—¡Ojo! No le prometo nada —dijo la modista de muñecas, lanzándole dos amagos de estocada con la aguja, como si le fuera a sacar los ojos.

—No, no. Lo entiendo —repuso Fledgeby—. Primero arreglaremos lo de los retales. Le valdrá la pena, no tema. Buenos días, señorita Jenny.

—Buenos días, joven.

Se retiró la amable figura del señor Fledgeby; y la pequeña modista, cortando, recortando y cosiendo, y cosiendo y cortando y recortando, se puso a trabajar a gran velocidad; meditando y farfullando al mismo tiempo.

—Turbio, turbio, turbio. No acabo de entenderlo. ¿Ojillos y el lobo juntos en una conspiración? ¿O es que Ojillos y el lobo están enfrentados? No acabo de entenderlo. Mi pobre Lizzie, ¿acaso los dos planean algo contra ti? No acabo de entenderlo. ¿Es Ojillos Pubsey y el lobo Co.? No acabo de entenderlo. ¿Pubsey es leal a Co., y Co. a Pubsey? ¿Es Pubsey deshonesto con Co., y Co. con Pubsey? No acabo de entenderlo. ¿Qué ha dicho Ojillos? «Y ahora, le seré franco». ¡Ah! Lo mires por donde lo mires, es un mentiroso. Eso es todo lo que entiendo por el momento; ¡pero ya te puedes acostar en tu cama de Albany, Piccadilly con eso por almohadón, joven!

Dicho lo cual, la modista volvió a acometerle los ojos, y dibujando un lazo en el aire con el hilo y formando diestramente un nudo con la aguja, hizo como que estrangulaba al aludido.

No existe nombre que pueda aplicarse a los terrores que sufrió el señor Muñecas aquella noche, mientras su progenitora meditaba profundamente al tiempo que cosía, cada vez que se creía descubierto, cada vez que ella cambiaba de actitud o volvía la vista hacia él. Además, era costumbre de la señorita Jenny dirigirle un gesto de censura cada vez que sus miradas se encontraban, mientras él temblaba y sufría escalofríos. Lo que popularmente se denominan «los temblores» lo tenían bien agarrado aquella noche, y también lo que popularmente se denominan «las alucinaciones», por lo que lo pasó muy mal; y la cosa no mejoró por el hecho de que sintiera tantos remordimientos que no dejaba de gemir «Sesenta de tres peniques». Esa imperfecta frase no era inteligible como confesión, pero sonaba como un trago gargantuico, lo que le acarreó al señor Muñecas nuevas dificultades, pues su progenitora le reprendió de manera más furiosa que lo habitual y lo colmó de amargos reproches.

Lo que era un mal rato para el señor Muñecas no podía dejar de ser un mal rato para la modista de muñecas. No obstante, a la mañana siguiente, estaba bien despierta, y se encaminó a Bond Street, y entregó puntualmente sus dos muñecas, y luego dio orden a su carruaje de que la llevara a Albany. Al llegar a la puerta de la casa en la que se encontraban las habitaciones del

señor Fledgeby, se encontró con una dama ataviada con ropa de viaje, y que tenía en la mano —ni más ni menos— que un sombrero de hombre.

—¿Busca a alguien? —dijo la dama con aire severo.

—Voy a ver al señor Fledgeby.

—En este momento no es posible. Hay un caballero con él, y estoy esperando a ese caballero. Su negocio con el señor Fledgeby quedará liquidado enseguida, y luego puede subir usted. Hasta que baje ese caballero, usted debe esperar aquí.

Mientras hablaban, y posteriormente, la dama se interpuso entre Jenny y la escalera, como dispuesta a oponerse por la fuerza a que ella subiera. Como la dama era de una estatura que le hubiera permitido detenerla con una mano, y como parecía de lo más decidida, la modista no se movió.

—¿Y bien? ¿Por qué está escuchando? —preguntó la dama.

—No estoy escuchando —dijo la modista.

—¿Qué oye? —preguntó la dama, cambiando la frase.

—¿Como si algo salpicara? —dijo la modista con una mirada inquisitiva.

—A lo mejor el señor Fledgeby está en la ducha —comentó la dama, sonriendo.

—¿Y alguien está sacudiendo una alfombra?

—La alfombra del señor Fledgeby, diría yo —replicó la dama, sonriente.

La señorita Wren tenía un ojo bastante bueno para las sonrisas, acostumbrada a ellas debido a sus jóvenes amigas, aunque las sonrisas de estas fueran a escala más pequeña. Pero nunca había visto una sonrisa tan singular como la que había en la cara de aquella dama. Le abría las aletas de la nariz con un temblor y le contraía los labios y las cejas. También era una sonrisa de placer, aunque tan feroz que la señorita Wren se dijo que preferiría no sentir ningún placer que sonreír así.

—¡Bueno! —dijo la dama, mirándola—. Y ahora, ¿qué?

—¡Espero que no ocurra nada malo! —dijo la modista.

—¿Dónde? —preguntó la dama.

—No sé dónde —dijo la señorita Wren, mirando a su alrededor—. Pero

nunca había oído sonidos tan extraños. ¿No cree que sería mejor llamar a alguien?

—Creo que mejor que no —repuso la dama frunciendo el ceño de manera significativa y acercándose más a ella.

Ante esa insinuación, la modista abandonó la idea, y se quedó mirando a la dama igual que esta la miraba a ella. Mientras tanto, la modista escuchaba con asombro los ruidos que seguían oyéndose, y la dama también escuchaba, aunque con una frialdad en la que no había pizca de asombro.

Poco después se oyeron fuertes portazos, y por las escaleras apareció un caballero con patillas, sin aliento y sofocado.

—¿Ya has terminado, Alfred? —preguntó la dama.

—Completamente —replicó el caballero, mientras le cogía el sombrero.

—Cuando guste ya puede subir a ver al señor Fledgeby —dijo la dama, alejándose altanera.

—¡Oh! Y puede llevarle estos tres pedazos de bastón —añadió cortésmente el caballero—, y diga, por favor, que se los manda el señor Alfred Lammle, con sus saludos al marcharse de Inglaterra. Señor Alfred Lammle. Tenga la bondad de no olvidar el nombre.

Los tres trozos de bastón eran tres fragmentos rotos y astillados de un bastón recio y flexible. La señorita Wren los cogió con cara de asombro, y el caballero repitió con una sonrisa:

—Señor Alfred Lammle, si tiene la bondad. Mis saludos al marcharme de Inglaterra.

La dama y el caballero se alejaron lentamente, y la señorita Jenny y su muleta subieron las escaleras.

—¿Lammle, Lammle, Lammle? —repetía la señorita Jenny mientras jadeaba de un peldaño a otro—. ¿Dónde he oído ese nombre? ¿Lammle, Lammle? ¡Ya sé! En Saint Mary Axe.

Con el brillo de esa nueva información en su rostro perspicaz, la modista de muñecas tiró de la campanilla de Fledgeby. Nadie contestó; pero desde el interior de las habitaciones llegaba un continuo farfullar de naturaleza singular e indescifrable.

—¡Dios santo! ¿Se está ahogando, Ojillos? —exclamó la señorita Jenny.

Al volver a tirar de la campanilla y no obtener respuesta, empujó la puerta exterior, y descubrió que estaba entreabierta. No vio a nadie al abrirla un poco más, pero proseguía el farfullar, por lo que se tomó la libertad de abrir una puerta interior, lo que le permitió contemplar el espectáculo del señor Fledgeby en camisa, pantalones turcos, gorro turco, rodando sobre su alfombra y farfullando lleno de asombro.

—¡Oh, Dios! —decía jadeando—. ¡Oh, mi ojo! ¡Al ladrón! Me estrangulan. ¡Fuego! ¡Oh, mi ojo! Un vaso de agua. Deme un vaso de agua. Cierre la puerta. ¡Asesino! ¡Oh, Dios!

Y siguió rodando y farfullando.

La señorita Jenny se fue corriendo a otra habitación a por un vaso de agua, y se lo llevó a Fledgeby; este, jadeando, farfullando y con un ruido ronco en la garganta entre una cosa y otra, bebió un poco de agua y apoyó la cabeza, desmayada, en el brazo de Jenny.

—¡Oh, mi ojo! —gritaba Fledgeby, debatiéndose de nuevo—. Es sal y rapé. Lo tengo en la nariz, y en la garganta, y en la tráquea. ¡Puaj! ¡Ou! ¡Ou! ¡Ou! ¡Aaaaj!

Y en este punto comenzó a cacarear de una manera espantosa, con los ojos saliéndosele de las órbitas, como si se enfrentara a todas las enfermedades mortales de las aves.

—¡Mi ojo, cómo me pica! —gritaba Fledgeby, sufriendo un espasmo en la espalda que hizo recular a la modista hasta la pared—. ¡Oh, cómo duele! Póngame algo en la espalda, los brazos, las piernas y los hombros. ¡Puaj! Lo tengo en la garganta y no puede salir. ¡Ou! ¡Ou! ¡Ou! ¡Aaaaj! ¡Cómo duele!

En este punto, el señor Fledgeby se incorporó en un respingo, se derrumbó otra vez y se puso a rodar de nuevo por el suelo.

La modista de muñecas se lo quedó mirando hasta que acabó en un rincón con las zapatillas turcas en alto, y a continuación, decidiendo en primer lugar dirigir su atención a los efectos de la sal y el rapé, le dio más agua y una palmada en la espalda. Pero esto último no tuvo éxito, pues el señor Fledgeby se puso a gritar:

—¡Oh, mi ojo! ¡No me pegue! ¡Estoy cubierto de verdugones y me duele!

No obstante, poco a poco dejó de ahogarse y de cacarear (solo lo hacía de vez en cuando), con lo que la señorita Jenny lo depositó en una butaca; allí, con los ojos enrojecidos y llorosos, y las facciones hinchadas, y con media docena de moratones en la cara, presentaba una imagen atribulada.

—¿Cómo le ha dado por tomar sal y rapé, joven? —preguntó la señorita Jenny.

—No lo he tomado —replicó el consternado joven—. Me lo han metido por la boca.

—¿Y quién se lo ha metido? —preguntó la señorita Jenny.

—Él —contestó Fledgeby—. El asesino. Lammle. Me lo ha restregado dentro de la boca y me ha subido por la nariz y me ha bajado por la garganta (¡Ou! ¡Ou! ¡Ou! ¡A-a-a-a-j! ¡Puaj!) para impedir que gritara, y luego me ha atacado cruelmente.

—¿Con esto? —dijo la señorita Jenny, enseñándole los fragmentos de bastón.

—Esa es el arma —dijo Fledgeby, mirándolo como si fuera un conocido—. Me lo ha partido en el espinazo. ¡Oh, cómo duele! ¿Cómo se ha hecho con él?

—Cuando él bajaba las escaleras y se reunía con la dama de la entrada que le sujetaba el sombrero... —comenzó a relatar la señorita Jenny.

—¡Oh! —gimió el señor Fledgeby, retorciéndose—. Ella le sujetaba el sombrero, ¿verdad? Debería haber sabido que estaba en el ajo.

—Cuando él ha bajado las escaleras y se ha reunido con la dama que no me ha dejado subir, me ha entregado los trozos para que se los diera, y yo tenía que decirle a usted: «Con los saludos del señor Alfred Lammle al marcharse de Inglaterra».

La señorita Jenny lo dijo con tal maliciosa satisfacción que su despectivo gesto de ojos y barbilla se podría haber añadido al sufrimiento del señor Fledgeby de haberlo visto, pues ahora, del dolor, se había llevado las manos a la cabeza.

—¿Voy a buscar a la policía? —preguntó la señorita Jenny, con un rápido ademán de dirigirse a la puerta.

—¡Alto! ¡No, no vaya! —gritó Fledgeby—. Por favor, no. Mejor que no digamos nada. ¿Sería tan amable de cerrar la puerta? ¡Oh, me duele tanto...!

Para dar fe de lo mucho que le dolía, el señor Fledgeby se levantó de la butaca para tirarse al suelo y rodó un poco más por la alfombra.

—Ahora que la puerta está cerrada —dijo el señor Fledgeby, incorporándose en su padecer, con el gorro turco medio caído y los verdugones de su cara cada vez más azules—, hágame el favor de mirarme la espalda y los hombros. Su estado debe de ser lamentable, pues cuando el bruto ha irrumpido aún no me había puesto la bata. Córteme la camisa desde el cuello; hay unas tijeras sobre la mesa. ¡Oh! —gimió Fledgeby, de nuevo con las manos a la cabeza—. ¡De verdad, cómo duele!

—¿Ahí? —inquirió la señorita Jenny, aludiendo a la espalda y hombros.

—¡Oh, Señor, sí! —gimoteó Fledgeby, meciendo el cuerpo—. ¡Por todo! ¡Por todas partes!

La solícita modista rápidamente le cortó la camisa, y dejó a la vista el resultado de una paliza tan furiosa y contundente como la que el señor Fledgeby se había ganado a pulso.

—¡No me extraña que le duela, joven! —exclamó la señorita Jenny. Y se frotó las manos a espaldas de Fledgeby, lanzándole un par de estocadas con el índice por encima de la coronilla.

—¿Iría bien vinagre y papel de estraza? —preguntó el dolorido Fledgeby, aún meciendo el cuerpo y gimiendo—. ¿Le parece que el vinagre y el papel de estraza son lo mejor en este caso?

—Sí —dijo la señorita Jenny, con una risita silenciosa—. Es como si hiciéramos un encurtido.

El señor Fledgeby se derrumbó bajo la palabra «encurtido» y volvió a gemir.

—La cocina está en esta planta —dijo—. Encontrará papel de estraza en un cajón del aparador, y la botella de vinagre en el vasar. ¿Tendría la bondad de hacerme unos emplastos y ponérmelos? Todo lo que hagamos será poco.

—Uno, dos, mmm... cinco, seis. Necesitará seis —dijo la modista.

—Tengo dolor para sesenta —lloriqueó el señor Fledgeby, gimiendo y

retorciéndose de nuevo.

La señorita Jenny se encaminó a la cocina tijeras en mano, encontró el papel de estraza y el vinagre y diestramente cortó y empapó seis grandes emplastos. Cuando todos estaban dispuestos sobre el aparador e iba a recogerlos, se le ocurrió una idea.

«Creo que debería ponerle un poco de pimienta —se dijo la señorita Jenny con una callada sonrisa—. ¿Unos cuantos granos? Creo que los trucos y maneras de este joven se han hecho acreedores de un poco de pimienta».

Y como la mala estrella del señor Fledgeby le señalara el pimentero sobre la repisa de la chimenea, se subió a una silla, lo cogió y salpicó los emplastos con sensatez. A continuación regresó junto al señor Fledgeby y se los puso todos; el señor Fledgeby emitió un agudo aullido a cada uno que le tocó la piel.

—¡Ya está, joven! —dijo la modista de muñecas—. Espero que se encuentre mucho mejor.

Parecía ser que no, pues respondió con el grito de:

—¡Oooh, cómo duele!

La señorita Jenny lo cubrió con su bata persa, le tapó pérfidamente los ojos con su gorro persa y le ayudó a meterse en la cama, en la que se encaramó gimiendo.

—Creo que hoy tendremos que posponer nuestro negocio, joven, y mi tiempo es precioso —dijo la señorita Jenny—. Tengo que largarme. ¿Está mejor ahora?

—¡Oh, mi ojo! —gritó el señor Fledgeby—. No, no lo estoy. ¡O-o-o-h! ¡Cómo duele!

Lo último que vio la señorita Jenny, cuando se dio media vuelta antes de cerrar la puerta de la habitación, fue al señor Fledgeby sumergiéndose y retozando por toda la cama, como una marsopa o un delfín en su elemento nativo. A continuación cerró la puerta del dormitorio y todas las otras puertas, bajó las escaleras, salió a las concurridas calles y tomó el ómnibus hacia Saint Mary Axe: grabando en su memoria a todas las señoras elegantes que podía divisar por la ventanilla, y convirtiéndolas en maniqués de muñecas, mientras mentalmente las recortaba y las embastaba.

Capítulo IX

Dos vacantes

Una vez el ómnibus hubo dejado a la modista de muñecas en la esquina de Saint Mary Axe, esta, confiándose a sus pies y a su muleta dentro de sus límites, se dirigió al local comercial de Pubsey and Co. Por fuera, el lugar estaba soleado y tranquilo; por dentro, en sombras y tranquilo. Jenny se escondió en la entrada que había delante de la puerta de cristal, desde donde podía ver al anciano con gafas sentado en su escritorio.

—¡Buuu! —gritó la modista, asomando la cabeza por la cristalera—. ¿Está en casa el señor Lobo?

El anciano se quitó las gafas, y suavemente las depositó a su lado.

—¡Ah, Jenny, eres tú! Pensaba que no querías saber nada más de mí.

—Es cierto que no quería saber nada del traidor lobo del bosque —contestó ella—, pero, madrina, tengo la impresión de que usted ya no es el lobo. No estoy del todo segura, porque el lobo y usted cambian de forma. Quiero hacerle un par de preguntas para averiguar si es usted de verdad la madrina o un lobo. ¿Puedo?

—Sí, Jenny, claro.

Pero Riah miraba hacia la puerta, como si pensara que su jefe pudiera aparecer por allí de manera intempestiva.

—Si teme al zorro —dijo la señorita Jenny—, no tenga cuidado que ese animal no aparecerá. No saldrá de casa en muchos días.

—¿A qué te refieres, hija mía?

—Quiero decir, madrina —contestó la señorita Wren sentándose junto al judío—, que el zorro ha sufrido una azotaina de campeonato, y que si en este instante la piel y los huesos no le pican, le duelen y le escuecen, entonces no ha existido zorro que sufriera picor, dolor y escozor.

A continuación la señorita Jenny le relató lo que había ocurrido en Albany, omitiendo lo de los granos de pimienta.

—Y ahora, madrina —añadió—, deseo preguntarle por lo que ha ocurrido aquí desde que dejé al lobo. Porque tengo una idea del tamaño de una canica que me da vueltas por mi mollerita. En primer lugar: ¿es usted Pubsey and Co. o alguno de los dos? Quiero que me dé su solemne palabra de honor.

El anciano negó con la cabeza.

—Segundo: ¿es Fledgeby Pubsey and Co.?

El anciano asintió a regañadientes.

—Mi idea es ahora del tamaño de una naranja —exclamó la señorita Wren—. Pero antes de que se haga más grande, ¡cómo me alegro de que ya no sea el lobo, querida madrina!

La pequeña criatura abrazó el cuello del anciano con gran fervor y lo besó.

—Le pido humildemente perdón, madrina. Lo siento de verdad. Debería haber tenido más fe en usted. Pero ¿cómo iba a suponerlo, si no se defendía? No quiero justificarme, pero ¿cómo iba a imaginarlo, si aceptó en silencio todo lo que él dijo? Fue horrible, ¿verdad?

—Fue tan horrible, Jenny —respondió el anciano con gravedad—, que te diré enseguida qué impresión me produjo. Me vi como un ser aborrecible. Aborrecible ante mí mismo al ver lo aborrecible que era para el deudor y para ti. Pero más que eso, y peor que eso, y sin pensar sola y exclusivamente en mí, aquella noche reflexioné, sentado a solas en mi jardín de la azotea, que era una deshonra para mi fe y mi raza ancestrales. Reflexioné (reflexioné claramente por primera vez) que al doblar la testuz ante el yugo que estaba dispuesto a llevar, doblaba las testuces de todo el pueblo judío, quizá no tan dispuesto a llevarlo. Pues en los países cristianos a los judíos no se les trata como a los demás. Los hombres dicen: «Este es un griego malvado, pero hay griegos buenos. Este es un turco malvado, pero hay turcos buenos». Pero no pasa lo mismo con los judíos. Los hombres encuentran fácilmente el mal entre nosotros (¿y entre qué pueblos no es el mal fácil de encontrar?), y además toman a los peores de entre nosotros como muestras de los mejores; toman a los más viles como ejemplo de los más ilustres; y luego dicen: «Todos los judíos son iguales». Si hubiera hecho lo que hacía aquí de buena gana, por

agradecimiento y porque necesitaba un poco de dinero, siendo cristiano, no habría comprometido a nadie más que a mi persona. Pero, al ser judío, inevitablemente comprometía a los judíos de todos los países y de toda condición. Para nosotros es un poco duro, pero es la verdad. ¡Ojalá que todo nuestro pueblo lo recordara! Aunque poco derecho tengo a decirlo, teniendo en cuenta lo que he tardado en entenderlo.

La modista de muñecas estaba sentada dándole la mano al anciano, y tenía un aire pensativo.

—En eso reflexionaba, ya digo, sentado aquella noche en el jardín de mi azotea. Y, al rememorar una y otra vez la dolorosa escena de aquel día, no dejaba de darme cuenta de que el pobre caballero había creído la historia enseguida porque yo era judío; que tú te habías creído la historia enseguida, hija mía, porque era judío; que el inventor de la historia pudo concebirla porque yo era judío. Era el resultado de haberos tenido a los tres delante de mí, cara a cara, y de verlo todo representado como en un teatro. Eso me hizo comprender que tenía la obligación de abandonar este empleo. Pero Jenny, querida —dijo Riah, interrumpiéndose—, te he prometido que contestaría a tus preguntas, y estoy divagando.

—Todo lo contrario, madrina; ahora mi idea es grande como una calabaza, y usted sabe lo que es una calabaza, ¿verdad? ¿Le ha dado aviso de que se iba? ¿Es lo que viene ahora? —preguntó la señorita Jenny con una expresión de gran atención.

—Le escribí una carta a mi amo. Sí. A ese efecto.

—¿Y qué dijo el rey de los picores-dolores-escozores-gritos-sacudidas? —preguntó la señorita Jenny con indecible alegría al expresar esos honorables títulos y al recordar el episodio de la pimienta.

—Me obligó a seguir sirviéndole los meses que indica la ley en caso de aviso de despido. Expiran mañana. Cuando expiraran, no antes, tenía la intención de reconciliarme con mi Cenicienta.

—¡Ahora mi idea es tan inmensa que no me cabe en la cabeza! —exclamó la señorita Wren, apretándose las sienes—. Escuche, madrina, voy a explicarle una cosa. Ojillos (que así llamo al rey de los picores-dolores-escozores) se la tiene jurada por abandonarle. Ojillos se pone a pensar cuál es la mejor manera de devolvérsela. Ojillos se acuerda de Lizzie. Ojillos se dice:

«Averiguaré dónde ha llevado a esa chica, y traicionaré su secreto porque es algo muypreciado para él». Ojillos quizá piensa: «También la conquistaré»; pero eso no puedo jurarlo... el resto sí. Así pues, Ojillos viene a verme y yo voy a ver a Ojillos. Así han ido las cosas. ¡Y ahora que se ha descubierto el pastel —añadió la modista de muñecas, rígida de pies a cabeza por la energía con que blandía el puño ante sus ojos—, lo que lamento es no haberle aplicado pimienta de cayena y guindilla en vinagre!

Esta expresión de arrepentimiento el señor Riah la oyó solo en parte, pues se acordó de las heridas que había recibido Fledgeby e insinuó la necesidad de ir a atender al perro apaleado.

—¡Madrina, madrina, madrina! —exclamó irritada la señorita Wren—. La verdad es que me hace perder la paciencia. Cualquiera diría que cree en el buen samaritano. ¿Cómo puede ser tan incoherente?

—Querida Jenny —comenzó amablemente el anciano—, es costumbre de mi pueblo ayudar...

—¡Oh! ¡Al cuerno su pueblo! —le interrumpió la señorita Wren sacudiendo la cabeza—. Si lo único que se le ocurre a su pueblo es ir a ayudar a Ojillos, más le valdría haberse quedado en Egipto. Pero es que, además —añadió—, él no aceptaría su ayuda. Está demasiado avergonzado. Quiere mantenerlo en secreto, y que usted no sepa nada.

Seguían debatiendo ese punto cuando una sombra oscureció la entrada, y la puerta de cristal se abrió por obra de un mensajero que traía una carta dirigida sin más ceremonia a «Riah». El mensajero se quedaba a esperar respuesta.

La carta, garabateada a lápiz de cualquier manera y escrita incluso en las puntas dobladas, decía:

Viejo Riah:

Tu cuenta está saldada, vete. Cierra el local, sal enseguida y mándame la llave por el portador de la carta. Eres un perro judío desagradecido. Márchate.

F.

La modista de muñecas estuvo encantada al rastrear los gritos y los dolores de Ojillos en la letra distorsionada de la epístola. Se rió y se mofó de la carta en un rincón (para asombro del mensajero), mientras el anciano metía sus escasas pertenencias en una bolsa negra. Una vez terminó, cerró los

postigos de las ventanas y bajó la persiana de la oficina, y salieron a los peldaños de la entrada en compañía del mensajero. Allí, mientras Jenny sujetaba la bolsa, el anciano cerró la puerta con llave y se la entregó al mensajero, quien al instante se retiró.

—Bueno, madrina —dijo la señorita Wren mientras permanecían en los escalones, mirándose—. ¡Y ahora se ve arrojada al mundo!

—Eso parece, Jenny, y de manera un tanto repentina.

—¿Adónde iré a buscar fortuna? —preguntó la señorita Wren.

El anciano sonrió, pero miró a su alrededor con aire de haber perdido su camino en la vida, cosa que no se le escapó a la modista de muñecas.

—Desde luego, Jenny —dijo él—, la pregunta es muy atinada, y más fácil de preguntar que de responder. Pero como sé lo bondadosas y serviciales que son las personas que le han dado trabajo a Lizzie, creo que iré a que lo sean conmigo.

—¿A pie? —preguntó la señorita Wren chasqueando los labios.

—¡Sí! —dijo el anciano—. ¿No tengo mi báculo?

Precisamente porque tenía su báculo, y mostraba un aspecto tan curioso, desconfiaba Jenny de que pudiera hacer el viaje.

—En cualquier caso —dijo Jenny—, lo mejor que puede hacer por el momento es venir a casa conmigo, madrina. Allí no hay nadie más que mi chico malo, y la habitación de Lizzie está vacía.

El anciano, satisfecho con no representar una molestia para nadie, accedió enseguida; y la singularísima pareja volvió a adentrarse una vez más en las calles.

Ahora bien, el chico malo, al que su progenitora había ordenado permanecer en casa en su ausencia, naturalmente había salido; y, al hallarse en la ultimísima fase de su decrepitud mental, había salido por dos motivos: para reafirmar el derecho que creía tener a que todos los taberneros vivos le sirvieran tres peniques de ron sin pagarlos; y segundo, para lloriquearle sus remordimientos al señor Eugene Wrayburn y ver si eso le reportaba algún beneficio. Tambaleándose en pos de esos dos objetivos (que se resumían en ron, lo único que había ya en su mente), la degradada criatura se adentró en Covent Garden y allí acampó en un portal, mientras se enfrentaba primero a

«los temblores» y luego a «las alucinaciones».

El mercado de Covent Garden quedaba fuera de la ruta de esa criatura, pero ejercía sobre él la misma atracción que sobre los peores miembros de la solitaria tribu de los borrachos. Quizá se trataba de la agitación nocturna, quizá de la compañía de la ginebra y la cerveza que se derramaba entre los carreteros y los buhoneros, o quizá de la compañía de restos pisoteados de verdura, que se parece tanto al atavío de esos borrachos que quizá toman el mercado por un inmenso guardarropa; pero, sea como fuere, en ningún otro lugar verán a tantos borrachos en los portales como allí. En una soleada mañana, encontrarán especímenes de mujeres borrachas que dormitan como no se ven en todo Londres. No hay otro lugar donde se pueda contemplar tal vestimenta de hojas y tallos de col rancios y desechados, un semblante de naranja estropeada, una pulpa aplastada de humanidad como esa. Así pues, el mercado atrajo al señor Muñecas, y en un portal en el que horas antes una mujer había dormido la curda, tuvo aquel dos ataques de temblores y alucinaciones.

Ronda por allí un enjambre de jóvenes salvajes que se escabullen sigilosos con fragmentos de cajas de naranjas y paja mohosa (¿sabe el Cielo a qué agujeros los llevan, pues no tienen hogar!), cuyos pies descalzos caen con sorda suavidad sobre la calzada cuando la policía los persigue, y quienes (quizá por la misma razón) huyen sin que las autoridades los oigan, mientras que con botas altas armarían un alboroto ensordecedor. Esos chavales, encantados con los temblores y alucinaciones del señor Muñecas, como si fuera una representación gratuita, le rodearon en su portal y le empujaban, se le echaban encima y le tiraban lo que tenían a mano. Por eso, cuando salió de su retiro y se deshizo de ese grupo de andrajosos, estaba más sucio y en peor estado que antes. Pero aún no había tocado fondo; pues llegó a una taberna, y entre las prisas y el ajetreo le sirvieron su ron; y al ver que pretendía escabullirse sin pagar, lo cogieron por el cuello, lo registraron, descubrieron que no tenía un penique y le advirtieron que no volviera a intentarlo, y para que no olvidara le arrojaron un cubo de agua sucia. Eso provocó de inmediato otro ataque de temblores; tras lo cual, el señor Muñecas, hallándose de buen humor para hacerle una visita profesional a un amigo, se dirigió a Temple.

En los despachos no había nadie más que el joven Blight. Ese discreto joven, que comprendía que había una cierta incoherencia en la relación de ese cliente con la actividad que pudiera llegar algún día, contemporizó con

Muñecas con las mejores intenciones y le ofreció un chelín para que alquilara un coche y volviera a casa. El señor Muñecas aceptó el chelín, y pronto lo convirtió en dos raciones de tres peniques de conspiración contra su vida, y en otros dos de furioso arrepentimiento. Al regresar a los despachos con esa carga, el precavido Blight, que miraba por la ventana, lo divisó entrar en el patio; al instante, Blight cerró la puerta exterior y dejó que la desdichada criatura consumiera su furia en la madera.

Cuanto más se le resistía la puerta, más peligrosa e inminente se hacía la sangrienta conspiración contra su vida. Llegó la policía, y él reconoció en ellos a los conspiradores, emprendiéndola a golpes con aire feroz, voz ronca, ojos desorbitados, convulsiones y espuma por la boca. Fue inevitable ir a buscar un humilde utensilio, conocido por los conspiradores y que recibe el expresivo nombre de Camilla, y cuando lo ataron a ella quedó convertido en un fardo de harapos rotos; la voz y la conciencia se le escapaban y le quedaba un hilo de vida. Cuando ese utensilio salía por la puerta de Temple llevada por cuatro hombres, la pobre modista de muñecas y su amigo judío subían por la calle.

—Vamos a ver qué pasa —exclamó la modista—. Apresurémonos, que quiero verlo, madrina.

Y cómo se apresuró la presurosa muleta.

—¡Caballeros, caballeros, ese hombre es mío!

—¿Que es suyo? —dijo el responsable del grupo, deteniéndose.

—Sí, queridos caballeros, es mi niño, que ha salido sin permiso. ¡Mi pobre chico malo, muy malo! ¡Y no me conoce, no me conoce! ¡Qué voy a hacer! —exclamó la pobre criatura, dando palmadas furiosamente—. ¡Mi niño ya no me reconoce!

El responsable del grupo miró (y con razón) al anciano en busca de una explicación. Mientras la modista de muñecas se inclinaba sobre la agotada figura e intentaba en vano que diera signos de reconocerla, el responsable susurró:

—Es su padre, un borracho.

Cuando depositaron la carga en el suelo, Riah se llevó al responsable aparte y le susurró que le parecía que el hombre se estaba muriendo.

—¡No, qué va! —replicó el responsable. Pero al mirarlo no pareció tan seguro de sí mismo, y ordenó a los portadores—: Que lo lleven al médico más cercano.

Allí lo llevaron; desde dentro, el escaparate se convirtió en un muro de caras, transformadas en todo tipo de deformaciones a causa de tantos frascos globulares rojos, verdes, azules y de otros colores. Brillaba sobre él una luz espectral que de nada le servía, y la bestia que tan furiosamente se había debatido minutos antes ahora estaba inmóvil, con una extraña y misteriosa escritura en la cara, que se reflejaba de uno de los grandes frascos, como si la Muerte le hubiera ya marcado: «Mío».

El testimonio médico fue más preciso y atinado de lo que es a veces en los tribunales:

—Más vale que traigan algo para cubrirlo. Todo ha terminado.

Así fue como la policía mandó a buscar algo para cubrirlo, y fue cubierto y transportado por las calles mientras la gente se apartaba. Lo siguieron la modista de muñecas, que ocultaba la cara entre los faldones del abrigo del judío y se aferraba a ellos con una mano, mientras que la otra se apoyaba en la muleta. Lo llevaron a casa, y como la escalera era muy estrecha, lo dejaron en la sala (apartaron el banco de trabajo para hacerle sitio), y allí, en medio de los ojos sin vida de las muñecas, dejaron al señor Muñecas, sin vida en los suyos.

La modista tuvo que vestir a muchas muñecas presumidas antes de reunir el dinero para pagar el entierro del señor Muñecas. En cuanto al anciano, Riah, sentado a su lado y ayudándola en todo lo que podía, le resultó difícil averiguar si ella se daba cuenta realmente de que el difunto había sido su padre.

—Mi pobre niño —decía Lizzie—, de haberlo criado mejor, quizá su vida no hubiera sido tan mala. No es que me lo reproche. Espero no tener motivo para ello.

—Ninguno, Jenny, estoy totalmente seguro.

—Gracias, madrina. Me alegra oírle decir eso. Pero ya ve que es muy difícil criar bien a un muchacho cuando trabajas, trabajas y trabajas todo el día. Cuando él estaba sin empleo, no siempre podía tenerlo a mi lado. Se ponía nervioso y comenzaba a quejarse y me veía obligada a dejarlo salir.

Pero en la calle se me echaba a perder, siempre que no lo vigilaba se me echaba a perder. ¡Como suele pasar con los niños!

«¡Demasiado a menudo, incluso en este triste sentido!», se dijo el anciano.

—¡Cualquiera sabe cómo habría acabado de pequeña yo de no tener la espalda tan mal y las piernas tan flojas! —añadió la modista—. Lo único que podía hacer era trabajar, así que trabajaba. No podía jugar. Pero mi pobre niño desdichado sí podía jugar, y para él fue fatal.

—Y no solo para él, Jenny.

—¡Bueno! No sé, madrina. Sufría tremendamente, mi pobre muchacho. A veces estaba muy, muy enfermo. Y yo le ponía como chupa de dómene —decía Lizzie negando con la cabeza y llorando mientras cosía—. Y no sé si el que mi hijo se descarriara fue para mí lo peor. Si fue así como, olvidémoslo.

—Eres una buena chica, y paciente.

—En cuanto a lo de paciente —replicó ella encogiéndose de hombros—, muy poco, madrina. De haber sido paciente, no le habría dicho de todo. Pero esperaba que fuera por su bien. Y además, me parecía que era mi responsabilidad como madre. Intenté razonar, pero eso no sirvió. Intenté convencerlo por las buenas, y no sirvió. Probé a reñirlo, y no sirvió. Pero tenía que intentarlo todo, con esa responsabilidad en mis manos. ¡De no haber intentado nada, no habría cumplido con mi deber hacia el pobre niño perdido!

Con esa conversación, casi toda ella en tono alegre por parte de la industriosa criatura, se pasaron trabajando agradablemente el día y la noche, hasta que se hubieron entregado las suficientes muñecas elegantemente vestidas para llevar a la cocina, donde estaba ahora el banco de trabajo, el sombrío material que la ocasión requería, así como para llenar la casa de otros sombríos preparativos.

—Y ahora —dijo la señorita Jenny—, tras haber arreglado a mis amiguitas de mejillas sonrosadas, voy a arreglarme yo, con mis mejillas blancas. —Se refería a su propio vestido, que por fin estaba acabado—. La desventaja de coser para ti —dijo la señorita Jenny, encaramándose a una silla para verse en el espejo— es que no puedes cobrarle a nadie el trabajo, y la ventaja es que no has de salir para que se lo prueben. ¡Mmm...! ¡Está muy bien! ¡Si Él pudiera verme ahora (quienquiera que sea), no se arrepentiría de su elección!

Ella misma había hecho los sencillos preparativos de la ceremonia, y así se los explicó a Riah:

—Mi intención es ir sola, madrina, en mi carruaje habitual, y que usted me guarde la casa mientras estoy fuera. No está lejos. Y cuando regrese tomaremos una taza de té y charlaremos sobre los planes para el futuro. La última morada que he sido capaz de ofrecerle a mi pobre y desgraciado muchacho es muy sencilla; pero él la aceptará porque se ha hecho con la mejor voluntad, si es que llega a enterarse; y si no llega a enterarse —añadió con un sollozo, secándose los ojos—, bueno, entonces le va a dar igual. Sé muy bien que el devocionario dice que nada traemos a este mundo y que desde luego nada nos llevamos. Me consuela por no haber podido alquilar para mi pobre niño todas esas cosas estúpidas que tienen en las pompas fúnebres, como si yo intentara sacarlas de contrabando de este mundo con él, cuando ese intento está condenado al fracaso, y debería traerlas de vuelta. Así pues, no habrá nada que traer, excepto yo, y eso es normal, ¡ya que algún día yo no volveré!

Después de haber sido transportado anteriormente por la calle, el desdichado anciano pareció ser enterrado dos veces. Media docena de hombres de cara enrojecida y abotargada lo cogieron por los hombros, lo llevaron hasta el cementerio, y caminaron precedidos de otro hombre de cara enrojecida y abotargada, que afectaba un andar solemne, como si fuera un policía de la División de la M(uerte), y ceremoniosamente encabezaba el cortejo fingiendo no conocer a aquellos compinches suyos. No obstante, el espectáculo de aquella criaturita que renqueaba tras ellos hacía que muchos volvieran la cabeza con una expresión de interés.

Al final metieron al molesto finado en la fosa para que lo enterraran, y el hombre de paso majestuoso emprendió majestuosamente el camino de regreso delante de la solitaria modista, como si esta estuviese moralmente obligada a no saber muy bien cuál era el camino de vuelta. Una vez apaciguadas esas Furias, los convencionalismos, él la dejó sola.

—Debo llorar un poco, madrina, antes de recobrar mi buen humor para siempre —dijo la criaturita nada más entrar—. Porque, después de todo, un hijo es un hijo.

Fue un llanto más largo de lo esperado. No obstante, tuvo lugar hasta su fin en un rincón en penumbra, y luego la modista salió de allí, se lavó la cara

y preparó el té.

—No le importa que corte estos retales mientras tomamos el té, ¿verdad? —le preguntó a su amigo el judío con aire engatusador.

—Querida Cenicienta —objetó el anciano—, ¿es que nunca descansas?

—¡Oh! Cortar un patrón no es trabajar —dijo la señorita Jenny, aplicando sus trabajadoras tijeras a un papel—. La verdad, madrina, es que quiero cortarlo antes de que se me vaya de la cabeza.



—¿Lo has visto hoy? —preguntó Riah.

—Sí, madrina. Lo acabo de ver. Es una sobrepelliz, eso es. Una cosa que llevan los clérigos, ¿sabe? —le explicó la señorita Jenny, en consideración a que él pertenecía a otra fe.

—¿Y qué vas a hacer con ella, Jenny?

—Bueno, madrina —replicó la modista—, ha de saber que nosotros, los profesionales que vivimos de nuestro gusto e invención, estamos obligados a mantener los ojos siempre abiertos. Y ya sabe que ahora tenemos muchos gastos extra. De manera que, mientras lloraba en la tumba de mi pobre niño, he pensado que se podría hacer algo con las ropas de un clérigo.

—¿Y qué se puede hacer? —preguntó el anciano.

—¡Un funeral no, no tema! —repuso la señorita Jenny, anticipándose a su objeción con un asentimiento de cabeza—. Al público no le gusta la tristeza, lo sé muy bien. Rara vez me llaman para que les haga vestidos de luto a mis jóvenes amigas; es decir, no luto de verdad; el luto de corte sí que les gusta bastante. Pero una muñeca clérigo, de rizos negros y lustrosos y patillas, uniendo a dos de mis jóvenes amigos en matrimonio —dijo la señorita Jenny agitando el dedo índice—, eso es otro cantar. ¡Si en breve no ve a esos tres en el altar de Bond Street, me llamo Rita!

Con su diestra y rápida manera de moverse, metió una muñeca dentro de un atavío de papel marrón blancuzco antes de acabar la merienda, y la mostraba para edificación del judío cuando llamaron a la puerta de la calle. Riah fue a abrir, y enseguida regresó, con ese aire grave y cortés que tan bien le iba, haciendo entrar a un caballero.

La modista no conocía a ese caballero; pero en el momento en que él la miró hubo algo en su actitud que le trajo recuerdos del señor Eugene Wrayburn.

—Perdóneme —dijo el caballero—. ¿Es usted la modista de muñecas?

—Soy la modista de muñecas, señor.

—¿La amiga de Lizzie Hexam?

—Sí, señor —replicó la señorita Jenny, poniéndose al momento a la defensiva—. Y amiga de Lizzie Hexam.

—Tengo aquí una nota para ella, en la que se le suplica que acceda a la petición del señor Mortimer Lightwood, el portador. Da la casualidad de que el señor Riah sabe que soy el señor Mortimer Lightwood, y se lo dirá.

Riah asintió para corroborarlo.

—¿Quiere leer la nota?

—Es muy corta —dijo Jenny, con una mirada de asombro, cuando la hubo leído.

—No había tiempo para alargarse más. Cada minuto era precioso. Mi querido amigo Eugene Wrayburn está muriéndose.

La modista juntó las manos y emitió un grito lastimero.

—Está muriéndose a cierta distancia de aquí —repitió Lightwood con

emoción—. Está agonizando a causa de las heridas sufridas a manos de un villano que le atacó en la oscuridad. Vengo directamente de su lecho de muerte. Está casi inconsciente. En un breve intervalo de conciencia, o al menos de conciencia parcial, entendí que solicitaba su presencia a su lado. Como no acababa de confiar en mi interpretación de los confusos sonidos que emitía, hice que Lizzie lo escuchara. Los dos quedamos convencidos de que preguntaba por usted.

La modista, con las manos entrelazadas, paseó su mirada alarmada de uno a otro de sus compañeros.

—Si se demora, podría morir sin ver cumplida su petición, sin que su último deseo, que me confió a mí (hace mucho que somos más que hermanos), se cumpliera. Si digo más me pondré a llorar.

Unos instantes después, Lizzie se había hecho con su muleta y su capota negra, el judío quedaba custodiando la casa, y la modista de muñecas, acomodada en una silla de posta al lado de Mortimer Lightwood, salía de la ciudad.

Capítulo X

La modista de muñecas descubre una palabra

Una habitación en penumbra y silencio; al otro lado de las ventanas, el río discurriendo hacia el océano; una figura en la cama, envuelta en vendajes de pies a cabeza, yacía inerte boca arriba, con los dos brazos inútiles entablillados a los lados. Aunque la modista de muñecas solo llevaba allí dos días, se había familiarizado tanto con la escena que ahora esta ocupaba el lugar donde dos días atrás había recuerdos de años.

El herido apenas se había movido desde su llegada. A veces tenía los ojos abiertos, a veces cerrados. Cuando los abría, no aparecía expresión en su mirada fija, sin parpadeos, y clavada en un lugar que tenían delante, aparte de un breve ceño que se hacía débil expresión de cólera, o de sorpresa. Entonces Mortimer Lightwood le hablaba, y a veces le hacía reaccionar hasta el punto de intentar pronunciar el nombre de su amigo. Pero en un instante volvía a quedar inconsciente, y ya no quedaba espíritu de Eugene en la aplastada forma exterior de Eugene.

Ellos le proporcionaron a Jenny materiales para que pudiera seguir trabajando, y al pie de la cama le colocaron una mesita. Sentada allí, con su profusa cascada de cabellos derramándose sobre el respaldo de la silla, esperaban que llegara a llamar la atención de Eugene. A ese mismo fin ella cantaba, a veces solo entre dientes, cuando él abría los ojos, o cuando veía que convertía el ceño en una débil expresión, tan evanescente que era como una sombra en el agua. Pero, hasta ese momento, Eugene no se había dado cuenta de nada. Esos «ellos» que hemos mencionado eran el médico que le acompañaba; Lizzie, que estaba allí en sus intervalos de descanso; y Lightwood, que nunca lo abandonaba.

Los dos días se hicieron tres, y los tres, cuatro. Al final, de manera inesperada, Eugene dijo algo en un susurro.

—¿Qué has dicho, querido Eugene?

—¿Lo harás, Mortimer?

—¿El qué?

—¿Mandar a buscarla?

—Mi querido amigo, ya está aquí.

Inconsciente del largo intervalo transcurrido, suponía que continuaban la conversación de días atrás.

La pequeña modista se levantó al pie de la cama, canturreando su canción y asintiéndole jovialmente.

—No puedo estrecharte la mano, Jenny —dijo Eugene, con algo de su antigua expresión—, pero me alegro de verte.

Mortimer se lo repitió a Jenny, pues sus palabras solo podían oírse inclinándose hacia él y escuchando de cerca sus intentos de hablar. Al poco añadió:

—Pregúntale si ha visto a los niños.

Mortimer no entendió a qué se refería, ni tampoco Jenny, hasta que no añadió:

—Pregúntale si ha oído las flores.

—¡Oh! ¡Ya sé! —exclamó Jenny—. ¡Ahora le entiendo! —A continuación ella se acercó rápidamente y Lightwood le cedió su lugar, y ella dijo, inclinándose hacia la cama, más animada—: ¿Se refiere a esos niños que bajaban en largas hileras brillantes e inclinadas, que me traían reposo y bienestar? ¿Se refiere a los niños que venían a llevarme allí arriba y me hacían ser ligera?



EUGENE'S BEDSIDE.

Eugene sonrió y dijo:

—Sí.

—No los he visto desde que le vi a usted por primera vez. Ahora nunca los veo, pero ya casi no tengo dolor.

—Era una hermosa fantasía —dijo Eugene.

—Pero he oído cantar a mis pájaros —exclamó la criaturita—, y he olido mis flores. ¡Ya lo creo que sí! ¡Y eran de lo más hermoso y divino!

—Quédate y ayuda a cuidarme —dijo Eugene con un hilo de voz—. Me gustaría que tuvieras esa fantasía aquí, antes de que me muera.

Ella le tocó los labios, y se protegió la mirada con la misma mano mientras regresaba a su trabajo y a su canturreo. Eugene oyó la canción con

evidente placer, hasta que ella la dejó diluirse gradualmente en el silencio.

—Mortimer.

—Mi querido Eugene.

—Si puedes darme algo que me ayude a quedarme aquí unos minutos...

—¿A quedarte aquí, Eugene?

—A impedir que me vaya no sé adónde... pues comienzo a darme cuenta de que acabo de volver, y que volveré a irme... ¡Hazlo, muchacho!

Mortimer le administró todos los estimulantes posibles sin peligro para su vida (siempre los tenían a mano, a punto), e, inclinándose de nuevo sobre él, estaba a punto de advertirle algo cuando Eugene dijo:

—No me digas que no hable, pues debo hablar. Si supieras la angustia que me acosa, me corroe y me agota cuando voy por esos lugares... ¿Dónde están esos espacios infinitos, Mortimer? ¡Deben de hallarse a una distancia inmensa!

Vio en la cara de su amigo que volvía a irse, pues añadió al cabo de un momento:

—No tengas miedo... aún no me he ido. ¿Qué decíamos?

—Querías decirme algo, Eugene. Mi pobre amigo, querías decirle algo a tu viejo camarada, a un camarada que siempre te ha querido, admirado, imitado, que te ha tenido como modelo, que no ha sido nada sin ti, ¡y que sabe Dios que se cambiaría por ti si pudiera!

—¡Calla, calla! —dijo Eugene con una tierna mirada mientras el otro se tapaba la cara con la mano—. No soy digno de nada de eso. Reconozco que me gusta, muchacho, pero no soy digno. Este ataque, Mortimer; este asesinato...

Su amigo se inclinó sobre él con renovada atención y dijo:

—Tú y yo sospechamos de alguien.

—Más que sospechar. Pero, Mortimer, mientras yazca aquí, y cuando ya no yazca aquí, confío en que el culpable nunca comparezca ante la justicia.

—¿Eugene?

—La inocente reputación de Lizzie quedaría arruinada, amigo mío. Ella

sería la castigada, no él. La verdad es que a ella ya la he perjudicado bastante; y aún más con mis intenciones. Ya sabes qué camino es el que está adoquinado de buenas intenciones. También lo está de malas intenciones. ¡Mortimer, estoy tendido en él, y lo sé!

—Cálmate, querido Eugene.

—Lo haré cuando me lo hayas prometido. Querido Mortimer, nunca hay que perseguir a ese hombre. Si lo acusaran, haz que no diga nada y se salve. No pienses en vengarme; piensa solo en echar tierra sobre el asunto y en protegerla. Puedes embrollar el caso y alterar las circunstancias. Escucha lo que te digo. No fue el maestro, Bradley Headstone. ¿Me oyes? Segunda vez: no fue el maestro, Bradley Headstone. ¿Me oyes? Tercera vez: no fue el maestro, Bradley Headstone.

Calló, exhausto. Había hablado en susurros, con palabras confusas y entrecortadas; pero mediante un gran esfuerzo había dejado claro lo que quería decir.

—Querido amigo, me voy. Quédate otro momento a mi lado, si puedes.

Lightwood le puso la mano en el cuello, le levantó la cabeza y le llevó vino a los labios. Se recuperó.

—No sé cuánto hace que ocurrió, si semanas, días u horas. Tanto da. Hay una investigación en marcha, se busca al culpable. ¡Dilo! ¿La hay o no?

—Sí.

—¡Párala, desvíala! No dejes que la interroguen a ella. Protégela. Si llevan al culpable ante la justicia, envenenará su nombre. Que el culpable quede sin castigo. ¡Lizzie y la reparación que le debo ante todo! ¡Prométemelo!

—Sí, Eugene. ¡Te lo prometo!

Cuando volvió la mirada agradecida hacia su amigo, volvió a irse. La mirada le quedó fija e inexpresiva, como antes.

Horas y horas, días y días permaneció en el mismo estado. Había veces en que hablaba tranquilamente con su amigo tras un largo periodo de inconsciencia, y decía que estaba mejor, y pedía algo. Antes de que se lo dieran, volvía a irse.

La modista de muñecas, ahora dulcificada y compasiva, le vigilaba con una atención que nunca se relajaba. Regularmente cambiaba el hielo o el alcohol refrescante que Eugene tenía en la cabeza, y de vez en cuando aplicaba la oreja al almohadón, a la escucha de cualquier débil palabra que pronunciara en sus ausencias. Resultaba asombroso que pudiera permanecer a su lado durante tantas horas al día, acucillada, atenta al más leve gemido. Como no podía mover ni una mano, era incapaz de hacer signos de malestar; pero si se le observaba atentamente (o quizá mediante una simpatía o facultad secreta), la criaturita conseguía entender cosas que a Lightwood se le escapaban. Mortimer a menudo se volvía hacia ella, como si fuera la intérprete entre el mundo sensible y el hombre insensible; y ella le cambiaba un vendaje, o le aflojaba una ligadura, o le giraba la cara, o cambiaba la presión que le hacían las ropas de cama, con la certeza absoluta de hacer lo correcto. Sin duda tenían que ver en ello la suavidad y ligereza de tacto que tanto se le habían refinado con la práctica de trabajar en miniatura; pero su percepción era al menos igual de sutil.

Eugene murmuró millones de veces la palabra «Lizzie». En cierta fase de su sufrimiento, que fue el peor para aquellos que lo atendían, hacía rodar la cabeza por encima de la almohada, repitiendo el nombre de manera precipitada e impaciente, con el dolor de una mente perturbada y la monotonía de una máquina. Del mismo modo, cuando Eugene permanecía quieto y con la mirada fija, lo repetía durante horas sin parar, aunque siempre en un tono de apagada advertencia y horror. La presencia y la mano de Jenny en su pecho o en la cara a menudo acallaban todo eso, y entonces aprendieron a esperar sus momentos de tranquilidad, cuando estaba con los ojos cerrados, y sus momentos de conciencia, cuando los abría. Pero la triste decepción de su esperanza —revivida por el silencio de bienvenida de la habitación— era que su espíritu volvía a irse en el momento en que ellos se alegraban de que estuviera con ellos.

Para quienes lo contemplaban, era horrible verle surgir de esas profundidades en las que se ahogaba para acabar hundiéndose otra vez. Pero gradualmente se fue produciendo en Eugene un lento cambio que le resultaba espantoso. Su deseo de comunicar algo que tenía en la cabeza, su inexpresable anhelo de hablar con su amigo y comunicarse con él, le atribulaban tanto cuando recobraba la conciencia que el tiempo que esta duraba se iba acortando. Al igual que el hombre que lucha por salir a la

superficie desaparece antes por agitarse en el agua, su agitada lucha le hacía volver a irse.

Una tarde en que había estado tranquilo, y Lizzie, a la que no había reconocido, acababa de salir para ir a trabajar, Eugene pronunció el nombre de Lightwood.

—Mi querido Eugene, estoy aquí.

—¿Cuánto va a durar esto, Mortimer?

Lightwood negó con la cabeza.

—Sin embargo, no has empeorado, Eugene.

—Pero sé que no hay esperanza. No obstante, rezo para durar lo suficiente como para que me hagas un último favor, y para que yo haga una última cosa. Mantenme aquí unos momentos, Mortimer. ¡Inténtalo, inténtalo!

Su amigo le dio todo lo que pudo y lo animó a creer que estaba más sereno, aunque sus ojos perdieran la expresión que rara vez recuperaban.

—Retenme, querido amigo, si puedes. Detén mi marcha. ¡Me voy!

—Aún no, aún no. Dime, Eugene, ¿qué he de hacer?

—Mantenme aquí solo un minuto más. Me voy otra vez. No dejes que me vaya. Escúchame primero. ¡Detenme... detenme!

—Mi pobre Eugene, intenta serenarte.

—Lo intento. No sabes cuánto. ¡Si supieras cómo lo intento! No dejes que me vaya hasta que haya hablado. Dame un poco más de vino.

Lightwood obedeció. Eugene, con una conmovedora lucha contra la inconsciencia que se apoderaba de él, y con una mirada de súplica que afectó profundamente a su amigo, dijo:

—Puedes dejarme con Jenny mientras hablas con ella y le dices lo que le imploro. Déjame con Jenny mientras estás fuera. No has de hacer gran cosa. No tardarás mucho.

—No, no, no. ¡Pero dime qué tengo que hacer, Eugene!

—¡Me voy! ¡No consigues retenerme!

—¡Dime una palabra, Eugene!

Quedó con la mirada fija de nuevo, y la única palabra que salió de sus labios fue la repetida millones de veces. «Lizzie», «Lizzie», «Lizzie».

Pero la atenta modista había estado tan vigilante como siempre, y se acercó y tocó el brazo de Lightwood mientras este miraba a su amigo sin saber qué hacer.

—¡Chitón! —dijo Jenny, llevándose un dedo a los labios—. Se le cierran los ojos. Estará consciente cuando vuelva a abrirlos. ¿Quiere que le diga qué palabra podría pronunciar usted para ayudarle?

—¡Oh, Jenny, si pudieras decirme la palabra adecuada!

—Puedo. Agáchese.

Mortimer se agachó y ella le susurró al oído. Le susurró al oído una palabra de tres sílabas. Lightwood dio un respingo y se la quedó mirando.

—Pruebe —dijo la criaturita con un gesto de entusiasmo, exultante.

Se inclinó hacia el hombre inconsciente, y, por primera vez, lo besó en la mejilla, y besó la mano herida que quedaba más cerca de ella. A continuación, regresó al pie de la cama.

Unas dos horas más tarde, Mortimer Lightwood vio que su camarada volvía a la conciencia, y al instante, pero muy tranquilamente, se inclinó sobre él.

—No hables, Eugene. Solo mírame y escúchame. Atiende a lo que digo.

Eugene asintió.

—Voy a regresar al punto en que nos quedamos. La palabra a la que habríamos llegado al cabo de poco... es... ¿esposa?

—¡Dios te bendiga, Mortimer!

—¡Calla! No te excites. No hables. Escúchame, querido Eugene. Mientras estés aquí tendido, tu mente estará más en paz si conviertes a Lizzie en tu esposa. Deseas que hable con ella, y se lo diga, y le suplique que sea tu esposa. Le pides que se arrodille junto a tu cama y se case contigo, para que tu reparación sea completa. ¿Es eso?

—Sí. ¡Dios te bendiga! Sí.

—Así se hará, Eugene. Confía en mí. Tendré que ausentarme unas horas

para cumplir tus deseos. ¿Te das cuenta de que esto es inevitable?

—Querido amigo, ya te lo había dicho.

—Cierto. Pero entonces no tenía la clave. ¿Cómo crees que la he obtenido?

Mirando atentamente a su alrededor, Eugene vio a la señorita Jenny al pie de la cama, observándolo con los codos en la cama y la cabeza en las manos. Mientras Eugene intentaba sonreírle, tenía un aire de lo más singular.

—Pues sí —dijo Lightwood—, suyo ha sido el descubrimiento. Fíjate en una cosa, mi querido Eugene; mientras esté ausente, sabrás que he ido a cumplir mi encargo con Lizzie porque Jenny estará aquí, en mi lugar a tu lado, y ya no se moverá. Una última palabra antes de irme. Así es como debe obrar un hombre de verdad, Eugene. Y creo solemnemente que si la Providencia tiene compasión de ti y hace que vuelvas a nosotros, te encontrarás con la bendición de una noble esposa en la persona que te salvó la vida, a la que amas muchísimo.

—Amén. Estoy seguro de eso. Pero no saldré de esta, Mortimer.

—Por casarte no tendrás menos esperanzas ni menos fuerzas, Eugene.

—No. Toca mi cara con la tuya por si no consigo aguantar hasta que vuelvas. Te quiero, Mortimer. No te preocupes por mí mientras estés fuera. Si mi valerosa muchacha me acepta, estoy convencido de que viviré lo suficiente para casarme, querido amigo.

La señorita Jenny se apartó completamente de la despedida que tenía lugar entre los dos amigos, y, sentada de espaldas a la cama y entre la enramada de sus relucientes cabellos, lloró desconsoladamente, aunque sin hacer ruido. Mortimer Lightwood no tardó en marcharse. A medida que la luz de la tarde alargaba los tristes reflejos de los árboles en el río, otra figura entraba con paso suave en la habitación del enfermo.

—¿Está consciente? —preguntó la modista mientras la figura recién llegada se colocaba junto al almohadón.

Pues Jenny le había cedido el sitio de inmediato, y desde su nueva y apartada posición, en la habitación en penumbra, no podía ver la cara del herido.

—Está consciente, Jenny —murmuró Eugene para sí—. Conoce a su

esposa.

Capítulo XI

Se hace realidad el descubrimiento de la modista de muñecas

La señora de John Rokesmith estaba cosiendo en su pequeña y bonita habitación, junto a un cesto de bonitas ropas de talla pequeña que hasta tal punto parecían obra de una modista de muñecas que se diría que pensaba hacerle la competencia a la señorita Wren. No estaba muy claro si la Perfecta Ama de Casa Inglesa le había impartido sabios consejos acerca de su confección, pero lo más probable era que no, pues ese críptico oráculo no se veía por ninguna parte. Aunque lo cierto era que la señora de John Rokesmith daba puntadas con una mano tan diestra que debía de haber tomado clases de alguien. En todas las cosas, el amor es un maestro maravilloso, y puede que fuera el amor (desde el punto de vista pictórico, sin más atavío que un dedal) quien le había estado enseñando esa rama del arte de la costura a la señora de John Rokesmith.

Era casi la hora en que John volvía a casa, pero como la señora de John Rokesmith estaba deseosa de obtener un éxito especial con esa habilidad antes de la cena, no salió a encontrarse con él. Plácida, aunque bastante sonriente, se quedó dando puntadas con un sonido regular, y parecía una especie de encantador reloj de porcelana de Dresde con hoyuelos fabricados por el mejor relojero.

Llamaron a la puerta y sonó la campanilla. No era John; o Bella hubiera volado a recibirlo. Entonces, ¿quién era? Bella se hacía esa pregunta cuando entró muy agitada aquella criada tan boba, diciendo:

—¡El señor Lightwood!

¡Dios santo!

Bella apenas tuvo tiempo de arrojar un pañuelo sobre el cesto cuando el señor Lightwood le hizo una inclinación de cabeza. Algo le ocurría al señor Lightwood, pues se le veía extrañamente serio y como enfermo.

El señor Lightwood, con una breve referencia a la época feliz en que tuvo

el privilegio de conocer a la señora Rokesmith como señorita Wilfer, le explicó qué le ocurría y por qué se había presentado en su casa. Había ido para transmitirle el deseo de Lizzie Hexam de que la señora de John Rokesmith estuviera en su boda.

Esa petición emocionó tanto a Bella, al igual que la breve narración que él le hizo de manera emotiva, que jamás una botella de sales aromáticas llegó tan a tiempo como la llamada de John.

—Mi marido —dijo Bella—. Lo traeré aquí.

Pero eso resultó más fácil de decir que de hacer; pues, en cuanto mencionó el nombre del señor Lightwood, John se quedó clavado, con la mano en la cerradura de la puerta de la calle.

—Ven arriba, querida.

Bella estaba asombrada del rubor de la cara de su marido, y por el hecho de que enseguida diera media vuelta. «¿A qué se deberá?», se dijo, mientras le acompañaba arriba.

—Y ahora, vida mía —dijo John, sentándola sobre sus rodillas—, cuéntamelo todo.

Por mucho que dijese «cuéntamelo todo», John se sentía muy confuso. Y mientras Bella se lo contaba todo, su atención de vez en cuando se extraviaba. No obstante, ella sabía que John sentía un gran interés por Lizzie y su suerte. ¿Qué podía significar?

—¿Vendrás a esa boda conmigo, querido John?

—N-no, amor mío; no puedo.

—¿Que no puedes, John?

—No, querida, de ninguna manera. No hay ni que pensar en ello.

—¿Tengo que ir sola, John?

—No, querida, irás con el señor Lightwood.

—¿No crees que ha llegado el momento de bajar a ver al señor Lightwood, querido John? —insinuó Bella.

—Querida, tienes que bajar ya, pero debo pedirte que me excuses delante de él.

—¿No me dirás, John, que no piensas verle? Bueno, sabe que has vuelto a casa. Se lo he dicho.

—Eso es un pequeño contratiempo, pero no se puede evitar. Por suerte o por desgracia, no puedo verle de ninguna manera, amor mío.

Bella rebuscó en su mente cuál podía ser la razón de ese inexplicable comportamiento mientras estaba sentada en sus rodillas, asombrada y con los labios en un puchero. Se le ocurrió un motivo de poco peso.

—John, querido, ¿no estarás celoso del señor Lightwood?

—Vamos, preciosa —replicó su marido con una franca carcajada—, ¿cómo voy a estar celoso de él? ¿Y por qué iba a estarlo?

—Porque, ¿sabes, John? —añadió Bella reforzando el puchero—, aunque en una época fue un admirador mío, no fue mi culpa.

—Fue culpa tuya que yo te admirara —replicó su marido con cara de estar orgulloso de ella—, ¿por qué no iba a ser culpa tuya que él te admirara? Pero ¿celoso por eso? ¡Bueno, creo que me volvería loco si me pusiera celoso de todo aquel que encontrara a mi esposa guapa y encantadora!

—Estoy medio enfadada contigo, John —dijo Bella, riendo un poco—, y medio contenta; porque eres un hombre tan tonto, y sin embargo dices cosas tan bonitas como si hablasen en serio. No se haga el misterioso, señor. ¿Es que sabes algo malo del señor Lightwood?

—No, amor mío.

—¿Alguna vez te ha hecho algo, John?

—Nunca me ha hecho nada, querida. No tengo contra él más de lo que pueda tener contra el señor Wrayburn; nunca me ha hecho nada; no tampoco el señor Wrayburn. Y, no obstante, no quiero ver a ninguno de los dos.

—¡Oh, John! —replicó Bella, como si lo diera por imposible, como antes se daba a ella—. ¡Pareces una esfinge! Y una esfinge casada no es... no es un marido simpático que te hace confidencias —dijo Bella en tono de ofensa.

—Bella, vida mía —dijo John Rokesmith tocándole la mejilla y poniendo una grave sonrisa, mientras ella bajaba los ojos y ponía otro puchero—. Mírame, quiero hablar contigo.

—¿En serio, Barba Azul de la cámara secreta? —preguntó Bella,

deshaciendo el mohín.

—En serio. Y confieso lo de la cámara secreta. ¿No te acuerdas que me pediste que no dijera lo que pensaba de tus elevadas cualidades hasta que te pusiera a prueba?

—Sí, querido John. Y lo decía totalmente en serio, totalmente.

—Llegará el momento, querida (no soy profeta, pero lo digo), en que se te pondrá a prueba. Creo que llegará el momento en que se te someterá a una dura prueba que no pasarás triunfalmente por mí si no me otorgas tu absoluta confianza.

—Entonces no dudes de mí, John, pues te entrego mi absoluta confianza, y confío ahora en ti y siempre confiaré. No me juzgues por una pequeñez como esta, John. En las cosas pequeñas, yo también soy pequeña... siempre lo he sido. Pero en las cosas grandes, espero que no; ¡no quiero presumir, John, pero espero que no!

Mientras John sentía los amorosos brazos de ella en torno a él, estaba aún más convencido que ella de la verdad de sus palabras. De haber podido apostar todas las riquezas del Basurero de Oro, las habría apostado hasta el último penique por la fidelidad a toda prueba de aquel corazón afectuoso y confiado.

—Ahora voy a bajar y marcharme con el señor Lightwood —dijo Bella, poniéndose en pie de un salto—. A la hora de hacer las maletas, eres de lo más torpe, y lo dejas todo revuelto y lleno de arrugas; pero si te portas bien, y me prometes no hacerlo más (¡aunque no sé lo que has hecho!), puedes recogerme unas cuantas cosas para pasar la noche mientras me pongo la capota.

Él la obedeció alegremente, y ella se hizo un nudo bajo su barbilla con hoyuelos, sacudió la cabeza dentro de la capota, dejó visibles los lazos de las cintas, se puso los guantes, dedo a dedo, y finalmente embutió en ellos sus manos rollizas, para a continuación despedirse y bajar. La impaciencia del señor Lightwood quedó muy aliviada cuando la vio vestida para salir.

—¿El señor Rokesmith viene con nosotros? —dijo vacilante y mirando hacia la puerta.

—¡Oh, se me olvidaba! —repuso Bella—. Le manda sus saludos. Tiene la

cara hinchada del tamaño de dos, y se ha ido directamente a la cama, el pobrecillo, a esperar a que venga el médico con la lanceta.

—Es curioso —observó Lightwood— que nunca haya visto al señor Rokesmith, aunque hayamos participado en los mismos asuntos.

—¿De verdad? —dijo Bella, sin ruborizarse.

—Comienzo a pensar que nunca le veré —comentó Lightwood.

—A veces ocurren cosas tan raras —dijo Bella con el gesto inmutable— que parece que haya en ellas una especie de fatalidad. Pero estoy preparada, señor Lightwood.

Salieron enseguida en un pequeño carruaje que Lightwood había traído con él desde el inolvidable Greenwich; y desde Greenwich partieron enseguida hacia Londres; y en Londres esperaron en la estación hasta que se unieron a ellos el reverendo Frank Milvey y Margaretta, su esposa, con quienes ya había hablado Lightwood.

Esa digna pareja se demoró por culpa de una increíble anciana de la parroquia que era el azote de sus vidas, y a la que soportaban con la más ejemplar amabilidad y buen humor, a pesar de ser portadora del virus del absurdo, que contagiaba a todo y a todos los que se relacionaban con ella. Formaba parte de la congregación del reverendo Frank, y procuraba distinguirse dentro de esa agrupación por llorar de manera notoria ante cualquier cosa que dijera el reverendo Frank en su ministerio público, por alegre que fuese; y se aplicaba a sí misma las diversas lamentaciones de David, y se quejaba de una manera personalmente ofendida (siempre se la oía a la zaga del pastor y de los demás fieles) de que sus enemigos cavaban una fosa ante ella y la quebrantaban con cetro de hierro.^[34] A decir verdad, esa anciana viuda pronunciaba esa parte del servicio de la mañana y de la tarde como si presentara una queja bajo juramento y le solicitara a un magistrado una orden de detención. Pero esa no era su característica más molesta, sino el hecho de que tuviera la impresión, generalmente cuando hacía mal tiempo o al amanecer, de que tenía algo en la cabeza y necesitaba la presencia inmediata del reverendo Frank para quitarse de encima esa obsesión. Muchas veces se había levantado esa amable criatura, había ido a casa de la señora Sprogdgin (tal era el nombre de su discípula), reprimiendo con fuerza la comicidad que le provocaba con su fuerte sentido del deber, y sabiendo perfectamente que lo único que sacaría de eso sería un resfriado. No obstante,

el reverendo Frank Milvey y señora, cuando no estaban a solas, rara vez insinuaban que la señora Sprodgkin no merecía las molestias que causaba; pero los dos se lo tomaban lo mejor que podían, al igual que todas las demás molestias.

Esta exigente discípula de su grey parecía dotada de un sexto sentido a la hora de saber cuándo el reverendo Frank Milvey menos deseaba su compañía, y justo entonces aparecía con prontitud en su pequeño vestíbulo. Por tanto, cuando el reverendo Frank hubo acordado de buena gana que él y su esposa acompañarían a Lightwood, dijo, como si fuera lo más natural:

—Apresurémonos, Margaretta, o aparecerá la señora Sprodgkin.

A lo que la señora Milvey replicó, con su aire agradablemente enfático habitual:

—¡Oh sí, pues es tan aguafiestas, Frank, y tan fastidiosa!

Apenas se hubieron pronunciado esas palabras, se anunció que el objeto de ellas esperaba fielmente abajo, y deseaba consejo en un tema espiritual. Como los puntos que la señora Sprodgkin necesitaba elucidar rara vez eran de naturaleza acuciante (como Quién engendró a Quién, o información acerca de los amorreos), la señora Milvey, en esa ocasión especial, recurrió a la estratagema de sobornarla para que se fuera con un regalo de té y azúcar, y una hogaza de pan y mantequilla. La señora Sprodgkin aceptó esos regalos, pero siguió insistiendo en permanecer en el vestíbulo para presentarle sus respetos al reverendo Milvey en cuanto saliera. Y este, diciendo incautamente, con su simpatía habitual: «¡Vaya, Sally, aquí estás!», se vio sometido a la discursiva alocución que le lanzó la señora Sprodgkin, que giró alrededor de que consideraba el té y el azúcar como si fueran mirra e incienso, y el pan y la mantequilla idénticos a las langostas y la miel silvestre. La señora Sprodgkin, tras haberles comunicado una información tan edificante, quedó aún perorando en el vestíbulo, mientras el señor y la señora Milvey corrían acalorados hacia la estación. De todo lo cual dejamos aquí constancia en honor de esa pareja de buenos cristianos, representativos de centenares de parejas de buenos cristianos tan escrupulosos como útiles, que funde la pequeñez de su obra en otra mayor, y no ven pérdida de dignidad al adaptarse a las patrañas de otras personas.

—En el último momento me detuvo una persona a la que no podía negarme a escuchar —fue la disculpa del reverendo Milvey ante Lightwood,

sin pensar en sí mismo.

A lo que la señora Milvey añadió, pensando en él, como la defensora esposa que era:

—Oh, sí, le detuvo en el último momento. Pero eso de que no podías negarte a escuchar, Frank, debo decir que a veces me parece que eres demasiado considerado y permites que abusen un poco de ti.

Bella se dio cuenta de que, a pesar de que ella había acudido nada más ser avisada, la ausencia de su marido sería una sorpresa desagradable para los Milvey. Tampoco se la vio muy tranquila cuando la señora Milvey preguntó:

—¿Cómo está el señor Rokesmith? ¿Se nos ha adelantado, o vendrá después?

Como esas palabras obligaban de nuevo a Bella a acostar a su marido y a tenerlo esperando la lanceta, así lo hizo. Pero en la segunda ocasión no resultó tan convincente como en la primera; porque una mentira bien intencionada, dicha dos veces, casi parece adquirir mala intención, si no estás acostumbrado a decirlas.

—¡Oh, querida! —dijo la señora Milvey—. ¡Lo siento mucho! El señor Rokesmith se tomó tanto interés por Lizzie Hexam la última vez que estuvimos en aquel pueblo... Y de haber sabido que le pasaba eso en la cara, podríamos haberle dado algo que le calmara el dolor durante el poco tiempo que tardaremos.

Para que la mentira bien intencionada lo fuera un poco más, Bella se apresuró a afirmar que no sentía dolor. La señora Milvey se alegró mucho.

—No sé por qué ocurre —dijo la señora Milvey—, y estoy segura de que tú tampoco, Frank, pero los clérigos y sus esposas siempre provocan hinchazones de cara. Cada vez que me fijo en un niño de la escuela, me parece que la cara se le hincha al instante. No hay vez que Frank no conozca a alguna anciana sin que a esta le entre dolor de cara. Y otra cosa, siempre hacemos que los pobres niños sorban por la nariz. No sé cómo lo hacemos, pero me gustaría muchísimo que no ocurriera; pero, cuanto más te fijas en ellos, más sorben. Al igual que cuando se hacen las lecturas en el servicio... Frank, ese hombre es maestro. Lo he visto en alguna parte.

Se refería a un joven de aspecto reservado que llevaba chaqueta y chaleco

negros y pantalones de mezclilla. Había entrado en la oficina de la estación, con aire desasosegado, inmediatamente después de que Lightwood saliera hacia el tren; había leído apresuradamente los carteles y anuncios de la pared. Se le veía interesado por lo que decía la gente que esperaba, y caminaba de un lado a otro. Se había acercado en el momento en que la señora Milvey mencionó a Lizzie Hexam, y se había quedado al lado, aunque sin dejar de mirar de soslayo hacia la puerta por la que había salido Lightwood. Les daba la espalda, con las manos enguantadas unidas sobre las lumbares. Era tan evidente su titubeo, que expresaba la indecisión de si manifestar o no que había oído que se referían a él, que el señor Milvey le habló.

—No recuerdo su nombre —dijo—, pero le he visto en su escuela.

—Me llamo Bradley Headstone, señor —contestó, retrocediendo hasta un lugar más retirado.

—Debería haberlo recordado —dijo el señor Milvey, dándole la mano—. ¿Cómo le va? Mucho trabajo, imagino.

—Sí, en estos momentos hay mucho trabajo.

—¿No se divirtió en sus últimas vacaciones?

—No, señor.

—Pues hay que divertirse en las vacaciones, señor Headstone, si no, uno se vuelve mustio...^[35] Bueno, en su caso, no creo; pero sí puede provocar dispepsia, si no se anda con ojo.

—Procuraré andarme con ojo, señor. ¿Podría hablar con usted fuera un momento?

—Naturalmente.

Anochece, y la oficina estaba bien iluminada. El maestro, que no había dejado de vigilar la puerta de Lightwood, salió ahora por otra puerta a un rincón exterior, donde había más sombras que luz; y dijo, quitándose los guantes:

—Una de esas dos señoras mencionó el nombre de alguien que conozco; de una persona, debo decir, que conozco bien. Mencionó el nombre de la hermana de un antiguo discípulo mío. De hecho fue discípulo mío durante mucho tiempo, y ha progresado y ha ascendido rápidamente. El nombre es Hexam. El nombre es Lizzie Hexam.

Parecía una persona tímida luchando contra el nerviosismo, y hablaba como conteniéndose. La pausa que hizo entre las dos últimas frases le resultó muy incómoda a su interlocutor.

—Sí —replicó el señor Milvey—. Ahora vamos a verla.

—Eso colegí, señor. Espero que no le ocurra nada malo a la hermana de mi antiguo discípulo. Espero que no haya sufrido ninguna pérdida. Espero que no tenga ninguna aflicción. No habrá perdido un... pariente, ¿verdad?

El señor Milvey se dijo que el comportamiento de aquel hombre era muy extraño, y que tenía una mirada turbia y esquiva; pero le contestó con su manera franca de siempre.

—Me alegra poder decirle, señor Headstone, que la hermana de su antiguo discípulo no ha sufrido ninguna pérdida. ¿Pensaba que a lo mejor íbamos a un entierro?

—Puede que haya pensado en ello, señor, teniendo en cuenta que es usted un clérigo, aunque no he sido consciente. Entonces, ¿no es así?

Un hombre muy extraño, desde luego, y con una mirada furtiva que se hacía opresiva.

—No. De hecho —dijo el señor Milvey—, ya que le veo tan interesado en la hermana de su antiguo discípulo, puedo decirle que voy a casarla.

El maestro reculó de un respingo.

—No a casarme con ella —dijo el señor Milvey, con una sonrisa—, pues ya tengo esposa. Voy a celebrar la ceremonia de su matrimonio.

Bradley Headstone se agarró a la columna que tenía a la espalda. Si el señor Milvey reconocía una cara cenicienta nada más verla, ahí tenía una.

—¡Está usted muy enfermo, señor Headstone!

—No tanto, señor. Se me pasará enseguida. Estoy acostumbrado a que me den estos ataques de vértigo. No quiero retenerle, señor. No necesito ayuda, gracias. Le agradezco mucho que me haya concedido estos minutos de su tiempo.

Mientras el señor Milvey, al que no le sobraban muchos minutos, le daba una respuesta cortés y regresaba a la oficina, observó que el maestro permanecía apoyado en la columna con el sombrero en la mano, y que tiraba

de su corbata como si deseara rasgarla. El reverendo Frank se dirigió a uno de los empleados de la estación:

—Fuera hay una persona que se encuentra muy mal, y que necesita ayuda, aunque diga que no.

Por entonces, Lightwood ya tenía asiento para todos, y la campana de salida estaba a punto de sonar. Ocuparon sus asientos, y comenzaban a salir de la estación cuando el empleado de antes llegó corriendo por el andén, mirando en todos los vagones.

—¡Oh! ¡Está usted aquí, señor! —dijo, saltando al estribo y clavando el codo en el marco de la ventanilla, mientras el tren se movía—. La persona que me ha señalado tiene un ataque.

—Por lo que me ha dicho, infiero que es propenso a esos ataques. Si le da el aire no tardará en recuperarse.

El empleado dijo que le había dado muy fuerte, y que mordía y atizaba furiosamente. ¿Le podría dar su tarjeta, al ser el primero que lo había visto? El señor Milvey se la dio, con la explicación de que lo único que sabía de aquel hombre era que tenía una ocupación muy respetable, y que había dicho que tenía problemas de salud, como así indicaba su aspecto. El empleado cogió la tarjeta, esperó el mejor momento para saltar, saltó, y ahí acabó todo.

A continuación, el tren traqueteó entre tejados, y entre irregulares laterales de casas derribadas para dejarle paso, y por encima de las populosas calles, y bajo la tierra fértil, hasta que cruzó el río a toda velocidad: estallando sobre la tranquila superficie como una bomba, y desapareciendo como si hubiera explotado en medio de la ráfaga de humo, vapor y luz. Un poco más y volvió a cruzar atronadoramente el río, como un gran cohete: desdeñando los giros y recodos del río con inefable desprecio, y siguiendo en línea recta hacia su meta, al igual que el Padre Tiempo hacia la suya. A este no le importa si las aguas suben o bajan, reflejan la luz y las sombras del cielo, hacen crecer las malas hierbas y las flores, giran aquí o giran allá, hacen ruido o discurren calladas, van tranquilas o revueltas, pues su curso tiene un final seguro, aunque sus fuentes y recursos sean muchos.

Luego hubo un trayecto nocturno y furtivo en carruaje, cerca del río solemne, que, al igual que todas las cosas furtivas, de día o de noche, cedió en silencio a la atracción del imán de la Eternidad; y, cuanto más se acercaban a

la habitación donde estaba Eugene, más temían descubrir que sus idas y venidas entre este mundo y el otro habían terminado. Al final vieron el pálido brillo de la luz de su cuarto, y eso les dio esperanzas, aunque a Lightwood le fallaron las fuerzas al pensar: «Si él ya no está, ella seguirá a su lado».

Pero lo encontraron tranquilo, medio dormido, medio inconsciente. Bella entró levantando un dedo admonitorio y besó a Lizzie suavemente, pero no dijo nada. Ninguno dijo nada, y todos se sentaron al pie de la cama, esperando callados. Y en aquel momento, en esa vigilia nocturna, entremezclándose con el discurrir del río y con la velocidad del tren, a Bella volvieron a asaltarle las preguntas: ¿qué había en el fondo del misterio de John?, ¿por qué nunca había sido visto por el señor Lightwood, al que evitaba? ¿cuándo llegaría esa dura prueba que ella pasaría gracias a su fe en su querido esposo y al deber que tenía para con él, y que haría que él saliera triunfante? Pues era lo que él había dicho. Que ella pasara esa prueba iba a hacer que el hombre que ella amaba con todo su corazón saliera triunfante. Y esas palabras el corazón de Bella no las perdía de vista.

A altas horas de aquella madrugada, Eugene abrió los ojos. Estaba consciente, y enseguida dijo:

—¿Qué hora es? ¿Ha regresado nuestro Mortimer?

Lightwood estuvo a su lado de inmediato, y dijo:

—Sí, Eugene, y todo está a punto.

—¡Mi querido muchacho! —repuso Eugene con una sonrisa—. Los dos te damos las gracias de corazón. Lizzie, diles lo bien recibidos que son, y con qué elocuencia lo diría yo si pudiera.

—No hace falta —dijo el señor Milvey—. Lo sabemos. ¿Se encuentra mejor, señor Wrayburn?

—Me siento mucho más feliz —dijo Eugene.

—Y también mucho mejor, espero.

Eugene volvió los ojos hacia Lizzie, como para tranquilizarla, pero no dijo nada.

Entonces todos se pusieron en pie en torno a la cama, y el señor Milvey abrió el libro y comenzó la ceremonia; tan rara vez asociada a la sombra de la muerte; tan inseparable en la imaginación del calor de la vida y de la alegría,

la esperanza, la salud, la dicha. Bella pensó que era muy distinta de su boda, discreta y soleada, y lloró. La señora Milvey, abrumada por la compasión, también lloró. La modista de muñecas, con las manos delante de la cara, lloró en su dorada enramada de cabellos. El señor Milvey, leyendo en voz baja y clara, e inclinándose sobre Eugene, que no dejaba de mirarle, cumplió con su cometido con pertinente simplicidad. Como el novio no podía mover la mano, le tocaron los dedos con el anillo, y se lo pusieron en el dedo a la novia. Cuando los dos se hubieron jurado fidelidad, ella colocó la mano sobre la de él y la dejó allí. Cuando la ceremonia concluyó, y todos los demás salieron de la habitación, ella puso el brazo bajo la cabeza de Eugene y dejó la cabeza sobre el almohadón, junto a la de él.

—Retira las cortinas, querida —dijo Eugene al cabo de un rato—, y veamos cómo es el día de nuestra boda.

Salía el sol, y los primeros rayos se adentraban en el cuarto cuando ella regresó a su lado, y posó los labios en los de él.

—¡Bendito el día! —dijo Eugene.

—¡Bendito el día! —dijo Lizzie.

—Has hecho una mala boda, mi dulce esposa —dijo Eugene—. Un tipo hecho trizas, poco agraciado, tendido aquí cuan largo es, y que no te dejará casi nada cuando seas una joven viuda.

—Solo por atreverme a imaginar esta boda habría dado el mundo entero —contestó ella.

—Has echado tu vida por la borda —dijo Eugene, negando con la cabeza—. Pero has seguido tu corazón, que es un tesoro. ¡Mi justificación es que ya habías echado ese corazón por la borda, querida niña!

—No. Te lo había dado a ti.

—¡Eso es lo mismo, mi pobre Lizzie!

—¡Calla, calla! Es algo muy diferente.

Había lágrimas en los ojos de Eugene, y ella buscaba cerrarlos.

—No —dijo Eugene, negando de nuevo con la cabeza—. Deja que te mire, Lizzie, mientras pueda. ¡Qué valiente y leal eres! ¡Mi heroína!

Esas alabanzas llenaron de lágrimas los ojos de Lizzie. Y cuando él hubo

hecho acopio de fuerzas para levantar un poco su cabeza vendada, y la colocó sobre el pecho de ella, los dos lloraban.

—Lizzie —dijo Eugene al cabo de un silencio—, cuando veas que me voy de este refugio que tan poco merezco, pronuncia mi nombre, y volveré.

—Sí, querido Eugene.

—¡Eso es! —exclamó él, sonriendo—. ¡De no ser por esas palabras, me habría ido!

Un poco más tarde, cuando parecía que Eugene se iba a sumir en la inconsciencia, ella dijo, con una voz serena y encantadora:

—¡Eugene, mi querido esposo!

Y él de inmediato contestó:

—¡Otra vez! ¡Ves como puedes hacerme volver!

Y luego, cuando era incapaz de hablar, le contestaba moviendo ligeramente la cabeza sobre su pecho.

El sol estaba ya alto cuando ella se separó de él para darle los estimulantes y el alimento que Eugene precisaba. En aquel momento, Lizzie se alarmó al ver el absoluto desamparo de los restos de Eugene que habían llegado a la orilla, aunque a él se le viera más optimista.

—¡Ah, mi querida Lizzie! —dijo él débilmente—. Si me recupero, ¿cómo podré pagarte todo lo que te debo?

—No te avergüences de mí —contestó ella—, y me consideraré más que pagada.

—Haría falta toda una vida, Lizzie, para pagártelo todo; más de una vida.

—Pues por ese motivo, vive; vive por mí, Eugene; vive para ver cuánto me esfuerzo en mejorar, y en no deshonrarte nunca.

—Mi querida niña —contestó él, volviendo a ser el mismo de siempre por primera vez en muchos días—. Todo lo contrario, he estado pensando si lo mejor que podría hacer no es morirme.

—¿Lo mejor para dejarme con el corazón roto?

—No me refiero a eso, mi querida niña. Pensaba en otra cosa. Por la compasión que me tienes, en este estado destrozado y mutilado, me tratas con

mucho cariño, me tienes en mucha consideración, me quieres tanto...

—¡Sabe el Cielo que te quiero mucho!

—¡Y sabe el Cielo lo mucho que lo valoro! Bueno. Si vivo, descubrirás cómo soy.

—¿Descubriré que mi marido posee una mina de energía y decisión, y que saca provecho de ella?

—Eso espero, queridísima Lizzie —dijo Eugene, deseándolo de verdad, aunque sin acabar de creérselo—. Eso espero. Pero soy incapaz de la vanidad de creérmelo. ¡Cómo voy a creerlo, al volver la vista atrás y ver cómo he desperdiciado la juventud! Lo espero con humildad, pero no me atrevo a creérmelo. En mi conciencia surge el recelo de que, si fuera a vivir, decepcionaría tu buena opinión de mí y la mía propia... ¡y de que más me valdría morirme, querida!

Capítulo XII

La sombra que pasa

El viento y la marea se levantaron y bajaron unas cuantas veces, la tierra giró alrededor del sol unas cuantas veces, el barco que surcaba el océano hizo su viaje sin novedad y llevó a casa del señor Rokesmith una pequeña Bella. ¡Y quién más feliz que este, excepto la propia señora de John Rokesmith!

—¿No te gustaría ahora ser rica, querida?

—¿Cómo puedes hacerme ahora esta pregunta, querido John? ¿Es que no soy rica?

Esas fueron algunas de las primeras palabras que pronunciaron cerca de la pequeña Bella mientras esta dormía. Pronto demostró ser un bebé de maravillosa inteligencia, evidenciando la más poderosa oposición a estar en compañía de su abuela, sufriendo invariablemente de una dolorosa acidez de estómago cada vez que esa digna dama la distinguía con su atención.

Era delicioso ver a Bella contemplar a su bebé, y descubrir sus hoyuelos en ese diminuto reflejo, como si se mirara en el espejo sin ninguna vanidad. El querúbico padre de Bella hizo notar acertadamente al marido de esta que el bebé parecía rejuvenecerla, y que le recordaba los días en que ella le hablaba a su muñeca preferida mientras la tenía en brazos. Parecía que hubieran desafiado al mundo a que produjera otro bebé al que se le pudieran decir y cantar tal cantidad de tonterías como las que Bella le decía y le cantaba a su bebé; o al que se pudiera vestir y desvestir tantas veces en veinticuatro horas como Bella vestía y desvestía al suyo; al que tantas veces al día escondieran detrás de la puerta y lo hicieran asomarse para impedir el paso de su padre cuando este volvía del trabajo; o que, en una palabra, hiciera la mitad de cosas de bebé que hacía ese inagotable bebé gracias a la incesante inventiva de una madre alegre y orgullosa.

El inagotable bebé tenía dos o tres meses cuando Bella comenzó a notar unos nubarrones en la frente de su marido. Al contemplarlos, veía una

angustia cada vez más densa y profunda que a ella le causaba gran desazón. Más de una vez oía a su marido farfullar en sueños y lo despertaba; y aunque lo único que él farfullaba era el nombre de ella, a Bella le resultaba evidente que ese desasosiego procedía de algún peso en la conciencia. Así que al final Bella reclamó su derecho a dividir esa carga y llevar ella la mitad.

—Ya sabes, John —dijo ella jovialmente, retomando la conversación de meses anteriores— que espero que se pueda confiar en mí en cosas importantes. Y lo que te causa tanta zozobra no puede ser cosa pequeña. Es muy considerado por tu parte intentar ocultarme que algo te preocupa, pero no vas a conseguirlo, amor mío.

—Admito que estoy bastante inquieto.

—Entonces, dime qué es, por favor.

Pero no, él se negó.

«¡Tanto da! —se dijo Bella resueltamente—. John me exige que confíe totalmente en él, y no voy a decepcionarle».

Aquel día ella se fue a Londres para reunirse con él e ir de compras. Lo encontró esperándola donde habían quedado y echaron a andar por las calles. Él estaba contento, aunque no dejaba de insistir en lo de ser ricos; y le dijo que se imaginara que aquel carruaje de allá era suyo, y que los esperaba para llevarlos a su bonita casa; en ese caso, ¿qué le gustaría encontrar en casa a Bella? ¡Vaya! Bella no lo sabía: como ya tenía todo lo que quería, no sabía decirlo. Pero poco a poco acabó confesando que le gustaría tener una habitación para el inagotable bebé como nunca se había visto. Tendría «un arco iris de colores», pues estaba casi segura de que el bebé se fijaba en los colores; y la escalera estaría adornada de las flores más exquisitas, pues estaba totalmente segura de que el bebé se fijaba en las flores; y en alguna parte habría una pajarera, con los pajarillos más preciosos, pues no había la menor duda de que el bebé se fijaba en los pájaros. ¿Alguna otra cosa? No, querido John. Una vez satisfechas las preferencias del bebé, a Bella no se le ocurría nada más.

Charlaban de esa manera cuando John sugirió: «¿Y no te gustaría alguna joya, por ejemplo?». A lo que Bella replicó riendo: Oh, ya que lo mencionaba, sí, no le importaría tener un hermoso joyero de marfil en su tocador; cuando esas fantasías quedaron oscurecidas y borradas en un instante.

Doblaron una esquina y se toparon con el señor Lightwood.

Mortimer se paró como si se hubiera quedado petrificado al ver al marido de Bella, quien en el mismo momento palideció.



LIGHTWOOD AT LAST.

—El señor Lightwood y yo ya nos conocemos —dijo John.

—¿Que ya os conocíais? —repitió Bella en tono de incredulidad—. El señor Lightwood me dijo que no te había visto nunca.

—Y no sabía que lo había visto —dijo Lightwood, incómodo por ella—. Había oído hablar tan solo del... señor Rokesmith. —Puso énfasis en el nombre.

—Cuando el señor Lightwood me vio, amor mío —comentó su marido, mirando a los ojos a Mortimer—, mi nombre era Julius Handford.

¡Julius Handford! ¡El nombre que Bella tantas veces había leído en los periódicos, cuando residía en casa del señor Boffin! ¡Julius Handford, a quien se había invitado a aparecer colocando carteles, ofreciéndose una recompensa a quien supiera algo de él!

—Habría evitado mencionarlo en su presencia —le dijo Lightwood a Bella, con delicadeza—, pero, puesto que es su marido quien lo menciona, debo confirmar lo que él, extrañamente, admite. Cuando le vi era el señor Julius Handford, y posteriormente (cosa que sin duda él supo) me tomé grandes molestias para localizarle.

—Muy cierto —dijo Rokesmith sin inmutarse—. Pero no deseaba ni me interesaba que me localizaran.

La mirada de Bella fue de uno a otro, estupefacta.

—Señor Lightwood —añadió su marido—, como el azar ha hecho que por fin nos encontremos (cosa que no es de extrañar, pues lo raro es que no nos hayamos encontrado antes, a pesar de todos mis esfuerzos por evitarlo), solo quiero recordarle que ha estado en mi casa, y añadir que no he cambiado de residencia.

—Señor —repuso Lightwood, dirigiéndole una expresiva mirada a Bella—, mi posición es realmente delicada. Espero que no se le pueda culpar de complicidad en algún asunto turbio, pero es imposible que ignore que su singular conducta ha resultado muy sospechosa.

—Lo sé —fue toda la respuesta de John.

—Mi deber profesional —dijo Lightwood, vacilante, dirigiéndole otra mirada a Bella— choca frontalmente con mis deseos; aunque dudo, señor Handford, o señor Rokesmith, que exista una razón por la que tenga que despedirme de usted sin que me explique su conducta.

Bella cogió la mano de su marido.

—No te alarmes, querida. El señor Lightwood descubrirá que existe una razón de mucho peso por la que tiene que despedirse de mí ahora mismo. En cualquier caso —añadió Rokesmith—, descubrirá que yo, desde luego, voy a despedirme de él.

—Creo, señor —dijo Lightwood—, que no puede negar que cuando vine a su casa en la ocasión a que se ha referido, me evitó usted de manera

deliberada.

—Señor Lightwood, le aseguro que no tengo intención de negarlo. Habría seguido evitándole, con el mismo propósito, durante mucho tiempo de no habernos encontrado ahora. Me voy directamente a casa, y allí permaneceré hasta mañana a mediodía. Espero que en el futuro nos conozcamos mejor. Buenos días.

Lightwood se quedó indeciso, pero el marido de Bella pasó junto a él sin vacilar, con Bella del brazo, y los dos se dirigieron a su casa sin que nadie más le importunara ni les reprochara nada.

Cuando hubieron cenado y estuvieron solos, John Rokesmith le dijo a su esposa, que no había perdido la alegría:

—¿Y tú no me preguntas, querida, por qué llevaba ese nombre?

—No, John. Naturalmente que me encantaría saberlo —(cosa que su expresión de ansia confirmaba)—, pero esperaré a que me lo digas por propia voluntad. Me preguntaste si tenía total confianza en ti, y dije que sí, y hablaba en serio.

No se le escapó a Bella que a John se le comenzaba a ver triunfante. No es que su determinación precisara refuerzo; pero, de haber sido así, lo habría obtenido de la apasionada cara de su marido.

—No me dirás que estabas preparada, querida, para descubrir que ese misterioso señor Handford era la misma persona que tu marido.

—No, John, claro que no. Pero me dijiste que estuviera preparada para pasar una prueba, y me preparé.

Él la atrajo aún más hacia sí, y le dijo que todo acabaría pronto, y que la verdad no tardaría en salir a la luz.

—Y ahora —añadió—, querida, fíjate bien en lo que voy a añadir. No corro ningún peligro, y no existe la posibilidad de que nadie me haga daño.

—¿Estás seguro, totalmente seguro de eso, John?

—¡Nadie puede tocarme ni un pelo! Además, no he hecho nada malo, y no he perjudicado a nadie. ¿Quieres que lo jure?

—¡No, John! —exclamó Bella, posando su cabeza sobre sus labios con una expresión de orgullo—. ¡A mí, nunca!

—Pero ciertas circunstancias —añadió John—, que puedo aclarar y aclararé dentro de un momento, me han rodeado de las sospechas más extraordinarias que se han conocido nunca. ¿Oíste que el señor Lightwood se refería a un asunto turbio?

—Sí, John.

—¿Estás preparada para oír con todo detalle a qué se refería?

—Sí, John.

—Se refería, vida mía, al asesinato de John Harmon, el marido que te estaba asignado.

Con el corazón palpitándole rápidamente, Bella lo agarró del brazo.

—¿No me dirás que sospechan de ti, John?

—Amor mío, te lo digo, ¡porque sospechan!

Se abrió un silencio entre ambos, y ella lo miró a la cara, el rostro y los labios pálidos.

—¡Cómo se atreven! —exclamó por fin, en un arranque de noble indignación—. ¡Mi querido esposo, cómo se atreven!

Él la cogió en sus brazos cuando ella abrió los suyos, y la apretó contra su corazón.

—Aun sabiendo esto, ¿eres capaz de confiar en mí, Bella?

—Soy capaz de confiar en ti, John, con toda mi alma. Si no fuera capaz de confiar en ti, caería muerta a tus pies.

Un apasionado gesto triunfal ardía en la cara de John cuando este levantó la vista y se preguntó extasiado qué había hecho él para merecer la bendición del corazón de esa confiada criatura. De nuevo ella le llevó la mano a los labios y le dijo «¡Calla!», y a continuación añadió, de esa manera suya tan conmovedora, que si todo el mundo se pusiera en contra de él, ella lo apoyaría; que si todo el mundo lo repudiara, ella creería en él; que si a ojos de los demás tuviera mala fama, a los suyos solo tendría honor; y que, sometido a las peores e inmerecidas sospechas, ella dedicaría su vida a consolarlo, y que le transmitiría a su hija esa misma fe en él.

Un sereno crepúsculo de felicidad sucedió a ese radiante mediodía, y

permanecieron en paz, hasta que se oyó en la habitación una extraña voz que los sobresaltó a los dos. Como la habitación estaba a oscuras, la voz dijo:

—No deje que la señora se alarme si enciendo una luz.

De inmediato se oyó el roce de una cerilla que brilló en una mano. John Rokesmith vio que la mano, la cerilla y la voz pertenecían al inspector, al que en esta crónica vimos ya meditativamente activo.

—Me tomo la libertad —dijo el inspector, yendo al grano— de presentarme ante el señor Julius Handford, que me dio su nombre y su dirección en la comisaría hace ya bastante tiempo, por si se acuerda de mí. ¿Le importaría a la señora que encendiera un par de velas de la chimenea para arrojar un poco más de luz sobre el tema? ¿No? Gracias, señora. Ahora nos vemos más animados.

El inspector, vestido de levita azul oscuro abotonada hasta arriba y pantalones, presentaba el aspecto de un miembro del ejército a media paga mientras se llevaba el pañuelo a la nariz y le hacía una reverencia a la señora.

—Señor Handford —dijo el inspector—, aquella vez tuvo la amabilidad de escribirme su nombre y dirección, y ahora le enseño el papel que me escribió. Al comparar la letra con la de la guarda de este libro que hay sobre la mesa, que es un bonito volumen, y que pone «Señora de John Rokesmith. De su marido en el día de su cumpleaños» (cómo agradecen nuestros sentimientos estos regalos), veo que son idénticas. ¿Puedo hablar un momento con usted?

—Por supuesto. Aquí mismo, si le va bien —fue la respuesta.

—Bueno —repuso el inspector, de nuevo haciendo uso del pañuelo—, aunque no hay nada que pueda causar la alarma de la señora, las señoras, sin embargo, son propensas a alarmarse cuando se trata de ciertos asuntos (pues el sexo débil no está acostumbrado más que a los que son de carácter estrictamente doméstico), por lo que generalmente sigo la norma de no referirme a esos asuntos delante de las señoras. Quizá —insinuó el inspector— a la señora le gustaría subir arriba a cuidar al bebé.

—La señora Rokesmith... —comenzó a decir su marido, cuando el inspector, tomando las palabras como una presentación, dijo:

—Es un honor, sin duda.

Y le hizo una galante reverencia.

—La señora Rokesmith —continuó su marido— está convencida de que no hay razón para alarmarse, sea cual sea el asunto.

—¿De verdad? ¿Es así? —dijo el inspector—. Tenemos mucho que aprender del sexo débil, y no hay nada que una mujer no pueda conseguir si se lo propone. Lo mismo ocurre con mi esposa. Bueno, señora, este marido suyo ha ocasionado muchos problemas que se podrían haber evitado si se hubiera presentado y explicado. ¡Pero ya ve! Ni se presentó ni se explicó. Por consiguiente, ahora que nos hemos topado, él y yo, dirá usted (y dirá con razón) que no hay de qué alarmarse si le propongo que se presente, o, diciéndolo de otra manera, que me acompañe, y se explique.

Cuando el inspector lo expresó en la forma de «que me acompañe», hubo en su voz un tono de satisfacción, y en su mirada un lustre oficial.

—¿Se propone llevarme detenido? —preguntó John Rokesmith muy fríamente.

—¿Por qué discutir? —contestó el inspector con un suave reproche—. ¿No le basta con que le proponga que me acompañe?

—¿Por qué razón?

—¡Bendita sea mi alma! —repuso el inspector—. Me asombra que me lo pregunte un hombre con sus estudios. ¿Por qué discutir?

—¿Qué cargo tiene en mi contra?

—Me asombra que lo pregunte delante de una señora —dijo el inspector, negando con la cabeza en un reproche—. ¡Me asombra, con la buena educación que le han dado, que no tenga más delicadeza! Así pues, le acuso de estar involucrado en el caso Harmon. No digo si antes, durante o después del asesinato. No digo que por saber algo que todavía no ha salido a la luz.

—No me ha sorprendido. He previsto su visita esta tarde.

—¡No me diga! —dijo el inspector—. Bueno, ¿por qué discutir? Es mi deber informarle de que todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra.

—No creo que lo sea.

—Pero yo le digo que lo será —dijo el inspector—. Y ahora, después de haber recibido esta advertencia, ¿sigue diciendo que esta tarde ya preveía mi

visita?

—Sí. Y le diré algo más, si me acompaña a la habitación de al lado.

Poniendo un beso tranquilizador en los labios de la asustada Bella, su marido (al que el inspector ofreció amablemente el brazo) cogió la vela y se retiró con ese caballero. Estuvieron hablando media hora. Cuando regresaron, el inspector parecía enormemente estupefacto.

—He invitado a este digno agente —dijo John— a realizar una breve excursión en la que tú también puedes participar. Comerá y beberá algo, si lo invitas, mientras tú te pones la capota.

El inspector no quiso comer, pero aceptó una copa de brandy con agua. Lo mezcló con aire apático y lo bebió con aire pensativo, y de vez en cuando afirmaba en soliloquios que jamás había oído nada parecido, que nunca había estado tan perplejo, y que menuda manera era esa de poner a prueba la opinión que uno tiene de sí mismo. Junto con esos comentarios, de vez en cuando soltaba una carcajada, con el aire medio satisfecho y medio herido en su orgullo de un hombre al que le han planteado un acertijo y, tras mucho pensar, se rinde y le dicen la solución. A Bella ese hombre la asustaba tanto que observaba todo aquello con una actitud entre perceptiva y encogida, y del mismo modo se dio cuenta de que él se comportaba con John de una manera totalmente distinta. Esa actitud de «haga el favor de acompañarme» se había convertido en prolongadas miradas reflexivas a John y a ella, y a veces en el gesto de frotarse la frente con la mano, lentamente y con fuerza, como si se planchara las arrugas que su profunda reflexión le producía. Algunos satélites habían gravitado secretamente hacia él tosiendo y silbando dentro de la casa, pero ya los había despedido, y ahora observaba a John como si hubiera sido su intención hacerle un servicio público, pero por desgracia se le hubieran anticipado. Bella no sabía si, de no haberle tenido tanto miedo, podría haber llegado a comprender algo más; pero para ella todo resultaba inexplicable, y a su mente no asomaba el menor atisbo de cuál era realmente la situación. El inspector se fijaba cada vez más en ella, y cada vez que sus ojos se encontraban levantaba las cejas con un aire de complicidad, como si le dijera «¿Es que no se da cuenta?», lo que no hacía sino aumentar el temor de Bella, y, por consiguiente, su perplejidad. Por estas razones, cuando él, ella y John, a eso de las nueve de una noche de invierno, se dirigieron a Londres, y tomaron un coche en London Bridge, pasando junto a los muelles, dársenas y otros

extraños lugares y recónditos de la orilla del río, Bella estaba como en un sueño; totalmente incapaz de explicar por qué estaba allí, totalmente incapaz de imaginar qué iba a pasar ahora, ni adónde se dirigían, ni por qué; sin otra certeza en el presente inmediato que su confianza en John, y que de alguna manera él saldría más triunfante. ¡Pero menuda certeza era esa!

Por fin se apearon en la esquina de un patio, en el que había un edificio con un farol encendido y una portezuela. Su aspecto cuidado contrastaba con los alrededores, y lo explicaba el cartel que ponía «COMISARÍA».

—¿No iremos a entrar aquí, John? —dijo Bella, agarrándose a él.

—Sí, querida, pero por voluntad propia. Y saldremos sin ningún problema, no temas.

La sala encalada estaba tan blanca como antaño, el hombre que llevaba metódicamente los libros lo hacía con la misma calma de antaño, y la misma persona que aullaba a lo lejos seguía golpeando la puerta de su celda como antaño. El santuario no era una residencia permanente, sino una suerte de almacén para el transporte de criminales. Los vicios y bajas pasiones se anotaban regularmente en los libros, se almacenaban en las celdas, y se transportaban de acuerdo con la factura adjunta, y dejaban poca señal de su paso.

El inspector colocó dos sillas ante el fuego para sus visitantes, y conversó en voz baja con un hermano de su orden (otro hombre con aspecto de militar a media paga), el cual, a juzgar exclusivamente por su ocupación de ese momento, podría haber sido un amanuense haciendo copias. Cuando acabaron de conferenciar, el inspector regresó junto a la lumbre, y, tras observar que haría una visita a los Mozos para ver cómo estaban las cosas, salió. No tardó en volver, y dijo:

—No podría ir mejor, pues ahora están cenando con la señorita Abbey en el bar.

Y a continuación salieron los tres juntos.

Aún como en un sueño, Bella se vio entrar en una acogedora y anticuada taberna, y que la llevaban como a escondidas a una salita triangular que quedaba delante del bar del establecimiento. El inspector logró introducirlos a escondidas, a ella y a John, en esa extraña sala, que una inscripción en la puerta calificaba de «RESERVADO», entrando primero por un estrecho

pasillo, y de repente girando hacia ellos con los brazos extendidos, como si ellos fuesen dos ovejas. Habían iluminado el cuarto para recibirlos.

—Y ahora —le dijo el inspector a John, bajando un poco el gas—, me mezclaré con ellos como si tal cosa, y cuando diga «Identificación», usted aparece.

John asintió, y el inspector salió solo por la media puerta del bar. Desde la entrada en penumbra del reservado, dentro del que se hallaban Bella y su marido, podían ver una agradable reunión de tres personas sentadas en el bar, cenando, y podían oír todo lo que se decía.

Las tres personas eran la señorita Abbey y dos hombres. El inspector les comentó a los tres que para esa época del año el viento cortaba como un cuchillo.

—Aunque nunca será tan afilado como su ingenio, señor —dijo la señorita Abbey—. ¿Qué tiene ahora entre manos?

—Gracias por el cumplido —contestó el inspector—. La verdad es que no gran cosa, señorita Abbey.

—¿A quién tiene en el reservado? —preguntó la señorita Abbey.

—No son más que un caballero y su esposa, señorita.

—¿Y quiénes son? Si es que se puede preguntar sin detrimento de sus planes en interés de la gente de bien —dijo la señorita Abbey, orgullosa del inspector, al que veía como un genio administrativo.

—En esta parte de la ciudad son forasteros, señorita Abbey. Están esperando a que llame al caballero para que se presente un momento en un lugar.

—Mientras esperan —dijo la señorita Abbey—, ¿por qué no se sienta con nosotros?

El inspector entró en el bar de inmediato, y se sentó al lado de la media puerta, dándole la espalda al pasillo y de cara a los dos hombres.

—Esperaré a que sea más tarde para cenar —dijo el inspector—, así que no les haré estar más estrechos. Pero tomaré un vaso de ponche, si es lo que hay en la jarra del guardafuegos.

—Es ponche —contestó la señorita Abbey—, y lo he hecho yo, y si

alguno de ustedes puede encontrar uno mejor, me gustará saber dónde.

La señorita Abbey le llenó un vaso humeante con sus manos hospitalarias y volvió a colocar la jarra en el fuego; los demás, en su cena, aún no habían llegado a la fase del ponche, y prosiguieron sus escaramuzas con una cerveza fuerte.

—¡Aaah! —exclamó el inspector—. ¡Esto es una maravilla! No hay un solo detective en el cuerpo, señorita Abbey, capaz de encontrar nada mejor.

—Me alegra oírsele decir —repuso la señorita Abbey—. Y si alguien lo encontrara, usted debería saberlo.

—Señor Job Potterson —añadió el inspector—, a su salud. Señor Jacob Kibble, a la suya. Espero que hayan tenido un próspero viaje de vuelta, caballeros.

El señor Kibble, un hombre untuoso y corpulento de pocas palabras y muchos bocados, dijo, con más laconismo que énfasis, llevándose la cerveza a los labios:

—Lo mismo le deseo.

El señor Job Potterson, un medio marinero de carácter atento, dijo:

—Gracias, señor.

—¡Dios bendiga mi alma! —exclamó el inspector—. Y hablando de profesiones, y de cómo dejan huella en quienes las practican —(un tema que nadie había tocado)—, ¡quién no iba a darse cuenta de que su hermano es camarero en un barco! ¡Todo señala en él su profesión: el brillo y la viveza de sus ojos, la pulcritud de sus gestos, la elegancia de su figura, la confianza que inspira en caso de que necesitéis una jofaina! Y el señor Kibble, ¿no se ve que es un pasajero de pies a cabeza? Aparte de su aire mercantil, por el que os sentiríais feliz de concederle un crédito de quinientas libras, ¿no se ve también en él el brillo de la sal marina?

—Puede que usted lo vea —contestó la señorita Abbey—, pero yo no. Y, en cuanto al oficio de camarero, creo que ya es hora que mi hermano lo abandone y se encargue de este establecimiento cuando su hermana se retire. De lo contrario, este local se caerá en pedazos. No se lo vendería ni por todo el dinero del mundo a nadie que, en mi opinión, no tuviera personalidad para llevar los Mozos, como he hecho yo.

—Ahí tiene razón, señorita —dijo el inspector—. No hay local mejor regentado que este. ¿Qué digo? No hay local ni la mitad de bien regentado que este. Enséñele los Seis Alegres Mozos a cualquiera del cuerpo, y todos, hasta el último agente, le dirán que encarna la perfección, señor Kibble.

Ese camarero suscribió sus palabras con un muy serio movimiento de cabeza.

—Y hablando de cómo pasa el Tiempo, como si fuera un animal en una de esas rústicas diversiones en las que se les enjabona la cola —dijo el inspector (otro tema que nadie había abordado)—, bueno, hay que ver. Hay que ver. Cómo ha pasado el tiempo desde que el señor Job Potterson, aquí presente, y el señor Jacob Kibble, aquí presente, y el agente de policía aquí presente, se vieron por primera vez por un asunto de ¡identificación!

El marido de Bella salió sin hacer ruido de la media puerta del bar y se quedó allí.

—Cómo ha pasado el tiempo para todos nosotros —añadió lentamente el inspector, observando a los dos comensales con los ojos apretados—, desde que los tres, en la encuesta que tuvo lugar en este mismo local... ¿Señor Kibble? ¿Se encuentra mal, señor?

El señor Kibble se había puesto en pie tambaleándose, con la boca abierta, apretando el hombro de Potterson y señalando hacia la medio puerta.

—¡Potterson! ¡Mire! ¡Mire ahí!

Potterson se puso en pie de un salto, reculó y exclamó:

—¡Que el cielo nos proteja! ¿Qué es eso?

El marido de Bella retrocedió hasta ella, la abrazó (pues Bella estaba demasiado aterrada por el incomprensible terror de los dos hombres), y cerró la puerta de la pequeña sala. Se oyeron voces atropelladas, entre las que destacó la del inspector; gradualmente las voces se apagaron hasta cesar; y reapareció el inspector.

—¡Astucia, eso es todo! —dijo, asomando la cabeza con un guiño cómplice—. Sacaremos de aquí a la señora enseguida.

Al instante, Bella y su marido estaban bajo las estrellas, regresando solos hasta el vehículo que los esperaba.

Todo aquello era de lo más extraordinario, y lo único que Bella entendía era que John estaba de parte de la justicia. Hasta qué punto lo estaba, y por qué habían llegado a sospechar lo contrario, eso lo ignoraba. Lo más parecido a una explicación definitiva era la vaga idea de que nunca había asumido realmente el nombre de Handford, y que existía un parecido extraordinario entre él y esa persona misteriosa. Pero John había triunfado; eso estaba claro; y ella no tenía prisa en conocer el resto.

Cuando al día siguiente John llegó a casa, se sentó en el sofá junto a Bella y la pequeña Bella y dijo:

—Querida, tengo que darte una noticia. He dejado la tienda china.

Como John parecía contento por haberla dejado, Bella dio por sentado que nada malo había en ello.

—En una palabra —dijo John—, la tienda china ha sido disuelta, demolida. Ya no existe.

—¿Estás en otra empresa, John?

—Sí, querida. Estoy en otro ramo. Y me va mucho mejor.

Bella obligó al inagotable bebé a felicitar a su padre y a decir, al tiempo que le agitaba un puñito moteado y un brazo bastante inertes:

—Tres hurras, damas y caballeros. ¡Hip hip, hurra!

—Me temo, mi vida —dijo John—, que le has cogido mucho cariño a esta casita.

—¿Que lo temes, John? Naturalmente.

—La razón por la que he dicho «me temo» es que tendremos que mudarnos —dijo John.

—¡Oh, John!

—Sí, querida, hemos de mudarnos. A partir de ahora tendremos que tener nuestro cuartel general en Londres. En pocas palabras, mi nuevo cargo va acompañado de un residencia por la que no he de pagar alquiler, y debemos ocuparla.

—Eso es una ventaja, John.

—Sí, querida, sin duda, es una ventaja.

John le dirigió una mirada risueña, y muy pilla. Lo que ocasionó que el inagotable bebé le plantara cara con sus puños moteados y exigiera saber de manera amenazadora qué quería decir con eso.

—Amor mío, has dicho que era una ventaja, y yo he dicho que era una ventaja. Un comentario de lo más inocente, sin duda.

—No... te... permito... —dijo el inagotable bebé— que... te... burles... de... mi... venerable... mamá. —En cada pausa le impartía un suave golpe con uno de sus puños moteados.

John se había agachado para recibir esos castigos, y Bella le preguntó si había que mudarse pronto. Bueno, sí (dijo John), desde luego, él le proponía que se mudaran enseguida. ¿Y se llevarían los muebles? (dijo Bella). La verdad es que no (dijo John), pues el hecho era que la casa estaba, más o menos, amueblada.

El inagotable bebé, al oír eso, reanudó la ofensiva y dijo:

—Pero no hay habitación para mí, señor. ¿Qué es eso, padre sin corazón?

A lo que el padre sin corazón respondió que había, más o menos, una habitación para los niños, y que eso «serviría».

—¿Que eso serviría? —repuso la Inagotable, impartándole más castigo—. ¿Por quién me tomas?

Y a continuación se puso de espaldas en el regazo de Bella y lo ahogaron a besos.

—Pero bueno, John —dijo Bella, sonrojada de una manera encantadora por esos ejercicios—, esta nueva casa, tal como está, ¿será adecuada para el bebé? Esa es la cuestión.

—Ya me pareció que esa era la cuestión —contestó—, por lo que lo he dispuesto todo para que mañana por la mañana vengas a echarle un vistazo conmigo. —Y una vez hubieron quedado en que Bella le acompañaría a la mañana siguiente, él la besó, y Bella estuvo encantada.

Cuando a la mañana siguiente llegaron a Londres cogieron un coche que les llevó hacia el oeste. No solo hacia el oeste, sino hacia esa peculiar zona del oeste que Bella había visto por última vez cuando le dio la espalda a la puerta del señor Boffin. Y no solo fueron a esa zona, sino a esa calle concreta. Y no solo a esa calle, sino que se detuvieron ante esa misma puerta.

—¡John, querido! —exclamó Bella, mirando por la ventanilla un tanto aturullada—. ¿Te das cuenta de dónde estamos?

—Sí, amor mío. El cochero no se ha equivocado.

La puerta de la casa se abrió sin que tuvieran que llamar ni tirar de la campana, y John la hizo entrar sin más ceremonias. El criado que les abrió la puerta no le preguntó nada a John, ni fue delante de ellos ni detrás cuando subieron las escaleras. Y si Bella no se quedó parada al pie de la escalera fue solo porque su marido le rodeó la cintura con el brazo y le dio un empujoncito. Mientras subían, veían que estaba adornada con las flores más hermosas.

—¡Oh, John! —dijo Bella en un hilo de voz—. ¿Qué significa esto?

—Nada, querida, nada. Sigamos.

Subieron un poco más y se toparon con una deliciosa pajarera en la que revoloteaban algunas aves tropicales, de colores más espléndidos que las flores; y entre esas aves había peces dorados y plateados, y musgo, y nenúfares, y una fuente, y todo tipo de maravillas.

—¡Oh, mi querido John! —dijo Bella—. ¿Qué significa esto?

—Nada, querida, nada. Sigamos.

Siguieron andando hasta llegar a una puerta. Cuando John alargó la mano para abrirla, Bella se la cogió.

—No sé qué significa, pero para mí es demasiado. Abrázame, John, amor mío.

John la tomó en sus brazos y suavemente entró en la habitación con ella.

¡Y ahí estaban el señor y la señora Boffin, con una sonrisa radiante! Ahí estaba la señora Boffin, batiendo palmas, extática, corriendo hacia Bella con lágrimas de alegría que le caían de su hermosa cara, y la apretaba contra su pecho y le decía:

—¡Mi querida, querida, queridísima niña, a la que Noddy y yo vimos casarse sin poder desear que fueras feliz, ni decir nada! Mi querida, querida, queridísima esposa de John y madre de esta niñita! ¡Mi querida, querida, queridísima, guapísima y preciosa niña! ¡Bienvenida a tu casa, querida!

Capítulo XIII

Que muestra como el Basurero de Oro ayudó a sembrar la confusión

En medio del desconcierto inicial del asombro de Bella, lo más desconcertante y asombroso para ella fue la expresión radiante del señor Boffin. Que su esposa se mostrara alegre, afectuosa y simpática, o que su cara expresara todas las cualidades relacionadas con la generosidad y la confianza, y ninguna egoísta ni mezquina, se correspondía con la experiencia de Bella. Pero que él, con un aire totalmente benévolo y su cara rolliza y sonrosada, estuviera allí, mirándola a ella y a John, como si fuera un espíritu jovial y bondadoso, era maravilloso. Porque hay que recordar qué cara tenía la última vez que ella lo viera en esa habitación (la misma en la que ella le dijo lo que pensaba de él al despedirse). ¿Qué había sido ahora de aquellas retorcidas arrugas de recelo, avaricia y desconfianza que le habían deformado la cara entonces?

La señora Boffin hizo sentar a Bella en la gran otomana, y ella se sentó a su lado, y John y el señor Boffin se colocaron al otro lado, y el señor Boffin les dirigía una sonrisa radiante a todos y a todo lo que veía, con insuperable alegría y dicha. Entonces a la señora Boffin le dio un ataque de risa y se puso a dar palmas, con las manos, las rodillas, y a mecerse adelante y atrás, y luego le dio otro ataque de risa y abrazó a Bella, y se puso a mecerse adelante y atrás, y los dos ataques fueron de considerable duración.

—Señora, señora —dijo al final el señor Boffin—, si no empiezas tú, otro tendrá que hacerlo.

—Ya empiezo, querido Noddy —replicó la señora Boffin—. Solo que no es fácil que una persona que se halla en este estado de alegría y felicidad sepa por dónde empezar. Bella, querida. Dime, ¿quién es este hombre?

—¿Que quién es? —repitió Bella—. Mi marido.

—¡Ah! ¡Pero dime cómo se llama, querida! —exclamó la señora Boffin.

—Rokesmith.

—¡No, ese no es su apellido! —exclamó la señora Boffin, dando palmas y negando con la cabeza—. Ni por asomo.

—Handford, pues —sugirió Bella.

—¡No, tampoco! —exclamó la señora Boffin, de nuevo dando palmas y negando con la cabeza—. Ni por asomo.

—¡Al menos, supongo que su nombre es John! —dijo Bella.

—¡Ah! ¡Yo diría que sí, querida! —exclamó la señora Boffin—. ¡Eso espero! Tantísimas veces le he llamado por ese nombre. Pero ¿cuál es su apellido, el verdadero? ¡Adivínalo, preciosa!

—No se me ocurre nada —dijo Bella, volviendo su cara pálida a uno y a otro.

—A mí sí que se me ocurrió —dijo la señora Boffin—, ¡y lo que es más, lo adiviné! Lo descubrí, me vino de sopetón, se podría decir, una noche. ¿No es cierto, Noddy?

—¡Sí! ¡La anciana lo descubrió! —dijo el señor Boffin, enorgulleciéndose de la circunstancia.

—Préstame atención, querida —añadió la señora Boffin, tomando las manos de Bella entre las suyas, y dándole unos suaves golpecitos de vez en cuando—. Fue después de esa noche en concreto en que John se había visto frustrado (o eso creía) en sus afectos. Fue después de esa noche en que John hizo una propuesta de matrimonio a cierta dama, y esta lo rechazó. Fue después de esa noche en concreto, cuando él se sentía como despreciado, y había decidido irse a buscar fortuna. Fue la noche siguiente. Mi Noddy quería un papel que estaba en la habitación de su secretario, y le digo a Noddy: «Voy a pasar por su puerta y lo llamo». Di unos golpes en la puerta, pero no me oyó. Me asomé y lo vi sentado solo junto al fuego, meditando. Por casualidad levantó la mirada y cuando me vio puso una sonrisa complacida, ¡y entonces, en un solo momento, prendieron todos los granos de pólvora que se habían esparcido a su alrededor desde que le viera por primera vez hecho un hombre en La Enramada! ¡Demasiadas veces lo había visto sentado solo, cuando era un pobre niño, para que lo compadecieran con caricias y afecto! ¡Demasiadas veces lo había visto necesitado de que alguien le dirigiera una palabra de

consuelo que lo animara! ¡Tantísimas y tantísimas, como para que cuando me vino esa inspiración me equivocara! ¡No, no! Tan solo pude gritar: «¡Ahora te reconozco! ¡Eres John!»». Y él me coge cuando me desmayo... Así pues —dijo la señora Boffin, interrumpiendo su torrencial relato para poner la sonrisa más radiante—, creo que ahora ya puedes adivinar cuál es el nombre de tu marido, querida.

—¡No! ¿Harmon? —A Bella le temblaban los labios—. ¡No es posible!

—No tiembles. ¿Por qué no es posible, querida, cuando tantas cosas son posibles? —preguntó la señora Boffin en un tono tranquilizador.

—Lo asesinaron —dijo Bella con voz entrecortada.

—Eso se creyó —dijo la señora Boffin—. Pero si alguna vez John Harmon respiró sobre la tierra, no hay duda de que es el John Harmon que ahora te rodea la cintura con el brazo, querida. Si alguna vez John Harmon tuvo una esposa sobre la tierra, esa esposa eres tú. Si alguna vez John Harmon y su esposa tuvieron una hija sobre la tierra, la niña es esa.

En medio de aquella maquinación secreta, un golpe maestro hizo aparecer al inagotable bebé por la puerta, suspendido en el aire por un agente invisible. La señora Boffin se lanzó a por él y lo puso en el regazo de Bella, donde el señor y la señora Boffin agotaron a la Inagotable en una lluvia de carantoñas. Fue solo esa oportuna aparición lo que impidió que Bella se desmayara. Eso, y la convicción con que su marido le explicó por qué todo el mundo había creído que lo habían asesinado, y que incluso había sido sospechoso de su propio asesinato; también cómo le había contado una mentira piadosa que lo había reconcomido, a medida que se acercaba el momento de descubrirla, por temor a que ella no acabara de perdonarle la finalidad que la había originado ni aquello en que se había convertido.

—¡Pero bendita seas, preciosa! —exclamó la señora Boffin, cortándole en seco en ese punto con otra entusiasta palmada—. No fue solo John quien participó en todo esto. Todos estuvimos metidos.

—No... no acabo de entenderlo —dijo Bella, mientras su mirada sin expresión iba de uno a otro.

—Claro que no, querida —exclamó la señora Boffin—. ¡Cómo vas a entenderlo hasta que no te lo cuenten! Así que ahora voy a contártelo. Así que vuelve a poner tus manos entre las mías —exclamó la animosa criatura,

abrazándola—, y con esa preciosidad que tienes en el regazo mirándonos, te lo contaré todo. Y ahora te voy a contar la historia. Una, dos y tres... ¡ya! ¡Ahí voy! Cuando esa noche exclamo: «¡Ahora lo sé, eres John!»... Esas fueron mis palabras exactas, ¿verdad, John?

—Tus palabras exactas —dijo John, poniendo la mano en la de ella.

—Esto está muy bien —exclamó la señora Boffin—. Déjala ahí, John. Y como todos estábamos en el ajo, Noddy, ven tú también y pon tu mano encima de la suya, y no romperemos el montón hasta que no acabe el relato.

El señor Boffin acercó una silla y añadió su manaza morena al montón.

—¡Estupendo! —dijo la señora Boffin, besándosela—. Parece una construcción familiar, ¿no? Pero ya estamos en marcha. ¡Bueno! Cuando esa noche grito: «¡Ahora sé quién eres! ¡Eres John!». John me coge, es cierto; pero yo no soy un peso ligero, bendito seas, y se ve obligado a dejarme en el suelo. Noddy oye un ruido y entra con su trotecillo, y en cuanto recupero el sentido le digo: «¡Noddy, ya podía decir lo que dije aquella noche en La Enramada, pues, demos gracias a Dios, este es John!». Y él también suelta un suspiro y cae redondo, y queda con la cabeza bajo el escritorio. Eso hace que yo me reponga del todo, y él también se repone del todo, y entonces John, él y yo lloramos de alegría.

—¡Sí! Lloran de alegría, querida —intervino John—. ¿Lo entiendes? ¡Ellos dos, que si yo vivía se quedaban frustrados y sin nada, lloran de alegría!

Bella lo miró confundida, y volvió a mirar la radiante cara de la señora Boffin.

—No pasa nada, querida, no le hagas caso —dijo la señora Boffin—, escúchame a mí. ¡Bueno! A continuación nos sentamos, poco a poco nos calmamos y nos confabulamos. John nos cuenta lo desolado que está por culpa de una cierta jovencita, y que, de no haber descubierto yo quién era, pensaba irse al ancho mundo a buscar fortuna, y que había tomado la decisión de no volver a la vida, sino dejarnos para siempre la propiedad de la herencia que no nos correspondía. Al oírlo, no has visto a nadie tan asustado como mi Noddy en ese momento. Pues el solo hecho de pensar que se había hecho con una herencia que no le correspondía, aunque hubiera sido de manera inocente, y que (más aún) podría haberla disfrutado hasta el día de su muerte, lo dejó

más blanco que un papel.

—Tú también lo estabas —dijo el señor Boffin.

—Tampoco le hagas caso a él, querida —prosiguió la señora Boffin—, escúchame a mí. Todo eso crea una confabulación centrada en cierta jovencita; cuando Noddy da su opinión de que es una criatura encantadora. «Puede que sea un poco malcriada —dice—, malcriada por las circunstancias, pero eso es solo en la superficie, y me juego la vida que tiene un auténtico corazón de oro».

—Tú también lo dijiste —dijo el señor Boffin.

—No le hagas ni pizca de caso, querida —continuó la señora Boffin—, escúchame a mí. Entonces dice John: «Oh, ojalá yo pudiera demostrarlo». Entonces los dos nos levantamos y decimos en ese mismo momento: «¡Demuéstralo!».

Con un respingo, Bella le dirigió una mirada al señor Boffin. Pero este le sonreía meditabundo a su manaza morena, y, o no la vio, o no le prestó atención.

—«¡Demuéstralo, John!», le decimos —repitió la señora Boffin—. «¡Demuéstralo y supera tus dudas con un triunfo, y sé feliz por primera vez en tu vida y el resto de tu vida». Naturalmente, eso deja a John muy alterado. Entonces le decimos: «¿Qué te dejaría satisfecho? ¿Que se mantuviera a tu lado cuando te despreciaran, que se mostrara generosa cuando te vieses oprimido, que se mostrara leal a ti cuando te vieras pobre y sin amigos, y todo ello contra su propio interés? ¿Te conformarías con eso?». «¿Conformarme?», dice John, «eso me haría estar en el cielo». «Entonces», dice mi Noddy, «prepárate para subir al cielo, John, pues tengo la certeza de que allí acabarás».

Durante medio instante, la mirada de Bella se cruzó con el centelleo de los ojos del señor Boffin; pero él apartó la mirada de ella y la devolvió a su manaza morena.

—Desde el principio fuiste el ojito derecho de Noddy —dijo la señora Boffin, negando con la cabeza—. ¡Ya lo creo! Y si yo hubiera sido de las celosas, no sé qué te habría hecho. Pero como no lo era... Bueno, preciosa —añadió con una cordial carcajada y un abrazo—, pues acabaste siendo también mi ojito derecho. Pero ya estamos en harina. ¡Bueno! Entonces dice mi

Noddy, con las costillas temblándole hasta que creo que volvieron a dolerle: «Prepárate para verte despreciado y oprimido, John, pues si ha habido en el mundo un patrón inflexible, ahora vas a descubrir que lo seré contigo». ¡Y ahí empezó todo! —exclamó la señora Boffin en un éxtasis de admiración—. ¡Dios te bendiga, ahí empezó todo! ¡Y cómo empezó!, ¿verdad?

Bella estaba medio asustada, pero también medio reía.

—Pero bendito sea —prosiguió la señora Boffin—, ¡ojalá lo hubieras visto por las noches, en esa época! ¡Cómo se sentaba y se reía solo! Cómo decía «Hoy me he comportado como un auténtico cafre», y cómo después se abrazaba y se apretaba al pensar en lo bruto que había fingido ser. Pero cada noche me decía: «La cosa va cada día a mejor, anciana. ¿Qué dijimos de la muchacha? Superará la prueba y nos mostrará su corazón de oro. Será la mejor obra que hemos hecho nunca». Y luego decía «¡Mañana seré un auténtico troglodita!», y se reía, y a menudo no paraba hasta que John y yo le dábamos unas palmadas en la espalda, y lo hacíamos respirar otra vez con un poco de agua.

El señor Boffin, cubriéndose la cara con su manaza, no hizo ruido alguno, pero movía los hombros cuando hablaban así de él, como si se lo pasara la mar de bien.

—Y así, preciosa —añadió la señora Boffin—, fue como te casaste, y este marido tuyo nos escondió en el órgano de la iglesia, y no nos dejó salir, como era nuestra intención primera. «No», dice, «es tan desprendida y está tan contenta que todavía no me puedo permitir ser rico. Debo esperar un poco más». Luego, cuando esperabas al bebé, dice: «Es un ama de casa tan jovial y maravillosa que todavía no me puedo permitir ser rico. Debo esperar un poco más». Luego, cuando nació el bebé, dice: «Ahora está mejor que nunca, y aún no puedo permitirme ser rico. Debo esperar un poco más». Y así una y otra vez hasta que le digo claramente: «John, si no fijas una fecha para instalarla en su propia casa, y nos permites salir de ella, acabaré chivándome». Entonces dice que solo está esperando a conseguir un triunfo como nunca había creído posible, y a demostrarnos que es mejor de lo que nunca imaginamos; y dice: «Verá que soy sospechoso de haberme asesinado a mí mismo, y vosotros veréis lo confiada y leal que es». ¡Bueno! Noddy y yo estuvimos de acuerdo, y él tenía razón, y aquí estás ahora, y ya está todo contado y se ha acabado el relato, y Dios te bendiga, hermosura, ¡y Dios nos

bendiga a todos!

La montaña de manos se dispersó, y Bella y la señora Boffin se dieron un fuerte y largo abrazo: con peligro del inagotable bebé, que miraba atónito desde el regazo de Bella.

—¿Y ya se ha acabado la historia? —dijo Bella, pensativa—. ¿No hay nada más que contar?

—¿Qué más podría haber, querida? —replicó la señora Boffin, llena de alegría.

—¿Está segura de que no se ha dejado nada? —preguntó Bella.

—Creo que no —dijo la señora Boffin con aire travieso.

—John —dijo Bella—, eres una buena niñera; ¿te importaría cogerme al bebé? —Tras depositar a la Inagotable en sus brazos, Bella miró fijamente al señor Boffin, que se había trasladado a una mesa y apoyaba la cara en una mano con la cara vuelta; Bella se arrodilló en silencio a su lado, le echó un brazo por el hombro y le dijo—: Por favor, le ruego me perdone, me equivoqué de palabra la vez que me despedí de usted. Creo que es mejor (no peor) que Hopkins, mejor (no peor) que Dancer, mejor (no peor) que Blackberry Jones, mejor (no peor) que cualquiera de ellos. ¡Y otra cosa, por favor! —exclamó Bella, con una carcajada sonora y exultante mientras forcejeaba con él y le obligaba a volverle su cara satisfecha—. He averiguado algo que todavía no se ha mencionado. ¡No creo que sea un avaro de corazón endurecido, y no creo que lo haya sido ni un solo momento!

En ese momento, la señora Boffin casi chilló de éxtasis, y se quedó sentada dando palmas y pataditas en el suelo, y meciéndose adelante y atrás, como el miembro demente de una familia de mandarines de juguete.

—¡Oh, ya le entiendo, señor! —exclamó Bella—. No quiero que usted ni nadie más me cuente el resto de la historia. Yo misma se la puedo contar, si quiere oírla.

—¿De verdad, hija mía? —dijo el señor Boffin—. Entonces cuéntanosla.

—¿Sí? —exclamó Bella, agarrándolo con las dos manos por la chaqueta y manteniéndolo prisionero—. Cuando se dio cuenta de lo codiciosa y miserable que era la persona a la que había acogido, decidió enseñarle el mal uso que se podía hacer de la riqueza, y cómo echaba a perder a las personas

que no sabían valorarla en su justa medida: ¿no fue así como? Sin importarle lo que ella pensara de usted (¡y sabe Dios que eso no tenía ninguna importancia!), y le enseñó en usted mismo el lado más mezquino de la riqueza, diciéndose: «Esta criatura superficial no averiguaría la verdad ni aunque dispusiera de cien años; pero si le ponemos delante un ejemplo flagrante a lo mejor hasta le abrimos los ojos y la hacemos pensar». Eso fue lo que usted se dijo, ¿verdad?

—Nunca dije nada parecido —declaró el señor Boffin en un estado de máxima dicha.

—Entonces debería haberlo dicho, señor —repuso Bella, tirando de él dos veces y besándolo una vez—, pues seguro que lo pensó. Se dio cuenta de que mi buena suerte se me estaba subiendo a la cabeza y endureciendo mi estúpido corazón, que me estaba convirtiendo en una persona codiciosa, calculadora, insolente, insufrible, y se tomó la molestia de ser el poste indicador más encantador y amable que jamás se ha colocado, señalando el camino que yo estaba tomando y adónde conducía. ¡Confíeselo al instante!

—John —dijo el señor Boffin, un gran sol resplandeciente de pies a cabeza—, ayúdame a salir de esta.

—No puede delegar en un abogado —repuso Bella—. Debe hablar por usted mismo. ¡Confiese al instante!

—Bueno, querida —dijo el señor Boffin—, la verdad es que cuando ideamos este pequeño plan que mi anciana mujer ha señalado, le pregunté a John qué le parecía ampliarlo a un plan más general como el que acabas de mencionar. Pero no dije una palabra que lo diera a entender, pues no era esa mi intención. Lo único que le dije a John fue que si me portaba como un oso con él, lo normal era que me portara como un oso con todos.

—¡Confiese ahora mismo que lo hizo para corregirme y enmendarme! —dijo Bella.

—Desde luego, hija mía —dijo el señor Boffin—. No lo hice para perjudicarte; puedes estar segura de ello. Y mi esperanza era que te sirviese de advertencia. No obstante, debo mencionar que en cuanto mi esposa descubrió a John, este nos hizo saber a ella y a mí que tenía la vista puesta en una persona desagradecida llamada Silas Wegg. Fue en parte para castigar a Wegg, para seguirle la corriente en el feo y turbio juego que se traía, que tú y

yo compramos tantos libros juntos (y por cierto, querida, no era Blackberry Jones, sino Blewberry), que me eran leídos en voz alta por la persona llamada Silas Wegg, mencionada hace un momento.

Bella, que todavía estaba arrodillada a los pies del señor Boffin, poco a poco se fue sentando en el suelo, adquiriendo una actitud más y más reflexiva, la mirada fija en los ojos radiantes del anciano.

—Sin embargo —dijo Bella tras una meditabunda pausa—, hay aún dos cosas que no entiendo. La señora Boffin jamás pensó que los cambios que usted sufría fueran auténticos, ¿verdad? Jamás lo creyó, ¿verdad? —preguntó Bella volviéndose hacia ella.

—¡No! —replicó la señora Boffin, con una negativa de lo más rotunda y apasionada.

—Y no obstante, se lo tomó muy a pecho —dijo Bella—. Recuerdo que eso la incomodaba muchísimo.

—¡Caramba, ya ves que a tu esposa no se le escapa nada, John! —exclamó el señor Boffin sacudiendo la cabeza con aire de admiración—. Tienes razón, querida. Muchas veces la anciana estuvo a punto de echarlo todo a rodar.

—¿Por qué? —preguntó Bella—. ¿Por qué ocurrió, si estaba en el secreto?

—Bueno, es una debilidad de la anciana —dijo el señor Boffin—, y sin embargo, si te he de decir la verdad y nada más que la verdad, es algo que me enorgullece mucho. Querida, la anciana me tiene en un pedestal tan alto que no soportaba ver que me comportaba como un oso. ¡No soportaba verme cuando me ponía serio! Por eso siempre estábamos a punto de que nos descubrieras.

La señora Boffin se rió de sí misma de buena gana; pero un cierto brillo en sus ojos honestos reveló que de ninguna manera estaba curada de esa peligrosa propensión.

—Te aseguro, querida —dijo el señor Boffin—, que el celebrado día en que, según están todos de acuerdo, hice mi mejor interpretación (me refiero a miau dijo el gato, cuá-cuá dijo el pato, y guau-guau-guau dijo el perro), te aseguro, querida, que en ese celebrado día, esas crueles palabras que no me

creía fueron un golpe tan duro para ella que tuve que sujetarla para impedir que corriera detrás de ti y me defendiera diciendo que estaba haciendo comedia.

La señora Boffin volvió a reír de buena gana, y apareció otro brillo en sus ojos, y dio entonces la impresión no solo de que los dos cómplices en la conspiración consideraban que en ese arrebató de sarcástica elocuencia el señor Boffin se había superado, sino de que este lo consideraba un logro extraordinario.

—¡No fue nada estudiado, querida! —le comentó a Bella—. Cuando John dijo que hubiera sido feliz de ganarse tu afecto y poseer tu corazón, me vino a la cabeza soltarle aquello de «Ganarse su afecto y poseer su corazón. ¡Miau dijo el gato, cuá-cuá dijo el pato, y guau-guau-guau dijo el perro!». No sabría decirte cómo me vino a la cabeza ni de dónde salió, pero sonó tan bilioso que te confieso que yo mismo me quedé atónito. ¡Estuve a punto de echarme a reír cuando John se me quedó mirando!

—Antes has dicho, querida —le recordó a Bella la señora Boffin—, que había otra cosa que no entendías.

—¡Ah, sí! —exclamó Bella, tapándose la cara con las manos—. Aunque eso no podré entenderlo mientras viva. Y es cómo John pudo quererme tanto cuando lo merecía tan poco, y cómo ustedes, señor y señora Boffin, fueron capaces de pensar tan poco en sí mismos, y tomarse tantas molestias para hacerme un poco mejor, y ayudarme a conseguir una esposa tan poco digna de él. Pero estoy muy agradecida.

Le tocaba a John Harmon —ahora John Harmon para siempre, y nunca más John Rokesmith— defender su engaño delante de ella (algo totalmente innecesario), y decirle, una y otra vez, que si lo había prolongado había sido por sus seductores encantos en la fingida situación económica en que vivían en ese momento. Esto condujo a un abundante intercambio de palabras de cariño y de alegría por parte de todos, en medio de las cuales observaron que la Inagotable miraba con un aire de lo más imbécil desde el pecho de la señora Boffin, y decidieron que con su inteligencia sobrenatural había entendido todo lo ocurrido, y le hicieron declarar a las damas y caballeros, moviendo su manita moteada (que extrajo con dificultad de su pelele exageradamente corto) que:

—¡Ya he informado a mi venerable mamá de que lo sé todo!

A continuación, John Harmon le preguntó a su señora si no le gustaría ver su casa. Y era una casa exquisita, hermosa y de buen gusto; y la recorrieron en procesión; la Inagotable, en el pecho de la señora Boffin (aún con los ojos muy abiertos), ocupando la posición central, y el señor Boffin cerrando la comitiva. Y en la exquisita mesa de tocador de Bella había un cofre de marfil, y dentro del cofre había joyas que jamás había imaginado, y en el piso superior una habitación infantil adornada con los colores del arco iris; «aunque no ha sido fácil que la tuvieran a punto en tan poco tiempo», dijo John Harmon.

Una vez inspeccionada la casa, unos emisarios se llevaron a la Inagotable, a la que poco después oyeron chillar entre los arco iris; momento en el que Bella se retiró de la presencia de los caballeros, y cesaron los gritos, y una sonriente Paz acompañó a esa joven rama de olivo.

—¡Entra y echa un vistazo, Noddy! —le dijo la señora Boffin a su esposo.

El señor Boffin permitió que lo llevaran de puntillas hasta la puerta del cuarto de la niña y se asomó con inmensa satisfacción, aunque lo único que había que ver era a Bella en un meditabundo estado de felicidad, sentada en una sillita baja junto a la lumbre, con la niña en sus claros brazos juveniles, y sus suaves pestañas protegiendo sus ojos del fuego.



MR. BOFFIN DOES THE HONOURS OF THE NURSERY DOOR.

—Parece que el espíritu del anciano ha hallado por fin descanso, ¿verdad?
—dijo la señora Boffin.

—Sí, anciana.

—Y que el dinero ha vuelto a cobrar lustre, tras mucho tiempo oxidándose en la oscuridad, y que al fin comienza a centellear al sol.

—Sí, anciana.

—Y que pinta una imagen hermosa y prometedora, ¿verdad?

—Sí, anciana.

Pero el señor Boffin, viendo al instante que aquello merecía ser rematado

con una ocurrencia, endilgó el siguiente comentario, pronunciado con un espeluznante gruñido de oso:

—¿Una imagen hermosa y prometedora? ¡Miau, cuá-cuá, guauguau!

Y a continuación bajó trotando las escaleras, mientras sus hombros sufrían la más viva conmoción.

Capítulo XIV

Jaque mate al movimiento amistoso

El señor John Harmon y señora calcularon hasta tal punto la toma de posesión de su nombre legítimo y su casa de Londres que el hecho tuvo lugar el mismísimo día en que el último carromato con la carga del último montículo salió por las puertas de La Enramada de Bower. Mientras se alejaba traqueteando, el señor Wegg tenía la impresión de que, del mismo modo, la última carga era eliminada de su mente, y saludó la auspiciosa temporada en que esa oveja negra, Boffin, iba a ser esquilada hasta la raíz.

A lo largo del lento proceso de allanar los montículos, Silas se había mantenido atento con ojos voraces. Aunque unos ojos no menos voraces habían vigilado el crecimiento de los montículos en años pretéritos, y habían cribado atentamente el polvo de que estaban compuestos. No habían encontrado nada de valor. ¿Cómo iba a haber nada, teniendo en cuenta que mucho tiempo atrás ese viejo e inflexible carcelero de la Prisión de Harmony había convertido en dinero todo lo que estaba sin dueño?

El señor Wegg, aunque decepcionado por ese magro resultado, se sintió demasiado aliviado por el final de aquellos trabajos como para pensar en protestar. El capataz-representante de los contratistas de las basuras, que eran los compradores de los montículos, había dejado al señor Wegg en la piel y los huesos. El supervisor de las labores había reivindicado los derechos de su empresa a cargar a la luz del día, a la luz de la noche y a la luz de las antorchas, cuando así lo desearan, lo que habría supuesto la muerte de Silas de haber durado las faenas un poco más. Como si nunca necesitara dormir, el supervisor reaparecía con la cabeza vendada —como si se la hubiera roto—, sombrero con orejeras, calzas de pana, como un condenado duende, a las horas más intempestivas. Agotado de tanto vigilar con esmero la larga jornada de carga en medio de la niebla y la lluvia, Silas acababa de meterse en la cama y comenzaba a dormitar cuando una espantosa sacudida y un estrépito debajo de su almohadón anunciaban que se aproximaba otra caravana de

carretas, escoltada por el Demonio del Alboroto, para ponerse a trabajar de nuevo. Otras veces el trajín lo sacaba de un sueño profundo, en plena noche; en otras tenía que mantenerse en su puesto de cuarenta y ocho horas seguidas. Cuando más su perseguidor le suplicaba que no se molestara en aparecer, más suspicaz se mostraba el artero Wegg, pensando que habían atisbado indicios de que algo se ocultaba allí e intentaban librarse de su presencia. Tan a menudo se le interrumpía en su descanso que llevaba una vida del que se ha ofrecido a hacer diez mil guardias de diez mil horas, y tenía el lastimero aspecto del que siempre se está levantando aunque nunca se haya acostado. Tan demacrado y ojeroso se le veía al final que la pierna de madera le quedaba desproporcionada, y presentaba un aspecto tan próspero en contraste con el resto de su cuerpo enfermo que casi se la podía calificar de rolliza.

No obstante, el consuelo de Wegg era que todas sus penalidades habían acabado ya, y que casi de inmediato pasaría a hacerse con la fortuna. Últimamente, parecía que era a él a quien habían agarrado por la nariz, en lugar de al señor Boffin, aunque ahora a este se la iba a poner como un tomate. Hasta ese momento, el señor Wegg no le había apretado mucho las tuercas a su amigo el basurero, tras haberse visto frustrado en su amigable plan de cenar a menudo con él a causa de las maquinaciones del basurero insomne. Se había visto obligado a delegar en el señor Venus la labor de vigilar a su amigo el basurero, mientras él se demacraba y languidecía en La Enramada.

Cuando por fin los montículos quedaron allanados y desaparecieron, el señor Wegg se presentó en el museo del señor Venus. Ya había oscurecido, y, como esperaba, se encontró al caballero sentado delante del fuego; aunque no lo encontró, como esperaba, con su poderosa inteligencia flotando en té.

—¡Vaya, qué bien huele, y qué cómodo se está aquí! —dijo Wegg, como si se lo tomara a mal, deteniéndose y oliscando al entrar.

—Estoy bastante cómodo, señor —dijo Venus.

—En su negocio no usa limón, ¿verdad? —preguntó Wegg, oliscando una vez más.

—No, señor Wegg —dijo Venus—. Cuando lo utilizo, es sobre todo en el ponche de vino.

—¿A qué llama ponche de vino? —preguntó Wegg, de peor humor que

antes.

—Es difícil dar la receta exacta, señor —repuso Venus—, pues, por mucho que uno se esmere en las proporciones de los ingredientes, el resultado depende mucho del talento de quien lo prepara, y de que se le ponga un poco de sentimiento. Pero la base principal es la ginebra.

—¿De la botella holandesa? —dijo Wegg abatido, mientras se sentaba.

—¡Muy bien, señor, muy bien! —exclamó Venus—. ¿Quiere un poco, señor?

—¿Que si quiero compartirlo? —contestó Wegg en tono muy hosco—. ¡Bueno, naturalmente que quiero! ¡No va a querer un hombre que se ha visto atormentado hasta casi perder el oremus por un basurero imperecedero que lleva la cabeza vendada! ¡Claro que va a querer! ¡Como si fuera posible que no quisiera!

—No deje que eso le altere, señor Wegg. Parece que hoy no está de su humor habitual.

—Ya que lo menciona, tampoco se le ve a usted de su humor habitual —gruñó Wegg—. Hoy parece más animado.

En el actual estado de ánimo del señor Wegg, eso le parecía una ofensa fuera de lo normal.

—¡Y se ha cortado el pelo! —dijo Wegg, echando de menos su polvorienta mata.

—Sí, señor Wegg. Pero tampoco permita que eso le altere.

—¡Y que me aspen si no ha engordado! —dijo Wegg, para rematar su descontento—. ¿Qué será lo siguiente?

—Bueno, señor Wegg —dijo Venus, sonriendo animadamente—, sospecho que es casi imposible que adivine la siguiente cosa que voy a hacer.

—No quiero adivinar nada —replicó Wegg—. Todo lo que tengo que decir es que le ha ido muy bien la división del trabajo que hemos hecho. Le ha ido muy bien encargarse de la parte más cómoda de este negocio, cuando la mía ha sido tan pesada. Estoy seguro de que nadie ha interrumpido su descanso.

—Puede estar seguro, señor —dijo Venus—. No he descansado tan bien

en mi vida, gracias.

—¡Ah! —gruñó Wegg—. Debería haber ocupado mi lugar. De haberlo ocupado, y de haber visto cómo le sacaban de la cama, de su sueño, de sus comidas, de quicio, a lo largo de meses y meses, estaría mal de cuerpo y de mente.

—Desde luego, ha perdido peso, señor Wegg —dijo Venus, contemplando su figura con ojos de artista—. ¡Ya lo creo que ha perdido peso! Tan mustia y amarilla tiene la piel que le envuelve los huesos que casi se diría que ha venido a visitar al caballero francés que hay en el rincón, y no a mí.

El señor Wegg, mirando indignadísimo en dirección al caballero francés del rincón, pareció observar allí algo nuevo, lo que le indujo a mirar hacia el rincón opuesto, y a continuación se puso los lentes y miró atentamente todos los recovecos y rincones de la tienda en penumbra.

—¡Vaya, pero si ha limpiado la tienda! —exclamó.

—Sí, señor Wegg. Lo ha hecho la mano de una mujer adorable.

—Imagino que, entonces, lo siguiente que va a hacer es casarse.

—Eso es, señor.

Silas se quitó los lentes —le disgustaba tan intensamente el aspecto animado de su amigo y socio que no soportaba ver su imagen ampliada— y le preguntó:

—¿Con la vieja pájara?

—¡Señor Wegg! —dijo Venus con un repentino arrebató de ira—. La mujer en cuestión no es vieja ni pájara.

—Me refería —explicó Wegg con irritación— a la pájara que antes le había rechazado.

—Señor Wegg —dijo Venus—, en un caso de tal delicadeza, debo insistir en que explique a qué se refiere. Hay cuerdas que no deben tocarse. ¡No, señor! No hay que hacerlas sonar si no es de la manera más respetuosa y melodiosa. De tan melodiosas cuerdas está formada la señorita Agrado Riderhood.

—¿Se trata, entonces, de la dama que anteriormente le rechazó?

—Señor —replicó Venus con dignidad—, acepto la frase transformada. Es la dama que anteriormente me rechazó.

—¿Y cuándo hinca la rodilla esa dama? —preguntó Silas.

—Señor Wegg —dijo Venus con otro arrebató—, no le permito que hable del asunto como si fuera un combate. Debo pedirle, de manera comedida pero firme, que rehaga la pregunta.

—¿Cuándo va a darle su mano la dama que ya le ha dado su corazón? —preguntó a regañadientes Wegg, conteniendo su mal humor en recuerdo de su asociación comercial y de la mercancía.

—Señor —contestó Venus—, de nuevo acepto la frase transformada, y con gusto. La dama que ya me ha dado su corazón va a darme su mano el próximo lunes.

—Entonces, ¿la dama ya no tiene nada que objetar? —dijo Silas.

—Señor Wegg —dijo Venus—, como ya le expliqué, creo, en una ocasión anterior, si no en varias...

—En varias —le interrumpió Wegg.

—... cuál era la naturaleza de la objeción de la dama —prosiguió Venus—, puedo informarle, sin violar las cariñosas confidencias que desde entonces hemos mantenido la dama y yo, cómo han desaparecido esas objeciones gracias a la amable intervención de dos buenos amigos míos, uno de los cuales conocía anteriormente a la dama; el otro, no. Esos dos amigos me hicieron el gran favor de visitar a la dama para ver si no existía alguna posibilidad de que esa unión llegara a celebrarse, y expusieron la idea de que si, después de la boda, me limitaba a la articulación de hombres, niños y animales inferiores, probablemente eso aliviaría los sentimientos de la dama en relación a ser considerada (en cuanto que mujer) como un esqueleto. Fue una idea feliz, señor, y arraigó.

—Parece que tiene muchos amigos —observó Wegg con cierta desconfianza.

—Bastantes, señor —contestó ese caballero en un tono de plácido misterio—. No está mal. Bastantes.

—Sin embargo —dijo Wegg, tras volver a dirigirle otra mirada de desconfianza—, le doy mi enhorabuena. Un hombre gasta su fortuna de una

manera, y el otro de otra. Usted va a casarse. Yo pienso viajar.

—¿De verdad, señor Wegg?

—Un cambio de aires, la proximidad del mar, el descanso natural. Espero que todo eso me permita recuperarme tras las persecuciones a que me ha sometido el basurero de la cabeza vendada que acabo de mencionarle. Ahora que ha terminado la ardua labor de allanar los montículos, ha llegado el momento de que Boffin afloje la mosca. ¿Le iría bien quedar mañana a las diez, socio, para agarrar por fin por la nariz a ese Boffin?

Las diez de la mañana le iba muy bien al señor Venus para ese propósito.

—Espero que lo haya vigilado bien —dijo Silas.

El señor Venus lo había tenido perfectamente vigilado cada día.

—¿Podría pasarse esta noche por su casa y darle algunas instrucciones de mi parte (digo de mi parte porque sabe que conmigo no se juega) para que tenga sus papeles, sus cuentas y su efectivo preparado a esa hora de la mañana? —dijo Wegg—. Y como mera formalidad, ¿le importaría, antes de que salgamos (pues le acompañaré parte del camino, a pesar de que la pierna no me sostiene de cansancio), que le echemos un vistazo a la mercancía?

El señor Venus la sacó, y todo estuvo totalmente correcto. El señor Venus se comprometió a volver a sacarla por la mañana, y se citó con el señor Wegg en la puerta de casa del señor Boffin cuando el reloj diera las diez. En un cierto punto del camino entre Clerkenwell y la casa de Boffin (el señor Wegg insistió expresamente en que nada precediera al apellido del Basurero de Oro), los socios se separaron.

Fue una mala noche, y le sucedió una mala mañana, pues las calles estaban tan desacostumbradamente cubiertas de barro y nieve derretida, y tan tristes, que Wegg cogió un coche para ir a la escena de los hechos, arguyendo que un hombre que estaba a punto de ir al banco para hacerse con una bonita suma de dinero bien podía permitirse ese nimio gasto.

Venus llegó puntual, y fue Wegg quien llamó a la puerta y quien iba a llevar la voz cantante en la reunión. Nudillos en la puerta. Puerta abierta.

—¿Está Boffin en casa?

El criado replicó que el señor Boffin estaba en casa.

—Muy bien —dijo Wegg—, aunque no es así como yo lo llamo.

El criado preguntó si tenían cita previa.

—Pues le diré, joven —contestó Wegg—, que no la tenemos. Por ahí no paso. No trato con sirvientes. Quiero a Boffin.

Los acompañó a una sala de espera en la que el todopoderoso Wegg no se quitó el sombrero y se puso a silbar, y con el dedo hurgó un reloj que había sobre la repisa de la chimenea hasta que le hizo dar la hora. A los pocos minutos los acompañaron arriba, a lo que había sido la habitación de Boffin, que, además de la puerta de entrada, tenía unas puertas plegables que la dividían en dos cuando la ocasión lo requería. Allí encontraron a Boffin sentado delante de una mesa de biblioteca, y allí el señor Wegg, tras haberle hecho señas al criado de manera imperiosa para que se retirara, acercó una silla y se sentó, aún con el sombrero puesto, muy cerca de Boffin. Y ahí, también, el señor Wegg sufrió al instante la extraordinaria experiencia de ver cómo le quitaban el sombrero de un tirón y lo arrojaban por la ventana, que fue abierta y cerrada para ese propósito.

—Ojo con las insolentes libertades que se toma en presencia de este caballero —dijo el propietario de la mano que había hecho eso—, o irá usted detrás del sombrero.

Wegg se llevó la mano involuntariamente a la cabeza descubierta, y se quedó mirando al secretario con los ojos muy abiertos. Pues era él quien se le dirigía con el semblante severo y quien había aparecido sigiloso por las puertas plegables.

—¡Oh! —dijo Wegg nada más recuperar el habla, momentáneamente en suspenso—. ¡Muy bien! Di órdenes de que lo despidieran. Y no se ha ido, ¿verdad? ¡Vaya! Habrá que tomar medidas enseguida. ¡Muy bien!

—No, y yo tampoco me he ido —dijo otra voz.

Otra persona apareció sigilosamente por las puertas plegables. Al volver la cabeza, Wegg contempló a su perseguidor, el basurero que nunca dormía, ataviado con el sombrero con orejeras y los calzones de pana. El cual, al quitarse la venda de la cabeza rota, reveló que esta estaba entera, y que la cara era de Fangoso.

—¡Ja, ja, ja, caballeros! —tronó Fangoso en una carcajada, disfrutando de

manera inconmensurable—. ¡Jamás se le ocurrió pensar que yo podía dormir de pie, pues a menudo lo hacía cuando daba vueltas para la señora Higden! ¡Jamás se le ocurrió pensar que yo le daba las noticias de la policía a la señora Higden poniendo voces distintas! ¡Pero se las he hecho pasar canutas con eso, caballeros, y espero que así fuera DE VERDAD!

En ese momento, Fangoso abrió la boca hasta un punto alarmante, y echando la cabeza hacia atrás para otra carcajada, reveló incalculables botones.

—¡Oh! —dijo Wegg, ligeramente desconcertado, aunque no demasiado—. Con este ya son dos los que no han sido despedidos, ¿no? ¡Bof-fin! Deje que le haga una pregunta. ¿Quién vistió así a este sujeto cuando empezaron a cargar los montículos? ¿Quién contrató a este sujeto?

—¡Oiga! —le amonestó Fangoso, echando la cabeza hacia delante—. ¡Nada de sujetos o le echo por la ventana!

El señor Boffin lo apaciguó con un gesto de la mano y dijo:

—Yo lo contraté, Wegg.

—¡Oh! ¿Que usted lo contrató, Boffin? Muy bien. Señor Venus, aumentamos nuestras exigencias, y lo mejor que podemos hacer es entrar ya en materia. ¡Bof-fin! Quiero que esta chusma se vaya de aquí.

—Eso no va a ocurrir —contestó el señor Boffin, sentado en una punta de la mesa de la biblioteca sin perder la compostura, mientras el secretario permanecía en la otra con la misma actitud.

—¡Bof-fin! ¿Que no va a ocurrir? —repitió Wegg—. ¿Ni por la cuenta que le trae?

—No, Wegg —dijo el señor Boffin, negando con la cabeza con aire jovial—. Ni por la cuenta que me trae a mí ni a nadie más.

Wegg reflexionó un momento, y a continuación dijo:

—Señor Venus, ¿tendría la bondad de entregarme el documento?

—Desde luego, señor —replicó Venus, entregándoselo con mucha cortesía—. Aquí está. Ahora que me he separado de él, señor, deseo hacer una pequeña observación: no porque sea de ningún modo necesaria, ni porque exprese ni una nueva doctrina ni un nuevo descubrimiento, sino solo para

aliviar mi espíritu. Silas Wegg, es usted un bribón de siete suelas.

El señor Wegg, como si esperara un cumplido, con el documento había estado marcando el compás de las corteses palabras del otro, hasta que esa inesperada conclusión le hizo parar en seco.

—Silas Wegg —dijo Venus—, sepa que me tomé la libertad de incorporar a nuestro negocio al señor Boffin como socio capitalista en una fase muy precoz de la existencia de nuestra empresa.

—Muy cierto —añadió el señor Boffin—, y yo puse a prueba a Venus haciéndole un par de falsas propuestas, y en general me pareció una persona muy honesta, Wegg.

—El señor Boffin es muy indulgente al decir eso —observó Venus—, aunque al principio de este turbio asunto mis manos, durante unas pocas horas, no estuvieron todo lo limpias que hubiera deseado. Pero espero haberme enmendado totalmente y a tiempo.

—Venus, se enmendó —dijo el señor Boffin—. No le quepa la menor duda.

Venus inclinó la cabeza con respeto y gratitud.

—Gracias, señor. Le estoy muy agradecido por todo, señor. Por la buena opinión que tiene ahora de mí, por la manera en que me recibió y animó la primera vez que me puse en contacto con usted, por la manera en que usted y el señor Harmon han influido sobre cierta dama. —A quien también le hizo una reverencia al mencionarlo.

Wegg escuchó ese nombre aguzando el oído, y observó lo que ocurría aguzando la vista, y cierto temor se fue infiltrando en su actitud de matasiete cuando Venus volvió a reclamar su atención.

—Ahora se explica todo lo ocurrido entre usted y yo, señor Wegg —dijo Venus—, y ahora lo puede entender, señor, sin que se lo tenga que explicar. Pero para evitar por completo cualquier malentendido o confusión que pueda surgir en lo que considero un punto importante, y para que quede claro ahora que nuestra relación acaba, le pido permiso al señor Boffin y al señor John Harmon para repetir una observación que ya he tenido el placer de poner en su conocimiento. ¡Es usted un bribón de siete suelas!

—Y usted un necio —dijo Wegg, chasqueando los dedos—, y me hubiera

librado de usted mucho antes de haberseme ocurrido la manera de hacerlo. Y le di muchas vueltas, se lo digo. Váyase, y con viento fresco. Así me toca más a mí. Porque saben —dijo Wegg, dividiendo su siguiente observación entre el señor Boffin y el señor Harmon—, me merezco ese precio, y me lo voy a cobrar. Está muy bien que nos separemos, y es propio de un bobo anatómico como este —señalando al señor Venus—, pero no de un Hombre. Estoy aquí para cobrar mi precio, y ya he dicho la cifra. Y ahora, págueme o aténgase a las consecuencias.

—Me atengo a las consecuencias, Wegg —dijo el señor Boffin, riendo—, por lo que a mí se refiere.

—¡Bof-fin! —replicó Wegg, volviéndosele con aire severo—, entiendo su recién nacido atrevimiento. Le veo el latón bajo el baño de plata. Tiene la nariz ya desencajada. Sabiendo que ya no arriesga nada, se lanza a jugar por su cuenta. ¡Bueno, tiene ante las narices un cristal tan empañado que no ve! Pero el señor Harmon se halla en distinta situación. Lo que él arriesga es otro cantar. Últimamente he oído hablar de que si era o no ese tal señor Harmon... y ahora entiendo algunas de las insinuaciones que he visto en los periódicos sobre el tema. Y me olvido de usted, Bof-fin, pues ya no merece mi atención. Le pregunto a usted, señor Harmon, si tiene alguna idea del contenido de este documento.

—Es un testamento de mi difunto padre, de fecha más reciente que el testamento autenticado por el señor Boffin (y le daré un puñetazo si vuelve a dirigirse a él en los términos en que lo ha hecho), en el que lega la totalidad de sus bienes a la Corona —dijo John Harmon, con toda la indiferencia que pudo hacer compatible con su extrema seriedad.

—¡Ahí acierta! —exclamó Wegg—. Entonces —apretó el peso de su cuerpo sobre la pata de palo, y apretó la pata de palo sobre un lado, y apretó un ojo—, entonces le pregunto: ¿cuál es el valor de ese documento?

—Ninguno —dijo John Harmon.

Wegg había repetido la palabra con sorna, y estaba iniciando una respuesta sarcástica, cuando, para su infinito asombro, se encontró con que lo agarraban por la corbata; lo zarandearon hasta que le castañetearon los dientes; le dieron un empujón y, trastabillando, acabó en un rincón del cuarto, donde se quedó clavado.

—¡Bribón! —dijo John Harmon, cuya presa de marinero era como si le sujetara un torno.

—Me está golpeando la cabeza contra la pared —protestó débilmente Silas.

—Es que pretendo golpearle la cabeza contra la pared —replicó John Harmon, trasladando sus palabras en actos con el mayor celo—, y daría mil libras para poder daros una paliza hasta que os salieran los sesos por las orejas. Escucha, bribón, y observa la botella holandesa.

Fangoso se la puso delante para su edificación.

—Esta botella holandesa, bribón, contenía el último testamento de los muchos testamentos que redactó mi desdichado y atormentado padre. Este testamento se lo deja todo a mi noble benefactor y también suyo, el señor Boffin, excluyéndome e injuriándome, y también a mi hermana (que entonces ya había muerto con el corazón roto) expresamente. Esta botella la encontró mi noble benefactor y suyo después de entrar en posesión de la herencia. Esta botella holandesa lo alteró muchísimo, pues, aunque mi hermana y yo ya no existíamos, difamaba nuestra memoria, y él sabía que en nuestra miserable juventud no habíamos hecho nada para merecerlo. Así pues, enterró la botella holandesa en el montículo que le pertenecía, y allí permaneció mientras usted, canalla ingrato, hurgaba y rebuscaba... a menudo muy cerca de ella, diría yo. La intención del señor Boffin era que jamás viera la luz; pero temía destruirla, temiendo que destruir ese documento, aun cuando fuera con una causa generosa, fuera motivo de delito. Tras descubrir quién era yo, el señor Boffin, aún inquieto por el asunto, me contó el secreto de la botella holandesa, bajo ciertas condiciones que un granuja como usted sería incapaz de apreciar. Le insistí en la necesidad de desenterrarla, y de que el documento fuera legalmente presentado y acreditado. La primera cosa usted se la vio hacer, y la segunda se ha hecho sin que se diera cuenta. En consecuencia, el papel que ahora tiembla en su mano mientras le zarandeo (y me gustaría zarandearle hasta matarle) vale menos que el corcho podrido de la botella holandesa, ¿lo entiende?

A juzgar por la cara larga de Silas mientras su cabeza se movía adelante y atrás de manera muy incómoda, lo entendió.

—Y ahora, bribón —dijo John Harmon, dándole otro giro de marinero a su corbata y sujetándolo en el rincón al extremo de su brazo—, le voy a decir

un par de cosas más, porque espero que lo atormenten. Su descubrimiento fue un descubrimiento auténtico, pues a nadie se le había ocurrido mirar en ese lugar. Tampoco sabíamos que lo había hecho hasta que Venus habló con el señor Boffin, aunque yo le tenía bien vigilado desde que aparecí por aquí, y aunque Fangoso ha hecho de la labor de ser su sombra la principal ocupación y placer de su vida. Le cuento esto para que sepa que le conocíamos lo bastante como para convencer al señor Boffin de que nos dejara seguir teniéndolo engañado hasta el último momento, a fin de que su decepción fuera lo más contundente posible. Esta era la primer cosa que tenía que decirle. ¿Lo ha entendido?

John Harmon le ayudó a comprender con otro zarandeo.

—Y ahora, bribón —añadió—, voy a terminar. Hace un momento suponía que yo era el propietario de la herencia de mi padre. Lo soy. Pero ¿porque mi padre me la legara o por el derecho que tengo? No. Por la generosidad del señor Boffin. Las condiciones que convino conmigo, antes de revelar el secreto de la botella holandesa, fueron que yo me quedara con la herencia, y que él se quedaría con su montículo, y nada más. Debo todo lo que poseo exclusivamente al desprendimiento, la rectitud, la amabilidad, la bondad (no me bastan las palabras) del señor y la señora Boffin. Y cuando, sabiendo lo que sabía, vi que un gusano como usted tenía la presunción de plantarle cara en esta casa a tan noble alma, lo asombroso —añadió John Harmon a través de sus dientes apretados, y con una terrible vuelta a la corbata de Wegg— es que no le haya arrancado la cabeza y la haya tirado por la ventana. Ya está. Esto era lo último que quería decirle. ¿Lo ha entendido?

Silas, al verse liberado, se llevó la mano al cuello, se aclaró la garganta y dio la impresión de tener una espina de pescado bastante grande en esa zona. Al mismo tiempo que realizaba ese gesto en esa parte de su rincón, el señor Fangoso llevó a cabo un movimiento singular y a primera vista incomprensible: comenzó a retroceder hacia el señor Wegg siguiendo la pared, igual que un mozo de cuerda o un estibador que se dispone a levantar un saco de harina o de carbón.

—Siento, Wegg —dijo el señor Boffin en su clemencia— que mi anciana y yo no podamos tener de usted una opinión mejor que la que nos vemos obligados a albergar. Pero no me gustaría que se fuera, a fin de cuentas, con una posición en la vida peor de la que lo encontré. Así pues, diga, en una

palabra, antes de que nos despidamos, cuánto le costaría montar otro puesto ambulante.

—Y en otro sitio —intervino John Harmon—. No quiero que se acerque a estas ventanas.

—Señor Boffin —repuso Wegg en avariciosa humillación—: la vez que tuve el honor de conocerle, poseía una colección de baladas que, se podría decir, era de un valor inapreciable.

—Entonces no hay manera de pagarlas —dijo John Harmon—, y mejor no intentarlo, mi querido señor.

—Perdóneme, señor Boffin —retomó Wegg, con una maligna mirada en dirección del último en hablar—, le estaba exponiendo el caso a usted, el cual, si mis sentidos no me engañan, me lo ha pedido. Poseía una selectísima colección de baladas, y en la cajita había una nueva provisión de pan de jengibre. No digo más, y el resto se lo dejo a usted.

—Pero es difícil señalar lo que es justo —dijo el señor Boffin, incómodo, con la mano en el bolsillo—, y no quiero sobrepasar lo que es justo, pues ha resultado usted ser un sujeto malvado. No sé por qué ha sido tan artero e ingrato, Wegg; ¿alguna vez le ofendí?

—También estaban mis contactos como recadero —añadió el señor Wegg, con aire meditabundo—, oficio en el que era muy respetado. Pero no me gustaría que me tacharan de codicioso, y lo dejo a su arbitrio, señor Boffin.

—A fe mía, que eso no sé cómo valorarlo —farfulló el Basurero de Oro.

—Había también —continuó Wegg— un par de caballetes, por los que un irlandés considerado experto en caballetes me ofreció cinco chelines y seis peniques, una suma que no quise ni oír, pues habría perdido dinero. Y había un taburete, un paraguas, un tendedero y una bandeja. Pero lo dejo a su arbitrio, señor Boffin.

El Basurero de Oro pareció absorto en abstrusos cálculos, y el señor Wegg le ayudó con los siguientes productos adicionales.

—Además estaban la señorita Elizabeth, el señorito George, tía Jane y tío Parker. ¡Ah! Cuando un hombre considera la pérdida de unos protectores como esos; cuando un hombre descubre que los cerdos han hozado en un jardín tan bonito; le resulta muy difícil, sin llegar muy alto, calcularlo en

dinero. Pero lo dejo enteramente a su arbitrio, señor.

El señor Fangoso proseguía con su singular y a primera vista incomprensible movimiento.

—Se ha hablado aquí de engaños —dijo Wegg con aire melancólico—, y no es fácil decir hasta qué punto mi tono espiritual no se ha visto menoscabado por la lectura de vidas de avaros, cuando usted me engañó a mí y a otros para que pensáramos que lo era. Lo único que puedo decir es que me pareció que mi tono espiritual disminuía en esa época. ¡Y cómo va uno a tasar su espíritu! También hay que sumar el sombrero que llevaba hace un momento. Pero lo dejo todo a su arbitrio, señor Boffin.

—¡Venga! —dijo el señor Boffin—. Aquí tiene un par de cientos de libras.

—Para ser justo conmigo, no puedo aceptarlo, señor.

Aún tenía esas palabras en la boca cuando John Harmon levantó el dedo y Fangoso, que ahora estaba cerca de Wegg, siguió retrocediendo hasta la espalda de este, se agachó, le agarró por detrás el cuello de la chaqueta con ambas manos, y hábilmente lo levantó como si fuera el saco de harina o carbón antes mencionado. En esa posición, el semblante de Wegg exhibió un descontento y un asombro extraordinarios, mientras sus botones se veían casi tan prominentes como los del propio Fangoso, por no mencionar que su pata de palo estaba en una situación muy impropia. Pero su cara dejó de verse en la habitación a los pocos segundos, pues Fangoso trotó a paso ligero y lo sacó de allí, y a continuación bajó la escalera con el mismo trote, mientras el señor Venus le acompañaba para abrir la puerta de la calle. Las órdenes del señor Fangoso habían sido depositar su carga en la calle; pero como dio la casualidad de que el carro de unos basureros estaba en la esquina sin que nadie lo atendiera, con su escalerita plantada junto a la rueda, el señor Fangoso no pudo resistir la tentación de arrojar al señor Silas Wegg dentro del carro. Una proeza un tanto difícil, conseguida con gran destreza y que salpicó muchísimo.

Capítulo XV

Lo que atraparon los cepos

Hasta qué punto la mente de Bradley Headstone se había visto torturada y desgarrada desde aquella serena tarde en la que, junto al río, surgió, por así decir, de las cenizas del gabarrero, es algo que solo él podía contar. Y ni siquiera él podía contarle, pues una desdicha así solo se puede experimentar.

En primer lugar, tuvo que soportar el peso combinado de saber lo que había hecho, del obsesivo reproche de que podría haberlo hecho mucho mejor, y del temor a que lo descubrieran. Esta carga era suficiente para aplastarlo, y día y noche la acarreaba. Tan pesada era en sus escasas horas de sueño como en las horas que pasaba despierto con los ojos enrojecidos. Lo iba aplastando con una aterradora e inmutable monotonía, en la que no había un momento de variedad. La sobrecargada bestia de carga, o el sobrecargado esclavo, durante algunos instantes se desembaraza de la carga física, y encuentra cierto respiro incluso cuando se aplica un dolor adicional en los músculos o en la extremidad que soportan la carga. Pero bajo la firme presión de la atmósfera infernal en la que había entrado, ese desgraciado ni siquiera obtenía ese pobre remedo de alivio.

Pasaba el tiempo, y ninguna sospecha visible lo acechaba; pasaba el tiempo, y en los relatos públicos de la agresión que reaparecían de vez en cuando comenzaba a ver al señor Lightwood (que actuaba de abogado del herido) alejándose cada vez más del hecho, apartándose del tema, y evidentemente aflojando en su celo. Poco a poco, un atisbo de la causa de esa actitud comenzó a aparecer en la mente de Bradley. Luego vino el encuentro fortuito con el señor Milvey en la estación de tren (por donde a menudo paseaba en las horas muertas, pues era un lugar por donde circularían noticias frescas del hecho, o se colocaría un cartel refiriéndose a él), y entonces comprendió claramente lo que había conseguido.

Se dio cuenta de que con sus desesperados esfuerzos por separar para siempre a aquellos dos, lo que había conseguido era unirlos. Que había

mojado las manos en sangre para dibujarse la marca del pobre tonto que ha servido de instrumento. Que Eugene Wrayburn, por su esposa, había dejado de pensar en él y había dejado que se arrastrara por el maldito curso de su vida. Se dijo que el Destino, la Providencia, o el Poder rector que fuera, lo había engañado —y derrotado—, y en su rabia impotente mordió, desgarró y sufrió aquel ataque.

Una nueva confirmación de la verdad le llegó en los días siguientes, cuando se publicó que el herido se había casado postrado en el lecho, y con quién, y que, si bien no estaba fuera de peligro, había mejorado un poco. Bradley habría preferido que lo prendieran por el asesinato que haber leído ese pasaje, sabiéndose perdonado, y por qué.

Pero para que no volvieran a engañarlo ni a derrotarlo —cosa que ocurriría si Riderhood lo implicaba, y entonces la ley lo castigaría por su abyecto fracaso como si hubiera tenido éxito—, no se alejaba de la escuela durante el día, se aventuraba a salir cautamente de noche, y no volvió a la estación. Examinaba los anuncios de los periódicos por si Riderhood cumplía la insinuada amenaza de renovar su trato con él, pero no encontró nada. Tras pagarle generosamente por el apoyo y el alojamiento que le había proporcionado en la casa de la esclusa, y sabiendo de él que era un hombre muy ignorante que no sabía escribir, comenzó a dudar si debía temerle o si necesitaba volver a verse con él.

Todo ese tiempo su mente no dejó de torturarlo, y jamás se enfriaba la furia de haber sido arrojado al otro lado del abismo que le separaba de esa pareja, y de haber servido de puente para juntarlos. Ese terrible reconcomio le produjo otros ataques. Era incapaz de decir cuántos, ni cuándo; al contemplar las caras de los alumnos, comprendía que lo habían visto en ese estado, y que les dominaba el temor a que recayera.

Un día de invierno en que una leve nevada se posaba sobre los alféizares y marcos de las ventanas de la escuela, se hallaba junto a su pizarra negra, tiza en mano, a punto de comenzar la clase. De repente leyó en las caras de los alumnos que algo ocurría, y que estos parecían alarmados, y se volvió hacia la puerta en cuya dirección todos miraban. Entonces vio a un hombre encorvado de aspecto repulsivo que estaba de pie dentro de la escuela, con un hatillo bajo el brazo; y vio que era Riderhood.

Se sentó en un taburete que uno de los niños le acercó, y tuvo la sensación

fugaz de que estaba en peligro de caer, y de que se le estaba deformando la cara. Pero aquella vez no hubo ataque, y se limpió la boca y volvió a levantarse.

—¡Le ruego me perdone, jefe! ¡Con su permiso! —dijo Riderhood, dándose con los nudillos en la frente, con una risita y una mueca despectiva—. ¿Qué puede ser este sitio?

—Es una escuela.

—¿Dónde los chavales aprenden lo que está bien? —dijo Riderhood, asintiendo gravemente—. ¡Le ruego que me perdone, jefe! Pero ¿quién es el maestro de esta escuela?

—Yo.

—¿Así que usted es el maestro, instruido jefe?

—Sí. Yo soy el maestro.

—Y debe de ser algo muy bonito —dijo Riderhood— enseñar a los jóvenes lo que está bien, y saber que ellos saben que usted se lo ha enseñado. ¡Le ruego me perdone, instruido jefe! ¡Con su permiso! Y ese tablero negro, ¿para qué sirve?

—Para dibujar y escribir encima.

—¡No me diga! —dijo Riderhood—. ¡Quién lo habría dicho, por la pinta que tiene! ¿Sería tan amable de escribir su nombre en ella, instruido jefe? —(En tono engatusador).

Bradley vaciló un momento; pero puso su firma habitual, ampliada, en la pizarra.

—Yo no soy una persona instruida —dijo Riderhood, inspeccionando la clase—, pero admiro la instrucción en los demás. Me encantaría oír cómo estos mozuelos leen ese nombre en la pizarra.

Los alumnos levantaron el brazo. Tras la triste señal con la cabeza del maestro, el coro chillón exclamó:

—¡Bradley Headstone!

—No —exclamó Riderhood—. ¿Habla en serio? ¡Headstone! Bueno, eso es cosa de cementerios.^[36] ¡Hurra y que lo lean otra vez!

Se volvieron a alzar los brazos, otro gesto de Headstone y otro coro chillón:

—¡Bradley Headstone!

—¡Ya lo he pillado! —dijo Riderhood, tras escuchar atentamente y repetir en su fuero interno—: Bradley. Entiendo. Bradley es el nombre de pila, igual que el mío es Roger. ¿Eh? Y el apellido es Headstone, igual que el mío es Riderhood. ¿Eh?

Y el coro chillón:

—¡Sí!

—A lo mejor conoce usted —dijo Riderhood— a una persona de su misma estatura y complexión, y que tendría su mismo peso si lo pusiésemos en una balanza, y que responde a un nombre que suena algo así como Totherest.

El maestro, con una desesperación que le tenía totalmente tranquilo, aunque apretara mucho la mandíbula; con los ojos clavados en Riderhood; y con indicios de que se le aceleraba la respiración en las aletas de la nariz, replicó conteniendo la voz, tras una pausa:

—Creo que sé a quién se refiere.

—Ya me parecía que sabría usted de quién le hablaba, instruido jefe. Quiero a ese hombre.

Recorriendo con media mirada a sus alumnos, Bradley replicó:

—¿Imagina que está aquí?

—Le ruego me perdone, instruido jefe, y con su permiso —dijo Riderhood con una carcajada—, ¿cómo iba a imaginar que está aquí, cuando aquí solo estamos usted y yo, y estos jóvenes corderitos a los que les da clase? Pero ese hombre es una compañía excelente, y quiero que venga a verme a mi esclusa, en el río.

—Se lo diré.

—¿Cree que irá? —preguntó Riderhood.

—Estoy seguro de que sí.

—Si usted me dice que irá —añadió Riderhood—, cuento con ello. A lo

mejor me haría el favor de decirle, instruido jefe, que, si no viene pronto, iré a buscarlo.

—Se lo haré saber.

—Gracias. Como decía hace un momento —añadió Riderhood, cambiando su tono ronco y lanzándole otra mirada burlona a la clase—, aunque yo no soy una persona instruida, admiro la instrucción en los demás, desde luego. Ya que estoy aquí, y que me ha dedicado su amable atención, señor maestro, ¿podría, antes de irme, hacerles una preguntas a estos corderitos suyos?

—Si es sobre algo relacionado con la escuela, adelante —dijo Bradley, sin apartar ni un momento su sombría mirada del otro y hablando con una voz contenida.

—¡Oh! ¡Es de algo de la escuela! —exclamó Riderhood—. Le garantizo, señor maestro, que es sobre algo de la escuela. ¿En qué se dividen las aguas, corderitos míos? ¿Cuántas clases de agua hay sobre la tierra?

El coro chillón:

—Mares, ríos, lagos y estanques.

—Mares, ríos, lagos y estanques —dijo Riderhood—. ¡No se les ha pasado uno, señor maestro! ¡Que me aspen si no me habría olvidado yo de los lagos, pues nunca he visto ninguno, que yo sepa! Mares, ríos, lagos y estanques. ¿Y qué se coge, corderitos, en los mares, ríos, lagos y estanques?

El coro chillón (con cierto desdén ante una pregunta tan fácil):

—¡Peces!

—¡Bien otra vez! —dijo Riderhood—. ¿Y qué otra cosa, corderitos, se coge a veces en los ríos?

El coro ahora no sabe qué decir. Una voz chillona:

—¡Hierbas!

—¡Bien otra vez! —exclamó Riderhood—. Pero no son hierbas. Nunca lo adivinarías, hijos míos. ¿Qué se coge a veces en los ríos, además de peces? ¡Bueno! Os lo diré. Ropa.

A Bradley se le demudó la cara.

—Por lo menos, corderitos —dijo Riderhood, observando a Bradley por el rabillo del ojo—, eso es lo que yo a veces encuentro en los ríos. ¡Pues que me quede ciego, corderitos, si en un río no cogí el mismísimo hatillo que llevo bajo el brazo!

La clase miró al maestro, como protestando por esa manera irregular y tramposa de examinarlos. El maestro miró al examinador como si deseara hacerlo pedazos.

—Le pido me perdone, instruido jefe —dijo Riderhood, pasándose la manga por la boca mientras reía de satisfacción—, sé que esto no es justo para los corderitos. Es que quería reírme un rato. ¡Pero a fe mía que este hatillo lo saqué del río! Son unas ropas de gabarrero. Ya ve, el hombre que las llevaba las hundió, y yo las saqué.

—¿Cómo sabe que las hundió el hombre que las llevaba? —preguntó Bradley.

—Porque le vi hacerlo —dijo Riderhood.

Se miraron el uno al otro. Bradley, apartando lentamente los ojos, se volvió hacia la pizarra y despacio borró su nombre.

—Muchísimas gracias, maestro —dijo Riderhood—, por concederle tanto tiempo, y el tiempo de los corderitos, a un hombre cuya única recomendación es que es un hombre honesto. Con el deseo de ver en mi esclusa del río a la persona de la que hemos hablado, y por quien usted responde, me despido de los corderitos y de su instruido jefe.

Y con esas palabras salió encorvado de la escuela, dejando que el maestro realizara su tediosa labor como pudiera, y dejando a los alumnos que observaran, entre susurros, la cara del maestro hasta que a este le dio el ataque que hacía rato ya que era inminente.

Dos días después era sábado, y fiesta. Bradley se levantó temprano y se encaminó a la esclusa del molino de la presa de Plashwater. Se levantó tan temprano que cuando inició el viaje aún no era de día. Antes de apagar la vela a cuya luz se había vestido, hizo un paquetito con su respetable reloj y su respetable cadena y escribió dentro del papel: «Tenga la amabilidad de cuidarme estas cosas». A continuación dirigió el sobre a la señorita Peecher y lo dejó en el rincón más protegido del pequeño asiento que tenía en su pequeño porche.

Era una fría mañana con fuerte viento del este cuando echó el pasador a la verja del jardín y dio media vuelta. La leve nevada que había adornado las ventanas de su escuela el jueves aún flotaba en el aire, y caían copos blancos, y el viento era negro. El lento amanecer no apareció hasta que no llevaba ya dos horas andando y había cruzado una gran parte de Londres de este a oeste. El poco desayuno que tomó se lo sirvieron en la taberna en la que se había separado de Riderhood con ocasión de su paseo nocturno. Lo tomó de pie en la barra sucia de paja, y miró ceñudo a un hombre que ocupaba el lugar que había ocupado Riderhood aquella mañana.

Anduvo más rápido que el corto día, y cuando se hizo noche cerrada estaba en el camino de sirga junto al río con los pies doloridos. Cuando aún faltaban dos o tres millas para la esclusa aflojó el paso, pero no se detuvo. Ahora el terreno estaba cubierto de nieve, aunque fina, y flotaban grumos de hielo en las zonas más expuestas del río, y había capas rotas de hielo al abrigo de las orillas. Solo se fijaba en el hielo, en la nieve y en la distancia, hasta que vio una luz delante de él, y supo que brillaba en la ventana de la casa de la esclusa. Eso detuvo sus pies, y miró a su alrededor. El hielo, la nieve, y él, y la única luz, dominaban totalmente la sombría escena. En la distancia que tenía delante de él se encontraba el lugar donde había asestado aquellos golpes peor que inútiles, que ahora se burlaban de él, y donde en esos momentos estaba Lizzie, y era la esposa de Eugene. En la distancia que tenía a su espalda estaba el lugar donde los niños, señalándole con el brazo, habían parecido lanzarlo a los demonios al gritar su nombre. Dentro de aquella casa, donde había luz, se encontraba el hombre que, a cualquiera de las dos distancias, podía arruinar su vida. A esos límites se había reducido su mundo.

Reanudó el paso, fijando los ojos en la luz con una extraña intensidad, como si apuntara hacia ella. Cuando estuvo tan cerca que vio cómo esta se dividía en rayos, estos parecieron clavarse en él y atraerlo. Cuando golpeó la puerta con la mano, el pie siguió tan rápidamente a la mano que entró en la habitación antes de que lo invitaran a ello.

La luz la producían conjuntamente la lumbre y una vela. Entre ambos, con los pies sobre la pantalla de la chimenea, estaba sentado Riderhood, pipa en mano.

Cuando su visitante entró levantó la mirada con un hosco gesto de cabeza. Su visitante bajó la mirada con un hosco gesto de cabeza. Se quitó la chaqueta

y se sentó al otro lado del fuego.

—No fuma, ¿verdad? —dijo Riderhood, empujando hacia él una botella que estaba encima de la mesa.

—No.

Los dos quedaron en silencio, los ojos en la lumbre.

—No hace falta que le diga que ya estoy aquí —dijo por fin Bradley—. ¿Quién empieza?

—Empezaré yo —dijo Riderhood—, cuando me haya fumado esta pipa.

La acabó sin prisa, echó las cenizas sobre la rejilla del fuego y la dejó a un lado.

—Empezaré —repitió—, Bradley Headstone, maestro, si lo desea.

—¿Desearlo? Lo que deseo saber es qué quiere de mí.

—Y lo sabrá. —Riderhood había mirado atentamente las manos y los bolsillos del maestro, al parecer, como precaución por si traía algún arma. Pero ahora se inclinaba hacia delante y le daba la vuelta al cuello del chaleco con un dedo inquisitivo, mientras preguntaba—: Vaya, ¿dónde está su reloj?

—Lo he dejado en casa.

—Lo quiero. Pero puede ir a recogerlo. Me he encaprichado con él.

Bradley respondió con una sonrisa desdeñosa.

—Lo quiero —repitió Riderhood en voz más alta—, y pienso conseguirlo.

—Eso es lo que quiere de mí, ¿no?

—No —dijo Riderhood, aún más fuerte—, solo es una parte de lo que quiero de usted. Quiero dinero.

—¿Algo más?

—¡Todo lo demás! —tronó Riderhood, con voz muy sonora y furiosa—. Si me contesta así, dejaré de hablarle.

Bradley se lo quedó mirando.

—No me mire así, o dejaré de hablarle —vociferó Riderhood—. En lugar de hablar, abatiré mi mano sobre usted con todo su peso —dejó caer la mano sobre la mesa con gran fuerza—, ¡y le aplastaré!

—Siga —dijo Bradley tras humedecerse los labios.

—¡Oh! Ya lo creo que voy a seguir. No tema, pues sin que me lo diga iré más deprisa de lo que le gustaría y llegaré más lejos de lo que le gustaría. Escúcheme bien, Bradley Headstone, maestro. Por mí podría haber hecho pedazos al Otro Señor, y como mucho habría venido a que me invitara a un trago de vez en cuando. Por lo demás, ¿por qué tendría que tratar con usted? Pero cuando me copió la ropa, y me copió el pañuelo, y me salpicó de sangre después del hecho, hizo algo por lo que pagará, y mucho. Si le echaban la culpa, usted me la habría echado a mí, ¿no es eso? ¿Dónde, si no en la esclusa del molino de la presa de Plashwater, había alguien más que vistiera según esa descripción? ¿Dónde, si no en la esclusa del molino de la presa de Plashwater, había alguien que había hablado con el Otro Señor cuando pasó con su bote? Miren en la esclusa del molino de la presa de Plashwater, allí encontrarán a alguien con la misma ropa y con el mismo pañuelo rojo, y vean si esa ropa está ensangrentada o no. Sí, está ensangrentada. ¡Ah, qué demonio tan astuto!

Bradley, muy pálido, lo miraba en silencio.

—Pero donde las dan las toman —dijo Riderhood, chasqueando los dedos en dirección del maestro media docena de veces—, y yo ya estoy de vuelta de todo, y ya me sabía ese truco antes de que usted lo intentara tan torpemente; cuando aún no graznaba usted sus lecciones o qué sé yo en la escuela. Sé perfectamente cómo lo hizo. Cuando se escabulló, yo me escabullí detrás de usted, y sé hacerlo mucho mejor. Sé que vino de Londres vestido con su ropa, y dónde se cambió y dónde la escondió. Le vi con mis propios ojos sacar su ropa del escondite entre los árboles caídos, y cómo se tiró al río para explicar por qué se vestía, por si alguien pasaba por allí. Lo vi levantarse como Bradley Headstone, maestro, después de haberse sentado como gabarrero. Le vi arrojar al río su hatillo de gabarrero. Pesqué en el río su hatillo. Tengo su ropa de gabarrero, desgarrada aquí y allá a causa de la refriega, manchada del verde de las hierbas, y salpicada de lo que brotó de los golpes. La tengo a ella y le tengo a usted. Me importa un bledo que el Otro Señor esté vivo o muerto, pero sí me importa mucho lo que me pase a mí. Y como maquinó en mi contra y se portó como un demonio astuto contra mí... ¡me lo cobraré... me lo cobraré... me lo cobraré... hasta dejarle seco!

Bradley miró el fuego con un rictus involuntario en la cara, y permaneció unos minutos en silencio. Al final dijo, con una voz y unos rasgos

inconsecuentemente serenos:

—No se puede sacar sangre de una piedra, Riderhood.

—Pero sí puedo sacarle dinero a un maestro de escuela.

—No puede sacarme lo que no tengo. No puede arrancarme lo que no tengo. La mía es una profesión de poco dinero. Ya me ha sacado más de dos guineas. ¿Sabe cuánto me ha costado reunir esa suma (por no hablar del largo y arduo aprendizaje)?

—Ni lo sé, ni me importa. La suya es una profesión respetable. Para proteger su respetabilidad, le valdrá la pena empeñar toda la ropa que tenga, vender todo lo que haya en su casa y suplicar y pedir prestado hasta el último penique que pueda conseguir. Cuando lo haya hecho y me lo haya entregado todo, le dejaré. No antes.

—¿A qué se refiere con que me dejará?

—Me refiero a que cuando salga de aquí voy a acompañarle a donde quiera que vaya. Que la esclusa se las apañe sola. Ahora que le tengo, yo me encargaré de usted.

Bradley volvió a mirar el fuego. Observándolo de soslayo, Riderhood volvió a coger la pipa, la encendió y se sentó a fumar. Bradley apoyó los codos en las rodillas y la cabeza en las manos, y se quedó mirando la lumbre profundamente ensimismado.

—Riderhood —dijo levantándose de la silla tras un prolongado silencio y sacando la bolsa y poniéndola sobre la mesa—, supongamos que me desprendo de esto, que es todo el dinero que tengo; supongamos que le doy mi reloj; supongamos que cada tres meses, cuando cobre mi salario, le pago una parte.

—De eso, nada —replicó Riderhood, negando con la cabeza mientras fumaba—. Ya se me escapó una vez, y no pienso volver a correr el riesgo. Me ha costado mucho encontrarle, y no le habría encontrado de no haberle visto una noche por la calle, caminando como a escondidas, y de no haberle seguido hasta su casa. Quiero un solo pago que lo liquide todo.

—Riderhood, soy un hombre que ha llevado una vida retirada. No tengo más recursos que mi trabajo. No tengo ningún amigo.

—Eso es mentira —dijo Riderhood—. Que yo sepa, tiene amigos, y tiene

una amiga que vale tanto como una cartilla de ahorros, ¡o yo soy un merluzo!

La cara de Bradley se ensombreció, y su mano se cerró lentamente en torno a la bolsa y la recogió, mientras se sentaba a escuchar lo que el otro tenía que decir.

—El otro día me equivoqué de clase —dijo Riderhood—. ¡Por san Jorge, pues no me encontré en medio de unas señoritas! Entre las señoritas, veo a una joven. Esa joven es lo bastante amable con usted, maestro, como para venderse a sí misma para sacarle las castañas del fuego. Pues que lo haga.

Bradley volvió la cabeza hacia él de manera tan repentina que Riderhood, sin saber muy bien cómo tomárselo, fingió estar ocupado con el humo de la pipa que lo rodeaba; abanicándolo con la mano y alejándolo de un soplo.

—Habló con la señorita, ¿verdad? —preguntó Bradley, con esa compostura en la voz y en los rasgos que, al igual que antes, parecía incongruente, y desviando la mirada.

—¡Bueno, pues sí! —dijo Riderhood, apartando su atención del humo—. Hablé con ella. No le dije gran cosa. Se puso un tanto nerviosa al verme aparecer entre las señoritas (nunca he sido de tratar con mujeres) y me llevó a su saloncito para preguntarme si ocurría algo malo. «Oh, no, nada. El maestro es muy buen amigo mío». Pero tanteé el terreno, y me di cuenta de que no le faltaba de nada.

Bradley se metió la bolsa en el bolsillo, se agarró la muñeca izquierda con la mano derecha y se sentó rígido, contemplando el fuego.

—Es imposible tenerla más a mano —dijo Riderhood—, y cuando vaya a su casa con usted (pues naturalmente, pienso ir), le recomiendo que le saque todo lo que pueda sin pérdida de tiempo. Después de que usted y yo hayamos liquidado nuestra deuda, puede casarse con ella. Es guapa, y sé que después de la decepción que ha sufrido con la otra, no encontrará más compañía que la suya.

Bradley no dijo nada más en toda la noche. Ni un solo momento cambió de actitud, ni aflojó la mano que sujetaba la muñeca. Rígido ante la lumbre, como si fuera una llama encantada que lo envejeciera, permaneció con las oscuras arrugas cada vez más profundas, la mirada más y más ojerosa, la piel cada vez más blanca, como si le hubieran esparcido cenizas, y con la misma textura y color de sus avejentados cabellos.

Hasta que, entrado ya el día, no se hizo transparente la ventana, esa estatua decaída no se movió. Entonces se levantó lentamente y se sentó mirando por el cristal.

Riderhood no se había levantado de su butaca en toda la noche. Al principio había farfullado un par de veces que el frío era atroz; o que el fuego se consumía muy deprisa, al levantarse para avivarlo; pero, como no le sacaba a su compañero ni un sonido ni un movimiento, no había dicho nada más. Estaba preparando el café de manera bastante caótica cuando Bradley se alejó de la ventana y se puso la chaqueta y el sombrero.

—¿No sería mejor desayunar algo antes de irnos? —dijo Riderhood—. No es bueno congelar un estómago vacío, maestro.

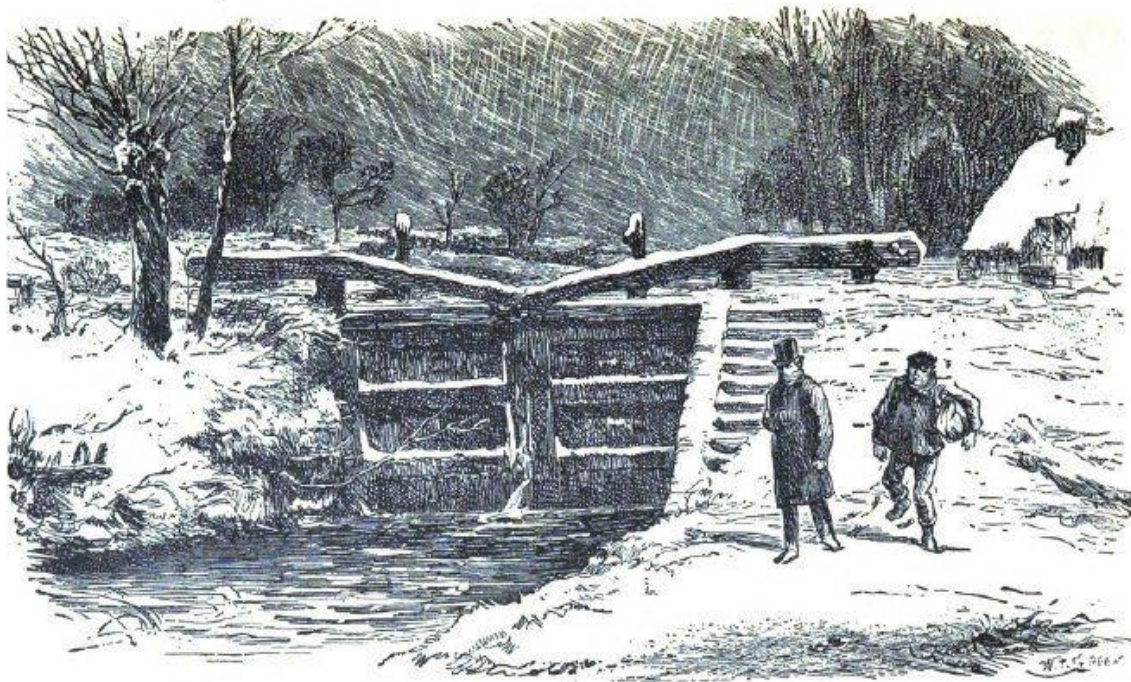
Como si no le hubiera oído, Bradley salió de la casa de la esclusa. Riderhood, cogiendo un trozo de pan de la mesa y colocándose el hatillo del gabarrero bajo el brazo, le siguió de inmediato. Bradley puso rumbo a Londres. Riderhood llegó a su altura y caminó a su lado.

Los dos hombres caminaron con esfuerzo sus buenas tres millas, el uno junto al otro, en silencio. De repente, Bradley dio media vuelta para regresar. Al instante, Riderhood hizo lo mismo, y volvieron el uno junto al otro.

Bradley entró otra vez en la casa de la esclusa. También Riderhood. Bradley se sentó en el alféizar de la ventana. Riderhood se calentó en el fuego. Al cabo de una hora más o menos, Bradley se levantó de nuevo bruscamente, y de nuevo salió, aunque esta vez en dirección contraria. Riderhood le siguió de cerca, lo alcanzó en pocos pasos y se quedó a su lado.

Esta vez, igual que antes, cuando descubrió que no se había librado de su acompañante, Bradley dio media vuelta de repente. En esta ocasión, como antes, Riderhood dio media vuelta con él. Pero esta vez no entraron en la casa de la esclusa, pues Bradley se detuvo en el césped cubierto de nieve que había junto a la esclusa, mirando río arriba y río abajo. El hielo dificultaba la navegación, y la escena era un puro desierto de blanco y amarillo.

—Vamos, maestro, vamos —dijo Riderhood, a su lado—. Este juego no nos lleva a nada. ¿Y de qué sirve? No va a librarse de mí más que pagando. Le acompañaré allí donde vaya.



NOT TO BE SHAKEN OFF.

Sin contestar nada, Bradley se alejó de él y se dirigió al puente de madera que pasaba sobre las compuertas de la esclusa.

—Bueno, este paso tiene aún menos sentido que el otro —dijo Riderhood, siguiéndole—. La presa está allí, y ya sabe que tendrá que volver.

Sin prestarle la menor atención, Bradley apoyó el cuerpo contra un poste, en actitud de descanso, y ahí se quedó con la vista baja.

—Ya que me ha traído hasta aquí —dijo Riderhood con brusquedad—, lo aprovecharé para cambiar las compuertas.

Con un estrépito y una acometida de las aguas, cerró las compuertas de la esclusa que estaban abiertas, antes de abrir las otras. Así, por un momento, las dos permanecieron cerradas.

—No sabe cómo le conviene ser razonable, Bradley Headstone, maestro —dijo Riderhood, al pasar delante de él—, o cuando saldemos nuestra cuenta le dejaré todavía más seco... ¡Eh! ¡Será posible!

Bradley lo había cogido por la cintura. Era como si lo ciñera una anilla de hierro. Estaban al borde de la esclusa, a medio camino entre las dos compuertas.

—¡Suélteme! —dijo Riderhood—. ¡Suélteme o sacaré mi cuchillo y lo rajaré donde pueda! ¡Suélteme!

Bradley empujaba hacia el borde de la compuerta. Riderhood empujaba para alejarse. Se agarraban con fuerza, en una lucha feroz de brazos y piernas. Bradley le dio la vuelta y lo puso de espaldas a la esclusa, y siguió empujándolo hacia atrás.

—¡Suélteme! —dijo Riderhood—. ¡Basta! ¿Qué intenta? No puede ahogarme. ¿No le dije que un hombre que se ha salvado de ser ahogado no puede morir ahogado? No puedo ahogarme.

—¡Yo sí! —replicó Bradley, con una voz desesperada, entre dientes—. Y estoy decidido. Le tengo agarrado vivo, y le tendré agarrado muerto. ¡Abajo!

Riderhood cayó al pozo de paredes lisas, de espaldas, y Bradley Headstone con él. Cuando los encontraron, bajo una capa de lodo y suciedad, detrás de las compuertas medio podridas, los brazos de Riderhood se habían aflojado, probablemente al caer, y sus ojos miraban hacia arriba. Pero seguía ceñido por la anilla de hierro de Bradley, y los remaches seguían bien apretados.

Capítulo XVI

Personas y cosas en general

La primera y deliciosa ocupación del señor y la señora Harmon fue enderezar todo lo que se había torcido, o podría o pudiese haberse torcido, mientras su apellido había estado desaparecido. Al repasar todas las consecuencias que pudiera haber acarreado la ficticia muerte de John, utilizaron un criterio amplio y generoso; en relación, por ejemplo, a que la modista de muñecas tuviera derecho a su protección por haberse relacionado con la que era ahora señora de Eugene Wrayburn, y debido a la antigua relación de esta, a su vez, con la parte sombría de la historia. De ahí que el anciano Riah, como amigo fiel y servicial de ambos, no fuera dejado de lado. Ni siquiera el inspector, al que se había engañado para que siguiera diligentemente una pista falsa. Se podría observar, en relación con ese digno agente, que poco después corrió el rumor por el cuerpo de policía de que le había confiado a la señorita Abbey Potterson, mientras tomaba una jarra de ponche en el bar de los Seis Alegres Mozos, que «no iba a perder ni un chelín» con el regreso a la vida del señor John Harmon, sino que se quedaba igual de satisfecho que si el caballero hubiera sido bárbaramente asesinado, y que él (el inspector) se había embolsado la recompensa del gobierno.

En todo lo que acordaron en relación a esos asuntos, el señor John Harmon y señora contaron con la inmensa ayuda de su eminente abogado, el señor Mortimer Lightwood, quien se esforzó profesionalmente con tan inusitada rapidez y aplicación que cualquier trabajo se llevaba a cabo vigorosamente nada más planearse; por lo que el joven Blight actuaba como afectado por ese trago matinal de aguardiente que en ultramar denominan «abre-los-ojos», y en lugar de mirar por la ventana ahora miraba clientes de verdad. Como la accesibilidad de Riah proporcionó algunas pistas que ayudaron a desenmarañar los asuntos de Eugene, Lightwood se aplicó con infinita energía a atacar y hostigar al señor Fledgeby: el cual, al descubrirse en peligro de volar por los aires a causa de ciertas explosivas transacciones en las

que se había involucrado, y tras salir bastante desollado a causa de la paliza recibida, se presentó para parlamentar y pidió cuartel. El inofensivo Twemlow sacó provecho, aunque poco lo imaginara, del nuevo estado de cosas. El señor Riah se ablandó de manera inexplicable; lo esperó en persona en el patio del establo de Duke Street, Saint James, ya no voraz, sino afable, para informarle de que su rencor de judío se apaciguaría si seguía pagando sus intereses como hasta entonces, solo que ahora en el despacho del señor Lightwood; y se despidió sin revelar el secreto de que el señor John Harmon había avanzado el dinero y se había convertido en su acreedor. Así fue como se evitó la suprema cólera de Snigworth, y así fue como ya no lanzó más bufidos de superioridad moral que los que figuraban normalmente en su constitución (y la británica) ante la columna corintia del grabado que tenía sobre la chimenea.

La primera visita de la señora Wilfer a la novia del mendigo en la nueva residencia de la mendicidad fue un gran acontecimiento. Habían mandado a buscar a papá a la City el mismísimo día de la toma de posesión, y se había quedado pasmado de asombro, y habían tenido que hacerlo reaccionar, y su hija lo había llevado por la casa agarrándolo de la oreja para que contemplara los diversos tesoros, y había quedado extasiado y encantado. Papá también había sido nombrado secretario, y le habían ordenado que presentara inmediatamente la dimisión a Chicksey, Veneering y Stobbles para siempre jamás. Pero mamá vino más tarde, y vino, como le correspondía, con toda ceremonia.

Mandaron el carruaje a recoger a mamá, quien entró con un porte digno de la ocasión, más acompañada que sostenida por la señorita Lavinia, que se negó por completo a reconocer la majestad maternal. El señor George Sampson las seguía mansamente. Fue recibido en el vehículo por la señora Wilfer como si le permitiera tener el honor de asistir a un funeral de la familia, y a continuación le ordenó «¡Adelante!» al lacayo del mendigo.

—No sabes cómo me gustaría que te recostaras un poco, mamá —dijo Lavvy, apoltronándose entre los cojines con los brazos cruzados.

—¿Qué? —repitió la señora Wilfer—. ¡Recostarme!

—Sí, mamá.

—Espero ser incapaz de tal cosa —dijo la imponente señora.

—Eso ya lo veo, mamá. Aunque no entiendo cómo es posible salir a cenar

con tu propia hija sin parecer que llevas una tabla bajo las enaguas.

—Ni yo entiendo —repuso la señora Wilfer con profundo desdén— cómo una jovencita es capaz de mencionar esa prenda cuyo nombre has pronunciado. Me avergüenzas.

—Gracias, mamá —dijo Lavvy, bostezando—, pero eso puedo hacerlo yo misma cuando llegue el momento, te lo agradezco.

En ese momento, el señor Sampson, con vistas a imponer la armonía, cosa que bajo ninguna circunstancia conseguía, dijo con una agradable sonrisa:

—Después de todo, mamá, ya sabemos que está ahí.

Y de inmediato tuvo la sensación de haber hablado de más.

—¡Sabemos que está ahí! —dijo la señora Wilfer fulminándolo con la mirada.

—De verdad, George —le reconvino la señorita Lavinia—, he de decir que no entiendo tus alusiones, y que creo que podrías ser más delicado y menos personal.

—¡Adelante! —exclamó el señor Sampson, pasando a ser, en un periquete, presa de la desesperación—. ¡Oh, sí! ¡Adelante, señorita Lavinia Wilfer!

—No alcanzo a imaginar qué puedes querer decir con tus expresiones propias de un cochero de ómnibus —dijo la señorita Lavinia—. Ni tampoco deseo imaginarlo. A mí me basta saber, en lo más profundo de mí, que no voy... —Y como de manera imprudente se había metido en una frase sin haber previsto una salida, ahora se veía obligada a concluir con—: ... adelante.

Una débil conclusión que, sin embargo, obtuvo algo de fuerza del desdén puesto en ella.

—¡Oh, sí! —exclamó el señor Sampson con amargura—. Siempre es así. Tú nunca...

—Si lo que quieres decir —le cortó en seco la señorita Lavvy— es que no soy ninguna joven gacela, te lo puedes ahorrar, porque nadie en este carruaje ha imaginado que lo fuera. Ya nos conocemos. —(Como si eso fuese una estocada certera).

—Lavinia —contestó el señor Sampson, ya alicaído—, no me refiero a eso. Lo que quería decir es que nunca esperé que se me siguiera concediendo un lugar de honor en esta familia después de que la Fortuna derramara sus rayos sobre ella. ¿Por qué me lleváis a esos resplandecientes salones con los que nunca puedo competir y luego me restregáis por la cara mi moderado salario? ¿Es una actitud generosa? ¿Amable?

La solemne señora Wilfer, al intuir la oportunidad de expresar unos cuantos comentarios desde su trono, zanjó el altercado:

—Señor Sampson —comenzó a decir—, no puedo permitir que malinterprete las intenciones de una hija mía.

—Déjale en paz, mamá —interpuso la señorita Lavvy con altivez—. Me da igual lo que diga o haga.

—No, Lavinia —expresó la señora Wilfer—, esto afecta a la estirpe familiar. Si el señor George Sampson atribuye, aunque sea a mi hija menor...

(—No entiendo por qué has de utilizar la palabra «aunque», mamá —intervino la señorita Lavvy—, pues soy tan importante como cualquier otro miembro de la familia).

—¡Paz! —manifestó solemnemente la señora Wilfer—. Repito, si el señor George Sampson le atribuye a mi hija pequeña intenciones rastreras, se las atribuye por igual a la madre. La madre las rechaza, y le pregunta al señor George Sampson, como hombre de honor: ¿Qué más quiere? Puede que me equivoque (nada es más probable), pero —prosiguió la señora Wilfer agitando majestuosamente los guantes— me parece que el señor Sampson está sentado en un carruaje de primera categoría. Me parece que el señor Sampson se halla a punto de ser admitido a una residencia que podría calificarse de palaciega. Me parece que el señor Sampson ha sido invitado a participar en la, llamémosla, Exaltación que ha descendido sobre la familia con la que él ambiciona, digamos, ¿emparentarse? Así pues, ¿a qué viene ese tono por parte del señor Sampson?

—Lo único que ocurre, señora —le explicó el señor George Sampson, tremendamente abatido—, es que, en un sentido económico, soy dolorosamente consciente de mi escasa valía. Lavinia está ahora bien relacionada. ¿Cómo voy a esperar que siga siendo la Lavinia de antes? ¿No se me puede perdonar que sienta cierto recelo cuando veo su predisposición a

interrumpirme bruscamente?

—Si no está satisfecho con su situación, señor —observó la señorita Lavinia, con mucha cortesía—, podemos dejarle en cualquier esquina que tenga la amabilidad de indicarle al cochero de mi hermana.

—Queridísima Lavinia —dijo patéticamente el señor Sampson—, te adoro.

—Entonces, si no puedes hacerlo de una manera más agradable —replicó la joven—, preferiría que no lo hicieras.

—Y también la respeto a usted, señora —añadió el señor Sampson—, hasta un punto que nunca estará a la altura de sus méritos, soy consciente de ello, pero que aún así es muy alto. Ten paciencia con un desgraciado, Lavinia, tenga paciencia con un desgraciado, señora, que se da cuenta de los nobles sacrificios que hacen por él, pero que se ve atormentado hasta casi la locura —el señor Sampson se dio una palmada en la frente— cuando piensa que ha de competir con gente rica e influyente.

—Cuando tengas que competir con los ricos e influyentes —dijo la señorita Lavinia—, probablemente se te mencionará a su debido tiempo. Al menos, así se hará en mi caso.

El señor Sampson de inmediato expresó la opinión de que eso era «más que humano», y se arrodilló a los pies de la señorita Lavinia.

Fue la guinda indispensable para que madre e hija alcanzaran la dicha suprema el introducir al señor Sampson, ese agradecido cautivo, en los resplandecientes salones que había mencionado, y pasearlo por los mismos, convirtiéndolo en un testigo viviente de la gloria de madre e hija y en destacado ejemplo de su condescendencia. Mientras subían la escalera, la señorita Lavinia le permitió caminar a su lado como quien dice: «A pesar de todo lo que ves a tu alrededor, aún soy tuya, George. Por cuánto tiempo, es otro cantar, pero todavía soy tuya». También tuvo la amabilidad de ponerle al corriente de la naturaleza de los objetos que contemplaba, y a los que él estaba poco acostumbrado: como «Animales exóticos, George», «Una pajarera, George», «Un reloj de oro molido, George», y cosas así. Mientras, a través de toda la decoración, la señora Wilfer encabezaba la comitiva con el aire del jefe de una tribu salvaje que considera su reputación en peligro si manifiesta el menor signo de sorpresa o admiración.

De hecho, la actitud que esa imponente mujer mantuvo a lo largo de todo el día fue la pauta que suelen seguir todas las mujeres imponentes en parecidas circunstancias. Reanudó sus relaciones con el señor y la señora Boffin, como si estos hubieran dicho de ella lo que ella había dicho de ellos, y como si solo el Tiempo pudiera borrar esa injuria. Contemplaba a cada criado que se le acercaba como su enemigo jurado, como si pretendiesen ofrecerle afrentas con los platos y verterle ofensas a su moral de las licoreras. Se sentó erguida en la mesa, a la derecha de su yerno, como si medio sospechara que la comida estaba envenenada, y como si se enfrentara a otras emboscadas mortales con la fuerza innata de su carácter. Se comportaba con Bella como si esta fuera una joven de buena posición a la que hubiera conocido hacía unos cuantos años. Incluso cuando, un tanto bajo la influencia del burbujeante champán, experimentó cierto deshielo y le relató a su yerno algunas anécdotas de interés doméstico referentes a su papá, infundió en la narración ciertas insinuaciones árticas de que ella había sido una bendición para la humanidad que había pasado inadvertida, desde los tiempos de su papá, y de que ese caballero había sido la personificación glacial de una raza glacial, pues conseguía helar a quienes lo escuchaban hasta las plantas de los pies. Sacaron a la Inagotable, con sus ojos como platos, con la intención evidente de poner una débil y babosa sonrisa, pero en cuanto contempló a la señora Wilfer entró en una fase espasmódica e inconsolable. Cuando la imponente señora se despidió por fin, habría sido difícil decir si se iba con el aire de quien se dirige al cadalso o de quien deja a los residentes en la casa a punto para una inmediata ejecución. No obstante, John Harmon disfrutó enormemente de todo aquello, y le dijo a su esposa, cuando estuvieron solos, que la espontaneidad de su carácter nunca había sido tan espontánea como al someterse a aquel contraste, y que aunque era indudable que era hija de su padre, jamás dejaría de estar convencido de que no podía ser hija de su madre. La visita, como se ha dicho, fue un espléndido acontecimiento. Hubo otro, quizá no tan espléndido pero sí especial, que tuvo lugar en la misma época; y fue la primera entrevista entre el señor Fangoso y la señorita Wren.

Un día el señor Fangoso tuvo que ir a recoger a la modista de muñecas, que trabajaba en un vestido para una muñeca de la Inagotable que era unas dos tallas más grande que la niña.

—Entre, señor —dijo la señorita Wren, que trabajaba en su banco—. ¿Quién es usted?

El señor Fangoso se presentó con su nombre y sus botones.

—¡Ah, ya caigo! —exclamó Jenny—. Hacía tiempo que quería conocerle. He oído mencionar que hace poco se distinguió por algo.

—¿De verdad, señorita? —dijo sonriendo Fangoso—. Crea que me alegra oírlo, aunque no me imagino por qué.

—Por arrojar a alguien a un carro de basura —dijo la señorita Wren.

—¡Oh! ¡Eso! —exclamó Fangoso—. Sí, señorita.

Y echó la cabeza hacia atrás y rió.

—¡Válgame el señor! —dijo la señorita Wren con un respingo—. No abra tanto esa boca, joven, o se le quedará así y no podrá volver a cerrarla.

El señor Fangoso la abrió aún más, si eso era posible, y la mantuvo abierta hasta que se le acabó la risa.

—Vaya —dijo la señorita Wren—, parece el gigante que llegó de la tierra de Guisantia y se quería zampar a Jack para cenar.

—¿Era guapo, señorita? —preguntó Fangoso.

—No —dijo la señorita Wren—. Era feo.

Su visitante observó la sala (que ahora disponía de muchas comodidades antes ausentes) y dijo:

—Qué lugar más bonito, señorita.

—Me alegro de que se lo parezca, señor —contestó la señorita Wren—. ¿Y qué le parezco yo?

Como la sinceridad del señor Fangoso se vio puesta a prueba por la pregunta, retorció un botón, sonrió y titubeó.

—¡Sáquelo! —dijo la señorita Wren con una mirada pícara—. ¿No le parezco un personaje cómico y raro?

Sacudió la cabeza después de la pregunta, liberando a la vista los cabellos.

—¡Oh! —exclamó Fangoso en un arrebato de admiración—. ¡Cuánto pelo, y vaya color!

La señorita Wren, con la habitual sacudida que tenía por costumbre, siguió con su trabajo. Pero dejó el pelo suelto, pues no le desagradaba el

efecto que producía.

—No vive aquí sola, ¿verdad, señorita? —preguntó Fangoso.

—No —dijo la señorita Wren, chasqueando las mandíbulas—. Vivo aquí con mi hada madrina.

—¿Con quién ha dicho que vive, señorita? —Fangoso no acababa de entenderlo.

—¡Bueno! —replicó la señorita Wren más en serio—. Con mi segundo padre. O con el primero, si a eso vamos. —Negó con la cabeza y suspiró—. Si hubiera conocido al pobre niño que tenía aquí, me entendería. Pero no lo conoció, y ya no lo va a conocer. ¡Tanto mejor!

—Debió de pasar mucho tiempo aprendiendo, señorita —dijo Fangoso, mirando la colección de muñecas que tenía a mano—, antes de trabajar tan bien y con tan buen gusto.

—¡Nadie me enseñó ni una puntada, joven! —replicó la modista, echando la cabeza para atrás—. Aprendí a fuerza de equivocarme, hasta que supe hacerlo. Bastante mal al principio, pero mejor ahora.

—¡Y aquí estoy yo —dijo Fangoso, como reprochándoselo a sí mismo—, aprendiendo y aprendiendo a costa del señor Boffin, que paga y paga hace ya mucho tiempo!

—He oído que es ebanista —observó la señorita Wren.

El señor Fangoso asintió.

—Ahora que hemos acabado con los montículos, a eso me dedico. Y le diré que me gustaría hacerle algún mueble, señorita.

—Se lo agradezco mucho. Pero ¿qué?

—Podría hacerle unas celdillas donde poner las muñecas —dijo Fangoso estudiando la habitación—. O una serie de cajones donde poner sus sedas, hilos y retales. O tornear una singular empuñadura para esa muleta, si pertenece a la persona que llama padre.

—Es mía —contestó la criaturita, sonrojándose en la cara y el cuello—. Soy coja.

El pobre Fangoso también se sonrojó, pues tras sus botones había una

delicadeza instintiva, y era su propia mano la que había asestado el golpe. Dijo, quizá, lo mejor que podía decir para desagraviarla:

—Me alegro mucho de que sea suya, pues preferiría adornarla para usted antes que para cualquier otra persona. Por favor, ¿puedo echarle un vistazo?

La señorita Wren se la estaba ya entregando por encima del banco cuando se detuvo:

—Aunque es mejor que me vea usarla —dijo bruscamente—. Trin-tran, trin-tran, ploc-ploc-ploc. No es bonito, ¿verdad?

—A mí me parece que casi no la necesita —dijo Fangoso.

La pequeña modista volvió a sentarse y le entregó la muleta diciendo, con mejor aspecto y sonriente:

—¡Gracias!

—Y por lo que se refiere a las celdillas para las muñecas y a los cajones —dijo Fangoso tras medir la empuñadura con la manga y apoyando suavemente la muleta contra la pared—, bueno, la verdad es que para mí será un auténtico placer. He oído decir que canta usted muy bien, y preferiría que me pagara con una canción que con dinero, pues siempre me ha gustado cantar, y a menudo les cantaba a la señora Higden y a Johnny una canción cómica con partes habladas. Aunque me parece que ese no es su estilo.

—Es usted un hombre muy amable —contestó la modista—, un hombre amable de verdad. Acepto su oferta... Supongo que a Él no le importará —añadió como si se lo pensara mejor, encogiéndose de hombros—, ¡y si le importa, tanto me da!

—¿Se refiere al que llama usted su padre? —preguntó Fangoso.

—No, no —contestó la señorita Wren—. ¡Él, Él, Él!

—¿Él, él, él? —repuso Fangoso, mirando a su alrededor como si buscara a ese Él.

—El que va a venir a cortejarme y casarse conmigo —contestó la señorita Wren—. ¡Caramba, qué lento es usted!

—¡Ah! ¡Él! —dijo Fangoso. Y pareció quedarse pensativo y un tanto atribulado—. No había pensado en él. ¿Y cuándo viene?

—¡Vaya pregunta! —exclamó la señorita Wren—. ¡Cómo voy a saberlo!

—¿Y de dónde vendrá, señorita?

—¡Pero hombre, cómo voy a saberlo! Viene de una u otra parte, supongo, y vendrá un día de estos, supongo. En este momento, no sé más de él.

Eso hizo reír al señor Fangoso como si fuera un chiste extraordinariamente bueno, y echó la cabeza hacia atrás y rió con alegría infinita. La modista de muñecas, al verlo reír de manera tan absurda, rió también de buena gana. Y los dos siguieron riendo hasta que se cansaron.

—¡Basta, basta, basta! —dijo la señorita Wren—. Por todos los santos, Gigante, pare ya, o me engullirá viva antes de que me dé cuenta. Y de momento todavía no me ha dicho para qué ha venido.

—He venido a por la muñeca de la pequeña señorita Harmon —dijo Fangoso.

—Ya me lo imaginaba —comentó la señorita Wren—, y aquí está la muñeca de la señorita Harmon, esperándolo. Está envuelta en papel de plata, ya ve, como si estuviera envuelta de pies a cabeza en billetes de banco. Cuídela, aquí tiene mi mano, y gracias de nuevo.

—La cuidaré más que si fuera una imagen de oro —dijo Fangoso—, y aquí tiene mis dos manos, señorita, y esté segura de que pronto volveré.

Pero el acontecimiento más importante de la nueva vida del señor John Harmon y señora fue la visita del señor Eugene Wrayburn y señora. El antaño apuesto Eugene estaba ahora pálido y demacrado, y caminaba apoyándose en el brazo de su mujer y descansando el peso sobre un bastón. Pero cada día se encontraba mejor y más fuerte, y los médicos declararon que a lo mejor con el tiempo no quedaría muy desfigurado. Fue un gran acontecimiento, sin duda, la llegada del señor Eugene Wrayburn y señora para alojarse en casa del señor Harmon y señora: donde, por cierto, el señor y la señora Boffin (exquisitamente felices, cada día de paseo a ver tiendas), permanecían también de manera indefinida.

La señora de John Harmon informó de manera confidencial al señor Eugene Wrayburn de lo que sabía de los afectos de su esposa en la época en que él era un insensato. Y el señor Eugene Wrayburn le dijo en confianza a la señora de John Harmon que, por favor, se fijara en cómo su esposa le había

cambiado.

—No hago promesas —dijo Eugene—. ¡¿Quién las hace y las cumple?! Yo he tomado una decisión.

—¿Te puedes creer, Bella —le interrumpió su esposa, colocándose de nuevo a su lado para retomar su papel de enfermera—, que el día de nuestra boda me dijo que lo mejor que podía hacer era morirse?

—Pero como no me he muerto, Lizzie —dijo Eugene—, haré lo que tú sugeriste, que es mejor. Y lo haré por ti.

Esa misma tarde, mientras Eugene estaba echado en su sofá de la habitación del piso de arriba, Lightwood fue a charlar con él, al tiempo que Bella se llevaba a su esposa a dar un paseo en coche.

—Solo conseguirás llevártela por la fuerza —había dicho Eugene; y Bella había simulado que la obligaba.

—Querido amigo —comenzó Eugene, tendiéndole la mano—, no podrías haber llegado en mejor momento, porque tengo muchas cosas en la cabeza, y quiero vaciarla. Primero te hablaré de mi presente, antes de llegar a mi futuro. M. R. P., que es un caballero mucho más joven que yo, y admirador confeso de la belleza, tuvo la amabilidad de comentar el otro día (nos hizo una visita de dos días río arriba, y le puso muchos reparos al hotel) que a Lizzie habría que hacerle un retrato. Lo cual, viniendo de M.R.P., podría considerarse como una bendición melodramática.

—Te estás recuperando —dijo Mortimer con una sonrisa.

—De verdad —dijo Eugene—, lo digo en serio. Cuando M.R.P. dijo eso, y a continuación se paseó el clarete por la boca (que él pidió, y yo pagué), y dijo «Hijo mío, ¿por qué bebes esta porquería?», para él fue el equivalente a una bendición paternal de nuestra unión, acompañado de una efusión de lágrimas. La frialdad de M.R.P. no se mide por los patrones ordinarios.

—Eso es cierto —dijo Lightwood.

—Eso es todo lo que le oiré decir a M.R.P., sobre el tema —prosiguió Eugene—, y él seguirá deambulando por el mundo con el sombrero ladeado. Ahora que mi matrimonio ha sido solemnemente reconocido en el altar de la familia, ya no tendré más problemas en ese aspecto. También he de decir que has hecho maravillas a la hora de aliviar mis dificultades económicas, y

teniendo a mi lado a una guardiana y administradora como la que me ha salvado la vida (todavía no estoy muy fuerte, ya ves, pues no soy lo bastante hombre como para referirme a ella sin que me tiemble la voz: ¡tan inexpresable es el amor que siento por ella, Mortimer!), lo poco que puedo llamar mío lo será más de lo que lo ha sido nunca. Y tendrá que ser así, pues ya sabes lo que ha sido siempre en mis manos. Nada.

—Creo que menos que nada, Eugene. Mi propia renta (¡de verdad que ojalá mi abuelo se la hubiera dejado al Océano antes que a mí!) ha sido un eficaz Algo a la hora de impedir que me dedicara a Cualquier Cosa. Y creo que tu caso ha sido el mismo.

—Habló la voz de la sabiduría —dijo Eugene—. No somos más que dos principiantes. Cuando por fin nos ponemos a algo, nos ponemos de verdad. No digamos más por el momento, al menos durante unos años. Se me ha ocurrido la idea, Mortimer, de irme con mi esposa a las colonias y trabajar allí en mi profesión.

—Sin ti no sabría qué hacer, Eugene, pero puede que tengas razón.

—No —dijo Eugene de manera enfática—. No tengo razón. ¡Es un error!

Lo dijo en un arrebato tan impetuoso —casi colérico— que Mortimer se quedó muy sorprendido.

—¿Crees que esta aporreada cabeza mía está alterada? —continuó Eugene con una expresión orgullosa—. No, créeme. Puedo decirte del saludable ritmo de mi pulso lo que Hamlet dijo del suyo.^[37] Se me altera la sangre, aunque de una manera sana, cuando pienso en ello. ¿Debo portarme como un cobarde con Lizzie, y huir los dos a escondidas, como si me avergonzara de ella? ¿Dónde estaría ahora tu amigo, Mortimer, si ella se hubiera portado cobardemente con él, y en una ocasión incomparablemente mejor?

—Eres un hombre honorable y de principios —dijo Lightwood—. No obstante, Eugene...

—¿No obstante, qué, Mortimer?

—No obstante, ¿no crees que quizá (y esto lo digo por ella, solo por ella) sería recibida con cierta frialdad por parte de la... Sociedad?

—¡Oh! A ti y a mí se nos atraganta esa palabra —replicó Eugene, riendo—. ¿Te refieres a nuestra Tippins?

—Puede —dijo Mortimer, también riendo.

—¡Ya lo creo que SÍ! —repuso Eugene, con gran animación—. ¡Podemos ir con todos los circunloquios que queramos, pero esa es la verdad! Ahora bien, le tengo mucho más cariño a mi esposa, Mortimer, que a Tippins, y le debo un poco más que a Tippins, y estoy bastante más orgulloso de ella que lo que nunca lo he estado de Tippins. Por tanto, combatiré con ella y por ella hasta el último aliento, en campo abierto. Si la escondo, o si, pusilánime, por ella me meto en un agujero o en un rincón, ¿me harás el favor, tú que eres la persona a quien más quiero aparte de ella, de decirme lo que merezco que me digan con toda justicia: que aquella noche en que me encontré desangrándome mejor habría sido que me pisoteara y me escupiera en mi miserable cara?

El resplandor que caía sobre él mientras decía esas palabras se irradiaba de tal manera a sus rasgos que, por un momento, pareció no haber sufrido ninguna herida. Su amigo respondió como Eugene esperaba, y hablaron del futuro hasta que Lizzie regresó. Esta, cuando se hubo vuelto a sentar a su lado, mientras le tocaba con ternura las manos y la cabeza, dijo:

—Eugene, querido, me has hecho salir, pero debería haberme quedado contigo. Hacía días que no te veía tan acalorado. ¿Qué has estado haciendo?

—Nada —replicó Eugene—, esperando que volvieras.

—Y hablando con el señor Lightwood —dijo Lizzie, volviéndose hacia él con una sonrisa—. Pero no creo que haya sido el estar en Sociedad lo que te ha alterado tanto.

—¡Caramba, amor mío! —repuso Eugene, con su actitud displicente de antaño, mientras se reía y la besaba—. ¡Pues algo ha tenido que ver la Sociedad en todo ello!

Aquella noche, cuando Mortimer Lightwood se dirigió a Temple, la palabra le rondaba por la cabeza hasta tal punto que decidió echarle un vistazo a la Sociedad, que no había visitado durante bastante tiempo.

Capítulo XVII

La voz de la sociedad

Así pues, a Mortimer Lightwood le corresponde contestar a una invitación a cenar del señor y la señora Veneering, expresando que le alegrará tener el honor de responder al honor que le hacen al invitarlo. Como es habitual, los Veneering han repartido invitaciones a la Sociedad de manera infatigable, y todo aquel que desee participar en una de sus cenas más vale que se apresure, pues está escrito en los Libros de los Hados Insolventes que la semana que viene Veneering se va a dar una costalada de aúpa. Sí. Tras haber desentrañado el insondable misterio de cómo la gente consigue vivir por encima de sus posibilidades, y tras haberse sumergido hasta el cuello en la marea de los chanchullos como legislador elegido ante el Universo por los honestos electores de Pocket Breaches, la semana que viene ocurrirá que Veneering aceptará el cargo de los Chiltern Hundreds, ^[38] y que el caballero relacionado con la abogacía que goza de la confianza de Britania aceptará de nuevo los miles de Rotos en los Bolsillos, y que los Veneering se retirarán a Calais, donde vivirán de los diamantes de la señora Veneering (en los que el señor Veneering, como buen marido, ha invertido de vez en cuando considerables sumas), y donde le relatará a Neptuno y a otros que la Cámara de los Comunes, antes de que Veneering se retirara del Parlamento, la formaban él y los seiscientos cincuenta y siete más queridos y viejos amigos que tenía en el mundo. Del mismo modo ocurrirá, lo más cerca posible de ese periodo, que la Sociedad descubrirá que siempre despreció a los Veneering, y que desconfió de los Veneering, y que siempre fue a cenar con bastante recelo... aunque muy bien disimulado entonces, al parecer, y totalmente privado y confidencial.

No obstante, como los Libros de los Hados Insolventes de la semana siguiente aún no se han abierto, alrededor de los Veneering hay el habitual movimiento de personas que van a su casa a cenar unos con otros, y no con los Veneering. Está lady Tippins. Está Podsnap el Grande y la señora

Podsnap. Está Twemlow. Están el Parachoques, Boots y Brewer. Está el Contratista, que es la Providencia para quinientos hombres. Está el presidente de la compañía que viaja tres mil millas por semana. Está el brillante genio que convirtió las acciones en esa suma extraordinariamente exacta de trescientas setenta y cinco mil libras, redondas sin peniques ni chelines.

A quienes hay que añadir al señor Mortimer Lightwood, que se pasea entre ellos con su aire lánguido habitual, copiado de Eugene, y perteneciente a la época en que contó la historia del hombre de Alguna Parte.

Tippins, esa hada lozana, no deja de dar gritos al divisar a su falso enamorado. Llama al desertor con su abanico; pero el desertor, predeterminado a no acercársele, habla de Britania con Podsnap. Podsnap siempre habla de Britania, y lo hace como si él fuera una especie de guardaespaldas privado, por los intereses de Inglaterra y en contra del resto del mundo.

—Sabemos lo que significa Rusia, señor —dice Podsnap—; sabemos lo que quiere Francia; ya vemos cuáles son las intenciones de Norteamérica; pero sabemos lo que es Inglaterra. Eso nos basta.

No obstante, cuando se ha servido la cena, y Lightwood ocupa su lugar habitual, delante de lady Tippins, ya no hay manera de esquivarla.

—Pero si es nuestro Robinson Crusoe largo tiempo exiliado —dice la seductora, intercambiando saludos—, ¿cómo ha dejado su isla al marcharse?

—Gracias —dice Lightwood—. No se quejaba de que le doliera nada.

—Y dígame, ¿cómo estaban los salvajes? —pregunta lady Tippins.

—Cuando me fui de la isla de Juan Fernández se estaban civilizando —dice Lightwood—. O al menos se comían los unos a los otros, cosa que se le parece mucho.

—¡Qué cruel! —replica esa joven criatura—. Ya sabe a qué me refiero, y se burla de mi impaciencia. Cuénteme algo de inmediato de la pareja casada. Estuvo usted en la boda.

—¿De verdad que estuve? —finge considerar Mortimer, tomándoselo con calma—. ¡Ah, sí!

—¿Cómo iba vestida la novia? ¿De remera?

Mortimer pone un gesto de abatimiento, y se niega a responder.

—Espero que la chica fuera a la ceremonia timoneando, o esquifando, o marineando, o bolinando, o barloventeando, o cual sea el término técnico —añade la ingeniosa Tippins.

—Fuera como fuera, fue lo más hermoso de la ceremonia —dice Mortimer.

Lady Tippins, emitiendo un grito como de espanto, atrae la atención general.

—¡Lo más hermoso! Cójame si me desmayo, Veneering. ¡Pretende decirnos que esa horrible fémina barquera es hermosa!

—Le ruego que me perdone, pero no pretendo decirle nada, lady Tippins —replica Lightwood. Y mantiene su palabra acabándose la cena con una exhibición de absoluta indiferencia.

—No se va a escapar así, insociable hombre de la jungla —contesta lady Tippins—. No esquivará la pregunta para proteger a su amigo Eugene, que se ha puesto en evidencia de este modo. Tendrá que saber que la voz de la Sociedad condena este ridículo asunto. Mi querida señora Veneering, permita que formemos un Comité de toda la Cámara para abordar el asunto.

La señora Veneering, siempre encantada con esa parlanchina sílfide, exclama:

—¡Oh, sí! ¡Formemos un Comité de toda la Cámara! ¡Deliciosa idea! —dice Veneering—. Los que estén de acuerdo que digan Sí; los que no, que digan No. Los Síes ganan.

Pero nadie presta atención a esa gracia.

—¡Y yo soy la presidenta de los Comités! —exclama lady Tippins.

(—¡Qué vigor tiene! —exclama la señora Veneering; tampoco nadie le presta atención).

—Y esto —añade la enérgica mujer— es un Comité para toda la Cámara de lo que podríamos considerar —supongo que de donde podríamos extraer— la voz de la Sociedad. La cuestión que se plantea ante el Comité es si un joven de muy buena familia, de buena apariencia y cierto talento, hace el ridículo o actúa sensatamente al casarse con una fémina barquera convertida en obrera

de una fábrica.

—No creo que sea esa la cuestión —interviene el terco Mortimer—. Para mí la cuestión es si un hombre como el que usted describe, lady Tippins, hace bien o mal en casarse con una mujer valiente (no menciono su belleza) que le ha salvado la vida con una maravillosa energía y habilidad; de la que sabe que es virtuosa y que posee extraordinarias cualidades; a la que admiraba de mucho tiempo atrás, a la vez que ella siente un profundo afecto por él.

—Pero, perdóneme —dice Podsnap, con su humor y el cuello de la camisa igual de arrugados—, ¿era esa mujer una fémina barquera o no?

—Nunca. Aunque creo que a veces remaba en el bote de su padre.

La impresión general es adversa a esa joven. Brewer sacude la cabeza. Boots sacude la cabeza. El Parachoques sacude la cabeza.

—Y ahora, señor Lightwood —añade Podsnap, con una indignación que va ascendiendo hacia sus cabellos, que son como dos cepillos—, ¿esa muchacha trabajó alguna vez en una fábrica?

—Nunca. Aunque creo que estuvo empleada en un molino papelerero.

Se repite la impresión general adversa. Brewer dice:

—¡Dios santo!

Boots dice:

—¡Dios santo!

Buffer dice:

—¡Dios santo!

Todo ello en medio de un murmullo de protesta.

—Entonces —replica Podsnap, apartando la cosa con un movimiento de su brazo—, todo lo que tengo que decir es que este matrimonio me llena de disgusto, que me ofende y me disgusta, que me repugna, y que no deseo saber nada más de él.

(«Ahora me pregunto si es usted la voz de la Sociedad», piensa Mortimer, divertido).

—¡Bravo, bravo, bravo! —exclama lady Tippins—. ¿Cuál es su opinión de esta *mésalliance*, honorable colega del honorable diputado que acaba de

sentarse?

La señora Podsnap es de la opinión que en estos asuntos «debería darse una igualdad de posición y fortuna, que un hombre acostumbrado a la Sociedad debería buscar una mujer acostumbrada a la Sociedad y capaz de desempeñar su papel en ella con soltura y elegancia». La señora Podsnap se detiene ahí, insinuando delicadamente que todos los hombres deberían buscar una mujer refinada que se pareciera tanto a ella misma como pudiesen imaginar.

(«¡Ahora me pregunto si es usted esa voz!», piensa Mortimer).

A continuación, lady Tippins solicita la opinión del Contratista, que cuenta con quinientos mil hombres. Este potentado opina que lo que debería haber hecho el hombre en cuestión es comprarle un bote a la joven y darle una pequeña anualidad para que se instalara por su cuenta. Todo esto no es más que una cuestión de cerveza y bistecs. Le compras un bote a una mujer. Muy bien. Al mismo tiempo, le asignas una buena anualidad. Hablas de anualidades en libras esterlinas, pero en realidad son tantas libras de bistecs y tantas pintas de cerveza. Por un lado, la joven tiene el bote. Por otro, consume tantas libras de bistecs y tantas pintas de cerveza. Esos bistecs y esa cerveza son el combustible del motor de la joven. De ellos deriva una cierta cantidad de energía para remar el bote; la energía producirá tanto dinero; le añades eso a la pequeña anualidad, y así es como obtienes la renta de la joven. Esa (le parece al Contratista) es la manera de verlo.

Durante esta última exposición, la hermosa esclavizadora ha caído en uno de sus sueñecitos, y a nadie le gusta despertarla. Por suerte se despierta sola, y le plantea la cuestión al Presidente Errante. El Errante solo es capaz de hablar del caso como si fuera propio. Si una joven tal como la que se ha descrito hubiera salvado su vida, le habría estado muy agradecido, no se habría casado con ella y le habría conseguido un empleo en la Oficina de Telégrafos, donde a una mujer le puede ir muy bien.

¿Qué piensa el Genio de las trescientas setenta y cinco mil libras, sin chelines ni peniques? Es incapaz de decir lo que piensa sin preguntar: ¿Tenía dinero la mujer?

—No —dice Lightwood con una voz inflexible—. Nada de dinero.

—Locura y tontería —es entonces el conciso veredicto del Genio—. Un

hombre puede hacer cualquier cosa lícita por dinero. ¡Pero si no hay dinero! ¡Sandeces!

¿Qué dice Boots?

Boots dice que no lo habría hecho por menos de veinte mil libras.

¿Qué dice Brewer?

Brewer dice lo mismo que Boots.

¿Qué dice el Parachoques?

El Parachoques dice que conoce a un hombre que se casó con una mujer que trabajaba en las casetas de baño de la playa, y la abandonó.

Lady Tippins considera que ha recogido los sufragios de todo el Comité (a nadie se le ocurre preguntarles su opinión a los Veneering), cuando, mirando a su alrededor a través de su monóculo, distingue al señor Twemlow, que tiene la mano en la frente.

¡Dios santo! ¡Se me ha olvidado mi Twemlow! ¡Querido mío! ¡Pobrecillo! ¿Cuál es su voto?

Twemlow pone cara de sentirse incómodo cuando aparta la mano de la frente y contesta.

—Me inclino a pensar —dice— que todo depende de los sentimientos del caballero.

—Un caballero que contrae ese matrimonio no puede tener sentimientos —suelta Podsnap.

—Perdóneme, señor —dice Twemlow, en un tono no tan manso como es habitual en él—, pero no estoy de acuerdo con usted. Si los sentimientos de gratitud, respeto, admiración y afecto de este caballero le indujeron (como así creo) a casarse con esa dama...

—¡Esa dama! —repite Podsnap.

—Señor —contesta Twemlow, con los puños de la camisa un tanto erizados—, usted repite la palabra, y yo repito la palabra. Esa dama. ¿Cómo la llamaría, si el mencionado caballero estuviera presente?

Como para Podsnap eso es un dilema, simplemente lo aparta con la mano sin decir nada.

—Lo que digo —retoma la palabra Twemlow— es que si tales sentimientos por parte del caballero lo impulsaron a casarse con ella, creo que esa acción lo hace aún más caballeroso, y a ella más dama. Y permítame decir que cuando utilizo la palabra «caballero», la empleo como un rango que puede ser alcanzado por cualquier hombre. Para mí los sentimientos de un caballero son sagrados, y le confieso que me incomoda que se los convierta en objeto de broma o de discusión.

—Me gustaría saber si su noble pariente es de la misma opinión —dice con sorna Podsnap.

—Señor Podsnap —le contesta Twemlow—, permítame. Puede que sea de la misma opinión, o puede que no. No lo sé decir. Pero no puedo permitir que me dicte lo que he de pensar en un punto tan delicado, y acerca del cual mi convicción es muy firme.

De algún modo, aquel aguafiestas desanima a los presentes, y a lady Tippins nunca se la había visto tan glotona ni tan enfadada. Solo Mortimer Lightwood está radiante. Se ha preguntado a sí mismo, en referencia a todos los demás miembros del Comité: «¿Me pregunto si es usted la voz de la Sociedad!». Pero deja de hacerse la pregunta cuando Twemlow acaba de hablar, y mira en dirección a él como si estuviera agradecido. Cuando la compañía se dispersa —para entonces el señor y la señora Veneering han disfrutado de todo el honor de recibirles, y los invitados de todo el honor de asistir—, Mortimer acompaña a Twemlow hasta su casa, le estrecha la mano cordialmente al separarse, y alegremente pone rumbo a Temple.



CHARLES JOHN HUFFMAN DICKENS, Portsmouth, (Inglaterra, 7 de febrero de 1812 – Gads Hill Place, Inglaterra, 9 de junio de 1870) fue un famoso novelista inglés, uno de los más conocidos de la literatura universal, y el principal de la era victoriana. Fue maestro del género narrativo, al que imprimió ciertas dosis de humor e ironía, practicando a la vez una aguda crítica social. En su obra destacan las descripciones de gente y lugares, tanto reales como imaginarios. Utilizó en ocasiones el seudónimo Boz.

Sus novelas y relatos cortos disfrutaron de gran popularidad en vida del escritor, y aún hoy se editan continuamente. Dickens escribió novelas por entregas, el formato usual en la ficción en su época, por la simple razón de que no todo el mundo poseía los recursos económicos necesarios para comprar un libro, y cada nueva entrega de sus historias era esperada con gran entusiasmo por sus lectores, nacionales e internacionales.

Las novelas de Dickens eran, entre otras cosas, trabajos de crítica social. Él era un fiero crítico de la pobreza y de la estratificación social de la sociedad victoriana. A través de sus trabajos, Dickens mantenía una empatía por el hombre común y un escepticismo por la familia burguesa.

Notas

[¹] Este poema encubierto se hace eco de un *limerick* (poema humorístico en cinco versos) de Edward Lear aparecido en 1822. (N. del T.) <<

[2] La bella Rosamund Clifford era concubina de Enrique II, y el monarca la instaló en un casa laberinto en Woodstock, de manera que nadie pudiera llegar sin instrucciones. (N. del T.) <<

[3] Los nombres ingleses de estas bebidas son: *Purl*, *Flip* y *Dog's Nose*.(N. del T.) <<

[4] O sea, Westminster Abbey. (N. del T.) <<

[5] Ya que la diosa Venus nació de la espuma del mar. (N. del T.) <<

[6] Personaje principal de un espectáculo de marionetas titulado *Punch and Judy*. (N. del T.) <<

[7] El Primero de Mayo era costumbre que los deshollinadores se vistieran de colores chillones y bailaran por las calles. (N. del T.) <<

[8] «Porque pobres tendréis siempre con vosotros, pero a mí no me tendréis siempre» (Mateo, 26, 11). (N. del T.) <<

[9] Referencia a Juan 3,8: «El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni adónde va». (N. del T.) <<

[10] Lo dice porque la palabra que utiliza el señor Rokesmith, *steward*, para «administrador», también significa «camarero» en un barco. (N. del T.) <<

[11] Aunque luego se explica el origen de su nombre, *Sloppy*, que es como se llama en el original, como «Fangoso», también puede significar «bobo» o «sensiblero». (N. del T.) <<

[¹²] Johann Kaspar Lavater (1741-1801), poeta, teólogo y místico suizo recordado sobre todo por su contribución a la fisionomía. (N. del T.) <<

[13] *Set a beggar on a horse-back, and he will ride to the Devil*: «Pon a un mendigo sobre un caballo y cabalará hasta el Diablo». (N. del T.) <<

[¹⁴] El nombre no es casual. *Jenny Wren* es como se llama popularmente, sobre todo en las nanas, al «carrizo» (*wren*), lo más opuesto imaginable a un ave de presa. (N. del T.) <<

[15] De la frase de *Hamlet* «What a piece of work is man!», perteneciente a su sombrío monólogo del acto II, escena II, en el que ironiza sobre la grandeza del hombre. (N. del T.) <<

[16] Se refiere a las iniciales «M. P.», que significan *Member of Parliament* (diputado del Parlamento). (N. del T.) <<

[17] El monumento de Fish Street Hill conmemora el incendio de Londres de 1666; y la referencia al rey Príamo hace relación a la guerra de Troya. (N. del T.) <<

[18] Donde estaba el centro de la vida de los clubs de Londres. (N. del T.) <<

[19] La expresión en inglés «tener un esqueleto en el armario» se refiere a los secretos inconfesables que guarda ocultos una familia, y lo que hace aquí Dickens es hacer hablar a ese «esqueleto». (N. del T.) <<

[20] La L del signo de Libra, la S de *Schilling* (Chelín) y la D que simboliza el Penique. (N. del T.) <<

[21] *Doffin* se pronuncia igual que *dolphin*, «delfín»; *Moffin* como *muffin*, que es un tipo de bollo; y *Poffin* como *puffin*, que es una persona cargada de vanidad. (N. del T.) <<

[22] Profundo y oscuro porque *hole* significa «agujero». (N. del T.) <<

[23] Héroe de la literatura folclórica que poseía una bolsa sin fondo (que aquí se compara con la copa). (N. del T.) <<

[24] En inglés, *patron* es tanto el que protege en virtud de una posición superior o influyente como el que da dinero para «patrocinar» algo, ya sea una institución o un espectáculo. (N. del T.) <<

[25] Se refiere a una novela gótica muy popular de 1794. (N. del T.) <<

[26] Esta confusión se basa en dos cosas: un héroe legendario, Guy de Warwick, que mató al monstruoso Dun Cow en Dunsmore Heath; y en la costumbre de regalar una pata (*a flitch*) de jamón en Dunsmore, Essex, a la pareja que demostrara que había pasado el primer año y un día de su matrimonio sin reñir. (N. del T.) <<

[27] La asociación consiste en que en inglés a Caperucita Roja se la conoce como *Little Red Riderhood*. (N. del T.) <<

[28] Los accesorios habituales de las efigies de Guy Fawkes que se queman la noche del 5 de noviembre. (N. del T.) <<

[29] Últimas palabras pronunciadas por el Marmion de sir Walter Scott en el poema de ese nombre. Son, exactamente: «*Charge, Chester, Charge! / On, Stanley, On!*» (N. del T.)<<

[30] Lugar donde se exhibían públicamente las cabezas de los ejecutados por traidores. (N. del T.) <<

[31] Los prestamistas a menudo se hacían pasar por comerciantes de jerez. El falso violín y el cuadro de la Virgen eran accesorios habituales. (N. del T.) <<

[32] En 1381, Wat Tyler, líder de la rebelión de campesinos, murió a manos de William Walworth, alcalde de Londres. (N. del T.) <<

[33] Porque el *sniffing* del original significa «sorber por la nariz», pero también «husmear». (N. del T.) <<

[³⁴] Referencia a Salmos 57, 6 y 2, 7. (N. del T.) <<

[35] Este diálogo gira en torno al proverbio *All work and no play makes Jack a dull boy* («Tanto trabajar y tan poco divertirse harán de Jack un chico mustio»). (N. del T.) <<

[36] Porque *headstone* significa «lápida». (N. del T.) <<

[37] Dice Hamlet a su madre: «Mi pulso, como el tuyo, late con ritmo acompasado, / y forma una música saludable» (III, IV, 140-41). (N. del T.) <<

[38] Puesto que ningún miembro del Parlamento británico puede, legalmente, dimitir de su cargo, para poder abandonarlo voluntariamente debe solicitar su nombramiento para el cargo de la Corona, puramente nominal, de Stewardship of the Chiltern Hundreds (u otro parecido), incompatible con el cargo de diputado. (N. del T.) <<